

VIDA DE SAN VICENTE DE PAÚL,
FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN
DE LA MISIÓN Y DE LAS HIJAS DE
LA CARIDAD

Pedro COLLET
C.M.

Traducción
del P. Máximo Agustín C.M.
Barakaldo, 2008

Collet, Pierre, c.m.

La vie de S. Vincent de Paul, instituteur de la Congrégation de la Mission, et des Filles de la Charité. Tome I. À NANCY, chez A. Leseure, impresor ordinario del Rey, próximo a la Parroquia de S. Sebastián.

M. DCC. XLVIII. Con aprobación y privilegio

Al Rey de Polonia, duque de Lorena y de Bar.

Señor,

Si la política tiene sus héroes, la Religión tiene los suyos. Es cierto que estos últimos no figuran mucho a los ojos de los hijos del siglo. Envilecidos, despreciados, a veces reducidos a buscarse un asilo en los antros y en los bosques, estos hombres de quienes el mundo no es digno -1 Cor. 4.-, son considerados en él como el desecho y barradura de la tierra. La vanidad castiga con un desprecio cruel el desprecio cristiano que han hecho de ella -Job. 12-. Su sencillez es tratada de ineptitud, su prudencia de puerilidad; parecidos a su maestro, según él lo había predicho, no ofrecen a la prudencia humana más que rasgos humillantes: y como se les cree que viven sin gloria -Sáb.4-, se les cree que mueren sin honor.

Para combatir, para anular estas perniciosas máximas, no necesitamos, Señor, más que de los grandes ejemplos que nos da Vuestra Majestad. Héroe en todo género, vos supisteis todavía joven merecer los elogios del Alejandro del Norte: pero los que la piedad os prodigó, tocaron más sensiblemente vuestro corazón. Favores y desgracias, todo lo pusisteis al servicio de la Religión; y si, como este santo Rey -S. Luis-, cuya raza vos debíais perpetuar, se os vio a veces menos feliz, no se os vio nunca menos fiel al cumplimiento de vuestros deberes. Es decir demasiado poco, Gran Rey, llevasteis a la práctica el precepto, sin despreciar el consejo: el pupilo abandonado halló en vuestro seno recursos que no habría encontrado en el seno de la familia. La tímida inocencia no precisó más que de su nombre para parecer delante de vos; y la Guardia que vigila las puertas de vuestro Palacio, fue colocada allí solamente para dar a la virtud una entrada más segura y más honorable. El presente no limitó vuestros cuidados generosos: llegasteis hasta las necesidades posibles. Padre tierno en la atención en socorrer a vuestros pueblos, vos fuisteis Monarca en la profusión del socorro; y el ilustre Escribano, que debe transmitir a la posteridad las maravillas de vuestro Reinado, no tendrá otra preocupación que justificar el exceso de vuestra magnificencia.

Pero me doy cuenta, Señor, de que llevado por un tan hermoso asunto, no hablo sino de Vuestra Majestad, y no de mi Libro. En él se trata tan sólo de un sencillo Sacerdote; pero este Sacerdote tan vil, tan despreciable a sus ojos,, fue el modelo de los Pastores, el Padre de los indigentes, el apoyo de los Obispos, el Consejero de los Reyes, el reformador del clero, el intrépido defensor de las decisiones de la Iglesia, el alma de todo cuanto se ha hecho grande para la gloria de Dios, durante su vida. Su virtud se ha erigido trofeos en todas las partes del Universo. Argelia y Túnez resuenan con sus obras grandes: y su nombre tan favorable a los Maronitas, sigue todavía hoy grabado en los cedros del Líbano. Mas, Señor, lo que más os impresionará, es que de todos los Países, que tratan con Vuestra Majestad, no hay uno solo que haya quedado fuera de la actividad de su celo.

Polonia, donde vos reinaréis para siempre en todos los corazones, le vio bajo Casimiro V, enfrentarse en la persona del más querido de sus alumnos, a los peligros de la guerra y de

la peste, arrojarle en Varsovia entre los vivos y los muertos, establecer el orden en Ciudades que un ejército formidable había devastado, enjugar las lágrimas del Ciudadano consternado, y enseñarle a bendecir la mano del quien no castiga, sino para dar lugar al perdón.

Francia que os debe una reina, a la que el adorno de las más amables virtudes coloca a la par con las Clotilde, las Radegunda, las Blanca de Castilla; Francia no posee en su dilatada extensión ni dignidad, ni condición a las que no haya prestado sus servicios señalados. Reyes, Príncipes, Ministros, Obispos, Pastores subalternos, Magistrados de primer rango, Nobles y Pueblo, todos le han tenido como un ilustre Prelado como el Santo del siglo -Sr. Bossuet obispo de Meaux-; y para llegar a este juicio que tantas cosas dice, cada uno de ellos no ha necesitado más que su propia experiencia.

En cuanto a la Lorena, me atrevería a decir, Señor, que no hay en ella ni Villa, ni pueblo, en que su memoria no deba vivir eternamente. Es él quien en aquellos días en los que el Cielo irritado agotaba los vasos de su furor suaviza con esfuerzos prolongados y prodigiosos al más riguroso de sus habitantes. Consoló a sus Sacerdotes en gemidos. Recogió a sus Vírgenes dispersas. Arrancó del seno de la muerte a multitudes de desgraciados que daban ya los últimos suspiros. Desarmó a aquellas mujeres famélicas, que iban en pos de los horrores del último sitio de Jerusalén. Recibió con la más respetuosa distinción a una Nobleza preciosa, a la que no le quedaba de su fortuna pasada más que un sentimiento más vivo de sus desgracias. Finalmente otorgó, y otorgó en las más funestas coyunturas, tantos buenos oficios a los dos Ducados que, para obtener su Beatificación, uno de vuestros más preclaros Predicadores (Carta del Duque Leopoldo a Clemente XI, del 28 de Agosto de 1706) creyó que le bastaba con traerle a la memoria al primero de los Pastores.

Son estos motivos, Señor, los que me han hecho tomarme la libertad de consagraros esta Obra. Al abrigo de vuestro augusto Nombre S. Vicente de Paúl triunfará por segunda vez de los enemigos de su gloria, y su triunfo será siempre el de la Iglesia Romana. Haga el Señor, que sean escuchados por largo tiempo los votos, que expresan sin cesar por la conservación de Vuestra Majestad las dos Compañías instituidas por él. Séame permitido, gran Príncipe, unir los míos también. Por incapaces que sean, tendrá al menos el mérito de la sinceridad y del celo respetuoso con el que seré toda mi vida

Señor, de Vuestra Majestad, el muy humilde y obediente Servidor +++

PREFACIO

Hace cerca de diez años que me propusieron trabajar en la Obra que entrego al público. De ella me encargué, sin consultar demasiado ni a mi gusto ni a mis fuerzas. Llegué a componer en escaso tiempo algunos Cuadernillos, de los cuales aquellos que me pusieron a la obra, no parecieron quedar descontentos: y hubo lugar a pensar que yo no tardaría en retirar mi palabra. He de confesarlo, mi vocación iba por otros caminos. Acostumbrado desde hacía años a hojear a Teólogos y a Canonistas, a encontrar en ello decisiones de toda clase, y de ello sacar toda clase de esas escasas luces que hacen a un hombre menos inútil a la sociedad, no me presté sino con una muy fuerte repugnancia a una Historia, que yo creía saber, y en la que yo no hallaba sino una perpetua censura de mi conducta y de mis imperfecciones.

Asimismo, la longitud y la dificultad de la empresa me asombraban, y tal vez habrían asombrado a los demás. En efecto, ¿qué cuadro más grande, más difícil de dibujar que el de un Santo, que vivió más de ochenta años, y que nunca se cansó de hacer el bien? De un Santo, que no había concluido una obra cuando comenzaba otras diez, sin desanimarse jamás. De un Santo que, si hubiera podido, habría dado tanta ocupación a sus virtuosos amigos como la que se daba a sí mismo. De un Santo quien, sin salir de París, ponía en movimiento a Francia, y Gran Bretaña, a Italia y a Polonia. De un Santo quien, si bien muy pobre por estado y por elección, ha distribuido más limosnas durante los treinta últimos años de su vida, que cantidad de Soberanos distribuyen en el espacio de un siglo. De un Santo, quien cubrió con su escudo el Campo de Israel; quien extendió el terror en todos los operarios de la iniquidad; quien no perdonó ni el error, aunque hubo de atacarlo entre los más tiernos de sus amigos, ni la simonía, aunque tuviera que hacerlo en los Grandes del siglo, ni una política menos Cristiana, aunque se la encontrar a veces en los Ministros de los Reyes, ni la ignorancia, y el desorden, aunque se viera obligado a perseguir a uno y a otro hasta en el Santuario, donde él no quiso ver nada que no mereciera su respeto y sus elogios. De un Santo, cuyo celo no conoció límites, sino porque el Universo tiene los suyos; y quien después de saciar en todos los aspectos al habitante de las frías Hébridas, llevó nuevos fuegos a climas ardientes, y se esforzó en santificar a la vez al esclavo de Argel, al Insular de Madagascar,

Tantas acciones ya conocidas, y que por eso mismo podían causar al lector el placer de la sorpresa, pedían una mano hábil en pintar al natural; fecunda para variar acontecimientos que, aunque hermosos en sí mismos, causaban por la similitud; sabia en el arte de dar un acertado resumen de un gran número de discursos, que un tanto pasados en el estilo, se leen hoy con menos ánimo de lo que se oían en otro tiempo; juiciosa para conservar estos fragmentos preciosos, donde el defecto de la dicción está reemplazado por el número y la dignidad de las Sentencias; viva y eficaz, para pasar imperceptiblemente en la misma semana, y a veces en el mismo día de un hemisferio al otro; una mano, para decirlo todo en dos palabras, que alcanzara al menos de lejos la elocuencia rápida de los Fléchier, la pura y corriente narración de los Bouhours, la grave ligereza de los Marsollier. Dueña de sus dones la naturaleza la naturaleza me ha rehusado éstos: más dura todavía me ha negado hasta la paciencia de adquirirlos por el trabajo. Et bien seguro, si por imposible yo pudiera serlo, escribir a fuerza de contención, como nuestros mejores Historiadores escribieron por la única facilidad del genio, yo lamentaría el tiempo, cuyo empleo tendría por objeto la cadencia, la armonía, y la dulzura de las transiciones.

Doy insensiblemente una idea bastante mala de mi Obra: prefiero presentársela de buena gana al Lector a esperar que se la forme él mismo con dolor. Me sentiría sin embargo molesto que juzgara del fondo, igual que se verá obligado a juzgar de la forma. Impaciente en supremo grado, cuando se trata de ordenar palabras, soy casi infatigable cuando se trata de hacer investigaciones. Tampoco he omitido nada de cuanto podía, o bien enseñarme datos nuevos, o constatar me de los sucesos dudosos, o darme fechas seguras: fechas sin las cuales la Historia no es sino un conjunto de datos descosidos, que no tienen ni ligación, ni seguimiento, ni gracia.

Para llegar a esto, he debido recorrer los Procesos de la Beatificación y de la Canonización del Santo, cuya vida presento; leer las cartas que han escrito a Clemente XI los Soberanos, los Obispos, los Generales de Órdenes, que han tenido parte en este grande asunto; las Cartas que S. Vicente escribió él mismo, y de las que quedan aún en París, y en las Provincias más de seis o siete mil; consultar las Memorias sobre las cuales el Señor Abelly

ha trabajado, y las Vidas manuscritas de los primeros compañeros de nuestro santo Sacerdote; estudiar cuanto han dicho de él los que le trataron; desenterrar lo que se podía saber de este gran Hombre, bien en el Oratorio, donde tuvo amigos entrañables, bien en Macon, donde en pocos días se elaboró un gran Nombre por su caridad y por su inteligencia; bien en Chatillon-les-Dombes, donde su memoria vivirá perpetuamente; bien en Marsella, y en Santa-Reina, que le deben en todo o en parte sus célebres Hospitales.

Después de todo *La Vie du vénérable Serviteur de Dieu Vincent de Paul*, publicada en 1664, por el Señor Luis Abelly, Evêque de Rodés, ha sido, como lo ha debido ser la fuente de donde más yo he bebido. La he considerado como una colección de monumentos, que la voz de las gentes de bien han defendido con el sello de su autoridad; Colección cuyos defectos son menos los del autor que los del tiempo en que escribe: Demos una ligera idea de este fiel historiador: cuanto más llega a interesar una obra más gusta conocer a quien más nos ha proporcionado los más ricos materiales. Además, desde su muerte cantidad de gente ha hablado de él como dando a entender que no le conocían.

Louis Abelly nació en 1504. Tuvo por padre a Pedro Abelly, Tesorero y Receptor General de la Généralité de Limoges. Hizo sus estudios en París. Allí tomó el Bonete de Doctor, es un problema sobre el que existen divisiones. Lo que es cierto, es que tomó afecto a Vicente de Paúl una vez que éste se retiró al Colegio de los Bons-Enfants; que tuvo el placer de tomar parte en los trabajos Apostólicos, y que no siguió, por piedad y por los empleos, otros movimientos que los que un Director tan prudente creyó deber comunicarle.

Vicente le dio en primer lugar en calidad de Vicario General a François Fouquet Obispo de Bayona, quien le encargó luego de la Oficialidad; comisión que, como veremos en otra parte pedía, por razón del tiempo y de las circunstancias, mucha firmeza y más prudencia aún. De regreso a París, donde sus asuntos le llamaron, Abelly, que conocía las necesidades del campo, aceptó una parroquia de pueblo. Su modestia edificó, pero se le hizo violencia; y poco tiempo después, fue encargado de la parroquia de S. Josse en París.

Su Clero fue el primer objeto de sus cuidados. Formó una Comunidad Eclesiástica, que sirvió de modelo a muchas otras. Si malos Sacerdotes se pasaron por encima sus designios, Sacerdotes ejemplares creyeron un deber secundarlos.

Cuando se desterró la mendicidad de París, que sabía hacer el bien y hacerlo en toda su extensión, creyó deber confiar a este virtuoso amigo la dirección del Hospital General. Tal vez no había en toda Europa una Parroquia tan difícil de dirigir como lo era esta Casa naciente. Abelly se despachó hasta decir que si la elección de Vicente de Paúl le honraba, hacía honor a la elección de Vicente de Paúl.

Hardoüin de Péréfixe Obispo de Rodés una vez nombrado para el Arzobispado de París, deseó a Abelly como Sucesor y se lo pidió a la Corte. Un Prelado respetable me ha confirmado hace poco una Anécdota, que se relaciona con este nombramiento; es curiosa.

El Rey, sin abrirse sobre lo que el sr. de Péréfixe le había propuesto, nombró para todas las Plazas vacantes, con la excepción de Rodés, que dejó, o más bien pareció dejar a la disposición de su Confesor. Era el P. Annat: tenía un sobrino y este sobrino era en la actualidad Vicario General de Rodés. El paso era resbaladizo: este prudente religioso se mantuvo firme; se acordó que Vicente de Paúl le había hablado en otro tiempo de Abelly, como de un hombre que unía un gran celo a una verdadera y sólida capacidad. Esto le fue suficiente: se olvidó de su pariente próximo, y propuso a Abelly. Luis XIV tributó justas alabanzas a una conducta tan limpia; y cuando se publicó la hoja, confesó a algunos Confidentes que había habido *un poco de malicia en su proceder*, y que había querido tender una trampa a su Confesor.

La Diócesis de Rodés que estaba llena de Hugonotes, necesitaba a su Pastor. El nuevo Prelado no tardó en dirigirse allí. Y allí trabajó con su actividad ordinaria: pero el aire del País resultó tan contrario a su temperamento que no le fue posible aguantarlo. Un primer ataque de parálisis anunció algo más funesto. Hubo que ceder al mal. Abelly se decidió como hombre que se sabe las reglas acertadas, y cuando los Médicos decidieron que no podía residir en su Diócesis sin poner en riesgo la vida, pensó que no podía conservar una Diócesis, en la que le era imposible residir.

Sus antiguos lazos con el Fundador de la Misión le hicieron desear acabar su carrera en un lugar donde este santo Hombre había terminado la suya. Le dieron en la casa de S. Lázaro un apartamento de la última sencillez. Allí libre del tumulto y de los apuros del siglo entregaba buena parte de su tiempo a la meditación y al estudio; o más bien dirigía sus estudios de manera que los convertía en meditación. De más de treinta Obras que ha publicado no hay una sola que no se dirija a alimentar o a reformar el corazón. Su *Sacerdos Christianus*, su *Episcopalis sollicitudinis Enchiridion*, su *Tradition de l'Église touchant la dévotion... envers la sainte Vierge*, sus Meditaciones para todo el año no pueden proceder más que de un hombre que conoce la Escritura, que conoce las Leyes del Cristianismo y del Sacerdocio, y que está versado en la vida interior

El título de su Compendio de Teología había dado pie al Juvénal François, quien no sabía que el Autor no se sirvió de él, más que para oponerle a un Título parecido, que un Doctor Protestante había dado hacía poco a no sé qué Compendio de los Errores de la Secta. Despréaux ha pensado que había bastado con uno solo de sus versos para hundir la Obra de Abelly; y fue él mismo quien por miedo a que el Público creyera que se debiera a ignorancia, se lo hizo advertir por medio de Brossette. Despréaux se equivocó. *Conozco*, dice un Autor iluminado, *una docena de ediciones de la Medulla*, continúa, *que son posteriores al Lutrin. El meollo*, continúa, *fue bien recibido del Público, y porque es una Obra breve y también tan rellena como un Compendio de esta naturaleza pueda serlo; y porque el sr Abelli no había dado más que los sentimientos que se enseñaban por entonces comúnmente en Sorbona. Me sería fácil hacer ver que gente muy hábil han emitido el mismo juicio:*

El amor que el antiguo Obispo de Rodés tenía al estudio, no le impidió dedicar al prójimo toda clase de servicios que se podían esperar de él. Conducía en calidad de Superior varias Comunidades de chicas y sobre todo las de las Hermanas de la Cruz; dirigía a personas de una rara piedad; formaba en la virtud por saludables consejos; y más todavía por sus ejemplos a los jóvenes Eclesiásticos. Quería tiernamente a los Estudiantes de san Lázaro, que en efecto merecen serlo; y es a su liberalidad a la que deben la Casa de Campo adonde van a descansar de sus trabajos. Dejada aparte esta buena Obra, los Misioneros le deben mucho. Los ha edificado durante su vida, ha querido descansar entre ellos después de su muerte

Tal es el autor que he seguido, mientras su plan y el mío han podido permitirlo. Con la excepción de los Procesos Verbales, que la Religión del juramento parece poner en un orden superior, ¿podía yo seguir a un Guía que mereciera más crédito? Era contemporáneo de nuestro Santo; le había tratado durante un gran número de años; tenía relaciones estrechas con sus Hijos espirituales; no ha escrito ni una palabra que no haya comunicado a testigos oculares; sólo ha trabajado sobre Memorias, que el público había en cierto modo construido; muy lejos de poner en ellas lo suyo, la proximidad de los tiempos le ha obligado a recortar muchas cosas de las que yo he sacado provecho. Además, estaba lleno de rectitud, de candor, de probidad; y los que, para vengarse de la pureza de su fe, menos le

han perdonado sus Obras, no se han atrevido a travestirlo de hombre incapaz de escribir lo que había visto u oído. Es verdad que le han atacado con viveza por el caso del Abate de S. Cyran; pero no es menos verdad que su fidelidad ha triunfado en este punto, y que las pruebas más decisivas vienen en apoyo de lo que ha escrito. Que no se sorprenda la gente pues al ver que su nombre aparece con tanta frecuencia en esta Obra: es para nosotros lo que son las verdaderas Actas de los Mártires para los que trabajan en su Historia.

¿Pero acaso somos nosotros los únicos que emitamos sobre este punto capital un juicio tan favorable de este piadoso Obispo? Falta sin duda alguna mucho. Lo que París y las Provincias hacen para constatar la buena fe de un escritor, habla a favor de Abelly. Se verá en el Cuerpo de nuestra Historia a Ministros de Estado, a Presidentes de Mortero, a Consejeros en el Parlamento rendir a las virtudes de Vicente de Paúl un homenaje jurídico: no se verá a ninguno que no emita testimonio no conforme con el relato del Obispo de Rodés. Se verá a los Prebostes de los Mercaderes, y Magistrados de la Capital, en la incapacidad en que se hallan de decirlo todo, remitir al Padre común de los Fieles – Clemente XI-, a la Historia, que su *ilustre Compatriota ha publicado de la Visa se este gran Hombre; Historia*, dicen ellos, *que no tiene nada menos por garantes de su exactitud y fidelidad que a un gran número de personas de toda índole, que son sus testigos oculares, y que viviendo aún entre nosotros confirman su notoriedad pública*. Finalmente se verá a los Obispos de Acqs, del Mans, de Agen, y de Saintes explicarse como Señores de la Ciudad de París. No traduciré aquí más que las palabras del último. *Lo que ha escrito*, dice este Prelado a Clemente XI, *lo que ha escrito con la más escrupulosa exactitud Luis Abelly, hombre, recomendable por su capacidad, por la inocencia de sus costumbres, por su amor a la Religión, es, Santísimo Padre, lo que han visto en la persona de Vicente de Paúl, todos los que afectos, como nosotros lo éramos entonces, al Clero de París, tenían la ventaja de ser admitidos a su trato, de recibir sus consejos, de aprovecharse de sus ejemplos*.

Esto es más que lo necesario para establecer la pureza de las fuentes, en que nos hemos informado: feliz, quien encargado de escribir las tenga tan puras. Acabemos pues con algunas advertencias.

I. Al hablar de los Muertos y de aquellos a quienes honro con toda sinceridad, tales como los Obispos, los Abates, los Generales de Órdenes o de Congregaciones, ha suprimido por lo general las palabras de Monseñor, Señor, u otras parecidas, de las que la educación pide que nos sirvamos, al hablar de los vivos. Así lo hice 1º. Porque este es hoy el estilo de nuestros mejores escritores. 2º. Porque el nombre *Señor* tiene poca gracia delante d los nombres de Bautismo, que el público tiene el gusto de saber. 3º. Porque esta clase de palabras con frecuencia se repiten tres o cuatro veces en la misma página, lo que es un fastidio. 4º. Porque el nombre de los que han ocupado grandes espacios forma de por sí en las mente del público un elogio, que pierde más de lo que gana en una denominación que se aplica a todo el mundo. Aquellos a quienes un respeto, bien o mal entendido, lleve a pensar de otra manera, no les costará mucho poner remedio al mal. La adicción de una M. o un buen consejo dado a algún lector de mesa, quitará todo el escándalo.

II. La Historia, que permite las reflexiones, no las quiere ni largas, ni frecuentes, ni marcadas con ese falso celo que caracteriza a un solo hombre para alegrar a todos los demás a sus expensas. Yo he planeado evitar este escollo. Desapruebo toda imputación de censura personal. Con ello no iré, soso adulator, a desmentir los monumentos públicos por faltas probadas. Yo alquilaré los últimos años del célebre *Coadjuteur*; pero aprovecharé, en caso de necesidad, sus Memorias, que honran más a su cabeza que a su virtud. Por el mismo principio, si hago del Cardenal Mazarino un Político de primer orden, no haré de él

más que un Santo del último piso. Tal es el fuerte de los grandes puestos, la verdad, después de la muerte de los que los ocuparon, se venga de la cautividad en la que la retuvieron durante sus vidas.

III. He consultado en París y en Provincias a diferentes personas sobre mi Obra. Nunca se han puestos de acuerdo. ¿Qué hacer en estos casos? Ir a lo más seguro: es el partido que he tomado. ¡Dichoso! si, a pesar de mi docilidad, la impresión permite sustituir la participación de los sentimientos.

IV. Es difícil que no me haya equivocado alguna vez en los nombres propios. Es el escollo de los que trabajan sobre piezas mal escritas, o mal impresas. Nada tan hermoso como los Procesos Verbales de la Beatificación de S. Vicente. Roma, que no admira con facilidad, admiró su método y la solidez. Pero si ellos hacen honor a quien los ha redactado, se lo hacen muy poco a quien les ha dirigido la impresión. Los nombres propios están cruelmente maltratados

V. he entrado, y entrado más de una vez en detalles en los que algunos encontrarán minucias y prolijidad. Escribo para niños, para quienes todas las palabras de su padre son lecciones de sabiduría y de vida. Por derecho natural el gusto del hijo debe ser preferido al del extraño. Este último verá sin embargo que he respetado a menudo su delicadeza. Es lo menos que debía hacer por él. El destino de mi libro está en sus manos. Si le abandona, se convertirá en Crónica de Orden, y caerá en el olvido.

VI. Como en toda Historia que no es general, los Sumarios son bastante inútiles. Yo he recargado con ellos muy poco los márgenes de mi libro. Sobre ellos se hallará mucho más en la tabla que sigue. En ella he señalado las páginas poco más menos cada de cinco en cinco. Con ello ahorro la molestia de recorrer veinte para hallar la única palabra que se busca. De todos los seres, la desgana es el que un autor debe multiplicar menos. Esta última observación me avisa que tengo que terminar. Pasa con un como con un sermón; uno y otro, cuando cuestan poco hacerlos cuestan mucho más oírlos o leerlos.

APROBACIÓN

He leído de parte de la Orden de Monseñor Canciller, **la Nueva Vida de S. Vicente de Paúl**, ese gran Modelo de todas las Virtudes Cristianas y Eclesiásticas, Padre y Fundador de una Congregación, que se distingue por su celo por la Predicación del Evangelio, y de quien se puede decir, *Cujus laus est in Evangelio per omnes Ecclesias* (1ª Cor, 8, v. 18): no hay nada que pueda impedir la impresión de esta Obra. DADO en Nancy el 23 de Junio de 1747. DE VENCE.

Aprobación de Monseñor de Tervenus, Doctor en Teología y Párroco de la Parroquia de S. Roch en Nancy.

Que un gran número de obispos y de Cuerpos Seculares y Regulares, que incluso los Reyes y los grandes Príncipes de diferentes Estados, hayan expuesto al Soberano Pontífice las Virtudes y los Milagros del ilustre S. Vicente de Paúl, para obtener su Canonización, era sin duda un paso ventajoso en la Iglesia santa de Dios; pero ello no bastaba a los Pastores y a los Fieles para sacar todo el fruto que se podía esperar de una Vida tan llena de Maravillas. Era preciso que los detalles se expusieran a la luz del día para atraer imitadores de tan santas acciones: y es este detalle el que se hace en esta Historia de su Vida y que está representado con tanta solidez, sapiencia y piedad, que hay lugar a esperar que producirá grandes frutos en las personas de toda condición, que le lean con intención de edificarse. Es

el testimonio que debo rendir a este Libro, después de leerlo con atención. En Nancy el 17 de septiembre de 1747.

Tervenus, Párroco de S. Roch.

Carta del Señor Superior del Seminario de Toul, al Señor Marcol, Consejero en la Corte Soberana de Lorena y Barrois.

Hace más de treinta años que estudiaba a S. Vicente. No le conocía más que imperfectamente. Vuestro amigo se lo muestra al Público por completo. A la fidelidad de su primer Historiador, además de las gracias de estilo, añade una infinidad de hechos interesantes, que él ha tomado de la fuente más pura, de las Cartas del Santo. Otra ventaja. Con la ayuda de estas preciosas Cartas ha ordenado los hechos en orden cronológico, que difunde sobre la Vida del santo una luz que le faltaba. Se ve el comienzo, el progreso, la consumación de sus virtudes y de sus piadosas Fundaciones. Le sigue paso a paso. Hace resaltar todos sus rasgos, casi ninguno ha escapado a sus curiosas investigaciones, que quedarán impresas en su Obra, por más tiempo que si lo estuvieran en mármol y en bronce. Séame permitido decirlo: Qué nuevo triunfo para la Iglesia Católica haber formado a Vicente de Paúl tal como él le representa. El retrato que hace no es de imaginación. Todos los rasgos que le componen, están probados por la voz pública, por sus Cartas, por el Proceso de su Canonización, por monumentos que él levantó sobre bases tan firmes como las del Cielo y de la Tierra. Una Historia así, lejos de temer la censura, será siempre el gozo de los amigos del Esposo, el modelo del Clero, el más dulce consuelo de los Hijos del santo Padres, la admiración de la posteridad, la gloria del Historiador, etc.

En Toul, el 25 de septiembre de 1746.

Privilegio del Rey.

Estanislao, por la gracia de Dios, Rey de Polonia, Gran Duque de Lituania, Rusia, Prusia, Maxovia, Samogitia, Kiovia, Volinia, Podolia, Podlaquia, Livonia, Smolensko, Severia, Chernikovia; Duque de Lorena y de Bar; Marqués de Pont-à-Mousson y de Nommency; Conde de Vaudémont, de Blamont, de Sarverden y de Salm: A nuestros *amés et féaux* los Presidentes, Consejeros, y Gente de nuestra Corte Soberana de Lorena y Barrois, Magistrados, Lugartenientes Generales, Particulares, Consejeros, y Gentes dueñas de nuestras Magistraturas; Salud: El Señor*** nos ha participado humildemente, que habiendo proyectado el plan de dar al Público un Libro de su Composición, que lleva por título, *La Vie de S. Vincent de Paul, y c.*, si era de nuestro agrado, con el fin de evitar su falsificación, otorgarle el Privilegio exclusivo de hacerlo imprimir, vender y despachar en nuestros estados durante veinte años, por el Impresor que quiera elegir; suplicándonos concederle las cartas a este efecto: A lo que accediendo favorablemente, le hemos permitido y acordado, permitimos y acordamos por las Presentes, imprimir y distribuir en todos los lugares de nuestros Estados, Países, Tierras y Señoríos de nuestra Obediencia, dicho Libro, en tales formas, márgenes, caracteres, y tantas veces como le parezcan, durante el espacio de veinte años consecutivos, a contar del día de la fecha de dichas Presentes. Hacemos muy expresas prohibiciones a todos los Impresores, Libreros y demás Personas, de cualquier calidad o condición que sean de imprimir o mandar imprimir durante el mismo tiempo de veinte años, el dicho Libro, en todo o en parte, y de venderlo y distribuirlo en ningún lugar de nuestra obediencia, bajo el pretexto que sea, también de Impresión extranjera, sin el consentimiento por escrito del Expositor, so pretexto de

aumento, de corrección, de reducción, o de cambio de Título, con pena de mil libras de multa por cada Contraveniente, aplicable un Tercio a Nosotros, un Tercio al Hospital de los lugares, y el otro Tercio al Expositor, de confiscación en su provecho de los ejemplares defraudados, y de todos los gastos, daños e intereses; a condición de que las Presentes estén registradas en los Registros de la Comunidad de los Impresores y Libreros de nuestra dicha Ciudad de Nancy; que la Impresión del Libro de que se trata sea hecha en nuestros Estados y no en otra parte, con buen papel y hermosos caracteres; y que antes de exponerle a la venta, se lleve uno a nuestra Biblioteca, y uno en la de nuestro muy querido y leal Caballero, Canciller, Guarda sellos y Jefe de nuestros Consejos y Señor de la Galaizière; y todo so pena de nulidad de las dichas Presentes. Del contenido de las cuales Os mandamos que hagáis disfrutar plena y pacíficamente al Expositor, sin autorizar ni permitir que se le pongan molestias ni impedimentos algunos contrarios. Queremos que la Copia de las Presentes, que estará impresa al comienzo o al final de dicho Libro, sea tenida por debidamente señalada: Mandamos asimismo al primero de nuestros Husieres, o Sargentos sobre lo requerido que hagan, para la ejecución de lo antedicho, todas las significaciones, prohibiciones, atestaciones y demás Actas necesarias sin pedir ningún otro permiso: Puesto que así Nos place. En fe de lo cual Nos hemos firmado las Presentes con propia mano y contrasignado por uno de nuestros Consejeros y Secretarios de Estado, Comandos y Finanzas, manda poner y adjuntar nuestro Sello secreto. DADO en nuestra Ciudad de Lunéville, el treinta y uno de Octubre de mil setecientos cuarenta y seis.

Firmado, STANISLAS Rey.

Por el Rey ROUOT. Registrata, Duzard.

Anotado en el Registro N° I de la Comunidad de los Impresores y Libreros de Nancy, p. 32 y ss. En Nancy, este 5 de Noviembre de 1746. RENE CHARLOT, Syndic.

La vida de S. Vicente de Paúl

Libro Primero

Sumario

- *Estado de Francia a finales del siglo dieciséis. Ignorancia y corrupción del Clero.*
- *Nacimiento de S. Vicente de Paúl, su educación, sus estudios y sus progresos.*
- *Recibe la tonsura y las órdenes menores. Va a Toulouse y toma el grado de Bachiller;*
- *Explica al Maestro de las Sentencias: notas sobre esto.*
- *Injusticia de un Escritor. El santo recibe las Órdenes sagradas.*
- *Le hacen esclavo, vendido a tres Amos. El último es un Renegado; Vicente le convierte, se embarca con él y regresa a Europa; va a Roma; sus ocupaciones en esta Ciudad .*
- *Un Ministro del Rey le encarga de un asunto importante. Regresa a Francia.*
- *Sus relaciones con el sr. de Bérulle. Calumnia atroz contra S. Vicente.*
- *Su inocencia es reconocida. Le presentan a la Reina Margarita.*
- *Entra en casa de esta Princesa en calidad de Capellán.*

- *Su caridad para con un Doctor fatigado con una enorme tentación. Se retira a casa del sr de Bérulle. Le encargan de la Parroquia de Clichy. Su trabajo en esta Parroquia.*
- *Sale de ella para entrar en la Casa de Gondí. Su conducta en esta Casa.*
- *Impide que el sr. de Gondí se bata en duelo. Estima universal que hacen de él.*
- *Confesión de un campesino de Gannes, y sus consecuencias.*
- *Primera Misión en Folleville. Vicente sale de la Casa de Gondí.*
- *Es provisto de la Parroquia de Chatillon. Aflicción de la Casa de Gondí.*
- *Carta del general de las Galeras, sentimientos de su esposa. Se esfuerza en llamar a Vicente a su casa. Él se niega. Sus trabajos en Chatillon. Reforma su Clero.*
- *Sus otros éxitos en esta Ciudad. Cambio de dos mujeres de nobleza.*
- *Conversión resonante del Conde de Rougemont. Virtudes de este Señor.*
- *Su desprendimiento de las criaturas. Su santa Muerte.*
- *Conversión de varios Herejes: abjuración de los Señores Beynier y Garron.*
- *Ocasión y establecimiento de la Cofradía de la Caridad. Reglamento de esta cofradía.. se extiende por la mayor parte de las Provincias del Reino.*

Francia se hallaba en un estado deplorable, cuando vio nacer al Santo cuya Historia emprendo. Este Reino que había animado por tanto tiempo la envidia de sus vecinos, estaba bajo Enrique III, muy preparado a darle compasión, si hubieran sido susceptible de ella: desolado por la facción de los Grandes, devastado por seis o siete Ejércitos diferentes, entregado a indignos Favoritos, parecía estar en vísperas de una ruina total. Si la herejía, fuente funesta de la mayor parte de de estos espantosos desórdenes, pedía alguna vez la paz, [Meceray. Daniel. i. 9. in 4.] la pedía con las armas en la mano; ella misma regulaba las condiciones y ella se gloriaba de adular a toda Europa, que era por amor y por respeto hacia su Soberano, la razón de darle la Ley, y prescribirle reglas de conducta. Hubiera sido preciso, para equivocarse en ello, conocer muy poco el genio de los Novadores. En el momento mismo que entablaban negociaciones, libraban combates, formaban asedios, tomaban lugares, y asolaban sucesivamente la Capital y las Provincias. En pocos años el Reino no fue más que un teatro de horrores. La Ley del más fuerte fue la única observada; o más bien, no se conoció casi otra que la de la violencia, del libertinaje y de la impiedad. Los templos eran derribados de arriba abajo, los altares abatidos, las cosas santas profanadas, los Pastores o masacrados o reducidos a abandonar su rebaño para buscar un asilo en las plazas fortificadas. [En 1577. Daniel, p.63] La Liga formada contra los Edictos de pacificación, lejos de poner remedio al mal, sólo sirvió para aumentarlo. Armó a los padres contra los hijos; inundó con la sangre de los ciudadanos las ciudades y los campos; acabó por agotar a un Pueblo al que la profusión del Príncipe y los furros de la herejía habían ya reducido al extremo y, para colmo de males, se atrevió a concebir y ejecutar el atentado execrable que hizo perecer al propio Soberano [2 de agosto de 1589].

Como la estrecha relación que existe entre el Sacerdocio y el Imperio hace que los golpes que caen sobre uno un pueden ser sino funestos para el otro, se puede juzgar del estado en que se encontraban los pueblos respecto de la Religión y de la salvación., a unos se les predicaba la sedición, en lugar de predicarles el Evangelio; los otros no tenían ni iglesias ni Pastores: la mayor parte de los que quedaban eran tan corruptos o de tan escasas luces que no podían sino hacer caer en la fosa a los que caminaban por sus pasos. Es verdad que los grandes movimientos del Estado apaciguados ya en el reinado de Enrique el Grande, los Obispos apoyados en su autoridad tomaron las medidas más propias para detener el mal y

devolver a la Iglesia su antiguo esplendor. Se reunieron Concilios Provinciales; se tuvieron Sínodos; se formaron estatutos y reglamentos llenos de sabiduría y de luz. Pero estos remedios con tanta frecuencia empleados con éxito, no produjeron entonces más que escasos efectos, ya porque el mal había echado raíces demasiado profundas, ya porque aquellos a quienes se quería sanar predicaban por principios, y que hombres sin pruebas y sin examen de su vocación pasaban en el espacio de pocos meses, del tumulto y de la licencia de los Colegios, al eminente grado del Sacerdocio; apenas eran capaces de reflexionar en serio sobre la grandeza de su estado, y convencerse de que lo que tan sólo es una falta ligera en un Seglar, es algo de gran consideración en un Eclesiástico [Abelly, in 4. p. 3]. Así a pesar de las tentativas y de los esfuerzos de un gran número de Prelados, el Sacerdocio de JC estaba sin honor; los sacerdotes eran despreciables y despreciados; y este Ministerio glorioso, que es la obra maestra del amor y del poder de un Dios, había caído en un descrédito tan general que tratar de Sacerdote a un hombre de clase era hacerle un insulto: este nombre tan grande, tan respetable, llevaba consigo una especie de mancha, y *no se empleaba casi ya en el mundo, sino para expresar a un ignorante y a un vicioso*. [Vie du P. de Condren, I.2.c.8. Edic. de 1657].

Pero como el hambre que azota a las Provincias siempre se hace sentir más en los pobres y en los habitantes de los campos, fueron también ellos lo que tuvieron más parte en la humillante esterilidad que afligía a la Iglesia de Francia en los desgraciados tiempos de que hablamos. Sus necesidades eran extremas, y nadie pensaba en aliviarlas. Las Predicaciones y los Catecismos tan útiles, cuando se hacen bien, no estaban apenas en uso. Los Párrocos de los burgos y de los pueblos, atentos a la paga del diezmo, parecían en general haberse olvidado de los que les proporcionan el alimento del cuerpo tienen derecho a esperar de ellos el alimento espiritual. La ignorancia de las cosas de la salvación era tan profunda que un gran número de Cristianos [Abelly, ibid. P.4], apenas conocían que había un solo Dios. En cuanto a los Misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación, cuya fe explícita es absolutamente necesaria para todos los Fieles, no se les explicaba casi nunca: y no andaban mejor instruidos en lo que se refiere a los Sacramentos ni a las disposiciones con las que se debe acercarse a ellos. Así el Cristianismo no era para la mayor parte de los que hacían profesión de él, nada más que un título sin realidad. La Fe se apagaba día a día, y aunque estuviera más iluminada en las Ciudades, que de ordinario encuentran en la multitud y las luces de los Ministros del Evangelio, recursos más abundantes, era tan estéril que no se veías en ella casi ninguna señal de esta caridad tierna y generosa que se da a conocer por las obras. Los deberes de los ricos con relación a los pobres eran ignorados en la práctica. La limosna de la viuda del Evangelio ocupaba el lugar de toda limosna en aquellos seglares incluso cuya fortuna era la más cómoda. [ibídem]. Si de vez en cuando alguien iba más allá, su acción pasaba por extraordinaria.

Tal y más dolorosa era la situación de las cosas, cuando Dios que en su cólera trae el recuerdo de sus misericordias, hizo que naciera en un rincón de las Landas de Burdeos un hombre que, a pesar de la bajeza de su condición debía un día dar a la Iglesia y al Estado, servicios señalados, reparar las ruinas del Santuario, poblar la Casa del Señor de Ministros fieles, apartar de las dignidades Eclesiásticas a aquellos para quienes la ambición y el nacimiento ocupaban el lugar de los méritos; formar santas Academias, donde con un plan más hermoso que el de los guerreros, a los que el celo de la gloria de Dios los consume, aprendieran el difícil oficio de salvar a los pueblos salvándose a sí mismos; establecer una nueva Compañía de hombres celosos e infatigables, que consagrados principalmente al servicio de los pobres y de los miserables, no tuvieran en común más que las funciones más

duras y más ingratas del Ministerio; inflamar a aquellos dignos Obreros con el fuego del que él mismo se sentía devorado, y enseñarles a correr con gozo, como lo hicieron a sus órdenes, no sólo en los extremos del Reino, sino también en Irlanda, Escocia, Islas Hébridias, Italia, Polonia, Berbería, y hasta bajo la Zona Tórrida en la Isla de Madagascar, donde la mayor parte de estos hombres Apostólicos, Mártires de la caridad debida a Dios y al prójimo, han acabado su carrera bajo el peso del trabajo y de las perfecciones.

Estas grandes acciones que vamos a detallar en la Historia de Vicente de Paúl, serían más que suficientes para inmortalizar su memoria y hacer precioso su nombre a todos aquellos que sienten algún amor por la Iglesia de JC pero no se detuvo ahí. Si las necesidades espirituales de los pobres fueron el primer objeto de su celo y de su caridad, él no descuidó sus necesidades temporales: y el Lector Cristiano verá con un placer mezclado de sorpresa y admiración, la Lorena, la Picardía, la Champaña, o más bien Francia entera, encontrar en los cuidados y actividad de un hombre pobre por estado y por elección, recursos que no habían hallado ni en la abundancia de los ricos, ni en los tesoros de los Reyes. Reconocerá el dedo de Dios en los auxilios que un sencillo Sacerdote ha procurado a los huérfanos, a los forzados, a los enfermos, a los ancianos, y a un mundo de pobres de toda edad, sexo, nación y condición, y hasta de toda Religión. Admirará la bendición singular que el padre de familia ha repartido sobre las grandes empresas de un siervo fiel; no sólo dándoles durante su vida un éxito más allá de sus esperanzas, sino también continuándolas después de su muerte, bien por intermedio de una Asamblea de Damas ilustres, que se transmiten de edad en edad el espíritu de misericordia y de compasión que Vicente les ha comunicado o por medio de esta nueva y numerosa Compañía de Vírgenes que ha alumbrado en JC y que prefieren el humilde nombre de siervas de los pobres a todos esos títulos gloriosos fomentan la ambición y que adora la vanidad. Pero es hora de entrar en ese detalle tan glorioso para nuestro Santo, tan consolador para la Iglesia y tan capaz de edificar a los que lo lean con la rectitud y sencillez de corazón.

Vicente nació el martes después de Pascua el día veinticuatro de abril del año de 1576, en una pequeña aldea de la Parroquia de Pouy, en la Diócesis de Acqs, hacia los Pirineos. Su padre se llamaba Guillaume de Paul y su madre Bertrande de Moras. Su fortuna se hallaba en ese estado medio, que no es una extrema necesidad ni una mediocridad cómoda. [año 1576, y ss. Nacimiento de S. Vic. de Paúl y su educación. Proces. can. 1713. p. I]. Tenían por todo bien una casa y algunos trozos de tierra que hacían fructificar con sus manos. La piedad, el candor y la inocencia de las costumbres reemplazaban ante Dios lo que faltaba de la fortuna ante los hombres. Un trabajo asiduo unido a una vida muy frugal ocupaba el lugar de un patrimonio más abundante, y los colocaba en estado de no servir de carga a nadie, y hasta de auxiliar a quienes eran más pobres que ellos mismos.

Dios bendijo su matrimonio y les dio seis hijos, dos niñas y cuatro niños. Vicente era el tercero y en una familia en la que se sacaba partido de todo, fue como sus hermanos empleado en los trabajos de la vida campestre. Su ocupación principal fue la del joven David. Como él, fue destinado a cuidar del rebaño de su padre; y como las cosas más indiferentes se cambian en bien para los elegidos, Vicente, a ejemplo del Rey Profeta, obtuvo de su primera condición dos ventajas, la vigilancia y la humildad. Los cuidados que había tenido de un pequeño número de animales sin razón, le enseñaron a una edad más avanzada el celo, los miramientos y la ternura de la que debía usar para con este otro género de rebaño, que el hijo de Dios se había conquistado con su Sangre. La bajeza de este primer estado que él no olvidó nunca fue el principio y la fuente de esta humildad profunda que ha

sido su virtud favorita, y que las distinciones más señaladas ni los aplausos más capaces de conmover no alteraron nunca

Una vez que el joven Vicente fue capaz de mostrar sus inclinaciones, dio a entender que la mano de Dios le volvía hacia el bien. La que se mostró la primera fue un gran amor por los pobres y una extrema facilidad para enternecerse con las miserias del prójimo. Hacía a los que sufrían todos los pequeños servicios que podía prestarles. Se hubiera dicho que la misericordia había nacido con él. Él daba muy poco porque no tenía casi nada: pero lo daba todo, y es mucho. Cuando volvía del molino con la harina destinada a la subsistencia de la pequeña familia, si se encontraba con pobres por el camino, abría el saco y les daba unos puñados, cuando no tenía ningún otro medio de socorrerlos. Su pan, sus ropas incluso ya no eran suyas cuando algún desdichado las necesitaba; las repartí o daba sin deliberar. Se advierte ante todo que, habiendo reunido en una ocasión poco a poco hasta treinta sueldos, suma bien considerable en su caso, sobre todo en un tiempo y en un País donde el dinero era muy raro, se lo dio todo a un pobre que le pareció más abandonado y más indigente. Una acción tan generosa, a una edad que es por naturaleza tenaz, y en la que se prefiere mucho más recibir que dar, impresionó a cuantos la conocieron. No hay duda de que fue muy agradable a quien recompensa un vaso de agua fría dado en su nombre; y se puede creer que la elección que Dios hizo de él después para aliviar a un número casi infinito de necesitados, fue su recompensa.

El buen corazón no fue solamente la cualidad que se vio en Vicente durante sus primeros años. La penetración y vivacidad de su espíritu, atravesaron bien pronto las tinieblas de su educación. Guillermo de Paúl reconoció que con disposiciones tan favorables su hijo podía hacer algo mejor que apacentar los animales. Tomó una decisión, y resolvió mandarle a estudiar. La idea del gasto le desanimaba un poco; pero la esperanza de verse un día recompensado le tranquilizó. Veía en su puerta a un hombre de una condición bastante parecida a la suya, que llegado a Sacerdote, y luego a Prior, había mejorado a sus hermanos con las rentas de su Beneficio. Creyó buena y sencillamente que su hijo tendría la misma conducta, y no dudó un momento que aquel joven ya tan celoso para el socorro de los necesitados, no comenzara por su familia. Se equivocaba mucho. Vicente no puso nunca límites a su caridad. La historia de su vida es una prueba continua de ello; pero siempre estuvo persuadido de que hay sacrilegio en servirse de los bienes Eclesiásticos para alimentar a sus parientes y hacerles salir de un estado en el que Dios los quiere, y fuera del cual no tiene costumbre de santificarlos. Por este principio del que nunca se apartó, un Párroco de su País llegado a verle mucho tiempo después en París, y habiéndole rogado que hiciera algo por sus parientes, cuya fortuna seguía siendo mediocre, Vicente le preguntó si eran más pobres que antes y si el trabajo de sus manos no bastaba ya para llegar a subsistir de una manera conforme a su condición. El Párroco de acuerdo con que continuaban viviendo como siempre habían vivido, nuestro Santo le agradeció por la bondad que tenía por ellos: y le hizo al mismo tiempo comprende el género de caridad que le proponía no podía atraer la bendición de Dios ni sobre él ni sobre su familia. Le demostró por el ejemplo de aquel Prior mismo del que acabamos de hablar, que se había agotado en enriquecer a sus parientes con los bienes del Santuario, y le contó que aquella gente tras disiparlo todo durante la vida y después de la muerte de su bienhechor, habían caído en un estado más lastimoso que aquel del cual se había esforzado en sacarlos. Y siempre será así, añadió, porque el trabajo de los que quieren construir la casa, resulta inútil cuando Dios no la construye con ellos. Así el objeto que el padre de Vicente tenía ante sus ojos, cuando destinó a su hijo a los estudios, fue precisamente aquel del que este santo hombre estuvo

siempre más alejado. Tan cierto es que Dios se sirve de todo para llegar a su fin, y que sus pensamientos son, como nos lo dice él mismo, muy diferentes de los de los hombres.

El joven Vicente de Paúl tenía doce años cuando su padre se resolvió a mandarle a estudiar. Le pusieron de pensión en los PP. Franciscanos de Acqs, que se habían encargado de la educación de un número de jóvenes, a quienes formaban en la ciencia y en la piedad. Sus maestros se sorprendieron tanto del ardor con que devoró las primeras dificultades de la gramática, como del éxito que Dios concedió a su trabajo. Pero admiraron todavía más su piedad, su prudencia, la pureza de sus costumbres. Le proponían como modelo a todos sus condiscípulos, y en todas las ocasiones hablaban de él con esa complacencia tan natural en los maestros cuando ven fructificar las penas que se toman para ve avanzar a sus alumnos. En cuatro años el santo joven se hizo capaz de instruir a los otros. El sr de Comet, célebre Abogado de la ciudad de Acqs, y juez de Pouy, quedó tan impresionado por el informe ventajoso que el Guardián de los Franciscanos le dio que le rogó fuera a su casa para ser Preceptor de sus dos hijos. Vicente no se perdió la ocasión de aceptar este pequeño puesto. Entraba en una casa de piedad, aliviaba a sus padres, no costándoles ya nada, y podía así continuar sus estudios en Acqs. Allí los continuó en efecto durante cinco años. Su modestia, su prudencia, su madurez muy por encima de su edad, hicieron pensar a los se hallaban más al alcance de examinar su conducta, que una lámpara cuya luz estaba ya tan viva no debía permanecer por más tiempo oculta debajo del celemín y que podría muy útilmente servir en la Casa del Señor hombre. Se decidió pues a Vicente a consagrarse más particularmente a Dios, abrazando estado Eclesiástico. Él consintió al fin, y recibió el 20 de diciembre de 1596 la Tonsura y las Órdenes menores, de manos del sr Obispo de Tarbes, en la iglesia Colegial de Bidache, en la diócesis de Acqs, teniendo la edad de casi veintiún años.

El compromiso que hizo entonces con Dios, obligándose a considerarle en adelante como su única herencia, no fue en él, como en tantos otros, una vana ceremonia donde las expresiones de la boca son desmentidas por el lenguaje del corazón. No consideró el progreso alcanzado hasta entonces en la ciencia y en la virtud más que como un ensayo de los que debía hacer en el futuro. Para lograrlo, comenzó por salir de su País, y con el consentimiento de su padre, que realizó un segundo esfuerzo para secundar las intenciones de un hijo que le era tan querido, se fue a Toulouse, para hacer allí su carrera de Teología. No podemos decidir si el viaje que hizo a Aragón precedió al comienzo de sus estudios en Toulouse. Lo que es seguro es que estudió por algún tiempo en Zaragoza; pero no permaneció allí por mucho tiempo. La división que existía entre los Profesores de esta famosa Universidad en el asunto de la ciencia media y los decretos predeterminantes, después de dividir las mentes, agriaba los corazones, como sucede con tanta frecuencia. Vicente que sentía un horror hacia esta clase de disputas, en las que la caridad pierde mucho más de lo gana la verdad, se volvió a Francia y comenzó o continuó sus estudios Teológicos en Toulouse. No descuidó nada para lograrlo, pero si tuvo grandes éxitos, hemos de confesar que no fue sin gran trabajo. Como no era rico, se vio obligado, en lugar de descansar un poco durante las vacaciones, a retirarse a la Ciudad de Buset, y a encargarse allí a la educación de un gran número de niños de clase. Los padres se los confiaban de buena gana a un hombre cuta virtud y capacidad eran reconocidas públicamente. Se los enviaban hasta de Toulouse; y la nueva pensión fue tan floreciente que en poco tiempo estaba compuesta de todo lo mejor y más distinguido de la Provincia. Vicente tuvo entre otros como alumnos a dos resobrinos de aquel famoso Jean de la Valette, Gran Maestre de la Orden de S. Juan de Jerusalén, que unos 40 años antes se había

convertido en el terror del Imperio Otomano, y quien había llegado a la cumbre de su gloria defendiendo con quince mil hombres la Isla y la ciudad de Malta contra un ejército de ciento cincuenta mil combatientes. El Duque de Epernon pariente próximo de estos dos jóvenes Señores, vio algo tan sabio y tan grande en el modo como Vicente los había educado que concibió hacia él una estima muy particular. Eso no fue todo, como era todopoderoso en la Corte, quiso algunos años después procurar un Obispado al S. Sacerdote, cuya reputación aumentaba cada día. Es lo que el sr de S. Martin, Canónigo de la Iglesia de Acqs, antiguo e íntimo amigo de Vicente, y quien le ha sobrevivido, ha declarado después de su muerte.

Vicente no perdía de vista su principal intención; quería, a toda costa, terminar su carrera, y hacer un estudio sólido de Teología. Con esta intención regreso a Toulouse con sus Pensionistas. Maestro y discípulo a la vez, no debía de disponer de tiempo para sí después del que empleaba en la educación de sus alumnos. Pero se encuentra siempre, cuando se quiere en serio. Vicente se acostaba tarde, se levantaba temprano, no conocía ni la ociosidad ni las diversiones que la indolencia tiene como un alivio necesario: con esta sabia disposición hizo cara a todo, e instruyó a los demás, sin cesar de instruirse a sí mismo. Hizo siete años de Teología después de los cuales siendo recibido Bachiller, tuvo poco tiempo después el poder de explicarlo y explicó en efecto el segundo Libro del Maestro de las Sentencias. Es tal vez por esta razón por la que los Señores de Santa Marta en el Catálogo de los Abates de S. Leonard de Chaume le otorgaron la calidad de Doctor en Teología. Al menos no hemos podido recobrar hasta ahora los Certificados de Doctor.

Como los que no están al tanto de la antigua práctica de las Universidades podrían sorprenderse por que atribuimos a un simple Bachiller una función que está hoy reservada a los Doctores, es justo hacerles ver que el modo de enseñar las escrituras y la Teología ha sido hasta los comienzos del último siglo muy diferente del que practica en nuestros días. Se otorgaba el título de Doctor solamente a los que habían explicado o las santas Escrituras o al maestro de las Sentencias. Eran Bachilleres de una capacidad reconocida los que estaban encargados de lo uno y de lo otro. Los primeros se llamaban *Baccalarii Biblici*, y los segundos, *Baccalarii Sententiarii*. En los primeros tiempos no se dictaban Cuadernos y se pronunciaban las Explicaciones, después de aprenderlas de memoria. Este método cambió al menos en París hacia mediados del siglo quince y sobre las representaciones del cardenal de Estouteville, se permitió a los Bachilleres tener un Cuaderno delante cuando explicaban. Como los escolares no escribían entonces más que lo que podían atrapar, lo que se llamaba *Reportata*, o *Reportationes*, se pensó en adelante que era más conveniente dictar y explicar. Los dictados se llamaban *Postilla*, porque iban a continuación de un Texto o de la Escritura, o del Libro de las Sentencias, y se daban lo mismo que las Explicaciones por Bachilleres. Hace más de un siglo que este método no está ya en uso entre nosotros; por lo común hoy ya no hay más que Doctores que enseñen en las Universidades.

A esta digresión que nos ha parecido conveniente, uniremos una reflexión que sigue naturalmente del hecho que acabamos de referir y que será confirmada por un gran número de otras que nosotros expondremos a continuación: es pues muy falso que Vicente de Paúl sea un hombre sin estudio, sin ciencia y sin capacidad, como lo ha publicado un Escritor, que casi hasta su muerte ha desgarrado por igual no sólo la majestad del Trono y la dignidad de la Tiara. Este juicio injusto no sorprenderá a los que conocen el espíritu de los partidarios del error. Pretendidos árbitros del mérito y de los talentos, los distribuyen a su gusto. Si se piensa como ellos, se está siempre seguro de un lugar distinguido, y se llega a veces por un momento o un hombre lleno de luces, o un Santo de primer orden. Si se piensa

distinto, no se sirve para nada; apenas se dispone del sentido común, se ignoran las grandes máximas de la Religión; y si se conoce la gracia de JC es sólo para perseguirla. Sobre este principio verificado por la experiencia, Vicente de Paúl debía ser muy maltratado. Lo fue en efecto; y se puede leer sin indignación el relato de los excesos en los que se han dirigido contra uno de los mayores hombres que Dios haya concedido a su Iglesia en los últimos tiempos. Pero el juicio del sr de Bérulle, del Obispo de Belley, de S. Francisco de Sales, del gran Condé, de los Señores de Lamoignon, o más bien de todo lo que su siglo ha tenido de más ilustre y más esclarecido, le resarce de una estima frívola que no hubiera podido merecer sin crimen. Es en efecto, por poca buena fe que se tenga, se estará de acuerdo en que sería sorprendente que nuestro Santo no hubiera podido adquirir sobre las disputas del tiempo el concepto tan vivo, el trabajo tan continuo y tan constante, y que en cualquier otro género ha sabido ejecutar tantos proyectos, que los más grandes genios no se habían tan siquiera atrevido a formular. Pero renunciemos para siempre a estas discusiones que no son nunca más desagradables que cuando la injusticia las hace necesarias. Dejemos a los Griegos, decía el Orador Romano, la costumbre indecorosa de cargar de injurias a aquellos contra quienes disputan, y de pasar de la censura de los sentimientos a la crítica de los que los sostienen. *Sit ista Graecorum... perversitas, qui maledictis infestantur eos a quibus de veritate dissentiunt* (Sea esta la perversión de los Griegos, quienes persiguen con maldiciones a los que disienten en la verdad. -N de la trad.-).

Por mucho ardor que pusiera Vicente por el estudio de la Teología durante los siete años de que acabamos de hablar, no se había entregado a él hasta el punto de contraer ese espíritu de languidez, que causa brechas a la piedad que la ciencia más extensa no puede reparar. El deseo que tenía de aprender estuvo siempre subordinado al deseo que tenía de santificarse. Así para unirse más estrechamente a Dios, recibió en la Iglesia Catedral de Tarbes las dos primeras Órdenes sagradas. Tomó el Subdiaconado el 19 de septiembre del año 1598 y el Diaconado tres meses después. El Sacerdocio, después del cual tantos otros corren con una especie de furor, le espantaba; y aunque el sr Jean Jacques du Sault su obispo, le hubiera otorgado una Dimisoria para el sacerdocio, el 13 de septiembre del año siguiente, no lo recibió sino un año después, es decir el 23 de septiembre de 1600, y fue el sr François de Bordeils, Obispo de Périgueux, quien se lo confirió en la Capilla de su Castillo de San Julián. Guillermo de Paúl que fundaba en él tan grandes esperanzas, no tuvo siquiera el consuelo de verle Sacerdote. Dios dispuso del padre más de un año antes de la Ordenación de su hijo. Pero este buen anciano dio, antes de morir, nuevas pruebas de su ternura para Vicente y ordenó en su Testamento –el 7 de febrero de 1598- que no se ahorrara nada para hacerle continuar sus estudios; y le repartió, en cuanto la justicia pudo permitirselo, como a hijo bien querido. La muerte de un padre tan querido, no pudo dejar de ser sensible a un hijo de quien la gratitud fue siempre el carácter; y sólo le consoló la esperanza de poder ofrecer pronto para el descanso de su alma la Víctima adorable que borra los pecados del mundo. No se ha podido hasta el presente saber con toda seguridad ni el día ni el lugar en que ofreció por primera vez este augusto Sacrificio. Una antigua tradición de la ciudad de Buset dice que celebró su primera Misa en una Capilla de la santísima Virgen, que está al otro lado del Tarn, en lo alto de un monte, entre los bosques. Este lugar aislado y solitario debía al menos ser muy del gusto de nuestro joven Sacerdote: pues se le ha oído decir alguna vez que se sintió tan asustado por la grandeza y la majestad de esta acción muy divina, que no teniendo el valor de celebrar en público, escogió, para hacerlo con menos turbación, una Capilla apartada, donde se encontró solo, con un sacerdote para asistirle según la costumbre, y un Clérigo para servirle. Qué lección para tantos nuevos sacerdotes,

que menos virtuosos de lo que era Vicente de Paúl, nunca parecen más disipados que ese día precioso en que deberían entregarse por completo al amor, al pavor y al más profundo recogimiento.

Apenas era Sacerdote cuando las personas más esclarecidas le creyeron capaz de ser Pastor; y aunque ausente, fue nombrado para la Parroquia de Tilh que era una de las mejores de Acqs. El sr de Comet su ilustre amigo la solicitó para él, pero sus méritos la solicitaron más todavía; y los Señores Vicarios Generales que estaban mejor que nadie informados de su celo, de su piedad y de sus talentos, tuvieron a bien procurársela [1600 o 1601]. Pero se la discutieron por un Competidor [se llamaba S. Souvé], quien la había conseguido en la Corte de Roma. Vicente que sabía ya que un siervo de Dios no debe amar los Procesos, sacrificó de buena gana su derecho y sus pretensiones. No hubiera abandonado los estudios sin mucha pena; su abandono le dejó la libertad de continuarlos: los continuó en efecto con todos los éxitos que ya hemos dicho.

Unos meses después de terminar su carrera de Teología, partió para Burdeos. El motivo de este viaje fue, como escribió más tarde, un asunto que pedía grandes reservas, y *que no podía declarar sin temeridad*. Es todo cuanto hemos podido saber de cierto. Con todo se puede creer con el Autor del Compendio Italiano de su Vida, que tuvo una entrevista con el Duque de Espernon, quien, como muchos otros, le juzgaba capaz de los primeros empleos, y que para procurárselos, sólo necesitaba de su consentimiento. Sea como fuere, ya que no tenemos aquí sino conjeturas que presentar, apenas estuvo Vicente de regreso a Toulouse, cuando se vio obligado a hacer un nuevo viaje que duró con toda seguridad mucho más tiempo de lo que había creído; y que fue para él el colmo de la desgracia, si los Servos de Dios no supieran mostrarse superiores a las más inoportunas revoluciones, y encontrar su gozo y su consuelo en cumplimiento de las órdenes más rigurosas de la Providencia. Así es cómo sucedió la cosa.

Una persona de piedad y de condición, que sabía estimar los dones de Dios y que admiraba desde hacía tiempo la virtud de Vicente de Paúl, le instituyó su heredero. Es la primera noticia que tuvo al llegar a Toulouse; y en el estado en que se hallaba, no le debió resultar indiferente. Al darse cuenta que como consecuencia de esta sucesión mil doscientas o mil quinientas libras, de un hombre que para no pagarlas se había retirado a Marsella; se trasladó allá, y como no era de esos corazones inflexibles que no conocen la misericordia, se contentó con trescientos escudos. Hay lugar a pensar que nunca se había visto tan rico. Su buena fortuna no duró mucho tiempo, y pronto supo lo que la experiencia de un millón de otros no nos enseña lo suficiente, que no hay a menudo más que un paso entre el estado más feliz y la desgracia más abrumadora.

Como estaba para partir y listo para volver por tierra a Toulouse, un gentil hombre de Languedoc con quien se había alojado, le invitó a emprender con él la vía del mar hasta Narbona. Era el mes de julio, la estación no podía ser más hermosa; el tiempo era lo más propio para la navegación, y el mismo día se contaba con llegar al término. Vicente se rindió a sus razones; en parte por complacencia, parte para abreviar su viaje y disminuir los gastos, se embarcó. Un viento fresco hizo desaparecer pronto las costas de Marsella, y continuó siendo tan favorable que toda la tripulación se creyó cada vez más el trayecto no iba a durar más de un día, que es de cincuenta leguas y que llegarían temprano a Narbona. Dios había arreglado las cosas de una manera diferente, y no hay ni consejo ni prudencia que pueda resistir contra sus designios. El mal vino por el lado que menos se esperaban. La Feria Beaucaire, que es una de las más hermosas del mundo, no hacía más que comenzar (el 22 de julio). Las riquezas de Oriente que los Comerciantes de África y de Asia llegan a

intercambiar por las de Europa constituyen un cebo para los Corsarios, y ellos cruzan, en este tiempo más que en otro, el Golfo de Lyon, para apoderarse de todo lo que pueda servirles de utilidad. Por medio de ellos quiso Dios probar la fidelidad de su servidor. Tres Bergantines Turcos atacaron la pequeña Embarcación que él había abordado. Aunque la partida fuera desigual, los franceses no pensaron oportuno rendirse, hicieron fuego sobre estos indignos Piratas, mataron a cinco o seis forzados, y a uno de los que estaban a la cabeza. Pero al fin la justicia y el valor sucumbieron bajo la multitud, y los turcos después de matar a algunos de los nuestros y herir a todos los demás, se hicieron dueños de la barca que los llevaba. Vicente que había recibido un flechazo del que se resentía aún al cabo de los años, tuvo el dolor de ver hacer pedazos a su piloto. Fue el primer acto de justicia que ejercieron estos nuevos dueños. Encadenaron luego a sus prisioneros, y después de vendarles muy ligeramente sus heridas, *prosiguieron su ruta*, y continuaron su bandidaje durante siete u ocho días, contentándose con despojar de sus bienes a los que se entregaban a ellos sin presentar combate, pero privando de los bienes y de la libertad a los que se esforzaban en resistirles. Finalmente cargados de botín y de mercancías, emprendieron la ruta de Túnez, ciudad construida de los restos de la antigua Cartago, famosa por la muerte de S. Luis. Allí es adonde transportaron su captura. Para impedir que fuera reivindicada por el Cónsul que el Rey de Francia tiene costumbre de mantener en ese País bárbaro, presentaron un Proceso Verbal *de su captura* en el que se decía que la habían hecho sobre un Navío Español. Una mentira no les sale muy cara a Corsarios; y no les importa mucho en Túnez exagerarla cuando sólo perjudica a cristianos: de esta forma nuestros piratas fueron creídos por su palabra y no pensaron más que en deshacerse de su mercancía: con este nombre los hombres son tratados como animales. La manera como proceden a la venta de los esclavos tiene algo que anuncia a éstos el rigor de su condición. *Comenzaron*, son las propias palabras de nuestro Santo las que voy a copiar, porque son de una sencillez encantadora; *comenzaron por despojarnos de nuestras ropas. Dieron luego a cada uno un par de calzones, un sobretodo de lino con un gorro y nos pasearon por la ciudad de Túnez, a donde habían venido expresamente para vendernos. Habiéndonos hecho dar cinco o seis vueltas a la ciudad, con la cadena al cuello, nos volvieron a llevar al barco, con el fin de que los compradores vinieran a ver quién podía comer bien, y quién no, y para enseñar que nuestras heridas no eran mortales. Hecho esto, nos volvieron a llevar a la Plaza, donde los compradores vinieron a visitarnos, lo mismo que se hace en la compra de un caballo o de un buey, haciéndonos abrir la boca para vernos los dientes, palpándonos los costados, sondeando nuestras heridas, y haciéndonos andar al paso, trotar y correr, luego levantar pesos, y después luchar para ver las fuerzas de cada uno, y mil otra clase de brutalidades.*

Vicente fue comprado en primer lugar por un pescador: pero al darse cuenta éste en seguida de que el aire del mar era muy contrario a su esclavo, se vio obligado a deshacerse de él, y se lo revendió un mes después a un viejo Médico Alquimista. El Santo pasó de un extremo al otro con este nuevo amo; y en lugar de pasarse todos los días en el mar con su pescador, se encontró en casa de su Médico obligado a mantener *el fuego de diez o doce hornos*. Hacía cincuenta años que este anciano trabajaba en la Piedra Filosofal; y según el método de los que están muy ocupados de un objeto, la Química, y la conversión de loo metales, ocurrían en todas sus conversaciones. Vicente habla de él como de un hombre que sabía cosas sorprendentes en todo género. Hacía a fuerza de resortes hablar a una cabeza de muerto; lo que en un País rústico le daba el relieve de un hombre que tenía íntimas comunicaciones con Mahoma. Pero sabía algo mejor y más ventajoso el importante secreto

de curar afondo a los que estaban atacados de la piedra y otras enfermedades parecidas. Él trató siempre a su cautivo con mucha humanidad. Le ofreció cien veces compartir con él sus bienes y sus más hermosos conocimientos, con esta sola condición, que renunciara al Evangelio para abrazar la Ley del Profeta de los Musulmanes. Pero este digno sacerdote de JC prefirió llevar sus cadenas que verse libre de ellas a este precio; y él no habría tenido por nada la conquista del mundo entero, si para lograrla, hubiera tenido que sacrificar su alma. Puso en Dios su confianza, redobló sus oraciones, se esforzó en animar la tierna devoción que había tenido en su infancia por la santísima Virgen; y lleno de esperanza en quien retira, cuando le place, de las puertas de la muerte a los que ha dirigido, no se creyó destinado a morir en una tierra extranjera.

1606. Hacía ya casi un año que este segundo amo había comprado a Vicente de Paúl, cuando Achmet I, informado de sus talentos, le mandó órdenes de dirigirse a Constantinopla, para *trabajar allí para él*. Nuestro Santo debió sentirse sensiblemente afligido. Un esclavo que no está absolutamente mal, no puede ganar por lo común al cambiar de amo. Se perdía uno que era por naturaleza dulce, moderado y que *le quería mucho*. El infortunado Médico abrumado bajo el peso de su propia reputación que le obligaba a abandonar su patria a una edad avanzada, se murió de pena en el viaje. Dejaba un sobrino en Túnez; y como los esclavos forman parte de los bienes de quien los posee, Vicente le tuvo por su tercer amo. Pero no siguieron juntos por mucho tiempo. Corrió la noticia de que el sr de Breves, Embajador del Rey Cristianísimo, había pedido en nombre de este Príncipe y obtenido del Gran Señor la libertad de todos los esclavos Franceses. Esta noticia que, como nos lo recuerda un historiador de aquel tiempo estaba bien fundada, puso la alarma entre los Tunecinos. Vicente cambió pues una vez más de patrón; y la Providencia pareció tratarle con más rigor que hasta entonces. Cayó en las manos de un renegado originario de Niza en Saboya: es explicar en dos palabras el colmo de la desdicha. En general los turcos no quieren a los cristianos: pero los apóstatas los detestan; son sus enemigos más crueles porque encuentran en su fidelidad hacia Dios una censura perpetua de su infame deserción.

Este nuevo amo, *enemigo de naturaleza*, como le llama nuestro Santo, se lo llevó a su Temat; así se llama la propiedad que tiene el valor como Granjero del Príncipe. Este Temat estaba situado en la montaña, en un lugar *extremadamente cálido y desierto*. Vicente trabajaba allí la tierra y debía naturalmente creerse más que nunca alejado de su libertad. Estaba sin embargo más cerca de lo que pensaba; y la ruta que parecía apartarle de ella para siempre, fue la misma de que Dios se sirvió para llevarle a ella poco a poco. El Renegado tenía tres mujeres: una de ellas era Griega Cristiana, pero Cismática; la otra era Turca de nacimiento y Religión: Vicente no califica a la tercera. Fue la segunda la que sirvió de instrumento a la misericordia de Dios. Ella vio en la modestia y la paciencia de su esclavo algo grande a los que no estaba acostumbrada. Iba a verle a menudo en el campo donde él trabajaba; y como era al menos tan curiosa como otra cualquiera, le hacía mil preguntas sobre la Ley de los Cristianos, sobre sus costumbres y sus ceremonias. Un día le encargó que cantara las alabanzas del Dios a quien adoraba. Un hombre lleno del espíritu de los Salmos, y a quien las más bellas aplicaciones se presentaban en primer lugar, se acordó sin esfuerzo de aquellas emotivas palabras que dictaba el dolor a los Hijos de Israel cuando estaban cautivos en Babilonia, como él mismo lo estaba en Berbería. ¿Cómo en el abatimiento en que nos hallamos podríamos nosotros repetir aquí los Cánticos que nosotros cantábamos a Jerusalén ¿Cómo cantaríamos las alabanzas del Señor en una región extranjera y bárbara? *Quomodo cantabimus Canticum Domini in terra aliena?* Este

pensamiento hizo correr las lágrimas de los ojos de nuestro Santo: comenzó no obstante a cantar el Salmo: *Super flumina Babylonis*. Y continuó con la *Salve Regina*; y después de algunos otros cantos parecidos que impresionaron en extremo a la mahometana, él le habló de la grandeza y de la excelencia de la Religión Cristiana.

Esta mujer se volvió a su casa encantada y sorprendida por lo que acababa de oír. Descargó su corazón a su marido; le dijo sin rodeos que estaba muy equivocado por haber dejado su Religión, que a juzgar por el relato que Vicente le había hecho, le parecía *extremadamente buena*, y que el Dios de los Cristianos no merecía ser abandonado. Vuestro esclavo, añadió, me ha cantado hoy las alabanzas de este Dios, y me ha agradado tanto escucharle, que no creo que el paraíso de nuestros padres les ofrezca una alegría más sensible que la que he sentido yo al escucharle. Este discurso no tenía nada de adulador para un Apóstata, y una declaración de esta naturaleza sólo podía amargarle. Pero si uno es libre de abandonar su primera vocación, no es dueño de ahogar los gritos de su conciencia: y el pecador más corrompido entiende, a pesar de que tenga, en lo más íntimo de sí una voz importuna que habla más alto que la que golpea los oídos. El Saboyano confuso no dijo palabra. Pero a partir del día siguiente se abrió a Vicente, le aseguró que estaba preparado para escaparse con él, que aprovecharía sin tardar la primera ocasión de embarcarse y que lo prepararía tan bien que esperaba encontrarle en pocos días. *Ese pocos días duró seis meses* enteros: pero al fin llegaron los momentos de la Providencia. El amo y el esclavo subieron los dos a un pequeño esquife. La empresa era de las más aventuradas había que pasar una parte grade del Mediterráneo. Todo era de temer en una barquita así, incapaz por igual de resistir los movimientos del mar o de defenderse contra los Corsarios. A nada que fueran perseguidos o descubiertos, no podían evitar la muerte. El proceso de dos hombres uno hace abjurar del Mahometismo al otro, se cumple pronto, o más bien comienza a unirlos a los dos sin otra forma de proceso. Todos esos peligros no detuvieron a nuestros viajeros. Pusieron sus fuerzas en las manos de Dios, invocaron a aquella a quien la Iglesia da el nombre de Estrella del mar, contaron con su protección, y su esperanza no quedó defraudada, todo les resultó bien; y el 28 de junio, llegaron a Aguas Muertas, desde donde se dirigieron a Aviñón.

El Renegado dio allí señales de la más sincera conversión, y fue reconciliado en público por el Vicelegado Pierre Montorio. Este Prelado que estaba esperando las órdenes de su Santidad para dirigirse a Roma, entretuvo a su lado hasta su partida a Vicente y a su antiguo Patrón: a éste porque quería que lo recibieran en el Hospital de S. Juan de Dios, donde había hecho voto de entrar para hacer penitencia, y a Vicente porque ya sentía por él una estima singular, y porque quería demostrarle señales de ello; partieron algún tiempo después para esta Capital del Mundo Cristiano. Pero antes de iniciar el segundo viaje no podemos dispensarnos de dar a conocer cómo se conoció al primero. Si la historia de la cautividad de Vicente de Paúl tiene algo que llame la curiosidad, la historia, si puedo expresarme así, del modo como se ha descubierto esta triste y gloriosa esclavitud, es muy capaz de aumentar la piedad, y nosotros no podríamos suprimir este importante fragmento sin robar a nuestro Santo una parte de su gloria, y quitarnos a nosotros mismos el consuelo de dar a conocer hasta dónde ha llevado la humildad, y cómo se sobreponía a sí mismo en una edad más madura, él a quien vemos ya tan grande desde el comienzo de su carrera.

Antes de que Vicente partiera de Aviñón para Roma, escribió –el 24 de julio de 1607- al sr de Comet el joven, hermano de aquel célebre Abogado que tanto había querido a nuestro Santo desde su infancia y que había muerto algún tiempo antes. Le pedía que le enviara las Cartas de órdenes y de grados; y como una ausencia tan larga como la suya había sembrado

la alarma entre todos los que le conocían, le hizo relación detallada de todas sus aventuras y de su esclavitud, tal y como lo hemos hecho nosotros. Su Carta fue –en 1658- más de cincuenta años después hallada entre otros papeles más por un gentilhombre de Acqs, que era sobrino del sr S. Martin. Este Gentilhombre que conocía los estrechos lazos de su tío con Vicente, se la entregó en la mano. El sr de S. Martin envió una copia a su antiguo amigo, persuadido de que según el método de los que están en una edad avanzada se rejuvenecerán al leer sus antiguas aventuras.

Aunque el sr S. Martin tuviera una alta idea de la virtud de Vicente, no conocía toda su extensión. Hacía más de cuarenta años que este gran Siervo de Dios no hallaba consuelo sino en el desprecio de sí mismo, la observancia rigurosa de la más profunda humildad. Exacto hasta resultar importuno en publicar y exagerar sus menores defectos, sólo veía las propias miserias, descubría manchas en acciones donde los demás no veían más que virtudes. Todo cuanto le traía el recuerdo de sus trabajos para procurar la gloria de Dios, le resultaba insoportable. Por ello una vez que recibió la copia de su antigua Carta, la arrojó al fuego, y enseguida escribió al sr S. Martin para suplicarle que le enviara el original. Este buen Canónigo abrió los ojos y no se dio prisas en consentir a los deseos de su amigo. Vicente reiteró sus instancias, y seis meses antes de morir, hizo una nueva tentativa, pero tan viva y urgente que hubiera sido difícil resistirla, si Dios que busca la gloria de sus Santos en la medida que trabajan en obscurecerse, no hubiera trastornado sus medidas. *Os conjuro*, decía el Santo en su Carta, *por todas las gracias que Dios ha tenido a bien otorgaros, que me concedáis la de enviarme esta miserable Carta que hace mención de Turquía. Hablo de la que el sr Dages ha encontrado entre los papeles de su señor padre. Os ruego otra vez por las entrañas de J.C. Nuestro Señor que me hagáis lo antes posible la gracia que os pido.*

Quien escribía por Vicente y que conocía perfectamente sus pasos, sintió en primer lugar que una carta que este Santo Hombre volvía a reclamar con tanto ardor, no podía serle desfavorable; sabía que en ese caso bien lejos de suprimirla, habría hecho lo posible por difundirla. Pensó pues con mucha razón que contenía algo que redundaba en su gloria, y que no pedía el original más que para quemarlo como lo había hecho con la copia, para que nadie lo conociera. Por eso mandó deslizarse un billete en la carta misma de nuestro Santo y pidió al sr de S. Martin que dirigiera esta primera carta que Vicente le reclamaba a algún otro que no fuera él, si no quería que se perdiera. El sr de S. Martin, que sabía que se desobedece inocentemente a sus amigos cuando se les desobedece sólo para manifestar las gracias y las misericordias de Dios para ellos, siguió exactamente este consejo. Envío esta carta tan deseada al Superior del Seminario establecido en el Colegio de los Bons-Enfants. Éste tuvo buen cuidado de no advertir a Vicente, quien en efecto nunca supo nada. Sin este piadoso artificio, o ignoraríamos por completo o no sabríamos más que de una manera muy vaga y muy confusa la esclavitud de Vicente de Paúl, la constancia invencible de que hizo gala y el modo cómo se vio libre.

Esta precaución del Santo por sustraer al público el conocimiento de un suceso tan extraordinario debe pasar por la prueba más completa del eminente grado en el que poseía la vigilancia Cristiana, y el talento en moderar su lengua. Mil veces habló, escribió y conferenció sobre los asuntos y la triste situación de los Cristianos cautivos en Berbería: no descuidó nada para procurarles todos los auxilios que dependían de él, logrando que fueran a ayudarlos todos los que estaban en situación de hacerlo, y denunciando con toda la energía de su celo la espantosa situación en la que se encuentran esos miembros afligidos de J.C. En esta clase de ocasiones parece imposible no añadir que no se adelanta más que lo

que se ha experimentado por sí mismo. La historia de nuestras propias desgracias se repite siempre, cuando describimos desgracias parecidas. Un discurso fundado en su propia experiencia llega a tener algo más vivo y más conmovedor. Además, Vicente habría podido dar a su relato ese aire de piedad del que es tan susceptible. Pero todos estos motivos no pudieron llevarle a romper el silencio, y en el proceso verbal de su Beatificación no se halla más que un solo testigo que le haya oído hablar de su cautiverio.

Es incluso moralmente seguro que no le había oído hablar de ello más que en un tiempo en que la memoria era aún reciente, ya que el sr Daulier Secretario del Rey, que sabía además toda esta historia, depuso jurídicamente que él había puesto con toda intención varias veces a Vicente en situación, hablándole o de Túnez o de los que están como esclavos, sin poder sacarle una palabra en relación con su cautividad, o que pudiera incluso dar a entender que esta País no le era desconocido. Él le conocía sin embargo bastante bien, y no se puede dudar que el conocimiento que tenía no haya sido el principio del celo con que se esforzó a los desafortunados a quienes había visto sufrir bajo el peso de sus cadenas, abrumados por un trabajo que sobrepasa sus fuerzas, expuestos a los más crueles ultrajes y, lo que es mucho peor, al peligro continuo de perder la Fe, desprovistos de todo consuelo y reducidos a llorar durante la noche el exceso de su desgracia, porque sería un crimen llorarla delante de los que son su única causa.

Pero es hora de retomar el hilo de nuestra historia y volver a nuestro Santo, que hemos dejado en Roma. Se esforzó en santificar cada momento que debía pasar en esta ciudad célebre, que después de ser por tanto tiempo el centro de la infidelidad y del error, es hoy el centro de la Fe y de la unidad. Mortificó su curiosidad natural, que no fue llamada ni por estos monumentos soberbios, que una largo sucesión de siglos y el furor de los bárbaros parecen haber respetado ni por esos restos fastuosos, cuyas ruinas anuncian todavía la magnificencia de la antigua Roma. Pero en recompensa concedió a la piedad todo cuanto podía mantenerla y aumentarla. Visitó las Iglesias, las Catacumbas, y todos los demás lugares que son más particularmente el objeto de la veneración de los Fieles. Él confesaba treinta años después en una carta que escribió a un Sacerdote de su Congregación, que residía en Roma, *que se sintió sobre manera consolado*, son sus propias palabras, *al verse en esta Ciudad maestra de la Cristiandad, donde se halla el Jefe de la Iglesia militante, donde están los cuerpos de S. Pedro y de S. Pablo y de tantos otros Mártires y de Santos ilustres, quienes en otro tiempo vertieron su sangre y emplearon su vida por J. C. y que se tenía por afortunado de caminar por la tierra que tantos grandes santos habían hollado, y que este consuelo le había enternecido hasta las lágrimas.*

Por dulces que fuesen estas santas ocupaciones para un corazón cuya piedad era tan tierna, Vicente no se limitó a ello. Su pasión por el estudio, que había suspendido su cautiverio, se despertó, y como después de cumplir lo que debía a la Religión y al distraimiento, le quedaba aún bastante tiempo libre, volvió a tratar de cultivar su espíritu y a ampliar sus conocimientos. El Vicelegado le alojaba, le daba su mesa y proveía a su mantenimiento. Le admiraba cada vez más a medida que le conocía mejor, hablaba de él con elogios a todos aquellos a quienes encontraba, y fue eso mismo lo que se lo hizo perder más de lo que hubiera querido. Había por entonces en Roma varios ministros Franceses encargados ante el Papa –Paulo V- de los asuntos del Rey. Los principales eran el Marqués de Brèves, el mismo que dos años antes había pensado sin saberlo terminar la esclavitud de Vicente de Paúl; Denis de Marquemot Auditor de Rota, Charles de Gonzague Duque de Névers, enviado para la Embajada de *Obédience*. Algunos de ellos o tal vez todos a la vez quisieron ver a un hombre de quien el Vicelegado decía tantas cosas buenas. Apareció, le

entrevistaron varias veces, le sondearon, y agradó; creyeron poderse abrir a él, y le encargaron de una expedición importante, que exigía secreto y prudencias, y un hombre, que estando perfectamente instruido pudiera hablar de ello con el Rey, todas las veces que este Príncipe lo tuviera a bien.

Vicente partió pues de Roma y se halló en Francia a principios del año 1609. Tuvo el honor de conversar con el Rey todo el tiempo necesario para el asunto al que le habían enviado. Este gran Príncipe, que sabía juzgar bien de las cualidades del espíritu y del corazón, quedó muy satisfecho de las que descubrió en él, y nadie puso en duda que por poco atento que estuviera a la Corte, no se vería pronto recompensado. Pero Vicente tenía sentimientos más nobles y desinteresados, y profirió vivir pobre entre los brazos de la Providencia que exponerse al aire contagioso de la corte para hacerse rico. Así los que han creído que fue nombrado a la Abadía de S. Léonard de Chaulme por Enrique IV se equivocaron. Fue Luis XIII quien le nombró a la dimisión de Paul Hurault de l'Hôpital, Arzobispo de Aix.

El santo Hombre se retiró pues después de desempeñar su comisión, y cerrando los ojos a las primeras luces de la fortuna, esperó en paz que Dios le manifestara sus designios. Comenzó no obstante por cumplir esa vocación común a todos los cristianos, que consiste parcialmente en prestar al prójimo todos los servicios que se puedan. Tomó un alojamiento en el Faubourg de S. Germain, bastante cerca del Hospital de la Caridad que se había establecido allí ocho años antes. Allí iba con exactitud a visitar a los enfermos, les hacía exhortaciones conmovedoras, y les servía como a sus hermanos con toda la solicitud posible. Esta caridad, a la que no se estaba muy acostumbrados en su tiempo sirvió en adelante de regla y de modelo a mucha gente, y sobre todo al célebre sr Bernard apodado el pobre Sacerdote, que en este género y casi en todo otro ha hecho prodigios hasta el último momento de su vida.

Uno de los primeros conocimientos que Vicente de Paúl hizo en París fue el del sr de Bérulle. Hacía ya mucho tiempo que este gran hombre pasaba por un modelo de la perfección sacerdotal. Su celo por la gloria de Dios, su experiencia en la dirección de las almas, su oposición a todo lo que llevaba el carácter de la novedad, sus éxitos en la conversión de los Herejes le atribuían en todos los lugares el buen olor de Jesucristo. Vicente pensó que el trato de un hombre tan acabado no podía sino serle de gran provecho. Le visitó y estimó tanto como merecía serlo, y se dirigió por sus consejos. El sr de Bérulle conoció muy pronto todo el valor de este nuevo amigo. La caridad formó entre estos dos santos Sacerdotes nudos que no se rompieron nunca. Eran poco más o menos de la misma edad, las inclinaciones eran las mismas, y no tenían otra meta que su propia santificación y la del prójimo, cada uno de ellos había pasado ya por el fuego de la tribulación: por eso estaban los dos en el estado de sostenerse y afirmarse mutuamente. Vicente fue el primero a partir de este precioso conocimiento que tuvo necesidad de consuelo. No hacía un año que estaba en París cuando su paciencia fue puesta a una prueba capaz de hacerle echar de menos las cadenas que había llevado en Túnez.

Estaba alojado con un Juez de un pequeño lugar llamado *Sore*, situado en las Landas, y en el distrito del Parlamento de Burdeos. Como Vicente era del mismo cantón, actuaban uno y otro con la mayor libertad, y alquilaron una habitación común. Habiéndose levantado temprano el Juez de Sore, se fue a la ciudad por ciertos asuntos y se olvidó de cerrar un Armario donde había dejado el dinero. Vicente, que se encontraba algo indispuerto, se quedó en la cama esperando una medicina que debían traerle. El mozo del Farmacéutico habiendo llegado algún rato después para dársela y buscando un vaso en el armario del Juez

que vio abierto, encontró este dinero, se apoderó de él con toda habilidad, y se lo llevó con toda la tranquilidad del mundo. La suma era de cuatrocientos escudos.

El Juez a su regreso, se quedó muy sorprendido, y más afligido aún al no encontrar ya su bolsa. Se la pidió con dolor, y muy pronto con enfado a Vicente de Paúl. Éste que no había visto nada de lo que había pasado y quien le habría costado mucho creer el mal que habría visto, muy lejos de sospechar aquello de lo que no había sido testigo, respondió que él no lo había tomado ni visto tomar. Lo cual fue suficiente para que el Juez redoblara su mal humor. Estalló sin miramientos; el estado pobre de Vicente, su silencio mismo y la paciencia pareciéndole pruebas suficientes. Comenzó por echarle de su compañía, y este trato indigno no fue más que el prelude de una venganza más completa. Tomó todas las medidas posibles para conocer a aquellos con quienes Vicente tenía relación. Se trasladó a sus casas, y allí pintó al santo Varón con los más negros colores. Oyéndole, Vicente no era menos que un hipócrita y un ladrón. Como la abundancia del corazón de este Juez era grande, su boca hablaba sin cesar, y no se agotaba nunca, cuando se trataba de lanzar invectivas contra el pretendido perverso que le había robado su dinero. Un día, entre otros, fue a buscarlo en la casa del sr de Bérulle donde estaba con otras personas de honor y de piedad, y allí renovó sus quejas en los términos más ofensivos. Se dice incluso que llevó el exceso y el escándalo hasta hacerle presentar un Monitorio. Este hecho, si fuera verdad probaría de por sí que en este asunto se conculcaron las Leyes divinas y las Leyes humanas. Sea como fuere, el Siervo de Dios no perdió la paz del corazón. La calumnia, que a juicio del Espíritu Santo, conturba al hombre sabio y debilita su valor y firmeza, no produjo en Vicente de Paúl estos tristes efectos. Puso su confianza en Dios y se contentó con decir que quien le debía juzgar un día conocía la verdad, y en el curso de este asunto que duró mucho tiempo y causó un revuelo espantoso, él se dominó tanto y conservó una igualdad de espíritu tan completa que no hubo lugar a engaños sobre él, a no ser los que quisieron dejarse engañar. Los prudentes y todos los que le siguieron de cerca quedaron tan edificadas con su moderación y su humildad que no sólo no dudaron de su inocencia, sino que estimaron más que nunca su virtud y el talento singular que tenía de tener su alma en la calma y la paciencia.

Aquel de entre todos que más le admiró, si bien un tanto demasiado tarde fue el mismo Juez que le había tratado tan cruelmente. El ladrón que era como él de la parte de Burdeos, volviendo a esta ciudad, fue detenido y puesto en prisión por algún nuevo crimen, verdadero o falso del que fue acusado. Conocía perfectamente al juez de Sore, y el Juez a él. Sabía también que la bolsa que cogió le pertenecía. Presa de los remordimientos de conciencia, que de ordinario se hace oír mejor en el tiempo de la tribulación que en cualquier otro, le envió a pedir que fuera a verle a la prisión y, bien porque no pensó en las consecuencias del paso que quería dar, bien porque creyera no tener nada que temer al dar el paso, le declaró que era él mismo quien había cometido el robo, del que había acusado a Vicente, y le prometió una pronta y entera restitución. El Juez de Sore sintió entonces toda la indignidad de su conducta y la injusticia de las persecuciones que había realizado seis años atrás contra Vicente de Paúl. La alegría de verse a punto de recobrar su dinero le impresionó menos que el dolor de haber ennegrecido la reputación de uno de los más virtuosos Eclesiásticos que hubiera conocido nunca. Oponía sin cesar la paciencia de este santo Varón a sus propios excesos, su moderación a sus Arrebatos, su dulzura constante a sus invectivas continuas, y estaba inconsolable. Para aliviar su pena, se la comunicó a quien había sido la ocasión. Escribió a Vicente una gran carta para pedirle perdón, *le suplicó que le diera este perdón por escrito, y protestó que si no lo hacía, iría en persona a París a*

echarse a sus pies, y pedirselo con la soga al cuello. Son sus propias expresiones las que he creído deber conservar. El Santo Sacerdote le ahorró los gastos y las molestias del viaje; le había perdonado desde el momento mismo que era perseguido con todas las de la ley, ¿habría podido no perdonarle, cuando le vio dar pruebas tan positivas de dolor y de arrepentimiento?

El buen uso que hizo Vicente de la sucia e injuriosa acusación del Juez de Sore –año de 1610- no le impidió reconocer que el trato con los seculares es peligroso para un Ministro del Hijo de Dios, y que no puede apenas vivir con ellos sin salir perdiendo. Esto es lo que le determino a buscar un lugar de retiro donde poder trabajar mejor por su salvación y disponerse a trabajar por la de los demás. Mientras se hallaba ocupado en este plan, se presentó a su virtud una nueva ocasión, que aunque en una especie bien diferente de la que acabamos de relatar, no hizo brillar menos el ardor de su fe y de su caridad. Para mejor conocerla se han de tomar las cosas algo antes y referir ciertos hechos que colocaremos aquí con mayor comodidad que en otra parte.

Cuando Vicente llegó a París, tomó todas las medidas posibles para seguir en el desprecio y la oscuridad. Hasta entonces se le había llamado sr de Paúl; era su nombre de familia, y hubiera podido sin orgullo continuar llevándolo, pero el temor que tuvo de pasar por un hombre de condición se lo hizo quitar. Humilde delante de Dios y delante de los hombres como un criado lo es en la casa de su amo no tomó otro nombre que el de su Bautismo y se hizo llamar sr Vicente, y apenas ha existido otro nombre con el cual haya sido conocido durante su vida. Pasaba en Toulouse por uno de aquellos que eran capaces de dar honor a la Universidad, y era el único en no reconocer sus propios talentos; se esforzó en París en hacer pensar a los demás por su cuenta lo que pensaba de sí mismo; sólo habló de sí como de un pobre escolar, que sabía apenas los elementos de la Gramática. En fin, tenía ya mucha virtud y sin embargo nada temió tanto como pasar por un hombre virtuoso.

Esta nueva manera de presentarse ante el mundo no impidió a los que le examinaron de más cerca hacerle perfecta justicia. No fueron tan sólo Eclesiásticos quienes atravesaron la nube en la que trataba de envolverse, seculares reconocieron también los artificios de su humildad, y le estimaron más porque quería ser menos estimado. Du Fresne Secretario de la Reina Margarita fue de este número. Conoció todo lo que valía, y es él quien ha dado este testimonio, *desde aquel tiempo el sr Vicente parecía muy humilde, caritativo y prudente, que hacía el bien a todos; que no estaba servía de carga a nadie, que era circunspecto en sus palabras, que escuchaba con paciencia a los demás, sin interrumpirlos nunca; y que desde entonces iba cuidadosamente a visitar, servir y exhortar a los pobres enfermos de la Caridad.*

Du Fresne no se limitó a una amistad estéril, hizo cuanto pudo por Vicente, y todo parece que fue él quien le dio a conocer a la Reina Margarita. Esta Princesa que fue la última de la rama de los Valois, había tenido durante varios años una reputación más equívoca: pero había emprendido al disolverse su matrimonio el partido de la devoción: vivía con más dulzura y regularidad de lo que lo había hecho anteriormente, y parecía querer sinceramente recuperar mediante un gran número de obras buenas, y sobre todo limosnas considerables, esos años de licencia y extravío, que tienen que ver en la juventud, pero que impresionan, a pesar de que se tengan, a medida que se avanza hacia la eternidad. La manera favorable con que le hablaron de Vicente le hizo querer verle; y mandó que lo admitieran en su Casa como su Capellán ordinario.

Fue en el curso de este nuevo empleo cuando Vicente dio a conocer la extensión de su fe y de su amor al prójimo. El suceso tiene algo tan extraordinario que yo lo habría suprimido si no estuviera apoyado en pruebas que no admiten ni excepción ni réplica.

Había en la Corte de esta Princesa un célebre Doctor que habiendo sido por mucho tiempo Teólogo, había defendido la Fe contra los herejes con mucho celo y éxito. La Reina Margarita que gustaba de las conversaciones sabias, le había llamado a su lado para disfrutar de vez en cuando de sus charlas. El descanso de que gozaba en este cambio de estado le fue más funesto que el trabajo excesivo que hasta entonces le había abrumado. Una nube oscura, espesas tinieblas surgieron en su mente. Su fe hasta entonces tan luminosa y firme se quebrantó poco a poco. Su corazón se vio pronto enfrentado a todos los síntomas de la infidelidad. La tentación crecía por los mismos medios de los que los demás se sirven para calmarla. El nombre de JC tan propio para animar la confianza, era para él un asunto de pena. No pensaba en él más que con movimientos de furor y de blasfemia que casi no podía detener. Una situación tan violenta acabó pronto en desesperación. El infortunado Doctor pensó más de una vez arrojarse por las ventanas para poner fin a un desgarramiento tan vivo y continuo. Se vieron obligados a prohibirle decir la Misa, decir el Oficio, y hasta hacer ninguna oración vocal. En efecto, una vez que comenzaba a recitar tan sólo la Oración Dominical, el infierno y todos sus espectros se representaban de una forma tan sorprendente a su imaginación que no se conocía ya a sí mismo. Lo inoportuno de sus tentaciones le agotaba, y el desprecio que se esforzaba a veces por hacer de ellas le entregaba a las alarmas más mortales. Sus amigos, entre los cuales estaba Vicente de Paúl, le rogaron que se contentara en el acceso de su mal con volver la mano o el dedo hacia alguna iglesia con una intención general de expresar con este movimiento que no tenía otra creencia que la de la Iglesia universal. Este expediente le resultó tan inútil como los usados anteriormente. Al final la naturaleza sucumbió. La confusión del alma produjo el hundimiento del cuerpo. El Teólogo cayó enfermo. Cuanto más disminuían las fuerzas por un lado más redoblabla la tentación por el otro. El espíritu maligno le asaltó con más furia que hasta entonces, y no dejó nada para inspirarle este odio implacable que siente hacia el Hijo de Dios. Vicente se sintió impresionado al ver a su amigo en un estado tan lastimoso y temió que sucumbiera al fin bajo golpes tan repetidos, que sus labios se abriesen a la blasfemia y su corazón a la irreligión. Para inclinar la misericordia de Dios que castigaba con tanto rigor la ociosidad a la que este Doctor se había inclinado en demasía, se puso en oración, suplicó insistentemente a quien calma cuando quiere las olas más irritadas que concediera la paz a un hombre que la había servido tanto tiempo, e imitando de alguna forma la caridad de JC que tomó sobre sí nuestras debilidades para curarnos de ellas y se ofreció a Dios en espíritu de víctima, y cargó para compensar su injusticia con llevar sobre sí o el mismo género de prueba o bien otra pena con la que Dios quisiera afligirle.

Una oración tan animada y que se parecía bastante al deseo que tenía S. Pablo de ser anatema por sus hermanos fue escuchada, pero lo fue en toda su extensión. El enfermo se vio completamente libre de su tentación -1610-. Una paz profunda siguió a la tempestad. Las dificultades que oscurecían su fe se disiparon. Comenzó a ver los Misterios de la Religión de una manera tan clara y consecuente que le parecía tocarlos con el dedo. Sus sentimientos de respeto y de ternura para con JC fueron más vivos que nunca, y hasta la muerte bendijo a Dios porque le había proporcionado el consuelo en la amargura de su conducta pasada, o más bien porque le permitía gustar una calma cuya dulzura le llevaba infinitamente por encima de la violencia de las agitaciones que la habían precedido.

Pero como la lepra de Naamán pasó a Giezi la tentación del Teólogo pasó a Vicente de Paúl; con esta diferencia, que el siervo de Eliseo fue castigado, porque era criminal, en cambio Vicente fue afligido, precisamente porque su caridad le había llevado a pedir serlo. Las primeras impresiones de un mal que no se siente nunca mejor que cuando uno está atacado personalmente, le asombraron: pero no le abatieron. Empleó para librarse de ellas oraciones y mortificaciones. Verdad que le sirvieron para soportarlo con mucha paciencia y resignación. Pero no le detuvieron. El nuevo Job parecía abandonado a toda la impetuosidad del demonio, pero no perdió su valor y espero siempre que dios tendría piedad de él.

Para fortalecerse en la Fe, a medida que era más atacado en ese lado, hizo dos cosas que le ayudaron, y que se podrían proponer a los que sufren la misma especie de tentación. Escribió su profesión de Fe y se la aplicó al corazón, y haciendo una retractación de todos los pensamientos de infidelidad, convino con Nuestro Señor que todas las veces que tocara el lugar donde había puesto esta confesión de Fe, lo que le sucedía con frecuencia, se pensaría que la renovaba y por consiguiente renunciaba a la tentación, aunque no profririese palabra alguna exterior. Mediante este inocente artificio, hacía inútiles los esfuerzos del hombre enemigo; pero supo todavía hacérselos ventajosos; y para ello, se fijó una ley de hacer precisamente lo contrario de lo que el espíritu seductor le sugería. Se entregó más que nunca a llevar esta vida de Fe que hace el carácter del Justo. Dio con nuevo ardor a JC todo el honor que pudo rendirle, y como sabía perfectamente que este divino Señor mira como hecho a sí mismo lo que se hace a favor de los pobres que son sus miembros los sirvió en los Hospitales con un celo y una diligencia de que la Fe más pacífica es apenas capaz. Se está muy lejos de consentir en las sollicitaciones del espíritu maligno cuando uno se porta con tanta diligencia hacia todos los objetos de los que nos quiere apartar. Así la tentación que Vicente experimentaba no sólo no fue nunca la materia de sus Confesiones, sino que fue la fuente de una cantidad de gracias de las que su espíritu y su corazón estuvieron inundados. Es verdad que la fatigaba sobre manera, y que a pesar de su sumisión a las órdenes de Dios, le rogaba sin cesar que mantuviese su debilidad, y apartara la mano que le abrumaba, pero él siguió constantemente el método que se había prescrito, y durante cuatro años que tuvo que gemir bajo el peso de este riguroso ejercicio, no se separó de él nunca. Por fin Dios le devolvió la paz, y fue un nuevo esfuerzo de caridad el que se la mereció. Un día que se hallaba muy ocupado por la violencia de su mal y en los medios de detenerlo para siempre, tomó una firme e inviolable decisión de consagrarse toda su vida al servicio de los pobres para honrar más al Hijo de Dios y para seguir de un modo más constante el ejemplo que nos dejó. Apenas hubo formado este grande y generoso designio cuando la tentación desapareció. Su corazón gozó de una dulce y perfecta libertad; su espíritu no tuvo ya más contradicciones que rechazar, y sobreabundó la paz donde había abundado la inquietud. Recibió incluso el don de calmar a los que Dios probaba como le había probado a él mismo; y un virtuoso Sacerdote ha declarado que siendo una vez tentado vivamente sobre un artículo de la Fe, el Santo, a quien descubrió su pena le libró de ella por completo, lo que no habían podido hacer todos los consejos y explicaciones de varias personas más de gran mérito a quienes había consultado con anterioridad. Tan verdad es que todo se convierte en bien para los Santos y Elegidos de Dios.

Para merecer y aumentar los nuevos favores con los que recompensaba su paciencia y su fidelidad, Vicente, muy poco tiempo después de la tentación de que hemos hablado, ejecutó la resolución que había tomado ya de vivir en cuanto pudiera hacerlo en el retiro y la soledad. La unión que tenía con el sr de Bérulle no le permitió deliberar sobre el partido

que debía tomar. Este digno Sacerdote de JC estaba entonces muy ocupado en el plan de fundar la Congregación del Oratorio, y reunía con selección a Ministros celosos por la gloria del Hijo de Dios, y dispuestos a honrar particularmente a quien siendo Sacerdote eterno según el orden de Melquisedek es el fundador y la fuente del Sacerdocio de la Ley Nueva. Los primeros Compañeros del P. de Bérulle no podían dejar de estimar mucho a un hombre por quien su santo Fundador sentía una estima tan decidida. Vicente entró pues en su casa, no para ser agregado a su Congregación, ha declarado más de una vez que no habían pensado nunca en ello, sino para separarse del mundo, cuya injusticia había experimentado tan sensiblemente, para estudiar los planes de Dios sobre él y disponerse a seguirlos, para nutrir su fervor por el buen ejemplo de aquellos con quienes iba a vivir, y sobre todo para hallar en la persona del P. de Bérulle a un ángel visible que le condujera en todos sus pasos, y que pudiera ayudarle a descubrir lo que Dios quería que emprendiera en su servicio. Le abrió su corazón con más efusión que nunca, le dio a conocer su tendencia y sus inclinaciones. Este virtuoso Director, que era sin discusión uno de los hombres más prudentes e iluminados de su tiempo, reconoció a la primera que Vicente estaba llamado a grandes cosas. Se llega a decir que le predijo que Dios quería servirse de él para prestar a su Iglesia un servicio importante, y que para ello formaría con el tiempo una nueva Congregación de Sacerdotes que cultivarían la Viña del Señor con fruto y bendición.

El santo hombre gozaba de las dulzuras de la soledad sin no obstante abandonar sus ocupaciones ordinarias cuando el que dirigía todos sus pasos le dedicó a un nuevo trabajo. El sr Bourgoing, Párroco de Clichy, pueblecito situado a una legua de París, no bien vio al sr de Bérulle determinado a poner los fundamentos de su Instituto, cuando resolvió ser uno de sus primeros hijos. Le rogó que le diera un sucesor, a quien sin nada que temer para su conciencia pudiera entregar su beneficio. El piadoso Fundador hizo pronto su elección; conocía el celo y la capacidad de Vicente de Paúl, y se lo propuso y la propuesta fue aceptada: pero parece que por el tiempo que transcurrió entre la renuncia y la toma de posesión, que por dócil que fuera Vicente a la voz de su Director, él no se encargó sino con dificultades de una carga bajo el peso de la cual tenía miedo de sucumbir. En todas las épocas se ha visto a los Eclesiásticos más pobres en virtudes y talentos, buscar los Beneficios, mientras que los que tienen todas las señales de una legítima vocación, o se alejan de ellos para siempre o no acceden sin temor.

Vicente dio pronto a entender qué apropiado era para este empleo. Tomó todas las medidas posibles para ser del número de esos Pastores que Dios da al pueblo en su misericordia. Para cumplir lo que el Espíritu Santo ordena a los que están encargados de la salvación de las almas se entregó a conocer a sus ovejas y los diversos de enfermedades de las que podían estar atacadas. Les distribuía un alimento saludable y proporcionado a sus necesidades. Tenía sin cesar ante los ojos esta verdad terrible: Que su alma debía un día responder por el alma de aquellos que estaban confiados a sus cuidados. Por eso no descuidaba ninguno de lo deberes que llevaba consigo su Ministerio. Las Predicaciones, los Catecismos, la asiduidad al Tribunal de la penitencia, eran su ocupación ordinaria: sus proyectos, sus pensamientos, sus acciones no tenían otro objeto que el bien de la Parroquia. Se veía a esta santo sacerdote visitar a los enfermos, consolar a los afligidos, socorrer a los pobres, pacificar las discusiones, apaciguar las enemistades, mantener la paz y la concordia entre las familias, fortalecer a los débiles, animar a los buenos, reprender con una santa firmeza a los que no lo eran, y hacerse todo a todos para ganarlos a todos a JC.

El medio más propio y más eficaz de que se servía, para hacer fructificar sus discursos, fue el buen ejemplo, y es sin duda el que triunfará siempre en los que están encargados del

mismo oficio. Su vida era una predicación continua. Sus costumbres eran inocentes, y no se veía nada en su persona que no recordara la idea de aquel cuyo sacerdocio él ejercía. Como una extrema regularidad tiene algo de orgulloso y por eso mismo puede impedir parte del bien que se quisiera hacer, Vicente supo templarla con maneras llenas de dulzura y de afabilidad. Pintaba la virtud con colores tan hermosos que parecía llena de atractivos, y unía a las cruces de las que el camino del cielo está sembrado todas la unción que puede suavizarlas. Una dirección tan prudente le concilió los espíritus y los corazones. Los pobres que formaban casi todo su rebaño le querían como a su padre; y los burgueses de París, que tenían casas de campo en su Parroquia le miraban y respetaban como a un Santo. Los Párrocos del vecindario concibieron todos gran estima por él: tenían una gran confianza en sus luces, buscaban su trato, le consultaban en sus dudas y sentían la satisfacción de aprender de él el modo de desempeñar bien sus funciones, y cumplir con sus deberes.

Estos sentimientos de estima y de respeto que los habitantes de Clichy y de sus alrededores tenían para nuestro Santo quedan muy bien expresados en una Carta, en la que su Vicario daba cuenta del estado de su Parroquia, de la que había tenido que ausentarse por un asunto indispensable. Venid lo antes posible, Señor, le decía este buen Sacerdote. *Los Señores Párrocos vuestros vecinos desean vuestro regreso. Todos los burgueses y los habitantes también. Venid pues a mantener a vuestro rebaño dentro del buen camino en el que le habéis puesto; ya que tiene un gran deseo de vuestra presencia.* Por lo demás, estas palabras no deben ser tenidas como vano cumplimiento, y un Doctor de la Facultad de París, Religioso de una Orden célebre, que predicaba de vez en cuando en la Iglesia de Clichy mientras que Vicente fue párroco, ha tributado, tiempos después, un testimonio que confirma del todo el que se acaba de presentar, y es tanto más glorioso para nuestro Santo por no ser nada sospechoso. Termina con estas palabras notables: He predicado al pueblo de Clichy mientras estaba allí el sr Vicente, y *confieso que vi a esta buena gente que en su totalidad vivían como Ángeles, que a decir verdad yo daba luz al Sol.* El elogio del rebaño fue siempre en aquella clase de ocasiones el elogio del celo, de la vigilancia y de la aplicación del Pastor.

Cuando Vicente vio a su pueblo en el buen camino, formó un plan que parecería algo temerario, si estuviera permitido juzgar de los grandes hombres por las reglas comunes. La Iglesia de Clichy se caía a pedazos, había muy pocos ornamentos, los parroquianos no eran ricos, no podían por consiguiente, sin sufrir mucho, contribuir a una reparación, que pedía grandes gastos: y esto es con toda probabilidad lo que había obligado al sr Bourgoing a dejar las cosas casi como estaban cuando las había encontrado. Vicente era pobre también, y lo habría sido también, cuando su Beneficio hubiera sido muy rico, porque tenía la costumbre de darlo todo a los que veía en la indigencia. Estos obstáculos no le detuvieron; reconstruyó la Iglesia entera, y puso los muebles y ornamentos necesarios, la dejó en situación de celebrar los Oficios divinos con ese aspecto de decencia que contribuyó a la grandeza del culto y a la edificación de los pueblos. Lo que hubo de particular es que no les costó nada a sus Parroquianos. Una cantidad de gente de bien que residía en París se prestaros a esta buena obra, y se complacieron en secundar las buenas intenciones de un hombre que sólo buscaba la gloria de Dios

Para procurarla y aumentarle cada vez más, el Santo hizo todavía dos cosas. En primer lugar se cuidó de establecer la Cofradía del Rosario. Estaba persuadido de que el honor que se rinde a la Madre de Dios no puede ser sino muy agradable a su Hijo. Desde su tierna infancia había experimentado la leche de una tierna devoción a la santísima Virgen. Cuando estaba todavía en la casa de su padre visitaba a menudo la Capilla de Nuestra Señora de

Buglose, que no está lejos; no hay duda de que la viera con mucho consuelo el concurso de aquel gran número de Peregrinos, a quienes atrae de todas las partes de Francia y de España la celebridad del lugar. El tiempo sirvió para fortalecer su fervor. Se ha podido ver hasta hoy y se verá también en adelante que su confianza en la santísima virgen era sin límites, y de ahí podemos deducir de una vez por todas lo que pensaba de estos espíritus superficiales que tratan de devociones populares las que ellos no tienen el coraje de abrazar; y que renunciarían tal vez a sus propios sentimientos, si sus sentimientos fueran los del pueblo y los de la multitud.

En segundo lugar lo que hizo Vicente por el bien de la Parroquia fue comprometer a su sucesor en educar a varios jóvenes Clérigos, que formados bien temprano en las funciones propias de su estado, pudieran realizar las ceremonias de la Iglesia de una manera digna de la santidad del lugar y de la majestad de aquel a quien se quiere honrar. Eligió él mismo en París y en otras partes a los que creyó más capaces para ello. Así, aunque obligado antes de lo pensado a abandonar el pueblo que le era tan querido, dio a conocer que lo llevaba a todas partes en su corazón, y continuó cumpliendo por él, en cuanto le fue posible, todos los deberes de un Pastor tan tierno como desinteresado. Vamos a explicar las razones que determinaron a nuestro Santo a volver a París.

Aunque la piedad fuera bastante rara en la Corte durante la minoría de Luis XIII, había sin embargo personas que, por la regularidad de su conducta, habrían podido servir de regla y de modelo en los tiempos más felices. Se puede colocar en este número a Felipe Manuel de Gondi, Conde de Joigni, General de las Galeras de Francia, y Comendador de las Órdenes del Rey, salido de la antigua Casa de los Philippi, famosa desde los tiempos de Carlomagno. Este Señor se había casado con Margarita de Silly, Dama de Commercy, hija mayor del Conde de la Rochepot, Gobernador de Anjou. Era una de las mujeres más perfectas de su siglo: pero su mayor gloria le venía, como la de la hija del Rey, de la hermosura de su alma. Piadosa, compasiva, generosa, atenta al verdadero bien de su familia, no se ocupaba de otra cosa que de honrar a Dios y de hacer que le honraran todos aquellos de cuyos cuidados estaba encargada. Como nada debe interesar más a una madre verdaderamente Cristiana, que la educación de sus hijos, la Sra de Gondi se hizo de ello su punto capital, y como ella *deseaba mucho más hacer* de los que Dios le había dado y le podía dar todavía en lo futuro, *Santos en el Cielo que grandes Señores en la tierra, desde el momento que llegaron al estado de ser puestos bajo la dirección de un Preceptor*, trabajó de acuerdo con su esposo, *en procurarles al más santo y virtuoso que fuera posible encontrar*. Para no equivocarse en una elección tan importante, se dirigieron uno y otro al R.P. de Bérulle, y *le suplicaron que les diera a algún santo Sacerdote de su Congregación*, que pudiera formar en la piedad y en la ciencia a tres de sus hijos, que tenían más que nadie necesidad de una y de la otra, ya que estaban destinados por su nacimiento a poseer las primeras dignidades del Estado y de la Iglesia. Las poseyeron en efecto. El mayor fue Duque de Retz, Par de Francia, y General de las Galeras por renuncia de su padre. El segundo fue como su tío, y después de él, Arzobispo de Paris, Cardenal de la santa Iglesia, y no hizo sino dar a conocer demasiado la fecundidad y el ardor de su espíritu en los problemas de París, donde con el nombre del *Coadjutor*, figuró mucho más de lo necesario para el estado y para sí. Con respecto al tercero, no se dio a conocer sino cuando fue necesario, para llorarle mucho. Prometía infinitamente por las hermosas cualidades de cuerpo y de espíritu de las que estaba adornado. Pero fue segado a una edad todavía tierna por este Juicio de misericordia del que habla la Escritura. Apenas tenía diez u once años,

cuando Dios se lo arrebató de la corrupción del siglo para darle en el Cielo una parte más valiosa que la que hubiera hallado en la tierra.

El sr de Bérulle, en lugar de dar un Sacerdote de su Congregación como se le pedía, puso los ojos en Vicente de Paúl, y le convenció que entrara, al menos a modo de prueba, en la Casa de Gondi. La elección que hizo de nuestro Santo en esta ocasión, es una buena prueba de la alta idea que tenía de su espíritu y de su virtud; pero sorprende bastante que un hombre tan celoso por la salvación de las almas, y que con toda seguridad no estimaba menos la de un campesino que la de un hombre de condición, privara a una Parroquia entera del Párroco que hacía prodigios en ella para colocarle en una casa donde su celo debía estar naturalmente muy limitado. Es una nueva prueba de la necesidad de suspender su juicio en relación a la conducta de los Santos y reconocer que ven a menudo de una manera más o menos confusa lo que las almas ordinarias no ven más que en el tiempo mismo del suceso. Vicente, quedándose en Clichy, se habría limitado necesariamente a su pueblo: al entrar en la Casa de Gondi se vio a punto de trabajar por la salvación de un mundo entero y hacer más por la gloria de Dios en el curso de un año tan sólo de lo que habría podido hacer durante un siglo cuando se viera encargado de la mayor Diócesis del Reino.

Fue, por lo que podemos conjeturar, hacia finales del año 1613, cuando nuestro santo sacerdote comenzó a trabajar en la educación de los Señores de Gondi. La conducta que observó en este nuevo empleo puede servir de regla a los que Dios llama al mismo género de trabajo; porque parece que Dios no haya hecho pasar a Vicente de Paúl por tantas condiciones diferentes, que con el fin de enseñar a un gran número de personas, que tienen los mismos compromisos, el modo como se pueden santificar allí.

Se propuso en primer lugar honrar a JC en la persona del sr de Gondi, a la santísima Virgen en la de su ilustre esposa, y a los discípulos del Salvador en la de los Oficiales y de los criados inferiores. Esta manera de actuar, que parece la sencillez misma, encierra no obstante una práctica exacta y continua de los primeros deberes del Cristianismo, y esto es lo que la Escritura nos prescribe cuando quiere que obedezcamos a los Poderes como a Dios y que honremos a los pobres como a los miembros de JC Vicente confesaba de buena fe que le había servido mucho, y que al ver a Dios mismo bajo diferentes versiones en todas las personas con las que tenía que tratar, se había esforzado en regular sus pasos ante los hombres como si los hubiera regulado ante el Hijo de Dios, si hubiera tenido la suerte de conversar con él durante los días de su vida mortal. Aconsejaba la misma práctica a los que se encontraban en una condición semejante a la suya: él se la propuso sobre todo varios años después a un joven abogado de París muy piadoso y muy prudente, a quien había determinado a entrar a la Casa de Retz, para llevar la Intendencia. Este joven habiéndole rogado que le dijera cómo podría guardar el espíritu de devoción y de recogimiento en medio de las distracciones que son inevitables en una multitud de asuntos, de la naturaleza de aquellas de las cuales iba a verse abrumado; el santo le descubrió la manera cómo él se había conducido en la misma familia durante algunos doce años que había estado allí. Le exhortó a ponerla en práctica, y le aseguró que no podía por menos que serle provechosa. Así fue en efecto como nuestro Santo, constantemente unido al Salvador a quien descubrió hasta en las obras más pequeñas, no solamente no se apartó de los senderos de la virtud, sino que caminó por ellos con un fervor nuevo, y por él hizo caminar a los demás.

Si bien una casa como la del General de las Galeras, donde se hallaba un mundo infinito, fuera necesariamente tumultuosa, Vicente vivía en él y en parte como si hubiera vivido en los desiertos de la Tebaida. Pasaba en una gran soledad todo el tiempo que no debía dedicar

a la educación de sus alumnos. No se presentaba ante sus padres más que cuando le llamaban, se cuidaba mucho de no mezclarse más que en lo que se refería a su empleo. Tenía por máxima que no se esta mucho tiempo firme contra los peligros de los que están llenas las casas de los Grandes, cuando no se prepara uno por el silencio y el recogimiento para resistirlos. Sin embargo, una vez que se presentaba la ocasión de prestar servicio al prójimo, él encintraba tanta satisfacción en dejar su retiro como la que sentía al encerrarse en él, cuando nada le obligaba a salir. Por eso estaba atento a desterrar las disensiones y a mantener la paz y la concordia entre los criados. Los visitaba en sus habitaciones cuando estaban enfermos, y después de consolarlos, les prestaba los servicios más humildes. Algunos días antes de las Fiestas solemnes, los reunía a todos y los instruía sobre la grandeza del Misterio del que la Iglesia debía ocuparse, los disponía a la recepción de los Sacramentos y les enseñaba a santificar estos días preciosos, los que por una desgracia que no se puede deplorar lo suficiente son para la mayor parte de los Dueños y sirvientes, días o de libertinaje o al menos de ociosidad. Observaba el mismo método en el campo, pero allí daba más cuerda suelta a su celo. Consideraba como perteneciente a la Casa de Gondi a esta numerosa multitud de pueblo, que contribuían al bienestar de la Casa. Así cuando el general de las Galeras le llevaba con su familia a Joigni, a Montmirel, a Villepreux, y a otras Tierras parecidas, todo su deseo era emplear el tiempo que le quedaba libre en la instrucción de aquella pobre gente, que por lo común tenían buena falta. Hacía con la aprobación de los Obispos, y el consentimiento de los Párrocos, Predicaciones y Catecismos. Administraba los Sacramentos, y sobre todo el de la Penitencia; en una palabra, hacía por ellos lo que el Pastor más tierno, más activo y más vigilante puede hacer por su rebaño.

Se puede juzgar con facilidad que un hombre tan celoso por la salvación de todo lo que pertenecía a la Casa de Gondi no descuidaba a los que eran sus Jefes. No dejaba pasar ninguna ocasión de mantener y animar las grandes disposiciones que tenían para la virtud. Su respeto hacia ellos no estaba mezclado de aquella complacencia baja y tímida que hace aprobar o disimular el mal, que una firmeza llena de dulzura y templada por justos miramientos podría detener. He aquí un ejemplo bien glorioso para Vicente y para el sr de Gondi. Éste recibió o creyó haber recibido una insigne ofensa de un Señor de la Corte. Su virtud y su delicadeza de conciencia se rompieron contra este escollo tan funesto para tantos otros. La gloria de su casa, el valor invencible del Mariscal de Retz su padre, el alto rango que tenía él mismo en el Reino; todos estos motivos se presentaron a su imaginación y le determinaron a lavar con la sangre de su enemigo el ultraje que creía haber recibido. Los duelos, aunque prohibidos recientemente todavía por Enrique IV bajo pena de crimen de lesa majestad, eran todavía tan comunes que apenas se sentían escrúpulos. Nos sentiríamos incluso tentados a pensar que algunos los consideraban como un acto de virtud. Comunmente se iba a la Iglesia antes de enzarzarse en combate y se encomendaba seriamente a Dios cuyo solo proyecto es ya un crimen abominable a sus ojos. El sr de Gondi siguió el método ordinario; oyó la Misa con toda la devoción de un hombre que estaba resuelto a irse a batir un momento después. Se quedó incluso en oración un momento en la Capilla más que de ordinario. Es fácil de creer que Vicente conociendo su plan había suplicado a Dios durante la celebración de los santos Mártires que le concediera esta ocasión para volverse atrás. No la dejó escapar: cuando todo el mundo se fue, se acercó al sr de Gondi y arrojándose a sus pies: *permitted, Señor, sin darle tiempo a respirar, permitted que os diga unas palabras con toda la humildad. Me he enterado de que tenéis intención de ir a batiros en duelo. Pero os declaro de parte de mi Salvador, a quien os acabo de*

mostrar, y vos venís de adorar, que si no abandonáis este mal propósito, él ejercerá su justicia sobre vos y sobre toda vuestra posteridad. Después de estas escasas palabras, vivas y tiernas por igual, Vicente se retiró como un hombre abrumado por la tristeza y por el horror a la vez; muy resuelto sin duda a hacer algo más si lo que acababa de hacer no era suficiente. Pero no hizo falta más. La conciencia habló, sus remordimientos se mezclaron con las palabras de Vicente. El sr de Gondi reconoció la trampa del tentador, tomó la resolución acertada, y dejó la venganza a aquel que se ha reservado el derecho de ejercitarla.

Esta acción, que el sr de Gondi ha repetido varias veces, honró mucho a nuestro Santo, pero la totalidad de su conducta no lo hizo menos. Su regularidad, su modestia, su aplicación a juntar la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma, su acierto en desterrar incluso en la mesa las conversaciones inútiles, y en sustituirlas sin reparo y sin afectación por otras más santas y más edificantes; en una palabra, sus virtudes le ganaron el corazón y el afecto de todos aquellos con quienes vivía. Solo había un parecer sobre él, no solamente en la casa sino hasta en toda la familia; y nunca Capellán de gran Señor ha sido tan universalmente respetado.

La Señora de Gondi conoció mejor que nadie lo que valía Vicente de Paúl, y quizás no hacía un año que estaba en su casa cuando resolvió tomarle por Director. Pensó prudentemente que un hombre que tanto bien hacía en todo lugar podría serle muy útil, pero no quiso hacerle la propuesta directamente, porque el conocimiento que tenía de su profunda humildad le hizo pensar que encontraría mil expedientes para no aceptarlo. Se dirigió pues al sr de Bérulle y le pidió con insistencia que obligara a este sabio y virtuoso Sacerdote, que era su penitente, a encargarse del cuidado de su conciencia. Ella no podía emplear un medio más seguro y más eficaz: nunca un hijo fue más sumiso a su padre, como Nuestro santo lo estaba a este piadoso Director, era su oráculo; una vez que había hablado, se desvanecían todas las dificultades, y Vicente no sabía más que obedecer. Su decisión fue entonces como siempre, considerada como la expresión de la voluntad de Dios, y aunque una elección tan gloriosa hiciera sufrir mucho a nuestro S. Sacerdote, él no resistió más, como si le hubieran prohibido resistir.

Por muy virtuosa que fuera la Generala de las Galeras cuando se puso bajo la dirección de Vicente de Paúl, se vio pronto lo que puede en materia de dirección un hombre lleno del Espíritu de Dios, y abrasado por el amor de su gloria. La sra de Gondi se entregó con nuevo ardor a la práctica de las más sublimes virtudes. Hacía grandes limosnas para socorrer a los pobres, y en particular a los de sus Tierras. Visitaba con exactitud a los enfermos, y tenía como un gozo y un honor servirles, como si hubieran sido sus amos. Daba a los Oficiales de sus Dominios órdenes tan precisas para realizar una justicia buena y pronta, para que no se los viera nunca apurados por retrasos sin fin, ni pagas incapaces de sostenerlos. Ella sólo colocaba a personas de una probidad conocida y cuya rectitud no pudiera ser atacada por los presentes o el respeto humano. Procuraba, en cuanto podía, acabar amistosamente los Procesos y las diferencias que nacían entre sus vasallos. Se adelantaba a sus disensiones o al menos las apaciguaba, cuando no podía adelantarse a ellas. Celosa protectora de los huérfanos y de las viudas, impedía con todo cuidado que no se les oprimiera. Finalmente no perdonaba ni trabajos ni gastos para hacer que Dios fuera servido y honrado en todos los lugares que dependían de ella. El sr de Gondi entraba en todos sus planes, y aunque hubiera deseado que su esposa dirigiera más, él estaba siempre dispuesto a concurrir en sus santas empresas. Pero como su rango y sus empleos le llamaban bien a la Corte bien a la extremidad del Reino, Vicente le reemplazaba en una infinidad de obras buenas. Él era el

alma y el consejo de todas las acciones de la sra de Gondi. Trabajaba por su parte mientras ella estaba ocupada en lo suyo, y volaba en socorro del prójimo, tan pronto se presentaba la menor ocasión de prestarle servicio. Se habría dicho que él tenía el talento de multiplicarse, pues se hallaba presto en todos los lugares donde se requería su presencia.

La naturaleza sucumbió al fin, la continuidad del trabajo le agotó. El Santo se sintió atacado de una enfermedad importante, y se la puede considerar como la época de la debilidad y de los dolores de los que se ha resentido en las piernas durante 45 años, es decir hasta el último momento de su vida. Ya sé que se atribuyen estos crueles dolores o a las cadenas con las que fue cargado en Túnez o incluso a las que se pretende que la caridad le hizo llevar en Marsella, como diremos más tarde; pero nadie duda que un mismo mal no pueda proceder de varios principios diferentes. Todo llega a encontrarse al final; y las fatigas continuas de un hombre sin miramientos para consigo mismo vuelven a abrir con frecuencia los rastros que parecían borrados por completo. Sea como fuere, Vicente fue entregado a los votos de la casa de Gondi, y su temperamento bastante robusto le sacó de apuros. Reanudó su ritmo ordinario, y creyó que Dios no le había devuelto la salud más que para sacrificarla sin reserva a la salvación de todos aquellos que podían necesitarlo.

1617. Confesión del campesino de Gannes.

Un día que estaba con la Señora Generala en el Castillo de Folleville, Diócesis de Amiens, vinieron a pedirle que fuera a Gannes, pueblecito alejado de Folleville un par de leguas. Se trataba de confesar a un campesino gravemente enfermo; y que había dicho que moriría contento si tuviera la suerte de abrirse a nuestro Santo Sacerdote. Vicente no tardó en llegar allí. Los vecinos del moribundo le hablaron muy bien del moribundo, y efectivamente había vivido siempre con la reputación de un gran hombre de bien. Dios que ve los corazones no juzgaba como los hombres que sólo ven las apariencias. El desdichado campesino tenía la conciencia cargada de varios pecados mortales, que una falsa vergüenza le había impedido siempre descubrir. El Santo habiendo comenzado a escucharle tuvo la idea de llevarle a hacer una Confesión general. Este pensamiento venía de Dios. El enfermo animado por la dulzura con la que su nuevo Director le trataba, hizo un esfuerzo; le descubrió sus miserias secretas que nunca había tenido la fuerza de descubrir a nadie. Esta rectitud tan necesaria en un hombre que estaba pronto a caer en las manos de Dios fue seguida de un consuelo que no se puede explicar. El penitente se vio descargado de un peso enorme que le abrumaba desde hacía varios años. Lo que hubo de particular es que pasó de un extremo al otro, y que durante tres días que vivió después, hizo varias veces una especie de Confesión pública de sus desórdenes que había suprimido durante tanto tiempo en el Tribunal mismo de la Penitencia. La Condesa de Joigni que había ido a verle según su costumbre le oyó decir nada más verla: *Ah, Señora, yo estaba condenado, si no hubiera hecho una Confesión general, a causa de varios pecados mortales de los que no me había atrevido a confesar.* Esta generosa declaración que era una prueba bien sensible del cambio de quien la hacía y de la sinceridad de su contrición, edificó mucho a los que fueron testigos. Pero la sra de Gondi que era una mujer eminentemente Cristiana, y que disponía, en relación a los asuntos de la salvación, de luces muy superiores a las de la multitud, se sintió asustada, y sacó una consecuencia digna de su celo y de su caridad. *¿Qué es esto, Señor, dijo dirigiéndose a Vicente de Paúl, qué es esto que acabamos de oír? Es de temer que ocurra lo mismo con la mayor parte de esta pobre gente. Ah, si este hombre que pasaba por hombre de bien se hallaba en estado de condenación, ¿qué será de los demás que viven peor? ¡Ah, Señor Vicente, cuántas almas se pierden! ¿Qué remedio para esto?*

Primera misión en Folleville

1627. Estos pensamientos ocupaban noche y día a la piadosa Generala; y daba vueltas con santa inquietud en su espíritu los medios de parar el curso de un mal tan grande. Como no ignoraba que en materia de reconciliación con Dios, las demoras sólo pueden resultar funestas: ella rogó a Vicente algunos días después, es decir el 25 de enero, día en que la Iglesia honra la Conversión de S. Pablo, que predicara en la iglesia de Folleville para exhortar a los habitantes a la Confesión general. Él lo hizo ese mismo día, y dios dio una bendición tan grande a sus palabras, que todo el pueblo quedó impresionado, y todos comenzaron a repasar todas sus miserias con dolor de su corazón, para reparar con una nueva Confesión lo que las precedentes podían tener de defectuoso. El Santo continuó instruyéndolos, y hablándoles de las disposiciones necesarias a la penitencia, antes de presentarse al sagrado Tribunal. Comenzó por fin a oírles cuando los creyó suficientemente preparados. Pero tanta era la gente que no siendo suficiente con otra Sacerdote que le ayudaba, se vio necesitado a buscar ayuda en las Ciudades cercanas. La Generala escribió al R. P. Rector de los Jesuitas de Amiens, que él mismo llegó. No dejándole permanecer por más tiempo sus ocupaciones que le llamaban en otra parte, envió para trabajar en su lugar al P. Fourché de la misma Compañía. Su celo tuvo en qué ocuparse. La cosecha era tan abundante que estos tres Operarios, que la querían recoger entera, tenía apenas un momento de respiro. Una vez que acabaron en Folleville, volvieron a comenzar en los otros Pueblos del mismo cantón que pertenecían a la Casa de Gondí. La afluencia de los pueblos fue la misma, y la mano de Dios les repartió las mismas bendiciones. Vicente, que se consideraba el mayor pecador que hubiera en el mundo, atribuía todos estos éxitos a la piedad de su ilustre Penitenta: la Señora de Gondí las consideraba como el efecto de las raras virtudes de su Director, y todo hace pensar que eran una recompensa anticipada de la caridad ardiente que los consumía a los dos.

Esta misión de Folleville y de los alrededores es la primera que haya dado Vicente de Paúl; y él la ha tenido siempre como el fermento de aquel gran número de otras que dio o hizo dar hasta su muerte. Cada año, el 25 de enero celebraba su memoria con los sentimientos del más vivo agradecimiento. Quería que sus Hijos la celebraran como él, aunque estuviera persuadido de que todos los días son santos, porque pertenecen todos al Señor, él no obstante daba muy humildes acciones de gracias a Dios porque había querido que el día de la Conversión de S. Pablo fuera aquel en que su Congregación hubiera sido pensada de alguna forma. No es que él pensara en ella entonces, ni siquiera ocho años después. No existía ni sombra de que esta primera tentativa debiera ser de alguna forma origen de esta gran Fundación. Fue es cierto sin embargo su principio y fuente. La sra de Gondí quedó tan encantada por este feliz ensayo, y por los frutos abundantes que vio nacer que desde entonces formó el plan de dar a alguna Comunidad de mil seiscientas libras, por medio del cual se encargara de dar por todas sus Tierras Misiones cada cinco años. Veremos un poco más adelante en qué se empleó este fondo.

La alegría que sentía esta piadosa Generala a la vista de los grandes bienes que Vicente acaba de conseguir en una parte de sus Tierras, pronto se vio turbada por una de las más rudas pruebas que ella hubiera atravesado nunca; y esta prueba rigurosa le llegó por parte del hombre del mundo que más la honraba, y de quien menos lo hubiera esperado, quiero decir por parte de Vicente de Paúl. Aunque este S. Sacerdote se hubiese llevado la estima y los sufragios de toda la casa de Gondí, una vez que hubiese sido conocido, no obstante la uniformidad de su dirección, su virtud que, lejos de desmentirse, parecía cada día con un

nuevo brillo, sus talentos y su empeño en formar en el Señor a un pueblo perfecto en todos los lugares donde se encontrara, la bendición sensible que Dios difundía en las Tierras más ingratas, desde que había emprendido cultivarlas; en una palabra, sus virtudes, sus trabajos y sus éxitos, produjeron una impresión tan grande sobre aquellos con quienes vivía que todos le respetaban como a un Santo, le miraban como al Ángel tutelar de la Familia. Se tenían de él los mismos sentimientos que tenía Putifar de José; y se pensaba que Dios estaba con él, que él secundaba sus obras, y que las bendiciones que daba a toda la Casa eran la recompensa de su fe y de su caridad. Por muchas precauciones que se tomaran para no alarmar la delicadeza de su humildad, era imposible no testimoniarle con frecuencia la estima infinita que se sentía de sus méritos: y cuando se hubiera podido permanecer en el silencio, se le trataba con un distinción tan definida, y una consideración tan continua que hasta los extraños conocían primeramente el juicio que se tenía de él. Estos sentimientos que hubieran halagado a un hombre menos sólidamente virtuoso eran un suplicio para Vicente de Paúl. Hubiera querido ser considerado como el último de los hombres. Tenía por máxima, no se si los hijos del siglo se la perdonarán que sería mejor ser entregado a los insultos y a la furia del infierno que vivir sin cruces y sin humillación, y tenía como expuesto a un peligro próximo a perderse a un hombre a quien todo le sale bien y que no tiene contradicciones que vencer

Fueron estos grandes sentimientos los que le determinaron a retirarse de una Casa donde sufría con impaciencia no tener nada que sufrir. Tuvo miedo de que el escollo de la vana gloria le hiciera caer en el mismo naufragio que ha hecho caer a tantos que parecían consumados en la virtud. El ejemplo de un gran número de Santos, que en ocasiones menos peligrosas, se creyeron obligados a tomar el partido del retiro, se presentó con toda su fuerza a su espíritu, y resolvió imitarlo.

Existía aun otra razón que le llevaba a lo mismo. Dios había probado por largo tiempo a la sra. de Gondí con penas interiores tan vivas y tan pesadas que se veía con frecuencia reducida a los más tristes extremos. Sus escrúpulos la agotaban; el fuego, que la purificaba como el oro en el crisol la consumía al mismo tiempo. Lo más molesto era que viéndose en la necesidad de pasar parte del año en el campo, no podía resolverse a abrirse a un Sacerdote del Pueblo. Hay debilidades cuya confesión cuesta más que la del pecado mismo; es difícil descubrirlas al primero que llega y quedar tranquila cuando no se descubren, porque no se las distingue bastante del pecado. Vicente, que reunía un juicio recto con mucha experiencia, tranquilizaba a la Condesa. Una palabra suya le devolvía la calma, y si continuaba siendo probada de vez en cuando, al menos tenía el consuelo de tener en su casa a un hombre de confianza, que veía antes mismo de que ella hablara de que se trataba; y que por consiguiente era más apropiado que nadie para consolarla. El Santo Sacerdote cumplía con gozo estos deberes de caridad, lo habría hecho con agrado al último criado, pero no podía permitir que le viese como a un hombre que le era necesario. La atención que tenía con *este miserable*, nombre que se daba a sí mismo, esta atención que constituye el encanto secreto de muchos Directores, le afligía sensiblemente. Sin embargo ella crecía día a día. La Generala no podía soportar su ausencia. No podía dejar de expresar inquietud cuando los asuntos la obligaban a algún viaje. Como él era muy sensible a las impresiones del aire, temía que se sintiera mal y que el frío o el calor le hicieran caer en laguna enfermedad. Al fin su imaginación alarmada la llevaba preguntarse muchas veces a sí misma qué sería de ella si tuviera la desgracia de no tenerle cerca cuando Dios juzgara oportuno llamarla a sí.

Vicente tuvo este exceso de temor como una imperfección, y como no buscaba más que la pura gloria de Dios, se esforzó en suprimirla de un alma que le era tan querida. Para lograrlo, hizo lo que no hará nunca un hombre de carne y sangre. La obligó a dirigirse a otro Confesor, y sobre todo a un P. Recoleta, cuyas luces y experiencia ya conocía. Le hizo estar de acuerdo que había quedado satisfecha; él se sirvió de este ensayo para convencerla que Dios la conduciría tan bien por otro como por él, si supiera poner toda la confianza en su infinita bondad.

Pero ni estas experiencias pasajeras ni las razones que le daba Vicente pudieron hacer cambiar a esta virtuosa Dama sus primeras impresiones. Continuó persuadida de la extrema necesidad que tenía de la ayuda y de la caridad del santo Sacerdote; y Vicente, que no podía sufrir que nadie en el mundo tuviera el menor apego a la dirección particular y que temía que este exceso de confianza fuera un obstáculo a una verdadera y sólida perfección, se confirmó cada vez más en el plan de retirarse.

A estas razones principales, y que solas eran suficientes, y que de por sí eran más que suficientes, para poner en acción a un hombre tan ávido de cruces como los demás lo son de consuelo, se unían también motivos capaces de perturbarle. Los srs de Gondi comenzaban a crecer y la humildad de Vicente le llevaba a creer que no tenía los talentos necesarios, para darles una educación proporcionada a la grandeza de su nacimiento y de los gloriosos desempeños que parecían ya estar llamando a sus puertas. Además, la Capital del Reino, donde el S. Sacerdote pasaba con sus alumnos un tiempo considerable, se hallaba presa de la discordia y de las disensiones. La Corte, el Parlamento, los Grandes del Reino, para ir, como todos ellos lo pretendían, hacia el bien común, tomaban medidas tan opuestas que por todas partes no se veía más que confusión y nubarrones. Concini, tan famoso bajo el nombre del Mariscal d'Ancre, acaba de ser asesinado -24 de abril de 1617- en el puente levadizo del Louvre. Leonora Galigai, su viuda, después de ver por tanto tiempo las cabezas más soberbias del Estado doblar la rodilla ante ella, se había visto llevar en un volquete a la Grève -8 de julio-. A la Reina Madre le había solicitado su hijo que se retirara a Blois; y se marchaba -3 de mayo- tras un adiós tan duro como el destierro que le siguió. En estos grandes movimientos cada uno toma partido en pro o en contra. Se condena o se justifica según la inclinación, y a veces del interés. Por lo general, hay poco que ganar y mucho que perder en esta clase de discusiones; y si, como parece ser, Vicente pensaba entonces como pensó en el tiempo de las revueltas suscitadas con ocasión del Cardenal Mazarino, es seguro que debió abandonar con satisfacción una Ciudad, donde los rumores, la detracción, las sospechas injuriosas tomaban cada día un nuevo Imperio.

Sea como quiera esta conjetura, el Santo Sacerdote tomó su última resolución; y aunque se diera perfecta cuenta de que el Público se sorprendería de su proceder, que se le consideraría como a un hombre sin agradecimiento, que poca gente entendería cómo podía marcharse de una casa que le había colmado de honores; él trató de tomar prudentes medidas para llevar a cabo lo que creyó que Dios le pedía. Moisés abandonó la Corte del Faraón, porque estaba corrompida y los placeres avanzaban hasta corromper su virtud; Vicente salió de una casa muy prudente y reglada, porque miró la estima, los aplausos y una confianza excesiva como a un veneno casi tan funesto a la piedad como la corrupción misma.

Como había entrado solamente en la casa de Gondi por la persuasión del P. de Bérulle, no quiso salir de ella sin informarle. Pero no entró en los detalles de los motivos que le llevaban a actuar. Se contentó con decirle que se sentía interiormente obligado por el Espíritu de Dios a ir a alguna Provincia distante, a dedicarse por entero a la instrucción y al

servicio de la pobre gente del campo. El P. de Bérulle que sabía cómo el santo iba directamente a Dios, pensó que un hombre tan firme y tan sabio no dejaba su puesto sino por razones legítimas. Por eso no se opuso a este cambio, que por otra parte tuvo que afligirle. Como vio que el celo del S. Sacerdote no tenía aún norte definido, le propuso ir a trabajar a Bresse; le señaló en particular la Parroquia de Chatillon-lès-Dombes, le aseguró que allí hallaría en qué ocuparse. Y por cierto que no le engañó.

Chatillon estaba como abandonada: las rentas de la Parroquia teniendo en cuenta su extensión y sus cargos, eran muy módicas. Hacia unos cuarenta años que no estaba ocupada más que por Beneficiarios de Lyon, que no se acercaban por allí más que para cobrar y no dar lugar a una devolución. Así pues desde hacía casi medio siglo esta ciudad desafortunada no tenía, hablando con propiedad, ni Párroco ni pastor.

Los Señores Condes de Lyon, para poner remedio a este desorden, se habían dirigido al P. Bence Superior del Oratorio de la misma ciudad para poner remedio a este desorden u le habían pedido que buscara a una persona propia para restablecer las cosas. El P. Bence había escrito al sr de Bérulle y este sabio Superior no había encontrado aún a nadie capaz de un trabajo tan ingrato y tan difícil, cuando Vicente le comunicó el plan que se había hecho de abandonar la casa de Gondí. Esto es lo que le llevó a formularle la propuesta de ir a trabajar a Bresse.

Vicente lo aceptó sin titubear, creía tener mucho que sufrir, lo que era suficiente para decidirle. Salió de París el mes de julio so pretexto de un corto viaje que necesitaba hacer, tomó la dirección de Lyon donde el P. Metezeau, o Metezeon, Sacerdote del Oratorio, le dio cartas de recomendación para el señor de Beynier o Beyvier quien, aunque Calvinista, le trató con distinción, le alojó durante algún tiempo porque la Casa Curial estaba medio arruinada, y recibió el céntuplo en caridad, como vamos a decir pronto.

No se sabía aún nada en la casa de Gondí de la nueva situación de Vicente de Paúl, ya que no había comunicado su proyecto en París a nadie más que a una o dos personas de confianza. A los pocos días de su llegada a Châtillon, se lo comunicó al sr Genral de las Galeras que se hallaba por entonces en Provenza. Le suplicó que aceptara su retiro y trató de persuadirle de que no tenía los talentos necesarios para educar a sus hijos, y le confesó que había salido de su casa sin decir a la Señora de Gondí el plan que se había formado de no volver más. El General de las Galeras era, según lo hemos dicho ya, un gran hombre de bien, amaba la virtud y la practicaba, se proponía hacer todavía más de lo hecho hasta entonces, y estaba persuadido de que Vicente no podía sino contribuir mucho a la ejecución de sus buenos propósitos. Por eso se sintió muy afligido por la noticia de su partida, o más bien *se sintió inconsolable. No cesó de urgir a su esposa para que empleara todo el crédito del P. de Bérulle sobre el espíritu de su penitente para hacerle volver a su primer empleo.*

La primera carta que escribió a la sra de Gondí es muy capaz de dar a conocer sus sentimientos: *Estoy, son sus propios términos, estoy desesperado por una Carta que me ha escrito es sr Vicente y que os envió para ver si no habría todavía algún remedio a la desgracia que nos supondría perderlo. Me extraña muchísimo que no haya dicho nada sobre su resolución, y qua no hayáis tenido información. Os suplico que empleéis toda clase de medios para lograr no perderlo. Pues aunque las razones que dé fueran de verdad, a mi no me convencerían, no existiendo ninguna más fuerte que la de mi salvación y de mis hijos, en lo que podrá un día ayudar mucho, y en las resoluciones que deseo más que nunca poder tomar, y de lo cual os he hablado con bastante frecuencia. Todavía no le he dado respuesta, esperaré vuestras noticias en adelante. Pensad si la influencia de mi hermana de Ragny, que no está lejos de él, va a servir de algo; pero creo que no hay nada*

más seguro que el sr de Bérulle. Decidle que si bien el Sr. Vicente no tuviera el método de enseñar a la juventud, puede disponer de un hombre a sus órdenes; pero que de todas formas deseo con todas mis fuerzas que regrese a mi Casa, donde vivirá como quiera, y yo un día como hombre de bien, con tal que no se marche.

Esta Carta es del mes de septiembre de 1617, y fue el día de la Exaltación de la santa Cruz, cuando la recibió la Condesa de Joigni. Ella se quedó tan impresionada como un pobre Labrador que ve el fuego del Cielo reducir a cenizas su granja, sus cosechas, sus recursos y sus esperanzas. Como la piedad, que no ahoga los sentimientos de la naturaleza, detiene todavía menos aquellos cuyo principio es la gracia, la Sra. de Gondí echó de menos a Vicente tanto como él se merecía. Nada podía calmar su dolor, sus ojos vertían torrentes de lágrimas. Pareció incluso ir demasiado lejos, y durante un tiempo, no hubo casi para ella ni alimento ni sueño. Después de todo, la virtud jugó siempre un gran papel en el dolor de su corazón, y se explicó un día a una persona de confianza de una manera que indica a la vez la estima que tenía de su santo Director, el disgusto mortal que su ausencia le causaba, su sumisión a las órdenes de la Providencia: *Nunca lo hubiera pensado, decía ella. El sr Vicente me había dado tantas pruebas de su celo por mi salvación, que yo no podía naturalmente sospechar de su parte un abandono tan funesto. Pero Dios sea alabado, yo no le acuso de nada. Un hombre tan prudente no ha hecho con toda probabilidad nada que no sea una impresión particular de la Providencia y del amor de Dios. Sin embargo cuanto más pienso en su distanciamiento, más extraordinario me parece. Él sabe la necesidad que tengo de su dirección; los asuntos que tengo que comunicarle; las penas del alma y del cuerpo que he pasado, por falta de ayuda; el bien que quiero hacer en esos Pueblos míos, y que no puedo emprender sin su participación y sus consejos. Ya veis, continuaba la piadosa Condesa, con qué sentimientos me ha escrito el sr Genera. Yo misma veo mejor que nadie que mis hijos se van perdiendo día a día, y que el bien que hacía en mi Casa, y a siete u ocho mil almas que hay en mis Tierras no se hará ya. Bueno, ¿estas almas no han sido también rescatadas con la Sangre preciosa de nuestro Señor, como las de Bresse? ¿No le son tan queridas? no sé cómo lo entiende el sr Vicente: pero sé muy bien que me aparece que no debo descuidar nada para conseguir que vuelva a mi Casa. No busca más que la mayor gloria de Dios, y yo no lo deseo en contra de su santa voluntad, pero se lo suplico con toda mi alma que me lo devuelva; se lo pido también a su santa Madre, y se lo pediría más fuerte todavía, si mi interés particular no estuviera mezclado con el del sr General, de mis hijos, de mi familia y de mis súbditos.*

Se ve fácilmente que una mujer tan llena de Religión y tan justamente prevenida a favor de un hombre que había multiplicado el rocío del Cielo en toda su casa, no debiera limitarse a sentimientos estériles. Sin embargo su propia virtud y la delicadeza de su conciencia la frenaron por algún tiempo, persuadida como estaba de que un Sacerdote tan atento como era Vicente de Paúl a consultar la voz del Señor no había hecho nada sin la *impresión* de su Espíritu, ella temía ir contra la voluntad de Dios, trabajando en hacerle volver a su casa. La sra de Gondí se condujo en todo este asunto como una mujer verdaderamente cristiana. Ella no desechó los medios de la prudencia humana; sino los que da la Religión y que, piense lo que piense la gente de mundo, son los más eficaces, tuvieron la preferencia, y por ellos comenzó. Rogó mucho a Dios y mandó que se lo pidieran todas las personas de piedad que conocía, se esforzó en poner en sus intereses a un gran número de las principales Comunidades Religiosas de París, y creyó que tantas almas inocentes le conseguirían del Cielo la gracia de conocer por dónde debía caminar. Fue varias veces a verse con el R. P. de Bérulle; le abrió el corazón y le hizo conocer su dolor y el exceso de su aflicción. Sus

lágrimas sustentadas por las más sólidas razones, hasta sus razones siempre subordinadas a una resignación perfecta a las órdenes de la Providencia, impresionaron a este gran Siervo de Dios. Creyó como ella que la situación en que se hallaba, la presencia y los consejos de Vicente de Paúl le eran de alguna manera necesarios. Comenzó por tranquilizarla, que podía en conciencia hacer todo lo posible para hacerle volver a su casa; le hizo percatarse que se puede, sin dejar de ser Santo, no participar de todas las ideas de los que no lo son; Finalmente la hizo esperar que él mismo trataría de persuadir a Vicente que no la abandonara.

Estas palabras de hombre de Dios confortaron mucho a la virtuosa Generala, y le hicieron decir que el sr de Bérulle era el hombre más consolador del mundo, pero no pudieron calmar del todo sus inquietudes. Sabía por experiencia que Vicente deliberaría mucho antes de decidirse, pero también que era todavía más firme en la ejecución, que no era lento en el examen que la precedía. Estas tristes reflexiones que abrumaban a la Condesa de Joigni no la impidieron ponerlo todo en práctica para doblegar a su Director y llevarlo por un camino más ventajoso para ella y para su familia. Le escribió varias cartas que son otras tantas pruebas del gran sentido y de la piedad, de que estaba imbuida. Juntó a la primera de estas cartas la que había recibido del sr General; pidió al Santo que pesara ante Dios el deseo que tenía de su regreso y los motivos que la obligaban a desearlo con tanto ardor. Todas estas cartas que no salían antes de haber sido comunicadas al P. de Bérulle, contenían, en sustancia, que había temido siempre verse privada de los auxilios espirituales, que encontraba en las luces y en la caridad de Vicente de Paúl ; que el suceso no justificaba sino por demás sus alarmas, pues al final le había perdido; que si fuera por algún tiempo, sus males tendrían remedio; pero que al pensar en tantas ocasiones, en las que bien en la vida, bien en la muerte, ella necesitará sus consejos, o de su ministerio, sus dolores se renuevan, y que es imposible que no sucumba muy pronto bajo el peso de su aflicción. *Yo sé que una vida, añade ella, y sus palabras llevan bien a conocer la dimensión de su amor a Dios, que como la mía, no sirve más que para ofender a Dios, no merece ser atendida, y que se puede sin riesgo alguno verme en peligro de perderla; pero mi alma debe al menos ser asistida en la muerte.*

Para prevenir lo que Vicente le había dicho varias veces que encontraría en cualquier otro los auxilios que necesitaba para su salvación, ella le recuerda su propia experiencia, le da a entender que él conoce mejor que nadie la confusión en que se encuentra al tratar de abrirse a un desconocido, que en este particular tiene sus repugnancias y sus dificultades, que ella no puede dominar, que él mismo ha sido testigo de la confusión y agitaciones durante su última enfermedad, y que él sabe perfectamente que nunca se había sentido tan alarmada como, hallándose en un pueblo, había temido con razón no encontrar a nadie para dirigirla. Después de todas estas razones, que eran muy fuertes en un momento en que el número de Directores ilustres era raro, sobre todo en los campos, la Condesa de Joigni terminó declarándole que si no cede a sus peticiones, le hará responsable ante Dios del mal que ella podrá hacer, y del bien que no hará, por faltarle sus consejos. En una palabra le responsabiliza de su salvación, de la del Sr de Gondí, y de la de otros más, a la que podría un día contribuir mucho.

Motivos tan urgentes, razones tan sensibles parecían tener que decidir a Vicente de Paúl y vencer sus repugnancias: pero él no era como esas cañas que se doblegan a todos los vientos, ni de esos hombres, a quienes impone cuanto tiene apariencia de bien. Lo primero que hizo, después de leer la carta de la sra de Gondí fue elevar su espíritu a Dios, y hacerle el Sacrificio de todos sus sentimientos, en los que el respeto humano y la naturaleza podrían

tener parte, pedirle el espíritu de luz y de fuerza que necesitaba para conocer y practicar lo que estaría más conforme con su santa voluntad. Trató de pesar de nuevo el pro y el contra en la balanza del santuario; y como tras un examen tan serio, como si no lo hubiera hecho antes de su partida, no reconoció que Dios le pidiera volver al empleo que había dejado, dio a la Generala de las Galeras una respuesta llena de piedad y de Religión. Le hizo ver todo lo él juzgó lo más propio para aliviar su pena, sin omitir nada de cuanto la podía llevar a someterse a las órdenes de Dios y a entrar en todas las vías de la sabiduría infinita. De esta forma por una dirección particular de la Providencia, estas dos grandes almas, a las que la gracia y la caridad de JC habían unido de manera tan perfecta, se ejercitaban mutuamente. Era Dios quien había dado a Vicente a la Condesa de Joigni, para dirigir sus pasos por los senderos de la justicia. El progreso que había hecho desde que estaba bajo su dirección, el amor a Dios que crecía sensiblemente, su celo por la salvación de aquellos que estaban a su cargo; en una palabra, todas sus virtudes, que cada día despedían nuevas luces, eran pruebas bien manifiestas de la bendición que Dios daba al ministerio de su prudente Director. Era también Dios quien había dado la casa de Gondi a Vicente de Paúl: cada día encontraba nuevas ocasiones de poner en juego su celo, de multiplicar los hijos de adopción, de adornar y embellecer esta Iglesia que el Hijo de Dios se había conquistado con su sangre: ¿quién hubiera creído que este mismo Dios debiera separar a las dos personas que no tenían otra unión que la que la que él mismo había formado? Lo hizo sin embargo, como ya lo hemos visto, pero no lo hizo según veremos después, más que para santificarlos cada vez más y convertirlos en los instrumentos más dignos de su misericordia y de trabajar con mejores resultados en la salvación de este gran número de almas abandonadas, que por mediación suya y de sus cuidados han llegado a ser un pueblo fiel y perfecto

La respuesta que dio Vicente a la Generala de las Galeras la afligió; pero no por eso se desanimó. Así que siguió poniendo en juego todos los resortes que pudo imaginar para dobligar su espíritu, y hacerle entrar en otros sentimientos. Como el mérito de nuestro Santo era conocido por todos, por la casa de Gondi y por los que la frecuentaban, todo el mundo tuvo a gala prestarse a los deseos de la Condesa. Salían cada día de París y alrededores una nube de cartas para Châtillon; se ven todavía hoy un gran número de doctores, Religiosos, personas respetables por su nacimiento y por su piedad, hijos del sr de Gondi, el Cardenal de Rets Obispo de París, su hermano, sin hablar de las de los Oficiales principales de la casa, que habían conocido mucho a Vicente como para no echarle de menos. El P. de Bérulle escribió también, como se lo había prometido a la Generala, pero lo hizo de una manera conforme a la alta sabiduría y a la eminente piedad de que hacía profesión. Se contentó con exponer a su amigo la pasión extrema que el sr de Gondi sentía por su regreso y el terrible golpe que suponía para la Condesa su ausencia. Por lo demás, él no inclinó la balanza hacia ningún lado, y persuadido de que Vicente era más capaz que nadie de resolver, y seguir los designios de Dios sobre él, creyó no poder hacer otra cosa que establecerle juez en su propia causa y dejar a su prudencia y penetración el cuidado de examinar si la voluntad de Dios le era suficientemente conocida. Estas nuevas tentativas no corrieron mejor suerte que las que se habían puesto en juego hasta entonces. La Generala no sabía ya casi qué partido tomar, cuando se enteró de una negociación que le resultó bien; de ello hablaremos más adelante; es tiempo ya de detallar una parte de las cosas que hizo Vicente en Chatillon. Este relato, aunque abreviado, justificará a la vez la dirección de Dios y la de su Siervo, y demostrará de la manera más evidente que fue una Providencia especial la que llevó a Vicente a Bresse y que su presencia era allí más necesaria que en cualquier otra parte.

El retrato que le habían hecho de esa región no podía ser más parecido. No quiera Dios que exageremos el mal al querer honrar a aquel de quien se sirvió Dios para detener su curso; nosotros lo disminuiremos por el contrario, y no le daremos aquí más que un extracto moderado del Proceso Verbal hecho en Chatillon y firmado por los principales habitantes del lugar. Han sido ellos mismos quienes nos han informado que, cuando Vicente entró en esta ciudad, todo en ella se encontraba en un estado lastimoso. Cada uno daba escándalo a su manera. Varias familias y sobre todo las más importantes, se sentía pertenecer a la vecindad de Ginebra, y estaban infectas de las nuevas herejías. Aquellos habitantes que se habían mantenido en la pureza de la Fe, la desmentían en su mayor parte por la corrupción de sus costumbres. Seis viejos Eclesiásticos, que componían todo el Clero de Chatillon, en lugar de oponerse al torrente del desorden, le hacían más rápido y contagioso con su mal ejemplo. Vivían todos *en un gran libertinaje*, y no pensaban siquiera en salvar las apariencias. Ese era todo el recurso de dos mil habitantes; porque no había entonces ninguna Comunidad Religiosa en Chatillon.

Desde que Vicente llegó, se dedicó a conocer el estado de su rebaño. Lo que descubrió por sus propios ojos y por el informe de algunas personas que se habían mantenido en la piedad, le impresionó y le horrorizó. Como su celo era ilustrado, acertó al pensar que no podría hacer nada sólido, si no fuera con fuertes ayudas. Regresó pues a Lyon en busca de algunos Eclesiásticos propios para cooperar en sus planes piadosos y dispuestos a desbrozar con él una viña, que desde hacía tantos años era víctima de un jabalí furioso, y de las bestias más feroces.

La Providencia no le abandonó. Si no tuvo suficiente gente para encontrar, como el Padre de familia, un gran número de operarios, que no pidieran más que ser empleados, encontró al menos a uno que podía ocupar el lugar de varios. Se llamaba Luis Girard; era Doctor en teología; sus méritos y virtud eran estimados en la Bresse de donde era originario; y quizás hubiese ocupado desde hacía tiempo un lugar distinguido, si el País que da el nacimiento no fuera aquel en que es más difícil ser Profeta. Este digno Sacerdote no decepcionó a Vicente. Trabajaron los dos desde primeros de agosto con un celo infatigable, y con este afortunado concierto, sin el cual los mejores Obreros no lo conseguirán nunca. Vicente siguió en Chatillon el método, que unos años antes le había resultado bien en Clichy. Comenzó por arreglar la Casa donde se alojaba. Se levantaban a las cinco, se hacía oración a continuación; el Oficio y la santa Misa se decían a una hora fijada, y no se separaban sin necesidad. Nuestros dos Sacerdotes se hacían ellos mismos sus habitaciones. No había ni chica ni mujer para servir en la casa, Vicente no lo quiso permitir, y la cuñada de su Huésped, a fin de no turbar el buen orden, tuvo la generosidad de acomodarse a él la primera.

El nuevo Pastor visitaba con regularidad dos veces a la semana a una parte de su rebaño. El resto del tiempo se repartía entre el estudio y el Confesionario. El deseo de hacerse por igual útil a los pequeños y a los grandes le llevó a hacer un estudio particular de la especie de Patois, que está en uso entre la gente del pueblo. Se lo aprendió en poco tiempo, y se servía de él para dar los Catecismos. Hizo que se celebrara el Oficio con la mayor decencia posible. Desterró los bailes y los excesos escandalosos, que deshonoraban las Fiestas, y sobre todo la de la Ascensión de Nuestro Señor; para incrementar un poco la renta de su Beneficio, fundó dos Misas a perpetuidad, una para el día de S. Vicente, la otra para el de S. Pablo

Como el mal ejemplo de un solo Eclesiástico causa con frecuencia más males que bienes puede hacer la conducta edificante de muchos otros, que viven en la regularidad, Vicente

no descuidó nada para reformar a los Sacerdotes de su Parroquia. Cortó los vicios para establecer con mayor seguridad la virtud; hizo que cuantos tenían en sus casas a personas sospechosas las desterraran de ellas para siempre. Les persuadió a no entrar más ni en los tabernas, ni en los juegos públicos. Suprimió abusos que, por ser antiguos, no eran menos ridículos, y tan ridículos que la gravedad de la historia no nos permite referir. Abolió la mala costumbre de exigir y de recibir dinero por la administración del Sacramento de la Penitencia. Siempre se contentaba con las retribuciones que le daban, y no trató de defender *sus derechos*. Prohibió que se continuara confesando a los niños, como se había hecho hasta entonces, es decir reuniéndoles en Capillas, donde se les obligaba a acusarse en voz alta unos delante de los otros. Hizo ver los inconvenientes de esta conducta, que por supuesto no está de acuerdo ni con la libertad del Penitente ni con el secreto inviolable de la Confesión. El Santo Hombre no se contentó con recortar todos estos abusos, se esforzó por hacer reinar el orden y la justicia en el mismo lugar, donde el desorden y la confusión habían reinado durante tanto tiempo. Comprometió a todos sus Sacerdotes a vivir en Comunidad y a dar más tiempo a la piedad y al trabajo de lo que daba antes a la ociosidad y a la bagatela. Manejaba los espíritus y los corazones con tanta fuerza, dirección y rectitud, que todo le salió bien. Toda la ciudad se sorprendió y edificó por un cambio tan pronto y tan perfecto, y los más sabios pensaron que un hombre, a quien la reforma de un Clero como el suyo había costado tan poco sería bastante afortunado si ganaba para Dios a su Parroquia entera.

El acontecimiento verificó la conjetura. Después de los arreglos de que acabamos de hablar, Vicente comenzó a trabajar con su celo ordinario en la instrucción del pueblo y en la conversión de los pecadores. Habló con más fuerza y unción que nunca. Dio cabida en sus discursos a lo que la Escritura tiene de más propio para suscitar el temor a los Juicios de Dios y el dolor de haberle ofendido. Abrió a los ojos de sus oyentes ese estanque de fuego y azufre en el que se precipitan los impíos en vida. Detalló estas penas eternas que son la funesta recompensa de los falsos placeres que embriagan a los hijos del siglo. Presentó la dicha y la paz de que gozan los siervos de Dios; la escasa proporción que existe entre sus combates y la corona que les espera; la facilidad de ganar este Reino, cuya conquista han logrado tantos otros, que eran tan débiles como nosotros.

Para no destruir por el ejemplo lo que edificaba con la palabra, tenía siempre ante los ojos esta gran verdad, que un Sacerdote, y más todavía un Pastor, está obligado a juntar las obras con la luz, y que toda su conducta exterior debe llevar a los que deben ser sus testigos a glorificar a Dios. Sobre este principio en Chatillon, como en todas partes, no se veía nada en su persona que no inspirara la piedad y que no fuera una lección continua de virtud. Visitaba con regularidad a los enfermos y consolaba a los pobres, se hacía pobre él mismo a fuerza de aliviarlos: inspiraba a los niños también los sentimientos de celo y de afecto que había tenido desde su tierna juventud para estos miembros sufriendores de JC y uno de ellos ha declarado que apenas pasaba un día sin darle alguna lección sobre la limosna. Por lo demás, estaba vestido muy sencillamente; llevaba siempre hábito largo y el cabello muy corto, bien lejos siempre de todas esas costumbres profanas, a las que los malos Eclesiásticos dan el nombre de modas, y los santos Cánones el de mundanidades, sé que todos estos hechos se presuponen fácilmente en un hombre como Vicente de Paúl; también debo confesar de buena fe que no los he relatado sino por hallarse en los testimonios prestados por el Barón de Chastenai, y que no resulta difícil concluir por ellos que, a pesar de lo que piensen muchos, los seglares prestan atención a todos los momentos de los Sacerdotes, y que tienen como importantes muchas cosas que nosotros tratamos con demasiada facilidad de minucias.

Después de tantas precauciones era difícil que Vicente no tuviera éxito. Pero, por poco que fuera el éxito que pudiera alcanzar de la misericordia de Dios, se ve claro que las bendiciones de las que era seguido su trabajo sobre pasaron sus esperanzas. El Espíritu, que hablaba por su boca, renovó en poco tiempo la faz de la Parroquia. Cuatro meses habían transcurrido cuando ya no se encontraba a Chatillon en el Chatillon mismo, tanto había cambiado en ella. Los grandes pecadores se presentaban en masa en el Tribunal de la Penitencia, y como el Santo no despedía nunca a nadie, con frecuencia se veían obligados a ir a retirarle del Confesionario, en el que muy ocupado por la necesidad espiritual de sus hermanos, se olvidaba de las más urgentes necesidades de la naturaleza. Entre las conversiones que Dios operó por medio de su ministerio son dignas de notar las de dos jóvenes de condición que, llenas del espíritu y de las máximas del siglo, no habían hecho hasta entonces sino bastante mal uso de los atractivos de su sexo, y de las ventajas de la fortuna. Sus costumbres se resentían de la corrupción del gran mundo, en el que se habían criado. Esclavas del lujo y de las modas, ignoraban esos justos límites que prescribe S. Pablo a los que han abrazado el Evangelio. Sus preocupaciones más ordinarias eran los bailes, los festines y los juegos. Desde el primer discurso que el S. Sacerdote hizo en público, tuvieron una alta idea de sus méritos. Su estilo todo de fuego las movió, y quedaron en ir a visitarle. Allí las esperaba la gracia. Vicente, que advirtió la confusión que había hecho nacer en sus conciencias, les habló con tanta fuerza y tanta unción, que tomaron una decisión al instante, y sin preocuparse por lo que podría decir el mundo, formaron la resolución de renunciar a sus diversiones, y consagrarse sin reserva al servicio de J.C. y de los pobres que son sus miembros. Lo emprendieron y lo ejecutaron con una facilidad que las sorprendió a ellas mismas, y su celo las hizo dignas de ser las primeras piedras del edificio espiritual que el santo Hombre levantó tiempo después a favor de los enfermos y que, con el nombre de Cofradía de la Caridad, ha servido de modelo a una infinidad de otros, como diremos más adelante.

La separación del Pastor, quien faltó a estas generosas mujeres antes de lo que esperaban, no disminuyó en absoluto su fervor, y se presentaron luego molestas conjeturas, que hicieron brillar toda su virtud. Poco tiempo después del regreso de Vicente de Paúl a París, la ciudad de Chatillon fue visitada por Dios con un hambre extraordinaria. El hambre y la muerte anunciaban ya sus estragos; y todo hacía temer por los pobres. Pero el espíritu de firmeza y de vigilancia, que las alumnas de nuestro Santo habían recibido en sus lecciones, vino en ayuda de la miseria y de la indigencia. El sr Beynier se asoció a las dos Damas de quienes hablamos. Alquilaron con él un granero común, colocaron allí una parte de sus haberes, le añadieron lo que pudieron recoger en una colecta general, que hicieron en la ciudad y lugares vecinos, que estaban en disposición de contribuir, y sin desanimarse ni por el trabajo, ni por los gastos, lo distribuyeron ellas mismas a los que no tenían nada.

La plaga más temible que el hambre vino después. La peste asoló a Chatillon. El miedo a un mal tan contagioso y tan terrible, espantó a los hombres más valientes. El sexo más débil y más tímido, pareció no arredrarlas. Que uno es fuerte cuando se siente animado de la caridad de JC. Estas mismas Señoras, que habrían podido ponerse al abrigo de la tormenta en sus casas de campo, no quisieron abandonar a los pobres y a los enfermos. La confusión y las alarmas públicas no les quitaron nada de la presencia de espíritu tan necesaria, pero tan rara en estas tristes ocasiones. Sin querer tentar a Dios, pusieron en él su confianza. Hicieron levantar cabañas cerca de la ciudad, y se alojaron en ellas. Allí se preparaban víveres para los pobres y los remedios para quienes había atacado el mal: manos fieles se encargaban de llevárselos a los necesitados. La ciudad de Chatillon se enterneció con el

espectáculo que le daban dos personas tan distinguidas en la Bresse, y casi se les saltaban las lágrimas cuando las veían pasar los días y las noches a las chozas, donde expuestas al aire corrompido lograban esquivar las incomodidades de estos reductos miserables. El fin del mal no fue el término de su caridad. Las instrucciones que nuestro Santo les había dado, estuvieron siempre presentes, y como todo cuanto habían hecho hasta entonces no bastaba a la dimensión de su celo, contribuyeron a la fundación de los PP. Capuchinos en la Ciudad de Chatillon, para multiplicar por medio de estos santos Religiosos el bien que no podían hacer por sí mismas.

La conversión de estas dos Damas dio en toda la Región mucho crédito al S. Sacerdote; pero no la hubo más resonante, ni más capaz de honrar sus trabajos que la del Conde de Rougemont. Era un Señor de Saboya retirado en Francia, cuando Enrique IV unió la Bresse a su Reino. Había pasado toda su vida en la Corte, y de ella había tomado como sucede más que de ordinario a los que la frecuentan, los sentimientos y las máximas. Como los duelos eran por entonces la pasión dominante de la gente de clase y el medio más corriente de adquirirse esta falsa reputación de la que son tan celosos, el Conde de Rougemont que amaba la gloria y que no sabía ni perdonar ni disimular una injuria, era uno de los más grandes duelistas de su siglo. Siempre se encontraba listo para echar mano a la espada, bien para vengar a aquellos de sus amigos que le pedían auxilio, bien para terminar sus querellas personales. Como era grande, flexible y vigoroso, siempre llevaba ventaja. Apenas se creería, decía nuestro Santo hablando de él, a cuántos había maltratado, herido y causado la muerte, se había convertido en el terror de la Región; y aquel que no andaba recto con él, estaba seguro *de quedar despachado enseguida*. Una vez difundida la reputación de Vicente por toda la Bresse, el Conde quiso conocer en persona a un hombre, de quien oía tantas cosas extraordinarias. Se fue a verle varias veces en Chatillon. Le habló a menudo de los asuntos de su salvación y de su conciencia, y él se abrió sin esfuerzo, incluso en la conversación, sobre los excesos, de los que hasta entonces se había gloriado, y que por otro lado no eran ignorados de nadie. La palabra del Siervo de Dios fue para él como esa reja de doble filo de que habla la Escritura; entró, penetró hasta los últimos pliegues de su alma, hasta las junturas y médulas. Este hombre que había hecho temblar a tantos comenzó a temer él mismo. Su conciencia le produjo horror, y para calmarla lo antes posible tomó el partido de someterse a la dirección del Santo, y de entregarse a él sin medida ni reserva. Su retorno a Dios fue tan completo como rápido; no pasó apenas por esos grados de debilidad y de imperfección, que con mucha frecuencia se encuentran en la conversión de la mayor parte de los penitentes; y a Vicente le costó más moderar su fervor que a los demás Directores les cuesta de ordinario inspirárselo a los que les falta. Toda la Provincia se sorprendió al ver a un hombre vengativo, sensible hasta el exceso, y que no conocía otras leyes que las del bienestar del siglo, abrazar en menos de quince días los más rigurosos ejercicios de una vida perfectamente Cristiana. Comenzó por vender su Tierra de Rougemont; y de los más treinta mil escudos que sacó, no hubo ni siquiera un óbolo que no lo empleara, sea en fundar Monasterios, sea en aliviar a los que se hallaban en la indigencia. El Castillo de Chandés, donde residía de ordinario, era como un Hospicio común para los Religiosos, y una especie de hospital para todos los pobres: sanos y enfermos eran tratados en él con toda la atención, toda la caridad posible. Nada les faltaba, ni para las necesidades del cuerpo, ni para las del alma; porque el Conde mantenía a Eclesiásticos que no tenían otra ocupación que la de consolarlos, prestarles todo los servicios de los que eran capaces, y él animaba con su ejemplo a aquellos de su gente a quienes había encargado de esta buena obra; no les dejaba hacer más que lo que él no podía

hacer él mismo. No había en toda la extensión de sus Tierra ningún pobre enfermo que él no visitara y sirviera en persona; y cuando se veía obligado a ausentarse, lo que era bastante raro, les hacía visitar y servir por sus criados.

Tenía una idea tan alta de la pobreza que, aunque poseyera su bien, menos como Amo que como ecónomo encargado de hacerle valer en provecho de los desamparados, quería absolutamente renunciar a ello, para conformarse a la conducta de aquel que siendo rico se hizo pobre por nosotros. Vicente necesitó de toda su autoridad para impedirle dar este paso; y el Conde necesitó de toda su sumisión para ceder a sus consejos.

Es el P. Des-Moulins, del Oratorio, quien nos ha transmitido todos estos datos, y su testimonio no puede ser sospechoso, ya que no ha dicho nada de lo que no haya sido testigo. *¡Ah, Padre mío,* le decía un día el Conde de Rougemont, con los ojos bañados en lágrimas, *¿es preciso que yo sea siempre tratado de Señor, y que posea tantas cosas? ¿Porqué me impone el sr Vicente esta dura necesidad? ¿Qué no me deja hacer? Os aseguro,* añadía, *que si me soltara la mano, antes de un mes, no poseería ni una pulgada de tierra; y yo no llego a comprender cómo un cristiano puede tener nada propio, viendo al Hijo de Dios tan pobre en la Tierra.*

Como la luz de los Justos, por muy viva que sea al principio, crece siempre, y se aumenta hasta formar un día perfecto, el conde hacía cada día nuevos progresos. Obtuvo del Arzobispo de Lyon el permiso de tener el Santísimo Sacramento en la Capilla, para reanimar más frecuentemente su fe y su amor. Allí, postrado a los pies de su Salvador, repasaba en la amargura de un justo dolor las ignorancias de su juventud, y los excesos de una edad más avanzada; lloraba con lágrimas de sangre la pérdida irreparable de tantas almas que el amor de una falsa gloria le había hecho precipitar en el abismo; y ponía su boca en el polvo, como el Profeta, para alcanzar un rayo de esperanza. Daba con regularidad al menos tres horas al día, y a veces cuatro, a la meditación. La hacía siempre con la cabeza descubierta, de rodillas y sin apoyo. La Pasión y los sufrimientos de J.C. eran el gran objeto de sus reflexiones. Su piedad le llevó un día a saber cuántos golpes había recibido el Hijo de Dios en su flagelación; se miró a sí mismo, poniendo la vista en sus antiguos desórdenes, como uno de los principales ministros de esta sangrienta ejecución; y para redimir sus pecados con una limosna, que tuviera alguna relación con el número, dio a la Casa del Oratorio de Lyon tantos como llagas había causado a su divino Salvador.

Vicente, para quien no tenía ningún secreto, habiendo ido una vez a visitarle, el Conde le declaró que todos sus ejercicios de piedad no tenían otro fin que el del perfecto desprendimiento de las criaturas. Ya que, añadía, estoy persuadido de que si no poseo nada en el mundo, seré todo de Dios y por eso examino cuidadosamente si la amistad de un vecino, de un pariente, de un hombre de consideración, me detiene; o si mis bienes, mis pasiones, la vanidad y el amor a mí mismo son obstáculos al progreso que debo hacer en la perfección; y en el momento que me doy cuenta que algo me aparta de mi soberano bien, acudo a la oración y, sin dudarle un momento, rompo, corto, rasgo el lazo funesto, que no podría apegarme a la tierra, sin alejarme del Cielo.

Este detalle penetraba a nuestro Santo con el más dulce consuelo; pero lo que añadió el Conde no le produjo menos. Le contó pues que yendo de viaje un día, y ocupándose de Duios por el camino como siempre, se puso a examinar con una atención renovada si desde el momento que había formado el plan de renunciara los afectos del siglo había todavía alguno que no estuviera desterrado de su corazón. Y recorrió los asuntos, las alianzas, las ideas de reputación y de honor, y esa cantidad infinita de distracciones que cautivan al hombre casi sin darse cuenta. En medio de esta discusión que le duró largo tiempo, puso los

ojos en su espada; y se preguntó a sí mismo porqué la llevaba todavía. Su espíritu agitado le ofreció razones en pro y en contra. Le hacía ver que si fuera atacado, estaría perdido, si no la tuviera; pero también le hizo ver que la facilidad de servirse de ella podría otra vez serle funesta. Este combate interior le hizo sentir que los Siervos de Dios son siempre hombres por alguna razón; y aquel que ha sacrificado lo que tenía como más importante se puede apegar aún a una bagatela. *¿Qué haré, oh Dios mío?*, exclamó *Un instrumento como éste de mi vergüenza y de mi pecado es capaz todavía de tenerme encaprichado? No encuentro otra cosa que esta espada que me estorba.* Se acabó, no tendré ya más la debilidad de servirme de ella ni de llevarla nunca. A estas palabras, se apeó del caballo, rompió contra una piedra esta espada que le había sido tan querida; después de romperla, continuó su camino. Estaba de acuerdo que este sacrificio le había costado mucho; pero confesaba también que, después de hacerlo, experimentó una paz, una libertad, un desprendimiento tan completo y tan perfecto que espera ser en adelante todo de Dios, y de él solamente.

Esta confianza, que no estaba fundada más que en los méritos del Hijo de Dios, no quedó confundida. El Conde de Rougemont caminó hasta el último momento por el sendero que su Director le había señalado. Fue probado hacia el final de sus días por una larga y molesta enfermedad; pero su amor y la fidelidad fueron más constantes que sus dolores continuos. Por fin, pronto a partir para la eternidad, pidió con insistencia a los PP. Capuchinos, y recibió con respeto el hábito humilde de S. Francisco. Este saco de penitencia le pareció más glorioso que todas las dignidades de que había sido revestido. Nadie dudó de que su muerte no fuera preciosa a los ojos del Señor, todos le colmaron de bendiciones; pero no se las daban sin hacerlas subir hasta Vicente de Paúl, a quien el Conde era, después de Dios, deudor de su conversión, y sin el cual habría podido morir como había vivido por tanto tiempo, es decir en el desorden y en la impenitencia.

Vicente no limitó su celo a los que S. Pablo llama los domésticos de la Fe, lo extendió a los que las nuevas herejías habían separado de la Iglesia. Uno de los primeros cuya conversión emprendió fue el señor Beynier, el mismo con quien se había alojado al llegar a Chatillon. Era un joven a quien sus padres habían transmitido sus errores y sus bienes de consideración, y por consiguiente una gran facilidad de sumergirse en toda clase de desórdenes: los gastaba sin tino y llevaba una vida que nada tenía de edificante. Vicente, a ejemplo del Hijo de Dios, que conversaba con toda facilidad con los publicanos y que se preocupaba más de los enfermos que de los sanos, se insinuó poco a poco en su espíritu. Y le hizo sentir el peligro al que sus malas costumbres y su herejía exponían su salvación eterna. Le separó insensiblemente de la compañía de una multitud de libertinos que le asediaban antes y que con toda facilidad lograban inspirarle los sentimientos de que ellos estaban imbuidos. Por fin le hizo ver de la manera más viva que si el libertinaje está en consonancia con una Religión, que hace a Dios Autor del pecado, no está de acuerdo con la verdadera Religión de JC.

Las palabras del Hombre de Dios movieron finalmente al señor Beynier. Pareció más prudente, más moderado, más circunspecto en su conducta. Este cambio inopinado alarmó a los Ministros de Chatillon. Ellos no habían parecido apurarse porque Beynier continuara viviendo en el libertinaje; pero tuvieron en mucho perderlo. Un hombre rico es un objetivo para los Sectarios; su bien ayuda al partido, y su nombre engrosa la lista. Pusieron toda la carne en el asador para retener a un hombre, que no resultaba sospechoso sino porque se había vuelto prudente. Pero los reproches, los ruegos y las súplicas fueron inútiles. Los momentos de Dios habían llegado; y el nuevo prosélito después de renunciar a sus desórdenes, renunció a su herejía. Vicente habría podido recibir su abjuración, según el

poder que le había dado el sr de Marquemont Arzobispo de Lyon, pero su humildad no se lo permitió; cedió este honor a otros. No le importó que se creyera entre el Público que no tenía ninguna parte en la doble conversión del señor Beynier; aunque Dios no se hubiera servido más que de él para realizarla. Es la advertencia que hizo entonces el P. Des-Moulins Superior de los Sacerdotes del Oratorio de Macon.

Si el regreso del sr Beynier a la Iglesia Romana dio mucho honor al celo y a la capacidad de Vicente de Paúl, la regularidad constante de su conducta no lo hizo menos. Entró con una rapidez sorprendente en la práctica de las mayores virtudes del Cristianismo. Resolvió guardar el celibato durante toda su vida. Entregó en una semana dos o tres propiedades que nadie le reclamaba; pero cuya adquisición hecha por sus parientes, que quizás no eran muy escrupulosos, le parecía sospechosa. Fue tan rico para con Dios y para con los pobres que son sus miembros como pródigo había sido en gastos superfluos. Auxiliaba con abundancia a todos los miserables que se presentaban a él. Su caridad se declaró más que nunca en la peste y en el hambre que, unos años después de la salida de Vicente afligieron a la Ciudad de Chatillon. En una palabra, llevó la liberalidad tan lejos que, a fuerza de dar, bien a las Iglesias bien a los pobres, se hizo pobre él mismo; el escaso bien que le quedaba cuando Dios lo llamó a sí, no fue empleado, según sus últimas intenciones, en otra cosa que en obras de piedad y de misericordia. El lector advertirá más de una vez en la historia que escribimos que la caridad hacia el prójimo era la virtud favorita de nuestro Santo y que poseía un talento singular para comunicársela a todos aquellos que tenían alguna relación con él.

La conversión de Beynier fue seguida de otras más: pero no hubo ninguna que diera tanto que hablar como la de los Señores Garron; porque no hubo otra que fuera más trascendente. Su padre, que había sido Oficial en la Compañía de las Gentes de armas del sr Duque de Montpensier, era uno de los más celosos partidarios de la Religión pretendida reformada. El cambio de Beynier su cuñado le había indignado; pero cuando vio que se comenzaba a a desengañar a sus propios hijos, no se contuvo. Puso en práctica todo lo que la autoridad paterna tiene más capaz de hacer impresión. Amenazó a sus hijos con desheredarlos. Hizo comparecer a Vicente ante la Cámara del Edicto en Grenoble. Puso en movimiento a sus amigos y a sus Ministros. Todo fue inútil, ya que no hay fuerza ni poder que prevalezca contra los designios de Dios. Todos sus hijos se convirtieron: uno de ellos hizo su abjuración en Montpellier en las manos del sr Fenouillet, que era el Obispo; los otros la hicieron en Chatillon. Al desdichado padre esto le causó la muerte de dolor; pero la propia muerte reanimó la fe de la familia. El mayor de sus hijos entró en la Orden de los Capuchinos; la hija se hizo Religiosa Ursulina; los otros se quedaron en el siglo y dieron grandes ejemplos de caridad, de desinterés, y sobre todo de celo por la gloria de Dios.

El servicio importante de Vicente de Paúl había hecho a los Señores Garron no se les borró nunca de la mente. Creyeron un deber ordenar su conducta sobre las máximas que les había enseñado, y le consultaban en sus dudas. Tenemos aún una carta, 27 de agosto de 1656, por la que uno de ellos le pedía, casi cuarenta años después, su opinión sobre un asunto importante. Esta carta da a entender tan bien el respeto que sentías por nuestro Santo los que le habían tratado y el talento que poseía para formarlos en las más sublimes virtudes, que si bien un tanto anticuada por el estilo, creemos tener el deber de incluirla aquí en sus propios términos. *Soy uno de vuestros hijos en J.C. que recurre a vuestra bondad paternal, cuyos efectos sintió en otro tiempo, cuando engendrándole para la Iglesia por la absolucón de la herejía, que vuestra caridad le dio públicamente en la Iglesia de Chatillon-lès-Dombes, el año 1617, le enseñasteis los principios y las más hermosas*

máximas de la Religión Católica, Apostólica y Romana, en la que por la misericordia de Dios he perseverado y espero continuar el resto de mi vida. Yo soy el pequeño Jean Garron sobrino del señor Beynier de Chatillon, en cuya casa os hospedasteis al llegar aquí. Os suplico que me deis el socorro que me es necesario, para evitar que no haga nada contra los designios de Dios. Tengo un hijo único quien, al acabar sus Clases, se ha formado el plan de hacerse Jesuita. Es el hijo más aventajado de los bienes de fortuna, que exista en toda esta Provincia. ¿Qué debo hacer? Mi duda procede de dos cosas, etc. Después de exponer las razones en pro y en contra de este plan, concluye con estas palabras: Temo equivocarme, y he creído que podríais hacerme la gracia de dar vuestros consejos sobre ello a uno de vuestros hijos que os los suplica humildemente. Os complacerá que os diga que en Chatillon la Asociación de la Caridad de las Siervas de los pobres sigue en vigor.

No sabemos qué respuesta dio el Santo a esta carta; pero no se puede dudar que le consoló mucho en su extrema ancianidad. Por un lado, veía en ella a un padre de familia que, lleno del Espíritu, del que le había animado en otro tiempo, estaba preparado a privarse de un hijo, que era su alegría y su consuelo y que no difería hacer el sacrificio a Dios más que porque dudaba todavía si le sería agradable. Por otra parte, aprendía que el Señor continuaba bendiciendo las obras de sus años, y que la primera Fundación que había hecho en favor de los pobres, subsistían en toda su dimensión, este último artículo, que se refería a los pobres, a los que Vicente amó siempre tan tiernamente, debió sobre todo llegarle al alma; y el ardor con el que multiplicó hasta la muerte la Cofradía de la Caridad, puede fácilmente llevar a pensar con qué placer oyó que la que había servido de modelo a todas las demás, no había decaído. No podemos dejar de dar a conocer la naturaleza de una Fundación tan útil al público. Lo haremos en pocas palabras; pero hemos de comenzar por explicar lo que llevó a nuestro Santo a formar su plan, y a ejecutarlo. Se advertirá la verdad de lo que dijo tantas veces el Siervo de Dios, que en las diferentes Fundaciones, de las que se le hacía autor, no había nada suyo; que todo se hacía sin ningún plan de su parte, y que nunca había pensado que estos débiles comienzos debieran tener los frutos felices que Dios tuvo a bien darles.

Vicente estando un día de Fiesta preparado para subir al Púlpito para hacer una exhortación a su pueblo, una de aquellas dos Señoras –Sra. de la Chassaigne- de quienes he hablado antes, le detuvo un momento y le rogó que encomendara a las caridades de sus Parroquianos a una familia en extrema pobreza, en la que la mayor parte de los niños y criados habían caído enfermos en una Granja, alejada una media legua de Chatillon. Lo hizo con aquella unción que le era natural, y que parecía redoblarse cada vez que se trataba del interés de los que se hallaban en la miseria. Dejó claro con mucha fuerza la necesidad de socorrer a los pobres, sobre todo cuando la enfermedad va unida a la indigencia, y que no están en condiciones de valerse por sí mismo, como no lo estaban los que recomendaba. Dio tanto peso y eficacia Dios a sus palabras que, después de la Predicación, un gran número de los que las habían escuchado salieron para ir a visitar a aquella pobre gente; nadie fue con las manos vacías; unos les llevaron pan, otros vino, carne, y otras cosas parecidas. Vicente fue también después de Vísperas con algunos de los habitantes de Chatillon. Como no sabía que tanta gente hubiese estado allí antes que él, quedó sorprendido de encontrarse en el camino con una multitud de gentes que volvían en grupos, y algunos descansaban debajo de los árboles, porque el calor era excesivo. Alabó su celo pero no lo encontró bastante prudente. *Esto es una gran caridad, dijo, pero no está bien reglada. Estos pobres tendrán demasiadas provisiones a la vez, esta misma abundancia*

hará que una parte sea inútil. Las que no se consuman al momento, se estropearán y se echarán a perder, y estos pobres desdichados volverán muy pronto a su primera necesidad. Esta primera reflexión llevó a Vicente, que tenía un espíritu de organización y de sistema, a examinar por qué medio se podría socorrer con orden no sólo a esta familia afligida, que era entonces el objeto de su celo, sino a todos cuantos en lo sucesivo se encontraran en una necesidad parecida. Y lo trató con algunas mujeres de la Parroquia que poseían bienes y piedad. Se convino muy pronto en la manera cómo se había de proceder. Todas quisieron tomar parte en una obra tan buena; y el Santo, para aprovechar estas felices disposiciones, elaboró un Proyecto de Reglamento, que quiso que se probara durante algún tiempo antes de ponerle el sello de la Aprobación de los Superiores Eclesiásticos. Vicente tenía una máxima que siguió siempre, cuando no se le forzó a abandonarlo, a la que los que se hallaban presentes no podrían prestar demasiada atención. Estaba persuadido que un hombre prudente debe ajustar sus ideas a la experiencia; y que hay mil cosas que, aunque muy hermosas en la especulación, no son ni posibles ni ventajosas en la práctica asimismo aunque no hizo nunca nada sin consultarlo con Dios y oír el consejo de las personas más experimentadas, se cuidaba mucho de no dar nada por definitivo hasta después de una prueba suficiente. Es lo que hizo en relación con el Reglamento de la nueva Asociación, a la que se dio desde entonces el nombre de Cofradía de la Caridad; y él no pidió su Aprobación hasta que cerca de tres meses de experiencia le hicieron saber que no había nada que arriesgar. Obtuvo fácilmente esta Aprobación; y el Vicario General que la otorgó en ausencia del sr de Marquemont hizo justicia al celo y a la sabiduría del Párroco de Chatillon. Vamos a hacer un resumen de este Reglamento, que podrá servir de modelo a los que su piedad y el amor a los pobres llevarán a hacer otras Fundaciones semejantes para hacerlo con mayor orden, lo dividiremos en diez Artículos. Aquellos a quienes estas clases de detalles no les gusten, podrán ahorrarse su lectura.

1°. Las personas que se reúnan para auxiliar a los pobres enfermos se propondrán a J.C. como modelo. Recordarán que este divino Salvador, que es la caridad misma, no recomendó nada con mayor insistencia que la práctica de las obras de misericordia, y que propuso a todos los cristianos con estas palabras: *Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso.* Y con aquellas otras: *Venid bienamados de mi Padre, poseed el reino que se os ha preparado desde el comienzo del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer, estuve enfermo y me visitasteis.*

2°. No se admitirá en este empleo de Caridad más que a mujeres y jóvenes cuya virtud y prudencia sean reconocidas. Unas y otras no serán recibidas sino con el consentimiento de las personas de quienes dependan. No tendrán otro nombre que el de Siervas de los pobres, y tendrán a gloria llevarlo. Para prevenir la confusión que vendría por la multitud, no se recibirá más que a un cierto número. Este número fue fijado por Vicente en veinticuatro para la Ciudad de Chatillon.

3°. Para establecer el orden, y una justa subordinación entre estas diferentes personas, ellas elegirán a los ojos del Párroco de la Parroquia a una Superiora y dos Asistentas. La Superiora velará por la observancia del Reglamento. Ella se dedicará, en cuanto le sea posible, a hacer que los pobres enfermos sean alimentados y atendidos. No los admitirá a las caridades de la Cofradía sino cuando sean verdaderamente pobres; los despedirá cuando no tenga ya necesidad de auxilios. En todo esto no hará nada sin el parecer de las demás Oficiales, a menos que se den casos tan urgentes que no pueda consultarlas; y entonces se verá obligada a dales lo antes posible cuenta de las razones que tuvo de actuar sin su participación. Cada una de las que compongan la Asamblea respetará y amará con toda

sinceridad a la que esté presidiendo. La obedecerán en todo lo que se refiera al servicio de los pobres; y para hacerlo con mayor facilidad, recordarán que el Hijo de Dios fue obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz.

4°. La primera Asistente, que será al mismo tiempo la Tesorera, y el principal Consejo de la Superiora, guardará el dinero de la Cofradía en un Cofre con dos cerraduras, de las que ella tendrá una llave y la Superiora la otra. Podrá sin embargo tener en mano un suma poco considerable para poder remediar los gastos imprevistos.

5°. La segunda Asistente, cuyos consejos seguirá también la Superiora, estará encargada de guardar y conservar la ropa y los muebles que estén destinados al servicio de los enfermos. Cuando los necesiten se los proporcionará, después de consultar a la Superiora y tendrá cuidado de recogerlos después de la enfermedad.

6°. Además de estas tres Oficiales, la Cofradía elegirá como Procurador a un hombre piadoso y aficionado al bien de los pobres y que pueda hacer su Capital de sus intereses. No se tomará para este empleo sino a un hombre de la Parroquia; Seglar o Eclesiástico poco importa, con tal que sea virtuoso y caritativo. Tendrá cuidado de escribir el producto de las Colectas que se hagan en la Iglesia o por las Casas; llevará también los asuntos que conciernan al fondo de lo temporal, después de consultado el Párroco y las Oficiales de la Cofradía. Propondrá en las Asambleas lo que juzgue más propio para bien de los pobres, lo que haya hecho o lo que querría emprender para su servicio. Si la Cofradía tiene una Capilla particular, velará por los Ornamentos, cumplirá con las Misas, etc. Será tenido como miembro de la Asociación; y en esta calidad tendrá parte en las indulgencias, que le serán concedidas, y tendrá voz en las deliberaciones mientras ejerza su Oficio.

7°. Como es muy útil a una Comunidad que los que la compongan se reúnan de vez en cuando para tratar de lo que puede contribuir al bien y al progreso del Cuerpo en total y de cada uno de sus miembros, *las Sirvientas de los pobres* se reunirán todos los terceros Domingos de cada mes. Se consultarán y comunicarán ese día, si es posible escucharán después de Vísperas una breve Exhortación que les hará el Párroco del lugar; se deliberará luego sobre la que pueda interesar a la Cofradía. Si se necesita recoger los votos, el Párroco será encargado de hacerlo. Comenzará por las que han sido recibidas las últimas, y continuará siguiendo el tiempo de la recepción, y subiendo hasta el Procurador, las Asistentes y la Superiora.

8°. Las Oficiales no podrán estar en el cargo más que dos años. Expirado el cual, entregarán sus cuentas en presencia del Párroco, y de todos los habitantes de la Parroquia, que quieran hallarse allí. Será el lunes después de Pentecostés cuando se procederá a una nueva Elección. Se continuará al Procurador, a no ser algo obligue a sustituirle por otro. Si alguna persona de la Cofradía vive de una manera poco edificante o descuida el cuidado de los pobres, se le advertirá con caridad; si no se corrige será despedida.

9°. Las necesidades espirituales de los enfermos serán todavía más el objeto del celo de la Cofradía que sus necesidades temporales. Se comenzará pues por las primeras, que son más interesantes que las otras. Por eso se trabajará primero en llevar a los enfermos a hacer una buena Confesión. Se les hará ver que nada es más propio para santificar al hombre, que los sentimientos y las aflicciones cuando se los recibe como es debido de la mano de Dios. Para no ver más su corazón, y hacerles más atentos, se les pondrá ante los ojos la Imagen del Hijo de Dios atado a la Cruz. Se les enseñará a unir sus penas con las del divino Salvador; y se les hará ver que si el leño verde ha sido tan mal tratado, un leño seco y árido, que no sirve para nada, merece un tratamiento mucho más riguroso. Cuando se lleve el S. Viático a alguno que sea cuidado por la Cofradía, la que sirva ese día, limpiará la Casa del

enfermo, y la adornará, en cuanto le sea posible para recibir con decencia la visita del Hijo de Dios. La Cofradía asistirá en corporación al Entierro de los pobres a quienes haya asistido durante su enfermedad, y mandará decir una misa por el descanso de sus almas.. se rendirán, con mayor razón, a aquellas de las Hermanas, de las que Dios disponga, los mismos deberes de caridad.

10°. Para impedir que una Asociación, que no está compuesta con demasiada frecuencia más que de personas obligadas a vivir del trabajo de sus manos, cause perjuicio a la casa de aquellas que serán juzgadas dignas de ser admitidas, las Hermanas de la Cofradía servirán por turno a los enfermos, durante un día solamente. Comenzará la Superiora, seguirán las Asistentas y después de ellas cada una de las demás, según el orden de su recepción. Se preparará el alimento de los enfermos, y se les servirá con las propias manos. Lo harán con ellos, como una madre llena de ternura lo hace con respecto a su hijo único. *Les dirán unas palabritas de nuestro Señor*, y tratarán de distraerlos y alegrarles, si parecen demasiado tristes por su mal.

Vicente entra en detalles de lo que se debe dar a los enfermos como alimentación. Como depende mucho de las circunstancias, no nos detendremos en ello. Lo que acabamos de decir es suficiente para dar una idea de su sabiduría y amor por los pobres. De esta manera se estableció en Chatillon la Cofradía de la Caridad. Sería difícil, dice un testigo ocular, relatar todos los bienes que produjo, las conversiones de que ha sido el origen, y los auxilios que han recibido de ella los pobres, sobre todo en tiempos del contagio, de lo que ya hemos hablado. Los habitantes de Bourg y de las localidades vecinas, que fueron informadas de las ventajas que de ellas recaían en el público, las establecieron semejantes en sus lugares. El Hombre de Dios, a quien estos primeros éxitos habían sorprendido y animado, la multiplicó durante toda su vida, mientras lo pudo hacer. En pocos años la fundó en Villepreux, en Joigni, en Montmirel, y en más de treinta Parroquias dependientes de la Casa de Gondi. De allí pasó a Lorena, a Saboya, a Italia y a tantos otros lugares que no se podrían contar. Pero al menos se puede concluir, como se ha hecho desde hace mucho, que hay en una gran parte de Europa miles de pobres que deben todavía hoy a la caridad y a la sabia industria de Vicente de Paúl los auxilios temporales y espirituales que reciben de la piedad de los fieles.

Por lo demás, como el Santo Sacerdote, por poco celoso que fuera para el consuelo de todos los miserables, sentía una atracción particular hacia los pobres del campo, que por lo común son los más abandonados, no pensó en un principio en introducir la nueva Cofradía en las Ciudades importantes. Con todo se vio pronto obligado a establecerla en la Capital misma del Reino. Algunas Damas de calidad que tenían Casas de campo en la Isla de Francia y en las Provincias vecinas, donde el santo había dado Misiones, vieron y admiraron los grandes bienes que provenían de una Asociación tan santa: se acordaron al mismo tiempo que, aunque el Hotel-Dieu de París no estuviera cerrado a nadie, había no obstante en esta Ciudad inmensa un gran número de Artesanos y de Obreros, a quienes la vergüenza u otras razones impedían dejarse llevar allí, cuando caían enfermos, y que esta clase de personas, a quienes les falta de todo, una vez que se hallan sin trabajo, se encontraban tarde o temprano reducidas al estado del mundo más necesitado; sin recursos, ni sustento ni consuelo. Ellas hablaron a los Señores Párrocos y les propusieron la Fundación de la Cofradía de la Caridad, como un medio propio para detener un mal sobre el que gemían ellos mismos hacía tiempo. Algunos de ellos le hablaron a nuestro Santo; y como estuvieran persuadidos que había una bendición particular unida a todas las obras que pasaban por sus manos, le rogaron que se encargara de la empresa, y añadiera a su primer Plan o quitara lo que

juzgara conveniente, en atención a la diversidad de los lugares y de las personas. El S. Hombre lo hizo con aquella actividad que le era natural cuando se trataba del interés de los pobres. La primera Parroquia en la que fundó la Cofradía de la Caridad fue la de S. Salvador. Hizo en ella los mismos bienes que había hecho en todas las otras partes; los que menos aprueban las nuevas Fundaciones no pudieron por menos de estimar ésta, en lo que ella se merece, y se difundió con tanta rapidez por casi todas las Parroquias de París, que resultó fácil ver que esta obra era del número de aquellas que Dios tiene bajo su protección. He creído relatar todos estos hechos por anticipación para no caer en repeticiones tan fastidiosas para el Lector como poco favorables al Historiador.

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro segundo

Sumario

- *Nuevas tentativas de la Casa de Gondi para hacer regresar a S. Vicente. Abandona Chatillon.*
- *Consternación de esta Ciudad. Hermoso elogio que hace de las virtudes del santo Sacerdote.*
- *Vuelve a la casa de Gondi y trabaja en ella en las Misiones.*
- *Misión de Montmirel: conversión de tres Herejes. Objeción aflictiva de uno. Respuesta del Santo.*
- *Vicente va a ver a los Galeotes. Le impresiona su situación. Trata de remediarla.*
- *Luis XIII le nombra Capellán general de sus Galeras.*
- *Es nombrado por S. Francisco de Sales Superior de las Hijas de la Visitación.*
- *Establece en Joigni una Cofradía de Hombres para auxiliar a los pobres.*
- *El R. P. General de los mínimos le asocia a las oraciones de su Orden.*
- *Va a Marsella en auxilio de los forzados. Se coloca en la cadena en lugar de un galeote.*
- *Regreso del Santo a París. Pasa por Macon y presta a los pobres un servicio importante.*
- *Da una Misión en las Galeras. Visita a su familia, y luego se arrepiente.*
- *Otras Misiones en la Diócesis de Chartres.*
- *Proyecto de fundar una Compañía de Misioneros. Este Proyecto ejecutado por la Casa de Gondi, y en qué condiciones.*
- *Muerte de la Generala de las Galeras. Su elogio.*
- *Vicente va a Provenza para consolar al sr de Gondi.*
- *Sale de su Casa y se retira al Colegio de los Bons-Enfants. Retrato del Santo y su carácter.*
- *Examen de dos defectos de que ha sido acusado.*
- *Jesucristo fue el gran modelo que propuso.*
- *Primeros compañeros de Vicente de Paúl.*
- *Su Instituto aprobado por el Arzobispo de París. El Rey le pone el sello de su autoridad.*
- *Primeros trabajos de la nueva Congregación.*
- *Ejercicios de los Ordenandos. Retrato del sr Bourdoise. Se comienzan en Beauvais los ejercicios de los Ordenandos.*

- *Se establecen en París. El Santo los sostiene a pesar de los gastos. Exhorta a los suyos a entregarse por completo a una obra tan buena.*
- *Precauciones que toma para el éxito de estos ejercicios. Materias que se trataban en ellos.*
- *Frutos que se desprenden de ellos, en el Reino, en Italia, en Génova y en Roma, donde son confirmados por la autoridad de la Santa Sede.*
- *Elogio de los Señores Abates de Chandenier. Inquietudes de nuestro Santo, y cuál fue la ocasión. Envidia de una comunidad.*
- *Nuevo Decreto de la Santa Sede. Carácter de la Señorita le Gras: sus primeras relaciones con S. Vicente.*
- *Él la emplea en la visita a las Cofradías de la Caridad. Éxito de estas visitas: suceso que tiene algo de milagro.*
- *La Fundación de la Madeleine. Muerte del Sr Cardenal de Bérulle.*

Vicente estaba muy ocupado en el cuidado de su rebaño, y recogía ya con abundancia los frutos de su trabajo, cuando la sra de Gondi que no había perdido un solo instante de vista el plan para hacerle regresar a su casa, hizo para determinarle de una vez un nuevo esfuerzo que le resultó bien. Ella le envió a un Gentilhombre de su casa lleno de espíritu y sabiduría, y quien además era su amigo particular. Se trataba de aquel mismo Dufresne que había hecho entrar a Vicente al servicio de la Reina Margarita, y a quien Vicente a su vez, había hecho entrar en la casa de los Gondi, para ser Secretario del General de las Galeras. Era portador de un gran número de Cartas. Las había del Señor y de la Señora de Gondi, de sus hijos, del Cardenal de Retz, y hasta del sr de Bérulle. Vicente, siendo como era muy dueño de sí mismo, no pudo ocultar por completo la emoción, que le produjo esta última tentativa. La tristeza y el dolor aparecieron dibujados en su rostro. Para calmar sus primeros movimientos, y ponerse en estado de seguir constantemente la voz del Dios, fue a la Iglesia, y se echó a los pies de Nuestro Señor. Era su costumbre, y no se determinaba nunca sin consultar a este gran Maestro.

Dufresne, que se temió fracasar, entró en conferencia con su amigo; le propuso razones tan fuertes y motivos tan urgentes que Vicente se sintió movido y comenzó a dudar si Dios quería servirse de él por más tiempo en Chatillon. Dufresne se dio cuenta de estas primeras incertidumbres del Santo Sacerdote, y se esforzó en mantenerlas, y en aumentarlas; le hizo ver sobre todo que en un asunto tan importante no debía tomar su última resolución por sí mismo; que si Dios había sacado su gloria de la estancia que había hecho en Chatillon, podía sacar una más abundante de su regreso a la casa de Gondi; y que era justo que, a ejemplo de S. Pablo, que se había hecho instruir por Ananías, consultara a personas sabias, virtuosas y desinteresadas.

Vicente consintió, y después de encomendar este caso a un gran número de personas de piedad, se dirigió a Lyon con Dufresne. Se presentaron los dos al P. Bence del Oratorio quien, bien considerado todo, aconsejó a nuestro Santo regresar a París donde, supuesto que le quedaba todavía alguna dificultad, podría con la ayuda de los que le conocían más particularmente entrar en conocimiento de la voluntad del Dios de una manera más segura. El santo Sacerdote siguió este consejo; bien porque antes de su salida de Chatillon hubiera recibido nuevas luces sobre el partido que debía tomar; o bien porque después de consultar a sus amigos de París, él hubiera hecho otro viaje a Chatillon para arreglar sus asuntos, él dijo el último adiós a sus queridos parroquianos. Les aseguró en una exhortación que les

hizo a este propósito que, cuando la Providencia le había llevado a Chatillon, no había creído dejarlos nunca; pero que, pues ella había ordenado otra cosa, a ellos, como a él, les tocaba respetarla y seguir sus decisiones. No dejó de asegurarles que le estarían siempre presentes; les suplicó a su vez que no se olvidaran de él en sus oraciones, repitiendo varias veces que las necesitaba de veras.

Si se le permite a un Pastor degustar el placer de ser querido con ternura, Vicente debió sentirse bien consolado. No bien hubo anunciado su partida, cuando las lágrimas brotaron de los ojos de los asistentes. Hubo muchos que fueron tan poco dueños de su dolor que llegaron a estallar en gritos. Todos creyeron haberlo perdido todo al perder al hombre de Dios. Los herejes fueron los únicos, que no pudieron disimular su regocijo. Vicente no tuvo nunca el talento de agradarles, y no le quieren más hoy de lo que le querían entonces. Pero, aparte de que su aversión misma redundaba en la gloria de este gran Hombre, y constituye su elogio, no dejaban de hacer justicia a su virtud y a sus talentos; y no se han olvidado en Chatillon estas palabras que algunos de ellos dirigían a los Católicos: al perder a vuestro Párroco, *perdéis el apoyo y la mejor piedra de vuestra Religión.*

Aunque el S. Sacerdote tuviera entrañas de madre para todos ellos, de quienes Dios le había encargado, sin embargo eran los pobres más particularmente el objeto de su complacencia y de su ternura. Por eso les dio en esta ocasión todas las señales posibles de caridad y afecto. Les distribuyó sus pequeñas provisiones, *sus propios vestidos y ropas.* Se sintieron bastante apenados al aprovecharse de sus liberalidades. Como pasaba universalmente por Santo, cada uno se apresuraba a tener algo que le hubiera pertenecido, y un pobre hombre llamado Julien Carron, a quien había dado un sombrero, lo pasó bastante mal para no dejar a la multitud que se lo arrebatara.

El día de su partida fue como un día de duelo público. El tumulto y el dolor se repitieron. Un número prodigioso de gente le siguieron. *Pedían misericordia,* como si su ciudad hubiera sido tomada en asalto. Vicente, que no podía retener las lágrimas, los encomendó a la gracia de Dios, y les dio su bendición por última vez. Los srs Condes de Lyon, para continuar el bien que él había comenzado, le dieron por sucesor a aquel mismo Girard, con quien se había asociado al entrar en Chatillon; y todo hace pensar que esta elección fue efecto de las insistencias reiteradas de Vicente de Paúl, que conocía los méritos de este digno Sacerdote, y quería mucho a su rebaño para verle volver bajo la dirección de gente parecida a la que le gobernaba tan mal antes de encargarse él.

Todo o casi todo lo que acabamos de decir está tomado de los dos Procesos Verbales que se celebraron en Chatillon a unos cuatro años después de su muerte del Siervo de Dios. El sr Charles Demia Sacerdote, Doctor en derecho, que fue encargado de recoger las declaraciones *de los más antiguos y principales Habitantes* de la misma ciudad, que habían visto y conocido a Vicente de Paúl, ha dirigido el segundo de estos Procesos Verbales, que es el más extenso y lo concluye con estas hermosas palabras: *Por fin los abajo firmantes dicen que sería imposible señalar todo lo que ha sido operado en tan poco tiempo por el sr Vicente, y que a ellos les costaría incluso creerlo, si no lo hubieran visto y oído. Tienen de él una estima tan alta, que no hablan de él más que como de un Santo. Publican a los cuatro vientos que nunca han tenido ni tendrán nunca un Párroco parecido, y que los ha dejado muy pronto para ellos. Creen que lo que hizo en Chatillon sería suficiente para canonizarle; y no dudan de que si se portó en todas partes como lo ha hecho en este lugar, lo sea un día.*

Se puede fácilmente juzgar por estas pocas palabras qué profundamente estaba grabada la memoria de Vicente de Paúl en el corazón de los que le habían visto de cerca, y qué idea

tenían los pueblos de su virtud y de su santidad. Dios mismo parecía haber confirmado esta idea con milagros o con los sucesos que se parecían. El Acta auténtica que hemos citado tantas veces refiere uno que tiene algo de singular. Había en Chatillon una mujer que hallándose embarazada de varios meses se hirió de importancia y que, en consecuencia al llegarle la hora no pudo dar a luz. Esta primera desgracia fue seguida de una hinchazón, que le causaba los más crueles dolores. Los médicos la abandonaron persuadidos de que no había remedio a su mal. Vicente, a cuyas oraciones se había encomendado, iba a veces a su casa a consolarla. Ella aseguró constantemente que la presencia del santo Hombre suspendía sus dolores, y que no sentía ningún dolor, mientras él permanecía en su casa. Al final dio a luz contra toda esperanza una masa de carne inanimada; su parto sorprendió a todo el mundo y fue atribuido unánimemente a las oraciones que hacía frecuentemente por ella el Siervo de Dios. Sea lo que fuere de la naturaleza de este acontecimiento, sobre el que no me conviene pronunciarme, se puede decir que los grandes bienes que Vicente realizó en Chatillon, tienen algo de milagroso, y que éxitos tan rápidos, (pues en efecto, todo cuanto acabamos de decir se hizo en menos de cinco meses) son el efecto y la prueba de una Providencia que no sigue las leyes comunes.

Mientras que una parte de la Bresse se entregaba a las lágrimas, y echaba de menos a un hombre que era tenido como su Apóstol, Vicente se acercaba a París. Su regreso causa tanta satisfacción a sus amigos como causa de dolor había sido su partida para los habitantes de Chatillon. Tuvo una larga conferencia con el sr de Bérulle, y algunas personas más muy entendidas, el mismo día de su llegada. Se determinó también que él volvería a la casa de Gondi; y así lo hizo en efecto la víspera de Navidad del mismo año 1617. toda la familia se felicitó por la suerte de recobrarle la piadosa Generala que había sentido más que nadie el peso de su ausencia, sintió también más que nadie el gozo de poseerle. Le recibió como a un Ángel que Dios le enviaba para conducirla por los caminos de la perfección y de la salvación: sino para no verse más expuesta a nuevas alarmas, le hizo prometer que no la abandonaría más, que la asistiría hasta la muerte.

El Santo, que no tuvo más que una inspección general sobre la educación de los Señores de Gondi, tuvo toda la facilidad posible de seguir el atractivo que tenía por la salvación de los pueblos del campo. Su celo por la santificación de esta parte del rebaño de JC que estaba entonces tan abandonada, apenas le dejaba tiempo para reconocerse. Desde el principio del año siguiente, hizo los preparativos para una Misión en Villepreux, y lugares circunvecinos. Esta función que algunos Eclesiásticos, que son con frecuencia de muy pocos alcances en todos los sentidos, miran como por debajo de ellos, no desanimó a personas del primer mérito, y que ocupaban lugares distinguidos. El sr Cocqueret, Doctor de la Casa de Navarra, los srs Berger y Gontièrre, Consejeros clérigos en el Parlamento de París, y otros varios virtuosos Sacerdotes se unieron a Vicente y emprendieron con él esta buena obra. No se limitaron a los auxilios espirituales, trataron de remediar las necesidades temporales; y para prevenirlas, en cuanto era posible, el Santo estableció en Villepreux la Cofradía de la Caridad, bajo la autoridad del sr Cardenal de Retz Obispo de París, que había aprobado sus Reglamentos.

La Condesa de Joigni veía con gran consuelo la santa fecundidad, que estaba como unida a los trabajos de su Director; estaba tan conmovida que los pueblos, que dependían de ella, eran el primer alimento de su celo y de su caridad. Pero se ha de hacer justicia a esta mujer, a quien no se alabará lo suficiente, y estar de acuerdo que ella tomaba gran parte en todas estas empresas de piedad y que buena parte del éxito era efecto y la recompensa de su atención y de su liberalidad. Mientras que el santo sacerdote y los que trabajaban con él

anunciaban el Evangelio y reconciliaban a los pecadores, la Generala de las Galeras daba una especie de misión a su modo: su piedad la multiplicaba, por así decirlo en esta clase de ocasiones. Aunque enferma con frecuencia y siempre con una salud muy débil, se hallaba en todas partes; visitaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, acababa los Procesos, apaciguaba las disensiones, repartía con una santa profusión, sobre todos los que se hallaban necesitados, limosnas y favores. Estos socorros exteriores enternecían a los pueblos, y hacían más dóciles los corazones, y más preparados para recibir la semilla de la palabra. ¡Como los Obreros Evangélicos harían a su vez el bien hoy, si los Grandes del siglo se asociaran de esa manera a sus trabajos, y pensaran con seriedad ante Dios lo que deben a los Pastores y a los pueblos!

Esta primera Misión fue seguida de otras más que hicieron este mismo año y los siguientes bienes increíbles en las Diócesis de Beauvais, de Soissons y de Sens. Diré algo sobre ellas como anticipo, para no volver tantas veces al mismo asunto, pero también, para evitar la repetición, yo no las detallaré escrupulosamente. Me bastará con anotar que Vicente parecía inagotable. Se hubiera dicho que quería desquitarse con la casa de Gondi por la brecha que su ausencia había abierto. Sus trabajos eran de alguna manera una Misión continua, desde que la Condesa de Joigni, a quien acompañaba de ordinario, había llegado a una de sus Tierras, el hombre de Dios volvía con sus ejercicios ordinarios de caridad. Daba los Catecismos a los pobres y a los niños, recibía con bondad a todos los que se presentaban al Confesionario, visitaba regularmente a los enfermos, a aquellos ante todo que estaban más abandonados.

La ciudad de Montmirail, donde la Generala de las Galeras se hallaba a menudo, fue una de aquellas en las cuales realizó conquistas más trabajosas y más gloriosas. La Señora de Gondi que conocía demasiado el ardor y la extensión de su celo, para suavizarlo, habiéndose enterado de que había tres herejes en la vecindad, le comprometió a tratar de su conversión. Fue en el propio Castillo donde se los citó y allí entró en conversaciones con ellos. Empleaba por lo común dos horas al día en instruirlos. Les proponía los Dogmas de la Iglesia con toda sencillez, es decir separados de las disputas de la Escuela y de los negros colores con que los suelen pintar los Ministros de la Religión pretendida reformada; escuchaba con paciencia sus objeciones y las resolvía con aquella precisión que era su talento particular y que tanto se admira hoy en sus Cartas y en sus conferencias. Ya a finales de la primera semana dos de ellos se rindieron, y después de sentirse bastante felices por conocer la verdad, fueron bastante generosos para abrazarla y hacer de ella profesión pública.

No sucedió lo mismo con el tercero: se trataba de uno de esos hombres que con un espíritu y talentos muy mediocres, se sienten perfectamente contentos de sí mismos; que aprecian con avidez todo lo que parece favorecer sus prevenciones, y que no se dignan ni escuchar ni mucho menos profundizar lo que podría abrirles los ojos; que tienen suficiente tino, y no se necesita tanto, para multiplicar las objeciones; pero les falta luz para ver su falsedad y defecto, incluso cuando se les hace ver; por fin, que imaginan que atacar la Moral relajada es practicar la Moral severa, y que su conducta está a salvo, porque ven lo que hay de defectuoso en la conducta de los demás. Así era el hombre con quien Vicente tuvo que tratar. Se creía hábil y se ponía a dogmatizar; vivía bastante mal y se hacía sin embargo de la vida de algunos Católicos un argumento de partido; y cada día volvía a la carga con nuevas dificultades. Esta es una que le paró un día cuando se le creía en vísperas de hacer abjuración. Vicente la repitió más de una vez para hacer ver qué terrible será el Juicio que Dios ejerza sobre los malos sacerdotes; y que con una profunda equidad es como, en

términos de la escritura, vengará sobre la indolencia de los Pastores, la sangre y la pérdida de las ovejas que él les confió.

Pretendéis, Señor, decía a nuestro Santo el Hereje de quien hablamos, pretendéis que la Iglesia de Roma es conducida por el Espíritu de Dios. Pero eso es lo que no puedo creer: porque por un lado se ve a los Católicos del campo abandonados a Párrocos viciosos e ignorantes, sin estar instruidos en sus deberes, sin que la mayor parte sepan tan sólo lo que es la Religión Cristiana; y por otro, se ve las Ciudades llenas de Sacerdotes o de Monjes que no hacen nada; o quizás en París se encontraría a diez mi que dejan sin embargo a esta pobre gente en esta ignorancia espantosa, por la que se pierden cada día. ¿Y vos querríais persuadirme de que eso sea dirigido por el Espíritu? No lo creeré nunca.

Esta objeción impresionó mucho al Siervo de Dios; se sintió afligido al ver a un hereje justificar su revolución contra la Iglesia, por la conducta de aquellos mismos, cuya vida debería ser bastante edificante para hacer entrar en ella al pagano y al infiel. Se dio cuenta de nuevo de la magnitud de la necesidad espiritual de los pueblos del campo y la necesidad de socorrerlos. No obstante para no dejar sin respuesta una dificultad que en el fondo no tenía nada de sólido, y que en ciertas épocas podría ser tan concluyente contra los Protestantes como contra los Católicos, Vicente, disimulando el mal lo que pudo, replicó que había todavía en varias Parroquias buenos Párrocos y buenos Vicarios, que entre los Eclesiásticos y los Religiosos, que abundan en las ciudades, los había que iban a catequizar y predicar en los campos; que entre los que no salían de los Monasterios, unos se ocupaban en rogar a Dios y en cantar las alabanzas noche y día, otros servían útilmente al público componiendo Obras sabias, enseñando a los pueblos la Doctrina Cristiana, administrando los Sacramentos. Añadió que los que seguían inútiles y que no cumplían, como debían, con sus obligaciones eran hombres particulares, sujetos al error, que por decir verdad eran miembros de la Iglesia porque ella encierra en su seno la paja y el buen grano, pero que no constituían la Iglesia, que por el contrario se resistían al Espíritu santo que la gobierna, y que deben morir un día, porque son del número de los que, como habla S. Pablo, viven según la carne. Acabó explicando lo que entienden los Católicos cuando enseñan que la Iglesia está dirigida por el Espíritu Santo, hizo ver que esta dirección mira o al cuerpo mismo de la Iglesia, que no puede equivocarse en sus decisiones o a los particulares que no pueden extraviarse cuando siguen las luces de la Fe y las reglas de la justicia Cristiana. Una respuesta tan justa y tan sabia hubiera debido satisfacer a aquel a quien iba dirigida: sin embargo no se rindió y siguió sosteniendo que la ignorancia de los pueblos y el escaso celo de los Sacerdotes eran una prueba infalible de que la Iglesia Romana no estaba conducida por el Espíritu de Dios.

Vicente, a fin de impedir en lo que estaba de su parte, que no se le hicieran más parecidas objeciones, redobló su celo. Puso en movimiento a aquellos de sus amigos que tenían más talento para distribuir la palabra, y los comprometió a recorrer con él los Burgos y Pueblos, para reanimar la Fe y la caridad de los pueblos. Regresó al año siguiente a Montmirail con algunos Sacerdotes y algunos Religiosos de su confianza. Los Señores Duchesne y Féron, de los que el primero era Archidiácono de la Iglesia de Beauvais, y el segundo lo fue después de la de Chartres, fueron del equipo. Estos dignos Obreros trabajaron no sólo en Montmirel, sino también en todas las Parroquias vecinas. El brazo de Dios no se acertó, y estas últimas misiones tuvieron todo el éxito de las de Folleville y de Villepreux. Corrió la voz por toda la región, y no se hablaba de otra cosa que de los grandes bienes de los que Vicente de paúl era el instrumento. Este mismo hereje a quien nuestro Santo no había podido ganarse el año precedente, quiso ver por sí mismo cómo era. Examinó con toda la

atención de un hombre prevenido los ejercicios que allí se tenían. Asistió a las Predicaciones y a los Catecismos. Vio el cuidado que se ponía en enseñar a los que se hallaban en la ignorancia las verdades necesarias a la salvación; reconoció, admiró la caridad con la que se acomodaban a la debilidad y a la incapacidad de los más rústicos, para hacerles sensible lo que debían creer, y darles bien a entender lo que debían practicar: por fin fue testigo del cambio y de la conversión de un gran número de pecadores que, llenos de horror por sus pasados desórdenes, se apresuraban a expiarlos por la penitencia y las lágrimas. Impresionado por todas estas cosas, vino a buscar a nuestro Santo, y le dijo: *Ahora es cuando veo que el Espíritu Santo guía a la Iglesia Romana, pues en ella se cuida de la instrucción y de la salvación de los pobres Campesinos. Estoy preparado a entrar en ella, cuando tengáis a bien recibirme.* Habiéndole preguntado Vicente si no le quedaban ya dificultades ni dudas, respondió: *No, creo todo lo que habéis dicho y estoy dispuesto a renunciar públicamente a todos mis errores.*

Era mucho más que una Confesión tan precisa y tan firme: sin embargo nuestro Santo no se contentó. Para asegurarse cada vez más de la integridad de la fe de su prosélito, le interrogó en particular sobre algunos Artículos que son controvertidos entre nosotros y los protestantes; y más cerca todavía sobre aquellos de los cuales se había demostrado estar más alejado. Quedó satisfecho de sus respuestas, y reconoció con alegría que había retenido una buena parte de lo que le habían enseñado.

Señalaron el domingo siguiente para darle la absolución de su herejía: la Iglesia del Pueblo de Marchais, en la que los Misioneros trabajaban entonces fue elegida para el lugar de la abjuración. El recién convertido se presentó puntual; la Asamblea era numerosa, porque se había anunciado al pueblo la ceremonia que debía tener lugar. Todos daban gracias a Dios por el regreso de la oveja descarriada, y se alegraban de verla acudir por sí misma al rebaño. Pero esta alegría santa se vio turbada por un incidente, que no se esperaba.

Habiéndole preguntado Vicente en público a este hombre si perseveraba en el propósito de abjurar de sus errores, y reunirse con la Iglesia Católica, respondió, en verdad, que perseveraba, pero añadió que había todavía una dificultad, que acababa de formarse en su espíritu, con ocasión de una imagen de piedra bastante mal diseñada que representaba a la Santísima Virgen, y en la cual, decía él, señalándola con el dedo, él no podía creer que hubiera ninguna virtud. El Santo debió sorprenderse al ver aparecer una objeción que él había aclarado ya tan sólidamente. Respondió sin embargo con mucha tranquilidad que la Iglesia no enseñaba que hubiera ninguna virtud en estas imágenes materiales; que Dios podía bien comunicársela; que se la comunicaba incluso de vez en cuando, como lo había hecho en otro tiempo con la vara de Moisés, que hacía tantos milagros: pero que de por sí no tenían ni fuerza ni poder; que por lo demás este dogma de nuestra fe era tan conocido en la Iglesia que los niños mismos se lo podían explicar. El santo Sacerdote llamó entonces a uno de los mejor instruidos, y le preguntó lo que debemos creer con relación a las santas Imágenes. El niño respondió que era bueno tenerlas y darles el honor que les es debido no por la materia de que están hechas, sino porque nos representan a Nuestro Señor J.C., a su gloriosa Madre y a los demás Santos, que reinan en el cielo y que habiendo triunfado del mundo, nos exhortan mediante estas figuras mudas a seguir su fe y a imitar sus buenos ejemplos. Vicente dio por válida esta respuesta, y se sirvió de ella para hacer confesar a este hereje que la dificultad que le había detenido no tenía nada de sólido, y que ni siquiera debía haberse propuesto por un hombre a quien se había instruido debidamente sobre este artículo, como sobre los otros. El protestante pareció entregarse de buena fe, y el Siervo de Dios habría podido absolutamente reconciliarle ese día: pero como era enemigo de cuanto

encerraba precipitación, juzgó más oportuno diferirlo. Le remitió pues a otro día para darle tiempo a disponerse tanto como creyera oportuno. El hereje lo aprovechó, y presentándose a la Iglesia en el tiempo que le había sido señalado, abjuró de sus errores en presencia de toda la Parroquia. Su regreso fue sincero, y perseveró hasta la muerte en la profesión de la Fe Cristiana.

El orden y el detalle de esta conversión quedaron siempre grabados profundamente en la memoria de nuestro Santo, ya que el cuidado que se tomaba en instruir a los habitantes del campo, había sido su principal motivo. Se sirvió de él una vez, para animar a los sacerdotes de la Compañía a cumplir dignamente con su vocación. *¡Oh Señor, exclamó en un transporte de celo y de agradecimiento, qué dicha para nosotros Misioneros verificar la dirección del Espíritu Santo sobre la Iglesia, trabajando como lo hacemos en la instrucción y en la santificación de los pueblos!*

Aunque las necesidades de los pobres del campo fueran en el gran objeto del celo y de la caridad de S. Vicente, él no se limitaba a ello. Todo cuanto se encontraba en extrema necesidad era de su incumbencia. Le era de alguna forma atribuido. No necesitaba súplicas, ni ruegos inoportunos; se adelantaba a todos los miserables; se apresuraba en socorrer a aquellos mismos que nunca habían pensado en implorar su ayuda y su protección. Apenas llegado de las misiones, iba a visitar los Hospitales y las cárceles, y prestaba a los habitantes de estos tristes lugares todos los servicios que podía hacerles, por sí mismo o por sus amigos. Como su inclinación particular le llevaba siempre a donde había más llagas que curar, sobre todo cuando los que estaban afectados tenían alguna relación con la Casa de Gondi, él quiso saber cómo eran tratados los criminales que, condenados a Galeras, están en París por algún tiempo, antes de ser conducidos a Marsella. Se le condujo a las mazmorras de la Conciergerie y de las otras prisiones. Es verdad que se esperaba encontrar mucha miseria; pero se encontró con más de la esperada. Vio, para decirlo en dos palabras, a desgraciados encerrados en oscuras y profundas cavernas, *comidos de gusanos, agotados de languidez y de pobreza y totalmente abandonados en el cuerpo y en el alma.*

Un trato tan duro, tan opuesto a las reglas del Cristianismo, entristeció gravemente al santo Sacerdote. Juzgó bien que el remedio a un mal tan grande costaría mucho y exigiría grandes precauciones. Por una parte se trataba de auxiliar a un gran número de desafortunados, por otra, había que suavizar su estado sin sustraerlos a la justicia; inspirar un temor saludable de los Juicios de Dios, a hombres que nunca se habían ocupado de ello, y enseñar a un pueblo de endurecidos a santificar, por el amor y la paciencia, estos mismos sentimientos que los amargaban y que eran para ellos una ocasión tan próxima como continua de blasfemia, de furor y de desesperación.

Por suerte para ellos, Vicente no conocía dificultades, cuando se trataba de procurar la gloria de Dios y de ayudar a los afligidos: o más bien, las dificultades contribuía a hacerle más activo y más solícito. Así que, sin perder un momento, y todavía afectado por los terribles objetos que le habían impresionado, se lo comunicó al General de las Galeras; le hizo ver que esta pobre gente le pertenecían, y que a la espera de llevarlos al lugar destinado, era de su caridad no permitir que siguieran sin socorro y sin consuelo; y como las proposiciones generales no sirven por lo común para nada, sobre todo cuando se formulan a personas abrumadas de preocupaciones, propuso un medio de asistir corporal y espiritualmente a aquellos a favor de quienes le hablaba. El sr de Gondi lo aprobó y dio al Siervo de Dios plenos poderes de llevarlo a cabo.

El santo hombre no esperó más; alquiló una casa en el barrio de S. Honoré, la mandó preparar con una diligencia extrema, mandó trasladar y reunir allí a todos los forzados que

se hallaban dispersos en toda la ciudad. Como esta buena obra no tenía otros fondos que los de la divina Providencia, puso en alguna forma en contribución a aquellos amigos que estaban en condiciones de contribuir a los gastos. El Obispo de París entró en sus vistas, y mediante mandamiento, impuso a los Párrocos, a los Vicarios y a los Predicadores de la misma ciudad exhortar a los pueblos a prestarse a una empresa tan santa y tan grande. Los movimientos que se dio Vicente de Paúl no fueron inútiles; su ejemplo arrastró a mucha gente, y se vio en situación, después de remediar una parte de las necesidades del cuerpo, de emprender auxiliar las del alma. Eran grandes, pero la asiduidad y la paciencia alcanzan muchas cosas. El Santo visitaba a menudo a los Galeotes, les hablaba de Dios con una fuerza llena de dulzura. Los instruía en las verdades de la fe y en sus obligaciones. Les hacía sentir que por involuntarias que fuesen sus penas, podían ser aceptadas de una manera que las hiciera meritorias. Añadía que esta aceptación perfecta disminuiría su tristeza; que después de todo durarían poco, pues debían acabarse con la vida, que no es larga; y que bien pensado, no hay verdaderas más que las que deben castigar el crimen y la impenitencia en la eternidad.

Estos discursos causaron una gran impresión en hombres, que no estaban acostumbrados a ello, y a quienes los buenos tratos que recibían sin cesar hacían todavía más atentos. Se vieron estallar señales de un dolor sincero. Las Confesiones generales acabaron con el tiempo lo que las exhortaciones habían comenzado. Y Vicente tuvo el consuelo de ver poco a poco a hombres, que con frecuencia se habían olvidado de Dios durante largos años acercarse a los santos Misterios con un espanto mezclado de amor y de gratitud, y con disposiciones capaces de edificar y de animar a personas ya avanzadas en la virtud.

Este cambio que anunciaba de una manera tan sensible la fuerza de la mano del Altísimo dio mucho honor a nuestro Santo, en París y en la Corte. No les cabía en la cabeza cómo un solo hombre podía hacer subsistir a tantos otros, ni por medio de qué recursos había podido cautivar corazones huraños por naturaleza; ni de dónde sacaba fuerzas suficientes para sostener, sin descansar un momento, tantas funciones tan variadas y tan penosas. En efecto, el santo Sacerdote pasaba todos los días un tiempo considerable con los forzados y les prestaba servicios de toda clase. Las enfermedades contagiosas, de que se hallaban atacados a veces, no le repugnaban; se encerraba incluso con ellos para estar más al alcance de consolarlos y socorrerlos. Cuando los otros asuntos de que estaba encargado, le llamaban en otra parte, dejaba su cuidado a dos virtuosos Eclesiásticos, de los que uno que se llamaba sr Belin, era Capellán de la Casa de Gondí, mientras residía en Villepreux; y el otro, que se llamaba sr Portail, y de quien tendremos ocasión de hablar más de una vez en el curso de esta historia, estaba unido hacía varios años a Vicente de Paúl, y siempre a punto para realizar sus órdenes. Estos dos Sacerdotes quienes, a la sombra del Siervo de Dios, se habían llenado de su espíritu y de sus máximas, se alojaban en este nuevo Hospital de los forzados, allí celebraban la santa Misa, y allí regaban cada día la semilla que nuestro Santo había expandido tan felizmente. No los dejaba solos sino el menor tiempo posible. Su tesoro estaba en medio de esta tierra recién roturada, su corazón le llamaba allí sin cesar.

El sr de Gondí sorprendido igualmente, y edificado por el buen orden que nuestro Santo había establecido entre hombres que nunca lo habían conocido, formó el plan de introducirlo en todas las Galeras del Reino. De ello le habló al Rey, dio a este Príncipe una alta idea de la capacidad y del celo de Vicente de Paúl; y le hizo comprender que, por poco que la Corte quisiera autorizarlo, sólo faltaría hacer en muchos otros lugares los mismos bienes que había hecho ya en París. Luis XIII que tenía mucha piedad de muy buena gana en una propuesta tan justa, y mediante un Breve con fecha del ocho de febrero de 1619

nombró a Vicente Capellán Real, o General de todas las Galeras de Francia. Hablaremos en otra parte de esta dignidad, en la que el Santo fue confirmado veinticinco años después, a petición del Duque de Richelieu, que había sucedido a Pedro de Gondi en el cargo de General de las Galeras.

Este nuevo empleo que destacaba la estima que Luis el Justo sentía de nuestro santo Sacerdote, fue poco después seguido de otro, da bien a entender el juicio que de él formaba S. Francisco de Sales. Este gran Obispo cuyo solo nombre trae a la memoria la idea de uno de los más dignos Pontífices que JC haya dado nunca a su Iglesia, conoció a Vicente, cuando al regresar de Bresse entró en la Casa de Gondi. Una tierna caridad unió bien pronto a estas dos grandes almas. El don de discernir los espíritus, que poseían eminentemente, les dictó lo que debían pensar uno del otro. Vicente confesó que la dulzura, la majestad, la modestia, y todo el exterior de Francisco de Sales le traía a la mente una viva imagen del Hijo de Dios conversando entre los hombres. Francisco de sales publicaba a su vez que Vicente era uno de los Sacerdotes más santos que hubiera conocido y que no sabía de nadie en París que tuviera más Religión, más prudencia, más de esos raros talentos que son necesarios para dirigir a las almas a una alta y sólida piedad.

Estos motivos le decidieron a poner los ojos en él para hacerle el primer Superior de las Religiosas de la Visitación, que la ilustre Juana Francisca Fremiot de Chantal había fundado hacía poco en la Calle S. Antoine. Esta elección hecha por un Obispo, que tenía por máxima, que un particular mismo debe elegir a su Director *entre diez mil; que se encuentran menos de los que se pudiera decir, que sean capaces de este trabajo;* y que un hombre encargado del cuidado de una Casa Religiosa, debe unir mucha virtud y una caridad rara a una vasta ciencia y a una grande experiencia; esta elección, digo, constituirá para siempre, entre todas las personas sabias, la apología del mérito y de la piedad de Vicente de Paúl. Porque, por raros que fuesen entonces los buenos sacerdotes, es cierto que había en París varios Eclesiásticos sabios, virtuosos, y de más edad de la que tenía nuestro Santo: había *Pastores vigilantes y sabios* en varias Parroquias; Doctores llenos de luz en las Casas de Sorbona y de Navarra; Directores esclarecidos que trabajaban con fruto en los diferentes distritos de esta gran Ciudad. Sin embargo fue preferido Vicente de Paúl a estos hombres respetables; y el santo Obispo de Ginebra, una vez consultada largamente la madre de Chantal, y solicitado a Dios en largas y fervientes oraciones que le iluminara en un asunto tan importante, creyó que era el hombre más apto para concluir su Obra y perpetuar en las nuevas Esposas, que acababa de alumbrar en JC, el espíritu de amor y de sacrificio, que les es propio, y en el que han hecho durante más de cuarenta años, bajo su dirección, progresos tan importantes. Con el justo temor de que el hombre de Dios renunciara a un empleo, que era una prueba hablada de la estima distinguida que se tenía de él, el santo Fundador de la Visitación actuó como había hecho en caso semejante la Generala de las Galeras. Fue a ver a Enrique de Gondi Cardenal de Retz, último Obispo de París, le rogó que decidiera en su favor, y previniera con órdenes precisas los retrasos y amonestaciones. Este Prelado no se cuidó de oponerse al bien de una de las más hermosas porciones de su rebaño. Habló, fue obedecido. Las bendiciones que acompañaron el ministerio de Vicente, y de las que hablaremos más tarde, han demostrado que los hombres no habían hecho sino ejecutar en el tiempo lo que Dios había decidido antes de todos los siglos.

Estos empleos tan gloriosos para Vicente no cegaron su corazón, sino que le unieron más con los pobres. Dedicó a su instrucción todo el tiempo que le quedó libre. Pasó una gran parte de ese año y del siguiente en dar, como ya dije hace poco, Misiones en varias Diócesis, y fundó en la Ciudad de Joigni una Cofradía de hombres para alivio de los pobres

que tenían buena salud -23 de mayo de 1621-, como ya había fundado una de mujeres para el servicio de los que estaban enfermos. Pero su celo por la salvación del prójimo no le ocupó hasta el punto de impedirle pensar en sí mismo. Para no consumirse en ilustrar a los demás, no descuidaba ninguno de sus ejercicios de piedad, y añadía rudas y penosas mortificaciones. Las disciplinas hasta la sangre, un cilicio espantoso, cadenas puntiagudas, un sueño muy corto, y siempre sobre paja, una sobriedad extraordinaria en el beber y el comer, y gran cantidad de austeridades parecidas, entraban desde hacía tiempo en el plan de su vida, del que nunca se separó. Hizo ese mismo año los ejercicios espirituales en Soissons con mucho fervor. Allí fue donde al pesarse con el peso del Santuario, que no engaña nunca, reconoció en sí un defecto que, como pasa de ordinario, no habría dejado de crecer con el tiempo y poner algún obstáculo a la santificación de los pueblos, cuya salvación e intereses Dios le confió tan visiblemente.

Su aire naturalmente grave tenía no sé qué de austero sobre todo con relación a las personas de clase; y su inclinación que le llevaba a la soledad hacía su trato menos cómodo. Los pobres, con quienes estaba en su elemento, no se daban cuenta, pero el gran mundo a quien se veía obligado a ver, y que quiere modos hasta en la virtud, se daba cuenta de vez en cuando. Estos momentos sombríos, durante los que Vicente, como encerrado en sí mismo, seguía sin pensar en ello su temperamento melancólico afligían a veces a la Condesa de Joigni que, temiendo mucho perderle, temía también que tuviera algún descontento en su casa. Ella le manifestaba sus penas, con esos modos llenos de bondad que le eran naturales. El santo Hombre durante el retiro que hizo en Soissons se examinó seriamente sobre este tema, y conoció mejor su importancia. *Acudí a Nuestro Señor*, es él quien habla y con su humildad ordinaria, y *le pedí con insistencia que me cambiara este humor seco y repelente, y me diera un espíritu dulce y benigno*. Dios no le falló, pero tampoco él le falló a Dios; y se vigiló a sí mismo tan de cerca que su dulzura y su afabilidad pasaron a ser proverbiales, y que se ha llegado a decir de él lo que él mismo decía de S. Francisco de Sales, que era difícil hallar un hombre cuya virtud se anunciara bajo rasgos más amables más capaces de ganar para Dios todos los corazones.

La mayor gente de bien, de acuerdo con Vicente, trabajaban en obtenerle del Cielo las gracias que necesitaba para aprovechar dignamente la gran carrera en la que Dios le hacía entrar. Este mismo año de 1621, Francisco de Maïda, Superior General de los RR .PP. Mínimos, y que más tarde fue Obispo de Lavello, le concedió Cartas de Asociación -26 de febrero de 1521, que dicen en sustancia que en consideración de su insigne piedad y de los servicios que ha prestado a los hijos de S. Francisco de Paula, le hace partícipe de las oraciones, de los sacrificios, de los ayunos, de las Indulgencias, y de todas las buenas obras que se hacen o se hagan en adelante, en toda la extensión de su Orden; y ello, dice, para unir cada vez más por la comunión de las mismas gracias a los que la divina Caridad ha unido ya tan estrechamente. No dudamos de que S. Vicente, hoy que está en la gloria, se interese en particular por una Comunidad que, mientras se hallaba en la tierra, le dio señales tan preciosas de amor y benevolencia. Pero habiendo recobrado esta Pieza, que el sr Abelly no había conocido, los Sacerdotes de la Misión han creído no poder sin ingratitud dejar pasar de testimoniar públicamente su agradecimiento y su estima por esta santa Orden. Por lo demás nadie puede sorprenderse que se haya podido saber qué clase de bienes había hecho Vicente a estos dignos Religiosos. El santo Sacerdote estuvo siempre tan atento a ocultar las buenas obras que podía hacer, como exactos son los falsos devotos en publicar las que hacen de vez en cuando. Servicios que prestó a una infinidad de Monasterios, nunca se han sabido más que aquellos que no pudo dejar en el anonimato.

Éstos sin embargo son en tan gran número que su primer historiador, que los conocía a la perfección, no tuvo dificultad en escribir, que si se quisiera contar al detalle todo lo que el Siervo de Dios hizo a favor de aquellos y de aquellas que habían abrazado el Estado Religioso, *se podría componer un Volumen con ello*. Diremos algo cuando se presente la ocasión. Es tiempo de seguir a Vicente en sus trabajos Apostólicos.

Por ocupado que estuviera entonces en la salvación de los pobres del campo, no se olvidaba de los forzados de las Galeras. Cuando tuvo tiempo de respirar, preparó el viaje a Marsella. Su intención era examinar si le fuera posible hacer por los del extremo del Reino lo que había hecho ya en la Capital. Para expresar la dificultad de su empresa, basta con decir que tenía que tratar con Galeotes, de los que muchos lo eran hacía tiempo. Esta sola palabra presenta con bastante frecuencia la idea de una multitud de criminales, que sólo detestan de su crimen el castigo impuesto; a quienes el exceso del castigo hace indolentes y furiosos, que creen vengarse con sus blasfemias contra Dios por los malos tratos que reciben por parte de los hombres; a quienes se va ver sufrir menos por espíritu de compasión que por curiosidad; a quienes nadie compadece, porque siguen mereciendo, en cuanto de ellos depende, todo lo que aguantan; por fin quienes, parecidos de alguna manera a esos ángeles de las tinieblas, a los que Dios castiga con tanto rigor, cambian de lugar y de clima, sin cambiar nunca de situación, porque llevan a todas partes su cárcel, sus cadenas y sus malas disposiciones.

Parece por lo que vamos a decir que Vicente no quería darse a conocer al llegar a Marsella. De esa forma no solamente evitaba los honores que lleva consigo la dignidad de Capellán General, sino que escogía una vez más el medio más seguro de entrar en contacto con la situación. Por eso tenía sus razones para guardar el incógnito, y tal vez la Providencia tenía las suyas. En efecto, personas dignas de fe han declarado que yendo el santo Sacerdote de acá para allá por las Galeras con el fin de ver cómo andaban las cosas, se dio cuenta de un forzado, que agobiado más que los demás por la desgracia de su condición, la toleraba también con más impaciencia, y que sobre todo estaba inconsolable porque su ausencia reducía a su mujer y a sus hijos a la extrema miseria. Vicente se asustó por el peligro al que estaba expuesto un hombre que sucumbía bajo el peso de su desgracia y que era quizás más desdichado que culpable. Examinó durante algunos instantes cómo podría arreglárselas para dulcificar la tristeza de su suerte. Su imaginación, siempre fecunda en expedientes, no le dio ninguno que le contentara. Entonces presa y como en alas de un movimiento de la caridad más ardiente, suplicó al Oficial que vigilaba aquel cantón que le dejara ocupar el lugar de aquel forzado. Dios permitió que el cambio fuera aceptado, y Vicente fue cargado con la misma cadena, que llevaba el que iba a ser libre. Se añade, y la buena fe me obliga a advertirlo que esta circunstancia no está apoyada más que por el testimonio de un solo hombre; se añade, digo, que el Santo, quien al parecer había tomado sus medidas, para no ser conocido, no lo fue efectivamente hasta unas semanas después, y que no lo hubiera sido tan pronto, si la Condesa de Joigni, extrañada de no recibir noticias suyas, no hubiera ordenado hacer pesquisas, a las que era difícil escapar. Le descubrieron al fin, y se convino en que desde el tiempo de S. Paulino, que se vendió a sí mismo para rescatar al hijo de una viuda, no se había visto quizás un ejemplo de una caridad tan sorprendente y heroica.

Sé que hay muchos igualmente llenos de luces y de respeto por la memoria de S. Vicente, que dan este hecho por imposible; y que les cuesta trabajo permitir que se haga entrar en una vida que encierra suficientes maravillas incontrastables, sin que se mezclen otras sospechosas. Pero si les dejamos la libertad de pensar lo que les guste, deben, me parece a mí, dejarnos la de emitir un juicio diferente del suyo. Una crítica sin límites no es menos un

defecto, que una credulidad excesiva. Además, qué pensar de una crítica, que bien evaluada, se acaba con decir: eso no es, porque yo no puedo concebir que lo sea. ¿Acaso es con razonamientos de esta naturaleza como se combaten hechos, que están suficientemente probados? El sr Baillet sobre este principio niega la esclavitud de S. Paulino, contra la autoridad expresa de S. Gregorio, que lo ha contado. A pesar de ello, habrá siempre gente, que creerán a S. Gregorio antes que al sr Baillet. En general, y es una reflexión hecha por un o de los hombres más sabios de Europa, con ocasión del hecho mismo que examinamos, es cierto que cuando quiere Dios hacer brillar la virtud de sus Santos, sabe bien encontrar los medios de lograrlo. No conviene pues comenzar por negar lo que choca a nuestra imaginación, sino por examinar si está bien apoyado. Pues la acción extraordinaria de la que hablamos era tan conocida en toda la Ciudad de Marsella que el Superior de los Sacerdotes de la Misión, que fueron fundados allí más de veinte años después –en 1643 atestigua haberla conocido allí por varias personas. Yo la encuentro también afirmada en un antiguo Manuscrito, por el señor Dominique Beyrie pariente de nuestro Santo, el cual hallándose en Provenza algunos años después de salir Vicente de allí, fue informado de esto por un Eclesiástico, que le habló también de la esclavitud del Servidor de Dios en Berbería. Finalmente, el sr Abelly nos dice que uno de los Sacerdotes de Vicente de Paúl, habiéndole preguntado una vez si era verdad que se hubiera puesto en otro tiempo en el lugar de un forzado, y si la hinchazón de sus pies venía de la cadena con que le habían cargado, el Siervo de Dios *desvió esta conversación sonriendo, sin ninguna respuesta a su pregunta*. Este silencio solo parecerá una contestación a quien piense con seriedad hasta qué punto llevaba nuestro Santo la humildad, y qué lejos estaba de permitir que se le atribuyera el honor de lo que no había hecho, él que apartaba con todas las precauciones del mundo el recuerdo y la idea de lo que no había podido evitar a los ojos de los hombres. Ruego al Lector que me perdone esta digresión: le hará sentir al menos que no daré por absolutamente cierto lo que me parezca envuelto en dificultades.

Vicente dio al alivio y consuelo de los forzados casi todo el tiempo que pasó en Marsella; y conviene confesar que tenían una extrema necesidad de sus cuidados y de su actividad. Se encontraba uno, al entrar en estas prisiones flotantes, con una parte de lo que puede servir para formar la idea del infierno. Se veían montones de desafortunados que sufrían como desesperados, que pronunciaban el nombre de Dios como lo pronuncian los demonios, es decir para deshonrarle con sus blasfemias y sus imprecaciones; que redoblaban sus suplicios maldiciendo la mano de Dios, que los golpeaba; y que estaban más abrumados por el peso de sus pecados de lo que lo estaban bajo el peso de sus cadenas. A la vista de este espectáculo, que debería impresionar a aquellos mismos a quienes no sorprende, el santo hombre se sintió conmovido, pero no se limitó a una compasión que cuesta poco y que de nada sirve a los que son su objeto. Trazó grandes planes y a la hora de poder ejecutarlos hizo sin demora todo cuanto dependía de él. Iba de fila en fila como un buen padre que siente de rechazo todo lo que sufren hijos tan tiernamente queridos. Escuchaba sus quejas con mucha paciencia, se compadecía de sus penas, lloraba con los que lloraban, besaba sus cadenas y las regaba con sus lágrimas, unía en cuanto podía la limosna a las palabras, y por ahí se abría un camino a sus corazones. Habló también a los Oficiales y a los Cómities, y les comprometió a tratar con miramientos a hombres que sufrían ya bastante. Sus cuidados no fueron inútiles. Se vio más humanidad por una parte y más docilidad por la otra: el espíritu de paz comenzó a dominar, las murmuraciones se fueron apagando, los Capellanes ordinarios pudieron hablar de Dios, sin ser interrumpidos, y comprendieron que forzados eran susceptibles de virtud.

Vicente estaba demasiado contento con este primer ensayo, para no llevar más lejos sus conquistas; pero la salida del conde de Joigni y el movimiento continuo de las Galeras, que en aquellos tiempos de confusión no tenían lugar fijo de permanencia, le obligaron a regresar a París. Caminaba a marchas forzadas, cuando un asunto de caridad le detuvo. A su paso por la ciudad de Mâcon, se encontró con una multitud tan grande de pobres, y de pobres que parecían abandonados, que le sorprendió mucho. Tenía la costumbre de preguntar sobre los Misterios de la Fe a aquellos a quienes daba limosna y de instruirlos, mientras se lo permitían sus asuntos. Era su método ordinario, y le seguía en las Ciudades como en los campos. Habiéndole rodeado una multitud de mendigos, reconoció al punto que ignoraban los primeros principios de la Religión. Se enteró por los habitantes que aquellos desdichados dignos doblemente de lástima vivían en una especie de endurecimiento y de insensibilidad, en cuanto a su salvación; que no oían casi nunca la Misa; que no sabían qué era acercarse a los Sacramentos, ni siquiera al de la Penitencia, y que se pasaban la vida en un completo olvido de Dios, en una ignorancia total de las cosas de la salvación, en un libertinaje, en vicios y desórdenes, que daban horror. No se necesitaba tanto para tocar un corazón como el suyo. A ejemplo del buen Samaritano, miró a este gran número de miserables como a otros tantos que habían sido despojados y peligrosamente heridos por los enemigos de su salvación; resolvió vendarles las heridas y socorrerlos. La tarea era de las más difíciles. Había que poner orden entre gente que no lo quería, establecer una disciplina exacta entre hombres, a quienes hacía indolentes su multitud, y tomar medidas tan seguras, que alejaran el menor asomo de sedición. Así aquellos a quienes se anunció este proyecto le tuvieron como una bella quimera. Los menos inteligentes lo trataron de tontería, los más moderados creyeron ver en él mucha temeridad, y nada más. *Todos se mofaban de mí*, dice el mismo Vicente, en una de sus Cartas –de 1634 a la srta Le Gras- *me señalaban con el dedo, cuando iba por las calles, y nadie se creía que pudiera lograrlo*. No pasó mucho tiempo en desengañarse, y se reconoció que un hombre, que tiene cabeza y que no se deja asustar por el ruido, llega a conseguir muchas cosas.

El santo hombre, de acuerdo con los Magistrados y del Obispo, quien salido de los hijos de S. Francisco de Paula, estaba lleno de la caridad de la que toda la Orden hace profesión, el Santo, digo, hizo un reglamento, según el cual, todos aquellos mendigos quedaban repartidos en varias clases. Estableció luego, con el nombre de Cofradía de S. Carlos Borromeo, dos Asociaciones, una de hombres para los hombres, la otra de mujeres para las personas de su sexo. En esta doble Cofradía todos tenían su trabajo. Unos cuidaban de los enfermos, los otros de los que no lo estaban; éstos estaban encargados de los pobres de la ciudad; aquellos lo estaban de los extranjeros. La ejecución de este plan natural y sabio por igual, cambió en muy pocos días la cara de la ciudad. Los ciudadanos estuvieron seguros; los fieles no fueron ya interrumpidos en las Iglesias, los mendigos reunidos en horas reglamentarias en lugares en los que se les distribuían ropas y alimentos, fueron instruidos y dispuestos a una vida Cristiana. Dejemos hacer el detalle de una parte de estos bienes al P. Des-Moulins Sacerdotes de los Padres del Oratorio de Mâcon; él fue testigo ocular y gran admirador de la industriosa caridad de nuestro santo Sacerdote. Estos son sus propios términos.

No he aprendido, dice, de nadie el estado de estos pobres, lo he visto con mis propios ojos; ya que cuando la institución de esta caridad, como se mandó que todos los primeros de mes todos los pobres que recibían la limosna se confesaran; los otros confesores y yo encontrábamos a ancianos de sesenta años y más, que nos decían que nunca se habían confesado: y cuando se les hablaba de Dios, de la Santísima Trinidad, de Navidad, Pasión

y muerte de JC y además Misterios, era un lenguaje que no entendían. Pues por medio de la Cofradía se logró remediar este mal, y en poco tiempo se sacó a los pobres de sus miserias de cuerpo y de espíritu. El sr Obispo de Mâcon, que era entonces el señor Louis Dinet, aprobó este plan del sr Vicente. Señores del Capítulo de la Catedral y Señores del Capítulo de S. Pedro, que son Canónigos nobles de cuatro razas, le apoyaron. El sr Chambon Deán de la Catedral y el sr de Relets Preboste de S. Pedro fueron llamados a ser los Directores, con el sr Fallart Lugarteniente General, siguieron el Reglamento que dio el sr Vicente. este Reglamento señalaba que se haría un Catálogo de todos los pobres de la Ciudad, que se quisieran apuntar; que a aquellos se daría la limosna ciertos días; y que si se les hallara mendigando en las Iglesias o por las casas, serían castigados con alguna, pena con prohibición de darles nada; que los campesinos serían alojados por una noche y despedidos al día siguiente con dos sueldos; que los pobres vergonzantes serían asistidos en sus enfermedades y provistos de alimentos y de remedios convenientes como en los otros lugares donde estaba establecida la caridad. Este orden comenzó sin que hubiese peculio común ninguno; pero el sr Vicente supo manejar tan bien a los Grandes y a los pequeños que todo el mundo se prestó a contribuir voluntariamente a una obra tan buena, unos con dinero otros con tierras, o en otros géneros según sus posibilidades; de manera que trescientos pobres estaban alojados, alimentados y cuidados razonablemente. El sr Vicente dio la primera limosna y se retiró.

Se ha de añadir a este relato del P. Des-Moulins que la ejecución de este proyecto, que en un primer momento había parecido imposible, dio a toda la Ciudad de Mâcon tan alta idea de la prudencia, del celo y del valor de S. Vicente que se le consideraba como hombre extraordinario. Los Magistrados y todo lo selecto que había en la Región le colmaron de honores. Llegaron tan lejos, que el santo Hombre se vio obligado, para sustraerse a las alabanzas y a los aplausos, a salir lo antes posible y sin despedirse. No hubo más que los Sacerdotes del Oratorio, con quienes se alojó durante unas tres semanas, quienes estuvieron informados de su partida: y que en esta ocasión, cuando habiendo entrado en su habitación, se dieron cuenta que Vicente quitaba el colchón de su cama y dormía en la paja. Ocultaron esta mortificación lo mejor que pudieron, pero por mucho cuidado que pusieron en ocultarla, como sus demás virtudes, se ha sabido que la había practicado hasta la muerte, es decir durante más de cincuenta años.

No puedo omitir aquí que el plan de la Cofradía, de la que acabamos de hablar, pareció tan hermoso a la Asamblea del Clero, celebrada en Pontoise en 1670 que, por deliberación del 17 de noviembre, exhortó a todos los Obispos del Reino a establecerla en sus Diócesis. Esto es lo que no enseña el Autor de un Libro intitulado: *Remedio universal para los pobres*, y me equivocaría si cambiase algo de sus palabras, *que el sr Vicente digno fundador de los Misioneros, que tenía entrañas de padre para toda clase de pobres, fue el primero que estableció en Francia el año 1623 esta Cofradía de S. Carlos en Mâcon, y que no habiendo encontrado el mismo celo en otra parte, no pudo fundar allí más que Cofradías de Damas, que no se cuidan más que de los enfermos.* Añade, y nada es más propio para hacernos conocer la importancia y la extensión de la Cofradía de Mâcon; añade, digo, que no se proponía nada menos que socorrer *a toda clase de necesitados, mendigos, pobres vergonzantes, sanos y enfermos, presos, Herejes convertidos, Religiosos viviendo de limosna;* y que aparte de eso, trabajaba en impedir los duelos, y en acabar los Procesos y las disensiones. Esto es lo que emprendió Vicente, y lo que llevó a cabo en el espacio de menos de un mes.

Después de terminar los asuntos que le habían llamado a París, se trazó el plan de dar una gran misión en las Galeras. Era más necesaria que nunca en un tiempo en que Francia estaba casi siempre en lucha, y en que la herejía, que no es tímida más que durante el tiempo que necesita para concertar los medios de convertirse en furiosa impunemente, estaba siempre presta a revolucionarse en mar y tierra. Por otro lado, la especie de calma que las victorias de Luis XIII acababan de proporcionarle al Estado, hacían más cómodo de llevar a cabo el proyecto del Santo. Salió pues para Burdeos donde el Conde de Joigni había reunido, desde el año precedente, diez Galeras, mientras que el Rey sitiaba la Ciudad de S. Antonin. Una vez llegado, Vicente se fue a saludar al Cardenal de Sourdis, que ocupaba entonces la Sede Arzobispal en la Capital de Guyenne. El Siervo de Dios no podía encontrar a un hombre más idóneo y más dispuesto a secundar sus piadosos planes. El Cardenal era uno de esos Prelados que Dios a sus Iglesia en los días de su misericordia. Su piedad esclarecida y ferviente por igual, su celo por el restablecimiento de la Disciplina Eclesiástica, sus limosnas y su caridad para con los pobres, le hacían ser tenido como otro Carlos Borromeo. Por ello no podía dejar de aprobar con toda su autoridad a un hombre que estaba revestido de la del Príncipe, y cuyo nombre era conocido por todo el Reino. El Santo se escogió, entre las diferentes Órdenes Religiosas de la Ciudad, a veinte de los mejores Operarios Eclesiásticos que pudo hallar, y los distribuyó de dos en dos en cada Galera. En cuanto a él, él estaba en todas partes; y se puede decir que si la unción unida a sus palabras penetraba los corazones más endurecidos, su ejemplo animaba a los que trabajaban con él, y los sostenía en medio de las fatigas del Ministerio. Los consuelos del cielo no le faltaron; y, entre otros, tuvo el de ganar para Dios a un mahometano. Este pobre turco, al que Vicente presentó de regreso a París al General de las Galeras, fue llamado Luis en su Bautismo. Estuvo siempre tan agradecido por la gracia que el santo Hombre le había procurado, que le seguía a todas partes, y le honraba como a su padre. Vivía aún cuando fue dada al público la primera Historia del Siervo de Dios; contaba con los más vivos sentimientos de la gratitud Cristiana los servicios que el Santo le había hecho; y decía a cuantos querían escucharle que era a él, después de a Dios, a quien debía su salvación y su conversión.

Después de esta Misión, Vicente, que se hallaba a la puerta de su familia, se decidió por consejo de dos de sus amigos a hacer una visita a sus parientes. Sus planes eran de fortalecerlos en la virtud, de enseñarles a amar la humildad de su condición, y declararles una vez por todas que, al poder vivir como lo habían hecho hasta entonces del trabajo de sus manos, no debían esperar nada de él. Bajó a casa del señor Dominique Dusint, Párroco de Pouy, su pariente y su amigo. Le edificó mucho, lo mismo que al resto de su familia, por su piedad, su prudencia, su templanza y su mortificación. Renovó en la Iglesia Parroquial las promesas de su Bautismo. Se consagró de nuevo al Señor en este lugar, donde había recibido las Primicias del Espíritu Apostólico. El día de su partida, se fue descalzo en Procesión, desde la Iglesia de Pouy hasta la Capilla de nuestra Señora de Buglose, que dista una legua y media. Sus hermanos, sus hermanas, los demás parientes ricos y pobres, y casi todos los habitantes del lugar asistieron a esta ceremonia. Vicente dijo una Misa solemne en esta Capilla, que era más célebre que nunca, porque hacía poco que habían traído la estatua de la Virgen –en 1620, que un pastor había descubierto milagrosamente en una charca en la que la habían enterrado en secreto algunas personas de piedad unos cincuenta años antes, para ocultarla de los insultos y furor de los Calvinistas.

Tras la ceremonia, el Servidor de Dios dio de comer a todos sus parientes, y luego se despidió de ellos; y después de decirles adiós para siempre, les dio la bendición. Una

especie de tradición refiere que les recomendó con mucha insistencia que no salieran nunca del estado en el que Dios les había hecho nacer y que transmitieran a sus hijos esta importante lección. Pidió esta misma gracia al Señor con toda la fuerza de que era capaz. Hasta entonces parecía que había sido escuchado. Sus parientes, sobre todo aquellos de parte su madre, no eran tan oscuros que no pudieran ocupar esa clase de empleos que permiten algún alivio en el campo y pequeñas ciudades. Había inclusive en su tiempo quienes ejercían la profesión de Abogado en el Parlamento de Burdeos. Sin embargo hoy continúan todos en la condición en que él deseó que permaneciesen; y se contentan con cultivar la tierra: porque, dicen, el Santo ha dado su maldición a aquellos de su familia que quieran tomar impulso y apartarse de su antigua sencillez.

Aunque, como ya lo he advertido, el santo Sacerdote sólo hubiera ido a ver a sus parientes por el consejo de sus amigos, se reprochó mucho tiempo este paso, como contrario al espíritu de desprendimiento y abnegación, que está con tanta frecuencia recomendado en la Escritura a los Ministros del Evangelio. La confusión y la inquietud que la vista del pobre estado en el que dejaba a una parte de su familia, levantó en su corazón, le parecieron una especie de castigo de Dios. Solamente mediante vivas oraciones llegó a calmar esta nueva tempestad. Este es el detalle sacado de una Conferencia que dio un día para exhortar a aquellos de su Congregación a desprenderse general y generosamente de todo lo que tenían más querido en la tierra.

Después de pasar, es Vicente quien habla, ocho o diez días con mis parientes, informándoles de los medios para salvarse y alejándolos del deseo de tener bienes, hasta decirles que no esperaran nada de mí, y que aunque tuviera cofres llenos de oro y plata, no les daría nada, porque un Eclesiástico que tiene algo se lo debe a Dios y a los pobres: el día que me marché sentí tanto dolor al dejar a mis pobres parientes que no hice otra cosa que llorar por todo el camino, y llorar casi sin cesar. A estas lágrimas sucedió el pensamiento de ayudarlos y colocarlos en un estado mejor: de dar esto a uno, y aquello al otro. Mi espíritu enternecido les repartía así lo que tenía, y lo que no tenía. Yo lo digo para mi confusión, y lo digo porque quizás Dios lo permitió para darme a conocer mejor la importancia del Consejo Evangélico del que hablamos. Estuve tres meses en esta pasión importuna de mejorar a mis hermanos y a mis hermanas. Era el peso continuo de mi pobre espíritu. En medio de estas agitaciones, cuando me encontraba un poco libre, rogaba a Dios que tuviera a bien librarme de esta tentación: y tanto se lo pedí que por fin se apiadó de mí, y me quitó esta ternura hacia mis parientes, etc.

Pero si este hombre verdaderamente muerto al mundo, no creyó deber trabajar por el bien temporal de su familia, aprovechó con gozo todas las ocasiones de procurar su adelantamiento espiritual, cuando lo pudo hacer, sin estorbar en nada el orden de su trabajo, y sin causar perjuicio a nadie. Por eso, poco después de su regreso a París, contrató a algunos Eclesiásticos de entre sus amigos para dar una Misión en Pouy, y en las demás Parroquias circunvecinas. Él mismo comenzó pronto una nueva en la Diócesis de Chartres; y, a partir de julio del mismo año, habiendo recibido del sr de Estampes, que era su Obispo, todos los poderes necesarios, y asociándose, según su costumbre, con dignos Operarios llenos como él de celo por la salvación de las almas, evangelizó a los pobres, y acercó al Reino de Dios a los que se habían alejado. Los bienes que resultaron de esta última Misión dieron al fin nacimiento a una Congregación de Sacerdotes destinados por oficio a la santificación del pueblo del campo. Vamos a explicar su nacimiento, el paso de los años desarrollará sus progresos

Los frutos que produjeron las primeras Misiones de san Vicente hicieron pensar a la sra de Gondi, quien había sido testigo de ello, que contribuiría mucho a la gloria de Dios, si pudiera perpetuarlos. Por eso se trazó el plan, a partir del año 1617, de dar el fondo de mil seiscientas libras a alguna Comunidad, para comprometerla a dar cada cinco años Misiones en todas sus Tierras. Encargó a su Director que hiciera la propuesta a los que él juzgara más idóneos para llevar a cabo esta santa empresa. Vicente habló de ello al R.P. Charlet, Provincial de los Jesuitas; éste se lo escribió a Roma, pero no le permitieron aceptar esta fundación. Se la propuso también a los Sacerdotes del Oratorio, quienes creyeron también no deber encargarse de ella. Tampoco tuvo mejor suerte con Superiores de algunas otras comunidades; cada cual se excusó con buenas razones: unos alegaron el escaso número de sus súbditos; otros confesaron que ya tenían suficientes compromisos, para contraer otros nuevos. La Providencia tenía sus caminos: no permitía este rechazo general sino porque quería dar a la Iglesia una nueva Compañía de Hombres Apostólicos, dedicados únicamente a instruir a los pueblos del campo o a formar en el santo Ministerio a quienes un día debía confiarse la salvación de estos mismos pueblos. La Condesa de Joigni, que no se arredraba, esperó con paciencia el momento de Dios; y para comenzar a seguir, en cuanto le era posible, la inclinación interior que la empujaba a esta gran obra, hizo Testamento, por el que daba la suma de mil seiscientas libras para fundar la Misión, de la que hemos hablado. Añadía que esta fundación se realizaría según *lo juzgara oportuno el sr Vicente*; es decir para emplear términos, de los que se servía de ordinario este humilde Siervo de Dios, que ella se lo dejaba todo *a la disposición de este miserable*.

Hacía más de siete años que Vicente de Paúl buscaba a alguien que quisiese aceptar esta Fundación cuando la Condesa pensó en serio dejarla caer sobre su Director. Reflexionó que, como casi todos los años había un número de Doctores, y de virtuosos Eclesiásticos que se unían a él para trabajar en los campos, se podría formar así una especie de Comunidad perpetua con tal que se les proporcionara una Casa, donde podrían retirarse y vivir juntos. Se lo contó al Conde de Joigni quien, bien lejos de oponerse a las piadosas intenciones de su esposa, quiso intervenir en ellas y hacerse con ella Fundador del nuevo Instituto. La aprobación del sr Arzobispo de París era necesaria; pero no difícil de obtener. Este Prelado que era hermano del General de las Galeras, se sintió obligado a prestar su apoyo a una Fundación, que pensó sería muy ventajosa para su Diócesis. No se limitó a una simple aprobación; y no pudiendo por entonces hacer otra cosa mejor, dio a Vicente de Paúl la dirección de un viejo Colegio, fundado a mediados del siglo trece –en 1248-, bajo el nombre de los Bons-Enfants. Este Colegio al que legó S. Luis -1269- en Testamento sesenta libras de renta, hoy reducidas a diecisiete, tenía por toda propiedad una Capilla muy pobre, algunos apartamentos en mal estado, y en la vecindad, un número de casas que amenazaban ruina. Tal fue la cuna, en la que Dios quiso hacer nacer una Congregación que, después de extenderse por una parte de las Provincias del Reino, se multiplicó por Italia y Polonia donde, por la misericordia de Dios, es muy querida del Clero y de las Gentes. Fue el primer día de marzo cuando Vicente fue nombrado Director de este Colegio; y el seis del mismo mes, Antonio Portail, uno de sus primeros Compañeros, tomó posesión de él en su nombre. Se me olvidaba anotar que el santo Sacerdote se Licenció en Derecho Canónico algún tiempo antes.

Al año siguiente el General de las Galeras y la Condesa de Joigni su esposa consumaron este gran asunto: el 17 de abril pasaron el Contrato de Fundación, que fue elaborado en términos bien dignos de su piedad. Expresa *que habiéndoles dado Dios hace algunos años el deseo de hacerle honrar tanto en sus Tierras como en los demás lugares, habían*

considerado que, mientras que los habitantes de las ciudades están instruidos abundantemente por cantidad de buenos Doctores, y de virtuosos Religiosos, sólo queda el pobre pueblo del campo que siga como abandonado; que les había parecido que se podía remediar un mal tan grande, asociando a algunos Eclesiásticos de una doctrina y una capacidad reconocidas, quienes renunciando a trabajar en las ciudades, o sea a poseer Dignidades, Cargos o Beneficios, propios para distraerlos de su principal objeto, se dedicasen por entero y puramente a recorrer a expensas de su bolsa común los Burgos y Pueblos, y a predicar, instruir, exhortar y catequizar a la pobre gente y llevarlos a hacer una Confesión de toda su vida pasada, sin recibir por ello ninguna retribución de la clase y manera que sea, a fin de distribuir gratuitamente los dones que habrán recibido gratuitamente de la mano de Dios. Que para alcanzar esta meta, dichos Señor y Señora, en agradecimiento por los bienes y las gracias recibidas y que reciban todos los días de la Majestad divina; para contribuir al ardiente deseo que tiene de la salvación de las almas; honrar los Misterios de la Encarnación, de la Vida y de la Muerte de J.C. Nuestro Señor; por el amor de su Santísima Madre, y para tratar de alcanzar la gracia de vivir el resto de sus días de manera que puedan con su familia llegar a la gloria eterna: han otorgado en forma de limosna la suma de cuarenta mil libras que han puesto en manos de Vicente de Paúl Sacerdote de la diócesis de Acqs, con las cláusulas y cargos siguientes:

Que los dichos Señor y Señora han puesto y ponen en poder del dicho Señor de Paúl elegir y formar en un año tal número de Eclesiásticos que la renta de la presente Fundación pueda soportar, cuya integridad de vida, doctrina, piedad y buenas costumbres le sean conocidas, para trabajar en esta buena obra bajo su dirección toda su vida. Lo que dichos Fundadores entienden y quieren expresamente, tanto por la confianza que depositan en su dirección como por la experiencia que se ha ganado en las Misiones, y las grandes bendiciones que Dios ha concedido a sus trabajos. No obstante esa Dirección sin embargo, los dichos Señor y Señora entienden que dicho señor de Paúl tenga su residencia continua y actual en la casa de ellos, para continuar a ellos y a su familia la asistencia espiritual que les da desde varios años.

Que los Eclesiásticos, que quieran ahora y en lo futuro asociarse a esta santa obra, se entregarán por completo al cuidado del pobre pueblo del campo; y a este efecto, se obligarán a no predicar ni administrar ningún Sacramento en las Ciudades, donde haya Arzobispado, Obispado, o Corte superior, a no ser en caso de notable necesidad.

Que estos mismos Eclesiásticos vivirán en común bajo la obediencia del señor de Paúl, y de sus Superiores en el futuro después de su muerte, bajo el nombre de Compañía, o de Congregación de los Sacerdotes de la Misión; que aquellos que sean admitidos en lo sucesivo estarán obligados a tener intención de servir a Dios en ella del modo que se acaba de proponer, y de observar el Reglamento, que se establecerá entre ellos; que cada cinco años estarán obligados a ir por todas las tierras de los dichos Señor y Señora, para predicar en ellas, confesar, catequizar y hacer todas las buenas obras, de que se acaba de hablar; que además estarán obligados a asistir espiritualmente a los pobres forzados, con el fin de que se aprovechen de sus penas corporales, y que con esto el dicho Señor General satisfaga con lo que no se siente de ninguna manera obligado; caridad que entiende ser continuada en lo futuro a perpetuidad a los dichos forzados por los dichos Eclesiásticos, por buenas y justas consideraciones; y en fin que los dichos Señor y Señora serán conjuntamente Fundadores de la dicha obra, y como tales Ellos y sus Herederos, y Sucesores descendientes de su familia, gozarán a perpetuidad de los derechos y

prerrogativas concedidas y acordadas a los Patronos por los santos Cánones, menos del derecho de nombrar para los Cargos, a los que han renunciado.

Este es en sustancia, o mejor en propios términos, el Contrato de Fundación de los Sacerdotes de la Misión. Lo que contiene de más no encierra más que Reglamentos, que estos mismos Sacerdotes deben observar, tanto para el éxito y buen orden de las Misiones, como para su propia santificación. De ello no diremos nada aquí, porque ya tendremos ocasión de hacerlo en otro lugar. Pero no nos podemos dispensar de hacer observar al lector que difícilmente se encontraría un Acta que señalaría mejor que ésta la piedad sincera y el perfecto desinterés de estos ilustres Fundadores. En ella se olvidan de sus propios intereses para ocuparse tan sólo de los intereses de los pobres. Daban bastante para exigir mucho; sin embargo, para no alejar a los Obreros de su objeto principal, y para dejarles todo el tiempo y toda la libertad de entregarse a las funciones de su Ministerio, no les cargan ni con Servicios, ni con Misas, ni siquiera oraciones, que se les deben aplicar en particular, o durante su vida, o después de su muerte. La equidad de Vicente de Paúl, y el agradecimiento de sus Hijos lo han suplido con abundancia; y los restos preciosos de la Casa de Gondi, que se perdió en las de Lesdiguières y de Villeroi, ocuparán siempre la primera parte en todo el bien, que puedan hacer aquellos de los Misioneros que viven en el Reino y los que trabajen en Países extranjeros.

La Condesa de Joigni vio, con harta satisfacción, la ejecución de un proyecto que meditaba hacía tantos años. Al piadoso General de las Galeras no le cupo menor satisfacción. Solamente a Vicente le afligió. No pudo sin dolor verse a la cabeza de un número de virtuosos Eclesiásticos que su humildad le hacía ver como mucho mejores que él: pero había que ceder a la autoridad. El respeto infinito que sentía hacia los Fundadores, y la obediencia que debía al sr Arzobispo de París, vencieron a sus repugnancias. Apenas se le permitió replicar, y se vio forzado a consentir en todo lo que se le exigió. En adelante trató de dimitir como Superior, pero sus esfuerzos fueron inútiles, como diremos después.

Algún tiempo después de que se firmara este Contrato, el sr de Gondi se fue a Provenza, donde nuevos movimientos por parte rebelde reclamaban su presencia. Vicente le siguió antes de lo esperado para llevarle la noticia más triste que hubiera recibido hasta entonces. La Condesa de Joigni estaba aún en la flor de su edad, pero era ya un fruto maduro para el Cielo. No hacía dos meses que el asunto de la Fundación de la *Misión* se había consumado, cuando ella cayó enferma. El mal pareció peligroso tan pronto como se declaró. La delicada complexión de la piadosa Generala, sus enfermedades precedentes, los movimientos que había emprendido para establecer el Reino de Dios y su justicia en todas sus Tierras hicieron pensar que le costaría mucho resistir frente a la violencia de la enfermedad que la atacaba. Ella misma lo sintió, pero lo sintió como mujer sólidamente Cristiana. Más fuerte, más atenta, a medida que su cuerpo se debilitaba, ella sacó provecho de todos los instantes que le quedaban. Animada por su Director que se había buscado principalmente para estos últimos momentos, esperó con esa fuerte impaciencia, que sólo conviene a los Elegidos, el golpe que la debía inmolar. No tardó mucho; y mientras que su familia, sumida en el dolor, lloraba a gritos la pérdida que iba a suponer, la piadosa Generala cerró los ojos a las grandezas del siglo, que nunca la habían deslumbrado, para no abrirlos hasta esa Corona inmortal que había sido siempre el centro y término de sus deseos.

Así murió –en 1625- a sus cuarenta y dos años la ilustre y virtuosa Francisca Margarita de Silly, Condesa de Joigni, Marquesa de las Isles-d'or, Generala de las Galeras de Francia, etc. Las lágrimas, con las que la gente de bien y los pobres en particular regaron su tumba,

serían suficientes casi para hacerle las honras. Grande por la dignidad de su origen, y por sus alianzas, que la unían a las Casas más distinguidas de Europa; fue más grande aún por su tierna piedad hacia Dios, su compasión por los desdichados, su vigilancia sobre su familia, su celo por la salvación de todos aquellos a quienes pudo serles útil, y finalmente por la más perfecta corona de aquellas raras virtudes, que los Grandes del siglo conocen poco, y practican todavía menos. Su nombre por sí mismo vivirá en nuestras historias: resistirá tanto tiempo como los de Luxembourg, de Laval, de Montmorency, de la Rocheguyon, y de tantos Héroe, de quienes ella descendía, pero se puede asegurar que ella debe los más hermosos rayos de su gloria al Santo, cuya vida estamos escribiendo. Formada por él en la más sublime perfección, vivirá por él en todas las Iglesias; sus virtudes, como las de Vicente de Paúl, quedarán trazadas allí en caracteres eternos; y los Climas más alejados no anunciarán nunca el mérito y los trabajos de este gran Hombre, sin anunciar a aquella que cooperó tan generosamente en sus más gloriosas empresas.

Vicente, después de tributarle los últimos deberes, partió al punto para comunicar esta triste noticia al General que estaba todavía en Provenza. Se portó con la precaución de un hombre que sabe que hay que dominar la naturaleza. Dispuso por grados al Conde de Joigni a adorar todas las disposiciones de la Providencia. Le habló en primer lugar de las gracias con que el Cielo le había colmado a él y a su familia: añadió luego que cuanto más misericordia había demostrado Dios con él, más amor y gratitud le debía; que el hombre no expresa nunca mejor esta gratitud que cuando sabe conformar su voluntad a la del Señor; y que una perfecta sumisión es el sacrificio más agradable a sus ojos. Por fin dejó escapar la palabra, y comunicó al sr de Gondí la pérdida que había sufrido. Después de dejar a la naturaleza estos primeros movimientos que la virtud no desconoce, se sirvió, para suavizar el dolor y la tristeza del General, de todo lo que su alto juicio y la unción del Espíritu Santo, que le acompañaba a todas partes, le pudieron sugerir.

Es corriente, y se ha advertido en una infinidad de ocasiones, que nadie poseía como él el don de consolar a los afligidos; y los que le conocieron más particularmente, han publicado en todo tiempo que el Hijo de Dios le había enseñado no sólo a evangelizar a los pobres, sino también a curar las heridas del corazón más profundas. El Conde de Joigni lo experimentó y reconoció por sí mismo que una sabia sencillez ofrece recursos, que no se hallan en otras partes. La Señora de Gondí lo había experimentado también con frecuencia; y en el violento acceso de las penas interiores, con las que Dios tenía a bien ejercitarla, no encontraba nunca un consuelo más sólido que el que le venía de parte del santo Sacerdote. De ahí en parte procedía la estima singular que tenía hacia él. Dio pruebas sensibles de ello en su Testamento, menos por un Legado que ella le hizo, que al suplicarle, de la manera más impresionante, que no abandonara nunca ni al sr General de las Galeras, ni a sus hijos después de su muerte. Rogaba también al sr de Gondí no sólo que retuviera a Vicente en su Casa, sino que también ordenaba a sus hijos que no permitieran que saliese de ella jamás. Ella les exhortaba a seguir sus santas instrucciones, persuadida de que su docilidad en este punto sería para ellos y para su familia una fuente de gracias y de bendiciones; estos son más o menos los términos de su Testamento.

Dios no lo quiso así. Vicente, que no había entrado en casa de la Generala más que porque no había podido defenderse de ella, y que además sentía un horror infinito por el gran mundo, suplicó al sr de Gondí que aceptara su retirada. Este virtuoso Señor se sintió afligido ante esta propuesta: pero como estaba acostumbrado a examinar las cosas delante de Dios, comprendió sin dificultades que la Compañía, que Vicente de Paúl comenzaba a formar, necesitaba de su presencia; que las cosas no van siempre mejor, sino cuando los

que les han dado el primer movimiento continúan comunicándose; y que finalmente la permanencia de este digno Sacerdote en la Casa de Gondi retardaría al menos la obra de Dios, si es que no la arruinaría por completo. Es verdad, y ya lo dejamos dicho, que la Casa del General estaba muy en orden: mas por puro que fuera el aire que se respiraba en ella, no por eso dejaba de ser diferente del que se halla en la soledad. El sr de Gondi estaba tan persuadido de ello, que creyó un deber alejarse él mismo. Y se alejó en efecto bastante poco después de la muerte de su Esposa; y habiendo renunciado a todas las grandezas humanas, entró en la Congregación del Oratorio, en la que durante más de treinta y cinco años, que vivió en ella, se distinguió tanto por su piedad, su mortificación, y su invencible paciencia, como se había hecho recomendable por su coraje en el siglo, y su celo por el servicio del Rey.

Fue el mismo año de 1625, cuando Vicente de Paúl se retiró al Colegio de los Bons-Enfants. Este asilo fue a sus ojos lo que es un buen puerto a un Piloto, que sale de una mar tan peligrosa en la gran calma como durante la tempestad. Renunció para siempre a los honores, a las dignidades, a las esperanzas del siglo. Se consideró como un hombre, que necesita comenzar una vida nueva en JC. Vio o creyó ver en la vida que había llevado hasta entonces imperfecciones y defectos, que la agitación y la clase de agobio en el que se había visto obligado a vivir, desde que se había separado del sr de Bérulle, no le habían permitido examinar; y, para ponerle remedio, hizo una profesión particular de trabajar en su propia perfección, y en la salvación de los pueblos, en la más exacta práctica de las virtudes, que nos enseñó el Hijo de Dios, y de lo que nos ha dejado ejemplo. Como es este el lugar, en el que sus primeros Historiadores nos han trazado su retrato, nosotros lo daremos según ellos, para no apartarnos demasiado del método que ellos han seguido.

Vicente tenía entonces la edad de cuarenta y nueve años. Su talla era media, pero bien proporcionada. Tenía la cabeza grande y algo calvo; la frente espaciosa, los ojos despiertos, la mirada dulce, el porte grave, y un aire de afabilidad, que debía menos a la naturaleza que a la virtud. En sus modos y comportamiento reinaba esta especie de sencillez que anuncia la tranquilidad y la rectitud de corazón. Su temperamento era bilioso y sanguíneo; su complexión bastante robusta: la etapa de Túnez le había alterado verosímelmente, y tras su regreso a Francia fue siempre más sensible de lo esperado a las impresiones del aire, y en consecuencia muy sometido a los ataques de la fiebre.

Tenía el espíritu muy despierto, circunspecto, propio a las grandes cosas, y difícil de sorprender. Cuando se entregaba en serio a un asunto, discernía todas sus implicaciones; descubría todas sus circunstancias grandes o pequeñas, y percibía sus inconvenientes y consecuencias. Cuando no podía exponer al punto su parecer, se demoraba en darlo hasta sopesar las razones en pro y en contra. Antes de pronunciar un juicio definitivo, consultaba a Dios en la oración, y hablaba con aquellos a quienes la sabiduría y la experiencia ponían en condiciones de darle luces. Este carácter absolutamente opuesto a todo lo que se llama precipitación no le ha dejado nunca dar un paso en falso, y no le ha impedido, son las propias palabras de una persona infinitamente respetable –la Srta. de Lamoignon-, hacer *más bien del que han hecho otros veinte Santos*. Lo que se ha visto hasta ahora, y más aún lo que se verá en adelante, es una prueba incontestable de esto.

Si por un lado no se apresuraba en los asuntos, por otro no le asustaba el número ni las dificultades que encerraban. Los seguía con una fuerza de espíritu superior a todos los obstáculos. Se entregaba a ellos con una sagacidad llena de orden y de claridad; sobrellevaba el peso, el trabajo, la lentitud con una paz y una tranquilidad, de lo que sólo las grandes almas son capaces. Cuando se presentaba alguna materia importante que tratar,

escuchaba con mucha atención a los que hablaban, sin interrumpir jamás a nadie. Si alguien le cortaba la palabra, se detenía en el acto; y cuando cesaban de hablar, retomaba el hilo de su discurso con una presencia de ánimo admirable. Sus razonamientos eran justos, vigorosos, y siempre muy precisos; los expresaba en buenos términos y con cierta elocuencia natural, propia no sólo para desarrollar bien sus pensamientos, sino también para impresionar, persuadir, arrastrar a los que le escuchaban, sobre todo cuando se trataba de llevarlos al bien. Cuando hablaba el primero, exponía las cuestiones más difíciles con tanta profundidad, y al mismo tiempo con tal orden y claridad, sobre todo en las materias espirituales y Eclesiásticas, que sorprendía a los más expertos. Consumado en el gran arte de prestarse a todos los caracteres, de proporcionarse a todas las mentes, balbucía con los niños, y hablaba el lenguaje de la más sublime razón con los perfectos. En las discusiones poco importantes, el hombre mediocre se creía a nivel con él; en el manejo de los asuntos mayores, los más elegantes genios de su siglo no le encontraron nunca inferior a ellos. Es el testimonio que nos ha dejado de él Chrétien-François de Lamoignon, Presidente en el Parlamento de París: y ¡qué testimonio el de un Magistrado tan capaz de apreciar el mérito! Vicente era enemigo de las vías oblicuas, y decía las cosas como las pensaba: pero su sinceridad no contenía nada que dañara la prudencia. Sabía callar cuando el silencio era oportuno, o lo suyo venía a ser lo mismo, cuando era inútil hablar. Sobre todo se mostraba muy atento para que no se le escapase nada que señalara amargura o, menos estima, respeto y caridad hacia quien fuere.

En general su carácter se apartaba de modales singulares, de los cambios y de las novedades. Tenía por principio que cuando las cosas están bien, no conviene cambiarlas a la ligera, bajo pretexto de mejorarlas. Desconfiaba de todas las propuestas nuevas e insólitas, bien que fueran de especulación, o de práctica. Se mantenía firme en las costumbres y en los sentimientos comunes, principalmente en materia de Religión. Decía a este respecto *que el espíritu humano está pronto y es mutable; que los espíritus más vivos y más esclarecidos no son siempre los mejores si no son los más moderados; y que se anda con seguridad, cuando no se aparta uno del camino, por el que la mayoría de los Sabios ha caminado*. Estas breves palabras bien valen un Libro.

No se detenía en la corteza de las cosas; miraba su naturaleza, el fin, las dependencias; y mediante un fondo de buen sentido, que sobresalía en él, sabía perfectamente separar lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, y lo mejor de lo menos bueno, incluso si se le presentaban bajo la misma forma y las mismas apariencias. De ahí nacía en él un talento singular para discernir los espíritus, y una tan grande penetración para ver las buenas y las malas cualidades de aquellos de quienes estaba obligado a dar cuenta, que el sr le Tellier Canciller de Francia, no hablaba de él más que con admiración, como lo declaró el sr Le Pelletier Ministro de Estado, y Presidente honorario del Parlamento.

Las cualidades del espíritu de Vicente de Paúl parecían con todo ceder ante las cualidades del corazón. Le tenía noble, generoso, liberal tierno, compasivo, firme en los sucesos súbitos, intrépido, cuando se trataba del deber, siempre en guardia contra las seducciones de los favores, siempre abierto a la voz de la indigencia, que no soportó por su parte ese primer frío que la desconcierta; y que en cada instante del día le encontró tan accesible, como si no hubiera vivido más que para ella.

Fue esta bondad de corazón la que le unió a todos aquellos que hacían profesión de amar sólidamente la virtud. No obstante tenía sobre sus inclinaciones un dominio tan absoluto y sabía tan bien someter a la razón sus movimientos y sus pasiones que apenas se podía ver que los tuviera. Padre tierno pero sabio y reglado en su ternura, todos sus hijos quedaron

contentos con el lugar que creyeron ocupar en su corazón; y en su familia, aunque numerosa, no existió ningún José que diera celos a sus hermanos.

Finalmente, aunque no se pueda decir que haya estado sin defectos, ya que según propia confesión, los Apóstoles mismos no se vieron exentos de ellos, se puede sin embargo asegurar que desde hace largo tiempo a muy pocos hombres se ha visto comprometidos, como él, en toda clase de asuntos, obligados a tratar con un número infinito de personas de toda especie y condición; expuestos sin cesar a las ocasiones más delicadas y más peligrosas, cuya vida se haya visto no sólo más alejada de toda sospecha, sino más universalmente estimada. También se ha notado que el Hijo de Dios estaba tan presente a sus ojos que expresaba en todos sus actos y en todas sus palabras este gran modelo, que debería ser el de todos los cristianos.

Es verdad, y no podemos dejar de decir una palabra, ya que la ocasión se presenta con tanta naturalidad: es pues verdad que la crítica le ha achacado dos cosas. Primero, que era demasiado lento en decidirse en los asuntos; y en segundo lugar que hablaba demasiado bien del prójimo y demasiado mal de sí mismo.

Hemos de confesar que fue un poco singular en estos dos puntos, y sobre todo en el último: pero esta singularidad en la que tendrá bien pocos imitadores parece más digna de elogio que de censura, y se podría decir de él lo que dijo de san Pablo un Padre de la Iglesia –S. Jerónimo- que sus defectos habrían sido virtudes en otros.

En cuanto a la lentitud de que se le ha acusado, es corriente, y lo he dicho ya, que era enemigo de la precipitación. Pero la virtud y una abundancia de luces le habían hecho así. Veía en los asuntos y sobre todo en los asuntos de la naturaleza de aquellos que tuvo que tratar muchos repliegues que escapan a aquellos a quienes, gustándoles precipitar las cosas, causan a veces mucho mal, precisamente cuando sólo piensan hacer bien. Así mismo, decía con bastante frecuencia que no veía nada más común que el mal éxito de los asuntos precipitados. La virtud tenía también mucha parte en la lentitud o más bien en la madurez de sus deliberaciones. *Temía*, según sus propias palabras, *adelantarse a la Providencia*; y *también prevenir los momentos del Señor*; tenía sobre sí mismo sentimientos tan bajos y un respeto tan profundo a la Majestad suprema, que habría deseado que Dios lo hubiera hecho todo por sí mismo; persuadido por un lado de que lo que procede inmediatamente del primer Ser es siempre más seguro y más perfecto; y convencido del otro, que un hombre tan débil, como él creía serlo, o impide el bien, antes de realizarlo, o mezcla en ello siempre muchas cosas suyas, es decir cantidad de deshechos y de imperfecciones. Por lo demás, Dios justificó con plenitud la conducta de su Siervo, y los verdaderos Hijos de la prudencia han hecho la apología de la suya, poniéndose de acuerdo en que comenzó y terminó en el espacio de menos de cuarenta años lo que un gran número de otros no habrían acabado en siglos enteros.

En lo que respecta al modo del que hablaba de sí mismo en toda suerte de ocasiones, es seguro que tropieza de frente con la costumbre y la práctica de mucha gente. La verdadera, la sincera humildad es rarísima; y la Religión apenas cuenta con ejercicios que cuesten más, porque no los tiene que combatan más directamente la naturaleza y sus inclinaciones. Vicente la poseía en un grado tal que se ha oído decir a menudo al sr Cardenal de la Rochefoucault que, si se quisiera encontrar esta virtud en la tierra sería en este santo Sacerdote donde habría que ir a buscarla. Y en efecto, aunque sea decir demasiado, creo que se puede asegurar que este fiel imitador de un Dios anonadado no dejó pasar nunca una ocasión de humillarse. Estaba tan lleno de la idea de su debilidad

Que no hallaba en él más que rastros del vicio y de la corrupción. Suplicaba a sus amigos y a sus hijos espirituales que le ayudaran a dar gracias a Dios por la paciencia con la que tenía a bien soportarle en lo que llamaba sus infidelidades y sus abominaciones. En una palabra, no descubría en sí, como el gran Apóstol, más que un cuerpo de miseria y de pecado. Ahí estaba todo su exceso: ya que no era de esos devotos melancólicos que están casi tan descontentos de los demás, como lo están de sí mismos. Cerraba los ojos a los defectos del prójimo, sobre todo, cuando no estaba encargado de su dirección. Estimaba en mucho el carácter de estas almas bien nacidas que, en el orden de la caridad y de la prudencia, piensan siempre favorablemente de sus hermanos, y que no pueden ver la virtud sin alabarla, ni a las personas virtuosas sin amarlas. Era su práctica; pero la prudencia y la discreción la regularon siempre: si se alegraba con las personas del exterior, por las gracias con las que Dios los colmaba, y por el buen uso que hacían de ellas, era más reservado con respecto a sus hijos. Los quería con ternura, pero los alababa raramente en su presencia, a menos que la gloria de Dios y su pobre bien no le obligaran a obrar de otra manera. Lo repetimos pues con confianza: aquellos a quienes una conducta tan santa ha parecido una especie de defecto deberían desear que estos pretendidos defectos se multiplicasen, y convenir, de buena fe, que se parecen mucho a las más sublimes virtudes. Los tres niños que fueron arrojados al horno, se consideraban, como dice S. Crisóstomo, como los mayores pecadores del mundo, aunque hubieran vivido siempre santamente, o hubiesen expiado las faltas que habían podido cometer. Si su humildad fue una virtud, ¿por qué la de nuestro Santo sería un defecto?

Para acabar su retrato, bastará con añadir que se había propuesto a J. C. como su único modelo. Se lo había impreso tan profundamente en su corazón, poseía tan perfectamente sus máximas, que lo tenía a la vista en sus pensamientos, sus discursos, sus proyectos, y todas sus acciones. La vida de este divino Salvador y la doctrina de su Evangelista eran la única regla que él se esforzaba en seguir. Ahí estaba toda su moral y toda su política. Se hallaba tan imbuido de ella que los que cuantos le trataron más han considerado como su divisa particular estas bellas palabras, que un exceso de amor le hizo pronunciar una vez: *Nada me agrada sino en Jesucristo.*

Para tener más de continuo presente a este Verbo encarnado, y al mismo tiempo para dedicarse con mayor eficacia a cumplir todos sus deberes para con el prójimo, se había creado, como lo he insinuado en otro lugar, una costumbre de figurarse al Hijo de Dios en todos aquellos con quienes tenía que tratar. Le tenía como Cabeza de la Iglesia en los sucesores de S. Pedro; como Príncipe de los Pastores en los Obispos; como el único Maestro en los Doctores; como Soberano y Todopoderoso en los Reyes; como Juez de Jueces en la tierra en los Magistrados; como Hijo de un artesano en los que viven de su trabajo; como enfermo y agonizante en los enfermos, y en los que estaban cerca de la muerte. De esta forma honraba a J.C. en todos los hombres y a todos los hombres en J.C. Este método era tan de su gusto que exhortaba a los de su Congregación, incluso a los extraños, a servirse de él, y se tiene la seguridad de que los que lo prueben sacarán de él un fruto considerable.

De este perfecto amor, que sentía hacia el Hijo de Dios, nacía en él un deseo ardiente de procurar su gloria; de buscar ante todas las cosas su Reino y su justicia; de hacer que todos los hombres entraran en estos mismos sentimientos, que en efecto constituyen toda la perfección del Cristianísimo. Quería que un verdadero discípulo del Hombre-Dios se diera cuenta de los motivos que le llevan a obrar; y que preguntándose a sí mismo antes de comenzar cada una de sus acciones, se dijera interiormente: ¿Por qué emprendes esto en

lugar de lo otro? ¿Es por satisfacción propia, y sientes más atractivo por ello? ¿Es acaso para agradar a una débil criatura? ¿No es para cumplir únicamente la voluntad de Dios y seguir la impresión de su Espíritu? *¿Qué vida llevaríamos, continuaba él hablando a los suyos, si pudiéramos contraer esta feliz facilidad de quererlo todo en Dios y por Dios? Nuestra vida tendría más que ver con la de los Ángeles que con la de los hombres: sería de alguna manera toda divina, ya que todas nuestras acciones se realizarían por el movimiento del Espíritu Santo y de su gracia.*

El santo Sacerdote no se contentaba con tener para Dios esta clase de amor, que los Teólogos llaman *afectivo*, y que no consiste más que en sentimientos y en deseos. Él lo tenía por el contrario como sometido a la ilusión, y por ello pedía un amor activo, *efectivo*, y que, según la expresión de S. Gregorio, se diera a conocer por las obras. *Amemos a Dios, Señores*, decía un día a los de su Congregación, *amemos a Dios, pero que sea a expensas de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestros rostros, pues muy a menudo tantos Actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia, y otros parecidos afectos de un corazón tierno, aunque muy buenos en sí mismos, son a pesar de todo muy sospechosos cuando no se llega a la práctica del amor efectivo.*

Es por las obras, decía también, como JC quiere que su Padre sea glorificado. Compara a su Iglesia con una cosecha abundante, que demanda obreros, pero obreros que trabajen. Nada es más conforme al Evangelio que juntar luces y fuerzas para su alma en la oración, en la lectura y en la soledad, ir luego a compartir con los hombres etc. alimento espiritual. Es hacer lo que hizo Nuestro Señor y lo que han hecho después de él los Apóstoles. Es unir el oficio de Marta al de María. Es imitar a la paloma que, después de digerir en parte el alimento que ha tomado, lo comparte con sus pequeños para alimentarlos y alimentarse con ellos. Pensémoslo bien, añadía: hay muchos que parecen virtuosos, que lo son en efecto hasta cierto punto, pero que por desgracia se inclinan más bien hacia una vida dulce y muelle, y no hacia una devoción laboriosa y sólida. Tienen el exterior muy bien compuesto, y el interior lleno de grandes sentimientos; pero cuando hay que llegar a la realidad y se encuentran en las ocasiones de actuar, se quedan cortos, se alimentan con el calor de su imaginación; se contentan con las dulces conversaciones que mantienen con Dios en la meditación; incluso hablan de ello como Ángeles; pero al salir de allí, ¿se trata de sufrir, de trabajar, de mortificarse, de instruir a los pobres, de ir a buscar la oveja descarriada, de ver que no les falte nada, de conformidad con las enfermedades o alguna otra desgracia? ¡Ay! Ya no son nadie, les falta el valor. No, no nos equivoquemos. No será el sentimiento, serán las obras las que nos harán sólidamente virtuosos: *Totum opus nostrum in operatione consistit*. El Santo amaba estas palabras y las repetía con frecuencia. Decía que las había aprendido de un gran Siervo de Dios quien, en lecho de muerte, confesó que veía con claridad en estos últimos momentos que lo que algunos llaman contemplación, arrobamientos, éxtasis, uniones deíficas, no es de ordinario *más que humo*; y que esta clase de movimientos producen muchas veces el efecto, *o de una curiosidad engañosa o de los resortes naturales de un espíritu que tiene cierta facilidad e inclinación hacia el bien; y que finalmente la operación buena y perfecta es el verdadero carácter del amor de Dios.*

Con principios tan grandes, tan luminosos, era difícil que el santo Sacerdote no emprendiera muchas cosas para gloria de Dios, y no siguiera con ánimos lo que había comenzado una vez. Así sacaba de la amplitud y pureza de su amor una firmeza inquebrantable en el bien. No tenía ni respeto humano, ni miras de interés propio, ni consideración que fuera capaz de detenerle. Tenía en nada las contradicciones: las

persecuciones más animadas redoblaban su actividad; siempre se encontraba listo a combatir hasta la muerte para no apartarse de la justicia y de la verdad.

Tal era, a juicio de todo lo que su siglo ha tenido de más respetable y más al alcance que profundizar, el Fundador de la nueva Congregación. Por grande que sea la idea que acabamos de dar, veremos a continuación en esta Obra que no hemos hecho sino empequeñecerla. Volvamos, y ya es hora, al hilo de nuestra historia.

Cuando el Siervo de Dios se retiró al Colegio de los Bons-Enfants, fue seguido por el sr Antonio Portail, Sacerdote de la Diócesis de Arlès, quien desde hacía casi quince años era su discípulo declarado. Este primer compañero de Vicente a penas hubo probado la pureza y la elevación de sus máximas cuando se unió a él, y sólo la muerte fue capaz de separarle de él. Tenía mucha relación con su Padre espiritual y le imitaba principalmente en su humildad. Hizo tan grandes progresos en esta virtud que, aunque tuviera muchos méritos, hubiera hecho muy buenos estudios en Sorbona y escribiera perfectamente bien, no buscaba más que ser desconocido o despreciado.

Como era imposible que nuestros dos Sacerdotes aguantaran largo tiempo la fatiga de las misiones, rogaron a un tercero que se uniera a ellos, al menos por algún tiempo; es decir hasta que la Providencia les enviara a algún otro que quisiera abrazar para siempre su Instituto. Iban los tres de pueblo en pueblo a catequizar, exhortar, confesar y hacer los demás ejercicios de la misión. Lo hacían con sencillez, humildad y una caridad que les ganaba los corazones. No sólo no pedían nada a nadie, sino que ponían mucho cuidado en no recibir nada de quien fuese. Siguieron siempre esta máxima; y no se permitirá jamás a sus sucesores apartarse de ella. Comenzaban primero por dar la misión en los lugares para los cuales había sido fundada; la daban luego en otras Parroquias y particularmente en las de la Diócesis de París. Llevaban ellos mismos bastante a menudo su pequeño equipaje como los primeros Apóstoles; y como no tenían medios de mantener a sirvientes que guardaran el Colegio durante su ausencia, dejaban las llaves a algún vecino.

Tan débiles comienzos no anunciaban el progreso que les ha seguido. Así Vicente, que juzgaba de las cosas mejor que cualquiera otro, no hablaba más de veinte años después, más que en términos que marcaban por igual su sorpresa y su agradecimiento. *Íbamos, decía una vez en una Conferencia dada en S. Lázaro, íbamos buenamente, sencillamente, a ejemplo del Hijo de Dios, a evangelizar a los pobres, en los lugares a donde Nuestros señores los Obispos nos enviaban. Eso es lo que hacíamos, Dios hacía por sí parte lo que había previsto de toda la eternidad. Dio alguna bendición a nuestros trabajos.*

Buenos Eclesiásticos, que fueron testigos de ello, se unieron a nosotros en diferentes momentos y pidieron asociarse a nosotros. *Era así como Dios quería dar nacimiento a la Compañía. ¡Oh Salvador! ¿quién hubiera podido pensar que aquello hubiera llegado al estado en que lo vemos hoy? Pues bien, seguía diciendo, ¿llamarán ustedes humano a aquello en lo que ningún hombre había pensado nunca? Ya que ni y ni el pobre sr Portail pensábamos en ello, estábamos muy lejos de esto.*

El sr Arzobispo de París que tenía a gala dar a Vicente de Paúl señales de su estima, confirmó sus Instituto el 24 de abril del año siguiente -1626; y lo aprobó auténticamente con las cláusulas y las condiciones que figuran en el Contrato de Fundación. Algunos meses después los srs François du Condray y Juan de la Salle, los dos originarios de Picardía, vinieron a ofrecerse al Siervo de Dios para vivir y para trabajar bajo su dirección. Recibió con mucho gozo a estos dos excelentes Sacerdotes; y para comprometerse con ellos como ellos se comprometían con él, los asoció mediante Acta firmada el 4 de setiembre, ante dos Notarios del Chatelet.

Un número tan pequeño de Ministros Evangélicos era muy poco proporcionado a la amplitud de las necesidades espirituales de los pueblos del campo. La mies era abundante, se pidieron más nuevos Obreros al Padre de Familia. La Providencia, que había hecho nacer a la Congregación, se encargó de multiplicarla. Cuatro nuevos sacerdotes se unieron a Vicente para compartir con él sus trabajos. Sus nombres eran Juan Bécu del Pueblo de Brache en la Diócesis de Amiens; Antonio Lucas de la Ciudad de París; Juan Brunet de Riom en Auvernia, en la Diócesis de Clermont; Juan d'Horgny del Pueblo de Estrée, en la Diócesis de Noyon. Estos siete Sacerdotes a los que Dios comunicó una parte del Espíritu Sacerdotal, del que Vicente parecía hallarse más lleno día tras día, fueron como las siete columnas sobre las que Dios quiso establecer el nuevo Edificio. Eran casi todos o Doctores en Teología, o alumnos de la Escuela de Sorbona; pero aunque el santo Fundador estimara sus talentos, estimó mucho más su humildad y su celo por la salvación de las almas.

Luis XIII, a quien el sr General de las Galeras dio cuenta de estos felices comienzos, conformó el Contrato de Fundación. Autorizó por sus Cartas Patentes del mes de mayo del año de 1627, la Asociación de los Sacerdotes de la Misión; les permitió establecerse en tales lugares de su Reino en los que bien les pareciese, y recibir todos los Legados, limosnas y otros donativos que pudieran serles hechos.

Una Fundación que comenzaba por llevar el sello de la autoridad pública, desagradó a algunos Sacerdotes, y muy probablemente a aquellos que no tienen ni suficientes fuerzas para hacer el bien, ni suficiente grandeza de alma para verlo hacer por los demás. Vicente no creyó, para agradecerles, deber abandonar una empresa que se había llevado a cabo casi sin su participación. La voz pública le sostuvo. Los Magistrados más sabios le apoyaron, y el Parlamento de París verificó en 1631 –el 4 de abril- las Cartas Patentes que le habían sido otorgadas por el Rey.

Urbano VIII, encantado de que, bajo su Pontificado, las ovejas más abandonadas del rebaño de JC encontraran a Pastores fieles y desinteresados, cuya primera tarea debía ser la de conducirlos a buenos pastos, erigió el año siguiente en Congregación a la Compañía que se había asociado a nuestro santo Sacerdote. Su Bula es del 12 de enero de 1632. Ella pone a Vicente a la cabeza de todos aquellos que deben trabajar con él y le da el poder de establecer Reglamentos para el buen orden de la Congregación. Los que ya están en ella o quienes entren en lo sucesivo deben llevar el nombre de Sacerdotes de la Misión, y este nombre queda de tal forma afectado por la S. Sede, que por él pretende el Soberano Pontífice distinguirlos de los demás Ministros de la palabra, que se apliquen a las Misiones, Así los Misioneros, y los Hijos de Vicente de Paúl, serán en esta Obra términos sinónimos; de ello hemos creído advertir al lector, para evitar todo equívoco.

Mientras Dios colocaba tan alto en sus manos los intereses de su Siervo, este santo Sacerdote no se olvidaba de los de Dios. Repartió su pequeño rebaño en diferentes cuerpos. Les llenó, antes de su partida, de ese fuego santo, del que estaba penetrado, y los envió a los lugares, en los que creyó que su presencia era más necesaria. Su espíritu estaba con ellos, y los sostenía, aún cuando estuviera separado de ellos. Pero no se contentaba con levantar las manos en el monte; como otro Josué, combatía también en la llanura; y existen referencias de que él se hallaba siempre en los lugares más difíciles. La Provincia de Lyon, cuyas necesidades él conocía, le tocó en suerte, como lo sabemos por una Carta de la Señora de Chantal. Si él logró allí cosas buenas, sus Sacerdotes no las lograron menos considerables en todos los lugares, en los que trabajaron. Se puede saber por una Carta, que un Abate muy célebre le escribió en el mes de diciembre del año 1627. *Yo llevo, le decía, de un largo viaje, que he hecho por cuatro Provincias. Ya os he informado sobre el buen olor que*

difunde por todos aquellos lugares la Institución de vuestra santa Compañía, que trabaja por la instrucción y por la edificación de los pobres del campo. Verdaderamente, no creo que haya nada más edificante en la Iglesia de Dios ni más digno de los que llevan en carácter y el Orden de JC. Hemos de pedir a Dios que afirme un plan tan ventajoso para el bien de las almas, en el que bien pocos de los que se dedican al servicio de Dios, se entregan como es debido.

Esta carta consoló mucho a Vicente de Paúl: pero como alabando el celo y el trabajo de sus Sacerdotes le recordaba al mismo tiempo las necesidades de los habitantes del campo y la falta o de talentos o de dedicación de aquellos que estaban encargados de su salvación, hizo una nueva resolución de parar, si era posible, el curso de este doble torrente, que no arrastraba a la ovejas sino porque había arrastrado primeramente a los Pastores. En cuanto a los pueblos, como no tenía otra cosa mejor que hacer que procurarles instrucciones sólidas y conmovedoras, continuó enviándoles a Misioneros, a cuyos trabajos Dios acompañó un éxito que, como lo haremos ver más tarde, sorprendió a una gran parte de Europa. Sobre los Pastores, pensó que no se lograría nada sólido, si no se pusieran unos métodos directamente opuestos a los que se habían seguido hasta entonces; que no había casi nada que esperar de los que habían envejecido en el desorden o en la ignorancia; que se hallaba, en verdad, a muchos que permitían que se hiciera el bien en sus Parroquias, pero que había pocos entre ellos que tuvieran las fuerzas o la capacidad necesaria para continuarlo; que por consiguiente era preciso o bien resolverse a ver pronto a los pueblos volver a su vida anterior, o bien decidirse a formar a Sacerdotes más capaces de conservarlos en la virtud de lo que eran la mayoría de los que estaban encargados de su dirección.

Vicente no había formado todavía proyecto tan extendido, pero no podía formar otro más importante y necesario. Por suerte las circunstancias le hacían un poco más practicable de lo que lo había sido desde hacía tiempo. La Rochelle, que era como el centro de las fuerzas de la herejía, acababa de rendirse a Luis XIII, después de un año de Bloqueo. Este suceso, en el que el Cardenal de Richelieu había tenido gran parte, no prometía nada menos que la ruina del partido Hugonote. Los Obispos creyeron por fin poder respirar; y los del segundo Orden que tenían más celo por la reforma del Clero, la presionaron con más fuerza que nunca.

Adriano Bourdoise, cuya memoria estará siempre en bendición en la Iglesia de J C, era uno de aquellos que sufrían con mayor impaciencia el desorden de los Eclesiásticos. Era un hombre lleno de fuego por los intereses de Dios. El celo de la Casa del Señor le devoraba. Como no se entregaba a otra cosa que a adornarlo y embellecerlo, no miraba sino con horror a los que la deshonoraban. De buena gana, al igual que el Rey Profeta, habría exterminado desde por la mañana a todos los que del lugar de oración hacían una caverna de confusión y de bandidaje. No perdonaba a nadie; combatía el desorden en todas las partes donde lo hallaba: y una especie de exceso ha sido todo el defecto, que se ha encontrado en su celo; pero este defecto, si hubo uno, merecía mucha indulgencia en un tiempo en que era tan raro y tan necesario. Este santo Sacerdote era amigo particular de Vicente de Paúl. Conocían uno y otro a los más virtuosos Prelados de la Iglesia de Francia; y como los dos estaban animados del mismo espíritu, no podía por menos de inspirarles los mismos sentimientos.

El Señor Agustín Potier de Gefvres, Obispo de Beauvais, a quien su amor por la disciplina y su vigilancia Pastoral han concedido un lugar distinguido entre los mayores Prelados de su tiempo, estaba demasiado impresionado por los males de la Iglesia para no buscar un remedio capaz de detenerlos. Trató de ello a menudo con estos dos excelentes Sacerdotes; y

los sabios consejos que recibió de ellos deben ser tenidos como el principio de la Reforma de su Diócesis, o más bien de una parte de Francia, que poco a poco siguió sus ejemplos. Y al constituir el triste estado, en que se hallaba el Clero de Beauvais, el peso y la cruz de este digno Obispo, hablaba de ello siempre con tanta inquietud, como si no hubiera hecho más que comenzar a darse cuenta de ello. Vicente, a quien llamaba con frecuencia a Beauvais, o a quien venía a ver en París, para aprovecharse del espíritu de gracia y de luz, del que estaba lleno, le dijo un día, durante una conversación, que no tenía otro objeto que la reforma de los Eclesiásticos, que era casi imposible cambiar a los que habían cogido un mal hábito; que los sacerdotes que se habían endurecido en el crimen, no se convertían casi nunca; que, para trabajar con alguna esperanza de fruto en la renovación del Clero, había que llegar hasta la raíz del mal; que, ya que no había nada bueno que esperar de los antiguos sacerdotes, había que entregarse a formar a los nuevos para el porvenir; que en verdad este proyecto tenía sus dificultades, pero que él no dejaría de tener suerte, mientras se mantuviera firme y no admitiera a las Órdenes más que a aquellos que tuvieran todas las señales de una verdadera vocación, y hacer capaces de las funciones del santo Ministerio a quienes se pudiera creer que eran llamados por Dios.

Esta propuesta agradó mucho al sr Obispo de Beauvais, y pensó con seriedad en los medios de llevarla a cabo. Pero cómo arreglarse en un tiempo, en que no había para los jóvenes Eclesiásticos ni Seminarios, ni nada parecido. Este es el expediente que Dios le sugirió unos meses después en un viaje que nuestro Santo hacía con él –julio de 1628-. Al salir de una especie de meditación, que los que le acompañaban habían tomado como un sopor, este Prelado les dijo que acababa de pensar e que para preparar a las santas Órdenes a los que se disponían a recibirlas, no podía por el momento hacer nada mejor que hacerlo venir a su casa, retenerlos allí algunos días y hacerles instruirse en Conferencias regladas sobre las cosas que debían saber y las virtudes que debían practicar. *¡Oh Monseñor,* dijo Vicente, elevando la voz más de lo ordinario; *ese es un pensamiento que viene de Dios; y un excelente medio para devolver poco a poco al buen orden a todo el Clero de vuestra Diócesis.* La conversación giró mucho tiempo sobre esta importante materia; Vicente se esforzó en animar cada vez más al sr de Beauvais a afirmarse en ello que al separarse de él le aseguró que iba a mandar preparar lo necesario, con el fin de que todo sucediera con orden y decencia.

No habría sido justo que el santo Sacerdote saliera del caso con tan pocos gastos y que no tuviera parte alguna en la ejecución de un proyecto cuyo plan general era suyo. Así pues el sr de Gefvres le encargó no sólo poner por escrito el orden que se debía guardar en este retiro, sino también preparar las materias en las que juzgara oportuno preparar a los que se presentaran para las Órdenes. Le pidió también que fuera a Beauvais quince o veinte días antes de la Ordenación próxima, que era la del mes de septiembre. Vicente siempre presto a obedecer hizo punto por punto todo lo que estaba prescrito: *Estando,* decía él, *más seguro de que Dios le pedía este servicio, habiéndolo sabido por la boca de un Obispo, que si se lo hubiera revelado por un Ángel.*

Cuando llegó a Beauvais, el sr Obispo, después de examinar a los Ordenandos, hizo él mismo la apertura de los ejercicios. Las charlas siguieron, hasta el día de la Ordenación, por los Señores Duchesne y Messier Doctores de la Facultad de París. Siguió exactamente el proyecto elaborado por el Siervo de Dios, y se le ha seguido hasta la fundación de los Seminarios. El santo Sacerdote fue el más ocupado durante estos ejercicios. Estaba encargado de la explicación del Decálogo; la hizo en efecto, pero con tanta claridad, con tanta fuerza y unción, que un gran número de los que asistían a sus Conferencias, quisieron

hacer con él la Confesión general. Lo que hubo de particular es que el sr Duchesne, que formaba parte de estas mismas conferencias, y que no dejaba de hallarse en los de Vicente de Paúl, quedó tan impresionado del Espíritu de Dios, que hablaba por su boca, que creyó deber seguir el ejemplo de los demás. Hizo con el santo una Confesión de toda su vida; y, como no se ocultó, todos los de la Ordenación quedaron muy edificados. No fue ésta la única bendición que Dios dio a este viaje de Vicente de Paúl; porque habiéndose encontrado por el camino con algunos Protestantes, que quisieron entrar en liza con él, les hizo conocer tan bien lo débil, lo ridículo incluso de su pretendida Reforma, que tres de entre ellos abrieron los ojos a la luz, y se reunieron en la Iglesia.

Un par de años después de estos ejercicios de los Ordenandos, hallándose el sr de Beauvais en París, comunicó al sr Juan Francisco de Gondi, que era su primer Arzobispo, los grandes frutos que estos ejercicios comenzaban a producir en su Diócesis. Le hizo saber su importancia, o más bien su necesidad: y para adelantarse a las réplicas, le recordó que tenía en Vicente a un hombre siempre preparado a hacer el bien, y que además tenía talentos extraordinarios para el género de bien de que se trataba. El Arzobispo impresionado al ver a los jóvenes Eclesiásticos de la capital necesitados de una ayuda, que ya se les procuraba a los de las Provincias, resolvió comenzar en París lo que el sr de Gefvres había realizado tan felizmente en París. Ordenó pues mediante un Mandamiento del 21 de febrero de 1631, que los que fueran admitidos para recibir las Órdenes en su Diócesis, estaría obligados a hacer unos ejercicios de diez días, para preparase a ellas. El Colegio de los Bons-Enfants, donde nuestro Santo pasaba el tiempo que no dedicaba a las Misiones, fue elegido como el lugar de este retiro; se recibió allí a los Ordenandos a partir de la Cuaresma del mismo año. Como se realizaban por entonces seis Ordenaciones al año y resultaba imposible que un puñado de Sacerdotes que estaban casi siempre ocupados en los campos, llevasen solos el peso de tantos ejercicios, Vicente llamó en su ayuda a quienes, llenos del Espíritu de Dios, estaban en mejores condiciones de comunicárselo a los demás. Así el sr Hallier, que fue luego Obispo de Cavailon, dio las Conferencias de la primera Ordenación, y tuvo mucho éxito ya que, como lo ha notado el sr Bourdoise, no decía nada que no practicaba él mismo.

El Arzobispo de París no tardó mucho en reconocer la utilidad de este nuevo género de ejercicios; pero no fue el único en advertirlo. Seglares, incluso mujeres, admiraron el cambio que se había visto en los Eclesiásticos de sus Parroquias. Se los veía más graves, más modestos, más piadosos, más atentos a realizar bien las ceremonias; y se distinguía a los Clérigos de la Diócesis de París, que eran los únicos admitidos a estos ejercicios, de los de las demás Diócesis, que no habían tenido la suerte de participar en ellos. Cosa que impulsó a algunas Damas, que tenían piedad y Religión, a proponer a Vicente de Paúl que admitiera indiferentemente en su casa a todos cuantos quisieran recibir la Ordenación, fueran de la región que fuera. Una Misión naciente no era capaz de asumir un gasto tan considerable, pero la Providencia le dio los medios por algún tiempo. La Presidente de Herse se encargó de todo por cinco años, durante los cuales envió a nuestro Santo mil libras en cada Ordenación. Contribuyó también en adelante con otras Damas de la Caridad de París a los gastos ordinarios para procurar a los Ordenandos una parte de los pequeños muebles que necesitan. La Marquesa Maignelai, hermana del sr Arzobispo, mujer de una gran piedad, y de una caridad tierna, y que sentía por Vicente una estima muy particular, le hizo también favores, ayudándole a sostener un peso, que comenzaba a fatigar mucho a su Misión.

Se esperó con el tiempo algo más sólido de Ana de Austria Madre de Luis XIV. Siendo esta Princesa Regente del Reino vino un día al colegio de los Bons-Enfants, en el tiempo en que los Ordenandos estaban reunidos. Asistió a una de las Conferencias dada por Francisco de Perrochel, digno alumno de nuestro Santo, y que acababa de ser nombrado al Obispado de Boulogne. Quedó impresionada, y vio de qué consecuencias era para el Clero que se siguiera dando a los jóvenes Eclesiásticos unos remedios tan adecuados para santificarlos. Como ella hablaba de ellos con grandes testimonios de satisfacción, algunas de las Damas, que la acompañaban se tomaron la libertad de decirle que una buena obra cuya importancia Su Majestad apreciaba tan bien, bien merecía una Fundación Real. Esta propuesta no pareció desagradarla; ella llegó a permitir esperar que ella misma entraría en ella de buenas ganas: pero como los Reyes mismos no están siempre en disposición de hacer el bien que quisieran hacer, este proyecto no se llevó a cabo: y la Reina se contentó, cuando el tiempo para el que la Presidenta del Herse se había comprometido transcurrió, con enviar durante dos o tres años algunas limosnas para contribuir a la alimentación de los Ordenandos. Con ello el peso de este gasto, que no alcanzaba a nada menos que a proporcionar cada año, durante dos meses, todo cuanto se necesita para cerca de ochenta Eclesiásticos, y a veces para un mayor número, cayó poco tiempo después todo sobre la Congregación de la Misión.

El Santo entendió bien que le costaría mucho llegar a ello. Sus propios amigos creyeron a veces deber exhortarle a ceder a la dureza y a la desgracia del tiempo, y a abandonar una empresa, bajo la cual era difícil que no sucumbiera al final. Pero este gran corazón, que prefería absolutamente el honor de Dios y el bien de la Iglesia al interés temporal de la Compañía, no se apartó nunca del primer plan. Incluso añadió nuevas cargas a las primeras; y cuando en 1646 se publicó en el Arzobispado que los que debían recibir las Órdenes menores harían el retiro con los que se disponían a las Órdenes sagradas, los recibió a todos con un afecto tierno y respetuoso. No podríamos sin causar daño a la memoria de este digno Sacerdote de Jesucristo suprimir el testimonio que le ha tributado sobre este asunto un Eclesiástico que tenía mucha virtud. *No es posible, dice, expresar el cuidado que tenía el sr Vicente para que los Ordenandos estuvieran bien servidos durante el tiempo de los ejercicios. Su gasto no le parecía nada, aunque excediera con mucho las fuerzas de la Misión, que no puede por menos de sentirse sobrecargada por este asunto. me acuerdo que durante los disturbios de París, algunas personas de condición que conocían qué difícil era que el sr Vicente pudiera entonces sostener este gasto de los Ordenandos, quisieron persuadirle que no lo cargara a su Casa durante un tiempo tan difícil; pero no prestó ninguna atención a sus avisos, y quiso, no obstante la carencia de dinero y de víveres en que se hallaba reducido, que no se dejara de hacer todos los gastos necesarios para recibirlos y alimentarlos en su Casa durante los once días que duraban sus ejercicios; no haciendo ningún caso de lo temporal, cuando se trataba de lo espiritual; y no estimando los bienes perecederos, más que en cuanto los creía útiles para el avance de la gloria de Dios. ¡Qué cosas no decía a su Comunidad sobre la excelencia del Sacerdocio, cada vez que se acercaba el tiempo de las Ordenaciones, para exhortarlo a prestar servicio a los Ordenandos, y a emplear todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu para el adelanto del Estado Eclesiástico en la virtud! Todas sus palabras eran como otros dardos inflamados que penetraban hasta el fondo del corazón. Merecían ser todas bien pensadas y retenidas, y hasta ser puestas por escrito; y si no se ha hecho, se puede decir que es una pérdida incomparable.*

Lo que apenaba a este piadoso Eclesiástico, que se hubiera descuidado escribir lo que se hubiera conservado de los discursos que Vicente solía tener cuando el tiempo de la ordenación se acercaba, y no se hizo. Sus Hijos tenían de él una idea demasiado justa para no recoger con cuidado las palabras de vida, que salían de su boca: pero por exactos que se hayan mostrado en serlo, no han podido apenas conservarnos más que la sustancia; menos han podido todavía transmitírnosla, con aquel tono lleno de fuego, de sentimiento y de unción, que realzaba el mérito de todos los discursos de este santo Hombre.

Era por naturaleza patético; pero parecía sobrepasarse a sí mismo, cuando había que animar a los suyos a consagrarse por entero al bien de los Ordenandos.

Les exponía en primer lugar que siendo el Estado Eclesiástico más noble y más elevado que todo cuanto se pueda imaginar de más grande sobre la tierra, no existía empleo más glorioso que el de formar a buenos Sacerdotes; que JC mismo se había entregado a ello sin medida, y que había pasado varios años en educar a los doce Apóstoles. Añadía que estaban más obligados que nunca a redoblar sus esfuerzos para dar dignos Ministros a la Iglesia, porque ella lo necesitaba de una manera particular; que estaba muy lejos de pretender que todos los Sacerdotes estuviesen relajados; que había muchos en París que respondían a la santidad de su vocación, y que los de la Conferencia de los Martes, (ya hablaremos luego de ella) vivían de una manera edificante; pero que había un número mucho mayor que deshonoraban su profesión; que se había hallado en una Asamblea de Obispos que apenas sabían qué medidas podrían tomar para hacer entrar en el deber a los Eclesiásticos de sus Diócesis, cuya mayor parte estaba entregada a la intemperancia; que había amplios Cantones, donde casi todos los sacerdotes vivían en la ociosidad, y en todos los desórdenes que la ociosidad trae consigo; se contentaban con recitar el Breviario, celebrar la Misa, y eso *bien pobremente*; que era imposible que los pueblos viviesen bien, mientras tenían Jefes tan indignos de serlo: y que por fin no había que dudar de que los golpes terribles que azotaban a Francia y a los Reinos vecinos fuesen castigos de la corrupción del Clero.

Esta idea de Vicente de Paúl no era nueva, ya que antes que él los santos Doctores han tenido el trastorno y la desolación de los Estados Cristianos como efecto del desorden de los Sacerdotes. Pero tenía sobre esta materia sentimientos tan vivos que apenas resulta posible expresarlos. Su dolor y sus alarmas crecían, sobre todo cuando veía a la Iglesia en peligro de sufrir nuevas pérdidas. Era entonces cuando pedía, con un Profeta, agua par la cabeza, y para sus ojos una fuente de lágrimas. Estos sentimientos tan dignos de un Ministro de los Altares, estallaron no sólo durante los desórdenes que agitaron Francia hacia mediados del siglo pasado -1628-, sino también durante el tiempo de la invasión de Polonia por Carlos Gustavo Rey de Suecia. Este temible Conquistador, después de adueñarse de Mazovia –en 1655-, y de una parte de la Gran Polonia, había forzado a Cracovia después de un mes de sitio. Todo se plegaba bajo sus armas, y éxitos tan rápidos parecían anunciar a Casimiro la pérdida de su Reino, y ala Iglesia Romana la seducción de una parte considerable de su rebaño. Fue durante de este grande y funesto acontecimiento cuando el santo Sacerdote, a quien su profunda humildad hizo siempre creer que él contribuía más que nadie a los males que sufría la Religión, y redobló sus esfuerzos para preparar al Señor a Ministros capaces de apaciguar su cólera y hacer que los de su Casa trabajaran allí en cuanto les fuera posible.

En una Conferencia que tuvo con ellos sobre este asunto, después de hacer hablar a varios, comenzó él mismo en estos términos: *Seáis bendito, Señor, por las cosas buenas que se acaban de decir y que habéis inspirado a los que han hablado. Pero, Salvador mío, todo eso no servirá de nada, si vos no penéis en ello la mano. Tiene que ser vuestra gracia la*

que opere cuanto hemos oído, y la que nos dé este Espíritu, sin el cual no podemos nada. ¿Qué sabemos hacer, nosotros que somos tan pobres y tan miserables? Dádnosle pues, oh Dios, este Espíritu de vuestro Sacerdocio, que tan plenamente comunicasteis a vuestros Apóstoles, y a los sacerdotes que los han seguido. Continuó expresando a la Asamblea que las coyunturas en que se hallaban pedían redoblar el fervor, las lágrimas y las oraciones; que la Iglesia estaba arruinada en una infinidad de lugares, y que no lo estaba sino a consecuencia de los pecados de los Sacerdotes: que eran ellos los que constituían la causa de esta deplorable disminución que ha sufrido en Asia, en África, en una parte considerable de Europa, y sobre todo en Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Holanda, y en gran parte de Alemania: que se sabía que Francia no se encontraba al abrigo de este contagio; que Polonia ya muy infectada de la herejía estaba, por la invasión del Rey de Suecia en peligro de perderse del todo para la Religión; que era de temer que Dios transportase su Iglesia a las Naciones extranjeras; que un príncipe, *en menos de nada, en el espacio de cuatro meses*, había invadido Polonia casi por completo, podría bien ser suscitado por Dios para castigar nuestros desórdenes; que un Profeta había predicho que las plagas del pueblo de Dios vendrían del Norte, *Ab Aquilone pandetur malum*; que los Godos en efecto habían salido de allí, los Visigodos y los Vándalos, que habían castigado a nuestros padres con golpes tan terribles.

De estos principios el santo hombre sacaba dos consecuencias que probaban igualmente su humildad y su celo. La primera que los de la Congregación, más que ningún otro, debían anonadarse ante Dios a la vista de estas miserias y de sus pecados; que con un miserable como él, decía, era suficiente para atraer por sus abominaciones este diluvio de males, que se veían extendidos por la tierra; y que no había para él y para los suyos otra decisión que tomar que la de una renovación perfecta y de un cambio absoluto. La segunda que, bien lejos de considerarla como una carga, los gastos y los trabajos necesarios para formar a los Ordenandos en las funciones de su estado, había que tenerlos como una gracia señalada. *Gracia*, decía también, *que Dios nos ha hecho con preferencia a los demás, que la merecían más; gracia con la que hombres como nosotros, sin mérito y sin virtud, no tienen ni razón ni proporción; gracia que debemos administrar con cuidado, no sea que Dios nos la quite para castigar nuestras infidelidades.*

Los medios de los que quería se sirvieran para acertar en los ejercicios de los Ordenandos, respondía a la virtud y a la estima que él tenía del Sacerdocio. Quería ante todo que toda su Casa estuviera bien convencida de que el éxito de esta clase de empresas está en las manos de Dios y que sólo a él corresponde hacerla fructificar. Por eso recomendaba mucho la oración, las Comuniones fervorosas, las mortificaciones y todo lo que podía servir para atraer la influencia del Cielo sobre los que trabajaban y sobre aquellos a favor de quienes se trabajaba. Quería asimismo que de cualquier lado que se volvieran los Ordenandos no encontraran en su Casa más que ejemplos capaces de instruirlos y edificarlos. Igualmente daba órdenes tan precisas para la belleza y la gravedad del canto, la exactitud en las ceremonias, la atención a una modestia severa y a un silencio riguroso, que desde la entrada de su casa se respiraba el Espíritu de Dios. Quería también que no se omitiese nada de todo lo que podía razonablemente agrandar a aquellos Señores. Habría sido su deseo que se hubieran podido adivinar sus inclinaciones; habría sido mortificarle de un modo muy sensible faltar al respeto y deferencia hacia alguno de ellos. Les prestaba, y hacia que les prestaran los suyos toda clase de servicios. Se los recibía menos como a extraños como a hijos de la Misión. Los de Vicente de Paúl, Sacerdotes y Clérigos, los esperaban a la puerta como los criados esperan a sus Amos. Ellos se encargaban de sus paquetes, se los llevaban

hasta sus habitaciones, les hacían todos los días sus camas, les hacían los más bajos servicios. Esta práctica subsiste todavía hoy y existe la esperanza de que subsista hasta el final.

Con respecto a las charlas, que son la parte esencial de estos ejercicios, se daban dos al día; una sobre las cualidades y virtudes necesarias a un ministro de JC que quiere salvarse y salvar a sus hermanos; la otra sobre los principales puntos de la Teología moral.

En las charlas, que trataban de las virtudes propias del santo Ministerio, se hablaba de la Oración mental, sin la cual un Sacerdote no puede mantenerse en la piedad; de la vocación al estado Eclesiástico, del espíritu Sacerdotal, de las Órdenes en general y en particular, de las disposiciones en se ha de estar para recibirlas bien, de la ciencia necesaria para bien desempeñar las funciones, y en fin de la vida santa y laboriosa que deben llevar aquellos que están encargados de cultivar la viña del Padre de familia.

En las charlas que tenían por objeto la Teología moral, se hablaba de las censuras, de las irregularidades, del Sacramento de la Penitencia, de las disposiciones necesarias, sea para los que se acercan a él, sea para los que están encargados de administrarlo; de las Leyes divinas y humanas, de los pecados, de sus circunstancias, de sus efectos y de sus remedios; de las virtudes Teologales, de los Mandamientos de Dios, de los Sacramentos, del Símbolo de los Apóstoles. Como no era posible tratar extensamente tantas materias en tan escaso tiempo, se esforzaban al menos en hacer un resumen que pudiera recordar a los jóvenes Eclesiásticos lo que habían estudiado con más detención, y darles un tinte de lo que no sabían todavía. Para inculcárselo más y más, después de cada conferencia se reunían los Ordenandos. Se los distribuía por equipos compuestos cada uno de doce a quince personas. Se colocaba juntos a los que tenían poco más o menos igual capacidad. En cada una de estas pequeñas Academias presidía un Sacerdote de la Misión, quien conversaba con estos Señores sobre lo más importante y más necesario que se había dicho. A Vicente no le gustaban las ideas abstractas y generales; quería detalles y en esos detalles mucha sencillez: estaba persuadido de que, con tal que se siguiera bien este método, los Ordenandos se quedarían con casi todo lo que se les había dicho.

Sobre todo el santo Sacerdote no podía sufrir esas charlas pomposas, que no parecen destinadas sino a encantar los oídos. Todo discurso que no se dirigía más que a merecer aplausos a su autor era, según él, un discurso no solamente inútil, sino pernicioso. *Nuestros Ordenandos*, escribía él en 1656, *se han retirado, gracias a Dios, bien satisfechos. Después de habernos edificado grandemente. Mons Obispo de Sarlat les ha dado la charla de la tarde muy bien: y al mirar de cerca la causa de un éxito tan feliz, se ha visto que era debido a su humildad, que le ha llevado a seguir palabra por palabra la antigua sencillez de los que comenzaron estos ejercicios. Otros, al servirse de palabras nuevas y de pensamientos nuevos, han creído hacer maravillas; pero al predicar a la moda lo han estropeado todo. Quiera Nuestro Señor comunicarnos su sencillez.* Veremos en otra parte, al hablar de las virtudes del Santo, que la sencillez en todo género fue una de sus preferidas. Sólo destacaremos aquí que él quedó tan impresionado por la del sr de Sarlat, que al salir de una de sus conferencias, le dijo felicitándole: *Monseñor hoy me habéis convertido; habéis hablado tan buenamente y tan sencillamente que me he enternecido, y no he podido por menos que alabar y bendecir a Dios por ello.* ¡Ah, Señor, respondió el Prelado, debo confesaros con la misma sencillez que no habría podido servirme de un estilo más pulido, y más elevado: pero habría ofendido a Dios si lo hubiera hecho.

Aunque unos ejercicios tan cortos, tan áridos, y con los que nuestro Santo no se contentaba, porque no era dueño de continuarlos por más tiempo, no debieran tener más que un éxito

bastante mediocre, Dios les dio no obstante una bendición que se debe tener como el fruto de las oraciones y de los gemidos de su Siervo. Para juzgarlo sin prevención, bastará con comparar una Diócesis con él mismo, y considerarlo antes y después del tiempo, en que los ejercicios, de que hablamos, fueron introducidos. Antes de que estuvieran en uso, el desorden del Clero era tan general que ya era proverbial, como he notado al comienzo de esta Historia. Aquellos Eclesiásticos a quienes el contagio no había alcanzado y los más virtuosos Prelados, escribían sobre ello todos los días a Vicente de Paúl, y ellos no lograban explicarse que en los términos del *dolor más amargo*. *En esta Diócesis*, le decía un Canónigo de la Iglesia Catedral, hombre respetable por su nacimiento y su piedad; *en esta Diócesis el Clero está sin disciplina, el pueblo sin temor, los sacerdotes sin devoción y sin caridad, los púlpitos sin Predicadores, la ciencia sin honor, el vicio sin castigo. La virtud es perseguida, la autoridad de la Iglesia odiada o despreciada, el interés particular es el peso ordinario del Santuario, los más escandalosos son aquí los más poderosos; la carne y la sangre han suplantado al Evangelio y al Espíritu de J.C. Seréis, estoy seguro, bastante solicitado por vos mismo para acudir en auxilio de una Diócesis tan abandonada. Quis novit utrum idcirco ad regnum veneris, ut in tali tempore paraveris. La ocasión es digna de vuestra caridad. Tened a bien pensar en ello con seriedad ante Nuestro Señor; y acordaos de que la muy humilde petición que os hago viene de uno de vuestros primeros hijos. Trabajo cuanto puedo, con mis Vicarios generales, le decía un buen Obispo; pero es con poco éxito, a causa del grande e inexplicable número de Sacerdotes ignorantes y viciosos que componen mi Clero, y a quienes no se puede corregir ni con palabras ni con ejemplos. Siento horror cuando pienso que en mi Diócesis hay cerca de siete mil Sacerdotes borrachos o impúdicos, que suben todos los días al Altar, y que no tienen ninguna vocación.*

Otro Prelado le escribía en estos términos: *Excepto la Teología de mi Iglesia, no conozco a ningún Sacerdote entre todos los de mi Diócesis, que pueda desempeñar ningún cargo Eclesiástico. Por ahí juzgaréis qué grande es la necesidad, en la que estamos de tener Obreros. Os suplico que me dejéis a vuestro Misionero para que nos ayude en nuestra Ordenación.*

Aquí tenemos mucho más de lo que nos hacía falta para constatar el deplorable estado en que se encontraba la mayor parte del Clero, cuando Vicente de Paúl emprendió su reforma y, para realizar su plan, estableció en su casa, y en todos los lugares donde quisieron seguir sus consejos, los ejercicios de los jóvenes Ordenandos. Las cartas de agradecimiento que el santo Hombre recibió de todas las Provincias, a las que había enviado a sus Sacerdotes para conducir estos mismos ejercicios, no atestiguan con menos claridad los grandes bienes que ellos produjeron. Los que estaban a la cabeza de las Diócesis de Poitiers, de Angulema, de Reims, de Noyon, de Chartres, de Saintes, etc. le enviaron a porfía sus testimonios de gratitud. No publicaremos estas cartas, porque, si bien los términos son diferentes, la sustancia es casi la misma. Todas felicitaban a Vicente por el celo y la capacidad de los obreros formados por sus manos y por la fecundidad que Dios había acompañado a sus palabras. Le enviaban de Angulema y de Richelieu que las ciudades y los campos bendecían a Dios por un bien tan grande, que los pueblos tocados por la modestia de los Eclesiásticos, derramaban lágrimas de gozo y de ternura; que encantados por el orden, la decencia, la piedad, con la que los nuevos Sacerdotes comenzaban a celebrar los Oficios divinos, creían ver no a hombres, sino a Ángeles descendidos del Cielo. Le escribían de Noyon que uno de sus Misioneros había movido de tal manera todos los corazones, que no se podían cansar de hablarlo. Añadían, y las cartas del sr Obispo de Saintes decían más o

menos lo mismo; añadían que antes que se comenzaran los ejercicios, varios de los que debían hacerlos, irritados de que se les impusiera este nuevo yugo, se habían propuesto no hacer Confesión general, y sobre todo no hacerla con los Sacerdotes de la Misión: pero que después de oír las primeras charlas del retiro, se habían conmovido tanto que no sólo habían cambiado de resolución, sino que incluso se habían humillado en presencia de sus Cohermanos por haberse portado en contra de sus verdaderos intereses. Las cartas de los Obispos de Chartres y de Angulema, acababan por suplicar al Santo que no los abandonase, y que les dejase a estos mismos Obreros, que habían comenzado a hacer tanto bien en sus Diócesis.

El ruido de un éxito tan grande, como imprevisto, se difundió pronto por toda Francia. Una santa emulación animó a los Pontífices de la Iglesia de Dios; todos se dirigían al Institutor de la nueva Congregación, para recibir de él los apoyos, que había procurado a sus vecinos. Pero siendo la mies demasiado abundante, un número tan pequeño de personas no podían recogerla en tantos lugares diferentes. Varios Obispos se vieron obligados a esperar la hora que el Padre de familia les había reservado, y que él solo la tiene en su poder; otros llegaron a enterarse del método que seguía Vicente en esta clase de retiros; se acomodaron a él y no tardaron en reconocer qué ventajoso era.

Italia fue con el tiempo tan convencida como Francia. A medida que los Hijos de Vicente de Paúl se establecían, se cuidaron de introducir, en cuanto el genio y el carácter de los pueblos se lo podían permitir, las santas prácticas de su Fundador. Una de las Ciudades en la que Dios bendijo de una manera señalada los ejercicios de que hablamos fue la de Génova. El sr Cardenal Durazzo, Arzobispo de allí -1645-, habiendo conseguido de nuestro Santo a algunos de sus Sacerdotes, como lo diremos en otro lado, se sirvió de ellos no sólo para la instrucción de su pueblo, sino también para la reforma de su Clero. Los ejercicios de Órdenes fueron uno de los primeros servicios, que le rindieron los Misioneros. No eximió a nadie, y fue todo un acierto; desde los primeros días, el espíritu de fervor se adueñó de todos los jóvenes Eclesiásticos. Unos derramaban lágrimas no sólo durante el tiempo de la oración, sino también durante las Conferencias que la seguían; otros publicaban en voz alta la misericordia de Dios, que les descubría tan claramente la grandeza del estado que abrazaban, y las cualidades necesarias para santificarse en él. Hubo uno que, al despedirse del Superior de la Misión, al final de los ejercicios, le dijo con una voz entrecortada de sollozos, que apenas se le podía oír bien, que pedía a Dios que le enviara mil muertes antes que permitir que tuviera nunca la desgracia de ofenderle.

El Arzobispo de Génova, que fue informado del caso, no pudo él tampoco retener las lágrimas, alabó con toda la capacidad de su corazón la bondad de Dios, que había bendecido tan visiblemente aquella Ordenación.

El fruto que estos mismos ejercicios dieron en Roma, no fue menos consolador. Urbano VIII había establecido en Monte-Citorio a los Sacerdotes de la Misión, algunos años antes de su muerte, es decir en 1642. Comenzaron desde el año siguiente a recibir en su Casa a los que se retiraban a ella por su propia iniciativa, para disponerse a las Órdenes. La mano de Dios estuvo con ellos en esta gran ciudad, como en todos los lugares; se reconoció que no se necesitaban más tres o cuatro Sacerdotes animados del Espíritu de Dios para santificar a un gran número de otros. Sin embargo, sea que el primer fervor de los Romanos amainó, sea que los padres apartasen a sus hijos de los retiros, que no podían por menos que asustar a un buen número de ellos, y separarlos de un estado, al que se les hacía pensar a veces que no eran claramente llamados: el Cardenal Vicario fue obligado luego a dar un mandamiento por el que se obligaba a todos los que aspiraban a las Órdenes sagradas a

retirarse en Casa de los Sacerdotes de la Misión, para prepararse a recibir las, haciendo los ejercicios que allí estaban en uso desde hacía varios años. Alejandro VII, a quien se había informado del modo como ocurrían las cosas, confirmó lo que había hecho el Cardenal-Vicario; de manera que la asiduidad a estos piadosos ejercicios se convirtió en una condición necesaria para la recepción de las santas Órdenes.

Si Vicente recibió consuelo al ver en vida una práctica tan saludable establecida en la primera ciudad del mundo Cristiano, lo fue todavía más al ver a sus hijos encargados de un trabajo tan glorioso, sin que hubieran dado el menor paso para lograrlo. En efecto, los Sacerdotes de la Misión habían estado tan lejos de solicitar esta importante función, que el Superior de su casa de Roma ni siquiera pudo descubrir a aquellos que habían inducido al Papa a confiársela a él antes que a otros. Es lo que le hacía decir en una Carta, que escribió sobre este asunto a nuestro Santo, que esperaba que aquel que había comenzado esta buena obra se dignara perfeccionarla.

Como consecuencia de las órdenes de Su Santidad, todos aquellos que aspiraban a las Órdenes del mes de diciembre, acudieron a casa de los Misioneros. Todo sucedió en la más exacta regularidad. Se siguió punto por punto el Reglamento que se observaba en Francia. Dos sacerdotes Italianos de la Congregación de la Misión dieron las conferencias de la tarde y de la mañana; y el informe que se dio al Papa fue tan favorable que Su Santidad dio testimonio en un Consistorio, que se tuvo a continuación, que estaba muy contenta. El Cardenal de Santa Cruz informó de ello al Superior de la Misión de Roma, y éste no tardó en comunicárselo a nuestro Santo.

Como la humildad era en aquellos días dichosos la virtud dominante del Padre y de los Hijos, el Superior de Montecitorio atribuía en su carta una gran parte del éxito de estos últimos ejercicios a los srs Abates de Chandénier. Eran sobrinos del Cardenal de la Rochefoucault, y compartían con él el respeto profundo y la veneración que demostró siempre por nuestro santo Sacerdote. La Providencia que quería dar en su persona un gran espectáculo a los jóvenes Eclesiásticos de Roma, permitió no sólo que se hallaran en esta ciudad, sino en la casa de los Misioneros, cuando los Ordenandos fueron recibidos. Poseían uno y otro en un grado eminente todas las virtudes que el Hijo de Dios exige en sus Ministros: pero no podían dejar de edificar mucho a los que se hallaban cerca para verlos. No hubo en efecto nadie que no fuera impresionado por su modestia, y se los tuvo con razón como modelos acabados en todo género. El mayor decía todos los días la Misa mayor en presencia de los Ordenandos. Realizaba este augusto Ministerio con la gravedad, el recogimiento y la piedad que le eran comunes. Su hermano plenamente convencido de que no hay nada bajo en el servicio de los Altares, hacía con gusto los oficios de Acólito y de Turiferario. Semejantes ejemplos impresionan y arrastran, ¡feliz quien puede darlos!

Vicente, para tener siempre a sus Sacerdotes en vilo, y no dejarles enfriarse, se hacía dar cuenta del éxito de cada retiro. Reconoció con harta satisfacción que no se descuidaba nada de lo que podía hacerlos salir bien. Pero al parecer no había previsto todos los bienes que podían derivarse de ellos. Efectivamente, se habló pronto en todos los barrios de Roma de una manera tan provechosa, que se vio a Prelados y Cardenales asistir a las conferencias. El Papa persuadido cada vez más de que nada era más propio, sea para apartar del Santuario a los que Dios no destinaba a él, sea para robustecer las virtudes Eclesiásticas en los que eran verdaderamente llamados, se mantuvo firme en no dispensar a nadie de ellos.

El consuelo que estas buenas noticias daban a Vicente de Paúl se vio enseguida mezclado de alguna inquietud. Esta fue la ocasión: resultará fácil concluir que el Santo se alarmaba de que no hubiera fallado en agradar a otros.

El Obispo de Plasencia estaba en Roma en calidad de Embajador extraordinario del Rey de España, en el tiempo en que los ejercicios de las Órdenes fueron autorizados por el Soberano Pontífice. Un Gentilhombre Español, que era de la Diócesis de Plasencia, con el propósito de recibir las santas Órdenes, se presentó, como los demás, para ser admitido a los ejercicios. Pero cuando llegó a comprender por las charlas que allí se daban de qué clase de crímenes se hacen culpables los que se atreven a entrar en el Ministerio, sin ser bien llamados a él por Dios, cuando hubo meditado con madurez la amplitud y grandeza de las obligaciones que se contraen al comprometerse en el servicio de la Iglesia, le entró tal miedo, que no podía resolverse a ir más lejos; fue con mucho trabajo como los que dirigían su conciencia, le decidieron a dejarse dirigir.

Una de las primeras cosas que hizo este eclesiástico al salir de la Ordenación fue ir a encontrar a su Obispo y hacerle una extensa síntesis de los ejercicios que se hacían en Casa de los Sacerdotes de la Misión y del bien que producían. Este Prelado hizo rogar al Superior de Monte-Citorio que viniera a conversar con él. *Es un hombre*, decía este Superior en una Carta que escribió a Vicente de Paúl, *es un hombre lleno de celo, ha dado en su Diócesis cantidad de Misiones, casi del mismo modo que tenemos nosotros de darlas, si no es que él las da más cortas; él predica, confiesa, y da el Catecismo en persona. Pero este nuevo invento de trabajar en formar a buenos Eclesiásticos le encanta. Quiere venir aquí a la Ordenación próxima y pregunta si, cuando regrese a España no podremos darle a alguno de los nuestros, para llevar a cabo allí lo que hacemos aquí.*

Fueron estas últimas palabras las que alarmaron al Siervo de Dios. No temía otra cosa más que ver a su Congregación extenderse por medios humanos. Tuvo miedo de que sus Sacerdotes de Roma hubieran insinuado al Obispo de Plasencia que su colocación en su Diócesis podría hacer allí bien. Les advirtió seriamente que tuvieran cuidado de dar ningún paso en este asunto; y no se quedó conforme hasta que ellos escribieron que estaban muy lejos, por la gracia de Dios, de buscarse empleo, o de querer *promocionarse por sí mismos*; que no habían vuelto al Palacio del Embajador desde la primera visita que le habían hecho; y que si les presionaban alguna vez a aceptar alguna nueva fundación serían exactos en remitirlo todo a su decisión. Sin embargo España no tardó en aprovecharse de los ejercicios de Italia, como Italia se había aprovechado de los que Vicente había comenzado en Francia. El Obispo de Plasencia que quería sinceramente el bien de su Clero, se trasladó a Monte-Citorio en la primera Ordenación: para juntar la práctica con la teoría, asistió a todos los ejercicios; se formó un plan del modo cómo se realizaba todo, y se lo envió a su Diócesis, con orden de seguirlo punto por punto, a la espera de que los asuntos de los que el Rey su Señor le había encargado le permitiesen hacerlo por sí mismo.

Es la suerte de los mejores y de las más santas empresas estar expuesto a los celos y a la contradicción; sucedió pues algún tiempo más tarde que los grandes frutos que producían estos ejercicios, y la justicia que se les hacía en toda la causas de Roma, desataron la emulación en una Comunidad Religiosa que creyó que era de su honor procurarse para sí la comisión de hacerlos. En general, todo lo que se llama pasión no razona; pero la envidia es quizás de entre todas la que menos razona. Se diría que ignora este exterior de beneficencia, bajo el cual la mayor parte de los demás tienen el acierto de envolverse. Para quitar a los Padres de la Misión un trabajo, que no habían solicitado, se atrevieron a decir al Papa, y a hacerle decir por otros que encargar de una tan honorable comisión a una Casa sola era despreciar a las demás. Lo extraño del asunto es que los que empleaban este lenguaje, habían comenzado por pedir esta función para ellos, con exclusión de aquellos mismos que hasta entonces habían estado en posesión de realizarla. Así que no lograron sacar adelante

un proyecto que no tenía por principio más que un despecho presuntuoso. El Cardenal-Vicario rechazó de plano una propuesta tan fuera de lugar; y el Papa, persuadido de que las empresas más duraderas son las que vienen de Dios, mandó publicar un nuevo Breve - 1662-, por el que aprueba y confirma por propia iniciativa todo cuanto había ordenado anteriormente, obliga, bajo pena de suspensión, no solamente a sus súbditos de la Ciudad de Roma, sino también a los de seis Obispos sus Sufragáneos, que quieran ser ordenados en sus Diócesis, a asistir durante diez días a estos ejercicios, antes de recibir las sagradas Órdenes; y con el fin de que se conociera bien hasta dónde llegaba su decisión, se reservó a sí mismo, y a sus Sucesores, el poder de dispensar de esta Ley. Se mantuvo tan firme todo el resto de su Pontificado en no dispensar a nadie sino cuando permitía a alguien recibir las Órdenes *extra tempora*, exigía que hiciera un retiro espiritual en Monte-Citorio con los Sacerdotes de la Misión.

Inocencio XI, a cuyas virtudes la propia herejía ha hecho justicia, confirmó por Cartas circulares lo que había hecho Alejandro VII sobre esta materia. Inocencio XII fue todavía más lejos que sus Predecesores: pues prohibió que se diera el poder de confesar a los que no lo tenían aún o que se les continuara a los que lo tenían ya, si con anterioridad no hacían durante ocho días los ejercicios espirituales en la casa de los Misioneros. Ordenó además que los Párrocos seculares de la ciudad de Roma hicieran cada tres años los mismos ejercicios; y que los que compartían con ellos los trabajos del Ministerio, no pasase ningún año sin hacerlos. En cuanto a los Eclesiásticos que estaban sin empleo o que no tenían más que Beneficios simples, los exhortó a no descuidar la gracia que se les ofrecía, y a llenarse en un retiro tan útil para tantos otros del espíritu de piedad y de renovación que es necesario a todos los Sacerdotes de JC. De esta forma crecen las obras de Dios y se fortalecen en el seno mismo de las contradicciones.

Por lo demás, aunque nos hayamos detenido ya un poco más de la cuenta en esta materia, creemos deber añadir que el éxito con que los Hijos de nuestro san Sacerdote trabajaban en formar en la ciudad de Roma a santos y virtuosos Eclesiásticos determinó a muchos Prelados a llamarlos a sus Diócesis. El Cardenal Barbarigo, quien por entonces era Obispo de Bérgamo en el Estado de Venecia, fue uno de los primeros que los solicitó a dar retiros a sus Ordenandos. Lo hicieron siguiendo su método ordinario; y consta que este Prelado, que se persuadió en primer lugar de qué importancia eran estos ejercicios, se asoció a sus trabajos. Por lo menos es cierto que habiendo ido a Roma algunos años después, se encargó voluntariamente de dar él mismo una parte de las charlas de la Ordenación. Su ejemplo fue seguido por algunos más del sagrado Colegio: y se ha visto en Monte-Citorio a un buen número de Cardenales, de Obispos, de Prelados, de Generales de Órdenes, tan impresionados como los Ordenandos mismos por los hermosos discursos del Cardenal Albici, y del Cardenal de Santa Cruz. Este método de invitar a dar las charlas de la Ordenación a personas importantes por sus empleos, o por su erudición, era el de Vicente de Paúl. Él sabía que, aunque la palabra de Dios esté por sí misma llena de fuerza y de eficacia, con todo parece tener más energía en la boca de aquellos a quienes un gran nombre ha hecho superiores a los demás hombres. Basado en este mismo principio el célebre sr Bossuet, y varios grandes Obispos detrás de él, han dado más de una vez en S. Lázaro las charlas de los Ordenandos; es justo que, como su celo los llevó a tomar parte en los trabajos del Fundador de la Misión, la Historia les haga compartir con él los elogios que su siglo le ha tributado.

La dedicación, con la que Vicente trabajaba en la reforma del Clero, no le hizo olvidar las necesidades de los pobres, y sobre todo de los del campo. Era por ellos principalmente por

quienes se movía tanto, y formaba en todas partes a buenos Sacerdotes. Ya que a fin de cuentas estaba persuadido, y tenía razón para estarlo, de que si los pueblos estaban atendidos por buenos Pastores, los pobres encontrarían en su caridad recursos a una parte de sus necesidades. Pero como estos recursos estaban aún lejos, y por otro lado los Sacerdotes mejor intencionados no se encuentran siempre en disposición de ayudar a todos los que necesitarían serlo, el santo Hombre quería poner remedio a los males presentes, al mismo tiempo que tomaba las medidas más justas para alejar los que podían presentarse después.

Había fundado, según lo hemos visto en otra parte, las Cofradías de la Caridad, en los lugares que había podido: como sus ocupaciones no le permitieron mucho tiempo continuar visitando los lugares, donde las había establecido, y los Sacerdotes abrumados bajo el peso de una infinidad de otros trabajos no podían trasladarse sino raramente, era de temer que el primer fuego de una Asociación tan útil se relajase poco a poco, y los pobres volvieran a caer en el mismo estado, del que tanto trabajo había costado sacarlos. Vicente deseaba pues con ardor que la Providencia suscitara a alguna persona caritativa, que fuera apta para recorrer los campos, para animar a las personas de que estaban compuestas estas Cofradías, a mantenerlas en las contratiempos que tenían que superar, para mantener y hacer nacer entre ellas el espíritu de misericordia, que había sido el principio de su unión caritativa.

Dios no tardó en satisfacer la inquietud de su Siervo. Acababa de entrar en el Colegio de los Bons-Enfants, cuando la ilustre señorita le Gras tomó -1629-, sin conocerle, una casa que no distaba mucho de la suya. Esta mujer incomparable que, a juicio de cinco grades Obispos, fue regalada a su siglo para convencerle de que ni la debilidad del sexo ni la delicadeza del temperamento ni los compromisos mismos de la sociedad, no constituyen obstáculos invencibles a la salvación, había nacido en París de Luis de Marillac señor de Ferrières y de Margarita de Camus. La belleza de su espíritu llevó a su padre a mandarle estudiar la Filosofía, y joven todavía, se mostraba capaz de las ciencias más elevadas. Pero la gracia le dio lecciones, que los mayores Maestros no pueden dar: si la delicadeza de su complexión no le permitió entrar como ella deseaba, en una Orden que practica una penitencia rigurosa, su matrimonio con Antonio le Gras Secretario de la Reina María de Médicis, no le impidió merecer en pocos años el glorioso nombre de Madre tierna y universal de los pobres. También les prestaba todos los servicios de la más humilde y de la más industriosa caridad. Ella los visitaba sin prestar atención a la naturaleza de sus enfermedades; les presentaba ella misma el alimento que necesitaban; les hacía las camas con mayor afecto que lo hubiera hecho una criada a sueldo; los consolaba con palabras llenas de ternura, los disponía con exhortaciones a recibir los Sacramentos, y los sepultaba después de su muerte.

Jean-Pierre le Camus Obispo du Beley, este amigo íntimo de S. Francisco de Salles, y que por consiguiente lo era de Vicente de Paúl, dirigía a la Señorita le Gras: estaba casi tan ocupado en moderar su fervor como en calmar las penas interiores que, durante largo tiempo perturbaron la paz y la tranquilidad de su alma. Pero como la obligación de residir en su Diócesis le impedía estar al alcance de darle las lecciones que necesitaba, quiso escogerle un Director capaz de mantenerla en el estado en que se hallaba tras la muerte de su marido, y en la confusión continua que le producía un temor excesivo de esta clase de faltas que escapan a las almas más inocentes. Vicente de Paúl fue aquel sobre quien puso los ojos para reemplazarle. Al santo Sacerdote no le gustaban estas direcciones particulares; se le ha visto por la dirección que tuvo con la Señora de Gondi: creyó sin embargo deber ceder en esta ocasión a los consejos del Obispo du Beley. Dios pronto dio a conocer que era

él quien había preparado este asunto, y que quería servirse de estos dos grandes corazones para reanimar la caridad de los fieles, y para dar a su Iglesia una nueva Compañía de Vírgenes únicamente entregadas a las obras de misericordia.

La Señorita le Gras repartía el tiempo entre el ejercicio de la oración y el de la caridad: daba al alivio de la indigencia todo el tiempo que no entregaba a la meditación y a los demás deberes parecidos, que se refieren a Dios más inmediatamente que al prójimo. Pero su celo se redobló a la vista de un Director, que no sabía moderarse cuando se trataba de ser útil a sus hermanos. A su ejemplo, ella concibió el plan de consagrar su vida al servicio de los pobres, y de cooperar con todas sus fuerzas a la ejecución de los grandes proyectos que el santo Sacerdote formaba cada día a favor de los miserables. Vicente, a quien comunicó su resolución, y que estaba en guardia contra los pasos precipitados, quiso probarla, y la prueba duró casi cuatro años. Le prescribió durante este tiempo consultar a Dios en el retiro, y sacar frecuentemente en la recepción del Cuerpo y de la Sangre de JC el espíritu de luz y de fuerza que necesitaba.

Este tiempo que, como lo ha escrito el sr Gobillon en su historia de la Señorita le Gras, fue para ella una especie de Noviciado, no sirvió sino para afirmarla en su primer plan. La actividad con la que abrazó, durante este intervalo, todas las ocasiones de caridad, que se le presentaron, hizo por fin que su Director conociera que era tiempo de ponerla a trabajar: y que teniendo todas las virtudes, que S. Pablo pide en las viudas, la caridad no tenía Ministerio, por difícil, por repulsivo que pudiera ser, del que esta mujer no fuera capaz. Le propuso pues en 1629 encargarse de la visita de una parte de los lugares, donde las Asambleas de caridad habían sido establecidas; para honrar, tanto como fuera posible, los viajes que la caridad del Hijo de Dios le había hecho emprender, y participar en los trabajos, en las fatigas y en las contradicciones que este divino Salvador había pasado.

La piadosa viuda obedeció a la voz del Santo, como habría obedecido a la de Dios mismo. Como los viajes llevan naturalmente a la disipación y no santifican siempre a quien los hace aun por buenos motivos, el sabio Director tomó las medidas tan justas, que las carreras de la Señorita le Gras contribuyeron siempre a hacerla más recogida y más fervorosa. En los viajes iba siempre acompañada de algunas Damas de piedad. Los coches más incómodos eran preferidos a los otros. Se debía vivir y acostarse muy pobremente, para tomar más parte en la miseria de los pobres. Los ejercicios de piedad se hacían en el campo con la misma regularidad que en la casa. El día de la partida se comulgaba, para recibir con la presencia de JC una comunicación más abundante de su caridad, y una prenda más segura de su protección. En el curso del viaje, se alzaban con frecuencia los ojos hacia las santas montañas para hacer bajar de ellas los auxilios necesarios. Con tales precauciones se camina mucho tiempo sin sufrir menoscabo. Así, lejos de verse nunca ninguno en la Señorita le Gras, se la vio siempre regresar a París más virtuosa de lo que era antes de salir. Se entregó durante varios años a estos ejercicios de caridad: ella recorrió con mucho fruto las Diócesis de Soisons, de París, de Beauvais, de Meaux, de Senlis, de Chartres y de Chalons en Champaña. Cuando había llegado a un Pueblo, reunía las mujeres que componían la Asociación de la Caridad; les daba las instrucciones que necesitaban para desempeñar bien este empleo; les hacía sentir su grandeza y su precio ante Dios. Cuando eran demasiado pocas para soportar la carga, multiplicaba su número; les enseñaba con su ejemplo a servir a los enfermos más desesperados; restablecía con sus limosnas sus pequeños fondos, que con frecuencia estaban muy agotados; y a fin de ponerlas en situación de continuar con más comodidad lo que habían comenzado tan bien, les distribuía a sus expensas la ropa y las medicinas necesarias al alivio y a la salud de los pobres.

Cuando su Director tenía mucho menos cuidado de la reposición de las fuerzas del cuerpo que la salud del alma, la Señorita le Gras, precisa en seguir todas sus intenciones, no trabajaba en lo uno sino para llegar a lo otro. De manera que no se limitaba a apaciguar los dolores o el hambre del enfermo y del indigente. Ella plantaba el Reino de Dios en el corazón de las jóvenes de su sexo. Con la venia de los Párrocos, sin la cual le estaba prohibido emprender nada, reunía en alguna casa cómoda a las jóvenes que no estaban suficientemente instruidas; las catequizaba y les enseñaba los deberes de la vida Cristiana. Si había una maestra de Escuela, le enseñaba, casi sin que lo pareciera, a hacer bien su oficio; si no la había, trataba de colocar a una, que tuviera las disposiciones necesarias para este santo empleo; y para educarla comenzaba ella misma a dar las primeras lecciones.

Empresas tan santas, y que habrían hecho honor a los Pablos y Fabios, fueron a menudo pasadas; pero fueron con mayor frecuencia y más universalmente aplaudidas. Se han visto ciudades enteras apresurarse a testimoniar su gratitud y su respeto por una mujer tan perfecta, echarle mil bendiciones, no verla marcharse sin dolor, seguirla bien lejos hasta que se volvía. Dios mismo pareció querer justificar la estima que los hombres hacían de su Sierva. Un día que se marchaba de Beauvais, donde se habían fundado dieciocho Cofradías de la Caridad, como una multitud de gente desesperada de perderla tan pronto, la seguía con afán, un niño se cayó tan cerca de una especie de carrito, que le servía de vehículo ordinario, que una de las ruedas le pasó por la mitad del cuerpo. Este triste accidente que hizo lanzar un gran grito a todos los que lo vieron, la impresionó sensiblemente. Se recogió un momento, hizo algunas oraciones, y al instante mismo se levantó el niño sin ninguna lesión, se puso a caminar con entera libertad. Yo no decido sobre la naturaleza de este suceso: tenga o no algo de prodigioso, la Señorita le Gras no por ello tendrá menos mérito, puesto que a juicio de S. Crisóstomo, el ejercicio de una caridad que nunca se ha rechazado, vale más que el don de milagros, y que se debe admirar menos a S. Pablo, cuando resucita a los muertos que cuando es débil con los débiles, y enfermo con los enfermos. Es pues la caridad de nuestra ilustre Viuda la que debe hacer su elogio y el del santo Sacerdote, que dirigía todos sus pasos.

Para avisarla contra las más débiles impresiones del orgullo, que una estima general habría podido suscitar, Vicente le dio por regla de conducta, en los honores que se le hicieran, levantar su corazón a JC saturado de oprobios, unirse a los malos tratos, que el Hombre-Dios sufrió; no olvidarse de que un corazón verdaderamente humilde no lo es menos en el aplauso que en el desprecio; y que, como la abeja, hace su miel del rocío que cae sobre el ajenjo lo mismo que de el que cae sobre las rosas.

Como los trabajos continuos de la Señorita le Gras había expuesto ya más de una vez su salud, y ni su complexión, que era muy delicada, ni su temperamento, que estaba sometido a muchas enfermedades, le impedían entregarse a los ejercicios más duros de la caridad, Vicente la avisó sobre ello, a lo que un Director que se encontrara en semejantes circunstancias, no puede prestar demasiada atención. La exhortó a cuidarse por el amor de nuestro Señor, y de los pobres que son sus miembros; la advirtió que tuviera cuidado de querer hacer demasiado, con propias palabras que una de las astucias, de las que se sirve el demonio con más éxito para engañar a los que aman a Dios es llevarlos a hacer más de lo que pueden, para que se pongan pronto en estado de no hacer lo que hubieran podido; en vez de que, añadía él, el Espíritu de Dios comprometa con dulzura a hacer razonablemente el bien que se puede hacer, para que se haga con perseverancia.

Sin embargo como las personas que son totalmente de Dios cuentan por nada lo que hacen en su servicio, el santo Sacerdote se vio obligado más de una vez a frenar el celo de su

penitenta. Y en efecto, cuando ella estaba de regreso en París, se hubiera dicho, al ver las ganas con que se prodigaba en toda clase de bien, que había pasado el resto del tiempo sin hacer nada; y que quería reparar su pérdida. Se entregaba sobre todo a inflamar con el buen fuego, del que estaba consumida, las de sus amigos que encontraba susceptibles. Por este medio fue cómo habiendo reunido a cinco o seis Damas de su Parroquia, que era la de S. Nicolás de Chardonnet, les enseñó a servir a los pobres enfermos. Vicente, a quien consultó sobre este plan, como le consultaba sobre todos los demás, le recomendó seguir el Reglamento que él había elaborado para las Cofradías de la Caridad; y añadirle los consejos que él mismo había añadido el año precedente cuando, a petición del Párroco de S. Salvador, la había establecido por primera vez en la Capital del Reino.

Mientras que la Señorita le Gras cumplía tan bien todos los deberes de un tierno y laborioso Cristianismo, Vicente no estaba inactivo. Se hallaba ya a la cabeza de casi todas las obras buenas que se referían al bien del prójimo; y pocas importantes se hacían, en las que no se siguieran sus consejos. Él llevó a cabo una ese mismo año que, sin él, habría fracasado probablemente. Margarita Claudia de Gondi quien, después de la muerte del Marqués de Maignelai su marido, asesinado durante los disturbios de la liga, aprovechaba bien la ocasión de señalar su piedad, había fundado, en 1618, junto al Temple una Casa de ejercicios, para detener el desorden de las personas de su sexo, que habían tenido la desgracia de caer en él. Se presentaron en poco tiempo un número bastante grande, que parecieron encantadas de encontrar después del naufragio un puerto tan seguro. Pero se vio desde un principio que a este establecimiento le faltaba una parte esencial; y que no existía en esta gran casa nadie que fuera capaz de dirigirla bien. Como las Religiosas de la Visitación hacen por su condición una profesión particular de caridad y de dulzura, y estas dos virtudes eran las más propias para ganarse el afecto de estas almas penitentes, a quienes nos se podía ganar para JC sino con consideraciones infinitas, se propuso a S. Francisco de Sales que tuviera a bien colocar a Hijas suyas a la cabeza de esta nueva Comunidad. El santo Obispo dijo que se podría hacer un día, pero que el momento no había llegado todavía. Las cosas se quedaron pues en la Magdalena, en el estado en que estaban, durante cerca de doce años. Pero ya que es difícil continuar bien, cuando se ha comenzado mal, se corría el riesgo de ver caer por los suelos en poco tiempo una casa tan necesaria y tan preparada para evitar tantos males. Se lo dijeron a Vicente, como en calidad de Superior de las Religiosas de la Visitación, y más aún en calidad de hombre, cuya prudencia y luces eran universalmente respetadas; él podía mejor que nadie disponer de estas santas y virtuosas Hijas: le rogaron que las encargara de la dirección de esta Comunidad. El santo Sacerdote siguió su camino ordinario. Consultó a Dios; y después de consultar con el sr Arzobispo de París, y con la Madre Angélica l'Huillier Superiora de la casa de Santa María, destinó a cuatro Religiosas de la Visitación a ocupar los primeros cargos del Monasterio de la Magdalena.

Hizo de este plan, como de la mayor parte de los que se refieren a la gloria de Dios y la salvación del prójimo; es decir que no pudo llevarlo a cabo, sino después de sobrepasar muchos obstáculos. Vicente los resolvió con su paciencia. Para no hacer nada que se pareciera a precipitación, o denotara cierto afecto personal, defectos de los que se mantuvo siempre alejado de manera extraordinaria, hizo celebrar Asambleas de Doctores, y de otras personas recomendables por su piedad y experiencia: concertó con ellos los medios de dirigir a su perfección un asunto, que por una parte atañía al descargo y edificación del público, y por otra a la salvación de un gran número de personas, a las que no era ni posible seguir en el mundo sin perderse, ni santificarse en el retiro si no estaban bien dirigidas. Las

dificultades se desvanecieron en las manos de un hombre a quien su gran sentido daba recursos infinitos. Las Hijas de S. Francisco de Sales, a quienes los trabajos de este nuevo empleo habían asustado mucho, lo desempeñaron con su celo y su capacidad ordinarios. Pusieron orden en una casa, donde apenas existía. Ellas se ganaron los corazones con su dulzura y su atención. La caridad las hizo dueñas absolutas: lo es uno siempre útilmente cuando no lo es sino por un principio tan hermoso; así ellas pusieron en tan buen orden a esta numerosa Comunidad que fue origen después de la de Rouen y de Burdeos. Es verdad que el Santo les sirvió mucho, sea por los sabios consejos que les daba de viva voz, sea por los buenos Consejeros que les procuró; pero el celo y el trabajo de estas virtuosas Damas no son por ello menos estimables; los hijos no pierden nada de su gloria, por compartirla con su Padre.

El gozo santo, del que el feliz éxito de tantos asuntos, debía llenar un corazón tan sensible a los intereses y a la gloria de Dios, como lo era el de Vicente de Paúl, fue perturbado por la muerte del sr Cardenal de Bérulle. Este gran hombre expiró –el 21 de octubre de 1629- en el Altar, en los brazos de su bienamado; acabó, como víctima, el augusto Sacrificio, que el agotamiento de sus fuerzas no le permitió acabar como Sacerdote. Vicente perdía en él a un amigo y a un Padre; pero lo que más le afectó es que la Iglesia perdía con él a un modelo del sacerdocio de Jesucristo. Para compensarla por esta pérdida., al menos en parte, abrió ese mismo año o el siguiente las puertas de su casa a los Eclesiásticos, que quisieran o reconciliarse con Dios, después separarse de él, o reemprender en la soledad fuerzas y luces para mantenerse, y para conducirse en los senderos penosos del Ministerio.

Fueron algunos Doctores de Sorbona, llenos de piedad y de virtud, los que comenzaron a hacer estos ejercicios espirituales bajo la dirección del santo Sacerdote. Su ejemplo fue seguido por muchos más: y éste es el origen de estos santos ejercicios que, en la Congregación de la Misión, han santificado y santifican aún todos los días a tantas personas. S. Ignacio de Loyola es de alguna forma a quien la Iglesia es deudora de este saludable establecimiento. Vicente, que le honraba con un culto particular, creyó no poder hacer otra cosa que seguir su plan y su método, se conformó a él lo más exactamente que pudo. La utilidad, que de ello resulta desde hace más de un siglo, puede se todavía demostrada por ese gran número de personas de toda edad y de toda condición que se ven cada día romper sus cadenas más dulces y más fuertes, renunciar a sus más criminales inclinaciones, desprenderse de las costumbres más inveteradas, edificar con la práctica constante de las virtudes Cristianas a los que habían escandalizado con una vida desordenada, y costumbres totalmente paganas. Como estos retiros no han hecho nunca más ruido que desde que Vicente de Paúl tomó posesión de la Casa de S.Lázaro, es conveniente, antes de entrar en un mayor detalle, dar a conocer el modo como se realizó este establecimiento.

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro tercero

Sumario

- Antigüedades y revoluciones de la Casa de S. Lázaro. Estaba administrada en tiempos de Vicente de Paúl por unos Canónigos Regulares.*
- Altercados ocurridos entre ellos y el sr le Bon su Prior. Éste ofrece su Casa a nuestro Santo, quien la rechaza.*
- Rasgos notables de su humildad. Nuevas instancias para la donación de la casa de S. Lázaro. Vicente se ve forzado a ceder.*
- Toma posesión de esta Casa. Proceso con los señores de S. Victor; quedan desestimados por Decreto. Bienes que recaen en el público de este nuevo establecimiento.*
- Cuidado de los Galeotes. Hospital en Marsella para los forzados. Patente del Capellán-Real otorgada al Santo. Comienzo de las Conferencias Eclesiásticas. Con qué ocasión.*
- Primera Asamblea: discurso de S. Vicente.*
- Orden de estas conferencias. Los señores de Pavillon, de Perrochel, Godeau, Olier son los primeros en entr. Las Conferencias se hacen muy célebres.*
- Bienes que producen en la Iglesia.*
- Misiones dadas por los de la Conferencia, en el Hotel-Dieu, en un burgo muy desordenado, y sobre todo en el barrio de S. Germain.*
- Ocasión de esta última Misión; trabajo que le costó al santo emprenderla; medios de que él quiso que se sirvieran para lograrlo.*
- Otros bienes que nacen de la misma Asociación.*
- Olier las organiza parecidas en Auvernia.*
- Noyon, Angulema, Angers hacen conferencias sobre el modelo de la de S. Lázaro.*
- Carta del sr Godeau. Fundación de los Retiros espirituales.*
- Medidas que tomó el Santo para salir adelante. Estilo y temas de las charlas que allí se dan. Aviso sobre las resoluciones que se toman en el Retiro.*
- Buenos efectos de estos ejercicios. Pecadores desesperados se santifican en ellos.*
- El gusto por los ejercicios pasa a las Provincias. Prodigioso cambio de algunos Eclesiásticos, tanto en Francia, como en Génova.*
- Retiro del cardenal Durazzo.*
- Institución de las Hijas de la Caridad. Débiles principios de esta Compañía. S. Vicente les da Reglas llenas de sabiduría.*
- Ocupaciones y ejercicios de piedad de estas Hijas. Aprobación del sr de Gondi.*
- Cartas patentes del Rey. Protección singular de Dios sobre una hermana de la Caridad*
- Institución de una compañía de Damas a favor de los enfermos del Hospital General.*
- Reglas de esta Asamblea; bienes que produce; caridad de la Presidenta Goussault.*
- Gastos que hace la Asamblea de las Damas.*
- Vicente establece Seminarios según el plan del Concilio de Trento.*
- Misiones en la Diócesis de Montauban, y en las Cévènes.*
- El Santo no deja a uno de los suyos que dé una Versión del Texto Siriaco.*
- Bonito discurso en esta ocasión. Éxito de la Misión de las Cévènes.*
- Misiones en el Ejército. Reglamento para los que trabajan allí. Doble éxito de esta Misión.*
- Servicios prestados a la Orden de Malta.*
- Retrato del sr Sillery. Vicente pasa unos días en el Temple. No se siguen sus consejos, y se fracasa.*
- El Gran-Maestre de Malta escribe al Santo. Altercados de éste con el sr de S.-Cyran. Elogio de este Abate compuesto por sí mismo. Comienza a soltar sus errores.*

- Su desprecio por el Concilio de Trento; sus pretendidas luces sobre la Sagrada Escritura, sus ideas sobre la Iglesia. Se encoleriza contra S. Vicente. Éste quiere realizar un nuevo esfuerzo sobre el espíritu del Abate. Famosa Carta del último.*
- Interrogatorio de S. Cyran; él se cubre de ignominia.*
- Testimonio de Vicente de Paúl en favor de S. Cyran, fabricado a placer.*
- Milagro operado entre las Hijas de la Visitación. Gran parte de S. Vicente en ello.*
- Su Congregación establecida en Richelieu.*
- Erección de un Seminario interno. Estudios de los jóvenes Misioneros-*
- Aventura de Jacques de la Fosse. Ternura infinita del Santo por sus Hijos.*
- Misión en S. Germain-en-Laie en presencia de toda la Corte.*
- Atención y aviso del Cardenal de Richelieu. Visita del sr de Quériolet. Luis le Breton enviado a Roma. Elogio de los Misioneros de Italia.*

Los que más han estudiado la Historia de París están de acuerdo en que la Casa de S. Lázaro es muy antigua, y en que debe su fundación a la piedad de nuestros Reyes: pero es imposible fijar bien su época; porque habiéndose apoderado de ella los Anglos bajo el Reino de Carlos VI, quemaron casi todos sus Títulos. El sr de la Mare, en su excelente Tratado de la Policía, dice que, bajo Childeberto, S. Lázaro llevaba el nombre de la Parroquia en la que está hoy. Du Breul se contenta con colocarle en el mismo lugar, en que estaba en otro tiempo el Monasterio de S. Lorenzo, del que, según Gregorio de Tours, S. Domnole fue Abate antes de ser Obispo de Mans. Sea como fuere, es preciso que esta Casa haya sido importante desde los primeros tiempos, ya que, como lo escribe un Autor moderno, *los Reyes de Francia hacían de ella su residencia durante algunas semanas, bien para recibir el juramento de fidelidad y las sumisiones de todas las Órdenes, que componen la Ciudad, bien para disponerse a su primera entrada, que era de ordinario muy magnífica.* Al correr de los años, S. Lázaro fue el domicilio de los que eran atacados de la lepra, enfermedad terrible, y tan común hasta el siglo doce, que en la Cristiandad hubo, según Mathieu Paris, hasta diecinueve mil Hospitales para los infectados de ella. La Leprosería de S. Lázaro tenía algo singular en su constitución. No se recibía más que a Burgueses salidos de un legítimo matrimonio, y nacidos entre las cuatro principales puertas de París. Esta Regla no permitía excepción más que a favor de los Panaderos que, por razón del fuego, estando más sometidos a la lepra, eran admitidos en S. Lázaro de cualquier cantón del Reino que fuesen. Nadie era recibido allí sin hacer de antemano voto de obediencia a quien estaba a cargo de la dirección de la Casa. Los enfermos de uno y otro sexo llevaban ropas uniformadas; se los llamaba Hermanos y Hermanas, y después de su muerte todos sus bienes muebles e inmuebles pertenecían en propiedad a la Casa.

Mucha gente ha creído que S. Lázaro era un Priorato, y el sr Abelly habla de él de una manera favorable a esta idea: pero nada más contrario a la verdadera idea. Es verdad que Foulques de Chanac Obispo de París, al reformar los abusos que se habían deslizado en esta casa, desde que no era administrada por Regulares, quiere que, de acuerdo con la antigua usanza, aquel a quien entregue la dirección, sea nombrado Prior, y que lleve en adelante un hábito Religioso, absolutamente parecido al del Director del Hospital de Santa Catalina: pero le obliga al mismo tiempo a rendirle cuentas cada año, y se reserva expresamente el derecho de deponerle en caso de negligencia y de infidelidad.

Sus Sucesores han obrado de la misma manera; incluso han ido más lejos, y todas las Provisiones, otorgadas desde 1505 hasta 1611, señalan expresamente que el cargo de Prior, tomado en el sentido que acabamos de darle según Foulques, no es más que una comisión amovible, cuya plena y absoluta disposición pertenece al Obispo de París. Así, y por principio, que estos caracteres son incompatibles con la naturaleza de un Priorato-Beneficio, está claro que S. Lázaro no fue uno de ellos; y que la denominación de Prior no significaba otra cosa que lo que significa todavía en varios de aquellos que están a la cabeza de las Comunidades. He creído deber al Lector esta observación preliminar, porque ha servido para destruir una objeción del Promotor de la Fe: objeción por lo demás no bien fundada, ya que Vicente, por el respeto que tuvo siempre hacia la Santa Sede, había tomado con respecto a Roma medidas, que hacían su dirección canónica en todos los aspectos, y por medio de las cuales no se le podía objetar la máxima, *Regularia Regularibus*.

A pesar de las revoluciones que, después de llevar a las Comunidades hasta un cierto punto, las degradan insensiblemente, la casa de S. Lázaro era en tiempos de nuestro Santo una de las más importantes de París, tanto por su terreno que se extiende a lo lejos en el campo, como porque era Señorial, y tenía derecho de alta, media y baja Justicia. Ocho Canónigos Regulares la ocupaban. Adrián le Bon su Superior tuvo con ellos uno de esos altercados que, si bien necesarios en ciertas circunstancias, no son por ello menos desagradables. Fue a causa de deshacerse de su dirección, cuando algunos de sus amigos le persuadieron de que entrara en conferencia con sus Religiosos, en presencia de cuatro Doctores, con quienes se pactaría de una parte y de la otra. La Asamblea se celebró en casa de un hombre de méritos. El sr le Bon alegó sus quejas: el Superior, que hablaba en nombre de sus Cohermanos, aportó sus respuestas. Después de las disputas que son de rigor en estas clases de coyunturas, se convino que elaboraría un Reglamento, y que cada uno estaría obligado a conformarse a él.

Es cómodo dar Reglas; pero todavía más no seguirlas. Por mucha cabeza que tenga un Superior, si no tiene autoridad, sus proyectos más santos fracasarán casi siempre. El sr le Bon se vio pronto tan cansado del cargo como lo estaba antes de la negociación, de que acabo de hablar; no pensó ya más que en salir de un lugar en el que, con las mejores intenciones del mundo, sufría y hacía sufrir a los demás. Pero, como quería el bien, y por aquel tiempo mismo oyó hablar del que hacía Vicente de Paúl en las misiones, y en todas partes, creyó que, si pudiera colocarle en la casa de S. Lázaro, haría un buen servicio a la Iglesia, y tendría parte en las buenas obras, de las que se enteró que este santo Sacerdote se ocupaba únicamente. Se abrió al sr Lestocq, Párroco de S. Lorenzo, su vecino y su amigo.

Este piadoso y sabio Doctor conocía muy particularmente al Fundador de la Misión; había trabajado con él en los Pueblos: había visto por sí mismo las necesidades de los pueblos y los auxilios ya espirituales, ya temporales que Vicente les procuraba. Por ello tuvo buen cuidado de confirmar al Prior de S. Lázaro en su resolución. le repitió más de una vez que la idea de ceder su casa a los Misioneros procedía del Espíritu Santo, y que no podía hacer otra cosa mejor que llevar a cabo su plan; le contó mil cosas favorable sobre Vicente, y sus Sacerdotes, quienes eran hombres suscitados por Dios para la salvación de los pobres del campo, que tenían una prodigiosa necesidad; que se entregaban con tanto celo como éxito a instruirlos; que les hacían reparar los defectos que la ignorancia, o una falsa vergüenza habían hecho en sus Confesiones precedentes; que no le contaba nada que no hubiera visto con sus propios ojos, y conocido por propia experiencia. Por lo demás, añadió él,

encontraréis a la cabeza de estos dignos Obreros a un hombre según el corazón de Dios, y no será posible que os equivoquéis.

Un discurso tan favorable hubiera determinado a un hombre menos dispuesto, de lo que estaba el sr le Bon. Los dos amigos partieron al momento. El Prior de S. Lázaro se apresuró a entrar en materia: dijo a Vicente en pocas palabras que le habían hecho un relato muy impresionante de su Congregación, y de sus caritativos trabajos; que se sentiría feliz, si pudiera contribuir a ello, y que le cedería con gusto su casa y todos sus bienes para concurrir en una obra tan santa y tan saludable

Una propuesta tan ventajosa, y sobre la que otros no se lo habrían pensado, sorprendió al siervo de Dios. Es decir demasiado poco, le asustó; y, aunque fuera dueño de sí mismo en extremo, su turbación fue tan sensible que produjo en él un temblor, del que se dio cuenta el Prior de S. Lázaro. Le preguntó por qué, ya que él no lo adivinaba del todo. Vicente le respondió con mucha modestia que a la verdad su propuesta le había espantado, y que estaba tan por encima de él y de los Sacerdotes de su Compañía que sentiría escrúpulos con sólo pensarlo. Nosotros somos, añadió él, nosotros somos unos pobres Sacerdotes, vivimos en la sencillez, no tenemos otro plan que el de servir a la pobre gente del campo: nos sentimos muy obligados, Señor, por vuestra buena voluntad, y se lo agradecemos muy humildemente.

Continuó explicándose sobre este punto de una forma tan positiva, combatió con tanta fuerza todo lo más urgente que se le pudo decir, que el Prior perdió en un principio toda esperanza de hacerle cambiar de idea. Sin embargo la dulzura del santo Hombre, la piedad y los encantos de su conversación llegaron tan fuertes al corazón del sr le Bon que el deseo de realizar su plan se redobló a medida de los obstáculos que encontraba en él. Esto es lo que le impulsó, cuando estuvo a punto de dejar a Vicente de Paúl, a decirle que la oferta que le hacía merecía bien que pusiera en ello su atención, y que le daba seis meses para pensarlo.

Fue muy probablemente durante este intervalo cuando nuestro Santo dio dos pruebas tan señaladas de humildad que fue fácil concluir que la estima de los hombres no alteraba en él esta importante virtud. El Arzobispo de París que la consultaba con mucho gusto, y que se descargaba con él de muchas cosas, habiendo querido que se encontrase en una gran Asamblea, que se tuvo en el Arzobispado, le hizo una reprimenda bastante seca, con motivo de no sé qué comisión, de la que creyó que no se había ocupado. Vicente, a ejemplo del Rey Profeta, no dijo una palabra para justificarse; y aunque tuviera entonces más de cincuenta años, se puso de rodillas, como un joven Novicio ante su Maestro; pidió perdón por una falta, de la que no era culpable. Esta conducta edificó mucho; pero hubo mayor impresión, cuando se supo que había obrado bien y muy bien haciendo todo cuanto se le había encargado. André Duval, aquel famoso Doctor, quien mantuvo siempre tan íntimas relaciones con nuestro Santo, no pudo menos de exclamar a la cara de toda la Asamblea, que era difícil encontrar en cualquier otro más virtud que en el sr Vicente.

La segunda ocasión en que el santo Sacerdote hizo brillar su humildad por esta misma época, se le presentó por uno de sus sobrinos, quien desde Provincias acudió a París con la esperanza de que un tío que hacía tantos bienes a un gran número de extraños, haría cualquier cosa de más por un hombre que tenía la ventaja de pertenecerle. El Siervo de Dios estaba en su habitación, cuando el portero le anunció que había abajo un campesino,

que se decía su sobrino y que pedía hablarle. La naturaleza sufrió un poco en este primer momento. Los santos tienen que combatir en tanto son hombres, y son hombres hasta el último suspiro. Vicente rogó a uno de los suyos que fuera a recibir a este pariente; pero de pronto se sobrepuso: bajó, se fue hasta la calle, donde se había quedado su sobrino; le abrazó tiernamente, y le tomó de la mano, y habiéndole llevado al Patio, mandó llamar a todos los sacerdotes de la Compañía, y les dijo que aquél era el hombre más honrado de su familia. Y fue más lejos todavía, quiso presentar él mismo a este pobre pariente a todas las personas de condición que vinieron a visitarle.

Una victoria tan completa sobre el demonio del orgullo no le pareció suficiente; en los primeros ejercicios que hizo con los suyos, se acusó en público de haber tenido alguna vergüenza en la llegada de su sobrino, y de haberle querido hacer subir en secreto a su habitación, porque era campesino, y mal vestido. Es aquel mismo sr S. Martín Canónigo de Acqs, de quien ya hemos hablado en otra parte, quien nos ha conservado este rasgo tan glorioso en nuestro Santo. Se quedaba por entonces en el Colegio de los Bons-Enfants. Se encontraba allí en el momento mismo que pasó todo esto, él fue testigo y se le puede creer. Por lo demás, este pobre joven, que al llegar a París, había creído su fortuna hecha, se engañó mucho en sus esperanzas: el santo sacerdote había hecho un pacto con su propio corazón; le mantenía en guardia contra las ilusiones de la carne y de la sangre; estaba siempre muy persuadido de que sus parientes serían bastante ricos mientras pudieran vivir de su trabajo. Se mantuvo en este principio, y no se apartó de él nunca. Así despidió a su sobrino a pie como había llegado sin darle más que diez escudos para el viaje: además se los pidió como limosna a la Marquesa de Maignelais; y fue la única vez que pidió ayuda para los de la familia.

Si estos actos de virtud llegaron al conocimiento del prior de S. Lázaro, no pudieron sino inspirarle un nuevo deseo de consumir el asunto que había comenzado. Sea como fuere, este buen Religioso no dejó de dirigirse, al cabo del término que había señalado, al Colegio de los Bons-Enfants, de redoblar sus insistencias, y de pedir como una gracia a Vicente de Paúl que se dignara aceptar su causa. Le dijo que Dios le inspiraba cada vez más que se la entregara en mano; que tenía la satisfacción de sus Religiosos; que ya no se esperaba más que la suya, y que, por poco que la manifestara era cosa hecha. El sr de Lestocq, que acompañó al Prior en este segundo viaje, como lo había hecho en el primero, habló al menos tan fuerte como él, y suplicó al santo Hombre que no se perdiera una ocasión tan hermosa de poder rendir a la Iglesia nuevos servicios. El Siervo de Dios se mantuvo firme, y siguió inquebrantable; explicó a estos Señores que un establecimiento de tan gran importancia no dejaría de dar qué hablar; que no le gustaba la fama; que no tenía con él más que un pequeño número de Sacerdotes, que apenas acababan de nacer, y que nada temía más que hablaran de él.

La hora de comer que siguió suspendió esta discusión. El sr le Bon dijo a nuestro Santo que quería comer con él y su Comunidad. El orden que se guardaba durante la mesa, el silencio, la buena lectura, la modestia, la frugalidad, agradaron de tal manera a este digno Prior que no hablaba de ello sino con admiración. Concibió para todos los Sacerdotes de la nueva Congregación casi tanta estima como la que sentía por su Fundador. Los tuvo a todos como hombres de Dios; y más afianzado que nunca en su primer plan, rogó al sr de Lestocq que continuara con sus intentos y no dejara piedra sin mover con el santo Sacerdote, hasta que le hubiera forzado a consentir en una propuesta, que era muy razonable.

El sr le Bon no podía recomendar este gran asunto a un hombre más ardoroso en urgir su ejecución, y más capaz de lograrlo. El Párroco de S. Lorenzo era un amigo particular de Vicente de Paúl; y él mismo dijo que se lo hubiera cargado al hombro para transportarle a la casa de S. Lázaro. Le hizo más de veinte visitas en seis meses; y se sirvió de todos los motivos, que la razón y la piedad pudieron sugerirle; llegó hasta decirle que resistía al Espíritu Santo y que los bienes, de los que una negativa tan tenaz privaría a la Iglesia podrían muy bien ser un día materia de su juicio. Todo resultó inútil. La humildad y la abyección eran las virtudes favoritas del Siervo de Dios: todo lo que podía darle prestigio, y sacarle de apuros, en que la Providencia parecía haberle colocado con sus propias manos, le parecía sospechoso y lleno de peligros.

El sr de Lastocq, en una Relación sobre el modo como se hizo esta gran fundación, confiesa que no encuentra palabras capaces de expresar el ardor con el que perseguía a Vicente de Paúl. Para dar una idea, recurre a figuras que eran más del gusto de su siglo de lo que lo serían del nuestro; y no encuentra dificultades en decir que le costó menos a Jacob obtener a Raquel, y a la Cananea hacerse favorables a los Apóstoles, que lo que le costó a él doblegar el corazón del Hombre de Dios. Al cabo de un año, el sr le Bon y él no habían dado un paso más que el primer día; insistencias redobladas más de treinta veces, lejos de vencer su repugnancia, ni siquiera habían logrado que fuera a ver la Casa que se le ofrecía. Es que temía que su corazón se dejara engañar por sus ojos, y que la situación y los bienes de este nuevo establecimiento le pareciesen una razón para aceptarlo.

Por fin, el Prior de S. Lázaro, molesto por que nada le salía bien, y porque las cosas seguían igual, dijo un día a Vicente, con cierta emoción. *Sois, Señor, un hombre bien extraño. No hay nadie de los que desean vuestro bien que no os aconseje recibir el que yo os ofrezco. En asuntos de esta naturaleza, es prudente no referirse a sí mismo únicamente. Decidme de quién tomáis consejo. ¿Qué amigo tenéis cuyas impresiones seguís de tan buen grado, y en quien tengáis más confianza? Yo me remitiré a él: si piensa como yo, os dejaréis llevar; si piensa como vos, yo cesaré en mis insistencias, y no os cansaré más.* Vicente que no tuvo nada que replicar a una propuesta tan justa, indicó al sr Duval como a uno de aquellos en cuyos sentimientos confiaba con agrado. Este piadoso y sabio Doctor era, desde la muerte del sr de Bérulle, Director de nuestro Santo; y pareció bien que en esta ocasión Vicente no hiciese nada importante sin consultarle.

El sr le Bon quedó encantado por este desenlace; sospechó que no encontraría en Sorbona las dificultades que había encontrado en el Colegio de los Bons-Enfants. En efecto, todo le salió bien, tal y como lo deseaba. El sr Duval trató con él de las condiciones, bajo las cuales Vicente y los Sacerdotes serían recibidos en la casa de S. Lázaro. Este artículo, que de ordinario es tan litigioso, no hizo esperar un instante. El Doctor conocía el espíritu de liberalidad y de gratitud del santo Sacerdote; entró perfectamente en sus puntos de vista, y otorgó al Prior tal vez más de lo que pedía.

El asunto parecía concluido, cuando un incidente que no se esperaba, pareció romperlo todo. El sr le Bon quien, como ya lo hemos señalado, era un hombre de bien y de virtud, creyó dar un golpe de estado, haciendo alojar a sus Religiosos en el mismo dormitorio, en el que debía alojar a los Misioneros. Pensó que los hijos de Vicente de Paúl no lo llevarían a mal; que por el contrario sus Religiosos sacarían mucho provecho de ello; que teniendo sin cesar ante los ojos el silencio, la regularidad y la modestia de estos hombres, con los que se había encantado la primera vez que los había visto, irían tomando insensiblemente el

mismo tren; y que por fin se sentirían inclinados poco a poco a imitar a los que no habrían podido dejar de admirar.

Un Superior menos experimentado de lo que no lo era el de la Misión, no habría dudado sobre un artículo, que en un principio parece bastante poco importante, al que incluso se le daban todos los visos del bien. Pero Vicente, que con un vistazo veía los principios y las consecuencias, lo juzgó de diferente forma. El bien espiritual de su pequeño rebaño le pareció preferible a todas las ventajas temporales. El solo temor de exponer el fervor y la regularidad al peligro de estas clases de complacencias, que se tienen con naturalidad con los que comparten su bien con nosotros; este temor, digo, le produjo más impresión de la que la alegría de verse en posesión de un establecimiento de importancia habría producido en otros. Así, sin perder tiempo, rogó al sr de Lestocq que informara al Prior de S.Lázaro que los Sacerdotes de la Misión tenían por regla guardar el silencio desde la Oración de la Tarde hasta el día siguiente después de comer; que tenían entonces una hora de conversación, después de la cual se volvía al silencio hasta la tarde; que la cena estaba seguida de otra hora de conversación, y que después de ésta volvía a comenzar el silencio; que por lo demás este silencio era tan riguroso, que sólo se rompía por cosas necesarias; que en este caso incluso se tenía cuidado de hablar en voz baja para no interrumpir a nadie; que estas prácticas, las que mucha gente considera como pequeñeces, le parecían esenciales; y que estaba persuadido de que no se puede atentar contra ellas sin introducir el desorden y la confusión en las Comunidades.

A fin de que no se creyera que exageraba las cosas y que tenía sobre este punto ideas singulares, hizo comprender que él no pensaba más que lo que habían hecho antes de él los que habían acertado en la disciplina regular; él repitió aquellas palabras comunes de un santo Hombre, *Que se tienen todos los derechos a pensar que una Comunidad que observa exactamente el silencio, es fiel del todo al resto de sus Constituciones; que por el contrario aquellas en que se habla cuanto se quiere, no guardan comúnmente ni regla ni orden.*

De estos principios Vicente concluía que era de temer que los Religiosos del sr le Bon que no estaban acostumbrados a una disciplina tan severa, y que verosímilmente no podrían hacerse a ella, enseñaran poco a poco a los Misioneros a relajarse en un punto, que le parecía de una consecuencia extrema. *Preferiría, añadía el santo Sacerdote, que nos quedáramos en nuestra pobreza a que nos apartáramos del plan de Dios sobre nosotros.*

Resulta, y es una reflexión que podemos colocar aquí, ya que ha sido hecha en todas las ocasiones; resulta de estas últimas palabras, que aunque la trasgresión del silencio no fuese más que una bagatela en todas las demás partes, no se podría considerar como tal ni en S. Lázaro ni en la congregación.

No sé si el Prior insistió mucho sobre este apartado; pero Vicente se mantuvo tan fuerte, que fue preciso suprimirlo; sin ello, él no hubiera aprobado los otros; habría preferido mucho más sacrificar las ventajas temporales, que se le presentaban, a prestarse a algo que hubiera podido poner el menor obstáculo al bien espiritual de su Compañía. Así que fue su amor al retiro y al recogimiento interior los que le hicieron tan inflexible en este punto. Estaba persuadido de que sus Sacerdotes debían tomar tantas precauciones contra la disipación del espíritu como expuestos estaban a ella por su estado y por la propia naturaleza de sus empleos. Sentía que podían hacer grandes servicios a la Iglesia; pero todavía se daba mejor cuenta de que cierto comercio de disipación no dejaría de

debilitarlos; por este asunto ha dicho más de una vez: *Que los verdaderos Misioneros debían ser como Cartujos en la casa y como Apóstoles afuera*

A continuación de este Concordato que se firmó, que se firmó el 7 de enero de 1632, Vicente entró en posesión de la casa de S. Lázaro. Juan Francisco de Gondi primer Arzobispo de París, se tomó el trabajo de conducirlo allí, y le hizo el honor de instalarle en ella él mismo. Como se tenía el permiso del Preboste de los Comerciantes, de los Jueces, y de todos a quienes podía interesar este asunto, no se creyó que pudiera haber dificultad alguna; pero era justo que Vicente, que durante quince meses había agotado casi la paciencia del sr le Bon, viera poner un poco la suya a prueba.

Habiendo mandado el Rey expedir sus Cartas Patentes sobre esta donación, una Comunidad Religiosa, que tenía crédito y poderosos amigos se opuso al registro y pretendió que la Casa de S. Lázaro le pertenecía. Este contratiempo no sirvió sino para hacer resplandecer más la alta virtud de nuestro santo Sacerdote, y sobre todo su desinterés y su caridad. No apoyó un Proceso, sino porque le aseguraron de todas partes que su derecho era incontestable. Mientras se seguía la Causa, continuó en oración en la Capilla del Palacio; y rogaba a Dios, no que le hiciera ganar, si debía perder, sino conservar en su corazón una perfecta sumisión a las órdenes de la Providencia. Se halló siempre en un equilibrio tan grande en este suceso que consideró la paz de su corazón como un don singular de la misericordia de Dios. *Será*, decía él en una carta que escribió por este mismo tiempo a uno de sus amigos, *será del éxito de este asunto, todo lo que sea del agrado de Nuestro Señor, quien sabe de verdad que su bondad me mantuvo en esta ocasión tan indiferente como ante cualquier otro asunto que haya tenido; ayúdeme, por favor, a darle gracias por ello.*

Hemos de confesar sin embargo, y Vicente no se lo había podido disimular a algunas personas de confianza que al principio de esta discusión una cosa le preocupaba, en caso de que llegar a sucumbir: el lector buscaría por largo tiempo antes de poder adivinarlo; ya que lo que aflige a los Santos poco suele afligir a los demás. El sr le Bon había tenido a bien recibir en la casa a tres o cuatro insensatos, cuyos parientes se habían deshecho con gusto de ellos. Vicente, a quien pertenecía en propiedad el cuidado de todos los necesitados, comenzó al llegar a S. Lázaro, por pedir la gracia de que se los confiaran. Sería difícil expresar con qué caridad mandaba servirlos, y los servía él mismo. Tenía para ellos la ternura que una madre tiene por su hijo, cuando el acceso de un frenesí violento le hace más difícil y menos capaz de gratitud. Los más intratables eran aquellos a los que se dedicaba con menos reserva; cuanto más tenía que sufrir la naturaleza con estos hombres sucios, molestos, con frecuencia incluso peligrosos, más contento estaba él, un día pues que se daba cuenta a sí mismo de sus propias disposiciones, y examinaba ante Dios lo que podría afligirle, en el caso de que fuera desposeído: después de un largo y serio examen, nada le inquietó sino el temor de no estar ya en disposición de dar a estos pobres alienados los servicios que había comenzado a prestarles. La comodidad de una casa Señorial, situada a las puertas de París; los bienes que le eran anejos; la facilidad de formar en ella a su Congregación naciente, todas estas ventajas no le parecieron nada en comparación con el gozo que sentía en honrar a JC en sus miembros enfermos, que todo el mundo rechaza, que no encuentran asilo en sus propias casas, y que a menudo son el juguete y el objeto de desprecio de aquellos hombres mercenarios, a quienes el interés acompaña a su servicio. ¡Qué grande debe de ser a los ojos de los que viven, y piensan según la Fe, cuando se sabe ver como una locura los bienes y los oficios que el mundo estima, y por el contrario se

estima como una verdadera sabiduría a aquellos cuyo solo nombre tiene algo que deshonra y humilla!

Al fin, Dios recompensó el desinterés y humildad de su Siervo. Un Decreto contradictorio y solemne puso fin a la disputa; y las Cartas Patentes del Rey fueron registradas en el Parlamento el 17 de septiembre de 1632. Los que habían creído tener que oponerse no han dejado por eso de estimar menos a Vicente de Paúl; han confesado, como el resto de Francia, que la casa de S. Lázaro, al convertirse en el Patrimonio del santo Hombre, se había convertido en el recurso de todos los necesitados y en el asilo de todos cuantos podían necesitarlo. La lectura del resto de esta historia no permitirá dudar a aquellos menos bien intencionados.

Fueron los criminales condenados a las Galeras los primeros que sintieron el efecto de la caridad que este nuevo establecimiento ponía al Santo en estado de ejercer con más amplitud. Hemos visto ya lo que había hecho en su favor, en París o en Marsella, le vamos a ver hacer algo realmente importante: ya que cualquier deseo que tengamos de guardar una Cronología exacta, es de verdadera necesidad que contemos muchas cosa por anticipado, y que nos contentemos con las primeras épocas de un gran número de hechos, que no han podido ocurrir sino en el curso de varios años. Sin eso, no se podría evitar la confusión, sobre todo en una Historia en la que uno se siente abrumado por la multitud de los acontecimientos, y en la que cada año, por no decir cada semana o cada día, ha visto nacer un número sorprendente de gloriosas empresas, que la sabiduría, el celo y la paciencia de un solo hombre han ejecutado felizmente.

Los Galeotes trasladados por los cuidados de Vicente de Paúl al barrio de S. Roch, se hallaban allí lo menos mal que era posible; y el santo Hombre no habría pensado en hacerles salir, si esta especie de establecimiento hubiese sido fijo. Pero como ocupaban una casa de alquiler, y se podía con diferentes pretextos desalojarlos, Vicente, cuya costumbre era adelantarse a los inconvenientes, que él podía prever, creyó con razón que, para impedir que cayeran en un estado parecido a aquel del que los había sacado, convenía trasladarlos a otra parte, y procurarles un Hospicio, que fuera de ellos para siempre.

Para no errar el golpe, se dirigió al Rey. Le rogó, y se lo hizo pedir por sus amigos que consintiera que una antigua Torre, que se encuentra entre la puerta de S. Bernardo, y la Ribera, fuera destinada a servir de retiro a estos desdichados. Habló también con los Señores Magistrados de la ciudad, y obtuvo por fin lo que deseaba. El cuidado y el cargo de lo espiritual y de lo temporal recayeron casi sobre él solo durante varios años.

En cuanto a lo espiritual, dio orden a aquellos de los Sacerdotes, que se alojaban en el Colegio de los Bons-Enfants, para que visitaran con frecuencia a estos forzados, que les dijeran todos los días la Misa, los instruyeran, oyeran sus Confesiones, y los consolaran.

Y en lo temporal, la Señorita le Gras, siempre despierta cuando se trataba de escuchar y de llevar a la práctica el lenguaje de la caridad, se prestó a ello con la mayor gracia del mundo. Iba con frecuencia a verlos, les prestaba toda clase de servicios, los asistía con sus propias limosnas. Vicente animaba con el ejemplo de esta piadosa Viuda a personas de virtud y de condición a entrar en esta buena obra y a visitar al Hijo de Dios, que sufre por nuestros crímenes en la persona de estos hombres, que sufren por sus propios desórdenes. Pero el santo Sacerdote contribuyó más que nadie al gasto; y fue precisamente a él a quien los Galeotes debieron su mantenimiento y su alimentación, durante los ocho o diez ‘primeros

años de su nueva residencia. Finalmente, la Providencia les procuró una ayuda, que tenía alguna proporción con sus necesidades. Una persona, que tenía muchos bienes, les legó al morir seis mil libras de renta, cuyo fondo les debía ser asignado por su hija, que era su única heredera.

Estas clases de Legados, que a menudo son necesarias en descargo de los difuntos, son también más frecuentemente insoportables a los vivos. No se cuenta por nada lo que se adquiere, no se piensa más que en lo que contaba deber adquirir todavía. El marido de la heredera puso dificultades sin número: las solicitudes del santo Sacerdote eran inútiles; aguantaba desechos y palabras molestas; y no podía conseguir ni dinero ni promesas. Otros muchos lo habrían dejado todo: pero la verdadera caridad es paciente. Vicente volvía a la carga con tanta tranquilidad, como si hubiera estado seguro de ser bien recibido. Por fin, después de muchas entrevistas, obtuvo por mediación del sr de Molé, que era entonces Procurador General del Parlamento, que se daría un fondo para asegurar esta renta. Él supo incluso tocar el corazón de esta heredera, bien describiéndole el deplorable estado, en que había encontrado a los Galeotes, cuando los visitó por primera vez, bien haciéndole comprender lo importante que era perpetuar las ayudas que se había comenzado a darles, que esta joven Dama manifestó tanto celo por el éxito de esta fundación, como ardor había manifestado su marido para evitar su éxito.

Se dictaminó que el Procurador General tendría a perpetuidad la administración temporal de esta especie de Hospital; que las Hijas de la Caridad serían destinadas al servicio de los desdichados, que fueran encerrados allí, y de aquellos sobre todo que cayeran enfermos; que se daría cada año a los Sacerdotes de S. Nicolás del Chardonnet la suma de trescientas libras a condición de que quedaran obligados a prestarles todos los servicios espirituales, que los Sacerdotes de la Misión habían desempeñado hasta entonces. Como estos Señores parecían obligados a ello en vista de que los forzados se habían convertido en sus Parroquianos, este último artículo sufrió alguna contradicción: se aprobó al fin, a ruegos de Vicente de Paúl, y de algunas Damas de la Parroquia, que expusieron que una carga tan pesada pedía bien alguna compensación. La asiduidad con la que estos virtuosos Eclesiásticos han desempeñado siempre esta penosa función, supera en mucho la retribución que les ha sido asignada. Sin embargo su celo no ha disminuido el que tuvo siempre nuestro Santo por la salvación de los forzados: se ocupó de tiempo en tiempo de hacerles dar misiones, sobre todo, cuando eran en gran número, y estaban a punto de ser conducidos a las Galeras; es decir, precisamente en el tiempo en que más necesitan de consuelo, y en el que es más oportuno disponerlos a hacer buen uso de sus penas.

Su ternura por ellos no se limitó a los servicios de que acabamos de hablar. Trató de aliviarlos en el lugar mismo donde tienen que sufrir más. Lo que más le había impresionado en el viaje que hizo a Marsella era el triste estado de aquellos de los Galeotes que caían enfermos. Quedaban totalmente abandonados. Siempre atados a sus cadenas, comidos de miseria, abrumados de dolores, casi consumidos por la podredumbre y la infección; estos cadáveres en vida experimentaban ya los horrores del sepulcro. Vicente no había podido, sin una emoción profunda, ver a hombres, formados a la imagen de Dios, Cristianos rescatados con la Sangre de JC reducidos a morir como animales: pero fue necesario tener paciencia porque los disturbios del Reino no le permitían actuar.

Cuando las cosas parecieron un poco más tranquilas, el santo Sacerdote se dirigió al Cardenal de Richelieu, quien desde el día *de los Inocentes*, en que se le había creído

perdido sin remedio -11 de noviembre de 1630-, era más poderoso que nunca. Como el cargo de General de las Galeras estaba entonces en la familia, y compartía con la Duquesa de Aiguillon su sobrina los sentimientos de estima que ella tuvo siempre hacia el Fundador de la Misión, Vicente, con aquellos modos insinuantes, aquellas expresiones patéticas que le eran propias, le expuso el triste o, para ser más justo, el horrible estado en que se movían en Marsella los forzados cuando se hallaban enfermos, y la necesidad de fundar allí un Hospital para ellos. Jean-Baptiste Gault Obispo de Marsella, y el Caballero de Simiane, Gentilhombre Provenzal se distinguieron uno y otro por las más raras virtudes, se unieron a nuestro Santo para solicitar al primer Ministro. El Cardenal, a quien gustaban los proyectos en que se trataba de algo grande, hizo que éste le agradara al Rey; y el Hospital fue construido en el mismo lugar donde Felipe de Gondi había echado los cimientos cuando era General de las Galeras, y Vicente estaba con él.

Era algo como una casa cómoda; pero se necesitaban rentas. Parece ser que Luis XIII se las habría procurado suficientes si hubiera vivido más tiempo: la gloria le estaba reservada a su augusto Sucesor. Vicente que, como lo diremos en otra parte, fue llamado a sus Consejos por la Reina Regente, determinó a sus Majestades a consumir este asunto. Luis XIV que, por sus Cartas Patentes de 1646 y de 1648 asignaba a este Hospital doce mil libras de renta anual sobre las Gabelas de Provenza, y llegó a ser en poco tiempo uno de los más cómodos del Reino. Hace trescientos años que los enfermos son servidos por otros forzados, sobre los cuales vigilan hombres libres, que son a su vez enfermeros. El intendente de la Provincia, y Comisarios a su cargo llevan la dirección temporal; los Sacerdotes de la Misión están encargados de lo espiritual. Este establecimiento ha sido una fuente de gracias para los Galeotes. Era todavía imperfecto, cuando el Caballero de Simiane –en 1645- escribió a nuestro Santo que la mano se hacía sentir no sólo en la conversión de los malos Cristianos, sino en la de los Mahometanos mismos, y que éstos tocados por la caridad que se tenía con ellos, rendían homenaje a una Religión, que en JC y por JC no formaba sino un solo pueblo de todos los pueblos del Universo.

Para situar a Vicente y a los suyos más en disposición de continuar el bien que habían comenzado a hacer con los Galeotes, el joven Rey le había confirmado ya en el cargo de Capellán Real de las Galeras de Francia; y lo había hecho de una manera que resalta la estima que se le tenía en la Corte. Como esta Acta es importante, nosotros la copiamos entera; es ésta palabra por palabra.

“Hoy a 16 de enero de 1644 hallándose el Rey en París, sobre lo que el sr Duque de Richelieu General de las Galeras de Francia, ha presentado a Su Majestad que vistos el gran fruto y ventaja que se ha recibido tanto para la gloria de Dios como para la instrucción, edificación y salvación de todos aquellos que sirven en dichas Galeras, por la excelente elección que se ha hecho hasta ahora del Señor Vicente de Paúl Superior General de la Congregación de los Sacerdotes de la Misión para el cargo de Capellán Real de dichas Galeras, del que habría sido provisto por Breve del octavo de febrero de 1619, con superioridad sobre todos los demás Capellanes de las susodichas Galeras: y visto también que por causa de sus grandes ocupaciones, tanto ante el Rey y la Reina Regente su Madre, que le llaman con frecuencia a su Consejo, como en su cargo de Superior General de dicha Congregación, es imposible que pueda estar siempre en Marsella para ejercer dicho cargo de Capellán Real de dichas Galeras, sería necesario darle poder de encomendar en su ausencia al Superior de los Sacerdotes de la Misión establecidos en Marsella, y afectar este cargo para siempre al Superior General de dicha Congregación de los Sacerdotes de la Misión, presente y por venir. Su Majestad teniendo a

bien la propuesta de dicho General de las Galeras, y por consejo de la Reina Regente su Madre, ha confirmado a dicho Señor Vicente de Paúl en dicho cargo de Capellán Real de dichas Galeras, que no las hallará propias, y colocar a otros en su lugar; como también encomendar en su ausencia al Superior de los Sacerdotes de la Misión de Marsella, para desempeñar semejantes funciones, autoridad, sueldos, honores y derechos, y ha afectado para siempre dicho cargo al Capellán Real de las Galeras de Francia, con parecido poder de autoridad, al Superior General de la Congregación de la Misión presente y por venir. Queriendo Su Majestad que en esta calidad sea acostado y empleado sobre el estado de sus Galeras, en virtud de las Patentes que le sean expedidas, en consecuencia de éstas, que Su Majestad ha querido firmar de propia mano, y ser contrafirmado por mí, Consejero de Estado, y Secretario de sus Poderes. Firmado, LUIS, y más abajo, De Lomenie”.

Desde el año precedente -25 de julio de 1643- la Duquesa de Aiguillon había dado a los Sacerdotes de la Misión catorce mil libras, con la condición de que cuatro de ellos se encargaran del cuidado y de la instrucción de los forzados; que les dieran Misiones cada cinco años, cuando las Galeras estuvieran en Marsella, o en los demás Puertos del Reino; que examinarían a los Capellanes subalternos; que los depondrían, en caso de hallarlos ineptos en su Ministerio, y que colocarían en su lugar a personas propias para cumplir con dignidad sus funciones. Así fue cómo un pobre Sacerdote puso en movimiento todo lo que el Estado tenía de más Grande para procurar a unos desdichados, a quienes él tenía como hermanos, todos los socorros de la más atenta y de la más perfecta caridad. Su celo, que a partir de entonces no conocía ya dificultades ni límites, le llevó pronto después a formar un proyecto mucho más amplio y por medio del cual encontró al fin el secreto de aliviar en todas las partes de Francia, y hasta en los Países extranjeros, a una infinidad de desventurados, que no tenían de ordinario ni recursos ni consuelo. Pero antes de entrar en este gran acontecimiento, que constituye uno de los más ricos episodios de la Historia de S. Vicente de Paúl, debo hablar del servicio que hizo a la Iglesia al establecer las Conferencias Eclesiásticas. Para entender bien lo que tenemos que decir sobre este punto, conviene retomar las cosas de más arriba.

Vicente en sus misiones no se había limitado únicamente a la salvación de los pueblos: se había entregado también a la santificación de los Pastores, que entonces, como ya lo he indicado más de una vez, no eran en su mayor parte modelos de virtud. Cuando en un Cantón encontraba a algunos cuyo corazón abría Dios a sus consejos, los reunía con toda la frecuencia que podía; los preparaba en el modo de anunciar el Evangelio, de catequizar a los niños, de oír las Confesiones, y de administrar con fruto los demás Sacramentos de la Iglesia. Estos primeros comienzos de Conferencias Eclesiásticas no fueron sino un ligero esbozo de aquellas de las que vamos a hablar –año 1633-. El Santo nos refiere él mismo en una Carta –al sr du Coudrai del 5 de julio de 1633- que escribió a Roma, la ocasión que las hizo nacer.

El éxito que la mano de Dios había dado a los ejercicios de los Ordenandos había penetrado su corazón con este santo gozo cuyo sentimiento no pertenece más que a los que aman con sinceridad a la Iglesia; y daba por ello continuas acciones de gracias a quien es el Autor de todo bien. Sin embargo le quedaba siempre una inquietud: temía con razón, teniendo en cuenta la debilidad y la inconstancia de la voluntad humana, que aquellos que en los retiros de la Ordenación habían parecido ejemplos de virtud y de prudencia, se volvieran pronto hombres como los demás; y que obligados, como dice el Apóstol, a vivir en medio de una nación mala y corrompida, volvieran a tomar poco a poco el espíritu del mundo, sus sentimientos y sus máximas. Este pensamiento le ocupaba seriamente, y buscaba en sí

mismo los medios de conservar en el bien a los que la fuerza de la gracia y la unción de sus discursos habían inspirado el plan de vivir de una manera digna del Estado al que habían sido llamados.

Se presentaron a su mente diferentes ideas; pero como la humildad, que fue siempre su virtud dominante, y que le había llevado a desconfiar mucho de sus propias luces, le hacía tímido y precavido contra sus propios pensamientos; y por otro lado temía siempre adelantarse a la hora de Dios, se contentaba con orar en silencio y pedir al Señor que se dignara darle a conocer lo que sería más agradable a sus ojos. Sus deseos fueron por fin escuchados, *la oración de un corazón tan humilde atravesó las nubes y el Altísimo le atendió*. Un día que el Siervo de Dios meditaba más profundamente que de ordinario sobre lo mejor que podía hacer en este asunto, un piadoso Eclesiástico, que se había hallado en París en los ejercicios de los ordenados, vino a verle y le propuso reunir de vez en cuando en la casa de S. Lázaro a los que se estuvieran más dispuestos a querer conservar la gracia que hubieran recibido en la Ordenación. Le expuso que una Asociación de esta naturaleza podía hacer mucho bien; que los que los que entraran en ella se ayudarían mutuamente a vivir en la regularidad; y que charlando juntos sobre las virtudes y las funciones propias de su Ministerio, se hallarían más en disposición de santificarse ellos mismos y santificar a los demás.

Una propuesta tan conforme a las disposiciones de Vicente de Paúl debió ser y fue en efecto muy de su gusto. La recibió casi como si el mismo Dios se la hubiera hecho. Y se acordó de los grandes frutos, que produjeron en otro tiempo estas famosas Conferencias que celebraban entre sí los Padres del desierto: y pensó acertadamente que si les habían sido tan útiles para fortalecerse contra los ataques del enemigo y adelantar en las vías de la perfección, no podrían por menos de ser muy convenientes a Sacerdotes que, obligados a servir a Dios en el mundo, están por consiguiente mucho más expuestos que los Solitarios del Oriente. Con todo, antes de emprender nada, consultó a Dios durante cerca de quince días, y después de reconocer en la oración que la ejecución de este proyecto contribuiría mucho a la gloria de su santo nombre, habló de ello al sr Arzobispo de París, quien sintió un placer y un deber aprobarlo. Provisto de los poderes de su Superior, y muy pronto después del Soberano Pontífice, cuya complacencia tenía costumbre pedir, por el profundo respeto que siempre tuvo a la Santa Sede, incluso aunque no fuera absolutamente necesario, Vicente no pensó ya en otra cosa que en elegir los individuos idóneos para comenzar esta nueva Asociación. Los halló pronto y fue de este modo.

Un número de virtuosos Eclesiásticos, que habían hecho los ejercicios de Ordenación bajo su dirección, y que le honraban todos como a su Padre, se dirigieron a él y le rogaron que los dedicara a aquellas funciones de su estado, para las que los juzgara más propios. El Santo les asignó los empleos, en los que creyó que podrían trabajar más útilmente para el prójimo y para sí mismos. Uno de ellos, que era Doctor en Teología, fue destinado a dar Misiones en el Anjou, y algunos más fueron empleados a dar una a un gran número de Obreros, que construían cerca de la Puerta de S. Antonio la Iglesia de la Visitación. Vicente, que veía don frecuencia a estos dignos Ministros de la palabra, admiraba su celo, su unión y la destreza, con la que, siguiendo sus consejos, sabían tan bien tomarse su tiempo que, sin hacer perder a los Obreros un momento del que tienen costumbre dar al trabajo, encontraban el suficiente para tener cada día las instrucciones, que están en uso en las Misiones, y para escuchar, como lo hicieron, sus Confesiones generales. El Hombre de Dios no tuvo la menor duda que Sacerdotes tan bien intencionados consintieran con gozo en todo lo que pudiera mantenerlos en su primer fervor. Les propuso pues –el 11 de junio-

el plan que había formado de reunirlos de vez en cuando para fortalecerlos, y fortalecerse a sí mismo con su ejemplo, en el ejercicio de las virtudes Cristianas y Sacerdotales. Pero para que pudieran abrirse a él con una libertad completa, tuvo la precaución de hablarles en particular. Su respuesta fue tan unánime como si hubiera sido acordada. Todos le rogaron que prescribiera y ordenara lo que juzgara más conveniente; todos le indicaron que se remitían absolutamente a él, y que no había nada que no estuvieran preparados a emprender bajo su dirección.

El Santo Sacerdote encantado con este feliz principio, fijó el día de la primera Asamblea: se celebró en S. Lázaro. Vicente explicó allí de la manera más clara sus sentimientos. Habló a estos Señores de la necesidad de conservar las santas disposiciones, en las que Dios los había puesto, y de aumentar la gracia que habían recibido por la imposición de las manos. Les dijo en sustancia, que teniendo el honor de ser Sacerdotes de JC, estaban obligados a cumplir, y a cumplir hasta el fin los deberes del estado que habían abrazado; que sería muy triste que ninguno de ellos diera que decir de sí que, semejante a este insensato de quien habla el Evangelio, había comenzado a construir, pero no había tenido suficiente valor para terminar su edificio; que sabían, tan bien como nadie, que esta desgracia, tan deplorable como es, no era menos común; que había demasiados Sacerdotes, que verificaban cada días lo que dijo Jeremías, que el oro se ha oscurecido, que las piedras más preciosas del Santuario se han dispersado por las calles, y que han sido pisoteadas en las plazas públicas; que, para caer en este triste estado, no es necesario, entregarse a los grandes crímenes; que es suficiente enfriarse en el servicio de Dios, decaer de su primera caridad, y dejarse llevar a la disipación en los anchos caminos del mundo; Y que los dispensadores de los Santos Misterios se encuentran de alguna forma desordenados cuando se salen de la perfección, que pide la alta profesión, que han abrazado.

Añadió, que su propósito no era sin embargo llevarlos a separarse del todo del mundo, ni siquiera a reunirse todos en una sola casa; que podían continuar viviendo cada uno en su casa, o en la de sus parientes; pero que él creía que les sería muy conveniente estrechar cada vez más los nudos de la caridad que los unía ya; que era fácil lograrlo y que lo lograrían efectivamente si desearan someterse a un cierto reglamento de vida, practicar los mismos ejercicios de virtud, preocuparse de vez en cuando por la santidad y los deberes de su vocación; que no dudaba que al seguir este plan hicieran frente a todos sus enemigos; que esta conducta los afianzaría contra la corrupción del siglo, y los haría fieles a las obligaciones de su estado; que se les podría aplicar entonces lo que dijo un Profeta: las estrellas han esparcido su luz cada una en su lugar; Dios las ha llamado, y ellas han dicho: Aquí estamos, y han sentido gozo en brillar para rendir homenaje al que las creó: es decir, que se hallaría en ellos el buen ejemplo para edificar a sus familias y una disposición continua a tomar los empleos a los que serían llamados; de manera que JC. Autor de su Sacerdocio tendría lugar a estar contento por el servicio que recibiría de ellos.

Este discurso hizo sobre hombres ya llenos del espíritu de Dios todo el efecto que se podría esperar de él. La alegría santa que apareció en sus rostros descubrió, quizás mejor todavía que sus palabras, los sentimientos de sumisión y de agradecimiento de que estaban llenos. El santo Hombre se encontró tan satisfecho que escribió a quien había hecho la primera apertura de este plan, y que no había podido hallarse en la Asamblea, que había toda clase de motivos de esperar mucho bien de esta nueva Compañía. El futuro demostrará pronto que no se equivocó en sus cálculos.

Estos Señores se volvieron a reunir por segunda vez el nueve del mes de julio. Se eligieron Oficiales al gusto de los que los RR. PP. Jesuitas emplean en sus Congregaciones. Se

publicó que las Conferencias se tendrían todos los martes, a menos que ese día fuera o una Fiesta o víspera de una Fiesta principal. Este primer Reglamento fue seguido de otro más extenso. Está dividido en dos partes: la primera sobre las Conferencias mismas, la segunda prescribe el modo como estos Señores han de emplear el tiempo.

En cuanto a las Conferencias, el santo Hombre dijo en sustancia, 1º. Que los que sean admitidos a ellas deben tener por fin honrar la vida del Hijo de Dios, su Sacerdocio eterno, su santa familia y su amor para con los pobres: que para llegar a este fin, se pondrán con seriedad conformar su vida a la de él; procurar la gloria de Dios en el Estado Eclesiástico, en sus familias, y entre los pobres no sólo de las Ciudades, sino también del campo, según la devoción de cada uno, y el atractivo que Dios tenga a bien darle.

2º. Que esta Compañía estará compuesta de Eclesiásticos promovidos a las Órdenes sagradas; que no se admitirá más que a aquellos cuya vida y costumbres sean conocidas como fuera de todo alcance; que comenzarán antes de entrar por hacer los ejercicios espirituales; que tratarán también de hacerlos cada año, mientras les sea posible.

3º Que siendo el fin de estas conferencias sostener y fortalecer en la piedad a los que sean admitidos, no tendrán por lo común por materia más que las virtudes, las funciones, los empleos, que convienen a hombres comprometidos en el servicio de los Altares.

4º. Que todos aquellos que compongan la Asamblea, sólo se unirán entre ellos para estar más estrechamente unidos en JC que para robustecer más los lazos de esta santa caridad tendrán cuidado de visitarse, y consolarse mutuamente, sobre todo en sus aflicciones y en sus enfermedades; que el afecto que se tengan unos con otros, aparecerá durante la vida y después de la muerte; que para ello asistirán a las exequias de aquellos de entre ellos que Dios llame a sí, que dirán tres misas, o comulgarán a su intención.

Con respecto al empleo del día, Vicente prescribió a estos Señores levantarse todos los días a una hora reglada; dar todas las mañanas al menos media hora a la Oración mental; celebrar la santa Misa, y leer luego con la cabeza descubierta y de rodillas un Capítulo del nuevo Testamento; acabar la lectura con tres Actos interiores, que consisten 1º en adorar las verdades contenidas en el Capítulo que se ha leído. 2º. En entrar en los sentimientos en los que se nos han propuesto.

3º. En formar la resolución de poner en práctica las máximas que en él se contienen. Estos ejercicios que encierran tan plenamente el Sacrificio de la mañana, del que habla la Escritura, deben ser seguidos de un estudio adecuado a los talentos y a los empleos. Cada comida debe ir precedida de un examen particular, cuya materia es o la adquisición de una virtud que no se posee todavía lo suficiente, o de la extirpación de un defecto, al que uno está más sujeto. Por la tarde se ha de prestar algún tiempo a la lectura de un Libro de piedad. El resto se reparte entre el estudio, y la obligación de caridad, o de beneficencia. Un examen general de las faltas, en las que sucede haber tenido la desdicha de caer, termina el día que, como se ve está bien repleto.

La primera Conferencia se tuvo el dieciséis de julio. Vicente ya había dado el tema en la última Asamblea, y éste era del Espíritu Eclesiástico. Se habló en ella con solidez, pero con sencillez. El santo Sacerdote había previsto bien que este ejercicio resultaría absolutamente inútil si se pretendiera hacer en él discursos elocuentes o demasiado estudiados. No es que quisiera que se hablase al azar y sin haber pensado en lo que se debía decir; pedía una justa preparación: pero prefería a cualquier otra la que se hace a los pies de la Cruz, en el silencio, y en el ardor de la meditación. Esa era la regla general, no permitía que se apartaran de ella más que cuando la materia, que debía ser tratada, pedía una aplicación particular. Así se ha visto en estas Conferencias a los más hermosos genios de Europa

hablar el lenguaje más sencillo de los Hijos de Dios; menospreciar lo que S. Pablo llama la vana persuasión de la sabiduría humana; y escoger siempre entre dos expresiones la que, menos favorable al hombre, era más capaz de edificar, alimentar, tocar el corazón, llevarle a Dios. El Santo les daba el ejemplo. Cuando debía hablar en público, no sacaba su ciencia y sus luces sino de la Oración. Como conocía muy bien la sagrada Escritura, se acordaba ante Dios de los más hermosos lugares. Tenía sobre todo un talento singular para emplear los ejemplos y las palabras del Hijo de Dios que se relacionaban con su tema. Y como, según la advertencia de los que le han conocido mejor, el Espíritu santo le daba un gusto que no se encuentra nunca en un estudio seco; y además explicaba a los demás con mucha gracia y unción lo que sentía él mismo, era difícil que no produjera en el espíritu de los que le oían los sentimientos y las impresiones que quería despertar. Por eso los que juzgan con seriedad de las cosas, recibían al escucharle tanta satisfacción como provecho. Se hallaban con frecuencia en las Conferencias Obispos de primera categoría, y todos quedaban encantados de la noble sencillez de sus discursos: confesaban que se encontraba en él al Maestro raro, que según la expresión del Apóstol san Pedro, habla de Dios de una manera tan sabia, tan relevante que Dios mismo parece explicarse por su boca. Es en propios términos el testimonio que ha dado de ello 42 años después de su muerte el ilustre sr Bossuet Obispo de Meaux; es decir el hombre del mundo más capaz de juzgar del caso: toma a JC como testigo de la verdad de lo que presenta: se atrevería el error a darle un desmentido.

Los más conocidos de los que entraron los primeros en la Compañía de los Eclesiásticos de la Conferencia son los señores Olier, de Colenge, Pavillon, Perrochel y Godeau.

El sr Olier Fundador y primer Superior del Seminario de S. Sulpicio, es tan conocido, tan respetado en toda la Iglesia de Dios que su nombre solo recuerda la idea de uno de los más santos y más dignos Sacerdotes que hayan existido jamás. El sr de Perrochel, que fue más tarde Obispo de Boulogne, se distinguió allí por su piedad, su celo, su amor por los pobres, y por la pobreza. El sr Pavillon, quien no aceptó la dirección de la Iglesia de Alet más que a instancias de Vicente de Paúl, realizó allí sin discusión bienes considerables. Es verdad que en el asunto de Jansenius, *la habilidad y el artificio*, se trata de los términos del sr Abate de la Trappe, le determinaron poco a poco a un partido bien diferente del que tomó nuestro santo Sacerdote en esta famosa discusión; pero no es menos verdad, que al cambiar de parecer sobre las decisiones de la Iglesia, no cambio con respecto a él, a quien honró siempre como un modelo de todas las virtudes; y que, cuando se enteró de su muerte, exclamó casi como el sr de Pamiers, que Dios acababa de quitar a Israel a quien era su luz. Sería de desear que, quienes toman a estos dos Prelados como reglas de crédito, no trataran de contradecir el juicio que hacían del Fundador de la Misión. Sería siempre un mal de menos.

La Asamblea de los Martes, o la Conferencia de S. Lázaro, (ya que fue conocida del público bajo estos dos nombres) esta Asamblea, digo, se hizo pronto célebre, y tan célebre, que por el relato de un hombre, que en esta materia no puede ser sospechoso *no había en París un Eclesiástico de mérito, que no quisiera pertenecer*. No se hablaba en esta ciudad más que de la regularidad y del celo infatigable de los que la componían. El Cardenal de Richelieu, que fue informado de ello por la voz pública, hizo llamar a Vicente, y conversó con él. El santo hombre le dio cuenta de la naturaleza de estas Conferencias, del fin que se había propuesto al instituir las, de los temas que se trataban y de la bendición que Dios comenzaba a darles. Este gran Ministro pareció muy satisfecho; habló al santo con mucha bondad; le exhortó a continuar las buenas obras, que había comenzado; le dijo en particular

que estimaba a la Congregación, y que estaba persuadido de que haría mucho bien en la Iglesia. Le prometió su protección, y le rogó que fuera a verle de vez en cuando. Antes de despedirle, le pidió los nombres de los que componían su Asamblea; quiso también saber quienes eran los que el Sacerdote tenía como más idóneos para Episcopado. Vicente le nombró a algunos, y este sabio Ministro que quería proponérselos al Rey para los Obispados que vendrían a estar vacantes, se dio la molestia de escribir él mismo la lista. Cuando el Siervo de Dios se hubo marchado, el Cardenal dijo a la Duquesa de Aiguillon su sobrina: *“Yo ya tenía una gran idea del sr Vicente, pero le tengo como otro hombre del todo desde la última conversación que tuve con él”*.

La edificación que dieron los de la Conferencia en los diferentes oficios, donde fueron colocados, y que no aceptaban de ordinario sino bajo el consejo, y a veces por las órdenes expresas de su piadoso Director, obligó posteriormente a Luis el Justo al recurrir él mismo al Siervo de Dios y a pedirle hombres formados de su mano para ocupar las dignidades Eclesiásticas. Le envió con esta intención, después de la muerte del Cardenal de Richelieu, al P. Dinet Jesuita su Confesor, con orden de informarse del nombre y de los talentos de cada uno de los que componían la Asamblea de que hablamos. El santo Sacerdote obedeció con sencillez; y habría creído con razón traicionar los intereses de la Iglesia no proponiendo para las primeras plazas a hombres que sabía eran muy capaces de ellas. Pero hizo al mismo tiempo lo que a muchos otros les habría costado trabajo hacer. Se comprende bien, y él lo comprendía tan bien como cualquiera otro que, por poco que las buenas disposiciones del Príncipe hubieran llegado al público, un gran número de Eclesiásticos de primera clase, se habrían presentado a él para se agregados a hombres, cuya fortuna parecía asegurada. Vicente, enemigo declarado de la ambición y de todo cuanto pueda alimentarla, tomó las medidas necesarias para evitarla. Supo comprometer en el secreto a un gran Rey, y a un gran Ministro. Él mismo le guardó tan inviolablemente, que ninguno de estos Señores ha conocido nunca los planes, que la Corte tenía sobre ellos. En el tiempo mismo que él preveía que se los vería pronto a la cabeza de las Diócesis, no les hablaba más que de la felicidad de vivir y morir en la oscuridad; les exhortaba sin cesar a huir de todo lo que es brillante, de todo lo que puede atraer las miradas y la estima de los hombres. Los empleaba a menudo en dar el Catecismo, en predicar en los Hospitales, en las Cárceles, en las Misiones del campo, y en otros empleos parecidos, que los Sacerdotes menos virtuosos habrían desdeñado.

No pretendemos hacer aquí una descripción exacta de los bienes de los que la Conferencia de S. Lázaro ha sido principio, pero no podemos dispensarnos de dar alguna idea. Uno de sus primeros frutos fue poblar a la Iglesia de Francia de un gran número de Ministros fieles que llenos del Espíritu, de que estaba animado nuestro Santo, le difundieron por todas partes. Se vieron salir, mientras vivía aún Vicente, a los piadosos e ilustres Fundadores de las Comunidades de S. Sulpicio y de las Misiones Extranjeras; veintitrés tanto Arzobispos como Obispos, quienes en su mayor parte trabajaron con tanto valor como éxito en devolver a la Iglesia su primera belleza, y por fin una prodigiosa multitud de Vicarios Generales, de Oficiales, de Archidiaconos, de Párrocos, de Canónigos, de Directores de Seminarios, de Superiores, de Visitadores, y de Confesores de Religiosas, que fueron en todos los lugares el buen olor de JC.

Este buen ejemplo, que daban en todas partes los Eclesiásticos de la Asamblea de los Martes, es quizás la ventaja mayor y más amplia, que haya recibido de ellos la Iglesia. Todos estos Señores edificaban por la regularidad de sus costumbres, la modestia de su hábitos, su separación del mundo: y como la mayor parte eran de clase, un gran número

eran Doctores de Sorbona, algunos incluso ocupaban ya lugares importantes, era difícil que varios de ellos, que los veían de más cerca, no se los propusieran como modelos, y no se hicieran poco a poco un deber de imitarlos. Pero si la luz de las buenas obras que hicieron brillar debió, según la expresión del Salvador, llevar a cantidad de gente a glorificar a Dios, los trabajos que Vicente les hizo emprender debieron tener y tuvieron en efecto un éxito más destacado. El santo Sacerdote hacía de ellos como un cuerpo de reserva que enviaba a derecha y a izquierda y ocupaba según lo exigieran las circunstancias del lugar y del tiempo. Se servía de los que tenían más virtud y más ciencia para tener las conferencias de las Ordenaciones, para que sus discursos apoyados con el buen ejemplo pudieran aprovechar doblemente a este gran número de Ordenandos, que se hallan reunidos en París de todas las Provincias del Reino. A menudo los enviaba a otras Diócesis, para trabajar allí, bien en los mismos ejercicios de Órdenes, bien en los Retiros espirituales que algunos obispos establecieron a su ejemplo para la reforma de su Clero.

No era necesario siquiera que les diese una misión particular para estas clases de empleos; la mayor parte de entre ellos se habían llenado tanto de su espíritu, que se desenvolvían por sí mismos. Se veía a muchos que, llamados para sus asuntos a Países distantes, se servían de la ocasión de sus viajes para reunir a los Eclesiásticos de los lugares cercanos, y que sabían comprometerlos en el ejercicio de la Oración mental, en la práctica de las virtudes conformes a su vocación, en conferencias regladas, en las que siguiendo el método del Santo se hablaba de las funciones y de las virtudes Sacerdotales. Estos dignos Alumnos de Vicente de Paúl no se limitaban a las palabras, las acompañaban, cuando era necesario, con las obras y las limosnas; sobre todo aliviaban en abundancia a los Sacerdotes pobres a quienes la indigencia obligaba a vivir de una manera que no respondía ni a la santidad ni a la dignidad de su profesión. Sería difícil especificar todos los bienes que produjo un celo tan prudente y tan iluminado: es suficiente con decir en dos palabras que en varios lugares se desterró del Santuario el escándalo, que los malos Sacerdotes cambiaron de vida, y que los que eran ya de Dios se fortalecieron en la buena disposición, que la gracia les había hecho tomar.

Pero, lo que dio más honor a la Asamblea de los Martes fue la asiduidad con la que trabajó durante más de cincuenta años en las misiones más trabajosas y más ingratas. No sólo varios de estos piadosos Eclesiásticos se unieron a los Hijos de Vicente de Paúl para difundir la ciencia de la salvación por los campos; sino que emprendieron con frecuencia Misiones importantes en las grandes ciudades. Donde el Santo no quiso que los de la congregación trabajaran. La ciudad de París experimentó como varias otras los efectos de su caridad. En el primer año de su fundación dieron una Misión en el Hospital des Quinze-vingt a los pobres ciegos y a sus familias como al resto del pueblo, que quiso aprovecharse de ella. Hicieron otro tanto a los Soldados de la Guardia del Rey, a quienes reunieron en lugares convenientes, con la venia de sus Oficiales; otro tanto a un gran número de artesanos que, ocupados hasta entonces con su trabajo, ignoraban los elementos de la salvación y vivían en un profundo olvido de Dios y de sus juicios. Por lo general, los pobres eran el primer objetivo de su celo; y era principalmente y casi únicamente a ellos a quienes se dedicaban. Reunían a los mendigos, de los que París estaba como inundado antes de la fundación del Hospital general; les daban algunas limosnas para hacerlos más tratables, los disponían luego mediante sólidas instrucciones para llevar una vida más santa y más Cristiana.

No había apenas Hospital en esta primera ciudad del Reino donde el fuego santo del que estaban inflamados no hubiera dejado impresas sus profundas huellas. El Hospital de la

Piedad, y el que Vicente preparó a los Galeotes cerca del Puente de la Tournelle, han sido muchas veces santificados por sus trabajos. Sus afanes caritativos se extendieron hasta l'Hôpital des Petites-Maisons, donde se halla, además de los alienados de mente, a quienes las Misiones no podían servir, un buen número de Familias pobres, que compartieron con varios habitantes del Barrio el fruto de las instrucciones que allí se dieron. Fue durante el curso de esta Misión cuando se imprimió en una hoja volante el *Exercice du Chrétien*. Un breve Compendio de lo que el común de los Fieles está obligado a saber y practicar; está compuesto de una manera muy precisa y familiar, a fin de que esté más al alcance del pueblo más rústico, para el que se ha proyectado. Su sencillez le ha dado a conocer. Grandes Obispos le han creído idóneo para hacer bien en sus Diócesis; y Dios lo ha bendecido de tal forma que en poco tiempo se han distribuido en Francia, y en los Países extranjeros más de un millón de Ejemplares, por medio de los cuales una infinidad de personas de todo estado han aprendido verdades capitales que ignoraban y deberes que conocían muy poco.

Pero el Hôtel-Dieu de París es, sin discusión, el de todos, a favor del cual los Eclesiásticos de la Conferencia han trabajado por más tiempo y con más constancia. Como su Asociación tenía por uno de sus fines principales el bien espiritual de los pobres y desdichados, que hay siempre un número muy considerable en esta enorme casa, que por otra parte las cosas no andaban por entonces tan regladas como lo están hoy, la Providencia no podía ofrecer a estos virtuosos Ministros un campo más erizado y una mies más abundante. Comenzaron ante todo, bajo la dirección de nuestro Santo, y mediante sus consejos, a ir todos en Corporación, para llevar y disponer a hacer Confesiones generales a aquellos de los enfermos, para quienes podrían ser necesarias. Luego, y cuando las cosas fueron tomando mejor marcha, se decidió que algunos de ellos fueran trasladados allí todos los días, hasta que se hubiera nombrado a otros para reemplazarlos. Y los hubo que estuvieron encargados de dar a los convalecientes Catecismos y Exhortaciones todos los viernes del año.

Una caridad tan gratuita y tan perfecta edificó mucho. Los Superiores del Hospital General fueron los primeros, como era de justicia, en demostrar agradecimiento. Y como sabían que los Operarios Evangélicos tienen los nuevos trabajos, que se les proponen, como una recompensa por las fatigas que han pasado ya, les rogaron dar una Misión general a los enfermos, a los convalecientes, a los servidores, y a los Oficiales de este Hospital. Concertaron con S. Vicente los medios de llevar a cabo este proyecto: se realizó –en 1639 y tan plenamente, que las propias Religiosas, que sirven a los enfermos, estuvieron comprendidas en él: se les dieron tres veces a la semana charlas espirituales sobre las virtudes, que necesitan en una casa, que debe ser la residencia eterna de la caridad, como es la residencia eterna de los gritos, de los gemidos y de la muerte.

Nos vemos obligados a suprimir cantidad de otras Misiones parecidas, en las que estos dignos Imitadores de nuestro Santo han ejercitado su celo y sus talentos. Así, no diremos nada de las que dieron varias veces en el Hospital general, y en las casas que de él dependen: cuando, para desterrar de París la mendicidad, se hubo encerrado allí a todos los pobres. Pero haríamos un flaco servicio a la memoria de estos grandes hombres, y en particular a la de Vicente de Paúl, que siempre fue el alma de sus empresas, sino habláramos de los bienes infinitos que realizaron en dos célebres misiones que, a la verdad, les costaron mucho, pero en las que el éxito sobrepasó también con mucho sus esperanzas.

La primera se tuvo en un gran Burgo, que apenas estaba poblada más que de Cabareteros, y de Oficiales de Justicia. Unos y otros ignoraban por igual la Religión y la equidad. Los primeros estaban como en posesión de recibir en sus casas, Fiestas y Domingos, a los

habitantes del lugar, y de darles vino, a discreción y más allá, durante los Oficios divinos. Los segundos llevaban el abuso hasta el escándalo; y sin respetar ni las Leyes de Dios ni las del Príncipe, se hacían agasajar por sus partidarios en los Tabernas. Los Procuradores sobre todo sobresalían en este género. Los albergues eran el único Despacho, donde querían trabajar. Ávidos de vino y buena comida, había que darles lo uno y lo otro sin perjuicio de sus derechos. Para hacer durar más tiempo este indigno manejo, en el que hacían sus negocios, ponían en movimiento todos los resortes de la más odiosa argucia, para prolongar los asuntos: de suerte que sucedía con frecuencia que un desdichado campesino había consumido todos sus haberes en gastos, antes de que su Proceso estuviera en estado de fallarse. Lo más fastidioso de todo era que estos Juicios no se celebraban casi nunca en la Audiencia. Se encontraba siempre el secreto de hacer pagar a las partes, con el fin de sacar más dinero. De esta manera, se abrumaba con mortales retrasos a hombres incapaces de sostenerlos; y con la más cruel injusticia se devoraba la sustancia de la viuda y del huérfano.

Los Sargentos no eran más gente de bien que los Procuradores. Causaban tanto desorden como ellos, si no lo hacían más. Estas insaciables sanguijuelas se alimentaban de la sangre y de las lágrimas de aquellos que necesitaban de su Ministerio: ni uno conocía la misericordia. Por lo general, los Oficiales de aquel lugar de rapiña estaban tan universalmente desacreditados, que la Sala, donde se celebraban las Sesiones, para impartir la Justicia, no tenían en todo el País otro nombre que el de *Pilar del infierno*.

Para poner fin a tantos males, los Eclesiásticos de la Conferencia siguieron paso a paso las lecciones y el método de Vicente.

Hablaron con fuerza en sus Predicaciones contra la violencia desenfrenada, y de aquellos que pasaban en la Taberna una parte de los días dedicados al servicio de Dios, y de aquellos que les proporcionaban vino, se hacían cómplices de sus excesos y de la trasgresión de las Leyes de la Iglesia. Como los discursos, por muy sólidos que sean, no son suficientes siempre en estas ocasiones, propusieron al que era Jefe de la Policía que publicara un Reglamento sobre este tema, vigilara por sí mismo por su cumplimiento, pasara visita a todos estos lugares de libertinaje, pusiera multas a cuantos contravinieran a sus órdenes. Todo esto fue llevado a cabo: las tabernas se quedaron desiertas, al menos durante el Servicio divino; se frecuentaron las Iglesias en el tiempo que debían serlo.

La reforma de los Oficiales de Justicia, no era cosa fácil; pero el celo cuando es llevado por la prudencia llega a realizar muchas cosas. Los Misioneros, para no amargar el mal, trataron con sabiduría a aquellos que se hallaban metidos en él. Giraron visita al Preboste que era el primer Juez del Lugar. Tuvieron con él varias Conferencias; le hicieron comprender, que, sin hablar de la gloria de Dios, y del deber de su conciencia, correspondía a su honor y a su interés no permitir estos desórdenes, estas negras injusticias; que si no se oponía a ellas, se hacía responsable a los ojos del Público; que los gritos de un pueblo injustamente ofendido llegarían finalmente hasta los Tribunales superiores; que no podía tomar mejor decisión que la de oponerse a este torrente contagioso, que le arrastraba a él mismo, después de arrastrar a los demás; que por lo demás el mal, aunque inveterado, era todavía susceptible de remedio; que se debían dar buenas órdenes y tener firmeza para que se cumplieran; que debía terminar en la Audiencia todos los asuntos que podría juzgar en ella, y no ponerles precio por escribirlos, sino en caso de necesidad absoluta; que, para poner fin a las exacciones de los Oficiales subalternos, era necesario prohibirles ir con sus Partes a las tabernas; que, a nada que los viera volver a la andadas, convenía al momento o someterlos a una multa pecuniaria, o incluso suspenderlos; que se tenía la seguridad de que

no había ni Procurador ni Sargento que se atreviera a interponer recurso al Llamamiento de un Reglamento tan justo; pero que en caso de que eso sucediera, ellos no dejarían de apoyarle ante los Jueces superiores; que esto les resultaría tanto más fácil, porque los había entre los que daban la Misión, quienes tenían por parientes a Presidentes, y Consejeros del Parlamento. Este discurso impresionó y afirmó al Preboste. Prometió cuanto se quisiera, y se pensó, por el aire con que lo prometía, que estaba determinado a mantener la palabra.

No obstante, para ahorrarle el disgusto de verse obligado a ponerse firme contra quien quiera que fuese, los Misioneros mandaron además reunir en Asamblea a todos los Procuradores del Cantón. En una larga entrevista que mantuvieron con ellos les hicieron ver la necesidad que había de reformar el abuso y los desórdenes a los que se habían entregado durante tanto tiempo; que mientras se encontraran en este condenable estado, no había salvación para ellos; que no se les podía admitir siquiera al Sacramento de la Penitencia, si no tenían una firme resolución de cambiar de conducta y de obedecer sin restricción al Reglamento que les debía ser prescrito. Por fin, les conjuraron en nombre de Jesucristo a hacer por su amor aquello a lo que el Preboste podía obligarles, y hasta forzarles por la autoridad de su cargo. Estas pocas palabras tuvieron un gran efecto. Nadie se atrevió a ir en contra y todos prometieron someterse a las reglas de la justicia y de la caridad.

Para no dejar su trabajo a medias, estos virtuosos Sacerdotes tuvieron otra Conferencia con los Sargentos del lugar. Éstos les presentaron en veinticinco o treinta Artículos una gran lista de sus derechos legales o pretendidos. Estos Artículos fueron discutidos con mucha exactitud por personas entendidas. Se eliminó de cada uno lo que debía ser eliminado, y se introdujeron todas las modificaciones necesarias. Todos sin excepción se sometieron a la Ley que se les imponía; y para demostrar que iban en serio y con rectitud, levantaron un Acta solemne por la que se comprometían a seguir punto por punto el Reglamento que se acababa de hacer con ellos.

Estos trámites fueron seguidos de otros dos, de los que el público quedó edificado en extremo: ya que no sólo todos estos Oficiales de Justicia se presentaron al sacramento de la Penitencia en el que no se dejó de confirmarlos en las buenas resoluciones que ya habían tomado. Pero también aparecieron después inviolablemente sujetos a las Reglas que se habían prescrito. El asunto fue tan lejos que, después de la Misión tuvieron el consuelo de enterarse de que el Preboste no había perdonado a su propio padre, que era Procurador, y a quien en plena Audiencia había condenado a la multa porque en un Proceso había empleado formalidades inútiles y rodeos capaces de arrastrar un asunto y dilatarlo. De esta forma fue como un pequeño número de Sacerdotes, sin otro apoyo que el de una virtud sólida y valiente, restablecieron en el espacio de unas semanas el imperio de la verdad y de la justicia en un lugar en el que estas grandes virtudes estaban desterradas, quizás desde hacía más de un siglo.

La segunda misión, de la que queremos hablar aquí, se dio en el Suburbio de S. Germain de la Ciudad de París. Este barrio era por entonces como la alcantarilla y la sentina de Francia entera. Impíos, libertinos, ateos, todo lo peor que había parecía haber conspirado para establecer allí su domicilio. El vicio, al multiplicarse, se había fortificado en él de alguna manera. Los culpables, por razón de su gran número, vivían en la impunidad, y la impunidad aumentaba cada día el número de culpables.

Una Dama de virtud, asustada por tanta abominación, creyó que una misión podría para su curso. Como las que daba Vicente de Paúl entonces por sí o por los suyos producían gran ruido en el mundo; y que toda la gente de bien hablaba a favor de ellas, vino a ver al santo Sacerdote, y se esforzó en persuadirle de que comenzara una en este Arrabal. El Santo

respondió que ni él ni sus Sacerdotes trabajaban nunca en las Ciudades Episcopales, y que, aunque trabajaran en ellas, él veía por un lado tan escasas disposiciones para recibir la semilla de la palabra y por otro tantas dificultades para difundirla en el lugar del que se trataba que no se atrevería siquiera a hacerles la propuesta. Esta negativa fundada en la máxima del Hijo de Dios, que no permite arrojar las piedras preciosas delante de aquellos que parecen dispuestos a pisotearlas; esta negativa, digo, no desanimó a una mujer, a quien dirigían luces superiores. Redobló sus súplicas con tal insistencia que Vicente creyó por fin descubrir que el Espíritu de Dios hablaba por su boca. Él le prometió pensárselo, y se lo pensó muy seriamente. Lo comentó algunos días después con los Eclesiásticos de la Conferencia; se esforzó para decidirlos a esta buena obra con los mismos motivos que le habían determinado a él mismo a proponérsela. Las justas consideraciones que tenía para con el Siervo de Dios todos los que componían esta santa Asamblea, no les impidieron reclamar contra su propuesta. Cada uno adujo sus razones, todas más fuertes unas que las otras; se hizo prevalecer sobre todo la de la imposibilidad del éxito: la conclusión fue que era un asunto en el que no había que pensar más.

Sin embargo Vicente pensó en él todavía. Se lo recomendó mucho a Nuestro Señor. Una respuesta interior le reafirmó en su primera idea; y cuando estos Señores se hubieron reunido, les dijo con toda la fuerza que había todas las razones de creer que Dios les pedía este servicio; que su gracia era bastante poderosa para vencer todos los obstáculos; que contaba con la bendición del Cielo, y que estaba persuadido de que esta empresa saldría bien a pesar de los esfuerzos de los demonios y de los hombres. Las palabras del santo Sacerdote no dieron a muchos la impresión que solían darles; se dio cuenta incluso; se dio cuenta incluso de que su firmeza había afligido a algunos de los que habían sostenido con más brío la idea contraria a la suya. Su humildad que se asustaba fácilmente, se alarmó. Se puso de rodillas ante toda la Asamblea, pidió perdón a la Compañía por la vivacidad, con la que había hablado: protestó que no lo había hecho sino porque se había sentido interiormente urgido a hacerlo, y había creído que Dios pedía de su celo y de su piedad esta nueva prueba de valor y de amor.

La vista de este digno Sacerdote de JC prosternado a los pies de aquellos que le honraban como a su Padre causó más efecto en ellos que todo lo que hubiera podido decirles. La Misión fue anunciada al punto con un consentimiento unánime, y los que más se habían opuesto a ella fueron los primeros en colaborar.

Antes de empezar, rogaron a Vicente que regulara lo que se había de hacer. Le dijeron que había mucha diferencia entre una misión que se debía dar en una Ciudad como París y las que se daban en los campos; que los discursos sencillos y familiares que tenían éxito en éstas, se verían ridículos en aquellas; y que, como los enemigos que se iban a combatir eran diferentes de los que se habían combatido hasta entonces, había que emplear armas algo diferentes de las empleadas en el pasado.

Este consejo, en el que la prudencia humana, y quizás un poco de amor propio, entraban por algo, no podía agrandar a un hombre que, como el gran Apóstol, hubiera creído anular la fuerza de la Cruz, apoyándose en medios puramente naturales. Él les respondió pues, que estaba persuadido de que el método, con el que les había ido tan bien en las demás Misiones, era el mismo del que se debían servir en la Misión que iban a comenzar; aue el espíritu del mundo, que triunfaba en aquel barrio de París, cuya conversión iban a emprender, no sería nunca superado con más éxito que cuando se le atacara con el Espíritu de JC que es un Espíritu de sencillez; que, para entrar en los sentimientos de este divino Salvador, debían buscar, como él, no su propia gloria sino la de su Padre: que convenía que

a su ejemplo estuvieran preparados a sufrir el desprecio, y a soportar las contradicciones y las persecuciones; que al hablar el lenguaje, que había empleado el Hijo de Dios, estarían por lo menos seguros, que no serían ellos quienes hablaba, sino JC quien hablaba por ellos; y que una disposición tan justa y tan santa los pondría en situación de servir de instrumentos a esta misericordia, que tocas los corazones más endurecidos, y que convierte a los espíritus más rebeldes.

Estos consejos fueron recibidos como si un Ángel se los hubiera dado. Así, sin deliberar más, estos Señores comenzaron su misión con los sentimientos de una sumisión perfecta a todas las voluntades del Señor, y de una entera confianza en su bondad. No tardaron en reconocer que la gracia trabajaba con ellos. La sencillez y el estilo familiar de sus discursos por los que habían temido fracasar fue precisamente el que multiplicó el concurso. Este aire Apostólico movió a una buena parte de su Auditorio. Ellos mismos se sintieron sorprendidos y transportados. Veían todos los días y casi en cada momento, pecadores inveterados, usureros endurecidos, mujeres sin frente ni pudor, libertinos que habían envejecido en el más infame desorden, y finalmente hombres hasta entonces sin humanidad, sin probidad, sin Religión, sin Fe y sin Dios que, con los ojos bañados en lágrimas y el corazón atravesado de dolor, venían a arrojarse a sus pies, y pedían a grandes gritos misericordia. El dedo de Dios manifestaba tan bien su propia operación que era imposible desconocerla. Tuvieron lugar conversiones tan admirables que tenían algo de milagroso. La injusticia, el odio, la codicia, las pasiones más difíciles de vencer, rindieron las armas. En una palabra, la bendición de Dios fue tan abundante y tan eficaz que si se quisiera referir al detalle las reconciliaciones, las restituciones y todos los demás bienes que se hicieron en el curso de esta misión, habría materia suficiente para un Volumen: son los términos del Autor contemporáneo, el primero que nos ha dado la Vida de nuestro santo Padre.

Añade, y nada es más propio para confirmar su relato; añade que un burgués de París, que había seguido todos los ejercicios de la misión y que había sido testigo de los grandes bienes que había producido, se sintió tan impresionado que, habiendo ido a ver a estos dignos Eclesiásticos en la misión, donde comían, dijo a los principales de ellos que tenía de siete a ocho mil libras de renta; que podía disponer de ellas sin causar perjuicio a nadie, una vez que Dios había llamado a sí a su mujer e hijos; que venía pues a ofrecerles sus bienes y su persona ; y que se comprometía a servirles todo el resto de su vida, mientras que ellos se comprometieran a permanecer siempre juntos y a continuar en otras partes el trabajo que habían hecho en el Arrabal de S. Germain: *“Ya que estoy bien seguro, añadió, de que no puedo prestar a Dios un servicio, que le sea más agradable, ni procurar un bien mayor a la Iglesia, y por consiguiente ni emplear mejor mi persona y mis bienes”*. Estos Señores se lo agradecieron con gran afecto: le hicieron ver que no podían aceptar sus ofertas ya que les era imposible obligarse del modo que él se lo proponía. Le dijeron sin embargo, para consolarle un poco, que ellos habían resuelto pasar el resto de sus días en ocupaciones poco más o menos parecidas a ésta, de la que él había recibido tanta edificación; y que Dios, que sabe poner precio a la preparación del corazón, tendría en mucho su buena voluntad.

Tal fue el éxito de esta misión. El sr Bossuet atribuía a las oraciones de Vicente de Paúl el éxito prodigioso de las que dieron sus Hijos en la Diócesis de Metz, en el tiempo que él era Gran Arcediano. Al lector pertenece juzgar si los bienes, que ésta produjo, fueron menos el efecto de los gemidos y de las lágrimas del santo Sacerdote que del celo que necesitó para emprenderla. Fue sin embargo con gran consuelo cuando el Servidor de Dios vio al año siguiente que había trabajado por uno de sus más íntimos amigos, quiero decir por el sr

Abate Olier quien, después de negarse varias veces al Episcopado, no aceptó la Parroquia de S. Sulpicio –en 1642- sino para hacer poco a poco en todas las partes de esta inmensa Parroquia lo que la misión, con todo lo fecunda que había sido, apenas había podido hacer en una sola.

Cuando las Conferencias Eclesiásticas de S. Lázaro, no hubieran hecho otros bienes que aquellos de los que hemos hablado hasta ahora, merecerían el elogio y los sufragios de la posteridad. Pero Dios ha obtenido su gloria por el modo como ellas se extendieron por Francia, y más allá de los montes. Por lo general la multiplicación y la duración han sido los caracteres a los que Dios ha asignado casi todas las buenas obras que Vicente de Paúl emprendió. Las Conferencias del Martes subsisten todavía con edificación; y desde el mismo tiempo del santo Hombre se establecieron en un gran número de Diócesis. Siendo lo propio de la caridad tener una santa relación con ella misma y comunicarse a los que la quieren recibir, los Eclesiásticos de la Conferencia, que llevaban a todas partes con ellos esta preciosa virtud, no pensaban, fuera cual fuera el lugar en el que se trabajaran, más que en hacer a los demás partícipes del Espíritu, que Dios había difundido en ellos por mediación de su Siervo. Estos Señores, que de vez en cuando se veían obligados a dejar París, para trabajar bien en las misiones bien en los oficios, de los que la Providencia los encargaba, bien en sus asuntos particulares, tenían cuidado, como ya lo hemos insinuado, de implicar a los Eclesiásticos de los diferentes lugares en reunirse de vez en cuando, con el permiso de sus Obispos, para tratar entre ellos de las virtudes de su estado.

Jacques Olier, que él solo honra tanto a Vicente de Paúl como otros muchos juntos, fue el primero en establecer en la Auvergne Asambleas parecidas a las de París. Como era Abate de Pebrac y se creía obligado en conciencia a hacer toda clase de bienes a los que sembraban y recogían por él, suplicó a nuestro santo Sacerdote –en 1636- que le diera a algunos de sus Misioneros para trabajar con él en las tierras que dependían de su Abadía; a ellos añadió otros Eclesiásticos más de la Conferencia; y con este grupo de Hombres Apostólicos llevó la luz y la caridad a casi todos los barrios de la Auvergne y del Vélai. Pero como la dirección que tenía nuestro Santo era su gran modelo y estaba persuadido de que no podía, al copiarle, sino hacerse muy agradable a Dios, quiso unir, como él, la instrucción del Clero a la instrucción de los pueblos. Por ello propuso a los Canónigos de la Iglesia Catedral del Pui, formar entre ellos una Asamblea de Eclesiásticos parecida a la que Vicente había formado. *La bendición que, como lo dice en aquel tiempo nuestro santo Sacerdote, seguía al sr Olier a todas las partes donde iba, no le abandonó en esta ocasión.* Todo el mundo se complacía en entrar en sus planes. Es verdad que Canónigos, cuya primera y más esencial obligación es cantar las alabanzas de Dios en horas señaladas, no pudiendo seguir en todas sus partes el Reglamento, que había sido propuesto en París para los Eclesiásticos libres, el sr Olier tuvo cuidado de ajustarlo a su estado y a sus ejercicios particulares. Pero como estaban persuadidos en Pui, como en todas partes, de que la Asamblea de S. Lázaro, que Vicente de Paúl dirigía por sí mismo, debía ser el centro y la regla de todas las demás, estos Señores se dirigieron a ella: suplicaron a los que la componían que los consideraran como a una parte de ellos mismos y los asociaran en esta calidad a sus oraciones y a sus Sacrificios; que examinaran los artículos de su Reglamento, en los que habían creído deber alejarse un poco de ellos, y que cambiaran de él todo lo que encontraran defectuoso .

Esta Carta del Capítulo de Pui fue seguida posteriormente de otra todavía más consoladora. El sr Olier que la escribió daba en ella cuenta a la Asamblea de París de los grandes bienes que comenzaba a producir en la Auvergne la que acababa de fundar. La Carta de este

virtuoso Sacerdote –el 9 de octubre de 1639- honra tanto a los Eclesiásticos de estas dos Conferencias que he querido un deber insertar aquí lo que el sr Obispo de Rodez nos ha conservado. *Vosotros habéis sido*, decía Olier a los Eclesiásticos de la Asamblea de S. Lázaro, *habéis sido establecidos por Nuestro Señor en la Capital del Reino, para iluminar a todos los Eclesiásticos de Francia. Debéis sentirlos particularmente animados por el provecho espiritual y los grandes frutos que produce en la Ciudad de Pui la nueva Compañía de los srs Eclesiásticos, que han participado afortunadamente de vuestro Espíritu. Ellos dan ejemplos de virtud, que encantan a toda la Provincia. Los Catecismos los dan ellos en varios lugares de la ciudad. La visita de las Cárceles y de los Hospitales es frecuente entre ellos: y en el presente se disponen a ir a dar Misiones en todos los lugares que dependen del Capítulo. Me quedo confundido al ver su celo y porque desean que vaya a hacer la apertura de su Misión, siendo tan poco capaz.*

Lo que el sr Olier había hecho en Pui fue emprendido y ejecutado en un gran número de Ciudades de Francia y de Italia. Los Canónigos de la Iglesia de Noyon –en 1617-, los Eclesiásticos de Pontoise –en 1642-, de Angulema – en 1644-, de Angers, de Burdeos y de otros varios lugares, se propusieron la Asamblea de S. Lázaro por modelo. Estas nuevas Colonias veían a Vicente de Paúl como Fundador, y él recibía cartas de ellos tan tiernas como respetuosas. El miedo a recaer en la repetición nos obliga a suprimirlas. Nos contentaremos con traer a cuento una del célebre Antonio Godeau, que era por entonces Obispo de Grâce; la escribió un poco antes de partir para su Diócesis; es suficiente para darnos una idea justa de la estima que se habían formado de esta famosa Conferencia los más sabios Prelados del Reino. Después de manifestar a la Asamblea que una multitud de asuntos le ha impedido despedirse de ellos, el sr Godeau continúa en estos términos: *Tengan a bien, por favor, Señores, que les suplique por esta Carta que se acuerden de mí en sus Sacrificios; y créanme que tengo por una bendición singular haber sido recibido entre ustedes. El recuerdo de los buenos ejemplos que ahí he visto y de las cosas excelentes que he escuchado volverá a encender mi celo cuando se apague, y ustedes serán los modelos sobre los cuales yo trataré de formar a buenos Sacerdotes. Continúen pues sus santos Ejercicios en el mismo Espíritu y respondan fielmente a los designios de Jesucristo sobre ustedes, quien quiere sin duda renovar por medio de ustedes la gracia del Sacerdocio en su Iglesia.*

El bien que Vicente había hecho en el Clero por medio de la institución de la piadosa y sabia Asamblea, de la que acabamos de hablar, no era suficiente para su celo; él quiso hacer algo parecido en las familias mediante la fundación de los Ejercicios espirituales -1634-. Nadie había intentado hasta entonces en este género lo que él realizó; y todo hace pensar que su inmensa caridad tendrá en lo sucesivo bien pocos imitadores. Los mayores Santos de los últimos siglos se habían lamentado por la corrupción que reinaba en el rostro del Cristianismo. Estaban persuadidos con el Profeta –Jeremías-, de que la Tierra no está entregada a una desolación tan universal sino porque no hay nadie que entre seriamente dentro de sí. Exhortaban a los fieles a construirse una soledad espiritual, a pesar en ella todas sus acciones en balanza de la verdad y a reflexionar profundamente sobre estos años eternos, que ya llegan a grandes pasos: pero estaba reservado a nuestro Santo darles en este punto importantes facilidades que todavía no habían tenido y quitar a aquellos de entre ellos, cuya fortuna es mediocre, es decir en su mayor parte, los pretextos reales o imaginarios de que tienen por costumbre servirse para velar su negligencia y su insensibilidad.

Para lograrlo, era necesario no sólo darles Directores capaces de interesarles con sus discursos y dirigirlos bien en el Tribunal de la Penitencia, pero aún en este caso ahorrarles los gastos. Por grandes que sean, se los considera en nada cuando se trata de sus placeres; por módicos que puedan ser se los tiene por excesivos, cuando se trata de la salvación y de la eternidad. Esta idea fue la que llevó a Vicente de Paúl a compartir su casa, sus muebles y todo lo que podía tener con los que quisieron aprovecharse para reconciliarse con Dios. Semejante a aquel Padre de familia, del que habla el Hijo de Dios en el Evangelio, y forzaba de alguna manera a los buenos y a los malos a sentarse a su mesa. Pedía por todo salario que los que eran ya justos se santificasen más todavía, y que los que no lo eran se esforzaran lo que pudieran para serlo. El eco de una dirección tan desinteresada y tan generosa se extendió pronto por París, y por las Provincias. En pocos meses la Casa de S. Lázaro se vio tan frecuentada como no lo había estado desde hacía un siglo. Vicente la comparaba él mismo con el Arca de Noé, en la que toda clase de animales grandes y pequeños eran bien recibidos por igual. Era en verdad un espectáculo bastante singular el de ver en el mismo Refectorio a Señores de primera clase, y a gente del más bajo nivel; a Laicos, y a personas entradas en la Clerecía; a Doctores muy esclarecidos y a pobres campesinos, que apenas tenían el sentido común; a grandes Magistrados y a simples artesanos; a hombres esparcidos por el mundo y a Ermitaños acostumbrados a vivir en los bosques; a amos y a criados de toda clase; finalmente, a ancianos que venían a llorar su pasado y a jóvenes, que recurrían a Dios para precaverse de los peligros del futuro.

Para sostener una empresa de esta naturaleza, y sacar de ella todo el fruto que era capaz de producir, se necesitaba un gran corazón, y muchas luces. Vicente quien, según la máxima de Jesucristo, no comenzaba jamás nada sin haber examinado con calma si tendría con qué acabarlo, tomó medidas que, en el orden de la gracia, tienen un éxito casi infalible. Pidió a Dios para sí y para los suyos este Espíritu de consejo, de unción, de paciencia y de fuerza, que se necesita para sacar de la tumba a los que están enterrados en ella por el pecado. Por lo que hace a los enormes gastos, sin los cuales su proyecto no podía llevarse a cabo, como no tenía mejor partido que tomar que el de acudir únicamente a Dios, a él se atuvo: se echó sin reserva en manos de la Providencia.

Tal fue el plan general que señaló el santo Sacerdote: para ejecutarlo de una manera útil a los que hicieran el retiro y hacerlo perdurar de edad en edad hasta sus últimos Sucesores, se esforzó en dar a conocer a unos y a otros el precio de la gracia que Dios les ponía en sus manos.

Expuso a los Ejercitantes, es el nombre que se da en la casa de S. Lázaro a los que hacen los Ejercicios espirituales; les expuso, digo, por sí mismo o por los de la Congregación, que el único fin del Retiro es el de destruir el reino del pecado; refundir al hombre por completo, aniquilar en su corazón sus apegos viciosos, sus pasiones desordenadas, sus malos hábitos, sus defectos, y hasta sus imperfecciones; que el tiempo de estos santos Ejercicios debe emplearse en renovar al hombre interior, en abrirle los ojos a los deberes propios de su estado, a sus obligaciones personales, a las virtudes que le son convenientes bajo este doble punto de vista; Finalmente, en establecer sólidamente en una verdadera caridad, que una su corazón a Dios, y todas las potencias de su alma; de forma que pueda, sin perjuicio de la verdad, exclamar con el santo Apóstol: *No, no soy yo quien vive, sino Jesucristo quien vive en mí.*

Como entre los que entran en retiro los hay que han entrado ya en un estado, y otros que deliberan sobre cuál van a tomar, el Santo recomendaba muy en particular que se hiciera ver a los primeros que la finalidad que se debían proponer en sus ejercicios es hacerse

perfectos Cristianos, cada uno según su vocación; perfecto escolar si es un Estudiante; perfecto soldado si hace profesión de seguir las armas, perfecto Magistrado si está en la Judicatura; perfecto Eclesiástico si es una persona que ha recibido las Órdenes; perfecto como lo era S. Carlos Borromeo, si como él está encargado de la dirección de una Diócesis. En cuanto a los que no se habían decidido aún sobre el partido que tenían que tomar, Vicente quería que se les explicara con claridad qué importancia tiene consultar a Dios antes de abrazar un estado, cuya elección va unida casi por necesidad al asunto de la salvación. Deseaba sobre todo que se prestara una atención muy particular a los que pensaban dejar el mundo: pero exigía entonces precauciones que iban casi hasta el escrúpulo: y si, por una parte, quería que se les advirtiera en general preferir a las Comunidades menos reguladas las que lo estaban más; por otra, no permitía que se los determinara en particular. Estaba sobre todo prohibido proponer nunca su Congregación. No se hubiera podido faltar en este punto sin exponerse a una severa reprimenda. La elección de una casa, fuera secular, como la suya, fuera Religiosa como la mayor parte de las otras, era según él un asunto cuya decisión sólo pertenecía a Dios, y sobre la cual los que son consultados deben temer infinitamente responder más bien según las miras de la prudencia humana, que según las máximas del Evangelio.

Y para no omitir nada de lo que podía contribuir al éxito de los Retiros, el Santo exigió dos cosas de aquellos a quienes dio la dirección. La primera que hablasen de una manera sólida y atrayente, pero que tuvieran cuidado de mantenerse en guardia contra esta vana elocuencia que S. Pablo ha reprobado con tanta frecuencia, y que Dios no bendice. La segunda, que adoptaran por materias de sus discursos, no asuntos capaces de divertir el espíritu y de recrear la imaginación, sino las grandes y capitales verdades de la salvación; en una palabra, las que un Cristiano no olvida nunca sin corromperse más, y que no puede recordarlas sin ser mejor. Así el fin, para el que nos ha creado; las gracias y los beneficios que hemos recibido de él; las grandes lecciones y los ejemplos que nos ha dado en Jesucristo su Hijo; los recursos que nos ha preparado en los Sacramentos; las disposiciones que son necesarias para acercarse a ellos; el horror al pecado y las consecuencias funestas a las que arrastra después de la fe; la vanidad del mundo y de sus juicios; las ilusiones de nuestro propio corazón; las tentaciones de la carne; la malicia y los engaños de la antigua serpiente; la brevedad de la vida; la incertidumbre del momento de la muerte; los Juicios terribles de Dios; la Eternidad bienaventurada o desgraciada; todas estas verdades y otras parecidas, que son de la misma importancia, eran entonces, y son todavía hoy, el tema ordinario de los discursos del que dirige el Retiro, y de la meditación de aquellos que hacen los ejercicios. De este modo se los dispone a examinar cuidadosamente sus conciencias; a hacer o buenas Confesiones generales o, si las han hecho ya y se puede contar con ellas; a suplir con una revisión exacta todo lo que las últimas podrían haber tenido de defectuoso; a prescribirse un reglamento de vida, del que no se aparten más que cuando no haya otro remedio; y sobre todo a formar resoluciones firmes, no sólo de evitar el mal y las ocasiones que podrían llevar a él, sino también de practicar las virtudes y las buenas obras, de las que seamos capaces en la condición, en que Dios nos ha colocado -años 1634 y 1635-.

No debo omitir aquí algo que puede servir a las personas que son todavía nuevas en los ejercicios de la vida espiritual; y es que Vicente valoraba en poco las resoluciones demasiado generales. Las consideraba como puros productos de un espíritu, que cree ser virtuoso, porque ha meditado con cierto atractivo las bellezas y los encantos de la virtud. Son los términos en los que escribía a la Señorita le Gras, con ocasión de una Señora, que había hecho el retiro en su casa, y que la había suplicado que enviara sus resoluciones al

santo Sacerdote para saber qué juicio le merecían. Quiso que se le diera a saber, y a todos los que se hallaran en el mismo caso que, para hacer progresos en la virtud, se han de formar resoluciones particulares y detalladas; prescribirse a sí mismo la práctica de ciertos Actos, que producidos en tal o cual ocasión alimentan y perfeccionan la piedad; finalmente, proponerse emplear en tiempo y lugar tales o cuales armas contra el enemigo de la salvación, para destruir sucesivamente y por partes este cuerpo de pecado que nos rodea. *No existen, decía él, más que estas clases de resoluciones que se practican fácilmente: como tampoco existe más que una fidelidad perfecta a estas mismas resoluciones que pueda hacer a un hombre sólidamente virtuoso: sin esto no lo es muy frecuentemente más que por la imaginación.* Tales eran los sentimientos de este sabio y experimentado Director y son también los de los más grandes Maestros de la vida espiritual.

Un Plan tan bien hecho debía naturalmente servir mucho a aquellos para quienes había sido formado; pero como todo dependía de la ejecución, y podía suceder que, después de la muerte del Siervo de Dios, y aun durante su vida, los Sacerdotes de su Congregación, agobiados de trabajo, y vencidos por los gastos de tantos retiros gratuitos, fueran perdiendo fuerzas y abandonaran al fin la buena obra que habían comenzado, el Santo con todo interés de prepararlos contra este género de tentación.

Con este propósito, les repitió varias veces, en diversas Conferencias de piedad, que Dios había tenido a bien hacer de la Casa de S. Lázaro para la conversión de un número infinito de pecadores, era una gracia singular; que no debían temer nada tanto hacerse indignos de ello; que en este punto, quizás más que en ninguno otro, la falta de fidelidad y de correspondencia sería para ellos el colmo de la desgracia; que merecían un día que Dios les privara de este empleo, era de temer que les privara también de todos los demás; que la casa en la que se habían reunido servía en otros tiempos

Para el retiro de los Leprosos, y que ninguno de los que eran recibidos se curaba; que hoy se recibía a personas atacadas de una lepra mucho más peligrosa que la del cuerpo, o más bien a personas muertas ya y que, por la misericordia de Dios, un gran número recobraban la salud y la vida; que Nuestro Señor hacía en ella aún cada día con los pecadores lo que había hecho con Lázaro, sacándole de la tumba; que ellos tenían el honor de ser los instrumentos de que quería servirse para esta grande operación; que un Misionero que rechazara prestarse a un Ministerio tan glorioso, que no lo cumpliera más que con repugnancia, que no sacrificara más que con dolor una media hora de su recreo a la salvación de un pobre Ejercitante, no sería ya más que un cadáver de Misionero, y no podría estar sino con oprobio ante Dios y ante los hombres. ¡Ah! exclamó una vez, al acabar un largo discurso sobre esta materia; *¡Que motivo de vergüenza, qué motivo de aflicción, si este lugar, que es ahora como una piscina sanitaria, donde tanta gente llega a lavarse, fuera a convertirse un día en una cisterna corrompida por la relajación y la ociosidad de los que la habiten! Pidamos a Dios, Señores, y Hermanos míos, que esta desgracia no suceda. Roguemos a la santísima Virgen que lo aparte de nosotros con su intercesión y por el deseo que tiene de la conversión de los pecadores. Roguemos al gran Amigo del Hijo de Dios, S. Lázaro, que tenga a bien ser siempre el Protector de esta Casa, y que le consiga la gracia de la perseverancia en el bien que ha comenzado.*

Estas palabras que el fuego de la más ardiente caridad hacía más vivas todavía de lo que lo eran de por sí no son más que un compendio de lo que el santo Sacerdote dijo una infinidad de veces. Es verdad que no se refería más a esta materia que a la de las Misiones que son el principal fin de su Instituto. Aprovechaba con avidez todas las ocasiones que se le presentaban para inculcar a sus Hijos la necesidad de recibir con gozo, o más bien con

urgencia, a los que el Espíritu de Dios quiere hablar en soledad. Las miras santas que los atraían, las dificultades que varios de ellos habían vencido para lograrlo, los largos viajes que se habían visto obligados a realizar, todo ello era prueba en sus manos. Hacía valorar tanto el fervor de un Capitán que hacía el retiro para disponerse a tomar al hábito de Cartujo, como el ejemplo de algunos Oficiales quienes, para servir al Rey con más tranquilidad, comenzaban por arreglar sus asuntos con Dios; como la conversión de un hábil Protestante, a quien los Ejercicios espirituales habían robustecido en el buen partido y que comenzaba a escribir con éxito a favor de la Iglesia Romana; como el valor de tres Eclesiásticos, quienes desde el fondo del campo habían llegado a S. Lázaro para renovarse en la vida Cristiana y Sacerdotal; como las emocionantes expresiones de que se habían servido los que le habían rogado que los admitiera, como la de un Sacerdote que le había dicho al abordarle: *Señor, vengo a vos desde muy lejos, si no me recibís, estoy perdido.*

Recordaba también de cuando en cuando a los de su Congregación los buenos efectos del Retiro, que ellos habían visto con sus propios ojos; a veces los instruía sobre lo que no conocían. Un día les dijo que habiendo ido a Bretaña, un hombre muy honrado, no bien se hubo enterado de su llegada, cuando acudió a la Casa donde estaba alojado y le dijo, en el arrebatado de un perfecto agradecimiento: *Oh, Señor, os debo, después de a Dios, mi salvación: son los ejercicios que hice con vos los que me pusieron la conciencia en reposo. Me hicieron tomar un género de vida que he conservado siempre desde aquel tiempo y que conservo todavía con gran paz y satisfacción de mi espíritu. En verdad, Señor, tengo para con vos tales obligaciones, que hablo de ellas en todas partes, y digo en todas las compañías en que me encuentro que, sin el retiro que hice en S. Lázaro, me habría condenado. Os ruego que creáis que es una gracia, de la que me acordaré toda mi vida.*

Por estos motivos y por otros parecidos animaba Vicente a los suyos a no tener nunca por nada ni el trabajo ni los gastos. Les dio sobre este particular como sobre todos los demás, ejemplos más poderosos que sus palabras. Aumentó poco a poco el número de los que debían hacer los Ejercicios espirituales. Cuanto más adelantó en edad, más santamente pródigo se volvió, contra la costumbre de los ancianos. Su caridad no tenía ya límites, y al cabo llegó tan lejos que quiso que se recibieran tantos Ejercitantes como se pudieran recibir. Según las cuentas durante los veinticinco últimos años, hubo cerca de veinte mil personas que hicieron el retiro en su casa; es decir que se recibían cerca de ochocientas cada año. Es cierto que había algunos que pagaban sus gastos en todo, o en parte; pero también es verdad que la mayor parte no daban nada en absoluto, ya porque la mediocridad de su fortuna no lo permitía más, ya porque se imaginaban falsamente como algunos se lo siguen imaginando hoy, que los retiros de S. Lázaro eran de fundación, y que el modo como se los recibe es menos un deber de caridad que una obligación de justicia.

Como sucede a veces que las personas que tienen virtud no piensan siempre lo mismo unos que otros, se vio a algunos entre los Hijos de Vicente de Paúl que creyeron que había exceso en su caridad, y que se quejaron de él a él mismo. Un Hermano, que probablemente estaba encargado de atender los gastos, le dijo un día que, que con el tren de vida que se llevaba, la casa acabaría por sucumbir, y que se recibía a un número excesivamente grande de Ejercitantes. El santo Hombre no le dio otra respuesta que ésta: *Hermano mío, es que quieren salvarse.* Otro en una conversación que tuvo con él sobre este asunto, creyó moverle más diciéndole que en esta multitud de personas, que se admitían cada semana a los ejercicios del Retiro, había muchos que no se aprovechaban: y que otros venían más bien en busca del alimento del cuerpo que el del alma. Pero este digno imitador de la caridad de Jesucristo le hizo saber que esta clase de objeciones son todas humanas, y nada

tienen de sólido. Respondió a la primera que era mucho a los ojos de la Fe y de la Religión que una parte de los Ejercitantes sacara del Retiro el fruto que se debe sacar. Respondió a la segunda que alimentar a un hombre que lo necesita es siempre una limosna muy agradable a Dios, que si, para no ser sorprendidos por el corazón, cuyas miras son menos puras, se lo pusiéramos demasiado difícil a los que se presentan, se rechazarían algunos sobre quienes el Espíritu Santo tiene planes de misericordia, y que finalmente a fuerza de penetrar los motivos que los movían a actuar, se ahogarían, en muchos de los que quieren darse a Dios, las primicias del Espíritu que los ha llamado a sí. Él se explicó una vez sobre este artículo de una manera tan precisa, tan grande, tan Cristiana que se vio bien no sólo que su decisión estaba tomada, sino que estaba como arrastrado por una impresión superior. *Si tuviéramos, decía él, treinta años de subsistencia, y que recibiendo a los que vinieran a hacer el Retiro, no sobrevivieramos más que quince, no podríamos por eso dejar de recibirlos. Es verdad que el gasto es grande, pero no puede estar mejor empleado: y si la Casa está comprometida en ello, Dios sabrá bien cómo hacer para encontrar los medios para sacarla del apuro, como podemos esperar de su Providencia y de su infinita bondad.*

Esos eran los principios del santo Sacerdote sobre un establecimiento, que él creía capaz de contribuir a la gloria de Dios y a la santificación del prójimo. Un día se llegó a creer que su celo iba por fin a encerrarse dentro de límites más estrechos. Se le había explicado de una manera un poco más fuerte que la Misión entraba en la extrema necesidad, y que había que verla perecer o disminuir el número de los Ejercitantes. Para no mostrarse rígido frente a las advertencias que parecían justas, se encargó él mismo de recibir a estos Señores, y escogerlos. Pero cuando se trató de admitir a unos y de rechazar a otros, sus entrañas se conmovieron, su caridad le presionó de una manera tan viva que no pudo rechazar casi a nadie; de esta manera admitió aquel día más de los que tenía por costumbre recibir. Por más que se le dijo lo que se vieron obligados a decirle más de una vez que no había más habitaciones para alojarlos. Es una pequeñez, replicó; cuando estén todas llenas, no hay más que darles la mía.

Si le costaba mucho a nuestro Santo sostener una empresa tan onerosa, hay que convenir que, según la expresión del Salvador, fue recompensado con el céntuplo, aun en su vida. Como quiso, cuando su Congregación comenzó a extenderse, que aquellas Casas que tuvieran los medios hicieran en los lugares donde estaban situadas los mismos Ejercicios que hacía en París la de S. Lázaro, vio por sí mismo, o le contaron en declaraciones ciertas que los Retiros espirituales producían en todo lugar bienes inexpresables. Recibió sobre este asunto una cantidad prodigiosa de Cartas, que tendían todas a felicitarle por las bendiciones que Dios daba a su celo. Sacerdotes, Obispos, Cardenales, todos le daban miles de gracias por haber facilitado una práctica, que día a día santificaba a los Pastores y a los pueblos.

Le enviaban en confianza a aquellos cuya conversión había sido casi desesperada. El sr Barón de Renty, más ilustre todavía por su virtud que por su nacimiento, creyó no poder hacer otra cosa mejor que enviarle a un Párroco, quien desde hacía tiempo se hallaba sumido en el desorden y llevaba una vida deplorable. El Superior de una Comunidad reformada, bien que todos los miembros no lo estuvieran, le rogó por Cartas que ganara para Dios a uno de sus Sacerdotes que, encargado de la dirección de una Parroquia, la habían escandalizado en lugar de edificarla. Otro Religioso de una célebre Casa de París le envió a un Paje del Príncipe de Tallemont –en 1644- que, educado en la Herejía Calvinista, había concebido cierto plan de convertirse. Me ha venido a ver, decía el Religioso, para ayudarle en esta resolución; *pero no sintiéndome bastante fuerte para una obra tan buena,*

me tomo el atrevimiento de enviároslo, como a alguien a quien Dios da gracias muy particulares, y muy grandes para su gloria y para la salvación de los pecadores y de los desviados. Tened pues la caridad, mi muy honorable Padre en Nuestro Señor, de recibirle y de abrazarle como a una oveja descarriada, que busca a dónde retirarse... Pido a Dios que prolongue vuestros días y vuestros años para su gloria y para el bien del prójimo por quien trabajáis sin cesar. Un Eclesiástico de Orléans que había hecho ya un Retiro bajo la mirada del santo Sacerdote, le escribió de la forma más urgente para conseguir un segundo. Su carta acababa con estas palabras: *Ciertamente, Señor, cuando pienso en los buenos sentimientos que se tienen con vos, me siento como encantado fuera de mí mismo, y no puedo menos de desear que fuera del agrado de Dios que todos los Sacerdotes hubieran pasado por estos santos Ejercicios: si así fuera, no veríamos todos los malos ejemplos, que varios de ellos dan a los pueblos, con gran escándalo de la Iglesia.* Un Sacerdote del Languedoc quien, por consejo de uno de sus amigos, había hecho los mismos Ejercicios, escribía a su amigo en unos términos que son un honor infinito a nuestro Santo y a aquellos de su Casa, con los que había tenido que tratar. Le aseguró que no podía hallar expresiones ni para manifestar su gratitud ni para decirle la satisfacción con la que había hecho este santo Retiro. Por lo demás, añadía, *no creáis que yo os diga esto a modo de cumplido: hablo según los sentimientos que Dios me da. Se acabó, no sabría ya vivir en el mundo, mi resolución es salir de él para entregarme por completo a Dios.*

Por grandes que sean, a juicio de los que conocen el precio de un alma, los bienes de que acabamos de hablar, están sin embargo por debajo de aquellos que los produjeron. El gusto de los Retiros pasó de S: Lázaro a un gran número de diócesis. Prelados, que no siendo todavía más que simples particulares, se habían santificado, bajo la dirección de Vicente, por los Ejercicios espirituales, se propusieron santificar a sus Sacerdotes por medio de estos mismos Ejercicios. Uno de ellos escribía al Siervo de Dios que tenía actualmente en su Casa Episcopal a treinta Sacerdotes, que hacían el Retiro con mucho fruto y bendición. Otro, que estaba a la cabeza de un gran Arzobispado, se sirvió de uno de los Hijos de nuestro Santo para cambiar por el mismo medio la faz de su Diócesis, que se hallaba muy desordenada. Es verdad que la costó mucho a este Misionero lograrlo. El solo nombre de Retiro asustó a los Eclesiásticos dados desde hacía mucho a la disipación. Unos se quejaron como de una molestia insoportable; otros murmuraron como contra una novedad fuera de lugar; los más moderados se mostraban descontentos; de suerte que de cuarenta, tanto Rectores, como Vicarios, no hubo quizás uno solo que no se hubiera sentido a gusto dispensándose.

Triunfó la gracia pronto sobre estas malas disposiciones: en menos de tres días disipó los nubarrones, que el espíritu seductor había querido difundir sobre la obra de Dios. Los de mayor edad, es decir los menos fáciles de mover, volaban a todos los ejercicios. Se oyeron suspiros, se vieron correr lágrimas abundantes. Todos vieron con horror aquella serie de días pasados en el olvido de Dios, la negligencia de sus deberes, y con frecuencia algo más triste todavía. Todos hicieron sus confesiones más o menos generales. Ellos vieron con dolor el término de sus ejercicios: diez días de retiro les parecían demasiado poco. Sufrieron más cuando fue preciso salir de ellos de lo que habían sufrido cuando tuvieron que entrar. Aquellos de sus falsos amigos, que les habían querido apartar se quedaron sorprendidos al ver en ellos a hombres que ya no eran los mismos: reconocieron, a pesar suyo, admiraron la obra de la mano del Altísimo; y preguntaron cuándo les llegaría su turno.

Y les llegó algún tiempo después. El Prelado gozoso por un ensayo tan feliz, abrió un nuevo Retiro hacia mediados de la Cuaresma. La gracia se hizo sentir todavía más. Hubo conversiones sonadas. Los escándalos dados en público fueron reparados por humillaciones públicas. El Retiro ya no presentó bajo colores espantosos. Hubo entre estos Señores quienes por temor a que este auxilio les faltara en adelante, ofrecieron sus bienes para hacerlo permanente. Otros pidieron con insistencia que se les permitiera quedarse por más tiempo en el Seminario. Algunos pensaron renunciar a sus Beneficios. La mayor parte confesaron que no habían hecho más que empezar a abrir los ojos: que hasta entonces no habían conocido la eminencia de la dignidad del Sacerdocio; que si ellos la hubieran pesado tal como merece serlo, no se habrían comprometido tan a la ligera; y que iban a realizar todos los esfuerzos para reparar, en cuanto les fuera posible, lo que su vocación tenía de defectuoso.

Ni fue solamente en este Reino donde Dios bendijo los Retiros que Vicente daba por sí mismo o por los suyos. La mano de Dios estuvo con ellos en Italia, como en Francia. El Cardenal Durazzo, que con sus limosnas, su celo, su vigilancia honraba la Púrpura Romana, apenas hubo establecido en Génova de donde era Arzobispo, a los Sacerdotes de la Misión, cuando quiso probar si harían tanto bien con sus Eclesiásticos como lo habían hecho en los campos con los pueblos de su Diócesis. Invitó pues a aquellos Párrocos con quienes habían trabajado los Misioneros, a dirigirse todos a la Ciudad Capital. La mayor parte obedecieron con gusto, y Dios recompensó su docilidad. El Superior de la Misión, en la casa, y bajo cuya dirección hicieron sus Ejercicios, se sintió vivamente impresionado. Su modestia, el silencio austero que guardaban, su humildad profunda, su ingenuidad en dar cuenta de sus Oraciones eran señales sensibles de sus disposiciones interiores.

Se realizaron conversiones que, suponiendo con un padre de la Iglesia que un mal Sacerdote no se convierte casi nunca, debieron ser tenidas como doblemente milagrosas. Se vio sobre todo a un Párroco quien, para cargarse de confusión y de oprobio, confesó quizás demasiado públicamente, que no había entrado en retiro más que por burla; que el interés y la hipocresía eran los únicos motivos que le habían llevado a actuar; que él había dicho de las misiones todo lo malo que había podido imaginar; que no había perdonado a la persona de su Arzobispo, con todo lo respetable que era; que había tenido su Beneficio por simonía; recibido las Órdenes bajo el único título de este Beneficio; ejercido sus funciones y administrado los Sacramentos en ese mal estado durante varios años. Este Pastor, hasta entonces tan indigno de serlo, derramó lágrimas amargas, gimió y se humilló hasta el centro de la tierra; comenzó a dar tanta edificación como escándalos había dado. No se encontró ya en él aquella higuera más que estéril que parecía maldita para siempre; y aquellos que le compararon consigo mismo, creyeron poder presumir que Dios había obrado con él misericordia. Por lo demás, estas clases de Confesiones públicas no eran raras en los Retiros de Génova. El espíritu de humildad y de compunción era en ellos tan dominante que costaba trabajo moderar las ocurrencias. Lo que provocó que uno de estos Señores exclamara un día: *Estamos aquí en el valle de Josaphat*: todos hacen aquí la confesión de sus miserias. Dichosos los que mediante esta confusión anticipada pueden ponerse en estado de evitar la del gran día del Señor!

El Cardenal Durazzo, que apenas creía lo que veían sus ojos, no pudo contener las lágrimas y bendijo mil veces al primer Autor de todos estos bienes y a los que le servían de instrumentos. Pero no quiso que esta gracia fuera solamente para los Sacerdotes. El deseo de crecer en la perfección le llevó a ponerse en retiro a su vez. Para hacerlo mejor, creyó deber tomarse el tiempo, en que los Hijos de Vicente de Paúl tienen la costumbre de hacerle

cada año. Le comenzó pues y le continuó con diez Sacerdotes de la Congregación, que trabajaban en su Diócesis.

Si se sintió muy edificado, lo cierto es que los edificó mucho. Aunque de complexión delicada, y más debilitado por sus continuos trabajos que por su edad que era de cincuenta y seis años, siguió todos los Ejercicios con una puntualidad rigurosa. Hacía, como los demás, cuatro horas de oración al día, casi siempre de rodillas, tan inmóvil como una estatua. El superior de la Casa que conocía la debilidad de su temperamento, le había rogado que se levantara, incluso que se sentara de vez en cuando: el piadoso Cardenal lo hizo algunas veces; pero tan humilde como un joven Novicio, no lo hizo sin pedir y obtener el permiso. Cuando a su turno comunicaba los buenos sentimientos que Dios le había dado en la meditación, lo hacía con toda la sencillez de un antiguo y fervoroso Misionero. Al primer toque de la campana, lo dejaba todo para dirigirse al lugar del Ejercicio, que anunciaba. No quería permitir que se le tratara en la mesa mejor que a la Comunidad. En resumen, su humildad iba tan lejos que cuando al final del Retiro, le rogaron que diera la bendición a los que habían tenido la suerte de hacerlo con él, costó Dios y ayuda decidirle a ello; queriendo a cualquier precio que fuera recibir él mismo la del Superior. Un Obispo tiene todos los derechos del mundo al prescribir a sus Sacerdotes los Ejercicios espirituales, cuando él mismo los ha hecho de una manera tan edificante.

A la vista de tantos bienes, de los que Vicente estaba debidamente informado, se mostraba muy firme en no permitir que su casa tocara los Retiros, mientras le fuera posible sostener los gastos. Esto mismo le llevó también a examinar delante de Dios si pudiera en alguna comunidad de Hijas procurar a las personas del mismo sexo estas mismas ventajas que no podía procurarles en las casas de la Compañía. La caridad que lo hace todo fácil no tardó en darle los medios. No era suficiente para el Padre de los pobres haber fundado una Congregación de Sacerdotes, casi únicamente entregados a servirles: la Providencia quería también que saliera de él un numeroso enjambre de Vírgenes, cuyo celo tuviera, a grandes rasgos, un objeto más extenso; y que sin distinción de sexo ni edad hicieran en favor del huérfano y del indigente, a veces incluso de las personas de alta condición, lo que las ocupaciones más importantes del Ministerio Apostólico, o las Reglas del bienestar, no le permitían hacer por sí mismo. Como la formación de esta gran Fundación tiene una relación esencial con la Historia que escribo, es preciso que se conozca su origen, sus funciones y sus progresos. Lo haré con exactitud, pero de una manera abreviada, ya que un detalle más amplio pertenece a la historia de la Señorita le Gras, y que se leerá con edificación en la vida de esta ilustre Viuda, publicada hace más de sesenta años por el sr. Gobillon Párroco de S. Lorenzo, y Doctor de la Casa y Sociedad de Sorbona.

Antes de entrar en este nuevo campo, dejar para siempre la materia de los Retiros, se me permitirá decir en dos palabras, que lo que Vicente de Paúl temía tanto, no sucedió; que hoy, como durante su vida, se recibe cada Semana y muy gratuitamente un buen número de Ejercitantes; que las desgracias de los últimos tiempos tan funestas a una parte del Reino, y en particular a la Casa de S. Lázaro –años 1634 y 1635-, en nada han perturbado la práctica de esta buena obra; que estos Señores son los primeros, y los mejor servidos; que se encuentran alojados mucho más cómodamente de lo que lo estaban en la época de nuestro Santo; que el sr Alméras su digno Sucesor, cuando quiso levantar un nuevo Edificio sobre las ruinas del antiguo, que se caía por todas partes, comenzó por hacerles construir un grande y vasto Cuerpo de Viviendas, que contiene 75 Habitaciones; y que al fin, cuando este gran número de habitaciones no les fuera suficiente, (pues hemos visto más de una vez hasta cerca de ciento veinte) los Misioneros, para dejarles sitio, acampan donde pueden; y

no tienen en nada lo que tienen que pasar, mientras estos Señores no lo pasen mal. Pero con esto hay más de lo necesario sobre un dato, del que todo París es testigo. Volvamos al curso de nuestra Historia. El sector que vamos a comenzar es uno de los más hermosos de la vida del Siervo de Dios; y sería más que suficiente para merecerle los mayores elogios, si viviéramos en un siglo, en que la gratitud se mereciera por las obras buenas.

Hacía unos diecisiete años que Vicente de Paúl había fundado las Cofradías de la Caridad a favor de los pobres enfermos. Esta Asociación de misericordia pasó, como lo hemos dicho ya, del campo a las ciudades; y se vio a un buen número de mujeres de condición que quisieron unirse a ellas. Pero lo que hizo más brillantes a estas Cofradías contribuyó poco a poco a hacerlas menos útiles. Las primeras Damas que se habían incorporado, lo habían hecho por elección, y servían a los pobres en persona. Esto no fue así del todo con las que las reemplazaron; algunas entraron porque era la moda; otras actuaron, a la verdad, por motivos más puros; pero la oposición de sus maridos que tenían el aire infectado y la enfermedad, no les permitió la libertad que necesitaban. Unas y otras acudieron a sus criadas, y como la mayor parte eran con frecuencia almas sobornables, que no tenían ni afecto ni habilidad, se veía con el paso del tiempo perecer una fundación, que pide mucho de ambas cosas.

Para remediar este desorden, se pensó que era necesario tener Sirvientas que, ocupadas exclusivamente en el cuidado de los pobres enfermos, les distribuyesen cada día el alimento y los remedios según la exigencia de sus enfermedades. Este proyecto estaba bien claro; pero para realizarlo, había que, ante todo, hallar personas que quisieran prestarse a ello; también se necesitaba, después de hallarlas, formarlas y prepararlas para un empleo que, sin discusión, pide mucha capacidad y virtud, y más virtud que capacidad. Estas dos cosas no eran fáciles, y la segunda lo era todavía menos que la primera.

No dejó de consultar al S. Sacerdote sobre un asunto que era de su competencia únicamente por tener que ver con los pobres –en 1630-. Pensó en ello delante de Dios, según su costumbre; y después de reconocer que lo que se le proponía era necesario por lo menos en las ciudades, creyó que él podría encontrar en los campos una parte de aquello que necesitaba. Se acordó que en el curso de sus misiones, se había encontrado con buenas jóvenes, quienes sin tener atractivo para el matrimonio ni suficientes bienes para entrar en Religión, podrían darse el gusto de consagrarse por el amor de Dios al servicio de los pobres enfermos. La Providencia que favoreció siempre a Vicente, porque descansó siempre sobre ella, le sirvió en esta ocasión, como le había servido en tantas otras. Desde las primeras misiones que se dieron algún tiempo después, se encontró a dos jóvenes, llenas de buena voluntad, de las cuales una fue colocada en la Parroquia de S. Salvador, la otra en la de S. Benito. Algunas más se presentaron todavía posteriormente: unas fueron puestas en S. Nicolás del Chardonnet, las otras distribuidas en diferentes Parroquias.

Pero se ha de confesar que no resultaba todavía de todo eso más que un trabajo en bruto, y muy imperfecto. Estas jóvenes reunidas de diferentes lugares no tenían entre sí ni relación ni correspondencia: Vicente y la Señorita le Gras no podían darles más que consejos pasajeros, que a veces se les olvidaban muy pronto: con lo que se veía bastante a menudo que sus trabajos no eran satisfactorios; y como después de desplazarlas, no se tenía a otras para sustituirlas, los pobres volvían a caer en sus primeras necesidades; fue entonces cuando se sintió mejor que nunca que, para lograrlo, había que tener un número suficiente de jóvenes, y comenzar por instruirlos(?) en el servicio de los pobres, y más aún en los ejercicios de la vida espiritual, sin los cuales era fácil de ver que no podrían mantenerse

mucho tiempo en un estado muy laborioso, y en el que se necesita día y noche combatir y superar todas las repugnancias de la naturaleza.

La Señorita le Gras, a quien consumía su amor por los pobres, no pedía otra cosa que entregarse por completo a formar personas capaces de socorrerlos. Deseaba ardientemente que le fuera permitido consagrarse a ello con un voto irrevocable: pero como en los asuntos de alguna importancia, ella no daba nunca un paso sin consultar a su Director, y que su Director mismo no daba uno solo sin consultar a Dios, ella se vio obligada a moderar su celo durante cerca de dos años. Durante ese tiempo, que debió parecer largo a la piadosa Viuda, el santo Sacerdote acudió a Dios en la oración; le suplicó que manifestara sus designios y que no permitiera que un pecador, tal como él creía serlo, tuviera la desgracia de echar a perder nada de la obra de la Providencia. Escribió varias veces a su Penitenta para que no se precipitara en nada; que honrara con la paz y la sumisión de su corazón, la sumisión y la paz de del corazón de Jesucristo; que se dirigiera frecuentemente a él en la oración, para conocer su santa voluntad, y estar bien persuadida de que si ella ponía su confianza solamente en él, la esperanza que ella tenía no quedaría defraudada.

Estas últimas palabras, que el Siervo de Dios repitió varias veces, se verificaron al fin. Varias jóvenes que parecían dispuestas a las más duras funciones de la caridad, se presentaron a él. Eligió a tres o cuatro, que juzgó las más idóneas para trabajar bien; las colocó, hacia finales del año 1633, en las manos de la Señorita le Gras, quien las recibió, las hospedó, y las preparó en su Casa; donde no descuidó nada de lo que podía contribuir a hacerlas capaces de lo que se esperaba de ellas. Se vieron entonces los grandes talentos que Dios había dado a su Sirvienta para esta fuerte educación. Estas primeras jóvenes a quienes las necesidades urgentes de los pobres no les dejaron esperar más tiempo fueron el ejemplo de todas las Parroquias a donde las enviaron. Su modestia, su dulzura, su disposición para aliviar a los enfermos, y la santidad de su vida encantaron a quienes fueron sus espectadores. Tan buenos ejemplos llamaron la atención, y pronto después movieron a otras más de su misma edad y del mismo sexo que vinieron a ofrecerse, como ellas, en humilde servicio a Jesucristo en la persona de los pobres.

Esos fueron los comienzos de esta Compañía de Vírgenes que, con el nombre de Hijas de la Caridad, tiene hoy hasta treinta y cuatro casas sólo en la Ciudad de París. Tan pequeña en su nacimiento, como la mostaza, cuando todavía es semilla, se ha convertido, como ella, en un gran Árbol. Sus raíces alimentadas, menos con la sustancia de la tierra que con el rocío del Cielo, se han extendido por todas las partes de Francia, por la Lorena, incluso hasta Polonia: Y veremos bien pronto al huérfano abandonado, a la viuda desolada, al soldado cubierto de sangre y de heridas, a los pobres vergonzantes, a los enfermos de yoda clase, respirar a la sombra de sus ramas saludables, y encontrar allí el alimento, la salud y la vida.

Vicente y su piadosa Colaboradora no habían esperado ni previsto progresos tan rápidos y tan dilatados. Pero cuando vieron que Dios, contento de alguna forma con haber esbozado su obra, quería confiársela a sus cuidados, para darle la última mano, se esforzaron uno y otra en perfeccionarla con el socorro de la gracia y en sacar de este precioso talento todo lo que les fuera posible. Su intención no había sido en un principio otra que ayudar en las Parroquias a aquellos enfermos que estaban desprovistos de los auxilios necesarios, sea porque no había Hospitales, a los que trasladarlos, sea porque no habrían podido entrar sin dañar mucho sus pequeños asuntos. Los designios de Dios al manifestarse más claramente con el tiempo, hicieron que el santo Fundador las juzgara idóneas para otros empleos, que no son menos importantes, y que todos se dirigen al auxilio de los pobres. Así las encargó poco a poco de la educación de los Niños abandonados; de la instrucción de los jóvenes

que, por falta de medios, carecían de ella; del cuidado de un gran número de Hospitales, y hasta de los criminales condenados a las Galeras. Como estas diversas ocupaciones hacen de alguna forma de una sola Compañía varias Comunidades, el santo Sacerdote les prescribió Reglas generales y particulares para dirigir y sostener el Cuerpo entero, y las diferentes partes que lo componen. Siguió en relación a las Hijas de la Caridad la máxima que había seguido con los de la Congregación; es decir que hubo muchas cosas que no propuso más que a modo de ensayo, y que no publicó definitivamente más que aquellas que, tras una larga práctica y mucha experiencia, le parecieron que se debían publicar. También se está de acuerdo en que las Constituciones que redactó para estas piadosas Hijas son una Obra maestra de prudencia y de sabiduría. Tan sólo daremos un Compendio, ya que un detalle más largo nos llevaría demasiado lejos.

Las Hijas de la Caridad deben, ante todas las cosas, tener por principio, que Dios las ha reunido para honrar a Jesucristo Nuestro Señor como la fuente y el modelo de toda caridad, prestándole en la persona de los pobres ancianos, niños, enfermos, presos, y otros parecidos, todos los servicios, tanto corporales como espirituales, que puedan prestarles; que, para corresponder a una vocación tan santa, deben trabajar con una atención continua en su propia perfección, y juntar los ejercicios interiores de la vida espiritual a los empleos exteriores de la caridad Cristiana; que, aunque no sean ni puedan ser Religiosas, porque el Estado de Religión no es compatible con su trabajo, deben sin embargo llevar una vida tan perfecta como la de las más santas Religiosas en sus Monasterios; que esto es tanto más verdad cuanto que ellas están mucho más expuestas en el exterior de lo que lo están personas, a quienes su estado pone al abrigo del trato y de los peligros del mundo; Que en cuanto a ellas *no tienen de ordinario por Monasterios más que las Casas de los pobres; por Celda una habitación de alquiler; por Capilla la Iglesia de su Parroquia; por Claustro las calles de la Ciudad, o las Salas de los Hospitales; por Clausura la obediencia; por Reja el temor de Dios; por Velo una santa y exacta modestia.*

De ahí, continúa el santo Fundador, resulta que necesitan mucha vigilancia; que deben en todo lugar, a donde sus funciones las llamen, comportarse con un recogimiento y una atención a Dios que no ceda en nada al fervor de los Claustros más regulares; que, como la pureza, virtud difícil y de una amplitud infinita, les es indispensablemente necesaria, y que en este género toda sospecha, por ligera, por injusta que fuera, sería mayor mal a su Compañía que todos los demás crímenes que les fueran falsamente imputados, ellas deben apartar con las más severas precauciones, todo cuanto pudiera herir los ojos de Dios y los del prójimo; que es necesario en consecuencia que tengan unas para con otras aquella clase de respeto que excluye la familiaridad; que en sus recreos como en otras partes, se abstengan de las ligerezas pueriles, de los gestos o palabras inconvenientes, de los juegos capaces de llevar a algo menos honesto; que su vigilancia sobre sí mismas debe redoblar cuando la caridad las obligue a extenderse por el mundo y tratar con las personas de un sexo diferente, a cuidar a los enfermos, y también a los moribundos; que antes de salir de la Casa, deben prosternarse a los pies del Hijo de Dios, suplicarle que sostenga su debilidad, darle gracias a su regreso porque no ha permitido que sus ojos se detuvieran en la vanidad.

Digámoslo de paso: ¡Cuántas faltas evitadas, cuantos escándalos ahorrados a la Religión, si las Vírgenes Cristianas se condujeran el mundo por máximas tan juiciosas y tan puras! Sin embargo el santo Hombre no se detuvo ahí. Yodo lo aterra, cuando se trata de la inocencia y de la reputación de sus Hijas. Llega hasta prohibirles que no vean nunca a su Director fuera del Tribunal de la Penitencia, a no ser quizás en caso de una enfermedad seria; aun así conviene que entonces vayan acompañadas o de una de sus Hermanas o de una vecina suya.

La ociosidad madre de todos los vicios y más de la impureza que de ningún otro, les está estrechamente prohibida: pero se tiene por ociosidad entre ellas muchas cosas que, aunque capaces de contribuir al honor de Dios, como sería el cuidado de adornar la Iglesia, o de lavar los paños que sirven en el santo altar, podrían apartarlas del fin, al que están dedicadas y mezclarlas en cantidad de entrevistas, que son por lo menos inútiles.

Como nada hay tan propio para sostener la virtud como la mortificación de este cuerpo de pecado, que nos sigue a todas partes, y una fidelidad inviolable a todos los ejercicios de una verdadera y sólida piedad, ellas tienen, en relación a lo uno y a lo otro, Reglamentos que no dejan nada que desear, y que exigen mucho pareciendo exigir bastante poco. No se les prescribe ni el uso del cilicio ni las demás severidades del Claustro. Su gran penitencia debe ser la vida en común. Levantarse exactamente en Invierno y en Verano a las cuatro de la mañana; hacer dos veces al día la oración mental; vivir muy frugalmente; no beber nunca más que agua, a no ser quizás en caso de enfermedad; prestar a los enfermos los servicios más repugnantes; velarlos por turno durante las noches enteras; no contar por nada la infección de los Hospitales, ni el aire emponzoñado que se respira en ellos, ni los horrores de la muerte y de los moribundos: ese es el género de mortificación de las Hijas de la Caridad; y si parece suficiente para hombres fuertes es más que suficiente para personas naturalmente débiles.

En cuanto a sus ejercicios de piedad, los hay que son de Regla común; hay otros sobre los que deben hablar a su Confesor. Éstos se refieren a la frecuentación de los Sacramentos, a los que deben, mientras puedan hacerlo, acercarse los domingos y las Fiestas: aquéllos consisten en oír a diario la santa Misa; en recitar devotamente el Rosario; ocuparse en ya en lecturas, ya en conversaciones de piedad; y sobre todo en hacer por la mañana tres cuartos de hora de meditación, y media hora después de cenar. Estos ejercicios no obstante están subordinados a los ejercicios de la caridad, que deben al prójimo. Al primer grito del pobre, deben volar en su auxilio. Mas a fin de que Dios no salga perdiendo, conviene que se ocupen de él durante su paseo, y recojan hasta en las Plazas públicas los frutos de justicia y de paz, que la Providencia no les deja entonces recoger en el silencio y el retiro.

A pesar del deseo que tengo de abreviar, no puedo, en una Fundación que tiene a los pobres y sobre todo a los enfermos por objeto, dispensarme de decir una palabra de los servicios, que Vicente ha querido que sus Hijas les prestaran. Las Reglas que les dio sobre esto, llevan, como las precedentes, toda la huella de una caridad igualmente tierna y luminosa. Por todo el celo que deban tener por procurar a los enfermos la salud del cuerpo, deben todavía más interesarse por la salvación de sus almas. Como el viaje de la eternidad no se hace más que una vez, el punto capital es hacerlo bien, que para hacerlo bien, hacen falta grandes disposiciones, ellas deben, para llenar el espíritu y el corazón de estos queridos enfermos, aprovecharse de los momentos que les quedan. En primer lugar conviene que se esfuercen en penetrar su carne de este temor saludable, que es el comienzo de la sabiduría; que ellas les inspiren un santo horror por sus pecados; que, si hay todavía tiempo, los dispongan de una manera viva, pero general, a una Confesión exacta de todas sus miserias; que si el tiempo apremia los animen a tener un dolor sincero de sus desórdenes pasados y una firme resolución de morir antes que volver a caer más en ellos.

Para no cansar a personas a quienes sus propios sufrimientos agotan ya mucho, se encarece a las Hijas de la Caridad que les hablen poco cada vez, de volver de vez en cuando a la carga, de llevarles ya a hacer Actos de Fe, de esperanza y de Caridad; ya a perdonar o a pedir perdón a sus enemigos; ya a ponerse sin reserva en las manos de Dios, y a recibir con una perfecta sumisión el juicio de vida o de muerte que le agrada pronunciar.

Esta atención a la salvación eterna de los enfermos debe redoblarse, cuando se acercan los últimos momentos; entonces deben encomendarlos a Dios e inspirarles aquellos tiernos sentimientos, que son tan propios para unirlos a Jesucristo. Que si por el contrario recobran la salud, se los debe animar a hacer un buen uso de su enfermedad y de su recuperación; hacerles ver que Dios no ha afligido al cuerpo sino para curar el alma; que tiene razón de exigir que consagren a su servicio, días que ha dado por pura misericordia; que ahora es cuando el Cielo y la tierra van a ver si había sinceridad en las promesas, que han repetido tantas veces, de no ofenderle más; que además, les costará menos de lo que creen vivir en la santidad y en la justicia; que todo irá bien, si son exactos en pedir a Dios noche y día, acercarse varias veces al año a la Penitencia y a la Eucaristía, para evitar las ocasiones que hasta entonces han sido funestas a su inocencia. Esto es una especie de plan de una conducta que las Hijas de la Caridad deben tener en cuenta con respecto a los pobres enfermos; arreglarse como puedan para que los servicios espirituales, que ellas les prestan, no perjudiquen en nada al cuidado que deben tener de su salud, y que desempeñen estas dos funciones con mucha más sencillez y humildad.

Estos Reglamentos y otros más parecidos después de ser llevados a la práctica durante casi 20 años, fueron aprobados por Jean-François-Paul de Gondi, Cardenal de Retz, Arzobispo de París. Este prelado, en las Cartas de Erección, rindió al Padre y a las Hijas la justicia que les era debida. Puso a la nueva Compañía bajo la obediencia de Vicente de Paúl y de sus Sucesores los Superiores Generales de la Congregación de la Misión. El Rey confirmó la misma Fundación por sus Cartas Patentes, que son un monumento eterno de la piedad y de la estima que ya por todas partes se levantaba a esta virtuosa Comunidad. Este gran Príncipe declara en ellas que su intención es *de favorecer, y apoyar todas las buenas obras que son para la gloria de Dios*; que ha reconocido que la Compañía de las hijas de la Caridad es de este género; *que sus comienzos se han visto llenos de bendiciones y sus progresos abundantes en caridad*; que en consecuencia *las coloca bajo la salvaguarda y protección especial, con todos los bienes y fondos que les son y serán en lo futuro otorgados; que les confirma el bien que el Rey su Padre les dio sobre su Dominio, y que en fin les permite establecerse en todos los Lugares de su Reino, a los que sean llamadas para el servicio de los pobres, o de los Hospitales*. Estas Cartas Patentes fueron verificadas y registradas en el parlamento de París el 16 de diciembre del año siguiente (1668): y ocho años después la misma Comunidad fue confirmada por el Cardenal Luis de Vandôme Legado *a latere* de la Santa Sede Apostólica, y del Papa Clemente IX.

La caridad, que Luis XIV admiraba en estas santas Hijas, mereció pronto los mayores elogios, no por razón de sus funciones, que han sido siempre las mismas, sino por razón de las personas que las cumplieron. Vicente había creído en un principio que no había apenas más que jóvenes de baja condición que pudieran resolverse a dar por sí mismas a toda clase de enfermedades los servicios más bajos y más repugnantes; parecía incluso pensar que Dios bendeciría más en particular a pobres que sirvieran a otros pobres. El ejemplo de la infatigable Señorita le Gras era en su espíritu uno de esos fenómenos que no aparecen sino raramente; y la costaba trabajo creer que se pudiera encontrar en cierto mundo una virtud y una actividad parecidas a la suya. Así durante un buen número de años no se recibió entre las Hijas de la Caridad más que a personas de un nacimiento bastante mediocre y acostumbradas desde la infancia a los más penosos trabajos de las Ciudades y de los campos. Pero unas jóvenes de familia y otras de condición, habiendo hecho, por sí mismas o por sus amigos, reiteradas instancias para compartir con las primeras la abyección y el mérito de sus trabajos, se creyó que habría injusticia en cerrarles una puerta que Dios

mismo parecía abrirles. Se resolvió pues hacer una prueba, y ésta fue acertada del todo. Se vio entonces y se sigue viendo hoy a jóvenes criadas en la delicadeza, vestidas con preciosas ropas, más acostumbradas a mandar que a obedecer, renunciar a todas las comodidades de la vida para abrazar un Estado, en el que la naturaleza tiene mucho que sufrir; honrar como a sus amos a desdichados de toda clase, que no habrían sido admitidos a servirlos en el mundo; y llevar con más alegría un hábito vil y grosero de la que las jóvenes del siglo sienten llevando sus aderezos casi siempre mundanos, y con frecuencia escandalosos.

No sé si este cambio se hizo durante la vida del santo Fundador; lo que es seguro es que de cualquier condición que hayan sido en su tiempo las Hijas de la Caridad, tenía hacia ellas un respeto particular. El solo nombre de Sirvientas de los pobres enternecía a este Padre de todos los afligidos. La protección, que Dios otorga a los que le sirven en sus miembros, le aseguraba perfectamente contra los peligros a los que ellas están expuestas. Las ha enviado bien a los ejércitos para cuidar de los soldados heridos; bien hasta Polonia atravesando Alemania y una multitud de Países herejes, sin dar a entender que temía por ellas, lo que hubiera temido por los demás. Les había ordenado que en sus viajes fueran *rocas* contra todo lo que pudiera anunciarles la trampa del seductor; no dudaba un momento que ellas no lo fuesen, y Dios se lo concedía a sus oraciones y a sus exhortaciones, alguna vez hasta ha parecido prometerles que la Providencia haría en su favor milagros, antes que abandonarlas; y la Providencia ha justificado más de una vez sus predicciones.

A este propósito, les habló un día de un suceso, del que todo París acababa de ser testigo, y en el que la incredulidad misma tendría sus dificultades en no ver el dedo de Dios. Una de estas virtuosas mujeres habiendo ido a una casa del Arrabal de S. Germain, para dar la porción a un pobre enfermo, apenas hubo entrado, cuando todo el Edificio se abrió de arriba abajo, y se desplomó por completo. De treinta personas, o más, que estaban en el Edificio, no se libró ninguna de quedar sepultada bajo las ruinas, menos un niño que quedó herido y la Hermana, de quien hablamos, que salió ilesa. Se encontró durante esta violenta tempestad en un rincón del piso, que no se cayó, aunque el resto del piso se hundiera todo. Allí se quedó inmóvil con una cesta que llevaba en la mano. Una granizada de piedras gordas, de vigas, de postes, de cofres, de armarios, de mesas que se precipitaron de los pisos superiores, le pasaron casi rozando, pero parecieron respetarla; salió sana e intacta de este montón de escombros, en medio de las aclamaciones de una multitud de gente que el ruido y el estrépito habían reunido.

Para terminar lo que se refiere a este Instituto, bastará con añadir que las Hijas de la Caridad no hacen más que votos simples; que no los hacen por primera vez sino después de cinco años de prueba; que, para tenerlas en una justa dependencia, y dejarles al mismo tiempo todo el mérito de una plena libertad, ellas no los hacen cada vez más que por un año; que al renovarlos el 25 de marzo, día en que la Señorita le Gras los hizo por primera vez, lo hace con el permiso que les da la Superiora General; que el retraso de este permiso es la penitencia más dura que se les pueda imponer; que, aparte de las tres virtudes que están en uso en las Órdenes Religiosas, hacen un cuarto voto de servir a los pobres en la Compañía, a la que Dios las ha llamado; y que finalmente la libertad que tienen de salirse no ha servido apenas hasta el presente más que para ligarlas con lazos más consoladores y más inviolables.

El servicio que rindió a los pobres Vicente de Paúl procurándoles unas Mujeres, que no tienen otro objeto que el de socorrerlos, fue pronto seguido de un Establecimiento nuevo, que procuró a estos mismos pobres bienes y ventajas que cuesta mucho idear, y más aún

explicar. A la vuelta de un viaje en el que, por orden del sr Obispo de Beauvais, giró en dos días la visita a las Religiosas Ursulinas -26 y 27 de julio de 1634-, con una sabiduría, cuya prueba subsiste aún hoy en las Ordenanzas que dejó allí. La sra Presidenta Gouffaut vino a verle y le propuso una buena obra cuya idea la ocupaba hacía tiempo. Era una mujer de una caridad eminente. Rica y hermosa, se había quedado viuda en la flor de la edad; el mundo le ofrecía en un segundo matrimonio todo lo que puede halagar a una joven de su condición. Pero la gracia fue más fuerte que la naturaleza. Jesucristo pobre y sufriente en los pobres fue el único Esposo que la Presidenta se quiso escoger; y fue a él solo a quien se esforzó por agrandar el resto de sus días. No perdió nada en ello y los pobres ganaron mucho.

A los que veía con mayor frecuencia era a los enfermos del Hospital General de París (l'Hôtel-Dieu), y fueron ellos el objeto principal de la visita que hizo al santo Sacerdote. Le propuso con mucha fuerza, que este grande y vasto Hospital merecía una atención particular; que pasaban por él cada año unas veinticinco mil personas de toda edad, de todo sexo, de todo País y de toda Religión; que por consiguiente se haría allí una cosecha infinita para la gloria de Dios, si las cosas marcharan como debían marchar; que faltaba mucho para que las cosas fueran como debían ser; y que ella sabía, por haberlo visto, que a los pobres les faltaban muchos auxilios espirituales y temporales.

Vicente sabía muy bien que no se encontraba en el Hospital General el bonito orden que se ha visto luego y se admira hace tantos años; pero sabía también que existen males que hay que tolerar, y que de este número son aquellos que no se pueden parar, sin exponerse a hacerlos mayores. Así que se contentó con responder a la Presidenta que no le convenía meter la hoz en la mies del prójimo; que la casa de la que le hablaban estaba gobernada en lo espiritual y en lo temporal por Directores y Administradores, a quienes tenía por muy sabios; que no tenía no carácter ni autoridad para impedir los abusos que podían hallarse allí como en todas partes; que había que esperar a que los que estaban encargados del gobierno de esta gran casa aportaran los remedios necesarios. Este discurso era sabio, y en él se reconoce fácilmente a un espíritu muy circunspecto y muy precavido: sin embargo, como todo eso no remediaba nada, el celo de la Presidenta no quedó satisfecho. Hizo nuevas tentativas; pero recibió siempre respuestas más o menos parecidas; Vicente continuó diciendo que este asunto no era de su incumbencia, y que no le convenía mezclarse en él.

Lo que hace el amor del mundo en el corazón de una mujer, que es su víctima, lo hace el amor de Dios con mayor facilidad en el corazón de esas mujeres virtuosas, que no respiran sino su gloria. La Señora Gouffaut no perdió de vista el proyecto que había formado: lo siguió por entero, es decir que persistió en querer que fuera ejecutado y, lo que es más, que Vicente fuese quien lo ejecutara. Toda la dificultad estaba en hacérselo comprender; ya que por poco que quisiera encargarse, ella conocía demasiado su prudencia y su habilidad, para dudar del éxito. Con este pensamiento se fue a ver al sr Arzobispo de París; ella le habló de una manera tan expresiva, tan urgente que este Prelado hizo saber al Siervo de Dios que le complacería escuchar las propuestas que le habían hecho, y establecer una Compañía de Damas, que tuvieran un cuidado particular de los enfermos del Hôtel-Dieu.

El Santo no dudó más de la voluntad de Dios, una vez que se le manifestó por el órgano de su Obispo. Por eso, sin deliberar, rogó a unas mujeres de condición y de piedad que se reunieran tal día y a tal hora en casa de la presidenta. Allí se encontraron las Damas de Ville-Savin, de Bailleul, del Mecq, de Sainctor y de Pollaillon. El santo Sacerdote abrió la Asamblea con un discurso tan enérgico, y resaltó tanto la necesidad, la importancia, la

grandeza de la empresa que les proponía que todas resolvieron entregarse a ella. Vicente señaló una nueva Asamblea para el lunes siguiente; Vicente encargó a todos los que habían asistido a la primera que invitaran a la segunda a aquellas amigas suyas que juzgaran aptas para prestarse a la buena obra que se quería emprender: pero, según su costumbre, también les encargó más todavía que encomendaran este asunto a Dios, y que comulgaran con esta intención. En este sentido escribió a la Señorita le Gras, advirtiéndole que la necesitarían y a cuatro de sus Hijas.

Esta segunda Asamblea fue más numerosa que la primera. Se encontraron allí varias Damas tan distinguidas por su virtud como por el rango que ocupaban. Las más conocidas son Elizabeth d'Aligre Cancillera de Francia, Anne Petau viuda del Señor Reanut Señor de Traversai y Marie Fouquet. Esta última se creó un nombre inmortal por su afecto a Dios, su ternura hacia los pobres, su amor a la oración: y no se olvidará nunca que en el momento de enterarse de la humillante desgracia de su Hijo -1661-, el Superintendente de las Finanzas, pronunció a los pies de su divino Maestro estas palabras que serán su elogio por todos los siglos: *Os doy gracias, mi Dios; siempre os pedí la salvación de mi Hijo, este es el camino.* Se procedió en esta Asamblea a la elección de tres Oficiales; es decir de una Superiora, de una Asistente y de una Tesorera. La Presidenta Goufault tuvo el honor de ser la primera Superiora de la nueva Compañía, y Vicente fue constituido el Director perpetuo. En pocos años se hizo tan floreciente que contaba con más de doscientas Damas, entre las cuales se han visto con edificación a Presidentas, Condesas, Marquesas, Duquesas, Princesas incluso, que inclinaban humildemente delante de los pobres una cabeza nacida para llevar la Diadema. Cuanta mejor voluntad testimoniaban mujeres respetables, mejor reconoció Vicente lo importante que era dirigir su celo. Por eso les prescribió unas Reglas, de las que se convino que no apartarían. Como tenía una vista admirable, y examinaba sus objetivos en todas sus partes, se dio cuenta que había que, 1º Hacer el bien, sin dar a entender que se reprochaba a los que estaban encargados por no haberlo hecho. 2º Hacerlo a la vista de todos aquellos que quisieran presenciarlo. 3º Por fin, hacerlo a enfermos, más dignos de compadecer por parte del alma que de parte del cuerpo.

A base de estos principios fue como, sin alejarse de esta sabia sencillez, que fue siempre el alma de su conducta, al entrar en el Hospital General, irían en primer lugar a presentarse a las Religiosas, que cuidan a los enfermos; que les rogarían tener a bien que, para participar de sus méritos, tuvieran el consuelo de servir con ellas; que en caso de que se hallara alguna, que no las mirara con buenos ojos, ellas tendrían mucho cuidado de no contradecirla, o de querer imponerse; y para terminar ellas honrarían a todas estas jóvenes, como a sus propias Madres, las Dueñas de la Casa, las Esposas de Jesucristo. Que con respecto a los pobres, les hablarían con mucha dulzura y humildad; que, para no contristar a estos desdichados, a quienes el lujo de los ricos hace sentir más el peso de sus miserias, no se presentarían ante ellos más que con vestiduras igualmente sencillas y modestas; y que, para hacerles más atentos a las pequeñas exhortaciones que les debían hacer sobre el asunto de la salvación, les procurarían todos los pequeños auxilios, que la casa no les daba. Finalmente, el S. Sacerdote quiso también que, a fin de no dañar los ojos de cierta clase de gente que les gusta censurar lo que no tienen el valor de imitar, evitaran no sólo hacerse las sabias, cuando instruyeran a los enfermos, sino también parecer hablar de sí mismas; y que para ello tuvieran siempre en la mano un Librito, que se mandó imprimir a este fin y que encerraba aquellas verdades Cristianas, cuyo conocimiento es más esencial.

Este proyecto fue ejecutado, y dio buenos resultados. Estas Damas, por medio de sus modos amables y respetuosos, se ganaron el corazón de las Religiosas de la casa. Tuvieron

plena libertad de recorrer las Salas y las camas para consolar a los pobres, hablarles de Dios, llevarles a hacer buen uso de sus enfermedades, disponerlos a una santa y Cristiana muerte. Comenzaron por desterrar algunos abusos de importancia, que eran efecto de un celo mal entendido. Era costumbre en el Hospital General hacer confesarse a los que eran admitidos en el momento que entraban. Estas Confesiones realizadas a toda prisa por personas, que no estaban ni preparadas ni instruidas no podían por menos que estar mal hechas. Con bastante frecuencia incluso eran también sacrilegios por otro capítulo. Había hombres que, si bien crecidos en la herejía, se confesaban como los demás, por el miedo a no ser recibidos o ser maltratados. Por otro lado, no se hablaba nunca a los enfermos de hacer Confesiones generales. Después de esta primera Confesión, que habían hecho al entrar, se los dejaba tranquilos hasta la proximidad de la muerte; es decir, hasta que fueran tanto a más incapaces de confesarse bien como la primera vez.

La supresión de estos desórdenes fue el primer efecto del celo de la nueva Asamblea. Las Damas, que visitaban a los enfermos, se dedicaron a instruirlos, a enseñarles la manera de examinar bien sus conciencias, a hacer nacer en sus corazones, con la ayuda de la gracia, estos sentimientos de dolor y de humillación, que Dios no ha rechazado nunca. Todo ello se hacía con la más perfecta sencillez de los Hijos de Dios, como lo había recomendado el santo Sacerdote muy expresamente. Estas virtuosas Damas menos prescribir a los demás lo que debían hacer, que contarles lo que la misericordia de Señor les había mandado hacer a ellas mismas. *“¿Hace mucho tiempo, querida Hermana, decían a una mujer enferma, que no os confesáis? No tendríais la devoción la devoción de hacer una Confesión general, si os dijeran cómo hay que hacerla. A mí me han dicho que era importante para mi salvación hacer una buena antes de morir, ya para reparar los defectos de las Confesiones ordinarias, que quizás yo haya hecho mal; ya para concebir un mayor arrepentimiento de mis pecados, teniendo presentes por un lado los más graves de aquellos que tuve la desdicha de cometer durante toda mi vida, y por otro la misericordia infinita de Dios, que lejos de condenarme al fuego del infierno, cuando lo he merecido, ha escuchado mi penitencia para perdonármelos, y concederme su Paraíso, si me convirtiera a él de todo corazón. Pues bien, podéis tener las mismas razones que yo de hacer esta Confesión general, y de entregaros a Dios para vivir bien el resto de vuestros días. Y si queréis saber lo que debéis hacer para acordaros de vuestros pecados, y luego confesarlos como es debido, me enseñaron a examinarme como yo os voy a decir, etc. También me enseñaron a hacer Actos de Fe, de Esperanza, de Amor de Dios, y de un verdadero y sincero dolor de mis pecados de esta manera, etc.”*

Este fue el método que siguieron, por consejo de su sabio Director, las Damas de la Asamblea, en las instrucciones de los enfermos. Logró mucho más de lo esperado; edificó a aquellos mismos que no sentían mucha inclinación a la edificación, y la crítica más mordaz no encontró en ella nada que pudiera censurar.

Cuando los enfermos estaban bastante instruidos, y parecían estar suficientemente preparados, estas mismas Damas se cuidaban de procurarles Confesores idóneos para acabar lo que ellas habían comenzado. Se dirigieron en primer lugar a Religiosos; pero habiendo sobrevenido en esta ocasión algunas dificultades, escogieron a dos Sacerdotes Seculares de los cuales uno, que sabía varias lenguas, podía confesar a los Extranjeros, que no hablaban francés. Algún tiempo después, habiendo aumentado el número de enfermos, las Damas que se vieron abrumadas por la multitud de los que había que instruir, y que de esta forma no podían prestar con comodidad los servicios a los hombres que prestaban a las mujeres, tomaron nuevos acuerdos. Convinieron con los Superiores de la Misión, colocar

allí a seis Sacerdotes, que no tendrían otro oficio que el de instruir a los hombres y escuchar las Confesiones de las personas de uno y otro sexo. Estos Sacerdotes, para realizar mejor una función tan dura como importante, debían comenzar por hacer un Retiro en S. Lázaro, y renovarlo cada año, a fin de mantener el espíritu de caridad, que les es necesario. Por lo demás, su condición era buena para el tiempo. La Asamblea de las Damas daba a cada uno de ellos cuarenta escudos al año: tenían cada día en Notre Dame la retribución por sus Misas; el Hospital General les proporcionaba habitación y alimentación.

Este Establecimiento, que procuraba a los enfermos y a los moribundos un socorro tan esencial, no impidió que las Damas de la Asamblea continuaran prestando sus servicios espirituales de los que eran capaces. Se imaginaban, como Vicente de Paúl que era su modelo, no haber llegado nunca a hacer lo suficiente para responder a los designios de Dios. Se piensa enseguida que la Señorita le Gras no era la menos ardiente. El Siervo de Dios se vio obligado más de una vez a moderar su celo, y a decirle que el deseo y el pensamiento de llegar más lejos de lo que podemos hacer con los medios que él nos da, es un crimen para los Hijos de la Providencia.

Con vistas a dirigir a Damas, cuya conservación tan necesaria era a los pobres, el santo Sacerdote, dos años después de la Fundación de su Compañía, hizo un nuevo Reglamento que las aliviaba mucho, sin perjuicio de los enfermos. Hasta entonces las mismas personas, que los habían servido, se tomaban también el trabajo de instruirlos y prepararlos para la muerte. Vicente creyó que había que compartir estos oficios. Para no hacer nada sin el consentimiento de ellas, señaló una Asamblea, en la que se hallaran todas. En ella propuso sus razones, que fueron aceptadas. Se disponía que en adelante las Damas serían distribuidas en dos clases; que unas estarían encargadas de servir a los pobres, mientras que las otras trabajarían en instruirlos; que cada tres meses se nombrarían a catorce para esta doble función; que dos de este número irían, cada día de la Semana, al Hospital General después de recibir la bendición de aquel de los Señores Canónigos de la Catedral, que fuera entonces su Superior; que en las cuatro témporas del Año, se haría una nueva Elección; y que las que salieran de cargo, entregarían a la Asamblea un informe sencillo y fiel des éxito de sus trabajos, y cómo se las habían arreglado para llevarlos a buen fin; para que sirviese de regla y diera valor a las que las siguieran.

Hasta aquí hemos hablado sólo de los auxilios espirituales que estas virtuosas Damas prestaban a los enfermos; es justo decir unas palabras de los servicios corporales que ellas les han prestado durante la vida de nuestro Santo y que han continuado prestándoles con mayor o menor amplitud, más de sesenta años después de su muerte. Se habían reglamentado, desde el comienzo, estos servicios por el informe que había hecho la Presidenta Gouffault, sobre el modo como pasaban los enfermos la mañana y la tarde. Conviene o que no se les diera nada durante todo ese tiempo, o que no se les diera más que alimentos demasiado vulgares, y poco proporcionados al estado de disgusto y languidez en que se encuentran casi siempre los enfermos. Una caridad menos tierna que la de esta ilustre viuda, no hubiera llamado mucho la atención. Cuando no se sufre, no se siente lo que sufren los demás. Pero una mujer, a quien la gracia había enseñado a mirar a los pobres como a sus propios hijos, estaba muy lejos de sentir de tener sentimientos tan duros, tan poco razonables. Ella hubiera querido verlos tratados en sus enfermedades, como ella era tratada en las suyas. Vicente secundó sus buenas intenciones, y este digno Sacerdote, cuyo gran talento fue siempre mover los corazones a favor de los pobres. Comunicó gozoso estas buenas y caritativas disposiciones de las Damas tan piadosas como lo eran las de su Asamblea. Se publicó pues desde la segunda sesión, que se alquilaría una Casa cerca del

Hospital General y que se establecería allí a Hijas de la Caridad, para preparar el desayuno y la colación de un millar de enfermos; que por la mañana se darían hervidos con leche a los que pudieran tomarlos; que por la tarde se les serviría pan blanco, bizcochos, confituras, helado, incluso cerezas, y racimos según la estación y el grado de su convalecencia; que durante el invierno se les traería cebollas, fruta cocida, asados al azúcar; que por fin las Damas que, por turnos, serían destinadas a ir al Hospital General, tendrían a mucha honra presentar con sus propias manos estos pequeños dulces a los que los necesiten.

El espectáculo de un número de mujeres del primer rango que por turno cumplían con este ejercicio de caridad, con una atención, una dulzura y unas gracias, de las que los criados no son capaces; este espectáculo, digo, encantó y enterneció al pueblo y a la Nobleza. Los pobres, que formaban más parte de él que nadie, quedaron impresionados en extremo; y el agradecimiento por los servicios que se les hacían respecto de la salud del cuerpo los dispuso a escuchar con gusto lo que les decían para la santificación de sus almas. No le es dado al hombre saber hasta qué punto ha sacado Dios su gloria de una empresa tan sabiamente concertada. No obstante no podemos tener más que prejuicios muy favorables en este asunto, sobre todo, si se nos permite juzgar de la conversión de las costumbres por conversiones que se hicieron en materia de Religión: ya que en el curso de un solo año, que fue el mismo que esta buena obra comenzó, Dios la bendijo hasta tal punto que hubo más de setecientas sesenta, tanto Turcos como Calvinistas y Luteranos, de los que muchos habían sido heridos y apresados en el mar, que abjuraron de su falsa Religión, para abrazar la Fe Católica. En París estaban también tan persuadidos de que había una bendición muy particular que iba unida a los trabajos y a los cuidados de las Damas de la nueva Compañía, que una Burguesa pidió y consiguió ser recibida en el Hospital General, pagando muy ampliamente sus gastos, a condición de ser asistida como lo eran actualmente los pobres de la casa.

Por lo demás, aunque el gasto que hacía esta Asamblea ascendiera por lo menos a siete mil libras al año, no se le debe tener como el preludio de los esfuerzos que hizo algunos años después a favor de una multitud infinita de pobres del Reino y de los Estados vecinos; estos esfuerzos mismos, por prodigiosos que deban parecer, no forman más que una parte de los grandes bienes que la misma Asamblea ha producido. Y efectivamente, es ella la que, bajo la dirección, y casi siempre por la impresión de S. Vicente, ha echado de alguna manera los primeros fundamentos del Hospital general de París, y del de Sainte-Reine. Fue ella la que abrió un asilo a los Niños abandonados, y un retiro gracioso a varias Jóvenes honradas, por la Fundación de la Casa de la Providencia. Finalmente, fue ella, cuya caridad hizo sentir sus fuegos hasta en Asia, África y América, donde mediante abundantes limosnas contribuyó al mantenimiento de los Ministros del Evangelio, a la continuidad de los nuevos Conversos, a la redención de los Cautivos, a la erección de varias Iglesias, y las carreras Apostólicas que hicieron en la China, y en el Tonquin, los Obispos de Heliopolis, de Beryte y de Metellopolis. Pero tan bellas acciones demandan un mayor detalle; hay que esperar que el orden de los tiempos nos permita hablar de ello con más amplitud.

El modo como se las arregló Vicente para poner el Hospital General en el estado en que debía estar agradó mucho al sr Arzobispo de París. También este Prelado le daba todos los días nuevas señales de confianza. Aunque no ignorara que el Siervo de Dios andaba ocupadísimo, no estaba nunca más tranquilo que cuando veía el sufragio de un hombre tan esclarecido reunirse con el sentimiento de aquellos a quienes juzgaba dignos de consultar. Por esa razón a principios del año 1635, le encargó examinar con el P. Binet de la Compañía de Jesús, y el P. Vigier de la Doctrina Cristiana, las Constituciones de las

Religiosas Hospitalarias de la Caridad de Notre Dame. Su Comunidad, en la que se comprometen por un voto particular a prestar a las personas del sexo los mismos servicios que prestan a los hombres los Hermanos de la Caridad, había sido fundada –en 1624–, diez años antes por la Madre Francisca de la Cruz. Esta Joven tuvo, entre otros méritos, el de cumplir con abundancia el significado del nombre que llevaba. La acusaron de haber tomado parte en las abominaciones de dos Sacerdotes perversos, que por Decreto del Parlamento de Rouen fueron arrastrados por el enrejado, y quemados, uno vivo, el otro después de morir. Pero su inocencia triunfó; y todo hace pensar que nuestro Santo, que fue siempre tan celoso por los intereses de las personas consagradas a Dios, puso su crédito a favor de ella, así las cosas, aprobó las Constituciones de su Orden, y declaró, mediante un Acta del 13 de febrero, hecha de consuno con los que le habían asociado, que no encerraban nada contrario a la disciplina del S. Concilio de Trento.

A pesar de sus ocupaciones, y un gran número de otras más o menos importantes, Vicente proseguía sin dejarlo sus dos proyectos primeros sobre la reforma del Clero, la instrucción de los pueblos del campo. Lo que había hecho hasta entonces a favor de los que se preparaban a recibir las sagradas Órdenes, no le parecía suficiente; y lo único que le contentaba, como ya he dicho antes, era que no podía hacer más. Pensó con razón que, si se pudiera formar temprano a los Eclesiásticos en las virtudes de su Estado, la Iglesia encontraría un día en estas jóvenes plantas cultivadas largo tiempo atrás recursos más seguros contra la licencia y el desenfreno. Con estas miras estableció un Seminario en el Colegio de los Bons-Enfants. Siguió el Plan del Concilio de Trento, y comenzó a recibir a un número de Clérigos de edad de doce o catorce años, a quienes los Sacerdotes de la congregación enseñaban el Canto, las Ceremonias, y sobre todo la gravedad, el recogimiento, el aislamiento del mundo, y todas las virtudes propias del santo Ministerio. Pero se dio cuenta muy pronto, y sus amigos también con él, que este proyecto, por bueno que fuera, sería muy difícil de llevar a cabo. Costaba mucho a los padres, que se veían obligados a grandes y largos gastos. No producía a la Iglesia, cuyas necesidades eran perentorias, sino frutos tardíos; a veces incluso se veía ella privada de ellos, cuando se creía en vísperas de recogerlos, porque estos jóvenes, cuando habían avanzado en la edad, tomaban partido en el siglo, y abandonaban el Estado Eclesiástico. Esto es lo que obligó, seis o siete años después, al Siervo de Dios, no a abandonar su empresa, sino a añadirle algo, estableciendo con el sr Bourdoise su amigo Seminarios en las mismas bases en que se hallan ahora en la mayor parte de las Diócesis de Francia y de Italia; como lo diré en su lugar.

En cuanto a la instrucción de los pueblos del campo, el Santo multiplicó las misiones a medida que Dios multiplicaba su Compañía. Sus Sacerdotes recorrieron poco a poco una gran parte de nuestras Provincias. Las que estaban más expuestas al contagio de la herejía, fueron por lo común preferidas a las otras, porque sus necesidades eran más urgentes. Por esto quiso que dos de sus misioneros trabajaran dos años enteros en la Diócesis de Montauban. Allí hicieron mucho bien; abolieron, dice el sr Murviel que era su Obispo, la magia y el sortilegio en todos los lugares por donde pasaron; y aunque hubieran sido enviados principalmente para ayudar a los Católicos, que estaban en peligro de perder la fe, Dios les dio la gracia de convertir a veinticuatro Calvinistas. Tres o cuatro años después, Vicente envió a otros a las Diócesis de Burdeos y de Saintes. En todo lugar el éxito superó las justas esperanzas. Como se evitaba en los sermones todo cuanto oliera a disputa, un buen número de pretendidos Reformados acudían tan espontáneamente como los Católicos: pero como se cuidaban al mismo tiempo de exponer y poner con toda claridad la belleza de

nuestra santa Religión, había siempre muchos Herejes que se convertían. Los mismos que no renunciaban a sus errores rendían, de acuerdo con los Católicos, un testimonio muy favorable al celo y a la capacidad de los Misioneros: y esta relación de unos con los otros fue causa de que dos personas que tenían mucha virtud no tuvieran dificultad en comparar a estos dignos obreros con los grandes Hombres *de la primitiva Iglesia*.

Parece que estos éxitos, de los que los Prelados, los Canónigos, los Párrocos, los Señores de la Parroquia daban cuanta exacta al Siervo de Dios, no podían sino consolarle. Sin embargo alarmaron más de una vez la santa y perfecta amistad que tenía por sus Hijos. Temía que las bendiciones que recibían de los Pastores y de los pueblos debilitaran poco a poco su humildad. A ejemplo del santo hombre Job, se santificaba por ellos y ofrecía cada mañana la Víctima de expiación por las faltas que hubieran podido cometer en este punto. Esta precaución no era suficiente todavía para su ternura asustada; tenía cuidado al felicitarles por sus conquistas espirituales de llevarlos al que era el Autor. *Reconozcamos*, escribía a uno de ellos que hacía prodigios en una Misión en Mortagne; *que una gracia tan abundante viene de Dios; pero no olvidemos que no la continúa más que a los humildes, y a los que reconocen en su presencia que todo el bien que se hace por ellos viene de él... Humillaos pues, Señor, y humillaos mucho, al ver que Judas había tenido más gracias y había hecho más cosas que usted y que se perdió no obstante con todo ello. ¡ Y qué servirá al hombre más Apostólico y al mayor Predicador del mundo haber hecho resonar en una Provincia el sonido de su voz y haber convertido a varios centenares de almas, si con todo, y después de todo ello, se pierde a sí mismo! No es que, añadía Vicente, siempre atento a suavizar lo que los consejos más sabios tienen de amargos; no es que yo tenga ningún motivo particular de temer por usted una vana complacencia; sino para que, si llega a atacaros, como lo hará sin duda, la rechacéis con mucho cuidado y prontitud, para honrar las humillaciones de Jesucristo Nuestro Señor.*

Así fue como este digno Superior trabajaba por la salvación de sus Sacerdotes, mientras que estos mismos Sacerdotes trabajaban por la salvación de los pueblos. No dejaba tampoco de asociarse a sus funciones, todas las veces que los grandes asuntos que llevaba entre manos le permitían un respiro, y entonces elegía las Misiones más trabajosas. Es verosímelmente por esta razón por la que había formado el plan de ponerse a la cabeza de los suyos, para comenzar una en las Cévennes; que merece bien que no la omitamos aquí.

Todo el mundo sabe que las Cévennes son una cadena de altas montañas, que se extienden a lo largo de cerca de treinta leguas por las diócesis de Alais, de Usez, de Mende, y por una parte del Vivarais. Se sabe asimismo que, como tienen un acceso muy difícil, la herejía, y el libertinaje que es su consecuencia, se habían acantonado allí, se habían hecho una muralla, contra el cual las fuerzas de nuestras tropas fracasaron más de una vez. El Calvinismo en la época en la que hablamos, estaba allí como en su centro. Sus Ministros, parecidos a lobos furiosos, hacían frecuentes excursiones a las llanuras vecinas, de las cuales arrebatában siempre al rebaño del Hijo de Dios alguna de sus ovejas. El miedo de algún estrago mayor llevó al Obispo de Mende a exponer su situación al Siervo de Dios. Vicente le dio auxilio tan pronto como pudo hacerlo; y por la conducta que tuvo en este tiempo con un hombre, de quien vamos a hablar, dio a conocer que, a su parecer, no tenía ni erudición, ni ciencia, que valiera ante Dios, el trabajo de una simple Misión del campo.

Nuestro Santo tenía en Roma a uno de sus Sacerdotes, llamado du Coudrai, que conocía perfectamente las lenguas Siríaca y Hebraica. Personas de categoría, y llenas de buena intención hacia Vicente y su Instituto le rogaron que diera una nueva Versión Latina del Texto Siríaco. Estaban persuadidos que una obra de esta naturaleza daría honor a una

Congregación naciente, y no sería inútil a la Iglesia. Se quería también que escribiera contra los Judíos y que, para combatirlos con mayor ventaja, se sirviera del conocimiento de sus Libros, que los entendía mejor que ellos. Du Coudrai escuchó con bastante atención estas dos propuestas; pero antes de comprometer su palabra, quiso saber lo que pensaba su Superior. Vicente, el humilde y caritativo Vicente, le suplicó en una Carta, en la que la dulzura y el buen sentido brillan por igual, que no pensara en ello. le hizo ver, que estas clases de Obras alimentan la curiosidad de los Sabios, pero no sirven de nada para la salvación del pobre pueblo, al que la Providencia le había destinado; que le bastaba con estar en situación de confundir a los enemigos de la Divinidad de Nuestro Señor en este Reino, si se presentara la ocasión; que necesidades más urgentes le llamaban a otra parte; que había entonces en Francia miles de almas, que le tendían las manos, y que le decían de la manera más conmovedora: *“Ay, Señor, habéis sido elegido por Dios para contribuir a nuestra salvación: tened pues piedad de nosotros; ayudadnos a salir del mal estado en que nos hallamos. Hace mucho que estamos sumidos en el pecado, la ignorancia y las tinieblas. No necesitamos para salir de ahí ni de Versiones Siríacas ni de Versiones Latinas. Vuestro celo y la mala jerga de nuestras montañas nos bastará. Sin ello nosotros estamos en un grande peligro de perdernos”*.

Esta Carta, que respira el espíritu de la que escribió hace tiempo a la Universidad de París el gran Apóstol de las Indias y del Japón, acababa con instancias más vivas que las primeras. El santo Sacerdote protestaba oponerse a las solicitudes del sr Obispo de Mende, que él mismo iría a las Cévennes, si no encontraba a nadie que pudiera reemplazarle, y que se sentía muy presionado para ir a trabajar allí hasta el último suspiro.

Nuevas complicaciones y una caída muy peligrosa que tuvo por aquel entonces no le permitieron ejecutar este gran plan. Dos de sus Sacerdotes ocuparon su lugar en esta terrible Región. Trabajaron allí durante cerca de dos años en trabajos extraordinarios; y participaron en buena parte del Cáliz del Señor. Vicente les escribió, no para compadecerlos, sino para felicitarlos. Les decía en propias palabras, que un Sacerdote, que pretende otra cosa en sus trabajos que la vergüenza, la ignominia y la muerte misma, no es Discípulo de Jesucristo; y que este Dios-Hombre no ha sido recompensado por sus fatigas sino con el oprobio y un patíbulo infame. Sin embargo, para consolarlos, añadió que cuanto más dolorosos son los comienzos de una misión, más abundantes son de ordinario sus frutos, y que al final su tristeza se volvería en gozo. No sé si esta predicción tardó mucho en cumplirse; lo cierto es que el santo Hombre no se echó atrás, y que después de dar una dulce y viva reprimenda a uno de sus dos Misioneros, quien demasiado contento con la superioridad que tenía sobre los herejes, los había tratado con demasiado desprecio, y llegar incluso en sus Prédicas a *provocarles a la disputa*, continuó de vez en cuando enviando Obreros a estas espantosas montañas.

El Obispo de Mende se lo agradeció más de una vez en Cartas, en las que se reconoce que es cosa frecuente y a prueba de los hombres Apostólicos no producir frutos sino por la paciencia. *Os aseguro*, decía a Vicente este sabio Prelado –carta de 1642-, *que estimo el trabajo que los vuestros desarrollan en mi Diócesis ahora más que cien Reinos. Me encuentro en una satisfacción perfecta al ver que todos mis Diocesanos se inclinan al bien, y que mis Párrocos sacan gran provecho de las Conferencias que vuestros Sacerdotes establecen con éxito y bendición*. El mismo Obispo le informó al año siguiente de que, como consecuencia de las misiones, durante el curso de las cuales había visitado las Parroquias, en que se habían dado, había recibido la abjuración de treinta o cuarenta Hugonotes; que había otros tantos que en pocos días iban a hacer lo mismo; en una palabra,

que la última Misión había producido *frutos increíbles*, y que solamente los Sacerdotes de la Congregación, que habían tomado en ella una buena parte, estaban en disposición de entregarle un informe fiel.

Lo que había impedido al Siervo de Dios dar al sr Obispo de Mende una ayuda más abundante es que un gran número de Prelados, cuyas necesidades eran casi perecidas, se los pedían de todas partes. Por la época de que hablamos, envió a sus Misioneros al Auvernia, al Velai, y al Valentinois. Trabajaron con frecuencia cerca de S. Francisco Regis, que por su celo y sus talentos verdaderamente Apostólicos, se ganó un gran nombre en la Iglesia de Dios. No se vio nunca ni por un lado ni por otro una sombra de envidia: y es que los Ministros del Evangelio, cuando no buscan más que la gloria de su Maestro, querrían de todo corazón que todo Israel fuera Profeta; y que la caridad, que les otorga parte en las obras buenas del prójimo, les hace mirar como su propio bien el que hacen sus Hermanos en Jesucristo.

1636: Misiones en el Ejército. Vicente fue algunos años después destinado a otro género de Misión, y fue el Rey quien le destinó. Los asuntos estaban por entonces muy revueltos en Francia. El fuego de la guerra se encendía a diario; y después de azotar por mucho tiempo las fronteras, penetraba poco a poco hasta el centro del Reino. Los españoles, bajo la dirección de Jean de Wert, y del Príncipe Thomas, tomaron en pocos días la Capelle, el Catelet, y Corbie –el 15 de agosto 1636-, cuyo Gobernador, que no había ofrecido mucha resistencia, fue condenado a ser descuartizado (por cuatro caballos). La pérdida de esta última Ciudad arrojó una gran consternación en París, cuya Vanguardia enemiga solo distaba diez o doce leguas, que cantidad de habitantes, que creían ver ya a Jean de Wert a sus puertas, se fugaron con sus mejores efectos. El Cardenal de Richelieu que había regresado a la Capital para tranquilizar al pueblo, y calmar las habladurías, hizo levar allí enseguida a veinte mil hombres, la mayor parte Lacayos o Aprendices, cuyos Dueños se habían visto obligados a deshacerse en virtud de un decreto del Consejo. Los Parisienses asustados dieron más de lo esperado para mantener a esta Milicia: y la Casa de S. Lázaro contribuyó de una manera, que tiene algo de singular. Se hizo de ella una Plaza de armas y se formó allí en los ejercicios militares a los Soldados recientemente enrolados. La Leñera, las Salas, los Patios, el antiguo Claustro de los Religiosos, todo estaba lleno de gente de guerra. *Aquel santo día de la Asunción*, dice Vicente en una Carta que escribió a uno de sus Sacerdotes –el P. Portail, que daba con el sr Olier Misiones en Auvernia; *aquel santo día no está exento de estos apuros tumultuosos. El Tambor comienza a redoblar aunque no sean todavía más que las siete de la mañana... Y desde hace ocho días se han preparado aquí setenta y dos Compañías. A pesar de este ruido, añadía Vicente, toda nuestra Compañía no deja de hacer su retirada, con la excepción de tres o cuatro, que están a punto de partir, y marcharse lejos.*

Estos Sacerdotes, que debían marchar de continuo a las Diócesis alejadas, recibieron la orden de ir al Ejército de Picardía, donde otros once no tardaron en unírseles. El Rey que creyó que todo le saldría bien frente a estos enemigos si tuviera bastante suerte para poner de su parte al Dios de los Ejércitos, había querido que se trabajara en la santificación de sus tropas: y fue de parte de este Religioso Príncipe cuando el sr Canciller mandó a Vicente de Paúl que enviara al Campamento a veinte de sus Misioneros. Como un buen número estaban ocupados en los extremos del Reino, el Santo no pudo mandar más que a quince, y el Rey, a quien había ido a ofrecer en Senlis sus servicios, y los de su Congregación, tuvo la bondad de contentarse con ellos. El ruido demasiado fundado, que se difundió, de que una enfermedad contagiosa afligía a las tropas, fue un motivo para estos dignos Obreros de

apresurar su partida; y Vicente contaba tan seguro con su celo, que para mandar partir a uno de los suyos, que había dejado con el Rey, se contentó con escribirle –Carta al sr Sergis en Senlis...agosto de 1636, que *la peste estaba en el Ejército. Vaya pues, Señor, vaya con el mismo espíritu que fue S. Francisco Javier a las Indias, y conseguiréis como él la Corona que Jesucristo os ha merecido con su Sangre preciosa, y que él os dará, si honráis su caridad, su celo, su mortificación y su humildad.*

Para mantener el orden y la uniformidad entre los suyos, Vicente, como siempre, les dio un Reglamento, que se reduce a lo siguiente.

Los Sacerdotes de la Misión, que están en el Ejército, tendrán presente que Nuestro Señor los ha llamado a este santo empleo, 1º Para que por sus oraciones y sus Sacrificios, pidan a Dios el éxito feliz de los designios del Rey y la conservación de sus tropas. 2º Para que ayuden a los buenos Soldados a conservar la gracia; a los malos a salir del pecado; a los que estén cerca de la muerte a ponerse en estado de comparecer ante Dios.

Considerarán que, si bien no pueden borrar todos los pecados del Ejército, Dios querrá tal vez servirse de ellos para disminuir su número; que es un gran bien a los ojos de la Religión impedir una parte del mal; que es hacer que Jesucristo, que debía ser crucificado cien veces, no lo sea más que noventa; y que de mil almas, que se habrían perdido todas, si no se les hubiera tendido la mano, haya algunas que escapen del demonio.

Estarán bien persuadidos de que la santificación de los Militares depende mucho de su propia santificación. Para llegar a una y otra, celebrarán la santa Misa todos los días, o comulgarán en la de los demás, si ellos mismos no la pueden celebrar. Practicarán interior y exteriormente las virtudes de caridad, de mortificación, de paciencia, de obediencia y de modestia. Honrarán de una manera particular, el nombre *del Dios de los ejércitos*, que Dios recibe en la Escritura; y *el silencio de Nuestro Señor en las horas acostumbradas, y siempre de acuerdo con los asuntos de Estado*. Seguirán en el Ejército, mientras puedan, el orden que tienen por costumbre seguir mientras están en misión, sobre todo en las horas de levantarse, de acostarse, de la Oración, del Oficio divino, de la Lectura espiritual y de los Exámenes. Tendrán con frecuencia Conferencias de piedad sobre temas relativos al oficio que ahora se les ha encomendado.

Para conservar las fuerzas que necesitan en estas funciones penosas, se limitarán a dar a las tropas los servicios espirituales, para los que se les ha enviado. Así dejarán el cuidado de vendar a los enfermos a los que la Providencia se lo ha confiado. Si se les encarga confesar a los apestados, lo harán de lejos, y con las precauciones necesarias. Se alojarán en Tiendas, si se puede, allí se reunirán cuando estén en cuarteles más alejados.

La fidelidad a un Reglamento tan sabio, tan lleno del Espíritu de Dios, atrajo las bendiciones del Cielo sobre estos dignos Ministros y sobre sus trabajos. Resistieron la fatiga con mucho valor y asiduidad. A partir del 20 de septiembre había ya cuatro mil Soldados que se habían acercado al Tribunal de la Penitencia –Carta al sr Portail del 20 de septiembre- *con una gran efusión de lágrimas*. Esta Misión, que acampaba y levantaba casi todos los días, no sirvió solamente a las Tropas del Rey, sino también ser útil a cantidad de personas de las Diócesis, por donde pasaba el Ejército; y quienes, con el permiso de los Obispos, se aprovecharon de la ocasión que Dios les ofrecía de reconciliarse con él. Muchos, sea Soldados, sea habitantes de la Región, murieron de una manera edificante, y protegidos de los Sacramentos que les fueron administrados por los Misioneros. Por lo demás, como dice la experiencia, que los que llevan las armas no son nunca más intrépidos que cuando se están bien con Dios, este Ejército, compuesto en parte por Tropas nuevas, hizo maravillas. Corbie, que los Españoles habían fortificado lo más posible, capituló

después de ocho días de trinchera abierta -10 de noviembre-. Su rendición llevó la alarma a todo Flandes. La Picardía se vio reforzada; y los habitantes de París se creyeron seguros en casa. Los Sacerdotes de la Misión volvieron unos tras otros. Estaban cansados por los trabajos de esta campaña a más no poder. Algunos de ellos habían sido atacados por la enfermedad contagiosa; pero Dios se los conservó a su Iglesia, y pronto le rindieron nuevos servicios en varias misiones, sobre todo en las que se dieron a ruegos del señor Noel de Brulart, más conocido por el nombre del Comendador de Sillery.

Este Señor había alcanzado mucha reputación en varias negociaciones importantes. Sus Embajadas en Italia, en España y en otros Estados, le habían hecho recomendable en la Corte de Luis XIII y en la Orden de Malta que le había provisto de la Encomienda del Temple en Troya. Formaba una gran figura en el mundo, por una sucesión, casi necesaria, una muy pequeña ante Dios. Tocado por la gracia, sintió la miseria y las ilusiones de las grandezas humanas. Lo que le había encantado más en el siglo no le pareció poco a poco más vanidad y aflicción de espíritu. Resolvió pues dejar la Corte; y persuadido con un antiguo Padre de que uno se siente bien desdichado por no vivir más que para los demás, cuando se debe no morir más que para sí, formó el propósito de dar a su salvación todo el tiempo que le quedaba de vida.

Vicente de Paúl, a quien conocía y cuya virtud honraba, no le fue inútil para la realización de este propósito. El santo Sacerdote, a quien comunicó su resolución, le dio consejos saludables. El comendador los siguió con docilidad, adelantándose a ellos a veces; de tal manera que se vio muy pronto un cambio importante en sus costumbres, en su conducta y en toda su persona. Comenzó por abandonar su residencia de Sillery, renunció a todos sus Apartamentos, que hasta entonces le parecieron necesarios, para sostener con dignidad su rango y sus oficios. Se deshizo de la mayor parte de su atuendo y de sus domésticos, después de recompensarles en proporción a los servicios que le habían prestado; vendió sus muebles más ricos y los más preciosos, y dedicó a diferentes obras de caridad sumas muy cuantiosas.

El tiempo no hizo sino redoblar el fervor del sr de Sillery y para unirse más estrechamente a Dios, se propuso entrar en las santas Órdenes, a ejemplo del sr de Gondi, que era Sacerdote desde hacía algunos años los Vicente, a quien se lo declaró, no creyó deber oponerse: pero aunque el Comendador fuera ya un modelo de virtud, le prescribió nuevas prácticas de piedad, propias para atraer sobre él la gracia y el Espíritu del Sacerdocio. La vida verdaderamente Eclesiástica, que llevó después de recibir el Sacerdocio fue a la vez el efecto y la prueba de su vocación. Su celo no se limitó a su propia persona. Como, según el pensamiento de S. Juan Crisóstomo, un Sacerdote no se salva solo, se propuso proveer a las necesidades espirituales de los Religiosos y de los Párrocos de su Orden que dependían del gran Priorato del Temple, y después de conversar con nuestro Santo, en cuyas manos se encontraba como está un Niño en las manos de su padre, recibió del Gran-Maestre de Malta una Comisión de Visita, con poder de cortar los abusos y de restablecer el buen orden. Para hacer fructificar esta Visita importante, se dispuso que a ello se unirían misiones, con el fin de reformar al mismo tiempo a los pueblos y a los que los dirigían. Se enseñaba a unos las grandes verdades de la Moral Cristiana; y se daba a los otros Conferencias sobre materias propias de su Estado. La prudencia, la circunspección, el celo de los Obreros hicieron caer sobre sus trabajos esta lluvia saludable, que fertiliza los campos: todos se convirtieron en esa Tierra que el Señor ha bendecido. Ya he dicho que había con bastante frecuencia Eclesiásticos de la Asamblea de los Martes, que se asociaban a las funciones de los

Sacerdotes de la Misión; los que se distinguieron más ese año fueron los Señores Pavillon, Abelly, Perrochel, Fouquet y Félix de Vialard.

Unos comienzos tan afortunados dieron valor al Comendador de Sillery. Formó un nuevo proyecto que era digno de su piedad y capaz de dar mucha honra a su Orden, si hubiera sido llevado a cabo bien. Juzgó con prudencia que para mantener el buen estado de los arroyos, había que purificar la fuente; y este pensamiento fue el que lo llevó a tratar de establecer en la Casa del Temple de París una especie de Seminario en el que se debía formar a los que quisieran entregarse a la Religión, llenarles del espíritu de su vocación, y colocarlos en condiciones de hacer en las Parroquias, a las que sean enviados, todo el bien al que se tenía derecho a esperar de ellos. Pero este hermoso plan salió mal, porque se precipitaron. Vicente hizo un alto en el Temple. Quiso seguir allí sus máximas ordinarias, que no eran de atropellar los asuntos. Por desgracia su método pareció demasiado lento a los que trabajaban con él; y ellos no pudieron acomodarse. Por más que les dijo lo que escribió en cierta ocasión a una persona de confianza, que no veía otra cosa más común que el mal éxito de un asunto precipitado, sus advertencias fueron inútiles. Todo lo quisieron hacer en un día; y no se hizo nada. El Comendador, que lo reconoció, aunque algo demasiado tarde, redobló la estima y el afecto para con el Siervo de Dios, y le dio pruebas reales: ya que habiendo obtenido de su Orden el poder de disponer de sus bienes: que eran considerables, empleó una parte de ellos en la fundación de una Casa y de un Seminario en la Ciudad de Annecy; y contribuyó con otra al Establecimiento de la Casa de Troie, y a subsistencia de la de S. Lázaro, que los malos tiempos redujeron algunos años después a los más tristes extremos.

Estos buenos oficios, cuyo recuerdo no se apagará nunca en la Congregación, y que no son más que una parte de las santas acciones del sr de Sillery, le merecieron una abundancia de gracias durante su vida y a la hora de su muerte, que fue preciosa a los ojos de Dios. Vicente de Paúl le rindió en los últimos momentos todos los servicios, de que la caridad y el agradecimiento son capaces. Admiró su fe, su firmeza y sumisión a las órdenes de Dios; y de su parte le ofreció este testimonio favorable: que no había visto todavía a nadie más lleno de Dios, de lo que le pareció entonces este virtuoso y caritativo Comendador.

Antes de pasar adelante es bueno advertir que, si el Siervo de Dios dedicó un justo agradecimiento por los bienes que un Comendador de Malta hizo a su Congregación, Señores de Malta que conocían mejor que nadie la educación y las consideraciones, se mostraron sensibles a todo cuanto Vicente emprendió por su Orden. Apenas el Gran Maestre Paul Lascaris, salido de los Condes de Vintimille, de los antiguos Emperadores de Constantinopla, fue informado de ello, escribió a nuestro Santo para darle gracias. Como la carta no es muy larga y da gran honor a quien la escribe y a aquel para quien fue escrita, la transcribiremos aquí. Está fechada el 7 de septiembre, y pensada en estos términos:

Señor, me han comunicado que el venerable Bailío de Sillery os había elegido para ayudarle a hacer la visita de las Iglesias y Parroquias que dependen del gran Priorato, en lo que habéis comenzado ya a emplear útilmente vuestros cuidados y vuestras fatigas: lo que me invita a ofrecer por medio de estas líneas agradecimientos afectuosos, y a pedir la continuación: pues no tiene otro objeto que el adelanto de la gloria de Dios, y el honor y la reputación de esta Orden. Suplico de todo corazón a la bondad de Dios que quiera recompensar vuestro celo y vuestra caridad con sus gracias y sus bendiciones, y que me dé el poder de expresaros cuánto lo agradezco, vuestro, etc. El Gran-Maestre Lascaris, de Malta, etc.”

Unas tres semanas después de la fecha de esta Carta, Vicente recibió una del sr de S. Cyran, que no era en absoluto tan agradecida. Como este famoso Abate entra necesariamente en la Historia que escribimos, conviene, para dar una idea justa de los debates, que nuestro Santo mantuvo con él, remontarnos un poco.

Jean du Verger de Hauranne, a quien un Autor demasiado conocido –Baile- llama crudamente *el Patriarca de los Jansenistas*, había nacido en Bayona –en 1581- de una familia considerable. Realizó –en 1601- en Lovaina sus Estudios de Teología, al mismo tiempo que Jansenio hacía allí los suyos; y contrajo con él una amistad que nunca quedó desmentida. Algunos años después estos dos tiernos amigos se reunieron en Bayona. Fue allí donde formaron el plan de restablecer en la Iglesia la Doctrina de S. Agustín que, según ellos, ni era conocida ya (en la Iglesia) desde hacía varios siglos. Estudiaron con tanta asiduidad las Obras de este santo Doctor, que Madame du Verger, que conocía la débil complexión de Jansenio, decía a veces a su hijo que mataría a este buen Flamenco a fuerza de hacerle trabajar. Examinaremos en otro lado si el éxito respondió a la aplicación.

Una vez transferido el obispo de Bayona a Tours, du Verger le siguió a París, donde este Prelado se lo entregó a Henri-Louis Chateignier de la Roche-posay Obispo de Poitiers, quien le hizo su Vicario General. Le prestó en este nuevo empleo un servicio bastante raro: pues el sr de la Roche-Posay habiendo tomado las armas, y colocado a la cabeza de una tropa de gentes, quienes les había hecho prender para poner en razón a personas que le eran contrarias, du Verger hizo su Apología, y sostuvo contra ellos que este paso había levantado murmuraciones que se permite a los Eclesiásticos recurrir a las armas en caso de necesidad. Esta Obra mal concebida y peor ejecutada, no era el primer intento de ensayo del sr du Verger, había sostenido –en 1609- en su Cuestión Real esta Paradoja más sorprendente todavía, que hay varias ocasiones en que le es permitido a un hombre matarse a sí mismo. El sr Dupin dice que *estos dos Escritos del sr de S. Cyran deben ser considerados como las declamaciones de los Retóricos, que sostienen Paradojas por razones probables, o por ejemplos ilustres, para dar valor a su arte y a su elocuencia*. Apenas se puede trazar un juicio más moderado: tengo a bien suscribirlo, otros muchos no lo harían.

El Abate de S. Cyran, después de pasar algunos años en el Poitou, vino a París donde fijó su residencia. Se presentó primeramente con un aire de austeridad y de celo que, menos por los milagros, se hizo pasar por un nuevo Elías. No hablaba de otra cosa que del restablecimiento de la Penitencia, del Espíritu primitivo y de los antiguos Cánones. Sus gemidos por la ignorancia de su siglo y el talento que tenía para deplorarlos, le crearon pronto una gran reputación. Un buen número de personas se pusieron bajo su dirección: Sacerdotes, Laicos, mujeres del mundo, Religiosos le hicieron dueño de sus conciencias; se convirtió en su oráculo.

Nadie era más idóneo para serlo, si nos referimos al retrato que él nos he dejado de sí mismo en sus Escritos y en sus propias palabras. Para probarlo no citaré más que aquellas Cartas suyas, que un Espíritu selecto ha tratado de modelos del más puro y del más perfecto *galimatías*: me referiré a las que el sr Arnauld d'Andilly ha considerado como las más propias para hacer justicia a su Dueño, y que nos ha presentado como *un retrato fiel de su espíritu y de su corazón*. El sr de S. Cyran se dibuja en ellas como hombre que *hace profesión de extender su caridad a todos los tiempos y a todos los lugares; que piensa que si tuviera todos los Reinos de la tierra, se los daría a Dios para hacerse pobre por él; y que haría cien mil votos, si supiera que Dios deseara que los hiciese; un hombre, cuya fe es tan viva, que las cosas visibles le son como invisibles, y las cosas invisibles como visibles; y a*

quien unas y otras sirven de este modo como de defensa contra la tentación de todos los bienes y de todos los males de este mundo; un hombre que cree tener alguna seguridad, que no hay nada en la tierra, por grande y encantador que sea, que le pueda hacer olvidarse de Dios, si continúa recibiendo las gracias que recibe desde hace varios años, y que por consiguiente desde hace varios años no se ha olvidado de Dios; un hombre que tiene en el espíritu la Teología que santa Teresa entendía y practicaba admirablemente, y que no ha sido hecho prisionero más que por haber querido seguirla con exactitud; un hombre que, cuando Dios le obliga a actuar, no se vuelve atrás nunca; que tiene el alma naturalmente liberal y más inclinada a dar que a recibir, a darse por entero a toda clase de persona, que causar el menor daño a la menor de ellas; un hombre, que al conducir a alguien a los Capuchinos, testimoniaba a Dios que le amaba mucho, y que no tenía otra Teología que la Fe –Carta 39, p. 288-. Tal era a sus ojos el Abate de S. Cyran. Con todo ello, era de una humildad profunda, y no cantaba sin cesar sus talentos y sus virtudes sino para rendir homenaje a Dios; así nos hablan de él al menos sus más celosos discípulos – Lancelot, Fontaine-

Un hombre tan perfecto, y que además era más *sabio que S. Jerónimo* (porque es hasta este exceso escandaloso hasta donde se ha exagerado el panegírico de S. Cyran) podía prestar grandes servicios al Libro de Jansenio, cuando llegara a publicarse. Asustado por su propio sistema sobre la gracia, este Doctor, que acababa de ser nombrado al Obispado de Ypres, preveía bien claro que no dejaría de ser combatido vivamente, trabajaba en buscarle protectores: sobre todo consideraba como un golpe de Estado conseguirle una Comunidad. El Abate de S. Cyran se entregó a ello con toda la destreza de que era capaz. Se insinuó a las Congregaciones de Hombres, y a los Monasterios de Mujeres. Se soltó con mesura y gradualmente. Comenzó por máximas verdaderas, a fin de situarse en disposición de ser oído y seguido, cuando propusiera las suyas propias, y las del nuevo Evangelio, que componía su amigo.

No se sabe con toda precisión ni el tiempo ni el lugar, en el que S. Vicente comenzó a conocerlo. El sr de Barcos pretende que el Cardenal de Bérulle fue el principio de esta relación, que se formó entre ellos, y eso puede ser. Lo cierto es que se veían con frecuencia, y que durante un tiempo considerable vivieron como personas que se respetan, que se estiman, que se sirven el uno al otro, cuando llega la ocasión. Vicente de Paúl, quien creía a este nuevo amigo capaz de servir útilmente a la Iglesia, le dio pruebas más de una vez de que le costaba trabajo verle seguir siendo inútil. No me parece, respondió S. Cyran – Lancelot, t. 2. p. 94-, *que servir a Dios en secreto, y adorar su verdad y su bondad en el silencio sea llevar una vida inútil*. Estas son palabras que Lancelot ha creído deber transmitirnos: me cuesta creer que todos los que las lean, sean edificados por igual.

Las cosas así, el silencio del Abate duró menos de lo necesario para la Iglesia. Los testimonios de deferencia y de afecto que nuestro Santo le daba en cada entrevista, la atención con la que escuchaba a los que le hablaban de los intereses de la Iglesia, su humildad, que le llevó siempre a preferir las ideas de los demás a las suyas propias, todas estas razones hicieron por fin creer al sr de S. Cyran que podía hablar un poco más abiertamente de lo que lo había hecho hasta entonces, comenzó pues a declamar algunas de sus máximas; pero lo hizo primeramente con tanto artificio y supo mezclar el buen grano con la cizaña tan hábilmente, que un hombre menos atento de lo que lo era el santo Sacerdote, habría caído en la trampa.

No obstante cada conversación iba sobreponiéndose a la anterior. “*Cuanto más adelantaba el Siervo de Dios en este descubrimiento, y son los términos del sr de Rodez, que yo no*

haré más que copiar de manera tan interesante, *más sospechosos, e incluso peligrosos le parecían también los sentimientos de este Abate*". Un día, entre otros, discurrendo juntos sobre algún punto de la Doctrina de Calvino, se sorprendió mucho al ver al Abate de S. Cyran, tomar el partido y sostener el error de este Heresiarca. Ante lo cual, habiéndole advertido que esta Doctrina estaba condenada por la Iglesia, el Abate le respondió que Calvino no había tenido tan mala causa, sino que él la había defendido mal; y añadió estas palabras latinas, *bene sensit, male locutus est*.

En otra ocasión, sigue siendo Abelly quien habla, como este Abate se esforzara en sostener una Doctrina condenada por el Concilio de Trento, Vicente le dijo: "*Señor, os estáis precipitando demasiado. Qué, queréis que yo crea a un Doctor particular como vos, sujeto a fallos, antes que a toda la Iglesia que es la columna de la verdad. Ella me enseña una cosa, y vos apoyáis otra que le es contraria. Oh, Señor, cómo os atrevéis a preferir vuestro juicio a las mejores cabezas del Mundo, y a tantos santos Prelados reunidos en el Concilio de Trento, que han decidido este punto! No me habléis de este concilio, replicó el Abate de S. Cyran: era un Concilio del Papa y de los Escolásticos, donde no había más que intrigas y cábalas*".

Se me permitirá hacer aquí de paso una breve reflexión; y es que el sr de S. Cyran no podía, según una idea que atribuye a un gran hombre, y que él parece adoptar, tratar peor al Concilio de Trento, que considerándole como una Asamblea de Escolásticos. Él mismo es quien nos proporciona con estas sorprendentes palabras de una de sus Cartas: *Un gran Hombre de la Orden de S. Domingo afirma que Dios no ha santificado más que a dos Doctores Escolásticos, en las dos Órdenes de Religión que había establecido para el bien de su Iglesia*. No sé de dónde han salido estas palabras tan temerarias: pero estoy persuadido de que S. Cyran habría hecho mejor no citándolas, y de que las Comunidades menos delicadas se sentirán ofendidas. Es verdad que S. Tomás y S. Buenaventura, a quienes parece señalarse aquí han sido dos hombres de una santidad eminente; pero decir simplemente, y sin correctivo, que son los dos únicos Teólogos Escolásticos, que Dios haya santificado, es hablar el lenguaje de un Entusiasta y de un Iluminado. Volvamos a las conversaciones de S. Cyran con Vicente de Paúl y continuemos escuchando al sr Abelly.

Habiendo ido un día el Siervo de Dios a visitar al sr S. Cyran, lo encontró en su Habitación leyendo la Biblia, y quedándose algún tiempo sin decirle nada, por miedo a interrumpir su lectura, este Abate volviendo los ojos hacia él: *¿Veis, sr Vicente, le dijo, lo que yo leo? Es la Sagrada Escritura*: y luego se estiró mucho para hacerle entender que Dios le daba una inteligencia perfecta y cantidad de hermosos luces para su explicación; y a continuación llegó hasta decir *que la Sagrada Escritura era más luminosa en su espíritu de lo que lo era en sí misma*. Son sus propios términos que el sr Vicente ha contado muchas veces.

"Otro día, el sr Vicente, después de celebrar la Misa en la Iglesia de Notre Dame, habiendo ido a visitar al mismo Abate, lo encontró encerrado en su Gabinete; del que una vez salido algún tiempo después, el sr Vicente le dijo sonriendo, con su dulzura y su civismo ordinario: *Confesad, Señor, que acabáis de escribir algo de lo que Dios os dado en vuestra Oración de la mañana*. A lo que el Abate, después de invitarle a sentarse, respondió: Os confieso que Dios me ha dado grandes luces. Me ha hecho conocer que ya no hay Iglesia. Este comienzo impresionó a Vicente. Para tranquilizarle, S. Cyran continuó: "*No, ya no hay Iglesia. Dios me ha dado a conocer que hace más de quinientos o seiscientos años que ya no hay Iglesia. Antes de eso, la Iglesia era como un gran Río que tenía sus aguas claras; pero ahora lo que nos parece la Iglesia no es ya más que cieno. El lecho de este hermoso Río es todavía el mismo, pero no son las mismas aguas. ¡Qué! Señor, le replicó Vicente,*

queréis vos creer antes vuestras ideas que la palabra de Nuestro Señor Jesucristo, quien ha dicho que edificaría su Iglesia sobre piedra y que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella? La Iglesia es su Esposa y él no la abandonará jamás.”

Este razonamiento era simple, pero era apremiante. Para salir bien, el Abate le respondió: *“Es cierto que Jesucristo ha edificado su Iglesia sobre piedra, pero hay tiempo de edificar y tiempo de destruir. Ella era su Esposa, pero ahora es una Adúltera y una prostituta, por eso él la ha repudiado, y quiere que se la sustituya por otra, que le sea fiel.”*

A estas palabras, herido, presa de horror, el Santo, para no escaparse, necesitó de toda su moderación; se limitó pues a replicar al Abate que los sentimientos que le preocupaban eran muy malos; que debía desconfiar de su propio espíritu y que se alejaba mucho del respeto que se debía a la Iglesia. S. Cyran, que perdía fácilmente la paciencia, contestó con un tono amargo: *Pero vos mismo, Señor, ¿sabéis bien qué es la Iglesia?* Vicente se contentó con definirla como ella se define a sí misma en los Catecismos, que presenta a sus hijos. Respondió pues que la Iglesia es la Asamblea de los fieles bajo la dirección de los Pastores legítimos, etc. *Usted no sabe de la misa la media*, replicó el Abate todo en ascuas. *Sois un ignorante: muy lejos de merecer estar a la cabeza de vuestra Congregación, mereceríais se expulsado de ella, y me sorprende mucho que os aguanten.* Más sorprendido estoy yo, Monseñor, respondió el santo hombre; y sé muy bien que si me hicieran justicia, no dejarían de despedirme.

Así acabó esta bonita conversación, en la que Vicente de Paúl y S. Cyran sostuvieron admirablemente su carácter; uno con una humildad inalterable, el otro con una amargura soberbia, que no conoce ni equidad ni decencia. Por lo demás, los que tendrían dificultades en creer que un hombre tan celoso del respeto que se le debía, se haya olvidado tan extrañamente, no tienen más que leer las *Memorias* del más celoso de sus Partidarios. Allí verán que el estilo eterno de los Innovadores es mancillar a los que se niegan a entregarse a sus ideas. El venerable Reformador de la Congregación de S. Maur *se siente más sorprendido que edificado* por un método de Oración que quiere enseñarle S. Cyran; se le interpreta como un hombre que no conoce el espíritu de oración. El Sucesor del sr de Bérulle se extraña mucho del modo como este mismo Abate le habla del Concilio de Trento; se ha hecho un personaje en el que el fondo no responde a las apariencias, y por ahí se da un golpe de muerte a su reputación. Digámosle mejor, S. Cyran y los suyos no han hecho más que herirse a sí mismos. A pesar de sus declamaciones indecentes, la memoria de Dom Jean-Grégoire Tariffe será acompañada de bendiciones en la Iglesia; la del R. P. Charles de Condren será siempre respetada en ella; y la estima que estos dos grandes hombres han sentido por S. Vicente le compensará con mucho por la de Port-Royal que ha perdido.

Después de la conversación, de la que acabamos de dar cuenta, el Siervo de Dios juzgó que no había ya ni provecho ni honor en ver a un hombre tan sospechoso, tan presuntuoso como era el sr de S. Cyran; y aunque éste se haya contentado con decir en el Interrogatorio que sufrió en Vincennes, que tres o cuatro años antes de su detención, no había *gran comunicación* entre él y el sr Vicente; está seguro de que nuestro Santo rompió con él, tal y como lo han atestiguado el sr de Montmorin Arzobispo de Vienne que lo sabía por varias personas dignas de fe, y el sr Abate de Rochechouard de Chandenier, quien lo sabía de nuestro Santo mismo.

No obstante como un gran número de personas de una probidad distinguida, y sobre todo el Superior General del Oratorio, con varios Sacerdotes de su Congregación, se quejaban cada vez más de las malas opiniones de S. Cyran, Vicente quien, al precio que fuera, había

querido resguardarle del precipicio, que se abría a sí mismo, resolvió intentarlo otra vez. Se fue un día a verle a su casa, como quien va de visita. Trató de disponerle a recibir favorablemente los consejos, que tenía que darle. Le habló luego de la obligación en que estaba de someter su juicio al de la Iglesia, y de tener más respeto hacia el santo Concilio de Trento del que había tenido. Le hizo ver en particular que algunas de las proposiciones, que había mantenido en su presencia, eran contrarias a la Doctrina de la Iglesia; le expuso que se perdía caminando por un laberinto de errores; y sobre todo que se había equivocado totalmente al querer comprometerle a él y a toda su Congregación. El Santo se animó en el curso de esta conversación, habló con tanta fuerza y solidez, que el Abate se quedó sin palabra sin saber qué responder.

Y no por eso bajó el tono, y se lo dio a conocer un mes después; ya que habiendo ido al Poitou, escribió sobre ello una larga Carta al Siervo de Dios, que es la misma de la que hemos hablado al comienzo de este Artículo. Como está mal escrita, y además más fastidiosa, que por otro lado ya ha sido impresa varias veces con Notas, me contentaré con su Análisis.

S. Cyran protesta en primer lugar, que no *siente de ninguna manera cargado el corazón* por las cuatro cosas que Vicente le reprochó en su última visita; luego entrando en materia sostiene que aquellas de sus opiniones, que se consideran como errores, *son verdades Católicas; que no pasan por mentiras o falsedades más que entre los que prefieren el fulgor y el resplandor a la luz y a la verdad; que no hay ninguno de los Obispo que frecuentan la Casa de S. Lázaro, a quienes no les haga autorizar cuando le plazca hablarles a placer; que se los hará ver en los Libros santos; que Vicente le ha hecho estos reproches, menos porque le juzgara culpable que para excusarse de haberle abandonado como a un criminal en el tiempo de la persecución; que él ha soportado sin embargo con facilidad todo de parte de un hombre, quien desde hace mucho le honraba con su amistad; y quien estaba en París creyendo que era un hombre de bien. Tan sólo, añade él, me ha quedado esta admiración en el alma, que vos, que hacéis profesión de ser tan dulce y tan comedido en todo y en todas partes, hayáis justificado un levantamiento que se ha hecho contra mí mediante una triple cábala e intereses bastante sabidos de decirme cosas, que no os habríais atrevido a pensar antes... Añadiendo eso también a los excesos de los demás, a quienes vos habéis comprometido a venir a decírmelo a mí y en mi propia Casa, lo que ninguno más se había atrevido a hacer.*

La triple cábala, de la que se queja aquí el sr de S. Cyran, era, como él mismo se explicó, la del Abate de Prières, la del Obispo de Langres y de Madme de Pontquarré y la de los Padres Jesuitas y del Oratorio.

El Abate acaba confesando a nuestro Santo la buena voluntad que ha tenido de servir a su Congregación tanto en *lo espiritual como en lo temporal*; y para probarle que, dígase lo que se quiera, *está poco conforme con su sentido, y dispuesto a bajar con sus amigos*, le asegura que ha sostenido sus intereses *contra el juicio de su conciencia, que no se lo permitía*. Si estas últimas palabras y algunas más de las que las preceden necesitan aclaración, S. Cyran no tardará en dárnosla.

Al año siguiente fue detenido por orden del Rey, y llevado a Vincennes. Los Arqueros que fueron enviados a su casa para apoderarse de sus Papeles y a quienes a pesar de ello se les escaparon muchos, encontraron una Copia de la Carta, de la que hablamos. El sr Lancelot, que fue más tarde Obispo de Chartres, se la presentó a S. Cyran en el Interrogatorio, que le hizo pasar por orden de la Corte.

Este Interrogatorio se ha entregado al Público hace poco, por un Discípulo, que ha prestado un menguado servicio a su Maestro. Se puede decir en efecto que el Abate S. Cyran fue sometido con ello a la más humillante confusión. Es un hombre que se ahoga, y que se agarra a donde puede. Convencido de haber violado el juramento, que hizo sobre sus santas Órdenes de decir la verdad, se excusa diciendo a sangre fría, *que está compuesto de contrariedades, y que la figura, que llaman Catacresis, es decir abuso de las palabras, le es muy familiar*. Interpelado a decir cómo pudo servir al sr Vicente contra el juicio de la conciencia, se mantiene firme sobre un paso tan resbaladizo, responde que lo ha hecho dispensatoriamente, como habla S. Bernardo en caso semejante. Interrogado sobre los cuatro errores, que el mismo Sacerdote ha ido a reprocharle a su casa, reduce el principal de todos a este Dogma de nuestra Fe, que la Penitencia diferida hasta la muerte, no está bien asegurada. Así es como se defiende S. Cyran: era dar toda la mayor ampliación a la Catacresis.

Hemos de confesar con todo que hubo primera gente honesta, que no tomaron en serio todas las expresiones del Innovador. Así fue el sr Lescot antes de interrogarle jurídicamente; y al parecer nuestro Santo se inclinó durante bastante tiempo de este lado. No sabía a qué atribuir los discursos extraños que se le escapaban a su amigo, y su extrema caridad se los hizo tomar tal vez en algún caso más bien como salidas indiscretas de una cabeza que no sopesa las palabras, que por errores a los que se uniera por sistema y por convicción. El tiempo le desengañó por completo. Él mismo oyó, y escuchó de gentes dignas de fe muchas cosas que no se podían ni paliar ni suavizar. Además, el Libro de Jansenio y las malas Propositiones que se descubrieron en él pronto, la parte que S. Cyran había tomado en ello, el juicio que expresó desde el tiempo de su prisión, donde él lo puso inmediatamente *según S. Pablo y S. Agustín*, la idea favorable que se esforzó en darle cuando salió de Vincennes, repitiendo, unas veces que esta Obra era *el Libro de Devoción de los últimos tiempos*; otras veces que *aunque el Rey y el Papa se reunieran para arruinarle, nunca lo conseguirían*. La relación más o menos sensible entre las máximas de S. Cyran y esta multitud de errores de nuevo *Agustín*, a quien se quería dar como la Doctrina constante de la antigua Iglesia; el uso que personas, o prevenidas o seducidas, hacían del nombre y de las palabras de este Abate, a quien daban importancia a fin de contrabalancear el peso y la autoridad de los que proseguían la condena del Sistema del Obispo de Ypres: todos estos motivos acabaron por determinar al S. Sacerdote a revelar este misterio, que haría querido poder enterrar en el silencio, y que él quizás no había descubierto aún más que al Cardenal de Richelieu. Habló de ello en varias ocasiones, como lo certificó René Alméras su sucesor, hombre a quien la educación, la probidad, las raras y sólidas virtudes que poseía, no permitieron nunca sospechar: por fin, protestó ante el sr Palu, Obispo de Heliopolis que no se *vio nunca a hombre tan soberbio ni tan apegado a sus ideas*, como lo era este Abate.

Querer, después de esto, persuadir al Público, como se ha tratado de hacer últimamente, de que Vicente de Paúl declaró jurídicamente que el sr de S. Cyran era *uno de los más hombres de bien que se hayan visto nunca*; hacer jurar a este S. Sacerdote *cuya sencillez*, al decir del sr Barcos mismo, *rectitud y otras virtudes* formaban el carácter, que antes y durante quince años tuvo una bastante grande comunicación con un hombre cuya fe era sospechosa y más que sospechosa a personas muy respetables que, como el sr de Condren y muchos otros, le obligaban al menos a suspender su juicio, es suponer que el Universo está delirando, y que no cuesta más creer una fábula que lanzarla.

Los amigos de S. Cyran pusieron en juego todos los recursos imaginables para sacarle de prisión. Él nunca se abandonó a sí mismo: para atraer al Ministro, a quien creía haber ofendido con sus malas opiniones sobre la contrición, llegó hasta ir por segunda vez *contra el juicio de su conciencia*. Por desgracia sus flojeras no condujeron sino a su deshonor. El Cardenal de Richelieu fue inflexible; respondió una y otra vez que si se hubiera a Lutero y a Calvino, cuando comenzaron a dogmatizar, se habría ahorrado mucha sangre al Estado, y a la Iglesia muchas lágrimas. Tras la muerte de este Ministro, S. Cyran fue amnistiado; no gozó por mucho tiempo de la libertad; pero continuó entre los suyos gozando de su reputación. Sus Discípulos le consideran todavía hoy como un modelo de caridad y de humildad; y uno de ellos llega hasta asegurarnos que él juzgará al mundo con Jesucristo. Este tono Profético no nos convendría: lo mejor que podemos hacer es desear desde el fondo de nuestro corazón que Dios le haya dado misericordia. Si fuera permitido decir todavía una palabra de lo que le concierne, añadiría que un Obispo al recurrir se equivocó, cuando escribió que nuestro Santo asistió a los funerales de S. Cyran. Este dato es tan falso como poco concluyente si fuera verdad.

Las buenas obras, que ocupaban a Vicente de Paúl en el tiempo que el molesto conflicto que acabamos de describir, no le hicieron olvidar a las Hijas de San Francisco de Sales. Este mismo año hizo la visita al Monasterio –el 18 de noviembre de la Calle Saint-Antoine, y el 16 de abril de 1637 al del Arrabal Saint-Jacques-. Había hecho ya varias en cada una de estas dos Misiones, y podía ver con satisfacción todo lo que la piedad, la paz y la unión tienen e más dulce y más consolador. Sin embargo encontró una vez un motivo muy capaz de tocar el corazón tan compasivo como el suyo y hacerle admirar las rigurosas pruebas por la que Dios quiere de vez en cuando hacer pasar a sus Elegidos.

Una religiosa de verdadero mérito se encontró repentinamente en una tentación por lo menos tan violenta como lo era la del Doctor a quien nuestro Santo libró cuando era Capellán de la Reina Margarita. Esta hermana que hasta entonces había estado llena del amor de Dios, no sintió más que un horror hacia el augustísimo Sacramento de nuestros Altares y una aversión inflexible hacia todos los ejercicios de la Religión. Cuando la exhortaban a bendecir el nombre del Señor, o escuchaba a sus hermanas que le cantaban Cánticos de alabanzas, el espíritu de blasfemia se apoderaba de ella y le hacía estallar en imprecaciones. Decía en alta voz que no tenía otro Dios que al demonio; quería, en el acceso de su furor, matarse a sí misma, para estar, decía ella, antes en el infierno y allí gozar de maldecir y detestar a Dios por toda la eternidad.

Un estado tan humillante y tan peligroso consternó a la Comunidad. Se consultó a los Obispos, a Religiosos demás personas experimentadas; se recurrió a los más hábiles Médicos; se echó mano de los remedios que unos y otros prescribieron; todo fue inútil. Finalmente, la Superiora de la casa, llena de confianza en la poderosa protección del Bienaventurado Obispo de Ginebra, aplicó a la enferma un pedacito de su Roquete, y algunos días después se curó en un instante. Su espíritu, que durante cerca de seis años se había visto cruelmente agitado, quedó tranquilo. Su cuerpo debilitado recobró las fuerzas. El sueño y el apetito, que había perdido, le volvieron enteramente. Su curación fue tan completa que se encontró en estado de cumplir con bendición los principales cargos de su Monasterio.

Vicente, de quien no he hecho más que copiar las palabras, continúa este relato diciendo que ve esta curación como milagrosa; y que lo que le obliga a pronunciar este juicio es que se realizó a consecuencia de la aplicación del Roquete de S. Francisco de Sales; que hasta entonces todos los remedios humanos no habían servido de nada a esta hermana afligida;

que su mal aumentó después de la aplicación de la Reliquia; que la operación se operó en un instante, según la perfecta confianza de la Madre Superiora. Que al fin la Religiosa del milagro quedó convencida, sin género de duda, que Nuestro Señor la había librado por los méritos del santo Fundador de la Visitación. *Declaro todo esto*, concluye Vicente, *por haber hablado a la Religiosa durante su gran mal y después de su curación y haber visto las particularidades de la Madre Superiora de la Misma Religiosa, pronto después de la curación, que sucedió el día que yo hacía la vista en el Monasterio, con autoridad del sr Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo de París.*

El S. Sacerdote no podía contar este acontecimiento de una manera más modesta: pero la Historia le debe rendir más justicia de la que él ha pensado que se le debe. Conviene pues añadir a su relato que habiendo visto en el curso de su visita a esta Religiosa todavía tan obsesionada y tan y poco dueña de sí misma como antes, el dolor y la compasión que sintió, le llevaron a intentar enternecer a Dios en su favor; que a este efecto se puso en oración; que fue precisamente entonces cuando esta hermana quedó libre, y libre en un instante. Como si el santo Obispo de Ginebra, a quien se debe considerar siempre que es, después de Dios, el primer Autor de este milagro, hubiera querido no otorgárselo más que a las oraciones de un hombre, cuya virtud había honrado durante su vida, dar a conocer después de su muerte, que le agradaban los servicios que este mismo hombre le prestaba en la persona de sus Hijas.

En resumen, no sólo en esta visita han reconocido las Religiosas de la Visitación la virtud y la eficacia de las oraciones de Vicente de Paúl. Ellas han confesado que su presencia fue siempre para ellas una fuente de gracias y de bendiciones; que tenía sobre todo el raro talento de calmar sus penas; y que muchas de ellas, que estaban luchando con tentaciones muy vivas y muy importunas, se hallaban libres del todo, y a veces incluso en un instante cuando él les había hablado.

Las Hijas de S. Francisco de Sales, a las que volveremos más de una vez en el curso de esta Historia, no han sido las únicas por quienes se interesó el Siervo de Dios. Veremos en otra parte lo que hizo por un gran número de Comunidades, ya Religiosas ya Seculares: pero conviene decir, antes de llegar allí, unas palabras sobre lo que hizo ese mismo año para provecho espiritual de su Congregación.

Por grandes deseos que tuviera el santo Sacerdote por impedir que su Compañía multiplicara sus Fundaciones, se dio perfecta cuenta de que no podría resistir mucho frente a las solicitudes de un número de personas respetables, que encandiladas por los bienes que hacían sus Misioneros, se las pedían con la mayor insistencia. Se había visto ya obligado a enviar a Toul en Lorena, a petición de Charles-Chrétien de Gournai Obispo de Scythia, quien por entonces—en 1635— estaba encargado de la administración de esta vasta Diócesis, a cuya dirección fue nombrado posteriormente. María de Wignerod Duquesa de Siguillon, que siempre honró a Vicente como se honra a los Santos que están aún en la tierra, las quería para las Parroquias de su Ducado. el Cardenal de Richelieu, cuyas peticiones valían órdenes precisas, y cuyas órdenes en este campo fueron siempre consideradas como elogios, ya que jamás hombre reconoció mejor los verdaderos méritos; este Cardenal, digo, quería establecer a los Sacerdotes de la Misión, no sólo en la Ciudad de Richelieu -1638-, sino también en la Diócesis de Luçon, de donde había sido Obispo, y desde la cual, extendiéndose por los Lugares circunvecinos, podían hacer mucho bien, bien devolviendo a los Herejes al seno de la Unidad, ya detenido las consecuencias del enorme escándalo que la posesión, real o pretendida, de las Ursulinas de Loudun acababa de dar al Poitou, o más bien a Europa entera.

Todas estas Fundaciones, ya hechas o por hacer, colocaban a una Congregación poco numerosa en un vacío que poco a poco se vio difícil de llenar, si no se hubieran tomado las precauciones necesarias. La mejor y más segura era firmar un Semillero de Eclesiásticos que, después de ser probados y educados durante varios años, estuvieran en condiciones de perpetuar y de multiplicar los grandes bienes que sus Predecesores habían comenzado. Fue la decisión que tomó el Santo, al establecer un Seminario, en el que se debía recibir no sólo a Sacerdotes ya formados en las funciones del Ministerio, como se había hecho hasta entonces, sino también a los jóvenes menos adelantados. Y que por lo tanto necesitaban ser cultivados por más tiempo.

Una ocupación de esta importancia pedía un Director virtuoso, capaz, experimentado, dulce sin blanduras, firme sin dureza, vigilante sin afectación, idóneo para humillar sin hacer perder los ánimos, para dirigir al hombre que titubea sin bajar la regla, para fortalecer a su rebaño con el ejemplo como con la unción de la palabra, para distinguir lo verdadero, lo sólido de lo que no tiene más que las apariencias; y que sobre todo poseyera en alto grado el gran arte del discernimiento de los espíritus. Vicente halló todas estas cualidades en la persona de Juan de la Salle, uno de los tres primeros Sacerdotes que se habían unido a él para trabajar en las misiones del campo. Le encargó del cuidado de esta joven y preciosa Milicia, destinada a combatir un día por la salvación de los pueblos. No contento con los consejos que le dio, quiso también que se consultara a aquellos que tienen la reputación de dirigir con mayor éxito a la juventud en las funciones Apostólicas. Según este plan envió a uno de sus Sacerdotes al Noviciado de los RR. PP. Jesuitas, con orden de seguir los ejercicios durante algún tiempo, y traerse todo lo que pudiera convenir a Sacerdotes Seculares, y llenarles de ese celo que ya ha convertido y santificado al nuevo mundo.

El Siervo de Dios esperó siempre que la Providencia, que había hecho nacer a su Congregación, le daría Individuos capaces de cumplir todos los deberes. Su gran máxima era que sólo pertenece a Dios escogerse a Ministros, y que las vocaciones que engendra el artificio, y las mantiene una especie de mala fe, deshonoran al rebaño al multiplicarlo.

Para evitar el primero de estos dos defectos, se hace una regla inviolable no decir jamás una palabra a quien quiera que sea para determinarle a decidirse por su Instituto; y prohibió a los suyos atraer nunca a nadie. Todo paso en este género le parecía un crimen, y lo trató de atentado contra los designios de Dios. No permitía siquiera que se hiciera inclinar por este lado a los que parecían tener esa inclinación. Quería que en estas ocasiones, se les dijera que un compromiso de esta naturaleza exige mucha reflexión, que se ha de pensar con madurez y delante de Dios, que para un particular es una bien pequeña fortuna la de ser Misionero, pero que es un punto capital para el Cuerpo entero no tener sino a los que sean legítimamente llamados. *Dejemos obrar a Dios, Señores*, decía un día en una conferencia que daba a los suyos. *Estemos humildemente a la espera y dependencia de las órdenes de su Providencia. Por su misericordia*, añadió él, *se ha usado de ella hasta el presente en la Compañía, y podemos decir que no hay nada en ella que Dios no haya puesto y que nosotros no hemos buscado, ni hombres ni bienes ni Fundaciones.*

Un hombre que tenía principios tan rígidos con respecto a los que no se habían decidido aún, estaba bien lejos de permitir que se propusiera su Congregación a los que se sentían llamados a otro Estado. Los Religiosos de S. Bruno y los de otras Comunidades que exigían de sus Postulantes que pasaran algunos días en S. Lázaro para consultar a Dios en el retiro, tenían razón al contar con su probidad. La acción de desviar a alguien de la Orden a la que

era llamado, le habría parecido un robo y un sacrilegio: *Sería tomar lo que Dios no nos ha dado, ir contra su voluntad santa y atraer sobre nosotros su cólera y su indignación.*

Incluso dio la impresión a veces de llevar en esta materia la atención hasta el escrúpulo. Como no había nadie en su tiempo a quien consultar de mejor gana, bien en París bien en Provincias, una multitud de gente se dirigía a él. Le exponían sus dudas y sus incertidumbres sobre la elección de un partido, se lo jugaban todo en sus manos, le exponía que con una sola palabra fijaría su indeterminación y considerarían su decisión como la señal más segura de la voluntad de Dios: pero este humilde Sacerdote que temía siempre confundirse, casi nunca hizo inclinarse la balanza de un lado más que de otro. Su respuesta más común era ésta: *La resolución de vuestra duda es un asunto que debe arreglarse entre Dios y vos. Continúad pidiéndole que os inspire lo que habéis de hacer. Pasad, con este propósito, algunos días en retiro y creed que la resolución que toméis a la vista de Nuestro Señor será la más agradable a su divina Majestad y la más útil para vuestro verdadero bien.*

Observaba poco más o menos la misma conducta para con lo que habiendo resuelto ya salir del mundo, recurrían a él para saber si elegirían tal o cual Comunidad: ya que entonces, si las que se le proponían, estaban bien ordenadas, tenía costumbre de responder que sólo pertenece a Dios manifestar el camino por el que quiere que se vaya a él. Pero si su Congregación era una de las dos sobre las cuales se deliberaba, no dudaba en decidir contra ella. *Oh Señor, nosotros somos muy pobre gente, no somos dignos de entrar en comparación con esta otra santa Compañía, por la que os sentís atraído. Id a ella en nombre de Nuestro Señor, estaréis allí incomparablemente mejor que con nosotros.*

Fue por todas estas razones por que habiendo un día recibido una Carta de uno de sus Sacerdotes para entregársela a un Eclesiástico, quien unía a una gran virtud mucho talento para las funciones de la Misión, y que en algunas ocasiones había mostrado inclinación por este género de vida, no sólo no se la envió, sino que se quejó a quien la había escrito porque, contra la práctica constante de la Congregación, él rogaba a alguien que entrara en ella. Le hizo ver que es el Padre de familia quien se escoge los Obreros; y que un misionero presentado por su mano paternal hará él solo más bien que otros muchos cuya vocación sería menos pura. “*A nosotros nos toca, continuó Vicente, a nosotros nos toca por una parte pedir al Señor que envíe a su mies hombres capaces de hacer la cosecha, y por otra esforzarnos en vivir tan bien que con nuestros ejemplos les demos atractivo para trabajar con nosotros, si Dios los llama a ello*”.

Para los que, habiendo tomado ya una última decisión, venían a rogarle que los quisiera admitir en se Compañía, no los recibía sino con cierta circunspección. Se informaba sobre ellos, cuánto hacía y con qué ocasión habían tenido este pensamiento; examinaba sus motivos, sus disposiciones, sus talentos y su Familia; les hacía ver con una especie de exageración las dificultades que acompañaban al Estado que querían abrazar. Les preguntaba si tendrían suficiente fuerza para dar un eterno adiós a sus padres, a sus amigos más tiernos, a su Patria incluso, en caso que se quisiera hacerles pasar a otros Países. Las respuestas más precisas por su parte, respuesta que cuestan con frecuencia bastante poco a una juventud, que no ve las cosas más que de lejos, no eran suficientes para este sabio Fundador. Continuaba probándolos durante un tiempo considerable: les obligaba a volver varias veces para conocerlos mejor; a menudo, para darles solidez, no les daba más que pocas esperanzas de admitirlos; y por muchas pruebas que hubiera tenido de su disposición y de su perseverancia, no les daba nunca palabra, sin haberles mandado hacer un retiro para consultar la voluntad de Dios. Si después del serio examen que hacían de sí mismos

seguían con sus primeras intenciones, se los presentaba a los Sacerdotes más antiguos de la Congregación; y con su informe, eran recibidos en el Seminario, del que hablamos, donde, durante dos buenos años bien llenos y bien completos, tenían y tienen todavía hoy, todo el tiempo de probarse a sí mismos y ser probados por los que están a cargo de su dirección.

Para evitar el segundo defecto, que forma parte de lo que las Leyes llaman dolo y mala fe, el Santo no imitó a quienes no presentando a la juventud más que flores durante el tiempo de su prueba, no le descubrirían las espinas hasta que ha franqueado el último paso de su carrera. El Plan de su Seminario no tiene nada que pueda abrumar la naturaleza; sino que tiene todo cuanto es necesario para hacer sentir el peso de las obligaciones que son su fin. No se prescriben en él ni cilicios, ni sacos, ni disciplinas ni otros ayunos que los que obligan al resto de los Fieles: pero en recompensa, lo que de ordinario cuesta mucho más, una gran separación del mundo, una vida muy interior, mucha humildad, mortificación, recogimiento, vigilancia sobre sí mismo, fidelidad a todos sus deberes y, si fuera posible, un fondo inagotable de esta unción santa, que debe sostener un día y consolar a hombres comprometidos por estado en todo lo que el Ministerio tiene de más penoso e ingrato.

“Es preciso, decía a este propósito nuestro santo Sacerdote, es preciso que un hombre que quiere vivir en Comunidad, se atenga y se determine a vivir como un extraño en la tierra, que se haga terreno para Jesucristo, que cambie de costumbres, que mortifique todas sus pasiones, que busque a Dios exclusivamente, que se someta a todos, como el último de todos, que se persuada que ha venido para servir y no para gobernar, para sufrir y no para llevar una vida cómoda, para trabajar y no para vivir en la ociosidad y en la indolencia. Debe saber que se le prueba como el oro en el crisol, que no se puede perseverar sino humillándose para Dios, y que el verdadero medio para estar allí contentos es no alimentarse con otra cosa que con el deseo y el pensamiento del Martirio. Después de todo, continuaba él, nada hay tan razonable como consumirse por aquél que ha dado tan liberalmente su vida por nosotros. Si el Hijo de Dios nos ha amado hasta dar su alma por la nuestra, ¿por qué no estaremos en la disposición de hacer lo mismo por él, si la ocasión se nos presenta? Vemos cada día a Mercaderes que, por una mediocre ganancia, atraviesan los mares, y se exponen a una infinidad de peligros. ¿Tendremos nosotros menos valor que ellos? Las piedras preciosas que van a buscar, ¿acaso valen más que las almas, que son el objeto de nuestros sudores, de nuestros trabajos y de nuestras correrías?”

Tales eran las lecciones que Vicente de Paúl daba a sus Neófitos. A este espíritu de abnegación y celo quería que se refiriesen todos sus ejercicios. Con estas miras como se les acostumbraba entonces, se les acostumbra todavía hoy a una vida ocupada y laboriosa. Levantarse con puntualidad a las cuatro de la mañana durante los inviernos más rigurosos, dedicarse dos veces al día a la meditación, aprovecharse de la lectura de aquellos libros de piedad que más convienen a jóvenes Eclesiásticos, no dejar pasar un día no sólo sin leer sino tampoco sin aprender algo del nuevo Testamento; purificarse en Confesiones frecuentes; fortalecerse con santas Comuniones; pedirse cuentas al final de cada mes en un pequeño retiro del progreso que se ha hecho en la virtud, o mejor del que se ha dejado de hacer; examinarse y ahondarse en los dos retiros grandes y serios que dividen el año; instruirse en las virtudes de su Estado, en los fundamentos de la Fe y de las reglas de la disciplina en frecuentes Conferencias sobre la piedad, sobre la escritura, sobre la Doctrina del santo Concilio de Trento. Esta es la principal, o más bien la única ocupación del Seminario interno.

De esta carrera, cuando se ha terminado de una manera satisfecha, se pasa a la de los Estudios, bien de Filosofía, si todavía no se ha hecho, bien de Teología si se es capaz de entrar. Allí no se adoptan las ideas de ninguna Escuela en particular. Platón y Aristóteles son los preferidos, pero la verdad lo es más que Aristóteles, y que Platón. La regla de oro es no tener nunca como verdadero lo que la Iglesia condena y de reprobar todo lo que ella juzga digno de proscribirse. Fue la de Vicente de Paúl, como lo diremos en otro lado, y será siempre la de sus verdaderos Hijos.

Pero si este santo hombre quería que los suyos se instruyeran a fondo en el Dogma que están obligados a anunciar a los pueblos y en todas las partes de la Moral que les es necesaria para dirigirlos bien; si les permitía incluso adquirir un buen número de conocimientos, sin los que un Sacerdote puede salvarse y salvar a los demás, su humildad, a la que nada escapaba, le hizo tomar medidas extraordinarias para alejar de ellos la ampulosidad y la vanidad, que acompañan con frecuencia a los talentos y a la ciencia. Se admira uno al considerar hasta qué punto llevaba la previsión en este particular: no sé si alguien lo ha hecho así alguna vez. No ha permitido casi nunca que los suyos mandasen imprimir, y el lector puede acordarse de la respuesta que dio a aquel Sacerdote, a quien los Sabios de Roma querían comprometer y hacer una Versión del Texto Siríaco al de la Escritura. Cuando se le encargó de la dirección de los Seminarios, prohibió que ninguno de los suyos dictara en ellos Cuadernos. Probó en un largo escrito, que es muy sensato y muy sólido, que es preciso, con anuencia de los Obispos, contentarse con explicar a un Autor impreso, salvo que se haga notar algún lugar del que puede haberse apartado de la verdad. Habría llevado a mal que los suyos, cuando asistían a Actos públicos en la Universidad y otras partes no se consideraran como los últimos en todos los sentidos, y mucho menos que hubiesen querido destacar. No citaré más que un ejemplo que merece ser transmitido a la posteridad.

Jacques de la Fosse, Orador, Filósofo, Teólogo, y tan Poeta que Santeuil le considera como su rival, y con frecuencia su Maestro, se le ocurrió un día ir a una tragedia, que debía representarse en un famoso Colegio de París, y ocupar una plaza que estabas destinada a otros. El Rector le mandó a decir por medio de un criado que se colocara en otro sitio. La Fosse, a quien los preparativos del Espectáculo habían puesto de buen humor, dijo con buen Latín a este criado que no le entendía que se encontraba muy bien allí, y que no juzgaba oportuno salir de allí. El Rector al ser informado por su diputado, le tomó por uno de Hibernia y le envió a un joven Regente, quien le hizo los cumplidos en Latín que él ya había aguantado en Francés. La Fosse, que conocía el Griego como Demóstenes, le hizo en esta lengua muchos cumplidos que todos iban dirigidos a dar a entender que le costaba desalojar. Este joven Profesor que no tenía edad para saber tanto, le tomó por un hombre llegado recientemente del Líbano, y así se lo dijo a quien le había enviado. El Rector cansado de este juego, que le molestaba, le diputó al Regente de Retórica: pero la Fosse habló en Hebreo. Entonces fue cuando le reconoció un sabio de la Compañía, y lo colocó con toda la distinción debida a sus méritos.

Como se hallaba satisfecho por esta aventura que le había divertido más que ninguna otra, no bien hubo llegado a S. Lázaro cuando se la contó a sus amigos con todo el gracejo de que el fuego de su imaginación la hacía susceptible. Se lo contaron a Vicente enseguida, y aunque se dio cuenta que había en el proceder de este joven Sacerdote más ocurrencia que mala voluntad, creyó sin embargo tener que mortificarle un poco. Después de hacerle ver que un hombre humilde de verdad, no anda buscando ni los primeros lugares, ni hacer que se hable se él en las Asambleas, le dio orden de ir a pedir perdón al Rector y a aquellos

Regentes a quienes había podido desedificar. Este hombre sabio a quien su nacimiento y sus talentos no envanecieron nunca, obedeció sin replicar: por suerte se las había con gente que sabían estimar los méritos; y fue recibido con toda suerte de cumplidos, todos estuvieron de acuerdo que sabía unir mucha virtud con mucha capacidad.

Con esta dedicación a mantener a sus Sacerdotes en la humildad, el Siervo de Dios tenía el talento no sólo de sostenerlos en el trabajo sino además de hacerles trabajar de una manera digna de Dios, así como lo ordena el Apóstol. Es verdad, y ya lo hemos dicho, que no los alababa nunca en su presencia, si razones urgentes y muy raras no le obligaban a actuar de otra manera; sin embargo sabía cultivar en ellos una santa emulación, con sus ejemplos y con la unción de sus palabras y con el cuidado que ponía en hacerles participar de las bendiciones que Dios daba a los trabajos de sus cohermanos. Además, estaban todos muy justamente persuadidos del afecto que él sentía por ellos. Un Padre quiere menos a sus Hijos de lo que él quería a sus Misioneros. Sus cartas, de las que hemos leído más de seis mil, están dictadas todas por la caridad. Su ternura se hace sentir en ellas hasta en las correcciones: pierden en sus manos ese gusto de amargura, que parece acompañarlas.

Era sobre todo en las persecuciones que debían pasar o en las enfermedades que los afligían, donde sentían cómo él era de ellos. No era de esos devotos que, llenos de atención hacia sí mismos en el tiempo de sus enfermedades, se contentan con dar para los demás órdenes vagas, que se ocupan bien poco de ejecutar, o nada en absoluto. Vicente examinaba en persona si los suyos eran tratados como lo deben ser hombres, que con frecuencia no sufren más que por verse agotados por el exceso de celo y de trabajo. No se le escapaba nada en este aspecto; y lo repitió más de una vez, que no dudaría en vender los Vasos sagrados, si fuera necesario para procurar a estos queridos enfermos los socorros que se les deben. Los soldados, que combatían bajo el famoso Turena, no temían ni al fuego ni a los peligros, porque veían en él a un gran Capitán, a un excelente modelo, a un Padre tierno y compasivo: los Sacerdotes que trabajaban bajo Vicente de Paúl volaban a sus órdenes, a los Países más bárbaros, a Provincias donde reinaban la peste y la muerte, porque su caridad los seguía a todas partes, y estaban seguros de hallar allí o los más tiernos tratos por su parte o una corona incorruptible. También el santo Hombre les estaba siempre presente. Hemos tenido la dicha de ver a quienes su nombre solo enternecía más de cincuenta años después de su muerte, y que al hablar de él no podían contener las lágrimas.

Le dieron, el año después de ser establecido el Seminario interno, una nueva prueba de su obediencia, en una famosa Misión que les costó mucho. Se dio en S. Germain –en enero y febrero-, donde estaba el Rey y toda la Corte. El Príncipe mismo la pidió. Vicente hubiera querido de buena gana que la dieran otros. Sus Sacerdotes nacidos para la salvación de la pobre gente del campo le parecían poco idóneos para evangelizar a los Grandes del siglo que con demasiada frecuencia prefieren al Orador que sabe agradar antes que al Hombre de Dios, que toca y convierte. Pero Luis XIII, habiendo hecho el honor a nuestro Santo de hacerle saber que quería sus Misioneros, tuvo que pasar por ello. Los comienzos fueron trabajosos. El modo como se combatía los desnudos escandalosos y la firmeza constante con la que se quería, en el Tribunal, obligar a las mujeres mundanas a las reglas de una exacta modestia, dieron mucho que hablar. Hubo quejas fuertes por la pretendida severidad de los Obreros y se las cantaron en todos los aires. Pero estos hombres acostumbrados a andar a su aire, continuaron predicando el Evangelio en toda su pureza, y excluyendo de la participación de los santos Misterios a estas personas que a veces sin pasión se presentan de una manera como para excitarla en los demás.

No obstante la calma no tardó en seguir a la tempestad. La unción del Espíritu de Dios tocó a quienes habían lanzado los gritos más fuertes. Se volvieron tan fervorosas que quisieron ser asociadas a esta Cofradía de la Caridad, de la que tanto hemos hablado. Sirvieron a los pobres según su turno, y divididas en cuatro equipos, solicitaron en su favor la piedad de los Fieles y les procuraron grandes auxilios. No hubo apenas nadie de la Casa del Rey que no se esforzara por aprovecharse de la gracia que Dios distribuía en abundancia. Este Religioso Príncipe se sintió impresionado y tuvo a bien decir a uno de estos dignos Ministros de la palabra *que se sentía muy satisfecho de todos los ejercicios de la Misión, que era así como había que trabajar, cuando se quería lograr algo, y que él daría este testimonio por todas partes.* Son sus propias expresiones.

El Cardenal de Richelieu, con todo lo trabajador que era, no pudo concebir cómo podían los Misioneros hacer un trabajo tan largo y tan agotador. Advirtió a Vicente de Paúl que sus Hijos se cuidaban muy poco, y que como él sabía mejor que nadie que un arco siempre tenso pierde la fuerza, y se queda inútil, *ordenó* a nuestro Santo que diera cada Semana un día de vacaciones a los que trabajaban en las Misiones. Fue en Richelieu mismo, donde otros Sacerdotes estaban ocupados cuando este Reglamento comenzó a ser seguido; y pronto se estableció en todas partes: de manera que debido a la atención de este gran Ministro, los Misioneros deben todavía hoy el día de descanso todas las semanas.

La Reina se encontraba entonces en los primeros meses de su embarazo, y dio ese mismo año un Delfín a Francia -5 de septiembre-, después de 22 años de matrimonio. Para mostrar su gratitud hacia Dios, tuvo grandes y piadosas liberalidades. La estima que tenía por nuestro Santo no le permitió olvidarse de la casa de S. Lázaro. Hizo regalo a la Sacristía, que era muy pobre, de un ornamento de tela de plata. Se lo creyó llegado a tiempo para las Fiestas de Navidad. Vicente debía officiar en esta Solemnidad: pero su humildad no le permitió vestirse el primero con unos ornamentos tan ricos y pidió unos ordinarios; y por muchas razones que le dieron, no pudieron vencer su repugnancia. Tan verdad es, que todos sintieron una profunda humildad.

Ana de Austria reconoció tan bien, por los efectos de la Misión de S. Germain, todo aquello de que es capaz un celo verdaderamente Apostólico, que cuatro años después pidió una segunda para el mismo lugar. Es cierto que esta piadosa Princesa tenía principalmente a la vista la salvación de un gran número de artesanos, que trabajaban por entonces en los edificios del Castillo: pero se aprovechó toda la Corte. La Reina asistía todas las tardes con gran aplauso a las predicaciones de uno de los Sacerdotes de Vicente de Paúl, que tenía talentos superiores. Otro daba cada día en el propio Castillo conferencias de piedad a las Hijas de la Reina. Lo que hubo de particular es que el sr Delfín que apenas tenía tres años, tomó, a su modo, parte en las bendiciones de esta misión. Ana de Austria quiso sin condición alguna que se le diera un poco de Catecismo, y fue un joven Eclesiástico de la Congregación el encargado de este glorioso trabajo.

Fue al parecer este año cuando Vicente de Paúl tuvo el consuelo de ver al sr de Quériolet (o Kériolet); este hombre, que de libertino, incluso de ateo, se había convertido en un modelo de penitencia, pero de una penitencia tan terrible, tan proporcionada al exceso de sus desórdenes, que no existe en la antigüedad casi nada que se le pueda anteponer. El sr Bernard, de sobrenombre el pobre Pierre que era, como él, una prueba sensible del poder y del imperio de la gracia de Jesucristo, habiendo alojado durante tres días a este ilustre Penitente, le acompañó en algunas visitas que hizo a algunas personas de una virtud eminente. El R. P. de Condren, y Vicente de Paúl fueron de ese número. El sr de Quériolet tuvo con uno y otro conferencias particulares, cuyo detalle no nos han conservado sus

Historiadores, pero que sin duda no se dirigieron sino a animarle a la perseverancia. No es la única vez que nuestro Santo tuvo el honor de ver a este hombre tan famoso en todos los aspectos. Se enseña todavía al final del Seminario de S. Lázaro una pequeña habitación en la que hizo el retiro. Era a la vista de estos perfectos Cristianos cuando Vicente exclamaba a veces, como lo hizo en aquel mismo tiempo: *yo soy el único, que soy un miserable pecador, que no hago más que mal sobre la tierra, y que debo desear que Dios tenga a bien retirarme de ella lo más pronto posible, como lo espero de su bondad.*

Sin embargo este hombre, que se consideraba como un Siervo inútil, estaba tan plenamente y tan santamente ocupado de la mañana a la tarde que su vida no era más que un tejido de buenas obras. Otro cualquiera menos trabajador, menos sostenido por la gracia habría sucumbido bajo esta multitud de dificultades. No se puede todavía hoy pensar cómo un hombre bastante enfermo, y que no omitió nunca sus ejercicios de piedad podía atender a tantas ocupaciones *disparatadas*, concluir un número tan grande de asuntos, que no tenían ni enlace ni relación, responder como lo hizo, sin faltar nunca a aquella cantidad prodigiosa de cartas que recibía de todas partes, y formar con todo cuidado las dos Compañías que había instituido.

Estas ocupaciones de las que daremos una idea más extensa bajo 1656, se veían trastornadas por contratiempos: pero el Santo sabía admirablemente volver al orden y aprovechaba la ocasión de hacer un nuevo bien, sin perder de vista el que llevaba entre manos. Hemos dicho ya que el Arzobispo de París se servía de él en diferentes coyunturas: añadiremos aquí que tenía para este prelado, y para todos los Obispos un respeto tan profundo que la más débil insinuación por su parte le parecía una orden, y que sacrificaba hasta los intereses de su Congregación para obedecerles. Dio de ello este mismo año un ejemplo, que no es ni el único ni el más importante de los que dio en este aspecto. Su presencia era necesaria en Richelieu; los arreglos, las atenciones que se necesitan en esta clase de Fundaciones, le llamaban allí; había prometido a los suyos que iría. En la fecha señalada para partir, el sr de Gondi le envió *un Mandato de visitar una Casa Religiosa*, que debía darle muchos quebraderos de cabeza. El siervo de Dios habría querido que se diera este encargo a otro; tal vez insistiendo habría llegado a verse dispensado de él, pero prefirió la obediencia a todo lo demás, y fue en aquella ocasión cuando, para animar a uno de sus Misioneros a la práctica de esta gran virtud, le escribió que, si el sr Arzobispo le mandara marchar a los extremos de su Diócesis, y quedarse allí de por vida, él creería verse obligado a obedecer a su voz, como a la de Jesucristo mismo. Añadió que sea que este Prelado le prescribiera la soledad, sea que le diera un empleo, le parecía que uno y otro serían para él un Paraíso anticipado, porque estaría seguro de cumplir la voluntad de Dios.

El santo Sacerdote no dejó de ir luego a Richelieu. Aquel viaje le resultó penoso, porque lo hizo en una estación mala: pero estaba acostumbrado a no tener en nada los trabajos, sobre todo cuando eran efecto de la sumisión que tuvo siempre para sus Superiores. Por otra parte, setenta jóvenes Eclesiásticos que encontró en retiro a su regreso y que se disponían a la ordenación de Navidad de una manera de la que se sintió contento, le hicieron olvidar pronto todas sus fatigas.

Algunos años antes había enviado a Roma a uno de sus Sacerdotes –Luis de Breton– que tenía mucha erudición y piedad; no se necesitaba menos para remplazar al célebre sr du Coudrai. Vicente encargó a este último varios asuntos importantes, que terminó muy exitosamente. Como no le ocupaban siempre, el Santo le dio orden de recorrer el campo de Roma, y de anunciar en él el Evangelio a los pobres. Lo hizo con tal éxito que Urbano VIII, que ocupaba entonces la S. Sede, creyó que un número de Operarios parecidos no podrían

sino hacer mucho bien en el Estado Eclesiástico. Se establecieron pues en Roma algunos años después –en 1642-. La Duquesa de Aiguillon quien, como ya hemos visto, tenía hacia Vicente de Paúl sentimientos extraordinarios de estima y de confianza, y cuya caridad iba a buscar al pobre y al indigente hasta en los Países extranjeros, quiso contribuir en el gasto que pedía esta buena obra: lo hizo de una manera tan liberal y tan grande que se la debe mirar como Fundadora de esta primera casa de Italia. Las máximas y el espíritu del Siervo de Dios se han mantenido hasta hoy en toda su integridad. Allí se vieron los Carretti, los Imperiali, los Spínola, y tantos otros de la más alta cuna, no distinguirse de sus Cohermanos más que por la más exacta práctica de todas las virtudes. Pero es más seguro para nosotros suprimir las alabanzas que serían debidas a los ejemplos que nos dan; ya que nosotros no podríamos proporcionarlos a sus méritos, sin hacerlos sospechosos. *Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus et non labia tua.*

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro cuarto

Sumario

- Horrible estado de la Lorena bajo el Duque Carlos IV. Furor de los Suecos que la devastan. Dificultad de socorrer a esta Provincia.
- Nuestro santo se encarga de ello. Socorros llevados a la Ciudad de Toul, a la Ciudad de Metz, a la Ciudad de Verdun, a Nancy, a Bar-le-Duc.
- Santa muerte de Germain de Monteuit que trabajaba allí: elogio de este Misionero por el Rector de los Jesuítas.
- Pont-à-Mousson socorrido, así como la Ciudad de S. Mihiel y la de Lunéville.
- Agradecimiento de los Loreneses. Vicente auxilia a los refugiados en París.
- Procura un lugar de retiro a una Comunidad Religiosa. Extrema necesidad de varios Loreneses.
- Vicente forma una Asamblea de Señores para ponerles remedio. Este remedio más difícil a causa de la opresión de los Católicos de Inglaterra.
- Retrato de Cromwel. Esfuerzos y generosidad del Santo. Ruega al Cardenal de Richelieu que dé la paz. Sumas prodigiosas envidas a Lorena. Protección de Dios sobre el que las llevó
- Santas ocupaciones de la Congregación. El Obispo de Ginebra la establece en Annecy. Erección de los Seminarios mayores. Medios que el Santo quiere que se usen para lograr que triunfen los Seminarios. Cree que no se ha de dispensar a nadie. Ocupaciones de los que allí trabajan. Frutos que nacen de los Seminarios, en París, en Bretaña, en el Querci.
- Confesión del sr Alain de Solminihac. Vicente predice que el sr de Arenthon será obispo de Annecy.
- Hace la visita a las Ursulinas de Beauvais.
- Madame de Chantal viene a París. Su muerte, revelación de su gloria; elogio de esta Dama. Servicios prestados a su Orden por el Santo.

- Idea que tuvieron de Vicente las Hijas de Santa María, tanto de la Ciudad de S. Denys en Francia, como de la Capital.
- Talento que empleó para calmar las penas de espíritu y humillar la vanidad. Quiere dimitir del cargo de Superior de estas Damas. Ellas se oponen.
- Prohíbe a los suyos la dirección de las Religiosas.
- Muerte de Luis le Breton.
- La Congregación de la Misión establecida en Roma. El Santo convoca una Asamblea general. Abdica de su cargo, forzado a continuar.
- Muerte del Cardenal de Richelieu. Enfermedad de Luis XIII. Muere en los brazos de S. Vicente.
- Consejo de Conciencia. Vicente es admitido bien a su pesar. Presenta al Consejo un plan de conducta. Mazarino se hace dueño de una parte de los asuntos. Rasgo de firmeza y de sabiduría de nuestro Santo. Avisos que da a un Capellán que era tentado de prepararse el camino para Obispo.
- Su conducta con respecto a un Religioso que tenía una idea parecida. Recorta diversos abusos. Su violencia contra la simonía.
- Calumnia atroz contra el Santo, Dios la castiga. Servicios que presta al Episcopado. Termina con una discusión sobre el Obispado de S. Pablo de Leon.
- Traslado del Obispado de Maillezais a la Rochelle. Celo del Santo contra los Hugonotes. Sus correcciones al sr de Molé a propósito de las apelaciones como abusos. Sus ideas sobre el uso de las Censuras.
- Servicios que prestó a los Canónigos Regulares de Santa Genoveva, de Chancelade, de Prémontré, etc., a la Congregación de S. Maur, a la Orden de S. Antonio, etc. Lo que hizo por las Comunidades de Hijas. Tormentas que su firmeza levanta.
- Su conducta sobre las dimisiones de Abadías. Restablece la paz en los Monasterios de la Perrine y del Estival. Disipa una secta de Iluminados, manda proscribir los duelos y desterrar la indecencia de la comedia.
- Nobleza y generosidad de sus sentimientos. Rechaza una suma de cien mil libras.
- Sus talentos para el Consejo de los Reyes. Principios de estos talentos. La Congregación se establece en Marsella y en Sedan. Peligrosa enfermedad del Santo. Uno de sus Sacerdotes ofrece su vida por la de él.
- Proyecto de una Misión en Babylone. Sentimiento del Cardenal de la Rochefoucaut sobre la residencia de los Superiores.
- Seminarios de Saintes y del Mans. Fundación en Túnez. Elogio de Luis Guérin y de Juan le Vacher.
- Católicos de Irlanda perseguidos por Cromwel, ayudados por S. Vicente. . Sacerdotes llamados al orden, desgracia del sr Olier, conducta del Santo en esta ocasión. Asunto de S. Méen, y sus consecuencias. Estima y caridad mutua de los contendientes. Raro desinterés del santo Sacerdote.
- Proyectos de Misión en Salé y en Babylone. Oposición del sr d'Horgni. Sabia réplica del Santo. Misiones en Irlanda. Consejos impartidos a los son enviados allí.
- Vicente se asocia a los trabajos de sus Sacerdotes. Servicios prestados a las Hijas de la Providencia, a las Jóvenes Huérfanas, a las Hijas de Santa Genoveva, a las Hijas de la Cruz. Dos reflexiones sobre este particular.
- La Congregación se establece en Génova, y por quiénes. Elogio del Cardenal Durazzo. Vicente pierde a dos excelentes Sujetos.

Aunque S. Vicente de Paúl nos haya dado hasta ahora pruebas de la virtud más exacta y de la caridad más extensa, es preciso sin embargo confesar que la carrera que ha completado en una edad ya avanzada, es tan grande que tiene algo de prodigiosa. Que se olvide pues, si se puede, todo cuanto ha hecho durante más de cuarenta años, vamos a encontrar todavía en él con qué ponerle en paralelo con los hombres de misericordia que han honrado a la Iglesia en sus más hermosos días. La compasión por los miserables y el celo por la salvación de los pecadores van a formar aquí, como en otras partes, su primer carácter; pero como las ocasiones estarán más presentes que nunca, lo veremos también cumplir de la manera más distinguida y más admirable el glorioso nombre de Padre de los desdichados, que todo su siglo le ha dado. Las ayudas que dará a la miseria y a la indigencia no se limitarán ni a algunas familias, ni a algunas Parroquias, ni a una clase particular de pobres: se extenderán a vastas Provincias, y en estas Provincias tendrán por objeto a las personas consagradas a Dios, como a los Seculares, a los Nobles como a la gente del Pueblo, a aquellos que hasta entonces habían vivido en la abundancia como a aquellos a quienes la bajeza de su condición había dispuesto más a sufrir. Todos estos diferentes estados constituirán el campo de su caridad, porque todos serán golpeados por la mano de Dios y reducidos por ella a la más humillante necesidad.

La Lorena y el Ducado de Bar fueron el primer campo que se abrió a su celo. Estas dos Provincias en otro tiempo tan pobladas, tan fértiles y tan abundantes, tenían por Soberano, desde hacía trece años, a Carlos IV. Príncipe valiente, intrépido, ávido de gloria, bastante fuerte como para dar inquietud a sus vecinos, demasiado débil para sostenerse contra a ellos, siempre presto a buscar acomodos y más presto todavía a romperlos. Un héroe de esta hechura tenía todo lo que era necesario para desolar sus propios Estados, y apenas podía contar con la protección del Dios de los Ejércitos, sobre todo desde que, cansado de su Esposa, a quien debía la Corona, hubiera contraído un segundo y escandaloso matrimonio con la Princesa de Cantecroix.

Fue durante el tiempo, en que estaba muy ocupado en este criminal proyecto cuando la Lorena se convirtió en Teatro de horror. Los Imperiales, los Franceses, los Españoles, los Suecos, los Loreneses mismos, si bien naturalmente Ciudadanos, la devastaban uno tras otro y a veces todos a la vez. El que la defendía apenas la cuidaba más que el que era su más cruel enemigo. El Duque de Veymar, a la cabeza de las Tropas de Suecia, a las que la diversidad de Religión volvía más furiosas, fue el que más la machacó. Se dice que llevaba en sus Estandartes a la Lorena bajo la figura de una mujer, cortada a hacha de la cabeza a los pies, y rodeada de soldados, que en una mano tenían una espada cortante y en la otra una antorcha encendida. Si este hecho es verdad, nunca figura alguna de este género ha sido mejor cumplida. Los suecos, ya dispersos en sus cuarteles, ya reunidos en corporación, se conducían en esta región desafortunada algo así como se conduce un león enfurecido en un corral que ha forzado. No respetaban ni lo sagrado ni lo profano. No se olvidaban ni de las crueldades ni de las violencias. Ninguna seguridad para la pureza de las Vírgenes, ni siquiera en el seno de los Monasterios; ningún viajero en los grandes caminos, ni rebaños en los campos, ni descanso de un hombre que dormía al lado de otro, con el justo miedo a ser degollado por él para servir de alimento.

Una parte de las ciudades, de los burgos y de los pueblos estaban desiertos, los otros estaban reducidos a cenizas. Aquellos, de los que el Soldado no se había podido apoderar, sufrían todo lo que la peste y el hambre tienen de más terrible; sus habitantes lívidos,

macilentos, desfigurados, se sentían felices cuando podían comer en paz la hierba y las raíces del campo. La bellota y los frutos salvajes se vendían corrientemente en el mercado como alimento del hombre. Los animales muertos, las carroñas más infectas se buscaban con avidez, o más bien con una especie de rabia. Una madre se asociaba a otra para comerse con ella a su propio hijo, con promesa de pagarle con la misma moneda. Se colgó a la puerta de Nancy a un hombre convencido de matar a su hermana por un pan de suministro. Todo lo que las hambres de Samaria y de Jerusalén tuvieron de más terrible lo era menos todavía que lo que se vio entonces. No sabemos si durante el sitio de la ciudad santa los niños hayan devorado a los que les habían dado la vida: estos horrores estaban reservados a la Lorena, no nos atreveríamos a referirlos si no tuviéramos delante de los ojos a autores contemporáneos, que nos han transmitido el funesto recuerdo. Es lo que hizo decir al Padre Caussin, que vivía entonces, y que era Confesor de Luis XIII, que la Lorena era el único país del mundo, que hubiera dado al Universo un espectáculo más horrible que el del último sitio de Jerusalén: *Sola Lotharingia Jerosolymam calamitate vincit.*

Las ciudades de las que se había apoderado el Rey, o que estaban ya bajo su dominio como Nancy. Bar-le-Duc, Toul, Pont-à-Mousson, Metz, Verdun, y otras, respiraron por algún tiempo más; pero al fin siguieron el destino del resto de la Provincia: ésta es la situación que acabamos de describir; y en la época a la que nos ha llevado nuestra Historia, estaban también reducidas a la extremidad.

Era muy difícil llevarles ayuda. Cinco ejércitos, que mantenía Francia entonces, consumían una parte de los auxilios que la caridad hubiera dedicado, en tiempos menos tormentosos, a las necesidades de los pobres. Todos se quejaban como suele hacerse en las calamidades públicas. Estaban aterrados por el presente y el futuro no ofrecía nada que pudiera tranquilizar. Así estaban las cosas, cuando Vicente, animado por el espíritu, del que estaba lleno el primer Sacerdote de la Ley antigua, se colocó entre los vivos y los muertos; detuvo el incendio, que devoraba a la multitud; llevó a cabo con tanto orden como valor las obras espirituales y corporales de misericordia en los lugares en que las reglas de la humanidad no eran ya conocidas; y enarboló el Estandarte de la caridad, en un País donde la justicia no tenía ya fuerza, donde la autoridad legítima era tenida en nada, donde las leyes de los soberanos no emitían más que un sonido débil e impotente.

El Siervo de Dios encendió mediante el fuego de su discurso y sus mismas lágrimas el espíritu de compasión que necesitaba ser reanimado. Puso en movimiento a las piadosas Damas de su Asamblea, acudió a la Duquesa de Aiguillon y hasta a la Reina, aunque no tuviera motivos de estar contenta con la región a favor de la cual se acudía a ella. Él dio siempre el primer ejemplo de una santa y generosa liberalidad. Prefirió de alguna manera ver sufrir a los de su Congregación que ver sufrir por más tiempo a los pobres de Jesucristo. Desde los tiempos del sitio de Corbie, había retirado a los suyos un pequeño entremés en la mesa, que se había dado hasta entonces, y que no se ha recuperado aún: era en el tiempo de las desgracias de la Lorena redujo a su Comunidad al pan moreno: *Este es*, decía a sus Sacerdotes, *el tiempo de la penitencia, ya que dios aflige a su pueblo, es por nosotros que somos sus Ministros, una obligación de estar al pie de los Altares para llorar sus pecados: pero es preciso que hagamos algo de más, y debemos sacrificar para su ayuda una parte de nuestro alimento ordinario.* Sus hijos no murmuraban, porque él seguía con más rigor que nadie la ley que imponía a los otros.

Los trabajos que se dio el santo Sacerdote no fueron infructuosos. Se vio poco a poco en situación de salvar la vida y a menudo el honor a los habitantes de veinticinco ciudades, y de un número infinito de burgos y de pueblos que estaban muy apurados. Alimentó a una

multitud de gente hambrienta; hizo para un montón de enfermos, que con frecuencia dormían en las plazas públicas, toda clase de ayudas que podían esperar de la caridad más sensible, Procuró ropas a aquellos que no las tenían; es decir (pues podía haber equivocaciones) no sólo a un número prodigioso de la hez del pueblo de toda edad y de todo sexo; pero también a cantidad de jóvenes de clase, que estaban a punto de perecer en más de un sentido; a cantidad de Religiosos, cuyos Monasterios habían sido saqueados; a cantidad de Vírgenes consagradas a Dios, que estaban tan desfiguradas como aquellas de las que habla Jeremías; que, en su mayor parte, no tenían ni velos ni calzados, y que, cubiertas de harapos igualmente ridículos y extraños, habían anunciado hasta entonces a toda Europa el exceso de su aflicción y de su pobreza.

Como una sabia economía en el manejo de las limosnas es uno de los mejores medios de que se pueda servir para el trato con los que las han dado y hacerlas útiles a los que las reciben, Vicente tomó en la distribución, que le encargaron hacer, todas las medidas de una prudencia consumada. Envió a doce de sus Misioneros llenos de celo y de inteligencia a diferentes lugares de la región, les asoció a cinco Hermanos de la Congregación, que tenían secretos contra la peste y que conocían la Medicina y la Cirugía. Les puso en las manos un largo y sabio Reglamento, por medio del cual no podían ofender ni a los obispos, ni a los Gobernadores, ni a los Magistrados. Les prescribió que consultaran a los Párrocos o, cuando no los había, cosa que pasaba a menudo, a las personas más cualificadas de los lugares que visitaban, a fin de evitar la sorpresa y de proporcionar los auxilios a las necesidades y a la situación de aquellos a quienes debían aplicarse. Aunque las Damas de su Asamblea se presentaran incondicionalmente a él y le dejasen una libertad completa de disponer a su gusto de las grandes sumas que le ponían en las manos, no hizo nunca nada sin escucharlas: a menudo incluso quería recibir por sí mismo o por otros las órdenes de la Reina, para seguir en todo la intención de los bienhechores y evitar toda sospecha de acepción de personas.

Siguiendo este plan es como supo contentar a todo el mundo y sobre todo a los pobres, nación con frecuencia intratable, casi siempre dispuesta a los murmullos y a las quejas, raramente tan ocupada en el bien que se les hace como el que se imagina que se les podría todavía hacer. Es verdad que el santo ardor que supo comunicar a las mejores familias de París, las condujo a realizar durante cerca de veinte años esfuerzos que la posteridad tendrá dificultades en creer: pero como el mal era casi universal, y en el más alto grado que se pueda imaginar, era necesario, si se me permite expresarme a sí, multiplicar con la atención y el buen orden auxilios que, aunque muy considerables en sí mismos, no dejaban de ser con mucho inferiores a las necesidades que se querían cubrir.

Aunque en materia de miseria y de indigencia, el detalle se resienta por necesidad de la bajeza del asunto, no podemos así y todo sacrificar a la delicadeza de ciertos lectores el relato de un número de particularidades, que son tan propias para edificar la caridad como pesadas a la imaginación.

La Ciudad de Toul fue la primera que experimentó las bondades de Vicente de Paúl. Sus Misioneros que, como lo hemos dicho en otra parte, tenían ya allí una Fundación, le enviaron ese mismo año - diciembre de 1638- un Certificado de Jean Midot Doctor en Teología, Gran Arcediano, Canónigo, Vicario General durante la vacante de la Sede Episcopal, y Consejero en el Parlamento de Metz. Daba fe en él, *De que los Sacerdotes de la Misión continuaban desde hacía unos dos años, con mucha edificación y caridad, aliviando, vistiendo, alimentando y medicando a los pobres; en primer lugar, dice él, a los enfermos, de los que han retirado a sesenta a su Casa, y un centenar que están alojados en*

los arrabales. En segundo lugar, a muchos otros pobres vergonzantes reducidos a una gran necesidad, y refugiados en esta ciudad, a los cuales dan limosna. Y en tercer lugar, a varios pobres soldados, de vuelta de los Ejércitos del Rey heridos y enfermos, que se retiran también a la Casa de dichos Sacerdotes de la Misión y al Hospital de la Caridad, donde les dan alimento y trato: por cuyas acciones caritativas, demás comportamientos, la gente de bien queda grandemente edificada. En testimonio de lo cual, hemos formado y hecho contrafirmar, etc.

Este certificado fue seguido de otros dos, que dieron las Religiosas Dominicanas de las dos casas de Toul. En ellos hacían justicia a la caridad que los Misioneros habían ejercido tanto con dos Regimientos Franceses, que habían sido maltratados cerca de Gondreville por las Tropas de Jean de Wert; como con su propia casa, a la que daban desde hacía dos años y medio todos los socorros de la caridad más atenta: *De esta manera, continúan las Damas del gran Convento, nosotras podemos decir y decimos con toda la Diócesis de Toul: Bendito sea Dios que nos ha enviado a estos Ángeles de paz en un momento tan calamitoso para el bien de esta ciudad y el consuelo de su pueblo, y para nosotras en particular, a quienes han hecho y hacen todavía caridades de sus bienes todos los días, dándonos sustentos, leña, frutas, socorriendo así nuestra necesidad. Nuestro sentimiento interior nos empuja a emitir este testimonio; lo que hacemos de todo corazón. A 20 del mes de diciembre de 1639.*

Habríamos estado en disposición de producir un mayor número de declaraciones parecidas, si la humildad de nuestro Santo no lo hubiera impedido por algún tiempo. Habiendo querido saber sus Sacerdotes de él si era conveniente que exigieran otras ciudades a las que debían llevar los mismos auxilios, les respondió *que harían bien en no pedir más; que bastaba que Dios conociera sus buenas obras, y que los pobres fuesen socorridos, sin querer producir otros testimonios.* Cambió de idea con el tiempo, para adelantarse a las murmuraciones y hasta la sombra de sospecha. Así se verá pronto que los monumentos de fuerza parecida no nos faltan; y que Dios ha sabido publicar en los tejados lo que su Siervo quería primero enterrar en el secreto de su humildad.

Mientras que estos dignos Ministros de la caridad de Vicente de Paúl, llevaban a cabo en Toul y alrededores todos los deberes de la misericordia, los que el santo Sacerdote había enviado a partir de abril a las demás ciudades de Lorena o de las fronteras, trabajan con el mismo ardor. Los había ya en Verdun, en Metz y en varios lugares más.

La Ciudad de Metz era una de las más afectadas. La concurrencia de pobres que la asediaban en el interior y en el exterior tenía algo de terrible. Era como un ejército de desgraciados de toda edad y sexo que llegaba a veces a cuatro y cinco mil personas. Todas las mañanas se hallaban diez o doce muertos, sin contar los que, sorprendidos aparte, se convertían en presas de los animales carnívoros, pues los lobos furiosos eran aún una de las plagas, con que hería Dios a este pueblo desafortunado. Acostumbrados a alimentarse de cadáveres, se vengaban con los vivos por lo que les faltaba por parte de los muertos. Atacaban en plano día. Hacían pedazos, devoraban a las mujeres y a los niños. Los burgos y los pueblos estaban infestados en todo tiempo; entraban incluso durante la noche a las ciudades por las brechas de las murallas, y se llevaban todo cuanto podían atrapar.

Así era la situación de Metz: pero esto no era más que parte de sus desgracias. El honor de sus Vírgenes más puras estaba en peligro. El hambre, madre de todos los excesos, estaba a punto de llevar a varias Comunidades Religiosas a romper sus claustros, en un tiempo en que las murallas más fuertes eran un muro demasiado débil contra la licencia. Todos los recursos estaban cerrados. El Parlamento, al que el hambre, la guerra y las carreras de los

enemigos daban alarmas continuas, se había visto obligado, desde el año precedente, a retirarse a Toul. Se hubiera necesitado un Obispo de los primeros siglos para detener, o al menos para disminuir, el curso de tantas desgracias. Henri de Bourbon, hijo natural de Enrique IV, lo era entonces sin ser Sacerdote. Sus Abadías de S. Germain-des Prés, de Fécamp, de los Valles de Cernai, de Tyron, de Bomport, y de la Valasse, parecían colocarle en situación de hacerlo: pero este Príncipe, que se casó doce años después, tenía al parecer obligaciones más urgentes que las de aliviar a su pueblo. Vicente hizo lo que el Pastor no hacía. Despachó con toda diligencia a algunos de sus Sacerdotes, para conservar la vida de unos, el honor de otros y tratar de salvarlos a todos. Las cosas cambiaron pronto de rostro, y Metz comenzó a respirar un poco. Los Maestros Consejeros y los Trece de la ciudad también recibieron un auxilio muy oportuno; pero como en contaban en su misma extensión razones para temer que no continuaría, escribieron por ello a Vicente en el mes de octubre del año 1640. Su carta, como todas las que recibió entonces el S. Sacerdote, es menos un agradecimiento por el pasado que una petición para el porvenir. Aunque escrita hace un siglo, merece encontrar un hueco aquí. La traeremos pues sin cambiar nada.

Señor, le decían, nos habéis obligado tan estrechamente al socorrer, como la habéis hecho, a la indigencia y a la necesidad extrema de nuestros pobres, mendigos, vergonzantes y enfermos, muy particularmente de los Monasterios pobres de las Religiosas de esta Ciudad, que seríamos ingratos, si permaneciéramos más tiempo sin expresar el profundo sentimiento que tenemos: al poder aseguraros que las limosnas que habéis enviado hasta ahora no podían estar mejor repartidas ni empleadas que con nuestros pobres, que son aquí en gran número, y en particular a favor de las Religiosas, que se ven desprovistas de todo socorro humano; unas no disfrutando de sus pequeñas rentas desde la guerra, y las otras no recibiendo ya nada de las personas acomodadas de esta Ciudad, que les daban limosnas, porque se les han quitado los medios. Lo cual nos obliga a suplicaros, y lo hacemos con toda la humildad, Señor, que queráis continuar tanto para con dichos pobres como para con los Monasterios de esta Ciudad, las mismas ayudas que habéis prestado hasta ahora. Es un asunto de gran mérito para quienes hacen una obra tan buena, y para vos, Señor, que la lleváis a cabo, la administráis con tanta prudencia y tino, con lo que conseguiréis una gran mansión en el cielo, etc.

La Ciudad de Verdun podía contar, menos que la de Metz con las limosnas de François de Lorraine, de donde era Obispo a la sazón. Este Príncipe, que había entrado sin vocación en el Estado Eclesiástico, había amargado a Francia al excomulgar a todos aquellos que, por orden suya, trabajaban en la Ciudadela de Verdun. Habiéndole obligado un golpe tan atrevido a retirarse a Colonia, él siguió con su humor guerrero, y a la cabeza de algunas Tropas, vino a atacar a su Ciudad Episcopal. Si no logró quitársela al Rey, debió naturalmente lograr hacerla más pobre todavía de lo que era antes. Asimismo, aunque la miseria fue menos que en Metz, ya que la población de pobres fue menos considerable, tenía sin embargo una muy grande necesidad de las limosnas que Vicente le envió. Sus Sacerdotes que residieron allí durante tres años al menos, le conformaron en 1641 que durante todo ese tiempo habían dado pan cada día a quinientos o seiscientos pobres, y por lo menos a cuatrocientos; que preparaban todos los días sopa y carne a cincuenta o sesenta enfermos y a algunos dinero para otras necesidades; que asistían a unos treinta pobres vergonzantes; que daban a cualquier hora pan a cantidad de gente del campo, y a otros de paso que llegaban pidiendo limosna; y que en fin proporcionaban ropa a quienes no la tenían.

Como el santo Sacerdote sabía muy bien que el tiempo de las calamidades públicas es, en

los planes de Dios, un tiempo de misericordia y que entre los que se olvidan de ello en la prosperidad, hay muchos que se vuelven sinceramente a él en la tribulación, había prescrito a sus Misioneros tener cuidado del alma, a medida que se ocupaban de la salud del cuerpo. Todos trabajaban en ello con una santa emulación; y si sus trabajos tuvieron en todas partes tantos éxitos como en Verdun, debieron recibir grandes consuelos. Uno de estos virtuosos Sacerdotes escribió a Vicente que sus Cohermanos y él no se cansaban de admirar la paciencia invencible de los moribundos y de los enfermos; y que la sumisión a las órdenes de dios era tan plena y tan perfecta que iba más allá de toda expresión: ¡O *Señor*, decía en su Carta, *cuántas almas van al cielo por la pobreza! Desde que estoy en Lorena, ha asistido a más de mil pobres en la muerte, que parecían estar bien dispuestos a ello... Ellos son intercesores para los que les hicieron bien.*

Aquellos a quienes la ciudad de Nancy les había caído en suerte, no estaban ni menos santamente ni menos continuamente ocupados; daban todos los días pan y sopa a cuatrocientos o quinientos pobres que, si bien con salud, no podían ganarse con qué vivir, porque no había ni cosechas ni cosechadores; los reunían cada día para darles instrucciones conmovedoras, y la vista de una multitud de muertos y de moribundos los hizo tan eficaces que muchos de ellos se confesaban y comulgaban casi todos los días.

Respecto de los enfermos, lograron que los recibieran en un gran número en el hospital de S. Julián, al que dieron ropas y dinero, porque no estaba en condiciones de atender a los gastos. Recibieron en su propia casa a los que no podían encontrar sitio en el Hospital; los alimentaron con cuidado, vendaron sus heridas y sus úlceras. Como había por lo general treinta, cuarenta y cincuenta enfermos más alojados aquí y allá por la Ciudad, hicieron distribuirles cada día pan, sopa y carne.

Asistían a dos clases de pobres vergonzantes. A unos, en número de cincuenta, eran de un clase media; otros, unos treinta, eran gente de clase, en parte Eclesiásticos, en parte Seglares. Se daba a los primeros cierta cantidad de pan a la semana; a los otros se les daba dinero todos los meses, según su nacimiento y sus necesidades.

Enterados de que había en la ciudad un gran número de madres pobres, cuyos hijos que se encontraban todavía en la lactancia se encontraban en peligro de perecer, tuvieron con ellos un cuidado especial: les dieron no sólo pan y sopa como a los demás pobres, sino también dinero y harina.

Hicieron vendar a los enfermos y heridos, que no podían vendarse por sí mismos; pagaron a los Cirujanos y las medicinas; hicieron con sus propias manos gran número de Curas, que no les costaban mucho, y que aliviando con pocos gastos a una parte de estos desafortunados, les dejaban el medio de aliviar a los demás. Finalmente distribuyeron ropa y vestidos a todos los pobres que no tenían.

Como tantos bienes diferentes habrían acabado pronto con los fondos, necesitaban una gran economía y la economía en este campo tenía todo lo que se necesita, no digo para herir la delicadeza, sino para revolucionar la naturaleza. Así, para distribuir las limosnas que llegaban y para practicar a la vez lo que la caridad Cristiana tiene más difícil; al suministrar ropa propia para esta cantidad de miserables, tomaban sus camisas sucias y a menudo llenas de miseria, las hacían blanquear y repasar, a veces hasta seis o siete docenas, y continuaban distribuyéndolas a quienes las necesitaban: las que no valían ya para nada servían para hacer hilas para las heridas y las úlceras. Yo sé una vez más que un detalle circunstanciado cuesta a la imaginación; pero ¿por qué habría de tener vergüenza en contar lo que Dios no se avergüenza de inspirar a sus amigos más tiernos y más privilegiados? Por muchos deseos que tuviera el santo Sacerdote de socorrer al mismo

tiempo todas las partes de la Lorena y del Barrois, ello no le fue posible. Los primeros auxilios que había enviado subieron tan alto que agotaron desde un principio su casa, a la que castigaba siempre la primera y las de un número de Damas caritativas, que eran su fuente y su asilo cuando se trataba de la necesidad de los pobres. No fue pues hasta finales del mismo año cuando envió a sus Sacerdotes a Bar-le-Duc, y algunos meses después a S. Mihiel, y a Pont-à-Mousson.

Los que fueron enviados a Bar fueron recibidos con gran bondad por los RR. PP. Jesuitas, quienes los alojaron en su casa. Se encontraron en esta Ciudad con unos ochocientos pobres, habitantes o extranjeros. Estos últimos dormían, en su mayor parte durante los rigores del invierno, en el pavimento de las encrucijadas y delante de las puertas de las Iglesias o de los Burgueses. Allí era donde, sobrados de miserias y de enfermedades, consumidos por el hambre y por el frío, esperaban y recibían la muerte casi a cada instante. Les daban, como en todas las demás partes, alimento y ropas, y en pocos días vistieron a doscientos sesenta, que estaban reducidos a una desnudez afrentosa. Se puso al Hospital, dándole cada mes una suma fija, en estado de recibir al mayor número de enfermos, pero como de éstos había unos ochenta que lo eran más que el resto, los Misioneros se encargaron por completo de su subsistencia, y les proporcionaron cada día los alimentos necesarios.

Uno de los gastos más caros fue el que se vio obligado a hacer para recibir a los transeúntes, quienes no hallando recursos ni en el campo, que no se cultivaban ya ni en las Ciudades, cuyo acceso les estaba prohibido casi siempre, se retiraban a Francia en grupos. Los Misioneros ocupados en Toul y en Nancy los dirigían a los de Bar que se ocupaban de ellos durante se estancia, y les daban algún dinero para continuar el viaje. No hablo de la santa generosidad con la que estos dignos Alumnos de Vicente de Paúl vendaban todos los días a más de veinte personas atacadas de una agalla espesa y corrosiva, que asqueaba a todo el mundo. Esta enfermedad era por entonces común en toda la Lorena; y los de Bar que con un remedio soberano que les habían enseñado la extirparon poco a poco, no hicieron en este punto sino lo que hacían sus Hermanos extendidos por los otros cantones de esta Provincia.

Pero por grandes que fueran en sí mismos los bienes de que hablamos, los que estos mismos Sacerdotes hicieron en Bar, en el orden de la gracia y de la salvación, los superaron en mucho. Difundieron por todas partes, con la ayuda de Dios, el espíritu de dolor y de compunción. Enseñaron a los pueblos a llorar, no sus desgracias temporales, sino sus pecados, que habían sido la causa de todo. Todo el mundo se esforzó por volver a la gracia con Dios. La multitud que tenía a estos dignos Misioneros, como los Egipcios a José, que los preservaba del hambre, acudió a ellos con rapidez extraordinaria, y quiso inoportunamente no deber la vida del alma más que a aquellos que le habían conservado la del cuerpo. Uno solo de estos laboriosos Ministros de la Penitencia oyó en el espacio de un mes más de ochocientas Confesiones más o menos generales; y tuvo el consuelo de alimentar con el Pan de los Fuertes a una parte de aquellos a quienes tantas veces había distribuido un pan terrestre y común. Pero finalmente la naturaleza sucumbió, estos dos Sacerdotes fueron atacados de una enfermedad violenta. Germain de Montevit -de la Diócesis de Coutance, que se hallaba en una edad en la que no se consulta bastante, fue arrancado - el 19 de enero de 1640- por la fuerza del mal: y la Congregación perdió a un hombre, que a la edad de 28 años, le daba grandes esperanzas. Fue enterrado en la Iglesia del Colegio de los Jesuitas. El R. P. Roussel, que era entonces Rector del Colegio, escribió sobre él a Vicente en estos términos:

“Os habéis enterado de la muerte del sr de Montevit, que habíais enviado aquí. Ha sufrido mucho en su enfermedad, que ha sido larga; y puedo decir sin mentir que nunca he visto una paciencia tan fuerte y tan resignada como la suya. Nunca le hemos oído decir ni una sola palabra que diera a entender la menor impaciencia: de todos sus discursos se desprendía una piedad que no era nada común. El Médico nos ha dicho muchas veces que no había tratado nunca a un enfermo más obediente y más sencillo. Ha comulgado con frecuencia durante su enfermedad, aparte de las dos veces que ha comulgado en forma de Viático. Se delirio de ocho días completos no le impidió con todos los sentidos la Extremaunción; le abandonó cuando recibió este Sacramento, y le volvió inmediatamente después de dárselo. En fin se ha muerto como lo deseo yo y como pido a Dios morir. Los dos Capítulos de Bar honraron su cortejo, como también los PP. Agustinos: pero lo que más honró su entierro fueron seiscientos o setecientos pobres que acompañaron su cuerpo cada uno con un Cirio en la mano y que lloraban tan fuerte como si hubieran estado en el cortejo de su padre. Los pobres le debían es te agradecimiento; había contraído esta enfermedad curando sus males y aliviando su pobreza; estaba siempre entre ellos y no respiraba otro aire que su mal olor. Oía sus Confesiones con tanta asiduidad, por la mañana y por la tarde, que no pude nunca lograr de él que se diera una sola vez el descanso de un paseo. Le hemos mandado enterrar junto al Confesionario, donde contrajo su enfermedad y donde recogió los méritos de los que goza ahora en el Cielo. Dos días antes de morir, su compañero cayó enfermo de una fiebre continua que le ha tenido en peligro de muerte durante ocho días; ahora está bien de salud. Su enfermedad ha sido efecto de un exceso de trabajo y de una asiduidad demasiado grande entre los pobres. La víspera de Navidad estuvo veinticuatro horas sin comer y sin dormir; no dejó el confesionario más que para decir la Misa. Vuestros Señores son tratable y muy dóciles en todo, menos en los consejos que se les dan para que se tomen algún descanso. Creen que sus cuerpos no son de carne o que su vida no debe durar más que un año. En cuanto al Hermano, es un joven muy piadoso: ha servido a estos dos Sacerdotes con toda la paciencia y asiduidad que los enfermos más difíciles hubieran podido exigir. Tengo el honor de ser, etc.”

El P. Roussel había quedado tan impresionado del celo invencible del sr de Montevit, que incluyó la Historia en el Diario de su Rectorado; como lo atestiguó el P. Aubri Ministro del Colegio de Bar en 1706 mediante un Certificado -11 de julio- en el que declara auténtica la carta edificante que acabo de traer aquí.

Vicente no había podido hacer nada hasta entonces por la Ciudad de Pont-à-Mousson. Hasta el mes de mayo de 1640, sus Sacerdotes no llevaron las primeras limosnas. Por acostumbrados que estuvieran a las miserias de la Lorena, quedaron asustados por las que este triste cantón ofrecía a sus ojos. Se encontraron allí con cuatrocientos o quinientos pobres, que en su mayor parte venían del campo y tan desfigurados que parecían menos que hombres esqueletos débilmente animados, lánguidos, extenuados hasta no poder siquiera tomar alimentos, y muchos se murieron mientras comían. Había además un centenar de enfermos, cincuenta o sesenta de pobres vergonzantes, Religiosas en una necesidad extraña, y algunas personas de clase, que sentían doblemente el peso de la miseria y de la pobreza.

Los cuatro Párrocos de la ciudad dieron a los Sacerdotes de la Misión una lista exacta de los más urgentemente necesitados. Se socorrió a todos sin excepción. Les dieron incluso herramientas a los que estaban bastante decididos y bastante fuertes para trabajar en los bosques. Iban por grupos. Un hombre solo correría peligro, porque merodeaba una cantidad de lobos, que se emboscaban y atacaban con furia. El miedo a estos animales feroces

bloqueaba en sus propias casas a un gran número de mujeres y niños de las Aldeas vecinas. Un buen Párroco advirtió a los Misioneros y se ofreció a llevar los auxilios que se le quisieran confiar. Le entregaron una suma de dinero, por medio de la cual se encargó de dar de comer a aquel pueblo abandonado. No se necesitaba menos que un Sacerdote, y un Sacerdote lleno de valor para penetrar en aquellas espantosas viviendas. El hambre allí causaba estragos; el Proceso-Verbal realizado por la autoridad del Ordinario, hace mención de un niño que, acercándose a algunos jóvenes algo mayores que él, fue hecho trozos y devorado ávidamente.

Se siguió en Pont-à-Mousson el método que se había seguido en las demás ciudades de Lorena; es decir que, para aprovecharse de los buenos sentimientos que la gratitud inspiraba a este pueblo afligido, se comenzó allí una misión. Tuvo todo el éxito que debía tener en coyunturas tan favorables: las Confesiones fueron frecuentes, comulgaron con gran piedad; todos alabaron a Dios porque en tiempo de la cólera, hacía resplandecer su misericordia tan visiblemente. Por lo demás, estas clases de misiones no fueron el único bien espiritual que procuró Vicente a los habitantes de estos dos Ducados. Como un gran número de Parroquias se encontraban sin Pastores y los niños se hallaban en peligro de morir y morían incluso con mucha frecuencia sin recibir el Bautismo, el Siervo de Dios, cuya caridad proveía a todo, y que por otra parte no tenía bastante gente para poner remedio a un mal tan grande, hizo buscar a dos Sacerdotes extranjeros quienes bajo una retribución conveniente se encargaron de recorrer la Diócesis de Toul, de bautizar a todos los que no lo habían sido y enseñar a las personas más prudentes de cada cantón el modo de administrar este Sacramento a los niños que nacerían en adelante.

Tantos y tan importantes servicios hicieron el nombre de Vicente tan célebre en la Lorena, que repercutió por todos los lados. Le llenaban de bendiciones. Los particulares, los Párrocos, los Magistrados, todos le declaraban a porfía su más humilde agradecimiento. Pero todos le suplicaban al mismo tiempo que continuara. Ya lo hemos visto en la Carta de Metz, y lo vamos a ver otra vez en la que le escribieron en diciembre los Oficiales de la Policía de la Ciudad de Pont-à-Mousson que le decían:

Señor, el miedo de vernos en poco tiempo privados de las caridades que ha tenido a bien repartir a nuestros pobres, hace que recurramos a vos con el fin de procurarles, si os place, con el mismo celo que hasta ahora, los mismos socorros, ya que la necesidad está en el mismo grado de siempre. Hace dos años que no ha habido cosecha: las tropas han hecho comerse nuestros trigos verdes, las guarniciones continuas no nos han dejado más que cosas por compasión. Los que eran acomodados están reducidos a la mendicidad. Estos son los motivos tan poderosos como verdaderos para animar la ternura de vuestro corazón, ya lleno de amor y de piedad, para continuar sus benignas influencias sobre quinientos pobres que morirán en pocas horas, si por desgracia viniera a faltarles esta dulzura. Suplicamos a vuestra bondad que no permita estos extremos, sino que nos dé las migajas que las otras Ciudades tienen de superfluo. No sólo haréis la caridad a nuestros pobres sino que los sacaréis de las garras de la muerte, y quedaremos obligados de verdad, etc.

Las noticias, que dio a Vicente uno de sus Sacerdotes, a quien había enviado solo a S. Mihiel, le anunciaron una miseria semejante a la que asolaba Pont-à-Mousson. La primera carta que recibió de él hacia el mes de febrero, decía en sustancia, que había hallado una cantidad tan grande de pobres, que no podía darles a todos; que de estos pobres *más de trescientos se hallaban en una gran necesidad, y más de otros trescientos en extrema necesidad*; que había más de un centenar, cuya piel estaba tan retirada, tan espantosa, tan

disecada, que no se les podía mirar sin horror; que en general, las cosas eran tan espantosas como nunca se habían visto; que no vivían más que de ciertas raíces, que iban a buscar al campo; que había varias jóvenes que se morían de hambre; y que se temía que la desesperación les hiciera caer en una miseria mayor que la que les era común con el resto de la Provincia.

Este mismo Sacerdote añadía en una segunda carta que en la última distribución de pan que había hecho, se había encontrado a mil ciento treinta y tres pobres sin contar a los enfermos que eran en gran número, y a quienes se daba el alimento y los remedios convenientes a sus males; que una caridad tan bien colocada enternecía no sólo a los que eran objeto de ella, sino a los mismos ricos, que lloraban de ternura; que los Oficiales de Justicia publicaban en voz alta que, sin este socorro, se había terminado la vida de una parte de estos desgraciados; que un Suizo, Luterano de Religión, se había sentido impresionado, que había abjurado de su herejía, y que habiendo recibido los Sacramentos, había muerto de manera edificante; que finalmente el pueblo no cesaba de pedir a Dios por ellos, por la caridad de quienes él respiraba todavía. *No creo*, añadía este Misionero, *que personas, por quienes se ofrece a Dios tantas y tan fervientes oraciones puedan perecer.*

La conclusión de todas estas cartas era siempre la misma y no acababan casi nunca sin vivas peticiones de un nuevo socorro. Como esta Región desolada no tenía recursos sino el de la caridad de Vicente de Paúl y el santo Hombre no podía sino con grandes dificultades acudir a necesidades tan multiplicadas, dos o tres días de dilación bastaban para llevar la consternación. Así el Siervo de Dios habiendo enviado a uno de los Sacerdotes más acianos de la Compañía, para visitar en sus departamentos a todos los Misioneros que trabajaban en Lorena, con orden de darle una cuenta exacta del empleo de las limosnas, el orden que se observaba en las instrucciones, y en fin las de las ciudades que más sufrían: este Visitante le habló de los habitantes de S. Mihiel, en términos capaces de llevarlo a nuevos esfuerzos.

Le expuso, que la Nobleza sufría incluso más que el propio pueblo; que éste pedía pan sin cumplidos; que había por el contrario poca gente de clase, que se atrevieran a dar este paso humillante; que conocía quienes se habían muerto antes que descubrir su extrema necesidad; que había hablado él mismo con personas calificadas, que no podían, sin derramar lágrimas, ver que se entreviera su miseria, ni para socorrerla siquiera; que una Señorita, obligada por el hambre, había buscado varias veces la ocasión de perder su honor para no perder la vida y que, por la misericordia de Dios, la habían sacado de este peligro. Añadía él que no moría ningún caballo en la ciudad, fuese de la enfermedad que fuese, que no lo recogieran enseguida para comerlo; que una viuda, que no tenía ya nada, ni para ella ni para sus tres hijos, estaba a punto de comerse una culebra, cuando el Misionero que estaba encargado de hacer todo cuanto pudiera para la subsistencia de S. Mihiel, se había presentado allí para calmar el hombre que la devoraba; que los Sacerdotes de la Región que llevaban todos una vida ejemplar, no tenían ni pan ni provisiones, hasta que un Párroco de la vecindad se había visto reducido, para ganarse la vida, a uncirse con los Parroquianos, para tirar del arado. *No hace falta ir*, decía este visitante, *donde los Turcos para ver a Sacerdotes condenados a labrar la tierra: se condenan ellos mismos a nuestras puertas, o mejor dicho, se ven obligados por la necesidad.*

Acababa declarando que no podía concebir cómo su Cohermano, con el poco dinero que recibía de París, había podido hasta entonces hacer tantas limosnas en general y en particular; que, aunque quedaran aún tantas necesidades, no se habría podido nunca, sin una bendición particular de Dios, hacer todo lo que se había hecho a favor de los pobres; que

había reconocido esa especie de Milagro de multiplicación por los otros cantones que había recorrido; que estaban en duda con el celo, la sabiduría y la piedad de los Sacerdotes que habían venido a Lorena; que en articular el que trabajaba en S. Mihiel estaba lleno de caridad y de ardor; que sabía sufrir el hambre, como aquellos con quienes vivía; que había caído enfermo tanto por la falta de alimento como por la multitud de las Confesiones generales que había oído; que era respetado universalmente, y que había en la ciudad personas que se tenían por dichosas por haberle hablado una sola vez; que en el penoso trabajo, del que se sentía abrumado, tenía el consuelo de hallar a un pueblo dócil, piadoso, a quien Dios daba en abundancia el espíritu de paciencia, y que un su pobreza estaba tan ávido de los bienes espirituales que, aunque la ciudad fuera pequeña, y la mayor parte de las grandes casas desiertas, se veían en sus Catecismos hasta dos mil personas, para tener el consuelo de oírle.

Estas cartas y otras más parecidas llevaron a Vicente a continuar socorriendo a S. Mihiel; y, aunque el nombre mismo de esta ciudad fuera odioso a Francia, porque algunos años antes -hacia finales de 1635-, un cañonazo lanzado desde sus murallas, había destrozado una parte de la Carroza, en la que estaba el Rey, no obstante el santo Sacerdote actuó con tanta fuerza, bien ante el propio Rey, a quien comprometió a disminuir la Guarnición, bien ante las personas caritativas para que esta ciudad estuviera siempre comprendida en la distribución de las limosnas que procuraba a la Lorena.

Los Lugarteniente, Preboste, Consejo, y Gobernador de Sainte-Mihiel se lo agradecieron tres años después en una carta común, cuyos términos son: *Todas las Corporaciones y todos los miembros en particular de esta Ciudad os dan un millón de gracias por los trabajos y los cuidados que os habéis dignado tomar para su alivio, tanto mediante la distribución de las limosnas y de las asistencias a los pobres enfermos y necesitados, como por la descarga de una parte del peso de nuestra Guarnición, suplicándoos humildemente que continuéis vuestra protección y vuestras limosnas de las que esta pobre y desolada Ciudad tiene tanta necesidad como nunca; siendo muy verdad que por este medio una infinidad de personas viven hoy, que no estarían sin ello: si se llega a reducirles o a quitarles del todo, por necesidad una gran parte de los habitantes se mueran de hambre, o se marchen a buscarse la vida en otra parte. Sin hablar de las distribuciones que habéis mandado hacer en los Conventos, por medio de las cuales han sobrevivido, y de la asistencia que tantas persona más vergonzantes, incluso de calidad, han recibido de vuestros Sacerdotes, en sus enfermedades y necesidades. No podemos alabar lo suficiente los grandes cuidados y el trabajo que se han tomado ni pedirlos con bastante insistencia la continuación de los mismos socorros para tantos enfermos y necesitados. Aparte de la gloria y del mérito que tendréis delante de Dios, etc.*

Como una inducción más larga acabaría por aburrir, no hablaremos de los socorros que los Sacerdotes de Vicente de Paúl llevaron de su parte a un gran número de ciudades, de burgos y pueblos de la misma Provincia. Lo que hemos dicho es suficiente para dar a conocer que nunca hombre alguno mereció más el nombre de Padre de los pobres, y que la Lorena debe de edad en edad transmitir hasta sus últimos hijos que la mayor parte de ellos le deben la vida, porque él se la salvó a sus padres. Esto es lo que agradecieron todos los Magistrados a quienes acabamos de oír, es también lo que reconoció la Policía de Lunéville, cuyos Oficiales escribieron a nuestro Santo una carta de gratitud que será la última que transcribiremos, es ésta.

Señor, hace varios años que esta pobre Ciudad fue afligida por la peste, la guerra y el hambre que la redujeron a unos extremos en los que se encuentra todavía; en lugar de

consuelo no hemos recibido más que rigores por parte de nuestros Acreedores y crueldades por parte de los Soldados, que nos han quitado por la fuerza el poco pan que teníamos, de manera que parecía que el Cielo no tenía ya más que rigor con nosotros, cuando uno de vuestros Hijos en nuestro Señor, habiendo llegado aquí cargado de limosnas, templó mucho el exceso de nuestros males, y reavivó nuestra esperanza en la misericordia del buen Dios. Como nuestros pecados han provocado la cólera, besamos humildemente la mano que los castiga y recibimos también los efectos de su divina dulzura con sentimientos de gratitud extraordinaria. Bendecimos a los instrumentos de su infinita clemencia, tanto a los que nos ayudan con sus caridades tan oportunas, como a los que nos las procuran y distribuyen; y a vos particularmente, Señor, a quien nosotros creemos que es, después de Dios, el principal Autor de un bien tan grande.

Digamos que se aplica a este pobre lugar, en el que los Principales se ven reducidos a la nada, es lo que el Misionero que habéis enviado os lo deducirá con menos interés que nosotros. Él ha visto nuestra desolación y vos veréis delante de Dios la obligación eterna que os tenemos por habernos socorrido en nuestro estado, etc.

Lo que hacían los Magistrados por sus Ciudadanos, los Superiores de Comunidades lo hacían por sus Religiosos. Tenemos también una Carta del P. Félicien Vicario Provincial de los Capuchinos de Lorena, en la que agradece a S. Vicente en nombre de los Hermanos, casi a la manera que S. Pablo agradecía a Filemón porque había socorrido en su extrema necesidad a los siervos de Dios: *Quia viscera Sanctorum requieverunt per te.*

En el fondo, fueran los que fueran los sentimientos de gratitud que tuvieran las Comunidades de Lorena por él, era difícil que fueran proporcionados a los beneficios. Noche y día el santo hombre se preocupaba de sus miserias, y de los medios de proveer a ellas. Sus gritos parecidos a los de un enfermo que expira golpeaban sin cesar sus oídos y su corazón. Las veía todas en la cruel situación que tenía su Patria en las Banderas del Duque de Veymar. Las lamenta en todas sus cartas, pero no se contenta con lamentarlas. Aquí hace llegar dos sumas de dinero a las Religiosas de la Visitación de Nancy, que se veían casi reducidas a llorar en secreto: allá proporciona muebles a las Anunciatas de Vaucouleurs, que expulsadas de su Monasterio, no habían encontrado, al regresar, más que paredes. Bien envía hábitos y mantas a las Carmelitas ya del Neuf-Château como de Pont-à-Mousson, donde se conserva aún una en recuerdo de su caridad. Bien en un empleo de setecientas libras destinadas a Misas por el Cardenal de Richelieu, quiere que los Franciscanos de Vic sean los mejor repartidos, porque sufren más. A menudo y muy frecuentemente actúa a la vez por todas las Órdenes Religiosas, ya exponiéndoles a todos juntos a la compasión de los que podían socorrerlos, ya alcanzándoles un Decreto del Consejo de Estado del Rey, que los garantiza de las tasas que se querían levantar sobre ellos: Decreto del que no quiso que sus Sacerdotes de Toul se aprovecharan; y ello con esta máxima tan digna de un gran Santo, *Que si los Misioneros son fieles a los deberes de su vocación, no les faltarán bienes, y que si no lo son los tendrán de sobra.*

No fue solamente en su propia región donde los Loreneses experimentaron la caridad de Vicente de Paúl; hubo un gran número de ellos que la sintieron en París. Se debe saber para entender esto que el Misionero, que por orden del santo Sacerdote había llevado el dinero a Lorena, expuso a Vicente mismo y a las Damas de su Asamblea que había en esta Provincia varias Jóvenes, incluso de condición, quienes no teniendo ya ni bienes ni parientes ni ningún recurso para subsistir se hallaban expuestas a la indolencia y a la brutal libertad del Oficial y del Soldado. Un peligro tan inminente asustó al Siervo de Dios. Hizo publicar en la primera Asamblea que harían venir a París a aquellas de dichas jóvenes que lo quisieran,

y que se tomarían medidas para hacerlas subsistir. Se presentaron más de las esperadas: así que hubo que hacer una elección y esta elección juiciosa cayó en aquellas por quienes había más que temer. El delegado del nuestro Santo llegó a traer en diversos viajes hasta sesenta, a quienes costeó el viaje. Habrían sido más si no se hubiera visto obligado a encargarse de un gran número de niños que perecían. Vicente compartió con la Señorita le Gras el cuidado de esta nueva Colonia. La santa Viuda recibió en su casa a las personas de su sexo. Un número de mujeres de calidad que vinieron a verlas, pasaron la noticia a las principales familias de París; todas estas jóvenes fueron colocadas poco a poco, y cada una según su condición; unas en calidad de Señoritas, las otras, como Doncellas, algunas en empleos inferiores. En cuanto a los jóvenes, de que hemos hablado, el Sacerdote los recibió en S. Lázaro a la espera de colocarlos en servicio.

Ya no fue necesario por más tiempo invitar a los habitantes de la Lorena a pasar a Francia. La mano de Dios continuaba castigando rudamente a esta Provincia, y aquellos pueblos cuyas tierras no estaban bajo el dominio del Rey, estaban tan abandonados que se los veía salir como en caravanas, deslizarse entre los Ejércitos enemigos y arriesgarlo todo para encontrar un asilo, bien en París, bien en otras Ciudades del Reino. Fue esta deserción, la que unida a la mortalidad, despobló tanto a la Lorena, que según referencias de su nuevo Historiador –Calmet- que todo un siglo no ha sido suficiente para reparar sus pérdidas.

Esta trasmigración duró varios años. Los Misioneros ocupados en Toul, en Bar y en los lugares de paso la facilitaban tanto como les era posible, como lo hemos apuntado más arriba: pero Vicente fue aquel de entre todos a quien dio más trabajo. Un gran número de estos pobres refugiados venían directamente a S. Lázaro, donde estaban seguros de encontrar a un hombre, en cuya casa todo era uno en Jesucristo, y quien, cuando se trataba de cumplir los deberes de la caridad, tenía cuidado del extranjero, sin perjuicio del Ciudadano. La gente de bien le enviaba a aquellos que no se atrevían por sí mismos a presentarse a él. *Vuestra caridad es tan grande*, le escribía en 1643 el R. P. Pierre Fournier Rector del Colegio de Nancy, *que todo el mundo recurre a ella. Todos os consideran aquí como el asilo de los pobres afligidos. Por eso muchos vienen a mí, a fin de que os los envíe o que por este medio lleguen a sentir los efectos de vuestra bondad. Éstos son dos cuya virtud y calidad animaron con todo derecho vuestro corazón caritativo a ayudarlos.*

Para no desanimarse por una concurrencia que no se acababa nunca, hacía falta un corazón tan vasto, tan dilatado por la caridad, como lo era el de Vicente de Paúl: pero la liberalidad, que tantas lecciones no enseñan sino débilmente a aquellos que estarían más en condiciones de ejercerla, era como el fondo de su temperamento. Los Loreneses lo experimentaron: reconocieron con gozo que esta Sacerdote, cuyo nombre era tan famoso en su Región, estaba por encima de su reputación. El santo Hombre, mientras esperaba que se los pudiera colocar de manera que se ganaran de qué vivir, los hizo alojar en diferentes lugares del vecindario. Les procuró pan y ropas; y al darse cuenta que había muchos que, por falta de Pastores, de los que unos se habían muerto, los otros habían emprendido la huida, no se habían acercado hacía tiempo a los Sacramentos, hizo que les dieran Misiones dos años seguidos por la Pascua en la Parroquia de la Chapelle, pequeña población no lejos de París, como a media legua. Esta proximidad fue ocasión para muchas personas de condición de acudir allá. Los Eclesiásticos de la Conferencia se distinguieron en ellas por su asiduidad al trabajo, y las Damas de la Asamblea por sus limosnas. Así fue como Vicente siguió encontrando el medio de proveer a las necesidades del alma y a las necesidades del cuerpo. La segunda misión, en la que trabajó el sr. Perrochel fue todavía más favorable a los pobres Loreneses de lo que había sido la primera. Un laico, llamado Droüart, difundió en ella el

fuego de la caridad, y a pesar del agotamiento, que producían socorros tan largos y tan abundantes, se vieron en la necesidad de dar pan, al menos por algún tiempo, a los que habían venido a buscarlo de tan lejos. Uno de ellos que era hermano de un Canónigo de Verdun, recibió de él una carta por la que le decía que la miseria le había reducido a dejar el servicio de su Iglesia, en la que no hallaba más que un pan de lágrimas y de dolor; que se había a puesto a trabajar la tierra para tener de qué vivir, pero que al fin el gran trabajo y el escaso alimento le habían debilitado tanto *que no podía ya hacer nada ni evitar la muerte si no recibía pronto asistencia. En verdad,* decía para concluir su carta, *no sé dónde hallar este socorro, sino a vuestro lado, querido Hermano, que tenéis la suerte de ser recibido y favorecido por uno de los más santos y más caritativos Personajes de nuestro siglo infortunado. Por medio de vos espero la suerte de parte del sr. Vicente.* Su esperanza no fue en vano. El Siervo de Dios no abandonó a un Sacerdote de Jesucristo, que no tenía ya más que in sopro de vida, y sin perder un instante, le envió todo lo que necesitaba para salir de tan triste situación.

Fue por este tiempo y por un motivo semejante, cuando el santo Hombre se encargó de una Comunidad de Religiosas Benedictinas, que estaban a punto de morirse de hambre. Habían venido de Remberviller a S. Mihiel, para establecerse allí. Un tiempo de carestía, y de una carestía que despoblaba los Monasterios más antiguos no era muy apropiado para una Fundación.

El de los Hijos de Vicente de Paúl, que trabajaba en S. Mihiel, se lo comunicó. El Santo después de hablarlo con las Damas de su Asamblea, hizo venir a París a estas Religiosas abandonadas. Eran catorce. Las recibieron y les trataron con toda la atención, que merecen una Mujeres consagradas a Dios. El modo edificante de conducirse, dio a entender que Dios no las ponía a prueba sino porque eran agradables a sus ojos. Pero al final, les dio en Francia lo que no habrían encontrado quizás en Lorena.

Unas damas de piedad y entre otras la Condesa de Château-vieux y la Marquesa de Baume, que deseaban ardientemente que hubiese un Monasterio, destinado a reparar por una adoración perpetua los ultrajes hechos a Jesucristo en la Eucaristía, las creyeron muy oportunas para este plan. Ana de Austria participó con mucho por un voto que había hecho de lograr la paz en su Reino. Esta augusta Reina vino en persona a colocar la Cruz en la puerta de esta Comunidad, y dando a sus súbditas uno de esos ejemplos de Religión, que impresionan y entusiasman, se postró con una antorcha en la mano a los pies del Hijo de Dios para hacerle una reparación solemne por las injurias que recibe todos los días en el Sacramento de su amor. Es todavía hoy uno de los primeros deberes de estas mismas Religiosas, una de las cuales debe, día y noche, de rodillas en medio del coro, con la cuerda al cuello y al pie de un poste, esforzarse por ablandar la cólera de Dios por medio de esta postura humillante, y más todavía por los gemidos de su corazón.

Como las desgracias de la Lorena continuaban, y Carlos IV, más ávido de sitios y de batallas que atento a la tranquilidad de su pueblo no hacía nada que no amenazara a sus súbditos con una ruina total, un buen número de personas de uno y otro sexo que entreveían en la extrema desgracia de sus amigos y vecinos la que estaba para caer sobre ellos, tomaron para prevenirla el partido llevarse lo que pudieron de los restos de sus bienes y venir a París. Pero después de gastarse todo el dinero que habían sacado de la venta de sus efectos, se encontraron en su mayor parte reducidos a una necesidad tanto más enojosa de lo que podían pensar. La vergüenza de verse en un estado tan distinto del que habían vivido hasta entonces, les cerraba la boca, y estaban decididos a sufrirlo todo antes que dar a saber que sufrían. Una persona de honor y de méritos, habiéndose enterado, se lo dijo al santo

Sacerdote, y le propuso la idea de que tenía de buscar los medios para hacerles subsistir. Vicente, quien desde hacía años ponía a contribución su casa y sus mejores amigos de París, se hubiera debido sentir naturalmente muy confuso ante una propuesta parecida: sin embargo la aceptó no sólo con gozo sino también con mucha gratitud. *Oh Señor*, le dijo a quien acababa de hacérsela, *oh Señor, ¡qué feliz me hacéis! Sí*, añadió con aquella sabia sencillez, que expresa el Espíritu de Dios, *es justo asistir y socorrer a esta pobre Nobleza para honrar a Nuestro Señor, que era muy noble y muy pobre a la vez.*

En un asunto tan urgente el retraso era mortal: Vicente se entregó a él en primer lugar, y después de consultar a Dios según su costumbre, tomó tres resoluciones: la primera no tocar las limosnas que debían llevarse de continuo a Lorena, donde eran necesarias a miles de pobres. La segunda no echar esta nueva carga a la cuenta de las Damas de su Asamblea, que necesitaban ya de toda su virtud para continuar lo que habían comenzado con tanta generosidad. La tercera, formar una Asociación de Señores, que llenos de fe, de caridad, y de sentimientos, tuvieran a honra prestar a gente de clase, como ellos mismos, todos los servicios que hubieran querido recibir de ellos en una situación parecida.

El Santo reunió a siete u ocho de este de estas características, y les habló sobre este asunto, de una manera tan viva y eficaz, que personas menos dispuestas de lo que lo estaban aquellos Señores, se habrían sentido conmovidos. Se acordó por unanimidad que se reunirían para sacar de apuros a aquella Nobleza afligida, que se tomaría cuenta de la situación de las personas de cada familia, y que se proporcionaría el socorro al número y a la calidad de los que tenían necesidad. El sr Barón de Renty, a quien Dios había dado a su siglo para hacerle conocer que un hombre de clase puede, sin salir del mundo, unir a los compromisos de su clase la mortificación del claustro, el reposo de la contemplación, el celo y la actividad del Apostolado; este santo Hombre, que en pocos años cumplió una larga y gloriosa carrera, fue encargado de ir de explorador. Según su informe, los que componían la nueva Asamblea escotaron todos y colaboraron con lo necesario para la subsistencia de un mes. Al cabo de ese tiempo se dirigieron a S. Lázaro, donde tenían sus sesiones e hicieron lo mismo para el mes siguiente, y como en aquel siglo tormentoso nuevas necesidades siguieron a las primeras, Vicente supo tan bien mantener de mes en mes mantener su primer fervor, que continuó durante cerca de veinte años. Se puede, sin titubear, poner a esta ilustre Asamblea en el número de las grandes obras de las que fue Promotor el santo Sacerdote. Encontró en ella recursos extraordinarios para una infinidad de necesidades diferentes; y se sirvió de ella ya para detener desórdenes perniciosos, ya para procurar un gran número de bienes considerables.

El que se destinó a la Nobleza de Lorena duró alrededor de ocho años. Se lo sazonó con todas las honestidades que pueden suavizar todas las amarguras que el solo nombre de limosna lleva consigo. Los de la Asamblea no se contentaban con llevar cada mes a aquellos pobres Gentilhombres con qué subsistir, les hacían de vez en cuando visitas de amistad y de cortesía; les daban muestras de un verdadero respeto; los consolaban con palabras tiernas y comedidas y les prestaban en sus asuntos todos los servicios que podían prestarles. Cuando los disturbios de la Lorena fueron suavizándose, la mayor parte se volvieron a sus casas. Vicente tuvo cuidado no sólo de darles lo necesario para el viaje, sino también con qué subsistir por algún tiempo, cuando llagaran a su Región. Con respecto a aquellos, a quienes la pérdida total de sus bienes o sus asuntos domésticos, retuvieron más tiempo en París, el santo Sacerdote no dejó nunca de ayudarles. Se necesitaba tanto más valor para continuar haciéndolo, porque por entonces mismo el Siervo de Dios se vio obligado a socorrer a otros que no cedían a los primeros ni en nacimiento ni en necesidades.

Inglaterra hecha, eso parece, para ser el Teatro de las revoluciones más sorprendentes, había empuñado las armas contra su Rey. Olivier Cromwel, a quien su elocuencia, su valor, su intrepidez, su disimulo profundo, su negra hipocresía, su humor cruel y vengativo, daban en abundancia todo cuanto contribuye a formar a estos ilustres desalmados, a quienes parecen estar reservados los atentados de primer grado, y que sólo ellos pueden llevar los crímenes hasta su colmo: Cromwel, digo, bajo pretexto de restablecer la pureza del Evangelio y desterrar un Papismo pretendido, acostumbraba poco a poco al pueblo y a la Cámara alta del Parlamento a no ver más que a un tirano en la persona de su Príncipe legítimo; y daba a entender gradualmente al propio Carlos I el vergonzoso cadalso en el que sus propios súbditos le hicieron decapitar años después -el 9 de febrero de 1649-, o resulta difícil creer que durante estos terribles movimientos los Católicos tenían que temerle todo del furor de los facciosos. Esto fue lo que determinó a una serie de Señores y de Gentilhombres de Inglaterra y de Escocia a retirarse a Francia, asilo ordinario de la Religión perseguida.

El Barón de Renty, siempre ocupado en descubrir a los necesitados, fue el primero que informó a Vicente de Paúl de la buena obra que se ofrecía. Hablaron uno y otro de la Asamblea de los Señores, con todo el celo que inspira una viva y santa caridad. Resolvieron que se haría por estos Nobles Ingleses lo que se hacía desde hacía algún tiempo por la Nobleza de Lorena. El sr de Renty se encargó de la distribución de una parte de las limosnas. Las llevaba todos los meses a pie, solo por lo común, a los barrios más distantes que había escogido él mismo para tener más méritos. La muerte que se lo llevó en la flor de la juventud, y el mismo año que fue decapitado el Rey de Inglaterra, hizo más difícil ciertamente la continuación de este socorro, pero no lo disminuyó. Vicente continuó con él durante casi todo el resto de su vida. Ya que si bien Cromwel, pérfido hasta el último suspiro, hubiera muerto -11 de setiembre de 1658- antes que nuestro Santo, el encanto con que había fascinado a los ojos de su Nación, no se rompió tan pronto, necesitó más de quince meses para sentir la eterna infamia de que se había cubierto, dejando morir tranquilamente en su lecho al más infame usurpador, que haya existido nunca. Así fue como poco tiempo antes del fallecimiento del Siervo de Dios, estos ingleses fugitivos pudieron regresar a su País, y disfrutar de la escasa libertad que tienen los Católicos en un Reino, en el que se permite ser todo lo que se quiera, mientras no sea lo que se debe ser.

Aun cuando el santo Sacerdote no hubiese contribuido a tantos bienes más que con sus consejos, sus exhortaciones y los movimientos continuos que se vio obligado a hacer durante tantos años, no se necesitaría más para hacer que su memoria fuera preciosa para todos aquellos que conocen el precio y el mérito de la caridad.

Ya que a fin de cuentas, se sabe lo que cuesta pedir y pedir sin cesar, aunque no se haga para uno mismo. Pero el Siervo de Dios no se quedaba en las palabras. El *Señor Vicente*, dice en propios términos uno de los primeros Señores de la Asamblea, de la que acabamos de hablar, *era siempre el primero en dar. Abría el corazón y lo abría de tal manera que cuando faltaba algo, lo ponía de lo suyo y se privaba de lo necesario para acabar el bien comenzado.*

Estos son dos ejemplos de los que este mismo Señor nos ha transmitido el primero y el sr Abelly el segundo.

Un día que se necesitaban trescientas libras para que la suma que se distribuía cada mes estuviera completa, el santo Hombre las dio enseguida. Era una cantidad que le habían dado para comprarse un caballo, por aquel del que se servía era tan viejo y tan malo que varias ocasiones se había caído: pero como las necesidades de los pobres le incumbían más que

las propias, prefirió el riesgo de herirse a no socorrerlos.

En otra ocasión y en una circunstancia muy parecida, se necesitaron veinte doblones. Vicente llamando al Procurador de la casa, lo llevó aparte y le preguntó en voz baja cuánto dinero tenía. No tengo, le respondió éste, más que lo absolutamente necesario para alimentar mañana a la comunidad que, como ya sabéis, es hoy muy numerosa. Pero cuánto tenéis, preguntó Vicente: cincuenta escudos, replicó el otro, y en toda la casa no encontraríais un óbolo más. En nombre de Dios, continuó el Santo, vaya a traérmelos. El Procurador se vio obligado a soltar la presa, y Vicente que prefería reducirse a pedir prestado para que vivieran los suyos, antes que abandonar a uno solo de aquellos extranjeros, para quienes él era el único recurso, dejó a su casa sin dinero, para no rebajar en nada cuanto les había prometido. Pero la Providencia no abandonó a un hombre que descansaba tan plenamente en ella.

Uno de los de la Asamblea, que había escuchado, juzgando la petición la petición del santo Sacerdote por la respuesta, que le dio el Procurador admiró la generosa caridad de este gran Siervo de Dios; dio parte de ella al resto de la Compañía, y alguien de los que la componían se sintió tan impresionado que, a partir de la mañana del día siguiente, envió como limosna a la Casa de S. Lázaro una bolsa de mil francos. El Procurador quedó satisfecho, pero los pobres ganaron con ello más que él. El dinero y el lodo eran absolutamente la misma cosa a los ojos de Vicente de Paúl; y si prefería lo uno a lo otro, era tan sólo en relación al bueno y santo uso que se podía hacer de él. Así no tenía en nada los gastos enormes que se veía obligado a hacer. Lo que le llegó al alma en el curso de una guerra tan sangrienta, fue la blasfemia, la licencia, el sacrilegio, las profanaciones de las cosas más santas, los asesinatos, las crueldades perpetradas en un millón de personas con frecuencia inocentes, la desolación de las Provincias, la ruina de un gran número de familias, que se hallaban expuestas a todos los crímenes, que lleva consigo una excesiva pobreza.

Las largas y serias reflexiones que hizo sobre todos estos males le decidieron a arriesgarse a dar un paso cuyo éxito era más que dudoso, y que a los Políticos del siglo les costará mucho perdonarle. Fue a ver al Cardenal de Richelieu, de quien hemos advertido más de una vez que era reflexivo. Después de exponerle, con todo el respeto y todos los miramientos posibles, la miseria de los pueblos, las ofensas hechas a Dios, y todos los desórdenes, que son la consecuencia ordinaria de una larga y cruel guerra, se arrojó a sus pies y le dijo con una voz animada por el dolor y la caridad: *Monseñor, dadnos la paz: tened compasión de nosotros: dad la paz a Francia.* Un grande y formidable Ministro quiere que todo el mundo, al menos en su presencia, vea que tiene razón: sin embargo el sr de Richelieu no se ofendió por la libertad de nuestro Santo, se sintió incluso impresionado por el modo como le hablaba; le dijo con mucha bondad que trabajaba en serio por la pacificación de Europa, pero que no dependía de él solamente, y que había dentro y fuera del Reino un gran número de personas cuya colaboración era necesaria para concluirlo.

Fue durante el curso de la misma guerra cuando Vicente se encargó de una comisión más aventurada todavía que la conversación que acabamos de relatar; porque hacía escuchar al Cardenal que había algo mejor que hacer que lo que hacía actualmente. Algunas personas que amaban a la Iglesia y los que sufrían por ella, vinieron a ver al Siervo de Dios en el tiempo que Inglaterra estaba coaligada contra su Rey, y le rogaron que expusiera al Ministro, que Irlanda sufría mucho; que sería gloria de un Cardenal, que tenía toda la confianza de su Ministro, ir en auxilio de un pueblo que no estaba perseguido más que por amor a la Religión de sus Padres; que el Papa le secundaría y ofrecía cien mil escudos.

Pareció en esta ocasión delicada y crítica, *que se camina con seguridad cuando se camina*

con sencillez. El sr de Richelieu respondió al santo Sacerdote con una flema, que perdía de vez en cuando, Que Luis XIII tenía demasiados adjuntos para llevar sus armas a Inglaterra; Que los cien mil escudos, que ofrecía el Papa, no eran nada; Que era toda una máquina un Ejército y que no se movía sino con grandes dificultades; Que se necesitaban tantos Bagajes, tantos Ejércitos, tantos Convoyes por todas partes, que millones no serían suficientes. Vicente se sintió más afligido que sorprendido por la inutilidad de sus esfuerzos, pero tuvo al menos el consuelo de haber hecho todo lo que dependía de él, para detener el curso del pecado y para procurar el verdadero bien de los Católicos. De este modo Irlanda quedó abandonada; el Duque de Lorena demasiado afecto a los Españoles se vio más presionado que nunca; y Felipe IV, que quería perder Francia, se perdió él mismo en un solo día la Corona de Portugal, en una revolución cuyo final convirtió en formidable en todas las Cortes extranjeras al Ministro del Cardenal de Richelieu, quien quizás no había tomado parte alguna en el asunto.

Como la Lorena, aunque siempre en guerra con Francia, comenzó a respirar por poco que fuera por el año 1643, y sus habitantes trabajadores por naturaleza, menos hostigados por los Soldados, a quienes el Marqués de la Ferté-Senneterre hacía observar una exacta disciplina, tuvieron al menos la ventaja de cultivar una parte de sus tierras, y por fin no quedaba ya más que un reducido número de pobres en esta Provincia, Vicente llamó a la mayor parte de los Misioneros que había enviado allí. No obstante mandó todavía continuar por cinco o seis años, a favor de los más pobres, las limosnas que les repartía desde hacía tantos años.

Hizo distribuir otras nuevas en casi todas las demás Ciudades de Lorena, y sobre todo en las de Château-Salins, de Mircourt, de Châtel-sur-Moselle, de Stenai, y de Ramberviller. Por este medio asistió no sólo a un gran número de pobres vergonzosos, de Burgueses arruinados, de familias nobles, quienes sin poder hacer valer a sus propiedades, se encontraban siempre en un estado muy angustioso; pero hizo también subsistir a todas las Comunidades de uno y otro sexo, que se hallaban necesitadas, haciéndoles repartir por barrio hasta tres, cuatro, cinco y seiscientas libras, según el número y la pobreza, sin hablar de una de una gran cantidad de Piezas de Tela que se proporcionaban al entrar en estos diferentes Monasterios, con el fin de que se hicieran ellos mismos hábitos a su modo. Todas estas Casas estaban libres de dar un *Recibo* a quien les señalaba Vicente, y de quien esperaban el regreso con alguna impaciencia. Estos socorros duraban todavía, cuando, por orden de la Reina Regente y bajo la dirección del Siervo de Dios, uno de sus Misioneros llevó cantidades considerables a varias Ciudades del Artois y de las Regiones vecinas, de las que se había apoderado el Ejército del Rey; como Arras, Bapaume, Hédin, Landrécies y Gravelines. Estas últimas limosnas, como las de la Lorena, consistían en parte en hábitos, en parte en dinero. El que las distribuía iba de una Parroquia a otra. Los Párrocos de los Lugares, u otros Eclesiásticos, a quienes pasaban la comisión, le acompañaban de familia en familia. Así evitaba la sorpresa, o al menos no se dejaba engañar más que según las reglas de la prudencia.

Es difícil hacer un cálculo bien exacto de todas las sumas que nuestro Santo hizo circular por la Lorena y por el Barrois. Quien las llevaba, es decir el hombre del mundo más en condiciones de fijar su valor Las hace subir a *un millón seiscientas mil libras*: suma con la que se hacía entonces lo que no se haría tal vez hoy con tres millones, y que aunque muy considerable en sí misma, lo era más todavía en un momento en que la miseria era extrema y en que los más ricos vivían con estrecheces. Esto sólo fue una parte no obstante de lo que Vicente hizo a favor de estos dos Ducados. Envió allí además en diversas ocasiones unas

catorce mil varas de Paños de todos los colores y especies que, como ya hemos dicho, fueron empleadas en cubrir a la Nobleza, la Burguesía, las Personas consagradas al servicio de Dios, con frecuencia a familias enteras, que no tenían más que ropas deshechas, y como todo esto no era suficiente todavía, la Reina impresionada por el cuadro descrito por el santo Sacerdote sobre la desnudez y las miserias de aquel pueblo afligido, les envió todas sus tapicerías y los lechos de duelo después de la muerte de Luis XIII. La Duquesa de Aiguillon siguió este grande y generoso ejemplo.

Si unimos a este prodigioso gasto el que hubo que hacer, bien para dar a las Iglesias despojadas de los lienzos y de los Ornamentos, bien para conducir a París a las Jóvenes de quienes hemos hablado, bien para mantener allí a aquellos del pueblo que llegaban por sus propios medios, bien finalmente para sostener durante varios años a tantas familias respetables, que se hallaban en el estado más lamentable del mundo: los mismos enemigos de un Santo, que no los debería tener, se verán obligados a convenir que lo que hizo a favor de los Loreneses es algo milagroso, y que no se puede desconocer en ello la más viva, la más generosa y la más persuasiva caridad.

No debo omitir aquí una circunstancia, que fue por entonces y que debe serlo todavía hoy considerada como una prueba sensible de la protección de Dios. Había en aquella época de miserias, de muertes y de carnicerías, un peligro infinito de viajar a Lorena. Todo estaba infestado de soldados, de ladrones, de bandidos, que recorrían el campo y desvalijaban a los campesinos sin misericordia, como sin escrúpulo. Los Croatas o Cravates, especie merodeadores, que en su mayor parte eran Loreneses, acantonados en algunas Fortalezas, salían de ellas como los relámpagos de la nube y cayendo rápidamente sobre cualquiera que se les presentaba, pillaban, mataban y masacraban todo sin distinguir al amigo de quien no lo era. Fue un Hermano de la Misión diputado por S. Vicente para llevar las limosnas de París, a través de tantos peligros quien hizo, sin ningún accidente, hasta cincuenta y cuatro viajes. No llevaba nunca menos de veinte mil libras, y llevó con frecuencia hasta diez u once mil escudos en oro: sin embargo nunca le robaron. Es verdad que era precavido, vivo e inteligente, pero más de una vez experimentó que el Dios de Vicente de Paúl estaba con él, y que le guardaba en todos sus caminos.

A veces se unía a un convoy; este convoy era atacado, golpeado, secuestrado, y Mathieu, es el nombre del hermano, encontraba el medio de escapar. En otras ocasiones, se asociaba con viajeros, los abandonaba un instante por una orden de la Providencia, y en ese instante mismo eran despojados por ladrones, que ni siquiera le habían visto. Pasó con frecuencia por bosques llenos de soldados a la desbandada o de gente que no valían mucho más; nada más descubrirlos, escondía detrás de un matorral, o incluso en el barro, el dinero que llevaba de ordinario en un saquito desgarrado a la manera de los pordioseros, y de allí se iba derecho hacia ellos, como un hombre que no tenía nada que temer; en algunas ocasiones le cachearon, en otras le dejaron pasar sin decir palabra, en pocas lo maltrataron. Continuaba su camino por algún tiempo, y una vez que habían pasado el primer puesto, volvía sobre sus pasos y recogía el dinero.

Se encontró una tarde con algunos de esta buena gente, que en París se llaman timadores; se lo llevaron a un bosque para meterle miedo; y después de registrar inútilmente los pliegues y repliegues de sus ropas, le preguntaron si no pagaría cincuenta doblones por su rescate. “Soy un pobre hombre, les respondió, y aun cuando tuviera cincuenta vidas, no tendría para comprarlas ni una perra gorda”. No sé si se sintieron tentados o no a darle limosna, pero por lo menos le dejaron marcharse, que es lo que les pedía. Cargado un día con treinta y cuatro mil libras, se vio de golpe y porrazo asaltado por un hombre de a caballo quien, pistola en

mano, le mandó caminar por delante para cachearle aparte. Mathieu, que le observaba de vez en cuando, al verle volver la cabeza dejó caer la bolsa. Cien pasos después se puso a hacer al caballero grandes reverencias, que *impresas fuertemente en una tierra de labranza*, pudieran servirle para recuperar su tesoro. Lo recuperó efectivamente después de soportar al borde de un precipicio una visita rigurosa, donde no perdió más que una navaja, porque no tenía otra cosa que perder.

Otra vez, y es quizás después del que acabamos de narrar el mayor lío en que se haya encontrado nunca, descubrió a unos Croatas en un campo grande y amplio. Donde consiguientemente podía ser descubierto con facilidad. Había que tomar una decisión inmediatamente; un minuto de espera podía echarlo todo a perder. Se deshace rápidamente de su saquito, lo cubre con unas hierbas que había por allí a mano; deja a los cuatro o cinco pasos un pequeño bastón para muestra, y se cuela en medio de ellos. Vuelve algún tiempo después; busca a derecha y a izquierda durante parte de la noche, ruega a Dios de todo corazón y encuentra por fin al despuntar el alba lo que durante tanto tiempo y tan inútilmente había buscado

Como se le fue conociendo poco a poco en toda la Lorena por el que traía las limosnas le resultaba a la postre muy difícil ocultar su camino. Pero Dios puso de su parte a aquellos mismos de quienes lo temía todo, o hizo inútiles los lazos que le tendieron. Un Capitán emboscado cerca de S. Mihiel le dio a conocer a sus soldados, sin mala intención: pero viendo que querían caer sobre él, empuñó su pistola y declaró con tono firme que rompería la cabeza *a quien estuviera tan rabioso*, fue su palabra, como para hacer ningún daño a un hombre que hacía tanto bien. Unos Corbatas que supieron que se encontraba en Nomeny con mucho dinero, salieron en su busca en todas direcciones para no dejarle escapar. Al salir del Castillo, donde consiguió, a fuerza de pedirlo, que le abrieran una puerta falsa, enfiló, antes del amanecer, un sendero apartado, por el que no se encontró con nadie. Los merodeadores le creían todavía en Nomeny, cuando él ya estaba en Pont-à-Mousson. Apenas pudieron creérselo a los que les decían que se había marchado. Juraron, blasfemaron, dijeron que *era preciso pues que Dios o el diablo se lo hubiera llevado por encima del bosque*. Sus imprecaciones no sirvieron más que para dar a entender, *que uno está a buen recaudo cuando le guarda Dios mismo*. El público estuvo por fin tan persuadido de que había en ello algo maravilloso, que uno se creía menos expuesto cuando se viajaba con este buen Hermano. La Condesa de Montgomery, a quien los Pasaportes del Rey de Francia, del Rey de España y del Duque de Lorena no habían garantizado contra el pillaje, no se atrevía a ir de Metz a Verdun, por miedo a un nuevo accidente. Habiéndose enterado de que el Hermano iba a hacer el mismo viaje, le suplicó que montara en su Carroza, persuadida, decía ella, de que su compañía le serviría más que todos los Pasaportes del mundo. Su confianza no fue en vano; llegó a Verdun sin encontrarse ni con ladrones ni con soldados.

Cuando regresó a París, la Reina, que había estado informada de su viaje, quiso verle varias veces. Oyó, con un placer infinito, el relato de las estratagemas de que se servía, y que alteraba según el caso, cuando las primeras estaban ya gastadas. Pero él, él estaba bien persuadido, y lo repetía con frecuencia, que una protección tan visible era un efecto de la Fe y de las oraciones del santo Hombre que le enviaba. Debido a estas mismas oraciones, los Sacerdotes que hacían la distribución de las limosnas atribuyeron más de una vez la multiplicación que, como lo creyeron entonces, se realizaba entre sus manos, y sin la cual no lograban entender cómo con sumas que, cuando se dividían en veinte o treinta partes se hacían muy pequeñas, podían socorrer a tantos pobres y remediar tantas necesidades

diferentes.

No pienso que sea necesario detener por más tiempo al Lector, para darle a conocer los bienes inmensos que realizaron en la Lorena las limosnas y los Misioneros que envió allí. Resulta de lo que hemos dicho y todo el mundo lo ve al primer vistazo, que por medio de ello se han salvado un número casi infinito de enfermos y de personas agonizantes, a quienes el hambre, el frío, la desnudez y una cantidad de miserias consumían poco a poco; Que se ha preservado de un triste y vergonzoso naufragio a cantidad de jóvenes, incluso de nacimiento distinguido, a las que la necesidad iba a reducir a extraños extremos; Que se ha dado a varias Comunidades Religiosas el medio de conservar su clausura, sus votos y sus Reglas, de continuar cantando en sus propias Casas la justicia y la misericordia de Dios, y de no experimentar lo peligroso que es el aire del mundo a Vírgenes, que la miseria obliga a errar de ciudad en ciudad para mendigar su subsistencia. No hablo aquí de tantos servicios espirituales que se presentaron a los moribundos ni de tantas instrucciones, por las que se enseñó a los pueblos a santificar sus sufrimientos y a adorar todas las voluntades de Dios y a expiar mediante una vida perfectamente Cristiana los pecados que habían excitado su cólera: esa era, como lo hemos observado tantas veces, la principal intención de Vicente de Paúl, y sus Hijos no podían pasarla por alto, ellos cuyo primer objeto es la conversión de los pecadores. Dedicándose a ello en Lorena, no hacían otra cosa que lo que habían hecho tantas veces y seguían haciéndolo aún sus Cohermanos en sus distintas Misiones.

Conviene advertir que las dificultades en que colocó a nuestro Santo el deplorable estado de la Lorena, no le hicieron interrumpir el curso de los servicios espirituales, que se había encargado de prestar a los Pobres del Campo. Sus Sacerdotes, durante los tres primeros años, en los que este apartado ocupó más dieron más de setenta Misiones en diversas Diócesis. La Congregación de Vicente de Paúl, que no estaba compuesta más que de Hombres Apostólicos, trabajadores, y que con frecuencia no se cuidaban lo suficiente, hacía más con cincuenta Sacerdotes, de lo que ella y cualquiera otra habrían podido hacer con un número más alto de aquellos hombres vagos, indolentes, siempre fatigados, y cuya Filosofía consiste en creer que deben conservarse, porque los grandes Asuntos no son comunes. Además, Dios multiplicaba los Hijos de su Siervo, y el Seminario que había fundado le proporcionaba cada año no sólo con qué reemplazar a los que se morían, sino también con qué acceder de vez en cuando a los deseos de los que le pedían Sacerdotes.

Los envió desde comienzos de ese mismo año a Annecy, residencia ordinaria de los Obispos de Ginebra desde que los habitantes de esta última Ciudad se sacudieron el yugo de la Iglesia Romana, para abrazar la pretendida Reforma de Calvino. El Señor Juste Guérin, la ilustre Madame de Chantal y los Señores de Sillery y Cordon, los dos Comendadores de la Orden de Malta, fueron los primeros Promotores de este Establecimiento. Esta buena obra fue una de las últimas acciones del sr de Sillery. Su muerte respondió a la hermosa y santa vida que había llevado. *Sr ha ido al Cielo*, dice Vicente en una de sus Cartas, *como un monarca que va a tomar posesión de su Reino, con una fuerza, una confianza, una paz y una dulzura difíciles de explicar*. En este sentido, añade el santo Sacerdote, como yo hablaba de ello estos días pasados a su Eminencia el sr Cardenal de Richelieu; y yo le aseguraba con razón, que desde hace ocho o diez años que tenía el honor de tratarle, no había advertido en él ni pensamiento, ni palabra, ni ninguna acción que no se dirigiera hacia Dios, y que su pureza iba más allá de todo lo que se pueda decir.

El piadoso Obispo de Annecy, que no pensaba en otra cosa que conservar en su Diócesis los grandes bienes que S. Francisco de Sales había hecho, juzgó prudente que el mejor

medio de lograrlo era trabajar en formar a buenos Eclesiásticos, mientras que se trabajara en santificar a los pueblos. Se propuso sacar estas dos clases de socorro de los Sacerdotes de Vicente de Paúl y reunir en la misma Casa a hombres llenos del espíritu de Dios, que fueran idóneos para estos dos empleos. El artículo que concernía a los pueblos no tuvo dificultades: no era cuestión más que de dar misiones; se dieron en Annecy y en las Parroquias del campo. En el asunto que se refería a la formación de los Sacerdotes y por lo mismo a la erección de un Seminario le ocupó más.

La dificultad estaba en saber si en el Establecimiento de este Seminario se seguiría el plan del Concilio de Trento, no admitiendo más que a Jóvenes, que preservados por un santo retiro de la corrupción del siglo, se nutrisen temprano de la leche de la virtud y de la ciencia Eclesiástica; o si no se admitieran más que a Clérigos de unos veinte años de edad, quienes habiendo comenzado ya a consultar a Dios, y teniendo la madurez necesaria para abrazar un Estado, parecían dar esperanzas más seguras y cercanas. Juste Guérin consultó a nuestro santo Sacerdote en este punto importante. Se sopesaron con cuidado todas las razones en pro y en contra: pero como al explicar estas razones últimas Vicente, que no quería suprimir nada, se vio obligado a decir, que los Seminarios de Provincia, donde más movimientos habían tenido lugar, para formar a los Eclesiásticos casi desde la infancia, no habían salido adelante; que los de Burdeos y de Agen estaban desiertos en la actualidad; que el Arzobispo de Rouen reconocía con dolor que en el espacio de más de veinte años, no había sacado seis Sacerdotes de aquel gran número de jóvenes que había mandado educar con toda la precaución posible; que la mayor parte volvían al siglo, sin otra cosa que decir que habían tomado el hábito Eclesiástico a una edad, en la que no eran capaces de reflexión: El Obispo de Annecy quedó tan impresionado por estas razones, fundadas en la experiencia que resolvió adoptar el último partido. Vicente, quien se remitía por completo a él, y que había declarado de la manera más positiva que no pretendía decidir, sino dar motivos que sirvieran de fundamento para la decisión, creyó que lo que un Prelado tan prudente, tan ilustrado, tan unido a Dios, había concluido al fin, debía ser lo mejor, ya no digo en sí mismo, sino por razón de los tiempos y de los lugares.

Los Obispos de Francia no emitieron pronto el mismo juicio; y se sabe que en todos, o casi en todos los Seminarios del Reino, no se reciben más que a Clérigos, que ya han cursado la Retórica, la Filosofía, y con alguna frecuencia algunos años de Teología. Es al parecer por esta razón que un Escritor de Italia dice que el Seminario de Annecy es el primero que se haya fundado al otro lado de los Alpes para las personas un poco avanzadas ya en edad. Sea como sea, (pues me parece que este punto no carece de dificultades) Vicente al año estableció uno sobre la misma base en el Colegio de los Bons-Enfants; pero su respeto por el Concilio de Trento no le permitió destruir el que había formado según el Plan de esta santa Asamblea. Le trasladó a una casa al extremo del recinto de S. Lázaro; y le llamó el Seminario de S. Carlos. Los Sacerdotes de la Congregación formaban allí en la virtud y en las bellas Letras a un número de jóvenes, que daban pruebas de la inclinación por el Estado Eclesiástico y que después han desempeñado dignamente los primeros empleos: así se unían a los ejercicios de piedad los ejercicios de los Colegios más regulares; y el célebre de la Fosa hizo representar a menudo allí Tragedias Cristianas, cuyo fuego y elevación le merecieron siempre los aplausos de todo lo que París tenía de Entendidos.

Una vez que el Siervo de Dios vio al Obispo de Annecy determinado totalmente a la erección de un Seminario mayor, pensó seriamente en los medios de hacer de él una santa y sabia Academia. También lo redijo todo a una piedad sólida, a una gran plenitud del Espíritu Sacerdotal, y a esta especie de Ciencia práctica, que abraza el Dogma, y más

particularmente todavía la Moral. Quiso que las Conferencias que se debían tener dos veces por Semana sobre el Espíritu y las Virtudes Eclesiásticas fuesen emotivas e instructivas; que hubiera tiempos señalados para el Canto, las Ceremonias y el modo de administrar los Sacramentos y de hacer las Homilias y los Catecismos; que las Clases de Teología estuviesen bien preparadas, que las explicaciones fuesen claras y precisas, y que no se dejaran de dar nunca; que se profundizase todo cuanto puede contribuir a la dirección de los pueblos, y que se tuvieran en poco aquellas Cuestiones o Metafísicas, o de pura crítica, que un buen Pastor puede ignorar, y que un mal Doctor sabe a menudo más que otro.

Estaba persuadido de que los genios más hermosos no son siempre los que forman mejor a la juventud, a menos que no sepan, cosa que les es a veces bastante difícil, limitarse, acercarse, proporcionarse a sus alumnos. Escribió un día a uno de sus Sacerdotes, que tenía grandes talentos, una carta que comenzaba con estas palabras, singulares en apariencia, pero bien llenas de sentido y de razón: *Os recordamos, Señor, y os rogamos que no regentéis más, porque seáis muy hábil.* Porque este profesor que tenía mucha erudición, a fuerza de querer enseñárselo todo a sus Escolares, no les había enseñado nada; se reconoció, al examinarlos delante del Obispo, que habían aprovechado mucho bajo su colega, cuyos talentos eran inferiores.

Temía sobre todo que un Director de Seminario se creyera haberlo hecho todo, cuando ya había dado su Clase. Miraba, en verdad, la ciencia como una parte esencial, porque un Sacerdote ignorante es un ciego, que conduce a los demás al precipicio; pero daba la preferencia a la piedad: por eso quería que todos los que tienen trabajo en un Seminario trabajaran con sus buenos ejemplos, su asiduidad, su vigilancia continua, y una gran separación del mundo, en llenar a los jóvenes Eclesiásticos de las virtudes de su Estado. *Debemos, decía a los suyos, llevarlos por igual a la ciencia y a la piedad, es lo que Dios pide de nosotros. Ellos necesitan capacidad, pero tienen necesidad de una vida santa y regular: sin ella la otra es inútil y peligrosa.*

Como este plan, expresado en pocas palabras, es muy vasto, y los trabajos del Hombre de Dios, unidos a reflexiones profundas, le habían adquirido mucha experiencia y grandes luces, tenía por máxima que con el fin de sacar fruto de un Seminario, conviene que los que son recibidos en él pasen un tiempo considerable. Pedía al menos un año antes de admitir a quienquiera que fuese a las Órdenes sagradas. “*Y bueno!* decía con el sr Bourdoise, *los oficios más viles exigen una prueba mucho más larga; y se creará que cinco o seis meses son más que suficientes para unos hombres encargados de purificarse de las malas costumbres que han contraído: de vaciar su corazón de todo lo que podría respirar afecto menos reglado para la criatura; de avanzar en el conocimiento y en el amor del gran Maestro, al servicio del cual quieren consagrarse; de penetrar y ahondar en las máximas Evangélicas, que nos ha revelado por su Hijo; de establecer sólidamente en ellos mismos ese Reino de santidad y de justicia, que no se posee sino cuando se sabe imitar la vida y las virtudes de Jesucristo, y finalmente de llenarse del espíritu de Oración y de Meditación, sin el cual un Sacerdote apenas puede lograr algún fruto, ya que, decía también nuestro Santo, lo que la espada es al Soldado, la Oración lo es para aquellos que se dedican al servicio de los Altares”.*

No creía que fuera necesario eximir del Seminario a ninguno de los que pretenden las sagradas Órdenes; ni siquiera a aquellos que tienen más virtud o capacidad. ¡Qué habría dicho si hubiera visto dispensar de él a los que una especie de nacimiento, o un puesto conseguido por herencia en el Santuario, ocupan el lugar de todo mérito!

La razón que daba el Santo de su conducta era que unos Eclesiásticos ya virtuosos y

capaces no dejarán nunca de aumentar en un buen Seminario su ciencia y su virtud; que además, servirán de mucho a los demás, porque los débiles se animan con el ejemplo de los más fuertes, y avanzan de buena gana por el camino por el que les ven caminar; y que finalmente, cuando la regla es general, un Obispo, y los que dirigen bajo sus ojos, están a cubierto de muchas importunidades, porque no se les ocurre entonces pedirles excepciones, que no se conceden a nadie y que además no pueden ser sino perjudiciales a los que las obtienen.

Parece ser que el Santo inspiró estos sentimientos al sr Alain de Solminihac Obispo de Cahors: al menos este gran Obispo no dispensó nunca a nadie ni de la entrada ni del tiempo del Seminario. Se mantenía firme en no dar el Subdiaconado más que a los que habían pasado en él un año, y no admitía al Sacerdocio más que a los que habían terminado el resto de su carrera. Con esta sabia conducta llegó a reformar su Diócesis y la puso en estado de servir de modelo a otras varias. Vicente propuso más de una vez a los Obispos, que le consultaban, el ejemplo de este santo Prelado y les indujo cuanto le fue posible a imitarle en un punto tan esencial.

Como los Hijos del santo Sacerdote se hubiesen sorprendido al verle multiplicar sus trabajos, y temer que, al repartir sus fuerzas, las Misiones, que parecían deber ser su grande y principal objeto sufrieran menoscabo, este sabio Superior les dio sobre esta importante materia varias Conferencias, que prueban plenamente que su celo era tan iluminado como extendido.

Explicó, que la Compañía no tenía otras funciones que aquellas de las que Dios mismo le había encargado por el Ministerio de los Pastores de su Iglesia; que los designios del Padre de familia se habían desarrollado poco a poco; que parecía por la vida de Jesucristo mismo que esa era la economía ordinaria de la Providencia; que esta divino Salvador había comenzado por una vida oscura y privada; que luego había evangelizado a los pobres y que al fin para mantener su obra se escogió Apóstoles y Discípulos; que no había nadie en la Congregación que no supiera que quienes habían sido sus primeros miembros no se habían ocupado en primer lugar más que en su salvación y en la de los pueblos del campo; que los habían destinado a dar los Ejercicios de los Ordenandos en el tiempo que menos lo esperaban; que era la misma autoridad la que los empleaba en la dirección de los Seminarios; que debían por lo tanto prometerse con la misericordia de Dios los mismos éxitos si sabían estimar la gracia que se les ofrecía en lo que deber ser estimada.

De estos principios Vicente dedujo, que un Sacerdote de la Misión se equivocaría si dijera que no pretendió encerrarse en una ciudad para formar a Clérigos, sino para recorrer los Burgos y los Pueblos y convertir a los pecadores; que en verdad la instrucción de los pobres es algo muy importante, pero que la instrucción de los Eclesiásticos lo es todavía más; ya que, si son ignorantes, se sigue por necesidad que los pueblos lo sean también; que se ha de trabajar en las Misiones, pero no se han de dejar a un lado los Seminarios; pues una cosa y la otra son casi por igual esenciales al Instituto de la Congregación, y que ésta no llegará a dar frutos permanentes en el Ministerio que ejerce con relación a los simples Fieles, mientras los Pastores, abandonados a sí mismos, sigan en el desorden y la ignorancia.

No le quedaba al Siervo de Dios otra cosa que dar a conocer a los suyos a qué se comprometen al encargarse de la dirección de los Seminarios. Esto lo hizo de una manera propia para dar de esta santa y terrible ocupación la idea justa que cada uno debe tener de ella. Les dijo en sustancia, que el carácter de los Sacerdotes es una participación del Sacerdocio del Hijo de Dios; que este primer Sacerdote de la Ley nueva ha dado a sus Ministros el poder de inmolar su propia Carne y hacer de ella el alimento de los Fieles, para

que los que la coman vivan eternamente; que a este poder que se refiere a su Cuerpo natural ha unido otro que se extiende a su Cuerpo Místico, es decir sobre los Fieles, cuyos pecados atan y desatan los Sacerdotes; que un Ministerio tan grande y tan sublime, tan augusto y que es objeto de la admiración de los Ángeles, merece muy bien que se sacrifique, para poner a los que deben ser revestidos de él, en estado de ejercerlo como se debe; que esta verdad constante en todos los tiempos lo era todavía más en un siglo desdichado en el que la Iglesia tenía una gran necesidad de Ministros que fueran según el corazón de Dios y que desterraran este cúmulo de vicios, de ignorancias y de escándalos, de los que está cubierta la Tierra y sobre los que deben verter lágrimas de sangre los verdaderos Cristianos.

Y añadió, que un buen Sacerdote era capaz de emprenderlo todo por la gloria de Dios; que podía procurar la conversión de los pecadores más endurecidos, restablecer el buen orden y la hermosura de la casa del Señor; que, para convencerse de ello, no había más que poner los ojos en el sr Bourdoise, aquel excelente Sacerdote, que había hecho tantas cosas y que haría otras más para honor de la Iglesia; que la felicidad del Cristianismo dependía de los Sacerdotes, y que cuando eran lo que debían ser, el pueblo los honraba, escuchaba su voz y seguía sus ejemplos.

A este motivo tan consolador para aquellos Ministros de Jesucristo que viven de una manera digna de él y para los que tienen la dicha de contribuir a llenarlos del Espíritu Eclesiástico, Vicente añadió otro capaz de hacer temblar a los malos Sacerdotes y a los que encargados de su educación les faltan luces o celo o la fuerza necesaria para desempeñarla bien. Dijo y son sus propias palabras; que se dudaba de si todos los desórdenes, que se veían en el mundo, no debían atribuirse a los malos Sacerotes; que de verdad esta proposición tenía por qué asustar, pero que no debía escandalizar a nadie; que había sido discutida hacía poco exactamente en varias Conferencias, cuyo resultado había sido: que es seguro por lo menos que la Iglesia no tiene enemigos más crueles que los malos Sacerdotes; que son ellos los que dieron nacimiento a las herejías, los que han acreditado el error, los que han hecho que reine el vicio y la ignorancia; que son la primera fuente de estos torrentes funestos que han devastado la Tierra; que unos han contribuido a ellos por la depravación de las costumbres, los otros por una indolencia criminal, que les ha impedido hacer frente al mal, como estaban obligados a hacerlo.

Para juzgar de la impresión que estos discursos del Siervo de Dios produjeron en el espíritu, y más todavía en el corazón de sus Hijos, relataremos por anticipado los frutos que produjeron en los Seminarios, de cuya dirección se vieron obligados a encargarse. Parece ser que si Vicente mandó hacer el recuento, ni fue sino para animar a sus Propios Sacerdotes y a los Extraños a consagrarse a esta buena obra, ya que ningún hombre ha deseado con tanto ardor que todo el mundo profetizara; y él se hubiera creído ya reprobado si la envidia que, a juicio de un Padre, quema a veces a los Santos y les persuade de que lo que hacen no es del todo el mayor mal, hubiera penetrado en su corazón. De ahí estas hermosas palabras que repitió más de una vez: *Preferiría perder cien Fundaciones antes que impedir una sola de otra Comunidad*. Por lo demás, para no caer en repeticiones, no produciremos más que dos relatos, uno de un excelente Misionero, que estaba al frente de un Seminario de Bretaña, el otro del que estaba encargado de la dirección del Seminario de París, que era Doctor de Sorbona y uno de los primeros Compañeros de nuestro santo Padre.

El último, que se llamaba d'Horgni, hablaba poco más o menos en estos términos:

I. Se hace en este Seminario como una Misión perpetua, y se ven en proporción los mismos frutos, que se ven en las Misiones de las Ciudades o de los Campos. Beneficiados

y Sacerdotes, que se habían sumido en el desorden y en el escándalo en el lugar de su domicilio, se convierten de buena fe: derraman lágrimas en sus retiros; desearían que se les permitiera hacer Confesiones públicas; se humillan en todas las ocasiones. Cuando hablan en las Conferencias hacen pública confesión de su ignorancia pasada. Felicitan a sus jóvenes Cohermanos por la ventaja que tienen de instruirle en sus obligaciones. Los que tenían enemistades inveteradas se reconcilian por cartas llenas de humildad. Hacen, bien a la Iglesia, bien a sus demás Acreedores, restituciones considerables. Los santos Padres de los primeros y de los últimos siglos, cuyos textos se hallan en el derecho Canónico, dicen a menudo que los Eclesiásticos corrompidos son incorregibles: pero, gracias a la misericordia de Dios, sean quienes hayan sido, parece que se convierten ordinariamente en los Seminarios.

II. Los hay que, apoyados en la mala costumbre de sus Provincias, han poseído durante varios años y con mucho apego Beneficios incompatibles. Se les determina aquí a dejar el que no les conviene, y se someten a ello de buena gana.

III. Es cosa común ver, bien a Sacerdotes ya mayores, bien a Abades, Canónigos, Párrocos y demás Beneficiados, bien a Consejeros del Parlamento, o Jueces, que hacen con alegría el oficio de Portero, de Acólito, de Turiferario, o por inclinación a estas funciones, o para castigarse por no haberlas desempeñado nunca, o para manifestar el pesar que sienten de haberlas tenido antes como poco convenientes a gente de condición.

IV. Lo que produce consuelo es que estos buenos efectos del Seminario no acaban con él. Párrocos que no habían instruido nunca a sus Parroquianos, de vuelta a casa, les reparten el pan de la palabra y cumplen perfectamente con todos sus demás empleos. Algunos de ellos han llegado a declarar al pueblo, hasta en el púlpito, que ellos acababan de conocer su deber y que querían comenzar en serio a cumplirle lo mejor posible.

V. Varios al salir del Seminario dejaron la casa paterna y tomaron otra en el lugar mismo de su nacimiento, con el fin de establecer allí pequeñas Comunidades Eclesiásticas, que santifican al continuar viviendo como vivían aquí, y que multiplican ganando para Jesucristo y su Iglesia a los que pueden asociarse.

VI. Hemos tenido varios Canónigos de Iglesias Catedrales o Colegiales, que a su regreso a casa, han sabido poco a poco sin ruido, pero no sin fruto, entablar con sus Cohermanos santas y sabias relaciones, para establecer o sostener la disciplina de su Iglesia; y se sabe con qué celo y prudencia hablan ya en particular, ya en Capítulo, de la obligación que tienen Canónigos de mantener el orden y las Reglas Eclesiásticas.

VII. Existen también los que, habiendo comprendido de que importancia son las escuelas de Niños, se pusieron, aunque fueran de nacimiento, a hacerlas por pura caridad. Este santo ejercicio edificó mucho: Dios lo ha bendecido y los habitantes de las Ciudades sólo lo han visto con admiración.

VIII. No se puede omitir aquí que Dios da la gracia a la mayor parte y casi a todos que han hecho el Seminario, de mantenerse en la piedad y en el ejercicio de sus funciones: los testimonios que se reciben de todas partes son muy favorables.

IX. Pero lo que de algún modo resulta más impresionante es la inocencia de vida que se observa en estos Señores durante el tiempo del Seminario. Es tal que a los Confesores les resulta difícil de ordinario encontrar en ellos alguna materia de absolución.

Se puede reducir a tres o cuatro puntos principales lo que escribía a nuestro santo Sacerdote aquél a quien había confiado el cuidado de un Seminario en Bretaña. Dice en resumen, que uno de los mayores frutos que haya visto nacer es el celo por la salvación de las almas; que los que han hecho esta carrera se aplican con gozo a la instrucción de los

pueblos; que, como predicaban de una manera útil, familiar y conforme al método, que se les ha enseñado en el Seminario, tienen frutos importantes; que se ve con frecuencia en sus Predicaciones a personas que acuden de cinco o seis Parroquias vecinas; que se frecuenta más el Tribunal de la Penitencia; que se reúnen allí no sólo los Domingos y Fiestas, sino también los días laborables, lo que no sucedía anteriormente; que ha habido Sacerdotes que han dejado Beneficios buenos de cura de almas para ir a catequizar y confesar en las Parroquias más abandonadas; que varios de estos virtuosos Eclesiásticos no se contentan con ser útiles al pueblo, sino que trabajan también en hacerse útiles a sus Cohermanos, que no habiéndose formado como se debe toscos en extremo; que los invitan con bondad y los atraen con dulzura a Conferencias espirituales que hacen una vez a la Semana; que, como una sola Parroquia tiene a veces más de cincuenta Sacerdotes, hay siempre varios que van, aunque estén con frecuencia a más de una legua; que de este modo han conseguido reformar a un buen número de Eclesiásticos poco regulares, con buen ejemplo de los simples Fieles, que ven en ellos más recursos, sobre todo en el tiempo de sus enfermedades. Hemos visto, dice también, cantidad de Sacerdotes del Campo, que animados por el buen ejemplo de los que habían salido de este Seminario han cambiado de vida hasta edificar a toda la Diócesis; y algunos han llegado aquí de más de veinticinco leguas, expresamente para realizar un retiro y reforzar las buenas resoluciones que habían tomado ya.

Añade que, antes de la Fundación del Seminario, había Diócesis enteras, en las que habría costado trabajo encontrar a un Eclesiástico del campo, que estuviera vestido de negro; que hasta entonces parecían menos Sacerdotes que rústicos, y que trabajaban como Laicos después de decir sus misas: pero que las cosas han cambiado mucho desde la fundación del Seminario; que la mayor parte van siempre con sotana; que en sus cabellos y todo su exterior no hay nada que ofenda la decencia Eclesiástica; y que los menos regulares llevan por lo menos la sotanela.

Acaba diciendo que los Eclesiásticos del campo se reúnen la víspera de las Fiestas para preparar las ceremonias del Oficio y hacerlas con más piedad y edificación: y que este punto, que les parecía casi sin sentido antes, les parece ahora tan importante que, cuando les viene alguna dificultad en esta materia, escriben el Seminario para ilustrarse.

Es evidente por muchos lugares de este relato que el buen olor de este primer Seminario de Bretaña se extendió produciendo impresión hasta las Diócesis vecinas.

Es lo que se vio de manera sensible con la puesta en marcha de los Catecismos; había algunas de estas Diócesis donde no se daba en absoluto. La dedicación con la que los jóvenes Sacerdotes, que salían del Seminario, desarrollaron esta parte esencial de su Ministerio, despertó a sus vecinos; y en pocos años no hubo casi ninguna Parroquia, donde no se instruyera con éxito a la juventud, que hasta entonces había estado criminalmente descuidada.

Estas certezas de la bendición que Dios tenía a bien derramar sobre los trabajos de los Misioneros fueron confirmadas a su santo Fundador mediante el testimonio de los más santos Obispos de su tiempo. Alain de Solminihac, el hombre del mundo más cuidadoso en materia de alabanzas, y que no tenía por bueno más que lo que realmente lo era, escribió sobre ello unos años antes de su muerte, al Siervo de Dios en estos términos: *Os encantaría ver a mi Clero, y bendeciríais a Dios mil veces, si supierais el bien que los vuestros han hecho en mi Seminario, y que se ha difundido por toda la Provincia.* En este sentido hablaba, y en su nombre, y en el nombre de los demás Obispos, y esto más de 25 años después de la muerte de Vicente de Paúl, uno de los prelados más dignos que hayan sucedido a S. Francisco de Sales; me estoy refiriendo a Jean d'Arenthon d'Alex. Su

pensamiento va incluido en su Testamento. Qué situación más propia para desterrar toda idea de falsa complacencia, que la de un hombre que se considera preparado para comparecer ante Dios.

La ocasión que se presenta de decir unas palabras de este gran Obispo no deja omitir algo que le honra mucho, y que de hecho otro tanto a nuestro Santo. D'Arenthon era todavía joven cuando Vicente le vio por primera vez en S. Magloire: le cobró mucho afecto, y le pidió que viniera a verle de vez en cuando, y en las conversaciones que tuvo con él, le dijo a menudo en estos términos: *Dios quiere servirse de vos, hijo mío, y os aseguro que seréis un día Sucesor de san Francisco de Sales*. El Siervo de Dios reiteró varias veces esta predicción; y el sr Abate de la Pérouse, que había venido a verle a S. Lázaro, como le dijera un día que el sr d'Arenthon era su tío, *Vos sois*, replicó al instante, *vos sois el sobrino de un hombre, que será un día Obispo de Ginebra*. Vicente tuvo el consuelo de ver antes de su muerte que no se había equivocado. El sr d'Arenthon fue, después de no pocas dificultades, nombrado -en 1660- al Obispado de Annecy por Cristina de Francia, quien por entonces era Regente de Saboya: y el sobrino del nuevo Prelado, en visita a nuestro Santo: *Ya os lo había dicho*, exclamó Vicente al recibirle, *que Dios quería que vuestro tío fuera Obispo de Ginebra. Id, Monseñor, a santificaros con él y fijaos en su familia, como un san Juan en la de Nuestro Señor, de quien era el pariente y el Apóstol*.

Antes de terminar este Artículo de los Seminarios, debo hacer resaltar que Vicente de Paúl, no contento con dar a los que estaban en el Seminario establecido en el Colegio de los Bons-Enfants, todos los socorros espirituales, que dependían de él y de los suyos, se encargó también de mantener durante los primeros años a un número de Eclesiásticos que, con mucha buena voluntad, no tenían medios de pagar su pensión. Solicitó para ellos la caridad de las Casas de la Congregación y las limosnas de algunas personas de piedad, a quienes había dispuesto a emprenderlo todo por el bien de la Iglesia. Una liberalidad tan bien colocada produjo una santa emulación en virtuosos Sacerdotes, que estaban más cerca de conocer cuánto vale un buen Eclesiástico. El sr Chomel Oficial y Vicario General de la Diócesis de S. Flour, envió con este fin, cada año, durante el espacio de diez o doce años, sumas considerables al Seminario de Troie en Champaña, y al de Annecy en Saboya. Esta especie de limosna es sin duda una de las mejores que se puedan hacer. Enriquecer el Rebaño de Jesucristo con un santo Sacerdote es enriquecer a los pobres, de quienes él no dejará nunca de ser Padre, y a quienes devolverá el céntuplo de lo que él mismo habrá recibido de la piedad de los Fieles. Vicente estaba tan impresionado por esta idea, y sabía tan bien lo que vale un digno Ministro de los Altares, que decía a veces exclamando: *¡Oh, qué gran cosa es un buen Sacerdote! ¿Qué no puede hacer? Pero ¿qué no hace con la gracia de Dios?*

Por este principio, aprovechaba con una santa impetuosidad todas las ocasiones de devolver al Clero su antiguo esplendor; y estas ocasiones eran frecuentes, ya que no había casi nadie que no se dirigiera a él. Pedro Colombes habiendo querido establecer en su Parroquia, que era la de S. Germain l'Auxerrois, una Comunidad de Sacerdotes, que pudieran servir de modelo a los demás, la puso bajo la dirección de nuestro Santo, quien redactó sus Reglamentos, y quien enseñó a los que están encargados en el mismo Ministerio que un Sacerdote de Parroquia está en peligro de perecer si no sabe construirse para sí mismo una soledad interior y reparar sus fuerzas que la disipación y el comercio del mundo no pueden por menos de debilitar.

Tantos y tan importantes asuntos no permitían casi al hombre de Dios alejarse de París: asimismo él ni salía apenas más que por la orden de los Poderes Seculares o Eclesiásticos.

Sucedió pues que para obedecer al Obispo de Beauvais hizo Vicente en el mes de abril un viaje a su Diócesis y visitó por segunda vez el Monasterio de las Ursulinas establecidas en la Ciudad Episcopal. No sabemos al detalle lo que pasó en esta visita, que fue más larga que la primera. Pero sabemos por otra parte que el ministerio que ejercía en esta clase de ocasiones iba casi siempre acompañado de gracias y de bendiciones espirituales; que poseía sobre todo el gran talento de calmar las penas interiores; y que con frecuencia, al igual que su divino Maestro, no necesitó más que una palabra para devolver la paz a las conciencias más agitadas. No hacía todavía dos años que se había experimentado en Troies, a donde se había visto obligado a ir para asuntos de su Congregación y donde libró en un instante de una tentación tan larga como importuna a una Religiosa, que desde hacía varios años no tenía ni reposo ni consuelo. Es un hecho importante del que hablaremos en otra parte -en el Libro IX con más extensión-.

No era solamente a personas fatigadas por esta clase de pruebas, a quienes las visitas de Vicente de Paúl resultaban provechosas: hubiera sido muy difícil hallar en su tiempo a un hombre más idóneo que él para hacer caminar a las almas consagradas a Dios por los caminos de la más sublime perfección. Las que en este género daban lecciones a las demás, se consideraban felices de recibir las suyas. Uno de los motivos que determinó a la más ilustre Señora de Chantal a ir a París en 1641 fue el provecho que esperó sacar de las conferencias, que debía tener con él. Ella había creído el año anterior que le podría ver en Annecy, a donde deseaba el Obispo que se trasladase para ordenar los asuntos del Seminario. Ella le escribió en unos términos, que daban a entender una viva y santa impaciencia: pero las necesidades de los niños abandonados, que le ocupaban ya -por 1648-, no le permitieron hacer este viaje. De manera que esta entrevista tan ardientemente deseada por una parte y por otra no pudo tenerse hasta quince meses después. La Señora de Chantal se desquitó ampliamente. El S. Sacerdote la vio varias veces en el Monasterio de la calle S. Antonio, del que era Superior. Ella recibió sus consejos sobre la dirección particular y sobre la de su Orden; y se sentía feliz confesando con mucha gratitud que las luces y los consejos de este gran Siervo de Dios le había servido de gran ayuda; son los términos del sr Abate Marsolier en su Historia de esta venerable Madres.

Los bienes espirituales con los que Dios llenó a su Sierva por intermedio de nuestro Santo fueron para ella gracias de preparación a su último sacrificio. Hacia tiempo que estaba madura para el Cielo, y apenas habían transcurrido cinco semanas de su partida de París, cuando ella acabó con una muerte muy santa su vida, que había pasado en el ejercicio de la piedad Cristiana y Religiosa. Dios reveló a su Siervo su muerte y su gloria en una visión, que tiene algo de la grandeza y de la majestad de las de los antiguos Profetas. Como éste es un punto muy delicado y muy glorioso a la memoria de la Señora de Chantal, le volveré a traer con todas sus circunstancias sometiéndole, no a la decisión de aquellos falsos críticos, que rechazan cuanto combate sus prejuicios, sino al juicio de la santa Iglesia Romana, que se siente actualmente interesada en ello; y que en el asunto de la Beatificación de esta perfecta religiosa, no dejará de examinarlo con su prudencia ordinaria. La cosa sucedió pues de esta manera.

Cuando Vicente se enteró, por las noticias públicas, de que la Madre de Chantal estaba en las últimas, se puso de rodillas para pedir a Dios por ella. Como era perfectamente humilde y no veía más que manchas en sus acciones más santas, comenzó por hacer un acto de contrición de sus propios pecados. Apenas hubo terminado, cuando vio un pequeño globo como de fuego, que se elevaba de la tierra y que fue a unirse en la Región superior del aire a otro globo más grande y más luminoso; estos dos globos que, tras su reunión, no

formaron más que uno solo, se elevaron más alto y se perdieron en un tercero, que era infinitamente más vasto y más brillante que los otros. En el tiempo que el santo Sacerdote estaba muy ocupado con esta visión, una voz interior le dijo de una manera muy clara que el primer globo era el alma de la Madre de Chantal; el segundo, la del Bienaventurado Obispo de Ginebra, y el tercero la Esencia divina; y que estas dos grandes Almas, después de reunirse se habían fundido en Dios su soberano Principio, y como abismadas en su inmensidad.

Vicente supo algunos días después que Dios había tenido a bien disponer de su Sierva y llamarla a sí. Como las revelaciones particulares están sometidas a la ilusión y resultan también más sospechosas a las personas verdaderamente prudentes, que a las que tienen menos piedad y luces, el santo Hombre, sin contar demasiado con lo que había visto, siguió la ruta ordinaria y quiso pedir por la Señora de Chantal. Es cierto que la había tenido siempre por una mujer *realizada en toda clase de virtudes y como un alma de las más santas que hubiera conocido nunca en la tierra*; son sus propias expresiones: pero ignoraba que, si bien S. Agustín atribuyó a las virtudes de su incomparable Madre la justicia que les era debida, él había rezado y mandado rezar por ella, por si acaso se le hubiera escapado alguna palabra por poco contraria que fuera a la santidad de los Mandamientos del Evangelio; sabía además que, según este gran Doctor, la vida más saludable sería bien de lamentar si Dios la juzgara con la severidad de su justicia. Él siguió pues el mismo Plan, y lo siguió por los mismos motivos. Se creyó haber advertido en las últimas conversaciones que había mantenido con esta digna Religiosa ciertas palabras *que parecían tener algo de pecado venial*, y pensó celebrando la Misa, y en el segundo Memento, donde se pide por los Muertos que sería bueno encomendarla a Dios. En el mismo momento tuvo por segunda vez la visión que había tenido ya: los mismos globos, la unión del primero con el segundo y de estos dos con el tercero, se presentaron otra vez a él, pero a todo ello se unió un sentimiento tan vivo y una convicción tan perfecta de la felicidad eterna de esta santa Mujer que desde aquel tiempo no le fue posible pensar en ella sin representársela como rodeada de la gloria de las almas bienaventuradas.

Vicente, según su método ordinario, no habría hablado nunca de algo que podía redundar en su honor, si hubiera podido suprimirlo, sin causar daño alguno a la persona que era objeto de ello. Además, se trataba de examinar si el Ángel de las tinieblas, parra engañarle, no se había transformado en Ángel de la luz. Es lo que le comprometió a abrirse al sr Arzobispo de París, a quien relató el asunto como había ocurrido. Habló también de ello con un Religioso Barnabita –el R. P. Mauricio–, que conocía las operaciones de Dios. Uno y otro le respondieron que esta visión estaba señalada con caracteres, que el Espíritu Santo era su autor, y que podía sin dudarle tenerlo como una revelación que Dios había tenido a bien hacerle de la felicidad de una persona a la que él había estado tan perfectamente unido. Solamente después de estas sabias precauciones, habló el santo Sacerdote de ello a algunas Religiosas de la Visitación, quienes, abrumadas por la pérdida, que toda la Orden acababa de sufrir, tenían necesidad de este consuelo.

Para guardar la memoria, y tal vez con el pensamiento que su relato podría un día contribuir a dar a las demás la misma idea, que él tenía de las virtudes y de la santidad de la Madre de Chantal, Vicente hizo con ello una especie de Proceso-Verbal, que subsiste hoy. Comienza por el elogio de la Señora de Chantal. El santo Sacerdote dice que hace veinte años que Dios le había hecho la gracia de conocerla y que ella había tenido a bien honrarle con una perfecta confianza, sea por escrito, sea de viva voz en los diferentes periodos que había pasado en Paris; Que siempre la ha considerado como un modelo de todas las virtudes; Que

sobre todo estaba llena de fe, *aunque se hubiese sentido tentada toda su vida de pensamientos contrarios*; Que el amor a Dios, la confianza en sus misericordias, la humildad, la mortificación, la obediencia, el celo por la santificación de su Orden, y por la salvación del pueblo pobre, se hallaban en ella en un grado soberano; Que ella supo aliar con tentaciones espantosas y penas interiores que la fatigaban sin cesar, una envidiable fidelidad a la práctica de las virtudes Cristianas y Religiosas, una solicitud prodigiosa por la perfección de todas sus Hijas, y ese aire de calma y de serenidad, tan necesario a las personas en empleos importantes. Añade que no duda ni de su felicidad eterna, ni que Dios manifieste un día su santidad, *como oigo que está sucediendo en algunos lugares del Reino*. Aquí es donde Vicente sitúa la visión de los globos; sólo habla en tercera persona, y con tan buena fe que propone en dos palabras todo cuanto puede contribuir a establecer o a destruir la realidad. Lo que podría hacer en contra es, a su parecer, que quien ha tenido la visión, y que por otro lado preferiría morir a cometer un engaño, está tan lleno de estima, tan convencido de la santidad de la Señora de Chantal qu no lee nunca sus Cartas sin verter lágrimas, persuadido como está de que es Dios quien le ha inspirado los sentimientos que en ellas se contienen; de donde resulta, dice también, que una visión que tiende a manifestar su gloria podría ser una consecuencia de este prejuicio favorable, y por consiguiente un efecto de la imaginación. Lo que por el contrario puede hacerla ver como verdadera es, añade él, que esta visión es la única que la persona de quien se trata, haya tenido nunca en su vida, aunque haya visto morir a gente, cuya eminente santidad le era particularmente conocida.

Se ve a la primera cuál de estos dos motivos se impone al otro. Se puede decir que cada visión lleva su prueba consigo. Cuando el santo Sacerdote tuvo la primera, ignoraba la muerte de la Señora de Chantal: cuando tuvo la segunda, creyó que por razón de una especie de falta, de la que él había sido testigo, ella podía *estar en el Purgatorio*, y necesitar oraciones. En una y otra situación un hombre tan prudente no habría podido verla en la gloria, si Dios no se lo hubiera dado a conocer.

La feliz muerte de la Fundadora de las Hijas de la Visitación nos obliga a hablar aquí de los servicios que Vicente de Paúl se esforzó por dar a esta santa Orden. Hemos dicho en otro lado que S. Francisco de Sales no había creído poder confiar en mejores manos como las del Siervo de Dios esta preciosa Obra de su piedad. Las grandes esperanzas de este perfecto Obispo quedaron justificadas con un éxito todavía más grande. Para conservar el espíritu de fervor y de regularidad, sin el cual las personas consagradas a Dios, caen en la languidez, y muy pronto tras una funesta insensibilidad, Vicente realizó un gran número de visitas a los Monasterios de París y de S. Denis. Atento a cortar de raíz todo lo que podía introducir el más pequeño relajamiento y tenía el talento de llevar a la más sólida perfección, pero lo hacía con un estilo tan humilde, tan prudente, tan lleno de caridad, que estas dignas Religiosas se daban cuenta del Espíritu de Dios, del que estaba inundado.

Por bien que se encontrara a Comunidad cuando comenzaba la visita, siempre andaba mejor cuando la concluía. El olor de su piedad subsistía, y subsistía de una manera tan actuante y tan eficaz, que se la veía redoblada en fervor en todos los ejercicios. Además que no era por discursos estudiados, ni por máximas nuevas, ni por los principios de una espiritualidad exagerada como el santo hombre alcanzaba lo que quería. Su grande y su única Regla era llevar a todas las Religiosas en general y a cada una en particular a mirar como una verdadera gracia la de su vocación; a llevar una vida conforme al espíritu de su Instituto; a mantenerse por el espíritu de Fe tan recomendado en la Ley nueva; a estimar de modo especial sus Reglas y todos los Preceptos o hasta todos los Consejos que en ellas se

encierran. A eso es donde se dirigían los consejos que les daba; y no dudaba de que unas Hijas que fueran fieles a las prácticas de sus Constituciones de que no vivieran en la perfección de su Estado. Daba grandes elogios a las Obras de su Fundador y a los Escritos y a las Respuestas de la piadosa Fundadora. Pero en estos elogios la boca no hablaba sino de la plenitud del corazón. La lectura de unos y de otros le afectaba tan profundamente que producía en él una impresión sensible, y le enternecía *hasta las lágrimas*.

Como para lograr que el bien subsista, se necesita apartar los obstáculos, el Siervo de dios alejaba de las Casas, de las que era Superior, todo lo que hubiera podido hacer entrar en ellas el espíritu de los hijos del siglo. Ni los desprecios que tenía que aguantar, ni las pérdidas que tenía que temer, le debilitaron nunca en este particular. Se negó siempre con una santa y generosa firmeza a permitir la entrada de estos Monasterios a Damas de la más alta condición, e incluso a Princesas, que se lo pedían, para contentar la curiosidad o para satisfacer una devoción mal entendida. No exceptuó de la Regla más que a aquellas, que a título de Bienhechoras, tenían derecho a ser exceptuadas. Así, para no causar perjuicio, ni gracias importunas, reunió varias veces a las Superiores y a las Religiosas más antiguas; quiso saber exactamente las perdonas que estaban o no estaban en caso de excepción. La Reina había parecido desear que una de sus Damas de honor pudiera retirarse a una de las Casas de la Orden: un sacerdote Cortesano habría dado los primeros pasos; Vicente hizo todos sus esfuerzos para esquivar el golpe, y sin faltar al respeto que tenía para esta augusta Princesa, le hizo ver con buenos ojos que la persona por la que se interesaba se decidiera por otra parte. Porque este Director verdaderamente iluminado temía, y tenía razón para temer que el aire o el espíritu del mundo entrara en el Claustro con estas mujeres, que a menudo están llenas de él; y que el trato que convendría tener con ellas, en parte por urbanidad y en parte por necesidad, enseñara a unas Hijas, a quienes la gracia ha preservado, muchas cosas que les son más que inútiles, reabriera las heridas de aquellas que han sido menos inocentes, y les inspirara poco a poco aquellas actitudes blandas, aquellas consideraciones superfluas, de las que ciertas devotas del siglo no se privan siempre: las que llevan con bastante frecuencia, y casi sin darse cuenta, la vanidad en triunfo hasta en la Casa de Dios y que no se desprenden de ellas ni siquiera en sus ejercicios de piedad.

Por lo demás, cuando el santo Sacerdote negaba esta clase de gracias, las negaba en su propio y privado nombre. Tomaba sobre sí todo lo que la severidad de su conducta tenía de odioso; nunca se descaraba él en las Religiosas; es decir, que se situaba en las dificultades para sacarlas de ellas. En toda otra ocasión, trataba de estar de acuerdo con ellas: él no decidía nada extraordinario, ni siquiera nada que tuviera alguna trascendencia, sin escuchar el parecer de las Superiores, y a veces de las Consejeras. Pero las consultaba menos de lo que lo hacía con Dios, el Oráculo supremo de la verdad. Por eso han notado ellas que no respondía a sus dudas sino después de recogerse interiormente y de recibir del Espíritu de sabiduría y de consejo las respuestas que debía dar: las comenzaba de ordinario con estas palabras: *In nomine Domini*, que le eran muy familiares y por las que quería dar a entender que no deseaba otra cosa más que conformarse en todo a las miras y a los designios de la Providencia.

Sería producir un daño a la memoria de este gran Hombre suprimir los testimonios de gratitud y de justicia que le han tributado, como a porfía, los diferentes Monasterios de la Visitación. Sería también causar un daño a la virtud de estas santas Religiosas: es necesario tener mucha, para percibirla en los demás y alabarla con tanto gusto y discernimiento.

“Su dirección, dicen las Religiosas de la Ciudad de S. Denis, nos ha parecido siempre extraordinariamente desinteresada. En todos los asuntos que trataba, no tenía otras miras que la gloria de Dios. Una vez que reconocía la voluntad de este soberano Maestro, se aferraba a ella con una voluntad inquebrantable. Su máxima y su palabra era que era preciso en todo caminar al lado de la Providencia.

En los consejos que daba sobre los asuntos que se le proponían, hemos advertido que trataba con tanta prudencia, claridad, profundidad que ninguna circunstancia escapaba a su vista. Esto lo hemos visto en algunos asuntos muy oscuros y extremadamente embarullados, sobre los que habíamos consultado inútilmente a Directores de Religión muy esclarecidos y a Doctores muy capaces. Por fin, recurrimos a nuestro digno Superior, y nos escribió sobre ello con tanta claridad, solidez y penetración, que nos dio los medios de salir de allí con facilidad, y sin interesar ni a nuestra Comunidad, ni a la caridad del prójimo. Es lo que nos hizo decir a varias de nosotras que un hombre, cuyo discernimiento era tan justo, debía tener el Espíritu de Dios.

Nos hemos quedado siempre satisfechas con su dirección. Encontrábamos en él una gran plenitud del Espíritu Evangélico; un celo circunspecto, pero poderoso y abrasado de la gloria de Dios; una firmeza dulce, pero inquebrantable en mantener la observancia de nuestras Reglas; una gran atención en informarse de lo que en ellas se contenía, y de los sentimientos que habían tenido en cada artículo nuestro ¡Bienaventurado Padre, y nuestra digna Fundadora. Jamás se sirvió de su autoridad para establecer algún cambio; estuvo siempre atento a darles firmeza, a confirmarlas, y a hacernos fieles a lo que parecía sin importancia, como a lo que era más importante.

Ya hemos visto, y lo pudimos ver sin mucha edificación, preferir a todas las consideraciones humanas y a sus intereses particulares la observancia exacta de nuestra clausura, y negar con firmeza la entrada de nuestra casa a personas poderosas, cuya calidad y fortuna hubieran podido ser, para él y para nosotras, un recurso y un gran apoyo: pero todas las vanas esperanzas del siglo le decían menos que la incomparable felicidad de nuestra soledad.

En sus visitas no se ahorraba ni cuidado ni esfuerzo, para que nos fueran provechosos. Se comportaba con mucha exactitud, paz y atención. Su bondad y dulzura respiraban el Espíritu de Dios. Escuchaba a la última novicia de la casa con tanta paciencia, como si se tratara de la más antigua profesora.

Para reconocer y advertir nuestros defectos, nos hacía entrar en juicio con Dios, y con nosotras mismas, eran sus términos. Nos decía que las faltas más ligeras eran grandes respecto de la espera de Dios y de los designios que tenía sobre nosotras. Sin embargo preparaba con tanta caridad los espíritus para las reprimendas que se veía obligado a hacer que se sintiera más bien la unción de sus palabras que el dolor de la corrección. A pesar de esta extrema mansedumbre, él se convertía en fuego, y parecía adoptar un nuevo espíritu cuando se trataba de alguna falta cometida en el Oficio divino. Hablaba entonces con tanto vigor y fuerza que imprimía en nuestros corazones el respeto y temor de Dios con rasgos que parecían no deberse borrar jamás. Quería que fuéramos exactas en todas las Ceremonias, que no descuidáramos ni una sola, y que recordáramos que, si Dios en el Antiguo Testamento fulminó con maldiciones a los que transgrediesen sus Preceptos, también fulminó a los que faltaban a las ceremonias prescritas por la Ley. Nos ordenaba a menudo leer nuestras Reglas, nuestros Directorios, y todo lo que se refiere a nuestro Instituto: mas para que estas lecturas no fuesen ni secas ni estériles, nos recomendaba hacerlas con la disposición de los hijos de Israel, quienes escuchando al regresar de su

cautividad la lectura de la palabra de Dios, se sentían invadidos por el dolor y derramaban lágrimas a la vista de sus faltas y de su infidelidades.

No hacía nunca la visita sin exhortarnos con frecuencia a la unión, pero a esta unión de corazones, por medio de la cual se somete una, incluso en las cosas indiferentes, a los sentimientos de las Superiores; nos respetamos, nos avisamos mutuamente; se da la preferencia al parecer de las más Antiguas, acostumbándose a honrar en su persona a quien se llama el anciano de días. Cuando reprendía de algún defecto contrario a la caridad, invocaba sobre nosotras aquel espíritu de dulzura y de apoyo, que fue tan plenamente el carácter de nuestro Santo Fundador. Nos enseñaba a honrar con nuestro silencio aquel silencio adorable que el Verbo divino guardó por tanto tiempo en la tierra. Quería que nos diéramos a él por la práctica de una perfecta obediencia a Dios, a nuestras Reglas, y a nuestras Superiores; añadiendo que, como habíamos hecho voto de obediencia, nos tocaba a nosotras dejarnos dirigir.

Nos prescribía hacer, después de cada visita, un breve extracto de lo mejor y de lo más útil y que se había dicho y hecho, y leerlo de vez en cuando en el Capítulo: porque, decía él, esta lectura atrae la gracia de Dios, lo hemos reconocido por experiencia; y cuando releíamos el compendio de sus visitas, el Espíritu de renovación se difundía sobre nosotras y entrábamos con naturalidad en las disposiciones de fervor y de recogimiento, en las que nos habían puesto.

Conducía las casas, de las que estaba encargado, a un gran desprendimiento y a una perfecta abnegación, enseñándoles a evitar el brillo, la estima de las criaturas, y el trato con los seculares. Con este fin nos hacía gustar de la felicidad que tenemos de estar fuera de París, y por eso menos expuestas a las amistades de las personas del gran mundo.

Nos aconsejaba entregarnos a la lectura de los escritos de nuestro Bienaventurado Padre; mortificar esta curiosidad inquieta que quiere leerlo todo y saberlo todo, y sobre todo abstenernos, bien de la lectura de los libros, bien del trato con las personas incluso espirituales, que podían ser sospechosas de las opiniones peligrosas de la época.

Abundando en este espíritu de abnegación, cuando fue abatido el muro común, que nos separa de las Reverendas Madres Ursulinas, quiso que rechazáramos, con toda la honradez posible, a aquellas de sus Religiosas que tenían parientes entre nosotras, tener trato con ellas, según el permiso que les había sido otorgado por su Superior: nos dijo bien claro que una Virgen consagrada a Dios está muerta al mundo y no debe ya conocer parientes en la tierra.

Nos hablaba poco; pero nos dimos cuenta que, por la eficacia del Espíritu de Dios, que hablaba en él, y por la justa estima que la santidad de su vida le atraía, una sola de sus palabras hacía más efecto en nosotras que sermones enteros; y una Hermana nos dijo que, habiendo tenido la suerte de confesarse a él, a propósito de una pena que la fatigaba, él le dijo tan sólo cuatro palabras, pero tan justas, que eran precisamente las que ella necesitaba; lo que le llamó la atención y la satisfizo a la vez. Dijo a otra, aconsejándole el santo ejercicio de la presencia de Dios, que desde que se había entregado a él, había intentado no hacer nada en particular que no hubiera querido hacer en una plaza pública; ya que, según decía, la presencia de Dios debe hacer en nuestros espíritus más impresión que la vista de todas las criaturas juntas.

Por lo que se refiere a la caridad, entre un gran número de ejemplos que podríamos contar, le vimos hacia el final de su vida, cuando se veía abrumado de enfermedades y asuntos, exponer su salud, emplear su tiempo que le era tan precioso, y hacer varios viajes hasta aquí, a fin de apartar a una pobre Tourrière del plan que tenía de ser dispensada de

su voto para casarse. Este santo Hombre, persuadido de que en este cambio había peligro para su salvación, le hablaba en unos términos tan impresionantes, que hubieran sido capaces de ablandar un corazón de acero.

Trataba con tanta circunspección las materias que se refieren a la caridad, que nunca decía la menor palabra que pudiera interesarle de alguna forma. Y cuando era necesario descubrir algún defecto del prójimo, para estar bien seguro de la verdad, una vez descubierta, hacía valer todo lo bueno que podía haber en la persona en cuestión, con tanta habilidad que borraba de algún modo todas las impresiones malas que se había visto obligado a oír.

No se podía, sin mucha satisfacción, ver la conducta que observaba al tratar los asuntos que se le proponían. Dedicaba a su examen todo el tiempo necesario. Su ecuanimidad inalterable le daba una presencia de espíritu que lo comprendía todo.

Tenía para toda clase de personas una deferencia y un respeto extraordinarios. Su cuidado en hablar bien de todo el mundo igualaba al que tuvo siempre de despreciarse a sí mismo, en publicar que era un pecador, y en envilecerse en todo momento, para gloria de Dios y edificación del prójimo. Su caridad se multiplicaba con los enfermos y las personas afligidas. Su buen corazón sabía acomodarse a las debilidades del cuerpo y del espíritu, y él podía decir con toda verdad con S. Pablo que se hacía todo a todos para ganarse para Jesucristo a los fuertes y a los débiles”.

Tal es en sustancia, y casi en sus propios términos, el glorioso testimonio que han tributado a este gran Hombre las Hijas de la Visitación de la Ciudad de S. Denis. A él acompañaremos el de las Religiosas de la misma Orden, establecidas en la capital, ya sé que existen muchos lectores cuya ávida e impaciente curiosidad no pide más que hechos: pero no es justo preferir este mal gusto al de tantos otros que prefieren instruirse. Y no dudo de que aquellos, que la Providencia ha cargado con la importante dirección de las Vírgenes consagradas a Dios, aprendan con gusto el método que siguió un Santo cuyo trabajo ha fructificado el ciento por uno.

“Podemos asegurar con certeza, dicen estas Reverendas Madres, que nos sucedió varias veces en el tiempo de sus Visitas, o pronto después, algo casi milagroso. Desde que empezó a prestarnos este oficio de caridad, liberó casi en un momento a una de nuestras Hermanas de una pena de espíritu tan violenta, que pasando a su cuerpo, la situaba fuera de la posibilidad de prestar ningún servicio al Monasterio; y su curación fue tan perfecta que ha ejercido después, con gran éxito, durante varios años, el cargo de Superiora y de Maestra de novicias”.

Este humilde Siervo de Dios ha expresado en varias ocasiones más el don muy particular que había recibido de Dios para iluminar, consolar y pacificar a las almas más afligidas. Se ha visto varias veces a Religiosas, hartas de penas y de tentaciones molestas, recobrar por completo la calma y la paz, al comunicarse con este caritativo Padre. Sólo en él, la Madre Hélène-Angélique l’Huillier, probada por dios con sufrimientos interiores, que el nombre de agonía no expresa lo suficiente, podía hallar el remedio de sus males. Se dirigía con todo el celo posible al alivio de aquellas que se encontraban en una situación tan penosa; y en una ocasión, en la que se temía molestarle demasiado, respondió que no había asunto alguno que le pareciera tan importante como el de servir a un alma a la que Dios ponía en esta clase de pruebas. También se sentía afligido cuando sus propias enfermedades le impedían ir a ver y consolar a las Religiosas enfermas que le pedían. Su compasión por las personas que sufrían no se limitaba a sentimientos estériles. Hacía todos sus esfuerzos para suavizar sus males. Exhortaciones tiernas y animadas, oraciones fervientes, palabras

propias para recrear santamente, todo se ponía por obra. Una Hermana de las sirvientes, cuya virtud estimaba, hallándose un día muy enferma, y en acceso de una fuerte fiebre, le dijo que estaría muy contenta de morir. Hermana mía, le replicó, todavía no ha llegado el momento. Hizo sobre ella una señal de la Cruz, y al mismo instante ya no tuvo más fiebre ni dolor.

Como él había atravesado por casi todos los estados de la vida, y la enfermedad, la humillación, y diversos géneros de tentaciones habían probado uno tras otro su virtud, para consolar a aquellos que se hallaban en el mismo caso, les decía con bastante frecuencia que había habido penas parecidas a las suyas, que Dios le había librado de ellas, y que él les daría la gracia que había tenido a buen darle a él. Tened pues paciencia, añadía, conformaos con la voluntad del Señor, servíos de tal y tal remedio y todo irá bien.

Otra Hermana que, como aquella de quien acabamos de hablar, era del rango de las sirvientes, al consultarle sobre una tentación que le daba mucho trabajo, le dio por esta confesión, ocasión de confesar que Dios le había puesta a él mismo durante varios años en una prueba parecida a la suya; y como había que hacer ver a esta Hermana turbada en extremo que la tentación no es un pecado cuan se resiste, como había hecho ella hasta entonces, añadió que la suya no había sido materia de Confesión para él. Le recomendó el secreto sobre lo que acababa de decirle, porque uno de sus primeros cuidados fue siempre ocultar las gracias que Dios le había dado, y no hablar nunca de ello. Aprovechaba en recompensa todas las ocasiones de humillarse, y le encantaba cuando se presentaba alguna. Así habiéndole dicho un día una buena Hermana del servicio que tenía el espíritu demasiado rústico para aplicarse a las cosas espirituales, y que en su Región había estado empleada en guardar los ganados de su padre. Hermana mía, le respondió él, ése es el primer oficio que yo tuve: pero con tal que ello sirva para humillarnos, así seremos más aptos para el servicio de Dios

Quería que se temiera mucho y que se evitara con cuidado todo lo que pudiera conducir a entrar en ciertas intrigas contra el gobierno de las Madres Superiores: pretendía que son estas pequeñas camarillas las que han debilitado la regularidad en muchas Casas Religiosas. Por eso, cuando una o varias Hermanas se quejaban a él de la Superiora, examinaba con cuidado si estas quejas, en lugar de ser el efecto del celo, no eran el de un descontento muy humano, y el de la inquietud natural. Si después de una madura discusión, veía que la Superiora era culpable, la reprendía en particular, y cortaba el mal: pero en ese caso incluso, no se ponía al lado de las descontentas, excusaba a sus Madres en cuanto se lo permitía la justicia, y les procuraba aquel grado de estima y de autoridad, sin el cual las personas que están en los puestos nunca llegarán a nada”.

Recomendaba sobre todas las cosas a las Casas de París y a todas las que habían fundado tener cuidado de que los Eclesiásticos, que las frecuentaban no estuvieran contagiados por las opiniones nuevas: *Ya que, decía él, los que están dentro de una mala doctrina no buscan más que difundirla, y no obstante no se declaran al principio: son como lobos que se cuelan solapadamente en el Redil para asolarlo y perderlo.* Debido a este consejo, la Madre Angélique l’Huillier, Superiora del primer Monasterio de París, rechazó una suma considerable, que una Dama de condición ofrecía a la Comunidad para que la permitieran retirarse a ella y para permitir que algunas Jansenistas vinieran de vez en cuando a hablarle a la Reja.

Cuando alguna Religiosa, o varias a la vez, le pedían su bendición, se ponía de rodillas, se recogía interiormente para anonadarse a los ojos de Dios y a los suyos propios. La impartía luego pero deseando sobre todo que Dios juntara la suya, y que la hiciese llegar a las

personas y a los oficios. Las palabras que empleaba entonces eran afectivas, piadosas, conmovedoras y propias para animar.

Aunque gozara de extrema mansedumbre, era sin embargo firme en reprender las faltas de alguna importancia, pero su firmeza estaba regulada por la prudencia y por la sapiencia, y no daba consejos ni al azar ni buenos para todo. Aguardaba la hora y el momento, en que la corrección podía producir su efecto. Le propusieron un día mortificar a una hermana que merecía serlo, pero cuyo espíritu no se encontraba bastante tranquilo para sacar provecho; él respondió con estas palabras muy simples: *No se da sin gran necesidad Medicina a los que tienen la fiebre*. Hacía practicar en este punto a los demás lo que practicaba él mismo. Quería que las Superiores hiciesen una regla de no reprender nunca sino con circunspección y caridad. En cuanto a él, tomaba tales medidas, cuando se veía obligado a poner penitencias, que se contentaba con ver que él habría sentido menos pena en cumplirlas que en imponerlas.

Encontró un día a algunas Religiosas, que al abrigo del espíritu de santa libertad, censuraban a las más exactas y fieles a la observancia de sus Reglas: él las sacó muy pronto de este error, dándoles a entender que la santa libertad no consiste en tomarla o en dejarla, sino en llevar sin cesar esta perfecta mortificación, que hace al alma dueña de sus deseos y superior a sus pasiones.

Tenía una habilidad maravillosa para humillar a las personas altaneras, y eso como cosa de recreo, y sin que ellas le dieran demasiada importancia: pero su celo no se desplegaba nunca con más vigor como contra aquellas que habían desobedecido en cosas de importancia. Reprimía su orgullo con tanta fuerza, que se sentían como aniquiladas. *¡Ay! Qué será de nosotras*, se preguntaban a sí mismas, *qué será de nosotras cuando Dios, el día de su temible Juicio, nos reproche nuestras faltas, cuando la palabra de un hombre nos aterra, y nos reduce a nada*.

Su compasión por las enfermedades del prójimo, cualquiera que fuesen, era algo prodigiosa, y aunque su presencia inspirara un gran respeto, este respeto no obstante abría los corazones en lugar de encerrarlos. Nadie poseía como él el talento de infundir la confianza, y la dificultad unida a la confesión de las más humillantes debilidades se desvanecía cuando se trataba de descubríselas: las soportaba con bondad y las excusaba como una madre tierna excusa las de su hijo.

A estas disposiciones que debían considerarse como la expresión del sentimiento general de las misiones que hemos nombrado, añadiremos el testimonio de una de las Superiores de la misma Orden cuyas luces y capacidad fueron universalmente estimadas en su tiempo. Advierte en primer lugar que, para no caer en la repetición, prefiere callarse a repetir *cosas admirables, de las que toda la tierra* ha sido testigo, y honrar el silencio que ha visto en mil encuentros guardar a nuestro santo Sacerdote, y que tantas veces ha sido el objeto de admiración de sus Hermanas; ya que ella dice en dos palabras, que la ha impresionado siempre la profundidad de su espíritu, que ella apenas se separaba de él sino con un sentimiento de la pequeñez del suyo, que le hacía conocer la desproporción del uno con el otro, y que finalmente por la grandeza de las luces que ella percibía en él, sin que él mismo las viera, le parecía que ella era la criatura más pobre y más incapaz de todo bien del mundo.

Después de repetir lo que acabamos de relatar, bien sobre la respetuosa confianza que este gran Siervo de Dios inspiraba, bien sobre el don que tenía de calmar las conciencias, o bien sobre su ayuda y su firmeza, ella añade que, cuando el santo hombre se veía obligado a hacer la corrección a las que la habían merecido, él mantenía la balanza justa en extremo, o

cuando la hacia inclinarse más de un lado que del otro, era siempre hacia el de aquellas dos grandes virtudes, que fueron siempre tan queridas a su corazón, la humildad y la caridad. *Me he inclinado, dice para concluir, insensiblemente a caer en las repeticiones que quería evitar, y todo por la abundancia de mi corazón, que conserva hacia este santo Padre más estima, amor y respeto de lo que se puede expresar ni imaginar.*

No será difícil creer que Hijas de un discernimiento exquisito y que hallaban en el Hombre de Dios recursos, que les hubiera costado mucho encontrar en otras partes, fuesen sumisas en extremo a su dirección. Sin embargo se vieron más de una vez en peligro de perderle. Como el primer Monasterio de París fue origen de otros tres, y Vicente avanzaba en edad, y la confianza pública que crecía de día en día, multiplicaba a ese ritmo sus ocupaciones y sus problemas, y como la dirección de una Casa Religiosa, cuando se quiere realizar como es debido, exige mucho tiempo y dedicación, Vicente, quien no la había aceptado más que por obediencia, hizo varios intentos para desprenderse de ella, y las cosas fueron tan lejos, que una vez se vio libre absolutamente. Cartas múltiples, súplicas urgentes, intervenciones de un número de personas de primera clase, todo fue inútil; nada le movió. Pero se dirigió contra él una batería que no se esperaba. El Arzobispo de París, aunque conociera tan bien como otro cualquiera, que este venerable Anciano, no tenía tiempo ni para respirar, le pidió que continuara a unas Hermanas tan dignas de sus cuidados los servicios que les había prestado hasta entonces con tantas bendiciones. El santo Sacerdote, para quien la voz de los Pontífices de la Iglesia de Dios fue siempre la voz de Dios mismo, se vio forzado a obedecer; pero a fin de que su ejemplo no tuviera otras consecuencias y que sus Misioneros pudieran entregarse por entero a las funciones que son propias de su Instituto, trazó un Reglamento por el cual se les manda abstenerse de la dirección y de la frecuentación de las Religiosas.

Él mismo extremó este Reglamento todo lo que pudo, y en una coyuntura en la que no le faltarían razones plausibles para derogarlo. El Obispo de Escitia le pidió y mandó que le pidieran que tuviera a bien que sus Sacerdotes de Toul dirigieran a las Hijas de S. Domingo que, debido al mal estado de la Lorena, no encontraban sino con dificultad Guías capaces de dirigir las bien. El Santo se defendió con todo el respeto, pero al mismo tiempo con toda la firmeza posible, y por miedo a que el Superior de esta Casa mal asentada cediese a las instancias de un Prelado, a quien la Congregación debía mucho, le dio orden de ir a echarse a sus pies para conjurar la tormenta. Es cierto que él mismo cedió después, pero fue sólo cuando no pudo resistir más sin ofender a Dios; es decir cuando *la guerra, la peste y el hambre* hubieron acabado o dispersado a todos los que habrían podido cumplir este oficio; oficio, dice él en una Carta, que la Providencia hace muy poco que me ha puesto en las manos, *del que por nada del mundo deben encargarse los Misioneros como contrario a su vocación, y de peligrosas consecuencias.*

Va pues contra la Letra de la Ley, dada por este sabio Superior, lo que uno de sus más dignos Sucesores –el sr. Joly- aceptó hacia el final del siglo pasado –en 1691- la dirección de la Casa Real de S. Cyr; pero esta fundación era presentada por manos tan respetables y tan respetadas en todo el Universo que no convenía ir en contra. Además, la Religión, la piedad, la unión de los corazones, la humildad unida a la elevación de los sentimientos, el celo más atento y más infatigable en la educación de una Nobleza preciosa, que extendida por todas las partes del Reino, debe llevar a todas partes el buen olor de Jesucristo: todas estas virtudes, que hacen de la casa de S. Luis un modelo, que pueden imitar las Casas más regulares, demuestran de rechazo que las Reglas más sabiamente establecidas están sujetas a excepciones que Dios mismo autoriza.

La muerte de la Madre de Chantal y los santos lazos que Vicente de Paúl mantuvo con ella y con sus hijas nos han apartado un poco; pero era justo que una Orden que ocupó siempre un lugar tan distinguido en el corazón de nuestro Santo, tuviera uno considerable en su Historia. Nosotros vamos a reemprender el hilo con el relato de una muerte, a la que un Padre tan tierno no pudo dejar de ser muy sensible. Fue la de Luis de Breton, -ocurrida el 17 de octubre de 1641- aquel piadoso y sabio Sacerdote a quien había enviado a Roma tres años antes. El trabajo de las misiones que desempeñaba con mucho éxito en la Diócesis de Ostia acabó con él al fin: los Religiosos de la orden Tercera de S. Francisco de Asís le dieron una sepultura honrosa en su Iglesia, de la cual fue trasladado después a la de Nuestra Señora de los Milagros. El Vicegerente de Roma y los Cardenales Barberin y Lanti, el primero de los cuales era sobrino de Urbano VIII, que reinaba entonces, y el segundo Deán del sacro Colegio, le honraron con sus lágrimas.

Su muerte ocurría en un momento tanto más triste, porque el asunto de la Establecimiento de los Misioneros, que la Duquesa de Aiguillon quería fundar en Roma, todavía no había concluido. Vicente le puso, como solía hacer, en las manos de la Providencia, y se decidió por adorar los designios de Dios. Y al perder al sr le Breton, dice en una Carta que escribió algún tiempo después, -al sr Codoing- del 19 de noviembre de 1641, *hemos perdido mucho según el mundo. Varias personas me comunican de sus trabajos y bendiciones que Nuestro Señor daba, pero teniéndolo todo en cuenta, me parece que este santo Hombre hará más en el Cielo de lo que hizo en la tierra*, que nos obtendrá las gracias que necesitamos y que si Dios nos quiere en Roma, él hará con sus plegarias que se logre este Establecimiento, *a no ser que los pecados de Vicente, que es el peor de todos los hombres del mundo, lo impidan*. Los pretendidos pecados de Vicente no lo impidieron. Los Sacerdotes, de los que reemplazó al año siguiente a este querido difunto, consumaron este asunto poco tiempo después de su llegada. El más joven de ellos, llamado Jean Martín, nativo de París, adquirió tanta reputación que, cuando en 1729 se imprimió en Roma el Compendio Cronológico de la Vida del Bienaventurado Vicente de Paúl, existía todavía en esta primera Ciudad del Mundo un gran número de personas respetables que se sentían felices por haberle conocido y que daban a su ciencia, a su celo, a la bondad de su natural, testimonios que no podían ser sospechosos.

El santo Padre encargó a estos Sacerdotes dar misiones, formar a los Ordenandos y visitar los Hospitales. El progreso en todas partes fue el mismo; y esta Colonia naciente produjo otros que dan en Italia dos Provincias considerables a la Congregación. Vicente, para moderar la actividad Francesa, dio a estos Señores consejos llenos de sabiduría. Les dijo que el espíritu de Italia es contenido y circunspecto; que allí les gustan las personas que contemporizan, que caminan paso a paso; y que están muy en guardia contra las que van demasiado a prisa -Carta del 20 de junio de 1642-. Uno de estos mismos Sacerdotes habiéndole insinuado que, para entrar en el espíritu de los Cardenales, sería conveniente dar las primeras Misiones en sus tierras. *Vuestro plan, Señor*, le respondió este perfecto Siervo de Dios, *me parece humano, Oh, Jesús! Dios nos guarde de hacer nunca ninguna cosa por este principio* -5 de agosto de 1642-. No nos ha sucedido más que una vez en esos lugares dar una misión por un motivo más o menos parecido, y resultó bastante mal. Se atuvieron a estas sabias máximas: las ovejas más enfermas se curaron las primeras; y un celo sabiamente distribuido edificó más a la Curia de Roma de lo que lo habrían podido hacer unas diligencias afectadas.

Dios recomendaba con estas bendiciones de todo género la caridad de su Siervo, que crecía todos los días: ya que fue por aquel mismo tiempo cuando, para honrar las humillaciones de

aquel que siendo rico se hizo pobre por nosotros, comenzó el día de Navidad a sentar comer a su lado a dos pobres ancianos, enfermos, y a veces bastante repugnantes. Les servían antes que a él y antes que a la Comunidad. Vicente los trataba con mucho respeto, y no les hablaba nunca sin descubrirse. Sus Sucesores han seguido su ejemplo, y de doce pobres tomados en un vecindario donde no faltan, hay cada día dos que, por turno, comen al lado del Superior General, y le advierten que debe ser el Padre de los indigentes, como lo fue aquél cuyo lugar ocupa.

Dios multiplicaba la Familia de Vicente de Paúl: así las misiones que sus hijos comenzaron en Italia, casi nada más besar los pies de S. Padre, no fueron estorbo para las de Francia. Se dieron ese mismo año de 1642 en las Diócesis de París, de Chartres, de Sens, de Soissons y de Senlis. El santo Sacerdote animaba a los Obreros, y se unía a ellos, cuando podía escaparse. Hizo la visita a los que trabajaban en Richelieu y allí se encontró con diecisiete de sus Sacerdotes, y con cinco o seis Clérigos, que roturaban todo aquel cantón. Estos Señores habrían querido aprovecharse por más tiempo de su presencia, pero los asuntos de todo orden le reclamaban en otra parte. A penas estuvo de regreso en París, cuando se vio obligado a partir para Beauvais donde visitó por tercera vez el Monasterio de las Ursulinas. Estos viajes, cuyo único motivo eran los intereses de Dios y de la Iglesia, no se avenían bien con un proyecto que se había formado hacía tiempo y que creyó al fin poder ejecutar sobre finales del mismo año. Aunque su congregación no tuviera todavía más que diez Fundaciones, comprendida la de Roma, convocó a una pequeña Asamblea general. La Apertura tuvo lugar el 13 del mes de octubre. Se hicieron varios Reglamentos dignos de la sabiduría de los que la componían. Los más importantes son éstos, 1º que se trabajara en formar un Cuerpo de Reglas comunes, por medio de las cuales se pudiera llevar la uniformidad a todas partes; 2º Que el Superior General no podría pedir préstamos sobre todo de importancia, si no fuera para el bien de la Congregación, y ello con el consejo de sus Asistentes; 3º Que si, por desgracia, le sucediera caer en ciertas faltas escandalosas, sería depuesto y dimitido. Los otros Artículos que se refieren al modo de actuar después de la muerte del General, bien para gobernar la Congregación durante la vacante de su puesto, como para la elección del Sucesor.

Hasta entonces todo parecía lo mejor del mundo y todos contaban con volver a sus casas, con todo el consuelo, que proporciona a unos Hijos bien nacidos el placer de haber visto al mejor de los Padres; cuando Vicente, que nunca había causado tristeza a nadie, lo hizo a toda la Asamblea. Este gran Siervo de Dios, persuadido del todo de que no había nadie en la Congregación que no fuera más apto para gobernarla que él, se puso de rodillas delante de sus Sacerdotes, y después de pedirles muy humildemente perdón de las faltas que él creía haber cometido durante el tiempo de su Generalato, les suplicó con una voz entrecortada por los suspiros, que se procediera a una nueva elección. Se retiró en el mismo momento para dejarles la libertad de la elección, ratificando por adelantado al que juzgaran más idóneo.

La deliberación no tardó en concluir, los pareceres no se dividieron. Apenas se recobraron de la sorpresa, que debía causar un procedimiento semejante, cuando enviaron al santo Sacerdote Diputados para decirle que la Asamblea tendría mucho cuidado en no aceptar su dimisión; y que le suplicaba que volviera a ocupar su lugar, para terminar los asuntos que quedaban. Estos Diputados le buscaron durante un buen rato; él se había retirado a una Capilla que da a la Iglesia, y allí, prosternado a los pies del Hijo de Dios, le suplicaba con lágrimas que pusiera a la cabeza de su pequeña Compañía a un hombre que fuera según su corazón. Al fin lo encontraron, pero por muchas razones que se pudieron alegar, por mucha

insistencia que se le pudo hacer, siguió constantemente aferrado a su primer sentimiento. Protestó que no era ya el Superior y suplicó a su vez que quisieran sustituirle por otro.

Al oír esto, los que componían la Asamblea salieron juntos para rogarle que sacrificara su inclinación a las necesidades de la Compañía, volviera a tomar un empleo, que hasta entonces había llevado tan acertadamente. El humilde Vicente les dijo todo lo que creyó más propio para hacerles cambiar de idea: ellos tampoco se quedaron atrás haciendo todos los esfuerzos que pudieron para hacerle cambiar de idea a él. Como este combate que no se basaba en otra cosa que en la virtud de los dos partidos, seguía y no avanzaba un paso, estos Señores exclamaron como al unísono: *Vos queréis pues que procedamos a la elección de un Superior*. Vicente que se creyó escuchado, les urgió de nuevo. *Pues bueno*, replicaron ellos, *es a vos mismo a quien elegimos, y podéis contar con que mientras quiera Dios conservaros en la tierra no tendremos a ningún otro*. El santo Sacerdote hizo nuevas tentativas, pero al final viendo que no prosperaban más que las primeras, bajó la cabeza, y recogió la carga que Dios le ponía en los hombros. Pidió a la Asamblea la ayuda de sus oraciones, y les aseguró que aquél era el primer Acto de obediencia, que creía rendirle. La Compañía le prometió no olvidarle nunca ante Dios, y renovó por propia iniciativa la protesta de obediencia que le había hecho.

Fue por entonces cuando los Misioneros para permanecer en el bien, y estar seguros de no mirar hacia atrás, se consagraron con un voto simple a trabajar toda su vida en la Congregación, en las funciones de su Instituto, que todas se reducen a la salvación del pobre pueblo. Esta obligación es en un sentido la más importante de las que se imponen unos Sacerdote, a quienes su Ordenación compromete ya a la castidad, que son tenidos por pobres cuando, con el consentimiento general o particular de sus Superiores, hacen de sus bienes patrimoniales o Eclesiásticos el uso que todo buen Sacerdote está obligado a hacer, y que finalmente bajo una dirección cuidadosa, podrían vivir siglos enteros, sin recordarles nunca la promesa que hicieron de obedecer. Por lo demás, este compromiso de estabilidad no se hizo al principio más que con el simple permiso del Arzobispo de París; y sólo algunos años después quedó ratificado por la Santa Sede y homologado en el Parlamento. Sin embargo Vicente de Paúl, que había recibido falsas alarmas, había mandado examinar en Roma en 1641 si el voto simple de estabilidad puede convenir a Sacerdotes Seculares: ya que aunque tuviera hacia el Estado Religioso un respeto muy sincero y profundo, le consideró siempre como incompatible con el Plan de su Congregación.

Ella perdió algunos meses después a un poderoso Protector en la persona de Armand-Jean Duplessis, Cardenal Duque de Richelieu. Este Ministro, que tantas veces había hecho temblar a Europa y que, por la superioridad de su genio, se había mantenido durante ocho años en un puesto, en el que al mismo Rey no le gustaba, vio por fin llegado el momento temible, que ni la Púrpura Romana, ni las Ligas, ni los Tratados, ni todo el Refinamiento de la Política podían alejar. Se ha advertido más de una vez que el curso de esta Historia que él había estimado siempre mucho la virtud y el Instituto de nuestro S. Sacerdote. Nombró muchas veces en las Prelaturas a aquellos de quienes le daba el Siervo de Dios un buen testimonio. Confió la dirección espiritual de la ciudad, que lleva su nombre, a los Hijos de Vicente de Paúl. Pensaba colocar allí a veinte de sus Sacerdotes, cuando se vio atacado del golpe que se lo llevó. No hacía mucho tiempo que había dado a nuestro Santo mil escudos para suplir la pensión de un número de Eclesiásticos, que estaban en París en el Seminario de la Misión. Él continuó en estos buenos sentimientos hasta la muerte; y por Acta de última voluntad dejó a la casa, que había establecido en Richelieu, sumas considerables.

Luis XIII no sobrevivió seis meses a su Ministro. No hacía aún cuatro años cuando este Príncipe, a quien la herejía por un lado y la Casa de Austria por el otro habían dado ocupación durante casi todo su Reinado, veía la muerte avanzar hacia él paso a paso. Al fin, le amenazó desde más cerca en el mes de abril. Una fiebre lenta y un debilitamiento que crecía de un día al otro, hicieron sentir al Rey que su última hora no estaba lejos. Después de tomar las medidas más propias para apartar los problemas los problemas inseparables de una minoría, que debía ser larga, y no quiso pensar ya más que en los asuntos de la Eternidad.

Como los Cortesanos son entonces débiles recursos, y los más hombres de bien no sirven demasiado en estas ocasiones, este Religioso Príncipe mandó llamar a Vicente de Paúl a S. Germain-en-Laie, donde le había atacado la enfermedad. El Santo, para inspirarle confianza, y al mismo tiempo para anunciarle la muerte, que una política mal entendida oculta, tanto como le es posible, al espíritu y a los ojos de los Grandes del siglo, le dijo al abordarle: Señor, quien teme a Dios se encontrará bien en los últimos momentos: *Timenti Dominum bene erit in extremis*. Este comienzo no sorprendió a un Rey acostumbrado desde hacía mucho a nutrirse de las más hermosas máximas de la Escritura; él respondió concluyendo el Versículo: *Et in die defunctionis suae benedicetur*.

Vicente pasó esta primera vez alrededor de ocho días en la Corte; estaba con frecuencia con Su Majestad, y este Príncipe, que encontraba en él palabras de salvación y de vida, le escuchaba con una satisfacción particular. El santo Sacerdote, para recordarle indirectamente sus obligaciones y las faltas que había podido cometer, le recordaba las gracias que Dios le había concedido. Dos cosas parecieron ocuparle más: La conversión de los Protestantes, que había sido siempre uno de sus principales objetivos, y para la cual tomó aún nuevas medidas, de las que hablaremos más adelante; y la denominación a las Dignidades Eclesiásticas, de las que se tiene por un honor durante la vida, que cuesta a veces bien caro a la muerte. Fue en esta ocasión cuando este Príncipe exclamó: *¡Oh Señor Vicente, si Dios me devolviera la salud, no nombraría a nadie al Episcopado, que no hubiera pasado tres años con vos!*

Por lo demás, Vicente admiró, lo mismo que toda la Corte, el espíritu de piedad y de resignación, del que estaba repleto este gran Príncipe. Habló siempre, dice la Señora de Motteville, de la certeza de su muerte, como de algo indiferente, y del viaje de la Eternidad, como de un viaje agradable, que debía hacer pronto. Lo mejor que se encontraba a veces en su salud no le hizo cambiar de idea. No se vio ya en él más que a una víctima, que iba a caer a los pies del Amo soberano de los Reyes. Con estos sentimientos al ver desde su Cámara las Torres de la Iglesia de S. Denis, donde sus cenizas debía reunirse, después de su muerte, a las de sus Predecesores, decía alguna vez: *Yo no saldré de aquí, más que para ir allá.*

Vicente se tranquilizó con estas buenas disposiciones; y al recobrase un poco Su Majestad, el Siervo de Dios regresó a París. Pero, habiéndose disipado bien pronto la débil chispita de esperanza, que se había concebido, el Rey que se había encontrado bien en la primera visita del santo hombre, mandó que le dieran la orden de presentarse al punto en S. Germain, para asistirle en sus últimos momentos. Vicente no le perdía casi de vista durante los últimos días de su vida, Le ayudó a elevar su espíritu y su corazón a Dios, a formar interiormente Actos de dolor de sus pecados, de confianza en las misericordias del Señor, de sumisión a su voluntad santa; y de todas las virtudes cuyo ejercicio es más capaz de preparar bien a este último y único momento, del que depende la Eternidad. Si a veces le veía con espanto, también le contemplaba con la firmeza de un Rey muy Cristiano; y

cuando su médico le declaró que no le quedaba ya más que un poco tiempo de vida, juntó las manos y volviendo sus ojos hacia el Cielo: *¡Pues bien! Dios mío*, dijo sin sombra de alteración, *yo consiento, y de todo corazón*. Algunos minutos después, expiró en los brazos de nuestro Santo. Fue el 14 de mayo, día en el que había ascendido al Trono.

Vicente, quien vio a la Reina sumida en el dolor, e incapaz de recibir consuelo de parte de los hombres, se esforzó en procurárselo de parte de Dios. Él partió ese mismo día para París, a fin de organizar oraciones a Dios por Sus Majestades. Se tuvo al día siguiente en la Iglesia de S. Lázaro un Servicio solemne por el descanso del alma del difunto Rey. Cada Sacerdote ofreció los divinos Misterios con la misma intención: pero al rezar por Luis XIII, no se olvidó a la Reina, que iba a entrar en una Regencia cuyos problemas podrían en caso de necesidad servir de modelo a las Regencias más turbulentas.

Como Vicente hizo, durante los primeros años de la Regencia, una gran figura y mucho más grande de lo que hubiera querido, y tomó parte en las desgracias del Ministro, y que al in su historia se halla ligada a los acontecimientos de aquel tiempo: yo no puedo dispensarme de dar en dos palabras una idea general de la dirección que guardó Ana de Austria, cuando tomó las riendas del gobierno.

Esta Princesa, quien había sufrido casi tanto como los demás bajo el imperio del Cardenal de Richelieu, estaba dispuesta a apartar de los negocios a todos aquellos a quienes se podía tener como criaturas de este Ministro. Jules Mazarini que, desde el sitio de Casal -26 de octubre de 1630-, donde había sabido detener y encantar, por así decirlo, a dos Ejércitos preparados para la batalla, había encontrado el medio de insinuarse en los favores de Richelieu, y de obtener el Capelo de Cardenal -en 1641-, se consideraba como uno de los que debían ser sacrificados los primeros, y él mismo publicaba ya que iba a volver a Italia; el sr de Beringhen y Vicente de Paúl pararon este golpe cada uno a su modo; Beringhen diciendo a la Reina, que no se podía pasar sin Mazarino, que tenía el secreto de los asuntos; y Vicente por un principio general, predicando a esta Princesa la obligación de perdonar a sus enemigos. El Cardenal fue pues conservado en su puesto; y este hombre hábil, suave, espiritual, laborioso se hizo tan necesario, que separó poco a poco a los concurrentes, y no tuvo menos autoridad bajo Luis XIV de la que el sr de Richelieu había tenido bajo el Reinado precedente.

A estos primeros pasos la Regente añadió otro que mortificó infinitamente a nuestro santo Sacerdote. Ana de Austria, que tenía mucha piedad, estableció un Consejo Eclesiástico, en el que se debían examinar los asuntos que pertenecían a la Religión, y las buenas o malas cualidades de de los que podían aspirar a las Dignidades de la Iglesia. Mazarino, el Canciller Séguier, Charton Gran Penitenciario de París y Vicente de Paúl fueron aquellos en los que puso los ojos la Reina para formar este Consejo, del que fue nombrado Jefe, según lo cuenta la Señora de Motteville, el santo Hombre.

Una dignidad que le daba un rango considerable en la Corte, y que no podía dejar de procurarle los falsos homenajes de un número de gentes aspirantes a los bienes del Santuario, le atravesó de dolor y de confusión. Hizo todas las instancias que pudo para verse libre: pero la Reina, que desde hacía mucho tiempo conocía su virtud y su capacidad, no se las aceptó nunca. Se volvió hacia Dios cuando vio que no podía conseguir nada de parte de los hombres, y confesó a una persona de confianza que, desde el día en que conoció esta funesta noticia, no había celebrado la santa Misa sin pedirle la gracia de volver a su primera condición. La deseaba con tanto ardor que, con ocasión de una viaje que se vio obligado a hacer, corrió el rumor que había caído en desgracia en la Corte, dijo a un

Eclesiástico de sus amigos, que vino a él para felicitarle por la falsedad de esta noticia: *¡Ah! quiera Dios que sea verdadera: pero un miserable como yo no es digno de este favor.*

No fue más escuchado por Dios de lo que lo había sido de los hombres. La Providencia quiso darle como espectáculo al mundo, a los hombres y a los Ángeles. Y esto durante más de diez años haciendo que su virtud brillara, que su humildad triunfara de los frívolos aplausos del siglo, sin alterarse su paciencia y su equidad nunca en medio de las pérdidas, de las aflicciones y de los golpes que la envidia, la injusticia y la malignidad se esforzaron por causarle. Su firmeza en defender los intereses de Dios y de su Iglesia fue superior a todo lo que se llama respeto humano. En este gran teatro fue donde más brilló su inviolable fidelidad al servicio del Rey, su respeto profundo por los Obispos, su amor por todas las Órdenes de la Iglesia, su tierna caridad por todas las Comunidades, Religiosas o Seculares. Su Congregación fue la única de la que se olvidó., y aunque estuviera en la fuente de la que manaban los favores, la Reina tuviera para él cierta consideración, el Cardenal Mazarino le hubiera amado desde el tiempo del sr Richelieu, y que finalmente hubiera podido pedir muchas gracias que no pareciesen tener repercusión, él no pensó siquiera en abrir la boca, y no la abrió en efecto nunca, ni para sí ni para los suyos.

Se dio perfecta cuenta de que, determinado como estaba a no dar su voto más que al verdadero mérito, iba a crearse una multitud de enemigos poderosos, y que muy pronto se expondría a la contradicción más amarga: pero él se sentiría bien compensado, si hubiera podido separar del Santuario a los que no estaban llamados a él más que por los manejos, la avaricia y la ambición. Lo malo, y este pensamiento le atravesaba el corazón, es que no podía razonablemente esperarlo. El Cardenal Mazarino, que estuvo pronto en condiciones de volar con sus propias alas, y que antes del fin del año –en diciembre- fue nombrado Primer Ministro, este Cardenal, digo, y Vicente de Paúl tenían máximas tan opuestas que se hubiera dicho que habían estudiado dos Evangelios diferentes. Mazarino tenía como amigos de Dios a los que eran los suyos, y creía que, cuando se le podía servir, se podía servir a la Iglesia. Vicente juzgaba del árbol por los frutos, tenía por reglas de las verdaderas cualidades de un Obispo, las que son prescritas por S. Pablo y por los Concilios; y aunque valorara en su justo precio el nacimiento y no dudara en absoluto que un hombre de calidad pudiera, cuando tiene virtud, hacer más bien que otro cualquiera, y que él hubiera dicho más de una vez según un antiguo, que cincuenta ciervos conducidos por un león valen más que cincuenta leones conducidos por un ciervo, estaba sin embargo muy lejos de creer que la nobleza de la sangre fuese el único mérito necesario en un Prelado, y que uno es todo lo necesario para gobernar el rebaño de Jesucristo, cuando es o hijo o pariente de un hombre que toma ciudades, y que gana batallas.

Fue pues con este germen de oposición como estos dos hombres entraron en el Consejo Eclesiástico. Vicente había convenido con la Regente, antes que nada, que él no se encontrara en la Corte más que cuando Su Majestad tuviera a bien llamarlo. Fue un toque de prudencia, que le situó en disposición de velar por su Congregación, y que le liberó de una cantidad de gente que le importunaba ya por razón de asuntos que no eran de su competencia.

El santo Sacerdote iba al Consejo con el mismo equipo con el que iba a instruir a la gente del campo. No lesionaba la educación pero menos aún lesionaba la sencillez. Nunca se puso Sotana nueva para ir al Louvre; nunca se aprovechó de las consideraciones, que la Reina tenía con él. Un solo pensamiento pareció ocuparle y fue el de hacerse más despreciable, a medida que se vio más honrado. *“Pido a Dios, decía en una ocasión, que me tengan por*

insensato, para que no me empleen más en esta especie de comisión, y tenga tiempo de hacer penitencia”.

Las distinciones le causaban más pena que el placer que producen a los mártires de la ambición. Habiendo querido el Príncipe de Condé en los comienzos de favor hacerle sentar a su lado; *Vuestra Alteza*, le dijo, *me hace demasiado honor al querer aguantarme en su presencia, será entonces porque ignora que soy hijo de una pobre aldeana*. Las costumbres de la buena vida, le replicó este sabio Príncipe, son la verdadera Nobleza del hombre. *Moribus et vita nobiletur homo*. Él añadió que no era cosa de hoy cuando se reconocieron sus méritos. No obstante, para juzgarlo mejor, hizo caer la conversación sobre algún punto de controversia. Vicente habló de ello con tanta claridad y precisión, que el Príncipe se vio obligado a hacerle una especie de reprimenda. *“Y bueno, Señor Vicente, exclamó, vos decís y predicáis en todas partes que sois un ignorante, y así y todo resolvéis en dos palabras una de las dificultades más grandes que nos sea propuesta por los Religiosos(Prot.)”* Le pidió luego la aclaración de algunas dudas, que se referían al Derecho Canónico, y habiendo quedado tan contento de él sobre esta materia, como lo había sido sobre la otra, pasó al Apartamento de la Reina y la felicitó por la elección que había hecho de un hombre tan capaz de ayudarla en lo referente a los bienes y las materias Eclesiásticas.

Desde los primeros Consejos, en los que el santo Hombre asistió, llevó según su método ordinario, a la Reina y a los que componían la Asamblea, a tomar un número de resoluciones, que sirvieran como Reglas para la disposición de los Beneficios. Las redujo a seis que nosotros referiremos aquí, y que todas fueron aprobadas por el Consejo.

1°. La Reina no otorgará ninguna pensión sobre los Obispados o Arzobispados sino en el único caso permitido por el Derecho; es decir cuando el Titular, después de servir por largo tiempo a la Iglesia, dimita voluntariamente de su Obispado, por enfermedad, ancianidad u otras razones pertinentes.

2°. Su Majestad no ordenará ninguna expedición de Patentes para las Abadías, sino para aquellos que, aparte de todas las demás cualidades requeridas, hayan cumplido los dieciocho años: dieciséis para los Prioratos y Canonicatos de las Iglesias Catedrales, y catorce para las Colegiales.

3°. No se otorgará ninguna Patente para los Devolutivos que no se hayan examinado, y los Documentos de los que pretenden servirse los Devolucionados, y los Certificados de vida, costumbres y capacidad, que se verán obligados a presentar; y en caso de que no puedan justificar que tienen las cualidades necesarias para obtener los Beneficios que persiguen, se darán a otros, a quienes no les falten estas mismas cualidades, el derecho y los medios de perseguir el Devolutivo.

4°. No se otorgará ni Coadjutoría ni Reservas para los Abades Comanditarios.

5°. No se hará expedir ninguna Patente de Obispado por muerte, Coadjutoría, o parecido, sino para los que hayan sido ordenados Sacerdotes, por lo menos un año antes.

6°. No se otorgará ninguna Coadjutoría de las Abadías de Mujeres, sino en el caso que se sepa con certeza que se observa la Regla en estas Abadías; y que las Religiosas profesas para ser coadjutoras, hayan alcanzado la edad de 23 años y lleven cinco años de Profesión.

Todo lo cual dio lugar al tercer artículo, que acabamos de escribir, y que concierne a los Devolutivos, fue la indigna y desdichada avidez de ciertos Eclesiásticos que, deseando enriquecerse con los bienes de la Iglesia, al precio que fuese, y sin poder lograrlo por caminos rectos, se servían de la vía oblicua de los Devolutivos. Maravillaban con sus créditos y argucias, los Titulares legítimos, y los forzaban al fin o a cederles sus Beneficios o a redimirse por un arreglo, de su injusta vejación. Vicente obtuvo del Consejo que no se

expidiera Patente alguna para los Devolutivos, sin haber examinado de antemano si los motivos que servían de base a los Devolutivos eran Canónicos. Él fue encargado de este examen; y aunque tuviera una justa balanza, hizo excluir a una parte de estas sanguijuelas, a las que todo lo que podía engordarlas parecía legítimo. Con esta sabia precaución, ahogó una infinidad de Procesos en su nacimiento, y mantuvo en sus Beneficios a un gran número de virtuosos Eclesiásticos, y de buenos Pastores que, sin la ayuda de este caritativo Protector, se habrían visto obligados en muchos casos para esquivar en las argucias de estos piratas, a abandonar a sus rebaños, y a pasarse meses, a veces años enteros en solicitar Procesos en diversos Tribunales, e incluso a aguantar con frecuencia una confusión que no se habían merecido.

Si el Plan del Siervo de Dios se hubiera seguido en los demás Artículos, como lo fue en Éste, todo hace pensar que todas las Órdenes de la Iglesia de Francia habrían recobrado poco a poco su antiguo esplendor: por lo menos es cierto, como dice el ilustre sr de Fénélon en su Carta a Clemente XI que no se habrían visto en el Episcopado a ciertas personas que no han edificado mucho. Pero era difícil que las cosas marchasen largo tiempo con tan buen pie. La Reina que no estaba hecha a los asuntos, y que desconfiaba demasiado de sus fuerzas, se dio pronto cuenta que Mazarino le era necesario; él mismo también se dio cuenta, al menos lo igual que ella: así el Consejo de conciencia no subsistió en toda su integridad más que el tiempo que necesitó este Ministro para afirmar su autoridad. Una vez que estuvo bien cimentada, y no tardó en estarlo, dispuso de las Abadías y de los Obispos vacantes, casi como le pareció bien, para el servicio del Rey y para el suyo propio. Aunque nuestro Santo fuera muy modesto y muy mesurado en sus consejos y que, cuando había dicho cuanto su conciencia y sus luces le comprometían a decir, se quedara tan tranquilo como si se hubiera dado mucha consideración a sus palabras; no obstante, como según refiere una de las favoritas de la Regente, el Cardenal encontraba en él *a un hombre todo de una pieza, que nunca había pensado en ganarse las simpatías de la gente de la Corte*, y a quien todos los Ministros del Universo no hubieran podido hacerle dar un paso en falso, para evitar ver su propuesta desaprobada, procuró hacerse el dueño de las nominaciones más importantes.

La Reina acudió a él por algún tiempo, pero poco a poco abrió los ojos; reconoció que había seguido demasiado a la ligera sus consejos sobre el importante capítulo de los Obispos, y en lo sucesivo a penas entregó algunos sin consultar en particular con nuestro santo Sacerdote. A pesar de estas precauciones, uno y otra fueron engañados más de una vez por la falsa virtud de los que aspiraban a las Prelaturas; y esta Princesa lo fue todavía más, cuando en la ausencia, o durante las enfermedades del Santo, hizo Promociones sin consultarle. Veamos un ejemplo que será un honor eterno para el Siervo de Dios.

Encontrándose la Corte fuera de París una vez, el Cardenal Mazarino escribió a Vicente de Paúl una carta, que estaba pensada en estos términos: *Señor, estas líneas son para decirlos que Monseñor X habiendo despachado aquí para pedir a la Reina a favor de su Señor hijo el Obispado de N. que está vacante desde hace unos días, ella se lo ha concedido muy a gusto porque tiene las cualidades requeridas para ser provisto, y porque su Majestad se ha sentido feliz al encontrar una ocasión tan favorable de reconocer en la persona del hijo los servicios del padre, y el celo que tiene por el bien del Estado. La Reina me ha prometido escribiros ella misma, y yo lo he querido hacer antes, con el fin de que podáis verle y que le deis las instrucciones y las luces que juzguéis que le son necesarias para desempeñar bien esta función, etc.*

Esta carta confundió al Santo. Por un lado sentía in gran respeto a las órdenes de Su Majestad y de su primer Ministro, y por otro sabía muy bien que el Eclesiástico en cuestión no era idóneo para desempeñar el puesto, al que acababa de ser nombrado. Como este nombramiento no era cosa suya, habría podido con toda razón liberarse de la comisión, que se le daba. No obstante las necesidades de una gran Diócesis que había sido descuidada durante mucho tiempo por los Obispos precedentes, causaron tanta impresión en su espíritu, y se sintió tan afligido de ver a un hombre, que no tenía otro mérito que el de sus Antepasados, puesto a la cabeza de un pueblo numeroso, que necesitaba de un Pastor lleno de celo, ejemplar y amante de la residencia, que creyó tener que hacer un esfuerzo para parar este golpe.

Nada resultaba más difícil; todos los caminos estaban cerrados por el lado de la Corte que, para que no se pudiera volver atrás, había despachado la Patente de nombramiento inmediatamente. Tomó pues otro partido, y se puede decir que sólo un Santo devorado por el celo de la Casa de Dios puede tomar uno semejante. Se fue a casa del padre de quien había sido nombrado, y sin temor a perder a un antiguo amigo, se atrevió a expresarle las eminentes virtudes que pide el Episcopado, y cuán desprovisto estaba su hijo de ellas; y de estos principios ya tan abrumadores de por sí, sacar esta consecuencia más abrumadora todavía, que estaba obligado a devolver a la Corte la Patente, que había recibido, si no quería exponer su persona, la de su hijo, y tal vez de su familia entera a la indignación de Dios, y a las consecuencias funestas que una mala promoción lleva consigo con demasiada frecuencia.

Un cumplido tan diferente de los que este Señor comenzaba a recibir por la nueva Dignidad de su hijo debió parecerle algo sorprendente. Sin embargo, como tenía un fondo de piedad, y estimaba desde hacía tiempo la virtud del santo Hombre y no podía dudar que una advertencia tan penosa a la naturaleza fuera efecto de una caridad bien depurada, le escuchó con atención; llegó incluso a agradecerle los consejos que le daba y le prometió pensárselo seriamente. El Siervo de Dios regresó a su casa algunos días después para otros asuntos, y fue recibido con estas palabras: ¡Oh Señor! Oh Señor Vicente, ¡qué malas noches me habéis hecho pasar! Le expuso luego el estado de su Casa y de sus Asuntos, su edad avanzada, el número de sus hijos, la obligación en que se veía de dotarlos antes de morir. Añadió que su hijo tomaría consigo a virtuosos y sabios Eclesiásticos que le ayudarían a cumplir con su Cargo, y concluyó con todos estos motivos que no creía tener que perder la ocasión de colocarle, que se presentaba.

Vicente, que ya en la primera conversación había respondido por adelantado a estas razones de carne y de sangre, no le habló más, y abandonó este asunto a la Providencia. Dios habló bien pronto con una voz más fuerte que la de su Siervo, y la muerte que se llevó al nuevo Prelado muy poco tiempo después de su consagración, no dejó a su padre más que el disgusto amargo de haber preferido, para nada, sus propios intereses a los intereses de Dios. Tan verdad es esta máxima, muy familiar para nuestro Santo, que un edificio, del que Dios no es el Arquitecto, no puede subsistir por mucho tiempo,

A pesar de estas sorpresas, que son más inevitables en la Corte que en otras partes, Esprit Fléchier Obispo de Nîmes estaba persuadido más de 45 años después de la muerte de Vicente de Paúl de que el Clero de Francia debía a nuestro santo Sacerdote su esplendor y su gloria.

Nada afligía más al Hombre de Dios que las prisas, por no decir el furor con el que se esforzaban entonces para ascender a las Prelaturas. Solicitudes importunas, dimisiones de grandes Abadías, promesas de Pensiones, todo estaba a la orden del día. El Santo, que por

otra parte era muy reservado en sus palabras, no pudo por menos de decir un día a una persona de confianza que temía mucho que este tráfico condenable atrajera la maldición de Dios sobre el Reino. Pero no se contentó con gemir delante de Dios, hizo, y realizó constantemente todos los esfuerzos para impedirlo. Jamás el respeto humano, ni las desgracias que le amenazaban, ni la vista de aquellos hombres, poderosos y orgullosos, que no se olvidan con facilidad de que los han herido, ni otras mil consideraciones semejantes pudieron ablandarle. La gloria de Dios le impresionaba más que toda otra cosa; o más bien era el único resorte de todas sus acciones y de su conducta. Como sus miras eran puras en extremo, habría querido que todos las tuvieran parecidas. Bien persuadido con S. Bernardo de que aquel por quien se solicita un Beneficio debe ser sospechoso, y el que se atreve a pedirlo por sí mismo está ya juzgado, no podía ni aprobar, ni permitir adelantarse a la llamada de Dios, y menos todavía que se la supusiera donde no estaba.

Un Capellán del Rey, que además era muy hombre de bien, solicitado por su familia a exponer los dilatados servicios, que había hecho, y a ponerse en movimiento para obtener un Obispado, se dejó llevar poco a poco, y creyó al fin que, si no hablaba, por sí mismo o por sus amigos, se olvidarían de él. Sin embargo, al darse cuenta de que un paso de esta naturaleza no solía tener suerte con la humildad y la modestia Eclesiásticas y que era más seguro para su salvación ponerse en las manos de Dios y seguir el curso de la Providencia, llegó a encontrarse en un estado de duda y de perplejidad, del que le costaba salir. Para no dar pasos en falso, escribió a nuestro Santo, y le pidió que tuviera a bien trazarle el camino, por el que debía caminar.

Vicente que, cuando se presentaba la ocasión no dejaba de ayudar a los buenos Eclesiásticos y que deseaba en particular que éste por unas prisas peligrosas no se hiciera indigno de los planes de Dios, le escribió con el fin de hacerle entrar en este orden de indiferencia, o más bien de sumisión, del que parecía separarse un poco, y del que, para mejor ir a su propósito, supone con acierto que no ha salido. La respuesta del S. Sacerdote contiene más o menos, que ha recibido la Carta con todo el respeto que le debe, y con una perfecta estima de las gracias, con las que ha llenado su corazón; que como es este mismo Dios, único que ha podido ahogar en él el deseo de la elevación, deseo que es muy natural al hombre, será también él quien continuará dándole la fuerza de mantenerse inviolablemente en los verdaderos principios; que siguiéndolos seguirá las Reglas de la Iglesia, que no permiten a quienquiera que sea elevarse a sí mismo a las Dignidades y menos todavía a las Prelaturas Eclesiásticas; que imitará al Hijo de Dios, que siendo Sacerdote Eterno y el Deseado de todas las naciones, ha esperado las órdenes de su Padre, para entrar en las funciones de su Sacerdocio; que con una conducta tan humilde y tan desinteresada, dará la edificación a su siglo, en el que por desgracia ejemplos tan puros son bastante raros, y muy poco seguidos. *Tendréis, Monseñor, continúa Vicente, tendréis el consuelo, si es del agrado de Dios un día llamaros a este divino Empleo, de tener una vocación segura, porque no seréis introducido en él por medios humanos. Seréis ayudado por estas gracias especiales, que van unidas a una vocación legítima; y que os llevarán a dar frutos... dignos de la Eternidad, como los dan los Obispos que no han dado ningún paso para serlo, y cuya persona y conducta bendice Dios manifestamente. Finalmente, Monseñor, no os reprocharéis nada en la hora de la muerte el haberos cargado con el peso de una Diócesis, que por entonces parecía insoportable.* El Santo acabó dando nuevamente gracias a Dios por las buenas disposiciones, en que ha puesto a este Eclesiástico, inspirándole no dar ningún paso para imponerse a sí mismo una carga tan

peligrosa, y dice que su tranquilidad en este punto, es una gracia que no se puede estimar lo suficiente.

No sé si fue por entonces cuando Vicente se vio obligado a dar una lección casi semejante a un hombre, de quien la hubiera recibido mejor en otra ocasión. Este es el hecho. Un Religioso célebre dentro y fuera de su Orden, y quien uniendo un gran celo a una gran virtud, había predicado con éxito en los primeros púlpitos del Reino, escribió una Carta bastante larga a nuestro santo Sacerdote, en la que le exponía sus largos trabajos, la austeridad de la Regla, la disminución de sus fuerzas y el miedo que tenía de no poder continuar por mucho tiempo los servicios, que había tratado hasta entonces de prestar a la Iglesia. Añadía que no obstante había hallado un carácter, por medio del cual creía estar en condiciones de trabajar todavía útilmente, que para ello era suficiente que la Corte le hiciera Sufragáneo del Arzobispado de Reims; y que dispensándole a dignidad de Obispo del ayuno, y de las demás austeridades de su Orden, él dosificaría sus fuerzas y continuaría predicando con más vigor y fruto; que le suplicaba, como amigo suyo, que le dijera lo que pensaba; que contaba con que si este pensamiento fuera de su gusto, él tuviera a bien ayudarle a obtener el nombramiento el Rey; y que estaba seguro de verse ayudado por personas, que tenían en la Corte crédito y autoridad.

Un hombre menos sincero que Vicente de Paúl, habría prometido maravillas, y no habría hecho nada: pero el santo Sacerdote, cuya rectitud igualaba a la penetración, hizo creer a este buen Religioso que la hermosa idea que le encantaba no era más que una tentación del enemigo; por eso después de mostrarle la estima, que hacía de su Orden y de su persona en particular; después de felicitarle por los talentos que había recibido de Dios para anunciar el Evangelio; después de recordarle la edificación que había dado hasta entonces a una gran parte del Reino y a su Comunidad, entra en materia y le doce en sustancia, que no duda que, si hubiera sido llamado por Dios a la prelatura, no lo habría conseguido; pero que habiendo dado a conocer la Providencia por el buen éxito con que ella había honrado sus empleos y su conducta, que ella le quería en el estado que había abrazado, no había posibilidad de que ella quisiera sacarle de allí: que si Dios le destinaba al Episcopado, encontraría con toda seguridad los medios de llegar, sin que él diera paso alguno. *Pero, añade Vicente, al presentaros vos mismo, parece que habría algo que decir, y que vos no tendríais razón para esperar las bendiciones de Dios en un cambio, que no puede ser deseado ni buscado por un alma verdaderamente humilde como la vuestra.*

A estas razones sacadas del interés personal de este Religioso, el santo sacerdote añadió otras, sacadas de las necesidades de la Comunidad, y del inoportuno ejemplo, que no dejaría de causar con su conducta. Le hizo entender que al privar a su Orden de un hombre, que la sostiene con sus ejemplos, que la acredita con su erudición, y que es una de sus principales columnas, le produciría un mal considerable; que al abrir esta puerta daría ocasión a otros o de esforzarse por salir de su retiro o al menos de disgustarse por los ejercicios de la penitencia; que, como él, ellos hallarían pretextos para suavizar estos rigores saludables: *Ya que, continúa él, la naturaleza se cansa de las austeridades, y si la consultamos, dirá que es demasiado, que hay que cuidarse para vivir más tiempo, y para servir a Dios más, en lugar de lo que dijo Nuestro Señor: Quien ama su alma la perderá, y quien la odia la salvará. Sabéis mejor que yo, mi Reverendo Padre, prosigue el Siervo de Dios, todo lo que se puede decir sobre ello, y no me propondría en escribiros mi pensamiento, si vos no me lo hubierais ordenado. Perro quizás vos no os preocupáis por la Corona que os espera: ¡Oh Dios, qué hermosa será! Habéis hecho ya tantas cosas para ganarla felizmente, y tal vez no os quede mucho que hacer; se necesita perseverancia en el*

camino, en el que habéis entrado, y que conduce a la vida. Ya habéis superado las mayores dificultades, debéis pues armaros de valor y esperar que dios os conceda las gracias de superar las menores. Si me creéis, cesaréis por un tiempo los trabajos de la Predicación, con el fin de restablecer vuestra salud. Estáis aún en condiciones de prestar muchos servicios a Dios y a vuestra Religión, que es una de las más santas y edificantes que hay en la Iglesia de Jesucristo, etc.

De esta forma es como cortaba Vicente, en cuanto le era posible, todo género de ambición, incluso de aquella que, adornada con los colores del bien, seduce a veces a hombres llenos de virtudes y de luces. A pesar de ello, nunca un hombre ha tenido más consideración por el verdadero mérito; ni nunca pesó como él la naturaleza, el grado y todas sus circunstancias. Sobre este principio recurrieron siempre bastantes a él por un gran número de Beneficios inferiores, que dependen de Su Majestad, él prefería antes que los extranjeros a los Eclesiásticos de la Casa del Rey y de la Reina, incluso a los que siendo Capellanes con las tropas, habían cumplido siempre con su deber. La regularidad con la que habían vivido, bien en la Corte, bien en el Ejército, es decir en los lugares en que se respira un aire muy corrompido, entraba para él en cuenta y le animaba en justas recompensas. Pero ya que todos no eran virtuosos por igual, que aquellos mismos a quienes por otra parte no se les podía reprochar nada, poco contentos con lo que tenían ya, aunque muy suficiente, perseguían a veces o nuevas Pensiones, o nuevos Beneficios; y que aquellos que tenían más apoyo y menos virtud, estaban cargados de bienes, mientras que los que tenían más piedad y menos favores, se quedaban a un lado, el santo Sacerdote hizo los últimos esfuerzos por detener este desorden. Tenía una lista exacta de todos los Limosneros, Confesores, Capellanes, Clérigos, Chantres, y otros Oficiales Eclesiásticos de la Casa, Capilla y Música de Sus Majestades. En ella había señalado lo que cada uno poseía ya; y como no había nadie cuyo fuerte y débil no conociera y que, a juicio del sr le Tellier, ninguno sabía mejor apreciar y retribuir el carácter de otro, tenía cuidado de proponer a los que merecían serlo, de excluir a los que había que excluir, y de obrar de manera que la abundancia de unos no dañara a la indigencia de los demás.

Cuando los Patronos son Mineros en Normandía, el Rey, por razón de la Guardia Noble, que le pertenece, tiene derecho de proveer a aquellas Parroquias de esta Provincia, que están en Patronato Laico, por eso Vicente se mantenía fuerte, para no verse sorprendido por los que llegaban a pedir estos Beneficios, cuando estaban vacantes por dimisión, o por muerte. Inclínaba al Consejo a no dárselos más que a los más capaces. Decía con razón, y esta razón debe hacer temblar a los Patronos y a los Coladores que aquellos, a quienes pertenece nombrar a los Beneficios con cargo de almas, son responsables ante Dios no sólo de todos los males que hace un mal Pastor, sino también de todos los bienes que no hace quien, aún siendo digno en sí mismo, es con todo menos digno que aquel .a quien se le ha preferido.

El Santo tuvo todavía otros abusos que combatir, y no lo pudo hacer sin atraerse muchos enemigos. Había en su tiempo varios Gentileshombres que, habiendo quedado lisiados en la guerra, pedían con mucha vivacidad, a título de recompensa por los servicios que habían rendido al Estado, Pensiones sobre Beneficios. Vicente hablaba espontáneamente en su favor a la Reina y al Cardenal Mazarino, pero no podía permitir que se les dieran Pensiones Eclesiásticas. Manifestó siempre con mucha firmeza que no estaban hechas más que para los que tienen las cualidades prescritas por los santos Cánones; y que hombres que no habían vivido nunca y que, según las apariencias, no podían determinarse a vivir

eclesiásticamente, debían ser excluidos de la posesión de estos bienes que, según los Padres, son el patrimonio de los pobres y el precio del rescate de los pecados.

Estas máximas que, piensen lo que quieran mucha gente, son las únicas que se deben seguir en la práctica, llevaron al santo Sacerdote a vigilar sobre lo temporal de los Beneficios del Reino. Un número de gentes de condición, que poseían ricas Abadías, se contentaban con percibir las rentas, y dejaban que se arruinasen los Edificios, incluso las Iglesias. Vicente, para advertirles con toda seriedad que estas clases de bienes no son de ellos, que ellos no son más que dispensadores y que deben tener un cuidado muy especial de ellos, se quejaba de ello al Consejo, y lo hizo con tal eficacia, que se escribió de parte del Rey a todos los Procuradores Generales de los Parlamentos para que tomaran Parte contra estos injustos Beneficiarios, y les obligaran por el embargo de sus bienes temporales a las reparaciones necesarias.

Se ve fácilmente que un hombre tan celoso, tan vigilante estaba muy en guardia contra la simonía y la confidencia, vicios infames que, si bien cargados de anatemas en todos los tiempos, son por desgracia demasiado comunes. En el momento que observaba algún rastro, advertía con caridad a los que, por ignorancia u otra causa, intentaban este indigno tráfico; y por poco que persistieran, encontraban en él a un Juez inflexible, y de quien no había ya nada que esperar. Pero como el horror que la simonía tiene de por sí la impide ir con la cabeza levantada, y difícilmente triunfaría, a no ser que esté apoyada en el artificio y en la duplicidad, Vicente examinaba todo cuanto se refería a las Permutas, las Renuncias, y demás Tratados, en los que se desliza con gran facilidad, que era raro engañarle. Su natural infinitamente alejado de todo lo que se llama precipitación, le llevaba a discutir con cuidado todos los asuntos en los que no veía muy claro; y no concedía nada sin aclaraciones capaces de tranquilizarle. Cuando las Pensiones eran excesivas o demasiado onerosas en los Beneficios, sobre los que se imponían, quería que se redujeran. Sobre todo no podía tolerar que algunos las multiplicaran contra la razón y la equidad.

La atención que tuvo el Siervo de Dios en rechazar del Santuario a los que no eran dignos de entrar en él o que querían colocarse en ellos por medios simoníacos, le expuso a las bromas más amargas y a las calumnias más negras. Trataron de enemistarle con la Reina, el Ministro, y con toda clase de gentes de bien que había en el Reino. Como los malos Eclesiásticos son capaces de emprenderlo todo, se halló a uno que se atrevió a difundir por París, y hasta en casa de una persona de la primera distinción, que este hombre, tan enemigo, al parecer, de la simonía, se servía bastante bien de ella en la práctica, y que había procurado a alguien un Beneficio, mediante una Biblioteca y una suma de dinero. Esta noticia era primeramente de oídas y con todas las precauciones, que acompañan a la calumnia; poco a poco se hizo pública.

Uno de los amigos de Vicente se lo dijo. Por acostumbrado que estuviera el santo Sacerdote a sufrir, una imputación tan negra le conmovió un poco; y en primer término comenzó una Carta para justificarse, pero apenas había escrito dos líneas cuando se reprochó su sensibilidad y, lleno del espíritu de S. Francisco de Sales, que se había visto deshonrado públicamente de una manera todavía más infamante, exclamó hablándose a sí mismo: *¡Desdichado! ¿en qué estás pensando? ¡Que! ¿tú quieres justificarte? Y tú acabas de oír que un Cristiano falsamente acusado en Túnez, ha pasado tres días de tormentos, ha muerto al fin sin proferir una palabra de queja, aunque fuera inocente del crimen, del que le habían acusado: ¡y tú quieres excusarte! No, no será así.* Dios se encargó de la apología de su Siervo: los que se habían visto tentados a poner en dudas su virtud, dejaron muy

pronto sus sospechas, y la pronta muerte de quien le había ultrajado tan vivamente, fue tenida por mucha gente como un golpe de la mano de Dios y un castigo por su injusticia. Era tanto más clamorosa como conocido era en todas partes el desinterés del santo Sacerdote. Sin traer a cuento aquí aquellas inmensas limosnas, que agotaron con frecuencia su Casa, y en las que se encontró una especie de exceso, Vicente dio a conocer en el tiempo de que hablamos que muy lejos de abusar del crédito que tenía en la Corte para procurarse bienes que no le pertenecían, ni siquiera hubiera querido entrar a ese precio en la posesión de los que eran suyos.

Uno de los principales Magistrados del Reino, hombre poderoso y acreditado, se movía mucho para procurar una Abadía a uno de sus hijos, que no la merecía. Temía y tenía razón para temer, que Vicente se opusiera a su proyecto. Se esforzó pues por ganarse al hombre de Dios. Para conseguirlo, mandó a pedirle por medio de uno de sus Sacerdotes que favoreciera su proyecto; añadiendo que, sin que nadie de la Congregación se mezclara, haría entrar a la casa de S. Lázaro en posesión de muchos derechos y bienes que se le habían incautado; que conocía muy bien el modo de recobrarlos; que no debía dejar de servirse de sus favores y de la ocasión que se presentaba, para colocar a su compañía; que por lo demás no debería tener escrúpulos por ello, ya que otras Comunidades que le nombró, usaban de ello también. A todo aquel bello discurso Vicente no dio otra respuesta que la siguiente: *Por todos los bienes de la tierra, no haría yo nada contra Dios, ni contra mi conciencia. La Compañía no perecerá por la pobreza. Temo más bien que si le falta la pobreza, llegue a perecer.* Si estas palabras son una Profecía, la Congregación está todavía lejos de perderse.

A pesar de las contradicciones, por las que el santo hombre tuvo que pasar no dejó de tributar grandes servicios a la Iglesia de Francia. Para hablar de esto con algún orden, las distribuiremos en diferentes clases.

El Episcopado ocupará, como es debido, el primer rango. Se ha podido ver hasta ahora que Vicente tenía un respeto sin límites para los Pontífices de la Iglesia de Dios. Nada le resultaba imposible cuando se trataba de obedecer a un Obispo; y aunque los Prelados con los que se veía obligado a tratar, no estuvieran siempre sin defectos, estaba tan acostumbrado a honrar en sus personas el poder y la majestad de aquel cuyo lugar ocupan que no veía más que lo que podía hacerles respetables a sus ojos. Se echaba a sus pies cuando se presentaba a ellos, y había que hacerle violencia para levantarlo. Su celo por sus intereses se manifestó más sensiblemente cuando estuvo en el Consejo de conciencia. No necesitaba ni de súplicas ni de ruegos para presentarse a servirles. Mostraba más actividad por sus asuntos de la que tenía para los suyos propios: usaba de alguna manera su crédito, a fuerza de emplearle para ellos. No se cansaba de recomendarlos a la Reina, al Cardenal Ministro, al sr Canciller y a aquellos Magistrados que tenían más autoridad.

Se esforzaba ante todo por desterrar del Episcopado todo lo que podía perturbar la paz. La Diócesis de S. Pablo de Leon en Bretaña dio mucho ejercicio a su celo. René de Rieux, que era su Obispo, acusado de haber favorecido la evasión de María de Médicis, Madre de Luis XIII, y de haber pasado en Flandes un tiempo considerable, sin el consentimiento del Rey, fue depuesto –el 31 de Mayo de 1635– por cuatro Obispos, a quienes la S. Sede había encomendado el examen de este asunto mayor. Robert Cupif ocupó su lugar –en 1639–. Pero habiendo sido repuesto en 1645, a petición de la Asamblea general del Clero, que se celebraba en París, el sr Cupif quien había realizado buenas cosas en esta Diócesis, que había sido nombrado por el concurso de los dos Poderes, y que por otra parte no había sido ni depuesto, ni suspendido, creyó y se esforzó por probarlo, que la sentencia que restablecía

a su Competidor, no podía perjudicar a sus derechos, y que así el sr de Rieux no podía sacar ventaja, más que en caso de que le sobreviviera. El Consejo de Estado del Rey dio un Decreto favorable a las pretensiones del sr Cupif. Pero esto no sirvió en un tiempo de revuelta y de agitación más que para agriar más los espíritus. El sr de Rieux continuó sosteniendo que no se le hacía justicia, y una buena parte del Clero, que había hecho cesar por nuevos Comisarios de la Santa Sede la sentencia dictada contra él, debió naturalmente entrar en sus sentimientos. Como los Factums y otras Memorias parecidas, aún en el caso de ser necesarias, no edifican siempre, Vicente sufría mucho por esta división. No omitió nada de lo que creyó que podía contribuir a suavizarla. Al fin hizo ver tan claramente al Consejo qué importancia tenía detener este escándalo, que habiendo sido nombrado por el Rey el sr Cupif al Obispado de Dôle, que aceptó, el sr de Rieux se quedó Poseedor solo y pacífico de la Sede de Leon, a la que volvió en 1648, con el aplauso de toda la Diócesis.

El santo Sacerdote contribuyó también mucho al traslado de la Sede Episcopal de Maillezais a la ciudad de la Rochelle. Luis XIII ya había pensado en ello cuando la hizo volver a su obediencia. Había creído con razón que existía grandeza en hacer triunfar la Religión, la Fe y la piedad en una ciudad, que había servido por tanto tiempo de baluarte de la herejía, de asilo al libertinaje, de refugio a los enemigos del Estado, que raramente son los amigos de Dios. Le ejecución de este plan estaba reservado a la Regencia de Ana de Austria, y a los consejos de Vicente de Paúl. Él manifestó a la Reina y a su Ministro que un obispo esclarecido, piadoso, edificante, no podía dejar de producir grandes bienes en la Rochelle, y de disminuir allí el curso del error. Se tomaron a tiempo medidas necesarias para evitar todo lo que hubiera podido causar confusión. Henri de Béthune Obispo de Maillezais, fue nombrado – el 20 de noviembre de 1648- para el Arzobispado de Burdeos. Jacques Raoul Obispo de Saintes, de la que dependía entonces la Rochelle, fue transferido allí –en 1648-, después de pasar unos quince meses en Maillezais. Le costó para restablecer el orden y a disciplina en un lugar donde no los había desde hacía mucho tiempo: pero Dios bendijo sus trabajos y el éxito respondió a las esperanzas, que había concebido el Siervo de Dios. A fin de evitar las protestas, que hubieran podido surgir entre los obispos de la Rochelle y los de Saintes, cuya Diócesis era desmembrada por la creación de este nuevo Obispado, Vicente hizo que se nombrara para ella a Louïs de Bassompierre, que amaba la paz y la justicia. Estos dos Prelados se pusieron en contacto en Maillezais, y mediante una Transacción, homologada en el Parlamento, ahogaron toda semilla de disensión.

El Santo que quería tiernamente a la Iglesia se esforzaba sobre todo en prestar servicio a aquellos Obispos, cuyo Ministerio estaba estorbado por la herejía. Quería que se le fuera disputando el terreno pie a pie, y que no se le permitiera nunca dar un paso más allá de los límites, que le habían sido fijados por los Edictos. De esta manera, cuando los Protestantes querían reunirse, y hacer sus Prédicas en lugares donde esta clase de ejercicios les estaban prohibidos, el santo Sacerdote, apenas era informado, recurría a la autoridad del Rey y a la del sr Canciller, para detener estas peligrosas innovaciones.

Reinaba por entonces otro abuso, que era más difícil todavía de combatir que el precedente. Un número de Hugonotes, ricos y poderosos, para acreditar el Partido en diferentes ciudades del Reino, compraban Cargos en ellas dos o tres veces su valor real. Hacía falta, para tomar posesión de estos empleos, de lo que la Ley los consideraba inhábiles, añadir nuevos gastos a los primeros, pero el error que, cuando se trata de llegar a sus fines, cuenta por nada el dinero, encontraba en todo aquellos recursos que no se agotaban. Súplicas, intrigas, protección de los del mismo Partido, que servían al Estado, todo se ponía en práctica: pero nada se lograba, cuando el Santo era informado a tiempo. Hacía valer por su

parte el grito de los Obispos, la disposición de las Ordenanzas, los últimos sentimientos de Luis XIII. En fin, que hablaba con tanta firmeza, que la Regente negaba su consentimiento a todos los que no debían obtenerlo. Vicente llegó más lejos aún ya que, para impedir que se hicieran en lo futuro semejantes tentativas, hizo escribir por parte del Rey a los Intendentes de las Provincias para que tuvieran vigilancia sobre la conducta de los Religiosos y no se les permitiera más que lo que les estaba permitido por la Ley. Algunos de ellos, para desposarse con Jóvenes Católicas, fingían convertirse, pero apenas se habían casado, cuando demostraban recuperando su primer tren de vida que no había en ellos ni fe, ni sinceridad: el santo Sacerdote hizo todo lo que pudo para evitar este pernicioso desorden. No sé si logró todo el éxito que hubiera deseado; si no fue así, debió consolarse, porque según la máxima de S. Bernardo los que están con cargos se ven obligados a trabajar, sin estar obligados a tener éxito. Por lo demás, los Obispos no fueron los únicos a quienes el Hombre de Dios prestó servicio contra los pretendidos Reformados. Todo Católico que tenía Procesos o litigios con ellos podía contar con su protección, con tal que tuviera la justicia de su parte, pues su celo no era ciego, y en él la Ley de la equidad era antes que otra cualquiera.

Las Apelaciones, como de abusos, que no han sido introducidas sino para mantener en su vigor la observancia de la Disciplina Eclesiástica y la pureza de los santos Cánones producían con frecuencia entonces, por la intriga y la corrupción de los malos Sacerdotes, un efecto muy contrario. Estos hombres entregados al desorden obtenían con engaño la Religión de los Cursos seculares para poner nerviosa la autoridad de los Obispos, y hacer inútiles los Procedimientos contra ellos. Vicente, a quien hablaban sin cesar de los perniciosos efectos de este desorden, gemía por ello ante Dios y buscaba los medios de detenerlo. En una ocasión tuvo una charla muy larga con el sr de Molé, quien de Procurador General había llegado a Primer Presidente del Parlamento de París. Le presentó las quejas de algunos Prelados, que habiendo intentado castigar a Eclesiásticos díscolos, libertinos, escandalosos, había sido maltratados por los Tribunales seculares y que no veían qué partido tomar sino dejar que las cosas marcharan en adelante como pudieran marchar.

Este prudente Magistrado le respondió que era verdad que cuando los Oficiales faltaban en las Formalidades que les estaban prescritas por las Ordenanzas, la Corte no faltaba en corregir sus abusos, pero que cuando ellos observaban bien todas las Reglas, ella no emprendía nada contra sus Procedimientos; que el Oficial de París, que conocía bien su oficio, era buena prueba de ello; que estando los Juicios fuera de alcance, el Parlamento no recibía Apelación contra él, y que sucedería lo mismo con los demás, si fueran también ilustrados. El santo Sacerdote repitió esta importante lección a aquellos Obispos que se quejaban a él. Les manifestó que para parar el golpe que estas clases de Apelaciones suponían para la Disciplina, había que establecer un buen orden en sus Cursos Eclesiásticos y no colocar en ellos más que a Oficiales virtuosos, capaces, sabios en uno y otro Derecho, irreprochables en sus costumbres, igualmente inflexibles y experimentados en la administración de la Justicia, y atentos hasta el escrúpulo en observar las Formalidades, que están en uso en el Reino.

A este consejo Vicente añadía a veces otro que da a conocer su dulzura, su apoyo, y su extrema moderación, con la que hubiera querido que se emplearan las Censuras. Luis Abelly, el mismo que escribió la vida del Siervo de Dios, siendo Oficial de Bayona, le consultó de parte del sr Fouquet, que por entonces era Obispo, sobre la conducta que se podría tener con un número de Religiosos, cuya vida era todo menos edificante, y que a otros defectos añadían el crimen más enorme que raro, de *propiedad*. Se creía reducirlos

mejor restringiéndoles todos los poderes, prohibiéndoles la Colecta y añadiendo a esta penas la de la excomunión en caso de contumacia. Sin embargo, antes de llegar a esto, el Obispo y su Oficial creyeron que no harían nada malo si se enteraban de lo que pensaba Vicente de Paúl sobre este asunto. Su respuesta, cuyo original fue enviado hace cerca de cuarenta años a Cosme III, Gran Duque de Toscana, contiene algo que me ha parecido tan singular, que he creído deber un Extracto al Lector.

Vicente, después de felicitar al Obispo de Bayona por el modo como había ordenado su Casa, por el buen ejemplo que daba a su rebaño, por las grandes limosnas que distribuía, por el cuidado que tenía de los prisioneros, por su celo en la conversión de los Herejes, y finalmente porque no permitía a ninguna mujer alojarse en su casa ni acercarse al Santuario: Vicente, digo, se acerca al fin a las preguntas, que la había propuesto el sr Abelly. Comienza, como siempre, por manifestar su sorpresa porque hayan tenido a bien consultarle, a él, dice, *que es el hijo de un pobre Labrador, que ha guardado las ovejas, y que todavía está en la ignorancia, y en el vicio.* Añade que hablará no obstante, como lo hizo en otro tiempo la Burra de Balaam; es decir para obedecer a los que le mandan: a condición no obstante de que, como no se da ninguna importancia a lo que dicen los insensatos, por ser lo que son, ni el sr de Bayona, ni el que le interroga de su parte se aclararán sobre sus sentimientos, más que cuando puedan estar en conformidad con los de ellos, que estimará mucho más que los suyos.

Después de este preámbulo tan familiar a un hombre que se consideraba como el último de los hombres, que se encuentra repetido en más de mil cartas suyas, el santo Sacerdote entra en materia. Su consejo es, que en general convendría tratar con los Religiosos desreglados, como Jesucristo trató con los pecadores de su tiempo; que un obispo y un Sacerdote, obligados como tales a ser más perfectos que un Religioso considerado puramente como Religioso, deben durante un tiempo considerable actuar sólo por la vía del buen ejemplo, y recordar que el Hijo de Dios no siguió otro camino durante treinta años; que es preciso después de esto hablar primeramente con caridad y con dulzura, luego con fuerza y firmeza; sin usar no obstante aún de entredicho, ni de suspenso, ni de excomunión, Censuras terribles que el Salvador del mundo no empleó nunca.

Me parece, Monseñor, continúa el santo Hombre, que lo que os digo os sorprenderá un poco: Pero ¿qué queréis? Este sentimiento es en mí el efecto del que tengo con respecto a las verdades que Nuestro Señor nos ha enseñado de palabra y con el ejemplo. Siempre me he dado cuenta que lo que se hace según esta Regla, resulta perfectamente bien. Haciéndolo así fue como el Bienaventurado Obispo de Ginebra, y a su ejemplo el difunto sr de Comminges se santificaron y fueron la causa de la santificación de tantos miles de almas. Me diréis sin duda que despreciarán al Prelado que actúe de esa manera. Eso será verdad por un tiempo, y es inclusive necesario, con el fin de que honremos la vida del Hijo de Dios en todos sus estados por nuestras personas, como le honramos por la condición de nuestro Ministerio. Pero también es verdad que después de sufrir por algún tiempo, y cuanto agrade a Nuestro Señor, nos hace hacer más bien en tres años de lo que haríamos en treinta. Ciertamente, Monseñor, no pienso que se pueda conseguir de otra forma. Se trazarán bonitos Reglamentos, se usará de Censuras, se restringirán todos los poderes; pero ¿se corregirá con ello? Hay pocas probabilidades. Estos medios no extenderán ni conservarán el Imperio de Jesucristo en los corazones. Dios armó en otro tiempo el Cielo y la tierra contra el hombre, ¿acaso le convirtió así? ¡Eh! ¿Es que no hizo falta que se abajara y humillara delante de él para hacerle aceptar su yugo y su dirección? Lo que un Dios no ha hecho con toda su omnipotencia, ¿Cómo lo hará in Prelado con la suya? Según estos

principios que Monseñor de Bayona tiene razón en no fulminar la excomunión contra estos Religiosos propietarios, ni siquiera poner impedimentos inmediatamente a los que examinó y aprobó una vez para predicar los Advientos y las Cuaresmas en las Parroquias del campo, donde no hay estación designada...que si alguien abusa del Ministerio, vuestra sabia conducta sabrá ponerle remedio.

Mal conoceríamos el espíritu y la conducta de nuestro Santo si concluyéramos por la Carta que acaba de añadirse, que él llevaba la indulgencia más allá de sus justos términos. Sabía unir cuando hacía falta la mansedumbre con una sabia severidad; con esta combinación, al mismo tiempo que rendía al Episcopado servicios señalados, cooperaba como vamos a decir enseguida en la reforma de varias Órdenes, cuya mala situación parecía desesperada y a las que una actividad precipitada no habría logrado devolver su integridad primitiva.

Su primer Historiador asegura, y hay razón para asegurarlo, que de todas las Comunidades Religiosas que hay en Francia no existe una a la que no haya prestado servicio, bien al Cuerpo en general, bien a algunos de los Miembros en particular. El Abate de Santa Genoveva y los Canónigos Regulares de su Congregación, reconocen con satisfacción en su Carta a Clemente XI que el sr Cardenal de la Rochefoucaut, encargado por la Santa Sede de establecer en su casa la Reforma, encontró para este gran designio muchos recursos en la persona y los consejos de Vicente de Paúl. Henri de Briquerville de la Lucerne, después de escribir al mismo Pontífice, que Alain Solminihac uno de sus más dignos Predecesores, no hizo nada importante sin escuchar antes los consejos de Vicente de Paúl, y que fue el santo Sacerdote quien le hizo dar un Coadjutor, capaz de continuar en su Diócesis los bienes que había comenzado allí; añade que fue él también quien ayudó a este santo Obispo a restablecer la antigua Disciplina en los Monasterios de la Diócesis de Cahors, y quien le sostuvo en Roma y en Francia en la Reforma de la Orden de Chancelade, de la que era Abate y primer Superior. Henri de la Marche Abate de Grand-mont está de acuerdo en que su Orden le debe mucho, que le ha prestado servicios que no se podrían desconocer sin ingratitud y que animó a los que se dedicaban a restablecer la Disciplina. Los Abates de Bonfay y de Rangéval, de la Orden de los Premostratenses, confiesan que el hombre enemigo se opuso con tanta violencia a la Reforma que se quería introducir en algunas de sus casas que si este santo Sacerdote no se hubiera empleado en su favor con todo el crédito que tenía ante el Rey, todo hace pensar que este importante proyecto no habría podido prosperar. En efecto, algunas de estas Reformas fueron de tal suerte trasgredidas que a juzgar por los movimientos de diferentes personas para impedir las, se sentirían tentaciones de creer que debían anular al Estado y a la Religión. Aquellos a quienes desagradaban hicieron actuar hasta los Príncipes para hacerlas fracasar. Un número de personas de autoridad y nacimiento no hablaban de ellas más que como se habla de un atentado criminal. Era preciso que Vicente, para apoyar los, hiciera frente a una parte de los Poderes del siglo. *Es muy necesario*, le escribía en esta ocasión un Abad Regular que tenía mucha virtud y que hubiera querido volver a ver florecer la virtud por todas partes; *es necesario que Dios os dé una fuerza extraordinaria para una Obra tan grande, a vos, digo yo, que defendéis la causa de Dios contra las Potencias del mundo. No podemos hacer otra cosa que rogar a Dios y recurrir a su Providencia y a vuestro celo: sois, Señor, nuestro único refugio en la tierra y el único apoyo de nuestra Orden desolada.*

Además de la Reforma de las casas, de que acabamos de hablar, Vicente apoyó y sostuvo las que en las Órdenes de S. Antonio, de S. Bernardo y de S. Benito. Era amigo particular de Dom Grégoire Tariff, primer Superior General de la Congregación de S. Maur, y este perfecto Religioso le honró siempre como un modelo de piedad y de virtud. El Reformador

de Grand-mont -Charles Fremont- y todos cuantos amaban la regularidad hablaban de él en los mismos términos. Se trataba por su parte de justicia y de agradecimiento. Hizo cien veces en su favor lo que nadie habría querido emprender. Se dirigió de parte del Rey a aquellos mismos Abades Generales que no tenían un gusto infinito por la Reforma, a fin de convencerles que vieran con buenos ojos que se estableciera en las Casas que la querían recibir. Impidió a Luis XIV que confirmara las elecciones que no se habían realizado más que para alejarla. Le preparó la protección de una Princesa cuyo hijo, siendo aún muy joven, acababa de ser provisto de una Abadía, había sido indispuerto contra los Reformadores por un Religioso, que tenía más crédito que la virtud de él: en una palabra, hizo, para restablecer las antiguas Observancias todo lo que tenía costumbre hacer para conservar en sus propios Hijos el primer espíritu de su vocación.

Se puede juzgar por esta base la alegría que tuvo de ver a un gran número de famosos Monasterios volver en su tiempo a ser lo que habían sido en sus más hermosos días; el dolor con el que vio a otros sacrificar su conciencia al amor de una falsa y condenable libertad. A pesar de toda su paciencia y moderación, habló una vez con mucha viveza de cierta Orden, que no tenía más Religiosos que su nombre. Un hombre de otra Comunidad que estaba descontento con sus Superiores, habiéndole consultado sobre el plan que tenía de pasar a otra Orden desordenada, Vicente le escribió con un estilo que da a entender qué odiosos eran a sus ojos esta clase de traslados. *No querría, decía él, aconsejar a nadie entrar en la Orden pretendida de N. y se lo aconsejaría todavía menos a un Religioso Doctor y Profesor en Teología y gran Predicador como sois vos, porque es un desorden y no una Orden: un Cuerpo que no tiene consistencia ni verdadera Cabeza, donde viven los Miembros sin tener relación ni dependencia... En una palabra, no es más que una quimera de Religión, que sirve de retiro a los Religiosos libertinos y díscolos, que para sacudirse el yugo de la obediencia se enrolan en esta Religión imaginaria y viven en el desorden. Por eso estimo que estas personas no están en seguridad de conciencia, y pido a Nuestro Señor que os preserve de una ligereza así.* Esta Carta desengañó a aquel para quien estaba escrita: abrió los ojos, conoció el abismo al que se quería precipitar, volvió sobre sí mismo y tomó el partido de santificarse en el Estado al que Dios le había llamado.

Lo que hizo Vicente para poner orden en las casas de los Religiosos, lo izo con más solicitud todavía para restablecer o conservar una exacta disciplina en los Monasterios de Mujeres. Sabía con S. Cipriano que cuanto más honor dan a su Iglesia las Vírgenes consagradas a Dios por la regularidad de sus costumbres, más necesitan ser fortalecidas contra su propia fragilidad; él no ignoraba que el mal ejemplo que es contagioso en todas partes, lo es todavía más entre las personas más fáciles de cambiar. Razón por la cual se esforzó siempre en procurarles Abadesas y Superiores que no debieran su vocación ni a la sangre, ni a la carne, sino únicamente a la voluntad de Dios.

Cuando las Abadías tenían derecho de elección, él se lo conservaba y se oponía con vigor a la intriga, y al manejo de ciertas Religiosas, que no pudiendo esperar subir por este camino al primer puesto, querían llegar a él por el crédito de sus parientes y por la autoridad del Rey. Usaba el mismo camino con respecto a aquellas que, habiendo sido elegidas para tres años, según la costumbre de sus comunidades, solicitaban Patentes de continuación. Un Prelado que tenía virtud, y que había hecho elegir a una Religiosa muy buena para la dirección de una Abadía de su Diócesis, entró un día en liza con el S. Sacerdote, y quiso probarle de buenas maneras que la perpetuidad de las Superiores es más ventajosa que la de trienios. El Siervo de Dios no negaba que eso no pudiera ser en ciertas ocasiones, pero continuó sosteniendo dos cosas que es difícil contestarlas. La primera, que la innovaciones

que se hacen contra los usos canónicamente establecidos en las Comunidades deben siempre ser tenidos como sospechosos. La segunda, que entre las Mujeres, que por naturaleza son menos firmes en el bien y que pueden con mayor facilidad olvidarse en los altos cargos, cuando se ven en ellos una vez colocadas para siempre, las elecciones trienales son por muchas razones más de desear que las perpetuas. Vicente en esta decisión tenía al menos la ventaja de pensar, como han pensado los más santos y sabios Fundadores de esas clases de Monasterios.

Cuando unas Abadías se quedaban vacantes, de nombramiento Real, se encontraban siempre hombres distinguidos por su nacimiento y a veces por sus servicios, que presentaban vivas solicitudes a favor de las personas que les pertenecían. El santo Sacerdote hubo de esquivar con frecuencia terribles asaltos por ese lado. Se sentía a veces obsesionado por una multitud de gente que, acostumbrados a dominar en el mundo, creían que era cosa de su honor dominar en el Claustro por medio de sus Hijas: pero este fiel Dispensador, que sólo tenía a Dios a la vista, se olvidaba de todas las consideraciones humanas: así bien persuadido que el fervor o la decadencia de las Comunidades de Mujeres vienen de ordinario de las que están a la cabeza de los Monasterios, se mantuvo siempre firme en permitir nombrar como Abadesas más que a las que se sabía que eran las más capaces, las más experimentadas, las más exactas en todas las observancias regulares.

Fácil será imaginarse que esta constancia severa hizo de vez en cuando caer sobre él violentas tempestades. Un hombre de clase, hallándose una Abadía vacante y en ella una Joven que era sobrina de la última Abadesa, le vino un día a ver en S. Lázaro, y comenzó por quejarse de lo que impedía que esta Joven no sucediera a la tía, como ésta había sucedido a otra tía. Un Monasterio que su familia estaba en posesión de gobernar durante tantos años, le parecía como un bien hereditario en su Casa, y era a sus ojos una injusticia que clamaba al cielo quitárselo. Tenía razón en un sentido. La Abadía de que se trataba, le servía desde hacía mucho de casa de recreo. El marido, la mujer, toda la familia se iban allí varias veces al año y tenían sus comilonas y se divertían a expensas de la Comunidad. Es verdad que la Religiosas sufrían por ello, y al parecer o superfluo prodigado a los extraños procedía en parte de lo necesario de ellas: pero como se veían obligadas a gemir y a murmurar en secreto, no se les prestaba mucha atención, y las cosas seguían siempre igual. Por fin la muerte de su Abadesa las puso en libertad; y como ellas se temían con razón que si la sobrina venía a reemplazar a la tía, ella seguiría sus pasos, revolviéron roma con Santiago para tener otra Superiora.

Vicente que sabía mejor lo que pasaba al otro extremo del Reino que los que tenían por allí su residencia ordinaria y que conocía las cualidades de la Presidenta, respondió con mucha dulzura y respeto al sr su padre que ella era todavía demasiado joven, y que se vería obligado en conciencia a aconsejar a la Reina que, entre las Religiosas de diferentes Monasterios, para quienes se pedía esta Abadía, se dignara escoger a aquella de entre todas que fuera la más idónea para gobernarla bien.

Una respuesta tan justa y tan mesurada no hizo sino irritar a aquel Señor. La tranquilidad y la paciencia de nuestro Santo encendieron su cólera y su resentimiento. Hizo durante más de una hora un ruido espantoso; llenó a Vicente de reproches y de injurias y añadió a palabras insultantes amenazas, que lo eran más todavía. El Santo le escuchó con una paz profunda, le acompañó hasta la puerta y se creyó dichoso por haber sido saciado de oprobios por la gloria de Dios y de los derechos de la justicia. Habría podido en esta ocasión como tantas otras quejarse a la Reina por un trato tan poco merecido y buscarle a éste de quien lo había recibido algo más duro que unas palabras: pero conocía demasiado el

precio e la humillación y de la paciencia Cristianas. Así que nunca abrió la boca contra sus perseguidores. Rezaba por ellos y les prestaba todos los servicios que podía hacerles, sin lesionar los intereses de Dios. Así es como se vengan los Santos; se hade confesar que esta venganza es tan gloriosa como difícil a la naturaleza.

Por lo demás, las contradicciones a las que el santo hombre tuvo que hacer frente no le impidieron marchar constantemente por el camino de la verdad. De manera que cuando algunas Abadesas, so pretexto de edad o de enfermedad, pedían por Coadjutoras a sus hermanas, a sus sobrinas, u otras parientes, hacia las cuales sentían demasiado cariño, el Siervo de Dios, enemigo declarado de estas ternuras tan humanas, no buscaba más que el bien común; y algo que se pudiera decir o hacer, en ese punto era inquebrantable. Su razón era que, cuando las Abadías se quedan vacantes por fallecimiento, existe la libertad de elegir a mujeres virtuosas y capaces de mantener el buen orden, si ya existe, o de restablecerlo, si no existe: en lugar de que por medio de las Coadjutorías, una Religiosa que tiene poca virtud, suceda a menudo a otra que no tenía mucha más.

Cuando una Abadesa renunciaba a su Abadía, y traían a nuestro Santo Certificados de la capacidad y buenas costumbres de aquélla, a favor de la cual la renuncia había recaído, no recurría absolutamente a estos testimonios, que dictan con demasiada frecuencia el interés, el miedo, el respeto humano. Se tomaba el tiempo que hacía falta para informarse por vías seguras y convenientes de los méritos y de los talentos de la persona que era propuesta. Si la elección era buena, y provechosa para la Abadía, hacía que fuera admitida la Religiosa, si era mala, la hacía rechazar.

Siempre que, contra su parecer, se colocaba al frente de los Monasterios, bien abadesas, bien Priors, que no habían incorporado bien el espíritu de la Religión, y que por consiguiente no estaban en disposición de dirigir bien, este santo y celoso Ministro del Señor no los abandonaba. Los obligaba a pasar un tiempo en Comunidades fervientes, con el fin de adquirir las virtudes que una Madre debe comunicar a sus Hijas. Con este propósito hizo recibir varias veces en calidad de pensionistas a Abadesas y a Coadjutoras en las casas de la Visitación, cuya exactitud y regularidad él ya conocía.

Cuando había confusión y división en los Monasterios de mujeres, empleaba todos los medios imaginables para detener estos incendios que, como lo dice un Apóstol, nacen a menudo de una ligera chispa. Hacía nombrar a personas virtuosas, experimentadas y provistas de la autoridad del Rey, ya para apaciguar las diferencias, ya para establecer la Clausura, ya en fin para detener los demás abusos que se habían introducido; y comprometía a Sus Majestades para que mandaran a los Obispos de los lugares, o a los Superiores de las mismas Órdenes vigilar la ejecución de los Reglamentos que se juzgaban a propósito establecer.

La Abadía de la Perrine, y la de Estival, que ambas están situadas en la Diócesis de le Mans fueron testigos de su caridad y su atención. La última, dice el sr Fleuri en su Historia de la Madre de Arbose, Reformadora del Val de Grace, estaba metida en un gran desorden. Había un partido opuesto a la Abadesa, y ella se quejaba de que estaba fomentado por el Obispo, con quien ella tenía un Proceso. Vicente informó de ello a la Reina; esta Princesa dio orden a cuatro Religiosas del Val de Gracia de trasladarse allí y eso con consentimiento del Obispo de le Mans y de la Abadesa de Estival. Se realizó por fin allí la Reforma necesaria en 1648, y la paz sucedió a las disensiones, que habían durado demasiado tiempo. Con respecto a la Abadía de la Perrine, el Santo envió allí a la Madre Luisa-Eugenia de Fontaine, que restableció la calma allí. La Madre Angélica de l'Huillier hizo

con sus órdenes lo mismo en el Monasterio de la Concepción de la Calle S. Honoré de París.

Hallándose agitada una Abadía por disensiones intestinas, que la Superiora ordinaria, a pesar de todos sus esfuerzos, no había podido suavizar, Vicente, que era el recurso de quienes no lo tenían ya, fue encargado de ayudarlas. El santo Sacerdote mandó nombrar como Visitador a un Abate de la misma Orden que tenía mucho celo y prudencia. Este último descubrió muy pronto la fuente del mal, pero reconoció al mismo tiempo que, para ponerle remedio, hacía falta quitar al Confesor de la casa, a quien faltaban estos grandes talentos que llevan a la paz de los espíritus más encendidos. Vicente, a quien se lo escribió, rogó a un Eclesiástico de piedad y condición, quien por otro lado era muy experimentado en la dirección de las Religiosas, que fuera a pasar unos meses en esta Abadía, para reunir los corazones tan peligrosamente divididos. Así lo hizo y Dios bendijo con tanta perfección su obediencia y sus trabajos, que tuvo en muy poco tiempo el consuelo de devolver la calma a todas las partes de la Comunidad.

El Santo se dedicó también a apartar de los Monasterios todo lo que llevaba la huella de la novedad. Hablaremos en su lugar del ardor con que combatió la Herejía Jansenista. Pero es bueno advertir aquí que, algún tiempo después de ser llamado al Consejo, sofocó un error parecido al de los Iluminados que, hacia finales del siglo precedente, había hecho tanto ruido en España. Algunos fanáticos habían encontrado nuevos medios de salvación, que la antigüedad no conoció nunca, y por medio de los cuales pretendían llegar a la más sublime perfección. Según ellos, S. Pedro era un buen hombre, que nunca había caminado por las grandes rutas, que elevan y que deifican al alma. S. Pablo no entendía nada ni de devoción ni de espiritualidad. Ellos eran los únicos elegidos de Dios en los últimos tiempos para dar Lecciones sobre esta materia, y hasta para reformar la Iglesia. Por lo demás, no les faltaban pruebas para autorizar su Misión. Tenían revelaciones en abundancia. Con este socorro se va lejos; al menos, es seguro que la ilusión, el espíritu de tinieblas, y a veces los dos a la vez, le multiplican todo lo que se quiera.

Luis XIII había perseguido con tanto vigor estos sueños, que se los creyó disipados para siempre. Pero si el error cuando se siente demasiado débil sabe ocultarse por algún tiempo, sabe también aprovechar las ocasiones de reproducirse, cuando cree encontrarlo favorable. Las confusiones desdichadas que agitaron el Reino durante la minoría de Luis XIV, parecieron apropiadas a nuestros Iluminados para restablecer sus negocios: comenzaron por levantar la cabeza en diferentes barrios de Francia, sobre todo en la Diócesis de París y en la de Bazas. Los Monasterios de Mujeres fueron de ordinario la primera conquista que intentaron. Sorprendieron también a un número de personas de toda condición y de todo sexo. Por suerte el mal no había echado aún raíces muy profundas cuando el Siervo de Dios fue informado. Mandó enviar a las Comunidades, a las que la seducción había atacado, a personas sabias y virtuosas. Que hicieron sentir el peligro de estas falsas máximas. Se vigiló de tan cerca de los que eran sospechosos de dogmatizar y se los asustó de tal forma que se apresuraron en regresar por segunda vez a sus tinieblas. Parece ser que la Guía espiritual de Molinos de los derribos de esta Secta, o que al menos fue dirigido por el mismo espíritu que habían tenido por Maestro los Fanáticos de los que acabamos de hablar. No terminaríamos si quisiéramos escribir al detalle todos los servicios que Vicente de Paúl prestó a la Iglesia y al Estado durante la Regencia de Ana de Austria. Nos contentaremos pues con decir en general que él emprendió toda clase de acciones que pudo. Fue él quien, para exterminar la blasfemia, y abolir la práctica condenable de los duelos, hizo renovar las antiguas Ordenanzas y publicar aquellos hermosos Edictos, por los que Luis XIV comenzó

su Reinado. Fue él quien hizo anular la licencia que hombres sin fe y sin virtud se atribuían de decir, escribir y mandar imprimir contra la Religión y las buenas costumbres, todo lo que el demonio del libertinaje y de la impiedad les sugería. Fue él quien manifestó al Rey que, para atraer la bendición de Dios sobre sus armas, había que reprimir la insolencia de los soldados, que se cuidaban menos de lo sagrado que de lo profano, y que tras asolar los Templos del Señor, vejaban también de la manera más ultrajante a las personas que le estaban consagradas. Fue él quien, no pudiendo abolir la Comedia, a la que el Ministro asistía sin escrúpulos, hizo al menos prohibir a los Comediantes las Escenas indecentes y escandalosas que hacían a los espectáculos doblemente criminales. Finalmente, fue él quien, habiendo conocido que los prisioneros de Estado encerrados en la Bastilla no tenían a nadie que les enseñara a santificar sus penas, hizo que la Reina aprobara que un Eclesiástico virtuoso de la Conferencia fuera a visitarlos, que introdujera entre ellos el uso de la Oración de la mañana y de la tarde, que les hiciera piadosas exhortaciones, y que a la vez que les hacía entrar en gracia con Dios, los disponía a volver a los favores del Rey.

Pero, por más ganas que tengamos de abreviar una materia, que parece habernos detenido demasiado, es preciso no obstante que, para la mayor gloria de Dios, por la misericordia de quien los Santos son todo lo que son, es preciso, digo, advertir al Lector que Vicente, durante los diez años que estuvo trabajando en el Consejo del Rey, sirvió a su Príncipe con un desinterés y una prudencia, de los que es difícil hallar ejemplos.

No pretendemos censurar a los que se apegan a los Soberanos con la esperanza de que tendrán en cuenta sus servicios. Si los rebeldes son castigados, es justo que los que se consagran al bien del Estado sean recompensados. Sin embargo estaremos de acuerdo en que hay más nobleza y más grandeza de alma en no trabajar para el Príncipe más que por la sola intención de agrandar a Dios. Este hombre generoso, desinteresado que, muy lejos de correr tras el oro, la plata y los honores los pisoteó siempre; este hombre en fin, a quien buscó inútilmente el Sabio en su tiempo y a quien hubiera prodigado los más hermosos elogios –*Qui est hic et laudábimus eum*–, Francia le vio y le admiró en la persona de Vicente de Paúl. Aunque al alcance de tener parte en las gracias que manaban en abundancia de una fuente de la que estaba tan cerca, no se mantuvo nunca por estos motivos, que sostienen a tantos otros. Fue únicamente el deseo de procurar siempre la gloria de Dios el que le llevó a aceptar los empleos, con que se le honró, el que le unió inviolablemente a los intereses del Rey en los tiempos más difíciles y el que le hizo superar las contradicciones, las calumnias, las persecuciones, hasta los peligros, a los que su fidelidad, su justicia y su rectitud le expusieron más de una vez.

Hemos dicho ya que, cuando la Reina al principio de su Regencia le concedió el honor de llamarlo al Consejo de los asuntos Eclesiásticos, no consintió en ello sino haciendo violencia a su humildad y a la inclinación que tenía de pasar el resto de sus días en el retiro y la separación del mundo. Mientras estuvo en este empleo, habría podido servirse de la confianza que se tenía en él para establecer con ventaja a su Compañía. Sus casas eran todas bastante pobres y la mayor parte muy cargadas por la Ley, y se hicieron trabajando gratuitamente en sus principales funciones. El santo Sacerdote, a quien se había confiado la distribución de un gran número de Beneficios, habría encontrado con toda facilidad los medios de reunir unos pocos a su Congregación: no se le ocurrió nunca; y si alguna vez ha habido suerte en los Seminarios, cuya dirección llevaban los suyos, no se debió sino a las insistentes súplicas de los que los poseían, o que tenían derecho a conferirlos. Alguna vez incluso les costó más tener su consentimiento de lo que a hombres ávidos de los bienes de la Iglesia les costaba procurárselos. Además, al aceptarlos, cuando ya no era posible

negarse a ellos, su plan no era ni enriquecer a sus casas ni colocar a los suyos cómodamente, sino en emplear con fidelidad todas las rentas en instruir y en formar a los serían llamados al santo Ministerio.

Hay quien más de una vez se esforzó en corromper su virtud con el cebo del dinero, al que todo obedece. Hemos dicho arriba que un Magistrado le tentó prometiéndole devolver a la casa de S. Lázaro a sus antiguos derechos. No es la única ocasión que su integridad se vio puesta a prueba. Uno de sus amigos más íntimos vino un día a verle, y le ofreció cien mil libras de parte de algunas personas, que deseaban mucho que el Consejo del Rey aceptara ciertas propuestas que le habían presentado. Parecían razonables y no tenían nada de oneroso para los pueblos. En esto se apoyaba el amigo de Vicente para hacerlas valer: pero aparte de que el santo Sacerdote no habría creído poder vender el favor que tenía en la Corte, hizo ver a su amigo que el sistema que se le pedía apoyar podía lesionar los intereses del Clero: así, levantando los ojos al Cielo, sólo dio esta repuesta: *Dios no lo quiera, antes querría morir que decir una sola palabra sobre esto.*

El puesto que ocupaba le ponía al alcance de ganarse el favor y la amistad de todo lo que el Reino tenía de más grande y más distinguido. Pero si bien su virtud no tenía nada de salvaje y estuviera muy lejos de granjearse gloria disgustando a los Poderes del siglo, su regla inviolable era no contentar a nadie más que por orden de Dios. Cuando, sin herir los deberes de su conciencia, podía hacer lo que se le pedía, no era preciso volver dos veces a la carga, se prestaba a todo de la manera más servicial; y en este caso servía a un hombre de clase inferior con tanto afecto como a un Mariscal de Francia: pero, si lo que le exigían era opuesto las verdaderas reglas, no había entonces ni peligros, ni amenazas, ni persecuciones, ni vida, ni muerte que pudieran apartarle de su deber. Dios, que era el único a quien quería agradar, era también el único a quien temía ofender.

Hablaremos más tarde de la forma indigna como fue tratado en su persona y en la de sus Hijos, por razón del inviolable afecto demostrado a Sus Majestades. Pero esta persecución igualmente injusta y cruel no nos es necesaria para constatar su desinterés. Se ha llegado a saber por los conductos más seguros que le había llevado hasta el extremo, y que en diferentes ocasiones había hecho recaer sobre otros las gracias, que la Reina le destinaba. Era tan respetado de esta augusta Princesa que según confesión de cuantos conocían la Corte, no había nada que él no pudiera esperar de su buena voluntad. Se difundió el ruido incluso que quería pedir para él el honor de la Púrpura Romana, y algunos de sus amigos se apresuraron a felicitarle: pero el modo como recibió a los primeros dispensó a los demás del cumplimiento que habían preparado. Un hombre tan perfectamente muerto a sí mismo estaba más muerto aún a todas las grandezas de la tierra, y estaba tan alejado de las menores distinciones que la sola idea de las que son más brillantes le desconcertaban. En una palabra, vivir y no ser humillado era para él un martirio.

Al desinterés más señalado unió Vicente una prudencia y una sabiduría consumada. Yo sé que se encuentran hombres bastante poco juiciosos para pretender que un devoto, es su término, es poco idóneo al manejo de los grandes negocios; que hay en él más celo que discreción; que todo brillo de bien le deslumbra; y que finalmente, bajo pretexto de correr tras un fantasma de perfección, compromete con frecuencia al Soberano en empresas perjudiciales al bien de sus Estados. Si este principio fuera verdadero en toda la extensión que se le quiera dar, la situación de los Reyes sería bien lamentable, y no habría nada más fastidioso que la necesidad a la que se verían reducidos de comenzar por excluir de sus Consejos todo lo que lleve el carácter y la imagen de una sólida virtud. Pero nuestro Santo será suficiente de por sí para demostrar de una máxima tan contraria a los intereses de la

piedad. Al examinar por orden sus cualidades personales, se verá que poseía en un grado eminente las que son más necesarias a los Consejeros de los Príncipes.

Las disposiciones que son más necesarias para tratar con prudencia los asuntos son, a juicio de los antiguos Romanos, la exención de las pasiones desarregladas y de los prejuicios, la madurez, la fidelidad en el secreto respecto de las deliberaciones, la sumisión a la autoridad de la razón, de cualquier lado que se presente, y por fin, la firmeza en la ejecución de los proyectos justos, que se hayan formado una vez. Pues este retrato, tan extenso como es, encaja perfectamente en el de Vicente de Paúl.

Como en primer lugar, todos los que le conocieron mejor estuvieron de acuerdo en que, sea gracia, sea fuerza de espíritu, parecía estar libre por completo de estas emociones de estos fallos, a los que se ven demasiado sujetos los mayores hombres de bien: o si los experimentaba, su virtud y su sujeción a la voluntad de Dios, le habían hecho tan dueño de sí mismo, que no se llegaba a descubrir nada, ni en sus gestos, ni en sus palabras, ni siquiera en su rostro. La serenidad de su frente era siempre igual; y no había éxitos inesperados, ni accidentes, ni afrentas que le alterasen. Hay más, y se ha advertido en un gran número de ocasiones, nunca era más moderado, más circunspecto, más presente en sí mismo, que cuando su paciencia era puesta a las más duras pruebas.

A esta libertad de espíritu se unía una extrema vigilancia contra los prejuicios. Los que no hablan a la ligera y sólo proponen su opinión después de haberlo pensado bien, están inclinados a defenderlos con calor. Vicente era firme en sus consejos, pero no se apegaba a ellos con exceso; no los sostenía con ese aire imperioso, que quiere someterlo todo: bien persuadido que otro podía ver lo que él no había visto, estaba siempre preparado a ceder. Pero no era siempre por la forma como él decía, a juicio de las personas que le eran superiores, sometía su mente a la suya, cuando podía hacerlo sin herir su conciencia. Además, fueran las que fuesen las propuestas que se oponían a las suyas, no se le escapaban ni quejas ni invectivas: después de cumplir con su deber, se quedaba en un respetuoso silencio, y dejaba a la Providencia el éxito y acontecer de los asuntos.

Hemos visto varias veces en el curso de esta historia que era enemigo de la precipitación. Lo que dice Tito Livio que la celeridad en las deliberaciones hace dar los más falsos pasos, era como natural en su gusto. Por eso no decidía nada, sobre todo en los asuntos de importancia sino después de reflexionar sobre ello con madurez. Se tomaba el tiempo necesario para examinar las cosas sobre las que era consultado; pesaba atentamente las razones de una y de la otra parte, profundizaba las circunstancias, preveía las consecuencias: pero una vez que había tomado partido, era tan pronto en la ejecución como lento i circunspecto en el examen: y entonces bien porque el evento fuera favorable o no, se quedaba en paz; bien seguro con un antiguo Padre, que el Sabio no debe juzgar de las cosas por el éxito, sino por la intención, la justeza y la proporción de los medios; y que un asunto de acuerdo con todas las reglas puede salir mal, mientras que otro arriesgado temerariamente saldrá bien.

En cuanto al secreto, por cuya falta vemos todos los días fracasar proyectos tan excelentes, el Santo era invulnerable en ese aspecto. Nunca le sucedió decir una sola palabra fuera de lugar, ni sobre lo que había sucedido en el Consejo, ni sobre las resoluciones que se habían tomado. Cuando volvía de la Corte, era tan religioso en guardar el silencio sobre los asuntos de Estado que se hubiera creído que salía de la celda de un Cartujo. Pero no era la naturaleza de los grandes asuntos que se tratan en el Gabinete de los Reyes, era su propia virtud la que le hacía tan circunspecto. Un hombre que no decía más que lo que era necesario decir, y que desde hacía mucho guardaba una inviolable fidelidad a ese gran

número de personas que venían de todas partes a abrirse a él, estaba bien lejos de revelar esos misterios que, según el consejo del Espíritu Santo, deben quedar ocultos en lo más profundo del corazón, para no salir nunca. –*Sacramentum Regis abscondere bonum est.*

Por lo demás, y no puedo por menos que repetirlo, todas estas buenas cualidades de Vicente de Paúl nacían de un solo principio, quiero decir, de su afecto a la Ley de Dios y a las Reglas del Evangelio. De esta fuente tan pura sacaba sus luces; y hay que confesar que la política que allí se aprende bien vale otra. Los Ministros de los Príncipes no están siempre bien persuadidos de esto: pero los que quieran prestar atención, reconocerán con facilidad que la Escuela de Jesucristo es la única que pueda enseñar eficazmente a lograr lo que se ha notado siempre en nuestro Santo, pero más que nunca durante el tiempo de que habamos; es decir un acceso favorable ante los Soberanos y un desprendimiento perfecto de todos los intereses del siglo; una prudencia política y una sencillez Cristiana; una grande actividad en los asuntos exteriores, y una unión muy íntima con Dios; ocasiones tan cómodas como frecuentes de ganarse amigos a expensas de las buenas Reglas, y una rectitud de corazón, que nada puede alterar; un trato continuo con toda clase de personas bien o mal intencionadas, y una igualdad de espíritu. Siempre constante, siempre uniforme; finalmente una inteligencia capaz de responder a todos los deseos de su Príncipe, y un corazón tan penetrado de su nada, como lleno estaba de piedad y de amor de Dios.

Únicamente para extender cada vez más este divino amor, envió ese mismo año Sacerdotes a diferentes Ciudades del Reino. Tres de ellos comenzaron a formar el Seminario de Cahors –el 4 de enero de 1643-, que quedó ligado a la Congregación por el santo Obispo Alain de Solminihac. Los otros se extendieron por diferentes Diócesis para dar misiones. Además de la de Montmartre, en la que trabajó el sr Fouquet Obispo de Bayona, hubo dos, entre las demás, que tuvieron un éxito particular. La primera –en febrero- se dio en Marsella en las siete Galeras mayores. Se emprendió a ruegos de la Duquesa de Aiguillon, y el *fruto sobrepasó lo esperado totalmente*: son los términos de Jean-Baptiste Gaud Obispo de esta ciudad. La segunda –en mayo- se dio en Sedan, y a pesar de los clamores de los Herejes, de los que estaba llena casi toda la ciudad, tuvo continuaciones felices.

Estas dos Misiones de las que hablaremos posteriormente con más detalles, procuraron a la Congregación del santo Sacerdote dos nuevas fundaciones. La Señora de Aiguillon se quedó tan maravillada por los grandes bienes que se habían hecho en las Galeras, y apreció muy bien que, para perpetuarlos en un Cuerpo donde nuevos criminales vienen casi todos los días a reunirse a los primeros, se necesitaba una especie de Misión continua, que estableció en Marsella a cuatro Sacerdotes de la Compañía de Vicente de Paúl. Luis XIV confirmó y aumentó esta Fundación; y a fin de que el Superior de los Misioneros, que –el 25 de julio- necesita de la ayuda de un gran número de Capellanes, tuviera sobre ellos toda la autoridad necesaria, quiso que representando al General de la Congregación, tuviera, con la anuencia de éste, los poderes de Capellán Real y pudiera, como él, colocar y deponer a los que juzgara oportuno. Aunque la Duquesa no hubiera fundado mas que a cuatro Sacerdotes, Vicente hizo partir a cinco Sacerdotes, bien persuadido de que teniendo en cuenta la amplitud de la obra que emprendían, les resultaría difícil aún salir de apuros. No se equivocó, y le sucedió al más joven de todos lo que había pasado en Bar-le-Duc –al sr Robiche, a este excelente Misionero, de quien hemos hablado en otra parte, es decir que a la edad de treinta y cinco años murió mártir de su celo y de su caridad. Se le lloró tanto más, cuanto que unía a las más sólidas virtudes una salud vigorosa y que no se había visto alterada nunca. Por todas las medidas que se habían tomado para celebrarle unos funerales sin ceremonias, toda la ciudad, que no se cansaba de admirar su caridad *hacia los más*

pobres enfermos de las Galeras, acudió en masa a ellos, y la participación fue tan grande que, a pesar del orden que se trató de guardar, fue muy difícil enterrarlo.

A esta Fundación se unió –setiembre de 1643- la de Sedan. El Duque de Bouillon, que había entrado en la conspiración del cinco de Marzo –setiembre de 1641-, no bien hubo cedido –setiembre de 1642- a Luis XIII esta Plaza importante, para conservarse la vida, cuando este Religioso Monarca deseó que Vicente diera allí Misiones, para instruir y afirmar a los Católicos, quienes por razón de su trato continuo con los pretendidos Reformados, estaban en peligro de perder la Fe. Se remitió de parte de Su Majestad una suma considerable al santo Sacerdote. Pero habiendo muerto el rey entretanto, la Regente que fue informada de los grandes bienes que la primera misión había logrado en Sedan, quiso que el dinero que sobraba fuera empleado en la Fundación en esta ciudad de una Colonia de Sacerdotes que trabajaran allí sin interrupción. Vicente envió a seis, a los que Leonor d'Estampes de Valencay Arzobispo de Reims puso en posesión de la Parroquia. No encontraron allí más que a mil quinientos Católicos. Las cosas fueron cambiando poco a poco de cara, por sus cuidados, y por los de las otras dos Comunidades –los PP. Jesuitas y los PP. Capuchinos-, que se establecieron allí a petición del Siervo de Dios. De más de diez mil habitantes que hay en Sedan, no quedan hoy más que una tercera parte que persevera en en el cisma y en la rebelión contra la Iglesia.

También fue este mismo año cuando Francisco Mallier Obispo de Troies estableció a los Misioneros en la pequeña ciudad de Montmirel, a petición de Pedro de Gondi Duque de Retz. Los de la región vieron con agrado a los ojos de Vicente de Paúl en un Lugar donde habían admirado tantas veces su virtud y su celo Apostólico. El tiempo, que lo borra todo, no ha borrado hasta hoy sus primeros sentimientos de respeto y veneración. Los padres se los han transmitido a sus descendientes, y el brillante Milagro, que Dios realizó allí hace algunos años por la intercesión de su Siervo, es una prueba que si Montmirel continúa rindiendo a la memoria del Santo los homenajes más justos, el santo continúa queriendo y protegiendo a Montmirel.

Si Vicente vio con alguna satisfacción a sus Sacerdotes a punto de servir más cómodamente a la Iglesia en un buen número de Diócesis, la tuvo mayor aún al ver que se multiplicaban sin perder nada de su primer Espíritu. *Nunca*, dijo en una Carta que escribió por este mismo tiempo al Superior de la Casa de Roma, *nunca se ha visto más regularidad, más unión y cordialidad, que la que se ve ahora. Pero, añadía él, una gran calma anuncia de ordinario alguna tempestad.*

Su pronóstico resultó justo, y su Congregación se vio en este punto tener, con la muerte de este santo fundador, la mayor pérdida que fuera capaz de sufrir. Las ocupaciones domésticas y exteriores, la pena infinita que tenía al verse en el Consejo, los líos prodigiosos que le atrajo este empleo, que fue siempre su martirio, la falta de descanso para un hombre ya avanzado en edad y que, levantándose exactamente a las cuatro de la mañana, no estaba acostado a veces hasta medianoche, tantas fatigas agotaron al fin su naturaleza, y la hicieron sucumbir. Su enfermedad hizo temer por él desde los primeros momentos. El santo Sacerdote, para disponerse a la muerte que miraba como próxima, comulgaba todos los días. El amor de Dios ocupaba todo su corazón; y en un delirio que le duró algún tiempo, no se advirtió en él, como en otro tiempo S. Francisco Javier, más que movimientos plenos de ardor, tiernos suspiros hacia el cielo, deseos inflamables de ver la disolución de esta casa de barro, que impide al alma reunirse con su adorable Príncipe.

Habiéndose extendido el ruido de su mal a la ciudad, la gente de bien se alarmó. Varios quisieron testimoniarle a él en persona lo que les preocupaba su situación. El P. Jean-

Baptiste de Saint-jure de la Compañía de Jesús, conocido por un número de Obras de piedad se apresuró a venir a ver a su querido enfermo que era su íntimo amigo. Tuvo el dolor de encontrarle en un violento transporte; pero en este estado mismo, consiguió de él lo que le habría costado conseguir de muchas personas cuyo espíritu hubiera estado más libre. Vicente, que no le oía más de lo que oye un hombre que se halla en lo peor del delirio, le respondió con estas palabras de la Escritura: *In spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te, Domine*; es decir, Dignaos, oh Dios mío, ponerme y recibirme en los sentimientos de una verdadera humildad, y de un sincero dolor por las faltas que haya tenido la desdicha de cometer. Los Hijos del santo Sacerdote abrumados por la tristeza no sabían qué partido tomar. Unos se abandonaban a las lágrimas y a los gemidos; los otros hicieron por él un Voto a Nuestra Señora de Chartres: pero nadie dio mejor testimonio de su deseo por el restablecimiento del Hombre de Dios como un joven Sacerdote llamado Antoine Dufour, cuya memoria debe vivir para siempre. Él mismo estaba enfermo en el mismo tiempo de la enfermedad del Santo. Apenas se enteró de que este respetable Anciano estaba en peligro de muerte, pidió a Dios que aceptara su vida en lugar de la de un Hombre, que era más necesario que nunca a la Iglesia, al Estado, y a la Congregación en particular. Desde entonces Vicente comenzó a estar mejor, y el joven Sacerdote a bajar de una manera tan sensible que murió poco tiempo después. Era poco más o menos medianoche cuando entregó los últimos suspiros; en el momento mismo los que velaban en la Cámara de nuestro Santo, oyeron dar tres golpes en la puerta; fueron a abrir, pero no encontraron a nadie. Vicente, a quien no le habían contado todavía la muerte de Dufour, ordenó a un Clérigo de la Congregación recitar a su lado una parte del Oficio de Difuntos y cuando al amanecer se supo lo que había ocurrido, no se dudó que había sido informado por vía sobrenatural. Se le persuadió con facilidad que se sabía de más de un lugar que los secretos más impenetrables eran a menudo resueltos y descubiertos a sus ojos. Es lo que han asegurado varias personas dignas de fe, cuyos testimonios podremos además producir. Nos contentaremos por ahora con el de uno de los más antiguos y de los más famosos –sr Martin Husson Abogados del Parlamento de París quien, algunos años después de la muerte de Vicente de Paúl escribió –el 2 de febrero de 1661- a un Hermano de la Congregación en estos términos. *Se me olvidaba decirlos que el Bienaventurado Difunto me predijo cosas secretas y ocultas, que sucedieron dos años después y que él no podía entonces prever, sino mediante una ilustración particular o, mejor dicho, por un espíritu de Profecía.*

Una vez recobrado algo, volvió a comenzar sus ejercicios y sus trabajos con tanto fervor y asiduidad como si no le hubieran llevado a las puertas de la muerte. Uno de sus Misioneros que hacía en Roma las funciones de Superior, le apremiaba entonces a aceptar una nueva Fundación en Cataluña, que él mismo había arreglado con mucho cuidado: pero un Hijo de la Providencia, tal como lo era Vicente de Paúl, le convenció con sus respuestas que convenía seguirla y no adelantarse a ella; que la Congregación recibía nuevas Casas, cuando no podía evitarlo, pero que no daba pasos para buscarlas, y que siempre sería verdad decir, *que Dios arranca la Viña que no ha plantado.*

El Santo habría aceptado con mejor talante la propuesta que Roma le hacía en ese mismo tiempo de enviar obreros Apostólicos a Babilonia y a las Indias Orientales. Había mucho que sufrir y, al parecer, grandes bienes que hacer en esos dos países; motivos así causaban siempre una gran impresión en su alma: pero la muerte del Papa Urbano VIII que ocurrió - 29 de julio- mientras tanto, y los compromisos, que Vicente se vio obligado a aceptar, pararon una parte de estos proyectos, y suspendieron la otra. El santo Hombre, a la espera que la voluntad de Dios se manifestara con mayor claridad, partió para Richelieu. La

esperanza de realizar allí un bien, que otros habían intentado inútilmente, fue la única razón de este viaje. Ya que es bueno señalar que no los hacía más que por obediencia o por necesidad. Él mismo dijo que había aprendido del Cardenal de la Rochefoucault, que un Superior debe amar la residencia –carta del 4 de enero de 1645-; que el bien que hace en sus Casas, al visitarlas, no está compensado por la pérdida que sufre la suya propia con su ausencia; Y que, mientras se encuentra de camino, una cantidad de asuntos exteriores, que a menudo no permiten retraso, no pueden arreglarse como es debido. Así los recorridos que se veía obligado a hacer de tiempo en tiempo no tenían para él el atractivo que tienen a veces para los demás; y él mismo confiesa que mientras estuvo en Richelieu –carta del 5 de octubre de 1644- estaba ocupado de la mañana hasta la noche.

Todavía no había regresado cuando la Reina le dio orden de enviar a sus Sacerdotes a Fontainebleau para dar una Misión allí. A pesar de la autoridad de la que mandaba, no la emprendió más que con el permiso no sólo del Arzobispo de Sens, sino también del Párroco del Lugar. René Alméras, que sucedió a nuestro Santo en el Cargo de Superior General, se trasladó allí con un buen número de celosos Operarios. Las necesidades eran grandes, el éxito respondió.

Ocurrió en el curso de esta misión que Vicente aceptó al fin la dirección perpetua del Seminario de Saintes. Hacía más de tres años que sus Sacerdotes trabajaban por la salvación de los pueblos de esta Diócesis. Jacques Raoul, que era su Obispo y que había tenido todo el tiempo necesario para conocerlos a fondo, les rogó –el Acta de unión es del 27 de setiembre- que se encargaran del cuidado de sus jóvenes Eclesiásticos. Vicente no ratificó el Acta de Unión hasta dos meses después, bien porque quisiera que recayera este Seminario en alguna otra Comunidad; bien porque tenía por entonces gran necesidad de un buen número de Sacerdotes para la ejecución de los grandes designios que meditaba.

En efecto, aparte de la misión de le Mans, para la cual el Preboste de Nuestra Señora de Coëfford y los Señores sus Cofrades cedieron, con auencia del Rey, todo lo que dependía de ellos, el Siervo de Dios, que sabía por su propia experiencia a qué peligros están expuestos los Esclavos Cristianos de Túnez, de Argel, de Bizerta, y de los demás Cantones de Berbería, pensaba seriamente en procurarles una ayuda, que él no había tenido en el tiempo de su cautividad. Julien Guerin nacido en la Diócesis de Baïeux, hombre que, antes de asociarse a Vicente de Paúl, había sabido santificarse en la profesión de las Armas fue aquel a quien el Santo, que conocía su virtud y su valor, dio el Departamento de Túnez. Hubiera sido difícil hacer una elección mejor. El sr Guérin unía a una unción capaz de mover los corazones más endurecidos un celo comparable al de los mayores Apóstoles. El Obispo de Saintes, en cuya Diócesis había trabajado, decía bien claramente *que no conocía a nadie en el mundo en quien la Obra de Dios apareciera con mayor claridad, y que tuviera más gracia en anunciar las verdades del Evangelio*. Aunque se decía de él, como de S. Juan Bautista, que vivía sin beber ni comer, trabajaba con tal continuidad y ardor que se necesitaba una especie de Milagro para conservarle la vida. Había deseado siempre morir entre los cautivos y los bárbaros. La sola idea de que pudiera ser un día bastante feliz para sufrir lo que sufren los Mártires, le transportaba de alegría. Como alguien le dijera un día, la víspera de su partida, que iba a ser colgado en Berbería: es demasiado poco, respondió, no quisiera ir si creyera que iba a ser por algo tan barato. Espero que Dios me haga la gracia de ser empalado, o de sufrir alguna cosa peor.

Estas ideas heroicas continuaron en Túnez. El hombre Apostólico con su trabajo logró que su paciencia fuera invencible en las persecuciones y su amor por las cruces, frutos prodigiosos de los que hablaremos en el octavo libro de esta Historia, que hemos destinado

a las misiones, y principalmente a las que se dieron en Países extranjeros. Si Dios no le hizo alcanzar la Corona del Martirio, le honró al menos con la que se debe a la más eminente caridad. No hacía aún cuatro años que estaba en Berbería cuando, debido al trato easiduo que mantuvo con los Esclavos afectados de la peste, él mismo fue víctima de ella, y acabó así una vida santa con una muerte preciosa a los ojos del Señor. Por suerte para los Cristianos de África, había obtenido del Day, que es como el Rey de Túnez, desde el año precedente, el permiso de hacer venir de Francia a un segundo Sacerdote, que pudiera ayudarle a recoger una cosecha demasiado abundante para un solo hombre: y Vicente a quien no le costaba tratándose de ayudar a los miserables, había mandado –en 1648 salir al momento a Jean le Vacher Sacerdote de la Diócesis de París. Fue este hombre incomparable quien, después de trabajar durante más de 23 años por la salvación de los Esclavos, y de los Turcos mismos en Túnez y en Argel, tuvo por fin la suerte de ser puesto en la boca del Cañón –en 1683- y ser el primer Hijo de Vicente de Paúl que, en este país infiel y bárbaro, haya derramado su sangre por la Fe de Jesucristo. Diremos algo en otra parte, pero hemos de confesar que es debilitar la memoria de estos Héroes Cristianos si les damos a conocer tan a la ligera. Las vidas de más de veinte de ellos, que quedan manuscritas en los Archivos de S. Lázaro, no podrían sino edificar a muchos que tienen piedad y Religión.

El Siervo de Dios no descuidaba en Francia los ejercicios de caridad que sus Sacerdotes realizaban tan generosamente en una tierra extranjera. La persecución que los Católicos y sobre todo los Sacerdotes sufrían en Gran Bretaña, donde el hipócrita y perverso Cromwel, con el nombre de Milord Protector, ejercía toda la autoridad de los mayores Reyes; esta persecución, digo, obligó a abandonar su Patria a un número de Eclesiásticos y a implorar la caridad de Vicente, asilo ordinario de la virtud oprimida. El Santo, después de remediar las necesidades del cuerpo con las limosnas que les hizo distribuir, se esforzó por detener las necesidades espirituales que, aunque menos sensibles, son mucho más peligrosas. Como había en su Congregación algunos Sacerdotes de los mismos Reinos, les encargó de reunir con frecuencia a estos pobres fugitivos y darles Conferencias Eclesiásticas. Este medio iba dirigido a reunirlos y llenarlos poco a poco de las virtudes de su Estado. Pero la división que reinaba en su País, donde el hermano estaba armado contra su hermano, se interpuso entre ellos. Cada uno tomaba el partido de su Provincia y quería justificar la conducta que había observado, o que observaba aún en la época de los disturbios. Por más que se les manifestaba que no era cuestión de saber si Escocia tenía razón, o si Irlanda estaba equivocada, no podían estar juntos sin disputas. Así fue necesario romper estas Asambleas. Los hubo entre estos Señores a quienes se persuadió vivir en comunidad, y quienes con el tiempo se determinaron a ello.

Vicente, a quien una obra buena no dejaba nunca de ver la luz para comenzar otra, quiso hacer a favor de un número de Sacerdotes del Reino, lo que había emprendido por los Extranjeros. Había visto y advertido por sí mismo y con mucho dolor que entre esta multitud de Eclesiásticos, a quienes el deseo de estudiar, las ganas de hacer fortuna, la necesidad de sus asuntos, la curiosidad misma, y con bastante frecuencia el amor de una libertad peligrosa, atraen a París, hay muchos a los que la mediocridad de su fortuna obliga a residir en tabernas, que por cierto no son lugares de virtud ni de inocencia. Estos Sacerdotes, la mayor parte de los cuales habrían hecho mejor con no subir al Altar, iban de Iglesia en Iglesia a mendigar sus Misas, o más bien la retribución que las acompañaba. Celebraban sin respeto, sin preparación, y a menudo sin saber las ceremonias. Los había que pedían limosnas en público y que, envileciéndose a sí mismos por el modo indecente

con que fatigaban la caridad del prójimo, envilecían por consiguiente el Sacerdocio de Jesucristo. No había más que un partido que tomar para detener este desorden; y este partido era reunir a estos Sacerdotes en Cuerpos de Comunidad, hacerles conocer la grandeza de su vocación, instruirlos en sus obligaciones, colocarlos poco a poco en disposición de servir en Parroquias, y pedir a sus Obispos que les dieran empleos, una vez que se les hubiera hecho capaces de trabajar con edificación. Vicente, siempre preparado a hacer el bien, se encargó de emprender éste. Y lo hizo con tal desinterés que le ha dado tanto honor ante Dios y ante los hombres. Este es el modo cómo lo consiguió.

El Seminario establecido en el Colegio de los Bons-Enfants, era la única de sus Casas, donde podría alojar a estos Eclesiásticos, mandó salir a los jóvenes Clérigos, que se educaban allí según el Plan del Concilio de Trento, y los trasladó a la casa de S. Charles, en la que continuaron formándose como antes. Dio a los Sacerdotes de quienes hablamos las Habitaciones que estos chicos habían ocupado anteriormente; y contentándose con los honorarios de sus Misas a cambio del precio de su alimentación, los hizo instruir en todo lo que debían saber por sí mismos y para los pueblos. Mas para que perdieran menos tiempo y que, los que, después de arreglar los asuntos de su conciencia, eran juzgados capaces de celebrar no se vieran obligados a ir a buscar su Misas a derecha y a izquierda, se determinó con los Señores del Capítulo de Nuestra Señora, que irían a decirla en la Catedral, y a la hora que les fuera señalada. Eran por lo general unos cuarenta, y habría habido más, si no hubiera faltado el alojamiento. Es verdad que esta acción de caridad fue muy onerosa para la Congregación. En términos tan costosos como lo eran aquellos, la retribución de una Misa no era suficiente apenas para el alimento de un hombre. Sin embargo se contentaban con menos: y Vicente les entregaba a menudo una parte para su mantenimiento, cuando sus familias no se lo daban. El santo Sacerdote salió bien recompensado por el buen ejemplo que dieron al público estos hombres que hasta entonces no le habían edificado. Se volvieron graves, modestos, recogidos; y muchos de ellos de regreso a sus Provincias, realizaron allí muchas obras buenas.

Ya que hemos vuelto a este Seminario, no nos saldremos demasiado de nuestro propósito al señalar que nuestro Santo visitaba de vez en cuando a los Eclesiásticos que se formaban allá en la virtud. Sus discursos unidos al gran modelo de virtud que llevaba a todas partes consigo, hacían una especie de impresión en estos corazones jóvenes, a los que la gracia había preparado ya para el bien. Parece que algunos de ellos hasta eran dirigidos por él particularmente. Fue él quien formó a Luis Eudo de Kerlivio en esta piedad grande y sólida, que le otorga un rango tan hermoso en las Vidas de los Santos de Dom Gui-Alexis Lobineau -21 de marzo-. Aunque no hubiera cumplido todavía los veinticuatro años, el Siervo de Dios decía de él que igualaba ya a los más fervientes Religiosos; que él no merecía dirigirle y que, si viviera mucho tiempo, llegaría a un grado muy alto de perfección.

Eclesiásticos de este carácter eran la alegría y en consuelo de Vicente de Paúl. Estaba pronto a hacerlo todo, a sufrirlo todo por ellos: era más sensible a sus intereses de lo que lo era a los suyos propios. Dio por ese mismo tiempo una prueba clara con ocasión de una terrible afrenta que se hizo a Jean-Jacques Olier, su íntimo y antiguo amigo. Este digno Fundador del Seminario de S. Sulpicio era entonces Párroco de la Parroquia del mismo nombre. Quien se la había renunciado y le había animado mucho a aceptarla, seducido por personas, a quienes no les gustaba un Pastor tan vigilante como el sr Olier, quiso volver a ella. Los que apoyaban sus pretensiones, hicieron correr la voz que le habían engañado, y que el Beneficio que le habían dado a cambio, no valía lo que le habían prometido. En ese

mismo momento una multitud de sediciosos se armaron con todo lo que les cayó en mano. El sr Olier fue expulsado de su propia casa, arrastrado por la mitad de la calle, y perseguido a punta de espada. Un Decreto del Parlamento que le restableció no calmó los espíritus. Desde el mismo día su Presbiterio fue sitiado; trataron de forzar las puertas y de escalar las paredes; y a no ser por unas Compañías del Regimiento de la Guardia, que envió la Reina, con toda seguridad que le habrían quemado vivo en su Presbiterio.

Como la transacción entre el antiguo y el nuevo Párroco había tenido lugar como consecuencia de la Misión famosa, que Vicente había dado en el barrio de S. Germain; que el mismo sr Olier era un gran Misionero, y que al hablar bien en su nombre, bien en nombre de los que le eran más afectos, decía con frecuencia: *El sr Vicente es nuestro Padre y nosotros debemos honrarle como tal*; se pensó en la corte que estos dos grandes Siervos de Dios, no teniendo más que un corazón y un alma, ellos y sus Sacerdotes no formaban más que un solo cuerpo. Por eso, cuando Vicente fue a saludar a la Reina después de este alboroto, recibió por ello reproches bastante vivos de varias personas de distinción, de los Príncipes mismos y de los Ministros de Estado. Es claro como el día que podía con una sola palabra cerrarles la boca: pero este humilde y perfecto amigo quien, si se hubiera tratado de una cosa que los Cortesanos hubieran tenido como honrosa pata el sr Olier y a sus Sacerdotes, no habría dejado de atribuirles toda la gloria, se condujo de diferente manera en una coyuntura en la que tanta gente estaban, aunque mal, aconsejadas contra ellos. Sin decir ni quiera insinuar que había entre las dos Comunidades otros lazos que el de la caridad y de la estima, hizo bien claramente la apología del Párroco de S. Sulpicio, como un Padre habría hecho la de su Hijo: justificó sus pasos, y desengañó a cuantos quisieron serlo. Esta conducta que le envolvía en la querrela de su amigo y que le exponía a la misma tormenta, pareció grande y generosa a las personas que sabían o que supieron después el fondo de las cosas. Enseña a quienes están a favor a ayudar cuando pueden sin lesionar la justicia, los intereses de los que no lo están. La ocasión de servir es preciosa; no se la tiene todos los días.

Vicente envió el mes de julio a algunos de sus Sacerdotes a la Diócesis de S. Malo. Aquiles de Harlai de Sancy, que era su Obispo los deseaba hacía ya tiempo y los había pedido con mucha insistencia. Los estableció en S. Méen, de donde era Abate, y que estando situada en el corazón de su Diócesis, era más idónea que ningún otro Lugar para la erección de un Seminario.

Ninguna Fundación causó tanto dolor al Siervo de Dios como ésta. Apenas hubieron entrado sus Misioneros, cuando en virtud de un Decreto del Parlamento de Bretaña fueron desalojados de allí. Vicente, que algunos meses antes había escrito a uno de los suyos que *era mejor perder que pleitear*, comenzó por hacer lo que un hombre como él debe hacer; es decir que quiso retirar a sus Sacerdotes, a quienes necesitaba en otro lugar, pero el Obispo se opuso con todas sus fuerzas. Le expuso que no había hecho nada disconforme con las Cartas Patentes del Rey -del 20 de octubre de 1643-; que no había en la Abadías de S. Méen más que dos ancianos Monjes, cuyo consentimiento había obtenido, y que no eran ni querían ser reformados; que la Abadía, constantemente sometida a la Jurisdicción de sus Predecesores y a la suya, no era miembro de ninguna Congregación y que, independiente de todo otro Cuerpo, nunca había recibido visitas más que por parte de los Obispos. Vicente le dejó pues sus Sacerdotes y les dio orden de obedecerle, pero tuvo mucho cuidado de meterse en pleitos, y nunca lo hizo, ni por sí ni por los suyos.

Para oponer de algún modo la fuerza a la fuerza, el sr de S. Malo puso a la Iglesia de S. Méen en entredicho; prohibió a sus diocesanos, bajo pena de excomunió, poner el pie en

ella, mientras estuviera bajo el poder de los que se habían apoderado de ella; y llevando al Rey las pruebas que le parecían justas, consiguió un Decreto del Consejo privado, por medio del cual, los que habían despedido a los otros, fueron despedidos a su vez. Este remedio, que de por sí es violento, no hizo sino agravar el mal. El Parlamento consideró como obtenido por sorpresa el Decreto, del que acabamos de hablar: dio un Decreto de Aplazamiento personal contra el señor de Orgeville, Gran Vicario de S. Malo, que le había hecho ejecutar; y Pedro de Beaumont, uno de los que el Siervo de Dios había enviado a Bretaña, habiendo entrado por orden de este mismo Gran Vicario en la Casa de S. Méen, fue conducido a Rennes, y encadenado.

A las primeras noticias de esta conducta, que la Corte consideró atentado, el Rey mandó partir a un Oficial de la Cadena, con orden de reivindicar al prisionero. Vicente escribió por su parte al Primer Presidente. Le suplicó *por las entrañas de Jesucristo que tuviera a bien proteger la inocencia de un buen hombre de bien* -8 de septiembre de 1646-; y que no había cometido la falta de tomar una habitación en la Abadía más que porque no entendía nada de los Procesos, y había creído obrar bien, *siguiendo las órdenes de su Obispo y del Rey*. Parece por otra Carta del Santo –del 12 de setiembre-, que estas reflexiones habían sido ya hechas en Rennes y que el señor de Beaumont, después de cuatro o cinco días de detención había sido despachado. Sea como fuere, los últimos Procedimientos del Parlamento fueron anulados con mucho escándalo, y las Cámaras reunidas concluyeron con una nueva declaración de leves advertencias. Esto es lo más fuerte que encuentro; y la imparcialidad, de la que un Historiador debe, cuando la Religión se lo permite, hacer una profesión constante, me obliga a no disimularlo. Los Señores del Parlamento, después de admitir que los Sacerdotes de la Misión, de quienes no hablan por otra parte ni mal ni bien, son Seculares por su Estado, continúan en estos términos: *Vuestra Majestad sabe que, cuando se trata de extinguir la calidad de un Beneficio y de Regular que es hacerle Secular... un cambio tan importante no se hace, y no se puede hacer sin intermedio y autoridad de quien es el Jefe visible de la Iglesia universal como Vicario de Jesucristo.*

Fue, al parecer, para evitar este inconveniente, cuando bajo Fernando de Neufville Sucesor del Señor de Harlai, el Clero de la Diócesis que, queriendo un Seminario en S. Méen, había tomado el partido de su Obispo, se proveyó en la Corte de Roma. El asunto se examinó con toda la lentitud que se acostumbra usar en esta clase de casos. Las partes interesadas, quiero decir, del Agente del Clero de S. Malo, por un lado, y el Procurador General de la Congregación de S. Maur, del otro, fueron escuchadas. Finalmente, después de una larga discusión, el Papa dio su Bula. Señala en ella en términos formales que otorga a las súplicas insistentes de todo el Clero de la Diócesis de S. Malo que reunido en Sínodo se la ha pedido: hable de una manera muy honrosa de los Sacerdotes de la Misión, de sus trabajos en los Seminarios y de las bendiciones quiere darles.

Como la Sede de S. Malo estaba vacante por el traslado del sr de Neufville al Obispado de Chartres, la Bula de Alejandro VII fue dirigida al Obispo de Dôle. Las formalidades volvieron a empezar, y antes de fulminarla, el oficio dio los informes jurídicos del procedimiento y de la conducta de los Misioneros. Nunca Sumarios fueron más gloriosos a aquellos a quienes se les tributó. El Clero, la Nobleza, los Jueces mismos de los Lugares del vecindario depusieron a favor de los Hijos de Vicente de Paúl. Todo el mundo dijo, cada uno a su modo, que desde que estaban en Méen, la cara de la Diócesis había cambiado; que los pueblos del campo estaban instruidos, y que los Eclesiásticos, no sólo de S. Malo sino también de Vannes, de Dôle, de S. Brieu y de Rennes, estaban formados en todas las funciones del ministerio. El Rey mandó expedir nuevas Cartas Patentes; pero como esto no

fue hasta después de la muerte del Siervo de Dios, el hecho no entra en mi Historia. Yo no he hablado por otra parte con tanta extensión del asunto de S. Méen, más que debido a que el Promotor de la Fe le puso una objeción, cuando se trabajaba en beatificar al santo Sacerdote. Es, como se ve, tan sólida como la que se saca de la Feria de S. Lorenzo, de la que mucha gente, o poco instruidos, o mal intencionados, ensordecen al público. Se enterarán cuando les plazca que hacía más de dos años que Vicente no estaba ya, cuando el Parlamento de París registró las Cartas que permitían establecerla en pie donde hoy se encuentra: y le agradecería hacer ver que su erección no puede causar daño a la memoria del sr Alméras, por cuyos cuidados ha sido colocada poco más o menos en el estado en que se encuentra todavía hoy.

Para decir todavía una palabra a propósito de S. Méen, añadiré que el asunto causó una emoción pasajera en los espíritus, sin alterar la caridad que debe unir los corazones. Cada partido nos proporciona pruebas tan consoladoras, que son raras hoy en día. En el momento mismo de la crisis, Vicente escribía a uno de los suyos –al sr Portail-, el 25 de agosto de 1661, estas palabras notables: *Hasta ahora he prestado a la Congregación de los Religiosos reformados todos los servicios que he podido prestarles y, por la gracia de Dios, cuento con poder continuar hasta el fin.* Y continuó efectivamente, y mediante un uso del crédito que tenía en la Corte, hizo ver en más de una ocasión que sus palabras no eran un cumplido vano. Por otro lado, Dom Grégoire Tariffe no se cansaba de publicar las virtudes del santo Sacerdote; y así fue de alguna manera que para entrar en las miras de este gran Religioso, su piadosa y sabia Congregación fue una de las primeras en solicitar del Soberano Pontífice la Beatificación de Vicente de Paúl. No es la única vez que los Hijos de S. Benito han dado al Fundador de la Misión pruebas decisivas de estima y de respeto.

El Santo se los erigía a sí mismo más duraderos, que los que están grabados en el mármol o en el bronce. Cien veces había recomendado a sus Casas el desprendimiento de los bienes de la tierra; les enseñó en aquel mismo tiempo hasta dónde debía llegar este desprendimiento.

Un particular, que había dado un fondo de cuatro mil libras para las Misiones, cayó en la necesidad. Cuando Vicente fue informado, le escribió para recuperara la renta, añadiendo que si no era suficiente, iba a hacerle la retrocesión del capital; y para hacerle decir su pensamiento con más libertad –carta del 28 de agosto de 1646-, le explicó que no era la primera vez que había obrado así, y que había mandado entregar al Párroco de Vernon el fondo de seiscientas libras de renta que los suyos habían recibido de él. El Santo ha marchado siempre por el mismo camino. Algunos años después, habiendo sabido que uno de los Bienhechores de su Congregación, que se decía que andaba algo mal en sus negocios, no echó en cara su propia liberalidad: *Os suplico*, le dijo Vicente, *que uséis del bien de nuestra Compañía como del vuestro. Estamos preparados a vender para vos todo lo que tenemos, y hasta nuestros Cálices. No haremos en esto más que lo que ordenan los santos Cánones, que es dar a nuestro Fundador en su necesidad lo que él nos ha dado en su abundancia. Y esto que os digo, Señor, no os lo digo por ceremonia, sino delante de Dios y como lo siento en el fondo de mi corazón.*

A estos dos rasgos de un verdadero y perfecto desinterés, añadiré un tercero que los pasa por mucho; y es que un número de Damas de la primera distinción, habiendo ofrecido a este santo Sacerdote la suma de seiscientas mil libras para construir una nueva Iglesia, él no quiso recibirla: alegó como razón que los pobres comenzaban a sufrir y que los primeros templos que pide Jesucristo son los de la caridad y de la misericordia.

Fue por entonces cuando el santo Hombre se determinó a hacer nuevos esfuerzos para enviar a algunos de sus Sacerdotes a África y a Asia. Salé ciudad del Reino de Fez, menos famosa por su Mezquita que de mil cuatrocientos pies de longitud que por la crueldad y el número de sus Corsarios, fue el primer objeto de sus cuidados. Creyó que un Misionero celoso podría hacer allí los mismos bienes que sus Hermanos hacían en Argelia y en Túnez; y que, como ellos, enseñaría a los esclavos a santificarse por la Fe y por los sufrimientos. El que había señalado Vicente recibió la orden de ir en Marsella al Cónsul de Francia, que estaba preparado a hacerse a la vela para Salé. Pero habiéndose adelantado un Religioso y apoderado de esta Misión, el santo que temía el mal entendimiento tan peligroso en los asuntos de Dios como en los proyectos políticos, creyó un deber escribir sobre ello al Cónsul –c arta del 5 de octubre-. Después de agradecerle el honor que hace a la Congregación de poner los ojos sobre ella para emplearla en el servicio de Dios y en la asistencia a los esclavos de Berbería, le manifiesta, que él y los suyos tienen por máxima ceder a los demás las buenas obras que se presentan por hacer; que está persuadido de que ellos desempeñarán mucho mejor el trabajo de lo podrían hacerlo los Sacerdotes; y que si por desgracia estos Obreros cuyos empleos serían tan limítrofes, llegaran a tener alguna reyerta no dejarían de escandalizar a los Cristianos y a los Infieles. Estas razones, cuya solidez demuestra bien una experiencia funesta, suspendieron la partida del que estaba destinado para ese País bárbaro; y este plan, que se desvaneció poco a poco, no dejó a Vicente más que el consuelo de hacer lo que podía hacer razonablemente para ejecutarlo.. Volvió pues todas sus miradas hacia Asia. Se trataba de enviar a Babilonia un Coadjutor, que compartiera con el Obispo de aquel lugar las fatigas del Ministerio. La Congregación de la Propaganda apremiaba al Santo para que entregara a un hombre formado por su mano, o que fuera de su gusto y de su elección. El Nuncio se lo pedía con insistencia. La caridad de Jesucristo y el deseo de extender su Imperio le urgían todavía más que los mismos hombres. Como se trataba de una dignidad Eclesiástica, y hubiera deseado que no recayera sobre ninguno de los suyos, puso los ojos en Hipólito Ferrer, cuyo celo y virtud él conocía: pero el Arzobispo de París no quiso sacrificar a un hombre que le servía muy útilmente: le hizo Párroco de la Parroquia de S. Nicolas de Chardonnet; y Vicente después de buscar inútilmente entre los Sacerdotes de la Conferencia del Martes a alguien que acudiera y quisiera prestarse a una obra tan buena, fue obligado a volverse a su Congregación para encontrar a un Sujeto capaz de responder a los designios de la Sede Apostólica. Jean d'Horgni, que era uno de sus siete primeros compañeros y que por entonces desempeñaba en Roma la función de Superior, no aprobaba el proyecto de la Misión de Asia, se esforzó en quitarle las ganas al Siervo de Dios; tras muchos razonamientos basados únicamente en los gastos y dificultades de la empresa, eran otros tanto motivos capaces de animar cada vez más al santo Sacerdote; le atacó por el lado de la humildad y le expuso que al abrir la puerta a las Prelaturas, él la abriría al mismo tiempo a las murmuraciones, a la envidia y a la ambición. Aunque Vicente estimara al sr d'Horgni, no se dejó engañar. Le siguió diciendo que, después de hacer todo cuanto dependía de él, para procurar a un externo la dignidad de que se trataba, no tenía nada que reprocharse; que le entrarían escrúpulos por no obedecer a la voz del Soberano Pontífice; que el poder que Dios ha dado a su Iglesia de enviar por toda la tierra a Obreros Apostólicos reside en él de manera particular; que un obispado situado en una tierra extranjera, alejado del trato de todos nuestros amigos, peligroso por razón del viaje, más peligroso todavía por razón de la residencia no podía tentar más que a hombres Apostólicos; que él contaba que aquel que escogiera viviría como han vivido los primeros obispos; que era el único medio de dar

fruto; que el fasto y la pompa no convienen a los Discípulos de un Dios, que comienza por hacer renunciar a ello a los que abrazan su Ley; y que los fieles, al comparar el estado humillado del Maestro con el exterior brillante de los que ocupan su lugar, suelen escandalizarse.

A los motivos sacados de la obediencia debida al Vicario de Jesucristo, y de la necesidad particular que Babilonia y sus cercanías tenían de buenos Obreros, Vicente añade otro, que repite al menos tres veces en diferentes cartas, que escribió entonces -31 de agosto de 1646, del 8 de marzo y 2 de mayo de 1647-. Confiesa pues, que una inclinación secreta le arrastra a contribuir con todas sus fuerzas a la Propagación de la Fe en las Tierras infieles; que un hombre, que ama a la Iglesia, debe tratar de compensarla por las pérdidas que ha sufrido por las últimas herejías; que una parte de Alemania, Noruega, Dinamarca, Suecia, y un gran número de otros Reinos se han rebelado contra ella desde hace al menos un siglo; que una deserción casi parecida parece amenazar a Francia; que la corrupción de las costumbres, el desprecio por los Misterios de la Religión, los errores que pululan cada día, que crecen, que causan grandes estragos en ella, le hacen temer que Dios le quite la Fe, para dársela a los que no la tienen, y que este don precioso se le escape al fin en menos tiempo del que ha pasado desde que nuestros vecinos la perdieron. *En cuanto a mí*, añade el Santo - 8 de marzo, *yo sé que esta idea me preocupa hace mucho: pero aunque Dios no tuviera ese designio, nosotros deberíamos siempre contribuir a la propagación del Evangelio*

Sentimientos tan dignos de un Ministro de la Iglesia no pudieron ser sino muy agradables a quien por su gracia los había inspirado. La preparación del corazón fue quizás todo lo que exigía de Vicente. El viaje de Persia fracasó, se dice, como el de Salé; y nuestro Santo, que estuvo siempre listo para todo acontecimiento, se consoló de ello con la esperanza de hacer en otra parte lo que había resuelto hacer en estos Países bárbaros.

Las nuevas opiniones, de las que el Siervo de Dios acaba de quejarse tan amargamente, se hallaban encerradas en parte en el Libro de Jansenius, quien comenzaba ya a hacer mucho ruido, y de quien hablaremos más adelante, y en parte en las Obras de sus Defensores. Se examinaba entonces en Roma una Proposición, que parecí poner entre S. Pedro y S. Pablo una igualdad perfecta, haciendo de estos dos Apóstoles dos Jefes de la Iglesia, que se reducían a uno. El Abate de Barcos sobrino de Saint-Cyran la había insertado en el Prefacio del Libro de la frecuente Comunión. *No cabía allí en absoluto*, como lo ha señalado el Doctor Dupin. Pero el Autor había creído al parecer que esta clase de diferencias se perdonarían a favor de la buena intención. Se equivocó: su Proposición fue sancionada en Roma, y Vicente -Carta del 4 de octubre de 1646-, a quien estas desavenencias nacientes afligían sensiblemente, contribuyó a esta censura, como diremos más tarde.

Tres o cuatro meses antes, Inocencio X proporcionó al santo Sacerdote una ocasión de señalar su celo por la Fe y de hacer el bien en Hibernia, que no había podido hacer en Oriente. Este gran Papa le hizo saber que la Religión, violentamente atacada por los Anglicanos, corría peligro de ser totalmente aniquilada en Irlanda; que los Católicos que tenían muy pocos Pastores vivían en una profunda ignorancia de nuestras santas verdades; que de todos los discurso que oían no había casi ninguno que no se dirigiera a sumergirlos en el error; y que al fin, para detenerlos al borde de una pendiente tan rápida, lo más acertado era darles Misiones, que al esclarecer el espíritu, reformar el corazón, no dejarían de producir disposiciones directamente opuestas a la herejía.

Vicente obedeció sin dilación a la voz del Vicario de Jesucristo; y como él vio que la mies que se le proponía era espinosa en extremo, escogió de su Congregación a ocho Operarios,

capaces de hacer la cosecha a expensas mismo de su vida. Cinco de estos virtuosos Sacerdotes, educados en la Gran Bretaña, conocían perfectamente las costumbres y la lengua; los otros, con un poco de trabajo podían estar en condiciones de ser entendidos del pueblo. Todos se prepararon a salir, y se postraron a los pies del Santo para pedirle su bendición. Vicente pidió al Dios de las misericordias que se sirviese bendecirlos él mismo. *“Permaneced unidos, les dijo, y Dios os bendecirá, pero estad unidos por la caridad del Hijo de Dios; toda unión que no está cimentada en la Sangre de este divino Salvador no puede subsistir. En Jesucristo pues, por Jesucristo y para Jesucristo, debéis estar unidos unos con otros. El Espíritu de este Dios-hombre es un espíritu de unión y de paz. ¿Cómo podríais atraer las almas a su servicio, si no estuviéseris unidos entre vosotros y con él mismo? No tengáis pues sino un mismo sentimiento y una misma voluntad. Si los caballos, uncidos al arado para roturar el campo, tiraran unos de un lado y otros del otro lo romperían todo. Dios os llama para trabajar en su viña, id pues; pero id no teniendo sino un mismo corazón y una misma intención, y de esta forma lograréis fruto”*.

Les indicó a continuación el modo como debían comportarse en el viaje y cuando llegaran a los lugares. Les exhortó ante todo a ser testigos de gran respeto al Soberano Pontífice en un país, en el que muchos del Clero fallaban en esto y no daban buen ejemplo a los demás Católicos. Finalmente, les prescribió los detalles de los medios más idóneos para triunfar en esta importante Misión. Ellos reconocieron en la práctica, y confesaron a su regreso que debían, después de a Dios, el fruto de su trabajo a los consejos saludables que esta sabio y juicioso Superior les había dado.

No habían salido todavía de Francia, cuando comenzaron a extender el fuego, con el que los había abrasado el santo. Obligados a esperar en Nantes, más de lo esperado, la ocasión de embarcarse, se esparcieron por aquí y por allá; y con los permisos necesarios, instruyeron a los pobres, sirvieron y consolaron a los enfermos en los Hospitales; dieron conferencias espirituales a las Damas de la Caridad de las Parroquias, y les enseñaron el modo de visitar y de asistir a los enfermos en el espíritu de caridad y de compasión, del que nos ha dejado ejemplo el Hijo de Dios.

De Nantes se dirigieron a S. Nazaire, donde debía tener lugar el embarque: allí se encontraron con un gran número de personas, que iban a hacer el viaje con ellos. El barco holandés que los había de llevar, no encontrándose aún listo para hacerse a la vela, dieron una especie de Misión a aquellos de los pasajeros que quisieron aprovecharse de la ocasión. Un gentilhombre Inglés y Hereje tuvo la curiosidad de escucharlos. No pudo resistir contra el Espíritu santo que hablaba por su boca. Se le abrieron los ojos: volvió a aquella misma Iglesia, de la que sus Padres se habían separado tan desdichadamente. Todo daba a entender que Dios tenía sobre él designios de salvación. Tres días después, no sé por qué casualidad, fue herido de muerte; y viendo que no podía eludirla, no cesaba de agradecerle a aquél que por su gracia le había hecho pasar de las tinieblas al sendero de la luz y de la paz. Su boca no tenía expresiones para demostrar lo suficiente su gratitud. Daba cuenta de manera tan viva del dolor y del pesar por sus pasados extravíos, que todos los que le oyeron hablar no pudieron contener las lágrimas y quedaron muy edificados por sus disposiciones.

Nuestros Misioneros partieron por fin, y antes de llegar a Limerik, esquivaron por mar y por tierra tempestades y asaltos tan violentos que fueron de milagro arrancados a las puertas de muerte. Hablaremos en otro lado de las victorias que lograron sobre el enemigo de la salvación, y de los medios que empleó éste para vengarse.

Mientras que los Sacerdotes de Vicente de Paúl estaban tan santamente ocupados, se le presentó una ocasión de asociarse a una parte de sus trabajos. Ana de Austria, habiendo

llevado el Rey a su hijo a Compiègne, y de Compiègne a Amiens, para tranquilizar la Provincia, y alentar a sus tropas, a las que diferentes fracasos habían intimidado; el Santo se aprovechó de la ausencia de Sus Majestades para reanudar en el campo sus funciones Apostólicas. Dio la misión en Moüi en la Diócesis de Beauvais; y a petición de la Señora Princesa de Conti, estableció allí la Cofradía de la Caridad que, según un escritor muy moderno, es todavía una de las más florecientes del Reino. Fuera el que fuera el gusto que tuvo por este género de trabajo, no pudo continuarlo por mucho tiempo; tanta gente lo necesitaban en París, que se le echaba de menos enseguida.

Sus luces y su protección eran entonces necesarias a la Comunidad de las Hijas de la Providencia, de las que era Superior. Tan sólo hacía cuatro años que había sido nombrado por Marie de Lumague, Viuda de François Pollation, Consejero del Rey, y su Residente en Raguse. Esta piadosa Mujer, educada hacía varios años en la Escuela de Vicente de Paúl, en la que había aprendido a practicar las más sólidas virtudes del Cristianismo, y sobre todo la confianza en Dios y el celo de la salvación de su prójimo. Con estas felices disposiciones, aunque no tuviera otro fondo que de la Providencia, se propuso dar asilo a las jóvenes de su sexo, a quienes la belleza, la indigencia, el abandono o la mala conducta de sus padres, pueden ser una ocasión de perderse, delante de Dios y delante de los hombres. Francisco de Gondi Arzobispo de París quiso saber lo que pensaba nuestro Santo de esta nueva Fundación, antes de dar su última Aprobación. Por orden suya Vicente les hizo dos visitas regulares, a fin de reconocer los talentos y la vocación de las que se presentaban a concurrir a la formación de esta Sociedad naciente. De treinta Jóvenes, que había entonces, eligió a siete, que le parecieron más aptas para servir de bases a todo el Edificio. Les dio consejos dignos de su alta sabiduría, de su gran experiencia; y difundió en sus corazones Chispas vivas del fuego que le consumía.

Todo parece dar a entender que fue él quien cuatro años después llevó a Ana de Austria –en 1651- a darles el Hospital *de la Salud*, situado en el Barrio de S. Marcel, que es todavía hoy el lugar de su residencia. Es contiguo al magnífico Monasterio Val-de-Grace, donde esta Princesa pasaba de ordinario las principales Fiestas del año; y por ello lo prefirió a otro: porque como ella misma lo dijo en el Contrato de Donación, quería tener a la vista esta Fundación, de la que esperaba grandes frutos. Los acontecimientos han justificado la espera de esta Reina tan digna de serlo. La casa de la Providencia ha sido siempre, y lo es todavía hoy el buen olor de Jesucristo. El espíritu de Vicente, que ha sido su primer Superior, se ha perpetuado en ella. Su memoria es tan cara y respetada. Se tiene como honor y deber allí imitar sus virtudes; y, aunque la gratitud no sea la virtud del siglo, se publica con agrado que las Hijas de la Providencia no deben menos al santo Sacerdote que as u virtuosa Fundadora.

Para volver con menos frecuencia a las Comunidades de esta naturaleza que han tenido la mayor parte en el crédito y en las buenas obras del hombre de Dios, diremos aquí una palabra de otras dos o tres que le deben mucho, pero será sin tener demasiado en cuenta el orden de los tiempos.

Aparte de -1650 y 1652- las de la Unión Cristiana, y de la Propagación de la Fe, que reunió en un solo Cuerpo, se movió mucho por la casa de las Hijas Huérfanas, establecida hacia el Pré-au-Clerc por la Señorita de Lestang. Él la socorrió en las mayores necesidades, se encontró varias veces en Asambleas que se tuvieron para ponerles remedio; por fin la puso bajo la dirección espiritual de un Sacerdote de la Conferencia –el sr Gambart-, que desde hacía veinte años dirigía con mucho éxito a las Hijas de la Visitación en el Barrio de S. Jacques.

Para formar a la Fundadora en el gobierno, la invitó a ver a la Señorita le Gras, que poseí en alto grado el raro talento de guiar bien. Se celebró en su presencia un Consejo para enseñarle el modo como debía portarse. Vicente, después de proponer el asunto, que debía ser el objeto de la deliberación, reclamó los pareceres de la Superiora y de las Asistentas; hizo valer las dificultades y las respuestas, tomando al final una decisión. Advirtió después a la Señorita de Lestang que escogiera en su Casa, compuesta entonces de doscientas Jóvenes, a tres o cuatro de las más inteligentes; que compartiera con ellas el peso de los asuntos; que las reuniera de vez en cuando; que tomara sus consejos y los del Director de la Casa, y sobre todo que tuviera como una tentación el deseo de hacerlo todo por sí misma. Parece que hasta entonces había pecado un poco en esto.

Vicente tuvo también parte en la fundación de las Hijas de Santa Genoveva. Tres Señoritas que sentían cierto atractivo por reunirse en Cuerpo de Comunidad, y asociarse a las personas de su sexo, que pensaran como ellas mismas pensaban, creyeron, a fin de evitar un paso en falso, no deber hacer nada sin escuchar el parecer del Siervo de Dios, a quien ellas tenían como *un Santo y un hombre lleno de luces y de prudencia*. Las animó a que comenzaran por consultar a Dios, y les pidió ocho días para pensar en este asunto. Al cabo de este tiempo volvieron a él, decididas a remitirse a su decisión. Vicente les dijo con un tono seguro y firme, que Dios quería servirse de ellas para dar una nueva Compañía a su Iglesia; que Nuestro Señor sacaría de ella su gloria y que de ello correspondería al prójimo mucho fruto y ventajas. El tiempo ha puesto en claro que Dios hablaba por la boca de su Siervo. Estas jóvenes que después se reunieron con las de la Señora de Miramion han hecho con ellas un intercambio de virtudes: al entrar en sus bienes espirituales, ellas les han comunicado los que poseían anteriormente.

Pero existen pocos Establecimientos que deban más a nuestro Santo, como el de las Hijas de la Cruz. La insolencia de un Maestro, que se había atrevido a atentar contra el honor de una de sus Escolares, habiendo demostrado que unas jóvenes nunca están más seguras que en las manos de las personas de su sexo, se pensó en reunir a algunas de ellas, que tuvieran suficiente virtud y buena voluntad para emprender esta buena obra. Se presentaron cuatro en Roie de Picardía, donde había ocurrido el escándalo. Pero habiéndoles obligado la guerra y sus propios asuntos a retirarse a París, Marie l'Huillier de Villeneuve las recibió con bondad, haciendo de su celo y de sus talentos un ensayo, que la animó a interesarse en el éxito de un plan tan bueno. Antes de comprometerse, consultó con varios grandes Siervos de Dios. Vicente, cuya virtud ella respetaba, y cuya experiencia conocías, fue uno de los consultados en primer lugar. El Santo la animó, le dio sabios consejos, la enseñó a formar a Jóvenes, y a ponerlas en condiciones de poder formar a otras en lo sucesivo. . el Arzobispo de París aprobó sus Constituciones. El Rey les dio Cartas Patentes, y ellas adoptaron el nombre de Hijas de la Cruz, a causa de los azares y de las contradicciones que habían superado hasta entonces.

Pero lo que habían sufrido no era sino el prelude de las penas que les estaban reservadas. La Señora de Villeneuve, a quien sus largas enfermedades no habían permitido fundarlas suficientemente, les faltó en momentos muy difíciles. Se vieron bien pronto abandonadas de aquellos mismos con quienes habían creído deber contar más; y las personas que hasta entonces habían tomado más parte en los intereses de esta Congregación, pensaron, o que se la suprimiera, o al menos que se juntara a alguna otra Comunidad. Se celebraron con este propósito varias Asambleas en presencia del Santo; casi todas las voces iban a la supresión, pero algo que se pudiera decir, Vicente, quien de ordinario se determinaba con bastante lentitud, y que en esta clase de asuntos no se oponía a la multitud, se vio fuertemente

inclinado al parecer contrario. Sostuvo y dio a entender que había que poner en uso todos los medios posibles para hacer subsistir a este santo Establecimiento. *Es la obra de Dios*, dijo con sus propias palabras al sr Abelly, *y no vamos a destruirla: esta Comunidad no está hoy compuesta más que de cinco Jóvenes, pero su número se multiplicará; el arroyo es débil, pero recibirá aguas que le harán más caudaloso.*

Estas palabras, dadas las circunstancias en las que fueron pronunciadas, parecían tan poco verosímiles que costó mucho creer que no fueran desmentidas por los acontecimientos: y fue la escasa luz que se veía en su ejecución la que les hizo ser tenidas luego por una Profecía o como el efecto de una ilustración particular. Sin embargo no tardaron en verificarse. Vicente, quien al apoyar contra todos el Establecimiento de las Hermanas de la Cruz, se consideraba más responsable que nadie, comprometió a la Señora de Traversai a tomar parte en esta buena obra. La santa Viuda se entregó a ella por entero. Superó con su paciencia su crédito y la ayuda del Hombre de Dios, los obstáculos que se le oponían a cada paso: allanó las dificultades, y a fuerza de trabajos y sufrimientos puso a estas Hermanas en estado de servir útilmente a la Iglesia.

Como un buen y sabio Director entra para mucho en el Edificio espiritual de una Comunidad, Vicente, con permiso y anuencia del Ordinario, puso en ella a un Superior que por sus cuidados y sus luces terminó lo que la Señora de Villeneuve no había hecho más que esbozar. El Santo de dio consejos en diferentes ocasiones, que fueron muy útiles a esta Congregación tan vacilante y tan accidentada. Por fin, salió a flote: pronto se reconoció que este Árbol tan batido por los vientos produciría frutos de justicia y de salvación. Las Hijas de la Cruz, dice el sr Abelly, contribuyeron y contribuyen aún cada día a la santificación de un gran número de almas. No sólo forman en la instrucción a las que quieren tomar parte en sus trabajos, sino que ejercen todavía con las personas de su sexo, y sobre todo con las más pobres, todas las obras de caridad espiritual, que son de su competencia. Enseñan las verdades de la Fe a las personas poco instruidas; disponen a las Confesiones generales a las que lo necesitan. En una palabra, entran, como las demás Congregaciones de las que hemos hablado, en aquellas funciones Apostólicas, que la Ley de Dios no les ha prohibido.

Se deja, después de esto, al juicio del lector, si el primer historiador de nuestro Santo se equivocó al decir que, aunque Vicente no sea el Fundador de las Hijas de la Cruz, es su Reparador y Conservador; y que sin la mano caritativa que les tendió en unos tiempos en que todo conspiraba contra ellas, su perdición era segura y su ruina inevitable.

Antes de acabar esta materia, me será permitido añadir dos reflexiones que la afectan. La primera –la Hermana Marie Froger–, que me presenta una de las Hijas de la Cruz, es que el Santo, al apoyar su Establecimiento, hacía de alguna manera mal a las Hijas de la Caridad, ya que habría podido hacer recaer sobre éstas los bienes que procuraba a aquéllas. De manera que este hombre, cuyos caminos todos iban marcados con el sello del desinterés, sacrificaba su propia obra al ascenso y al bien de una obra ajena: o más bien nada de lo que pertenecía a Dios era ajeno a los ojos de un hombre, en cuyo corazón la caridad lo reunía todo.

La segunda reflexión, que honra sobre manera a las Fundaciones, de que acabamos de hablar es que, en general, el santo Sacerdote estaba en guardia contra las nuevas Comunidades. Esto se ve en una carta extensa que escribió ese mismo año -8 de septiembre de 1647- al sr Arzobispo de París, en la que une a un profundo respeto una firmeza verdaderamente sacerdotal. Un hombre que tenía un Priorato dependiente de la Abadía de S. Florent-les-Saumur, quería hacía años reunirse con él en el seminario de los Bons-Enfants, ya muy recargado por la manutención de cuarenta Sacerdotes externos, que no

pagaban más que siete cuartos al día. El sr de Gondi a quien se hizo la propuesta no la aceptó. Dio a entender a los que se la hacían que estaba descontento de Vicente de Paúl; que sabía de buena tinta que era él que, en el Consejo del Rey había impedido que cierta Religiosa se estableciera en Lagni; que, si quería ser como antes de sus amigos, debía cambiar de estilo, y que llevara a la Reina a cambiar de sentimientos.

Fue en esta ocasión cuando el santo Sacerdote escribió al Prelado la carta, de la que acabo de hablar: contiene en sustancia, que es verdad que la Reina, a su regreso de Amiens, le ha hablado de la Fundación en cuestión; que también es verdad que él no la ha favorecido; pero que ha tenido fuertes razones para actuar de esa manera; que hace tiempo que se había determinado en el Consejo Eclesiástico que no se permitirían más Fundaciones de Religiosas, que se admitía que había ya demasiadas; que Su Majestad recibía a menudo quejas; que muchas se aniquilaban por sí mismas; que hacía muy poco se habían visto formar y desaparecer a seis o siete de esta clase de Congregaciones; que algunas habían dado escándalos y levantado murmuraciones; finalmente, que no se conocía lo suficiente el espíritu de la Reina cuando se la creía capaz de cambiar *a la ligera*; que en cuanto a él, él no podía arrepentirse, ni *desdecirse de un parecer, que no había dado sino bajo las miras de Dios*.

La firmeza de estas palabras estaba mitigada por testimonios de gratitud, de sumisión y de respeto, que yo suprimo en este lugar, donde no se trata de constatar los justos miramientos que el santo Sacerdote tuvo siempre con los Pontífices de la Iglesia de Dios; sino de dar a entender que la apariencia del bien no le seducía; y que no daba su Aprobación a las nuevas Fundaciones de mujeres más que cuando el espíritu de Dios, la naturaleza y los principios de su Instituto, y más aún la experiencia, le daban pie a juzgar que no había nada que temer y mucho que esperar.

Fue hacia finales del mismo año cuando los Hijos de Vicente de Paúl tuvieron una Misión en Génova. Se la debieron a la piedad de los Señores Baliano, Raggio, y Juan Cristóbal Monza los tres Sacerdotes y nobles genoveses, que concurrieron en esta buena obra con el sr Cardenal Durazzo su Arzobispo: pero ellos se la debieron todavía más a su trabajo y a su celo infatigable. El Cardenal que no veía sino con mucho dolor el deplorable estado de su Diócesis, ejercitaba desde hacía dos años a estos dignos Obreros de una manera tan seguida y continua que no les dejaba ni descanso ni tregua. Su vida no era más que un círculo perpetuo de Retiros, de Ejercicios de Órdenes, de misiones agotadoras, que se sucedían unas a otras sin interrupción. Vicente, enemigo como era del descanso y de la inacción, estaba alarmado; temía que un trabajo tan vivo, tan cargado, los pusiera pronto fuera de combate. Las oraciones que elevó por ellos y los grandes ejemplos del Cardenal los sostuvieron.

Este Prelado convertido en uno de ellos se asociaba a sus funciones: entraba en las prácticas de su Instituto, seguía su Reglamento con fidelidad inviolable. Le trajeron un día un presente digno de él, él lo rechazó; y dijo como razón que los Misioneros no reciben ningún regalo en el curso de sus Ejercicios. Detallaremos en otro lado los frutos sin número que hicieron estos Señores en los Estados de la República. Basta con anotar aquí que nuestro Santo, que estaba muy bien informado, daba a Dios continuamente gracias. Así lo explica en una Carta que escribió el 12 de septiembre de 1647 al Superior de Génova: *No pienso nunca en vosotros ni en los que están con vosotros sin sentir mucho consuelo. Deseáis todos ser enteramente de Dios u Dios os desea a todos para sí. Él os ha escogido para rendirle los primeros servicios que exige de nuestra Compañía en el lugar en que os halláis: y para ello sin duda os dará las gracias muy particulares, que servirán como de*

fundamento para todas las que otorgará siempre a esta nueva Casa. Siendo esto así, ¿qué gratitud no debéis a su divina Providencia? ¿Qué confianza no debéis sentir en su protección? Pero ¿cuál no debe ser vuestra humildad, vuestra unión, vuestra dulzura de unos con otros? El Santo se enciende poco a poco; el amor está en su corazón, como un fuego molesto en el seno de la tierra se abre un paso, sale y estalla. Sus hijos, lejos como están de él, le llegan al alma, le enternecen, como si estuvieran delante de sus ojos. La caridad se los hace presentes. ¡Oh Dios, exclama, oh Señor mío, sed el lazo de sus corazones! Haced florecer tantos santos afectos, cuyo germen habéis colocado en ellos. Dad el incremento a los frutos de sus trabajos, para que los Hijos de vuestra Iglesia puedan nutrirse de ellos. Regad con vuestras bendiciones esta Fundación, como una nueva planta. Fortaleced y consolad a estos pobres Misioneros en las fatigas de sus trabajos. Y finalmente, Dios mío, sed vos mismo su recompensa, y por medio de sus oraciones extended sobre mí vuestra inmensa misericordia.

No hay consuelo en este mundo que no vaya bañado de amargura. La alegría que daban al santo Hombre las buenas noticias que recibía de Génova, de casi todas partes, donde sus Sacerdotes se habían establecido, fue mitigada por la pérdida de algunos de ellos. Le dolió sobre todo la de los srs Noüely y Calon. Este último era de una buena familia de la Ciudad de Aumale y Doctor de Sorbona. Su celo por las Misiones le llevó a fundar una para el lugar de su nacimiento, y a formar parte en un Cuerpo que tiene por fin la santificación de los pueblos. Las Diócesis de París, de Roüen, de Meaux, de Chartres y de Senlis fueron los principales teatros de su caridad. Sus trabajos, su paciencia y sus mortificaciones, acabaron por consumirle. Murió -1 de agosto de 1647- en Vernon con los RR. PP. Penitentes, que le conocían desde hacía mucho, y le honraban como a un Apóstol. Nada impresiona tanto como la extensa Carta que escribieron a nuestro Santo estos dignos hijos de S. Francisco: pero nada tampoco era más capaz de redoblar la aflicción que una pérdida tan considerable le debía causar.

La del sr Noüelly Sacerdote de la Diócesis de Ginebra debió serle todavía más penosa, ya que era mucho más joven. No hacía más que un año que trabajaba en Argel cuando sirviendo a los esclavos atacados de la peste, él mismo se sintió atacado. La noticia de su enfermedad y la muerte que la siguió muy pronto, afligió hasta a los turcos, que no se afligen fácilmente. No había nadie en este País bárbaro que no se conmoviera por el celo que tenía por el alivio de los pobres, y sobre todo de los enfermos. Día y noche era suyo. Los más desesperados, aquellos cuyos males inspiraban más horror, eran sus hijos queridos. Al fin él fue el mártir de su propia caridad. Siete u ochocientos cristianos de toda raza asistieron a sus funerales. Los moros mismos y los turcos parecieron olvidarse de que era enemigo de su Secta, y se encontraron con los demás allí. Las lágrimas que se derramaron en su tumba fueron demasiado universales para no ser sinceras. Este excelente Sacerdote no tenía aún treinta años.

Estas pérdidas habían ido precedidas de algunas otras que debieron afligir todavía más a Vicente, ya que eran menos en el orden de Dios. No obstante, si bien hubo que llenar estos diferentes vacíos, el santo hombre formó en este tiempo y ejecutó al año siguiente un proyecto, que sería suficiente por sí solo para demostrar que su caridad se extendía a todo el Universo y que no existían dificultades ni obstáculos que pudieran retardar su actividad. Es el juicio que ha aducido la S. Sede: estamos persuadidos de que el Lector Católico no aportará otro.

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro quinto

Sumario

- *La congregación de la Propaganda piensa en la conversión de Madagascar.*
- *Descripción de esta Isla. Religión del País. Virtud de los Olys. Costumbres de los Malgaches. S. Vicente les envía a dos Sacerdotes; sabios consejos que les da.*
- *Embarque de estos Señores: su conducta en el Barco.*
- *Inquietud de la Tripulación. Llegada a Madagascar.*
- *Trabajos de los Misioneros. Uno de ellos visita a un Dian: es llamado a casa de un enfermo. Bonitas palabras de una mujer infiel. Viaje y muerte de uno de los Misioneros.*
- *Aflicción y celo de su Compañero. Toma medidas para la instrucción de los Infieles; recorre varios Valles; pide refuerzos a S. Vicente. Partida de otros Misioneros más.*
- *Muerte de cinco de ellos; el santo envía a otros. Su respuesta a los que querían cambiarle. Aventuras del sr Estienne. Cruel situación de Vicente de Paúl. Su ecuanimidad. Comienzo del asunto de los niños abandonados. Triste estado a que son reducidos: Vicente se compadece. Primeros servicios que se les dan. Las Damas de su Asamblea piensan encargarse. Cambian de plan. El Santo las doblega. Lo que hizo por estos Niños. Respuesta a las murmuraciones de uno de sus Sacerdotes. Turbulencias en Francia, La Reina quiere castigar a París. El Santo va a proponerle que aleje al Cardenal Mazarino. Consejo con la Reina: se decide que Mazarino no saldrá.*
- *La Casa de S. Lázaro asolada por la Fronda. Granja asaltada por los Realistas.*
- *El santo se retira a Freneville; visita las Casas de su Compañía. Sabia conducta que observa en le Mans con el sr de Lavardin. Corre riesgo de vida en Durtal al salir de Angers, y en Rennes. Le quieren retener como Realista. Parte para S. Méen: es reclamado en París; cae enfermo; se ve forzado a servirse de una Carroza. Redoble de los disturbios del Reino. La Picardía y la Champaña arrasadas. El Santo envía a dos de sus Sacerdotes. Triste cuadro que hacen de esta Región. Desolación de la Ciudad de S. Quintín. Enumeración de las Ciudades socorridas. Valor invencible de los Misioneros.*
- *Intrepidez de Donat Cruoly. Gratitud de la Ciudad de Reims.*
- *Estado de los socorros donados a las dos Provincias. Asistencias hechas a varios*
- *Regimientos Irlandeses. París y sus alrededores golpeados de la mano de Dios: Vicente pone remedios. Étampes aliviado. Muerte de varios Misioneros e Hijas de la Caridad.*
- *Monte de piedad establecido por el sr Duplessis Mombart. Limosnas secretas de nuestro Santo. Liberalidad de la Duquesa de Aiguillon*
- *París socorrido, así como Genevilliers. Celo de Vicente por los intereses del Rey.*
- *Lo que hizo para lograr la paz: lecciones que da sobre esto a sus Hijos.*
- *Es insultado en la puerta de la Conferencia, e impide que los culpables sean castigados.*

- Recibe una bofetada a dos pasos de su puerta; se humilla ante el que le ha golpeado; negocia la paz entre los Príncipes y el Ministro; envía Sacerdotes a Polonia.
- *Carácter y virtud del sr Lambert: sirve a los apestados en Varsovia. Es atacado del mal, muere llorado por la Corte y las Provincias. Dolor de S. Vicente.*
- *Muerte del Prior de S. Lázaro. Respeto que tuvieron por él los Misioneros. Sólo tuvo con - S. Vicente un malentendido que hace honor a uno y a otro. Funerales del Prior.*
- *Segunda Asamblea de la Congregación. Sabia moral de S. Vicente.*
- *Comienzo del asunto del Jansenismo. Primeros trabajos de Jansenio. Plan de su libro sobre la gracia. Principios que le sirven de base; consecuencia que saca.*
- *Juicio que emite S. Cyran del nuevo Augustin. Compendio de esta Obra en las cinco famosas Propositiones . Se piensa en llevar el asunto a Roma. Proposición de dos Cabezas rechazada. Opinión de nuestro Santo sobre el Libro de la **Frecuente Comuni6n**. Los principios de este Libro opuestos a los de S. Carlos Borromeo. Notas sobre dos aprobaciones de esta Obra. El santo no quiere ni que sus Sacerdotes clamen a destiempo contra la novedad ni que se callen por respeto humano. Lleva a los Obispos a pedir al Papa la censura del Libro de Jansenio. Nuevo rasgo contra S. Cyran. Labadie Ap6stata.*
- *Vigor del santo Obispo de Cahors. Sentimiento de los Obispos de Alet y de Pamiers.*
- *Vicente le combate de una manera firme y respetuosa. Los Jansenistas no quieren que el Papa decida, porque puede decidir; piden la decisi6n de un Concilio; porque no se puede reunir. Notas del sr de Ranc6 sobre el sr de Alet. El Partido disputa en Roma con el fin de apartar la censura de Jansenio.*
- *Vicente opone Diputados a Diputados. Sentimiento de la Corte de Francia sobre las novedades. Cualidades de los Diputados Jansenistas. Constancia de Inocencio X sobre las cinco Propositiones. Nuevos esfuerzos del Partido para alejar la censura. Aparece al fin. - - Fr6volas objeciones que se hacen en contra, disipadas por el sr Hallier.*
- *Carta del se6or Lagault. Propositiones de Jansenio examinadas en m6s de treinta y cinco Congregaciones. Inocencio X asiste a varias; oye a los Diputados del Partido. Sabidur6a y moderaci6n de S. Vicente. Va a Port-Royal. Falsas promesas que se le hacen.*
- *Nueva Carta del sr Hallier. Vicente parece temer que se trate con demasiado calor; y de 6l, que no se deje sorprender. El Santo trabaja por el Rescripto Apost6lico. Depone a un - Regente sospechoso; pone la sumisi6n en las Comunidades de las que es Superior; intenta ganar a Jean Deslions: le procura una respuesta del Papa.*
- *Milagro de la santa Espina. Nuevos esfuerzos de Vicente de Pa6l. No se debe juzgar de la ortodoxia de un partido por su limosna. Nada de composici6n con los Innovadores. Modo como se han de combatir. Ilustraci6n de uno de los errores que Vicente de Pa6l imputaba al Abate de S. Cyran. Examen del testimonio que se pretende haber dado a favor de 6ste. Inscripci6n en la alabanza del sr de Chandener. La gloria del Alumno y la gloria del Maestro que le ha formado*

[1648] La Congregaci6n establecida en Roma para la propagaci6n de la Fe, que ve6a con sus ojos el gran bien que hac6an en Italia los Hijos de Vicente de Pa6l, encarg6 al Nuncio del Papa que comprometiera al Santo a enviar a algunos de sus Sacerdotes a la Isla de Madagascar. Aunque Vicente no tuviera m6s gente de los que necesitaba, no deliber6 un

momento. El deseo de hacer publicar la Ley de la salvación en una vasta Región que no la conocía, mandó hacer más de lo que se le pedía; y desde ese momento tomó todas las medidas, de que la prudencia humana es capaz para responder a los planes de los que le ponían por obra.

Como esta Misión le costó infinitamente y como, más que ninguna otra, hizo estallar su paciencia, su gran corazón, su constante sumisión a todas las voluntades de Dios, no la podemos considerar extraña con relación a él. Es cierto que sus Sacerdotes se juegan mucho en ella; pero se puede decir que él se juega algo más; es lo que nos decide a hablar de ello aquí. Comenzaremos por dar a conocer esta tierra desdichada que ha devorado a tantos Apóstoles y que, a pesar de la cultura y de los estilos que le han dado un gran número de excelentes Obreros, apenas ha producido más que zarzas y espinas. Madagascar, a la que los Portugueses dieron el nombre de *Ilba de San Lorenzo*, porque el día de S. Lorenzo fue el de su descubrimiento, o porque Laurent Almeida fondeó allí el primero –en 1506–; es una de las mayores Islas del mundo, y sin duda la mayor de África. François Cauché le atribuye ochocientas leguas de circunferencia, doscientas sesenta de longitud y cien de anchura en algunos lugares. Como se halla encerrada entre el undécimo y vigésimo sexto grado de latitud Meridional, los calores son grandes: sin ser insoportables.

Está cortada por un gran número de muy altas montañas que dividen el terreno en diferentes Comarcas. Cada Comarca o Provincia reconoce a un Señor y le obedece. El arroz y las raíces son el tributo que le pagan sus vasallos, y este tributo unido al ganado que posee, forma el fondo de sus propiedades y todas sus riquezas. Algunos de estos Señores tienen tres o cuatro mil súbditos, otros tienen unos pocos más. Según esto la Isla tiene muchos amos, ya que, cuando los primeros Sacerdotes de la Misión llegaron allí, los que la conocían mejor le daban más de cuatrocientos mil habitantes.

De estos habitantes, unos eran negros, los otros blancos. Los primeros son originarios de la Isla. Se dice que los otros llegaron de Persia, hace casi seiscientos años. Dominan en Madagascar y se han hecho dueños de los nativos del País. No tienen ni ciudades ni fortalezas. La mayor parte residen en pueblos. Sus casas están hechas de boj, cubiertas de hoja, y son bajitas. No hay chimenea y, a pesar del calor del clima, en el que no se ve nunca ni hielo ni nieve, se hace un fuego casi continuo. El mobiliario de estos palacios responde a su estructura: no hay ni camas ni asientos. El piso cubierto de una estera de junco sirve por turno de lecho y de mesa. Ollas de tierra, platos y cucharas de madera, calderos para sacar el agua constituyen casi toda su batería de cocina.

El alimento del País es el buey, el cordero, las aves, y el arroz. Las cebollas y las naranjas se dan allí en abundancia; se encuentran también habas, melones, y raíces que se comen; pero no hay ni trigo ni vino. El arroz ocupa el primer lugar, y una bebida hecha con miel, ocupa el segundo. Sus ríos son de pesca, pero los cocodrilos, que abundan mucho, hacen el paso muy peligroso.

La Religión de los Malgaches es difícil de definir. La circuncisión, que ellos llaman *Valaseira*, está en uso en toda la isla, y se realiza con mucha solemnidad: no se sabe bien si es una Ceremonia Religiosa o una de sus prácticas que la costumbre perpetúa, y de la que no se puede dar una razón sólida. Sea como fuere, el uso de los Templos es desconocido en la Isla. Existen incluso ciertos Cantones, en los que no se conoce más que el nombre de Dios. En los lugares que son menos salvajes, y un poco más cultivados, se admite un Ser

supremo, al que se considera como Dueño del universo y a quien se da el nombre de *Senhare*. Le ofrecen sacrificios como al Autor de todo bien. Pero el demonio, al que se atribuyen todos los males de la vida, es mucho más temido de lo que es amado Dios. Este mal espíritu es adorado en primer lugar; la mejor parte de las víctimas es para él, y se le nombra siempre antes que a Dios.

Los Sacerdotes del País, o los que más se acercan, se llaman *Ombiasses*, es decir gente que sabe leer y escribir. Son los Maestros de las ceremonias, de las costumbres, y de las supersticiones de la Religión. El pueblo los teme y los respeta mucho a causa de sus Libros. Estos Libros son sin embargo algo de pena. Lo mejor que hay son algunas Sentencias sacadas del Corán, que los blancos llegados de Persia trajeron consigo: por ahí se puede juzgar de lo demás. Pero estos mismos escritos, teniendo en cuenta su pretendida virtud, son de gran utilidad a los Ombiasses. Estos Maestros impostores han introducido en ellos cantidad de necromancia y geomancia, por medio de las cuales pretenden curar las enfermedades, adivinar las cosas futuras, y hallar lo que se ha perdido. Tienen incluso el talento de recuperar el espíritu de los que ya no lo tienen. Cuando alguien tiene un arrebato, que le vuelve frenético, se manda llamar a un Ombiasse, que se va de noche a la tumba del padre de la persona enferma. Hace allí un hoyo, coloca encima un gorro y lo cierra, después de exponer al alma del difunto el estado de su hijo, o de su hija, vuelve rápidamente a la casa del frenético, le cubre la cabeza con este saludable gorro, y le hace creer que está curado: curado o no, el Ombiasse es recompensado.

Pero de todas las costumbres supersticiosas de esta Isla, la más opuesta al honor de Dios, y más cuesta desarraigar, es un culto igualmente ridículo y condenable, que tributan todos a sus Olys. Se llama Olys a ciertos Ídolos, que hacen los Ombiasses y venden a los Señores y a sus súbditos. Estos ídolos groseramente fabricados son de ordinario de madera, o de alguna raíz. Los hay que representan a hombres y otros, a figuras grotescas. Nuestros Insulares tienen la bondad de creer que estas pequeñas Pagodas están vivas, y que las anima un espíritu familiar. Piden a este espíritu todo lo que los Cristianos piden al verdadero Dios; la salud, el buen tiempo, la victoria de sus enemigos. Cada uno tiene su Olys. Se le lleva a todas partes, hasta en los viajes; se recurre a él en las necesidades de la vida; se le pide consejo en las dudas; y entonces, el primer pensamiento que se presenta es considerado como el efecto de su inspiración. Los que quieren atravesar ríos comienzan por rogarle que los garantice de los cocodrilos; se dirigen luego a los cocodrilos mismos; les suplican en voz alta que no les causen ningún mal; prometen que repararán los latrocinios, las injusticias y las otras faltas cometidas; luego echan agua y arena de los cuatro costados del río y se imaginan que ya no tienen nada que temer en el trayecto. Como, a pesar de estas precauciones, hay cocodrilos en el río, a los que todos los Olys del mundo no impedirían dar un mal golpe, cuando alguno es devorado por ellos, los que le sobreviven dan por toda razón que su Olys no servía para nada. Felices, si ellos tuvieran el mismo juicio de todos los demás: pero son tan cabezotas en esto, que no pueden casi sufrir que se les desengañe, ni que se hable de esto delante de ellos.

Hay pocos pueblos que lleven más lejos la observancia supersticiosa de los tiempos. Marzo y abril, el octavo día, y la última semana de cada mes, el miércoles y el viernes son días y tiempos desafortunados. Todo niño que nace entonces corre gran riesgo de su vida; y para prevenir los desastres, que caerían sobre él y sobre su familia, se acostumbra a colocarle debajo de un haya, o a exponerle en un bosque, donde con frecuencia es presa de los

jabalíes, o de las demás bestias feroces. Si una mujer muere en el parto se entierra a su hijo vivo con ella. La que sobrevive a sus partos, pero han sido muy dolorosos, manda estrangular a su hijo. Ya que habiendo hecho sufrir a su madre tan temprano, no podría ser de buenas entrañas. Los esclavos, cuyos hijos son desechados por aquél a quien sirven, o los entierran vivos, o los arrojan al río, para ahorrarse el trabajo y el engorro de alimentarlos.

Me apura fatigar al Lector con el relato de tantos horrores: pero este detalle era necesario para dar a conocer con qué pueblo se las van a ver aquellos a quienes nuestro Santo destinó a la Misión de Madagascar. Es verdad que entonces no se conocía tan bien el terreno, como se ha conocido después. Se llevaba incluso a Roma y a Francia una información bastante favorable a los Malgaches; y cuando Vicente escribió la primera vez, hablaba de ellos como de gentes, que a la verdad vivían en la ignorancia del verdadero Dios, pero que eran *sencillos, buena gente y muy diestros*. Le habían engañado; jamás una idea estuvo menos conforme con la verdad. En el mundo entero no hay un pueblo tan pérfido, tan engañador, tan disimulado. Con excepción de los habitantes de la Provincia de *Antongil*, que se creen descendientes del Abraham, y cuyo natural está menos inclinado a la traición, todos los demás no hacen más que mentir: no mantienen nada de lo que prometen, si no se ven forzados. La venganza y la crueldad son las únicas virtudes que practican. No dan cuartel a sus enemigos. Sacian en los hijos la rabia que alimentan contra los padres. Y cuando estas pequeñas criaturas les caen en las manos las cortan en dos sin misericordia. Si se les perdona el mal que han hecho, su regla constante es hacer más que antes. Para vivir en Madagascar habría que tomar de alguna manera las costumbres y volverse tan malvados como los que la habitan. Se ha de decir todo: Quizá estos Isleños habrían sido menos viciosos; quizá se habrían desprendido al menos poco a poco de sus antiguas costumbres, si no hubieran hallado en los Cristianos de Europa modelos acabados de injusticia y corrupción. Vicente, a fin de roturar esta tierra maldita, escogió a dos excelentes operarios. Uno se llamaba Charles Nacquart de Champmartin, era nativo de la Diócesis de Soissons; el otro era del Condado de Eu, Diócesis de Amiens y se llamaba Nicolas Gondrée. El primero trabajaba en Richelieu, cuando recibió la carta, por la que Vicente le rogaba que se dispusiera a partir. El segundo recibió orden de unirse a él. La Carta que escribió el santo Sacerdote al sr Nacquart es digna de la piedad de uno y otro. Se ve que el Padre muestra una santa envidia a la suerte de sus Hijos; y que, si hubiera sido dueño de su persona, habría compartido con ellos los peligros y la gloria de tan alto Ministerio. Comienza por dar al sr Nacquart una gran idea de esta nueva vocación. La compara a la de los primeros y más grandes Apóstoles. Le hace notar, y le asegura, que sólo una humildad profunda puede soportar el peso de una gracia tan eminente; que, para corresponder a ella, hay que unir a un sacrificio total de sí mismo una confianza perfecta en Dios, un valor superior en todos los peligros, una caridad parecida a la de S. Pablo; en una palabra, el celo, la paciencia, el amor de la pobreza, la soledad, la discreción, la integridad de costumbres, el deseo de consumirse en el servicio de Dios, y todas las virtudes que brillaron en S. Francisco Javier.

Sobre la conducta de este santo Apóstol de las Indias, quiere que los nuevos Misioneros formen su conducta. Desea que, como él, sirvan a los que estén en los navíos, que les deben transportar; que se cuiden de los enfermos; que se incomoden siempre para acomodarse a los demás; que, si se puede, establezcan en los Navíos las Oraciones públicas; que procuren tanto por su virtud la felicidad de la navegación, como los Marineros la procurarán con su trabajo; que tengan sobre todo mucha deferencia con el Capitán y los Oficiales; pero que

esta deferencia no los lleve a traicionar los intereses de Dios, y las reglas de la conciencia, por cualquier consideración que se pueda dar; en una palabra, que eviten una condescendencia criminal y una precipitación ciega, que estropea los asuntos de Dios, y hace inútiles, y hasta peligrosas, unas conductas que, bien ejecutadas, habrían tenido feliz éxito.

Después de ordenar lo concerniente al viaje, Vicente determina con bastante anticipación el orden de los trabajos en Madagascar. *Habrà que separaros quizá, dice, para servir en diferentes habitaciones pero también que os veáis el uno al otro con la mayor frecuencia que podáis para consolaros y fortaleceros mutuamente. Desarrollaréis todas las funciones Curiales con respecto a los Franceses y a los Idólatras convertidos. Seguiréis en todo el Plan del Concilio de Trento y os serviréis del Ritual Romano. Nos permitiréis que os introduzcan ningún uso contrario, y si ya los hay, trataréis de ir llevando las cosas a vuestro plan; para ello, bueno será que llevéis al menos dos Rituales Romanos, etc.*

Les prescribe luego el modo como deben arreglarse para reformar las creencias, el espíritu y el corazón de los Infieles. Quiere que para atraerlos a la Fe se comience por razonamientos tomados de la naturaleza: que se les haga ver que tienen dentro de sí mismos el germen de las primeras verdades de la Religión y que se trata de descubrir estas impresiones de la Divinidad, que el primer Ser ha grabado en ellos, y que la corrupción de su vida no les ha permitido ver. Con respecto los Misterios de la Trinidad y de un Dios Reparador, piensa que, para atraerlos, es preciso hacerles saber las enfermedades de la naturaleza humana, su inclinación hacia el mal, los desórdenes espantosos que vienen después, desórdenes que condenan ellos mismos con sus leyes, y con las penas que ellos imponen a los que los han cometido. El Santo exhorta a estos Señores a leer el Granada, y los Autores que han tratado estas materias; pero les exhorta todavía más al Padre de las luces, y a decirle con el Rey Profeta: *Da mihi intellectum ut sciam testimonia tua*; a sacar las luces que necesiten en la meditación; abandonarse al Espíritu Santo, que tiene por costumbre de hablar en estas ocasiones. Sobre todo recomienda al sr Nacquart que dé buen ejemplo a todos aquellos a quienes trate; que sea en todas partes el buen olor de Jesucristo; que evite como un mal real todo lo que pudiera tener apariencias de ello. *Ya sé cuánto ama la pureza vuestro corazón; tendréis que echar mano de ella en un País al que vais: ya que estos pueblos viciosos en muchas cosas, lo son en particular en ese aspecto. La gracia infalible de vuestra vocación os garantizará en todos estos peligros.*

Después de especificarle lo que se le envía y lo que debe llevar, tanto para instruirse a sí mismo como para instruir a los demás y administrarles los Sacramentos, le hace el elogio del Sacerdote que él ha destinado a ser su compañero de viaje; le habla como de uno de los mejores temas de la Congregación; como de un hombre constante en la piedad, humilde, caritativo, cordial, celoso, y tal que no para de hablar de los bienes que hay en ello.

Nacquart que suspiraba desde hacía tiempo por las Misiones extranjeras y que, algunos años antes, había expuesto a nuestro Santo el ardiente deseo que tenía de trabajar por la salvación de los Gentiles y de los Idólatras, recibió con una especie de transporte la propuesta que le hacía Vicente de Paúl. La voluntad de su Superior fue a sus ojos la expresión de la voluntad de Dios. No pensó ya más que en partir, y habiéndose unido Gondrée a él en Richelieu, emprendieron los dos el camino de la Rochelle – el 18 de abril-

Dieron prueba durante un mes, que se vieron obligados a pasar en esta ciudad, de sus talentos y de su vocación. Con el beneplácito del Obispo, emplearon la mayor parte de su tiempo en catequizar a los pobres, en oír sus Confesiones, en consolar y en servir en todo a los prisioneros, y a los enfermos de los Hospitales.

Por fin, el 21 de mayo, día de la Ascensión, se levaron anclas y se hicieron a la vela. Apenas comenzaban a dejar el puerto, cuando nuestros dos Sacerdotes atentos al ejemplo de S. Francisco Javier, a quien le habían puesto por modelo, comenzaron a trabajar por la salvación de sus compañeros de viaje. Después del Evangelio de la primera Misa que el día mismo de la salida se celebró en el mar, Nacquart hizo una exhortación a los de la tripulación, haciéndoles ver que, aunque el Océano sea el lugar de las tormentas y tempestades, no tendrían nada que temer de sus furores, si mediante una vida santa y regular, sabían hacer favorable a quien manda a la mar y a los vientos.

Para disponerlos a una vida digna de Dios, el celoso Misionero hizo la apertura del Jubileo que el S. Padre acababa de otorgar a los fieles. Su cohermano y él oyeron las Confesiones generales de ciento veinte personas, que se encontraban en el Navío. Admitieron a la participación en los divinos Misterios a los que fueron hallados dignos. Se preparó por medio de Catecismos en forma de exhortaciones a los que no estaban instruidos lo suficiente en los Misterios de la Fe. Un pequeño Navío de Dieppe que los seguían, una vez fondeado con ellos en Cabo Verde, los que le dirigían, informados del bien que estos Sacerdotes habían hecho en su navío, les rogaron que tuvieran compasión de ellos y que les permitieran participar en las gracias que habían comunicado ya a los demás. Trabajaron en ello desde la víspera de S. Juan Bautista y tuvieron el consuelo de reconciliar a un número bastante bueno de ellos. Este consuelo no fue completo por la imposibilidad en que vieron de prestar este mismo servicio a doce portugueses negros y buenos Cristianos que llegados a oír su Misa, dieron muestras del mucho ardor por recibir los Sacramentos: como nuestros Misioneros no entendían su lengua, se debieron contentar con pedirle a Dios que les tuviera en cuenta sus buenas disposiciones.

La estancia que se tuvo en Cabo Verde no duró mucho; se hicieron pronto a la mar, y volvieron en el navío a los ejercicios que las dificultades y el transporte del agua fresca habían interrumpido. Las exhortaciones, los Catecismos, las buenas lecturas entraron en el orden del día. El Espíritu de Dios se hizo sentir tan poderosamente que el navío tenía el aspecto de una Comunidad regular. Se llegó hasta tener dos otras veces por semana Conferencias espirituales que uno de los Sacerdotes concluía siempre con algunas reflexiones sencillas, y con un rasgo de Historia sacado de la Escritura, o de la Vida de los Santos. Todo juramento, toda palabra indecente estaba desterrada; a quien se le escapara en un sentido o en otro sufría al momento una clase de pena, de antemano convenida.

Hasta entonces todo iba a pedir de boca. Pero los vientos contrarios trajeron pronto serias inquietudes. No se pudo avanzar durante todo el mes de julio; estábamos cerca del Ecuador: resultaba fastidioso relajarse, sin embargo los marineros creyeron por fin que no había otro partido que tomar; y tal vez se habría tomado, si Nacquart, a quien todo el mundo respetaba ya como a un Santo, no se hubiera opuesto. Recurrió a aquél que, son sus términos, saca los vientos de sus tesoros; se dirigió a aquella que la Iglesia llama Estrella del mar. A ejemplo suyo todos los del navío hicieron un voto público de acercarse a los Sacramentos en los tiempos de la Asunción, de construir una Iglesia en Madagascar bajo la invocación de la Reina del Cielo, y de hacer una limosna arbitraria. Sentimientos tan Cristianos encontraron

gracia ante Dios. El viento cambió, y se hizo tan favorable que desde la víspera de la Fiesta se halló por debajo del Ecuador.

Este favor no fue el único que creyeron deber a la Santísima Virgen. Sintieron varias veces, en el curso del viaje, su crédito y su atención a socorrer a los que se lo pidieron debidamente. Obtuvieron de ella, hacia la Fiesta de su Natividad, el cese de los vientos contrarios; y estuvieron a la vista del Cabo de Buena Esperanza preservados de dos peligros, en los que debían naturalmente perecer.

Finalmente, después de seis meses y medio de navegación, descubrieron la Isla de Madagascar. Los Misioneros antes de desembarcar exhortaron a los del navío, que habían tenido algún malentendido juntos, a olvidarse del pasado. Se lo prometieron de muy buena gana. Las penas que habían pasado por santificar a la tropa, los servicios que habían prestado a los que había atacado la enfermedad del escorbuto, y a quienes visitaban con regularidad dos veces al día; su paciencia y su vida ejemplar merecían bien que se tuviera hacia ellos esta deferencia tan necesaria por otro lado y tan conforme a las leyes del Cristianismo.

Una vez que pusieron pie en tierra -4 de diciembre-, Nacquart se puso de rodillas para ofrecerse a Dios y tomar en su nombre posesión espiritual de esta Isla. Continuó hasta el Fort Dauphin para decir la Misa; hacía cinco meses que, por falta de materia para la Consagración, no la habían celebrado. Al día siguiente dijo una solemne en acción de gracias, todos los del navío se encontraron allí. Fue seguida del *Te Deum*, y el Gobernador, que había hecho el viaje con nuestros dos Sacerdotes, asistió a ella con los demás.

Los Misioneros comenzaron sus trabajos por las tropas, que estaban al servicio del Rey Cristianísimo. Trataron de disponerlos a ganar la Indulgencia del Jubileo: pero parece ser que los soldados del fuerte eran menos dóciles que los que habían hecho con ellos la travesía; al menos es seguro que fueron bastante maltratados de continuo. A excepción de algunos Oficiales que temían a Dios, no había en el Cuartel de los Europeos ni orden, ni justicia, ni castigo para aquellos que se entregaban al crimen. No tomaban en serio más que sus propios intereses; los de Dios y de la Religión no iban con ellos. Tomaban por la fuerza los ganados de los insulares; los mataban sin miramientos, cuando no se los daban a la primera; y trataban de atentado en lo temporal las manifestaciones que se les hacía por una conducta tan contraria a la razón y a la humanidad.

Maneras tan poco mesuradas, unidas a la inconstancia natural de los Malgaches debían hacer, y lo hicieron en efecto, mucho daño a la propagación del Evangelio. Se ha de confesar no obstante que los comienzos dieron esperanzas, que parecían bien fundadas. Algunos días después del desembarco, Nacquart se enteró que un *Dian*, es decir uno de los Señores de la Isla, había pasado algún tiempo en Goa en su juventud; fue a visitarle con el pensamiento que un hombre, que había visto tan cerca la Religión Cristiana, estaría menos alejado de ella. Su conjetura fue bastante justa: el Dian le confesó que había sido bautizado; y, para probarle que había sido Cristiano en otro tiempo, se signó tres veces en la frente y recitó el *Pater*, el *Ave* y el *Credo* en Lenguaje Portugués. El Misionero aprovechó la ocasión para preguntarle, si no le parecía bien que se enseñaran las mismas verdades a sus súbditos y a rogar a Dios de la misma manera. Andian Ramach, que es el nombre de este Señor, no se contentó con aceptar esta propuesta, prometió también asistir a las Oraciones.

Se encontró en efecto con los Principales del lugar, en que tenía su residencia, y todos demostraron que sería de su agrado enseñar la Doctrina Cristiana a sus hijos.

La cosa no era fácil: Nacquart no comprendía la lengua de Madagascar, y no podía hablar más que por medio de intérpretes, y éstos no encontraban las palabras propias para expresar los Dogmas de la Fe, en un País que no tiene ni noción ni idea de las verdades del Evangelio. Para salvar al menos una parte de estos obstáculos, el hombre Apostólico hizo esfuerzos increíbles para aprender la jerga del País. Bien por talento natural, bien con asistencia de Dios, o quizá las dos cosas a la vez, adquirió un teñido razonable en tan poco tiempo que los Insulares quedaron sorprendidos. Apenas pudo balbucear, comenzó a hacer excursiones por el País y, mientras que Gondée su compañero trabajaba en el Fort Dauphin, se fue extendiendo poco a poco por los campos vecinos, y de allí a las Provincias más alejadas.

Encontró mucha más docilidad entre los negros que entre los blancos. Estos últimos llenos de sí mismos y persuadidos que tenían espíritu y luces, o se dignaban divertirse escuchándole o no le escuchaban más que como los Atenienses escuchaban a S. Pablo; es decir por un principio de curiosidad y para aprender algo nuevo. Se consideran en efecto como muy superiores a los negros; presumen incluso de tener una especie de Religión. Sin embargo esta pretendida Religión es la cosa más pequeña del mundo; consiste en observar una clase de ayuno en dos meses diferentes del año: es verdad que este ayuno parece a primera vista bastante riguroso, porque se abstienen de todo alimento desde la salida del Sol hasta su puesta; pero en el fondo no hay en todo eso más que un cambio de horas y de tiempo. Se precaven tan bien durante toda la noche que no sufren mucho durante el día. Si no pueden entonces ni comer buey ni beber vino, se desquitan plenamente con el uso de capones y de aguardiente, alimentos que no les están prohibidos. Lo más cómodo que hay es que, cuando no sienten la devoción de ayunar, cumplen con ella, mientras hagan ayunar a alguien en su lugar. Después de todo, ¡cuántos Cristianos no hacen otro tanto!

Las malas disposiciones de los blancos no impedían al sr Nacquart anunciar el Reino de Dios por todas partes donde podía anunciarlo y de dar a la juventud una especie de Catecismo, que la disponía a la Fe. Un día que no regresaba a la habitación de los Franceses, uno de los Principales de un Pueblo, que estaba en su camino le pidió que entrara en su casa, y le consiguiera de Dios la salud. El Misionero le replicó que Dios permite con frecuencia las enfermedades del cuerpo para la salvación de las almas; y que era lo bastante poderoso y bueno para curarle, si quería abandonar sus supersticiones, consagrarse a su servicio, y abrazar la verdadera Religión. Y ¿cuál es esta verdadera Religión? preguntó el enfermo. Nacquart que no quería que su instrucción sirviera tan sólo para un solo hombre, mandó reunión a todos los habitantes del Pueblo, para que pudieran aprovecharse de la lección que iba a dar; y en presencia de los que había podido reunir, explicó los principales Artículos de la Fe, y los que son más necesarios para la salvación. El enfermo lo escucho todo con atención; dijo que su corazón se sentía aliviado y que creía todo lo que acababa de oír.

Su fe era todavía muy imperfecta, ya que un momento después preguntó si Jesucristo era bastante poderoso para darle la salud. Sí, sin duda, replicó el Misionero: pero para ello es necesario que creáis de todo corazón, y que os pongáis por completo en las manos de Dios y que vuestra alma esté purificada de todos sus pecados por el Bautismo. El enfermo que tenía muchas ganas de sanar, mandó traer agua y pidió con insistencia al sr Nacquart que le

bautizara. Éste no quiso hacer nada; temió que el insular buscara menos la salud del alma que la del cuerpo. Se contentó con decirle que había que probar si el deseo, que manifestaba de servir a Dios y de abrazar el Cristianismo, era sincero; que parecería tal si, cuando hubiera recobrado sus fuerzas, perseveraba en los mismos sentimientos; y que debía esperarlo todo de la misericordia de Dios si tenía cuidado de instruirse y hacer que se instruyera todo su familia.

Todas estas palabras de vida fueron escuchadas con mucha avidez por los que estaban presentes. Habiéndoles preguntado Nacquart lo que pensaban de la Doctrina del Evangelio, respondieron que les había causado un placer infinito. Uno del grupo le dijo estas palabras que *aquello valía más que el oro y la plata*; que se podían arrebatar con violencia; pero que el bien de conocer y servir a Dios no se lo podían robar, y que después del sueño le volverían a encontrar siempre en su corazón. Una respuesta tan juicioso encantó a este digno Sacerdote: pero se quedó por lo menos tan impresionado por la que dio la mujer del enfermo. Ella le aseguró que hacía mucho tiempo que recurría a Dios, que en todo y particularmente al sembrar y recoger las cosas necesarias para la vida, le decía mirando al Cielo: *Eres tú, oh Dios, el que puedes hacer venir todo lo que planto; y que has hecho venir todo lo que recojo. Si tú lo necesitaras, yo te lo daría; y tengo la voluntad de dar a los que no tienen.* Así es como en el mismo seno de las tinieblas y de la infidelidad se encuentran algunos rayos de luz que, con el auxilio de la gracia, conducen a Dios y disponen a su servicio. El Misionero regresó muy consolado: se veía en vísperas de recoger el fruto de sus trabajos, cuando un accidente imprevisto puso límites a su celo y dispuso una parte de sus esperanzas.

Viéndose obligados a hacer un viaje algunos Oficiales Franceses, rogaron al sr Gondrée que los acompañara. Lo hizo por obediencia. Partió con ellos tres días antes de las Rogativas. El calor era extraordinario; estos Señores suavizaron una parte de las fatigas del camino, haciéndose llevar por negros, y alimentándose lo mejor que podían. El pobre Gondrée los seguía a pie; y como no quería romper la abstinencia, no tuvo por todo alimento más que un poco de arroz cocido con agua. Se encontró tan agotado el Domingo que no pudo celebrar la Misa; tuvieron que regresar al día siguiente, y se preocuparon tan poco de él, que no le proporcionaron ningún alivio para el regreso. Apenas se unió a su compañero cuando se le declaró el mal. Una fiebre violenta, dolores extremos en todas las articulaciones del cuerpo, una gran debilidad, hicieron temerle todo por él desde los primeros días. Nacquart, que le quería de modo particular, no le perdía de vista más que cuando sus funciones le llamaban a otra parte. A pesar del dolor, que le abrumaba, prestó durante las Fiestas de Pentecostés a los Franceses y a los Catecúmenos todos los servicios, que su ministerio le pedía. Confesó y predicó dos veces al día, celebró solemnemente los divinos Oficios, instruyó a los isleños, y bautizó a dos jóvenes adultas, a quienes casó dos días después con dos habitantes de la Región, a los que ya había conferido el Bautismo.

Sin embargo, como la enfermedad de Gondrée aumentaba, él le administró los últimos sacramentos. Este virtuoso Sacerdote reanimó sus fuerzas expirantes, para recibirlos con toda la piedad posible. Declaró con una voz moribunda que no hubiera querido vivir sino para servir a los infieles. Recomendó a los franceses el temor de Dios y la devoción a la santísima Virgen, a quien había honrado siempre con un culto muy particular; repitió dos veces a su Cohermano que debía estar dispuesto a sufrir mucho en este desdichado País: le rogó que diera en su nombre muy humildes acciones de gracias a Vicente de Paúl porque

después de haberle querido recibir entre sus hijos le había escogido para anunciar el Evangelio a los Infieles, con preferencia a tantos otros que, por lo que le dictaba su humildad, lo habrían desempeñado mucho mejor que él. Por fin, después de pasar una parte de la noche en tiernas y continuas aspiraciones hacia Dios, entregó con mucha paz y tranquilidad su alma en las manos del soberano Juez, a los catorce días de su enfermedad, veintiséis de mayo de 1649. Los Franceses, que por otra parte no le habían tratado muy bien, derramaron lágrimas en su tumba: todos asistieron a sus funerales, se encontraron allí muchos infieles también; y decían con toda claridad que hasta la llegada de los dos Misioneros, no habían visto a hombres que no fueran ni violento, ni coléricos, y que les enseñasen las cosas del Cielo con tanta dulzura y afecto como lo hacía el sr Gondrée.

Una separación tan triste fue un duro golpe para Nacquart. Un hombre, que a cuatro mil leguas de su País pierde a otro, que era su recurso, su apoyo y todo el consuelo, es con seguridad verdaderamente lamentable. Así se consideró él desde ese momento como una víctima, a quien la aflicción, la tristeza, el exceso de trabajo iban a inmolar poco a poco. Hizo ese mismo año su testamento; dejó sus bienes a los srs de Champmartin sus hermanos, con la condición de un número de Misas y de algunas limosnas; y tomó todas las medidas posibles para ser atendido a la hora de su muerte, después de su fallecimiento. Sin embargo, como el dolor estaba moderado por la Religión, no se entregó a él, como para descuidar sus deberes; redobló incluso su actividad y su celo. Había pedido a Dios la porción de gracias que había tenido su Compañero; le había pedido él mismo antes de su muerte que le otorgara una doble fuerza de cuerpo y de espíritu para poder hacer solo el trabajo de los dos, santificar a los Franceses, sin dejar de trabajar por la conversión de los Idólatras. Se creyó escuchado, y a la espera de poder escribir a Europa para tener un nuevo refuerzo, tomó toda clase de medios para avanzar la obra de Dios; él se esforzó incluso por procurar a los que trabajaran con él, o después de él, facilidades que él no había encontrado al llegar a Madagascar.

Teniendo esto en cuenta, tradujo a la lengua del País un Resumen de la Doctrina Cristiana. Se la aprendió de memoria, y así se encontró en condiciones de hacerse entender de los infieles. El pueblo y lo más importante que había en la Isla, asistía de buena gana a sus instrucciones. Dos jóvenes Señores que habían llegado de doscientas leguas al Fort Dauphin para sus negocios se hicieron muy asiduos a su Catecismos; se quedaron muy satisfechos de ellas; y le dijeron que a su regreso le comunicarían a su padre lo que habían oído. Nacquart les hizo esperar que con el tiempo podría ir a verlos. Lo deseó todavía más cuando, después de su partida, supo que su País estaba muy poblado, y que, cuando los Franceses iban a traficar allí, sentían satisfacción en asistir a sus oraciones. Pero la muerte de su Cohermano no le permitió realizar un trayecto tan largo. Apenas podía ausentarse por cinco o seis días; debía hallarse en el Fuerte, los Domingos y las Fiestas, para cantar la Misa y los demás Oficios; para continuar en los franceses los Oficios que tenían derecho a esperar de él, y para disponer al Bautismo a los adultos, cuyos corazones abría Dios a las verdades de la Fe.

Sin embargo, como la caridad es industriosa, este celoso Ministro, que no se ocupaba noche y día más que de la santificación de su Isla, trató de formar como a nuevos Misioneros, que pudiesen de alguna manera ocupar su lugar en los lugares a los que él no podía ir. Cuando los franceses se desplegaban por pelotones por las diferentes Provincias de Madagascar, los exhortaba a tener cuidado de no ofender a Dios, a no ofrecer sino buenos ejemplos a los

ojos de los infieles; y dando la Instrucción que había compuesto y traducido a los que le parecían tener más inteligencia, les rogaba en nombre de Jesucristo no dejar pasar ninguna ocasión de instruir a los que quisieran oírlos.

Con respecto a los lugares más vecinos de la vivienda de los Europeos, como son el Valle de Amboul, el País de Anos, y una cadena de montañas que no dista mucho de Fort-Dauphin, él los recorrió todos. Instruía durante el día a los que encontraba en los Pueblos: por la noche al claro de luna daba las mismas Lecciones a los que volvían del trabajo. Para mover el corazón por medio de la imaginación y de los sentidos, les mostraba una gran Imagen del Juicio universal; y después de darles a conocer qué es el Paraíso y el infierno, el gozo santo que se disfruta en el primero, y los tormentos horribles que se padecen en el otro, y les urgía a decidirse, y a escoger por sí mismos su morada eterna. Estos Isleños muy asustados, gritaban en alta voz que era con Dios con quien querían estar. Se quejaban de que sus *Ombiasses* no les hablaban nunca de la salvación, y no los visitaban más que para engañarlos y para apoderarse de sus bienes.

Lo que más consolaba a este celoso Misionero es que los Grandes del País le escuchaban tan atentamente como el pueblo. Habló un día con tanta viveza a un Señor, que tenía cinco mujeres, y le llenó de tanto terror que se vio hasta en su cara. Se quedó confuso y cortado: por fin, vuelto un poco en sí, rogó a Nacquart que fuera a instruirle, y prometió obligar a sus vasallos a recibir el Evangelio.

Disposiciones tan favorables impresionaron más de una vez a este fiel Ministro de la palabra, hasta hacerle derramar lágrimas. Apenas podía contenerlas, cuando veía a la multitud que le rodeaba, exclamar como al unísono: *¿Dónde está esta agua que lava las almas, y que tú nos has prometido? Haznos llegar a ella, y reza las oraciones.* Se reprochaba a sí mismo de alguna manera sus propios retrasos, y se decía interiormente: *Quid prohibet eos baptisari?* Pero se detenía al punto cuando consideraba que estos pueblos por su natural volubles cambiaban tan pronto de sentimientos como de viviendas; que habría sido preciso que al menos cada comarca hubiera tenido un Misionero ambulante y que no le hubiera perdido de vista; que los malos Cristianos les causaban más daño con sus ejemplos desordenados de lo que él los ayudaba con sus Predicaciones; y que estando solo, y al poder faltarle en todos los momentos hombres todavía Neófitos y tiernos en la Fe, estarían en peligro de volverse pronto a sus supersticiones, si se vieran abandonados a sí mismo. Así durante más de dieciocho meses, no bautizó apenas más de cincuenta personas, entre las cuales a una mujer muy anciana y enferma de peligro, la causó gran consuelo. Apenas hubo recibido el santo Bautismo, cuando se vio redoblar su Fe, su amor, su gratitud hacia Dios. Se murió poco después; y es la primera de la isla que haya sido enterrada en el Cementerio de los Franceses.

De ahí se desprende fácilmente con qué ardor suspiraba este santo Sacerdote por alguien que compartiera con él los trabajos Apostólicos, Ay, exclamaba con S. Francisco Javier, *¿dónde están y qué hacen ahora tantos Doctores y Hombres sabios, que pierden el tiempo en las Academias y en las Universidades, mientras que tantos pobres Infieles piden pan, y no encuentran a nadie que se lo distribuya? Quiera el soberano Maestro de la mies proveer por su bondad; ya que a menos que haya aquí cantidad de Sacerdotes para instruir, y para mantener los frutos de las instrucciones, no se podrá dar un paso.*

Estos son los términos de la carta que este perfecto Misionero escribió en 1650 a Vicente de Paúl para comunicarle la muerte del sr Gondrée.

Sería difícil expresar qué afligido se sintió el Siervo de Dios por esta noticia. Además de perder a un excelente Misionero en la persona de este querido difunto, se veía también en peligro de perder al sr Nacquart mismo, quien encargado él solo del peso de un trabajo excesivo, no podía por menos de sucumbir. Después de bendecir a Dios por todo, y adorar sus designios que, si bien secretos, son perfectamente justos, ya no pensó más que en reemplazar a Gondrée, y en procurar lo antes posible, al sr Nacquart, y a sus Neófitos un socorro que fuera proporcionado a sus necesidades. En una Congregación que no ha pedido todavía nada de su primer fervor, todo súbdito es hombre de buena voluntad. Así Vicente no hizo caso de estos rechazos o, si se quiere, de estas advertencias razonadas, que no prueban nada mejor que mucha cobardía y nada de celo.

Había por entonces en Picardía un Sacerdote ocupado en la distribución de las limosnas, de lo que hablaremos después. Éste deseaba con tanta pasión entregar su sangre y su vida por la salvación de los Infieles, que había hecho voto de rezar cada día el Rosario de la santísima Virgen para obtener la gracia de ser destinado a las Misiones extranjeras. Era de Saintes y se llamaba Jacques Mounier. Nuestro Santo puso los ojos en él, y le asoció a Toussaint Bourdaise, nativo de Blois, que por entonces dependía del Obispado de Chartres. Pero los disturbios del Reino no les permitieron embarcarse tan pronto hasta el mes de marzo de 1654 que se hicieron a la mar. Vicente, cuya caridad se redoblaba con la edad, creyó que, a fin de ahorrarse hombres de tantos méritos, y ponerlos en situación de trabajar con mayor éxito, había que multiplicarlos. Por eso mandó partir después de ellos a los srs Dufour, Prevôt y a de Bellville, todos Sacerdotes de una gran capacidad y de una virtud a toda prueba. Hicieron mucho bien, que podremos detallar en otra parte; pero, ¡oh profundidad de los juicios de Dios! Apenas comenzaron lo que se esperaba de ellos. Dejemos hablar al sr Bourdaise sobre esto. La noble sencillez de su estilo vale mucho más que todo cuanto pudiéramos decir en su lugar. Así es cómo él se expresa en una Carta escrita de Madagascar en 1657.

“Aquí es, Señor, donde me faltan palabras, y no encuentro términos para explicar los dolores de mi pobre alma. Sólo Dios sabe cuáles fueron nuestros pesares y nuestras lágrimas, cuando a nuestra primera llegada a esta Isla, nos encontramos que las cenizas del sr Nacquart, él que nos debía ocupar el lugar de un José, para recibimos como a sus Hermanos; y de un Moisés para conducirnos por los desiertos espantosos de esta soledad.

La pérdida que tuve algo después de la persona del sr Mounier, a quien su celo consumió en menos de seis meses, me fue todavía tanto más sensible, cuanto que me encontré solo para soportar todo el peso. Esta herida ha sangrado desde entonces en mi corazón, y aunque la esperanza de recibir algunos socorros por un nuevo envío de Misioneros haya aliviado un poco a intervalos mi dolor, no obstante el demasiado largo retraso de esta misma esperanza me ha dado muchas veces ocasión de una nueva aflicción: pero lo que es verdaderamente deplorable es que casi en el momento que yo comenzaba a gozar de este bien por tanto tiempo deseado, me ha sido arrebatado, y lo he perdido todo sin remedio: de manera que, mi querido Padre, me encuentro ahora en el extremo de la desgracia, y en situación de no temer ya otra cosa en el porvenir, pues no me queda más por perder, ni quizás por esperar, en vistas que esta tierra ingrata devora tan cruelmente, no a sus habitantes, sino a sus propios libertadores. Oís bastante, Señor, lo que tengo que deciros, y

lo que querría poderos callar, para ahorraros las lágrimas y mis suspiros. El sr de Belleville, de quien nunca supe más que el nombre y sus virtudes, murió en el camino. El sr Prevôt, después de superar las fatigas del viaje, murió. El sr Dufour, a quien sólo he visto aquí para conocer el precio de lo que yo debía perder, murió. Finalmente, todos aquellos de vuestros Hijos, que enviasteis a Madagascar, murieron: y yo el siervo miserable me ha quedado solo, para daros la noticia. Por muy triste y aflictiva que sea, no por eso dejaré de producir os alegría y consuelo, cuando conozcáis la santa vida que llevaron tanto en el mar como en la tierra, y las grandes bendiciones que Dios ha concedido a sus trabajos desde que salieron de Francia”.

Bourdaise cuenta aquí lo que los pasajeros le habían dicho del celo y de las virtudes de aquellos de quienes acaba de hablar. Describe luego el bien, que se había realizado en la Isla, a partir del momento en que había llegado; destaca expresamente que todas las mujeres de la Provincia de Histolangar querían recibir el Bautismo, y casarse por la Iglesia.

Al darme cuenta que este detalle, por igual curioso y edificante, me llevaría demasiado lejos, creo contra mi primera intención deber remitirlo al Libro octavo de mi Historia. Volvamos a Vicente de Paúl. Este venerable anciano, que era más que octogenario, cuando recibió la carta del sr Bourdaise, nos va a parecer siempre igualmente grande, siempre perfectamente semejante a sí mismo.

Es verdad que se mostró sensible en extremo ante la pérdida de tantos santos Sacerdotes. Ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo: El Padre más tierno no quiso nunca a sus Hijos como él quería a los suyos. Cada muerte que conocía causaba una herida profunda en su corazón; y David deseaba con menos ardor morir por su hijo, que deseaba él mismo dar su vida por la de sus Misioneros. Lo más triste que hubo fue que las tristes noticias de Madagascar no fueron sino como el suplemento de otras varias parecidas, que recibió una tras otra al mismo tiempo. Todas las cartas que llegaban a S. Lázaro desde hacía meses, llevaban el sello y la firma de la muerte. Acababa de perder a siete de sus Hijos en la ciudad de Génova, donde los servicios, que habían prestado a los apestados, habían acabado por consumirlos, se veía en vísperas de perder a todos los que trabajaban en las Islas Hébridas, donde unos estaban, por las órdenes de Cromwel, cargados de cadenas, los otros no podían ni retener su celo, ni darle suelta impunemente. De tantos Sacerdotes enviados a Madagascar no le quedaba más que uno solo: con miedo de que el dolor y el exceso de trabajo se lo llevaran pronto: y tenía razón de temerlo, puesto que se supo enseguida que se había muerto, poco más o menos en el momento en que se recibió su Carta, en la que anunciaba la muerte de todos sus Cohermanos.

Tantos golpes tan multiplicados, tan fatales, tan sensibles en una edad, en la que el vigor del hombre está agotado, debían naturalmente llevarlo a la tumba; pero encontró en su fe y en la sumisión a las órdenes de Dios, recursos superiores a las leyes de la naturaleza, si se doblégo por un instante como se dobléga la palmera bajo el esfuerzo de un viento impetuoso, se levantó al instante, y se vio lo que siempre había sido. Algunos amigos suyos le aconsejaron que abandonara la empresa de la Isla de S. Lorenzo. Le dijeron que parecía que el tiempo de las misericordias no había llegado aún para ella, y que, si Dios hubiera tenido designios particulares de salvación sobre estos pueblos, habría conservado a los que podían hacerles abrazar la Fe.

Pero estos razonamientos no hicieron ninguna impresión en él. Respondió a su vez –Carta del 19 de abril de 1659-, que la Iglesia universal había sido establecida por la palabra del Hijo de Dios, reafirmada por la de los Apóstoles, de los Soberanos Pontífices, y de los Obispos martirizados; que se había multiplicado por la persecución, y que la sangre de los Mártires había sido la semilla de los Cristianos; que Dios acostumbraba probar a los suyos, cuando tenía algún gran designio sobre ellos; que da a menudo a la perseverancia éxitos que ha negado a los primeros esfuerzos; que su divina bondad daba a conocer que quería, antes que nunca, que su Nombre fuera conocido, y el Reino de su Hijo establecido en todas las Naciones; que era evidente que estos pueblos Insulares estaban dispuestos a recibir las luces del Evangelio; que seiscientos de ellos habían recibido ya el Bautismo por los trabajos de un solo Misionero, a quien Dios había conservado allí; finalmente, que sería violar todas las Leyes de la caridad y de la razón abandonar a un Siervo de Dios que pide auxilio, y a un pueblo que sólo pide ser instruido.

Estos motivos y otros parecidos determinaron pues a nuestro Santo a enviar a una nueva Colonia de los suyos a Madagascar: pero se ha de convenir que la carrera que imprimió a su celo abría una bien vasta a su paciencia. Los dos primeros Sacerdotes, a quienes mandó partir para Nantes, no se pudieron embarcar allí: el Buque, que debía transportarlos, naufragó, y les fue preciso regresar a París –véase 1656-. Vicente envió a otros cuatro algún tiempo después: pero habiendo atacado los españoles al buque que los llevaba –en marzo de 1658-, se hicieron dueños de él, y éstos se vieron obligados a volver a Francia. Por fin, el Siervo de Dios, como un año antes de su muerte, mandó salir a otros cinco quienes, a pesar de los peligros de una Misión tan peligrosa, le habían suplicado con toda insistencia que los destinara allí. Cuando llegaron a Nantes, se enteraron que el embarque era en la Rochelle. Tres se dirigieron por tierra: el Superior con un Hermano que le acompañaba, quiso ir por mar.

La barca que los llevaba tuvo un viento favorable hasta S. Nazaire: pero a punto de entrar en la Ría de Burdeos, se levantó una furiosa tempestad que rompió el mástil y las velas. Los Misioneros que habían llegado ya a la Rochelle se enteraron pocos días después de que se había hundido, y escribieron a Vicente de Paúl. Diversas Cartas llegadas de Nantes confirmaron esta desgracia: pero nadie se lo certificó mejor que un joven Parisino quien, viéndola a punto de zozobrar contra un escollo, se lanzó en un pequeño Esquife, en el que llegó a la Rochelle. Escribió al punto a su madre –la sra Sauvé- el peligro que había corrido, y añadió que había visto con sus ojos hundirse en el mar la barca que levaba al sr Étienne: el nombre del Superior de quien hablamos.

Por acostumbrado que estuviera Vicente a las más extrañas revoluciones, esta debió golpearle, y le golpeó más que ninguna otra. No podía recibir pérdida alguna más sensible. Estienne, aunque muy joven, tenía todas las cualidades de un Apóstol. No conocía en la tierra otra felicidad que la de extender la Fe de Jesucristo. Era para multiplicarla, sobre todo en los Países de infieles, la razón por la que, con el consentimiento de su familia había sacrificado cerca de cuarenta mil libras de sus bienes. Además, estaba fuera de duda que sus parientes, que respetaban su virtud y que Philippe de Moucy Consejero de Estado, su cuñado, no dejarían de quejarse por un viaje tan viaje tan funesto para un hombre a quien querían. Todas estas reflexiones desgarraban el corazón del Siervo de Dios; pero su firmeza no le abandonó, y quizás nunca se dominó mejor. No se entregó ni a llantos ni a exclamaciones. Un aire sombrío y triste no le traicionó; y como quería tomarse tiempo para

prepara a los de su Congregación a una noticia tan aflictiva, nadie se dio cuenta de su dolor en el entretanto que precedió al día elegido para hablar de ello. Tres de los suyos, que bajo la religión del más inviolable silencio, ya sabían por él todo lo sucedido, y que también conocían la ternura infinita que había tenido siempre con Estienne, no se cansaban de admirar su alta virtud y su perfecta ecuanimidad de espíritu.

Sin embargo, para aprovecharse del tiempo del embarque, dispuso en secreto a otro Sacerdote para ir a ocupar el lugar de aquel cuya muerte tantas personas le habían anunciado. En el momento que este Sacerdote desayunaba para partir, y que Vicente escribía a los de la Rochelle que les enviaba a un nuevo Superior, le trajeron el Coreo, varios paquetes de cartas, entre las cuales se hallaban dos, cuya dirección era de un carácter muy parecido al del sr Estienne. El Santo las abrió, y vio que eran efectivamente de él. Una era de Bayona, y la otra de Burdeos. Las dos decían lo mismo; es decir, que la Barca a la que habías abordado en Nantes, se había encontrado durante quince días en un peligro continuo de perecer; que el Capitán y los Marineros no esperando otra cosa que la muerte, se habían arrojado a sus pies y le habían pedido la absolución: que después de dársela les habían asegurado que no perecerían; que el día de la Octava de la Inmaculada Concepción, habían hecho todos votos de acercarse a los Sacramentos, decir o mandar decir doce Misas, dar ropas a doce pobres en honor de la Santísima Virgen; que finamente luchando contra los vientos y contra el hambre, habían conseguido llegar a S. Juan de Luz: de donde iba a tomar el Correo para ir a la Rochelle antes de la partida de los Buques.

Un Padre, a quien se anuncia la resurrección de su hijo único, no se siente tan emocionado, como lo sintió Vicente ante una noticia tan poco esperada: pero este hombre tan acostumbrado a no ver nada sino en Dios, y con relación a Dios, pasó sin emoción visible de un extremo al otro. Su alegría fue muda ante los hombres, como lo había sido su dolor. Se arrojó a los pies de su divino Maestro, le tributó muy humildes acciones de gracias, y le bendijo por la vida, con tanta paz como le había bendecido por la muerte. Sus Asistente, y el que le escribía las Cartas, habían admirado ya en infinitad de ocasiones su perfecta resignación: pero confesaron que no la conocían aún en todos sus alcances.

Estienne llegó a tiempo a la Rochelle para reunirse allí con sus Cohermanos, embarcarse con ellos: mas como Vicente no estaba ya en la tierra, cuando se recibieron sus primeras cartas, no hablaré más de esto. Además, el naufragio que sufrió el sr Estienne en el Cabo de Buena Esperanza, su regreso a Europa, el permiso que obtuvo al fin del Segundo Superior General de la Congregación de regresar a Madagascar, y la Corona del Martirio que Dios le reservó a sus deseos, merecen con mucho una Historia particular. Retomemos el hilo de la de Vicente de Paúl, de la que nos ha apartado un poco una digresión que el lector no encontrará inútil.

El mismo año que este santo Hombre comenzó el asunto de las misiones de la Isla de S. Lorenzo, terminó una que le ocupaba desde hacía tiempo, y cuyo feliz éxito le mereció las bendiciones de la Capital y de todas las Provincias del Reino. Para dar una justa idea de ello, trato la cosa desde un principio.

La ciudad de París, cuya extensión inmensa encierra a más de un millón de habitantes, reúne en su seno toda clase de extremos. El lujo y las riquezas andan al lado de la miseria y de la indigencia. La virtud se halla con el crimen; las alegrías del teatro con las lágrimas de la penitencia; la pureza más austera con el libertinaje más desenfrenado. De este libertinaje

y a veces de la sola pobreza nacen cada año una multitud de niños que, en tiempos de nuestro santo Sacerdote, perdían la vida antes de conocerla, o no la conocían sino para experimentar todos sus rigores. Las madres que los habían concebido, celosas de su honor, menos por virtud que por ostentación, los sacrificaban con bastante frecuencia el mismo día que los habían dado a luz. Los exponían o a la puerta de las Iglesias o en las Plazas públicas: es verdad que los Comisarios del Chatelet se los llevaban por orden de la Policía; pero este primer socorro era casi el único bien que se les hizo. Los llevaban a casa de una Viuda de la calle de S. Landri, que con dos criadas se encargaba del cuidado de su alimentación. Pero como el número de estos niños era elevado, y las caridades eran mediocres, esta viuda, a falta de una renta suficiente, no podía ni mantener a suficientes nodrizas para alimentarlos, ni criar a los que estaban destetados. De modo que la mayor parte de estos niños se morían por extenuación. A menudo incluso las criadas, para librarse de la molestia de sus gritos, les hacían tomar, para adormecerlos, un brebaje que acortaba sus días. Los que escapaban de este peligro eran o entregados a quien los quería llevar o vendidos a bajo precio, que los hubo por los que se pagó tan sólo veinte cuartos. Por lo demás, los que se encargaban de ellos, no lo hacían por motivos de compasión: a unos les hacían amamantar por mujeres enfermas, cuya leche corrompida iba a parar a sus venas contagiándolas y causándoles la muerte; otros los tomaban en lugar de los verdaderos hijos de familia, que a veces habían muerto por su descuido. Se ha llegado a saber que muchos habían sido degollados para servir bien en operaciones mágicas, bien en esos baños de sangre que el furor de vivir ha inventado alguna vez. Lo que era más deplorable era que, los que no habían recibido el Bautismo, morían sin recibirlo: la Viuda de S. Landri había confesado que nunca había bautizado ni hecho bautizar a ninguno.

Este espantoso desorden no era algo nuevo. Los primeros Emperadores Cristianos lo habían lamentado, y fue para remediarlo en parte cuando Constantino había puesto una Ley en virtud de la cual los niños expuestos o pertenecían como niños propios o como esclavos a quienes los habían criado. El Concilio de Vaison, algo antes de mediados del siglo quinto, había establecido la misma Ordenanza. Pero estos Reglamentos, o no ocuparon ningún lugar en nuestras Comarcas, o se extinguieron por falta de uso.

Sea como fuere, la desdichada situación de los Niños abandonados tocó sensiblemente el corazón de nuestro santo Sacerdote. La dificultad estaba en ponerle remedio. Vicente fue lo suficiente caritativo para intentarlo, y tuvo bastante suerte para lograrlo. Suplicó en primer lugar a algunas Damas de su Asamblea que fueran a la Casa de *la Cuna*; es el nombre de la que ocupaba la Viuda, de quien hemos hablado, y vieran si se podía detener, o al menos disminuir un mal tan grande. Estas Damas se quedaron tan asustadas por el espectáculo, que ofreció a sus ojos esta multitud de niños casi abandonados, que no pudiéndose encargar de todos, quisieron al menos encargarse de algunos para salvarles la vida. Con el fin de honrar a la Providencia, cuyos designios ellas ignoraban, se llevaron doce echándolos a suerte, alquilaron en 1638 una casa en la Puerta de S. Víctor para alojarlos; y la Señorita le Gras, que entraba en todas las obras buenas de su Director, se ocupó de ellos con las Hijas de la Caridad. Se trató en primer lugar de alimentarlos con leche de cabra o de vaca; pero más tarde se les dieron nodrizas.

A los primeros estas virtuosas Damas añadieron de vez en cuando algunos más, según la devoción y los medios que tenían. Todos, y por el mismo modo, eran echados a suertes. Se hubiera querido hacer alguna cosa más, se sentían molestas por no poder criar más que a

tan pocos. La diferencia que se hallaba pronto entre la puerta de Víctor y los que se quedaban en la Cuna enternece a favor de los últimos: pero no era posible adoptarlos a todos; y la caridad más viva permite, y quiere incluso, que se consulten las fuerzas propias. Sin embargo se rogaba a Dios que manifestase sus designios, abriera el tesoro de su misericordia, y facilitara la salida a flote de una empresa, que parecía todavía más necesaria que difícil.

Finalmente, después de tantas oraciones, ya que era siempre por ahí por donde quería Vicente que se comenzara; tras muchas Conferencias, se reunió, a primeros del año 1640, una Asamblea general, el Santo propuso en ella de una manera tan patética la necesidad de estas inocentes criaturas, la gloria que se daría Dios por la educación Cristiana que se les podría dar, la bendición y las recompensas que seguirían a una obra tan buena, que todas las Damas que estaban presentes formaron la resolución de encargarse del cuidado de estos pobres niños. El Siervo de Dios aplaudió esta generosa resolución. pero como era tan prudente como celoso, y sabía que el suplemento de mil doscientas o mil cuatrocientas libras, que formaban entonces todo el fondo con el que se podía contar, ascendería a sumas inmensas, quiso que no se planteara nada más que a título de ensayo. De esa forma solía al paso de la murmuración de ciertas familias, y quitaba a estas virtuosas mujeres toda ocasión de arrepentirse de haber seguido con tanta facilidad un primer movimiento de fervor.

Para disminuirles una parte del gasto, además del dinero que él mismo proporcionaba según su costumbre, expuso a Ana de Austria la extrema necesidad de los niños expósitos, y por medio de esta augusta Princesa, quien consideraba como perdidos los días en que ella no había podido hacer el bien, consiguió del Rey doce mil libras de renta sobre las cinco grandes granjas. Con este apoyo el establecimiento se mantuvo durante algunos años. Pero las necesidades acaecidas en Lorena; el temor de una revolución en el Estado, que los rumores y las facciones hacían entrever; el número de estos niños que crecía día a día, y cuyo mantenimiento iba más allá de las cuarenta mil libras, todas estas consideraciones acababan por extinguir el valor de las Damas de la Caridad. Ellas dijeron bien claro que un gasto tan excesivo sobrepasaba sus fuerzas, y que no podían aguantarlo más.

A fin de hallar una nueva decisión, sobre asunto tan importante, fue cuando Vicente señaló en 1648 una Asamblea general. Las de Marillac, de Traversai, de Miramion, y todos esos nombres respetables que Dios ha escrito en el Libro de Vida, se encontraron allí. El Santo propuso a deliberar si se continuaría la buena obra que se había comenzado. Presentó las razones de uno y otro partido. Por un lado manifestó a la Asamblea, que ella no había contraído ningún compromiso, y que le era libre de establecer lo que juzgara más conveniente, y por el otro le hizo ver, que con estos cuidados caritativos había conservado hasta entonces la vida de un gran número de niños, que sin este socorro la habrían perdido para entonces, y tal vez para la eternidad; que estos inocentes, al empezar a hablar, habían aprendido a conocer y a servir a Dios; que algunos de ellos comenzaban a trabajar, y ponerse en situación de no servir de carga a nadie; y que unos comienzos tan felices presagiaban secuencias más prometedoras todavía.

Fue entonces cuando el santo Hombre, que no dominaba ya los suspiros, ni apenas sus expresiones, adoptando un tono algo más tierno y más animado, concluyó de esta manera. *Pues bien, Señoras, la compasión y la caridad os han hecho adoptar a estas pequeñas criaturas como a vuestros hijos; habéis sido sus madres según la gracia, cuando sus madres según la naturaleza los han abandonado; mirad ahora si vosotras también queréis*

abandonarlo. Dejad de ser sus madres para convertiros ahora en sus Jueces. Su vida y su muerte están en vuestras manos; yo voy ahora a recibir vuestros votos y sufragios: es el momento de dictar su Sentencia, y de saber si vosotras no queréis tener misericordia de ellos. Vivirán si continuáis teniendo cuidado de ellos; y por el contrario morirán y perecerán infaliblemente, si los abandonáis: la experiencia no nos permite dudar de ello.

A estas palabras, que un gran Maestro de elocuencia juzgó hace tiempo dignas de sus elogios, la Asamblea no respondió más que con lágrimas. La unción del Espíritu Santo se había insinuado en todos los corazones. Todo Israel no fue sino una sola persona por la uniformidad de su juicio. Se determinó al precio que fuese se continuaría lo que tan bien se había comenzado. La deliberación no fue ya sobre la sustancia de la empresa, sino únicamente sobre los medios de ejecutarla.

Fue como consecuencia de una resolución, tan digna de la caridad de las que la formaban, que se pidió y se consiguió del Rey los Edificios de Bicêtre, antiguo Castillo que, bajo el Reinado de Carlos V, había sido construido por las órdenes de Jean Duc de Berry, y que bajo Luis XIII, había sido restablecido para servir de Hospital a los Soldados inválidos. Se trasladaron allí a aquellos niños, que no necesitaban ya de nodrizas; pero como se vio muy pronto que el aire era demasiado vivo para ellos, los volvieron a París al Barrio de S. Lázaro, donde diez o doce Hijas de la Caridad se encargaron de su educación. Se les compraron más tarde dos casas, una en el Barrio de S. Antonio, donde la Reina Madre colocó la primera piedra de su Iglesia; la otra delante del Hôtel-Dieu, y bastante cerca de la Catedral. Sus rentas se aumentaron con el tiempo por la liberalidad de Luis XIV. Pero su número con mucho superior a sus rentas, creció de tal forma que ciento cincuenta mil libras no bastan para mantenerlos. Así hablaba de ello el Abate de Choissi, que escribía hace más de cuarenta años. ¿Qué habría dicho en nuestros días, en que la miseria y el desenfreno los multiplican al infinito?

Hay que esperar que el tiempo, que borra casi el recuerdo de los favores ordinarios, no borre nunca en los niños expósitos la memoria del servicio señalado que Vicente les dio; que sus lenguas balbucientes no se suelten más que para cantar su nombre y su gloria; y que sensibles a la educación Cristiana, que les dan sus Hijas en Jesucristo, exclamen a través de los tiempos con un Profeta: Los que me han dado la Vida me han abandonado; yo iba sufrir la suerte cruel que tantos otros habían sufrido antes que yo: pero Dios, por mediación de un Siervo tierno y caritativo, me ha tomado bajo su protección, y su mano liberal me ha dado mucho más que lo que había perdido: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me; Dominus autem assumpsit me.*

“*Dios sabe*, y son los términos de una persona virtuosa que había sido testigo de las penas infinitas que pasó nuestro Santo para terminar este gran asunto; *Dios sabe cuántos suspiros y gemidos dirigió al Cielo el sr Vicente con motivo de estos pequeños pobres niños. Cuántas veces recomendó a la Compañía rogar por ellos. Qué medios empleó, qué caminos tanteó para alimentarlos con pocos gastos, y qué cuidados tuvo de visitarlos en diversos Pueblos, por las Hijas de la Caridad; y en el año 1649 por un Hermano de la Congregación, el cual empleó cerca de seis semanas en hacer esta visita*”.

Los gastos que hizo, y que él inspiró hacer por ellos llegaron hasta levantar habladurías de algunos de sus Sacerdotes. Uno de ellos dijo en público y sin rodeos, que al mandar aplicar a estos niños las limosnas, que se habrían podido hacer a la casa de S. Lázaro, la arruinaban

totalmente. Vicente, a quien este discurso interesado y poco cristiano le fue entregado algún tiempo después, respondió tan sólo con estas palabras: “*Dios le perdone esta debilidad que le hace alejarse de esta manera de los sentimientos del Evangelio. ¡Oh, qué bajeza de fe creer que, para hacer y procurar el bien a unos pobres niños y abandonados como éstos, Nuestro Señor tenga menos bondad con nosotros, él que promete recompensar en un ciento por uno lo que se dé por él! ya que este bondadoso Señor ha dicho a sus Discípulos: Dejad que estos niños se acerquen a mí; ¿podemos nosotros, sin serle contrarios, rechazarlo o abandonarlos, cuando vienen a nosotros? ¿Qué ternura no ha mostrado por los niños pequeños cuando hasta tomarlos en sus brazos y bendecirlos con sus manos? ¿No es cierto que a propósito de ellos nos ha dado una regla de salvación, al mandarnos hacernos semejantes a niños pequeños, si queremos tener entrada en el Reino de los Cielos?... Proveer a las necesidades de los niños expósitos es ocupar el lugar de sus padres y de sus madres, o más bien el de Dios, que ha dicho que si una madre llegara a olvidarse de su hijo, él mismo se cuidaría de él, y no se olvidaría de él. si Nuestro Señor viviera todavía entre los hombres de la tierra, viera a niños abandonados, ¿pensaríamos acaso que él quisiera también abandonarlos? Sería sin duda hacer una injuria a su bondad infinita tener un pensamiento así. Cómo pues el trabajo que nos cuesta mantenerlos iba a ser para nosotros una razón para abandonarlos, para nosotros, digo, a quienes la Providencia ha encargado de procurarles su bien espiritual y su conservación temporal*”. Así fue como el santo Sacerdote forzó, con su desinterés y su paciencia, los obstáculos que se oponían a su celo.

Era tiempo que acabaran los asuntos de los niños expósitos: un corto retraso los hubiera arruinado por completo. La capital, y casi todas las Provincias del Reino, se vieron pronto en un estado, en que las mejores casas lo tenían todo por ellas mismas. El hambre, la peste y la guerra civil, plaga temible si la hubo alguna vez, los estragos como por ensalmo. Un Italiano que se hallaba a la cabeza de los asuntos y cuya diplomacia había hecho necesario a un Reina que no conocía bastante sus propios talentos, fue en parte el motivo, en parte el pretexto de una revolución, que no tiene casi ejemplo en todo el resto de nuestros Anales.

El Cardenal Mazarino, que no quería compartir su crédito con nadie, y que se veía con complacencia árbitro de la guerra y de la paz, dueño de las gracias, y depositario de la autoridad soberana, debió ganarse, y de hecho se ganó, muchos envidiosos: y como de la envidia al odio más encendido no hay más que un paso, y a veces menos, pronto tuvo que soportar a tantos enemigos como rivales. La aversión de los Grandes empujó a los pueblos. Todo intervino en este malentendido. Se dio el nombre de *Frondistas* a los que eran opuestos al Ministro; los que eran o neutros o estaban con los intereses de la Corte fueron tratados de *Mazarinos*, y a veces de *Realistas*. Además, el bien público y la salvación del Estado eran el gran pretexto con que se embaucaba a la multitud. Fue únicamente el celo y el amor al Rey lo que les hacía sentirse desesperados por el éxito de sus armas; y llamar, para contrarrestarlo, al Extranjero al Reino, y reclutar tropas para hacer la guerra a las suyas. Así este fantasma del bien público se desvanecía por sí mismo, una vez que los que movían los asuntos habían obtenido de la Corte lo que pretendían. El Cardenal se convertía en un instante a sus ojos en el hombre más galante del mundo; y se vio más de una vez en el espacio de una semana a celosos Frondistas convertirse en celosos Mazarinos. Todos estos datos son de notoriedad pública; y las Memorias del Cardenal de Retz, que tomó tanta parte en estas crueles divisiones, son por sí solas más que justificantes para constatarlas.

No obstante las barricadas de París, la liberación forzada de los que habían sido detenidos por orden de la Corte, las murmuraciones que saltaban todos los días, las facciones que se fortalecían en lugar de disminuir, llevaron a la Reina a tomar un partido contrario a su dulzura natural. Resolvió matar de hambre a París y castigar a una ciudad, que desde algún tiempo parecía no respetar bastante su autoridad. Con estas miras, salió de allí el día de los Reyes, a las tres de la mañana, con el Rey su Hijo y la mayor parte de la Corte, que la siguió a S. Germain-en-Laie. Vicente hizo durante este tiempo de confusión todo lo que podía hacer un buen ciudadano; y sufrió todo lo que podía aguantar un súbdito fiel. Como pensó que los pobres se verían pronto reducidos a extremos molestos trató de proporcionarles un recurso en las provisiones que estaban destinadas a la subsistencia de la casa. Para ello, mandó salir de ella a los Seminaristas con su Director, y los envió a Richelieu: mandó cerrar el Colegio de los Bons-Enfants; devolvió a S. Carlos a los Estudiantes, que podían vivir en sus casas; y quiso que el trigo, que esta numerosa juventud habría consumido, se reservara para los que no tendrían. La violencia y la injusticia arruinaron una parte de estos buenos planes: pero como tuvieron todo su gran mérito ante Dios, deben tener todo su valor ante los hombres.

Después de estas precauciones caritativas, que fueron tomadas y ejecutadas en pocos días, el Santo formó un proyecto, que se puede tener como uno de los más bellos monumentos a su valor, a su desinterés, y a la disposición en que se hallaba de sacrificarlo todo antes que no seguir el movimiento y las luces de su conciencia. Ana de Austria le había honrado siempre con una benevolencia particular, celebraba algunas veces con él un Consejo secreto, en el que lo que se había convenido con Mazarino, era de vez en cuando convenido de una manera poco conforme con el parecer del Ministro. Ella le devolvía una infinidad de asuntos que, por no ser de primer orden, no dejaban de tener importancia: en una palabra, es cierto que durante la Regencia, él tuvo siempre crédito, y mucho más de lo que quería tener. Por otra parte, él tenía hacia la persona y las eminentes virtudes de esta augusta Princesa un profundo respeto; y es seguro que habría dado mil veces su vida por ella, y por los intereses del Rey su Hijo. Sin embargo, como la conducta que llevaba con respecto a su pueblo le apreciaba demasiado rigurosa, y le asustaban los crímenes, los sacrilegios que la guerra civil lleva siempre consigo, creyó deber explicarse con la Regente, y decirle de viva voz todo lo que él pensaba. Se dio perfecta cuenta que en la agitación en que se encontraban los espíritus, la libertad que se iba a tomar, debía naturalmente ser seguida, o del exilio o de una desgracia señalada: pero él no temía ni desgracia ni exilio cuando se trataba de impedir que Dios fuera ultrajado y procurar la salvación de la multitud.

Salió pues de París –el 13 de enero- antes del amanecer, y emprendió el camino de S. Germain. Con prudente política, no se abrió a nadie sobre el proyecto que había formado; y con todo, para no dar sospechas al Parlamento, que habría llevado a mal que un hombre como él se hubiera retirado sin decir nada, dejó antes de su salida una carta a su primer Asistente con orden de llevársela enseguida al sr de Molé, que estaba a la cabeza de esta gran Compañía. Le informaba en dos palabras que Dios le apremiaba a dirigirse a la Corte, para trabajar allí en la paz, y que si no había tenido el honor de verle antes de salir era únicamente para poder asegurar a la Reina que venía por propia iniciativa y que no había concertado con nadie lo que tenía que decirle.

El trámite del Santo produjo satisfacción a este Magistrado, quien conocía su virtud y rectitud. De Molé era un gran hombre de bien, no le gustaban las facciones; las lágrimas

que se le escaparon alguna vez en sus discursos que se veía obligado a hacer a la Regente expresaban sus sentimientos de un modo opuesto a sus palabras; y Madame de Motteville, tan justamente unida a la Reina, confiesa que las virtudes del primer Presidente igualaron en muchas ocasiones las de los más ilustres romanos.

Como París estaba bajo las armas, y había guardias avanzados en todos los barrios, el Santo se vio obligado a dar un rodeo bastante largo. Todavía no había amanecido del todo cuando llegó a Clichy; y esta oscuridad pensó que le sería funesta. Los habitantes habían sido saqueados la víspera por caballeros alemanes; y habían empuñado las armas para rechazarlos, por si les entraban ganas de venir a hacer una segunda excursión por allí. Ante el ruido de dos personas que iban a caballo, gritaron alerta y salieron unos con picas, los otros con el fusil en banderola, y preparados para hacer fuego. El que acompañaba a Vicente, y que no era todavía muy aguerrido, *tembló de miedo*, dice él, *pero*, añade, *en ese mismo momento que Dios no permitiría que unos campesinos maltrataran a un hombre, que había consagrado a su servicio la vida, su Congregación y sus bienes y sentía tanto celo y ternura por los pobres*. En efecto, habiéndole reconocido uno de ellos y haciéndoselo saber a los demás, el nombre de su antiguo Pastor despertó los sentimientos de respeto y veneración que habían sentido en otro tiempo hacia él. Le prestaron los pequeños servicios que podía esperar, le indicaron el camino que debía llevar, y los que debía evitar para no caer en las manos del soldado enemigo, que batía los campos.

En Neuilly corrió el mismo peligro. Las aguas se habían desbordado, y cubrían una parte del Puente. Quisieron persuadirle de que no pasara. Su valor le mantuvo y Dios le protegió. Para agradecerlo en el momento mismo con un acto de caridad, envió su caballo a un pobre hombre que estaba al otro lado del puente, y que sin ello no habría podido continuar el viaje. Llegó por fin a S. Germain hacia las nueve o las diez. Y tuvo una larga conferencia con la Reina. Dijo a Su Majestad todo lo que creyó deber decirle para apartarla del sitio de París. Le expresó que no era justo hacer morir de hambre a un millón de inocentes para castigar a veinte o treinta culpables; le pintó un cuadro vivo de las desgracias, que iban a caer sobre su pueblo; fue más lejos todavía, y se atrevió a adelantar que, como la presencia del sr Cardenal parecía la fuente de todas las desavenencias del Estado, él creía que había que sacrificarlo por algún tiempo

Sin alejarse del debido respeto que debía a la más virtuosa Princesa del mundo, habló con tanta fuerza que al cabo de un momento se sintió sorprendido y hasta afligido. A partir de ese instante contó menos con el éxito de su negociación: ya que a fin de cuentas, decía dos días después, *nunca me ha resultado discurso alguno que sonara a rudeza, y me he dado cuenta siempre que para mover el espíritu no se ha de amargar el corazón*. Se corrigió muy pronto de cierto aire de viveza que no era de su gusto ni de su estilo ordinario; y pasando del Apartamento de la Reina al de su Ministro, le habló con una dulzura, que impresionó al Cardenal. Sin embargo le dijo, sin el tono, todo lo que había dicho a Ana de Austria; le exhortó a ceder a las desdichas del tiempo, y a arrojarse al mar para calmar la tempestad. Mazarino, que no estaba acostumbrado a sermones tan vivos y a quien nadie se había atrevido aún a dirigirse en parecido lenguaje, no dejó de responder al Santo con mucha bondad. *Pues bien, Padre*, le dijo, *me marcharé si el sr le Tellier es de vuestro parecer*.

En efecto, el mismo día se celebró consejo con la Reina. Los motivos expuestos por nuestro Santo se discutieron en él. El sr le Tellier los combatió con razones de Estado, como se lo declaró él mismo al Siervo de Dios; y se decretó que el Cardenal no saliera del Reino.

No sé si Vicente se enteró de este resultado antes de salir de S. Germain: lo que sí es seguro es que tuvo de continuo razones para creer que se le podría exiliar. Así se lo esperaba desde París; y confesó a quien le acompañaba que había dicho a la Reina y a su Ministro todo lo que habría querido decir si se encontrara a la hora de su muerte. Pero la Corte, que conocía perfectamente su voluntad por los intereses del Rey y la pureza de sus intenciones, no juzgó un crimen su generosa libertad. Además, la precaución que se había tomado de no ver a nadie antes de su partida, y la seguridad que había comunicado a la Regente, le sirvió de mucho en una ocasión tan delicada. Una de las Damas de la Reina –la Señorita Danse-, tuvo menos suerte porque había sido menos prudente. Por la noche -14 de enero-, al desnudar a esta Princesa, le dijo que, en caso de que el sr Cardenal saliera, París dejaría las armas; y que el Duque de Elbeuf se lo había asegurado. Estas pocas palabras le atrajeron una mirada fulminante: *con que tenéis comunicación con nuestros enemigos*, respondió la Reina, *salid de aquí y que yo no os vuelva a ver más*. Esta corta escena que se difundió pronto parecía anunciar al santo Sacerdote una desgracia parecida. No pasó nada; y el sr le Tellier, a quien mandó al día siguiente a pedir un pasaporte, le envió uno firmado por el propio Rey: este joven Príncipe tuvo incluso la bondad de darle un escolta que le llevó hasta Villepreux.

Si se hubiese sabido en París lo que había pasado en S. Germain, el pueblo que, sin saber por qué, se había irritado contra *Mazarino*, habría tenido a Vicente por uno de los más celosos Frondistas: pero este digno Sacerdote, que sabía que la obediencia es la primera virtud de los Súbditos, se cuidó mucho de no dejar traslucir al público las propuestas que había hecho y las respuestas que había recibido. También fue tratado de Realista, es decir como enemigo declarado. El odio de aquellos, a cuyos hijos había excluido de las Dignidades Eclesiásticas, se despertó y llegó a ser enfurecido, porque podía serlo impunemente. Un Consejero que se decía autorizado por los Señores del Parlamento, se hizo con las llaves de la casa de S. Lázaro. Por órdenes suyas todo el trigo que había en los graneros fue embargado. Se pusieron guardas en todas las puertas. Ochocientos soldados se alojaron en las edificaciones. Estos valientes, que habían sido reclutados a toda prisa en París, se desquitaban con las provisiones del mal que no se atrevían a hacer al enemigo en campo abierto. Hicieron, dice un Eclesiástico que había visto las cosas con sus propios ojos, hicieron un destrozo y destrucción espantosos; y no hallando nada con que satisfacer su furia, pegaron fuego a las leñeras del corral y las redujeron a cenizas. El Parlamento, que fue informado al fin, llevó muy a mal que se ejercieran en su nombre unas violencias tan negras. Desacreditó a los que pretendían haber recibido encargo de él para ejecutarlas. Esta canalla soldadesca recibió orden de retirarse, y se retiró en efecto; pero los daños causados durante tres días no fueron reparados.

Para colmo de males, una granja poco alejada de Versailles y que era entonces el único recurso de Vicente de Paúl y de los suyos fue asaltada por los soldados desbandados del Ejército del Rey. El ganado, el cereal, los muebles de algunos Hermanos que la guardaban, hasta los de un rico particular, que estaban en depósito, todo fue arrebatado. El Santo, que de Villepreux había ido a Fréneville cerca de Étampes, allí se enteraba cada día de algunas de estas tristes noticias: pero no se entregó nunca a la crítica ni a la impaciencia, y en estas

pruebas tan duras, sobre todo cuando se dan tan multiplicadas y se siguen de cerca, respondió siempre: *Dios sea bendito, Dios sea bendito.*

A pesar de la destrucción, de que hemos hablado, quedaba aún mucho trigo en S. Lázaro, porque se reunían entonces provisiones para esta Casa y para el Seminario de S. Carlos, que era numeroso. Una parte fue vendida por orden de los Magistrados, la otra distribuida gratuitamente a los pobres. La venta y la limosna se hicieron con mucha caridad. Se entregó voluntariamente a seis libras lo que la Policía había valorado en diez: no se negó pan a nadie de los que lo pidieron. Se dio cada día a cerca de dos mil pobres, de toda edad y sexo; y los propios Misioneros estaban a punto de carecer de ello cuando la paz abrió el medio de hacer algunas malas provisiones. Aunque los Sacerdotes formados por Vicente de Paúl se prestasen a estos ejercicios de misericordia todavía estaban comprometidos por las urgentes solicitudes del Siervo de Dios. Todas las cartas que escribió de Fréneville tenían por estribillo el cuidado de los pobres; y quería que se les diera todos los días dos o tres séptimos de trigo, el Hermano que se ocupaba de la Panadería y de los granos ha declarado que en tres meses había empleado diez moyos en pan (1 moyo: de capacidad, 250 litros) que se distribuyeron a los que no tenían.

No obstante, para desarmar la cólera de Dios y enseñar a los que estaban con él a hacer lo mismo, el Santo les predicaba, con palabras y con sus ejemplos, la necesidad de hacer penitencia. Él mismo la hacía muy rigurosa. Mal calzado durante un invierno molestísimo, alimentado con pan de centeno y habas, comiendo tan poco, que bastantes veces después de tomar su refección, tenía tiempo de hacer una parte de la lectura de mesa; distribuyendo a campesinos que hacía comer a su lado lo que le servían de menos malo, no dejaba de trabajar por la salvación de los habitantes del Val de Puisseaux. Los exhortaba que no parecían salidas de alguien de edad tan avanzada, a hacer un buen y santo uso de la guerra y de los disturbios que les amenazaban; les hizo ver que la renuncia al pecado, una confesión exacta, una satisfacción proporcionada a sus faltas, eran los únicos medios de procurarse la paz con Dios y con los hombres. Esta sola predicación le salía mejor que las de una Cuaresma entera a los demás. La mayor parte de los Parroquianos quisieron reconciliarse, y como el párroco del lugar no podía bastar a su demanda, nuestro Santo con otro Sacerdote de la Congregación, se entregaron a ellos por completo.

Después de pasar algún tiempo en Fréneville, Vicente que vio que las cosas iban de mal en peor, se determinó a hacer las visitas de las casas de su Congregación. Ni el hielo ni la nieve que cubrían la tierra pudieron detenerlo. Llegó a le Mans, donde no se esperaba menos. Sus hijos tan sorprendidos como contentos le recibieron como a un ángel de Dios. Había pensado pasar con ellos cinco o seis días; pero habiéndose extendido por la ciudad la noticia de su llegada, contra sus intenciones, todo lo mejor que había en la Región acudió a saludarle; y se sintió tan abrumado de visitas, que no pudo terminar la suya hasta quince días después de haberla comenzado.

No debo omitir aquí el apuro en que se encontró el santo Hombre con ocasión del sr de Lavardin de Beaumanoir Obispo de le Mans, el mismo de las Ordenaciones de quien se han dicho tantas cosas ridículas después de su muerte. Vicente no le había servido en su nombramiento; él lo sabía y se había quejado de ello más de una vez y con bastante vivacidad el Siervo de Dios se sorprendió sobremanera al enterarse de que este Prelado, que no tenía aún sus Bulas, estuviera ya en su Diócesis. No era cómodo tomar una buena decisión en una coyuntura tan delicada. Era indecente pasar sin verle; peligroso verle sin

previo aviso, incivil mandar a pedirle si aceptaría una visita. La humildad de nuestro Santo le sacó de apuros. Envió desde por la mañana a dos Sacerdotes del Seminario a decir a este Señor que la tarde anterior él había llegado a su Diócesis sin su permiso; y que le suplicaba muy humildemente que tuviera a bien que pasara siete u ocho días en la Casa del Seminario.

Este cumplido por parte de un hombre, cuya rectitud y sinceridad conocía el sr Lavardin mejor que nadie, le desarmó. Envió a decir a Vicente que era muy dueño de permanecer en el Mans cuanto tiempo quisiera; y que si no hubiera tenido una casa, habría tenido mucho gusto en ofrecerle la suya. Una respuesta tan cumplida pedía un agradecimiento: pero en el momento en que nuestro Santo se disponía a partir para dirigirse al Obispado, se enteró de que este Prelado había salido repentinamente. Las revueltas del Reino le habían obligado a esta partida precipitada. Los Manceaux, naturalmente fieles a su Príncipe, habían sido seducidos y arrastrados por el Marqués de Boulaie, quien era del partido de la Fronda; y el Obispo junto con el que mandaba por el Rey habían sido obligados a retirarse.

De le Mans el Siervo de Dios emprendió el camino de Angers, donde las Hijas de la Caridad, que sirven a los enfermos del Hôtel-Dieu, tienen una fundación considerable. A una media legua de Durtal su caballo se derrumbó en un pequeño río, en el que se habría ahogado a no ser por el rápido socorro que le dio uno de sus Sacerdotes, que le acompañaba. Este accidente no le alteró en absoluto; volvió a subirse al caballo empapadito, se secó como pudo en una pobre choza; y como estaban en Cuaresma, estuvo sin comer hasta por la tarde, que llegó a un Hospedaje.

Como su primer alimento era de ordinario instruir a los pobres y al servicio, este santo Anciano aunque abrumado de necesidad y de cansancio se puso a dar el Catecismo a los sirvientes de la casa. La huésped, sorprendida y edificada por su caridad, fue corriendo a las casas del pueblo, recogió a todos los niños, y sin decirle ni palabra, les mandó subir a su habitación. Vicente le dio las gracias con todo afecto, y como por un buen servicio. Dividió a esta juventud en dos grupos, dio uno a su compañero para instruir, instruyendo él al otro, con aquellos modos llenos de bondad y de unción, que le ganaban todos los corazones. Después de la instrucción les dio limosna, porque eran tan pobres como ignorantes.

El Santo, después de pasar cinco días en la visita y hablando a las Hijas de la Caridad sobre las virtudes de su estado, partió para Rennes. La Providencia, que quería que cada jornada de su viaje estuviera sometida a alguna nueva prueba, le expuso al mayor peligro de su vida. Como pasaba agua sobre un puente de madera entre un molino y un estanque muy profundo, su caballo, espantado por el movimiento y el ruido de la rueda del molino, reculó tan bruscamente, que puso una pata fuera del puente, y estuvo a punto de precipitarse al estanque. Vicente se creyó perdido, y los que estaban presentes todavía más: pero Dios le echó una mano. El caballo se detuvo en seco, y para el santo hombre no pasó de un susto. En ese mismo momento se puso a rezar, invitando al que iba con él a dar gracias al Señor por una protección tan visible y tan necesaria. Hacia la noche llegó a una mala taberna. Le dieron una habitación que, aunque la mejor de la casa, no valía nada. Pero habiendo llegado algunos amigos del huésped, y Dios sabe qué amigos, les dio por desalojarle y colocarle mucho peor que antes. Obedeció sin replicar; y lo consideró como un honor ser tan maltratado. Pagaba bien en todas partes, pero todavía pagaba mejor en esta clase de lugares; y un día que hicieron entrar en una habitación vecina a la suya a un grupo de campesinos,

que bebieron durante una parte de la noche, y charlaron durante la otra, en lugar de quejarse del poco respeto que se le había tenido, dio a su huésped unos *Agnus* perfectamente hermosos, y que se los habría podido regalar a la Duquesa de Aiguillon, sin faltar al decoro. Henos de confesar que la Teología de los Santos ha envejecido en el siglo en que estamos, y que ya no está de moda.

Vicente quien, en todo este viaje no había hecho ninguna vista de puro civismo, y que tenía por costumbre no hacerlas nunca más que cuando asuntos de caridad domésticos o extraños se lo pedían; Vicente, digo, creyó pasar *de incógnito* por Rennes, como lo había hecho en Orléans y en Angers: pero fue reconocido cuando entraba en la ciudad. Todo andaba revuelto y conmovido allí, como en París; y los Realistas eran mal recibidos. Apenas había puesto el pie en tierra el Santo cuando una persona bien situada le envió a decir que la estancia de un hombre como él, que era de los Consejos de la Reina, y de sus intereses, era sospechosa; que se tenía el plan de hacerle detener; que le avisaba para que en ese momento saliera de la ciudad.

El Siervo de Dios se dispuso a partir al momento: pero un gentilhomme alojado en la misma hostelería, habiéndole reconocido, le dijo en voz alta, en un ataque de cólera: *El sr Vicente se extrañará mucho si a dos leguas de aquí le pegan un pistoletazo en la cabeza;* salió al instante con la actitud de un hombre capaz de todo. Un cumplido tan brutal no conmovió mucho al santo Sacerdote: pero el Teólogo de S. Brieu, que le oyó y había venido a rendir cumplidos al Hombre de Dios, de cuya llegada, no sé por qué medios, se había enterado, le impidió adentrarse en el campo, y le aconsejó ir a ver al primer Presidente, y a algunas otras personas, que tenían un rango importante en la ciudad. Estos Señores quedaron impresionados de la prudencia y gravedad de este respetable anciano; le recibieron con mucha educación, vieron a las primeras de cambio que su llegada no era otra cosa que pacífica; y no le apuraron que se fuera.

Partió sin embargo al día siguiente; en el momento de montar a caballo, se vio volver a la ciudad a aquel mismo gentilhomme que había ido a esperarle en el camino para cometer este negro y detestable asesinato. El Teólogo de S. Brieu, que sentía hacia Vicente todo el respeto y toda la estima posible, se alarmó por el peligro al que le veía expuesto. Quiso compartirlo con él; y por más que le insistieron, le acompañó hasta S. Méen. El Siervo de Dios llegó por fin el Martes Santo –Lunes- según Ducorneau. Pasó allí quince días, pero al estilo de los Hombres Apostólicos, es decir que después de terminar su visita en la que hizo los Reglamentos llenos de prudencia y de piedad, dedicó es resto del tiempo al Confesionario, administró los Sacramentos, y demás funciones con un celo misionero. El Superior de la casa de S. Méen quiso llevarle hasta Nantes, a donde un asunto de piedad le obligó a dirigirse; pero el santo Hombre no quiso consentir en ello.

De Nantes pasó a Luçon, de donde se proponía ir a Saintes y a Guyenne, para continuar las visitas de las casas de su Compañía; pero la Reina le hizo llegar la orden de dirigirse sin demora a París, adonde había regresado el Rey, y salió para Richelieu. Las fatigas y los trabajos de una marcha tan larga y tan penosa para un hombre de su edad le detuvieron más de lo esperado, y cayó enfermo.

Llegada a París la noticia de su indisposición, le enviaron al enfermero de S. Lázaro, que conocía mejor que nadie cómo se le debía tratar. Vicente afligido por las atenciones que se le dispensaban a él al que tenía por el más vil y más despreciable de todos los hombres, no

pudo por menos de decir, en términos humildes en extremo, que no merecía hacer un viaje tan largo. Pero, como a ejemplo del santo Job discutía severamente todas sus acciones, creyó que la especie de disgusto que había demostrado había podido dar a aquel que le habían enviado por no haberle recibido con bastante ternura. Para reparar esta pretendida falta, de la que el enfermero apenas se había dado cuenta, se arrojó a sus pies, le pidió perdón en Richelieu; y como no le pareciera suficiente, lo hizo por segunda vez al llegar a París. El Asistente de S. Lázaro, que estaba presente en esta segunda humillación, se sintió más edificado que sorprendido. Estaban tan acostumbrados a ver a este gran Hombre rebajarse hasta el centro de la tierra, y ante sus inferiores, y bastantes veces ante los extraños que, todo lo que hiciera en este orden, no era cosa nueva para ellos.

Entretanto la Duquesa de Aiguillon enterada de su enfermedad, le envió una pequeña carroza, dos de sus caballos y a un cochero, para traerlo tan pronto como se viera en condiciones de ponerse en camino. La historia de este nuevo equipo, que alarmó tanto la humildad de nuestro Santo, merece tener lugar aquí.

Las Damas de su Asamblea, al verle enfermo grave, y mal atendido, temieron que le sucediera algún accidente, le habían mandado hacer algunos años antes un vehículo. Como se conocía su aversión infinita hacia todo lo que respirara fasto, le hicieron tan sencillo, que más no podía ser. Sin embargo el santo Sacerdote, si tuvo alguna necesidad alguna vez, no quiso servirse nunca de él; y envejeció de alguna manera por el no uso. Fue este mismo Vehículo el que le envió la Señora de Aiguillon a Richelieu. El estado de debilidad en el que se encontraba entonces y las órdenes de la Reina que le necesitaba le hicieron hacer uso de él hasta París. Una vez que llegó, envió los caballos a la Duquesa de Aiguillon con mil agradecimientos. Ella se los devolvió a su vez, pidiéndole que mirara la necesidad de usarlo que tenía y se sirviera de él: pero este Hombre siempre humilde los rechazó por segunda vez, y protestó que si la hinchazón y debilidad de sus piernas, que aumentaba día a día, no le permitieran ir a pie ni a caballo, estaba resuelto a quedarse antes el resto de su vida en S. Lázaro, que hacerse llevar en una carroza. Esta contestación, que por un lado tenía la caridad por principio y por el otro la humildad, duró algunas semanas: la Duquesa de Aiguillon, que estaba en su derecho de querer lo que ella había resuelto una vez, echó mano de un expediente, que debía resultarle bien, y que le resultó en efecto. Se dirigió a la Reina y al Arzobispo de París, y los dos dieron orden a nuestro Santo que en adelante fuera en carroza. Obedeció porque había que hacerlo; pero no lo hizo sino con mucho trabajo y una extrema confusión. Llamaba a esta carroza *su vergüenza y su ignominia*; y un día que visitaba a algunos Sacerdotes del Oratorio, habiéndole devuelto cuatro de ellos a la puerta, dijo al R. P. Senault, y a los que estaban con él: *Ya ven ustedes, mis queridos Padres, yo soy hijo de un pobre campesino, y me atrevo a servirme de una carroza.*

Por lo demás, este vehículo y sus dependencias, se hicieron públicos, desde que pertenecieron al Siervo de Dios. Mandaba subir a su lado al primer anciano que se encontraba de camino; él tenía tanto miedo de que sus caballos fueran algo vistosos que, cuando no salía, los mandaba poner en el arado. Es cierto sin embargo que este débil auxilio le sirvió de mucho durante casi diez años para muy importantes servicios a la Iglesia y concluir asuntos de importancia, que de otra suerte no habría podido siquiera comenzar.

Una vez que hubo despachado con el Rey y la Reina su Madre, se entregó a reparar una parte de los males que las tropas habían hecho en las cercanías de París; y como los santos

Misterios habían sido indigna y sacrílegamente profanados en Châtillon, en Clamart, y en algunas Parroquias vecinas más, quiso que todos los de la Comunidad fueran en peregrinación allí; él mismo estuvo con algunos de los suyos, de manera que no hubo nadie en la casa que no se esforzara en pedir perdón a Jesucristo y expiar con lágrimas el ultraje cruel que este Dios-Víctima había recibido en el más temido de nuestros Sacramentos – Carta del 31 de agosto de 1649-.

Sin embargo la casa de S. Lázaro, a la que la Fronda había castigado tanto y que, a pesar de todo, había hecho esfuerzos prodigiosos para alimentar a un multitud de pobres durante la guerra de París, llegó a encontrarse en un estado lastimoso, desprovista de dinero, de provisiones, de socorros, le faltaba de todo. Aunque el Santo deseaba que los suyos estuvieran alimentados y reprendiera con viveza a esos Procuradores interesados –carta de 1649- que venden a los extraños lo mejor que tienen, trigo o vino, y creen que unos Sacerdotes abrumados de trabajo están bastante bien, cuando no están peor que los criados, se vio reducido a hacer comer a los de la Comunidad pan de cebada y, algo después, pan de avena. El ejemplo que les daba en esto como en todo lo demás, y más aún su ternura por ellos, de lo que no dudaron nunca, apartó hasta la sombra de murmuración; así no tenía motivo de inquietud en este aspecto: *Los pobres*, dice él mismo en una carta escrita al sr Alméras, *los pobres que no saben a dónde ir ni qué hacer, que sufren ya y que se multiplican todos los días, ese es mi pesar y mi dolor* –Carta del 8 de octubre-.

Este peso aumentó pronto, y en menos tiempo se convirtió en tan insoportable, que otro cualquiera se hubiera visto abrumado. El espíritu de discordia que agitaba a Francia sopló con más impetuosidad que nunca. Mazarino que tenía muchos enemigos siempre, se los hizo nuevos mandando detener a los Príncipes de Condé, de Conti, y al Duque de Longueville, con esto hizo perder al partido del Rey al Vizconde Turena y a un número de buena gente, que habrían podido servir al Estado; se perdió al fin a sí mismo por un tiempo, habiéndose visto obligado el año siguiente a salir del Reino. Nuestros enemigos se aprovecharon de estas funestas divisiones; y los españoles, quienes sobre todo después del Tratado de paz, celebrado en Munster entre el Emperador y el Rey Cristianísimo, no nos habrían dado muchas preocupaciones, continuaron dándonoslas muy serias. Después de apoderarse –en 1649- de Saint-Venant y de Yprés, avanzaron hacia nuestras fronteras y tomaron –en 1650- el Catelet, la Capelle y Rhétel. Sus ejércitos y los que se les opusieron arrasaron una gran parte de la Picardía y de la Champaña; pusieron pronto a estas provincias en un estado bastante parecido al que hemos descrito en la Lorena.

Las primeras noticias de lo extremo del mal vinieron de Guisa que el Marqués de Sfondrat no había podido tomar pero cuyos alrededores había desolado. Algunos que llegaban de aquel cantón contaron, en diferentes lugares de París, que habían visto a un gran número de soldados atacados por diferentes enfermedades, privados de todo socorro y que, tratando de ir a buscarlo en las ciudades vecinas, se morían de agotamiento en medio de los caminos, sin Sacramentos y sin consuelo humano.

La alegría, que causaba a aquellos Parisinos, que eran afectos al Rey, la retirada de los enemigos y del sitio de Guisa, los dejó bastante insensibles a la desgracia de estos mismos soldados, que habían contribuido a un cosa y a la otra; al menos es seguro que no pensaron en socorrerlos.

No fue así Vicente de Paúl, a quien Dios había dado entrañas de misericordia, y que no podía ver sufrir a su prójimo sin sufrir él mismo de rechazo. Una noticia tan triste el conmovió; y tomando disposiciones con la Presidenta de Herse, mujer de una piedad distinguida y que no se volvía atrás nunca, cuando se trataba de hacer buenas obras, mandó partir al punto a dos de sus Misioneros con un caballo cargado de víveres y unas quinientas libras en dinero.

Estos dos Sacerdotes comprendieron enseguida que la escasez del socorro no era nada en comparación con la inmensidad del mal. Encontraron a lo largo de las cercas y en los grandes caminos un número tan grande de infelices, de lo que unos estaban hundidos en su extrema necesidad, otros no esperaban ya más que el golpe de la muerte, que las provisiones se consumieron en un instante. Corrieron a las ciudades vecinas para comprar más: pero qué sorpresa para ellos al ver estas mismas ciudades en un estado tan deplorable como los campos. Faltaba de todo; la escasez, la pobreza, el hambre, y las necesidades más humillantes reinaban por todas partes. En una situación así estos Señores tomaron el único partido que podían tomar. Escribieron a Vicente, que la desolación era general en toda la región; que lo que habían traído no era nada en comparación con lo que faltaba para disminuir el mal; que los Ejércitos habían cosechado todos los trigos; que los pueblos habían sido saqueados hasta quedar desnudos; que la mayor parte de la gente del campo había abandonado sus casas para ir a buscar de qué vivir a las ciudades; y que no hallando a nadie que les pudiera ayudar, porque los burgueses mismos no tenían pan para ellos, caían desfallecidos y se morían en medio de miserias.

Ante estas noticias, el Santo resolvió intentarlo todo para socorrer a sus hermanos. Por enfriada que anduviera la caridad por aquellos tiempos, realizó tales esfuerzos que la reanimó y puso en movimiento. Las Damas de su Asamblea, que bajo su dirección estaban listas para hacer lo imposible para aliviar la miseria del prójimo, fueron las primeras a las que se dirigió; y por agotadas que estuvieran, bien por las limosnas inmensas que habían enviado a Lorena, bien por el gasto enorme que hacían por los niños abandonados, creyeron que en una ocasión tan urgente no enviar alimentos a una multitud, que estaba devorando el hambre, era de alguna manera darles muerte.

Vicente, cuyo celo estaba siempre regulado por la prudencia y la discreción, tomó sabias medidas para controlar su bolsa, según se lo permitían las circunstancias con este fin envió a rogar al Arzobispo de París que se recomendara a los fieles las necesidades de la Picardía y de la Champaña. Como consecuencia de las órdenes de este Prelado, las Cátedras Cristianas resonaron con los gritos y gemidos que lanzaban estas dos Provincias. Los Predicadores no necesitaban de hipérboles: la miseria iba más allá de sus expresiones. Se mandó imprimir también y difundir entre el público, un extracto de lo que los santos Padres Griegos y Latinos han dicho más fuerte y conmovedor para encandilar a los fieles a favor de sus hermanos necesitados.

Como el mal apremiaba y un cuarto de hora de retraso podría ser fatal para los que estaban afectados, Vicente con los primeros socorros que pudo reunir, mandó salir en diferentes ocasiones hasta dieciséis misioneros suyos. Y les hizo seguir por algunas Hermanas de la Caridad, y estas virtuosas Hijas, que protege la mano de Dios, y a quienes su virtud pone siempre fuera de insulto, cumplieron de la manera más edificante todos los deberes de su profesión. Solamente después de la llegada de unos y otros se conoció con exactitud la extensión de la miseria que assolaba esta desdichada Región. El Vermandois, la Tiérache,

una gran parte del Soissons y del Remois, la Laonois, el Rételois, se hallaban en este triste estado, en que se encuentran las ciudades que Dios castiga en su cólera. Para no decir nada sobre este asunto que pueda ser sospechoso de exageración, haremos aquí el resumen de algunas cartas que escribieron a nuestro Santo los que él había enviado a los Lugares. Juntaremos el testimonio de algunas personas de probidad reconocida; y mantendremos lo uno y lo otro con el *Relato*, que fue publicado en el tiempo que estamos hablando; Relato que se halla todavía en varias bibliotecas, y que aquellos mismos que tantos males nos han hecho, no podrían leerlos hoy sin derramar lágrimas.

Aquellos a quienes habían correspondido las ciudades de Guisa de Laon y de la Fere, escribieron al santo Sacerdote, que no veían por todas partes más que objetos de compasión; que por donde quiera que iban no oían más que gritos lastimeros; que por todas partes por donde iban se encontraban con una multitud de gente afectados de diversas enfermedades que daban horror, y cuyos detalles creo que debo callar; que la fuente de todos estos males venía de los malos alimentos, a los que se veían reducidos estas pobres gentes; que por toda alimentación no habían tenido más que frutas malas, raíces de hierbas, y algunos pan de salvado, que ni los perros se comerían; que, a pesar de su debilitamiento, las lluvias y los malos caminos, el extremo de su necesidad les hacía caminar dos o tres leguas para tener un poco de potaje; que entre tantas cosas tristes, había una que lo era más, y es que un gran número se morían sin Confesión y sin Sacramentos; que no se encontraba siquiera una persona que les diera sepultura después de su muerte; que no decían en todo ello más que lo que habían visto, y que habiendo entrado en el Pueblo de Lesquielle, para visitar a los enfermos, se habían encontrado en una casa a una persona muerta por falta de socorro, cuyo cuerpo había sido devorado a medias por los animales.

“Acabamos, decían ellos en otra carta, de visitar treinta y cinco Pueblos del Decanato de Guisa. Hemos encontrado a cerca de seiscientas personas, cuya miseria es tan grande, que se lanzan a los perros y a los caballos, después de que los lobos han hecho su carne. Sólo en la Ciudad de Guisa hay más de quinientos enfermos retirados en cuevas, y huecos de cavernas, más propios de animales que de hombres.

Hay un gran número de pobres de la Tiérache, que hace varias semanas que no ha probado el pan, ya no sólo el que se hace de salvado de cebada y que es el alimento de los más ricos. Estos desdichados no han tenido para vivir más que lagartos, ranas y hierba del campo. Los habitantes más considerados de cantidad de ciudades arruinadas están en una vergonzosa necesidad. La palidez del rostro anuncia bastante sus necesidades. Se les debe asistir en secreto, lo mismo que a la pobre Nobleza del campo, que privada de pan y reducida a dormir sobre paja, siente todavía vergüenza de mendigar, ya que la desgracia de la guerra ha establecido por todas partes una igualdad de miseria.

Lo que es más digno de lágrimas, añadían, es que no sólo el pueblo de estas fronteras está sin pan, sin leñas, sin ropas, sin mantas, sino que está sin Pastores y sin auxilios espirituales, porque la mayor parte de los Párrocos se han muerto o enfermado, y las Iglesias han sido destruidas o asaltadas; de manera que sólo en la Diócesis de Laon hay cien o así, en las que por falta de Ornamentos, no se puede celebrar la Misa. Hacemos cuanto podemos para remediar tantos males: pero este trabajo es infinito; es preciso ir y venir sin cesar, expuestos a los peligros de los Partidos y de los Corredores, para asistir a más de mil trescientos enfermos de los que estamos encargados en este cantón.

Varios Monasterios de Mujeres se encuentran en una extrema indigencia; sufren de hambre y de frío; y será necesario o que se mueran en su Clausura, o que la rompan para ir a derecha o a izquierda a buscar de qué vivir”.

Estos dos Sacerdotes de la Misión, que estaban ocupados en una parte de la Diócesis de Soissons, escribieron a Vicente que la miseria y la aflicción en un Valle, cuyos Pueblos habían recorrido, sobrepasaban con mucho todo cuanto se había enviado a París; que las Iglesias habían sido profanadas, el cuerpo de Jesucristo hollado con los pies, robados los Cálices y Copones, las Fuentes Bautismales rotas, los Ornamentos desaparecidos; de manera que un Cantón bastante pequeño había más de veinticinco Iglesias, en las cuales no se podían hacer ya los divinos Oficios.

Añadían que la mayor parte de los habitantes habían muerto en los bosques, mientras el enemigo ocupaba sus casas; que los demás habían entrado para acabar su vida; que no se veía por todas partes más que enfermos; que ellos tenían más de mil doscientos a cargo, sin contar otras seiscientas personas que languidecían; que todos estaban acostados en el suelo y en casas descubiertas, y medio destruidas; que finalmente los que vivían estaban revueltos con los muertos.

Lo que escribieron los enviados a S. Quintín era todavía más espantoso. Venía a decir en resumen, que había en aquella ciudad siete u ocho mil pobres, que se morían de hambre, sin contar mil doscientos de los alrededores que se habían refugiado allí; que a trescientos cincuenta enfermos del Lugar, y que tenían necesidad de buenos alimentos, se habían unido cuatrocientos del exterior; que la ciudad que, lejos de poder socorrerlos, no podía socorrer a sus propios ciudadanos, había mandado salir a la mitad, que unos tras otros se habían muerto por los caminos; que los que se habían quedado en el Lugar, no se atrevían, por su desnudez, a salir de la paja podrida que los cubría, para ir a encontrar a los Misioneros; que había trescientas familias vergonzantes que había que asistir en secreto, o para apartar del último naufragio a jóvenes de condición, o para detener la desesperación de algunos particulares, que habían estado a punto de matarse ellos mismos; que a tantos desgraciados había que añadir a cincuenta Sacerdotes, y que uno de ellos que no se había atrevido a pedir pan, había sido hallado muerto en su cama.

“El hambre es tal, decían también, que vemos a los hombres comer tierra, pastar la hierba, arrancar la corteza de los árboles, desgarrar los harapos que los cubren para comérselos: pero lo que produce horror y no nos atreveríamos a decir, si no lo hubiésemos visto, se comen los brazos y las manos, y se mueren en esta desesperación”.

Las demás noticias que llegaron del mismo lugar tan sólo confirmaban éstas. El exceso del mal había ahogado hasta los sentimientos de la Naturaleza en un pueblo que tiene piedad y religión, y los Burgueses abrumados con sus vecinos, que se habían retirado a sus casas, y no sabiendo ya qué partido tomar con el temor que tenían de ser sitiados, habían resuelto arrojar por encima de las murallas de la ciudad a esta multitud de pobres extraños que se habían retirado a su ciudad. El socorro que llegó en el momento preciso de París impidió la ejecución de este cruel proyecto.

Sería inútil continuar un detalle tan triste. Por el estado y necesidades de la Picardía se puede juzgar de las de la Champaña. Reims, Rétel, Sedan, Vaucouleurs y las ciudades vecinas, eran por lo menos tan dignas de compasión como las que hemos descrito hasta ahora. Los términos más fuertes estaban con mucho por debajo de la realidad. No se trata,

decían los Misioneros, no se trata de lengua que pueda decir lo que hemos visto desde el primer día de nuestras visitas; casi todas las Iglesias profanadas, los Ornamentos robados, los Sacerdotes masacrados o atormentados, puestos en fuga; todas las casas derribadas; las cosechas robadas; la tierra sin cultivar y sin simientes; el hambre y la mortandad casi generales; los cuerpos si sepultar, y expuestos en su mayor parte a ser pasto de los lobos, etc.

Tal era, y fue durante cerca de diez años, es decir hasta la paz de los Pirineos, el estado de dos Provincias y de cuatro o cinco Diócesis que se cerraron allí. Es verdad que después de los tres o cuatro primeros años el mal experimentó descensos, y como accesos desiguales, sea en sí mismo, sea en razón de su extensión: pero también es verdad que volvió a darse con frecuencia donde había parecido remitir, y que hubo siempre varios cantones, más o menos vecinos, que necesitaban ser socorridos, parcialmente por partes, pero enorme en razón del todo.

Los lugares que más experimentaron la caridad del santo Sacerdote y de las Damas de su Asamblea, son las ciudades de Guisa, de Laon, de Noyon, de Chaumi, de la Fere, de Riblemont, de Ham; Marles, Vervins, Rosai, Plomyon, Orson, Auventon, Montcornet, y otras de la Tiérache; las de Arras, de Amiens, de Peronne, de S, Quintin, del Châtelet, y unos ciento treinta pueblos de los alrededores. Hay que añadir Basoches, Brenne, Fisme y cerca de treinta pueblos del mismo Valle. Por lo que se refiere a la Champaña, se socorrieron en particular Reims, Rétel, Château-Porcien, Neuchâtel, Lude, Somme-py, S. Étienne, Vandy, S. Spuplet, Rocroy, Mézières, Charleville, Donchery, Sedan, Vaucouleurs, y un gran número de burgos y pueblos, que están en las cercanías de estos lugares, y que todos se hallaban en la extrema miseria.

Mientras que en los primeros años los gastos andaban por las quince, veinte y a veces hasta las treinta mil libras al mes: aún así, en vista de la carencia de los víveres, de la multitud y de la prodigiosa necesidad de los pobres, había que usar del ahorro. Vicente había enviado a los lugares a un Sacerdote que le entendía perfectamente. Era como el Inspector general de toda la empresa. Iba de un lado a otro para conocer la situación de las cosas. Regulaba el gasto, lo aumentaba o lo disminuía según el número y el estado de los pobres y de los enfermos. Rendía cuentas de todo al Siervo de Dios; y éste a su vez en la Asamblea de las Damas, que se celebraba cada semana, para ver qué se podría hacer o mejorar en una necesidad tan urgente.

Como las necesidades del alma no le cedían ante las del cuerpo, y que pertenecían más a la competencia de los Sacerdotes de la Misión, no se descuidó nada para ponerles remedio. Por eso no tenían descanso ni tregua. Los que todavía no habían perdido la salud se ocupaban de ello casi tanto como de los enfermos y moribundos. Si había que reconciliar a estos últimos con Dios, había que impedir que los otros no se quedaran de lado. Una excesiva indigencia llevó a muchos desórdenes; y estos desórdenes no son nunca más peligrosos que cuando la necesidad, que se considera como superior a toda Ley, parece justificarlos. El tiempo de que estamos hablando proporcionó tristes ejemplos; y se supo por entonces con mucho dolor que varias jóvenes de condición habían sacrificado su honor al deseo de conservarse la vida. Esto diferentes objetos dieron ocupación a los Misioneros, quienes no pudiendo estar a la vez en todos los lugares, establecieron y mantuvieron a un buen número de Sacerdotes en las Parroquias, que no los tenían: pero lo duro del trabajo

caía siempre sobre ellos, y sin una especie de milagro no habrían podido mantenerlo por todo el tiempo que lo hicieron.

En efecto, emprendían cosas que ni los forzados habrían emprendido sin repugnancia. Después de la batalla de Rétel, en la que el Archiduque Leopoldo y el Vizconde de Turenne fueron derrotados –el 15 de diciembre de 1650- por el Mariscal Duplessis, quedaron en el sitio dos mil españoles, a los que nadie daba sepultura. Más de ocho semanas después del combate estaban todavía en el campo de batalla, donde una parte servía de alimento a los perros y a los lobos; la otra exhalaba un olor que corrompía el aire, y que poco a poco habría llevado a todo el vecindario y la infección y la muerte. El Misionero que recorría este Cantón –el sr Deschamps-, se quedó aterrorizado ante este espectáculo. Se lo comunicó a Vicente de Paúl, y le aseguró que con cien escudos lo conseguiría. Una breve helada que sobrevino favoreció la ejecución de este penoso trabajo. Diez días de retraso lo hubieran hecho tan difícil que los mil escudos no habrían sido suficientes para terminarlo.

Trabajos de esta naturaleza exponían visiblemente la salud de los Misioneros; pero ¿cuenta mucho la salud cuando se considera con el Apóstol la muerte como una ganancia? Era ésta sin duda la idea que tenían estos Señores. Como S. Pablo, habrían podido decir que de la mañana a la tarde corrían peligros de todas clases. Uno de ellos que se llamaba Donat Cruoly hacía por los pobres lo que los héroes del siglo no hacen por la gloria. *Atravesaba los ríos, caminaba con los pies desnudos, hacía caminatas peligrosas, en medio de las tropas*, sorprendía a los amigos y enemigos con su porte intrépido. Se enteró un día que los Gendarmes acababan de arrebatar a una pobre gente sus animales, es decir su único recurso. Cruoly va volando, se los encuentra en un bosque, les habla con seriedad, les obliga a soltar la presa, les quita su botín y se lo devuelve a sus dueños. Es una carta de S. Vicente, que me encuentro casualmente en una Provincia alejada, la que me da estas particularidades: ¡qué desgracia que se hayan extraviado tantas!

Tantos y tan importantes servicios prestados a estas dos Provincias merecieron a Vicente y a las Damas de su Asamblea elogio y la bendición de los Pastores, de los Magistrados y de los pueblos. El Párroco de la Ville de Ham –el P. Rainssant-, Canónigo Regular, el Baile de Reims –el sr Soiÿn-, el Presidente de Rétel –el sr Simonet-, el Lugarteniente general de s. Quintín –el sr de la Font-, y una infinidad más que escribieron cartas llenas de gratitud y agradecimientos. No me referiré más que a la del Magistrado de S. Quintín: está concebida en estos términos a los que se acercaban mucho todas las demás.

Las caridades que hacen, por la gracia de Dios, y por vuestros cuidados enviados a esta Provincia y tan justamente distribuidas por aquellos que habéis tenido a bien encarga, han dado la vida a millones de personas, reducidas por las desgracias de las guerras al último extremo; y yo me siento obligado a testimoniaros los más humildes agradecimientos que estos pueblos sienten. Hemos visto la semana pasada hasta mil cuatrocientos pobres refugiados en esta ciudad, durante el paso de las tropas, que han sido alimentados día a día por vuestras limosnas; y hay todavía en la ciudad más de mil, además de los del campo, que no pueden recibir otro alimento que el que les da vuestra caridad. La miseria es tan grande que no quedan ya en los pueblos habitantes que tengan solamente paja para acostarse; y los más cualificados de la Región no tienen con qué subsistir. Los hay incluso que poseen por más de veinte mil escudos de propiedad, y que ahora no tienen un pedazo de pan y han estado dos días sin comer. Todo esto me obliga en el cargo que ocupo y el conocimiento que tengo a suplicaros humildemente que sigáis siendo el Padre de esta

Patria, para conservar la vida a tantos y tantos pobres moribundos y en extrema necesidad, a los que vuestros Sacerdotes asisten, y cumplen con toda dignidad.

La carta de este Magistrado no fue la única que hizo justicia al celo y a la equidad de los Misioneros de Vicente de Paúl. Su vida penitente, mortificada, laboriosa les hizo ver considerados en todas partes como Santos; y un Canónigo, que luego fue Arcediano de Reims, siendo encargado de agradecer al Siervo de Dios, en nombre de los pobres de Champaña, le señalaba que *todos se habían edificado grandemente con su virtud. Y en cuanto a mí, añadía él, os doy gracias en mi propio nombre por habérmelos enviado por el buen ejemplo que nos han dado.*

No debo omitir que la ciudad de Reims no se limitó a escribir cartas al Siervo de Dios. Se determinó que para agradecer, en cuanto se pudiera, los servicios que este gran Hombre, las Damas de su Asamblea y los que cooperaban en su buena obra, se esforzaban por dar a la Provincia de Champaña, se celebraría cada día una Misa por ellos ante la tumba de S. Remi; con el fin de que todos los habitantes del lugar pudieran al menos una vez dar salida a sus sentimientos y a su gratitud, se hizo, el lunes de Pentecostés –en 1651–, una Procesión general desde la Iglesia Metropolitana hasta la del santo Pontífice de quien acabamos de hablar para pedir a Dios que derrame su amplia misericordia a los que la habían ejercido tan generosamente en favor de este pueblo atormentado. Todos los Cuerpos de esta ciudad se encontraron en esta ceremonia; y fueron seguidos de una multitud tan numerosa que Reims, acostumbrada como estaba a los grandes espectáculos, no había visto otro parecido.

En el fondo ni los Picardos ni los Champañeses podían hacer demasiado por sus Bienhechores. Vicente en menos de un año les puso a disposición más de sesenta mil escudos. Es verdad y así lo hemos dicho, que el gasto disminuyó después en proporción a la disminución del mal: pero fue siempre muy considerable en sí mismo; y su total, al firmarse la paz, debía elevarse a más de un millón, incluidos los gastos que hubo que hacer en ropas, vestidos, en Ornamentos de Iglesia, en semillas, y hasta instrumentos para cultivar la tierra. Vicente mismo dice que las mansiones de las Damas de la Caridad se habían convertido en *Tiendas de Comerciante al por mayor*. La caridad reemplazaba en ellas el orden y el bienestar de los Apartamentos. Se veían por una parte cantidades de Albas, Casullas, Misales, Copones, Cálices, y diversos Ornamentos destinados a las Iglesias; por otra montones de sábanas, camisas, mantas, y trajes de todas clases, de todo tamaño, y color, y casi de todo material, para los hombres, para las mujeres, los niños, los Sacerdotes, y los propios gentiles hombres, quienes reducidos por la desgracia de la guerra a la condición de sus últimos vasallos, no sacaban de su nacimiento otra cosa que un sentimiento más vivo y más amargo de su infortunio.

Tales son en resumen los bienes que Dios operó por medio de su Siervo. Fue de él, como de un instrumento apto para todo, de quien se sirvió para reparar los Templos medio arruinados, adornar las Iglesias saqueadas; sustraer a un peligro seguro a un gran número de jóvenes, incluso de condición, que se hallaban a punto de sucumbir; sostener varias casas de Religiosos y de Religiosas sobre todo de la orden de S. Francisco, a las que les faltaba de todo; arrancar de los brazos de la muerte a multitud de personas de toda edad y sexo; y finalmente para asistir en los últimos instantes, por medio de sus Sacerdotes, a un millón de desamparados quienes, sin su socorro, habrían podido, al dejar esta vida, no encontrar en la otra un lugar de paz y de refresco.

Lo que puso un predio más alto a la caridad, que Vicente ejerció en estas dos Provincias fue la necesidad en que se vio muy pronto de repartir sus fuerzas y de llevar socorro a otros lugares que, como él mismo lo dice, *estaban casi tan desolados como la Picardía y la Champaña*. Como su nombre y ternura eran de sobra conocidos, la miseria, en cualquier parte que encontrara, no tardaba en acudir a uno y otra. Los primeros gritos que le invocaron, además de los que ya hemos citado, fueron los de un número de Irlandeses Católicos, a los que las violencias de Cromwel habían obligado a marcharse de su Patria. Habían salido con sus mujeres e hijos; y para salvar su vida habían tomado parte en las Tropas del Rey, donde la perdieron casi todos. El levantamiento de Burdeos que, a ejemplo de la Capital, se había sublevado, obligó a la Regente a enviar allí al Conde de Pallau con un pequeño Ejército. El partido del Príncipe de Condé fue aniquilado poco a poco: pero los Irlandeses que formaban varios Regimientos, fueron muy maltratados durante las dos campañas. Se parecían menos a hombres que habían contribuido a la rendición de la Guayana y al levantamiento del sitio de Arras, que a fugitivos, que se han salvado de una derrota. Las viudas de sus camaradas y unos ciento cincuenta huérfanos, de quienes eran seguidos, estaban, como ellos, en un estado espantoso. Caminaban con pies descalzos en medio de las nieves, y en el trayecto de Arras a Troyes en Champaña, que se les había señalado como cuarteles de invierno, habían estado nueve días sin comer pan. Su entrada en esta ciudad ofreció a los habitantes el espectáculo más terrible que verse pueda. Una parte estaban tendidos en la Plaza de S. Pedro. La otra *recogía por las calles lo que los perros no querían comer*.

No bien se informó Vicente, cuando informó por sí mismo a las Damas de la Caridad. De acuerdo con ellas mandó salir a un Sacerdote suyo, que siendo irlandés él podía mejor que nadie entrar en todas sus necesidades, y aliviarlas. Llevó primeramente seiscientas libras y este primer auxilio fue seguido de otros más en dinero y en vestidos y ropas. Por medio de una limosna tan necesaria y tan bien empleada, todos estos pobres fueron alojados, alimentados y vestidos. Las mujeres y las jóvenes fueron colocadas en el Hospital de S. Nicolás; los huérfanos fueron socorridos con un cuidado particular; los soldados se recuperaron poco a poco. Pero, como en las miras del Servidor de Dios, se aliviaba el cuerpo, menos por el cuerpo mismo que por el alma, el Misionero que había enviado a Troies, después de cumplir con la primera misión, se entregó por completo a la segunda. Gentes que de un País, donde no había casi ningún Pastor, habían pasado a un Reino, cuya Lengua no entendían, necesitaban instrucción. La recibieron dos veces a la semana durante toda la Cuaresma. Y se tuvo la suerte de ponerlos en situación de comer la Pascua del Señor, con los ázimos de la sinceridad y de la justicia Cristiana. El buen ejemplo que daba a las Damas de Troyes la piadosa liberalidad de las de París los llevó a imitar su conducta. La caridad de los burgueses de esta ciudad se despertó; y todos los pobres bien sea domésticos, sea extraños se aprovecharon de ello.

Yo no he traído aquí el asunto de los Irlandeses refugiados en Troies más que para no verme obligado a volver a la Champaña. La caridad que Vicente desplegó allí, lo mismo que en Picardía, no le impidió ejercitarla en grandes proporciones con los pobres de París, y de un gran número de ciudades y de pueblos que no están alejados. La guerra no devastaba sólo los extremos del Reino. El centro y la capital misma estaban infectados. El sitio de Étampes y la desgraciada jornada del Barrio de S. Antoine, donde el Príncipe de Condé se habría fabricado un nombre inmortal, si se pudiera fabricar uno, cuando se combate contra su Rey; tantas marchas, contramarchas, campamentos y combates a las puertas de París y,

por así decirlo, en París mismo, son pruebas tristes, o si se quiere, horribles monumentos del frenesí que agitaba a nuestros padres.

Los pobres fueron, como pasa siempre, las primeras y principales víctimas de estas crueles disensiones. El hambre y pronto después las enfermedades se dejaron sentir por todas partes por donde los Ejércitos habían pasado. Étampes, Corbeil, Palaiseau, S. Cloud, Gonesse, S. Denis, Lagni y, lo que siempre se supone, todos los Pueblos de alrededor tenían aspecto o de esos campos que ha cosechado el granizo, o de esos vastos desiertos de Arabia, que nunca han sido cultivados. Así mismo no se veían por todas partes más que muertos o muriéndose. Las mujeres lloraban a sus maridos, y las madres a sus hijos que ya no estaban, y que con frecuencia habían acabado su días en horribles tormentos, éstos –en Neuilly-metidos en hornos ardientes, otros azotados indignamente y desgarrados con pinchos; algunos, después de una infame mutilación –en Daumar-, con el vientre abierto para forzarlos a declarar dónde estaban los Ornamentos de sus Iglesias.

Vicente bien habría deseado detener tantos males, y detenerlos a la vez, pero no era posible. La casa de S. Lázaro estaba tan ocupada, como diremos enseguida, que no se necesitaba menos hombres Apostólicos, para llevar el trabajo, que los abrumaba. Felizmente el ejemplo de las palabras de nuestro Santo animó a un buen número de Sacerdotes y de Religiosos, que tenían relación con él, y a quienes su propio celo llevaba ya bastante a socorrer a este número de infelices, reducidos al extremo. Los Señores de la Comunidad de S. Nicolás de Chardonnet, con algunos Padres Jesuitas, se encargaron del cantón de Ville-neuve S. Georges, de Crones, Yerres, Limai, Vlenton, y otros Pueblos donde los Ejércitos de Francia y de Lorena estaban acampados. Seis Capuchinos trabajaron en Corbiel. Los Jacobinos de la Reforma se ocuparon de Gonesse y de los pueblos circunvecinos. Los Sacerdotes de la Misión, distribuidos en dos equipos principales, tuvieron por reparto Étampes, Lagni y toda la Región contigua a estas dos ciudades, sin hablar de Palaiseau y de algunos otros lugares parecidos, donde los soldados habían hecho grandes estragos.

Étampes les dio mucho trabajo. No se veía allí más que hombres, es decir espectros desecados, lívidos, desfigurados, y a los que los cuerpos muertos que encontraban amontonados en las puertas de su ciudad o en el recinto de sus murallas, hacían sentir de antemano el rigor de su destino. Fue este primer objeto de horror lo que los Misioneros les quitaron de la vista. Como no encontraban en Étampes más que personas abatidas por el desfallecimiento, hubo que buscar lejos a hombres fuertes y robustos que se encargaron de quitar del medio de las calles montones de basura, los cuales, por una combinación casi inaudita en un Reino Cristiano, servían de sepultura a los hombres, a las mujeres, a los caballos, y a todo lo que se había muerto desde el primer día que las tropas habían pasado en la ciudad.

Todo eso costó mucho, pero nunca gasto alguno fue más necesario. Se perfumaron luego las plazas y las casas para hacerlas habitables. Se establecieron seis cocinas, dos para Étampes, y las otras cuatro para Etrechy, Ville-comin, S. Arnoul, Guillerval, y tres Pueblos contiguos. Los Sacerdotes de la Misión, a ejemplo de su Padre, tenían como un honor servir ellos mismos a los enfermos; pero como muchas Parroquias que visitaban no tenían Pastores, se veían obligados a ir a un sitio y a otro para celebrar los santos Misterios instruir al pueblo, administrar los Sacramentos y enterrar a los muertos; Vicente para aliviarlos les envió algunas Hijas de la Caridad. Se restableció el orden poco a poco en todo el cantón. Los niños que habían perdido a sus padres y madres fueron reunidos, cuidados y

alimentados en una casa de Étampes. Los convalecientes se robustecieron; los que estaban enfermos de agotamiento e inanición comenzaron a respirar.

A noticias tan consoladoras para el Santo, y para las Damas de su Asamblea, sucedieron pronto otras que los afligieron mucho. Varios de estos hombres Evangélicos, que lo sacrificaban todo y se sacrificaban a sí mismos por la salvación y las necesidades de sus hermanos, y algunos de los cuales estaban ya agotados en Picardía y en Champaña, fueron atacados por temibles enfermedades. El aire envenenado que respiraban con frecuencia, los malos alimentos de los que se servían para ahorrar el bien de los pobres, el movimiento continuo al que estaban sometidos noche y día, acabaron por arruinar la naturaleza. Cuatro o cinco sucumbieron. *Dichosos*, decía Vicente, a pesar del dolor que le afligía, *dichosos por haber muerto con las armas en la mano, y por haber recogido en el campo de batalla la palma preparada a los que combaten en él hasta el último suspiro*. Varias Hijas de la Caridad, que habían tomado parte en sus trabajos, merecieron tener parte en su corona.

Fue probablemente en esta ocasión cuando la casa de S. Lázaro estuvo casi desierta: al menos no quedó durante un tiempo más que algunos ancianos o enfermos, que no podían ya trabajar contentándose con levantar las manos al Cielo, mientras que sus Hermanos combatían en la llanura. En efecto, todos cuantos no estaban todavía fuera de combate, se distribuyeron por diferentes barrios. Unos sustituyeron a los que Dios acababa de coronar con una muerte preciosa a sus ojos; los otros acudieron en socorro de varios Pueblos que una sola acampada de tropas reducía a la extrema necesidad.

Las Parroquias de Juvisy, de Atis, y otras de la vecindad, estaban entre ellas. El Siervo de Dios, habiéndose enterado de que estaban en un estado deplorable para el cuerpo y para el alma, envió a uno de sus Sacerdotes con limosnas destinadas a aquellos cuyas necesidades fueran más urgentes: pero este Sacerdote reconoció en los propios lugares que no había distinción que hacer y que el pillaje había puesto al mismo nivel a los más ricos y a los más pobres. Vicente necesitó de todo su valor para mantener tantos asaltos, que nuevas miserias la traían todos los días. El ardor de su caridad le sostuvo a él mismo. No se doblegó; hizo hablar a los suspiros, a las lágrimas y a las voces de los moribundos y de aquellos miserables a los que consumía el hambre. Dios, que le había hecho nacer para ser el prodigio de su siglo, le hizo encontrar gracia ante tanta gente, que tal vez habrían rechazado a otro cualquiera que a él. Varios Seculares, a menudo de condición, siempre de virtud, se unieron a él, y uno de ellos, que reunía la una y la otra, quiero decir el sr Duplessis Monbart, trazó el proyecto de una especie de Monte de piedad, al que aquellos que no podían aportar dinero, podían enviar los muebles, ropas y provisiones y cosas parecidas, de lo superfluo. La invención de este comercio fue un gran recurso durante este tiempo de confusión y tormenta. Los ricos perdían muy poco deshaciéndose de muchas cosas inútiles, y los pobres, a quienes les eran muy necesarias, creían ganar mucho.

Para no disminuir estas limosnas, y quizás más todavía para ocultar sus buenas obras al conocimiento del público, el Santo tenía la costumbre de sepultarlas en un profundo silencio. Esta es una prueba de ello, que la Providencia nos ha ofrecido solamente después de su muerte. Habiendo sido avisado Vicente de que el pueblo de Palaiseau, donde las tropas habían permanecido durante veinte días, estaba con al agua al cuello, envió allí casi todos los días una carreta con provisiones. Los que guardaban las puertas de París, al verla salir con tanta frecuencia por las mañanas y regresar por la noche, y no remitiéndose a lo que les decía el carretero, le amenazaron con detenerle si no les traía un certificado del

Superior de la Misión, bien y debidamente firmado. El santo Sacerdote, para no interrumpir el curso de su caridad, se vio obligado a dar uno –es del 5 de junio de 1652-. Decía en sustancia, que sobre el aviso que había recibido de algunas personas piadosas que la mitad de los habitantes de Palaiseau estaban enfermos, y que se morían diez o doce al día, había enviado a cuatro Sacerdotes y a un Cirujano; que desde la víspera de la Fiesta del Santísimo Sacramento, cada día, con una o dos excepciones, había hecho transportar dieciséis grandes panes blancos, quince pintas de vino, y una vez carne; que dichos Sacerdotes de la Compañía le habían comunicado que era necesario enviar harina y un moyo de vino para la asistencia de estos mismos pobres y de los pueblos circunvecinos, mandaba él partir ahora una Carreta con tres caballos cargada con cuatro séptimos de harina y dos medios moyos de vino.

Este Certificado, que no fue entregado al sr Alméras hasta algunos años después de la muerte del S. Sacerdote, muestra evidentemente que en materia de caridad este gran Siervo de Dios hacía mucho más de lo que se le exigía. Se podría añadir que hacía más de lo que podía hacer. Su casa tan indignamente asaltada por la Fronda tendría que haber sido socorrida también. Sin embargo a las primeras noticias de la triste situación en que se hallaban los pobres de Palaiseau, les envió más de seiscientas sesenta libras, que eran todos sus haberes: y como no le quedaba más qué dar, escribió a la Duquesa de Aiguillon pidiéndole que reuniera una Asamblea de Damas y examinara con ellas con qué medios se podría salvar la vida a tanta gente que estaba a punto de perderla. “Acabo de mandar, le decía, a Palaiseau a un Sacerdote con un Hermano, y cincuenta libras. La enfermedad que hace estragos allí es tan maligna que nuestros cuatro primeros Sacerdotes y el Hermano que los acompañaba han sido atacados por ella. Ha sido preciso traerlos aquí, y hay dos que están en las últimas. Oh Señora, ¡qué cosecha que hacer para el Cielo en este tiempo en que las miserias son tan grandes a nuestras puertas! El nacimiento del hijo de Dios ha sido la ruina de unos y la redención de los otros: podemos de algún modo decir de esta guerra que será la causa de condenación de cantidad de personas, pero que Dios se servirá de ella también para operar la gracia, la justificación y la gloria de muchos más. Tengo esperanza de que seáis de ese número, y así se lo pido a Nuestro Señor”.

Si la limosna libra de la muerte, existen todos los motivos de creer que Dios habrá tenido en cuenta las que la Duquesa de Aiguillon repartió entonces con tanta liberalidad. Vicente la encontró siempre dispuesta a secundar sus piadosas intenciones. Ella sentía tanta estima hacia él, tanto respeto por su virtud, tanta confianza en sus palabras que nunca fuera necesario proponerle dos veces lo que pudiera emprender desde la primera invitación. El santo Sacerdote se sirvió de estas felices disposiciones y de las que él había inspirado a las Damas de la Caridad, para comenzar en París –en 1652- lo que se continuaba en Picardía, en Champaña y en los otros lugares que hemos nombrado.

El bloqueo de esta ciudad, la cosecha prematura que habían hecho las tropas, la falta de trabajo, que en una semana redujo a la mendicidad a una multitud de artesanos, que viven el día al día, la afluencia de una multitud de extraños, que no podían estar peor que en sus propias regiones; todas estas circunstancias, de las que una sola es suficiente para hacer pasar hambre a esta inmensa Capital, se habían reunido para devastarla. El mal era grande, el remedio, aunque costoso, fue proporcionado. Vicente señalaba él mismo en una carta que escribió entonces a un Doctor de Sorbona que se daba cada día en París sopa a catorce o quince mil pobres que, sin este socorro, se habrían muerto de hambre; que se había puesto

fuera de peligro y de daño a ocho o novecientas Jóvenes, reuniéndolas en Casas particulares; y que finalmente se preparaba un Monasterio, en el que se debían encerrar un buen número de Religiosas, que andaban diseminadas aquí y allá en la ciudad, y algunas de las cuales incluso vivían en lugares sospechosos. *Vea usted, Señor, cuántas noticias contra la costumbre que tenemos de no escribir nada: pero ¡quién podría impedir publicar la grandeza de Dios y sus misericordias!*

El santo Sacerdote suprime hábilmente, según su costumbre, la parte que él tenía en todas estas obras. Para suplirlo, añadiremos de nuestra parte que fue debido a sus ruegos y consejos como las Damas de la Caridad distribuyeron por grupos a las jóvenes personas del sexo, de quienes acabamos de hablar, y las alojaron en lugares, en los que no tendrían que temer ni la necesidad ni el crimen que la acompaña; que, durante el tiempo de este retiro, les envió Sacerdotes, que les dieron breves Misiones, las instruyeron en los deberes del Cristianismo, las dispusieron mediante Confesiones generales a hacer las súplicas capaces de inclinar el rigor del Cielo y obtener la paz y la tranquilidad del Estado; que fue él también quien procuró a las Vírgenes consagradas a Dios un asilo donde poner al abrigo su virtud y su inocencia; que casi todas las distribuciones de sopa, que salvaban la vida a tantos pobres, las realizaban las Hijas de la Caridad, a quienes él se lo había encargado; que como estos mismos pobres estaban alojados en los Distritos de París, tuvo un cuidado particular de los que se hallaron en el barrio de S. Lázaro: que alimentaba tres veces por semana a cerca de ochocientos; que en el mes de junio les mandó hacer una Casa en su Iglesia; que habiendo repartido a los niños en quince grupos para instruirlos más adecuadamente, este venerable Anciano, encorvado bajo el peso de los años y de la enfermedad, les daba él mismo el Catecismo; que durante este tiempo les suministró alimentación dos veces al día; que se había hecho una Ley que se dieran sudarios para enterrar a los pobres que no tenían; que prestó este servicio de caridad a un gran número de Parisienses, que curiosos por saber cómo está hecho un Ejército, habían ido en masa a la llanura de S. Denis, donde había un Destacamento de Tropas, que los masacró; que durante varias semanas dio alojamiento a dieciocho Sacerdotes reducidos a una vergonzosa mendicidad; y que por fin prefirió correr el riesgo de arruinar su Casa, pidiendo prestadas sumas considerables a no seguir con una buena obra, tan urgente y tan necesaria: o mejor que contó con que Dios, que no se deja nunca vencer por los hombres, la sabría tener en cuenta un día.

Como el lector pudiera cansarse más fácilmente de recorrer el relato de tantas limosnas, más de lo que se cansó Vicente en hacerlas o procurarlas, no referiré más que un dato de esta naturaleza, que prueba tan bien como otro cualquiera, que nada escapaba al calor de su caridad. En el mismo tiempo que la guerra, el hambre y las enfermedades desolaban París, las aguas del Sena se desbordaron –en 1652– de una manera tan extraña que no se podía ir más que en barca en muchas calles de esta ciudad. El santo Sacerdote que se pasaba una parte de su oración en gemir por sus pretendidas miserias y por las miserias reales de los pobres, pensó que una inundación tan grande podría bien resultar funesta para el pueblo de Genevilliers, al que la situación del terreno entrega naturalmente a la impetuosidad de las aguas. Nadie le había hablado de ello; su corazón le habló lo suficiente. En el momento mismo y sin informarse más de lo que podía ser, él mandó cargar de panes una carreta que envió con dos de sus Misioneros.

Este socorro que fue considerado entonces como el efecto de una inspiración particular, llegó muy a punto. El hambre comenzaba a hacerse sentir en Genevilliers. Los habitantes medio sumergidos en sus casas lanzaban gritos inútiles; nadie iba a ellos. Era incluso peligroso intentarlo a causa de la rapidez de las aguas. Nuestros Misioneros descargaron las provisiones en una navecilla; se hicieron llevar a la casa del Párroco de la Parroquia; le rogaron que los acompañara porque conocía mejor el número y las necesidades de cada familia; y bogando de un lado para otro distribuyeron su pan por las ventanas de las casas, porque las puertas estaban todas inundadas. Las diversas corrientes, que asustaban a los propios Bateleros, los pusieron más de una vez en peligro, pero Dios los preservó y continuaron este trabajo de caridad hasta el fin *de este pequeño diluvio*. Tocados de un socorro tan poco esperado y tan necesario, aquellas pobres gentes deputaron a algunos de los principales del lugar ante nuestro Santo para agradecersele en nombre de todos los demás. Él los recibió con bondad, pero él hizo comprender fácilmente que el honor de servir a Jesucristo en aquellos de sus miembros que sufrían era la única recompensa que él hubiera ambicionado.

Al cumplir así todos los deberes de un ciudadano, el Siervo de Dios no se olvidaba de los de un súbdito fiel. Persuadido de que la obediencia al Rey era el único medio que pudiera pacificar las confusiones. Hizo todo lo que dependía de él para ahogar as semillas de revuelta que germinaban por todas partes, y que eran entonces la enfermedad de la época. Comenzó por contratar a varios Prelados en la residencia, que tenían confianza en él y que no podían ausentarse de sus Diócesis, sin perjudicar a sus pueblos y a la autoridad del Príncipe. De este número fueron los obispos de Acqs, de la Rochelle, y otros más, que habrían querido poder obtener de la Corte algún desquite por las pérdidas, que los Ejércitos les habían hecho sufrir.

Confieso, Monseñor, escribía a uno de ellos, que yo tendría una gran alegría al veros en París; pero sería igual mi pesar si vinierais inútilmente. No creo que vuestra presencia aquí pueda tener ningún éxito en este tiempo miserable, en el que el mal, de que os quejáis es casi total en todo el Reino. Los Ejércitos han cometido, por todos los lugares por donde han pasado, los sacrilegios, los robos y las impiedades que vuestra Diócesis ha sufrido. No es tan sólo en la Guyenne y en el Périgord, sino también en Saintonge, en Poitou, en Borgoña, en Picardía, en Champaña, y hasta en los alrededores de París, y por lo general en todas partes, los Eclesiásticos, como el pueblo, están afligidos y carentes de todo.

Añade que si de París se enviara a los Sacerdotes de las Provincias vecinas ropas y limosnas para vivir, sobraría muy poco para administrar los Sacramentos a los enfermos; que además, sería inútil pedir a los Señores del Clero la disminución de los Décimos, ya que la plaga con la que Dios ejercita al Reino, siendo generalizada, no hay ningún cantón, al que se pueda cargar para descargar a otro; que así lo mejor que se puede hacer es someterse a la justicia de Dios, a la espera de que su misericordia ponga remedio a tantas miserias. De todo ello el santo Hombre concluye que el Prelado no tiene mejor partido que tomar que quedarse en su Diócesis, en la que continuará el bien que ha comenzado, consolará al pueblo y fortalecerá la justa adhesión que debe tener a los intereses del Rey. Las cartas que escribió a los demás Obispos se diferencian tan poco de ésta, que me parece inútil relatarlas.

Como es Dios quien hace la paz y quien envía a la tierra todos los males que la afligen, con este gran árbitro de nuestros destinos fue con quien el santo Sacerdote trató de una manera

particular. Invitó a un gran número de personas, cuya virtud y piedad él conocía, a inclinar su misericordia con oraciones, ayunos, limosnas y todas las obras de una verdadera y sólida penitencia. Aunque la vida de sus Misioneros no fuera, como se ha podido ver hasta ahora, y sobre todo en el momento que hablamos, más que un tejido de trabajos muy penosos, quiso sin embargo que, en circunstancias tan tremendas, hiciesen algo extraordinario. Así, cada día tres de ellos, es decir un Sacerdote, un Clérigo y un Hermano ayunaban para obtener la paz del Reino. El Sacerdote decía la Misa y los otros dos comulgaban con la misma intención. Vicente, aunque enfermo y más que septuagenario, no dejaba de cumplir con este deber cuando le correspondía: era el primero en aguantar la Ley, que imponía a los otros; nunca hubo regla con excepción para él.

“¡Eh, eso no es muy justo, decía en las Conferencias que daba a los suyos, no es muy justo que nosotros hagamos todos los esfuerzos para apaciguar a Dios y para obtener de él que reúna los corazones de los Príncipes Cristianos! La plaga de la guerra se ha extendido como un diluvio. Francia, España, Italia, Alemania y Suecia están en armas. Polonia está atacada por tres lugares. Los habitantes de Irlanda son arrancados de su País y transportados a roquedales, montañas y lugares estériles. Escocia apenas anda mejor; y se sabe el deplorable estado en que se encuentra Inglaterra. En Francia, ¡cuántos desamparados que sufren todo lo que se puede sufrir! Si por cuatro meses que hemos tenido aquí la guerra hemos visto en el corazón mismo del Reino tantas miserias, aunque los víveres llegan de todas partes, ¿qué no deben aguantar los pobres de las fronteras, que desde hace veinte años están sufriendo todas estas plagas? Siembran sin saber si podrán recoger. Los Ejércitos caen sobre ellos; cosechan, asaltan cuanto se encuentra en sus manos; y lo que no se ha llevado el soldado, se lo llevan los Sargentos. Después de esto ¿qué hacer? Hay que morir. Sin embargo, Hermanos míos, añadía él, si la verdadera virtud se halla en alguna parte es sobre todo entre esta pobre gente. Tienen una fe viva y sencilla, están sometidos a las órdenes de la Providencia; sufren por las violencias de la guerra y por el rigor del trabajo, todo lo que es del agrado de Dios, y cuanto lo es. Además, estos Viñadores, estos labradores, que no viven más que del sudor de su frente, nos dan el fruto de sus trabajos Por nosotros están expuestos ya a los ardores del Sol, ya a las injurias del aire. ¿Se equivocan pues al esperar que por lo menos roguemos a Dios por ellos?

¡Ay!, continuaba el santo Sacerdote, que se tenía siempre por un Siervo inútil y quería que los suyos se tuviesen como tales, ¡ay! Mientras que llevan por nosotros el peso del día y del calor, nosotros buscamos la sombra y descansamos. En las mismas casas, donde trabajamos más, no estamos expuestos ni a las lluvias ni a las injurias del viento ni al rigor de las estaciones. ¿Su trabajo no debe servir de regla y de medida al nuestro? Sin duda, y cuando vamos a la mesa, deberíamos preguntarnos si hemos ganado el alimento que vamos a comer. En cuanto a mí, tengo con frecuencia este pensamiento, que me produce mucha confusión, y me digo a mí mismo: Miserable, ¿te has ganado el pan que te vas a comer? este pan que te viene del trabajo de los pobres. Al menos, Señores, si no nos lo ganamos como ellos, no nos olvidemos de ellos en nuestras oraciones: que no pase un solo día que no se los ofrezcamos a Nuestro Señor y que no le pidamos que les dé la gracia de hacer buen uso de sus sufrimientos, etc.”

A estos motivos tan capaces de interesar a favor de los pobres y sobre todo de los pobres del campo, Vicente unía otros, sacados de la naturaleza misma, y de la esencia del

Ministerio Sacerdotal. Decía: *“Que espera que los Sacerdotes detengan el curso de su indignación; que él se contenta con que, con el Incensario en la mano, se pongan como Aaron entre él y su pueblo, para conseguir el cese de los males que le afligen, y que con demasiada frecuencia son el castigo por los pecados que no habrían cometido si Pastores celosos hubieran trabajado en su conversión. Es pues, concluía el Santo, por gratitud y por justicia porque debemos devolver a los pobres estos oficios de caridad. Mientras ellos sufren y combaten contra la necesidad y la miseria, es preciso que hagamos como Moisés y que a su ejemplo levantemos las manos al Cielo por ellos. Si sufren por sus faltas debemos, nosotros debemos ser sus intercesores ante la divina misericordia: la caridad nos obliga a tenderles las manos para retirarlas y si no nos empleamos a riesgo de nuestras vidas para instruirlos y ayudarles a convertirse por completo al Señor, somos de alguna manera la causa de todos los males que padecen”*.

Así era como el hombre de Dios iba a la raíz del mal y, para atraer la paz del Cielo, quería desterrar de la tierra el pecado, fuente demasiado ordinaria de las guerras y de las revoluciones. Mientras que las Damas de la Caridad y otras personas virtuosas recogían las limosnas destinadas al alivio y mantenimiento de las Provincias desoladas, “Debemos nosotros, dice un excelente Eclesiástico de la Conferencia, con qué ardor, qué ternura de corazón les recomendaba unir a estas obras de misericordia los votos, las oraciones, los ayunos, las mortificaciones, y otros ejercicios de penitencia, las peregrinaciones a Nuestra Señora, a santa Genoveva, y a los demás Santos tutelares de París y de Francia, las Confesiones, las Comuniones frecuentes, las Misas y los Sacrificios, para tratar de suavizar la cólera de Dios. Sabemos lo que han hecho con este fin, y por sus consejos muchas almas buenas durante varios años: cuántas Damas de una complexión muy delicada no han perdonado a su cuerpo ni el saco, ni las disciplinas, ni las otras maceraciones semejantes, con el fin de juntar delante de Dios sus austeridades a las suyas propias y a las de la Congregación, y lograr esa paz de la que disfrutamos hoy. ¿Quién pudiera, es siempre el mismo Sacerdote quien habla, quién pudiera expresar qué sensibilizado se sentía por los desórdenes que las tropas cometían en todo lugar y contra toda clase de personas, sacrilegios y profanaciones de los Altares y de las Iglesias? Cuántas veces dijo hablando a los Eclesiásticos: ¡Ah, Señores! si nuestro Maestro está preparado para recibir cincuenta bastonazos, tratemos de disminuir ese número y ahorrarle algunos. Hagamos algo para reparar esos ultrajes; que haya al menos alguien que le consuele en sus persecuciones y que comparta con él sus sufrimientos”.

Es fácil concluir de estas palabras que Vicente hizo lo que un hombre como él, es decir, todo lo que un gran Santo podía hacer para acelerar la paz. Conocía tan bien su precio y su necesidad que no se agotaba en esta materia. Cada día en la Oración de la mañana repetía dos veces estas palabras de las Letanías, *Jesu Deus pacis*; y las pronunciaba con un tono tan conmovedor, tan devoto, que era imposible no reconocer en él la voz y los suspiros de su corazón. La proximidad de las tropas enemigas que se buscaban para llegar a las manos; el temor de una acción o la noticia de un combate celebrado le atravesaban de dolor. A sus ojos, que eran los de la Fe, la conquista del mundo entero no valía lo que una de estas almas que se engullía el abismo por miles, y cuya pérdida es el principio y el efecto de tantas victorias funestas. Durante la batalla del arrabal de S. Antonio, cuyo ruido llegaba hasta él, este digno Sacerdote, prosternado entre el Vestíbulo y el Altar, vertía lágrimas amargas sobre la doble desgracia de sus Conciudadanos que perecían. Él se ofrecía como un

anatema a la justicia de Dios, y le suplicaba por las entrañas de su misericordia que retirara la mano que llevaba a su pueblo golpes tan terribles.

Fue durante este tiempo de confusión, tan a menudo insultado, como lo eran la mayor parte de la gente de bien, y todos los que sostenían el partido del Rey: pero los más violentos ultrajes no sirvieron sino para hacer estallar su paciencia y sus virtudes. Un día que regresaba de S. Germain, donde le había citado la Reina, los que guardaban la puerta de la Conferencia le maltrataron, le colmaron de injurias, desgarraron algunas de sus ropas y llegaron hasta golpearle. Uno de la pandilla, más bruto todavía que sus compinches, le hizo apearse y le amenazó con matarle. Un ultraje tan público llegó a los oídos de los Magistrados, que resolvieron castigar a los autores. Apenas se enteró Vicente, se fue en persona a solicitar de los Jueces a favor de los culpables, y como temió que no se siguiera adelante, a pesar de sus súplicas, obró de tal forma que no se supiera nunca ni el momento preciso en que había ocurrido ni se supiera así quiénes estaban entonces de guardia. No obstante, para evitar tales afrentas, y sus posibles consecuencias, el Santo mandó pedir un Pasaporte para salir de París, y volver con libertad. El Duque de Orléans, a quien se dirigieron, se lo hizo expedir al instante: a pesar de esto, el Siervo de Dios tuvo que sufrir mucho de vez en cuando por parte de un populacho amotinado.

Una vez entre otras fue tratada a dos pasos de su casa peor todavía de lo que lo había sido a la puerta de la Conferencia. Un hombre furioso y colérico, con pretexto de que le había tropezado al pasar, le dio una bofetada, añadiendo para poner a la multitud de su parte que era la causa de las desgracias del tiempo, es decir de los subsidios y de los impuestos de que el pueblo estaba cargado. La calumnia era tan descarada como sensible la afrenta: y Vicente, cuya casa tenía por entonces alta, baja y media Justicia, habría podido, sin otra forma de Proceso, hacer encerrar en prisión a un insolente que se lo había merecido. Pero estaba muy lejos de una conducta así. Siguió el consejo del Evangelio, y más allá incluso: se puso de rodillas delante del que le había golpeado, le tendió la otra mejilla, confesó públicamente, no que fuera el autor de los subsidios, cosa que nunca estuvo bajo sus manos, sino que era un gran pecador, y pidió perdón a Dios y a este hombre por el motivo que le hubiera dado para tratarlo así. La humildad profunda, el anonadamiento de esta venerable Sacerdote tocó el corazón del culpable. La calma y la reflexión sucedieron al arrebato. Al día siguiente se fue a S. Lázaro, presentó a su vez muy humildes excusas al Siervo de Dios. Vicente le recibió como se recibe a un amigo, le pidió que se quedara con él seis o siete días, se aprovechó de este tiempo para hacerle hacer los ejercicios espirituales del retiro y prepararle a una buena Confesión general; después de ganárselo por su humildad, se lo ganó a Dios por su caridad y su afecto.

Por lo demás, mientras se le acusaba tan injustamente de ser al autor de las calamidades públicas, no se ocupaba día y noche de otra cosa que de ponerles fin. Tantas limosnas, ayunos, mortificaciones, trabajos por su parte, y los Misioneros, son pruebas incontestables de ello; sin embargo, al ver que eso no era suficiente, él creyó hacer lo que habían hecho antes que él san Bernardo, y otros Santos, comprometidos en una soledad más austera que la suya. A su ejemplo, quiso tratar de reunir con el partido del Rey los de los Príncipes que se habían apartado de él. Su negociación si pudiéramos detallarla, correría el peligro sin duda de arriesgar la curiosidad del Lector; pero como era impenetrable, sobre todo con relación al manejo de los asuntos que podían darle relieve, casi todo lo que se ha podido saber es que algún tiempo antes de la conclusión de la paz, tuvo largas conversaciones con

la Reina, el duque de Orléans y el Príncipe de Condé. Se ha encontrado después de su muerte la minuta de una Carta, que escribió al Cardenal Mazarino, mientras la Corte estaba en S. Denis. Como podemos ver en ella algo de este proyecto, creo deber traerla aquí.

Suplico muy humildemente a vuestra Eminencia por volver ayer por la tarde, sin tener el honor de recibir sus Mandatos. Me vi obligado, porque me encontraba mal. El Señor Duque de Orléans acaba de informarme que me enviará hoy al sr de Ornano para darme respuesta que ha deseado concertar con el sr Príncipe. Dije ayer a la Reina la conversación que yo había tenido el honor de celebrar con los dos por separado y que fue muy respetuoso y gracioso. He dicho a su Alteza Real que, si se restableciese al Rey en su autoridad y se diera un Decreto de justificación, vuestra Eminencia daría la satisfacción que se desea; que con dificultad se podía acomodar este gran asunto por Diputados; y que se necesitaban personas de confianza recíproca, que trataran las cosas de buenas a buenas. Me demostró con gestos y palabras que le correspondía, y me respondió que lo hablaría con su Consejo. Mañana por la mañana espero, Dios mediante, poder ir a llevar su respuesta a vuestra Eminencia, etc.

No hemos podido descubrir ningún Documento auténtico que nos hable del progreso y continuación de estos primeros contactos del Siervo de Dios: pero se puede, me parece, juzgar sin temeridad, que la paz que los siguió poco tiempo después fue fruto de ellos, y que Dios se lo otorgó al fin por las oraciones y los esfuerzos, que hizo el santo Sacerdote para ganársela. Fue entonces cuando le manifestaron que habiendo terminado felizmente la guerra civil era justo que recortara las mortificaciones y los ayunos que había introducido con ocasión de estas funestas divisiones: pero él no quiso, ya que la guerra con España continuaba. *No conviene quedarnos ahí*, respondió, *es necesario esforzarnos para obtener de Dios la paz general*. La hora de este gran acontecimiento llegó por fin; y Vicente tuvo, antes de su muerte el consuelo de ver acabarse una guerra que había durado 25 años sin interrupción, y que unida a la guerra civil había agotado el Reino. ¡Eh! ¿qué desastres habrían causado tantos males reunidos, si el hombre de misericordia no les hubiese opuesto una paciencia incapaz de desanimarse, un valor invencible, una caridad inagotable? Retomemos ciertos hechos de su Historia, que un relato, que no hemos creído deber interrumpir, nos ha impedido colocar en su orden natural.

Aunque Francia, durante sus disturbios y sus miserias, pareciera deber agotar sola todo lo que Vicente tenía de Obreros Evangélicos, no dejó de hallar suficientes para atender a una parte de las necesidades de diferentes Diócesis, e incluso de diferentes Reinos. Sin hablar de las Fundaciones de Agen y de Montauban, cuyos Seminarios fueron confiados a sus cuidados, el primero en 1650 por el sr Barthélémy de Elbene, el segundo dos años después por el sr Pierre de Bertier, el santo Hombre envió todavía a Sacerdotes suyos a las Islas Hébridas y a Polonia. Hablaremos en otra parte de los frutos que hicieron los primeros, y no nos olvidaremos ni de las penas que pasaron ni de los peligros que corrieron bajo el dominio del implacable Cromwel; pero pertenece a la gloria del Siervo de Dios y del plan de nuestra Obra, que hablemos aquí del modo como se hizo la Fundación de Varsovia, que ha dado a luz a tantas otras en el Reino de Polonia.

Luisa Maria de Gonzaga, hija de Carlos Duque de Mantua, había conocido a Vicente de Paúl, donde había permanecido mucho tiempo. Se había encontrado varias veces en aquellas famosas Asambleas de Damas, cuya caridad y celo ya hemos alabado varias veces. Ladislao Segismundo IV, Rey de Polonia habiendo pedido a Ana de Austria una Esposa de

su mano, recibió a esta Princesa, quien tenía grandes cualidades, pero que no tuvo nunca el talento de agradarle. Se casó en segundas nupcias con Casimiro V, que no tardó mucho en reemplazar a Ladislao. Fue entonces cuando convertida en más dueña de sus acciones siguió la pendiente que tenía hacia el bien. Como sabía que los Reyes no reinan de una manera digna de Dios, más que cuando Dios reina por ellos, quiso establecer su Imperio en el corazón de sus Súbditos y de aquellos sobre todo que hasta entonces habían sido los más abandonados. Fue según este plan cuando en 1651 pidió a nuestro Santo Sacerdotes de su Congregación. Vicente no pudo enviarle más que unos pocos: pero el más antiguo, que se llamaba Lambert-aux-Couteaux, y que era uno de sus primeros Compañeros, valía por muchos otros. Unía a una salud vigorosa una sabiduría consumada, un trabajo infatigable y una humildad tan profunda que habría sido tal vez el primer hombre del mundo en este género, si Vicente no hubiera estado en la tierra.

El Santo no podía hacer un sacrificio mayor que el de Lambert. Era, después del sr Portail, una de los principales recursos en una infinidad de asuntos; y él mismo confesaba que con su ausencia se encontraba en la situación de un hombre que ha perdido uno de sus brazos. Sin embargo, desde que creyó que Dios le destinaba a otra parte, no dudó lo más mínimo en privarse de él y de todos los socorros que recibía de él desde hacía tantos años. El tierno y respetuosos apego que sentía Lambert para con su Superior no le permitió quedar insensible a una separación tan dura; pero como la obediencia y la voluntad de Dios eran su única regla, perdió a la primera señal que le dieron. Su viaje y el de su pequeño grupo fue tan feliz como podía serlo.

La llegada de estos verdaderos Misioneros causó mucho gozo a Sus Majestades, y fueron recibidos con todas las demostraciones de bondad que se podían esperar. Lambert fue estimado, querido, respetado de los Grandes y del Pueblo, desde el momento que le recibieron, pero ese momento de consuelo quedó de sobra compensado por las penas que le siguieron. Estaba en el destino de los que Vicente enviaba a los Países extranjeros no encontrar más que cruces. Polonia estaba entonces revuelta; y si bien Casimiro había, a la cabeza de cien mil hombres, derrotado a trescientos mil Tártaros y Cosacos, no pudo alejar de sus Estados ni el hambre ni la peste, que la sigue de muy cerca. Una y otra hicieron grandes estragos en Varsovia, donde el pueblo se hallaba totalmente abandonado. Lambert voló allí con anuencia de la Corte; y fue en esta ocasión cuando la Reina de Polonia se tomó por sí misma la molestia de escribir al Siervo de Dios la carta siguiente. *“Señor Vicente, yo os estoy muy agradecida por tantas señales de afecto y por la alegría que me demostráis haber recibido por la salud del Rey mi Señor, y por la mía, por lo que os lo agradezco. El bueno del sr Lambert al ver el miedo que tienen los Polacos de la peste, ha querido ir a Varsovia con el fin de establecer un orden mejor que el que había para el alivio de los pobres. He dado la orden de que sea alojado en el Castillo, y en la propia Cámara del Rey. Recibo a diario noticias y a diario le recomiendo que no se exponga al peligro. Tiene a su lado todo lo necesario para venir a verme, una vez que el orden de las cosas esté en marcha; le exhorto a que se dé prisa para venir aquí lo antes posible. Sin esta enfermedad que echado por tierra todos nuestros planes, ya habríamos terminado su acomodo en Varsovia. Hace dos días que han llegado vuestras Hijas de la Caridad; estoy muy satisfecha porque parecen muy buenas mujeres, etc.”* Con esto el servicio temporal y espiritual de los apestados fue el primer ejercicio que Dios preparó a la virtud y al celo del sr Lambert y de sus Cohermanos. Aunque la peste sea una de esas plagas, cuyo solo nombre da una idea bastante justa, es seguro que la Reina disminuía mucho el mal en la

Carta que hemos transcrito, bien porque no la habían informado lo suficiente, bien porque temía alarmar al Siervo de Dios, de quien ya sabía que Lambert era particularmente estimado. Pero el santo Sacerdote se enteró por otra parte del estado de las cosas y del peligro que corría su amigo. Estos son poco más o menos los términos que usó en carta al Superior de la Casa de Sedan:

“Los Misioneros de Polonia trabajan con grandes bendiciones: No dispongo del tiempo suficiente para daros el detalle. Os diré tan sólo que siendo la peste tan viva en Varsovia, donde tiene el Rey su residencia ordinaria, todos los habitantes que se han podido marchar han abandonado la ciudad, en la que no más que en los otros lugares afectados por esta enfermedad, no hay casi orden alguno... Como nadie entierra a los muertos, se quedan en las calles o se los comen los perros. Desde que alguno es atacado de este mal en una casa, los demás le ponen en la calle, donde tiene que morir sin que nadie le lleve de comer. Los pobres, artesanos, los sirvientes, sirvientas, viudas y huérfanos son totalmente abandonados. No encuentran en qué trabajar ni a quién pedir pan, porque los ricos han escapado. En esta desolación el sr Lambert fue enviado a esta Ciudad grande, para poner remedio a todas estas miserias. En efecto, él ha provisto por la gracia de Dios, haciendo enterrar a los muertos, y llevar a los enfermos a lugares, donde son atendidos en el cuerpo y en el alma: lo que ha hecho también respecto de los demás pobres, cuyas enfermedades no eran contagiosas. Y por fin mandando preparar tres o cuatro Casas diferentes, y separadas unas de otras, como otros tantos Hospicios u Hospitales, ha alojado a los pobres que no estaban enfermos: y unos y otros son alimentados con las limosnas de la Reina”.

Estas fueron en Polonia las primeras grandes obras de los Hijos de nuestro santo Sacerdote. Esto le consoló mucho. Pero Dios que siempre se ha complacido en probarle como el oro en el crisol, mezcló en seguida el dolor con un gozo tan puro y tan santo. Apenas había restablecido Lambert el orden en Varsovia, cuando la Reina que tenía en él una perfecta confianza quiso que la siguiera a Lituania. Aunque, por las órdenes de esta Princesa, él fuera tratado con toda la distinción posible y mucho mejor de lo que hubiera deseado, su celo y sus trabajos le consumieron y fue arrebatado por una enfermedad tan breve como violenta. El confesor de la Reina y la Reina misma escribieron a Vicente con un estilo que destaca perfectamente con qué sentimientos habían recibido esta pérdida. El Santo la sintió mejor que nadie, y quedó tanto más impresionado por ella al recibir al mismo tiempo la que le acababa de hacer el Seminario de Annecy con la muerte de sus más sabios y más virtuosos Sacerdotes de su Congregación. Escuchémosle hablar a él mismo: las palabras de la Carta Circular, que escribió entonces, expresarán mejor su dolor y sentimientos mejor de los podríamos hacerlo nosotros.

La gracia del Nuestro Señor esté siempre con vosotros –Véanse las Cartas del 21, 22 y 26 de marzo de 1653- y su santo consuelo en todos nosotros para soportar con amor las incomparables pérdidas que la Compañía acaba de tener en la muerte de dos de sus mejores Súbditos, de los cuales uno es el sr Guérin Superior de la Casa de Annecy, el otro el sr Lambert Superior de nuestra nueva Fundación en Polonia. Monseñor Obispo de Ginebra me habla del primero como de un Santo, a quien ha reconocido como tal en las obras y en las diversas comunicaciones que ha tenido con él: me escribe con lágrimas en los ojos y un dolor inexpresable en el corazón, son sus propias palabras. En efecto, Dios bendijo siempre la conducta dócil y los grandes trabajos de este su Siervo... Falleció el seis de este mes

después de nueve días de enfermedad. Ya os he informado, me parece, del fallecimiento del difunto sr Gurlet, llegado un mes antes a la misma casa; era también un muy buen Misionero.

En cuanto al sr Lambert, se ha ido a Dios el último de enero. Sólo estuvo enfermo tres días, pero fue una enfermedad tan dolorosa que él mismo, aunque muy paciente por otra parte, decía que no podría sufrirla por mucho tiempo sin morir. Y se murió en efecto, después de recibir los Sacramentos de manos del sr Desdames, que quien unos días antes me había contado maravillas. El Confesor de la Reina de Polonia me informa que es echado de menos en todas partes, y que según los pensamientos de los hombres, es difícil hallar a un Eclesiástico más completo y más apto para la gloria de Dios; añade que podría ser llamado *Dilectus Deo et hominibus*; que buscaba sólo a Dios; que nunca persona alguna en tan poco tiempo había avanzado tanto en la estima y en los favores del Rey y de la Reina; y que finalmente nadie había sido más universalmente respetado, porque había dejado un grande olor de sus virtudes en todos los lugares por donde había pasado. Esos son los sentimientos del Confesor de la Reina; y Su Majestad habiéndome escrito una gran carta de su puño y letra y habiéndome expresado la satisfacción que había tenido por su conducta, y el pesar que siente por su muerte, acaba con estas palabras: *‘Y bueno, si no me enviáis a un segundo sr Lambert, no sé ya qué hacer’*. *Lo que demuestra la perfecta confianza que tenía en él. También la había llevado él a dar, desde que tuvo el honor de conocerla, cien mil libras de limosnas más allá de lo que hubiera debido. Es lo que me han comunicado los nuestros, que han distribuido una buena parte para los pobres apestados de Cracovia y de Varsovia como con otros enfermos que estaban abandonados.*

No dudo, Señores, concluye el santo Sacerdote, que este accidente que aflige a toda la Compañía, os afecte mucho. Pero ¿y qué? la conducta de Dios es adorable, y nosotros debemos amar sus virtudes y sus efectos. Cosa que debemos hacer en este dolor con la esperanza que estos queridos difuntos nos sean más útiles en el Cielo, de lo que hubieran sido en la tierra. Pensamos actualmente ocupar sus puestos, y sobre todo el del sr Lambert, para no abandonar la obra de Dios en este Reino, donde las necesidades son extremas, pero unidas a disposiciones, que prometen grandes bienes, etc.” Hablaremos en otra parte del nuevo socorro que el Siervo de Dios envió a Polonia, y de la amplia cosecha que recogieron sus Hijos durante su vida y después de su muerte.

Algunos años antes del Establecimiento de la Congregación en Varsovia, Vicente había enterrado al antiguo Prior de los Religiosos que servían en la Casa de S. Lázaro, el mismo que, como ya hemos dicho, se tomó tantas molestias para hacérsela aceptar a nuestro santo Sacerdote. Ningún Bienhechor que se sepa tiene más motivos de aplaudirse por su liberalidad. Experimentó siempre por parte de Vicente y sus Misioneros el agradecimiento más tierno y más perfecto. Todos le tenían como a su Padre, y él los consideraba a todos como a sus Hijos. Trabajaba a veces con ellos en las Misiones, y otras con la impaciencia de ver a aquellos cuyos empleos los retenían en otra parte, iba a visitarlos a las Provincias. Este fue el motivo de que, si bien en edad ya avanzada, se fue en 1645 a Montmirel y a Richelieu. Vicente había prevenido a los Superiores de estas dos casas, y lo había hecho con una efusión de corazón que demuestra su total entrega a este digno Prior; no sólo quería que se le costearan los gastos, sino también que fuera recibido como el Dueño de los bienes y de las personas. El Santo había hecho algo más en su consideración; como uno de sus religiosos fuese atacado de peste, él mismo le sirvió en una enfermedad tan contagiosa.

Pero la complacencia que tuvo el santo Sacerdote con el sr le Bon no tuvo ninguna de esas debilidades que se encuentran a veces en las amistades humanas. Se ha advertido, al hablar del modo como fue introducida la Congregación en S. Lázaro, que no quiso permitir nunca, que sus Sacerdotes se quedaran en el sector de los Religiosos; era comenzar con un tono bastante firme; sin embargo observó la misma conducta cuando no pudo apartarse sin herir su conciencia. Por suerte le tocó tratar con un hombre de bien, que no le puso a prueba con frecuencia aparte de una ocasión en el espacio de mas de veinte años que pasó con él. Este es el hecho que habla bien alto a favor de uno y de otro, y por eso no lo suprimimos.

Una Abadesa de alta cuna fue encerrada por deslices escandalosos por la Reina Regente y los consejos de S. Vicente. El Prior de S. Lázaro, que tenía muy grandes obligaciones para con esta Religiosa, fue encargado por ella del trabajo de su liberación. Aceptó el encargo, y como conocía perfectamente el poder absoluto que tenía sobre la mente del Servidor de Dios, ni se le ocurrió dudar de que no fuera a conseguir todo cuanto juzgara conveniente pedirle. Se equivocó; por más que le suplicó, le insistió y explicó a su amigo que la suerte de aquella de quien se trataba estaba en sus manos y que con una sola palabra podía romper sus cadenas; todo fue inútil. El santo Hombre le respondió siempre que sentía mucho no poder ceder a sus deseos; que la conciencia no le permitía y que le rogaba tuviera a bien excusarle. El Prior se quedó sensiblemente impresionado por este rechazo: esta firmeza le pareció fuera de lugar, y dejándose llevar por palabras, que se suelen escapar a la virtud, cuando se siente un poco amargada, se quejó del modo como era tratado, y se preguntaba que si era así como Vicente reconocía los servicios que le había prestado a él como a su Compañía. El Hombre de Dios, que no rechazaba esta gracia sino por la sola razón de que no se la podía otorgar, respondió al sr le Bon que era verdad, que él había colmado a su Congregación de bienes y de honor; que él y los suyos le debían todo lo que los Hijos deben su Padre; que además, si creía no haber obligado más que a personas indignas de serlo, podía volver a tomarlo todo; pero que, sucediera lo que sucediera, él no podía sin ofender a Dios dar el paso que se le exigía. Ante estas palabras se calló el Prior y se retiró muy descontento. El peso que llevaba en el corazón no le abrumó por mucho tiempo. Personas, que estaban al día sobre la conducta y los excesos de la Dama de quien se trataba, le abrieron los ojos y le hicieron comprender que era indigna de la gracia, que con tanta insistencia había solicitado para ella. Desde ese momento se condenó a sí mismo: hizo justicia a la firmeza del santo Sacerdote, y habiendo ido a buscarle se arrojó a sus pies, le pidió perdón por el juicio precipitado que había hecho contra él; y le rogó que no suavizara, por su consideración, la justa pena que se había decretado contra la persona culpable: Vicente, que se había puesto de rodillas, sintió agrado por este desenlace. La paz se hizo al instante; y esta frialdad momentánea produjo en estos dos Siervos de Dios un fondo de respeto y de amistad, que ningún contratiempo alteró ya nunca. Después de todo, suponiendo en el Prior de S. Lázaro menos virtud de la que tenía, hubiera sido bien difícil que no se acomodara a nuestro Santo: éste se le adelantaba siempre, y en todo cuanto podía darle gozo, y le daba en toda ocasión pruebas del más sincero afecto.

Su ternura pareció renovarse, cuando se vio a punto de perderlo para siempre; en su última enfermedad, le prestó todos los deberes y le dio todos los auxilios de la más viva y ardiente caridad. Cuando le vio dirigirse al final, mandó venir a todos los Misioneros que estaban por entonces en la casa, los puso en oración alrededor de la cama de este querido enfermo; y durante su agonía, que fue larga, recitó él mismo en voz alta las Oraciones de la Iglesia establecidas para ese momento que decide la eternidad. Cuando este buen Anciano, que

entonces pasaba de los setenta y cinco años, hubo entregado el último suspiro y se hubo acabado la recomendación del alma, Vicente hizo un breve discurso a los presentes. Después de pedir a Dios de manera muy afectiva que se dignara aplicar a este querido difunto el escaso bien que su Compañía había podido hacer hasta entonces, rogó a los suyos en términos humildes en extremo que nunca se olvidaran de las obligaciones esenciales que habían contraído con este ilustre Benefactor: que le recordaran en sus oraciones, y se acordaran de él todos los días de su vida; que tuvieran la misma gratitud con los antiguos Religiosos, que los respetaran a todos como a sus Padres, y que nunca cayeran con ellos en el horrible y detestable pecado de la ingratitud.

Vicente mandó hacer al sr le Bon funerales muy honrosos, y para perpetuar la memoria de los servicios que él y los suyos habían recibido, los mandó grabar en mármol con el Epitafio del difunto. Quiso también que cada año a perpetuidad se le hiciera el nueve de abril día de su deceso un Servicio solemne; y sin contar las Misas que celebró por el descanso de su alma mandó decir un gran número por él en S. Lázaro y otras partes. Con este fin escribió lo antes posible esta carta a todas las casas de la Congregación: *Dios ha querido dejar huérfana a la Compañía de un padre que nos había adoptado como a sus Hijos, es le Bon sr Prior de S. Lázaro, quien falleció el día de Pascua, confortado con los Sacramentos y en una conformidad tal con la voluntad de Dios que en todo el curso de su enfermedad no se ha visto en él el menor rasgo de impaciencia, no más que en sus incomodidades precedentes; pido a todos los Sacerdotes de vuestra Casa que digan Misas a su intención, y a todos nuestros Hermanos que comulguen.* Además del Servicio del nueve de abril, del que acabamos de hablar, la Casa de S. Lázaro dice dos al año por el descanso del alma de los antiguos Religiosos. Ella no dice más por sus propios Hijos.

Algunos meses tras la muerte del sr le Bon, los Superiores de la mayor parte de las Casas de la Congregación acudieron a S. Lázaro, y celebraron una Asamblea, que no se puede llamar ni general ni particular. Aunque la primera intención del Siervo de Dios era dar la última mano a las Constituciones de su Compañía, que formaba poco a poco, según su propia experiencia y los consejos de las personas más sabias de su conocimiento, no se dejó de establecer en ella varios Reglamentos, para la dirección y el estudio de los jóvenes Eclesiásticos de la Congregación, la dulzura con respecto a los Hermanos Coadjutores, los medios de mantenerlos en la santa humildad de su estado, el buen éxito de las Misiones, y la firmeza en el Tribunal de la Penitencia. Y ya que es bueno advertir que, si Vicente de Paúl no aprobaba aquel rigorismo a ultranza, que condena a todo el Universo, era enemigo declarado de la Moral relajada. Felicitó más de una vez a los Obispos y a la Sorbona, que censuraron en su tiempo aquellas monstruosas Proposiciones, por las que un Paganismo ilustrado habría sentido vergüenza. Quería que los suyos se acogieran inviolablemente a aquella Moral verdaderamente Cristiana, que se encuentra en el Evangelio, en los Escritos de los santos Padres y de los Doctores de la Iglesia y en las decisiones de la Sede Apostólica. *Me alegra, escribía al Superior de Génova –Carta del 6 de enero y del 17 de febrero de 1651-, que se mande hacer en las Misiones penitencias públicas. Haréis bien en poner en vigor su práctica, en cuanto os sea posible. El uso de ellas es igualmente útil y necesario; pero es preciso que se lleve con prudencia. Digo con prudencia, porque se necesita discreción, para no incluir a toda clase de personas, ni para toda suerte de pecados. Hacedlo pues, pero que sea según el Concilio de Trento por los pecados públicos y con la orden de nuestros Señores los Prelados.*

Tales eran las máximas del santo Hombre; y creo inferir de ellas que aquel de sus Hijos –el sr Simon- que dieciocho años después de su muerte tuvo tanto que ver en las Censuras dictadas por Inocencio XI entró perfectamente en sus vistas, y no hizo más que lo que habría hecho el Siervo de Dios, si hubiera estado todavía en la tierra. Pero si Vicente tuvo tanto celo por la pureza de la Moral de Jesucristo, no lo tuvo menos por la integridad del Dogma. Sus trabajos y sus combates contra la herejía demasiado real del Jansenismo constituyen una prueba incontestable de ello: para expresarlo con toda claridad hay que remontarse por necesidad hasta la fuente del mal; es lo que vamos a hacer en una especie de Disertación, que por suerte se halla aquí donde debe estar.

Corneille Jansen, tan conocido con el nombre de Jansenio, era Holandés, y nacido –en 1585- en el Pueblo de Accoy cerca de Leerdam. Sus padres, que eran Católicos, se esforzaron, aunque pobres, por llevarle a estudiar. Hizo las Humanidades en Utrecht, y la Filosofía y la Teología en Lovaina . Le dieron por Maestro en esta última ciencia a Jacques Janson, hombre muy afecto a sus ideas, y quien prefería con mucho la doctrina de Baius a las Bulas de los Papas que la habían censurado. Fue en la Escuela de este doctor donde Jansenio estableció los primeros principios de su Sistema sobre la gracia; para fortalecerle en él, el Abate de S. Cyran, que le había conocido en París, le hizo venir a Bayona, donde le encontró empleo. Se entregaron entonces los dos al estudio de los Padres, y sobre todo de S. Agustín. Este último fue por quien Jansenio sintió toda su vida un gusto más decidido. Aunque su salud fuera débil, y su tiempo estuviera repartido, leyó diez veces todas las Obras de santo Doctor, y unas treinta veces las que compuso contra los Pelagianos.

Un estudio tan obstinado no le impidió ensayar su pluma en materias que no tenían mucha relación con las de la Gracia y de la Caridad. Su *Mars Gallicus* es una prueba que no puede ser contestada. La Nación Francesa y sus Monarcas son tratados en ella de la manera más cruel; se viola la Majestad del Trono y ello en casi todas sus líneas; es desacreditada la santa Unción, que le hace maldito para los pueblos; en una palabra, el furor se atreve a decir en él que nuestros Reyes llevan el nombre de Muy Cristiano sin serlo en efecto; y que se han gloriado de este título, en el tiempo mismo que trabajaban por arruinar la Religión de Jesucristo en las principales regiones de Europa.

Esta Sátira alocada mereció a su Autor el Obispado de Ypres: fue durante la sede de esta ciudad cuando Jansenio acabó una Obra de unas consecuencias muy distintas, quiero decir, su *Augustin*. Trabajaba en ella desde hacía cerca de veinte años. Allí debían ir a parar las lecturas inmensas que le habían ocupado con tanta seriedad: pero por justo que le pareciera su Sistema, él mismo sentía su dureza; veía mejor que nadie que necesitaba apoyo, y no se cansaba de ponerla bajo la protección de S. Cyran: deseaba ante todo que alguna Congregación quisiera adoptarla, persuadido, como se lo decía a su amigo, de que *semejante gente son extraños, cuando emprenden un asunto, y que una vez embarcados sobrepasan todos los límites*. Los acontecimientos han justificado su predicción: para juzgar que así fue, vamos a dar un resumen de sus sentimientos. Quiso Dios que el Libro de este Teólogo fuera extraño a la Historia que escribimos!

El obispo de Ypres no se propone nada menos que reformar las ideas que tenían sobre la Gracia todas las Escuelas Católicas de su tiempo. Este proyecto era grande; pero respondía a los planes de quien se lo había formado. No sólo a Jansenio se le había metido en la cabeza que *los Jacobinos y los Jesuitas estaban a cien leguas de la verdad: que tanto unos como los otros caminaban hacia el error por rutas opuestas; y que, aunque estuvieran*

discutiendo hasta después del Juicio, no harían otra cosa que extraviarse mucho más. Pero pensaba también, y sin dudarle en absoluto, que desde hacía quinientos años la antigua Doctrina es desconocida para los Pueblos y para los Pastores, que no subsiste apenas más que en las Oraciones, donde quienes las hacen no entienden nada; que después de los Herejes no hay nadie en el mundo que haya corrompido más la Teología que los Gritones de la Escuela; y que están tan lejos de la puerta que conduce a la verdad, que por más Católicos que sean, parecen no conocer ni la Fe Cristiana ni la esperanza; ni la codicia ni la naturaleza; ni la gracia del Ángel ni la del hombre inocente o caído; ni la suficiente ni la eficaz; ni la operante ni la cooperante... ni el vicio ni la virtud; ni el bien ni el mal; ni el pecado actual ni el original; ni las recompensas ni los suplicios de las criaturas razonables; ni la libertad del hombre ni su esclavitud; en una palabra, y será decirlo todo, ni el antiguo ni el nuevo Testamento.

Tantos ciegos necesitaban ser ilustrados, había que ponerles en las manos el hilo de la Tradición, que habían perdido hacía cinco siglos. Jansenio se encarga de ello, y veamos cómo se las arregla. Pone por principio que desde el pecado de Adán, el placer es el único resorte, que hace moverse a la voluntad; que, sin ningún atractivo que la lleve al bien, no puede hacer el bien, como no puede hacer el mal, sin ningún atractivo que la lleve al mal; que estos dos atractivos obran por grados, de manera que el más fuerte gana al más débil; y le gana de una manera tan invencible que le es tan imposible al hombre obrar contra un atractivo superior, como le es imposible obrar sin atractivo, y hasta sin conocimiento. De este principio de una delectación, que el hombre no puede procurarse cuando no la tiene, porque es indeliberada, y que no puede vencer cuando la tiene porque es irresistible; de este principio, digo, que Jansenio pone sin más ni más en la cuenta de S. Agustín, resulta fácil concluir, 1º Que no hay ya libertad en la tierra, o que, si la hay todavía es preciso que sea compatible con la necesidad más fuerte, 2º Que la gracia no tiene, ni puede tener otro efecto que el que ella produce actualmente en un corazón cautivo por la concupiscencia; 3º Que el Justo mismo, cuando le falta una gracia superior a la codicia, no puede, por esfuerzos que haga, cumplir la Ley que le es impuesta; 4º Que, ya que Dios no quiere salvar más que a los que hace posible la salvación, Jesucristo, cuya voluntad estuvo siempre conforme con la de su Padre, no ha dado su Sangre por la salvación de ninguno de los que perecen; 5º Finalmente, que no se pueden tener otros sentimientos ni sobre la muerte del Hijo de Dios, ni sobre la operación y la eficacia de su gracia, sin renovar viejas Herejías, que S. Agustín derribó.

Aunque estas consecuencias sean necesarias, Jansenio se molestó en sacarlas él mismo, desarrollarlas, y establecerlas. Pretende pues, que el hombre, desde su caída, se encuentra a menudo en un estado de agobio, y de debilidad que no puede superar; que en esta fastidiosa situación no puede ejecutar lo que Dios le manda hacer: que el cumplimiento de la Ley le resulta imposible, porque Dios le sustrae la gracia, sin la cual no se la puede cumplir; que sería un error imaginar que este funesto abandono, no es la suerte más que de los infieles y de los endurecidos; que los Justos están sujetos a ella, bien porque lo quieran, bien porque no lo quieran; que entonces, todos los esfuerzos que hagan y que puedan hacer actualmente, no pueden más que transgredir las órdenes de su Maestro; que esta Doctrina no debe ni revolucionar ni sorprender; que es cierta e incontestable según los principios de S. Agustín; que la apoya la experiencia como la autoridad de este gran Doctor; que S. Pedro se encontró en el caso; y que hay todos los días una multitud de Fieles, a los que la tentación somete a pruebas que no pueden resistir.

Después de todo, estas extrañas ideas están perfectamente de acuerdo con el plan de Jansenio: Para que un Justo que ha dado un mal paso haya podido mantenerse firme por medio de la gracia, sería necesario reconocer auxilios que dan el poder, sin dar la acción. El hombre inocente los tenía parecidos, el hombre caído no los tiene. Ninguna gracia en el estado presente que no sea medicinal; y ésta, según Jansenio, tiene siempre todo el efecto que puede tener, y el que Dios quiere que tenga en las circunstancias en que se da. Todo otro socorro es un monstruo, es un socorro Pelagiano, un socorro pernicioso, un socorro de condenación, un socorro que S. Agustín no conoció sino para combatirlo.

Pero esta gracia tan eficaz ¿no será acaso necesitante? El hombre que cede siempre a su impresión, ¿puede no ceder, y supuesto que no pueda resistirlo, cómo será capaz de méritos? Estas cuestiones son interesantes, y Jansenio no era hombre para dejarlas atrás. No, os dice, no puede resistir ni contra la gracia cuando es superior a la codicia, no contra la codicia cuando es superior a la gracia. Suponer, como hacen los Teólogos modernos, que puede a su capricho consentir o no consentir, es caer en el error de los Semipelagianos. No es por haber negado la gracia lo que ha condenado a estos con anatema; todo su crimen fue creer que el hombre, a pesar de su caída, tenía aún un resto de libertad, y que el buen o mal uso de la gracia estaba en su poder. Por esto los persiguió S. Agustín tan vivamente, y empleó contra ellos toda la energía de su estilo.

Por o demás, dice Jansenio, no hay nada en todo esto que lleva a atentar contra la libertad: el mal de los Escolásticos es haberse hecho una idea falsa; han creído erróneamente que la necesidad no se aliaba con el libre albedrío: es una metedura de pata enorme. Eres un viajero por la tierra y quieres el bien sin coacción; por lo tanto eres tan libre como hay que serlo para merecer. Aunque fuera tan necesitado de la virtud como los Bienaventurados lo son del amor de Dios; como Dios mismo lo es de vivir siempre, y de conocerlo todo lo que puede ser objeto de su conocimiento, desde que queréis, sin veros forzado a querer, tenéis libertad más que la necesaria para el mérito y el demérito. S. Agustín no ha pedido otra cosa: lo demás es un galimatías de Escuela del que no se ve en el santo Doctor ni sombra, ni rastro, ni vestigio.

Así razona Jansenio: aunque no sea siempre muy consecuente, estas paradojas amontonadas le arrastran a otras Paradojas sobre la muerte de Jesucristo y sobre la extensión de su redención. Acostumbrado a no ver en S. Agustín otros medios de salvación que los que salvan efectivamente, el Obispo de Ypres no podía creer que el Hijo de Dios hubiera dado su Sangre por la salvación eterna de los que perecen. Él les ha merecido bien las gracias que los justifican por un tiempo; pero es en ese momento preciso cuando se acaba la buena voluntad para ellos. Si han naufragado cerca del puerto, es, para no decir nada de más, que no ha querido que entraran. Pretender que tenía sobre ellos designios de misericordia, es restablecer máquinas que ha volcado S. Agustín en sus combates con los Novacianos de su tiempo. En una palabra, para ser Católico al estilo de Jansenio se ha de publicar en los tejados, que Jesucristo no ha muerto ya por la salvación de tantos desdichados que se condenan todos los días, que ha muerto para la salvación del diablo.

Tal es en sustancia el Sistema del Obispo de Ypres, y nosotros nos comprometemos a demostrar, si es necesario, que no lo hemos alterado. Acerquémonos por un momento al de Calvino: estos dos Escritores, aunque opuestos en puntos esenciales, tienen relaciones tan sorprendentes que es imposible equivocarse. Los dos tenían espíritu, fuego, erudición; los dos se gloriaban de pensar como S. Agustín, de entenderle mejor que nadie, de estar en

condiciones de sacar su Doctrina del olvido, en el que las desgracias de los tiempos le habían hecho caer; los dos depreciaban olímpicamente a los Teólogos de la Escuela y no hablaban de ellos más como de un montón de Gritones, más opuestos a la verdad de lo que lo están entre sí. Después de todo, estas relaciones son combatidas por diferentes señales: Calvino hacía honor a sus descubrimientos, a los Novacianos que le habían precedido; Jansenio saqueaba a los Protestantes, y no los citaba. Calvino ultrajaba en toda ocasión a Roma y a los Pontífices; Jansenio los honraba en sus Obras públicas, y no hablaba más favorablemente de ellas que en las Cartas escrita a un amigo de confianza. Calvino establecía los principios y sacaba las consecuencias que de ellos se derivan; Jansenio se detenía a medio camino y decía demasiado para agradar a los Católicos, y demasiado poco para agradar a los Protestantes. Calvino despreciaba los rayos de la Iglesia, Jansenio los temía siempre y su temor prueba que los respetaba. Calvino murió en su apostasía, y se la ha transmitido a sus Seguidores; Jansenio murió sumiso y no pudo pasárselo a sus Discípulos. Volvamos a su Obra.

Hacía casi dos años que una enfermedad contagiosa se había llevado a este Prelado, cuando apareció su Libro. Este fruto póstumo sembró pronto la confusión y la discordia. Cada uno lo juzgó a su modo. S. Cyran fue uno de los primeros en leerlo y en encantar los aburrimientos de su cautividad. Es verdad que encontró muchas expresiones, que él habría suavizado caso de habérselo comunicado antes de llegar a las Prensas: pero estas pequeñas pegas no le impidieron hacer de él una estima infinita. Habló de él como del *Libro de Devoción de los últimos tiempos*; y como de un tercer Evangelio sobre la Gracia, que no cedía el paso más que a los Escritos de S. Pablo y de S. Agustín. El juicio de S. Cyran fue la norma del Juicio de Port-Royal; y desde ese momento el volumen huérfano pudo contar con Protectores dispuestos a sacrificar su fortuna a la suya.

Este prejuicio era favorable, pero se vio contrarrestado por autoridades que le rebajaron el peso. El nuevo *Augustin* era todavía un niño cuando fue condenado en Roma -6 de marzo de 1641- por Urbano VIII y este primer golpe le anunciaba de lejos que había nacido para estar expuesto a la contradicción. Fue en la capital de este Reino donde recibió los más duros ataques, pero fue allí también donde encontró a los defensores más acérrimos. Isaac Habert Teólogo de la Iglesia de París se declaró públicamente contra la Doctrina de Jansenio, en tres Sermones que predicó en la Catedral –en 1643 y 1644-: Antoine Arnauld joven Doctor combatió los Sermones de Habert con tres Apologías. Escribieron por un lado y por otro, como sucede siempre; y como siempre, se afirmó la gente de un lado y del otro en los sentimientos que ya se habían adoptado.

Los que pensaron con más sensatez, creyeron que se debía acabar por la vía de la autoridad una discusión que no se podía terminar por la vía de las disputas. Fue siguiendo este plan cuando Nicolas Cornet, Doctor de la Casa de Navarra, y Síndico de la Facultad de Teología, formó un Extracto del Libro de Jansenio que redujo a cinco Propositiones, que desde aquel tiempo se han vuelto tan famosas en la Iglesia. Este Resumen, que el gran Bossuet, Alumno y Discípulo declarado del Síndico, consideró siempre como el Compendio más hermoso que se pueda hacer de un Libro tan grueso, como es el Libro de Jansenio; este Resumen, digo, fue presentado en la Asamblea que se celebró en Sorbona el primero de julio del año 1649. Se aprobó por mayoría que serían examinadas las Propositiones; y se nombró a unos Comisarios que levantarían acta.

Los defensores de Jansenio detuvieron el golpe. Una Apelación interpuesta al Parlamento los dejó libres y ató las manos a la Facultad. ¡Qué hacer en tal coyuntura! El partido más seguro era recurrir a la Sede Apostólica y rogar al Padre común que se pronunciara sobre un diferendo que agriaba los espíritus y los corazones: pero este partido tenía sus dificultades. Se estaba en la víspera de una Asamblea general del Clero; se trataba de o que juzgara en primera instancia, lo que era moralmente imposible; o que se suplicara al Papa que juzgase. Esta última apertura fue seguida hasta cierto punto. El sr Habert, que de Teólogo de París se había convertido en Obispo de Vabres, elaboró una Carta para Inocencio X, que ocupaba entonces la Santa Sede. Los principales Obispos de la Asamblea la firmaron por separado; y se la enviaron a las Provincias, a fin de que el Papa, presionado por todas partes, no dilatara pronunciar el juicio que se le pedía. S. Vicente de Paúl, bajo cuyos ojos y en cuya Casa fue concertada esta Carta, no descuidó nada para multiplicar las subscripciones; y ya veremos pronto que sus diligencias no fueron inútiles.

Por muchos desprecios que haya podido hacer de nuestro santo Sacerdote un partido que no estima más que a los que caen dentro de sus intereses, es seguro que, incluso desde la muerte de S. Cyran, se habían desplegado esfuerzos para ganárselo al Jansenismo. Dijo más de una vez a uno de su Congregación, que los primeros Fomentadores de la nueva Herejía se movieron mucho para persuadirle de que lo libre y lo voluntario son la misma cosa y que sólo se les opone la coacción. Añadía que estos Señores no podían permitir que se explicara la libertad por la indiferencia, ni que se dijera que el hombre resiste a la Gracia. De estas dos máximas, combatía la primera por los principios de una buena y santa Filosofía, que según santo Tomás, es suficiente para aniquilarla. En cuanto a la segunda, era demasiado contraria a los sentimientos que creía tener de sus infidelidades, para que echaran raíces en él. Encontraba su condena en las Oraciones más comunes de la Iglesia; y como los Superiores recitaban entonces ellos mismos las Letanías del Nombre de Jesús después de la Meditación, durante mucho tiempo repitió dos veces este Versículo: *A neglectu inspirationum tuarum libera nos Domine* (Del desprecio de tus inspiraciones líbranos, Señor).

Las Obras solas del Partido Jansenista habrían sido más que suficientes para asquearse de él: en un tiempo en que habría debido caminar con todas las precauciones posibles, se le escapaban Propositiones que le descubrían cada vez más. Se deslizó en un Prefacio del Libro *de la frecuente Comunión*, que sólo fue del agrado de los que lo habían inventado. Esta Proposition que era del Abate de Barcos afirmaba que S. Pedro y S. Pablo son las dos Cabezas de la Iglesia, que no son sino uno. Tal vez era mejor pensar así, y no decir con alguna gente que S. Pedro es el Papa de los Judíos y S. Pablo el Papa de los Gentiles. Sea como sea, la Proposition de los dos Jefes, que no son sino uno, pareció una novedad tan escandalosa como fuera de lugar.

Es verdad que el Abate de Barcos, que era *tan sabio como su tío* y quien, como él, había *hablado a todos los Sucesores de los Apóstoles*, quiso justificarla con dos Escritos públicos, pero no pudo evitar que fuera censurada en Roma. Vicente contribuyó a esta censura, que dos Doctores de París trataban de evitar publicando a la vista del Papa que la opinión de los dos Jefes era la de su Facultad. El santo sacerdote escribió por ello el 4 de octubre de 1646 a un Cardenal, quien le honraba con su amistad. Como la Carta encierra una Anécdota, que el sr Dupin ha descuidado, creo deberla recordar según el sr Abelly.

“Suplico muy humildemente a vuestra Eminencia que tenga bien que le dirija unos Escritos, contra la opinión de los dos Jefes, S. Pedro y S. Pablo. Estos Escritos han sido compuestos por uno de los más sabios Teólogos que tengamos y de los hombres más honrados, que no quiere ni ser nombrado. Se ha enterado por la Gaceta de Roma que se examina allí el Libro que él refuta; y que dos Doctores de Sorbona, que allí están, sostienen que la Doctrina de ese Libro es la de su Facultad. Y esta misma Facultad, habiendo sido informada que se le atribuía esta opinión de dos Jefes, se reunió y discutió para el sr Nuncio para desacreditar a estos Doctores y tranquilizarle porque ella está con la opinión contraria y para suplicarle al mismo tiempo que obre de manera que la próxima Gaceta haga mención que se le atribuye falsamente esta Doctrina.

Esto es lo que ha movido a este bueno y virtuoso personaje a traerme hoy estos Escritos, con el propósito de que yo se los envíe a Roma, para servir de Memoria a los que Su Santidad ha elegido para examinar dicho Libro. Ellos encontrarán en esta Obra Pasajes, que se alegan a favor de la pretendida igualdad de S. Pablo con S. Pedro, refutados por los mismos Autores que se citan unos tras otros”.

Los dos Escritos de los que habla aquí el santo Sacerdote tuvieron su efecto. La Proposición de los Jefes fue algún tiempo después condenada por la Sede Apostólica; y Vicente tuvo el consuelo de ver que los esfuerzos que le había costado este asunto no habían sido infructuosos.

Se deduce por varias cartas suyas que no le molestó que Roma hubiera proscrito también el Libro de la frecuente Comunión. Aquella en la que se explica con más amplitud va dirigida a Jean d’Horgny, uno de los siete primeros Eclesiásticos, que se había asociado a sus trabajos. D’Horgny tenía espíritu, talento para la Predicación, celo por la salvación de los pueblos, y cierto gusto por la reforma. Como sentía por Vicente de Paúl todo el respeto, que este santo Hombre inspiraba a aquellos de quienes era conocido, creyó deber proponerle las dificultades que le fijaban sobre el Libro de Jansenio, y sobre el del sr Arnauld: lo hizo en dos Cartas, pero lo hizo de forma que no hacía temer que su partido estuviera ya demasiado tomado. Vicente le replicó con otras dos cartas; y aunque yo haya leído mucho sobre el talante del santo Sacerdote, no he leído ninguna suya en la que tenga tanto fuego y viveza. Las dos, pero sobre todo la última, hablan del Libro de la frecuente Comunión.

Vicente dice en ellas esencialmente, que puede suceder que algunas personas se hayan aprovechado de la lectura de esta Obra; pero que *si ha servido a un centenar haciéndoles más respetuosos con los Sacramentos, hay por lo menos diez mil a quienes ha hecho daño, apartándolos de ellos por completo; que ya no se ve que la santa Comunión sea frecuentada como lo era anteriormente, ni siquiera por Pascua; que varios Párrocos de París se quejan de ello; que en S. Sulpice se tenía a tres mil Comulgantes de menos que de ordinario; que en S. Nicolas del Chardonnet habían faltado a este deber de Religión 1500 personas, y que así pasaba con las demás; que es cierto que hay demasiada gente que abusa de la Eucaristía, y yo miserable, dice, más que todos los hombres del mundo; pero que no conviene corregir un abuso con otro; que es uno más alejar de la santa Mesa, no por ocho o diez días, sino por cinco o seis meses, a buenas Religiosas que viven en una grande pureza, como se sabía que estos nuevos Reformadores hacían; que S. Carlos había estado muy lejos de estos excesos, él que no recomienda nada tanto en sus Concilios como la Comunión frecuente, y que decreta graves penas contra los Predicadores que apartan de ella a los Fieles directa o indirectamente.*

Como para defender al Libro y al Autor d'Orgny repetía lo que se decía entonces, que el Doctor Arnauld no odiaba más que a los que admitían con demasiada facilidad a los pecadores a la participación de los divinos Misterios: Vicente confiesa que es un exceso que S. Carlos deplora; pero sostiene al mismo tiempo que los principios del libro de la frecuente Comunión van más lejos; y que sólo es para encubrir su juego, cuando el Autor parece suavizar los términos. En efecto, dice nuestro Santo, *¿no está alabando decididamente en su Prefacio, p. 36, la piedad de los que querrían diferir la Comunión hasta el fin de su vida como estimándose indignos de acercarse al Cuerpo de Jesucristo? ¿No asegura que se satisface más a Dios con esta humildad que con toda clase de buenas obras? ¿Acaso no dice en el capítulo segundo de la tercera Parte que es hablar indignamente del Rey del Cielo, decir que sea honrado por nuestras Comuniones?* Aun cuando, continúa él, se cerraran los ojos a todas estas consideraciones, no se puede dar cuenta que las disposiciones que exige este joven Doctor para la recepción de los santos Misterios son tan altas, tan alejadas de la debilidad humana que no hay persona en la tierra que pueda presumir de ellas. Si como él lo sostiene sin suavizar no está permitido comulgar más que a los que *están totalmente purificados de las imágenes de la vida pasada por un amor divino, puro y sin ninguna mezcla, que están perfectamente unidos sólo a Dios; totalmente perfectos y totalmente irreprochables:* ¿puede uno dispensarse de decir con él, que los que según la práctica de la Iglesia comulgan con las disposiciones ordinarias, *son perros o Anticristos?* No, continúa él, con tales principios, *no le pertenece ya comulgar más que al sr Arnauld, quien después de poner estas disposiciones en un punto tan alto, que a un S. Pablo aturdiría, no deja de gloriarse más de una vez en su Apología que él dice la Misa todos los días, etc.*

El sr d'Orgny pretendía que era falso, que el Autor del Libro de la frecuente Comunión, quiso introducir el uso de no dar la absolución más que a los que hubieran cumplido ya la penitencia; y que en esto no pensaba, incluso en relación a los que habían caído en pecados graves, otra cosa que lo que pensaba S. Carlos Borromeo. De donde se seguía también que el Doctor Arnauld no había pensado nunca en introducir la penitencia pública por los pecados secretos.

Vicente ataca estas dos respuestas. Dice en la primera, que el sr Arnauld no quiere solamente introducir la Penitencia antes de la Absolución para los grandes pecadores, sino que saca de ello una Ley general para todos aquellos que son capaces de un pecado mortal; que, para convencerse de ello no hay más que leer el Capítulo octavo de la segunda Parte de su Libro; que en él hace decir al Papa san Gregorio que es necesario que el pecador haga penitencia por sus pecados, no sólo antes de comulgar, sino incluso antes de recibir la absolución; que añade un poco más abajo que, según las santas Reglas que el Papa Inocente ha dado a toda la Iglesia, después de aprenderlas en la Tradición perpetua de la misma Iglesia, el orden que los Sacerdotes deben guardar en la ejecución del poder que el Salvador les ha dado de atar y desatar a las almas, es de no absolver a los pecadores, sino después de dejarlos en los gemidos y en las lágrimas, hacerles cumplir una penitencia proporcionada a la calidad de sus pecados; que estas palabras y muchas otras que siguen muestran que según el sr Arnauld, es necesario diferir la Absolución para todos los pecados mortales hasta el cumplimiento de la penitencia; que por lo demás, sabe, que esa era la práctica del Abate de S. Cyran; y que a ella se somete todavía a los que se entregan a la dirección del Partido.

De estos principios, según los cuales, no se debe dar la Absolución hasta que el pecado esté ya expiado por una satisfacción proporcionada, Vicente cree poder inferir que la Absolución no es más que declaratoria. Añade que es inútil alegar, que el Autor del Libro dijo en otra parte lo contrario; que es costumbre entre los Novacianos sembrar contradicciones en sus Obras para escaparse; que *Calvino niega treinta veces que haga a Dios Autor del pecado; aunque haga por otro lado todos los esfuerzos para establecer esta máxima detestable, que todos los Católicos le atribuyen. He oído decir, continúa él, al difunto sr de S. Cyran que si hubiera dicho en una Cámara verdades a personas que serían capaces, y pasara a otra donde se encontrara con otras que no lo fueran, les diría lo contrario: Pretendía incluso que Nuestro Señor lo hacía así, y recomendaba que se hiciera lo mismo*

El Siervo de Dios reconocía de buena gana que S. Carlos restableció en su Diócesis la Penitencia, y los decretos que la afectan, pero se creía con derecho a exigir que el sr d'Orgny reconociera a su vez que el santo Cardenal no hizo que la Penitencia consistiera en apartarse de la Comunión, a no ser en los casos citados por los Cánones, como son los de las ocasiones próximas, y otros parecidos; que nunca mandó ni que se rehusara la Absolución a todos cuantos no hubieran satisfecho aún por sus pecados ni que se hicieran penitencias públicas por pecados secretos; que no dijo nunca, como lo hace el sr Arnould en el Capítulo tercero de su segunda Parte, de las Llaves *que no se encuentra en los antiguos Padres, y sobre todo en Tertuliano, la Penitencia pública con la que la Iglesia ejerciera el poder de las Llaves; que el Libro de la frecuente Comunión se reduce a todas estas novedades; que aunque parezca a veces no proponer estas antiguas prácticas sólo como provechosas, sus razonamientos tienden a establecer su necesidad; que en todo lugar ofrece estas ideas como las grandes verdades de la Religión, como la práctica de los Apóstoles y de toda la iglesia durante doce siglos y finalmente como una Tradición inmutable. Vicente añade que todas estas ideas tienen una perfecta relación con el principio de los que las adelantan; que están persuadidos de que la Iglesia ha dejado de existir, desde que dejó de guardar estas clases de costumbres; que dos de los Corifeos de estas opiniones habiendo creído que la Madre de Santa María estaba bien dispuesta para ellos, le habían dicho que desde hace quinientos años no hay Iglesia: y es ella misma, añade Vicente, quien me lo ha dicho y escrito.*

Como d'Orgny no había dado valor a la autoridad de los Padres y de los Doctores, que habían aprobado el Libro de la frecuente Comunión, el Siervo de Dios no le habla sobre él. Si él hubiera sabido ya lo que escribió posteriormente, habría podido afirmar que entre las Aprobaciones que se leen todavía a la cabeza de esta Obra, hay al menos dos, que fueron otorgadas por gente que no lo habían leído nunca: algo de lo que tenemos una prueba incontestable.

La otra carta de Vicente de Paúl no alude casi más que al Libro de Jansenio. El Santo prueba en ella que no ha tomado sobre este asunto más que el partido que debía tomar. Dice en primer lugar que la Reina, el Cardenal Mazarino, el Canciller de Francia y el Gran Penitenciario se habían declarado contra el nuevo Augustin; que guardar el silencio en estas ocasiones es, según un gran Papa –S. Celestino–, dar las armas al error; que la Doctrina de Baius, ya condenada por varios Papas, está renovada por el Obispo de Ypres; que los planes de Jansenio y de S: Cyran deben por su naturaleza hacer su Doctrina sospechosa; que el último había confesado al sr de Chavigni que se habían propuesto desacreditar a los Jesuitas

sobre el Dogma y sobre la administración de los Sacramentos; que para creerle no necesitaba de este testimonio, ya que él le había oído cantidad de discursos, y casi a diario, que estaban conformes con ello.

Entra después en materia y, después de señalar que la lectura asidua que Jansenio había hecho de S. Agustín, no prueba más a favor de sus Sectarios, de lo que pudiera a favor de Calvino; que el Concilio de Trento entendía mejor al santo Doctor, que Jansenio y sus Adeptos; en una palabra, que S. Agustín debe ser explicado por el Concilio, y *no el Concilio por S. Agustín, porque el primero es infalible, y el segundo no lo es*; demuestra que en esta materia, no se trata ni de Molina ni de la Ciencia media, que no es Artículo de Fe; que si esta Doctrina es nueva, no lo es así la que establece que Jesucristo murió por todo el mundo; que ésta es de S. Pablo y del Apóstol S. Juan, de S. León, del último Concilio general; y que la opinión contraria ha sido condenada en el Concilio de Mayence y en otros varios que se han celebrado contra Goteschal. Razona de la misma manera sobre la posibilidad de la observancia de los Mandamientos de Dios; y sobre la gracia suficiente. Prueba una y otra por Textos que el error puede eludir, pero que ella no sabría resolver.

Con respecto a la dirección que quiere que se observe en su Congregación en estas materias, es fácil ver que tiende a evitar los excesos que son siempre peligrosos. No aprueba en absoluto que sus Sacerdotes *disputen, ataquen y defiendan a voz en cuello*; sino que quiere que hablen cuando las circunstancias lo exijan; y que el miedo a hacerse enemigos no los detenga. *No quiera Dios, les dice, que estos débiles motivos, que llenan el infierno, impidan a los Misioneros defender los intereses de Dios y de su Iglesia*. Por razón de este principio rechaza lejos el consejo que d'Orgni le daba de permitir a cada uno en la Compañía creer de estas materias lo que crea oportuno. Oh mi Jesús, exclama, no conviene que sea así: es necesario que todos seamos 'unius labii'; de otra forma nos desgarraríamos unos a otros. Obedecer en este punto no es someterse a un Superior, sino a Dios y al sentir de los Papas, de los concilios y de los Santos; y si alguno de nosotros no quisiera estar de acuerdo, haría bien en retirarse, y la Compañía en pedirselo.

Por rigurosas que parezcan estas últimas palabras, el Santo no llegaba hasta estos extremos sino después de agotar todos los medios que ofrecen la caridad y la prudencia. Rogaba mucho, hacía orar a los suyos y no tomaba su última decisión hasta después de consultar a los que la capacidad y la experiencia ponían más en estado de darle buenos consejos. Así lo hizo sobre todo con una de sus Sacerdotes a quien no se había logrado hacerle volverse atrás de sus malas opiniones: no le despidió hasta después de consultarlo con cuatro Doctores de Sorbona, con el sr coadjutor de París, el sr Cardenal Mazarino, el sr Canciller, y el sr Presidente, quienes todos le aconsejaron obrar así –Carta del 26 de marzo de 1646-.

Remedios tan violentos costaban mucho a su ternura; no temía nada tanto como verse forzado a emplearlos con frecuencia. Día y noche deseaba que una autoridad superior arreglara este desgraciado diferendo, que ya encendía al Clero Secular y Regular. Su respeto al Vicario de Jesucristo le hacía creer que su decisión reuniera a casi todas las mentes; y que la paz sucediera a la tempestad, que casi por instantes se convertía en más impetuosa. Por esto lo puso todo en obra, para comprometer a tantos Obispos como le fuera posible suscribir la carta que se debía enviar al Papa. Colmó de alabanzas a los que estaban preparados por ellos mismos, invitando a otros a unirse a ellos. La carta que les escribió el mes de febrero de 1651 era muy breve y sencilla; es ésta.

Los malos efectos que producen las opiniones actuales han hecho resolverse a un buen número de Monseñores los Prelados del Reino a escribir a N. S. P. el Papa para suplicarle que se pronuncie sobre esta Doctrina. Las razones particulares que los han llevado a esto son. 1º Que mediante este remedio esperan que muchos se atengan a las opiniones comunes, que sin ello podrían apartarse de ellas, como sucedió con todos cuando se vio la Censura de las dos Cabezas, que no son más que una. 2º. Y es que el mal pulula cuando parece que es tolerado. 3º. Se piensa en Roma que la mayor parte de nuestros Señores los Obispos de Francia están en estas opiniones nuevas, y es importante hacer saber que son muy pocos. 4º. Finalmente esto es conforme al S. Concilio de Trento, que quiere que si se alzan opiniones contrarias a las cosas que él ha determinado se recurra a los Soberanos Pontífices para poner orden. Y esto es lo que se quiere hacer, Monseñor, como veréis por la misma Carta que os envió con la confianza de que os agrade firmarla junto con unos cuarenta Prelados más, que han firmado ya, y cuya Lista os presento, etc.

Esta carta tuvo un éxito feliz; pero, por feliz que fuera, fue menos pleno de lo que Vicente hubiera deseado, el sr de Luçon no dio respuesta: los Monseñores de Alet y de Pamiers dieron una en la que, para llegar a la paz, proponían una apertura que no podía sino redoblar la guerra. El santo Sacerdote no se desanimó. Escribió por segunda vez -23 de abril de 1651- al Obispo de Luçon. Después de decirle que se teme que no haya recibido su Carta o que se haya sentido confuso por un mal Escrito, que los Jansenistas habían enviado a todas partes para que los obispos no pidieran un Juicio, le suplica en nombre de Nuestro Señor que considere que este Juicio es necesario para detener *la extraña división que se forma en las Familias, en las Ciudades y en las Universidades. Se trata, dice, de un fuego que se inflama cada día, que altera las mentes y que amenaza a la Iglesia con una irreparable desolación, si no se remedia prontamente.*

Se propone después, y resuelve las dificultades que se podían presentar. Dice, que no se puede razonablemente espera a un Concilio; que el estado de los asuntos presentes no permite que se reúna; que nadie ignora cuánto tiempo llevó convocar el de Trento; y que así este remedio está demasiado lejos para un mal tan urgente; que al faltar los otros medios es preciso emprender el de la Santa Sede; que la Iglesia siempre conducida por el Espíritu Santo nos remite a él ella misma; que los Santos escribieron a los Papas contra las nuevas Doctrinas, que surgieron en su tiempo; y *no dejaron de asistir como Jueces a los Concilios donde fueron condenadas.*

Añade que el Papa está decidido a explicarse en este asunto, una vez que vea una carta del Rey y otra de una buena parte de los Obispos de Francia; que Su Majestad ha tomado ya la resolución de escribir; que sesenta Prelados han formado la Carta para Roma; y que el Primer Presidente ha dicho que, con tal que la Bula no parezca emanada de la Inquisición, será recibida y verificada en el Parlamento.

Pero, me dirá alguno, ¿qué se gana cuando el Papa se haya pronunciado, ya que los que sostienen estas novedades no se someterán? Eso podrá pasar con algunos que son de la cuerda del difunto sr de S. Cyran, quien no sólo no tenía la disposición de someterse a las decisiones del Papa, sino que ni siquiera creía en los Concilios. Yo lo sé, Monseñor, por haberle tratado mucho; y esos podrán obstinarse como él, cegados por sus propios sentidos: pero en cuanto a los demás, que no los siguen sino por el atractivo que sienten por las cosas nuevas o por alguna relación de amistad o de familia o que piensan obrar bien, habrá pocos que no se retiren, antes que rebelarse contra su propio y legítimo Padre.

Lo que autorizaba al Siervo de Dios a pensar tan favorablemente de sus Hermanos, es que efectivamente, como lo dice él mismo, el Libro de los dos Jefes y el Catecismo de la Gracia habían caído en el olvido, tan pronto como fueron censurados en Roma. Además, la conformidad del Sistema de Jansenio con el de los pretendidos Reformados, se veía cada día más sensible. Jean Labadie, tan estimado de S. Cyran, y tan celoso por los sentimientos de Port-Royal, acababa de hacerse Hugonote en Montauban –el 16 de octubre de 1650-; y para justificar su Apostasía, había probado con un Escrito público que del Jansenismo, del que había hecho profesión, al Calvinismo, que acababa de abrazar, no hay más que dar un paso. Los Ministros decían bien claro en sus Prédicas que la mayor parte de los Católicos comenzaban a ponerse de su lado, y que pronto lograrían lo demás. Estas consideraciones daban lugar a creer que, habiendo hablado la primera Sede, los que se habían dejado prevenir abrirían los ojos; o al menos los que no habían caído aún en el error estarían en guardia contra la seducción. *Así las cosas*, decía el santo Sacerdote, *¿qué no se debe hacer para apagar este fuego, que favorece a los enemigos juramentados de nuestra Religión? ¿Quién no se arrojará sobre este pequeño monstruo, que comienza a destrozar a la Iglesia, y que al fin la desolará, si no se le ahoga en su nacimiento? ¿Qué reproches no deben hacerse los Obispos que, desde la época de Calvino, no se opusieron con dureza a una Doctrina que debía causar tantas guerras y divisiones?*

El Santo exhorta al sr de Luçon para que se aproveche de la falta cometida entonces. Espera que los Obispos de su tiempo tengan más luces que los del tiempo de Calvino y más celo también. Cita en particular al santo Obispo de Cahors, Alain de Solminihac, cuya memoria es tan querida en la Iglesia. *Este Prelado*, dice, *me escribió últimamente que le habían enviado un Libelo difamatorio contra la Carta de los Obispos; que en ella reconoció el aliento de la Herejía que, incapaz de sufrir las justas reprimendas que se le quieren hacer, se lanza con violencia a las calumnias; que si algo le obligara a comportarse no sería más que para encontrarse en el combate, cuyo momento se acerca; y del que espera que con la ayuda de Dios, los enemigos de la novedad salgan victoriosos. Estos son*, continúa Vicente de Paúl, *los pensamientos de este buen Prelado. No se esperan otros de vos, Monseñor, que anunciáis y mandáis anunciar en vuestra Diócesis las opiniones comunes de la Iglesia, y que sin duda haréis de buena gana exigir que Nuestro Santo Padre mande hacer lo mismo en todas partes para reprimir estas opiniones nuevas, que se simbolizan tanto con las de Calvino. Está en juego la gloria de Dios, la tranquilidad de la Iglesia, y me atrevo a decirlo del propio Estado: lo que vemos con mayor claridad en París, que no se lo puede imaginar en otras partes, etc.*

La víspera misma del día, en que esta carta partió para Luçon, los Obispos de Alet y de Pamiers escribieron otra en común a Vicente de Paúl para responder a la suya. Se ve en ella *la veneración singular* que sentían estos dos Prelados hacia el Siervo de Dios: pero se ve al menos tan bien que querían restablecer la paz por unos medios, que no eran propios más que para dar fuerzas al error y que como consecuencia necesaria no podían sino perpetuar la guerra. Dicen en sustancia, que hace mucho tiempo que ellos lamentan divisiones que afligen a la Iglesia; que habrían respondido antes a la carta, que Vicente tuvo a bien escribirles si hubieran pensado que el asunto sobre el que deseaban su resolución, pedía mucho consejo y oraciones; que ellos van a declarar lo que piensan con la sencillez y el desinterés de los que tantos ejemplos él les ha dado; que creen por lo tanto que no parece que en una agitación tan aguda y que los dos partidos creen justa, el Espíritu de Dios, que es un Espíritu de paz, encuentre suficiente docilidad en los corazones, para operar en ellos

una perfecta reunión; que, aunque ellos respetan *el camino que se les ha propuesto de pedir a la S. Sede la decisión sobre las Cuestiones principales de una Doctrina que se tiene por sospechosa, sin embargo les parece importante que los Obispos no resulten sospechosos ni odiosos a ningún Partido declarándose por uno o por otro, con el fin de poder a su tiempo mediar más cómodamente por la paz por la confianza que todos tengan motivos de tener en ellos; Que habiendo sido invitados por otros varios Obispos a querer firmar una Carta escrita al Papa, contraria a la que Vicente les ha enviado, temen, al otorgar a unos lo que ellos han rechazado a los otros, contribuir a un Cisma, que en cuestión de Doctrina y entre personas de tan gran peso, puede producir grandes males; y dar ocasión de burla a los libertinos y a los Herejes, y de escándalo a los buenos Católicos. La guerra y las divisiones que afligen al Estado y a la Cristiandad, son también un motivo que los dos Prelados hacen valer, y el que les hace temer que una Bula, dada en un ambiente tan agitado de confusión, pueda tener todas las formalidades necesarias y que no amargue los males, en vez de suavizarlos.*

Pero estos dos Obispos ¿querían pues que se siguiera disputando, y desgarrándose unos a otros, como se había comenzado a hacer? No era ésa su intención; este es el expediente con el que pretenden detener el curso de la división y restablecer la concordia; lo proponen en estos términos: *Nos parecería pues, Señor, más conveniente trabajar en unirnos todos para pedir a la S. Sede que, como por nuestros pecados no están en disposición los hombres de tratarlas cosas pacíficamente... tenga a bien enviar una Bula que prohíba bajo penas muy graves, a toda persona, de la calidad y condición que sea, agitar las Cuestiones del tiempo en las Cátedras y en las Escuelas, por escrito y de viva voz, en público o en particular hasta que ella juzgue el tiempo más propio para decidir las, y que ordene sin embargo a los Obispos que usen de Censuras y otras vías razonables para hacerla observar inviolablemente en todo el mundo. Es el temperamento que hemos creído más conveniente al estado presente de las cosas.* El resto de la carta no encierra más que votos por la paz y pruebas de respeto y afecto para aquel a quien escriben. *Os aseguramos delante de Dios, dicen al santo Sacerdote, que conservaremos afectuosamente el recuerdo y la gratitud de las obligaciones singulares, que tenemos por la gran caridad que habéis empleado para con nosotros desde hace tantos años y que nosotros somos con todo el respeto y el afecto que nos es posible, Señor, vuestros muy humildes Servidores, Nicolas O. de Alet, François O. de Pamiers.*

Es sorprendente que el sr Pavillon fuera todavía tan neutro en esta cuestión, como lo demuestra aquí: ya que es seguro que el Partido se esforzaba desde entonces por atacarle; y que un célebre Párroco de París habiendo realizado el viaje de Alet algunos años antes, había regresado lleno de prejuicios favorables al Jansenismo. Así las cosas, Vicente creyó deber responder a la carta de los dos Obispos; y lo hizo *con fuerza, pero de un modo respetuoso.* Es la justicia que le hizo el Historiador del sr de Alet, y que el público no puede dejar de hacerle. Daremos la carta completa.

“Monseñores, he recibido, con el respeto que debo a vuestra virtud y a vuestra dignidad, la carta que me habéis hecho el honor de escribirme hacia el final del mes de mayo, por repuesta a las mías sobre el asunto de las cuestiones del tiempo, en la que veo muchos pensamientos dignos del rango que ocupáis en la Iglesia, los cuales parecen haceros inclinar a abrazar el partido el silencio en las contiendas presentes. Pero yo no dejaría de tomarme la libertad de manifestaros algunas razones, que podrán tal vez llevaros a otros

pensamientos; y os suplico, Monseñores, prosternado en espíritu a vuestros pies que lo recibáis con agrado.

Y en primer lugar, sobre lo que manifestáis temer que el Juicio que se desea de Su Santidad no sea recibido con la sumisión y la obediencia que todos los cristianos deben a la voz del Soberano Pastor, y que el Espíritu de Dios no encuentre bastante docilidad en los corazones, para operar en ellos una verdadera reunión: yo os manifestaría que de buena gana que, cuando las Herejías de Lutero y de Calvino, por ejemplo, se comenzó a publicar si se hubiera esperado a condenarlos hasta que sus Sectarios hubieran parecido dispuestos a someterse y a reunirse, estas Herejías estarían todavía en el número de las cosas indiferentes que seguir o dejar; y habrían infectado a más personas de las que de hecho lo hicieron. Si pues estas opiniones, cuyos efectos perniciosos vemos en las conciencias, son de esta naturaleza, esperaremos en vano que los que las siembran, se pongan de acuerdo con los defensores de la Doctrina de la Iglesia: ya que no es esto lo que se debe esperar, y lo que no será nunca: y de diferir obtener la condena de la S. Sede es darles el tiempo de difundir su veneno: y es también robar a muchas personas, de condición y de gran piedad, el mérito de la obediencia, que ellos han protestado rendir a los Decretos del S. Padre, tan pronto como los vean: sólo desean saber la verdad, y a la espera del efecto de este deseo, ellos siguen siempre de buena fe en este Partido, que ellos incrementan y fortalecen por este medio, unidos a él por la apariencia del bien y de la reforma que predicán y que es la piel de oveja, de la que los verdaderos Lobos se han cubierto siempre para abusar y seducir a las almas.

En segundo lugar, lo que decís, Monseñores, que el calor de los dos partidos en sostener cada uno su opinión, deja poca esperanza de una perfecta reunión, a la cual no obstante habría que ir a parar, me obliga a mostraros de nuevo que no hay punto de reunión que hacer en la diversidad y contrariedad de ideas en materia de fe y de Religión, más que acudiendo a un tercero, que no puede ser más que el Papa a falta de los Concilios; y el que no se quiere reunir de esta manera no es capaz de ninguna reunión, la cual no es ni siquiera de desear, fuera de lo dicho: ya que las Leyes no se deben reconciliar nunca con los crímenes, no más que la mentira con la verdad.

En tercer lugar, esta uniformidad que deseáis entre los Prelados sería de desear, con tal de que no fuera en perjuicio de la Fe, porque no hay reunión con el mal ni con el error: pero cuando esta reunión se debiera hacer sería en la menor parte para llegar a la mayor, y a los miembros reunirse con el Jefe, que es lo que se propone, y constando al menos que cinco partes de seis se han ofrecido a atenerse a lo que diga el Papa a defecto del Concilio, que no se puede reunir por causa de las guerras; y cuando, después de esto, queden divisiones y si ustedes quieren Cismas, habrá que acogerse a los que no quieren Juez ni entregarse a la pluralidad de los Obispos, a quienes no respetan más que al Papa.

Y de ahí resulta una cuarta razón, que sirve de respuesta a lo que habéis querido decirme, Monseñores, que uno y otro Partido cree que la razón y la verdad están de su parte; cosa que yo creo: pero bien sabéis que todos los Herejes han dicho lo mismo, y eso no los ha salvado de la condena ni de los anatemas que les han caído por los Papas y los Concilios: no se ha visto que la Reunión con ellos fuera un medio de curar el mal; al contrario, se los ha tratado a sangre y fuego, y a veces demasiado tarde, como podría suceder aquí. Es verdad que un partido acusa al otro; pero existe una diferencia, que uno pide Jueces y el otro no los quiere, cosa que es mala señal. No quiere remedio, digo yo, por parte del Papa,

porque sabe que es posible; y finge pedir el del Concilio porque le cree imposible en la situación presente de las cosas; y si pensara que fuera posible lo rechazaría como rechaza el otro. Y este no será, según mi parecer, un tema de burla para los libertinos y los Herejes, no más que de escándalo para los buenos, ver a los Obispos divididos: ya que, además de que el número de aquellos que no hayan querido suscribir las Cartas escritas al Papa sobre este asunto, será muy pequeño, no es nada extraordinarios en los antiguos Concilios que no hayan estado todos de acuerdo; y esto también muestra la necesidad que hay de que el Papa lo conozca, ya que, como Vicario de Jesucristo, es la Cabeza de toda la Iglesia y por consiguiente el Superior de los Obispos.

En quinto lugar, no se ve que la guerra, por estar encendida por casi toda la Cristiandad, impida que el Papa juzgue con todas las condiciones y formalidades necesarias y prescritas por el Concilio de Trento de la elección de las cuales se refiere plenamente a Su Santidad, a la que han consultado ordinariamente varios santos y antiguos Prelados y reclamado en las dudas de la Fe, aún estando reunidos, como se ve en los Santos Padres y en los Anales Eclesiásticos. Pues bueno, prever que no se estará de acuerdo con su Juicio, ni mucho menos que se deba presumir o temer, que más bien es un medio de discernir por ello a los verdaderos Hijos de la Iglesia de los que son pertinaces.

En cuanto al remedio que proponéis, Monseñores, de prohibir a un Partido y al otro dogmatizar, os suplico con toda humildad que consideréis que ya ha sido tratado inútilmente, y que no ha servido más que para dar pie al error: ya que al ver que era tratado de igual con la verdad, se ha tomado este tiempo para arraigarse; y se ha tardado demasiado en desarraigarse, en vista de que esta Doctrina no está solamente en la teoría, sino que consistiendo también en la práctica, las conciencias no pueden soportar ya la confusión y la inquietud que nace de esta duda, que se forma en el corazón de cada uno; saber si Jesucristo murió por él o no, y otras parecidas. Se han visto aquí personas, que oyendo que los otros decían a los moribundos para consolarlos que tuviesen confianza en la bondad de Nuestro Señor, que había muerto por ellos, decían a los enfermos que no se fiasen de ello, porque nuestro Señor no había muerto por todos.

Permitidme también, Monseñores, que añada a estas consideraciones que los que hacen profesión de la novedad, viendo que se temen sus amenazas, las aumentan y se preparan a una fuerte rebelión; se sirven de vuestro silencio como de un poderoso argumento a su favor, y hasta se glorían en un Impreso que publican de vosotros sois de su opinión; y al contrario los que se tienen en la sencillez de la antigua creencia se debilitan y se desaniman viendo que no son apoyados por la mayor parte. Y ¿no os sentiríais un día apesadumbrados, Monseñores, al ver que se sirvieran se vuestro nombre, aunque contra vuestras intenciones, que son muy santas, en confirmar a unos en su terquedad y en trastornar a los otros en su creencia?

Y en caso de llevar la cosa a un Concilio, ¿qué medios emplear para convocar uno durante estas guerras? Transcurrieron unos cuarenta años desde que Lutero y Calvino comenzaron a perturbar a la Iglesia hasta la celebración del Concilio de Trento. Según eso, no existe remedio más rápido que el de recurrir al Papa, al que el mismo Concilio de Trento nos remite en su última Sesión del Capítulo último, del que os envió un Extracto.

De nuevo, Monseñores, no hay por qué temer que el Papa no vaya a ser obedecido, como es justo cuando se haya pronunciado: porque, además de esta razón de temer la

desobediencia, tendría lugar en todas las Herejías, que habría que dejar reinar impunemente, tenemos u ejemplo muy reciente en la falsa Doctrina de los dos pretendidos Jefes de la Iglesia, que había salido del mismo Taller; la cual habiendo sido condenada por el Papa, se ha obedecido a su Juicio, y no se habla ya de esta nueva opinión.

Ciertamente, Monseñores, todas estas razones y otras varias que conoceréis mejor que yo, que querría oírlas de vosotros, a quienes reverencio como a mis Padres y a los Doctores de la Iglesia, han hecho que queden por el momento pocos Prelados en Francia que no hayan firmado la Carta que se os ha presentado; o bien otra, que fue dictada más tarde por uno de estos mismos Prelados, que ha gustado mucho, y cuya Copia os envío a este efecto, porque os agradará más tal vez”.

Si esta carta no tuvo el efecto que Vicente había esperado, al menos dispuso a los dos Obispos a someterse a la decisión de la Sede Apostólica. La Bula, por la que Inocencio X condenó *las cinco famosas Propositiones, no tuvo contradicción en Alet; fue recibida y publicada como lo ha sido después en todo el Reino.* Es el Autor de la Vida del sr Pavillon, quien nos quiere avisar de ello. Él nos permitirá señalar de paso que, de este pequeño número de Obispos, a los que el Jansenismo sedujo en Francia, no hay uno solo que no haya comenzado por decirle anatema, y a quien por consiguiente no se pueda reprochar sus variaciones, cuando el santo Reformador de la Trapa visitó al sr de Alet: *estas obras son hermosas y elocuentes, le dijo éste último, hablando de los Escritos más fuertes que Port-Royal hubo compuesto contra la firma del Formulario: sin embargo no veo nada sólido, nada que pruebe que la opinión de los que no quieren firmar sea verdadera, nada que destruya la idea de los que están persuadidos que un Cristiano está obligado a seguir los Decretos y las Declaraciones de la Iglesia; conviene estar firme y morir en esta convicción: y las razones contrarias no merecen la pena de ser escuchadas...yo le dejé con estas ideas,* continúa el sr de Rancé; *yo sé que cambió después, pero sé también en qué dirección, de qué artificios se sirvieron, y qué diligencia se hizo para llevarle a eso.*

Vicente, que no estaba ya en la tierra, no tuvo el dolor de ser testigo de la caída de un hombre que le era tan querido: pero, si ella le hubiera sorprendido, no le habría movido. Así, por mucho respeto que sintiera por los dos Obispos, continuó creyendo que lo que importaba en último término que el Padre común de los Fieles les hiciera oír su voz; y tuvo el gozo de ver en bastante poco tiempo a ochenta y ocho Obispos del Reino pensar como él y solicitar en conjunto el Juicio del Vicario de Jesucristo.

Por su parte, los defensores del Jansenismo no se olvidaban. No temían otra cosa que la decisión del Papa. Desesperados al ver que un Escrito en forma de Carta Circular que habían enviado a los Obispos de Francia no hubiera impedido el gran número de Firmas, de que acabamos de hablar, resolvieron actuar en Roma misma, multiplicar allí los incidentes, y apartar al precio que fuera el rayo que los amenazaba. Tenían ya en esta Ciudad a un Agente, que no descuidaba nada para poner a cubierto la Doctrina de Jansenio y de sus Discípulos. Con el temor de que un hombre solo no pudiera conjurar la tormenta, le enviaron socorros, otros tres Doctores partieron para unirse a él. El sr de Saint-Amour provisto de una Carta de diez Obispos, que no pensaban como el resto de sus Colegas, iba a la cabeza de la Delegación. El sr Amour estaba lleno de celo por la Doctrina del Obispo de Ypres: y hubiera dado su vida por mantener que era del todo conforme a la de S Agustín. ¿Había leído bien las Obras del Doctor de la Gracia? es cosa que no sé, y lo que yo no habría podido creer, si no me lo hubiera escrito él mismo es que nunca había leído a

Jansenio. Cuántos otros habrían hecho la misma confesión, si hubieran sido tan sinceros, o tan poco precavidos.

Vicente de Paúl, a quien el Historiador del Jansenismo nos da como a *uno de los más peligrosos enemigos, que tuvieron los Discípulos de S. Agustín*, no bien se hubo enterado de la maniobra de estos Señores, creyó que se debía hacer por la verdad lo que ellos hacían por el error. Su parecer fue pues que se enviara a Roma a algunos Doctores Ortodoxos, que dieran a saber lo que se pensaba mejor en París que en otras partes; quiero decir el peligro que corría la Fe y la necesidad de un Juicio, que apoyado por la autoridad de los obispos, fijara las dudas y reuniera a las mentes. Los Señores Hallier, Joisel y Lagault se ofrecieron a hacer el viaje. Los tres eran Doctores de Sorbona, y muy unidos a S. Vicente. Éste los fortaleció en sus buenos designios; les ayudó con dinero y consejos; les prometió no abandonarlos ni en Francia ni en Italia; y dio orden a sus Sacerdotes destinados en Roma que tuvieran para con ellos todas las atenciones posibles. Hallier prestó en esta ocasión grandes servicios a la Iglesia, y veremos en un momento que la S. Sede no los olvidó.

Estos Diputados que hicieron siempre al santo Sacerdote una relación muy exacta de todos sus trámites, reconocieron pronto que su viaje era necesario. El Doctor de S. Amour, a quien las Cartas de Roma retrataban como a un hombre de los más sediciosos –carta del 14 de abril de 1653-, se esforzaba en persuadir a los Dominicos que no se guardaba menos rencor a la Gracia eficaz de los tomistas que a la de Jansenio. Se convertía malignamente en prueba contra la causa de la Iglesia el celo de los Jesuitas, que hasta entonces eran casi los únicos que hubieran actuado en Roma. Un Religioso de otra Orden, que se había adelantado, y con quien la Corte de Francia contaba tal vez demasiado, unía a intenciones rectas una parte de cuanto hace languidecer a un buen asunto. Así andaban las cosas, cuando Hallier llegó con sus Cohermanos. Debieron verse sorprendidos y en efecto lo fueron al ver a S. Amour y a sus Asociados publicar *que no eran Jansenistas, fingir que no sabían de qué se trataba y protestaran que no querían defender a Jansenio*. En cuanto a nosotros, continúa el Doctor Lagault, *decimos bien claro que no guardamos rencor más que a Jansenio, que desde hace diez años confunde a la Iglesia: que si estos Señores no le quieren defender, no tenemos nada que ver con ellos; y que sin embargo no dejaremos de llevar nuestros asuntos*.

Añade un poco más adelante que, *gracias a Dios el asunto marcha muy bien*, que siendo la conclusión el punto esencial, es preciso redoblar sus oraciones para obtenerla; que el Embajador del Rey tiene buenas intenciones; que ha recibido de su Señor Cartas para actuar; pero que en lugar de escribir a este Ministro y al Cardenal Barberin, habría sido de desear que el Príncipe se hubiera dirigido al Papa mismo, como lo había hecho el Rey de Polonia, y que en caso de que lograra que Luis XIV escribiera inmediatamente a Inocencio X, no resultaría difícil inclinar a los Príncipes de la sangre en un trámite parecido.

Estas últimas palabras me dan pie a advertir que, aunque hubiera en la Corte de Francia extrañas desavenencias en materia de intereses políticos, no las había en la Fe. El Príncipe de Condé, que amaba la Religión, había tomado, desde el principio de estas disputas, el buen partido. El sr de Raconis Obispo de Lavaur, quien era él mismo muy activo sobre el artículo de las novedades, le había *encontrado lleno de fuego y de luces contra los errores de Jansenio*. Había incluso encargado a este Prelado que dijera a nuestro Santo que se uniría a él para terminar este asunto, y hacer sentir su importancia a la Reina y al Cardenal Mazarino. Las ideas del Padre no podían ser ni desconocidas ni extrañas a los Príncipes de

la Casa; y sobre este principio no se dudaba que si el Rey escribía directamente al Papa, ellos no le escribiesen también.

No he podido descubrir si Luis XIV estuvo informado de las primeras cartas de las que acabo de hablar. Hay muchos motivos para decir que los disturbios del Reino no permitieron a este joven Príncipe hacer todo lo que hubiera hecho en tiempos más tranquilos: pero este contratiempo, ni otros más molestos no ralentizaron el celo de los Diputados. No se puede leer sin alguna emoción los obstáculos que tuvieron que superar, sus Cartas cuyos Originales existen todavía contienen en sustancia, que los que tenían a la cabeza –Hallier, 16 de diciembre de 1652- no buscaban más que dar largas al asunto; que era de temer que no llegarían a un acuerdo en una Corte que no marcha sino a pasos muy medidos, y bajo de un Pontífice de edad muy avanzada; que estos retrasos los exponían a pérdidas, gastos y fatigas considerables; que además de esto, tenían que aguantar los peores procedimientos por parte de los Embajadores Jansenistas; que ellos habían sufrido por esta parte –ídem, 24 y 31 de marzo de 1653- y sufrirían también *todos los días cantidad de contradicciones, de suposiciones y de negras calumnias*; que se admiraban cómo personas, *que hacen profesión de piedad*, podían resolverse a *usar de argucias tan groseramente en materia de Religión y a mentir tan insolentemente*, y que sólo había más que un sacrilegio que, para retener a los pueblos en una falsa Doctrina quisiera emplear las mentiras horribles, que habían difundido en Francia y en Italia los Emisarios de un Partido, que se gloría de Santidad. Que ellos escriben a París lo que han dicho en Roma, *que no se les quiere escuchar*; que se niegan a recibir nuevos Escritos de su parte, que hemos escrito en Francia nosotros mismos, que las Congregaciones establecidas por el Papa, no se hacen más que por la forma; podéis, Monseñor, dice el Doctor Hallier sostener que no hay nada de verdad en ello; que estos Señores pueden hablar todos los días a los Cardenales, que todos los días dan cuenta de todo a Su Santidad; y *que tienen Consultores con quienes pueden hablar a cualquier hora, lo que hacen con bastante descuido*..

Después de todo, estas noticias que no podían sino afligir mucho a un hombre tan sensible a los males de la Iglesia como era Vicente de Paúl, iban casi siempre entremezclados de otros muy capaces de consolarle. Se enteró desde el principio, y no cesó de enterarse, por un lado que los Diputados Católicos estaban dispuestos a dar su sangre incluso por una causa tan buena; y por otro, que Inocencio X estaba resuelto a terminar este asunto; que, a pesar de su ancianidad, trabajaba con un celo infatigable en el examen de las cinco Proposiciones; que eras una cosa admirable y que no podía venir más que de parte de Dios, que Su Santidad a la edad de 81 años, tuviera a bien, *contra su humor y la costumbre del País*, asistir, y eso con una atención que no se puede explicar, a Congregaciones que duraban casi siempre cuatro horas, y que a veces llegaban a tres por semana; que los Cardenales, animados por tan hermoso ejemplo, lo dejaban todo para entregarse a este trabajo, y que Chisi Ministro de Estado había preferido entregar una noche entera a sus despachos a faltar a una Congregación, que debía celebrarse al día siguiente. En una palabra, que el dedo de Dios se hacía sentir tan visiblemente en todo este Procedimiento en el que se había admitido como Consultores a los más hábiles Teólogos de todas las Órdenes; que no se veía lo que tendrían que decir los Jansenistas, si fueran condenados.

Un momento de reflexión sobre la conducta que guardaron los Innovadores de los siglos precedentes habría permitido hacer un pronóstico más justo. Desde Arrio hasta Calvino ¿se ha visto a un Hereje, cuya censura no haya sido a sus ojos fruto de la cábala, de la tiranía, y

de la más profunda ignorancia? El error tiene sus reglas y el milagro único que puede separarlo del error, no sucede una vez en un siglo. Vicente de Paúl, acostumbrado a descargarse en la Providencia de los acontecimientos y sus consecuencias, fortalecía a los Diputados con Cartas frecuentes. *Doy gracias a Dios*, escribía al sr Hallier, *por el feliz progreso que da a vuestra dirección... Os agradezco humildemente por la bondad que tenéis en consolarme. Os aseguro, Señor, que no recibo satisfacción alguna más grande que la que me traen vuestras Cartas, y que ruego a Dios con más ternura por nada el mundo que por vosotros y vuestro asunto, así su divina bondad me da una buena esperanza que pronto devolverá la paz a su Iglesia, y que en favor de vuestros logros la verdad será reconocida, y vuestro celo exaltado ante Dios y los hombres.* Se habrían podido tomar estas palabras por una especie de Profecía, cuando algunos años después se vio al sr Hallier nombrado por el Papa al Obispado de Cavaillon.

La Censura de las cinco Propositiones, que el Siervo de Dios esperaba con tanta confianza, le fue anunciada pronto de una forma más precisa. Aunque las Cartas de los Diputados se resienten de la precipitación, con la que debían de estar escritas por gente que no disponía de tiempo libre ni para respirar, traeremos a colación tres; la primera precedió al Juicio de Inocencio X, las otras dos le siguieron. Estos son los términos de la primera que tiene por fecha el 12 de mayo de 1653.

Señor,

“Se nos ha asegurado que la Bula contra las Propositiones de Jansenio, tal como nosotros la deseamos, estaba resuelta el jueves pasado, ello nos hacía esperar una pronta y breve pronunciación, a no ser por un encuentro que tuvo lugar. Sucedió el viernes hace quince días que el sr Embajador pidió audiencia al Papa para los Jansenistas recién llegados; y ha habido el domingo hace ocho la obtuvieron, en la que Su Santidad les negó la petición que hacían de comunicación de Escritos dados por unos y por otros, y de disputas que se hicieran entre nosotros; diciéndole que no se trataba ni de la persona ni de los Escritos de unos y de otros, sino de los Escritos de Jansenio, que habían sido examinados con toda diligencia, y que pensaba que eso era más que suficiente; que si Clemente XVIII mandó tener disputas, también no concluyó nada, pero que él quería concluir. Se ofreció a escucharlos, si tenían algo nuevo que decir o escribir. El Padre Desmares respondió que no tenía nada que producir; el sr Manessier suplicó al Papa que les diera tiempo para conferenciar con los llegados los primeros. Desde el jueves pasado, habiéndose barruntado su próxima condena, creyeron oportuno pedir esta audiencia, para disponer de tiempo para hacer nuevas intrigas, que esperan volver a entablar a la llegada del Cardenal Pimantel Jacoban; y sobre este asunto se dirigieron al sr Embajador para pedir esta audiencia, que le fue otorgada. La intención del Papa no era otra sino la de concedérsela a los dos recién llegados; pero ellos esperan por mediación de dicho Señor Embajador, tenerla para todos y retrasarla lo más posible. De hecho, el dicho Señor Embajador no ha ido aún a pedir día, como se había encargado de hacer, al Cardenal Pamphile, y diferirá lo más que pueda, y lo pedirá lo más alejado que pueda. El Papa y los Cardenales están admirados de todas estas tergiversaciones... Vemos claramente que estos retrasos sólo son frustrantes, hechos por ellos para huir de su condena y traspasar su conclusión. Calaghan estará pronto aquí. Esperan nuevas ayudas de los Doctores de Lovaina, etc. Nosotros tenemos no obstante buenos ánimos, y tantas esperanzas en la bondad de la causa, y en la resolución de Su Santidad que no dudamos que concluya este asunto, a pesar de todas las

fuerzas de oposición. Pero nos vemos ocupados aquí todo el verano contra nuestra esperanza, y para mal de nuestros asuntos, y peligro de la salud de algunos de nosotros, a lo que es preciso resignarse. Nos encomendamos a vuestras santas oraciones, que pensamos son tan necesarias que reconocemos visiblemente, que Dios quiere que no haya ninguna recomendación del mundo, que obre a nuestro favor; sino que sólo sea el Espíritu Santo quien lo haga todo. Soy”, etc.

Las dilaciones, que temían los amigos de Vicente de Paúl, no fueron tan largas como lo habían creído. Una Corte menos penetrante que la de Roma habría visto enseguida que los Diputados Jansenistas no buscaban más que divertirse. Además, las Propositiones que querían sustraer a la Censura, son tan visiblemente malas en sí mismas y en el Libro del que son toda la sustancia, que para pensar que han tenido Partidarios hay que darse cuenta que las opiniones más monstruosas tuvieron sus defensores. Así que el Siervo de Dios no tardó en enterarse que habían sido fulminadas. Hallier y Lagault se apresuraron a comunicarle esta importante noticia, la Carta del sr Hallier iba en estos términos:

“El lunes pasado no tuve tiempo de escribiros unas palabras, como la Constitución entregada a Jansenio era muy ventajosa para la defensa de la Religión y la condena del error. Los Señores Jansenistas salen hoy de esta Ciudad para pasar por Loretto, habiendo mandado vestir a sus Estaferos hace quince días, han prometido al Papa obedecer puntualmente. Tengo mis motivos para desconfiar, habiendo dicho a sus incondicionales que no estaban condenados y que sus ideas, que son las mismas que las de Jansenio, seguían subsistiendo: sé que se volverán ridículos al decirlo, condenado Jansenio y las Propositiones en cuanto sacadas de Jansenio, y hasta el sentido dado a la quinta Proposición por los Jansenistas, estando expresamente y específicamente condenados y sus sentidos todos excluidos como impertinentes por una condena absoluta. Sin embargo esto es señal de endurecimiento en el error, que podrá encontrar Adeptos tanto por allí como en este País: por eso se ha de trabajar en desengañar a los ignorantes y proseguir con fuerza la Publicación de la Bula y la verificación en los Parlamentos, en las Diócesis, en la Facultad, ante el Rey y los Señores Canciller y Ministro de Justicia, los Obispos y los Doctores. Me ha entrado miedo de que el sr de S. Amour vaya y cuente las cosas de otro modo a como han sucedido, diciendo que no han sido escuchados lo suficiente. A lo cual se ha recurrido muchas veces en primer lugar, que no ha dependido más que de ellos, teniendo la libertad de informar de viva voz y por escrito a los Cardenales de la Congregación y a los Consultores durante un año. En segundo lugar, habiendo tenido comunicación con nuestros Escritos, como ellos mismos lo propagan en la arenga que celebraron delante del Papa. En tercer lugar, que era inútil oírlos y a nosotros también, no tratándose más que de una Doctrina tomada del Libro de Jansenio, que el Papa ha mandado examinar cuidadosamente; y siendo tanto más inútil oírlos, porque alegan otros medios para defenderse que los que están en Jansenio. En cuarto lugar, que no es costumbre cuando se condena un Libro recibir otra luz que la que viene del propio Libro y de las personas sabias en la materia tratada en el Libro. En quinto lugar, que se ha ofrecido a los Doctores Jansenistas ante nuestros Señores los Cardenales dos, tres, cuatro, cinco Audiencias, cuantas se precisaran: cosa que ellos han rechazado. En sexto lugar, que cada vez que han dado Escritos, se han salido del tema, no intentando conseguir otra cosa que retardar, y al retardar impedir la pronunciación del Papa contra sus Herejías, con el fin de sembrarlas a placer. En cuanto a los medios, por los que quieren eludir la Bula, con leerlos es suficiente para condenarlos: han venido expresamente para defender

las Propositiones presentadas al Papa por nuestros Señores los Obispos y no dejar que sean condenadas; han querido impedir la Censura en la Facultad, aunque fuera más suave: había escrito tres Apologías a favor de Jansenio; han interpretado las Propositiones en el sentido de dicho Autor, y las Propositiones no pueden tener otro sentido que el de Jansenio, si no se corrompe la significación de las palabras, en las que se basan. El Papa las condena todas por Herejía y no puede permitir ninguna interpretación; y partiendo de que están condenadas en el sentido que querían darles y que ellos habían presentado al Papa: Ubi Lex non distinguit, nec nos distinguere debemus.

Vos sabéis que Monseñor el Nuncio tiene un Breve para Su Majestad, que el Papa pide que se mantengan firmes en la ejecución de su Bula, cuya importancia veis. Hay también un Breve para los Señores Obispos. Se nos ha rogado que nos quedemos aquí hasta que se hayan tenido noticias de cómo se portarán en la recepción de esta Bula. Siendo la intención aquí condenar las Apologías por Jansenio, el Libro de la Gracia victoriosa, la Teología familiar y otras, desde el momento en que se vea la recepción de la Bula. Podéis observar por la lectura de ésta que se omiten todas las cláusulas ordinarias del estilo para no perjudicar nuestras pretensiones. Este procedimiento lleno de bondad nos obliga a corresponder con una obediencia respetuosa, y debemos realizar nuestros esfuerzos para ello; y como los Jansenistas lo impedirán con todas sus fuerzas, se ha de tener cuidado en trabajar para que sus esfuerzos sean inútiles. Hará que informar a la Reina por el cuidado, la diligencia, el trabajo y la bondad que Su Santidad ha testimoniado en esta causa, y manifestarle el deber de su conciencia, su honor y la seguridad del Estado del Rey su Hijo: todo lo cual de encuentra en esta ocasión. Hemos tenido nuestras dudas sobre escribirle sobre lo que el sr Embajador nos ha dicho que no escribía nada, remitiéndose a lo que nosotros escribíamos. Teníamos también algún pensamiento de escribirle a su Eminencia; pero al fin hemos resuelto no hacer nada, por temor a que se pensara que todos nuestros planes no eran más que intereses, de los cuales nos hallamos tan alejados; pero creemos que será mejor que otros se lo cuenten, como os parecerá bien. De Roma, el 16 de junio 1653. Vuestro muy humilde y muy obediente Servidor, Hallier.”

La carta del sr Lagaut no es ni menos larga ni menos interesante: es ésta entera, tal y como apareció en la primera Historia del Siervo de Dios.

De Roma, el 15 de julio de 1653.

“Señor, yo no tuve el tiempo en mi última de escribiros con más extensión sobre cómo se acabó el asunto de los Jansenistas, ya que la bula no fue exhibida hasta la noche en que salió el Correo. No puedo haceros mejor el relato que diciendo con S. Pablo: Regi saeculorum immortalis, invisibilis, soli Deo honor et gloria; porque Dios solo ha operado en este asunto tan visiblemente que es a él a quien se le debe atribuir por entero. El Papa mismo lo ha reconocido y ha dicho varias veces que él nunca ha sentido un contento parecido como el que recibía en las Congregaciones en las que ha permanecido a veces hasta cinco horas sin cansarse, y se habría quedado hasta ocho y hasta nueve, a no ser por la compasión que le daban los Teólogos, que no resistían ya sobre sus pies. Además, lo entendía todo con tal facilidad, que conversaba por las tardes con el sr Cardenal Chisi Secretario de Estado sobre todo lo que se había dicho. La mano de Dios se dejaba ver también en todo aquello que llevaba consigo grandes dificultades que superar, y que al Papa se le ha pedido por toda clase de personas que dejara este asunto indeciso: había varios de importancia, que trataban de apartarle, so pretexto que interesaba notablemente

a su salud. No sé si no había alguna poderosa maniobra que venía de vuestra parte; el tiempo nos vendrá a decir más. No obstante ha estado tan firme siempre en su resolución que desde que la comenzó no ha vacilado un instante: pero siempre ha dado la impresión que, siendo este asunto para el bien de la Iglesia, él lo quería acabar; y lo emprendía con tantas ganas que cuando sus parientes iban a verle para apartarle, conversaba con ellos continuamente.

No ha omitido nada de lo necesario para levantar todo pretexto de queja. Después de veinticinco Congregaciones y más, celebradas por los Señores Cardenales, ha celebrado diez ante él de más de cuatro horas enteras, y luego ha querido oír a estos Señores Jansenistas, que se las pedían, aunque de ningún modo estuviera obligado, en particular habiéndose negado a ser oídos de los Señores Cardenales: pero comenzaron tan mal ante él en la primera Audiencia, que no les ha concedido la segunda, que no pedían sino para dar tiempo, y querían tener, decían, hasta veinticinco Audiencias. Nunca dijeron palabra sobre lo que se trataba: se divirtieron en lanzar invectivas contra los Jesuitas y en probar que eran Autores de más de cincuenta Herejías. El Papa viendo sus maquinaciones, se decidió a pasar a otra cosa. No tienen razón alguna para quejarse de él: porque nosotros no hemos tenido todavía más que una sola Audiencia de él, y ellos, desde que están en Roma, han tenido más de ocho o nueve: desde la decisión han tenido una de más de una hora, en la que han prometido obedecer. Para deciros con franqueza no obstante que dudo que lo hagan, regresan pronto a Francia, a pesar de los calores; hay un gran motivo de temer que sea a fin de impedir el efecto de la Bula.

Sin embargo nosotros nos quedamos aquí el verano por orden de los Cardenales, que nos han dicho que nos quedemos, hasta que haya noticia de Francia sobre el recibimiento la Bula, para suplir lo que pudiera faltar, aunque yo no crea que se pueda hallar nada que repetir. El sr Hallier me ha dicho que os enviaba un Ejemplar de la Bula, por eso yo no lo hago; he querido manifestaros estas cosas ampliamente para que procuréis desengañar a muchas personas que probablemente hayan sido prevenidas de cantidad de falsedades. Me olvidaba deciros, que se han querido aprovechar aquí porque la Bula no apareció, dos horas y media después de ser anunciada, y hasta por orden del Papa. Sabréis, Señor, que se ha hecho por alguna intención, el Papa la ha mandado anunciar manuscrita, y no quiso permitir que se distribuyera ningún Ejemplar, porque quería enviárselos a las Coronas, y a los Nuncios, antes que lo enviasen los particulares: de suerte que dio alerta a Esbirros para impedir que la transcribieran; y llegada la noche la mandó salir según la costumbre, a fin de poder ir a afirmar y probar que ha sido publicada. Desde ese día mismo ha sido enviada a Francia con un Breve particular al Rey, y otro a los Señores Obispos. El Papa ha enviado un Correo expreso a Polonia para llevarla más prontamente, por estar más alejado el País. Espero dentro de algún tiempo poder enviar desde aquí una Relación más expresa de todo lo ocurrido.

Os suplico, Señor, continuar dando gracias a Dios por haber preservado a la Iglesia de Francia de caer de nuevo en el Calvinismo y que no os olvidéis tampoco en vuestros santos Sacrificios de quien es de todo corazón, Señor, vuestro muy humilde y muy obediente Servidor, Lagault.

Una vez escrita la Presente, hoy 16, hemos ido a agradecer a Su Santidad, que nos ha concedido una Audiencia de más de dos horas y media, y nos ha dicho que habíamos podido saber todas las cosas, que había hecho antes de llegar a esta decisión, cómo él

había mandado rogar a Dios en público y en particular; todas las Congregaciones que había mandado reunir para la discusión. Además, nos ha confirmado lo que os he escrito en la Presente, la satisfacción singular que había tenido en esta discusión, y la asistencia particular y sensible que había recibido del Espíritu Santo en este encuentro; que no se trató ninguna cosa de Teología que él no haya entendido perfectamente y retenido. Además, nos ha dado todas las razones de su Bula punto por punto; y dice también que una mañana habiéndose encomendado a Dios, había hecho venir a uno de sus Secretarios, y que se la había dictado en una mañana. Que nuestros Señores, a quienes no me atrevo a llamar ya Jansenistas, (pues quiero creer que no los habrá más) habían estado a agradecerle su declaración y le habían prometido someterse a ella por completo, y habían llegado hasta las lágrimas. Quiera Dios que guarden sus buenas resoluciones; nos añadió también, que su Arenga cuando tuvieron la Audiencia pública, sólo fue una invectiva contra los Jesuitas (son sus propias palabras), y que todo lo que habían dicho no había sido con intención”.

Después de dar gracias a Dios por la protección que acababa de conceder a su Iglesia, Vicente de Paúl no pensó más que en los medios de procurar al Rescripto Apostólico la obediencia que se le debía. Lo primero fue impedir que los que habían llevado la ventaja en esta especie de combate no adoptaran con sus adversarios esos aires de triunfo, que convienen mal a los Defensores de la verdad y que un espíritu amargado toma fácilmente por insultos. Lleno de celo contra el error, de caridad para con los que se habían entregado a él, toda su atención fue de abrirles el camino de del regreso y de la unidad. Con este fin hizo visitas a los Superiores de Comunidades, a Doctores en Teología, y a diferentes personas de consideración, que no eran nada menos que Jansenistas; les suplicó con las razones más urgentes que contribuyeran con todas sus fuerzas a la reunión de los espíritus. Y les dio a entender que, para lograrlo, había que limitarse a los límites de la más exacta moderación; no adelantar nada en las predicaciones ni en las conversaciones familiares que pudiera crear la confusión de aquellos que hasta entonces habían sostenido el Dogma proscrito; prevenirles con honor y amistad en una coyuntura humillante para ellos; y ganarse con el trato más respetuoso a personas, a las que se desanimaría por otros caminos.

El santo Sacerdote no dejó de guardar la conducta que prescribía a los demás; con estas ideas se fue a Port-Royal para hacer una visita de civismo a aquellos de los Discípulos de S. Cyran, que habían buscado allí un retiro. Había corrido la noticia que se sometían sin restricciones, y él los felicitó por ello. Pasó varias horas con ellos, y les manifestó una estima particular, afecto y confianza. Se fue luego a ver a algunas personas de condición, que ocupaban un gran rango en el Partido: todos prometieron una sumisión entera a la decisión de la Sede Apostólica; algunos, a la cabeza de los cuales se vio al piadoso y sabio Thomassin, fueron fieles a su palabra; por desgracia no fueron la mayor parte.

Se reconoció en efecto muy pronto, en París y en Roma, que las protestas Jansenistas no tenían nada de sinceras. El famoso escrito a tres columnas, que estos Señores publicaron en todo el Reino, hizo juzgar que al abrigo de la condena de un sentido puramente Calvinista, de lo que no se trataba, continuaban sosteniendo todo el error del sentido de Jansenio, de lo que se trataba únicamente, y que era el único que el Papa hubiera querido condenar. Esto es lo que explica el Doctor Hallier a lo largo de una Carta que escribió a S. Vicente. Esta carta, que tiene fecha del 21 de julio, dice en resumen, *que los Jansenistas no tienen ni sentido ni razón cuando tratan de cubrirse con tergiversaciones tan ridículas; que dan a*

las Propositiones sentidos muy distintos que no tienen las palabras; que siendo las Propositiones claras, se esfuerzan por hacerlas equívocas y ambiguas con explicaciones alejadas del sentido natural de las palabras y del sentido de Jansenio; que Inocencio X las ha condenado según el sentido de Jansenio, que es el que tienen naturalmente según el significado de las palabras; que después de oír a los Diputados del Partido, no los ha considerado receptivos en sus sentidos quiméricos; que ha condenado absolutamente las Propositiones como incapaces de recibir ninguna explicación Católica; que ha declarado condenarlas en cuanto contienen las opiniones de Jansenio que son las mismas que las de los Jansenistas, como aparece en sus Apologías de Jansenio, o en el resto de sus Libros; que el Papa ha dado en la Bula un sentido a la quinta Proposición, porque no estaba contenido en las palabras, sino solamente en Jansenio, y que él la condena en este sentido, que es el del Libro y el de los Defensores; que en cuanto a las demás Propositiones, no las ha explicado, porque las ha juzgado bastante claras, y ha visto que no tenían ninguna necesidad de aclararse.

Después de probar que al seguir el método de estos nuevos Doctores, no hay Proposición, por mala que sea, que no se pueda sustraer a la Censura, Hallier demuestra con un gran número de datos que no se puede dudar de la intención del Soberano Pontífice: si es verdad, dice, que el sentido de Jansenio está a cubierto, ¿por qué pues el Papa ha rechazado de las Bulas a un hombre, cuyo único crimen era haber firmado el Agustín de ese Prelado? ¿Por qué ha depuesto a un General de Orden, que favorecía a los Jansenistas? ¿Por qué, sin otra razón, ha relegado a Malta a otros Religiosos y dado una dura reprimenda al General de los N.? ¿Por qué ha dado en el Reino de Nápoles un Obispado a un Agustino, llamado Célestin Brun, que en las Congregaciones había defendido la verdad Católica, contra los Jansenistas y contra su Superior mismo? Mientras tanto, continúa el sr Hallier, Inocencio X ha declarado querer recompensar a los que han hablado contra los Innovadores y ha desfavorecido a los que estaban a favor: y por eso, añade él, me ha ofrecido el Obispado de Toul; que, sin que yo lo pensase, me ha dado un Priorato en Bretaña, que se lo habían pedido varias personas de calidad; y que él ha dado orden a su Datarío de dar las primeras vacantes a los srs Joisel y Lagaut. Por lo demás, dice todavía el Doctor, los Jansenistas sienten mejor que nadie, que es a ellos a quienes odian; y solo por eso huyeron vergonzosamente de Roma, sin saludar a ningún Cardenal de la Congregación, etc.

Leyendo con atención las cartas, que los Deputados Católicos continuaron escribiendo a nuestro santo Sacerdote, he creído ver en ellas que encontraba un poco de viveza en el modo cómo sostenían la causa de la Iglesia. El conocimiento que tenía del corazón humano y de sus delicadezas; ese fondo inagotable de caridad, que le llevaba a creerlo todo y a esperarlo todo; ese carácter de rectitud que le hacía ver en sus Hermanos lo que no estaba más que en sí mismo; en una palabra, un buen natural, sostenido por una gracia que lo acompañaba, le inclinaba, casi sin que se diera cuenta, del lado más favorable. Los Deputados que el Papa detenía en Roma, y a quienes colmaba de favores, temieron que Vicente se dejara engañar por pruebas equívocas de sumisión, y que no se creyera fácilmente sus palabras de gente, que no debía ser creída más que como prueba. Hallier y Lagaut le escribieron cada uno por su parte: como sus cartas están dictadas con el mismo espíritu, daremos a la vez un Resumen de una y otra; y serán las últimas de las que daremos cuenta al Público.

Después de decir al Siervo de Dios que hace aparecer su caridad en las molestias que se toma para traer a los Jansenistas a la sumisión y a la obediencia, *in spiritu lenitatis*, y haberle declarado el placer que han tenido de saber que muchos de los que habían tomado un mal partido, habían vuelto a la unidad, entran en materia. Aprueban con firmeza que no se insulte a estos señores, y *que se los reciba con dulzura y respeto*: pero ellos sostienen al propio tiempo que no conviene *emplearlos ni conservarlos en puestos donde podrían sembrar sus errores a menos que den pruebas de un verdadero arrepentimiento del pasado*; que se debe desconfiar de los que, después de enseñar el Jansenismo, pretenden no haber enseñado nada que esté condenado por la Bula del Papa; que se debe considerar como muy perniciosos a la Iglesia a los que para apartar el verdadero, el único punto de la Censura, recurren a su distinción en diversos sentidos ridículos y quiméricos; que cuando se trata de conservar la pureza de la Religión, se debe ser rígido, y no ceder nunca; que la mayor prudencia es no tener ninguna condescendencia con las personas, cuando por una conducta contraria se puede exponer al peligro las verdades Católicas y a las almas sencillas; que se sabe en Roma y se sabe con certeza que hay en Francia mucha gente dispuesta a la revuelta; que se teme que la sumisión de algunos no sea más que exterior; y que finalmente *el disimulo es propio de los Herejes como lo atestigua S. Jerónimo con estas palabras: Heresis semper simulat poenitentiam, ut docendi in Ecclesiis habeat facultatem; ne si aperta luce se prodiderit, foras expulsa moriatur...* (La herejía siempre disimula la penitencia, a fin de poder enseñar en las Iglesias, no sea que si se muestra a la luz del día, muera expulsada. Nota del traductor). *Os suplico pues, Señor, decía Hallier, con el fin de que no se permita que ninguno enseñe, predique, instruya a los demás de boca o por escrito, si su conversión no está bien segura y su rectitud reconocida. Es el consejo de todas las personas de bien de este País; y este consejo se basa en todos los Cánones Eclesiásticos y la Regla de los santos Padres... Que si se obra de otra manera o continuará el error o incubará por algún tiempo bajo la ceniza para estallar después con mayor furor. Pensad, Señor, en esta verdad y creedme, vuestro, etc.*

Los Diputados tuvieron tiempo de reconocer que habían dado la alarma con demasiada facilidad. Nuestro santo Sacerdote, sin franquear nunca los límites de una justa moderación, supo arreglarse tan bien que apartó el error de todos los Lugares cuya custodia estaba encomendada a sus cuidados su Congregación fue, como debía serlo, el primer objeto de su atención. Una vez que la Bula de Inocencio X hubo llegado a Francia, se lo comunicó a aquellos de sus Sacerdotes – cartas del 12 y 13 de julio de 1653- que, demasiado alejados de la Capital, no hubieran podido instruirse tan pronto como él lo deseaba. Escribió incluso a uno de los suyos quien, por orden del Rey, hacía en Argel las funciones de Cónsul. Todo lo que se hacía a favor del Decreto Apostólico le llenaba de ese gozo puro, cuyo sentimiento está reservado a los que aman a la Iglesia de J.C. tiernamente. El sr Arzobispo de París, habiendo hecho publicar la Constitución en toda su Diócesis, Vicente dijo a su Comunidad, *Que había que dar gracias a Dios por la protección que daba a la Iglesia, y en particular a Francia para purgara de esos errores que iban a arrojarla en un gran desorden. Añadió, que aún cuando dios le hubiera hecho la gracia de discernir el error de la verdad, antes mismo de la definición de la Santa Sede, sin embargo él no había tenido nunca el sentimiento de vana complacencia, porque su juicio se había hallado conforme con el de la iglesia; porque había reconocido bien que era un efecto de la pura misericordia de Dios con él, y por el que se veía obligado a darle toda la gloria.*

Estudió luego el gusto y la inclinación de los de su Compañía; totalmente resuelto a eliminar sin misericordia a los que debidamente avisados preferirían su juicio al juicio de los primeros Pastores. Se dedicó ante todo a no dar a la juventud más que a Maestros bien decididos: y para comenzar con un ejemplo capaz de causar impresión, quitó el empleo a uno de los profesores de S. Lázaro, porque no encontró en él más que a uno de esos hombres de sumisión confusa, que no se explican con dificultades más que cuando se trata de explicarse sobre la fe. Los escolares de este Regente, que le querían y eran queridos de él, se entregaron a grandes movimientos para devolverle a su trabajo. Hablaron e hicieron hablar, pero el Santo redobló su firmeza en proporción a como ellos redoblaron su insistencia. Por fin, después de celebrar un pequeño Consejo a su modo, resolvieron ir a verle en Corporación, y realizar un último esfuerzo, que no tuvo mejor resultado que los primeros. El Siervo de Dios, dice uno de la Comisión, no quiso escucharnos, y nos despachó con una seria reprimenda.

Otro Sacerdote de la Congregación habiendo expuesto un día por inadvertencia una Proposición que parecía favorecer los errores condenados, Vicente le llamó en particular para hacerle explicar este asunto: quedó muy satisfecho de su sumisión y de sus buenos sentimientos. Para afirmarle en ellos, le dijo lo que dijo a otros muchos en diferentes ocasiones: *“Sepa, Señor, que este nuevo error del Jansenismo es uno de los más peligrosos que haya perturbado nunca a la Iglesia, y que me siento obligado muy particularmente a bendecir a Dios y a darle gracias porque no ha permitido que lo primeros y más importantes de los que profesan esta Doctrina, que yo he conocido de modo particular, y que eran mis amigos, hayan podido persuadirme de sus ideas. No os sabría expresar la pena que han tenido, y las razones que me han propuesto para ello: pero yo le oponía, entre otras cosas, la autoridad del Concilio de Trento, que les es manifiestamente contrario, y viendo que seguían, en lugar de responderles, recitaba por lo bajo el Credo, y así fue como seguí firme en la creencia Católica; aparte de que en todo tiempo y hasta desde mi baja edad siempre tuve un secreto temor en mi espíritu, y no he temido nada tanto verme por desgracia sumergido en el torrente de alguna Herejía, que me llevara con los curiosos por las novedades y que me hiciera naufragar en la Fe”*.

Lo que el santo Hombre hacía por sus Hijos supo hacerlo por aquel gran número de Comunidades sea Religiosas sea Seculares, de las que era Superior. Ya hemos apuntado, al hablar de las Damas de la Visitación, que cerró la entrada de sus Monasterios a todas las personas, que habrían podido alterar la pureza de su Fe, y que él las comprometió a rechazar una suma importante con la que el error no habría dejado de insinuarse entre ellas. A las Hijas de la Caridad, que eran su obra favorita, les enseñó a contentarse con lamentar los males de la Iglesia, a rogar por sus necesidades, y a reducir toda su ciencia a esta sumisión general, que no pide ni razonamientos ni discusiones. Inculcó las mismas ideas en las Congregaciones seculares de la Providencia, de la Propagación de la Fe, de las Nuevas Católicas y de la Unión Cristiana: y la primera de estas Comunidades reconoce todavía hoy que la obligación mayor que ella tenga para con S. Vicente de Paúl es haberle inspirado desde los primeros momentos una perfecta sumisión a la Iglesia y un profundo respeto por los que la gobiernan.

Si bien el santo Sacerdote no ignoraba que en todos los siglos el error ha contado entre sus defensores, a Tertulianos, Orígenes y Teodoretos, hemos de confesar que parecía más sensible a la caída de los que creían hacer honor a Dios, combatiendo a su Iglesia. Por este

motivo trabajó tanto por llevar a la unidad al famoso Jean Deslions, Doctor de la Casa de Sorbona y Decano de Senlis. Éste se hallaba ligado a las nuevas opiniones y por gusto, y más aún por los lazos que mantenía con el sr Arnauld y algunas otras personas de consideración, que habían abrazado el mismo partido. La Constitución de Inocencio X había producido una fuerte impresión en su espíritu, y aunque no le hubiera convertido, es cierto que le había conmovido. Como sus prevenciones no le permitían dar Vicente de Paúl la justicia que se le debía, y sabía que los amigos de dios son siempre un gran recurso en las dudas y perplejidades, creyó deber hacer y de hecho lo hizo, a solicitud del sr Obispo de Pamiers, un retiro en la Casa de S. Lázaro. Allí dio curso a sus reflexiones, escuchó uno tras otros los pensamientos que se presentaron en su mente o creyó hacerlo de las razones en pro y en contra: y no se le escapó que en materia de Fe cuanto más se razona, más se embarulla uno.

No obstante, como el centro de la unidad Católica es un punto, del que el hombre que teme a Dios, no se puede separar sin terror, el Decano de Senlis declaró por fin al santo Sacerdote que tenía el proyecto de abandonar las opiniones de Jansenio, pero que para ello deseaba que el Papa le diera la explicación de algunas dificultades que le detenían y que él expuso en una Carta que escribió él mismo a Su Santidad. No era fácil obtener respuesta; se sabe en Roma, como en todas partes que, para explicar, al gusto de los Innovadores, los Decretos que los condenan, habría que revocarlos; y que están acostumbrados a no recibir de un Rescripto Apostólico más que la única palabra que creen es para ellos y a despreciar todo lo demás. Esto parece ser que fue lo que sucedió con el sr Deslions. Vicente tuvo el crédito suficiente para procurarle una respuesta muy favorable, pero no dejó de encontrar en ella nuevas ambigüedades. El respeto humano, antiguos prejuicios, relaciones más antiguas aún, todo se juntó en un partido, que de vez en cuando le producía serias inquietudes.

Alejandro VII habiendo proscrito de nuevo las cinco Propositiones -16 de octubre de 1656- y declarado, a petición del Clero de Francia, que son condenadas en el sentido de Jansenio, nuestro santo Sacerdote volvió a la carga y trató de inspirar al fin mejores sentimientos al Deán de Senlis: pero le sorprendió en un momento en que se hallaba más alejado que nunca del Reino de Dios. Un milagro operado por medio de la Santa Espina de Port-Royal pareció a este Doctor una Apología celestial de las Religiosas de este Monasterio, y de su Doctrina: sacó de este suceso todas las consecuencias que los Partidarios de la Apelación han sacado después de los prodigios y de las convulsiones del Diácono Paris, y para desembarazarse de una vez por todas de los ruegos importunos de Vicente de Paúl, le respondió que no podía resolverse a abandonar unos sentimientos que Dios parecía autorizar con milagros.

El Siervo de Dios dejó pasar algún tiempo sin decir nada, pero cuando vio que la nueva Bula había sido recibida con aplauso por una numerosa Asamblea de Obispos -17 de marzo de 1657-; que la Sorbona se declaraba cada vez más contra las novedades, y que al fin los primeros Pastores estaban resueltos a castigar a los Refractarios según el rigor de las Leyes Canónicas, creyó deber presionar aún a su antiguo amigo, quien por lo demás no estaba tratable por igual en todo tiempo, y que a veces incluso justificaba sus retrasos por las ganas que decía tener de llevar al Duque y a la Duquesa de Liancour a la sumisión.

El Santo, al enviar una carta al Obispo de Pamiers, le escribía pues, que, con esto, iba a dar a Dios la gloria y a su Iglesia la edificación que se esperaba de él en esta coyuntura; que si lo retrasaba más, era de temer que el espíritu maligno, que emplea tanta agilidad para eludir

la verdad, le colocara imperceptiblemente en un estado, en que no tendría tantas fuerzas para hacerlo; que no hacía ya mucho tiempo que rehusaba servirse de la gracia, que le llamaba por medios tan suaves, tan potentes, y tan particulares, que tal vez no los había empleado iguales con nadie; que los milagros de la santa Espina no concluían nada a favor de una mala Doctrina; y que se debía considerar como una mala Doctrina la que la Iglesia condena; que, puesto que Dios no envía ya Ángeles a los hombres para instruirlos, nos hemos de atener al juicio de aquellos a los que nos remite; que nos remite a la Iglesia, y que la Iglesia reunida en Trento nos remite a la S. Sede; que con toda seguridad no vendrá S. Agustín para explicarse a sí mismo; que si fuera posible que este Santo apareciera en la tierra, sucederían dos cosas, una que se sometería aún hoy, como lo hizo en otro tiempo, al Soberano Pontífice, él que decía: *Roma ha hablado, la causa ha terminado*; la otra, que las explicaciones que pudiera dar sobre su Doctrina no servirían de nada, ya que Jesucristo nos asegura, que si no se cree a las Escrituras, se creará todavía menos a lo que los muertos resucitados puedan decir.

Me parece, Señor, continúa el santo Sacerdote, oír que me decís que pensáis que no os debéis declarar tan pronto con el fin de traer con vos a algunas personas de condición. Eso es bueno, pero hemos de temer que pensando salvar del naufragio a esas personas, ellas os arrastren a vos. Os lo digo con dolor, tanto más cuanto su salvación me es tan querida como la mía, y que yo daría con ganas mil vidas, si las tuviera, por ellos. Tal parece que vuestro ejemplo les hará regresar antes que todo lo que podáis decirles. Por todo lo dicho, en nombre de Dios, Señor, no retraséis más esta acción, que debe ser tan agradable a su divina bondad, se trata de vuestra propia salvación, y vos tenéis mas motivos de temer por vos mismo que por la mayor parte de los que nadan en estos errores, puesto que vos habéis recibido y no ellos una iluminación particular de nuestro santo Padre. ¿Qué disgusto sentiríais, Señor, si dando largas a declararos, os ocurriera veros forzado a ello, una vez que se ha tomado la resolución por nuestros Señores los Prelados? Por ello os suplico una vez más en nombre de Nuestro Señor que os deis prisa, y que no llevéis a mal que el más ignorante y el más abominable de los hombres os hable de esta manera, ya que lo que os dice es razonable. Si las bestias han habado y los malos profetizado, puedo yo también decir la verdad, aunque sea bestia y malvado. Quiera Dios hablaros él mismo eficazmente, dándoos a conocer el bien que haréis: ya que, aparte de que os situaréis en las condiciones que él quiere, hay esperanzas de que a imitación vuestra una buena parte de esa gente vuelvan de su extravío; y por el contrario podréis ser la causa de que sigan donde están, si retrasáis este plan, yo dudo de que lo vayáis a ejecutar nunca, cosa que me produciría una aflicción mortal, porque estimándoos como os estimo, y teniéndoos el afecto que os profeso, y habiendo tenido el honor de serviros en la calidad que lo he hecho, yo no podría, sin un extremo dolor, veros salir de la Iglesia. Espero que Nuestro Señor no permita esta desgracia, como se lo pido tantas veces. Soy en su amor, etc.

Una carta tan razonable y tan tierna produjo alguna impresión en aquel a quien iba dirigida: el Deán de Senlis dio otra vez alguna esperanza de regreso; si le hemos de escuchar, no se trataba ya más que de la forma de ejecutar su plan, y que fuera útil para muchos a quienes quería llevarse consigo. Vicente de Paúl mismo elaboró un proyecto de lo que tenía que hacer y decir: pero al fin los compromisos de Deslions con el Doctor Arnould prevalecieron. El Deán fue mal recompensado por su complacencia; y en el asunto de Perrette Deslions, si sobrina, que produjo un ruido terrible, nadie lo trató menos que el sr

Arnauld: aunque este escandaloso debate fuera menos conocido, no podría detenerme en él, por ser con mucho posterior a la muerte de aquél cuya Vida escribo.

Concluiré, como lo ha hecho Abelly, esta materia con una respuesta que dio el santo Sacerdote a un hombre de honor y de méritos quien, deslumbrado con las limosnas que daban ciertas personas allegadas al mal partido, las consideraba como virtuosas, y sentía escrúpulos en condenarlas. En una visita que hizo al Siervo de Dios, a quien estaba unido, le preguntó si no había medio de moderar el calor con el que se presionaba a los Señores de Port-Royal. *¿Y qué, dijo, queremos empujarlos hasta el extremo? ¿No sería mejor arreglarse amigablemente? Están dispuestos a ello si se los trata con más moderación; y no hay nadie más preparado de vos para suavizar la amargura que hay en una y otra parte, y para tener una buena reunión.*

Sin divertirse en responder que, si el demonio tiene sus vírgenes y sus mártires, puede tener también a gente que ayune y que den limosna, Vicente fue en primer lugar al fondo de la dificultad. *“Señor, replicó, cuando se juzga una diferencia, no hay otro acuerdo que tomar que seguir el Juicio que ya se ha dado. Antes de que estos Señores fuesen condenados, han hecho todos los esfuerzos para que la mentira prevalezca sobre la verdad; y han querido ganarse la partida con tanto ardor, que apenas se atrevía nadie a resistirlos, no queriendo entonces oír hablar de ninguna composición. Desde el momento que la S. Sede ha decidido sobre las Cuestiones en contra de ellos, han dado diversos sentidos a las Constituciones para eludir el efecto. Y aunque por otra parte hayan dado a entender que se sometían enteramente al Padre común de los Fieles, y que recibían sus Bulas en el verdadero sentido en que ha condenado las Propositiones de Jansenio; sin embargo los escribanos de su Partido, que han apoyado estas opiniones, y que han hecho Libros y Apologías para defenderlas, no han dicho todavía, ni escrito una palabra que parezca desacreditarlos. ¿Qué opinión podemos formar pues con ellos, si no tienen una verdadera y sincera intención de someterse? ¿Qué moderación se puede aplicar a lo que la Iglesia ha decidido? Se trata de asuntos de Fe, que no pueden sufrir alteración, ni recibir composición, y por consiguiente no podemos ajustarlos a las opiniones de estos Señores: pero a ellos corresponde someter las luces de su espíritu y a reunirse con nosotros en una misma creencia y en una verdadera y sincera sumisión al Cabeza de la Iglesia. Sin ello, Señor, no se puede hacer nada, sino pedir a Dios por su conversión”.*

Ese fue el lenguaje, esa la conducta que observó Vicente de Paúl en el curso de este desdichado asunto. Toda su vida, y lo ha repetido más veces, toda su vida había temido que se levantara en su tiempo algún error. Los extraños estragos que habían hecho las Herejías de Lutero y de Calvino; el golpe cruel que habían dado a la Iglesia, quitándole, con la ayuda de una máscara de Reforma, un número prodigioso de personas de toda clase de estado; el enfriamiento y poco después las divisiones abiertas que nacen de las disputas sobre la Fe, todos estos motivos y otros parecidos le hacían pedir a Dios *que la paz y la verdad reinasen en su tiempo.* El mal que temía le llegó. Tuvo el dolor de ver los dogmas más consoladores de la Religión atacados, y atacados por sus propios amigos. La carne y la sangre no le detuvieron nunca, y su celo no le precipitó. No quiso ni que se juzgara temerariamente de nadie, ni que por una caridad mal entendida o una mala condescendencia, se pensara bien *de los que se debía tener por Herejes o por sospechosos de herejía.* Como su firmeza no hizo ningún daño a su moderación, su moderación no debilitó su firmeza. No creyó que le fuera permitido a un verdadero católico disimular en

materia de Fe, y menos todavía que pudiera *mantenerse en una especie de indiferencia y neutralidad*. El error fue, a su juicio, uno de esos grandes males que no se deben ni *embellecer ni enyesar*, se encuentren donde se encuentren, y fue constantemente dañar las Leyes de la piedad y de la justicia, no querer condenar a los que la Iglesia condena; ya que es juzgar mal a los primeros Pastores negarse a suscribir el Juicio que dieron.

Por lo demás, aunque el santo Hombre se sintiera muy bien al ver a los Sabios consagrar su pluma y sus vigiliias a la defensa de la verdad, creyó siempre que la oración era el mejor remedio que se pudiera oponer a la Herejía. Sabía que, cuando no se trata más que de escribir, los más desesperados Innovadores nunca han sido los últimos en replicar; que han dado a los peores Sistemas un nombre un aire y colores capaces de imponerse; y que aquellos a quienes ya habían seducido, ha aireado por lo menos tanto sus minúsculas producciones como ha despreciado las de sus adversarios. Era pues en Dios donde Vicente ponía su principal confianza. Le suplicaba u quería que sus Hijos y sus amigos le suplicaran que mirara a su Iglesia con ojos de misericordia; y no permitiera que gente capaz de servir a la Iglesia se extraviase al ritmo de sus visiones, ni que los simples fieles estuvieran por más tiempo frente al espíritu de mentira. Decía que las mejores armas para combatir el error son la oración y la práctica exacta de las virtudes contrarias a los vicios de los que lo sostienen; que hay que oponer una humildad profunda y una entera sumisión de espíritu a la estima que tienen de sí mismos y de su capacidad; un amor sincero al desprecio y a la abyección a esas alabanzas frívolas, de las que se sienten ávidos, y que se prodigan unos a otros; *una gran rectitud y una perfecta sencillez de corazón, a los artificios, a los disfraces, alas falsificaciones y a las imposturas, que emplean para cubrir sus errores, y ocultar su deformidad*; por fin, una caridad ardiente al odio inflexible, a las maledicencias y a los ultrajes con los que tienen costumbre de saciar a los que se atreven a resistirlos.

Se le ha oído decir a menudo y repetir entre gemidos que era muy de temer que la corrupción de las costumbres y los desórdenes anticristianos; que se veía en casi todos los Estados y Provincias del Reino, hubieran sido la causa de la plaga que el Jansenismo hacía a la Religión; que sólo una seria conversión era capaz de apaciguar la cólera de Dios contra nosotros: que de otra forma había lugar a temer que el Reino de Dios nos fuera robado, como lo había sido a los Judíos; pasar a otras naciones que harían de él mejor uso; que la triste situación a la que la Herejía ha reducido a nuestros vecinos, es decir a pueblos tan distinguidos en otro tiempo por su piedad y su apego a la Iglesia, que esta situación, digo, debe hacernos morir de espanto; que la desgracia de estos pueblos desafortunados debe hacernos prudentes; y que siendo un don la Fe que Jesucristo nos ha merecido por su Sangre, no se debe omitir nada para conservarla. Éstos han sido los sentimientos de un Hombre que se atrajo la estima y los justos respetos del Ciudadano y del Extranjero. Los que aman a la santa Iglesia, no pensarán que hayamos hablado demasiado de ella, los que no sienten más que indiferencia por ella verán bien que tengamos en poco su censura y su apoyo.

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro sexto

Sumario

- *San Vicente, a pesar de su edad avanzada, trabaja en las Misiones.*
- *Un desconocido le deja la distribución de una suma considerable.*
- *Fundación del Hospital del nombre de Jesús. el buen orden que allí reina da origen al pensamiento del Hospital general. El asunto es llevado a deliberación en la*
- *Asamblea de las Damas. Se lleva al Parlamento. Las opiniones allí están divididas.*
- *El asunto sale al fin a flote. La dirección espiritual es propuesta al Santo., quien no cree deber aceptarla. Joven Alemán verdadero Luterano, falso Misionero.*
- *Fundación en Tregnier, en Agde, en Turín. Elogio del Marqués de Pianezza.*
- *Conversión de la Reina Cristina. Proyecto de Misión en Suecia.*
- *Desgracias del Cardenal de Retz. Bondad de Alejandro VII hacia la Congregación.*
- *Idea general de las ocupaciones de S. Vicente. Confianza universal que se tenía en él.*
- *Su paciencia y ternura puestas a prueba. Tempestad la víspera de un embarque para Madagascar. Afrentas hechas al Cónsul en Argel.*
- *Peste y guerra en Polonia. El Marqués de Fénélon renuncia al duelo: quién le comprometió.*
- *Peste en Italia. Los Misioneros predicán en la Ciudad de Roma.*
- *Siete de ellos van a Génova. Charles de Angennes entra en la C. M.*
- *René Alméras gran Contable sigue su ejemplo. Elogio del sr Joly.*
- *Misiones en el Anjou.*
- *Se pide al Santo que impida la fundación de algunas Congregaciones parecidas a las suyas. Su respuesta. Peligros de que varias Corporaciones lleven el mismo nombre.*
- *Muerte de la Señora de Pollalion. El Santo trabaja para las Hijas de la Providencia.*
- *Se quiere colocar a Capuchinos en Madagascar. Desinterés de Vicente de Paúl.*
- *Nuevas tentativas a favor de esta Isla. Misión en Metz.*
- *Espantoso desbordamiento de aguas. Alarmas del santo Sacerdote. Batalla de las Dunas.*
- *Vicente envía a Hijas de la Caridad a Calais. Nueva prueba de su estima por ellas.*
- *Da Constituciones a su Congregación. Plan de esta Obra. Resumen de las máximas que encierran, sobre la pobreza, la pureza, las Misiones, el modo sencillo de predicar el Evangelio. Estima que un gran Obispo hacía de estas Constituciones.*
- *Discurso del Santo para animar a los suyos a la observancia de sus Reglas.*
- *Bendiciones prometidas a los que les sean fieles. Consuelo seguido de dolor. La Casa de S. Lázaro pierde un bien que le había costado mucho. Hermosa Carta que escribió el Santo en esta ocasión. Se le urge a proveerse por demanda civil.*
- *Se atiende al partido de la sumisión. Motivos de su conducta. Exhortación sobre este tema*
- *Enfermedad del Santo. Escribe a los srs. de Gondi. Procura doce mil escudos a los Maronitas del Líbano. Estado de los peregrinos de Santa Reina.*
- *Vicente anima a unos particulares a construir un Hospital. Lo logran a pesar de las contradicciones.*
- *Dos servicios prestados por el Santo a la Diócesis de Autum. Misioneros en Narbona.*
- *Carta al Mariscal de Faber. Muerte del sr de Solminihac. Canonización de Francisco de Sales: Falta inocente del Obispo de Puy.*
- *La Congregación se establece en Roma. Complicación de males de los que el Santo está afligido. Fuerza de su espíritu. Su estado más grave día a día.*
- *Rigor que ejerce sobre sí mismo. Pruebas que Dios le envía.*

- *Muerte del sr Portail y de la Señorita le Gras. El Santo dimite del Cargo de Superior de las Hijas de la Visitación; se ve forzado a retomarlo. Elogio del Abate de Tournus.*
- *Pide ser recibido en la Congregación, lo obtiene la víspera de su muerte. Enfermedad del sr Alméras.*
- *Dolor de S. Vicente. Su paz en los sufrimientos. Sus trabajos en el sello de la muerte.*
- *Modo cómo se prepara. Italia toma parte en su estado. Breve de Alejandro VII.*
- *Carta del Cardenal Durazzo. Extremo del S. Sacerdote. Sus últimas acciones.*
- *Su muerte. Sus Exequias. Justicia que le rinden la Reina Madre, la Reina de Polonia, el Prior de Conti, el Marqués de Pianeza, el Presidente de Lamoignon, el Padre de Gondí, los Obispos de Cahors, de Montauban, de Pamiers, de Alet, de Toulon, el Arzobispo de Narbona, y el sr de Barcos.*
- *Se le hacen Servicios en Reims, en París. Su Oración Fúnebre.*

A pesar de los problemas, que la nueva herejía le trajo a S. Vicente, supo encontrar el medio de continuar las buenas obras que hasta entonces le habían ocupado tan santa y continuadamente. A medida que las fuerzas de su cuerpo disminuían se veía crecer el ardor de su caridad. Aunque se encontrara en una edad, en la que una virtud mediocre cree poder tomarse un descanso a la sombra de sus trabajos pasados, seguía animando con su ejemplo a los más infatigables Operarios. Trabajó ese mismo años en la Misión de Rueil, como lo habría podido hacer un hombre de cuarenta años. Anunció otras dos con un vigor sorprendente; y este género de trabajo, por el que sentía un gusto particular, le curó de una fiebre que le fatigaba a menudo. Mantuvo sólo en la Diócesis de París a cuatro equipos de Hombres Apostólicos; y mientras que a las súplicas de la Congregación de la Propaganda se encargaba de enviar por tercera vez a dignos Sacerdotes a las Islas Hébridas, cultivaba en París a un numeroso Semillero de jóvenes Escoceses, que debían un día perpetuar en su País los grandes bienes que los de su Congregación apenas podían esbozar. Pero la acción más hermosa que haya señalado los setenta y ocho años de S. Vicente de Paúl ha sido sin duda la Fundación de un Hospital para un número de ancianos. Como esta obra, si bien grande en sí misma, lo es todavía más por razón de sus consecuencias, es justo que no detengamos en ella un poco.

Un burgués de París, que conocía la prudencia y la caridad de nuestro santo Sacerdote, y que tenía una perfecta confianza en él, vino a verle en 1653 y de lijo que se sentía interiormente llevado a hacer algo para el servicio de Dios; que, para no resistir a los movimientos del Espíritu Santo, tenía el propósito de sacrificar una suma considerable; que se dirigía a él como a un hombre más capaz que todos los demás de hacer un buen uso de ello; que no teniendo ninguna idea particular, le dejaba Dueño absoluto del destina de su dinero; que ratificaba de antemano los piadosos empleos que juzgara oportunos darle; que por toda condición no exigía de él otra cosa que, no queriendo ser conocido más que de Dios solamente, no se lo diera a saber a nadie. Este último artículo fue permitido en el mismo instante, y ha sido fielmente ejecutado. El nombre de esta piadoso Ciudadano no es ni siquiera un problema, por ser tan desconocido: se sabrá un día en por Libro de la Vida; allí está mejor que sobre el mármol y el bronce.

Vicente recibió el depósito que se le confiaba; y, según su costumbre, recurrió a Dios y le rogó que le quisiera manifestar lo más sólido que pudiera hacer para la gloria de su nombre y el servicio del prójimo. Después de un largo y serio examen, se detuvo en una idea: pero

aunque el Bienhechor se hubiera dirigido a él, no creyó tener que ejecutarlo, sin darle cuenta. Celebró pues con este hombre de bendición una breve charla en la que le describió el proyecto que había concebido. Le dijo en pocas palabras, que veía cada día a un número de pobres artesanos que, por ancianidad o por enfermedad no pudiendo ya ganarse la vida, se veían reducidos a la mendicidad; que en este estado, atentos tan sólo a los medios de subsistir, descuidaban de ordinario su salvación; que estableciendo un lugar, que pudiera servirles de retiro, se podría realizar con ellos una doble caridad, para el alma y para el cuerpo; que, para emprender esta buena obra, no necesitaba más que de su consentimiento; y que no dudaba de que fuera muy agradable a Dios. La Propuesta fue aceptada en el acto, a condición no obstante de que los Superiores Generales de la Congregación de la Misión se encargaran a perpetuidad de la administración temporal y espiritual de esta especie de Hospital.

El Santo no perdió tiempo. Compró dos casas y un emplazamiento considerable en uno de los Distritos de París. Hizo acomodar en él una Capillita, con ornamentos. Hizo provisión de camas, de muebles y de todos los utensilios necesarios para una gran familia. Adquirió con lo que le quedaba de dinero una renta anual; y una vez que todo estuvo dispuesto, recibió en este nuevo Hospital a cuarenta pobres de uno y otro sexo, los alojó en dos cuerpos de Edificios separados uno de otro, pero tan bien dispuestos que hombres y mujeres, todos oyen la misma Misa y la misma lectura de mesa, sin hablarse y sin verse. Quiso que su tiempo estuviera repartido entre la piedad y los pequeños trabajos de que se encontraran capaces; y para ello añadió a los gastos, que ya se habían hecho, los de algunos oficios y de diversos instrumentos, nombró a hijas de la Caridad para servirles y a uno de sus Sacerdotes para decirles la Misa, distribuirles el pan de la palabra y administrarles los Sacramentos. Fue él mismo uno de los primeros en instruirlos, en recomendarles la unión y la paz, en formar en su corazón una tierna piedad para con Dios, en llevarles a bendecir con sus voces moribundas la mano adorable que señalaba su misericordia con ellos y que como agradecimiento no les pedía más que el sacrificio de sus últimos años. Las pequeñas Reglas que les distribuyó, según su costumbre, son tan hermosas y tan proporcionadas a su estado que un gran Magistrado del Parlamento, después de leerlas no pudo por menos que decir que nunca había visto nada tan prudente ni mejor ordenado.

Vicente dio a esta casa el nombre de Hospital del Nombre de Jesús. Hizo sellar su fundación por la autoridad pública sin nombrar al Fundador. Así ni el Arzobispo de París, quien le dio la dirección, y después de él a sus sucesores, ni el Rey, que tuvo la bondad de confirmar el total con sus Cartas Patentes, no conocieron nunca al Autor de esta piadosa Fundación.

Se ha advertido en todos los tiempos que, aunque los pobres sientan por todo lo que se llama Hospital, el del Nombre de Jesús fue una excepción a la regla. Las plazas son solicitadas mucho tiempo antes de estar vacantes; y hemos visto a personas dignas, al parecer, de mejor suerte, sentirse felices de ser admitidas. Porque la paz, que Vicente de Paúl estableció en él, subsiste aún, donde no se experimenta ni altivez, ni espíritu de dominio y las que están encargadas de esta buena obra, dicen también, como lo decía en otro tiempo la piadosa de Marillac: *Los pobres son nuestros Hermanos y nuestros Señores*. Felices estos mismos pobres si Establecimientos tan santos estaban al abrigo de las revoluciones del tiempo y de los insultos de la ambición! Pero éste también, del que

hablamos, ha recibido golpes tan violentos que se halla en peligro de perecer, si no llega la caridad en su auxilio, y no trabaja en reparar sus pérdidas.

Hemos dicho que esta Fundación tuvo grandes momentos: Se verá en un instante que no hemos dicho nada de más. Cuando la casa del nombre de Jesús tomó una forma conveniente, varias Damas de la Asamblea establecida por el santo Sacerdote vinieron a visitarla. Llegaron algunas personas más de condición y de piedad. Quisieron verlo todo, examinarlo todo, que les dieran razón de todo. Pero cuanto más lo examinaron, más sorprendidas y edificadas quedaron. Cuarenta ancianos que vivían en la unión más perfecta, que no conocían ni la murmuración ni la maledicencia, que al primer toque de campana iban a sus pequeños trabajos, y de mejor gana si cabe a los ejercicios de piedad; que todos declaraban de palabra, y a veces con lágrimas que nunca habían estado tan contentos y tan tranquilos; en una palabra, cuarenta ancianos que, para decirlo según el primer Historiador de S. Vicente, repetían la imagen de los primeros Cristianos, y tenían más el aspecto de una Comunidad Religiosa que un Hospicio de Seglares, aparecieron a los ojos de la Fe un espectáculo propio para enternecer y consolar. Se comparó, casi sin darse cuenta, a pobres tan bien ordenados con esa multitud de gente de desvergonzados, descarados, sin Religión, que poblaban las calles de París, que inundaban las Iglesias, que a menudo la espada ceñida pedían la limosna con un tono que dejaba poco mérito a la liberalidad de los fieles; y que entregados a todos los crímenes, llevaban una vida muy desordenada, sin que se hubiera podido hasta entonces ponerle remedio. Tanto fervor por un lado, tanto libertinaje por el otro, produjeron un contraste que dio lugar a más de una reflexión.

Una de las más importantes fue que era preciso comprometer a Vicente de Paúl a realizar con todos los pobres que se hallaban en la Capital lo que había hecho por los del Nombre de Jesús; que después de todo le sería tan fácil alimentar a un gran número como a uno pequeño; que Dios estaba visiblemente con él; *que él daba gracias y bendición a todas sus empresas*; que con tal que quisiera poner manos a la obra, lo conseguiría; que tenía tantos en la Casa de S. Lázaro como en la de las Hijas de la Caridad preparados a secundarle; y que el mayor problema sería quizás hallar un lugar bastante amplio para alojar y ocupar a una multitud de personas de toda edad y sexo.

Las primeras Damas que tuvieron este pensamiento se lo comunicaron a las demás. No les pareció demasiado fuerte a unas mujeres, que habían hecho su aprendizaje en la Escuela del santo Sacerdote. Volvieron a visitar por segunda y tercera vez el Nombre de Jesús; resaltaron el orden y la economía a los nuevos visitantes; el proyecto que se había formado ya pareció más hermoso que nunca; fue decidido que desde la primera Asamblea se presentaría la propuesta a S. Vicente; y se creyó que eso estaba hecho, si él se comprometía, ya no se pensaba en otra cosa que interesarle en ello. En el mismo tiempo una de las Damas prometió cincuenta mil francos, y otra tres mil libras de renta. Por acostumbrado que estuviera el Siervo de Dios a las grandes empresas, el plan de un Hospital General para todos los pobres de una Ciudad como la de París, le impresionó. Tributo justas alabanzas a la caridad de las que habían trazado un plan tan generoso; pero les expuso al propio tiempo que un asunto tan importante merecía ser examinado con detenimiento, y que había que comenzar por encomendárselo mucho a Dios. Él lo hizo por su parte, a la vez que estas Damas lo hacían también. Ocho días después, es decir, en la primera Asamblea, se puso el asunto sobre la mesa: se aseguró al Santo que el dinero no faltaría, y que se conocía a gentes de distinción que estaban preparadas a comprometerse

con buena parte en una obra tan buena. Finalmente las insistencias fueron tan vivas que, contra la inclinación del Santo, que habría preferido contemporizar un poco, fue necesario en el mismo momento deliberar si la Compañía se encargaba de esta empresa. La deliberación no fue larga: ni una sola voz concluyó en negativa, ni siquiera en un retraso más largo. El Siervo de Dios se vio obligado a ceder al torrente; y como se necesitaba un terreno inmenso para una multitud tan prodigiosa de pobres, se encargó de pedir al Rey la casa y todos los cercados de la Salpêtrière, grande y vasta casa, tanto más cómoda para un Hospital como cerca estaba del río. La Reina, a quien Vicente se dirigió, tuvo a bien encargarse de la expedición del Brevet de donación; y ante la oposición que hizo un particular, que se pretendió lesionado, una de las Damas le prometió ochocientas libras de renta como indemnización.

Tan felices comienzos dieron ánimos, tal vez más de lo necesario. “Tenemos alojamiento, se decía, podemos contar con que los fondos no faltarán. No estamos absolutamente desprovistas de lencería ni de utensilios. ¿Por qué pues diferir por más tiempo la ejecución? Si los mendigos no quieren venir por las buenas, ¿qué peligro hay de hacerles venir a la fuerza? Es su bien lo que nosotras buscamos: ¿qué importa que se haga de una manera o de otra?” Así razonaban algunas de las Damas, cuyo celo era más vivo. Ellas habrían querido que todo se hiciera en un solo día; y cada pobre que encontraban por las calles era un hombre a quien deseaban de todo corazón una plaza en la Salpêtrière.

Vicente de Paúl iba siempre hacia delante, pero no iba tan de prisa. Creyó pues deber moderar un ardor que insensiblemente habría llevado la confusión y la división a la Asamblea. Para dirigir a personas que merecían serlo y que no pecaban más que por exceso de buena voluntad, las vio en particular y les dijo con esa gravedad llena de dulzura, contra la cual las almas bien nacidas no resistían; que las obras de Dios tienen sus comienzos y sus progresos; que cuando quiso salvar a Noé y a su familia, le mandó construir un Arca, que podía ser terminada en pocos meses, y cuya construcción no obstante duro cien años; que observó la misma conducta con los Hijos de Israel en relación con la Tierra prometida, en la que no les hizo entrar sino al cabo de cuarenta años, aunque habría podido introducirlos en ella en pocos días; “Igualmente, añadió, no teniendo Dios el designio de enviar a su Hijo al mundo para remediar el pecado del primer hombre, que había contagiado a todos los demás, ¿por qué tardó tres o cuatro mil años? Es que no se apresura en sus obras y hace cada cosa a su tiempo. Y nuestro Señor al venir a la tierra podía venir a una edad perfecta para operar nuestra Redención, sin emplear treinta años de vida: sin embargo quiso nacer Niño pequeño, y crecer en edad a semejanza de los demás hombres, para llegar poco a poco a la consumación de este incomparable hecho. ¿No decía también de vez en cuando hablando de lo que iba a hacer, que su hora no había llegado? para enseñarnos a no tener tantas prisas en las cosas que dependen más de Dios que de nosotros. Podía incluso en su tiempo establecer la Iglesia por toda la Tierra; pero se contentó con echar los fundamentos, y dejó hacer el resto a sus Apóstoles y a sus Sucesores”.

De todos estos ejemplos el santo Hombre concluyó que había que ponerse en guardia contra las tentaciones de querer hacerlo todo a la vez y no imaginarse que todo se perdería porque cada uno no se apresuraba a concurrir *con un poco de buena voluntad, que Dios nos ha dado. ¿Qué se ha de hacer entonces?*, continuó él, *ir despacio, pedir mucho a Dios, y obrar de acuerdo.*

Después de calmar los ánimos, el Santo propuso su idea. Dijo que su parecer era no hacer al principio más que un ensayo: limitarse en un principio a cien o doscientos pobres, no recibir más a aquellos que pidieran por sí mismos ser recibidos, y no forzar a nadie. Dijo también, que gentes que se vieran bien tratados no dejarían de convencer a los demás de venir a participar de su buena suerte; que entonces se aumentaría el número en proporción con los fondos que enviara la Providencia; que haciéndolo así, tenían la seguridad de no echar a perder nada; que por el contrario la precipitación y el apremio podrían ser un obstáculo a los designios de Dios; que si esta obra era suya saldría adelante y subsistiría; que si era tan sólo ingenio humano, no iría ni bien ni lejos. Así pensaba Vicente, y pensaba bien. Pronto se vio obligado a diferirlo él mismo, tal vez más de lo deseado.

Como, tras muchas reflexiones, se vio que un asunto de tanta importancia no podía resolverse de una manera sólida sin la autoridad de los Magistrados, se resolvió presentar al Parlamento las Cartas Patentes del Rey y hacerlas registrar allí. En las grandes Compañía, como en otras partes, cada uno tiene sus modos de enfrentarse con los objetos. Se encontró pues a Jueces de peso y de autoridad que, impresionados del gran número de vagabundos que andaban errantes por la Ciudad y por los barrios, (pues se pretende que había muy bien unos cuarenta mil) y por la emoción que podían causar gentes que razonan mal, y que nada tienen que perder, y por fin por la dificultad de recibir bajo un mismo techo a esta multitud de almas viles y audaces, vieron como una hermosa y quimérica especulación el proyecto de encerrarlos, y que en consecuencia no podían resolverse a autorizarlo. Se hizo necesaria toda la prudencia de Vicente de Paúl, todo el celo de las Damas de su Asamblea, todo el crédito de Pomponne de Bellièvre Primer Presidente del Parlamento, para superar este obstáculo, que no se esperaba. Después de varias Conferencias, se llegó a una solución. Pero este acuerdo en el fondo fue seguido de tantas dificultades en el modo que durante dos años enteros no se hizo otra cosa que trazar varios proyectos y proponer diferentes medios para la ejecución de esta empresa. Al final Dios bendijo el celo de algunas personas de condición y de virtud que durante todo el curso de esta aburrida discusión, se pusieron en movimiento: el Rey dio su Edicto el mes de abril de 1656 y nombró a veintiséis Administradores de honor y probidad, y por eso más capaces de enriquecer a los pobres que de enriquecerse a sí mismos a sus expensas. Se resolvió en contra del primer parecer del santo Sacerdote que todos los mendigos esparcidos por París serían obligados o a trabajar para ganarse la vida o a entrar en la Salpêtrière, que desde entonces tomó el nombre de Hospital general. Vicente devolvió esta Casa a los nuevos Directores, así como el Castillo de Bissêtre, que la Reina le había dado unos años antes, para los niños expósitos. Habiendo sido verificado el Edicto del Rey en el Parlamento el primero de septiembre, los Magistrados hicieron publicar en los Púlpitos de todas las Parroquias de la Ciudad que el Hospital general se abriría el 7 de marzo de 1657, y se prohibió corriendo la voz a todos los mendigos pedir limosna en París. La mayor parte de estos vagabundos se retiraron a las Provincias, y a partir de ese año gente acostumbrada a no hacer nada, no hubo, como se había previsto más que cuatro o cinco mil que se aprovecharon de la buena voluntad que se tenía con ellos. Su número aumentó después, y el orden que se les hace guardar produce admiración entre los extraños.

Esto fue para el Siervo de Dios y para las Damas de su Asamblea un verdadero consuelo al ver esta gran obra sostenida por la autoridad pública. Escribió en estos términos a una persona de confianza: *“Se va a quitar la mendicidad de París, recoger a todos los pobres en lugares propios para mantenerlos, instruirlos y ocuparlos. Es un gran proyecto y muy*

difícil; pero que ya está adelantado, gracias a Dios, y aprobado por todo el mundo: mucha gente le da en abundancia y otras se prestan a trabajar en él de buena gana. Se han reunido ya mil camisas y de lo demás algo parecido. El Rey y el Parlamento lo han apoyado con todas sus fuerzas, y ya han destinado a los Sacerdotes de nuestra Congregación, y a las Hijas de la Caridad para el servicio de los pobres, con la aprobación del Arzobispo de París. Sin embargo todavía no nos hemos resuelto a trabajar allí pues no sabemos todavía si lo quiere el buen Dios: pero si lo hacemos será a modo de ensayo para empezar.”.

No le faltaría nada a este relato si el Santo hubiera añadido que era él quien había ocasionado la primera idea de esta empresa gloriosa; quien había expuesto las principales dificultades, quien había obtenido de la Corte un emplazamiento necesario, quien había mandado hacer a los obreros de la casa los primeros muebles que se necesitaban, y quien no había hallado tantos recursos en las Damas de su Asamblea, sino por haberles enseñado durante cerca de veinte años a intentar lo imposible y a conseguirlo.

Era la Duquesa de Aiguillon la que había trabajado más que nadie en procurar a los Misioneros la dirección espiritual del nuevo Hospital: pero Vicente, que no se comprometía así como así, creyó que este cargo era lo bastante serio para pensar en él.

Por eso, tras mucha oración, reunió a los Sacerdotes de la Casa de S. Lázaro para deliberar sobre ello. Les expuso los motivos que podían llevarles a aceptar este empleo, y los que podían rechazarlo. Bien pensado todo, se concluyó, por buenas y sólidas razones, que no se encargarían de él, y como las Cartas Patentes del Rey atribuían este derecho a los Hijos de S. Vicente de Paúl, renunciaron a él absolutamente mediante un Acta auténtica y dejaron a otros el cuidado de ejercitarse en una carrera tan santa. Pero a fin de que esta negativa no detuviera el bien espiritual de los pobres, cuya retirada acaba por fin de ser ordenada por los Magistrados, el santo Sacerdote pidió a Luis Abelly, uno de los más sabios Eclesiásticos de la Conferencia, que aceptara el cargo de Rector del Hospital general. La comisión no era fácil de manejar; había que cultivar una tierra extremadamente bruta y difícil: pero los que Vicente había formado en las funciones del Ministerio no eran gente que se desanimara con facilidad. El nuevo Rector se entregó a su celo, y con la ayuda de algunos Sacerdotes más, de los que varios eran de la misma Compañía, dio Misiones en las Casas del Hospital, que difundieron en él el espíritu de orden y de penitencia. Habiéndole puesto sus trabajos excesivos fuera de combate en bien poco tiempo, dimitió de su empleo en manos de los Vicarios Generales del Cardenal de Retz Arzobispo de París; éstos le dieron en sustitución a un Doctor de Sorbona quien al igual que su predecesor era uno de los alumnos de S. Vicente y que, empapado en su espíritu y sus máximas, atrajo sobre sí y sobre su rebaño el rocío del cielo y sus más preciosas bendiciones. Así fue como Vicente de Paúl llevó a cabo en París lo que S. Crisóstomo había intentado inútilmente para la Ciudad de Constantinopla; lo que Enrique IV había proyectado sin éxito; y lo que María de Médicis habría considerado como uno de los más bellos rasgos de su Regencia, si hubiera podido realizarlo de una manera seguida y permanente. Para hacer justicia a algunos de los que después de Luis XIV han tenido más parte en esta prodigiosa Fundación, añadiremos que el Cardenal Mazarino contribuyó con cien mil libras en un día, y con sesenta mil en su muerte; y que el sr de Pomponne, que había otorgado en primer lugar un Contrato de veinte mil escudos, legó más todavía en su Testamento.

Mientras que el Fundador de la Misión trabajaba con tanto ardor en procurar la gloria de Dios, Dios trabajaba, al parecer, en purificarle cada vez más con penas y aflicciones. Sin hablar de los furores impotentes de una muchedumbre de mendigos que, prefiriendo una vida errante y libertina a la honradez retirada que el santo Hombre les había preparado, prorrumpían en injurias contra él y le devolvían mal por bien; tuvo en el espacio de dos años y medio pérdidas muy considerables. La muerte le llevó en Madagascar, en Polonia y en Francia a individuos de una virtud consumada. Los bienes, que le encomendaban los Magistrados, los Obispos, a veces hasta las cabezas coronadas servían en un sentido más para aumentar su dolor que para moderarlo. Sin embargo él apreció siempre el mismo. Las pruebas de todo género no sirvieron más que para hacer brillar su virtud. Se vio su paciencia triunfar en unas, como se vio su caridad triunfar en otras. De esta última clase fue una pequeña humillación que sufrió ese mismo año en París. Y es ésta.

Un joven Luterano de Alemania, una vez abjurada su herejía en esta ciudad, fue dirigido al Siervo de Dios por la Superiora de un Monasterio de Religiosas, que hasta entonces había dado algún auxilio a este falso Neófito; ella contó al santo Sacerdote muchas cosas buenas de él, presentándole como a un sujeto de buenas esperanzas, y le insinuó bastante claro que, si fuera agregado a la Congregación, podría prestar buenos servicios a la Iglesia. El Santo mandó que le diesen una Cédula, por la que, según la costumbre de la casa, debía hacer durante ocho días los ejercicios espirituales. Allí no se dedicó todo el tiempo a la oración. Después de estudiar un poco el terreno, tuvo la habilidad de deslizarse en una habitación, tomar una sotana, un manteo largo, y algunos muebles pequeños; con esto salió por la puerta de la Iglesia sin ser visto.

Esta primera expedición fue seguida de otra que valía todavía menos. El alemán, después de vestirse de misionero, se fue a Charenton a predicar, y de allí al barrio de S. Germain, a casa del Ministro Drelincourt, a quien por supuesto dijo que era de la Misión, que Dios le había abierto los ojos, que venía a echarse en sus brazos para hacer profesión de la Religión reformada. Drelincourt que vio a un hombre en hábito Eclesiástico, quedó deslumbrado por su conquista: le paseó de calle en calle, y le presentó en las principales casas de los de la Secta. Los dos salían ganando en este tejemaneje: el Ministro recibía parabienes por el buen éxito de sus trabajos, y el joven alemán recibía limosnas.

Este triunfo no duró mucho tiempo. Uno nombrado des Isles, que estaba lleno de celo por la Fe y que trabajaba con éxito en las Controversias, habiéndoselos encontrado en su camino, sospechó que había algo dudoso que no funcionaba. Para salir de dudas, los siguió hasta la primera casa; y entrando con ellos dejó subir a Drelincourt y preguntó al joven qué asunto tenía con el sr Ministro. Entonces este fantasma de Misionero que creía hablar a un Hugonote, le dijo, que había salido de S. Lázaro, y que se había trazado el plan de abrazar el Calvinismo. Des Isles no hizo más preguntas: sin perder un momento se fue a ver al sr de Breconwilliers Párroco de S. Sulpicio, y obró tan activamente que detuvieron y condujeron al Châtelet a este escandaloso que deshonoraba a una Congregación respetable, y profanaba su hábito.

Vicente, a quien des Isles instruyó enseguida sobre todo lo ocurrido, fue mucho menos sensible al ultraje que había recibido su casa, que por el que se había hecho a Dios. Lo que más le molestó fue que diferentes personas le urgían para hacer castigar al culpable, por el robo cometido y por el escándalo que había dado. El santo Sacerdote después de agradecer a sus amigos que le daban estos consejos, les prometió hacer lo que conviniera. Pero resultó

que, como ere de esperar, que fue el partido de la indulgencia el que convino. Así que envió a los Jueces, no para pedirles justicia, sino para pedirles gracia. Se tomó la molestia de ir a ver al Procurador del Rey y al Lugarteniente-Criminal. Les dijo de una manera muy convincente, que su Congregación no pretendía nada contra el culpable, que le perdonaba de buen grado lo malo y la confusión que había recibido; que en cuanto a él, les suplicaba humildemente que le dejaran libre, que lo propio de Dios es tener misericordia, y que su divina Majestad vería con buenos ojos que dejaran libre sin castigo a un pobre extranjero, que tan sólo era culpable de una ligereza de juventud. Estos dos Magistrados, que de súplicas como ésta sabían poco, se sintieron edificados: no he logrado saber si el ministerio público, que ejercían, les permitió asentar.

Una caridad tan activa, tan extendida, merecía ser recompensada, y Dios, que suele mitigar el dolor con sólidos consuelos, dio bien a conocer a su Siervo que él vela muy en particular por los suyos, aunque parezca dormido. Las pérdidas que la Congregación sufría de vez en cuando, parecían deber llevarla a la destrucción. Sin embargo se sostuvo; incluso se extendió, y realizó casi todos los años nuevas Fundaciones. La reputación de su Fundador era tan grande que le atraían de todas partes a Obreros, a quienes un poco de cultura y los grandes ejemplos de virtud que tenían ante los ojos, hacían fácilmente capaces de desempeñar con éxito funciones importantes. Fue con la ayuda de estos Hombres Apostólicos como Vicente se vio en disposición de enviar nuevas Colonias a Treguier, a Agde y a Turín capital del Piamonte.

La primera de estas Fundaciones se hizo debido a los favores de Baltasar Granger Obispo y Conde de Treguier. Michel Thepaut, o Thepant, señor de Ramelin, Canónigo de la Iglesia Catedral, contribuyó mucho; llegó a ser Fundador; y debido a la estima singular que profesaba a Vicente de Paúl, exigió como condición previa que sus Hijos fueran Directores a perpetuidad de este Seminario.

En relación a la casa de Turín que, como la de Génova, se hizo tan célebre en Italia, fue el Marqués de Pianezza primer Ministro de Estado del Duque de Saboya, quien la fundó. Era un hombre de una virtud ejemplar, lleno de celo por los intereses de su Príncipe, pero más todavía por los intereses de Dios, y la salvación de los pueblos. Hablaremos en otra parte de los bienes inmensos, que siguieron de cerca de la Fundación de los Misioneros en Turín: y contamos con que el lector no se olvide de que es a la ilustre y virtuosa casa de Pianezza a la que la Iglesia se sentía deudora. La última fundación que fue la de Agde, no subsistió en esta ciudad. François Fouquet, a cuyos deseos había accedido Vicente a darle algunos Sacerdotes, los trasladó a Narbona, de donde le había nombrado Arzobispo el Rey. Este cambio que no tuvo lugar hasta después de la muerte del Hombre de Dios, no pertenece a su Historia.

Poco faltó para que el santo Sacerdote por el mismo tiempo una cuarta Fundación que, considerando su tierno amor por la Iglesia, le hubiera satisfecho más que las otras tres. No sé si la conversión de Cristina reina de Suecia había dado pie a creer que el regreso de sus Estados a la Iglesia Romana no era una cosa imposible: lo cierto es que la Congregación de la Propaganda, que no descuida nada, ni para establecer la Fe en los lugares que no la han conocido nunca, ni para restablecerla en aquellos de los que el Cisma y el error la han desterrado, se dirigió a nuestro santo Sacerdote y le pidió individuos bastante valientes para entrar en Suecia, bastante prudentes para tratar a la gente, bastante ilustrados para desengañar a los pueblos y desconcertar a sus Ministros. Vicente se preparaba a obedecer;

había incluso mandado partir a uno de sus Sacerdotes, a quien habían solicitado en Hamburgo unos Católicos bien intencionados, que prefiriera Suecia a Polonia, para donde había sido destinado. Pero al parecer Dios se contentó con la buena voluntad de su Siervo y que el viaje de Suecia no tuvo ninguna consecuencia para la Religión.

A esta desdicha sucedió otra, de la que los Suecos se habrían aprovechado, si el tiempo de las grandes misericordias no hubiera llegado para ellos. El Cardenal de Retz, a quien habían finalmente reducido sus intrigas a la dura necesidad de buscar un asilo en tierra extranjera, se había retirado a Roma. Inocencio X, a quien no le gustaba Mazarino, le recibió con mucha distinción y dio orden a los Misioneros que le dieran un Apartamento cómodo a su nacimiento y a su dignidad. Este Pontífice creyó con razón que un Arzobispo encontraría todas las consideraciones posibles en una Casa de Sacerdotes, que por estado están dedicadas al Clero y que además tenían en la Familia de Gondi las más singulares obligaciones. No se equivocó: Thomas Berthe, que por entonces era Superior de la Casa, y cuya política entera consistía en una gran sencillez, obedeció al Papa, y no pensó siquiera que podría desagradar al Rey. Su obediencia le costó cara. Mazarino se divertía mortificando a su antiguo Rival, y haciéndole sentir que su poder hasta más allá de los Alpes. La Corte se quejaba a Vicente del procedimiento de sus Misioneros; y tuvo orden de mandar salir de Roma a todos los Franceses que estaban sometidos a su jurisdicción. Berthe fue destinado a Polonia, y puede que si su viaje no falló fue porque el proyecto de socorrer a Suecia había fracasado.

La elección de Alejandro VII que sucedió ese mismo año a Inocencio X, fue también favorable a la Congregación de la Misión como lo fue poco al Cardenal de Retz. Éste no tardó en reconocer que un Papa debe más consideraciones a un gran Rey y a su Ministro que a un sujeto culpable y desgraciado. El temor de que no pudiera salir tan bien parado del Château S. Ange como del de Nantes le obligó durante varios años a andar errante como fugitivo por Suiza, Alemania y Holanda. Feliz, después de la dimisión de su Arzobispado y el pago de tres millones en deudas, de haberse podido acordar hacia el final de sus días de las importantes lecciones, que Vicente de Paúl le había dado en su infancia, y de haber reconocido por fin que las dignidades más halagadoras no merecen la pena que cuesta alcanzarlas; que los honores que pasan, no son sino aflicción del alma; y que las humillaciones, que nos hacen tan pequeños a los ojos de los hombres, son las mas adecuadas para alcanzar gracia ante Dios.

Es muy verosímil que este Prelado, que durante algún tiempo fue bastante bien tratado por Alejandro VII y que, a pesar de sus desvaríos, no dejó de honrar siempre la eminente virtud de su antiguo Maestro, trabajó ante el Papa para hacerle confirmar el Instituto de la Misión. Por lo menos es seguro que este Pontífice, el año mismo de su lección, dio la última mano a este importante asunto. Su Breve, que es del 22 de septiembre, expresa que nadie podrá ser recibido en la Congregación sino tras dos años de Seminario interno, que este tiempo de prueba no será nunca seguido de ningún voto solemne; que de esta forma los Misioneros serán a perpetuidad del Cuerpo de Clero Secular, y como tales sometidos a los Ordinarios en cuanto a la principal función, para la que han sido fundados. No fue la única señal de afecto que dio Alejandro VII a Vicente de Paúl y a sus Hijos. Abrió a favor de sus Misiones los Tesoros de la Iglesia; otorgó poderes muy amplios a los que trabajaban en ellas con anuencia de los Obispos; extendió la misma gracia a los Eclesiásticos de la Conferencia de los Martes: y con el fin de que todos los empleos de la Congregación estuviesen

santificados, vio bien que los que, para disponerse a las Órdenes, hicieran diez días de retiro en alguna de sus casas, ganasen la Indulgencia Plenaria que había condicionado ya a los ejercicios de la Misión.

El santo Sacerdote trataba de hacerse digno de las gracias de que Dios le colmaba tan abundantemente. Aunque su vida no fuera, desde los cincuenta y cinco años más o menos, más que un trabajo continuo, se diría que se tomaba venganza por el tiempo de la eternidad que se acercaba. No nos queda más que la menor parte de las cartas que escribía a Francia, a Italia, a Berbería y a Países más distantes aún; son sin embargo tantas que se queda uno estupefacto por la cantidad, y la variedad de las materias, sobre las que se veía obligado responder. Aquí se trata de un Obispo, Sacerdote de primera condición, un Director ilustrado que le consultan sobre asuntos tan delicados como importantes. Allá son Princesas que le piden Misiones en sus Tierras, auxilios que nunca negaba; o permisos de entrar en Monasterios de Mujeres, de loas que era Superior, permisos que negaba casi siempre. Unas veces es la Congregación de la Propaganda, suplicándole que envíe a sus Hijos al Gran-Cairo; otras es el sr de la Meylleraie que se los pide para los Países extranjeros. Un día es una madre afligida, que del otro extremo del Reino, donde su caridad la había hecho conocer, le pide que se interese por su hijo que, cautivo en Argel, está en peligro de perder la vida o la Fe; otro día es un Renegado que desde Argel se dirige a él para encontrar en su caridad los medios de reparar su apostasía. Hoy es una Abadesa quien, desanimada por las dificultades de la dirección, no sabe qué partido tomar; mañana será una joven. Quien, después de unos meses de Noviciado, tiene tentaciones de volverse atrás. Con frecuencia son los Nuncios Bagni y Piccolomini, quienes de viva voz o por escrito quieren tener su parecer sobre diferentes puntos que se refieren o al bien particular de las Diócesis, o al bien general de la Iglesia entera; con más frecuencia se trata de sabios Religiosos que acuden a él como a un Padre siempre preparado para ayudarlos bien en la reforma de sus Órdenes bien en otros asuntos igualmente delicados y espinosos. Por la mañana será la ilustre Casa de la Mothe-Fénélon, a la que predice, para impedirle que se oponga a un matrimonio, que de ellos nacerá un Hijo que será la gloria de su nombre; por la tarde, y no estamos exagerando, será el Jefe de una augusta Compañía, que concertará con él algunos de esos Juicios que la política puede desaprobare, pero que la equidad y la Religión reconocerán siempre. A veces es un Misionero que necesita seguridad en su estado, o ser devuelto a su primer fervor; otras veces son virtuosos Sacerdotes que no conocen ni alivio ni descanso, y cuyo celo precisa moderación, para hacerle durar más. Por lo demás estas Cartas sin número están todas llenas del espíritu de quien las escribía. La humildad, la mansedumbre, el desinterés, la prudencia, la rectitud, la caridad, la sumisión a todas las voluntades de Dios, son el sello uniforme con el que están marcadas. Las del año 1656 formarían dos grandes volúmenes. Sin embargo no he visto más que una que tuviera cierta sombra de amargura; y aunque la persona, a la que fue escrita, merecía algo más, veo por una apostilla que se le añade que nuestro santo no quiso que saliera, porque la encontró demasiado seca.

Después de todo, razonando sobre principios humanos, algunos defectos de tratos hubieran sido menos reprobables en un hombre que sobrecargado de asuntos más importantes, parecía no poder tratar sino a la ligera las minucias corrientes. En los tiempos a los que la fuga de los años nos ha llevado, Vicente estaba muy ocupado en una multitud de obras igualmente santas y penosas, que el miedo a volver sobre ellas sin cesar nos ha obligado a situar en épocas principales. Era entonces más que nunca cuando trabajaba por proscribir la mendicidad de París, y en sacar adelante el proyecto del Hospital general. Era por entonces

cuando se esforzaba por consolar a aquellos de los suyos quienes, a pesar de Cromwel, habían penetrado en Escocia y en las Hébridas. Era entonces cuando casi a diario recibía las más tristes noticias de la desolación de varios cantones de Picardía y de Champaña; y que, a fin de evitar su ruina, hacía llegarles aquellas limosnas inmensas, de las que ya hemos hablado. Era entonces cuando, abrumado por las pérdidas sensibles de Madagascar, tomaba medidas para repararlas; y para forzar de alguna manera al sol de justicia a brillar en una tierra, que él creía dispuesta a recibir sus influencias; finalmente, cuando trataba de detener el curso de las afrentas que sus hijos aguantaban de continuo en Argel por parte de un pueblo, que no conoce otra Ley que la de la más insaciable codicia.

Mientras tuvo vida, la casa de S. Lázaro fue siempre lo que era en tiempo de los últimos Jueces de Israel, la casa del Vidente. Era como una *Aportación*, a la que todas las personas que todo aquél que tenía el plan de emprender alguna obra buena, acudían de París y de las Provincias para informarse en las luces del Hombre de Dios con los consejos que necesitaban. Por otro lado, aparte de las Asambleas ordinarias, a las que asistía con exactitud tres veces a la semana, era llamado con frecuencia a deliberaciones de Prelados, de Doctores, de Superiores de Comunidades, y de otras personas de toda suerte de condiciones; o para detener algún gran desorden, o para establecer un buen gobierno, o para devolver la paz a un Monasterio o a una familia. También, con excepción del tiempo que dedicaba cada año a su retiro anual, salía casi todos los días, a veces hasta dos veces al día, para asuntos de caridad, que le arrancaban de su soledad. De regreso a casa, después de recitar su Oficio de rodillas, práctica que no dejó hasta que las enfermedades le obligaron, escuchaba con una paciencia admirable a aquellos del exterior o de dentro que tenían asuntos con él. Si a estas grandes y serias ocupaciones se añaden las que le dieron las diferentes casas de su Congregación, las de las Hijas de la Caridad, y de las Religiosas de la Visitación, de quienes tuvo hasta la muerte un cuidado muy particular, ¿no se podrá confesar que sus años estuvieron llenos y que no hubo en su casa esos meses vacíos que condena la Escritura?

Por lo demás, si bien la gloria de Dios fue el único motivo de las empresas del santo Sacerdote, no se puede imaginar que todas hayan salido a flote por igual. Como sucede en los campos con los años estériles en los que las esperanzas del Labrador quedan más o menos desengañadas, existen para las obras de Dios estaciones en las que parece estar dormido respecto de sus Siervos fieles. Los Apóstoles lo experimentaron más de una vez, y Vicente como ellos. Había enviado a Londres a uno de sus Sacerdotes –al sr Brin-, con orden de visitar a sus Hermanos, que trabajaban en los Reinos vecinos y de los que no se recibía ninguna noticia –carta del 3 de junio de 1656-; este Sacerdote había sido recomendado en particular al Embajador de Francia: pero por muchas ganas que tuviera este Ministro de ayudarle, no pudo hacerlo; fue incluso el primero en aconsejarle que volviera a cruzar el mar lo antes posible, y hacerle ver que un hombre de su profesión estaba perdido sin remedio si los Emisarios del Protector de Inglaterra llegaban a descubrirle. De esta manera Vicente tuvo el dolor de verse imposibilitado de socorrer a aquellos de sus Hijos que quizás tenían la mayor necesidad de serlo.

La tentativa que hizo para Madagascar no fue más afortunada: con todo, la protección de Dios sobre los Misioneros, que el santo Sacerdote había destinado a esta Tierra infiel, se presentó en su favor de una manera tan sensible, que adorando la justicia se ha de bendecir la misericordia. De estos buenos y celosos Misioneros, dos – los srs Boussordée y Herbron-

eran Sacerdotes, el tercero era un joven Hermano llamado Christophe quien, aunque de un natural tímido, había pedido al Señor asociarse a sus viajes y a sus peligros. El Buque que debía llevarlos partió el treinta de octubre. Apenas había perdido de vista las costas de Nantes, cuando un viento contrario le obligó a regresar a la rada, y a detenerse frente por frente de S. Nazaire. El día de Todos los Santos – véanse las Cartas del 17 de noviembre de 1656- los dos Sacerdotes dijeron la Misa en el Barco; pero como la agitación les molestó, pisaron tierra al día siguiente para ir a celebrar a una Iglesia. Satisfecha su devoción, quisieron regresar a bordo, pero el mar estaba tan enfurecido que no encontraron a nadie que quisiera exponerse con ellos en una chalupa para conducirlos allá. Debieron tener paciencia, lo que para ellos fue una suerte. El tercer día de noviembre la tempestad llegó a ser tan fuerte que entre las diez y las once de la noche, el barco se encalló en un banco de arena, en medio del río, que en este lugar tiene tres cuartos de legua de ancho. Perecieron en él más de ciento treinta personas; otras quince o dieciséis se arrojaron a una tabla que habían preparado por si acaso. El joven Hermano fue de este número. El horror de la noche y la violencia de las olas congelaron pronto todos los corazones. Todos creían no haber pospuesto su desgracia más que unos momentos. Solo Christophe no perdió los ánimos, hizo una especie de vela con su abrigo; y con el Crucifijo en la mano, tranquilizó al grupo flotante y consternado, que no perecerían si tuvieran una verdadera confianza en Dios. La *Fe de este Niño* le salvó, y a los que estaban con él. Fueron bogando desde S. Nazaire hasta Painboeuf, es decir durante más de dos leguas; y solamente se murió un hombre de frío y de miedo en el momento de echar pie a tierra. *¿No es eso, decía Vicente de Paúl a los suyos, una protección de Dios muy especial de estos tres Misioneros, y en particular de este buen Hermano, quien aunque tímido tuvo fuerza para sostenerse a sí mismo y a animar a los demás en un peligro tan inminente. Les pido que se lo agradezcan a la divina bondad.* Por lo demás, añade el santo Sacerdote, *la abominación era grande en el navío, de manera que el sr Boussordée me explica que dijo más de veinte veces, que no creía poder llegar nunca a buen puerto.* Las noticias que Vicente recibió de Berbería en el curso de este año, no eran propias para suavizar el dolor que tuvo de no poder aliviar a sus Sacerdotes de las Hébridas y de Madagascar. El Rey había honrado a uno de los suyos nombrándole para el Consulado de Argel. Este Príncipe había creído que la Religión encontraría más recurso en un Cónsul, al que la sola piedad había conducido a un País bárbaro, que los que encontraría en un hombre del mundo, más celoso quizás por sus intereses que por el bien público. Los cálculos se mostraron verdaderos, y más verdaderos de lo que debían ser. Jean Barreau, es el nombre del nuevo Cónsul, tan sensible como generoso, no podía ver a un esclavo sin enternecerse por su situación. Liberó a algunos, y se lo garantizó a otros; adelantaba dinero para los que teniendo familia, le aseguraban de una pronta restitución. Vicente, a quien daba cuenta de su conducta, le hizo más de una vez sentir sus inconvenientes: pero, por todo el respeto que le merecían los consejos del Siervo de Dios, se le había conformado el corazón de tal forma y sin darse cuenta que no difería apenas de él. Se imaginaba siempre el caso que se presentaba era una excepción de la regla, y que por aquella vez no tenía nada que temer. Era él el engañado. La mayor parte de aquellos cuyas cadenas había roto se olvidaron de sus deudas al marchar de África, y las suyas subieron poco a poco hasta diez mil escudos. Lo más deplorable que le ocurrió fue que el Ministro de Argel quiso hacerle responsable de los hechos de otro. Le ponían a su cargo todas las malversaciones de los que traficaban bajo la Bandera de Francia. Partiendo de este principio, era fácil sacarle de sus casillas: de esta forma, aguantó durante algún tiempo afrentas sin número y, como el Apóstol, habría podido decir que la vida le era un peso.

Vicente no sabía bien qué decisión tomar. Sintió tentaciones de llamar a los suyos, y mandarles abandonar aquellas riberas funestas y avaras, donde la sed de oro manda callar a las Leyes y donde, para ser perseguido basta con ser virtuoso. Pero la imagen *de veinte mil esclavos Cristianos*, que iban a quedarse sin auxilio y sin consuelo, se presentó tan vivamente a sus ojos, que tomó el partido de mantenerse firme –cartas del 28 de abril, 12 de mayo de 1656, y del 7 de septiembre de 1657-. Como seguía siendo muy considerado en la Corte, se dirigió al Rey y le suplicó actuar en Argel y hasta en Constantinopla. Este Príncipe se quejó de la poca consideración que se tenía en Argel con los que le representaban. No sé si la Puerta dio órdenes para hacer cesar la opresión: pero sé muy bien que la carta para Argel fue inútil; era tan explícita y atacaba tan directamente a un cristiano francés, que no valía más que los Turcos y cuyo refinamiento era de temer, que no se atrevieron a presentarla. Así el santo Sacerdote tuvo el dolor de ver a sus Hijos expuestos cada día a los más crueles insultos. La mano de Dios los sostuvo, a pesar del destierro y de los apaleamientos; y no fue hasta más de veintisiete años después cuando uno de los tres, que trabajaban entonces en África –carta del 6 de julio de 1657-, fue colocado en la boca del cañón y acabó con un glorioso Martirio una vida que había transcurrido en las cruces, las humillaciones y todos los ejercicios de la caridad.

Y éstas no fueron las únicas pruebas a las que Dios tuvo a bien someter la paciencia de su Siervo, en el curso de un año, que fue tan fecundo para él en sucesos enojosos. Sin hablar de una erisipela, que le cansó durante harto tiempo, y que fue seguida de una fiebre, de las que se resintieron sus ocupaciones, la Reina de Polonia le escribió que dos de sus Sacerdotes se habían encontrado en Varsovia durante el sitio al que la sometieron sucesivamente los Suecos y los Polacos; que les habían quitado todo lo que podían tener; que no habían querido acudir a donde ella para no abandonar a los apestados; y que por fin se habían contagiado del mal. Se enteró por entonces por las noticias públicas y por las cartas de sus Sacerdotes, que la peste estaba en Roma, que amenazaba a Génova y al resto de Italia. Esta desgracia que, según lo diremos enseguida, hizo correr de los ojos del santa Sacerdote una fuente de lágrimas, paró o incluso redujo a la nada proyectos que solamente había formado para la gloria de su Señor. Uno de los más importantes fue el de obtener de la Sede Apostólica un Decreto contra los duelos –véase la carta del 19 de mayo de 1656-; Decreto que gente de bien le había rogado que solicitara y al que las circunstancias del tiempo habían puesto un nuevo precio. Así es cómo se explicaba en una carta que escribió al Superior de la casa de Roma.

“Antes de responder a vuestra última carta, os hablaré de un asunto de la mayor importancia que se pueda presentar y cuyo mérito me servirá de excusa ante usted por la sobrecarga que os doy al dirigirme a vos, aparte de que no lo he podido evitar viendo a los que me han pedido vuestra ayuda. Se trata de poner remedio a los duelos, que son tan frecuentes en Francia, y con los cuales se causan males infinitos. El sr Marqués de la Mothe-Fénélon es de quien se ha servido Dios para suscitar los medios de acabar con ellos. Fue en otro tiempo un famoso duelista: pero como Dios lo tocó, se convirtió tan bien que juró no volver a batirse. Estaba en Monseigneur le Duque d’Orléans, donde sigue aún; y habiendo hablado a otro Gentilhombre, le hizo tomar la misma resolución y los dos se han ganado a otros para su partido, comprometiéndoles de palabra y hasta por escrito. Estos comienzos han tenido los progresos que veréis en la Memoria adjunta y otras que se han omitido. El Rey ha hecho alistarse a su casa en esta resolución. Los Estados de Languedoc y de Bretaña han privado del derecho de asiento en sus Asambleas a los

Gentiles hombres que en adelante se batan en sus Provincias. Finalmente, se han tomado todas las precauciones posibles para detener este torrente que ha causado tantos estragos en los cuerpos y en las almas. Sólo falta para la conclusión de esta buena obra que sea del agrado de nuestro S. Padre el Papa coronarla con su bendición por el Breve que le pedimos. Os envió su proyecto que ha sido tan bien concertado por aquí que se piensa que no se le puede cambiar nada sin arruinar el buen plan que se tiene. Procurad estar al tanto de todo, para instruir a algún Cardenal que pueda y quiera presentar a su Santidad la importancia del asunto. Mons el Nuncio hace la misma recomendación y envía el mismo recado a su agente...Será preciso que atendáis a los gastos, os lo ruego. Os entregaremos lo que hayáis adelantado. Y me escribiréis al detalle todo lo ocurrido. Soy,” etc.

Por la lectura de este relato no hay nadie a quien se le ocurra pensar que S. Vicente haya tenido parte en el paso del Marqués de Fénélon; fue él sin embargo quien, como nos dice el grande y sublime Arzobispo de Cambrai –*Epist. ad Clem. XI-*, fue el primer móvil con el piadoso Jacques Olier. El juramento del que habla el Santo se hizo el día de Pentecostés con gran solemnidad en el Seminario de S. Sulpicio; y a partir de entonces mucha gente comprendió que se puede sin dejar de ser valeroso, ahorrarse la sangre de un indigno ciudadano.

Para volver al proyecto del santo Sacerdote, Dios se contentó con la buena voluntad que le había inspirado. La peste que sobrevino en Roma hizo vacantes a todos los Tribunales; el asunto del Breve contra los duelos se desvaneció poco a poco; y Vicente no pensó más que en dar a sus Sacerdotes de Italia los consejos que el contagio y el celo del que estaban imbuidos los hacían necesarios. Habían comenzado por pedirle todos que tuviera a bien que se sacrificaran en el servicio de los que fueran atacados del mal. Confiesa él mismo –carta del 11 de agosto- que unas disposiciones tan generosas y tan universales le llenaron de consuelo: pero creyó deber cambiar algo del plan que habían formado. Los que estaban a la cabeza de los demás habían pensado que como Superiores, les correspondía a ellos entrar los primeros en liza y en dar ejemplo. ¡Cosas de Dios que no hubiera otro abuso de la autoridad! Sea como fuere, Vicente no pensó como ellos; y bien persuadido de que la obra de Dios nunca se hace mejor que cuando está dirigida por los que ocupan los puestos de responsabilidad, quiso que no se expusieran a no ser en caso de que faltaran sus Cohermanos; a menos que los Obispos pensarán de otro modo.

.En el fondo, el santo Hombre tenía todas las razones del mundo para velar por os que se ofrecían tan alegremente a la muerte. Étienne Blatiron Superior de la casa de Génova había cambiado en pocos años la faz de aquella vasta Diócesis, y el Cardenal Durazo le consideraba con Razón como uno de los primeros Misioneros del mundo; y de Edme Joly Superior de la Casa de roma se puede decir con el Abate de Choisy que su nombre ya es todo un elogio. Este gran Hombre, de quien Vicente había predicho a la Duquesa de Aiguillon que sería un día Superior general de su Compañía, se había ganado ya el afecto y la estima del Papa, de los Cardenales, del clero, del Senado y del Pueblo Romano. Alejandro VII –carta del 14 de abril 1656- quien no conocía otra regla que la del mayor bien le había mandado dar Misiones en la Iglesia de S. Juan de Letrán, que es la primera del mundo y, encantado por el gran éxito que habían tenido estos primeros trabajos, había confiado a sus cuidados a los Escolares de la Propaganda; es decir una juventud preciosa que, destinada a llevar a todos los pueblos la gracia y las luces de la Fe –S. Vicente, Carta del 5 de mayo-, necesita tenerlo a plenitud. Así, la conservación de estos dos hombres era

de extrema necesidad para Vicente de Paúl. Todas las casas y sobre todo la de S. Lázaro se unieron a él para pedírselo a Dios, y se trató de hacer por ellos y por sus Cohermanos lo que había hecho la Iglesia naciente para romper las cadenas del primero de los Apóstoles. Estas oraciones se hicieron con tanto fervor que el Santo tenía razón en esperar que serían escuchadas. La mano de Dios no le golpeaba más que a intervalos: se había enterado hacía poco de que dos de sus Sacerdotes, que trabajaban en Varsovia, se habían conservado y curado de la peste, en una casa que el cañón enemigo visitaba de cuando en cuando. Una protección tan sensible moderaba las inquietudes que le daba Italia, y la disminución del mal le hizo creer que al cabo de dos o tres meses que él y los suyos ya habrían pasado el susto. Se engañaba: Dios repartía sus víctimas; y si quiso perdonar a aquella cuya muerte hubiera sido más sensible al santo hombre, se ha de confesar que le vendió bien cara su misericordia. Escuchémosle expresar su amargura en el seno de su Comunidad va a atravesar el corazón de sus Hijos con la flecha que le había herido a él mismo; pero como su amor era más encendido todavía que su dolor, les enseñará menos a sentir a los que ya no estaban, que a bendecir a quien es hoy y lo será por todos los siglos.

Fue en una conferencia sobre la confianza que se debe tener en Dios cuando anunció a los suyos la pérdida que su Congregación acababa de sufrir. ¡Oh! qué verdad es, Señores, les dijo, que esta confianza debe ser sin límites, y que debemos ponernos enteramente en las manos de la Providencia, persuadidos de que es para nuestro bien, que ella quiere o permite todo lo que nos pasa. Sí, lo que Dios nos da y lo que Dios nos quita es para nuestro bien, ya que es de su agrado, y que su agrado es nuestra pretensión y nuestra felicidad. Con estos pensamientos compartiré con ustedes una aflicción, que nos sucedido; pero que puedo decir de verdad una de mayores que nos pudieran sobrevenir. Hemos perdido al gran apoyo y principal sostén de nuestra casa de Génova, al sr Blatiron que era el Superior y que era un gran Servidor de Dios. Murió, se acabó; pero eso no es todo: el sr Duport, que se ocupaba con tanto gozo en el servicio de los apestados, que sentía tanto amor al prójimo, tanto celo y fervor por procurar la salvación de las almas, se la ha llevado también la peste. El sr Dominique Bocconi Sacerdote Italiano muy virtuoso ha muerto en un Lazareto, donde había entrado para servir a los pobres apestados del campo. El sr Tratebats ha muerto allí también, después de servir a los enfermos durante un mes. Por fin, el sr François Vincent, a quien han conocido ustedes, y que no cedía en nada a los demás, ha muerto; y el sr Enneric, hombre prudente, piadoso y ejemplar, los ha precedido a todos. Se acabó pues, la enfermedad contagiosa nos ha llevado en quince o veinte días a todos estos valientes obreros. De ocho que eran no queda más que uno –el sr le Juge-, que siendo atacado de peste, se curó y sirve ahora a los demás enfermos. ¡Oh Salvador Jesús! qué pérdida y qué aflicción. Es ahora cuando tenemos gran necesidad de resignarnos a todas las voluntades del Señor, pues de otro modo ¿qué haríamos nosotros sino entristecernos inútilmente por la pérdida de todos estos grandes celosos de la gloria de Dios? Pero con esta resignación, después de dedicar algunas lágrimas a los sentimientos de la naturaleza, nos elevaremos a Dios, le alabaremos y le bendeciremos por todas estas pérdidas, pues nos han ocurrido por la disposición de su santa voluntad. Pero, Señores y Hermanos míos, ¿podemos decir que perdemos a los que Dios aparta? No, no los perdemos, y debemos creer que la ceniza de estos buenos Misioneros servirá como de semilla para producir otros. Tened pues por cierto que Dios no retirará de esta Compañía las gracias que les había confiado, sino que se las dará a aquellos que tengan el celo de ir a ocupar sus lugares”.

Lo que Vicente predijo aquí, sucedió. Dios no la abandonó, y aquellos de los suyos cuya caridad coronó, fueron al fin reemplazados por otros que no desmintieron la virtud de sus predecesores. Llegó a recibir a algunos, en los últimos años de su vida que, aunque incapaces de llenar las funciones de su Instituto, prueban evidentemente el respeto y la estima que los Grandes del siglo tenían por su Congregación. El primero fue Charles d'Angennes, antiguo Conde de la Rochepot, señor de Fargis, y cuñado de Madame de Gondí. Este Señor lleno de mérito y que había sido en otro tiempo Embajador en España, encontraba en la sencillez de nuestro Santo luces, que el mundo más brillante no conoce. Para aprovecharse de un trato que le hacía haziarse del trato del mundo, pidió a Vicente de Paúl que le admitiera a vivir en su casa en calidad de Pensionista. El Siervo de Dios que se había hecho una Ley austera de no recibir nunca a extraños sino para los ejercicios espirituales, no lo pudo consentir. El sr d'Angennes, después de pensarlo se puso en el número de los hijos del santo Sacerdote. Durante un año que vivió entre nosotros, no hemos advertido en él, dice el Santo –carta del 25 de octubre de 1658-, ningún defecto, y todo ha pasado con gran consuelo por su parte y por la nuestra. El ejemplo del sr de Fargis fue seguido algunos años después por René Alméras, padre del que sucedió tan dignamente a nuestro Santo en el cargo de Superior General. Este venerable anciano, Gran Contable, y Jefe de una Familia muy relacionada con Obispos, Consejeros de Estado, Presidentes y Consejeros del Primer Parlamento del Reino, quiso a la edad de más de ochenta años consagrarse a Dios en la Misión. Vicente se opuso todo lo que pudo, porque sabía los grandes bienes que hacía en el mundo: pero hubo que ceder a sus insistencias; le dieron un pequeño Apartamento en S. Lázaro donde, después de probar durante meses el nuevo género de vida que quería abrazar, tomó el hábito, el nombre y los empleos del último Seminarista. *Ha hallado*, decía nuestro Santo, *el secreto de llegar a ser por la humildad grande en el Cielo, después de haber sido grande en la tierra, y nos hemos sentido edificadas al verle seguir, en cuanto su edad se lo permite, todos los ejercicios de la Comunidad* –*Cartas del 3 y 7 de junio de 1656*-. El sacrificio de este buen Anciano no duró mucho tiempo, y Dios le dio –cartas del 3 y 7 de marzo- al cabo de veintidós meses la recompensa que ha prometido a los que se hacen niños por su amor. *Las virtudes que le he visto practicar*, decía Vicente de Paúl, *me hacen creer que se ha ido a Dios, y me parece que los Santos no pueden morir con más confianza y resignación*.

El tercero que hizo a los Hijos de Vicente de Paúl el honor de asociarse a ellos fue Luis de la Rochechouard, Abate de Tournus, tan conocido con el nombre del sr de Chandénier; hombre a cuya memoria todos los Misioneros deben un respeto inmortal –cartas del 9 y 12 de enero de 1658-. Como no tomó el hábito hasta la víspera de su muerte, y esta muerte fue ara nuestro Santo una de esas grandes pruebas por las que Dios le dispuso a santificar la suya, hablaremos de ella con más detención.

Costó a S. Vicente para reparar las brechas que la muerte acababa de abrir en su casa de Génova. No había nadie en Francia que supiera suficiente italiano, para poder ocupar en seguida el puesto que el sr Blatiron y sus Cohermanos habían desempeñado con tanta edificación. Es verdad que los Sacerdotes de Roma hablaban la Lengua del País, pero bajo la dirección de un hombre como era el sr Joly habían dado de sí una idea tan grande que un número diez veces mayor no habría sido suficiente para las ocupaciones que se presentaban. La Providencia sacó del mal mismo el remedio que debía curarle, al menos prevenirle en lo futuro. El Marqués de Pianezza vio bien que se formara en la casa que acababa de fundar en Turín a Franceses capaces de trabajar en toda Italia, y el sr Joly abrió

en Roma un Seminario interno que, poblado en poco tiempo de un número de excelentes Sujetos se convirtió en una fuente abundante, cuyas aguas sabiamente distribuidas, regaron poco a poco casi todas las tierras que están al otro lado de los Alpes. Habría resultado encontrar a un Director más propio que el sr Joly para cultivar estas nuevas plantas. Vicente quien, sobre todo cuando se trataba de los de la Congregación, no prodigaba las alabanzas, habla de él como de un hombre que no tenía más que a Dios, que no buscaba a otro que a él, que era *indiferente ante la vida y la muerte, ante la salud y la enfermedad, ante los lugares y todos los estados*, donde agradaba a la Providencia colocarle, y que, sin prestar atención alguna a sus inclinaciones, quería, al precio que fuera, cumplir la voluntad de Dios. Que esta gracia que eleva al hombre por encima de la naturaleza es preciosa, continuaba nuestro Santo. ¡Quiera la bondad divina conservárosela y llevarla al alma de todos los Misioneros! Bajo tan grandes Maestros, ¡qué progresos no llega a hacer la juventud hasta ser dócil y bien intencionada!

Mientras se trabajaba en Roma y en Turín en formar para Italia a Obreros Evangélicos, Vicente se entregaba en Francia a completar todo el alcance de su vocación, es decir a formar buenos Sacerdotes, a hacer entrar en sus deberes a los que se olvidaban de la santidad de su estado; a instruir a los pobres de la Compañía, o más bien a hacer sin excepción todo el bien que se presentaba. Fue según este plan, cuando habiendo pasado en el Campo cerca de una semana con el Obispo de Pamiers y un Vicario General de París, para tratar de los asuntos que pedían más tiempo del que se tenía en París, comprometió a este Prelado a dar durante dos retiros las conferencias de los Ordenandos. Sobre este mismo plan, habiéndose reunido siete Obispos en su casa, se tomaron medidas para detener la intemperancia de algunos Eclesiásticos –en 1657 y 1658- que en una Provincia del Reino deshonoraban su carácter. Asimismo, aunque hubiera de dieciséis a diecisiete personas actualmente que habían enfermado por los trabajos de las Misiones en S. Lázaro –carta del 19 de julio-, envió a Henri Arnauld Obispo de Angers a un grupo de Misioneros celosos, quienes por sus éxitos en Craon y alrededores merecieron los mayores elogios –carta del 18 de agosto- de este Prelado y le hicieron desear a partir de entonces poder establecerlos en su Diócesis.

Varios Obispos más tenían el mismo pensamiento, pero como no era posible que una Congregación poco numerosa, y ya muy extendida, atendiera a todo, resolvieron formar pequeños cuerpos sobre el modelo que Vicente de Paúl había establecido. Informaron al santo Sacerdote, por parte de la Corte de Francia, cuyas Cartas Patentes se necesitaban, y por parte de la Curia Romana, cuya Aprobación solicitaban las Partes interesadas. Una persona, funcionario allí, y a quien no le faltaba inteligencia ni crédito ni siquiera virtud le aconsejó que formara la oposición a estas diversas Fundaciones. Sus razones eran, que la Santa Sede no ve sino con dolor multiplicarse a las Comunidades; que siempre ha sido su intención que aquellas que tienen los mismos empleos y que tienden al mismo fin se junten y no formen más que una sola Sociedad; que una gran Corporación se sostiene mejor en todos los aspectos que una multitud de miembros sin unión; y que hablando en general, ocurre con demasiada frecuencia que quienes han comenzado por una emulación laudable acaben en una envidia rastrera.

No me toca a mí pronunciarme sobre la naturaleza de estos motivos, diré tan sólo como Historiador fiel que Vicente no se entregó; que convencido y animado por las necesidades del Clero y de los pueblos, deseó siempre que Dios multiplicara de la manera que fuese el

número de los que pudieran remediarlo; que en consecuencia respondió ingenuamente que, bien lejos de impedir el progreso de estos buenos Sacerdotes, que querían entrar en las funciones de su Instituto, él se uniría antes a ellos para que salieran a flote; que disminuiría de buena gana, con tal que ellos crecieran. *Ruego a Nuestro Señor, son los propios términos de una de sus Cartas, que no sólo bendiga las intenciones y las obras de estos nuevos Misioneros; sino que también si ve que ellos vayan a hacerlo mejor que nosotros, los eleve y a nosotros nos destruya.*

Sin embargo, para evitar los inconvenientes, que un mismo nombre llevado por tantas personas aisladas hubiera podido hacer surgir, el santo Hombre habría deseado que cada uno de estos pequeños cuerpos, que se formaban cada día, hubiera tenido su denominación propia. No detendría al lector en una cosa que, en primer lugar, pueda no parecerle más que una bagatela, si no hubiera visto que lo que los Santos consideraban como serio, lo es casi siempre. Además, las cartas de Vicente de Paúl están acuñadas de manera que denuncian tan bien al hombre prudente, al hombre de Dios, que aprovechan al leerlas. Vamos a ver cómo habla en la que escribió sobre este tema al Abate de Saint-Just Gran-Vicario de la Diócesis de Lyon. Es del 5 de octubre de 1657.

“Señor, la bondad que Nuestro Señor os dado para con nosotros, me impulsa a tomarme la confianza de daros el parecer de una dificultad que se encuentra en la prosecución que hace aquí el Señor N. para obtener las Cartas Patentes sobre la erección de la Compañía, que Mons el Arzobispo de Lyon ha erigido en su Diócesis, para emplearla con el nombre de Sacerdotes de la Misión. Sabéis que nuestra pequeña Compañía lleva también el nombre de la Misión: pues bien, este parecido de nombre está sometido a muchos inconvenientes. Veamos algunos ejemplos que he hecho exponer al sr Canciller, entre tanto que yo tuviese el honor de escribiros: teniendo toda la seguridad que Monseñor Arzobispo no tiene el plan de hacer una obre buena para estropear otra.

El sr Obispo de Bethelém, habiendo establecido, doce o quince años después de nuestra Institución, una Compañía parecida que desde un principio llevó el nombre de Sacerdotes del Clero, y una vez aprobada en Roma con el nombre de Societas Presbiterorum Sanctissimi Sacramenti ad Missiones, le hizo luego llevar el nombre de la Misión. ¿Qué sucedió? Estos Señores han obtenido del Papa dos Colegios de Avignon, fundados por algunos Saboyanos para unos Estudiantes del mismo País. Con eso los habitantes de Annecy, que creyeron que estos Colegios les habían sido robados por Misioneros de nuestro Cuerpo, montaron de tal manera en cólera que se aglomeraron varias veces para arrojar al lago en nuestros Sacerdotes establecidos en esta ciudad, quienes por esta razón permanecieron mucho tiempo escondidos, sin atreverse a aparecer.

Otro inconveniente que tuvo lugar, Monseñor, es que un Burgués de Marsella, donde esa Compañía tiene una Casa, y nosotros otra, habiendo dado en Testamento algún bien a los Sacerdotes de la Misión, y habiendo muerto luego sin declarar a qué Sacerdotes de la Misión, nos encontramos en el momento de entrar en proceso, para decir a cuál de las dos casas pertenece el Legado.

Aparte de estos dos inconvenientes, os hablaré de un tercero, que ha llegado de un particular, que había trabajado algún tiempo en Misiones, que el difunto Mons Arzobispo mandó dar en su Diócesis, y que llevaba como nosotros el nombre de Misionero. Pasando éste a Lyon visitó el Hospital de los enfermos, y no hallándole en buen orden a su gusto,

escribió una larga carta al difunto Monseñor Cardenal de Lyon, en la que le exponía los desórdenes que creía haber encontrado en este Hospital y le exhortó a poner orden en él, diciendo que si no lo hacía, le citaba al Juicio de Dios, y firmó esta carta, Barry Sacerdote de la Misión. Este buen Señor, que se hallaba por entonces en París, indignado por este atrevimiento, se quejó a gritos de nuestra Compañía, creyendo que este Sacerdote perteneciera a ella, aunque no lo fuera... de manera que, aunque yo se lo hiciera asegurar por nuestros amigos, y yo mismo se lo asegurase, que este hombre nos era desconocido, él ha exteriorizado más de una vez su disgusto contra nosotros.

Ved, Monseñor, las razones entre muchas más por las que hemos creído deber explicarle al sr Canciller los inconvenientes que son de temer si esta nueva Compañía toma el nombre de la Misión.

No encontramos nada que decir a las Reglas que Mons el Arzobispo de Lyon les ha prescrito, y que son muy buenas y santas. No desaprobamos tampoco que haya Prelados que funden parecidas Compañías y que formen buenos Eclesiásticos para hacer las funciones que nosotros hacemos. Al contrario, rogamos a Dios todos los días en la santa Misa que envíe tales Obreros a su Iglesia. Claro que sería necesario renunciar al Cristianismo para tener otros sentimientos”.

De estas razones que son sólidas, Vicente concluyó que es natural que estos Señores tomen algún nombre que los distinga de los de su Congregación; como sería el de Sacerdotes del Clero, o de Sacerdotes de la Diócesis de Lyon. “*Que si, continúa él, que si mi buen Señor no está conforme con esta propuesta y así lo ordena, con mucho gusto nosotros cambiaremos nuestro nombre de Misioneros en otro, aunque eso sea difícil de hacer, ya que hace cuarenta años y más que esta pequeña Compañía comenzó y trabajó con este nombre; que con este nombre fue erigida por el difunto sr Arzobispo de París, confirmada por Bulas de Urbano VIII y del Papa de hoy, y por Cartas Patentes del Rey registradas en el Parlamento. Corresponderá pues a mi buen Señor ordenar lo que le agrade; y a vos Monseñor, hacernos, si os place, la gracia de asegurarle que preferiría morir antes que hacer algo que le sea desagradable”*, etc.

En el tiempo que el santo Sacerdote llevaba el desinterés hasta querer sacrificar en nombre de la paz un nombre, que el sufragio de las dos potencias habían dado a la Congregación, llevaba ese mismo desinterés hasta olvidar las necesidades de su propia Casa, para aliviar las de una Compañía de Vírgenes, que desde hacía más de 25 años era el objeto de sus cuidados y de su ternura. Los gastos que se había visto obligado a hacer a favor de los pobres de Picardía, de los esclavos de Argel, de los habitantes de Madagascar, le habían puesto en tantos apuros, que él mismo escribe confidencialmente a uno de los suyos que no sabía ya cómo alimentar a su Comunidad, que todas las Bolsas se habían agotado en París; *y que en lugar de dieciséis mil libras que se enviaban antes todos los meses a las fronteras arruinadas, había serias dificultades para enviar ahora mi – carta del 17 de noviembre-*. Fue sin embargo en estas coyunturas tan fastidiosas cuando el Siervo de Dios resolvió sostener a las Hijas de la Providencia. Su protección les era tan necesaria como nunca. Acababan de perder en Marie de Loumague una Madre tierna y una Fundadora prudente y acreditada. Vicente de Paúl no les falló en una necesidad tan urgente. En la impotencia en que se encontraba, por razón de su avanzada edad y de sus enfermedades, de continuar respecto de ellas las funciones de Superior, hizo recaer este empleo sobre Victor Feydeau

Canónigo de la Iglesia de París, Sacerdote de una eminente piedad y quien por una relación necesaria debía entrar con relación a ellas en todos los sentimientos de su predecesor.

Pero, por todo lo contento que debía sentirse nuestro Santo por la elección que había hecho, no se olvidó de su rebaño al abandonar su dirección. Así una vez que se rindieron a la ilustre difunta los deberes que prescribe la Religión, señaló una Asamblea de estas Damas de la Caridad, que desde hacía tantos años hacían prodigios bajo su dirección, y que no dejaron nunca el bien mientras no les faltaron los medios para hacerlo. A esta Asamblea sucedió otra al poco tiempo, que verosímilmente fue más numerosa y más eficaz que la primera. Todavía nos queda hoy una de las Cartas que escribió el Santo para convocarla. Vemos en ella a una parte de esos piadosos artífices de la caridad, que se encuentran tan plenamente en la Epístola de S. Pablo a Filemón. Va escrita a la Duquesa de Liancourt, quien por entonces estaba ausente de París –carta del 18 de octubre de 1657-.

Después de suplicarle muy humildemente que acepte sus respetos y devoción, le ruega que tenga a bien que él tenga el honor de hablarle de la Casa de la Providencia, y recordarle, que en verdad Madame de Pollalion ha sido su Promotora; pero es ella quien la ha sostenido con su crédito y con sus favores, y que de esta forma ella ha merecido de algún modo el título de Fundadora, como *las Reglas de esta Comunidad aprobadas por Mons el Arzobispo lo declaran*.

“Habéis podido saber, Señora, continúa Vicente, el fallecimiento de esta buena Sierva de Dios, y como pocos días después se reunieron en casa de la Señora Duquesa de Aiguillon, donde nos encontrábamos la Señora del Canciller, la Señora de Brienne, la Señorita Viole, el Señor Duplessis, el Señor Drouart, y yo mismo, para ver si era procedente que se tratara de sostener esta buena obra, y cómo, en el supuesto que se aceptara, convendría hacerlo. Pues bien, el resultado fue que se haría lo posible por sostenerla según el espíritu de sus Reglas, cuya lectura se hizo, y que se convocaría una Asamblea de las Damas que, en calidad de insignes Bienhechoras de esta Casa, son consideradas sus Fundadoras”.

El Santo hace aquí la enumeración de estas Damas, al frente de quienes se encuentran la Reina, la Señora del Canciller, la Señora de Senessay, etc. Luego hace advertir a la Duquesa de Liancourt que la difunta Señora. Marquesa de Maignelay y ella han sido las primeras y los principales instrumentos de que Dios se ha servido para evitar el naufragio de la pureza y las costumbres de varias Vírgenes, que adorarán y glorificarán a su divina bondad en el tiempo y en la eternidad, y que tal vez sin ello le ofenderían en el siglo, o le maldecirían ya con los réprobos. Por este principio concluyó tácitamente, que es propio de un alma Cristiana acabar su obra. Detalla a continuación las medidas que se tomaron para disminuir el gasto; medidas que consistieron en deshacerse de un número bastante grande de Religiosas, y de Hijas, que podían encontrar un asilo en casa de sus padres, o en otra parte, de manera que la Comunidad se encontraba ahora reducida a ochenta personas.

El Santo acabó por decir a la Duquesa que la Asamblea ha querido encargarle de escribirle para saber de ella *si tiene a bien honrar esta buena obra continuando con su protección*; y en caso de ser así, que se dirija a París un día de la semana siguiente; o, si no le es posible, que entregue su Poder en blanco, con el permiso a aquella de las Damas que ella crea más conveniente de declarar que su intención es de no abandonar una casa, que ha apoyado en todo tiempo.

Una carta tan Cristiana tuvo verosímilmente el efecto que Vicente y las Damas de su Asamblea habían esperado de ella. Sea como fuere, la Providencia de Dios conservó una Fundación que su solo nombre aconseja poner la confianza en ella. Ha tenido sus crisis y sus revoluciones, pero nunca por motivos de piedad. Y aunque las Hijas que la componen sólo hagan votos simples, que la enfermedad del siglo considera poca cosa, era inaudito más de un siglo después de su fundación, y tal vez lo es todavía hoy que una sola de ellas hubiera dejado nunca su estado. Espero que se me perdone volver sobre este asunto: el celo que estas Vírgenes prudentes tienen por la gloria de S. Vicente bien merece que se dé a conocer a la posteridad el celo que S. Vicente ha tenido por ellas. Además, por todo lo atentas que estén a publicar lo obligadas que se sienten a este gran Hombre, quizás no sabían que se ocupaba de sus necesidades, en un tiempo, en el que parecía que era cosa de orden y de justicia que pensara únicamente en los suyos.

Después de todo, este espíritu de liberalidad, que tantas lecciones no puede enseñar a los ricos del siglo, era como el fondo del temperamento de Vicente de Paúl. A menudo pareció llevarlo hasta el exceso. La continuación de su Historia nos ofrece un ejemplo, que sería un error suprimir.

Se sabe, y ello es evidente, que la Misión de Madagascar le había costado mucho. Confiesa él mismo que, aparte de seis excelentes hombres que le había robado, había gastado ya de siete a ocho mil libras para sacarla a flote. Por otra parte, no se había comprometido en ello por su propio impulso. La Compañía encargada del comercio en esta parte de África le había llamado allí; el Cardenal Bagni, quien entonces era Nuncio en Francia, le había pedido que hiciera ese nuevo esfuerzo por la Religión; la Congregación de la Propaganda le había autorizado. Sus Hijos habían realizado allí ya un bien considerable; y él acababa de hacer nuevos gastos para enviar socorro al único de todos ellos que quedara en esta Tierra infiel. Y en esta circunstancia fue cuando se vio a punto de ser despedido. Sus Hijos, Habiéndose hecho sustituir el Mariscal de la Meilleraie en la antigua Compañía, ésta se quejó amargamente por ello. Rogaron al Hombre de Dios que interviniera para conciliar los ánimos: pero, fuera de que los ánimos, a los que mueve el interés, no se reconciliaban con facilidad, Vicente tuvo la mala suerte de sufrir una caída inoportuna, que le obligó a guardar la Casa durante bastante tiempo: la Meilleraie creyó que se perjudicaban sus intereses, y como en estas ocasiones de rivalidad haber agradado a un partido es casi una razón de desagradar al otro; corrió el rumor que, para excluir a los Sacerotes de la Misión, él había hecho unos arreglos con los Padres Capuchinos, y que en el primer viaje haría embarcar a veinticuatro de ellos para la Isla de S. Lorenzo.

Al santo Sacerdote no le faltaban recursos. Tenía crédito en la Corte, era considerado en Roma, que no quiere que se eche por tierra lo que ella ha hecho. Él podía al menos defender su posesión y sus derechos ante aquellos a quienes se quería colocar en su lugar; y quienes llenos de religión y de piedad, como están, habrían sido los primeros en ponerse de acuerdo que es a los que han sembrado a quienes pertenece hacer la cosecha. Él no hizo nada de eso. *Si el sr Mariscal se arregla con estos buenos Religiosos*, escribió a uno de los suyos, *voy a llamar al sr Bourdaise de Madagascar. Nuestra máxima es ceder siempre el lugar a los demás, estimando, y debiendo estimar, que ellos lo harán mejo que nosotros.* Hay que confesar que esta Filosofía, si alguna vez puede entrar en uso, ahorrará muchas escenas al Público, y a la Iglesia muchos escándalos.

Vicente no se vio obligado a realizar el sacrificio que meditaba y que le habría librado de muchos más rigurosos. La Meilleraie, recapacitando o persuadido de que su proceder no le traería ningún honor, le informó del día del embarque. El Santo le envió a cuatro de sus Sacerdotes, cuyo celo y virtud contaba mucho para él. A los cuales unió a aquel joven Hermano, quien dieciocho años antes se había salvado como por milagro de la tempestad, y a un Negro de Madagascar, quien formado cuidadosamente en S. Lázaro, con algunos más que el sr de Flacourt había reunido allí, estaba en disposición de realizar grandes servicios en la Misión, y a los Misioneros. El Santo les entregó una carta muy tierna para el sr Bourdaise: pero Bourdaise no estaba ya. La soledad y el trabajo le habían consumido muy pronto. También, el Buque con socorros para él, se enfrentó al otro día de partir a una tempestad tan violenta que hechos trizas el Timón y el Mástil, la tripulación estuvo *durante ocho días a dos pasos de la muerte*. Pero al fin, reparado en Lisboa, se hizo de nuevo a la vela: y pronto fue atacado y preso por los españoles; y hasta que una especie de cautividad terminó no fueron soltados los Misioneros en Galicia, y se volvieron a Francia.

Mientras que el Siervo de Dios formaba proyectos para la salvación de Madagascar, que le salían tan mal, hacía para la salvación del pueblo de Metz preparativos, que tuvieron un éxito más halagüeño. Habiendo regresado la Corte a esta Ciudad en 1657, Ana de Austria que, digan lo que digan las Memorias del Cardenal de Retz, tenía una piedad sólida, supo con dolor que Dios no era servido universalmente en ella como era debido, y que había abusos que reformar. Al regresar a París, se dirigió a Vicente de Paúl y le dijo que, habiendo sido testigo de los bienes que se hacen con las Misiones, era su intención que dieran una los Sacerdotes de la Congregación en Metz. “Vuestra Majestad, replicó el santo Hombre, no sabe entonces que los pobres Sacerdotes de la Misión no son Misioneros más que para los pobres; y que si estamos establecidos en París, y en las otras ciudades Episcopales, no es más que para el servicio de los Seminarios, de los Ordenandos, de los que hacen el retiro espiritual, y para ir a dar misiones al campo; y no para predicar, catequizar ni confesar en esas ciudades. Pero, añadió él, hay otra Compañía de Eclesiásticos, que se reúnen en S. Lázaro todas las semanas, y que podrán muy bien desempeñar, si le agrada a Vuestra Majestad, más dignamente que nosotros este empleo.

La Reina le respondió que no había oído todavía que los Sacerdotes de la Congregación no diesen misiones en las grandes ciudades; que no había sido su intención apartarlos de su Instituto; y que estos señores de la Conferencia de S. Lázaro, siendo de su elección, y viniendo de su parte, encontraba bien que emprendieran la Misión de Metz. El Siervo de Dios no pidió el tiempo: eligió del gran número de los que formaban la Conferencia, a cuarenta Eclesiásticos de mérito y de buena voluntad. Puso al frente al Abate de Tournus, cuyo nombre y virtudes formaban una garantía. Dio a este Grupo de elite los consejos que juzgó necesarios para el feliz éxito del gran trabajo que iban a comenzar. Como sabía por experiencia, que se necesita con frecuencia muy poca cosa para impedir el éxito de un buen asunto, trató de ponerles en guardia frente a todas las dificultades. Dio orden al Superior de la casa de Toul que alquilara y preparara a estos Señores un Alojamiento cómodo. Mandó que rogaran al Estacionario señalado para la Cuaresma que no predicara, porque no lo habría podido hacer sin trastornar el orden del tiempo y de los discursos, que hay que seguir en las Misiones: pero dijo que pagaran a este mismo predicador la retribución por su trabajo, ya que él había hecho los gastos y justo era que se le tuviera en cuenta,

Era, al parecer, su destino que no hiciera nunca bien alguno sin que le produjera inquietudes. Los que enviaba a Metz y de los cuales trece habían salido ya, no estaban a medio camino todavía, cuando se produjo un desbordamiento de agua extraordinario, y eso por todo el Reino, que nadie recordaba nada parecido. El Santo explica él mismo en una carta del primero de mayo que todo París estaba aterrado, que se veían más Barcas que Carrozas, que la noche precedente habían sido arrastrados cuatro arcos del Puente Marie con las Casas que había debajo; y que incluso el agua del Río llagaba hasta el cercado de S. Lázaro. Este terrible diluvio, que produjo por todas partes unos estragos espantosos, alarmó a los que tenían parientes o amigos en el campo. Vicente se sentía igualmente inquieto por los que había enviado a Madagascar, y por los que había mandado salir para Metz. Veinte días transcurrieron sin que oyera hablar de unos ni de otros. Por fin supo que el sr de Chandénier y los suyos habían llegado a término. Bendijo a Dios, bien persuadido que si su misericordia se dignaba conservarlos, trabajarían eficazmente por su gloria. No se equivocó. La Misión de Metz fue todo un éxito: y la Reina que quería que el Abate de Tournus le diera cuenta del trabajo y éxitos, quedó tan edificada que resolvió desde entonces establecer en esta ciudad a Sacerdotes de la Misión para hacer en los campos lo que los Eclesiásticos de la Conferencia habían hecho tan bien en la ciudad. Esta Fundación Real no se hizo hasta después de la muerte de nuestro Santo. La Reina añadió a su primer proyecto que los Misioneros se encargaran de la dirección del Seminario, si los Obispos de Metz lo juzgaban oportuno.

Haría mal en omitir aquí que el Siervo de Dios, durante el desbordamiento de las aguas, del que acabamos de hablar, prestó por tercera vez al pueblo de Génévillers un servicio parecido al que hemos descrito en otro lado con más extensión. Había ayudado unos meses antes en las necesidades de los habitantes de Boulogne en Picardía, pero querer detallar todo el bien que hizo es querer no acabar nunca. Diremos con toda una palabra del que procuró por segunda vez a los soldados del Ejército Real, porque dio lugar a una charla, que puede hoy todavía animar a las Hijas espirituales de nuestro Santo en las funciones más duras de su estado.

Después de la batalla de las Dunas, en la que el Príncipe de Condé y el Vizconde de Turena, dos de los hombres más grandes que Francia haya visto jamás, se presentaron con igual valor, sin ser ni deber ser iguales en la suerte; se trasladó a Calais a un buen número de nuestros soldados, en parte cubiertos de heridas, consecuencias naturales de las Victorias largo tiempo disputadas, en parte agotadas por el mal aire de los alrededores de Dunkerque, que pensó ser tan funesto para Luis XIV. La Reina que se hallaba por aquellos sitios, quedó impresionada por la situación de aquellos bravos Militares, que acababan de aniquilar a un numeroso Ejército de Españoles. Ella sospechó que las Hijas de la Caridad, si era posible conseguirlas, salvarían la vida a muchos de aquellos intrépidos guerreros. Se dirigió pues a nuestro Santo Sacerdote, quien al instante mandó salir a cuatro de las más fuertes de su Compañía. Pero la salud más vigorosa no resiste largo tiempo contra un trabajo excesivo. Dos, y éstas dos eran las más robustas, sucumbieron en muy poco tiempo. La Reina pidió otras, y fue en esta ocasión en una Conferencia espiritual manifestó los sentimientos de estima y de respeto, que él tuvo siempre por estas Vírgenes igualmente prudentes y valientes.

“Encomiendo a vuestras oraciones, decía, a las Hijas de la Caridad que hemos enviado a Calais para asistir a los pobres Soldados heridos. De cuatro que eran, hay dos y de las

más fuertes de su Compañía, que han sucumbido bajo la carga. Imaginaos, Señores, lo que significa que cuatro pobres Hijas rodeadas de quinientos o seiscientos Soldados heridos y enfermos. Fijaos un momento la conducta y la bondad de Dios, al haberse suscitado en este tiempo a una Compañía de esta clase: Para hacer ¿qué cosa? Para asistir a los pobres corporalmente y hasta espiritualmente, diciéndoles algunas palabritas, que los lleven a pensar en su salvación, en particular a los moribundos, para ayudarles a bien morir, ayudándoles a hacer los actos de contrición y de caridad. En verdad, Señores, que es impresionante: ¿No les parece que es una acción de gran mérito ante Dios, que una Hijas se vayan con tanto valor y resolución en medio de los Soldados, a socorrerlos en sus necesidades y contribuir a salvarlos? Que vayan a exponerse a tantas fatigas y a tantas enfermedades molestas, y por fin a la muerte por gente que se han expuesto a los peligros de la guerra para el bien del Estado.

Vemos pues qué llenas están estas pobres Hijas de celo por la gloria de Dios y por la asistencia al prójimo. La Reina nos ha hecho el honor de escribirnos para mandarnos enviar a otras a Calais para asistir a los pobres Soldados; y ya tenemos a cuatro que van a salir hoy. Una de ellas de unos cincuenta años vino a verme el viernes pasado al Hotel-Dieu donde estaba yo, para decirme que había oído que dos de sus Hermanas habían muerto en Calais, y que ella venía a ofrecerse a mí, para ser enviada allí en su lugar, si me parecía bien.. Le dije: Querida Hermana, ya lo pensaré, y ayer vino aquí para saber la respuesta que tenía que darle. Vean, Señores y Hermanos míos, el valor de estas Hijas para ofrecerse como víctimas preparadas para dar su vida por el amor de Jesucristo, y el bien del prójimo. ¿No es eso admirable? En cuanto a mí, yo no sé qué decir, sino que estas Hijas serán mis Jueces en el gran día del Señor. Sí, ellas serán nuestras Jueces, si no estamos dispuestos, como ellas, a exponer nuestras vidas por los intereses de Dios. Como nuestra Congregación tiene alguna relación con su Compañía, y Nuestro Señor ha querido servirse de la de la Misión para dar comienzo a la de las pobres Hijas, tenemos también obligación de agradecer a Dios por todas las gracias que les ha dado y pedirle que continúe por su bondad infinita las mismas bendiciones en el futuro.

No podríais creer cuánto bendice Dios por medio de esta buenas Hijas, y en cuántos lugares son deseadas. Un Obispo las pide para tres Hospitales; otro para dos; un tercero las pide también, y no hace más que tres días que me urgieron que le enviara. Pero no hay manera, no tenemos suficientes.

Yo pedía el otro día a un Párroco de esta ciudad, que las tiene en su Parroquia, cómo actuaban ellas. No me atrevería a contaros lo bien que me habló de ellas: ocurre así con las otras, quién más, quién menos. Y no es porque no tengan defectos, ¡Ay! Y quién no los tiene: pero ellas no dejan de ejercer la misericordia, hermosa y preciosa virtud, de la que se ha dicho que lo propio de Dios es la misericordia; nosotros la ejercitamos aquí y debemos ejercitarla toda nuestra vida; misericordia corporal, misericordia espiritual; misericordia en los campos en las Misiones, socorriendo las necesidades de nuestro prójimo; misericordia en la casa con nuestros Ejercitantes que están en retiro con nosotros, y con los pobres en tantas ocasiones que Dios nos presenta: en fin debemos estar siempre entre gentes de misericordia si queremos hacer en todo y por todo la voluntad de Dios. Y qué hacemos, decía el Santo en otra ocasión –carta del 4 de noviembre de 1651-, si no hacemos la voluntad de Dios”.

Vicente hizo él mismo este año un bien que pertenece esencialmente a su Historia: hablo de las Reglas o Constituciones, que dio por fin a la Congregación. Hacía más de treinta años que estaba fundada, y no las tenía todavía. Es verdad que los suyos habían encontrado hasta entonces en él a un modelo viviente; y que para obrar bien no tenían más que consultarle, pero este modelo no podía en adelante durar mucho y era oportuno prevenir con un Reglamento claro y preciso hasta la sombra de las dudas, que la inquietud del espíritu humano no dejaría de presentar en lo sucesivo. Vicente, a pesar de las grandes ocupaciones, pensaba en ello todos los días. Si pareció a algunos que lo pensaba demasiado lentamente, es porque tenía por máxima consultar mucho y a los sabios, y a Dios todavía más que a los hombres. Se ve por las cartas que escribía aquí y allá, y sobre todo a Italia, que tuvo toda la atención posible a las dificultades que le proponían. Se ve también que sobre un punto importante consultó a los más sabios Canonistas de Roma, a los mejores Teólogos de Sorbona, a los más hábiles Jurisconsultos del Parlamento. Pero el texto mismo de estas Constituciones es sin discusión la más justa prueba de la estima que se debe hacer de ellas. Aunque una Lectura de tres o cuatro horas sea suficiente para recorrerlas de un extremo al otro, se halla en ellas un resumen tan hermoso del Evangelio, máximas tan sabias, medios tan proporcionados al fin, caminos tan seguros para llegar a la perfección Cristiana y Sacerdotal, remedios tan eficaces contra la corrupción del siglo, consejos tan prudentes para la santificación de los pueblos, que es fácil darse cuenta que Dios ha andado de por medio y que es a la luz de su Espíritu Santo como Vicente ha espigado cuanto ha dicho.

Comienza ya por establecer como principio que la pequeña Congregación de la Misión se propone, con todas sus fuerzas, tomar a Jesucristo por modelo; que a ejemplo de este divino Salvador debe hacer y enseñar; que para practicar lo uno y lo otro, debe trabajar en su propia perfección, anunciar el Evangelio a los pobres y sobre todo a los del campo, ayudar a los Ministros del Hijo de Dios a adquirir la ciencia y las virtudes que son propias de su estado. Él añade que estando compuesta de Eclesiásticos y de gentes que no lo son, los primeros deben ir de pueblo en pueblo a partir el pan de la palabra, aconsejar a los que lo necesiten hacer confesiones generales, y escucharlas, arreglar los procesos, terminar las diferencias, establecer las Cofradías de la Caridad; dirigir los Seminarios; dar retiros; tener Conferencias Eclesiásticas, y entregarse a otras funciones parecidas: los segundos deben hacer el oficio de Marta y atraer con sus oraciones, sus lágrimas, sus mortificaciones la bendición de Dios sobre ellos y sobre los trabajos de los demás.

Para llegar a este fin, el santo Fundador quiere que sus Hijos se revistan del Espíritu de Jesucristo y que se inclinen por las máximas que él nos ha trazado en el Evangelio, a su pobreza a su pureza, su obediencia, su caridad por los enfermos, su modestia, su modo de vivir, de actuar, de tratar con el prójimo; sus ejercicios de piedad, su conducta en las Misiones que dio, y en las funciones que llevó a cabo en los pueblos. A estos diez puntos propiamente reduce Vicente de Paúl las Reglas de la Congregación.

Quiere ante todo –en c. 2- que estén bien persuadidos de que las máximas del Evangelio no engañan nunca, mientras que las del mundo engañan siempre, sus Misioneros deben hacer profesión de conducirse siempre según las Reglas que el Hijo de Dios nos ha dado y nunca según las del mundo. De este principio tan sólido como breve saca estas grandes consecuencias que los suyos tendrán cuidado de preferir los bienes del alma a los del cuerpo, la gloria de Dios a las vanidades del siglo, la pobreza, la infamia, los tormentos, y la muerte misma, las vanidades de este mundo a todo lo que pudiera separarlos de la

caridad de Jesucristo. Que se apliquen a hacer en todo la voluntad de Dios; que para ello escogerán lo que sea menos del gusto de la naturaleza, y recibirán el bien y el mal de la mano de Dios con una gratitud igual; que unirán la sencillez de la paloma a la prudencia de la serpiente; que, para practicar esta importante lección, *Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón*, se persuadirán del todo que no merecen más que ser despreciados, y se alegrarán de serlo.

Después de otras máximas parecidas sobre la necesidad de renunciar a su voluntad, a su juicio y a lo que pudiera halagar los sentidos, de combatir una ternura mal reglada hacia los que nos dieron el ser, de no apegarse ni a los empleos ni a las personas ni a un lugar más que a otro, de evitar la singularidad en el vivir y en el vestir, en la manera de enseñar, de predicar, de dirigir; y hasta en las prácticas de piedad el santo Sacerdote exhorta a sus Hijos a que se esfuercen sobre todo en adquirir la sencillez, la humildad, la mansedumbre, la mortificación y el celo por la salvación de las almas. Quiere que estas cinco virtudes sean como el sello de la Congregación y que cada acción de los suyos lleve su impronta. A estas virtudes une las que sirvieron al Hijo de Dios para combatir al demonio y derribar su imperio; esta pobreza que iba hasta no tener una piedra en que descansar. Esta pureza perfecta que ni la envidia misma atacó nunca; esta obediencia que le llevó hasta morir y morir en la Cruz.

Vicente vuelve a estas tres últimas virtudes, y en sus Constituciones cada una de ellas ofrece materia para un Capítulo entero. Aunque los de la Congregación, que no forman más que un solo cuerpo secular, no puedan ser privados de la propiedad de sus bienes, quiere que vivan como si no los poseyeran. Todo debe ser pobre en ellos, la mesa, la habitación, la cama y los muebles: nada curioso, nada ni siquiera superfluo; aquél a quien le ha correspondido menos debe estar más contento que nadie. El deseo de tener bienes Eclesiásticos es tratado como tentación peligrosa.

Sobre la castidad tanto más necesaria a los de la Misión por estar expuestos en su misión a muchas ocasiones capaces de alterarla, prescribe las más severas precauciones. No le basta con que los suyos posean esta virtud en un grado por encima de la mediocridad, quiere que estén fuera del alcance de la más ligera sospecha; persuadido de que esta sospecha, por injusta que sea, causaría más daño a la Congregación y a sus empleos que la idea de cualquier otro crimen que la injusticia pudiera achacarle. Por ello advierte que el Salvador quiso permitir que le saciaran de oprobios y de calumnias, pero nunca permitió que sospecharan de él en este particular.

En cuanto a la obediencia, el Santo le da un objeto muy extenso. El Papa, los Obispos, los Superiores de la Congregación sean del rango que sean deben contar con una docilidad pronta, santa y razonable. Al primer toque que anuncia un ejercicio, se ha de dejar imperfecta la letra que habéis comenzado. La piadosa costumbre de no pedir nada y aceptarlo todo es menos un consejo que una Ley imprescriptible. Si uno tiene razones para no pensar como los que gobiernan, se les debe exponer con sencillez y ver bien que no accedan a ello.

Un hombre tan lleno de caridad no se olvidó de los enfermos. Criados, extraños y sobre todo los pobres en las Misiones, deben ser visitados, consolados, edificados, aliviados en el alma y en el cuerpo. Si el Enfermero tiene sus Reglas, el enfermo tiene las suyas. Su virtud debe crecer en la enfermedad. El lecho del dolor, en el que yace, es un púlpito desde el cual

debe predicar, al menos con el ejemplo, la paciencia, la resignación, y una perfecta obediencia a todos los que han sido señalados para cuidarle.

La modestia –en el c.7- tan exactamente practicada por el Hijo de Dios, tan alabada por S. Pablo, es una de las virtudes que el santo Fundador recomienda más a sus Hijos. La disipación de la vista sobre todo en la Iglesia, en el refectorio y en los ejercicios públicos; la ligereza en el gesto y en los modales; la familiaridad que llegaría a lo pueril o a lo indecente, son otros tantos defectos en el Misionero. Como está siempre delante de Dios, es preciso que sea siempre modesto. Si debe amar la limpieza, debe huir de todo lo que huela a afectación.

A estas Reglas suceden otras que tratan del modo como se ha de vivir –c. 8-, sea con los de la Congregación, sea con los extraños; los primeros deben respetarse como verdaderos amigos; no mantener ni relaciones, ni odios particulares; tratar de cosas buenas en las conversaciones, no hablar en ellas mal de nadie, y menos todavía de las otras Comunidades; dejar a cada País, cada Nación en lo que son, y no criticarlos; guardar un silencio riguroso en los tiempos que están destinados a él; es decir excepto dos horas en todo el día.

A los externos –c. 9- no los verán, a no ser que la obediencia o la necesidad lo exijan. Se recordará entonces que los Discípulos de Jesucristo son la luz del mundo; luz que, como la del sol, debe iluminar, calentar y pasar sin corrupción por los lugares que no están exentos de ella. Como personas comprometidas en la milicia de Dios deben tener cuidado de no mezclarse en los asuntos del siglo, Vicente no quiere que los suyos de encarguen de solicitar Procesos, de ejecutar Testamentos, o de trabajar en los Matrimonios. Por lo que se refiere a asuntos de piedad no lo encuentra mal que se mezclen, pero siempre que sea dentro de los límites de la dependencia y de la subordinación.

Aunque en todo esto no haya nada de extraordinario, ni siquiera nada de lo que los santos Cánones no hayan hecho una Ley para los Eclesiásticos que no viven en Comunidad, el Siervo de Dios conocía demasiado la debilidad humana para contar que, sin una gracia muy especial, aguantara mucho tiempo en un camino, que de por sí es penoso a la naturaleza. Para obtener esta gracia preciosa, Vicente prescribe un número de ejercicios de piedad muy propios para atraer al Espíritu que da la vida y que la conserva. Sus Hijos deben hacer cada día una hora de Oración mental en común, confesarse al menos una vez a la semana, los Sacerdotes celebrar la Misa todos los días, si nada lo impide, los que no lo son comulgar los Domingos y Fiestas: unos y otros leer un capítulo del nuevo Testamento, y hacer alguna Lectura espiritual, entregar cada año ocho días a unos buenos ejercicios, hacer en ellos una revisión de las faltas cometidas desde los últimos, tener un Director espiritual, hablarle cada tres meses al menos del estado de su alma, adorar con frecuentes Actos de Fe los inefables Misterios de la Trinidad y de la Encarnación, aprovechar todas las ocasiones para que se respeten tanto como se merecen, si fuera posible, honrar con un culto especial al augustísimo Sacramento de nuestros Altares, tener una tierna devoción a la Reina de las Vírgenes.

Ya que las misiones son el primer fin de la Congregación, que los seminarios no se han establecido más que para formar a Sacerdotes, que puedan continuar el bien que hayan hecho, no sorprende que el piadoso Fundador les haya dedicado un capítulo particular. Se le puede reducir a estos cuatro puntos: No hacer nada sin la aprobación del Obispo, puesto que nos es necesaria hasta para confesarnos unos a otros. No emprender en una Parroquia nada contra el parecer del Párroco, y consultarle en los asuntos importantes que no se

relacionan con la Confesión, hacer todas nuestras funciones gratuitamente sin aceptar nunca nada más que el uso de la casa donde debemos alojarnos. Si hay algo que consultar, hacerlo con precauciones infinitas. Veremos en tiempo y lugar que estas máximas seguidas a la letra en las misiones han atraído la lluvia del Cielo sobre los pueblos y sobre los que trabajaban en convertirlos.

Como en la vida espiritual se trata menos de hacer que de hacerlo bien, el Santo acabó por proponer a sus Hijos medios seguros de santificar sus funciones. Quiere que ellas no tengan otro fin que la gloria de Dios; que al principio de cada acción y sobre todo de las que son más importantes, se hace el propósito de agradarle sólo a él; que se ahogue hasta los primeros asomos del deseo de contentarse a sí mismo o de contentar a los hombres; que, cuando se ha tenido algún éxito, se renuncie a esas vanas complacencias que sirven de alimento al amor propio; que, cuando se ha fracasado, se humillen sin abatirse. Al salir de un acto público, él desaprueba igualmente las alabanzas que darían orgullo y esas censuras indiscretas que desaniman para nada. La sencillez, esta primera de las cinco virtudes, que componen el espíritu de la Congregación, debe resplandecer sobre todo en los discursos que se hacen a los Pueblos y a los Eclesiásticos. En ellos se han de ignorar esas expresiones blandas y afectadas, esos pensamientos traídos por los pelos, esas sutilidades vacías, que el Salvador no empleó nunca y a las que sus primeros Discípulos tenían horror. En todo el santo Fundador va a lo seguro, a lo sólido; no quiere ni opiniones nuevas, ni rutas singulares, ni curiosidades vanas. La ambición y la envidia son a sus ojos pasiones enormes, contra las cuales se ha de estar siempre en guardia. Cada uno de los suyos debe desear con Moisés que todos sean Profetas; hacerse partícipes de los bienes que hacen las demás Compañías, por la alegría que sentirá por sus buenos éxitos; alegrarse de ser tenido en poco, mientras que ellas están llenas de gloria y de honor. Si con esto un Misionero debe estar más tiernamente unido a su estado más que a otro, es que una madre pobre y desfigurada agrada más a un hijo bien nacido que la mujer más hermosa y perfecta del mundo.

Esto es cuanto me ha parecido más notable en las Constituciones del Fundador de la Misión. Aunque escritas con toda sencillez, tienen en el Original un carácter de luz y de unción, que un resumen no permite alcanzar. Un gran Prelado a quien se las había comunicado el Santo las llevaba siempre consigo y las consideraba como uno de los mejores resúmenes del Evangelio. Esta es también la idea que deben formarse y que se forman en efecto los verdaderos Misioneros.

Para hacerles saber con qué exactitud las deben observar, el Santo antes de distribuírselas dirigió a su Comunidad un prolongado discurso sobre esta materia; Discurso que tiene mucha relación con la Epístola que sirve como de Prefacio a estas mismas Constituciones. Uno y otra contienen en sustancia, que, aunque haga unos treinta y tres años que la Congregación está fundada, no se le han dado todavía Reglas por escrito, y ello para imitar al Hijo de Dios, que comenzó a hacer antes que a enseñar; que como toda precipitación en este caso habría estado sometida a muchos inconvenientes; que había sido oportuno ensayar en una larga experiencia lo que convenía o no convenía; que al entregar Reglas un poco tarde se tenía el consuelo de no prescribir nada nuevo, nada a lo que la Compañía no estuviera ya acostumbrada mucho antes, nada que no hubiera practicado ya con edificación; que, para continuar caminando al mismo paso, no tenía más que poner los ojos en el fondo mismo de las Reglas y sobre quién es su Autor.

“En lo que tiene que ver con la sustancia de nuestras Reglas, me parece, decía el santo Sacerdote, que por la gracia de Dios tienden todas a alejarnos del pecado y hasta de las imperfecciones, a procurar la salvación de las almas, servir a la Iglesia y glorificar a Dios, de manera que, quien quiera que las observe como es debido, se alejará del vicio, se pondrá en la disposición que Dios le pide, será útil a la Iglesia y rendirá a Nuestro Señor la gloria que espera. ¡Qué motivos! Señores y Hermanos míos, para liberarse de los vicios y de los pecados, en cuanto la debilidad humana lo puede permitir, glorificar a Dios y hacer que sea amado y servido en la tierra. ¡Oh Salvador! qué suerte, no lo puedo apreciar lo suficiente. Nuestras Reglas no nos prescriben en apariencia más que una vida bastante común y sin embargo tienen con qué llevar a los que las practican a una alta perfección: y no solamente eso, sino también a destruir el pecado y la imperfección en los demás, como lo habrán destruido en ellos mismos. Si pues la pequeña Compañía ha hecho algún progreso en la virtud; si cada particular ha salido de la situación de pecado y ha adelantado en el camino de la perfección, ¿no es acaso la observancia de las mismas Reglas la que lo ha hecho? Si por la misericordia de Dios la Compañía ha producido algún bien en la Iglesia por medio de las Misiones y por los ejercicios de los Ordenandos, ¿no es acaso porque ha guardado el orden y el uso que Dios había introducido y que está mandado en las mismas Reglas? Ho qué motivos tan grandes tenemos pues para observarlas inviolablemente, y ¡qué feliz se sentirá la Congregación, si es fiel a ellas!

Otro motivo que debe obligarla es que las Reglas están casi todas tomadas del Evangelio y tienen como fin conformar nuestra vida a la que llevó en la tierra el Hijo de Dios. Este divino Salvador fue enviado de su Padre para evangelizar a los pobres: *Pauperibus evangelizare misit me. Pauperibus*: esa fue la ocupación de Nuestro Señor, que según nuestras Reglas debe ser la nuestra. Así es como trata de obrar la pequeña Compañía; y ella tiene un gran motivo de humillarse y confundirse, porque hasta ahora no había habido otra, que yo sepa, que se haya propuesto por fin particular y principal anunciar el Evangelio a los pobres, y a los pobres más abandonados. Sí, Señores y Hermanos míos, nuestra herencia son los pobres. ¡Qué suerte! hacer lo mismo para lo cual dijo Jesucristo que había venido del Cielo a la tierra y mediante lo cual esperamos por su gracia ir de la tierra al Cielo. Hacer esto es continuar la obra del Hijo de Dios, que iba a buscar e instruir a los pobres de los campos. Esto es a lo que nos obliga nuestro Instituto, a servir y ayudar a los pobres, a quienes debemos reconocer como a nuestros Señores y nuestros Maestros”.

De ahí se sigue, y en el mismo Discurso Vicente sacó la consecuencia, que las Reglas que entregaba son obra del que es origen de todo bien y sin el cual no somos capaces de tener un buen pensamiento. Advirtió que la Congregación y las Constituciones tenían el mismo principio: que todo se había hecho de alguna manera sin su participación, que él no había pensado ni en estas Reglas, ni en la Compañía, ni siquiera en la palabra Misión, que era Dios quien lo había hecho todo, y que los hombres no tenían parte en ello. “En cuanto a mí, añadió él, cuando considero la conducta de que ha querido Dios servirse para dar origen a la Congregación en su Iglesia, confieso que no sé dónde estoy y me parece que lo que veo es un sueño. No, esto no es cosa nuestra, esto no es obra humana, sino de Dios. ¿Llamaríais humano lo que el entendimiento del hombre no ha previsto y lo que su voluntad no ha deseado ni buscado de alguna forma? Nuestros primeros Misioneros no lo pensaban más que yo... Ahí está el sr Portail, ha visto tan bien como yo el origen de la pequeña Compañía, él nos puede decir que no pensábamos en nada menos que lo que estamos viendo hoy. Todo se ha hecho como por sí mismo una cosa tras otra. El número de los que

se unían a nosotros iba en aumento; todos trabajaban en la virtud, las buenas prácticas se introducían para poder vivir juntos y portarnos con uniformidad en nuestros oficios. Estas prácticas se han observado siempre y se observan todavía hoy por la gracia de Dios: finalmente se ha creído oportuno redactarlas por escrito y proponerlas a todos vosotros como Reglas de conducta.

“Qué me queda pues, Señores, sino imitar a Moisés quien, habiendo entregado la Ley de Dios al Pueblo, prometió a todos los que la guardasen toda clase de bendiciones en sus cuerpos, en sus almas, en sus bienes y en todas las cosas. Asimismo, Señores y Hermanos míos, nosotros debemos esperar de la bondad de Dios toda clase de gracias y de bendiciones para los que observen fielmente las Reglas que él nos ha dado: bendición en sus personas, bendición en sus oficios y en todas sus conductas, bendición en sus pensamientos, bendición en sus planes, bendición en sus entradas y salidas, bendición por fin en todo lo que emprendan. Espero que la fidelidad con que habéis observado hasta hoy estas mismas Reglas, y vuestra paciencia esperándolas por tanto tiempo, obtenga ara vosotros de la bondad de Dios la fuerza para observarlas todavía con mayor facilidad y más perfección en lo futuro. Oh Señor, dad vuestra bendición a este pequeño Libro y acompañadle con la unción de vuestro Espíritu Santo, a fin de que opere en las almas de los que lo lean, el alejamiento del pecado, el desprendimiento del mundo, la práctica de las virtudes, y la unión con vosotros”.

Después de este Discurso que Vicente pronunció con un tono de voz mediocre, pero con tanta humildad, dulzura y unción que logró pasar los sentimientos de su corazón al corazón de los que le escuchaban, mandó acercarse a los Sacerdotes y dio a cada uno de ellos un Ejemplar de las Constituciones, que ellos quisieron recibir de rodillas por devoción. La distribución de lo demás se retrasó al día siguiente, porque era ya tarde: sin embargo el Asistente de la casa habiéndose echado a los pies del Santo, para pedirle que bendijera otra vez a la Compañía, Vicente exclamó con un afecto y ternura redoblados: “¡Oh Señor! que sois la Ley eterna y la Ley inmutable, que gobernáis con sabiduría infinita todo Universo, vos de quien las conductas de las criaturas, todas las Leyes y todas las Reglas de bien vivir han emanado como de su fuente. ¡Oh Señor! bendecid, os suplico, a los que habéis dado estas Reglas y que las han recibido como venidas de vos. Dadles, Señor, la gracia necesaria para observarlas siempre e inviolablemente hasta la muerte. En esta confianza y en vuestro nombre, yo, miserable pecador, pronunciaré las palabras de la bendición que voy a dar a la Compañía”.

Así terminó aquel día, que el Hombre de Dios debió tener como una los más hermosos de su vida. Por muchos deseos que tuviera de morir para estar con Jesucristo, siempre había temido ser arrebatado antes de que su Congregación tuviera una forma de gobierno, a la que no se pudiera tocar. Si sus frecuentes enfermedades le hicieron más de una vez correr los riesgos de dejar su obra imperfecta, es porque su máxima fue siempre de no precipitar nada, de ir por lo mejor, cuando no estaba absolutamente obligado a contentarse con lo bueno.

A fuerza de haber visto en la vida de nuestro Santo suceder las penas de cerca de los consuelos más dulces, ya estamos hechos a esperar que la alegría que tuvo al ver su Instituto reafirmado, en cuanto podía estarlo, no tardó en empaparse de amarguras. Fue efectivamente poco después perturbada por una de los más molestos asuntos que había tenido en su vida, y que nosotros habríamos quizás suprimido, si dos autores contemporáneos no hubieran hablado de él con bastante detenimiento. Dios no quiera que

al traerlo a cuento, pretendamos tocar al Juicio que lo concluyó. Sometidos por deber y por inclinación a los poderes establecido por Dios, respetaremos siempre sus Decisiones: actuando de otra manera sería censurar la conducta de aquel a quien proponemos como modelo a nuestros lectores. El caso no nos detendrá, pero aquí, como en otro lugar, los sentimientos de Vicente de Paúl merecerán toda nuestra atención-

Hemos dicho más de una vez que el Siervo de Dios tenía muchas atenciones para con el antiguo Prior de S. Lázaro, que le honraba como a su Padre y que no le negó nunca de lo que le podía conceder. Algunos amigos que conocían el crédito del Prior sobre el espíritu de nuestro Santo, se sirvieron de él para concluir un asunto del que estaba muy alejado. Hacía dos años completos que se le proponía una granja de pensión vitalicia; pero la pensión era tan fuerte y los tiempos tan malos que Vicente no quería ni oír hablar de ello. Apenas había otro que el sr le Bon que fuera capaz de hacerle cambiar de idea; la emprendió a petición de las partes interesadas; lo consiguió y el Santo firmó el Contrato, después de consultar a personas sabias y experimentadas, quienes le aseguraron que no arriesgaba nada. Nunca nada le costó más: pagó exactamente la renta estipulada; mandó hacer mejoras considerables en el fondo que había adquirido; le vio más de una vez cosechado por la Fronda, en el tiempo en que se preparaba para recoger los frutos; y para colmo de desgracias, después de la muerte de los que se lo habían vendido, fue desposeído por Decreto.

Es raro que un hombre, a quien un rasgo de pluma arrebató cincuenta mil libras en un momento de la más urgente necesidad, esté tan tranquilo como si las hubiera ganado. Más raro resulta aún que continúe dueño de sí mismo, cuando por un lado puede temerle todo de su parte adversa y por el otro encuentra que las opiniones están divididas acerca del Juicio emitido contra él. Pero lo que se ve pocas veces en el común de los mortales, se veía plenamente en S. Vicente de Paúl. A la primera noticia que tuvo de la pérdida de su Proceso, escribió en estos términos al sr des Bordes, Auditor de la Cámara de las Cuentas en París, hombre que de siempre se sentía unido a la Congregación, y quien a una gran probidad unía una gran inteligencia en los negocios.

“Señor, los buenos amigos se comunican lo bueno y lo malo que les sucede –carta del 5 de septiembre de 1658-; y como vos sois uno de los mejores que tengamos en el mundo, no puedo dejar de comunicaros que la pérdida que hemos sufrido del Proceso y de la Granja d’Orsigny, no sin embargo como un mal que nos haya acaecido, sino como una gracia que Dios nos haya dado, a fin de que os sea grato, Señor, ayudarnos a darle gracias. Llamo gracia de Dios a las aflicciones que envía sobre todo las que son bien recibidas: pues habiéndonos dispuesto su bondad infinita a esta privación, antes de que fuera ordenada, nos ha hecho también acceder a este accidente con una entera resignación; y me atrevo a decir con tanta alegría como si hubiese sido favorable. Esto parecería una paradoja a quien no estuviera versado como vos en los asuntos del Cielo, y que no supiera, y que la conformidad con la voluntad de Dios en las adversidades es un bien mayor que todas las ventajas temporales. Os suplico muy humildemente que aceptéis que derrame en vuestro corazón los sentimientos del mío, que está sin reserva en el de Nuestro Señor”, etc.

Hay en la tierra pocos amigos sinceros, y los que lo son, son a veces, a pesar de la rectitud de sus intenciones, de esos consoladores pesados de los que se quejaba el santo hombre Job. Una vez que el rumor del fallo, del que acabamos de hablar, se hubo difundido, un número bastante grande de personas que tenían piedad y experiencia en los negocios

llegaron para ver al santo Sacerdote y le suplicaron que replicara con una Demanda Civil. Fue incluso uno de sus Jueces el primero que le abrió este camino, y le aseguró que era infalible. Uno de los más célebres Abogados de la Corte, que había asistido a la consulta de esta asunto, fue del mismo parecer, y se creyó tan seguro de su hecho que, aunque no fuera pródigo, se ofreció no sólo a pleitear sin retribución, sino también a indemnizar a la casa de S. Lázaro, si no tenía por segunda vez la desgracia de sucumbir.

A estos motivos que daban esperanza, sin dar miedo, las circunstancias del tiempo añadieron otro nuevo, que no podía ser sino de gran peso en el espíritu del Siervo de Dios. El sr de Lamoignon acababa de ser colocado por el Rey a la cabeza del Parlamento: toda la casa de este Magistrado hacía profesión publica de estimar a Vicente de Paúl; estaba desde hacía largo tiempo asociada a sus buenas obras y nadie conocía mejor que el sr Presidente qué limpias eran las ideas del santo Sacerdote.

A pesar de estas consideraciones, Vicente se atuvo al partido de la sumisión. Para no ofender a sus amigos que le proponían uno opuesto del todo, les dio cuenta de las razones que tenía de no pensar como ellos. Estas razones están tan llenas de prudencia y de equidad, que he creído un deber traer aquí una Carta en la que se contienen. ¿Quién sabe si no servirán un día a gentes que se encuentren caso parecido?

“Aunque nos aseguren (son poco más o menos las palabras del Santo) que estamos bien seguros de vencer por Demanda Civil, no podemos resolernos a ello, 1º. Porque un gran número de Abogados, que habíamos consultado conjuntamente y por separado antes del Fallo que nos ha desposeído, nos habían asegurado siempre que nuestro derecho era infalible, y en particular los srs Defita y d’Hoste, que le examinaron a fondo, sin embargo la Corte ha fallado de otra manera; tan verdad es que las opiniones no son acordes, y que nunca se ha de buscar apoyarse en el Juicio de los hombres. 2º. Una de nuestras prácticas en las Misiones, siendo poner de acuerdo los diferendos del pueblo, es de temer que si la Compañía se empeñara en una nueva contestación con esta Demanda Civil, que es el refugio de los más grandes buscapleitos, Dios no nos quitara la gracia de trabajar en los arreglos. 3º. Daríamos un gran escándalo tras un Fallo tan solemne, pleiteando para destruirlo. Nos culparían de demasiado apego a los bienes, que es el reproche que se hace a los Eclesiásticos; y haciéndonos ridiculizar en el Palais, haríamos un mal a otras Comunidades, y también seríamos causa de que nuestros amigos se escandalizaran en nosotros. 4º. Tenemos motivos para esperar que, si buscamos el reino de Dios, nada nos faltará, como lo dice el Evangelio; y que, si el mundo nos quita por un lado, Dios nos dará por el otro. Lo hemos experimentado desde el momento que la Corte nos ha desposeído de esta Tierra: pues Dios ha permitido que un Consejero de la misma Cámara, donde se nos ha juzgado, nos ha dejado al morir casi tanto como vale esa propiedad.

Por fin, Señor, para decirlo todo, siento mucho, por las razones que se suponen, ir contra el consejo de Nuestro Señor, que no quiere que aquellos, que se han comprometido a seguirle, pleiteen, y si lo hemos hecho ya, es porque no podía abandonar en conciencia un bien de la Comunidad, del que no tenía la administración, sin hacer todos los posibles para conservarlo; pero ahora que Dios me ha descargado de esta obligación por un Fallo soberano, que ha hecho mis cuidados inútiles, yo pienso, Señor, que nos debemos quedar ahí.

Os suplico muy humildemente, Señor, a vos que tenéis el espíritu lleno de las máximas Cristianas que consideréis todas estas razones y nos permitáis atenernos a ellas". Esta carta estaba escrita al mismo sr des Gordes.

Vicente no creyó hacer lo suficiente sometiéndose al Juicio dictado contra él; quiso también que los suyos diesen gracias a Dios. Les dio sobre este tema una de esas Conferencias espirituales, en las que la sencillez mantenida con unción y buen ejemplo atraía de ordinario a su pensamiento los corazones y las mentes. Después de decir que unas personas respetables le pedían vivamente que se recobrara por Demanda Civil: "*¡Oh Dios mío, exclamó, nos guardamos de hacerlo! Vos mismo Señor, habéis pronunciado el fallo, él será, si así lo queréis, irrevocable; y para no diferir su ejecución, nosotros hacemos desde este mismo momento un sacrificio de este bien a vuestra divina Majestad, y os ruego, Señores y Hermanos míos, acompañémosle de un sacrificio de alabanzas. Bendigamos a este soberano Juez de los vivos y de los muertos por habernos visitado en el día de la tribulación. Démosle gracias infinitas por haber apartado no sólo nuestro afecto de los bienes de la tierra, sino porque en efecto nos ha privado de los que teníamos, y nos ha hecho la gracia de querer esta privación*".

Para asegurar a su Comunidad en los sentimientos tan poco conformes al gusto de la naturaleza, el Santo les recuerda estas grandes verdades, que Dios castiga a quienes ama: que las aflicciones son pruebas de su amor; y que por eso es preciso amarlas y alegrarse de ellas, "*Pero ¿cómo podemos alegrarnos de los sufrimientos, pues desagradan por su naturaleza y huimos de ellos? Es que pasa con ellos como con los remedios. Se sabe bien que las Medicinas son amargas y que las más dulces producen rechazo antes incluso de tomarlas, sin embargo se tragan gustosamente, porque se busca la salud y por ellas conservarlas o recobrarlas. Así pasa con las aflicciones, aunque desagradables en sí mismas, contribuyen al buen estado de un alma y de una Compañía; por ellas las purifica Dios como el oro por el fuego. El Hijo de Dios en el Huerto de los Olivos no sentía más que angustias, y en la Cruz dolores tan excesivos que parecía en el abandono en que estaba de todo socorro humano, él estuviera también abandonado de su Padre, sin embargo en estos espantos de la muerte y en estos excesos de su Pasión, se alegra de hacer la voluntad de su Padre; por rigurosa que sea, la prefiere a todas las alegrías del mundo; ella constituye su alimento y sus delicias. A su ejemplo, Hermanos míos, nuestro consuelo deber ser verse cumplir en nosotros su santa voluntad por las humillaciones, las pérdidas y las penas que nos suceden: Aspicientes, dice S. Pablo, in Auctorem Fidei et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta*".

El Santo refuerza este argumento con estas bellas palabras del Apóstol Santiago: Estad persuadidos, Hermanos míos, que tenéis todos los motivos de alegraros, porque seréis puestos a prueba. *Omne gaudium existimate, Fratres mei, cum in tentationes varias incideritis*. Quiere que sus Hijos concluyan que al perder mucho, ellos han ganado mucho, y que Dios los ha servido bien, quitándoles la ocasión de tomarse algún descanso en el que los suyos no se satisfacen sino a expensas del fervor. Un momento después se deja llevar a ese fuego divino del que las chispas vivas se hacen sentir en todos sus discursos. ¡Oh Hermanos míos, dice, si quisiera Dios que esta pérdida temporal fuera recompensada con un aumento de confianza en su Providencia, con un abandono a su dirección, con un

despago de las cosas de la tierra, con renuncia a nosotros mismos, qué felices seríamos! Me atrevo a esperar de su paternal bondad, que todo lo hace para bien, que nos haga esta gracia.

“Pero continúa este gran Siervo de Dios, ¿cuáles son los frutos que debemos sacar de todo esto? El primero será ofrecer a Dios todo lo que nos queda en cuanto a bienes y consuelos del cuerpo como del espíritu; ofrecernos a él nosotros mismos en general y en particular, pero de la manera buena a fin de que disponga absolutamente de nuestras personas y de todo lo que tenemos, según su santísima voluntad; de manera que estemos siempre preparados a abandonarlo todo, para abrazar las incomodidades, las ignominias y las aflicciones que nos suceden, y por este medio seguir a Jesucristo en la pobreza, en su humildad y en su paciencia.

El segundo es no pleitear nunca, por mucho derecho que tengamos; o. si nos vemos forzados a ello que sea solamente después de probar los caminos imaginables para ponernos de acuerdo, a menos que el buen derecho fuera muy claro y evidente; ya que quien se fía del juicio de los hombres, a menudo se equivoca. Practicaremos pues el consejo de Nuestro Señor, que dice: Si os quieren quitar el manto, dad también la túnica. Dios conceda a la compañía de entrar en esta práctica. Se ha de esperar que si ella es fiel en cumplirlo y firma en no apartarse nunca de ella, su divina bondad la bendecirá, y que si se le quita de un lado se le dará por otro”. Esta predicción del Santo no tardó en cumplirse. Su última Carta al sr des Bordes es una prueba bastante buena.

La pérdida de una renta considerable afligió mucho menos a los Misioneros que el miedo que pasaron a perder pronto a su santo Fundador. Hacía ya doce años que el santo Sacerdote había pasado ese término, en el que, según la expresión del Rey Profeta, la vida no es más que dolor y enfermedad. A una hinchazón de piernas, cuyos ataques había sentido en una edad todavía poco avanzada, se unieron úlceras que, seguidas de una fiebre lenta, hicieron temerlo todo por él. Parece que fue uno de los primeros en condenarse a la muerte. Al menos tomó las precauciones de un hombre que no cuenta ya con la vida. Sus primeros cuidados fueron escribir al R. P. de Gondi y al Cardenal de Retz su hijo. Agradece al primero por la bondad con la que le ha soportado, y *por los innumerables beneficios* que ha recibido de él. Pide humildemente perdón por los descontentos que un hombre tan grosero como pretende serlo no ha podido dejar de causarles, y asegura en articular al Cardenal que si ha tenido la desgracia de desagradable, fue contra su intención. Suplica a su Eminencia que tenga a bien proteger a una Compañía de Sacerdotes que él ha fundado, y que él ha mantenido. Acaba por asegurar al Padre y al Hijo que si Dios por su infinita misericordia quiere darle un lugar en su Reino, redoblará sus votos por ellos, y por su ilustre Familia.

El santo Sacerdote no recobró una salud perfecta; veremos luego que el resto de su vida no fue ya más que un tejido de dolores, pero Dios le dio y le conservó bastante fuerte para hacer unas cuantas cosas que merecen un lugar en su historia.

Desde el año precedente un Padre Capuchino había venido del Líbano a París para buscar remedio a las vejaciones que sufrían por parte de los Turcos los Cristianos Maronitas. Como él conocía el terreno mejor que nadie, pensó que para detener la persecución, convenía lograr deponer al Gobernador del Líbano, hombre igualmente avaro y brutal, y procurar su lugar a un hombre considerado en el País y que favorecía la Religión Cristiana. El proyecto parecía bastante hermoso, pero tenía sus inconvenientes, y además para

ejecutarlo eran necesarios doce mil escudos, suma enorme en tiempos en que las mejores familias estaban agotadas.

El Padre Silvestre, es el nombre del Capuchino, no tardó en reconocer que fracasaría, si no era apoyado poderosamente. Se dirigió pues a Vicente de Paúl, como tenían costumbre los que proyectaban grandes planes para la gloria de Dios. El santo Sacerdote amaba el bien, pero lo amaba como hombre juicioso y que no se deja deslumbrar por las apariencias. Después de leer la Memoria que este Religioso le había presentado; Memoria que, excepto por la prolijidad, *estaba muy bien hecha, afectiva y muy propia para inspirar sentimientos de compasión*, por un Pueblo que por su inviolable adhesión a la Iglesia Romana, es, en el seno mismo de la infidelidad lo que el lirio en medio de las espinas; Vicente le propuso sus dificultades, éstas entre otras; que los Turcos son insaciables; que cuanto más se les da más piden; que cuando los pobres Cristianos han pagado bien un año, son peor tratados el año siguiente, porque sus Tiranos se imaginan que lo que han dado una vez lo pueden dar siempre. Añadía, que no hay nada estable en los oficios que dependen del Gran Señor; que él depone a menudo a sus Visires por las buenas y otras veces a la fuerza; que el cambio de estos primeros Ministros va seguido muchas veces del cambio de los Ministros inferiores; que un gobierno sabio y moderado, tal como el que se proponen dar al Monte Líbano, se verá mas sometido que otro a no ser continuado; y que de esta forma se corre el riesgo de hacer un gran gasto, y sacar poco fruto. *No se lo digo, mi Reverendo Padre*, continúa el Santo, *más que por que habéis deseado que os descubriese mis opiniones: lo hago para someterlas enteramente a las vuestras, y no para dispensarme de servirlos: pues seria un placer contribuir con una dracma a vuestra piadosa empresa, y ello para nuestro consuelo por la salvación de nuestros Hermanos, y por la gloria de nuestro común Maestro*

Estas razones que no dejaban de ser sólidas, sorprendieron un poco al Padre Silvestre: pero bien sea que el cantón por el que se interesaba estuviera menos sujeto a las revoluciones de la Puerta; sea porque las circunstancias prometen una situación más fiable; sea en fin porque se pensara que los Cristianos del Líbano bien merecían la pena de esforzarse en ayudarlos aunque sólo fuera por un tiempo, el asunto se movió en esta piadosa Asamblea de Damas, de la que tanto hemos hablado. La conclusión fue muy favorable a los Cristianos de Asia, y el Capuchino encantado del éxito de la negociación, partió con Letras de Cambio, por las que cobró la suma que necesitaba, para permitir respirar a sus Hermanos en Jesucristo.

No bien se había acabado este asunto, cuando el Santo, cuya caridad no descansaba nunca, se encargó de otra no menos importante. Las aguas de Sainte Reine, y los milagros frecuentes, que Dios opera en la tumba de esta ilustre Virgen y Mártir, atraen no sólo de Borgoña, sino de otras varias Provincias a un gran número de pobres, que llegan en busca de la cura de sus males. Un burgués de parís, llamado sr des Noyers que, como los demás, había ido con su mujer a buscar la salud, se vio sorprendido en extremo al ver un montón de desgraciados, que después de las fatigas del viaje, estaban reducidos a acostarse en el suelo en un granero, y a veces hasta en el pavimento de las calles, donde estaban expuestos a las inclemencias del aire. Observó también que estaban afectados por las más molestas enfermedades, y que se morían casi tan abandonados en cuanto al alma como al cuerpo. Des Noyers, que tenía gran piedad, apenas de regreso en París, contó lo que había visto a un Sacerdote de la Doctrina Cristiana su Director; y le confesó que él y su esposa se sentían inspirados a ir a establecerse en Sainte-Reine para aliviar a sus expensas a los peregrinos

más enfermos y más pobres. Su ejemplo impresionó a algunas personas de uno y otro sexo, quienes habiéndose unido a ellos hacia el año de 1658 consagraron su salud y sus bienes a una obra tan santa. No tardaron en reconocer que superaba todas sus fuerzas: para alojar a tantos enfermos de toda clase, hacía falta una casa cómoda, y no tenían medios de construir una. En una coyuntura tan agobiante Vicente fue su recurso como lo había sido en tantas otras. Se dijeron con cierta sencillez que el buen anciano era el *Intendente de los asuntos de Dios*; y que él no los abandonaría en una ocasión, en la que se trataba de los intereses de la caridad.

Al cabo de esta deliberación, des Noyers fue diputado en París con algunos más, hicieron visita al santo Sacerdote, le expusieron el estado de las cosas, y le rogaron que tuviera a bien ayudarles con sus consejos y su crédito. Vicente concibió una alta idea de su plan; pero sintió toda su dificultad. Sabía que el Barón de Renti y algunos más de méritos habían tenido en tiempos menos difíciles el mismo pensamiento, y no habían podido llevarlo a cabo, pero como sabía también que Dios hace a veces, por los instrumentos más débiles, lo que no hace con otros más poderosos, creyó que había que dirigirse a él y tratar de conocer su voluntad. Comprometió entonces a estos Señores a hacer un retiro espiritual. Celebró después con ellos una larga Conferencia, en la que después de escuchar con toda atención lo que pedía un asunto tan serio, concluyó claramente que su plan era de Dios, y que de él sacaría su gloria.

La decisión precisa de un hombre, a quien se tenía con razón como el amigo del Cielo, determinó a estos Señores a seguir su primer proyecto: pero al ser todavía algo general, tuvieron con el Siervo de Dios una segunda Conferencia, que duró una tarde entera, y en la que se deliberó sobre si debían comenzar el Edificio del Hospital con el escaso dinero que habían puesto en común. Vicente, después de oírlos y guardar silencio por un tiempo, les dijo por fin con un tono de voz firme y religioso: “*Bendito sea Dios, él quiere con toda seguridad esta obra. Hay que tener confianza en su bondad, esperarlo todo de su Providencia, y poner pronto manos a la obra, para echar los primeros cimientos de una empresa tan santa, sin preocuparse de otra cosa que de servir bien a los pobres. Es necesario referirlo todo a la gloria de Dios, humillaros mucho a la vista de vuestra nada y hacer buena provisión de paciencia, ya que tendréis varias persecuciones que sufrir, y los que deberían apoyaros con su protección serán los primeros en contravenir vuestros designios.*”

Las palabras del Hombre de Dios dieron a los Diputados un valor superior a las dificultades, que les habían predicho. Resolvieron ir lo antes posible a Sainte-Reine para servir allí en la persona de los pobres Peregrinos a este Dios de Israel que apareció en la tierra como un viajero, como un hombre que no tiene ni domicilio ni retiro. A la partida vinieron a despedirse de Vicente y recibir su bendición. El santo Sacerdote les dio mil testimonios de ternura, y les dijo: *Id, Hijos, poned toda vuestra confianza en Nuestro Señor; le pido de todo corazón que os dé su santa bendición;* y con eso les dio la suya.

Llegaron a Sainte-Reine el 12 de mayo de 1659 y comenzaron inmediatamente con el consentimiento del sr Obispo de Autun a servir a los pobres y a construirles un Hospital. A la espera de que sirviera para alojarlos, les prepararon lechos en el granero del que hemos hablado; y les proveyeron de todo lo que era necesario para la alimentación y demás necesidades: la envidia y la falsa política, vicios que más de una vez han arruinado los proyectos más prudentes, suscitaron en estos hombres misericordiosos tan enojos

contradicciones, que habrían sucumbido si Vicente no les hubiera avisado, pero creyeron siempre que la predicción que les había anunciado el bien se cumpliría tan exactamente como la que les había anunciado el mal. Así, sin que el ruido les llamara la atención, sin dar nunca un paso hacia atrás, apresuraron con tal ímpetu la obra que desde el año siguiente estuvieron en condiciones de alojar a los pobres Peregrinos. Nuestro Santo no les falló en las necesidades, y a pesar de la dificultad de los tiempos y la impotencia casi total, en que se hallaba de salir a causa de sus achaques, hizo tanto bien durante los dos últimos años de su vida, que casi todo el dinero que se necesitaba estaba preparado. Ana de Austria que se prestaba ce buen grado a las obras buenas, de las que Vicente era el promotor, no se negó a esta. Tomó desde entonces el Hospital de Sainte-Reine bajo su protección, y le facilitó grandes Privilegios. Por fin el Rey lo autorizó por sus Cartas Patentes que luego fueron verificadas en el Parlamento de Dijon.

Tal fue el comienzo y el progreso del de este famoso Hospital en el que, sin hablar de tres a cuatrocientos enfermos, que se recibían todos los años, más de veinte mil pobres de paso de *toda edad, de todo sexo, de toda nación, de toda Religión incluso*, encuentran cada año para el cuerpo y para el alma todos los auxilios que es posible procurarles. Buenos Eclesiásticos y virtuosas Hijas de la Caridad comparten estas diversas ocupaciones. Dios ha bendecido con frecuencia su celo de una manera que se ha publicado hasta en los Reinos extranjeros: y alguien que al entrar en la piscina sólo pensaba en recobrar una salud pasajera, ha recobrado más de una vez otra infinitamente más preciosa. Por lo demás, aunque este mismo Hospital, que comenzado con diez mil libras, absorbió cerca de cien mil en pocos años, sea el fruto de la piedad de un número bastante bueno de personas, está fuera de duda que Vicente fue su alma. De manera que aquellos que han sido los instrumentos, han declarado expresamente, *Que habían reconocido que los consejos de este santo Hombre eran bendecidos de Dios y seguidos de felices éxitos, que no habían hecho ninguna cosa de importancia en esta obra, sino de acuerdo con él, que la habían comenzado por sus consejos, continuado por sus persuaciones, y adelantado hasta el punto en que se hallaba entonces por sus piadosas peticiones ante personas pudientes.* Sobre este fundamento, cuando Gabriel de roquete Obispo de Autun escribió a Clemente XI -23 de mayo de 1702- para pedirle la Beatificación del Siervo de Dios, aseguró a Su Santidad que Vicente de Paúl había prestado a su Diócesis dos servicios importantes, uno sirviéndose del crédito que tenía en el Consejo Eclesiástico, para llevar a Autun mismo la Reforma en una célebre Abadía de Benedictinos; la otra procurando a los Peregrinos de Sainte-Reine un Hospital, a falta del cual un gran número perecían todos los años.

La caridad del santo Sacerdote no se limitaba a los pobres de la nación; en cualquier parte que se encontraran, habría deseado acudir en auxilio de todos aunque tuvo motivos de temer que sus hijos sucumbiesen bajo el peso del trabajo, se enteró con gran satisfacción de que el Caedenal Ludovizio quería emplearlos en Lombardía y la República de Génova los llamaba a la Isla de Córcega. No se los negaba a los que se lo pedían, porque no quería darles más que buenos, y que se necesitaba tiempo para formarlos. *Yo apruebo gustoso*, escribía a uno de sus Sacerdotes en Italia, *apruebo con gusto los planes de este buen Obispo que quiere Obreros para las Indias, y ¡quiera Dios que fuéramos dignos de ayudarle! pero los pocos Sacerdotes que tenemos, nos los piden de todas partes.*

En efecto, sin hablar de España, de Portugal y de varios lugares de Italia adonde se le invitaba a enviar a alumnos suyos, Francia sola era capaz de agotarle. Lescar, Metz, Noyon,

Amiens y Narbona se los pedían a porfía. François Fouquet Arzobispo de esta última Ciudad fue el único a quien pudo satisfacer en vida: las Fundaciones, de Metz, Amiens y Noyon no tuvieron lugar hasta después de su muerte.

Como sentía que no podía andar muy lejos, una de sus atenciones fue inspirar a los que podían proteger la Religión y a los pobres, los sentimientos que Dios le había dado sobre estos dos grandes objetivos. Así escribió a la Serenísima Reina de Polonia para felicitarle por los servicios que ella misma prestaba a los enfermos en los Hospitales. Con esta misma intención congratuló más de una vez al Mariscal de Faber por el celo que mostró siempre por la Religión de sus Padres, por el honor que tributó al más augusto de nuestros Sacramentos, haciéndole triunfar en medio de sus enemigos, or la firmeza con la que impidió que los Ministros de Sedan sostuviesen públicamente Tesis injuriosas a la Iglesia Romana; y que habiendo sabido que el fuego, que había prendido en la pólvora de la vecindad, debía naturalmente hacerle perecer con toda su familia, le hizo ver que una protección tan visible era la recompensa por su Fe y su generosidad. Finalmente ésta fue la razón por la que, para prolongar los días del Cardenal Durazzo y del Obispo de Toulon, que se consumían en trabajos desmesurados, les pidió que se moderasen para bien de la Iglesia que contaba encontrar en ellos lo que acababa de perder con el santo Obispo de Cahors.

La muerte de este gran Prelado impresionó vivamente al siervo de Dios su antiguo y perfecto amigo. Por muy persuadido que estuviera por la luz de la Fe que los Santos están siempre mejor con Dios de lo que lo están aquí abajo, no veía sino con dolor desaparecer a estos modelos preciosos, de los que la Iglesia tiene tanta falta, y no los encuentra todos los días. Tan sólo le consolaba la esperanza de ver la memoria de sus virtudes sobrevivir a la tumba que encerraba sus cenizas; por eso trabajaba para ofrecer de ellos, bien en sus Cartas, bien en sus conferencias, la idea que tenía él mismo de ellos.

Había hecho, hacía ya seis o siete meses, algo más a favor del Bienaventurado Obispo de Ginebra. Sus Hijas de la Visitación, que lo eran también de nuestro santo Sacerdote, solicitaban de la primera Sede que le decretara un Culto Religioso. Como es costumbre es costumbre hacer en estas ocasiones, escribir todos aquellos cuyo sufragio puede causar impresión en Roma, a Vicente le rogaron que incluyera el suyo con el de tantos otros que se interesaban en a Canonización de Francisco de Sales. Su humildad le paralizó por algún tiempo. ¿Quién soy yo, decía, para mezclar mi voz a las de un número tan grande de personas de un nacimiento y de una piedad distinguidos? Estas razones le parecían vencedoras: el público no lo creyó así. Volvieron a la carga y se vio obligado a hablar. Habló por fin, pero de manera que se hubiera visto mal que continuara guardando silencio.

Después de hacer declaración al S. Padre -13 de junio de 1659- de que no conviene a un hombre abyecto y despreciable como es él abrir la boca delante del Sucesor de S. Pedro, declara, que ha tenido el honor de conocer familiarmente al Obispo de Ginebra; que también han conversado los dos, bien sobre diferentes puntos de piedad, bien sobre materias que eran relativas a las Hijas de la Visitación; que le encontró lleno de Fe, de Esperanza, de Caridad, y de todas las Virtudes Cardinales y Morales; que estas virtudes, tan sublimes como son en sí, parecían haber nacido con él; que tenía ante todo un fondo tan grande de bondad que él, Vicente, habiendo caído enfermo poco tiempo después de una conversación celebrada con este digno Prelado, exclamó con toda naturalidad: *Como el Obispo de Ginebra es tan bueno, es preciso, mi Dios, que vos mismo seáis muy bueno.* Añade que teme mucho menos equivocarse por ser el intérprete de los sentimientos del

Público; que toda su Congregación en particular piensa como él habla; y que suplica a Su Santidad en nombre de todos sus Sacerdotes, y en el suyo, que otorgue a esta gran Hombre los honores que se deben a la memoria de los más grandes Santos.

No era la primera vez que Vicente daba a conocer en Roma la estima singular que tenía de Francisco de Sales. Hacía ya tiempo que se había declarado por él en una coyuntura bastante delicada. Henri de Maupas, Obispo de Puy, había *sido delegado por la S. Sede para dar información de NON CULTU* –carta del 12 de octubre de 1657-; información que se da para examinar si nadie se ha adelantado al Juicio de la Iglesia de Roma, honrando como Santo a aquel a quien ella no ha declarado aún como tal. La hizo con éxito; pero, sin pensarlo, destruyó él mismo su obra. Publicó una nueva Vida del Obispo de Ginebra, en la que sin restricción alguna, le dio más de cuatrocientas veces el título de *Bienaventurado* y más de ochenta veces el de *Santo*. Este procedimiento directamente contrario a un Decreto de Urbano VIII produjo gran ruido en una Curia, que no sacrifica sus antiguas usanzas. Toda la Orden de la Visitación se alarmó por este paso en falso y las consecuencias que podía tener. Vicente no se alarmó menos: pero lo fue como hombre que sabe cómo actuar cuando es necesario. Escribió a uno de los suyos que consultara a algunas personas entendidos en estas materias; y que se informara por ellos si era oportuno que el Obispo de Puy se adelantara al juicio del Papa, y le remitiera la consulta; o si era necesario suprimir del todo la nueva Vida; o finalmente si era suficiente reformarla. Tuvo sobre todo cuidado de que se diera a entender que este Prelado *no había faltado más que creyendo que actuaba bien*, y que su reputación era estimada por todas las gentes de bien. El testimonio de nuestro Santo no era sospechoso en Roma, donde el Papa y un bastante número de Cardenales, de quienes era conocido, hacían perfecta justicia a su rectitud y a su probidad. La primera emoción se calmó poco a poco, y Alejandro VII bajo quien se había levantado, colocó él mismo a Francisco de Sales en el número de los Santos.

Vicente de Paúl vivía de manera como para figurar una día en él. Su virtud crecía a medida que aumentaban sus achaques. Hizo su retiro anual –carta del 5 de octubre- como un hombre cuenta con hacerle por última vez, y debió hacerle con más tranquilidad que nunca. Su Congregación tenía Reglas; sus Sacerdotes de Roma, después de vivir durante diecisiete años en una casa de alquiler, acababan de establecerse de manera fija, por diligencias del Cardenal Durazzo; los pobres de Picardía y de Champaña, tan duramente castigados por tantos años, estaban a punto de respirar con la paz entre Francia y España; no le quedaba ya más, al parecer, al Siervo de Dios, que decir con el santo anciano Simeón: *Ahora, mi Dios, dispondréis de mí, cuando os plazca*; ya que después de las gracias de las que me habéis colmado no me queda nada que hacer en la tierra.

Si este lenguaje fue el de Vicente de Paúl, se equivocó un poco. Le quedaba todavía ser una víctima de dolores y un modelo de la más invencible paciencia. Con estos dos rasgos, que hemos encontrado en el curso de su vida, acabaremos su historia.

Ya hemos advertido que, aunque fuera de un temperamento bastante robusto, era muy sensible a las impresiones del aire. Añadiremos aquí que por consiguiente estaba sometido a una pequeña fiebre, que le duraba unos tres o cuatro días, y a veces quince o más. Viéndole actuar, y durante esta enfermedad, que tenía a la vez no sé qué de periódica y de irregular, se hubiera creído que estaba con perfecta salud. Todos los días se levantaba a las cuatro como los demás; hacía su meditación en la Iglesia con la Comunidad y se dedicaba a sus asuntos como si no hubiera sufrida nada. Sin embargo cada noche era para él una

especie de martirio. Los sudores era el único medio que hubiera encontrado para salir de apuros antes. Para procurárselos durante los mayores calores del verano, y en un tiempo en el que un solo sudario está a disposición, se veía obligado a poner en su cama tres mantas y a tener a sus costados dos grandes frascos de estaño llenos de agua hirviendo. En este estado, más abrumador que el mal al que quería poner remedio, pasaba las noches enteras, y ¿qué noches? Sin descanso alguno, sin sueño, sin tregua a las agitaciones que produce un calor capaz de asfixiar. En una palabra, salía de la cama casi como se sale del baño. El jergón, las sábanas, las mantas, todo estaba empapado. Ocultaba su situación lo mejor que podía; se secaba solo, y por mucha necesidad que tuviera de una mano, no permitía que se le acercaran fuese quien fuese.

El día que sucedía a noches tan dolorosas no le compensaba. No recuperaba por un descanso voluntario el que había perdido. El estado de debilidad en el que le ponían sudores tan prolongados, unido al agotamiento que sigue al insomnio, constituía para él un nuevo ejercicio de paciencia. Tenía que luchar constantemente contra el sueño; y si alguna vez, a pesar de todos sus esfuerzos, sucumbía a él, cosa que le sucedió delante de personas de primera condición, se contentaba con pedir perdón por *su miseria*, sin dar a conocer la causa de su adormecimiento.

A esta fiebre, que él no consideraba como un mal serio, se unía una fiebre cuartana, que durante un tiempo bastante largo le volvía una o dos veces al año. No se preocupaba por ella más que por la otra. En caso parecido habría enviado a la enfermería al último de sus Hijos, pero él no iba. Actuaba como de ordinario: hasta se llegó a observar que fue precisamente durante estos achaques, cuando hizo por la Iglesia y por los pobres la mejor parte de las grandes cosas que hemos referido.

Hasta la edad de ochenta años pasados no comenzó la debilidad del cuerpo a pesar un poco en la viveza y en la fuerza del coraje. También hay que decir que el resto de su vida no fue más que una secuencia o más bien una complicación de males. En 1656 tuvo una enfermedad que comenzó por una fiebre continua de algunos días, y que acabó con un gran flujo en una pierna. Entonces, bien a pesar suyo, tuvo que guardar cama por algún tiempo, y la habitación cerca de dos meses. Tan fuertes eran sus dolores que hubo que ayudarle y transportarle de un lado a otro como a un niño. Los que le cuidaban, se aprovecharon de esta molesta ocasión para hacerle ocupar una habitación con fuego: algo que hasta entonces no había sido posible.

Este pequeño alivio le resultó muy pronto más necesario que nunca: sin hablar de una desgana general que durante una Cuaresma entera no le permitió apenas tomar algún alimento; de un mal de ojo, que le cansó durante varios meses; de una caída, en la que se dio brutalmente con la cabeza en el pavés al romperse el camaranchón de su Coche; y de muchas incomodidades parecidas más, que se sucedían continuamente; la hinchazón de sus piernas se declaró por fin de una manera tan dura que, para mantenerse en pie, necesitó de toda la paciencia de los Santos. Hacía cuarenta y cinco años que había sentido los primeros ataques; pero es cierto que el mal no llegaba a tanto como los otros, pero también lo es que no cesó nunca: llegaba a tener a veces accesos tan violentos que el santo Sacerdote no podía ni tenerse en pie ni dar un paso sin dolor y que se veía obligado de vez en cuando a guardar cama. El largo y molesto viaje que se vio obligado a hacer a Bretaña y al Poitou durante los disturbios de París, acabó por arruinarle: desde entonces ya no pudo montar a caballo ni apearse y se habría visto obligado a quedarse en casa si, como lo hemos dicho en

otra parte no hubiera recibido de la Corte y del sr Arzobispo de París órdenes de servirse una pequeña carroza.

Esta ayuda no impidió que el mal hiciera progresos en 1656 hasta llegarle a las dos rodillas. El santo Hombre no podía sin gran dificultad ni doblarlas, ni levantarse sino a costa de grandes dolores, ni caminar sino apoyándose en un bastón. Al fin una de sus piernas se le abrió en el tobillo del pie derecho; dos años después, se le produjeron nuevas úlceras, yendo en aumento el dolor de la rodilla, ya no le fue posible al Siervo de Dios, desde principios del año 1659, salir de casa. Continuó si embargo durante algún tiempo bajando a la Oración con su Comunidad, y para decir la santa Misa en la Iglesia. Presidía también sus célebres Conferencias de los Eclesiásticos de París, de las que tanto hemos hablado; a veces incluso las de las Damas de su Asamblea, que preferían tomarse la molestia de venir del otro extremo de París a verse privadas del todo del consuelo de verle y oírle.

La reunión de un número de personas, a quienes honraba en Jesucristo suavizaba algo sus males, pero tuvo que sacrificar este placer tan inocente, y que por otra parte era muy pasajero. Hacia finales de ese mismo año, Vicente no pudo ya bajar; tuvo que celebrar en la Capilla de la Enfermería: pero las piernas le fallaron de tal forma algún tiempo después, que no hubo medio de subir al Altar. Se vio pues obligado a contentarse con oír la Misa, y la oyó en efecto hasta el día de su fallecimiento. Era casi el único consuelo que le quedaba ya en la tierra: ¡pero que le salió caro! Sus rodillas hinchadas, sus pies llenos de úlceras le reducían a no caminar sino con muletas. A cada instante corría peligro de caerse, y cada paso renovaba el dolor. Viendo su tranquilidad se hubiera dicho que era insensible, pero al fijarse por poco que fuera el deterioro general de la máquina, se sentía por el contrario una parte de lo que sentía él mismo.

Esto es lo que llevó a los Sacerdotes y a varias personas de condición a rogarle que consintiera hacer una Capilla de la Habitación que era contigua a la suya, con el fin de que pudiera oír la Misa sin salir: pero no lograron convencerle. Encontró en esto no sé qué de grandeza que no le convenía, y respondió una y otra vez que, para derogar en este punto a la ley común, se necesitaban razones, que él no creía tener. Al menos, le dijeron, no encontraréis nada malo en hacer una silla para transportaros de vuestra Habitación a la Capilla de la Enfermería; esta ayuda no costará nada, y nos quitará toda preocupación y a vos el peligro de tener una caída mortal. Su humildad y el deseo insaciable de sufrir, le hicieron también eludir esta propuesta hasta el quince del mes de agosto, que precedió a su muerte por unas seis semanas. También sufría mucho por el trabajo que daba a dos Hermanos que le trasladaban; por esta razón no quiso nunca dejarse llevar más que hasta la Capilla que no distaba de su habitación más de treinta a cuarenta pasos.

Así transcurrían los días de este santo y venerable anciano. Muy pronto después los pasó peor, porque a sus demás achaques habituales se juntó una retención de orina, que le cansó cruelmente: sus noches no eran mejores. Le acostaban no en un lecho blando. No lo quiso nunca, por más que lo necesitaba, sino en un sencillo jergón. Pasaba allí cinco o seis horas, menos para descansar algo que para nuevos sufrimientos. Las serosidades mordaces, que manaban tan abundantemente de las úlceras de sus piernas que formaban a veces pequeños arroyos en el piso, al detenerse durante la noche en las junturas de las rodillas doble dolor, cuya continuación y violencia le disecaban y consumían poco a poco. *“Señor, decía san Bernardo, si vos tratáis así a vuestros amigos en el tiempo mismo de la misericordia, ¿qué haréis con vuestros enemigos en el tiempo que destinéis a la venganza?”*

Aunque Vicente se debilitara y disminuyera día a día, continuaba tratando a su cuerpo con el último rigor; sobre todo tenía un talento admirable para impedir que en las mayores debilidades se tuvieran con él las consideraciones que no faltan a los enfermos comunes. El Médico y otras personas de méritos, que se interesaban por su conservación, viendo que apenas comía ya, quisieron hacer que consintiera en servirse de algunos consomés y de pollos. Costó lo suyo en decidirle, y decisión que resultó inútil. A partir de la primera y segunda vez que le sirvieron esta segunda clase de alimentos, dijo que le hacía daño, que se mareaba, y como andaba muy lejos de disgustar a nadie, supo tan bien ganarse a los que le servían, que le dejaron vivir a su gusto, es decir como el resto de la Comunidad.

En una situación tan dolorosa el santo Hombre no necesitaba nuevas pruebas: pero como era justo, era preciso que fuera saciado de tribulaciones. En menos de cuatro meses la muerte le llevó a tres personas que eran el apoyo de su ancianidad, y estuvo en peligro de perder a una cuarta, en la que fundaba las esperanzas de la Congregación.

El primero que perdió fue a Antonio Portail, Sacerdote de una verdadero mérito, de una humildad profunda, de una caridad ejemplar, y que se había unido a nuestro Santo desde la época en que habitaba en la Casa de Gondi; es decir desde hacía más de cuarenta y cinco años. Había prestado a la Congregación servicios esenciales, era Secretario y primer Asistente, Director de las Hijas de la Caridad, lleno del espíritu de su buen Padre, y pronto a ayudarle en una infinidad de ocasiones, en las que un hombre de confianza es de un gran recurso. Una enfermedad de nueve días se lo llevó; y eso justamente en el tiempo en que la piadosa Señorita le Gras se hallaba en las últimas.

Esta virtuosa Fundadora de las Hijas de la Caridad, no sobrevivió más que un mes al S. Portail: y eso que se había creído que moriría antes que él. Vicente había encontrado en ella una sabiduría profunda, un tesoro inagotable de caridad, un celo ardiente y una gran fecundidad de soluciones para la salvación y el alivio del prójimo. Ella tenía una confianza completa en él, él sentía una estima singular hacia ella, y le aceptaba de buena gana los consejos sobre los asuntos, que se referían a los pobres. Él le escribía a menudo sobre la dirección de sus Hijas, pero la veía raramente, y nunca más que por necesidad. Estaba sometida a grandes enfermedades, casi siempre enferma; y nuestro Santo decía que hacía veinte años que no vivía más que de milagro.

Una de sus aprensiones había sido morir sin poder estar asistida por su piadoso Director; y lo que se había temido sucedió, ya que al caer en su última enfermedad, Vicente no podía ya tenerse en pie. Dos o tres días antes de su muerte le envió a pedir unas palabras de consuelo escritas de su propia mano: el Santo se contentó con enviarle a uno de sus Sacerdotes, como su carta viviente, con estas palabras, que ella iba por delante, y que esperaba volverla a ver pronto en el Cielo. Murió algunos días después, y aunque esta separación no fuera sino muy sensible al Siervo de Dios, la conoció y la sobrellevó con una plena sumisión de corazón y de espíritu. Durante la vida de una mujer tan prudente, tan iluminada, y que actuaba de acuerdo con el sr Portail, la dirección de las Hijas de la Caridad le costaba muy poca cosa a su santo Fundador; después de la muerte de uno y de otra, esta numerosa Compañía quedó a su cargo. Informó por una Carta Circular a todas las casas, de que se componía, la doble pérdida que acababan de sufrir: pero como en él el espíritu nunca se dejó influir por el desfallecimiento del cuerpo, supo mantener ten bien el orden hasta una nueva elección que, aparte de la tristeza que sentían los corazones, todo pareció seguir en el mismo estado.

Dos días después de la carta de que acabamos de hablar, Vicente escribió una a las Madres de la Visitación, para rogarles que se eligieran a un Superior, que reparara las faltas que él creía que había cometido, desde que el santo Obispo de Ginebra le había encargado de su dirección. Alegó sus achaques que ciertamente eran reales: pero con una prudencia, cuyas razones se adivinan fácilmente, no alegó sus nuevas dificultades. En el fondo por muchos motivos que hubiera propuesto, le habría sido difícil salir de apuros. Las Damas de Santa María le estimaban demasiado para desprenderse de él: sabían que con el conocimiento que tenía de las cuatro casas de las que era Superior y con la confianza que estas cuatro casas tenían en él, diez líneas firmadas por su mano, terminaban más asuntos de los que hubieran logrado otras tantas visitas; acudieron pues al Arzobispado, y el Santo recibió de allí orden de no dimitir. Adoró la voluntad de Dios que en ese mismo tiempo le preparaba una cruz más dura y más rigurosa. Quiero hablar de la que le hizo sufrir la pérdida del Señor Louis de la Rochechouart de Chandénier, Abate de Tournus.

La íntima relación, que este gran Eclesiástico tenía con nuestro santo Padre y los servicios señalados que había prestado a la Congregación, habían obligado a Vicente de Paúl a pasarse la ley que él mismo se había impuesto de no admitir nunca a título de Pensionista, fuese quien fuese, en aquellas casas que no fuesen Seminarios. Hacía seis o siete años que había dado en S. Lázaro un pequeño Apartamento al sr de Tournus, y al sr Abate de Monstier-Saint-Jean. Estos dos Hermanos dignos Herederos de la piedad del Cardenal de Rochefoucauld su tío, estaban menos unidos por la sangre que por la virtud. El Abate de Tournus que era el mayor y Sacerdote podía servir de modelos a los Abates Comanditarios más reformados del Reino. *“La Oración, dice el sr Abelly que le había conocido bien, y que voy a transcribir, la Oración era su más frecuente alimento, la humildad su adorno, la mortificación sus delicias, el trabajo su descanso, la caridad su ejercicio, y la pobreza su querida compañera. Era de la Compañía de los Eclesiásticos que se reunían los Martes en S. Lázaro para la Conferencia. Había trabajado en varias Misiones dadas a los pobres, y había llevado la dirección de la que la Reina Madre había mandado dar en Metz dos años antes. Era Visitador General de las Carmelitas en Francia. Varios Obispos habían querido cederle sus Sedes y sus Diócesis, bien persuadidos de que su promoción al Episcopado sería muy provechosa para la Iglesia: pero él no se creyó nunca llamado por Dios a un estado tan perfecto, y prefirió subordinarse y someterse a la dirección de los otros. Aunque su Hermano y él hicieran un uso muy santo de las rentas de sus beneficios y los pobres de los lugares en que estaban situados, se llevaron una buena parte, sin embargo para evitar la pluralidad tan frecuentemente reprobada por los sagrados Cánones, tuvieron buen cuidado de desligarse de ellas, cuando vieron que estaban al alcance de hacerlas caer en manos dispuestas a hacer buen uso. Y en ello, dice la historia de nuestro Santo, dieron un ejemplo tanto más digno de ser imitado, cuanto más raro es en este siglo”*.

El Abate de Tournus, que tendía a la más alta perfección, había pedido varias veces con toda insistencia a Vicente de Paúl que le recibiera en el número de sus Hijos. Pedía esta gracia, si es cierto que para él fuera una gracia, a una edad en la que el discernimiento y la madurez excluyen los trámites precipitados. Su nacimiento y su reputación, títulos que en otros habrían allanado los caminos, formaban un obstáculo casi invencible a sus deseos. Vicente no quería escucharle, y por un exceso de respeto afligía al hombre del mundo a quien quería más.

Así andaban las cosas –hacia finales de 1659-, cuando por un motivo de Religión los dos Hermanos hicieron un viaje a Roma. Nuestro Santo les dio a dos de sus Sacerdotes para acompañarlos. Alejandro VII los recibió con placer, y los trató con distinción. A ejemplo del Maestro, toda la Curia Romano se aprestó a honrarlos, pero recibieron menos de lo que merecían su virtud y su modestia. Durante tres o cuatro meses que pasaron en esta capital, se los consideró constantemente como modelos de la más eminente piedad, y fuera cual fuere la idea que se tenía de su tío, se creía que no le cedían en nada.

Estos Señores se alojaron, de ordinario, en la casa de la Misión. El Abate de Tournus cayó enfermo en el mes de marzo del año de 1660 y se creyó herido de muerte. Con este pensamiento pidió con nuevo fervor ser agregado a los Hijos de Vicente de Paúl. Edme Joly quien, al parecer, sabía de las intenciones de nuestro Santo y estaba lleno de su espíritu, halló una solución, que fue acogida en París y en Roma. Prometió al ilustre Prosélito que, en caso de que Dios le devolviera la salud, daría a Vicente el consuelo de abrazarle el primero en calidad de Misionero.

Se creyó algún tiempo después que esta decisión tendría lugar. El Abate de Rochechouart, por quien todas las casas de la Congregación se pusieron a rogar, una vez que se enteraron de su estado, se encontró mejor en el mes de abril. Se despidió con su Hermano de Su Santidad, recibió la bendición y partió para París, resuelto como estaba a realizar el asunto de su vocación. Y lo logró antes de lo esperado. La fiebre le volvió a entrar en el viaje, y le obligó a detenerse en Chambéry. No se tardó en creer que no se repondría nunca: el sentimiento que le embargaba en el momento le hizo redoblar la insistencia para recibir del Misionero que le acompañaba el Hábito de la Congregación. Lo recibió por fin en presencia de su Hermano. Este pequeño cambio de estado le llenó de un santo gozo, y alabó a Dios por ello hasta el último suspiro

La noticia de su muerte fue un golpe terrible para nuestro santo Sacerdote. Su Congregación perdía a un gran amigo y la Iglesia a un gran modelo. Por eso, aunque Vicente no llorara casi nunca, él no pudo entonces contener las lágrimas. El regreso del Abate Montier-Saint-Jean, volvió a abrir, o más bien continuó su llaga. *Está*, decía nuestro Santo –Carta del 21 de mayo, *está inconsolable por la pérdida que ha sufrido; y nosotros estamos abatidos. La voluntad de Dios esta sin embargo por encima de los sentimientos de su dolor y de nuestra aflicción.* Vicente dio y mandó que se le dieran todos los honores a este querido e ilustre difunto todos los deberes que prescriben la piedad y el agradecimiento. Y le encomendó a todas sus casas a título de Bienhechor y de Misionero. Se tuvieron en S. Lázaro cuatro Conferencias al menos sobre sus virtudes. Su cuerpo fue trasladado allí desde Saboya, y allí descansa en espera de la Resurrección general. Los ejemplos de sus virtudes viven todavía, y su memoria ahí estará por siempre en bendición.

Tantos golpes, y golpes tan duros, tan seguidos, parecían ser suficientes para la justicia de aquel cuyo ojo penetrante *se cuida de los más mínimos detalles* en sus más bellas obras, y quien por misericordia hace expiar durante la vida lo que su severidad podría hacer expiar después de la muerte. Sin embargo, como si Dios, al tratar con tanto rigor al leño verde, hubiera querido hacer conocer lo que prepara al leño seco, Vicente se vio en peligro de perder también al primer hombre de su Congregación; es decir a Renato Alméras, Hijo de este sabio Anciano quien, como vamos a decir después, de Maestro de las Cuentas se había hecho Misionero, y había muerto Seminarista. El santo Sacerdote le había enviado a Richelieu para recibir al Rey, que debía pasar por allí con las dos Reinas. Alméras que

nunca anduvo bien de salud, se puso todavía peor en este viaje. Las prisas que se dio para volver a nuestro Santo a quien, desde la muerte del sr Portail, era más necesario todavía que antes, le hicieron partir inmediatamente después de cumplir su cometido. Pero el mal llegó a tal punto que tuvieron que detenerse en Tours –carta del 18 y 20 de agosto-, donde la Congregación no estaba todavía establecida. Los Sacerdotes del Oratorio, que en 1657 le habían alojado en Bourbon durante una enfermedad, que le condujo a las puertas de la muerte, le recibieron con la misma bondad durante la enfermedad de la que hablamos. Fue larga y seria. Vicente se sintió tanto más impresionado porque el viaje de Richelieu, que la había ocasionado, no se había realizado más que por sus órdenes. *No puedo, escribía al sr Alméras, expresar la parte que tengo en vuestro mal: pero viva la voluntad de Dios y que sea por siempre alabado por todas sus disposiciones sobre nosotros. Ciertamente es que me costaría mucho sobrellevarlas, si las mirara fuera del placer divino, que lo ordena todo para lo mejor. No pensaba que un accidente así os debiera suceder, cuando os envié a Richelieu... Sentiré más consuelo a vuestro regreso del que pudiera sentir por cualquier otro que me pueda llegar.*

Este regreso tan retrasado llegó al fin: Alméras quien, a fin de no abusar de la Caridad de sus Huéspedes, había regresado a Richelieu, salió todavía muy débil, y de hizo transportar a París en parihuelas. Era hora de llegar: tres días más tarde Vicente había dejado de existir.

El estado, en que dejamos a este digno Sacerdote, antes de que hagamos el relato de las cruces, que pusieron a prueba su último año, le hacía darse perfecta cuenta de que el término de su carrera no estaba lejos. Es verdad que por parte del espíritu y de las cualidades naturales no se veía en él ni desgaste ni alteración. El mal, que pone siempre de buen humor a los que sufren mucho y durante largo tiempo, parecía tener un efecto contrario con relación a él. Todos los de fuera y de dentro que le veían a todas las horas del día, le encontraron siempre un aire sereno, un rostro sonriente, aquel tono de voz y aquellos modos llenos de dulzura, que se ganan los corazones. Cuando le pedían noticias de su mal, hablaba de tal forma como para pensar que era poca cosa; añadía algunas veces que no sufrían nada en comparación de lo que había merecido y de lo que había sufrido por él el divino Maestro. Al mismo instante cambiaba el discurso hábilmente, y de sus penas que quería se olvidasen, pasaba a las de los que le hablaban, para compartirlas. Cuando lo agudo del dolor se hacía sentir con más violencia, no se le oían salir de su boca más que estas palabras, que pronunciaba siempre con mucha ternura: *¡Ah, Salvador mío, mi buen Salvado!* Con frecuencia dirigía los ojos a la imagen de Jesucristo en la Cruz, que había mandado colocar frente a él. En ella encontraba consuelo, y sacaba fuerzas para llevar su mal, y sus grandes ocupaciones.

Sorprende oír hablar de grandes preocupaciones, cuando se trata de un hombre, que avanza a grandes pasos hacia la casa de la eternidad. Es muy verdad sin embargo que nuestro Santo estaba sobrecargado y que hasta el día que precedió a la víspera de su muerte, las despachó con una fuerza, un juicio, una presencia de espíritu admirables. Reunía con frecuencia a los Oficiales de su casa y a los Asistentes; les hablaba a todos juntos, o a cada uno en particular, según lo exigieran las circunstancias; les hacía dar cuenta del estado de los asuntos, y deliberaba con ellos; daba todas las órdenes necesarias; regulaba las Misiones, y destinaba a ellas a los más idóneos; se ponía de acuerdo con ellos en el modo como convenía portarse para llevarlas a buen término. Hacía por las Compañías de fuera, de las que estaba encargado, lo que hacía por su propia Congregación. Enviaba a algunos de sus

Sacerdotes para ocupar su plaza en los lugares, en los que él no podía hallarse, y cuando se trataba de algún asunto importante, les daba una lección tan detallada, y ordenaba tan bien todos sus pasos que, para estar seguros del éxito, no tenían sino obedecerle. Como, a juzgar de él por sus respuestas, se creía en Provincias que su salud seguía poco más o menos en el mismo estado, recibía una cantidad infinita de Cartas; las leía con toda exactitud, y no dejaba de responderlas. Por lo demás, aunque escribiera sobre toda clase de géneros, escribía más satisfecho a favor de la miseria y de la indigencia; y he resaltado que sus últimas cartas tratan de las necesidades y del alivio de los pobres de la Champaña y de Picardía.

Si a tantas ocupaciones juntamos los ejercicios ordinarios de piedad, de los que el santo hombre, por muy abrumado que se sintiera en todos los sentidos, no se dispensaba nunca, no costará gran cosa ver en él esos días llenos de los que habla la Escritura, y que son la preparación más santa que un verdadero fiel pueda llevar a la muerte. A pesar de todo, el Siervo de Dios hizo algo más, los últimos años de su vida, para disponerse a este terrible momento. Cada día después de la Misa recitaba las oraciones de los Agonizantes, con la recomendación del alma; y por la tarde se ponía en estado de responder al Soberano Juez en caso de que aquella noche misma tuviera a bien llamarle a sí. Veamos cómo se enteraron sus Misioneros.

Un poco antes de morir, un Sacerdote de la casa de S. Lázaro escribió a uno de sus cohermanos que Vicente perdía mucho y que no había posibilidad de que ya fuera lejos. Ya que por una abstracción de las que quedan pocos ejemplos, fue a llevar su Carta al santo Sacerdote para leerla y sellarla según costumbre. La leyó en efecto. A estas palabras: *El sr Vicente disminuye a ojos vistas, y parece que le perderemos pronto*, se sorprendió, y se detuvo. Otro cualquiera habría creído que en este procedimiento había por lo menos mucha imprudencia; el Santo juzgó que su inferior había querido darle un consejo saludable, y advertirle de estar preparado. Un momento después fue más lejos y su humildad le hizo temer que tuviera la mala suerte de dar a este Sacerdote algún motivo de pena y de escándalo. Hizo que le rogaran que fuera a su habitación. Le agradeció el buen consejo que le había dado. Y después de asegurarle que le había parecido bien, le suplicó que añadiera a esta primera caridad la de darle a conocer los demás defectos que había notado en él. El Misionero le aseguró a su vez, y así lo repitió muchas veces después que no había pensado ni por asomos en darle lecciones y que había sido por distracción. Vicente le tranquilizó, como necesita un hombre que se da cuenta por primera vez de una metedura de pata tan seria y, después de consolarle lo mejor que pudo, añadió: *Por lo que se refiere al aviso que yo estimaba que queríais darme, os diré sencillamente que Dios me ha dado la gracia de evitar el tema, y os lo digo con el fin de que no os escandalicéis por no verme hacer preparaciones extraordinarias. Hace dieciocho años que no me acuesto sin ponerme antes en disposición de morir la misma noche.*

El Santo decía mucho y decía demasiado poco. Se ha encontrado un billetito escrito de su propia mano más de veinticinco años antes, donde estaban estas palabras: *Me caí peligrosamente hace dos o tres días, lo que me ha dado ocasión de pensar en la muerte. Por la gracia de Dios adoro su voluntad y me someto a ella de todo corazón. Al examinarme de lo que me podría preocupar, he visto que no hay nada, sino es que todavía no hemos dado las Reglas.*

Hacía pues mucho tiempo que este siervo fiel, a ejemplo de aquel de quien habla Jesucristo en el Evangelio, tenía los riñones ceñidos y la lámpara en la mano para ir al encuentro de su Señor, y abrirle cuando llamara a la puerta. Esta última hora le estaba casi siempre presente. La recordaba a menudo, y se la recordaba a los suyos más de lo que hubieran esperado. *Uno de estos días*, les decía, *el miserable cuerpo de este viejo pecador será llevado a la tierra; será reducido a cenizas y lo pisaréis. Hace tantos años*, les decía también, *que abuso de las gracias de Dios: Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est! Ay Señor! vivo demasiado tiempo, porque no hay enmienda en mi vida y mis pecados se multiplican con el número de mis años.* Estos sentimientos tan humildes y tan llenos del tema eternidad, se producían sobre todo cuando anunciaba a su Comunidad la muerte de alguno que servía útilmente a la Iglesia. *¡Me dejáis a mí, Dios mío!* exclamaba con un tono capaz de llevar el sobrecogimiento hasta el fondo del corazón, *vos me dejáis y os lleváis a vuestros Siervos. Yo soy la cizaña que echa a perder el buen grano que vos recogéis; y aquí estoy yo ocupando siempre inútilmente la tierra, Ut quid terram occupo? Vale ya, Dios mío. Que se cumpla vuestra voluntad y no la mía.*

Entretanto la noticia del agotamiento y de los grandes achaques del santo Sacerdote se extendió por Francia y por Italia. Se reconoció entonces cuán estimado era. A la primera noticia de lo extremo de su mal, Alejandro VII le hizo expedir un Breve Apostólico, para dispensarle de la recitación del Oficio. Los Cardenales Durazzo Arzobispo de Génova, Ludovisio Gran Penitenciario de Roma, y Bagni en otro tiempo Nuncio en Francia, le escribieron por separado, para rogarle que propiciara a la Iglesia días tan útiles como los suyos. Sólo traeremos aquí la Carta del Cardenal Durazzo, que se parece bastante a las otras dos.

“Las funciones de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, decía este piadoso y celoso Prelado, resultan siempre en favor del prójimo, por el impulso y el movimiento que reciben de la dirección y de los ejemplos de su Superior General, lo que es suficiente para que toda persona bien intencionada deba a este fin rogar a Dios que le prolongue la vida, y le dé una perfecta salud para realizar con una vida más larga tan grandes bienes. Y como tengo un grandísimo interés en los felices progresos de este santo Instituto y he sentido siempre un afecto lleno de ternura hacia vuestra persona; informado de vuestra edad, de vuestras fatigas y de vuestro mérito, resiento necesariamente obligado a rogaros, como lo hago, que os sirváis de la dispensa de Su Santidad; que antepongáis el cuidado de vuestra persona al gobierno de vuestros queridos Hijos, y neguéis a la devoción de vuestra alma las ocupaciones que pueden causar perjuicio a la larga duración de vuestra vida; y ello para el mayor servicio de Dios. En Roma, el 20 de septiembre de 1660”.

La fecha de esta carta hace suponer que llegó quince días después de la muerte de su destinatario. Por el tiempo en que fue escrita, el insomnio de la noche y la extrema debilidad del cuerpo producían al santo Sacerdote un sopor del que se había visto libre hasta entonces. Le tenía como la imagen y el precursor de una muerte muy próxima. *Es el hermano*, decía sonriendo, *la hermana no tardará en seguirlo.* El 25 de setiembre hacia mediodía, este molesto sopor se hizo más profundo que de ordinario. A pesar de todo, Vicente oyó la Misa al día siguiente, que era un domingo, y comulgó en ella, como hacía todos los días desde que estaba incapacitado para celebrar. Llegado a su habitación, le volvió el sopor; el hermano que le servía le despertó más de una vez, y le hizo hablar; pero al ver que no se producían cambios, avisó al que cuidaba de la casa, y llamaron al Médico

enseguida. No llegó hasta por la tarde; encontró al enfermo tan débil, quien no arriesgando ningún remedio, ni siquiera las píldoras que el nuevo Obispo de Cahors le había enviado, dijo que había que darle la Extremaunción. Sin embargo le despertó y le hizo hablar, antes de retirarse. El virtuoso enfermo siempre igual a sí mismo respondió con rostro sonriente y afable: pero tras algunas palabras, se perdía. Su lengua no seguía a su espíritu, y no tenía fuerza de acabar lo que había comenzado.

Fue entonces cuando sus Hijos supieron, sin género de duda, que estaban a punto de perder al mejor de todos los Padres. Se apresuraron a aprovecharse de estos últimos momentos; uno de ellos le pidió su bendición para todos los demás. El santo Hombre hizo un esfuerzo por levantar la cabeza, puso en este Misionero una mirada llena de bondad y de ternura y, habiendo comenzado las palabras de la bendición, pronunció en voz muy alta más de la mitad, y el resto tan bajo que apenas se le podía oír. Por la noche como vieron que se debilitaba cada vez más, y que parecía acercarse a la agonía, le dieron la Extremaunción.

Pasó la noche en una dedicación a Dios dulce, tranquila y casi continua; cuando se adormecía más de lo deseado, no les quedaba más que hablarle de su divino Maestro, con lo que confiaban en despertarle; otras palabras le dejaban insensible. Entre las piadosas aspiraciones que le sugerían de vez en cuando, ninguna parecía agradaarle más que estas palabras tan convenientes al estado de un hombre moribundo: *Señor, venid en mi auxilio*, a las que respondía enseguida por las que las siguen: *Daos prisa, Dios mío, en socorrerme*.

A las cuatro y cuarto de la mañana un Eclesiástico de la Conferencia de los Martes, que hacía entonces el retiro anual en la Casa, enterado de la gravedad a la que estaba reducido este querido enfermo, a quien honraba muy particularmente, y de quien era muy estimado, vino a la habitación: le rogó que bendijera por última vez a los Señores sus Cohermanos, que les dejara su espíritu, y que alcanzara de Dios que su Compañía no decayera jamás. Vicente se contentó con responderle con su humildad ordinaria: *Qui coepit opus bonum ipse perficiet* (Quien comenzó la obra buena él mismo la llevará a la perfección). **Inmediatamente después se apagó como una lámpara, que ya no tiene aceite; y sin fiebre, sin esfuerzo, sin sombra de convulsiones, entregó a Dios una de las más bellas almas que hayan existido nunca.** Era la hora en que sus Hijos espirituales comenzaban su Oración; es decir, el instante mismo en que desde hacía cuarenta años atraía al Espíritu Santo sobre sí y sobre los suyos. Su rostro no cambió; y como había muerto sentado y vestido en su sillón, ya que no se atrevieron a tocarle durante las 24 últimas horas de su vida, los que no supieran que había fallecido, le habrían tomado por un hombre que vivía aún. Su cuerpo no estaba rígido; se quedó tan suave, tan manejable como anteriormente. Al abrirlo encontraron las partes nobles muy sanas. Los Médicos y los Cirujanos filosofaron mucho sobre un hueso, que se había formado en el bazo, relativamente poco alargado. Yo lo vi en mi juventud y me pareció bastante a una ficha de marfil. Mucha gente que había estudiado de cerca al Siervo de Dios atribuyeron esta producción insólita a la violencia que se había hecho para combatir un humor severo y melancólico que la naturaleza y el temperamento le habían dado.

Quedó expuesto el martes 28 de septiembre hasta el mediodía, parte en una sala, parte en la Iglesia de S. Lázaro. Sus Exequias fueron honradas con la presencia del Príncipe de Conti, del Arzobispo de Cesárea –Piccolomini- Nuncio del Papa, de varios Prelados, de algunos Párrocos de París, de un gran número de Eclesiásticos y de cantidad de Religiosos de diversas Órdenes. La Duquesa de Aiguillon, que era de su Asamblea, estuvo también

presente, y con ella numerosos Señores y Damas de un nacimiento distinguido. El pueblo y los pobres, por los que había trabajado tanto, asistieron en masa. Su corazón fue encerrado en un pequeño vaso de plata, que el ilustre Duchesse, de quien acabamos de hablar, mandó hacer expresamente. Colocaron su Cuerpo en un féretro de plomo, y lo sepultaron en medio del Coro de la Iglesia. Sobre él se ha grabado este Epitafio, que conviene a la sencillez del Padre y de los Hijos.

Hic jacet venerabilis Vir Vincentius à Paulo, Presbiter, Fundador, seu Institutor, et primus Superior Generalis Congregationis Missionis, nécnon Puellarum Charitatis. Obiit die 27 Septembris anni 1660 aetatis vero suae 85.

Veremos en el Libro nueve que le dio a conocer mejor una Tesis, que fue dedicada a su memoria y defendida en Sorbona.

La muerte de este gran Hombre afligió a la mayor parte de la gente de bien del Reino: tal vez nunca hayan sido tan unánimes las condolencias desde el Trono a la mitra. La Reina Madre quien, por hablar según Luis le Grand su Hijo, había distinguido las virtudes del Siervo de Dios con grandes señales de confianza, fue muy sensible a su muerte, y exclamó que la Iglesia y los pobres sufrían una gran pérdida. El sr Piccolomini Nuncio en Francia se sirvió de las mismas expresiones; fueron también las que se presentaron con más naturalidad al público, y las más repetidas.

La Reina de Polonia escribió en este sentido: *“Siento gran dolor por la pérdida que hemos tenido del bueno sr Vicente. Conservaré siempre una gran estima a su memoria”*.

El Príncipe de Conti, que era buen juez, porque no juzgaba sin conocimiento de causa, hizo del difunto este hermoso elogio: *“No he conocido nunca a nadie en el que se haya visto una humildad tan grande, un desprendimiento tan grande, una generosidad de corazón tan grande, como en el sr Vicente: la Iglesia ha perdido con él a un hombre lleno de todas las virtudes, y sobre todo de una caridad que se extendía a todas partes”*.

El sr Marqués de Pianezza, Ministro de los Estados de Saboya y de Piamonte, dio al santo Sacerdote un testimonio, que le honraba mucho a él mismo, ya que solamente una virtud sólida sabe tan acertadamente valorar la virtud. *“El paso feliz del sr Vicente, dice, debe darnos alegría y no aflicción, y aunque la pérdida de los Hijos sea incomparable, la felicidad del Padre es infinitamente mayor, y la caridad nos invita a participar en sus felicidades. Este gran personaje no llevará con menos vigor nuestros intereses donde está de lo que los llevaba cuando se hallaba en la tierra: esto es lo que pienso en este funesto accidente para consolarme”*.

El sr de Lamoignon Primer Presidente del Parlamento de París, escribía en estos términos: *“Toda Francia ha perdido con la muerte del sr Vicente, y yo tengo muy particularmente muchas razones para estar sensiblemente impresionado por una tan gran pérdida. Pero si dentro del dolor que me produce, algo me puede consolar, sólo podrá ser declarando a la Congregación de la Misión qué digna de veneración es para mí la memoria de su Fundador”*.

“Lo que más he admirado de las virtudes de este querido difunto, dice el R. P. de Gondi, ha sido su humildad, su caridad y su gran prudencia en todo. Nunca he visto, ni oído decir, que haya cometido ninguna falta contra estas virtudes, aunque haya vivido diez o doce

años conmigo. Nunca he sabido que haya tenido el menor defecto; por eso le tuve siempre por un Santo”.

Los Reverendos Padres Jesuitas, por cuya santa Compañía el Siervo de Dios sintió siempre una veneración muy particular, dijeron, como los demás, “*que nunca se había visto una falta en su conducta*”, alabanza de consideración para un hombre que había pasado por tantos empleos, manejado tantos asuntos de todo género, tratado con personas tan diferentes por razón del espíritu, de la condición y de los intereses.

Una célebre Comunidad de París, que le consultaba con frecuencia sobre cosas importantes, confesó que los consejos del santo Hombre le habían sido siempre saludables, y que habiendo dejado un par de veces o tres de seguirlos, no le había resultado bien.

“Tuve el honor, dice un sabio y virtuoso Sacerdote, de conocer al sr Vicente hace más de treinta años. No vi en él nada que no fuera muy santo y muy grande. Siempre le tuve por hombre Apostólico, lleno del Espíritu de Dios; en una palabra como a un Santo de nuestros días, en el que se dieron cita un conjunto de virtudes en grado eminente”.

Otro Eclesiástico, que tenía mucho mérito y Religión, escribía así: “*De cualquier manera que vea al sr Vicente, le encuentro admirable en todo. Su piedad para con Dios me pareció singular, su caridad para con el prójimo inconcebible, y el rigor con que se trataba sin parangón. Hizo bien todas las cosas: contentó al Cielo y a la Tierra, a los Ángeles y a los hombres. Llenó los momentos de su larga vida con cantidad de actos de Religión, de caridad, de confianza, de mortificación, y así de de las demás virtudes”.*

A estas expresiones, por inútiles que sean a un Santo, cuya memoria ha consagrado la Iglesia en sus Fastos, añadiré las de un número de Obispos de su tiempo, que le habían conocido muy personalmente, y que parecieron los más afligidos por su muerte.

El sr Nicolás Sevin Obispo de Cahors, tan unido a Vicente de Paúl como lo había sido su virtuoso Predecesor, se explicaba así: “*He perdido en el sr Vicente a uno de los mejores amigo que yo haya tenido en el mundo. Tengo sin embargo en consuelo que, según la Carta que me escribió cinco días antes de su muerte, me prometió no olvidarme jamás ante Dios. Lo que me permite creer me continúa ahora donde se encuentra con los mismo favores, y que no cesará de pedir por mí a la divina bondad que yo sea un Obispo según su corazón. En cuanto a mí, me sería imposible olvidarle, y mientras viva, conservaré en mi corazón su memoria, como algo que me es tan precioso”.*

El sr Pierre de Bertier Obispo de Montauban habló de él poco más o menos como el Marqués de Pianezza. “*Dios me había dado, escribió él, tanto respeto y afecto por el sr Vicente que yo creo de verdad que ninguno de sus Hijos ha sentido más que yo el dolor de su muerte: pero como pienso que era necesaria para que recibiera las Coronas que la gracia de Jesucristo había preparado a sus méritos, yo me someto a la voluntad de Maestro de la vida y de la muerte, y espero que el sr Vicente en el cielo no proveerá menos a las necesidades, de las que se encargaba en la tierra; y que la consumación gloriosa de la caridad ayudará de una manera más fuerte a la perfección de tantas obras Cristianas que él había comenzado entre nosotros,” etc.*

El sr Etienne Caulet Obispo de Pamiers, que hizo tanto ruido algunos años después, derramó lágrimas sinceras en la tumba de su antiguo amigo. Éstas son sus propias palabras: “*Lucerna extincta est in Israel*” (*se apagó una lámpara en Israel*) *¡Qué pérdida ha sufrido*

la Iglesia y la Congregación; Dios solo lo sabe. Le ruego y le rogaré de todo corazón que conserve a los Hijos del Espíritu, cuyo Padre había sido: sobre todo esta profunda humildad, que le ocultaba todo lo era ante Dios, y no le permitía verse más que con desprecio y horror. Esta caridad sin límites que se extendía a todo, y que abrazaba a todo el Universo, esta prudencia divina, unida a una sencillez, y una sinceridad generosa, que le hizo despreciar para sí y para los suyos los bienes temporales, el brillo, la estima de los hombres y la amistad de los Grandes, para adquirir los bienes de la gracia y las sólidas virtudes del Evangelio con una conducta humilde y sencilla... Cuando pienso en las virtudes de este gran Siervo de Dios, y en los bienes que Dios ha hecho por él, no puedo sino admirar el poder de la gracia en un alma fiel, y desear con todo el afecto posible que sus Hijos no se aparten nunca de sus máximas ni de sus ejemplos. Me sentiría dichoso declarando a este gran Hombre en alguno de los suyos la estima, la ternura y la gratitud que guardo en el corazón por él”.

El sr Nicolas Pavillon Obispo de Alet, a quien la Iglesia celebraría como a uno de sus más hermosos modelos, si no hubiera cedido a los artificios de los que la combatían, decía de nuestro Santo todavía en vida *que le era deudor de las misericordias que Dios le hacía, que nunca había conocido a un hombre más humilde, más prudente, más caritativo ni más entregado a la Providencia de Dios que él.* El testimonio que dio de él, cuando supo su muerte, estaba pensado en estos términos: *“Compadecí mucho con la pérdida que acabamos de tener con la muerte del sr Vicente. No he sentido poco esta pérdida por la relación que Dios tuvo a bien establecer entre nosotros desde hacía varios años, y las bondades que este querido difunto había tenido conmigo. Su virtud y sus méritos deben a pesar de todo darnos el consuelo y una viva esperanza de que, como en el lugar en que se halla tiene más conocimiento de nuestras necesidades, él tendrá más poder y caridad para remediarlas... Como yo he sido testigo de la excelente práctica que hacía de las virtudes, no puedo sino estar muy persuadido de su felicidad”.*

El sr Pierre Pigné Obispo de Toulon habla de una manera que no es menos favorable. *“He recibido, dice, con un sensible disgusto la noticia de la muerte de este muy querido Padre el sr Vicente. No he dejado al propio tiempo de ofrecer mis súplicas por el descanso de su alma; y Dios me hará la gracia de ofrecer mañana el Sacrificio de la Misa por la misma intención. Creo sin embargo que no tiene necesidad: su santa vida y su santa muerte me permiten abrigar otros sentimientos. Para hablar cristianamente, no es cosa de lamentarse, ya que ha llegado por fin a su Patria. Los que deja son dignos de lástima; ni siquiera ellos lo son, ya que encontrarán en su persona a un Intercesor tan poderoso ante Dios, que todas sus lágrimas se cambiarán luego en torrentes de alegría y consuelo. Escribo esto de la abundancia de mi corazón, hablo según mis pensamientos más íntimos: Pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum eius. Añadiré que mis votos son de morir con una muerte tan santa: Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novísima mea horum similla (Que muera mi alma como las de los justos, y que mis últimos momentos sean parecidos a los de ellos). Pero hay que vivir santamente como lo hizo el piadoso Sacerdote, para morir tan santamente”.*

El sr François Fouquet Arzobispo de Carbona, que algunos años antes había querido venir a París para robar al Hombre de Dios a tres o cuatro de sus Misioneros, rindió, como sus ilustres Colegas, una plena justicia a las virtudes del santo Sacerdote. *“Por muy preparado que pudiera estar, dijo, para la muerte del sr Vicente, en vistas de la avanzada edad que*

tenía, os aseguro que no conocí la noticia de su fallecimiento sin sorpresa, sin quedar impresionado por un vivo dolor según el hombre, al ver a la Iglesia privada de un Sujeto muy digno, la Congregación de su muy querido Padre y yo de un amigo muy caritativo, a quien me siento tan estrechamente obligado. No creo que de todos aquellos a quienes su caridad les ha hecho abrazar como a sus Hijos, exista alguno a quien haya demostrado más ternura y dado más señales de amistad que a mí. Lo hemos perdido todo ciertamente, y tendríamos todos los motivos de duelo, si pudiéramos dudar que se haya ido a recoger los frutos de sus trabajos, y después de pasar tantas fatigas en el servicio de la Iglesia militante, tomar en la triunfante posesión de la gloria de los Patriarcas...En el rango que Dios ha querido darme os prometo de no faltar en lo que debo a su memoria, que es de bendición, y que me será siempre preciosa, y acordarme de los medios que me ha repartido siempre para el crecimiento del Reino de Jesucristo en las almas confiadas a mi dirección. Trataré de dar a conocer en toda ocasión cuánto respeto y estima tenía por él’.

Todos los testimonios son concluyentes por su uniformidad; pero como su misma uniformidad pudiera hacerlos pesados, suprimiré los tributados a nuestro Santo por el Obispo de Boulogne, François Perrochel, el Cardenal Ludovisio, y el de aquel quizás de todos los Prelados de Italia, quien por su vida dura, su celo infatigable y sus continuos trabajos se pareció más a Vicente de Paúl, quiero decir el del Cardenal Durazzo. Será suficiente que añada que por el tiempo en que la memoria de este gran Siervo de Dios era más reciente, que quien hubiera hablado mal, se habría deshonrado públicamente: así un Escritor, que parece haberse visto forzado a mancillar su memoria, so pretexto de hacer su Apología, comienza por reconocer como todos los demás *que la piedad de este virtuoso Sacerdote ha sido extraordinaria; confiesa que la bondad, la sencillez, la rectitud, la caridad, las demás virtudes son dones que todo el mundo sabe que poseyó; le considera, y nosotros le consideramos a su ejemplo como a un hombre cuya reputación pública es tan firme que bastará por siempre para destruir todo lo que la envidia o la calumnia, se atreverían a publicar contra él.*

Por lo demás, aunque nos constara, como resulta por los Monumentos que acabamos de transcribir, que este digno sacerdote de Jesucristo había encontrado, al salir de este mundo, un lugar de paz y de refresco; sin embargo, como los Juicios de Dios son terribles, y que *hasta el Justo no se salva sino con dificultades,* se ofreció por él en todo lugar la Víctima que expía los pecados del mundo. Una multitud de Sacerdotes Seculares y Religiosos, de Iglesias Parroquiales, y hasta de Comunidades le rindieron este deber de caridad y de agradecimiento. La célebre Metrópolis de Reims que sabía los grandes bienes que había hecho en la Champaña fue de las primeras en darle esta prueba de gratitud; pero los Eclesiásticos de la Conferencia se distinguieron en este punto como en otros más. Le hicieron en la Iglesia de S. Germain l’Auxerrois un Servicio muy solemne. Henri du Maupas du Tour, quien por entonces era Obispo del Pui, y que luego lo fue de Evreux, tuvo la Oración Fúnebre. No se podía hacer una elección mejor: este Prelado de sólidos talentos, quien le había hecho elegir por la Iglesia de Francia para la Canonización de Francisco de Sales –carta del sr d’Agen al Papa-, reunía un afecto, una estima y una veneración singular por Vicente de Paúl. Su Auditorio estuvo compuesto de un gran número de Prelados, de Eclesiásticos, de Religiosos y de una multitud increíble de pueblo. El Orador habló con tanto celo, piedad y sentimientos, que edificó, y fue admirado. Su discurso duró cerca de dos horas y, a pesar de ello, no lo pudo decir entero. Asimismo confesó que la materia era tan amplia que haría suficiente para *predicar toda una Cuaresma.* Esta expresión llamó la

atención, pero parecerá justa a los que después de seguir las grandes hazañas del santo Sacerdote, quieran seguirnos en el detalle de sus virtudes

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro séptimo

En el que se trata de sus virtudes.

Sumario

- Las virtudes más comunes han sido del mayor gusto de S. Vicente: pero las practicó de una manera poco común.
- Idea que se tenía de él, y él de sí mismo.
- Su Fe: Motivos en los que se apoyaba. Gozo al verla extendida.
- Elogio de una Misión del P. Eudes.
- La Esperanza: y confianza del Santo. Modo de establecerla en los demás.
- Consejos sobre esto a los que enviaba a los Países extranjeros.
- Bella respuesta a un Procurador. Cuán lejos estaba de ambicionar Fundaciones.
- Palabras de nota con la Casa de S. Lázaro.
- Confianza necesaria en las Comunidades, justificada por rasgos sensibles.
- Reprimenda a la Señorita le Gras. Carta a un Eclesiástico tentado de desesperación.
- Sentimiento del Santo sobre el pensamiento de la muerte.
- Su Amor de Dios: tiene todos los caracteres de la verdadera caridad. No hace nada por respeto humano. Terrible sentencia de nuestro Santo,
- Gusto para hablar de Dios. Sentimiento de la sra de Lamoignon, de la Duquesa de Mantoue, del sr Bossuet, del sr de Meliand, del sr de Brienne. Prueba por los hechos.
- Su conformidad con la voluntad del Señor: Principios sobre la materia. Uso en las cruces. Respuesta a una madre, y al Superior de Genes sobre la pérdida de un Proceso.
- Santa indiferencia de Vicente de Paúl, ya para su Congregación, ya para los que la componen. Sus lecciones sobre la indiferencia. Debe ser a virtud de los Misioneros.
- Su atención continua: a la presencia de Dios. Medios que usaba para sostenerse. Su recogimiento en el tumulto de París y viajes
- Su Oración: Estima, invitación a los Misioneros, jóvenes Eclesiásticos, y enfermos. Repetición de Oración. Los introduce en la gente del mundo. Piadosa resolución de un criado. Sus retiros anuales. Sus principios sobre la meditación;
- Sobre las resoluciones que se deben tomar; sobre las sequedades.
- Su piedad con Dios. Sus actos, tejido de devoción. Cómo pasaba las primeras horas del día. La Misa y los divinos Oficios.
- Respeto por los misterios de la FE, por las Iglesias, por el Smo. Sacramento-
- Piadosa práctica en los viajes. La frecuente Comunión. Cambio de una Dama.
- Celo por las ceremonias, Imitar a Jesucristo. Con Luis XIII.
- Su devoción: a la Virgen, sus Fiestas, su auxilio; Los Apóstoles...
- Su celo: por la gloria de Dios, pruebas, prudencia y moderación.

- Sus penitencias, su Congregación.*
- Su caridad con el prójimo: *universal, por la Sta. Sede, los obispos...*
- Lecciones, ejemplos decisivos. Por los enfermos, los Misioneros, las Hijas de la Caridad*
- Su caridad por los pobres. *Pruebas generales. Amor, elogio a los suyos.*
- Limosnas, auxilio, Agradecimientos...*
- Con los enemigos. Bien por mal, Los que se salían.*
- Mansedumbre del Santo: Le costó, con los Herejes, los pobres del campo, máximas, extensión, actos. Medios, enemigo de la cobardía y de la adulación.*
- Su humildad, *Bajo sentimiento de sí mismo. Testimonios varios... Acusado no se justifica.*
- Motivos, exhortaciones.*
- Su obediencia; *virtud rara; sumisión al Vicario de JC.... Fundamentos y cualidades.*
- Elogio de la Sencillez... unida a la Prudencia, sus virtudes señoras, de sus hijos; en la predicación. El más prudente de su siglo...*
- Justicia y gratitud de Vicente de Paúl, para con Dios. Enemigo de los procesos.*
- Desprendimiento de los bienes de la tierra. No busca Fundaciones. Sencillez de vivir.*
- Su mortificación *interior, exterior...*
- Su pureza. *Medios, precauciones..*
- Su igualdad *de ánimo y paciencia; paciencia en ultrajes y enfermedades.*
- Su fuerza *en sostener el bien; testimonios.*
- Conducta (dirección), humilde, mesurada, en las prácticas ordinarias; el trato, firmeza; aprovechamiento del tiempo. Corrección fraterna...*

Si al trazar el retrato de las virtudes y de los dones que Dios comunicó a S. Vicente de Paúl, tuviera que describir aquellos favores extraordinarios, aquellos éxtasis, aquellos transportes, aquellas apariciones, que entran en la Historia de algunos Santos de los últimos siglos, confieso de buena fe que me vería en dificultades. Yo sé por una parte que la mano del Señor no escatima, que hoy, como en las primeras etapas del mundo, dispone de más de un camino para conducir a sus Elegidos, y que los hace dignos, cuando quiere, de sus más íntimas comunicaciones, pero sé también que vivimos en un siglo, en el que la calidad de espíritu fuerte es lo débil de mucha gente; en el que parece quererse prescribir a Dios reglas de conducta; en el que se rechaza con un aire de desprecio todo lo que se es incapaz de experimentar; en el que finalmente se prefiere mirar como víctimas de la ilusión a personas de un genio superior y de una virtud sólida, a creer de ellas lo que la obediencia les ha hecho contar.

Por ello veo con fuerte satisfacción en el Santo, cuya vida continuó, tan sólo las virtudes de un perfecto Cristiano, de un Superior consumado, de un digno Sacerdote de Jesucristo. Incluso se dedicó de buena gana a la práctica de las que se consideran como las más comunes; tales como la humildad, la paciencia, la bondad, la mortificación, el socorro del prójimo, el amor a la pobreza, la obediencia, y otras parecidas: pero él las practicó de una manera que le distinguía bien del común de los Fieles, e incluso de los Justos más privilegiados. El cuidado que tuvo de tender siempre a lo más perfecto, revalorizaba sus actos más ordinarios, y les daba un nuevo precio. La gracia era el principio de todo, Jesucristo el modelo, la gloria de Dios, a la que las refería todas, era el último fin. Cuando se construye sobre un fundamento tan sólido y tan vasto, se extiende por todos los lados y se eleva por grados a la medida de la plenitud del Hijo de Dios.

Esto es lo que le sucedió por fortuna a S. Vicente. Aunque sintiera un gusto más marcado por las virtudes, cuya práctica se presenta cada día, tenía una latitud de corazón, que le hacía capaz de poseer, y de poseer en un grado eminente, aquellas cuyo ejercicio es más raro. Sabía incluso reunir y ejercitar a la vez las que parecen de alguna forma ser opuestas unas a otras. Así, aunque lleno de una humildad muy profunda y de un desprecio de sí, que no podía ser mayor sin serlo demasiado, tenía una magnanimidad y un coraje intrépido, cuando se trataba de defender los intereses de Dios y de su Iglesia. Se encontraba en él una fuerza de espíritu infatigable para entregarse a los asuntos mayores, y la más sorprendente facilidad para dejarlo todo a favor de los débiles y de los sencillos que venían a interrumpirle. En el ruido de las ocupaciones y de las importunidades de una cantidad de gente de todo rango que le asediaban, se veía siempre al hombre de paz, de orden y de consuelo. Acababa por juntar tan bien el oficio de Marta con el oficio de María que, cuando parecía más fuera de sí, resultaba fácil reconocer que sólo trabajaba por Dios y a los ojos de Dios.

De estos principios se concluye con toda naturalidad que, en materia de perfección, el Siervo de Dios no se limitaba a vanas especulaciones. Teniendo una sed insaciable por la justicia, que le hacía correr sin cesar tras las virtudes que creía no poseer aún, se aprovechaba con ardor de todas las ocasiones que se le presentaban, para ponerlas en práctica. Veía con un antiguo Padre como bienes muy frágiles, las virtudes que no han sido experimentadas: no contaba más que con aquellas a las que la tempestad de la tentación había batido y se habían conservado contra las dificultades y las repugnancias de la naturaleza.

Terminaremos estas Anotaciones preliminares con otra que no pasó desapercibida a nadie de los que tuvieron la suerte de tratarle; y es que era el único que no conoció sus virtudes. Muy diferente de aquel Obispo, a quien S. Juan corrige tan vivamente en el Apocalipsis, porque se creía muy rico, aunque fuera muy pobre; Vicente, muy imbuido como estaba de gracia y de mérito, no veía en sí más que indignicia, desnudez de bienes espirituales. De ahí la costumbre que tenía de no hablar de sí más que con el nombre de pecador, de este miserable; de ahí los excesos que creía ver en los años más santos y puros de su vida; de ahí aquellas palabras tan conmovedoras de algunas de sus Cartas, que escribía en su ancianidad: *Ya no sirvo más que para reparar el tiempo perdido, y prepararme al Juicio de Dios. Dichoso, si puedo encontrar gracia ante él, y también: Os suplico que pidáis a Dios que me perdone todas las abominaciones de mi vida pasada, y en particular de este último año.*

Con eso trataba de ocultar su tesoro, y asegurarlo ocultándolo: Nosotros vamos a tratar de sacar a la luz del día una a una todas las piedras preciosas, de que se componía: para hacerlo de una manera que resulte capaz de edificar y de instruir, seguiremos aproximadamente el plan y las ideas de su primer Historiador.

I. Su Fe

La Fe es el fundamento de las virtudes Cristianas, la base de la salvación y el alimento del que se nutre el Justo en la tierra. Como sabio Arquitecto, Vicente la consideró como la piedra sobre la que debía levantar su Edificio espiritual. Pero esta piedra, con todo lo sólida que es en sí misma, se quiebra con facilidad, y el Santo tuvo gran cuidado en velar por ella. Él la conservó en Túnez contra las más seductoras promesas de un Amo, que tenía casi en

sus manos el derecho de vida y de muerte. La mantuvo sin pérdida en la Residencia de la Reina Margarita, a pesar de una terrible tentación, de la había querido salir responsable. Finalmente, la conservó durante las confusiones de una Herejía naciente, que se esforzó más de una vez por atraerle a sí, que le habría prodigado más alabanzas que las injusticias que le causó, si hubiera podido ganársele o al menos ponerle indeciso.

Temía hasta la sombra de cuanto podía alterar su Fe. Sabía que cuanto más humilde, sencilla, dócil es la Fe más agrada a Dios. Quería que no se fundara en razonamientos humanos, ni en sutilidades Filosóficas. La palabra de Dios explicada, no según el capricho y las visiones del espíritu humano, sino por la autoridad de la Iglesia, era su regla; y nunca siguió otra diferente. Decía que, cuanto más se ponen los ojos en el Sol, menos se le ve; así, cuanto más se quiere razonar sobre las verdades de la Religión, menos se cree por la Fe. *“Para creer, decía también, basta que la Iglesia hable: no podríamos equivocarnos sometiéndonos a ella. La Iglesia es el Reino de Dios; a su Providencia pertenece pues señalar a los Pastores que la gobiernan el camino que deben seguir, y no permitir que emprendan otro que llevaría al error.”*

Estas disposiciones, que son las que un Fiel de verdad debe tener, daban al santo Sacerdote un justo alejamiento con relación a aquellos espíritus curiosos e inquietos que tienen por gusto sutilizar sobre los Misterios, y que parecen querer comprenderlos. Tenía todavía más para los que no andaban derechos por la vía de la sumisión. Hemos visto que quitó a la juventud de S. Lázaro a un Regente que andaba un poco con rodeos en el asunto de las decisiones contra el Libro de Jansenio; que otro de sus Sacerdotes habiendo expuesto algunas Propositiones, que parecían favorecer el error, quiso saber si estaba contagiado; y que finalmente prefirió ver a sus queridas Hijas de la Visitación seguir pobres, que permitirles recibir en su casa a un pensionista quien, mientras les hacía grandes bienes temporales, habría podido arrebatarles el tesoro de la Fe.

La alta idea que tenía de esta importante virtud le llevaba a comunicarla siempre que podía, y sobre todo a los que se hallaban más necesitados de ella. De ahí los Catecismos y las Instrucciones que hizo con tanta frecuencia y tanto gusto a los pobres, que de ordinario están más abandonados. De ahí su atención a llenar de los mismos sentimientos a aquellos de sus amigos que él creía más idóneos para ejercer este deber de caridad. De ahí la Fundación de la Congregación, es decir. De un cuerpo de obreros Evangélicos, destinado a hacer nacer y a cultivar el germen de la Fe en las Tierras más estériles. De ahí el santo placer con el que publicaba el bien que hacían Compañías, que un ojo envidioso habría considerado como rivales. *“El Padre Eudes, escribía el 12 de junio de 1660, con algunos otros Sacerdotes que había traído de Normandía, ha venido a dar una misión en París, que ha hecho gran ruido, y gran fruto. El concurso era tan grande que la Corte de los Trescientos era demasiado pequeña para contener el Auditorio. Al mismo tiempo varios Eclesiásticos más, la mayor parte de los cuales son de nuestra Asamblea de los Martes, han ido a dar Misiones en otras Ciudades... Nosotros no tenemos parte en esos bienes, ya que nuestra suerte está en los pobres del campo: sólo nos queda el consuelo de ver que nuestros pequeños empleos han dado estímulo a cantidad de buenos Obreros que se llegan a ejercerlos, y que lo hacen con más gracia que nosotros”*. Diré yo, qué Fe, o qué humildad. Digamos lo uno y lo otro. La Fe, cuando es tan viva, como lo fue en S. Vicente, no va sin una profunda humildad.

Si el Siervo de Dios tuvo la pureza, la sencillez y la firmeza de la Fe, tuvo también su plenitud. La vivía como la vivió el hombre justo: amaba sus acciones, sus palabras, sus afectos, sus pensamientos. El nivel de la Fe le llevaba a formular sus juicios, a formar sus

proyectos y ejecutar sus santas empresas. Lo que la mayor parte de los hombres hace por movimientos naturales o por principios humanos, él lo hacía por el motivo y las reglas de la Fe. Un plan, que autorizaban razones de un sabio Político, no le agradaba si no estaba autorizado por máximas del Evangelio o podía relacionarse con un fin sobrenatural. Estaba persuadido, y lo decía con frecuencia que si los asuntos de Dios resultan tan mal, o tan poco, es porque los que lo intentan se apoyan demasiado en motivos humanos.

“No, no, dijo un día, solamente las verdades eternas son capaces de llenarnos el corazón, y dirigirnos con seguridad. Creedme, es preciso que nos apoyemos con fuerza y sólidamente sobre algunas de estas perfecciones de Dios, como sobre su bondad, sobre su providencia, sobre su verdad, sobre su inmensidad; es preciso, digo, que nos situemos bien en estos fundamentos divinos, para ser perfecto en poco tiempo. No quiere decir que no sea bueno también convencerse por razones fuertes que pueden servir siempre; pero se ha de usar de ellas con subordinación a las verdades de la Fe. La experiencia nos enseña que los Predicadores que predicán conforme a las luces de la Fe operan más en las almas que los que llenan sus discurso de razones humanas, y de argumentos de Filosofía: porque las luces de la Fe van siempre acompañadas de una cierta unción toda celestial, que se difunde secretamente en el corazón de los oyentes: y por ahí se puede juzgar si no es necesario, tanto para nuestra propia perfección como para procurar la salvación de las almas, acostumbrarnos a seguir siempre y en todo las luces de la Fe”.

Él las seguía con tal constancia y tan universalmente estas santas luces, que constituían para él aquella lámpara encendida que dirigía todos los pasos del Rey Profeta: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis*. A favor de esta lámpara que brilla en los lugares más oscuros veía en los objetos sensibles lo que los ojos del cuerpo no pueden ver. *“Si considero, son casi sus propios términos, si yo considero a un campesino o a una pobre mujer según su exterior, y lo que parece del alcance de su espíritu, apenas encontraré en ellos la cara y el espíritu de gente de razón, tan vulgares y materiales son: pero si los veo a través de las luces de la Fe, veré que el Hijo de Dios que quiso ser pobre se nos representa en estos pobres, que no tenía apenas figura de hombre en la Pasión, que pasaba por insensato en la mente de los Gentiles, y por piedra de escándalo en la de los Judíos, y con todo ello se califica el Evangelista de los pobres: Evangelisare pauperibus misit me. ¡Oh Dios, qué dignos de desprecio nos parecen los hombres, cuando se los mira según los sentimientos de la carne y del mundo! Pero, ¡qué hermoso verlos, cuando se los mira en Dios, y en la estima que Jesucristo los tuvo!”*

Tal era la Fe del santo Sacerdote: para apreciarlo mejor, basta con poner los ojos en las demás virtudes: por la excelencia y la multiplicidad de los frutos, se podrá conocer la fuerza y el vigor de la raíz que los ha producido.

II. Su esperanza y su confianza en Dios.

La esperanza en Dios ha sido la virtud de S. Vicente de Paúl en tan alto grado que se puede decir que a ejemplo del Padre de los Creyentes, esperó muchas veces contra toda esperanza incluso. Siendo pobre, un simple particular, emprendió cosas que hasta los Príncipes no se habrían atrevido a emprender. Ha mantenido Fundaciones que parecían desesperadas. Ha dejado pasar las ocasiones más favorables al progreso de su Congregación. Ha tranquilizado inquietudes que parecían bien fundadas: pero en todo ello no se tranquilizaba ni con su arco ni sus flechas, ni con su brazo de carne fuera lo que

fuese: la bondad y la Providencia de Dios eran su recurso, y este Dios fiel a sus promesas no le fallaba nunca.

Cuando le proponían un asunto, comenzaba por invocar las luces del Cielo, para conocer su voluntad. Una vez que sabía que era cosa de Dios, buscaba y ponía en funcionamiento los medios que le podían llevar a realizarlo: pero era muy diferente de los que se agitan, que se mueven, que ponen en acción a todos los que se encuentran a su paso; que dan órdenes, que escriben Cartas y más Cartas, y que se imaginan que sin eso todo se va a pique. La santa Filosofía del Hombre de Dios era más pacífica, también procedía de una fuente más elevada. Dejaba obrar a Dios en lo que le era posible; y esperaba de él el grado y el momento del éxito. Si alguien por falta de confianza, o por razones de prudencia humana, le decían que no había esperanzas de que se coronara lo comenzado; él respondía de ordinario: *“Dejemos obrar a Nuestro Señor, es su obra; y como le agradó darnos el pensamiento, tengamos por seguro que lo acabará de la manera que le sea más agradable. Él hará de nuestro primero y nuestro segundo en un trabajo al que él mismo nos invitó.”*

“Alabo a Dios, escribía a uno de los suyos –carta del 3 de octubre de 1655-, porque vuestra Ordenación ha ido bien. Ya veis como este divino Maestro ha suplido el defecto del Sacerdote que os parecía necesario; y que no nos ha de sorprender nunca, cuando los hombres, con los que más contábamos, nos llegan a faltar: es entonces sobre todo cuando Dios hace su obra. Créame, Señor, decía a otro, que estaba abrumado por el trabajo, y a quien le faltaban cuando los necesitaba sus Cohermanos agotados de languidez; créame, tres son más que diez, cuando nuestro Señor arrima la mano; y lo hace siempre, cuando nos quita los medios humanos, y nos compromete en la necesidad de hacer algo que sobrepasa nuestras fuerzas. Rogaremos no obstante a su bondad que tenga a bien dar la salud a vuestros Padres enfermos y llene a su Comunidad de una gran esperanza en su misericordia”.

Para llevar a los suyos a esta perfecta confianza en Dios, Vicente los invitaba a tener una gran desconfianza de ellos mismos. Quería que estuvieran convencidos de que con sus propias fuerzas sólo podían estropearlo todo en las obras de Dios: convencido de que si se acostumbraban a partir de este principio, se mantendrían en una perfecta dependencia de la operación de su gracia y harían por atraerla sobre ellos mediante fervientes y continuas oraciones. A este efecto, escribiendo a uno de sus Sacerdotes –carta del 10 de julio de 1654-: *“Doy gracias a Dios, le decía, porque habéis aprendido el arte de humillaros rectamente, que es el de conocer y publicar vuestros defectos. Tenéis razón en creeros muy poco idóneo para toda clase de empleos, ya que es sobre este fundamento como establecerá Nuestro Señor su gracia para realizar los planes que tiene sobre vos. Pero a la vez cuando hacéis estas reflexiones sobre vuestras miserias, debéis elevar vuestro espíritu a la consideración de su adorable bondad. Tenéis gran motivo de desconfiar de vos mismo, es verdad: pero tenéis uno mayor de confiar en Dios. Él tiene, sin comparación, más deseos de hacer bien en vos y por vos, de los que vos tenéis del mal. Os ruego que hagáis vuestra Oración sobre esto, y durante el día algunas elevaciones a Dios para afirmaros en este principio que es, que después de poner los ojos en vuestra debilidad los elevéis siempre a su asistencia, deteniéndoos mucho más en sus misericordias que en vuestra indignidad, para abandonaros en estas miras a sus brazos paternos, con la esperanza de que él hará su obra en vos y bendecirá las hagáis por él”.*

Recomendaba muy en particular esta confianza en Dios, a los que enviaba a los Países extranjeros, o los destinaba a misiones difíciles y complicadas. *“Id, Señores, les decía, id en nombre de Nuestro Señor: es él quien os envía, emprendéis este viaje y esta Misión para su*

servicio y su gloria; será él también quien os conducirá, quien os asistirá y os protegerá: así lo esperamos nosotros de su bondad infinita: manteneos siempre vosotros en una fiel dependencia de su fiel dirección: recurrid a él en todo lugar y en todos los encuentros. Poneos en sus manos, como las de aquel a quien debéis reconocer por vuestro buen Padre, con una firme confianza en que él bendecirá vuestros trabajos”.

Una vez que había comenzado un asunto sobre esta base que venía de Dios, y que él se lo exigía, iba bajando la cabeza sin temer ni gastos, ni trabajos, ni dificultades: los obstáculos sólo servían para animarle; nada le sorprendía. Veinte veces le advirtieron que los gastos que había que hacer para la alimentación de los Ordenandos y de aquel gran número de personas que cada semana hacen el retiro en S. Lázaro, ponían la Casa en peligro de sucumbir; veinte veces él respondió que *los tesoros de la Providencia eran inagotables, que la desconfianza deshonoraba a Dios y que su Congregación se destruiría antes por las riquezas que por la pobreza.*

Un día, en la víspera de una Ordenación, el Procurador se vino a decirle con aire inquieto que no tenía un céntimo para la despensa: *¡Oh qué buena noticia!* exclamó Vicente; *Dios sea bendito; gracias a Dios, ahora es cuando se ha de ver si tenemos confianza en Dios.* Dijo algo parecido a una Abogado del Parlamento, quien en un retiro que hizo en S. Lázaro, sorprendido al ver a tanta gente en el Refectorio, le preguntó de dónde sacaba con qué alimentar a tan gran número de bocas domésticas y extrañas. *¡H! Señor,* le replicó el santo Sacerdote, *el tesoro de la Providencia de Dios es muy grande; está bien poner sus cuidados y sus pensamientos en Nuestro Señor, quien no dejará que nos quedemos sin comer, como nos lo ha prometido.* Confirmó su idea con estas palabras del Salmista, en las que tenía una devoción particular: *Oculi omnium in te sperant, Domine, et tu das escam illorum in tempore oportuno: Aperis tu manum tuam et implem omne animal benedictione.*

Y no es que Dios hiciera milagros a cada paso a favor de Vicente de Paúl, y que acudiera puntualmente al ser llamado en socorro de su indigencia: nosotros lo hemos visto reducido a alimentarse él y los suyos con pan de cebada o de avena, pero él miraba estos accidentes pasajeros como pruebas que entran por sí mismas en el orden de la Providencia, y sin las cuales no se podría saber si tenemos en Dios una confianza verdadera. También sucedía lo mismo en aquellas ocasiones doblemente molestas para un hombre que está a la cabeza de una Comunidad: la serenidad de su rostro parecía incluso redoblar entonces. Un Eclesiástico de sus amigos, que creyó ver que a fuerza de abrir su casa y su mesa casi a todos los que se presentaban, el Santo se metería al final en un lío del que no podría salir, habiéndole pedido un día que pusiera algún límite a su liberalidad, Vicente de Paúl le respondió sonriendo: *Cuando lo hayamos gastado todo por Nuestro Señor y no nos quede ya nada, dejaremos la llave debajo de la puerta y nos retiraremos.*

La esperanza, que animaba al Siervo de Dios en el tiempo de necesidad y de escasez, le sostenía también en las penas y en las aflicciones que le sobrevenían, bien en su propia persona, bien en la de sus Hijos. El Superior de una de sus Casas le comunicó que tenía poderosos adversarios, y que sus intrigas para echarla abajo estaban tan calculadas que temía no poder hacerles frente. *“Por lo que se refiere a las intrigas, de que se sirven contra nosotros, le respondió el santo Sacerdote, roguemos a Dios que nos guarde de ese espíritu: como le censuramos en los demás, es razonable alejarlo de nosotros. Es un defecto contra la Providencia divina que hace a los que lo cometen indignos de los cuidados que Dios se toma de cada cosa. Situémonos en la entera dependencia de la santa conducta y en la confianza que si actuamos así, todo lo que los hombres digan y hagan contra nosotros se convertirá en bien. Sí, Señor, cuando toda la tierra se levante para derribarnos, no*

sucedará más que lo que Dios quiera, en quien hemos puesto nuestra esperanza. Os ruego que abundéis en este sentimiento y sigáis así; de suerte que nunca más ocupéis vuestros pensamientos en estas aprehensiones inútiles”.

Aunque quisiera más a su Congregación que a su propia vida, no quería su bien y su crecimiento, sino según el plan de Dios, y con subordinación a su Providencia. Así nunca dio ni permitió dar un paso para procurarle Fundaciones o Candidatos. He visto por lo menos cuatrocientas Cartas de su puño y letra, en las que rebate esta máxima y reprende con santa vivacidad a aquellos de los suyos que se apartaban de ella. De dos Súbditos, de los que uno disponía de nacimiento y grandes talentos, el otro era mediocre en todos los respectos, y sin embargo en disposición de salvarse y salvar a los demás, prefería al último, no por un principio de acepción de personas, sino porque temía que un hombre demasiado hábil contara menos con Dios que en su propia capacidad. Un Prelado, que había advertido esta conducta del santo Sacerdote, decía con razón, que su método de no estimar las grandes cualidades de naturaleza o de fortuna sino en cuanto fueran unidas a la virtud y sometidas a la gracia, eran uno de los medios más grandes que le hubiera inspirado Dios para mantener a su congregación en la pureza de su espíritu. Así pensaba también el R. P. de Condren su amigo.

Cuando se tramitaba en la curia de Roma erigir y confirmar a su Instituto, y al propio tiempo registrar la Casa de S. Lázaro, dos objetivos de igual importancia, y sin los cuales la nueva Congregación no podía subsistir, se encontraron dificultades que parecían insuperables. Sin embargo precisamente entonces la esperanza del Siervo de Dios era tan firme que se atrevía a escribir a uno de sus Sacerdotes en estos términos: *“Sólo temo a mis pecados, y no el éxito de las Bulas, y del asunto de S. Lázaro, sea en Roma sea en París. Pronto o tarde todo se hará: Qui timent Dominum sperent in eo, adjutor eorum et protector eorum est”.*

Estaba tan persuadido de que la confianza debe ser una de las principales virtudes de los Misioneros, que la convirtió en asunto de varias Conferencias espirituales. Una vez entre otras hizo valer en ellas el ejemplo de Abraham a quien Dios había prometido poblar toda la tierra con un hijo que le había dado, y al que le ordenó que se lo ofreciera en sacrificio. Un hombre, menos acostumbrado que este santo Patriarca a someter su espíritu a las voluntades de Dios, habría razonado al infinito sobre una orden esta naturaleza. Habría visto entre el mandato y la promesa que lo había precedido una contradicción señalada; habría creído, al perdonar a Isaac, ganarse las bendiciones unidas a la conservación de su hijo tan querido. *“Admirad su confianza, decía el santo Sacerdote, no se preocupa de ninguna manera por lo que vaya a pasar: la cosa sin embargo le afectaba de muy cerca; pero espera que todo irá bien, ya que Dios interviene. Por qué, Señores, continuaba, no tendremos la misma esperanza, si dejamos a Dios el cuidado de lo que nos afecta, y si preferimos lo que él nos manda a toda otra consideración nuestra”* A este ejemplo Vicente añadía el de los Recabitas. Jonadab su padre llevó la confianza tan lejos que creyó que su posteridad podría vivir sin sembrar, sin plantar, sin recoger. Toda su familia se atuvo a eso, y no dejó de subsistir. ¿Es pues un error, concluía nuestro Santo que se nos exhorte a esperar, que en cualquier situación en que Dios nos ponga él nos proveerá de lo que necesitamos? *“¿Acaso no ven ustedes, añadía él, que los pájaros no siembran y no cosechan? Sin embargo Dios les pone la mesa en todas partes; les da el vestido y el alimento; extiende incluso su Providencia a las hierbas de los campos, hasta los lirios, que tienen adornos tan magníficos, que Salomón en toda su gloria no los tuvo parecidos. Pues*

si Dios provee de esa manera a los pájaros y las plantas, ¿por qué no acudir a él? ¿es acaso vuestra industria más segura que su bondad?

Para prevenir el abuso que la pereza hubiera podido cometer de esta clase de exhortaciones, el Siervo de Dios recordó a los Superiores la obligación que tienen de velar por las necesidades de sus Cohermanos, y de suministrarles a todos, del mayor al más pequeño, todo lo que les sea necesario, pero que el cuidado de lo temporal no debe disminuir el estudio de las virtudes; y que ellos, y los que están bajo su dirección deben, ante todo, buscar el Reino de Dios.

No sé si Vicente, que frecuentaba muchos Monasterios, se había dado cuenta alguna vez que la perfecta confianza no es siempre la virtud más perfecta de las Comunidades: pero lo cierto es que la recomendó en una infinidad de ocasiones. Si hablaba de ella con frecuencia a sus Misioneros, también lo hacía a las Hijas de la Caridad quienes, por razón de los peligros de toda clase a los que están expuestas, tienen más necesidad de desconfiar de sí mismas y de contar mucho con Dios. Les anunciaba el auxilio de la Providencia de una manera tan decidida que se hubiera pensado que tenía razones secretas para contar con una protección especial. Es verdad que la experiencia del pasado le comprometía a presumir bien del porvenir. No hacía tal vez mucho tiempo que esta Comunidad había sido fundada, cuando Dios dio a conocer ininterrumpidamente que velaba por ella. Ya hemos dicho en otro lugar que una de sus virtuosas Hijas salió sana y salva de en medio de las ruinas de un Edificio que se derrumbó de arriba abajo. Añadiremos aquí que la viga de una Habitación de su Casa principal, partiéndose y arrastrando el piso con ella, permitió la Providencia que no se hallara una ni en el piso ni debajo en el momento de esta ruina espantosa, si bien un momento antes había varias, y su Fundadora acababa de salir, cuando ocurrió este accidente. *“¡Ah, Hijas mías! decía el santo Sacerdote en aquella ocasión, ¿qué motivos no tenéis de confiar en Dios? leemos en la Historia que a un hombre le mató en pleno campo la caída de una tortuga que un águila de dejó caer en la cabeza, y vemos hoy a Hijas de la Caridad salir sin lesión alguna de debajo de los escombros de una Casa derrumbada hasta sus fundamentos. ¿No es acaso una prueba sensible por la que les da a conocer que le son queridas como la niña de sus ojos? ¡Oh! Hijas mías, estad seguras que, mientras conservéis en vuestros corazones la santa confianza, Dios os conservará dondequiera que estéis”*.

Era sobre todo a la Señorita le Gras a quien el santo Hombre recomendaba la confianza, porque sabía que es más necesaria a los que ocupan un puesto que a toda otra persona. Un día le dio una pequeña reprimenda porque, en la idea que tenía que la Compañía de las Hijas de la Caridad no podía subsistir sin él, ella parecía demasiado inquieta por una enfermedad de la que él había sido atacado. *“Os veo siempre un poco con sentimientos humanos, le decía, creéis que todo está perdido desde que me veis enfermo. Oh mujer de poca fe, ¿no tenéis ya confianza ni conformidad en la conducta y el ejemplo de Jesucristo? Este Salvador del mundo pedía a Dios su Padre por el estado de su Iglesia, y vos por un puñado de Hijas que ha suscitado y reunido manifiestamente su Providencia, vos pensáis que os va a faltar. Vamos, Señorita, humillaos mucho delante de Dios”, etc.*

Este tesoro de esperanza que Dios había puesto en el seno de nuestro virtuoso Sacerdote le servía para apaciguar a los que estaban tentados de desconfianza. Un Eclesiástico de condición y de virtud que se hallaba en esta peligrosa situación le escribió a Vicente de una País muy lejano, donde se encontraba entonces, y le pidió algún remedio para el mal que le devoraba. *“Espero, le escribió el Santo, que desde vuestra Carta escrita, Dios habrá disipado las nubes que os producían angustia; por eso os tocaré una palabra de paso. Al*

parecer habéis entrado en algunas dudas sobre si sois del número de los Predestinados: Sobre lo cual os digo que, aunque sea verdad que nadie tiene señales infalibles de su Predestinación, sin una revelación especial de Dios, hay no obstante, según el testimonio del gran Apóstol, algunas tan probables para conocer a los verdaderos Hijos de Dios, que no hay casi lugar a duda: y estas señales las veo, Señor, todas en vos por la gracia de Dios. La misma Carta en la que me decís que no las veis, me descubre una parte: y el largo conocimiento que tengo de vos me manifiesta las otras. Creedme, Señor, no conozco en el mundo a un alma que sea más de Dios que la vuestra ni un corazón más alejado del mal, ni más inclinado al buen, como vos lo estáis. Pero, me diréis vos, a mí no me lo parece: y yo os respondo que Dios no permite siempre a los suyos discernir la pureza de su interior entre los movimientos de la naturaleza corrompida, a fin de que se humillen sin cesar y que estando su tesoro oculto por este medio, esté con mayor seguridad. S. Pablo había visto maravillas en el Cielo, pero por ello él no se sentía justificado, porque veía en sí demasiadas tinieblas y combates interiores. Tenía sin embargo tal confianza en Dios que creía que nada en el mundo era capaz de apartarle de la caridad de Jesucristo. Este ejemplo os debe ser suficiente, Señor, para quedar en paz entre vuestras oscuridades y para tener una entera y perfecta confianza en la infinita bondad de Nuestro Señor quien queriendo acabar la obra de vuestra santificación, os invita a abandonaros en los brazos de su Providencia. Dejaos pues conducir a su amor paterno, puesto que os ama, y no rechaza ni mucho menos a un hombre de bien como vos, cuando no abandona siquiera a un hombre malo, que espera en su misericordia”.

Aunque tenga motivos para creer que estas reflexiones apretujadas fatigarán a aquellos Lectores que no quieren más que hechos capaces de alimentar la curiosidad, no he querido omitirlas, porque existe siempre un número de almas fieles que están encantadas de hallar reglas de conducta: añadiré pues que, aunque el pensamiento de la muerte fuera una de sus prácticas que el Santo daba para mantenerse en la virtud, no quería que se ocuparan de ellas hasta ponerse en peligro de alterar la confianza Cristiana. Es el consejo que mandó dar a una persona, que teniendo un vivo temor a la muerte, la tenía siempre en su mente. Le hizo saber, que era bueno pensar en la última hora; que el Hijo de Dios lo había recomendado; pero que después de todo este pensamiento debía tener sus reglas y sus límites; que no era ni necesario ni conveniente que la persona, de quien se trataba, la tuviera siempre presente; que sería suficiente para ella ocuparse dos o tres veces al día, sin detenerse demasiado; y que hasta no haría falta detenerse, en caso de que le produjera demasiada inquietud.

III. *Su Amor a Dios*

Pasa con nuestro amor como con un fuego subterráneo: no se puede juzgar del volumen del uno y del otro más que por los efectos que resultan de ellos. Cuanto más vivos, eficaces y múltiples son tanta más sustancia y fecundidad tiene el fondo que los produce. Con este principio, ¿qué no se puede pensar del amor que Vicente de Paúl tuvo a Dios? la caridad comienza por hacernos dóciles a la voz de este gran Maestro y fieles a la observancia de sus Leyes. El santo Sacerdote era en este punto de una exactitud tan grande, que según confesión de los que le han estudiado de más cerca, para faltar en ello menos que él, hubiera sido necesario no ser hombre. Tan atento estaba a sí mismo, tan mortificado en sus pasiones, tan equitativo en sus juicios, tan mesurado en sus palabras, tan prudente en su

conducta, en fin tan constantemente unido a Dios, que se veía a primera vista que su alma, su cuerpo y todas las facultades de uno y otro estaban bajo el imperio de la santa dilección. De ahí aquellas vivas y tiernas aspiraciones que, como un fuego producido en el seno de la tierra, se le escapaban de vez en cuando: *¡Oh Salvador! ¡Oh mi Señor! ¡Oh bondad divina! ¡Oh Dios mío! ¿cuándo nos concederéis la gracia de ser todo vuestros, y no amaros sino a vos?*

De ahí también ese ardiente y continuo deseo de que Dios fuera cada vez más conocido, adorado, servido, amado, bendecido y glorificado en todo tiempo y por toda clase de criaturas. De ahí el cuidado que tenía de purificar su intención y de acordarse de que sus mínimas acciones como las más grandes pertenecían a su Creador. De ahí finalmente aquella máxima capital que fue siempre la suya, que para agradar a Dios en las cosas grandes conviene tener la costumbre de agradecerle en las más pequeñas; que éstas de ordinario se hacen con más seguridad por su gloria; que aquellas por el contrario *acaban* a menudo en *humo*, ya que el amor propio, la vanidad, el beneficio propio las estropean, las corrompen o las debilitan.

Como la verdadera pureza de intención no va nunca unida a la enfermedad del respeto humano, el santo Sacerdote no podía soportar que los suyos actuasen con miras humanas. Hemos visto que uno de sus Misioneros que, aunque muy estimado en Roma, no tenía allí aún alojamiento fijo, creyó, a fin de poner a los Cardenales en sus intereses, deber comenzar las Misiones en sus Tierras, que el santo Padre había dejado a su voluntad: Vicente a quien se lo escribió, no le dio otra respuesta que ésta: *“El plan que me proponéis me parece humano y contrario a la sencillez Cristiana. ¡Oh Señor, Dios nos guarde de hacer nada con vistas tan bajas! Su divina bondad pide de nosotros que nunca hagamos bien en ningún lugar para darnos importancia; sino que lo miremos siempre directamente, inmediatamente y sin medio en todas nuestras acciones. Esto me da ocasión de pedir dos cosas, prosternado en espíritu a vuestros pies, y por el amor de Nuestro Señor Jesucristo. La primera, que huyáis, en cuanto os sea posible, de parecer; y la segunda, que no hagáis nunca nada por respeto humano... Pero ¿qué se dirá de nosotros en París y en Roma? Dejad, Señor, pensar y decir lo que se quiera; y estad seguro de que las máximas del Hijo de Dios y los ejemplos de su vida oculta no están en falso, que dan su fruto a su tiempo; y que todo le sale mal a quien sigue otras contrarias. Ésta es mi fe, y ésta mi esperanza. En el nombre de Dios, tenedlo como infalible”*.

La aversión que sentía el santo hacia las vistas de la carne y de la sangre estalló un día en uno de aquellos movimientos súbitos, que salen al exterior, o más bien que exhalan disposiciones habituales del corazón. Alguien habiéndose humillado ante los demás por haber hecho alguna acción por respeto humano; Vicente muy afligido por que un Misionero buscara otra cosa que Dios, dijo *que más valdría ser arrojado atado de pies y manos sobre carbones encendidos que hacer una acción por agradar a los hombres*. Se quejó después de la injusticia y locura de los que no teniendo más que intenciones bajas y terrenales, pierden el tiempo y sus trabajos, y a los que ese tiempo y esos trabajos les serían tan saludables si fueran elevados hacia Dios. *“Honremos pues siempre, concluyó, honremos las perfecciones de ese primer Ser: tomemos por meta de todo lo que tenemos que hacer, aquellas que son las más opuestas a nuestras imperfecciones, como su dulzura y clemencia directamente opuestas a nuestra cólera; su ciencia tan contraria a nuestra ceguera; su grandeza y su majestad infinita tan elevadas por encima de nuestra bajeza; su bondad siempre opuesta a nuestra malicia”*.

Se advirtió que el Santo hablaba con sencillez; pero también que el amor del que estaba inflamado daba a sus palabras un fuego, una energía que impresionaban a los que le escuchaban. Hallándose un día varios Prelados en la Conferencia de los Eclesiásticos que se reunían en S. Lázaro, el Santo les concedía, según su costumbre la conclusión de la charla: pero ellos le pidieron todos que la hiciera él mismo, y como se excusaba, el más antiguo de los Obispos le dijo: *“Señor Vicente, no conviene que por vuestra humildad privéis a la Compañía de los buenos sentimientos que Dios os ha comunicado sobre el asunto que se trata. Hay en vuestras palabras no sé qué unción del Espíritu Santo que mueve a todos, y por eso todos estos Señores os suplican que les hagáis partícipes de vuestros pensamientos: una palabra de vuestra boca producirá más efecto que todo lo que nosotros podríamos decir”*.

Lo que decía este Prelado ha sido repetido cientos de veces. De este gran número de Ministros sagrados, que cada semana acudían a la Conferencia, varios han confesado que venían principalmente para tener la suerte de oírle, y que se volvían verdaderamente afligidos, cuando por modestia él no había hablado.

La Presidenta de Lamoignon mujer de una virtud sólida habiendo asistido a una charla que dio a las Damas de su Asamblea, sintió tan profundamente su fuerza y su impresión que volviéndose hacia la Duquesa de Mantote, quien después fue Reina de Polonia, *“Pues bien, Señora, le dijo, ¿no podemos decir, a imitación de los Discípulos que iban a Emaús, que nuestros corazones sentían los ardores del amor de Dios mientras nos hablaba el sr Vicente? En cuanto a mí, aunque soy poco sensible a todas las cosas que se refieren a Dios, os confieso no obstante que tengo el corazón lleno de todo lo que el santo Hombre acaba de decir. No es de extrañar, respondió esta gran Princesa, es el Ángel del Señor que lleva en sus labios los carbones ardientes del amor divino, que arde en su corazón. Eso es muy verdad, añadió otra Dama de la Compañía, y sólo depende de nosotras participar en los ardores de este mismo amor”*.

He dicho en otro lado que el gran Bossuet, quien no había oído a Vicente de Paúl más que en una época en la que se es crítico por naturaleza, ha creído poder, en una Carta escrita al Padre común de los fieles, tomar a Jesucristo por testigo que al escuchar al santo Sacerdote, se acordaba de de las palabras del Príncipe de los Apóstoles, *Si quis loquitur, tamquam sermones Dei* –Al hablar que lo haga con lenguaje de Dios; yo añado según su Historiador que el amor y la unción, de que estaban llenas sus palabras, se hacían sentir en todos cuantos le oían hablar de las cosas espirituales. *¡Oh, que suerte tenéis, decían a los Misioneros, al ver y oír todos los días a un hombre tan lleno del amor de Dios!*

En efecto, este gran Hombre transmitía el ardor de su caridad hasta las médulas y las junturas de los que trataban con él, No había, dice el Arzobispo de Vienne en su Carta a Clemente XI, ni Sermón, ni Lectura de piedad, que hiciera tanta impresión como la que producía en los que tenían la dicha de conversar con él. Incluso los niños a los que los discursos serios aburren con facilidad, le escuchaban atentos, como lo asegura de si mismo Victor de Méliand, quien luego fue Obispo de Alet. Era muy joven, dice Charles-François de Lomenie de Brienne, muerto Obispo de Coutance, cuando comencé a ver a este venerable Anciano, que tenía mucha relación con mi familia, y sin embargo ya tenía, como los demás, una idea tan grande de su santidad que muchos años después no han logrado hacerme perder su recuerdo.

Presentaron a uno de sus Sacerdotes a un pecador endurecido en el vicio, a fin de que tratara de inspirarle mejores sentimientos. Lo intentó en efecto; pero fue inútil, porque se las había con un hombre en el que la costumbre del mal se había hecho naturaleza. Este

Sacerdote se lo presentó a Vicente, poco más o menos como le presentaban al Salvador al poseso, a quien sus Discípulos no habían podido curar. El Siervo de Dios habla a este enfermo inveterado, le insta, le mueve, le confunde, tiene el consuelo de ver caer de sus ojos una parte de las escamas que le cegaban. En el momento mismo se empieza a descubrir las primicias del nuevo hombre. El hijo de iniquidad gime bajo sus cadenas, pide un retiro donde pueda descargarse, lo hace con fervor, sostiene con confianza sus primeros compromisos. Da gracias a su liberador; publica que la dulzura y la caridad de Vicente de Paúl han cautivado su corazón, y que hasta entonces no había encontrado a nadie que hablara como él.

Pero su amor como el del Apóstol bien amado no se limitaba a las palabras; iba a las obras; una caridad terminada en simples afectos le parecía sospechosa. Quería que se amara a Dios, pero que se le amara *a expensas de sus brazos, con el sudor de su rostro*: son sus propias palabras, que creo he traído en otro lugar. Toda su vida es una prueba, que en este sentido la ha amado; y esta prueba; y esta prueba ya tan fuera del alcance por las obras sin número que hemos detallado, va a confirmarse por las grandes cosas que nos faltan por decir.

IV. *Su conformidad con la voluntad de Dios.*

El verdadero medio de testimoniar su amor a dios es, dice S. Basilio, hacer todo lo que se puede y, por decirlo así, más de lo que se puede, a fin de cumplir continuamente su santísima voluntad. Esta máxima, que Vicente tenía como la base de la perfección Cristiana y de la que hace una regla de conducta en sus Constituciones, esta máxima, digo, le estaba tan presente que desde la mañana a la noche parecía decir con S. Pablo: *Señor, ¿qué queréis que haga?*, ¿y de qué manera debo hacerlo? No emprendía nada, no aceptaba nada, no aconsejaba nada, sin consultar al Padre de los espíritus y de las luces, para conocer lo que exigía de él. La enfermedad y la salud, la vida y la muerte, la libertad y la esclavitud, la ganancia y la pérdida, los ultrajes, los desprecios, la vergüenza, los oprobios, todo le era igual, mientras que Dios estuviera contento. Lo único que temía en el mundo era hacer el mal que Dios no puede querer, o incluso el bien, que no quiere siempre de los que lo hacen.

“Yo me aseguro, decía un día a los suyos, y esta reflexión es tan espantosa como sólida; me aseguro que no hay nadie de los aquí presentes que no haya tratado hoy de hacer algunas acciones que por sí mismas son buenas y santas: sin embargo puede suceder que Dios haya rechazado estas acciones porque habrán sido realizadas por el movimiento de vuestra propia voluntad. No es esto lo que el Profeta declaró cuando dijo de parte de Dios: Yo no quiero vuestros ayunos: vosotros pensáis honrarme con eso, y hacéis lo contrario, porque cuando ayunáis, es vuestra propia voluntad lo que hacéis, y que por esta propia voluntad estropeáis y corrompéis vuestro ayuno. Ahora bien, continuaba, lo que Isaías decía del ayuno se puede decir de todas las demás obras de piedad; la mezcla de nuestra propia voluntad estropea nuestras devociones, nuestros trabajos, nuestras penitencias. Hace veinte años que no leo nunca en la santa Misa este lugar del Profeta, que no me quede confuso. ¿Qué hacer pues para no perder nuestro tiempo y nuestros trabajos? No conviene actuar nunca por el movimiento de nuestro propio interés, de nuestra inclinación, de nuestro humor, o de nuestra fantasía; sino acostumbrarnos a hacer la voluntad de Dios en todo; digo en todo, y no en parte: puesto que ahí está el propio efecto de la gracia, que hace a la persona y la acción agradables a Dios”. Aunque la más perfecta sumisión no fuera absolutamente necesaria a los Santos, se puede decir que habría sido necesaria a

Vicente de Paúl, a la vista de las cruces que dios le preparaba, sea en su propia persona sea en la de su Hijos. Él los ha visto más de una vez como a los Justos de quienes habla S. Pablo, en la indigencia, en la opresión, en la miseria, y en las cadenas. A pesar de esto, su tranquilidad era siempre la misma, esta sola palabra, *Dios lo quiere*, calmaba sus inquietudes, y cortaba en seco las reflexiones inútiles. “*Un alma bien resignada, decía a alguien que tenía penas de espíritu, está contenta mientras Dios esté contento; ella le ofrece un corazón lleno de santos afectos, y le presta todos los servicios que puede en la persona del prójimo, pero atribuye por entero el suceso de sus designios y de sus trabajos a la dirección de su divina Providencia, y se queda en paz en medio de las confusiones y contratiempos que le sobrevienen. Si Dios, para probaros, os ejercita con temores, abatimientos, molestias, aversiones y otras penas de espíritu y de cuerpo, no os sorprendáis, sino pensad que es una tempestad que pasa, y pedid a dios que vuelva la tranquilidad, o que os sostenga en su mano: Vir obediens loquetur victorias, dice la Escritura. Aseguraos pues de que, si estáis bien sometido a la voluntad de Dios, venceréis todas las dificultades que sentís; y que Nuestro Señor cumplirá los designios que tiene sobre vos*”.

Una Dama de una insigne piedad tenía un hijo, que la preocupaba mucho. Habló con el Hombre de Dios. “*Entregad, le respondió él, entregad al Niño y a la Madre a Nuestro Señor, y él os dará buena cuenta de los dos. Dejadle solamente hacer su voluntad en vos y en él... ¡Oh, qué poco hace falta para ser Santa! El medio muy soberano y casi único es habituarse a hacer la voluntad de Dios en todo*”.

Algún tiempo después que la peste le quitó al santo Sacerdote seis o siete de los suyos, que trabajaban en Génova; pérdida de la cual no consoló a su Comunidad más que enseñándola a adorar en todo las voluntades de Dios; la misma Casa, cuyas lágrimas corrían aún, tuvo la desdicha de perder un Proceso muy importante. El nuevo Superior le escribió a Vicente de Paúl: esta es la respuesta de este hombre incomparable. No sé si las habrá más hermosas en las Acatas de los mayores Santos. “*Viva la justicia. Hay que creer, Señor, que se encuentra en la pérdida de vuestro Proceso. El mismo Dios que os había dado bienes os los ha quitado; bendito sea su santo Nombre. El bien es malo cuando está donde Dios no lo quiere. Cuanta mayor relación tengamos con Nuestro Señor despojado, mayor parte también tendremos en su Espíritu. Cuanto más busquemos, como él, el Reino de Dios su Padre, para establecerlo en nosotros y en los demás, más nos serán dadas las cosas necesarias a la vida. Vivid pues esta confianza, y no vayáis a los años estériles de los que habláis. Si llegan por la sustancia o por los empleos, o por las dos cosas, in nomine Domini, no será posculpa vuestra, sino por el orden de la Providencia, cuya conducta es siempre adorable. Dejémonos pues conducir por nuestro Padre que está en los Cielos; y tratemos en la tierra de no tener más que un querer y no querer con él*”. Esta última expresión era usada muchas veces por él: y es que estaba persuadido, y lo dijo un día por la abundancia de su corazón, “*que conformarse en todo a la voluntad de Dios, y gozarse en ello es vivir en la tierra con una vida tan Angelical y hasta vivir con la vida de Jesucristo*”.

De esta perfecta conformidad con todas las voluntades de su Maestro nacía en este fiel Siervo el espíritu de indiferencia; espíritu que, como se lo decía un día a la Comunidad, *logra estar tan apartado de las criaturas y tan perfectamente unido a la voluntad del Creador que se llega a carecer de todo deseo de una cosa más que de otra*. Será él mismo el objeto de este santo y generoso desprendimiento. Tuvo todo el tiempo, sobre todo en sus últimos años, de ver que se iba poco a poco; pero lo vio con tan gran indiferencia que vivir y morir, sufrir o ser aliviado, era absolutamente lo mismo para él. Jamás, sea en salud, sea

en enfermedad, se ha notado nada en él, ni siquiera una palabra, de lo que se pudiera concluir que el equilibrio era manos perfecto. Si, como lo debía hacer, manifestaba que tal o cual cosa podía dañarle, nada lo detenía ya, cuando el médico había hablado; y estaba tan contento del mal efecto que los remedios producían a veces, como lo estaba cuando tenían todo el éxito posible. Porque él no veía nada sino en Dios, y que lo que Dios quería era siempre lo mejor para él.

Las ideas de amor tierno y de indiferencia perfecta ofrecen al espíritu una especie de paradoja que no es fácil de explicar: sin embargo Vicente supo reunir estas ideas que parecen tan poco compatibles. Amaba a su Congregación con toda la ternura posible: no obstante no hubiera dado un paso ni dicho una palabra para conservarla, si no pensaba que Dios se lo exigía. Estaba todavía más lejos de enriquecerla o de extenderla por caminos humanos, porque estaba más seguro que esto no estaba en el orden de la divina voluntad.

Alguno, que creía, según el Proverbio italiano que es bueno ayudarse un poco, le escribió que si quería que su Congregación tuviera éxito y buenos Súbditos, había que trabajar para establecerla en las grandes Ciudades. El Santo rechazó muy lejos esta propuesta. “No podemos, respondió él, dar ningún paso para establecernos en el lugar que sea, si queremos mantenernos en los caminos de Dios, y en el uso de la Compañía: ya que hasta el presente su Providencia nos ha llamado a los lugares en que estamos, sin que nosotros lo hayamos buscado directa o indirectamente. No puede por menos que esta resignación a Dios que nos mantiene así en la dependencia de su dirección no le sea muy agradable; más aún porque destruye los sentimientos humanos que, bajo pretexto de celo y gloria de Dios, hacen con frecuencia emprender planes que él no inspira y que no bendice. Él sabe lo que nos conviene y nos lo dará cuando sea oportuno, si nos abandonamos como verdaderos Hijos a un Padre tan bueno. Con toda certeza, si estuviéramos bien persuadidos de nuestra inutilidad, no nos preocuparía ingerirnos en la cosecha de los demás, antes de que nos llamaran, ni adelantarnos para preferirnos a otros Obreros, a quienes pude ser que Dios haya destinado a eso mismo”.

Le propusieron un día algo muy ventajoso para la Congregación, y como uno de los suyos le apremiara para dar su consentimiento, le dio esta hermosa respuesta: “*En cuanto a este asunto, pienso que haremos bien en dejarlo ahí por el momento, tanto para embotar la punta de las inclinaciones de la naturaleza, que querría que las cosas ventajosas se ejecutaran prontamente, como para situarnos en la práctica de la santa indiferencia y dar lugar a Nuestro Señor que nos manifieste sus voluntades mientras le ofrecemos nuestras oraciones para encomendarle el asunto. Tened por seguro que, si le agrada que se haga, el retraso no lo estropeará de ningún modo, y cuanto menos nuestro, más suyo será*”.

De los sentimientos que el Santo tenía para el Cuerpo en general se puede juzgar de los que tenía para los particulares de los que estaba compuesto. Los quería como Padre, y aquellos sobre todo que cultivaban con celo la viña del Señor. Pero como los amaba como hombre eminentemente Cristiano, no quería, no pedía siquiera a Dios su salud o su vida, más que con esta condición que fuera *su beneplácito, y su mayor gloria*. Es lo que declaró varias veces a su Comunidad; y ello, aunque se trataba de ciertos sacerdotes que le eran muy queridos y muy necesarios. Hemos visto qué impresionado quedó por la muerte del sr Abate de Tournus, de los srs Lambert, Blatiron, Portail, y de otros muchos; suponía y tenía razón, que todos los de la compañía eran también muy sensibles a tan grandes pérdidas: “*Sin embargo, les decía en sus Cartas Circulares, no dudo de que habéis alabado a Dios por esta privación y que no le hayáis dicho que no querríais que hubiera hecho otra cosa, ya que tal ha sido su beneplácito ¡Cuántas murmuraciones desterradas, cuántas acciones*

de gracias sustituidas por lamentos inútiles, si los sentimientos del Siervo de Dios fueran los del común de fieles!”

Se esforzaba por llenar el corazón de sus Hijos con este espíritu. “La santa indiferencia, les dijo un día en una charla que les dio sobre esta materia, la santa indiferencia no es solamente una virtud o más bien un estado de virtud muy excelente en sí, sino también una utilidad singular para adelantar en la vida espiritual; y hasta se puede decir que es necesaria a todos los que quieren servir perfectamente a Dios: ya que ¿cómo podemos buscar el Reino de Dios y emplearnos en procurar la conversión de los pecadores y la salvación de las almas, si estamos apegados al bienestar y a las comodidades de la vida presente? ¿Cómo cumplir la voluntad de Dios si seguimos los movimientos de la nuestra? ¿Cómo renunciar a nosotros mismos según la palabra de nuestro Señor, si buscamos ser estimados y aplaudidos? ¿Cómo desprendernos de todo si no tenemos el valor de dejar una cosa de nada que nos detiene... El alma que está en esta perfecta indiferencia es comparada por el Profeta a una bestia de carga que no se decide a llevar una cosa y no otra, a ser más bien de un Amo rico que de uno pobre o estar en una bonita cuadra antes que en un pobre establo: todo le es bueno y está dispuesta a todo lo que se quiere de ella. Anda, se para, se vuelve a un lado, se vuelve al otro, aguanta, trabaja noche y día. Ved, Señores y Hermanos míos, cómo debemos ser; desprendidos de nuestro juicio, de nuestra voluntad, de nuestras inclinaciones, en una palabra de todo lo que no es Dios, y dispuestos a todas las órdenes de su santa voluntad”.

Después de apuntar que esta conducta ha sido seguida por todos los Santos; por un S. Pedro quien, cuando se trató de ir a buscar a su Maestro a la orilla del mar, se despreocupó de la barca, de sus ropas, de su propia vida; por un S. Pablo quien, desde el primer momento de su conversión, estaba tan listo para salir para Arabia, como para Jerusalén; el Siervo de Dios concluye que, a ejemplo de estos grandes hombres, todo debía ser indiferente a sus Misioneros: “Pues a fin de cuentas, decía él, un Misionero no se pertenece; es de Jesucristo, que quiere disponer de él para hacer lo que él hizo y sufrir como él sufrió. Así como mi Padre me ha enviado, decía el Salvador a sus Apóstoles y a sus Discípulos, así os envío yo; y como me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros. Me parece, continuó el Santo, que os veo muy dispuestos a no tener otro afecto que el de conformaros a Jesucristo, otra voluntad que la de la obediencia, y espero que Dios nos otorgue esta gracia. Lo espero para mí el primero, que la necesito tanto, a causa de mis miserias y de todos mis apegos, de los que me veo casi en la incapacidad de salir, y que en mi vejez me hacen decir como David: Señor, tened piedad de mí. Pero os sentiréis edificados, Hermanos míos, si os digo que hay aquí ancianos enfermos que han pedido ser enviados a las indias, y que lo han hecho con todos sus achaques que no eran poca cosa. De dónde viene un valor así, pues porque tienen un corazón libre: van de corazón y de afecto a todos los lugares, en los que Dios quiere ser conocido y adorado, y nada los detiene aquí sino su santa voluntad. Y nosotros, todos mientras estamos, si alguna desdichada zarza no nos atara, no dejaríamos de decir, cada uno dentro de sí: Dios mío, me doy a vos para ser enviado a todos los lugares de la Tierra, adonde los Superiores lo crean conveniente que vaya a anunciar vuestro Nombre; y aunque debiera morir allí, estoy presto a ir, sabiendo muy bien que mi salvación esta en la obediencia, y la obediencia en vuestra voluntad. En cuanto a los que no se hallan en esta preparación de espíritu, deben entregarse a conocer bien cuáles son las cosas que los atraen más de un lado que de otro; para que por medio de una mortificación continua, interior y exterior, lleguen con la ayuda de Dios a la libertad de sus Hijos, que es la santa indiferencia”.

Lo que Vicente decía a los suyos en general se lo repetía a cada uno en particular cuando se presentaba la ocasión. “*Sabéis, decía en una de sus cartas, que entre los obreros de quienes se habla en el Evangelio, algunos fueron llamados a la tarde; y a pesar de ello fueron recompensados al atardecer como los que habían trabajado desde por la mañana: así vosotros tendréis tantos méritos esperando con paciencia la voluntad del Maestro, que se tendrá que cumplir cuando os sea señalada, ya que estáis preparados para todo, prestos a salir, y prestos a quedaros. Dios sea alabado por esta santa indiferencia, que se convierte en un instrumento muy idóneo para las obras de Dios*”.

“*¡Oh Señor, decía a otro, qué bello adorno es la indiferencia en un Misionero! Le hace tan agradable a Dios que Dios le preferirá siempre a todos demás Obreros en los que no vea esta disposición de indiferencia para cumplir sus designios. Si estamos ya despojados de toda voluntad propia, entonces estaremos en condiciones de hacer con seguridad la voluntad de Dios, en la que los Ángeles encuentran su felicidad y los hombres toda su dicha*”.

V. Su atención continua a la presencia de Dios.

Caminar en la presencia de Dios, y a sus ojos es, a juicio de Dios mismo, el medio de llegar a ser perfectos; es acostumbrarse a disfrutar de la conversación de su bienamado, a recibir sus órdenes y a ejecutarlas; a no obrar sino por él, incluso cuando parece que lo hacemos por nosotros, o por los demás. El santo amor del que Vicente de Paúl estaba imbuido le enseñó muy temprano una máxima tan fecunda, y la practicó hasta el final. Un virtuoso Sacerdote, que le observó durante varios años, le halló siempre como Abraham en la presencia de su Maestro. No le veía más que a él; todo lo demás no producía sensación alguna en su espíritu. La multitud, el peso de los asuntos no turbaban su recogimiento. En las buenas noticias como en las más desagradables, se podía calibrar la ecuanimidad de su espíritu, por la serenidad que se dibujaba en su rostro; y de una y otra se concluía con toda seguridad que no perdía de vista a aquel que, según la expresión de un Profeta –Isaías, c. 47-, hace la paz y crea el mal. Cuando le consultaban, y lo hacían con frecuencia sobre asuntos de toda índole, no respondía de ordinario, sin antes consultar él también a Dios. Por eso fue que entre la pregunta y la respuesta, hacía por lo común una pequeña pausa, y con bastante frecuencia también comenzaba por estas palabras, *in nomine Domini*.

El temor que tenía de que su imaginación le arrebatara la presencia de Dios se la hacía recordar al menos cuatro veces en una hora. Cada vez que sonaba el Reloj, estuviera solo o en compañía, en la casa o en la ciudad, se descubría, hacía la señal de la Cruz y elevaba su espíritu a Dios. Cuando entraba en su habitación o en la de los suyos, incluso de los Ejercitantes, se ponía de rodillas para atraer al Espíritu Santo; y hacía lo mismo al salir para darle las gracias. Él ha dejado estas prácticas a su Congregación; y no serán ni los mejores espíritus ni los más sólidamente virtuosos quienes las despreciarán como minucias. Como conocía por propia experiencia las bendiciones unidas al piadoso ejercicio de la presencia de Dios, él habría deseado que todos los hombres estuviesen atentos a ella. Para contribuir a ello tanto como le fuera posible, avisaba por una especie de Sentencia escrita en gruesos caracteres, difundida por muchos lugares de la Casa; avisaba, digo, a los que entraban en su casa, que estaban bajo la mirada de Dios. Un gran Prelado –el sr Perochel Obispo de Boulogne- no creyó deshonrarse copiándole el mismo método; y estas palabras, *Dios os ve*, grabadas en la Puerta principal del Castillo de Brunamber, ocupan todavía el lugar de los Escudos Episcopales.

Los Cielos, la tierra, todas las criaturas invitaban a S Agustín a amar a Dios; estos mismos objetos mantenía a Vicente de Paúl en su presencia. Cuando veía campos cubiertos de trigales, o árboles cargados de frutos, admiraba la inagotable abundancia de los bienes de los que Dios es el origen; bendecía la mano paternal que alimenta y conserva a los que ella ha dado el ser. Cuando veía flores, aves, o esas verduras que tienen matices casi hasta el infinito, se ocupaba de de las perfecciones de su creador; decía, y se ha visto escrito de su propia mano, que no hay nada comparable a la belleza de Dios, pues es el primer principio de todas las bellezas creadas, y que es de él de quien reciben el Sol y los Astros todo su esplendor. Cuando se hallaba en la Corte en esos Apartamentos soberbios, en los que el cristal y los espejos hacen de un solo objeto miles de objetos diferentes: “*Señor, decía, si los hombres han tenido el acierto de hacer que el menor movimiento no pueda escapar a sus miradas, ¿cómo podré sustraerme a las vuestras?*”

Por lo demás, sucedía que como no se puede tener siempre los ojos bajos Vicente veía en sus viajes la belleza de los campos, y el esmalte de las praderas. Veremos luego que llevaba la mortificación hasta privarse del inocente placer que ofrece la vista de las riquezas de la naturaleza. Al caminar por París se ocupaba de Dios más o menos como si hubiera sido el único en nuestra Ciudad, en la que el tumulto y el ruido autorizan las distracciones. Cuando se vio reducido a servirse de una Carroza, tenía de ordinario los ojos cerrados; y la mayor parte de las veces, para distraerse menos, corría las cortinas , de modo que no podía ni ver ni ser visto de nadie.

Una palabra, que me dijo hace tiempo el R. P. Fleuriau, me permite creer que la humildad tenía algo que ver en esta conducta de Vicente de Paúl. Este Jesuita, que murió lleno de años y de méritos, se acordaba con toda claridad haberle visto en su infancia; y es de él de quien he sabido que los Escolares, que por otro lado no son muy respetuosos por naturaleza, se mostraban a porfía al Siervo de Dios y se decían uno a otro: *Mirad ahí pasa el Santo*. Pero aunque no los hubiera oído nunca, lo cual es posible, el placer que tenía de conversar con Dios era suficiente para llevarlo a formarse una soledad dentro de sí mismo. Formaba en ello a sus Hijos; les decía una vez que cuando se vigila uno a sí mismo, la atención a la divina presencia se cambia poco a poco en hábito; y hace familiar la práctica de hacer sin cesar la voluntad de Dios: “*¿Cuántas personas, añadía él, pensáis que hay en el mundo que no pierden casi a Dios de vista? Me encontré estos días pasados con una que recordaba haberse distraído tres veces al día del pensamiento de Dios. Esa gente serán nuestros Jueces, y nos condenarán ante la divina Majestad por el olvido que tenemos de ella: nosotros que no tenemos otra cosa que hacer que amarle y declararle nuestro amor con nuestras miradas y nuestros servicios*”.

VI. Su Oración.

Un hombre tan constantemente unido a Dios no podía por menos que ser un hombre de Oración. Por eso hacía de este santo ejercicio la estima que han hecho de él en todo tiempo, y hacen todavía los que quieren adelantar en la virtud. Fuera el que fuera el asunto que llevaba entre manos, y en cualquier parte que se encontrara, una hora de meditación era para él el Sacrificio de la mañana y las primicias del día. Era en la Iglesia, según la costumbre de su tiempo como cumplía con su Comunidad con este deber de Religión: pero cumplía con un fervor capaz de impresionar a los que eran menos capaces de serlo. El espíritu de amor producía en su corazón movimientos tan vivos que, no pudiendo calmar su ardor, lo dejaba estallar en suspiros, de lo cual era él el único en darse cuenta. Aunque,

como ya lo hemos dicho, hablara siempre de cosas espirituales de un modo digno de Dios; sin embargo parecía hallarse algo más, cuando hablaba al salir de la Oración. Independientemente de las palabras, no había más que poner los ojos en su humildad, su mortificación, su paciencia, su caridad y todas sus virtudes para estar de acuerdo que la Oración que la Oración era su apoyo y su alimento.

Como sabía por experiencia los grandes frutos que puede producir, comprometía por sí o por los suyos a todos los que podía, sobre todo quería inculcar su necesidad a los que se disponían a recibir las santas Órdenes, bien persuadido de que un Sacerdote, que no ama la Oración, es o poco le faltará, una sal insípida, que no sirve de nada. Recomendaba que se formara en ello a los Seculares en el Curso de sus retiros, no dudando de que, si se acostumbraran, realizarían las buenas resoluciones que habían tomado en soledad. A ello llevaba incluso a las Damas de su Asamblea, y con mayor razón a los Eclesiásticos de su Conferencia.

Por lo que se refiere a sus Misioneros siempre deseó ardientemente que fueran gente de Oración para ellos y para los que debían dirigir. *“Dadme, decía, un hombre de Oración y será capaz de todo; podrá decir con el santo Apóstol: yo lo puedo todo en aquél que me conforta y me da fuerza. Añadía, que la Congregación de la Misión subsistiría mientras se practicara con fidelidad en ella el ejercicio de la Oración; ya que, decía él, la Oración es una muralla que pondrás a los Misioneros a cubierto contra toda clase de ataques; y será para ellos aquella Torre de David, que suministraba armas de toda clase, ya para defenderse, ya para asaltar y poner en fuga a los enemigos de la gloria de Dios y de la salvación de las almas”*.

No creía que los enfermos se dispensasen. Es verdad que el método que les prescribía estaba tan adaptado a su estado que no era de temer que se fatigasen demasiado. Mantenerse suavemente en la presencia de Dios, dirigirse a él con tiernos afectos, formar Actos reiterados de paciencia, de resignación a la voluntad divina, de confianza en ella, de dolor por sus pecados, de amor y de acciones de gracias, es todo lo que exigía de ellos y lo que no sobrepasa sus fuerzas.

El Superior de una de sus casas se atrevió a preguntarle si la Oración debía ser, el día de descanso como los otros, de una hora entera: el Santo le respondió –carta del 15 de agosto de 1660- que *“no había que dudar y que a menos que se tuvieran asuntos que, bien examinado ante Dios, no pudieran diferirse, convenía en esta ocasión como en otras atenerse a la Regla. Monseñor el Príncipe de Conti, añadía él, será un día nuestro Juez, por lo menos el mío. Es admirable en su fidelidad a la Oración: hace todos los días dos horas, una por la mañana y la otra a la tarde: por grandes que sean las ocupaciones que tenga, sea quien sea la gente que le rodea, no falla nunca. Es verdad que no está tan atado a las horas, para no adelantarlas o no las retrase según lo exijan los negocios. ¡Quiera Dios darnos este atractivo para unirnos a él por la Oración!”*

Todo lo que se diga aquí del santo sacerdote, este atractivo no le faltaba: aparte de que la primera hora del día estaba para él inviolablemente dedicada a la oración, le daba también lo que le quedaba de los momentos libres. Aprovechaba hasta sus insomnios; su espíritu y su corazón estaban tan hechos a elevarse hacia Dios que el primer pensamiento que cortaba su sueño era el de una dulce y tierna meditación.

No se contentaba con exhortar a los suyos para hacerse fieles a este santo ejercicio, se tomaba también la molestia de formarlos en ella él mismo, y a pesar del número incalculable de asuntos a su cargo, dos veces a la semana les hacía dar cuenta de los buenos sentimientos que Dios había tenido a bien darles. Llamaba a tres o cuatro y no se cansaba

de escucharlos. Los nuevos se formaban poco a poco, los antiguos se edificaban, los que Dios había probado con la desgana y la sequedad, podían uniéndose a los que hablaban reparar una parte de sus pérdidas.

Estas repeticiones de oración le parecían tan útiles, que cuando viajaba con Seglares, tenía el talento de hacerles convenir no sólo que cada día se diera todas las mañanas algún tiempo a la oración sino que también se conversara después sobre los buenos pensamientos tenidos. Supo incluso persuadir a mujeres del mundo que establecieran esta santa costumbre entre sus domésticos; una Dama que poseía mucha virtud, le contó un día que uno de sus lacayos refiriendo con sencillez lo que había pensado durante la oración había dicho en pocas palabras que acababa de considerar los deberes que nuestro Señor nos prescribe con respecto a los pobres, que en consecuencia él se había creído obligado a hacer algo por ellos, pero que pudiendo darles nada, porque era pobre él también, había tomado la resolución de rendirles algún honor, de saludarles quitándose el sombrero delante de ellos y de hablarles con bondad a quienes se dirigían a él. Cuántos jóvenes Eclesiásticos no han hecho nunca una meditación tan buena: *Ideo ipsi iudices vestri erunt* (por eso ellos serán vuestros jueces).

A ejemplo del Salvador, quien de vez en cuando se retiraba aparte para orar, Vicente no dejaba nunca cada año, por muy urgentes asuntos que tuviera, de dar al menos ocho días al retiro espiritual; retiro de la oración o ejercicios semejantes formaban la parte principal. es entonces cuando confundido con la gente parecía olvidarse de su casa o más bien del mundo entero, para no pensar sino en Dios y en sí mismo. Es en esta soledad cuando se encontraba solo con la Justicia eterna se pedía cuenta del pasado, y gemía por el presente, tomando nuevas resoluciones para adelante. Por eso, decía él un día, *que un retiro bien hecho es una renovación entera, que el que lo hace como es debido pasa a otro estado, que nos ya el que era y se convierte en otro hombre.*

Como la profunda humildad de este santo sacerdote le hacía impenetrable sobre los favores que recibía del cielo, y no dejaba traslucir nada, más que cuando la gloria de Dios se lo exigía absolutamente, no nos es posible detallar lo que ocurría en su espíritu y en su corazón durante el tiempo de su meditación. Lo que sabemos sin la menor duda es que las palabras mayores de contemplación y de arrebatos no le imponían; que, si bien estimaba todos los caminos por los que Dios se complace llevar a los que son suyos, los mas comunes le eran menos sospechosos; y que el método ordinario era el que aconsejaba a sus sacerdotes y a los de su Asamblea. Pero se puede decir que este método, con todo lo común que es, adquiría un alto valor por las formas que sabía darle.

Quería pues en primer lugar que se llevaran a la oración ciertas disposiciones: *“pero estas disposiciones tienen gran amplitud, ya que deben, según él, llevar consigo la humildad, el conocimiento de su nada ante Dios, la mortificación de las pasiones y de los movimientos desordenados de la naturaleza, el recogimiento interior, la rectitud y sencillez del corazón, la atención a la presencia de Dios, la dependencia completa de sus voluntades, y frecuentes aspiraciones a su misericordia”*. Si los que comienzan a hacer oración, no pueden estar en una posición tan favorable, al menos conviene que tiendan hacia ella

Quería además que se prepararan para la oración; y tenía como hombres bien superficiales en materia de vida interior a los que van a parecer ante la alta y sublime majestad de Dios, *“sin pensar en lo que van a hacer, delante de quién se van a presentar, qué quieren decirle, qué gracias tienen que pedirle, aquellos en una palabra que no prestan ninguna atención a este consejo del Espíritu Santo: Ante orationem praepara animam tuam”*.

Si la meditación tenía algún misterio sensible por objeto, era su parecer que se representara, que se dedicará atención a todas sus partes, que se recorrieran sus circunstancias; y es porque, según decía, no hay ninguna, por pequeña que parezca, que no ofrezca grandes tesoros, si se sabe bien buscarlos.

Cuando la oración era sobre una virtud, creía que se debía considerar en qué consiste, cuáles son sus principales propiedades, sus características, sus efectos, y sobre todo sus actos, los medios de ponerlos en práctica y las razones que nos comprometen. Con respecto a estas razones, no aprobaba a los que se divierten en amontonarlas; y que ya suficientemente convencidos de la necesidad de algo, bien por la Escritura, bien por la autoridad de los santos doctores, buscan sin fin nuevos motivos para convencerse. A eso lo llamaba: *Continuar golpeando el pedernal cuando ya se tiene luz*. Quería pues que entonces se aplicaran a calentar la voluntad, que de los principios generales se pasara a las aplicaciones personales; que se tuviera cuidado ante todo de combatir, y de tender siempre a mortificar la pasión que nos domina; que se mantuvieran firmes en el combate; y que se persiguiera a su enemigo hasta alcanzarlo y desarmarlo.

Consideraba como nocivos estos esfuerzos del espíritu, que frenan las energías y agotan la cabeza. Estar humildemente en la presencia de Dios; exponerle sus miserias; esperar a lo tenga que decirnos; creer que una palabra sola suya será más eficaz que todos los discursos que nos podamos decir a nosotros mismos; y que un pobre que hace hablar a su cansancio y a sus llagas impresiona más que otro que da grandes gritos: es a esto a lo que deseaba el santo Sacerdote que se aplicaran sus Hijos. Lo hicieron sin duda; y hacía ya sesenta años que Vicente les faltaba, cuando encontré estos principios en un virtuoso anciano, quien repitiendo su oración comenzó tras los actos preliminares a exclamar: *Señor, en el Evangelio de hoy curas a diez leprosos: aquí está el número once que se presenta a vos; tiene más achaques y es más digno de lástima que los otros diez: tened piedad de él, como la tuvisteis de ellos*.

Acabará este artículo con algunas indicaciones, que son dignas todas de la piedad del santo Sacerdote de quien las tomo. La primera es que no podía sufrir que un hombre que hace o que repite su oración, corriera tras los bellos pensamientos y las palabras grandes; le comparaba a un predicador que fuera lo suficiente tonto para estar contento de sus oyentes, cuando sus oyentes le admiran. La segunda, que quería que, por poco infiel que se hubiera sido hasta entonces a sus resoluciones, se continuara haciendo más: fue el consejo que dio una vez, con motivo de uno de los suyos, quien hallándose siempre igualmente débil, había dudado, decía, si debía hacer nuevas resoluciones: *“Sí, sin duda, dijo Vicente, hay que hacerlas; y habría que hacerlas, aunque nunca se hubiera realizado ninguna. No se deja de comer, aunque no se vea el efecto de los alimentos. Las resoluciones son una de las partes más importantes, y más aún la más importante de la oración; y eso más que al razonamiento se ha de aspirar. Mas para no hacerlas para nada, no se ha de contentar con asegurarse con sus buenos deseos, desconfiar de sus propias fuerzas, rogar mucho, y pedir a dios la gracia de conocer los obstáculos que nos son funestos, y triunfar de ellos”*. Y ya la última observación, el santo hombre no miraba la aridez y la desgana que se experimentan a veces en la meditación para dispensarse de ella. Quería por el contrario que en esta penosa situación se redoblara la insistencia, a ejemplo del Hijo de Dios quien en su agonía redoblaba las súplicas. *“Las sequedades, decía él, son de ordinario un ejercicio que Dios nos envía y una prueba a la que quiere someternos. No conviene por eso dejarse caer en el desánimo: hay almas buenas que son tratadas a veces de esa manera, y muchos santos lo han sido también. Conozco hoy todavía a muchas personas virtuosas que no*

sienten más que desgana en la oración ; pero como son fieles a Dios, hacen buen uso de ella, y ese buen uso no contribuye poco a su avance en la virtud”.

VII. Su devoción y su piedad para con Dios.

La devoción es una virtud que lleva al hombre a entregarse con gusto, y sin dilación, a todo lo que se refiere al y al servicio de Dios, con la intención de glorificarle y honrarle. De esta idea se deduce que los verdaderos devotos son raros; pero no es menos cierto que Vicente fue verdadera y sólidamente devoto.

Y en primer lugar, tenía una alta idea de la grandeza infinita de Dios y un respeto muy profundo de su divina majestad. El aire de hombre anonadado que tenía en los ejercicios de religión, los términos llenos de honor de que se servía cuando se trataba de hablar de Dios, el celo ardiente con el que se esforzaba en comunicar a los demás los sentimientos que él mismo tenía, eran otras tantas pruebas de las disposiciones de su corazón. “*¡Oh, decía una vez a su comunidad, si la vista de nuestro espíritu fuera lo bastante fuerte para comprender un poco la inmensidad de esta soberana Excelencia, qué altos sentimientos no sacaríamos! Podríamos muy bien decir como S. Pablo que los ojos nunca vieron, los oídos nunca oyeron, y que el espíritu nunca concibió nada que le sea comparable. Es un abismo de perfecciones, es un Ser eterno, un Ser muy santo, muy puro, muy perfecto, e infinitamente glorioso; un bien que comprende todos los bienes, y que es incomprendible”.*

El deseo que tenía de ver a Dios glorificado le producía una aversión inflexible hacia el orgullo, vicio que se apropia el honor que sólo se debe a Dios. Las cartas que escribía a sus hijos les recordaban sin cesar al Autor de todo bien. “*¡Qué consuelo he recibido, decía a uno de ellos, por el bien que ha hecho vuestra misión! A Dios solo sea la gloria, y que los que trabajan sean fieles en reconocer que si sus pequeños trabajos producen algún fruto, A Domino factum est istud, es Dios quien lo ha hecho t es a él a quien se ha dar todo el honor. ¡Oh cómo deseo que grabemos bien en nuestros corazones este pensamiento, que los que piensan ser autores de algo bueno, o tener alguna parte en ello, se hacen culpables de un gran sacrilegio!”*

Pero, para no adelantarnos a lo que tenemos que decir al hablar de la humildad del siervo de Dios, nos limitaremos a seguirle en la práctica de los deberes, que son el objeto inmediato de la piedad y de la devoción.

Aunque se acostara siempre muy tarde y, como él mismo lo ha confesado, y pasara varias noches sin poder reposar más de dos horas, se levantaba regularmente a las cuatro, y eso con tanta diligencia y fervor que el segundo toque de la campana no le encontró en la postura que estaba al primero. Cumplía sus deberes con Dios una vez que estaba en condiciones de hacerlo; es decir, adoraba a la Majestad suprema, que le daba gracias con toda la Iglesia por su gloria infinita, por aquella con la que ha revestido a su Hijo único, la Santísima Virgen, los ángeles, todos los habitantes de la celestial Jerusalén, y aquellos a quienes honraba con un culto particular; es decir además, que le daba gracias por la protección que da a su Iglesia, y por la que él mismo había recibido durante la noche; le ofrecía sus pensamientos, sus palabras y sus acciones en unión de las de Jesucristo, le rogaba que no tuviera la desgracia de ofenderle, y le pedía la gracia para cumplir con fidelidad todo lo que le fuese más agradable. Es el consejo que dio de su propia mano a una persona de muy alta condición, para santificar la primera acción del día. Saber en este género lo que prescribió es saber lo que practicó.

Después de estos actos de religión, hacía la cama y se iba a la iglesia, donde a pesar de la inflamación de las piernas, que tenía que vendarse cada mañana, llegaba antes que muchos otros. La vista de la comunidad reunida bajo los ojos del *Dios escondido*, era para él un espectáculo lleno de dulzura y de consuelo. Felicitaba a los más diligentes, los retrasados le afligían.

Cuando la meditación había acabado, recitaba él mismo en alta voz las letanías del santo Nombre de Jesús; y con sólo oírle hablar, se revelaba la ternura hacia el Salvador y su gusto por los gloriosos epítetos que le da la Iglesia su Esposa. De allá, iba o a confesarse, lo que le sucedía con frecuencia, porque como ha declarado uno de sus directores, *no podía ni siquiera soportar la apariencia de pecado*, a hacer la preparación para la santa misa. Aunque acabara de salir de la oración, le concedía un tiempo considerable: la profundidad de su recogimiento es una prueba de sus ideas sobre el augusto sacrificio que iba a ofrecer. Se puede decir que en esta grade acción servía de modelo a los sacerdotes más cumplidos. Aunque no empleara mas que medio hora de tiempo, pronunciaba cada palabra de una manera tan distinta u tan afectuosa que se veía bien que su corazón iba de acuerdo con la boca. Su atención parecía redoblarle todavía cuando leía el Evangelio, o algunas palabras que se destacaban de él. En suma, se descubría en toda su persona algo grande y majestuoso, y al propio tiempo tan humilde que muchas veces se ha oído a personas, que no le conocían, decirse unas a otras: “¡Dios mío, he ahí un sacerdote que dice bien la misa! Tiene que ser un hombre santo!” Otros decían que les parecía ver a un ángel en el altar. En el fondo, la modestia, el tono con que pronunciaba ciertas palabras, aquellas sobre todo que recuerdan al sacerdote sus faltas y su indignidad; la serenidad de su rostro, cuando se volvía hacia el pueblo para anunciarle la paz y la bendición de Dios. En una palabra todo cuanto parecía de él al exterior era propio para causar impresión sobre los que son menos susceptibles.

Con excepción de los tres primeros días de sus retiros anuales, en los que se acostumbra en la Congregación abstenerse de la santa misa, él la decía todos los días; y no se sabe, mientras pudo tenerse en pie, que haya faltado a ello ni siquiera en los viajes. Sus indisposiciones ordinarias no se lo impedían; y él iba al altar, como a la oración, con aquella fiebre de la que ya hemos hablado. Su amor por el Cordero, que ha sido inmolado desde el comienzo del mundo le llevaba a veces a oír, e incluso a servir una segunda misa, después de decir la suya: y se vio a este venerable Superior a la edad de más de setenta y cinco años y en un tiempo en que le costaba horrores caminar tener el honor de cumplir en esta ocasión las funciones de acólito. A ejemplo del celoso sr Bourdoise, no podía permitir que un clérigo asistiera tranquilamente a una misa servida por un laico: decía *que es vergonzoso para un eclesiástico establecido para el servicio de los altares que en su presencia gente sin carácter hiciesen su oficio*.

Su piedad no parecía menos, o más bien estallaba más en los Oficios solemnes. Preparaba todas las ceremonias con exactitud, y aquella sobre todo que llegan de vez en cuando. No permitía que se apartaran de las Rúbricas, ni que se diera la impresión de querer reformar la Iglesia que las ha mandado. Habría tenido su dolor de piernas en mucho menos si no le hubieran impedido hacer la genuflexión hasta el suelo. Al verle cantar o salmodiar en el coro, se le hubiera tomado por un ángel, antes que por un hombre, tanto se elevaba sobre sí mismo. Las menores faltas en los oficios públicos le parecían cosa importante, y si bien tenía una dulzura a toda costa, las corregía severamente. Quería que se cantara pausadamente, con afecto, con la vista baja sobre el libro. De manera que se habría tomado a su numeroso clero por un grupo de estatuas, si las estatuas cantaran. Todavía hoy se está

de acuerdo, por la misericordia de dios, que la iglesia de S. Lázaro es una de las de París, en la que el oficio se celebra con más religión, dignidad y modestia.

No decía menos bien su oficio en particular que en público. Lo recitaba siempre con la cabeza descubierta y las rodillas en tierra: no dejó de decirlo en esta actitud de respeto hasta los dos o tres últimos años de su vida; se sentaba entonces porque no lo podías hacer de otra forma.

Aunque sintiera una tierna y singular devoción hacia todos los misterios de nuestra fe, los de la santísima Trinidad y de la Encarnación, que son la fuente de todos los demás fueron para él objeto de un culto más señalado. Cuando se trató en Roma de erigir la Compañía en Cuerpo de Congregación, rogó al soberano Pontífice que diera a todos los que fueran miembros una Ley para honrarlos de una forma especial. Hizo por esto una Regla formal, regla que obliga a sus Hijos a producir frecuentemente y del fondo del corazón actos de fe y de religión sobre estos inefables misterios, a ofrecer todos los días en su honor algunas oraciones o algunas obras buenas, a celebrar las fiestas que les están consagradas con la mayor solemnidad y devoción que se pueda, a llevar finalmente con sus instrucciones, o con su ejemplo, a los pueblos y a aquellos sobre todo menos instruidos, a conocerlos y a adorarlos.

De la eucaristía considerada como el misterio del amor de un Dios, que quiere estar con los suyos, y estar hasta el fin, convendría tener una parte de de la piedad de este santo sacerdote, para dar alguna idea de la suya. Ese horror sagrado que celebró el paganismo, pero que él no conoció nunca, se apoderaba de Vicente una vez que entraba en el lugar que Jesucristo honra con su presencia. *“Se mantenía siempre, prosternado de rodillas y con una actitud tan humilde que parecía querer rebajarse hasta el centro de la tierra, para tributar más su respeto. Al ver la respetuosa modestia que aparecía en su rostro se habría podido decir que veía a Jesucristo con sus ojos; y la composición exterior era tan devota y tan religiosa que era capaz de despertar la fe más dormida”*. Es el testimonio que ha dado una persona de fe.

No era solamente cuando el santo hombre rezaba en las iglesias, en las que reposa la Víctima de la salvación, era cada vez que entraba, por la razón que fuera, cuando guardaba el respeto y la modestia, que acabad de describirnos este piadoso desconocido. Evitaba hablar siempre, y si alguien quería decirle una palabra, fuera un obispo o un príncipe, trataba de llevarlo afuera, y lo hacía con tanta gracia y benevolencia que nadie se sintiera ofendido.

Si por casualidad sus asuntos le daban un respiro, lo aprovechaba para ir a echarse a los pies de su Salvador y allí se olvidaba a veces y permanecía varias horas. Cuando iba a la ciudad, saludaba antes de salir al Dueño de la casa, eran sus palabras; cuando regresaba, le saludaba de nuevo; y son prácticas que ha dejado a los suyos, pero en él no eran rutina. Solicitaba con ardor la gracia que necesitaba para salir bien en los asuntos que iba a tratar, y se humillaba profundamente por las faltas que podía haber cometido. Cuando recibía cartas que creía eran importantes, se iba a detrás del altar mayor de S. Lázaro, se ponía de rodillas y no las leía hasta ofrecer a Dios el bueno como el mal éxito. Se le ha visto hacer lo mismo a la vista de la santa Capilla, con motivo de un despacho que recibió en la Corte del Palacio y que trataba de un asunto en el que estaba interesada la gloria de Dios.

Cuando yendo por la ciudad se encontraba al Santísimo Sacramento por las calles, se arrodillaba en cualquier lugar, y se quedaba así hasta perderlo de vista. Si su camino era el del enfermo a quien se llevaba el Viático, le seguía con la cabeza descubierta; pero siempre de muy lejos a causa del trabajo que le costaba andar.

En estos viajes tenía la penosa pero santa costumbre de bajarse del caballo, cuando pasaba por un pueblo cuya iglesia estaba abierta, y entrar en ella para rendir sus homenajes a Nuestro Señor. Si estaba cerrada, se los rendía interiormente: pero abierta o cerrada, , llegaba al menos hasta la puerta, siempre que llegaba a un lugar, donde debía cenar o pasar la noche.

Ya hemos dicho que, cuando sus enfermedades le redujeron a no poder decir ya la misa, comulgaba todos los días, a menos que hubiera algún impedimento insuperable; añadiremos aquí que se disponía a este banquete sagrado con tanto fervor, que se acercaba con tanto respeto y afecto, que salía tan lleno de amor que se le hubiera tomado por un hombre transportado fuera de sí. *¿No sentís, decía a sus hermanos, al juzgar de sus sentimientos por los suyos propios, no sentís ese fuego divino arder en vuestros pechos cuando habéis recibido el cuerpo adorable de Jesucristo en la comunión? “Así la larga y viva experiencia que tenía de los admirables efectos de la Eucaristía le llevaba a animar a cada uno a ponerse en estado de recibirla digna y frecuentemente. “Habéis obrado un poco mal, escribió a una persona que se guiaba por sus consejos, al haberos apartado hoy de la santa Comunión por el dolor interior que habéis sentido. ¿No veis que es una tentación y así dais pie al enemigo de este adorable Sacramento? ¿Acaso pensáis ser más capaz y mejor dispuesto a uniros a Nuestro Señor alejándoos de él? De verdad que si tuvierais este pensamiento, os equivocaríais mucho, y sería una pura ilusión”.*

Dijo en otra ocasión a los de la comunidad que debían pedir a Dios un verdadero deseo de acercarse con frecuencia a él por la comunión. Añadió en sustancia, que se debía gemir y afligirse sinceramente al ver una devoción tan sólida enfriarse entre los cristianos; que un mal tan grande era el efecto del falso celo de los Innovadores; que ante de ellos la mesa del Señor era mucho más frecuentada; que en el fondo *no era maravilla si no se los escuchaba; que la naturaleza tenía en ello ventaja; que no es cosa fácil adquirir y conservar las disposiciones necesarias a un cristiano que quiere comulgar dignamente y a menudo; y que la vigilancia sobre sí mismo es una peso del que se descarga fácilmente.*

En esta ocasión les contó una Historia que sabía de buena tinta. Una mujer de clase y de mérito había estado mucho tiempo, por consejo de sus directores, en la práctica de comulgar dos veces por semana. La curiosidad y no sé que extraño deseo de perfección la llevaron a cambiar de confesor y a ponerse en las manos de un hombre, que se dirigía por las máximas de los nuevos doctores. La frecuente Comunión fue el primer pecado del que quiso que se corrigiera: pero como hombre que sabe su oficio, y a quien no le gusta asustar a sus penitentes, se anduvo paso a paso. Así la mujer comulgó primero una vez cada ocho días; luego cada quince y finalmente al cabo del mes; todo el fruto que sacó de este cambio de conducta fue que poco a poco el espíritu de vanidad, de impaciencia, de cólera y de varias pasiones más de apoderó de ella: sus imperfecciones se multiplicaron; y acabó por verse en una situación muy deplorable; y fue al cabo de ocho meses cuando examinándose a fondo, se dijo llorando: *qué desdichada soy en el estado en que me encuentro ahora. ¿De dónde he caído, y adónde irán a parar todos estos desórdenes? Pero ¿de dónde me ha venido a mí un cambio tan funesto? Es sin duda por haber dejado mi primera conducta, y por haber escuchado y seguido los consejos de de estos nuevos Maestros que son tan perniciosos pues producen tan malos efectos, como yo sé por propia experiencia. Dios mío, que me abris los ojos para reconocerlo, dadme la gracia de desprenderme de ellos por completo.* Ella se deshizo de todo en efecto, renunció a aquellas *peligrosas máximas que la habían trastornado y casi perdido: se volvió, por consejos más saludables, a sus primeras prácticas;* y más convencida que nunca de que, para comulgar con frecuencia, se ha de

vivir bien, como para vivir bien es preciso comulgar a menudo, encontró en la frecuentación de los divinos misterios *el reposo de su conciencia y el remedio a todos sus defectos*. Esto es lo que Vicente contó más de una vez, y lo que la experiencia confirma todos los días,

Se ve bien claro que un hombre tan lleno de respeto y de amor por el adorable Sacramento de nuestros altares, era extremadamente sensible a los ultrajes, que le causaron en su tiempo la herejía y la licencia de las armas. Penitencias, lágrimas amargas, mortificaciones, regalos considerables de cálices, ciborios, ornamentos, todo lo empleó para reparar en cuanto pudo, aquellos atentados sacrílegos. Cuando las iglesias profanadas no estaban demasiado lejos, enviaba a sus misioneros para tributar a Jesucristo una parte del honor que le había sido robada. Los sacerdotes celebraban allí la santa misa; los que no lo eran, fueran clérigos o laicos, comulgaban en ella. Al poco tiempo empezó la misión, para poner a los pueblos en estado de apaciguar la cólera de Dios, y de hacerle una solemne reparación de las indignidades que había pasado.

No se necesitaban escándalos tan enormes para afligir al santo sacerdote. No habría podido ver a uno de los suyos saludar al Santísimo Sacramento de una forma brusca y superficial. Comparaba a los que no hacen más que una media genuflexión a marionetas cuyas reverencias son sin alma y sin espíritu; los reprendía con seriedad bien en general bien particular. Habiendo advertido un día que un hermano no había hecho la genuflexión completa, le llamó y le mostró hasta dónde y cómo había que hacerla. Y no es que colocara la piedad en estos signos exteriores, sino que estaba persuadido que estos signos exteriores están siempre donde hay piedad. En cuanto a él, estuvo atento a estas prácticas religiosas en cuanto pudo, e incluso más allá, ya que con frecuencia necesitaba de la ayuda para levantarse, y que, cuando se vio en estado de no continuar, se humillaba en público diciendo que sus pecados le habían privado del libre uso de sus rodillas. Temía tanto que los suyos llegaran a relajarse en este punto, que les aseguró una vez que, por poco que abusaran del ejemplo que él no les daba bien a su pesar, se esforzaría por poner la rodilla en tierra, menos levantarse apoyándose en las manos.

Aunque este artículo sea ya largo, he creído unir el celo que tuvo S. Vicente por imitar a Jesucristo. Este gran hombre persuadido de que el discípulo no es perfecto sino en cuanto se parece a su Maestro, trató de tenerle sin cesar ante los ojos. Le expresaba de palabra que regularmente hablando no era sino un extracto de las máximas del Evangelio. Le expresaba en las obras siguiendo, en cuanto un mortal puede hacerlo, los caminos penosos que nos ha trazado el Salvador, le expresaba en sus consejos que se veía obligado a dar, tratando de no dar los que el Hijo de Dios habría desaconsejado. Le expresaba en la firmeza, pisoteando el amor propio, el respeto humano, el temo a ver su conducta desaprobada por los que prefieren la gloria de los hombres a la de Dios. Le expresaba en su sumisión, recibiendo el bien y el mal con una perfecta indiferencia. Le expresaba en su celo por la salvación de las almas, resuelto a correr y hacer correr tras la oveja descarriada hasta las puertas del infierno, si hubiera creído que podría arrancársela. Le expresaba en sus mortificaciones, siempre atento a este Dios penitente que en los días de carne no tuvo una piedra donde reposar su cabeza. Le expresaba en las cosas mismas que eran más conformes a su natural; aliviar un mundo de afligidos y desdichados, no porque sufría al ver sufrir a sus hermanos, sino porque su maestro se enterneció con los pobres, a quienes bendijo, y pone a su cuenta el gasto que se hace por ellos. Finalmente le expresaba tan bien en toda su conducta, que un sacerdote, que era también muy santo y que había gozado de la dicha de su trato durante cerca de cuarenta años, ha confesado que nunca le había visto decir ni hacer nada que no

mirara a aquel que se entregó a los hombres como modelo, y que les dijo: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis.*

Con mucho tino del espíritu, un célebre doctor habiendo preguntado un día a alguien que había estudiado bien al Siervo de Dios cuál había sido su propia y principal virtud, éste le respondió que era la imitación de Jesucristo; que este divino Salvador había sido su regla eterna, y el libro que consultaba en todas sus acciones. Habría podido añadir que era el Libro que abría a los sabios como a los que no lo eran, a los reyes como a sus súbditos. Luis XIII lo experimentó en su última enfermedad. Este Príncipe que vio con ojo intrépido acercarse sus últimos momentos preguntó a nuestro Santo cuál era la mejor manera de prepararse a la muerte: Señor, le replicó Vicente, es imitar la manera como Jesucristo se preparó a la suya, y someterse por completo y perfectamente, como lo hizo él, a la voluntad del Padre celestial: *Non mea voluntas, sed tua fiat.* “¡Oh Jesús! respondió este monarca muy cristiano, así lo quiero con todo mi corazón: sí, Dios mío, lo digo, y lo quiero decir hasta el último suspiro de mi vida: *Fiat voluntas tua*”.

No obstante, aunque el santo sacerdote haya tenido siempre al Hombre-Dios por completo ante los ojos del espíritu y del corazón, vio con toda facilidad que nada le impresionó más que el Hombre-Dios oscurecido, envuelto bajo las más viles apariencias. Se puede decir que es el punto del cuadro que mejor ha copiado. Para hacerlo más plena y continuamente huía hasta de la sombra de ostentación, publicaba en todas partes su bajeza y la pobreza de su nacimiento que, aunque se hubiera distinguido en Toulouse por talentos sólidos, no se hacía pasar sino por un ignorante, un escolar de cuarto, y detestaba la pompa de las palabras y el fasto de la elocuencia humana.

Nuestro Señor Jesucristo, decía una vez, podía hacer una gran ostentación en sus acciones, y dar una soberana virtud a sus palabras; no lo quiso hacer, y llegó a ir más adelante, y para confundir más nuestro orgullo con sus humillaciones admirables, quiso que sus discípulos hiciesen mucho más de lo que él hizo. ¿Y por qué? Porque, Señores, quiere dejarse superar en los actos públicos, para sobresalir en los más bajos y más humildes, cuyo valor no conocen los hombres: quiere los frutos del Evangelio y no los ruidos del mundo... ¡Oh! ¿por qué no seguimos el ejemplo de este divino Maestro? ¿Por qué no cedemos la ventaja a los demás? ¿Por qué no escogemos lo peor y más humillante para nosotros? Porque con seguridad es lo más agradable y lo más honroso para Nuestro Señor, y es todo a lo que debemos aspirar. Tomemos pues hoy la resolución de seguirle y de ofrecerle estos pequeños sacrificios. Digámosle y digámonos a nosotros mismos: Si hago un acto público y puedo realizarlo con brillantez, no lo haré, le despojare de tal o cual cosa que podría darle lustre, y a mí reputación: de dos pensamientos que me puedan venir as la mente no expresaré más que el menor para humillarme, y me quedaré con el más hermoso para sacrificarlo a Dios en el secreto de mi corazón. Sí, Hermanos, es una verdad del Evangelio, que Nuestro Señor no se complace en nada tanto como en la humildad del corazón y la sencillez de las palabras y de las acciones; ahí es donde habita su Espíritu: en vano se busca en otras partes. Si pues queréis hallarlo, hay que renunciar al afecto y al deseo de parecer, a la pompa del espíritu como a la del cuerpo, y en fin a todas las vanidades, y hasta todas las satisfacciones de la vida. Así es cómo Vicente de Paúl seguía al gran modelo, que se le ofrecía en lo alto de la montaña: ¿era seguirlo en lo que tiene de menos difícil?

VIII. Su devoción hacia la Santísima Virgen y a los demás Santos.

El culto de la Madre de Dios es tan antiguo, tan autorizado en la Iglesia, que tan sólo el error y la ignorancia pueden intentar combatirlo o debilitarlo. Tantas fiestas establecidas en su honor, tantos cánticos compuestos a su alabanza, tantos templos consagrados al Hijo bajo la invocación de la Madre, son pruebas suficientes de la piedad de nuestros Padres, y razones sólidas para transmitirlo a los que vengan después de nosotros, como lo hemos recibido de los que nos han precedido. Fundado en estos principios fue cómo Vicente estableció su devoción hacia la Santísima virgen: pero como en materia de piedad no se limitaba nunca a especulaciones, que cuestan poco, unió la práctica a los sentimientos.

Para celebrar con dignidad las Fiestas de la Reina del Cielo, ayunaba la víspera con toda su casa. El día de la fiesta oficiaba solemnemente y contada la religión posible. Proponía a sus Hijos los ejemplos de virtud que presentaba el misterio honrado por la Iglesia. En todo tiempo le gustaba mucho decir la misa en los altares que le estaban dedicados. En cualquier parte que se encontrara, aun en casa de un Príncipe, al oír sonar el *Angelus*, se ponía de rodillas fuera del tiempo Pascual y de los Domingos, para recitarle con más respeto. Que pareciera bien o mal es cosa que no le preocupaba apenas: sin embargo se ha seguido su ejemplo muchas veces. Para hacer una profesión pública de entrega a los intereses de María, llevó siempre un rosario en la cintura, y he visto que alguna de sus cartas, en las que esta práctica ese recomendaba a los misioneros de Italia. Iba con frecuencia a visitar por devoción los templos levantados en honor de esta augusta Virgen. El título cálido de Consoladora de los afligidos, que la experiencia y la piedad de los fieles le aseguran, fue para él una razón de recurrir a ella durante las confusiones del Reino. Comprometía a los eclesiásticos de la Conferencia y a las damas de su Asamblea. Indicaba a éstas el día, el momento y el lugar en que debían reunirse: allí iba él, les decía la misa, y comulgaban de su mano.

A ejemplo de S. Bernardo, reclamaba siempre la Estrella del mar, en medio de las tormentas de que su vida estuvo a menudo agitada. Fue con la ayuda de su luz y de su protección como en una barca frágil pasó de Túnez a Europa con un renegado, quien de su amo se volvió su discípulo, y quien de discípulo podía convertirse en apóstata y bárbaro. ¿De cuántos más peligros no le preservó ella? Recuérdese el viaje que hizo a Bretaña en tiempos de la Fronza: cada día está señalado con el sello de la que ser nuestra Madre, cuando nosotros queremos ser sus Hijos.

Recurría también a ella en sus dudas y en las que se referían al prójimo. Fue una vez hasta Chartres, para obtener mediante su intercesión las luces que necesitaba un virtuoso eclesiástico, a quien el rey había nombrado obispo y quien, a pesar de la deferencia que tenía con nuestro Santo se creía demasiado débil para una carga tan pesada.

En una palabra, para convencerse que Vicente de Paúl fue un celoso Siervo de María, basta con señalar que hizo cuanto dependía de él para extender y perfeccionar su culto; por eso comprometió a sus Hijos a honrarla todos los días de su vida, a imitar en lo posible sus virtudes, sobre todo su humildad y su pureza, a hacerla conocer y respetar de todos a quienes tuvieran ocasión de anunciar su gloria, sus grandezas, su crédito ante Dios y su ternura por los pecadores; que en todas las misiones que dio por sí o por los demás ha deseado siempre que se instruyera a los fieles sobre el agradecimiento y el amor que deben tener hacia esta sublime Criatura quien, aun cuando infinitamente por debajo de Dios, no le cede más que a él solo; y que finalmente de tantas Compañías, Asambleas, Cofradías de las que ha sido Fundador, no existe ninguna que no haya sido puesta bajo la protección especial de la Sma. Virgen.

A la tierna devoción que tuvo Vicente por la Madre de Dios añadiremos la que sintió por los Santos. Las dos tuvieron el mismo principio; es decir, el deseo de glorificar a Dios en la persona de los que él mismo quiere glorificar. Honraba en particular a los Apóstoles, que tuvieron la suerte de ver y de tocar con sus manos al Verbo hecho Carne; que sacaron de las fuentes del Salvador esa agua que salta hasta la vida eterna; que sellaron con su sangre las palabras de la vida; sentía sobre todo mucho amor por S. Pedro, porque él amó mucho a Jesucristo; y a quien la vivacidad de su fe le hizo colocarse a la cabeza del rebaño. Respetaba singularmente el celo de S. Pablo Doctor y Maestro de los Gentiles. Admiraba sus trabajos infatigables; trataba de ser su imitador, como él mismo fue imitador de Jesucristo.

Su Ángel de la Guarda le estaba también muy presente: cada día le dirigía alguna oración; es una práctica que dejó a sus Hijos: la de ponerse de rodillas al entrar o salir de sus habitaciones tiene por segundo fin hacerles honrar al Ángel que Dios ha encargado de velar por ellos.

Su afecto por S. José era bastante parecido al que tuvo santa Teresa por este digno Esposo de la Madre de Dios. Le dio por Patrón a sus Seminarios internos. Pidió a un Superior –al sr Rivet de la casa de Saintes–, que hiciera un voto para obtener de Dios por medio de él el buen éxito de un asunto que se refería a la salvación del prójimo. Felicitó al Superior de Génova por haber recurrido –cartas del 6 de enero y del 14 de agosto de 1654– a la mediación de este glorioso Patriarca, a fin de procurarse obreros capaces de cultivar la viña del Señor. Le aconsejó decir o mandar decir durante seis meses una misa en una Capilla que le estuviera dedicada: deseó que en sus expediciones apostólicas animara a los pueblos a *tener devoción y confianza* en este Guardián fiel de la *Madre inmaculada* de Jesús: éstas son las palabras.

No se olvidaba S. Vicente de su Patrón. Rogó a una persona de mérito, que tenía relaciones en España, que se informara por sus amigos de lo que decía la tradición de ese Reino sobre este generoso mártir. Porque le habría gustado que este gran santo fuera conocido y reverenciado como merece serlo. Tenía también mucha veneración por S. Vicente Ferrer, al que leía en sus retiros espirituales: es decir por este hombre incomparable a quien su ardiente caridad hizo el Apóstol de las Indias y del Japón. Le proponía como modelo a los que enviaba a países infieles y bárbaros, y si no contaba que le alcanzasen, deseaba al menos que le siguieran de lejos.

No diré nada del respeto por la memoria del bienaventurado obispo de ginebra. Ya he hablado de él en otra parte: pero no dudo de que los digno Hijos del sr Olier se enteren con agrado que nuestro Santo pedía Dios gracias importantes por los méritos de su santo Fundador. Es lo que escribió él mismo a la Señorita d'Aubrai hacia el fin del mes de julio del año de 1660, es decir, dos meses antes de que se fuera a unirse al seno de la Divinidad, a este querido y piadoso amigo a quien algunos años antes había asistido en la muerte, como me entero por una de sus cartas.

Tenía también para las reliquias de los Santos toda la veneración que la Iglesia quiere que se tenga por ellas. Recibía la que la Catedral de París trae una vez al año a S. Lázaro, poco más o menos como habría recibido a los propios Santos si le hubieran hecho el honor de visitarle en persona. Pero aunque tuviera en este punto, como en todos los demás, toda la sencillez que exige la fe, no caía en una credulidad mal reglada, que adopta lo falso como lo verdadero. Así el hermano que estaba encargado de distribuir en Picardía y en Champaña las limosnas de París, informándole de la Ferre que se había hallado en aquellos lugares una imagen milagrosa. Deseó ante todo que el obispo o sus Vicarios generales fuesen

informados para tener conocimiento, decía, de los milagros pretendidos o acabar con el abuso si es que lo hay. Desde que estos Señores hubieron hablado, él se rindió sin tardar.

No debemos omitir aquí que el Siervo de Dios se puso una ley de aliviar con sus oraciones y sobre todo por el Sacrificio de propiciación a aquellas almas fieles que expían en un lugar pasajero, pero terrible, los restos de sus debilidades. Exhortaba a menudo a los suyos a este deber de piedad. Les decía que estos queridos difuntos son los miembros vivos de Jesucristo; que están animados por su gracia, y con la seguridad de participar un día en su gloria: que por estos títulos estamos obligados a amarlos, servirlos y asistirlos según nuestras posibilidades. Con frecuencia ordenaba al sacristán que hiciera decir misas en particular por los que estaban más abandonados. Se olvidaba todavía menos de los bienhechores de su Congregación: cada día se rezaba tres veces por ello el *De profundis*; es decir, en el examen general de la noche, en los dos exámenes particulares antes de las comidas. ¡Qué hermoso ver a una Comunidad numerosa no ir nunca a comer sin haber rezado por los que han querido proveernos de ello!

IX. *Su celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas.*

Hay sobre todo para un sacerdote una relación necesaria entre el celo de la gloria de Dios y el de la salvación de las almas. *¿A quién se debe mirar, pregunta S. Agustín, como a un hombre devorado por el celo de la Casa de Dios? Es, responde al santo Doctor, aquel que desea ardientemente que Dios no sea ofendido; que no descansa hasta hacer reparar que no ha podido prevenir, y que, cuando no puede hacer que se lloren a los que las han cometido, llora y gime al ver a Dios deshonrado.*

Con este fundamento, sería preciso ser muy injusto para no estar de acuerdo que Vicente tuvo, y en grado muy alto, el doble celo del que hablamos aquí. Recuérdese sumariamente lo que hemos dicho en el Cuerpo de su Historia, y se verá que su única meta ha sido destruir el imperio del pecado; que en todas sus obras tendió a procurar la gloria de Dios y la santificación del prójimo; y que por el prójimo entendió, según la máxima de Jesucristo, todos los hombres sin excepción, sacerdotes y seglares, niños y ancianos, amigos y enemigos, extranjeros y ciudadanos, cristianos e infieles, pueblos civilizados e infieles, judíos y samaritanos.

“¿Qué cosa no hizo, decía una persona de virtud, qué cosa no ha hecho por sí mismo y por los demás para renovar este Espíritu apostólico y eclesiástico que vemos hoy reflorar en la Iglesia? Ha empleado a todo el mundo para ello, la lengua de unos, la bolsa de otros, el favor de los Grandes, el cuidado de los pequeños, las oraciones de la gente de bien. Añadamos a esto sus mortificaciones, sus lágrimas, sus trabajos desmedidos, tantas misiones dadas por él o bajo sus auspicios; tantos seminarios fundados; tantas Compañías que ha formado; tantos hospitales que le deben sus orígenes”: y podríamos concluir con la persona que acabamos de citar, *“que el celo de Vicente no tuvo ni fronteras ni límites, que casi toda clase de personas han sentido sus efectos, y que no hay nadie, desde los pequeños huérfanos hasta lo ancianos, que no lo publique”*.

Como el Santo no se contentó nunca con la sustancia de la virtud, sino que la revistió de todas las condiciones que debe tener, su celo fue sabio, fue iluminado, fue invencible, fue puro y desprendido de todo motivo interesado. Demostraremos estos cuatro puntos con pruebas ce hecho, todas las cuales llevarían a la calumnia a retirarse, si no se revistiera de un rostro incapaz de enrojecer.

Su celo fue prudente, nunca violento, nunca precipitado. Corregía a los que estaban bajo su dirección, porque él estaba obligado a hacerlo; pero los rasgos de padre y amigo dominaban en sus reprimendas. No se veía en ellas esa amargura que descubre el capricho y la parcialidad. Ignoraba estos términos que ofenden, recordando sin cesar la superioridad de quien habla. Tenía el admirable talento de dar consejos menos como hombre que combate un mal actual que como hombre que quiere evitar un mal que se podría hacer en adelante. Si por casualidad dictaba una carta algo dura, se podía contar con que no saldría.

En las misiones tronaba contra el crimen; pero después de asustar al pecador, le inspiraba confianza. Sin halagar al impío, tenía para él tratos de una nodriza con su niño. Distribuía a los que ya eran fuertes un alimento sólido, y leche a los que no eran todavía más que neófitos en la fe. Hablando a los grandes del siglo, no alteraba para nada la verdad porque no tenía otra política que la del Evangelio; pero esta verdad con tanta frecuencia odiosa, la hacía pasar a la sombra del respeto, de la ternura, y de la alta idea que tuvo siempre de la probidad. Sólo le pasó una vez hablar con un tono demasiado firme a la Reina Madre en el asunto del sitio de París. No sintió la vivacidad hasta salir del apartamento de esta gran Princesa: desde ese mismo momento contó con que no lograría nada, y no se equivocó.

Quería que se formara con paciencia a los jóvenes de los seminarios; que se hiciera en primer lugar cristianos, y luego eclesiásticos; sobre todo que no les abrumaran de consejos, siempre inútiles cuando son impetuosos, y demasiado insistentes. El director de uno de los seminarios de la Compañía le escribió un día que se había propuesto *trabajar mucho en mortificar el propio juicio y la propia voluntad de sus alumnos*: “*Sobre esto, Señor, le respondió el santo sacerdote –carta del 30 de octubre de 1655-, os diré que no se puede hacer de golpe, sino despacio, con dulzura y paciencia. La mortificación, no más que las otras virtudes, no se adquiere sino mediante los actos que se hacen de ella; y todavía menos la de esta clase, que es la más difícil. Hay que contentarse con llevar a vuestra gente paso a paso, sin pretender llegar en seguida, ya que hay mucho que andar, a no ser que quiera Dios dispensar de los caminos ordinarios*”.

El celo de Vicente fue iluminado, las luces del Evangelio, las decisiones de la Iglesia, la autoridad de los más célebres doctores fueron sus reglas. ¿Acaso las hay más seguras?

También se alejó siempre igualmente en materia de moral de un rigorismo a ultranza y de un relajamiento capaz de perderlo todo. Nunca se le ha tenido por sospechoso de lo primero; sería un error sospecharle de lo segundo. Un gran fondo de buen sentido, una humildad profunda que le llevaba a desconfiar mucho de sí mismo, sus relaciones con todo lo mejor que tenía la Facultad de Teología de París, y sobre todo con los Señores Ysembert y Duval, de los cuales el primero fue su penitente y el segundo su director; su cuidado de recurrir a Dios en sus dudas; sus mismas recreaciones en las que, en lugar de divertirse con bagatelas, se discutía de los puntos importantes de Moral: en una palabra todas las buenas disposiciones de gracia y de naturaleza, le llevaron por este camino seguro, que está a una justa distancia de los extremos. He visto decisiones suyas respecto del interés de las rentas de pupilos y las dispensas de los impedimentos de matrimonio son de una exactitud acabada: una está sacada de los principios de S. Tomás, la otra de los del Concilio de Trento. Era por reglas así como quería que se condujese, y no por sutilidades filosóficas sus misioneros, cuyo falso relumbrón ha precipitado a muchos, que no parecían ni querer equivocarse ni querer equivocar a los demás.

Desde que la *Apología de los Casuistas* hubo recibido en Roma la mancha que merecía, Vicente pasó aviso a sus sacerdotes como lo había hecho cuando la censura del Libro de Jansenio. Se conformó a estos Juicios de la primera Sede, porque amaba la verdad: pero no

quiso saber nada con esos aires insultantes, que odian menos el error que a los que le han sostenido, porque amaba la caridad. Además, la misma rectitud de espíritu, que le había preservado de las novedades Jansenianas, le había garantizado de la relajación de los malos casuistas; Y su *Apología* no existía aún al escribir en estos términos a uno de sus sacerdotes que estaba en Roma. “*En cuanto a las penitencias, se ha de atener a las máximas del santo Concilio de Trento que quiere que se las proporcione a la gravedad de los pecados, y no importa decir que algunos puedan abstenerse de acercarse a los sacramentos: porque, siguiendo otra conducta, no se trabaja eficazmente...La santa severidad tan recomendada por los santos Cánones de la Iglesia, y renovada por S. Carlos Borromeo hace incompatiblemente más fruto que la indulgencia demasiado grande, bajo el pretexto que sea. Se ha de dar por cierto que las resoluciones que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia reunida, operan aumento de gracia en los Confesores y misericordia en los penitentes que sean exactos en observarlas*”. El resto de la carta que se refiere en parte a las ocasiones próximas, tiene la misma exactitud. Cuánta gente escrupulosa en teoría lo son menos en práctica de lo que era S. Vicente.

Su celo fue invencible. Nada le costaba una vez que se trataba de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. ¿Qué cabeza y qué constancia no ha debido tener un hombre, que alivió e hizo aliviar, durante una larga serie de años, a vastas Provincias, cuyas necesidades renacían cada día? Un hombre que, para procurar a los pobres los Hospitales de Bissetre y de la Salpêtrière, tuvo que soportar dificultades de todo género: un hombre que en el Consejo de Conciencia, supo hablar ante un ministro formidable, como hubiera hablado en el Juicio de Dios; un hombre que abrumado de achaques y a los 80 años, daba misiones, y predicaba y aconsejaba y catequizaba a los niños. Se diría de alguna manera que en la expedición a Madagascar estuvo, como Javo, en lucha contra Dios mismo. El cielo y la tierra, los hombres y los elementos parecieron armarse contra él. De sus hijos unos fueron sepultados bajo las olas, los otros cayeron en manos de los enemigos de Francia; éstos murieron al llegar al puerto, aquellos se consumieron a las puertas de una cosecha que los hubiera compensado por sus trabajos. Estos accidentes molestos no le movieron, como tampoco han movido a sus sucesores; y Madagascar tendría aún a sus misioneros si no hubieran sido forzados a abandonarla, cuando el difunto rey la abandonó.

Parece incluso que el santo tuvo que vencer la tímida prudencia o, si se quiere, la flojera de algunos de los suyos. “*¿Para qué, decían, tanta cantidad de empleos, para qué tantas misiones, tantos seminarios, conferencias, retiros, asambleas, viajes para los pobres? Cuando el sr Vicente haya muerto, se dejará pronto todo eso, porque ¿qué medios de cumplir tanta clase de empresas? ¿Dónde hallar misioneros para enviar a Madagascar, a Argel, a Túnez, a las isla Hébridas, a Polonia, etc. y dinero para atender a todos los gastos de estas misiones tan alejadas y tan costosas?*” Pero ¿qué respondía el santo sacerdote a estos peligrosos diálogos? Una sola cosa: Era lo que se temía, que bajo el hábito de la Compañía no hubiera Antimisioneros, como bajo el hábito de los primeros fieles hubo en tiempos de S. Juan de los Anticristos: que estos hombres *cobardes y salidos* no servían más que para desanimar a los demás; que si la Congregación, cuando estaba todavía en la infancia, había tenido el coraje de abrazar todas estas diferentes ocasiones de servir a Dios, haría algo más, cuando el tiempo le diera fuerzas, con tal que fuera fiel a la gracia de su vocación; que finalmente si la salvación de una sola alma merece que, para ganarla, se exponga la vida temporal, sería indignidad en *abandonar a un tan gran número para evitar algún gasto*.

Finalmente, y estas últimas palabras nos llevan a concluirlo, el celo de S. Vicente fue puro y desprendido de todo interés. Muy lejos de atravesar los mares o de recorrer los campos para cosechar lo temporal de los pueblos, les daba a su costa todos los servicios que dependían de él. No quería siquiera que en las misiones –carta del 28 de junio de 1655- se aceptara la retribución de las misas que se decían por ellos; la hacía llegar a los enfermos, y eso por los mismos que la presentaban. Si un párroco rico ofrecía su mesa, estaba prohibido –carta del 30 de junio de 1657- aceptarlo, aunque le cayera mal. “*Me extraña, escribía el 23 de junio de 1657 al Superior de una de sus casas, de la petición que me hacéis si permitiréis que el Intendente del sr de Liancourt corra con los gastos de la misión de Montfort. Entonces no sabéis, Señor, que un misionero que trabaja a cuenta de otro no es menos culpable que un Capuchino que cobra dinero. Os ruego de una vez por todas que nunca deis misiones sino a expensas de vuestra casa*”.

A este primer género de desinterés, del que me veré obligado a hablar más tarde, Vicente añadía otro, más difícil y mucho menos común. Desprendido del espíritu de envidia, contra el que gentes que hacen la misma carrera, no están siempre en guardia, su celo, dice un testigo ocular era parecido al de moisés; como él, deseaba que todos tuvieran el espíritu del Señor. Veía sus éxitos con la santa alegría de los Hijos de Dios. Los publicaba dentro y fuera; les prestaba servicios, que la mayor parte de ellos nunca han conocido. “*El Señor Nuncio me ha hecho el honor de venir a verme, escribía al Superior de la casa de Roma. Me ha preguntado si tendríamos a bien que los Padres de la Doctrina Cristiana dieran misiones como nosotros. Le he respondido que no nos importa ni mucho menos, que nos agradaría que tanto ellos como muchos otros Religiosos y Sacerdotes se dedicasen felizmente a la instrucción y salvación de los pueblos*”.

Vicente hacía más que favorecer los trabajos de los demás, llegaba hasta menospreciar los suyos propios. Más humilde que este campesino que llevaba el pequeño bagaje de S. Ignacio y de sus primeros Compañeros, él se creía a sí a los suyos indignos de desatar las sandalias de estos hombres Apostólicos. No veía en su Congregación más que a un montón de *pobres idiotas*, que eran y debían ser el desecho del género humano; que los espigadores inútiles, que seguían de lejos a estos grandes cosechadores; y que, para hallar gracia ante Dios, debían creer que sus pequeños manojos de espigas no pasarían más que a favor de la gran recolección de los otros. Lo más consolador es que la humildad de estos sacerdotes los llevaba a pensar como él: “*habéis tenido razón, escribía él a uno de ellos, al decir a Monseñor vuestro obispo que los xxx hacen las misiones mucho mejor que nosotros; ya que en efecto son nuestros Maestros*”. Después de todo, si este gran hombre dijo con el Sabio, que ha tratado de arrancar esa estaca de racimos, que se dejan los vendimiadores, la Iglesia le hace decir hoy que, a pesar de ello, ha llenado el lugar. El lector lo ha podido ver hasta ahora y lo verá más abundantemente en el libro que sigue.

X. Su caridad para con el prójimo.

Sin amor al prójimo no hay amor de Dios que no es contestada más que en la práctica. Vicente de Paúl se hizo de ella una regla fundamental; pero la siguió en toda la extensión que el Hijo de Dios le dio. Se puede asegurar, decía una sabia Religiosa del segundo Monasterio de la Visitación en París, que la vida de este santo Hombre no se había empleado más que en hacer bien a todos a quienes se lo pudo hacer. “*Porque ¿quién no ha experimentado la caridad del sr Vicente en sus necesidades, sea del alma, sea del cuerpo? ¿Se podrá encontrar a una sola persona afligida que, habiendo recurrido a él, se haya ido*

alguna vez sin hallar ningún alivio a sus males? ¿Hay alguien que haya podido negarse a confiar en él, cuando él trató de hablarle y de consolarle? Y en cuanto a su propia vida y a los bienes de su Congregación, ¿de quién se puede decir que son, sino de aquellos que tienen necesidad?”

Este testimonio es glorioso pero parecerá demasiado fuerte para aquellos que sepan que el santo sacerdote hubiera tenido como una verdadera suerte para él y para los suyos verse reducidos por su caridad con el prójimo, *“a servir de Vicarios en los pueblos para tener de qué vivir; a dormir en el rincón de la cerca, desgarrados y transidos de frío; y hasta mendigar su pan de puerta en puerta”*.

Para justificar estos principios generales, me aplicaré más a los hechos que a las palabras del santo; y primero consta que se expuso más de una vez a perder la salud, los bienes, su vida misma para el servicio del prójimo. Es justicia lo que le rindió, al menos en lo relativo a los asuntos del Rey, un Señor de la Corte en presencia de Ana de Austria. *“Vuestra Majestad sabe bien, le decía, que durante los disturbios de París expuso su casa al saqueo y su vida al peligro de perderla, para conservar la de vuestro Canciller, a quien dio paso por S. Lázaro, de camino para verse con el Rey en Pontoise; que incurrió en la desgracia de varias personas, por mostrarse firme y fiel a la ejecución de los piadosos designios de vuestra Majestad, en particular en la administración de los bienes eclesiásticos. De ahí este Señor concluía que había pocas personas afectas, como Vicente, con una fidelidad sincera, constante y desinteresada en el servicio del Rey y del Estado. Tenéis razón, replicó la Reina, el Señor Vicente es un verdadero servidor de Dios y de su Príncipe”*.

Se dirá que este ejemplo prueba bien poco, porque se trataba de un Rey. Hay otro que probará mucho, porque se trataba de un hombre pobre, de quien Vicente no tenía nada que temer ni que esperar. Un día que este santo sacerdote pasaba por el barrio de S. Martín vio a seis o siete soldados que, con la espada desenvainada en mano, perseguían a un artesano. Ya le alcanzaban, incluso le habían herido y, según todas las apariencias, no podía escaparse de la muerte. Todos huían a derecha e izquierda para no caer en manos de esta tropa de furiosos. El santo, resuelto, había que serlo, a dar su vida por la de su hermano, se va derecho hacia ellos, se pone en medio de las dos espadas, forma con su cuerpo un escudo para detener los golpes que querían dar a un desdichado, y habla dulcemente y con razón a una gente por otra parte mal dispuesta a escucharle; su caridad los sorprende y los detiene; el artesano se coloca en lugar seguro, y nadie piensa ya en perseguirlo.

Si la conducta de los Santos se midiera por las reglas comunes se hallaría más de una ocasión en la que el Hombre de Dios pareció llevar la caridad más allá de lo prudente. Dos rasgos me bastarán para hacérselo ver al lector. Un seminario unido a la Congregación en la competencia del Parlamento de Toulouse tuvo un proceso resonante. El Príncipe de Conti, que amaba a Vicente de Paúl, tuvo la bondad de interponer su crédito para dirimir este diferendo, y le pareció que se llevara al arbitraje. Este modo no agradó al obispo, y por sus órdenes bien y debidamente significadas en una carta firmada de su mano, el arbitraje fue roto. La carta del Prelado fue remitida a nuestro Santo y uno de sus sacerdotes le aconsejó mostrársela al Príncipe moderador por miedo a que creyera que a los misioneros les faltaba deferencia a sus consejos. Vicente no quiso hacer nada. *“Sería, dijo, dar al sr Príncipe motivo de queja del este buen obispo, es mejor que nos hagamos nosotros mismos este reproche, y que toda la pena y la confusión recaigan sobre nosotros, antes que hacer nada que pueda perjudicar a nuestro prójimo”*.

Su caridad le hizo correr un riesgo mayor algún tiempo después de tomar posesión de la casa de S. Lázaro: en efecto una enfermedad contagiosa le infestó, y el Superior de los

antiguos Religiosos quedó afectado. Una vez que el Hombre de Dios fue informado fue a verle, a consolarle y a ofrecerle sus servicios, bueno que se acercó tanto que percibió el olor pestilente de su aliento. Esto no le preocupó, habría pasado allí los días y las noches, si no se lo hubieran prohibido. Un joven obre habiendo sido afectado por entonces del mismo mal, algunos creyeron que había que trasladarle al Hospital de S. Luis: Vicente le retuvo en su casa, y dio órdenes tan buenas, que lo cuidaron especialmente.

Pero para encerrar en sus justos límites y tratar de una especie de arreglo una materia, cuya extensión le da tanta gloria como compromiso a su Historiador, nos esforzaremos en por dar alguna idea del amor que tuvo a todas las Órdenes de la Iglesia, a los pobres, a sus propios Hijos y a sus enemigos.

Para comenzar por el estado eclesiástico, Vicente le amaba y honraba en todas sus partes. Respetaba a Jesucristo en la persona del primero de los Pastores que ocupa su lugar en la tierra. Cuando la Sede Apostólica estaba vacante, él no cesaba de pedir y mandar pedir a Dios que se dignara poner a la cabeza del Rebaño a un hombre según su corazón, vivió bajo doce Papas, a quienes no consta que no los haya honrado, siempre que estaba en situación de hacerlo. No conoció nunca ni a Paulin ni a Meleu; la Cátedra de Pedro era un centro del que no hubiera podido separarle el Universo entero.

Por lo que se refiere a los obispos de su tiempo, la mayor parte de los cuales le debían sus dignidades, aunque todos le tenían como a su Padre, sentía por ellos la más tierna y profunda veneración. Apoyaba sus justas pretensiones en la Corte y en el Parlamento. Trataba de llevar la paz a sus diócesis. Llevaba al clero y a los pueblos a rendir a su carácter sagrado lo que le es debido. Los recibía en su casa como a los Ángeles y Embajadores del Dios vivo. El verano no tenía calor ni el invierno hielo que le impidieran partir a su primera llamada. Total que era con ellos como su servidor, que va y viene, según se le mande venir o ir. Los consejos que daba bien a los que se los pedían, que era con frecuencia, bien incluso a aquellos que no los pedían, lo que sucedía de vez en cuando, estaban tan llenos de humildad, de prudencia, de sumisión, que no era posible oponerse, y menos todavía ofenderse por ello.

Las cartas de este santo sacerdote que el sr Abelly nos ha conservado son un monumento eterno de la estima respetuosa que tuvo por el Orden episcopal. *“¡Ay!, Monseñor, escribía a un obispo que le había consultado sobre una veintena de dificultades muy importantes, qué hacéis comunicándome tantos asuntos importantes, a un pobre ignorante como yo, abominable ante Dios y ante los hombres, por los innumerables pecados de mi vida pasada, y por tantas miserias presentes, que me hacen indigno del honor que vuestra humildad me hace, y que ciertamente me obligarían a callarme, si vos no me hicierais hablar. Éstos son mis pobres pensamientos sobre los puntos de vuestras dos cartas, que os propongo con todo el respeto que os debo y con la sencillez de mi corazón, etc”*. El Santo une aquí, como siempre, la sencillez al respeto, y se puede decir que se ha pintado sin pensarlo. Honraba a los obispos hasta exponerse por ellos a reproches que no había merecido, como lo decíamos hace un momento; pero la rectitud que Dios le había dado no le permitía disimularles la verdad. Si le dolía ver que algunos de ellos acortasen sus días, bien exponiéndose sin necesidad en tiempos del contagio, bien entregándose a un trabajo excesivo, le producía dolor ver que otros no permanecían unidos a su primera Esposa o no vivían en paz con ella: fuera la que fuera la conducta que observara con ellos, la ley del más inviolable respeto fue un punto que sus ojos no perdieron jamás de vista.

La pureza de los sentimientos que tuvo el Siervo de Dios con el Episcopado se manifestó en la inmensa caridad que tuvo con el Clero de la segunda Orden. Su máxima general era

hacer bien a todo el mundo y no hacer mal a nadie: pero cuando se trató de los Ministros del Hijo de Dios, la llevó tan lejos como pudo. Quienquiera que estuviese revestido del sagrado carácter, o llevara incluso las señales de la Clerecía, estaba seguro de hallar en él un acceso favorable, un recurso en sus penas, una mano siempre preparada a enjugar las lágrimas, y medios de volver al orden, si había tenido la desdicha de separarse de él. Por sus cuidados, unos llegaban a Vicarios en las Parroquias, otros a Párrocos, éstos a Capellanes con los obispos, o en otras partes; algunos Directores de Monasterios o Confesores en los Hospitales. Quería al menos, cuando no podía prestar servicio, sobre todo no permitía que los suyos hablasen mal de aquellos, de quienes les habría costado mucho hablar bien. A su sentido la Cátedra de verdad estaba para invectivar contra los desórdenes, no del Pastor, que con eso se amarga y no se convierte, sino del pueblo, que se salva en la multitud y que siente menos la amargura de la copa porque la comparte con muchos. Uno de sus sacerdotes, que tenía más celo que prudencia, habiendo faltado un día a esta regla, el Santo hizo un viaje de cinco o seis leguas para ir a pedir perdón a algunos eclesiásticos con quienes el Predicador no había tenido la consideración debida.

Y no es que convertido en un nuevo Heli, Vicente disimulara, cuando había que hablar. Los desórdenes de un Párroco en cierto sentido más que los del resto de su Parroquia: pero él había aprendido de S. Francisco de Sales que la delicadeza eclesiástica quiere grandes miramientos, y que hablando en general, las vías de la mansedumbre son las primeras que se han de probar. Por eso le han llevado a buen término tan a menudo, y la caridad que unía a la unción de sus palabras le ha llevado a hacer numerosas e importantes conquistas. Apartaba de las ocasiones próximas a los que estaban implicados; proveía a su subsistencia; cuidaba de ellos en su casa o en otro lado, hasta que estuvieran en disposición o de desempeñar algunas de sus funciones o de vivir sin desempeñarlas. Atendió durante varios años a las necesidades de un Religioso italiano, que tenía un atisbo de locura, y que por eso necesitaba más cuidados, y estaba más expuesto a sufrir. Apartó del desorden a un sacerdote caído; envió a Roma para obtener la absolución de sus censuras, le alimentó hasta recibirla, y le puso en disposición de subsistir el resto de sus días.

No se necesitaban, por lo demás, para ser atendido de él ni protección extraña, ni visitas múltiples: este gran amante del sacerdocio de Jesucristo hallaba en el solo carácter sacerdotal razones de enternecerse. Un sacerdote desconocido y enfermo le pidió alguna ayuda, Vicente le recibió con bondad, le alojó, le mantuvo, mandó darle medicamentos convenientes y le tuvo hasta que hubo recobrado la salud. Otro, que hacía los ejercicios en S. Lázaro, cayó enfermo. El Santo tuvo y mandó tener los cuidados de él todos los cuidados imaginables. El mal duró largo tiempo; pero la caridad duro más que el mal. Cuando este pobre hombre se restableció, Vicente la mandó dar una sotana, un breviario, diferentes pequeños efectos y diez escudos para ayudarle a subsistir. Un tercero obligado a hacer un viaje, pero que no disponía de medios para hacer frente a los gastos, se dirigió a nuestro Santo: este hombre de misericordia le proporcionó todo lo que necesitaba, hasta unas botas, y aparte de ello veinte escudos.

Su caridad llegaba a veces a extremos; veamos dos ejemplos. Un eclesiástico a quien no se conocía, se encontraba muy escaso de atuendo, se presentó una tarde en S. Lázaro y pidió hospitalidad. Le recibieron, y después de darle de cenar, le dieron una cama. Pagó mal a sus bienhechores. Se marchó al día siguiente sin decir adiós, se apoderó de una sotana y de un manteo largo. Alguien quiso salir tras él. Vicente se lo impidió. *“Sin duda, dijo, que al que nos ha robado le era más necesario; si no está claro que no habría llegado a estos*

extremos. Si no obstante, añadió el Santo, queremos salir en pos de él, que sea no para reclamarle lo que nos ha cogido, sino para llevarle lo que necesita”.

Otro eclesiástico, quien por parte de la fortuna se parecía mucho al primero, y no tenía siquiera con qué pagar su pensión, estuvo enfermo en los Bons-Enfants, pero se olvidó de todo llegando a portarse como dueño pidiendo lo que creía conveniente. Se cansaron por fin de un hombre que quería cosas muy caras y muy superfluas. Fueron a quejarse al Santo, quien quiso que al precio que fuera se le contentara.

El miedo al qué dirán me obliga a suprimir cantidad de más rasgos parecidos. El solo detalle de las ayudas que dio o procuró a los eclesiásticos de Hibernia, a los que la persecución de Cromwel obligó a pasar a Francia, sería capaz de agotar la paciencia del lector: me será suficiente decir que era tan notorio en todo el Reino, que Vicente era el asilo de todos los sacerdotes que padecían necesidad que, si bien por razón de las desgracias del tiempo, llegó a París una prodigiosa multitud, casi todos venían derechos a desembarcar en S. Lázaro. Los que no podían llegar hasta allí, por su propia reputación se dirigían a él desde el fondo de sus provincias. A los ejemplos que hemos traído, hablando de la desolación de Metz, Toul y Verdun, traeremos otro que nos ofrece la Touraine.

Un párroco de esta diócesis muy hombre de bien tenía en Paris un proceso, que estaba obligado a proseguir por el honor de su carácter indignamente ofendido. Escribió al santo sacerdote que no podía abandonar su parroquia, ni mantener a un solicitante en la capital, si no se compadecía de él. “*Enviad aquí*, le escribió Vicente, *a tal persona que os plazca y yo me encargo de sus gastos*”. Lo hizo como lo había prometido; y durante más de un año que duró la prosecución de este asunto, hizo alojar y mantener al hombre de este prudente párroco, que ganó el proceso.

Lo que hubo de singular en esta caridad sacerdotal, si se me permite expresarme así, es que no se enfrió nunca: y aunque al examinar las cosas de tan cerca como lo he hecho yo, hay lugar a creer que en ornamentos, ropas, vasos sagrados, trajes, libros y reparaciones de iglesia, alcanzó más de un millón, el Santo no creyó nunca haber hecho lo suficiente. Se ha de confesar sin embargo que había pocos sacerdotes en el Reino que no le rindieran la justicia que él mismo se negaba. Si José fue tenido como el Salvador de Egipto, Vicente fue tenido como el Salvador de los Pastores y de los pueblos de un buen número de nuestras provincias. Su memoria se consideraba como una bendición y todo se hacía eco de sus alabanzas. Uno de sus sacerdotes pasando por la Champaña por asuntos particulares, se encontró en un burgo con el párroco del lugar, quien le preguntó quién era. Soy misionero, respondió el viajero: ante esta palabra el párroco se le echa al cuello, le abraza con demostraciones de la más viva ternura, le lleva a su casa, le relata los grandes servicios espirituales y corporales que el Santo ha hecho a toda la región; añade, mostrando la sotana que llevaba puesta: *Et hac me veste contexit* –“y con esta ropa me cubrió”; palabras que fueron dicha a S. Martín con motivo del pobre a quien había vestido, y de las que habrían podido hacer uso más de dos mil sacerdotes como lo hizo aquel de quien hablamos.

Vicente no tuvo menos amor a las Comunidades de seculares o de regulares, que a los eclesiásticos que viven en privado. Lo hemos visto ya veinte veces: pero lo propio de una vida como la suya es ofrecer en cada virtud ejemplos sin fin. Un virtuoso eclesiástico de Anjou que quería establecer una Comunidad de buenos sacerdotes en su Beneficio, le pidió a algunos de sus misioneros para ayudarle en esta santa empresa. El siervo de Dios le felicitó por un proyecto tan hermoso: pero después de darle de su Compañía una idea conforme al bajo sentimiento que tenía de sí y de los suyos, le rogó que se dirigiera a los Señores de S. Sulpicio o de S. Nicolás del Chardonnet. “*Son*, le dijo, *dos santas*

Comunidades que hacen grandes bienes a la Iglesia, que difunden mucho los frutos de sus trabajos... y que las dos son más propias y más capaces que nosotros para comenzar y perfeccionar la buena obra en la habéis puesto tanto interés". Aquí, como en otras partes, la humildad y la caridad se disputan la preferencia.

Escribió en otra ocasión a una Dama de calidad para inducirla a aplicar a un seminario dirigido por los Señores de S. Sulpicio, una fundación que sus predecesores habían hecho a favor de los que aspiran al sacerdocio: *"Si hacéis, Señora, esta aplicación, le decía, debéis tener por seguro que será llevada a cabo al estilo que estos Señores han deseado para el avance del estado eclesiástico: y si os place para ello informaros de los bienes que se realizan en S. Sulpicio, podréis esperarlos parecidos, cuando esta Comunidad sea establecida en ese lugar; ya que está animada en todas partes por el mismo espíritu, y no tiene otra aspiración, que es la gloria de Dios."*

En cuanto a los Religiosos, lejos de creer que el humilde estado que abrazaron fuera una razón para tenerlos en poco, o hablar de ellos con desprecio, el Santo encontraba en ellos motivos de una estima sincera y una perfecta veneración. No achacaba al cuerpo por una malignidad tan injusta como común la caída de algunos particulares. Sabía que hay por todas partes alto y bajo, que los que no perdonan nada, serían muy de lamentar, si se los midiera con la misma medida que ellos miden a los demás; y que uno que no es más que un monje imperfecto sería en la mayor parte de los casos un secular muy escandaloso. Además, ocupado como estaba en sus menesteres, no le divertía profundizar en los defectos de aquellos de quienes no estaba encargado. No les veía estos defectos más que cuando saltaban a la vista: y entonces incluso su caridad no sufría por ellos en la práctica. *"Me preguntáis, escribía a uno de los suyos, cómo debéis portaros con estos buenos Religiosos que os contrarían: a lo que os digo que debéis tratar de servirlos, si las ocasiones se presentan, y testimoniarles en los encuentros que tengáis una verdadera y sincera voluntad; ir a visitarlos de vez en cuando; no decidir nada en contra de ellos; no interesaros por sus asuntos, sino para defenderlo en caridad; hablar de ellos bien; y no decir nada en el púlpito ni en las conversaciones particulares que pueda causarles la menor pena; y por fin procurarles todo el bien que podáis, de palabra y en hechos, aunque ellos no os correspondan. Esto es, Señor, lo que deseo que hagamos todos y que tengamos a mucho honrarlos y servirlos en toda clase de ocasiones"*.

Ha dado más de una vez a sus hijos la importante lección que da aquí a uno de ellos. Les conjuraba por las entrañas de la caridad de Jesucristo a respetar a todas las Órdenes establecidas en la Iglesia; a desterrar de sus almas y de sus corazones la envidia, la celotipia y demás pasiones parecidas que no concuerdan ni con la humildad ni con el sincero afecto que se debe al prójimo; a habar de todas las Comunidades con estima; y finalmente a hacerse una regla de aprobar todo lo que hacen, a menos que sea claramente malo.

Su respeto por los Religiosos era tan profundo que tomándole en su todo no se le puede proponer para modelo necesario. Cuando alguno de ellos le visitaban, no sólo los recibía como a Ángeles del cielo, sino que con frecuencia se arrojaba a sus pies para recibir su bendición; los forzaba por su humildad y su perseverancia a dársela; decía a los que se admiraban por esta conducta que se había dado cuenta de que todo le salía bien los días en que alguno de estos siervos de Dios se había dignado bendecirle.

El tierno y sincero afecto que sentía por los Religiosos se hizo ver sobre todo en el celo que tuvo por devolver a las leyes primitivas de su estado a los que se habían apartado de ellas. Las reformas de Grandmont, de Prémontré, de santa Genoveva y de Chancelade son un monumento eterno de la actividad y de la extensión de su caridad. No la limitó a

comunidades numerosas que, como aquellas de las que acabamos de hablar, merecen más atenciones, la difundió hasta en casas aisladas, y también en particulares. El Rey, habiendo rechazado nombrar como Abate del Mont-Saint-Eloi a uno de los tres que los Religiosos de este Monasterio le habían presentado según la costumbre de Artois, hizo lo posible para sacarlos de apuros y poner al frente, de acuerdo con ellos, a un hombre que fuera según el corazón de Dios. Escribió a la Abadesa de Etival -15 de junio de 1653- para comprometerla a recibir a una de sus Religiosas que pretendía no haber salido de su Priorato *sino a causa de las miserias del tiempo*, y que en el mundo corría más peligros que en su Claustro, por muy expuesto que estuviera. Él rogó al Obispo de Beauvais -18 de junio de 1653- que fuera más favorable a un pobre ermitaño que buscaba un asilo en su Diócesis para dedicar allí el resto de sus días al retiro y a la penitencia.

Con todo, su amor al Estado monástico no era ni blando ni ciego. Sobre todo no aprobaba que, sin verdaderas y sólidas razones, se pasara de una Orden a otra. Quería que cada uno se santificara en su vocación. La amargura, las murmuraciones y el brillo eran a su modo de ver males que un Religioso no podría evitar con facilidad. *“Me compadezco, escribía a un Doctor en Teología Regular, me compadezco de vuestras penas, y pido al Nuestro Señor que os libre de ellas o bien os dé la fuerza de soportarlas: como las sufrís por una buena causa debéis consolaros por ser del numero de aquellos Bienaventurados que sufren por la justicia. Tened paciencia, mi R. Padre, y tenedla en Nuestro Señor que se complace en ejercitaros: él hará que la Religión, en la que os ha colocado, y que es como una embarcación agitada, os conduzca felizmente al puerto. No puedo recomendar a Dios, según vuestro deseo, el pensamiento que tenéis de pasar a otra Orden porque me parece que no es su voluntad. Hay cruces en todas partes, y vuestra edad avanzada debe hacer que evite las que encontraríais al cambiar de estado. En cuanto a la ayuda que deseáis de mí para procurar el Reglamento de que se trata es cosa muy seria: por ello os suplico muy humildemente me dispenséis de mandar presentar en Roma vuestras propuestas”*.

Un hombre tan lleno de caridad para las Comunidades extrañas no podía por menos que sentir mucha por las que le estaban unidas por lazos particulares. Más Padres de cada uno de los suyos que lo es un padre natural en relación a su hijo único, no había uno solo entre ellos que no pudiera y que no debiera creer que era amado tiernamente. Sus palabras, sus cartas, sus consejos, sus reprimendas inclusive llevaban el sello de la caridad. Se anticipaba a las necesidades, animaba en las dificultades, apoyaba en las penas, consolaba en las aflicciones, no juzgaba, condenaba todavía menos sin escuchar. Precavido por igual contra la antipatía y la simpatía, su corazón no fue nunca la regla de su conducta exterior. Su mejor amigo era el que más lo era de Dios. Las relaciones artificiales, las preguntas capciosas, la acertada y suave maledicencia no tenían acceso a él. Combatía estos vicios peligrosos en todo lugar donde los hallaba. Comparaba la detracción aun lobo furioso, que asalta y destruye el Redil donde entra. La sola sombra de este desdichado pecado le asustaba. El temor que tuvo de que sus Hijos se dejasen llevar por él le llevó a darles siete Conferencias seguidas sobre la maledicencia y quiso que hablasen en ellas uno tras otro. En cuanto a él, no sabía juzgar mal ni hablar mal de nadie. Decía que lo propio de la caridad era cubrir las faltas del prójimo. Se acordaba y recordaba a los demás estas palabras del Espíritu Santo: *Audisti verbum adversus proximum tuum? Commoriatur in te.* –Si oíste una palabra contra tu prójimo, que se muera en ti-. A propósito del tema, hacía valer el ejemplo de la Condesa de Joigny quien, por pureza de conciencia, no hablaba nunca ni quería permitir que en su presencia se hablase de los defectos de los demás. Se debe tal vez a estas

lecciones la inflexible aversión que la ilustre Señorita de Lamoignon tuvo siempre hacia la maledicencia.

En sus discursos volvía frecuentemente a la necesidad de la caridad mutua. Decía: *“que esta virtud es el alma de todas las demás, y el Paraíso de las Comunidades; que el paraíso no es otra cosa que amor, unión y caridad; que la casa de S. Lázaro sería un paraíso si la caridad se hallara en ella; que la principal felicidad de la vida eterna consiste en amar; que en el cielo los bienaventurados están ocupados sin cesar del amor beatífico; y que por fin no hay nada más consolador que vivir con aquellos a quienes se ama, y de quienes es amado. Añadía que el amor cristiano des superior a todos los demás; que por él se ama a todos los hermanos en Dios, según Dios y por Dios; que por el mismo fin que ama Dios a los hombres; es decir para hacerlos santos en este mundo y bienaventurados en el otro; y que por esto este amor hace ver a Dios y no otra cosa que Dios en cada uno de los que se ama. Sostenía que un hombre que quisiera vivir en una Comunidad sin apoyo y sin caridad sería, a la vista de tantos humores y acciones discordantes con las suyas, como un barco sin ancla y sin timón que en medio de las rocas bogaría a merced de las ondas y de los vientos que le empujarían por todos los lados y le harían naufragar”*.

Un día con ocasión de la fiesta de S. Juan Evangelista, después de servirse de de las palabras de este discípulo bienamado, para exhortar a los suyos a la unión fraterna, y haberles dicho que *la Congregación de la Misión duraría mientras reinara la caridad en ella*, pronunció cantidad de maldiciones contra el que destruyera esta virtud, *“y que con ello fuera causa de la ruina de la Compañía o solamente de algún desecho de perfección; es decir que con su falta haría que ella fuera menos perfecta”*. Son sus propias palabras; merecen que se piensen.

A las máximas de este gran siervo de Dios añadiremos el uso que de ellas hizo. Todos sus Hijos, sin exceptuar a los últimos o a los menos perfectos, tenían libre acceso a él. Cuando iban a hablarle, bien por sus necesidades particulares bien por cualquier otro asunto, los recibía con una grande afabilidad. Como sabía que no era lo que era sino para ellos, los escuchaba en ese mismo instante. Si alguna vez un asunto urgente le obligaba a retrasarlo, les señalaba el tiempo en que podrían volver. El médico más paciente y mejor pagado no escucha de tan buena gana el detalle y las repeticiones de su enfermo, como él oía sus penas, sus deseos, sus inclinaciones buenas o malas o incluso sus faltas. Tranquilizaba, corregía con dulzura, consolaba siempre; era su talento, y pocas personas le han hecho valer tanto.

Uno de sus sacerdotes le confeso una vez que había tenido pensamientos de aversión y de indignación contra él: a estas palabras, el santo hombre se levanta, le abraza tiernamente, le felicita por su sinceridad, y le dice: *Si no os hubiera dado ya mi corazón, os le daría entero ahora mismo*.

Otro, habiendo ido a verle en su habitación para decirle que estaba cansado de su situación y quería volverse a su región, el Siervo de Dios se puso a sonreír y le dijo con toda mansedumbre: *¿Cuándo vais a partir, Señor? ¿Haréis el viaje a pie o a caballo?* Este sacerdote, que hablaba en serio, y que se esperaba un buen sermón o largas y vivas discusiones, quedó tan impresionado por estas escuetas palabras, y por el modo lleno de dulzura como las había pronunciado, que en ese mismo momento se curó de la tentación y se llenó de mejores sentimientos. El Santo recibió un gran consuelo y se confirmó en aquella máxima que se halla en sus cartas, *que un grano de caridad es bastante para calmar muchas inquietudes y suavizar muchas diferencias* –carta del 26 de agosto de 1638–.

Un Hermano a quien el demonio de la desgana y de la inquietud agitaban hacía tiempo, escribió varias veces a nuestro Santo para decirle que encontrara bien que se saliera de la Compañía: *“No, mi querido hermano, le respondió Vicente, yo no podría consentir en vuestra salida, porque no es la voluntad de Dios, y además habría peligros para vuestra alma que me es muy querida. Que si no me queréis creer, al menos os ruego que no salgáis de la Congregación más que por la misma puerta por la que entrasteis: esta puerta es el retiro espiritual, que os suplico que hagáis antes de resolveros en un asunto de tanta importancia. Escoged una de las tres casas más cercanas al lugar de donde estáis; y creed que seréis bien recibido en cualquiera de ellas. La bondad de vuestro corazón se ha ganado todos los afectos del mío, y estos afectos no tienen otro destino que la gloria de Dios y vuestra santificación. Así lo creéis vos como yo lo sé muy bien, y sabéis también que soy todo vuestro en el amor de Nuestro Señor”*.

Cuando enviaba a alguien a otra casa, le recomendaba siempre al Superior, y le rogaba que tuviera cuidado de él, y le decía de ordinario: *Espero que tenga mucha confianza en vos cuando vea la bondad, el apoyo, la caridad que Nuestro Señor os ha dado para los que él encomienda a vuestra dirección*.

Al releer esto en una Provincia distante, me encuentro dos cartas del Santo, en las que se ve, sin dudarle, que un aviso capaz de afligir, le costaba infinitamente más darlo que recibirlo. *“Yo me desgarré las entrañas, dice en la primera, al tener que decirlos la menor cosa que pueda molestaros. En nombre de Dios, Señor, aguánteme”*. En la segunda su ternura intimidada recurre a estos términos, que no eran de su estilo. *“No puedo, dice, no, no puedo, mi querido padrecito, expresar el dolor que tengo por contristaros. Os suplico que creáis que si no fuera por la importancia de las cosas preferiría mil veces sobrellevar la pena que causarosla”*. ¡Cuántas contemplaciones, pero al mismo tiempo cuántas lecciones!

Por muy viva que fuera su caridad en todo tiempo, se redoblaba con respecto a los enfermos. Muy lejos de tenerlos como a hombres a su cargo, que Dios puede encomendarnos el día menos pensado, decía que los enfermos son la bendición de las casas donde se hallan. Daba buenas órdenes para fueran bien atendidos, y se les diera en alimentos y remedios cuanto necesitaran. Aunque en el tiempo de un fervor naciente él pudiera contar con los cuidados y la caridad de sus oficiales, no se remitía enteramente a ellos. Visitaba a los enfermos; se informaba por ellos mismos de cómo los trataban. Por miedo a que la timidez no les dejara hablar, veía por sí mismo cómo eran servidos; y no se quedaba contento hasta que estaban en condiciones de serlo. Se le oyó decir más de una vez *que se deberían vender hasta los cálices para asistirlos*: y estas palabras no eran en él un cumplido. *“No temáis, decía a uno de los suyos, ser nunca de ninguna manera una carga para la Compañía, por causa de vuestros achaques: pues, por la gracia de Dios, no está encargada de los enfermos: todo lo contrario es una bendición tenerlos. Os ruego, escribía a otro, que no ahorréis nada ni en medicinas ni en alimentos ni en cuanto al descanso, siguiendo en todo el parecer del médico. Por nuestra parte nosotros pediremos a Dios, que os restablezca y os dé la gracia de hacer buen uso de vuestra indisposición”*.

Enviaba a los baños a los que les podían hacer bien o les prescribía viajes capaces de relajarlos; en una palabra, hacía por ellos todo lo que un corazón grande, caritativo y justo puede hacer. Trataba con el mismo talante a los que estaban todavía en el curso de su prueba. Informe varios no le decidían sino con dolor a despedirlos. Hacía lo imposible por recuperarlos. Si no lo lograba siempre, al menos lo conseguía alguna vez; y su larga espera ha ganado para la Congregación a individuos que le han prestado buenos servicios.

Cuando estaban convalecientes, los alegraba con el relato de Historias propias para la distracción y para instruir; porque el cuidado que tenía del cuerpo estaba tan bien ordenado, que el alma no podía sufrir ningún daño por ello; por eso *advertía con dulzura y paternalmente a aquellos cuya enfermedad no era tan urgente que no omitieran los ejercicios espirituales, por miedo a que la enfermedad del cuerpo se pasara hasta el alma y la cambiara en tibia e inmortificada.*

Su afecto por los suyos llegaba hasta aquellos que le pertenecían. Se interesaba y quería que su Congregación en las aflicciones y pérdidas de los padres de los que la componían. Suplico, decía a veces, yo suplico a los sacerdotes que no tienen obligaciones particulares que ofrezcan el santo Sacrificio por todos los de esta familia afligida: *“Y yo el primero, yo ofrezco a Dios de todo corazón por ellos la misa que voy a celebrar, y pido a nuestros hermanos que comulguen con esta misma intención”*. No se contentaba con llorar por las desgracias de estas clases de personas: las aliviaba en cuanto podía; y las servía mejor que lo habrían podido hacer sus propios hijos.

Como la Compañía de las Hijas de la Caridad no era menos su obra que su propia Congregación, no trabajaba menos en inspirarles los sentimientos que su nombre solo les aconsejaba tener. Los grandes bienes que le comunicaron de las que se ocupaban en Varsovia le llevaron a felicitarlas: no obstante para convencerlas bien que el santo amor debía ser su primera virtud, les preguntaba si ellas se querían unas a otras y si vivían en una gran unión. *“Es muy necesario, mis buenas hermanas, añadía él, ya que si eso no era así, ¿por quién sentiríais amor? Sois Hijas de la Caridad, pero no lo seríais si vivierais en la desavenencia, la aversión, o la desconfianza de unas con otras. ¡Dios no quiera que esto suceda entre vosotras! Es lo propio de las hijas del mundo, que no tienen el espíritu bien formado, pero el deber de las Hijas de Nuestro Señor, que viven y que le sirven juntas y que no tienen más que una única intención de hacerse agradables a los ojos de Dios, es quererse entre sí, soportarse, respetarse y ayudarse mutuamente. Os ruego, mis queridas Hermanas, hacer uso de ello de manera que no os quejéis nunca ni murmuréis; sin contradeciros, sin atacaros: porque ¡ay! si llegarais a causaros el menor dolor una a otra sería digno de lástima: tenéis bastante que sufrir con las personas del exterior y por vuestros trabajos para crearos dentro nuevas cruces, que son las más molestas y que harían de vuestra casa un pequeño purgatorio, en lugar de que el amor haga un pequeño paraíso”*.

Si Vicente formaba a sus Hijas en la caridad, no las formaba menos en todas las virtudes propias de su estado. Les daba en la casa donde reside su Superior Conferencias espirituales sobre sus obligaciones y sobre los medios de cumplirlas bien. Tenía cuidado de darles a conocer el tema que debía ser tratado, para que pensarán en él en la Oración, donde se piensa mejor que en otro lugar. Era sin duda para este caritativo Padre un verdadero consuelo ver hasta cien de sus Hijas acudir para oírle e todos los barrios de París donde tienen casas; pero tenía menos cuando las oía él mismo hablar de las cosas celestiales con ese gusto esa unción que Dios se complace en comunicar a los sencillos. Pues aunque este prudente Superior estuviera bien lejos de pensar en convertirlas en sabias, creía con todo que destinadas como están a instruir a las jóvenes, a consolar a los pobres y enfermos por los motivos de la fe, a inspirar a los moribundos los sentimientos que les son necesarios para comparecer ante el riguroso Tribunal del Soberano Juez, ellas necesitan ciertos talentos que podrían ser inútiles a los demás. Por esta razón hacía siempre hablar a varias en las Conferencias: en cuanto a él, les hablaba cada vez durante media hora, y hasta durante una hora entera, pero en un estilo tan claro, tan persuasivo, tan proporcionado a sus

necesidades que ellas se quedaban con la mejor parte. Ellas incluso recogieron más de cien de sus charlas, y encuentran en ellas todavía hoy un jugo de vida y de salvación.

La dirección acababa, como lo hace de ordinario cuando nada falta, lo que las exhortaciones públicas habían comenzado. En esta ocasión creo deber traer aquí la respuesta que dio nuestro Santo a uno de sus sacerdotes que parecía sorprendido porque los misioneros dirigían a las Hijas de la Caridad, ellos que tienen por regla no encargarse de la dirección de las Religiosas.

“Doy gracias a Dios –carta del 7 de febrero de 1660–, decía Vicente de Paúl, por los sentimientos que os ha dado sobre lo que yo os he escrito respecto de las Religiosas. Me consuela sobre manera al ver que habéis conocido la importancia de las razones que la Compañía ha tenido para alejarse de su servicio, para no poner obstáculo al que debemos al pueblo pobre.

Y como deseáis ser informado sobre el asunto que nos ha hecho cuidar de las Hijas de la Caridad, preguntando por qué la Congregación que tiene por máxima no ocuparse de la dirección de las Religiosas, se mezcla pesar de ello con esas Hijas.

1º. Os diré, Señor, que no condenamos la asistencia de las Religiosas: al contrario alabamos a aquellos que las sirven como a las Esposas de Nuestro Señor que han renunciado al mundo y a sus vanidades para unirse a su soberano bien: pero lo que es bueno para los demás sacerdotes no es bueno para nosotros.

2º. Que las Hijas de la Caridad no son Religiosas, sino mujeres que van y vienen como seculares; son personas de parroquias bajo la dirección de los Señores Párrocos, donde están establecidas: y si tenemos la dirección de la casa en la que viven es porque Dios ha querido, para dar nacimiento a su pequeña Compañía, servirse de la nuestra, y vos sabéis que de las mismas causas que Dios emplea para dar el ser a las cosas, se sirve de ellas para conservarlas.

3º. Nuestra pequeña Congregación se ha dado a Dios para servir al pobre pueblo corporal y espiritualmente, y eso desde sus principios: de manera que al mismo tiempo que ha trabajado por la salvación de las almas mediante las misiones, ha fijado un medio de aliviar a los enfermos por las Cofradías de la Caridad, y la S. Sede ha aprobado eso por las Bulas de nuestra Institución.

Pues bien como la virtud de misericordia tiene diversas operaciones, ella ha llevado a la Congregación a varias y diferentes maneras de asistir a los pobres. Testigo el servicio que presta a los Forzados de las Galeras y a los Esclavos de Berbería. Testigo lo que ha hecho por la Lorena en su gran desolación, y luego por las fronteras arruinadas de Champagne y de Picardía, donde todavía tenemos a uno de los nuestros entregado sin descanso a la distribución de las limosnas. Sois vos mismo, Señor, testigo del auxilio que ha llevado al pueblo de los alrededores de París, agotado de enfermedad y de hambre a consecuencia de la acampada de los ejércitos: vos habéis tenido vuestra parte en ese gran trabajo, habéis pensado en la muerte, y como otros muchos que han dado su vida para conservarla en los miembros sufrientes de Jesucristo, el cual es ahora su recompensa, como un día será la vuestra. Las Damas de la Caridad de París son también otros tantos testigos de la gracia de nuestra vocación; para contribuir con ellas a cantidad de buenas obras que hacen, dentro y fuera de la ciudad.

Esto dicho, las Hijas de la Caridad habiendo entrado en el Orden de la Providencia como un medio que Dios nos ha dado para hacer por sus manos lo que no podemos nosotros con las nuestras en la asistencia corporal de los pobres enfermos y decirles por su boca alguna palabra de instrucción y de ánimo para su salvación; tenemos también obligación de

ayudarlas en su propio adelanto en la virtud para que desempeñen bien sus ejercicios caritativos.

Existe pues esta diferencia entre ellas y las Religiosas, que la mayor parte de las Religiosas no tienen otro fin que su propia perfección; mientras que estas Mujeres están dedicadas como nosotros a la salvación y alivio del prójimo: y si digo con nosotros, no diré nada contrario al Evangelio sino muy conforme a los usos de la primitiva Iglesia; ya que Nuestro Señor tenía cuidado de algunas mujeres que le seguían, y vemos en los Hechos de los Apóstoles que ellas suministraban los víveres a los fieles y tenían relación en las funciones Apostólicas.

Si se dice que hay peligro para nosotros en conversar con estas Mujeres, respondo que está previsto, en cuanto lo puede estar, al establecer esta orden en la Congregación, de no visitarlas nunca en sus casas en las Parroquias, sin necesidad y sin permiso expreso del Superior: y ellas mismas tienen por regla guardar la Clausura de su Habitación, y nunca dejar entrar a los hombres.

Espero, Señor, que lo que acabo de responder a vuestra dificultad será satisfactorio”, etc.

El lenguaje que empleaba Vicente de Paúl con las Hermanas de la Caridad para establecer en sus corazones el reino de la caridad, lo empleaba constantemente con las Religiosas de Santa María, como lo vimos en el libro IV; y con las Hijas de la Providencia.

Las Constituciones que redactó para éstas con Madame de Pollalion no tienden más “*que a formar su conducta de acuerdo con las reglas de la verdad, de la caridad y de la sólida devoción y de la humildad...y a hacer revivir entre ellas el celo de aquellos primeros cristianos, de los que dice la Sagrada Escritura que no tenían más que un solo corazón y una sola alma*”. Es el juicio que emite un nuevo Escritor; y es tan justo como preciso.

Aunque resulte cómodo concluir de lo que hemos dicho en el curso de esta Historia que la caridad con los pobres fue la virtud dominante de S. Vicente, el lector llevaría a mal que no dijéramos nada al respecto aquí. Al tomarlo de la infancia hasta la muerte, casi toda su vida se pasó en aliviar a los desdichados. Tantas Cofradías fundadas para los enfermos, tantas lágrimas derramadas por los niños abandonados, tantos Hospitales fundados por sus cuidados, tantos socorros repartidos por inmensas Provincias, tantas gloriosas fundaciones que subsisten hoy todavía, anuncian desde hace un siglo que el espíritu de misericordia fue el que más le animó. Por los pobres fundó a las Hijas de la Caridad que tienen a gloria ser sus sirvientas: por ellos dio a la Iglesia una nueva Congregación de Ministros sagrados: *Somos los sacerdotes de los pobres*, decía, *Dios nos eligió para ellos; ése es nuestro patrimonio, lo demás sólo es accesorio*. Esta elección era a sus ojos de tanto valor, que encomendó a uno de sus sacerdotes ir a Nuestra Señora de Buglose, para agradecer a Dios haberla establecido él y los suyos para servicio de los pobres y desdichados.

En efecto, se hubiera creído que no se ocupaba más que de los pobres; que ellos eran su tesoro y el objeto de todos sus afectos. Los llevaba en su corazón; se sentía impresionado por sus sufrimientos; y nada le afligía más que no poder aliviarlos. Ninguno de ellos se hallaba en apuros que él mismo no lo sintiera. Sufría de antemano cuando pensaba que tendrían que sufrir. Un día, con ocasión de una estación rigurosa, dijo a uno de los suyos, que le acompañaba por la ciudad: “*Lo siento por nuestra Compañía; pero de verdad no tanto como por los pobres: nosotros nos arreglaremos yendo a pedir pan a las otras casas, si lo tienen, o a servir de Vicarios en las Parroquias: pero los pobres, qué será de ellos, y adónde irán. Confieso que ese es mi pesar y mi dolor. Me han dicho que la gente pobre del campo dice que mientras tengan frutos, vivirán; pero que después sólo les quedará hacer*

tumbas, y enterrase todos vivos. Oh, Señor, ¡qué extremo de miseria y de medios de remediarla! “

La vista de los pobres, su nombre mismo producían en su corazón una impresión que se manifestaba al exterior. Pronunciaba con un tono lleno de ternura estas palabras de las Letanías, *Jesu Pater Pauperum*; y por muy Dueño de sí mismo que fuera, nada más anunciarle alguna gran necesidad de una familia o de un particular, se descubrían en su rostro los rasgos de un hombre penetrado de dolor.

El colmo de sus aflicción habría sido ver entre los suyos dureza para con los pobres. Se esforzaba por preservarlos del espíritu de insensibilidad con palabras de fe y de razón. *“Dios ama a los pobres, decía, y por consiguiente ama a los que aman a los pobres: pues cuando hay afecto por alguien, se tiene por sus amigos y por sus servidores. Bueno pues la pequeña Compañía trata de dedicarse con afecto a servir a los pobres que son los bienamados de Dios; y así nos podemos permitir esperar que, por amor a ellos, Dios nos amará. Venga pues, Hermanos míos, entreguémonos con un nuevo amor a servir a los pobres, y hasta busquemos a los más pobres y a los más abandonados; reconociendo ante Dios que son nuestros Señores y nuestros Amos, y que somos indigno de dedicarles nuestros pequeños servicios”.*

Dijo en una ocasión a dos eclesiásticos de calidad, *“que todos los que amen a los pobres durante su vida, no tendrán ningún miedo a la muerte; que lo había visto por experiencia en varias ocasiones; que para este efecto tenía costumbre de insinuar esta máxima en el espíritu de las personas, a las que veía trabajadas por las aprensiones de la muerte; y que de ahí tomaba ocasión de animarlos al amor de los pobres”.*

La manera dulce y tranquila como se dormía él mismo en el beso del Señor podría al menos en parte pasar por una prueba de lo que aquí expone: pero lo que dice en una de sus cartas sobre el asunto de un virtuoso sacerdote, nos ofrece una más completa. *“Él había, son sus palabras, había temido siempre mucho a la muerte: pero como vio, desde el principio de su enfermedad, que se enfrentaba a ella sin ningún temor, y hasta con placer, me dijo que seguramente se moriría; porque me había oído decir que Dios quita la aprensión de la muerte a aquellos que han ejercido con gusto la caridad para con los pobres y que se han sentido fatigados por este temor durante su vida”.*

Aunque, como ya hemos dicho, tuviera para todos su Hijos entrañas de Padre, parece que no los amaba más que en relación con los pobres, como no amaba a los pobres más que en relación a Dios. *“Felices, decía en otra ocasión, felices nuestros Cohermanos de Polonia, que han sufrido tanto durante estas últimas guerras y durante la peste, y que sufren todavía por ejercer la misericordia corporal y espiritual, y por aliviar, asistir y consolar a los pobres. Felices misioneros, a quienes ni los cañones, ni el fuego, ni las armas, ni la peste han podido hacerles salir de Varsovia, donde los retenía la miseria de los demás; que han perseverado y perseveran todavía con todo el valor en medio de tantos peligros y tantos sufrimientos por la misericordia ¡Qué felices son al emplear tan bien este momento del tiempo de su vida! Sí, este momento: ya que toda nuestra vida sólo es un momento que se va volando y que desaparece pronto. ¡Ay!, cerca de 80 años que he pasado me parecen ahora sólo un sueño, un momento; y ya no me queda nada más que el pesar de haberlo empleado tan mal. Pensemos qué disgusto tendremos en la muerte si no nos aprovechamos de este momento para hacer misericordia. Seamos pues misericordiosos, hermanos míos, y ejerzamos la misericordia para con todos, de manera que no nos encontremos nunca con un pobre sin consolarle, si podemos; ni un hombre ignorante sin enseñarle lo que se ha de creer y hacer para salvarse. ¡Oh Salvador! No permitáis que abusemos de nuestra*

vocación, y no quitéis a esta Compañía el espíritu de misericordia: porque qué sería de ella, si la privarais de él. Dádnosle junto con el espíritu de mansedumbre y de humildad”.

El santo sacerdote repitió a los suyos la misma lección en no sé cuántas ocasiones. Quería que llevaran por todas partes el espíritu de compasión; que lo ejerciesen en todo lugar; que estuvieran dispuestos a sufrirlo todo por conservarlo; y que su práctica se les hiciera tan familiar, que con tan sólo verlos se pudiera decir: *Éstos son hombres de misericordia.*

Para ello les exigía que llorasen con los que lloran; que hiciesen ver por palabras complacientes que entraban en los sentimientos, en los intereses, en los sufrimientos de los pobres y de los afligidos; y que finalmente tuvieran cuidado de aliviar sus miserias en todo o en parte; *“porque, decía él, la mano debe, en lo posible, conformarse a los sentimientos del corazón”.*

Era, tanto como siempre, en los asuntos de misericordia, cuando enseñó con sus ejemplos lo que enseñaba de palabra. Hemos visto en el primer Volumen dar hasta el último céntimo y exponer su casa a la falta de lo necesario, por miedo de que esto necesario les faltara a los pobres. Hemos visto también dejar caer sobre la indigencia más de medio millón que se le ofrecía para construir una iglesia. Pero este perfecto desinterés no era suficiente a su caridad. Después de agotarse y sacar a sus amigos todo lo que la prudencia y justas consideraciones le permitían sacar, recurría a la Reina: y aunque el conocimiento que tenía de las piadosas profusiones de esta augusta Princesa, no le permitiera importunarla con frecuencia, ella siempre su asilo en las necesidades extremas. Tampoco le falló nunca; si ella no tenía dinero, lo que sucedía alguna vez, le daba cómo conseguirlo. Como había aprendido de él a no tener las pedrerías más que como preciosas bagatelas, se las sacrificó más de una vez. Un día dio al santo sacerdote un diamante de un valor de siete mil libras; otro día le dio un pendiente, que fue vendido en dieciocho mil francos por las Damas de la Asamblea de la Caridad. Hizo más y por miedo a perder el fruto de una acción tan generosa, suplicó a Vicente que no hablara de ello jamás: *“Vuestra Majestad, respondió el Santo, me perdonará, por favor. No puedo ocultar una acción tan bella. Es bueno, Señora, que todo París, y hasta toda Francia la conozca; y creo tener la obligación de publicarla en todas partes donde pueda”.*

Vamos a hacer por el Siervo de Dios, lo que él hizo por Ana de Austria; y aunque haya tenido el acierto de robar a los ojos del público una gran parte de las limosnas que hizo, y haya deseado que las otras no fuesen conocidas más que de aquellos que las distribuían, o de aquellos a quienes eran distribuidas, nosotros publicaremos sobre los tejados las que han transpirado a pesar de todas sus precauciones, sin omitir las que eran de notoriedad pública. Cada día, y es una práctica que sus sucesores han conservado fielmente, recibía a dos pobres en S. Lázaro, quienes, por turno, eran reemplazados por otros dos hasta el número de doce. Le daba de cenar y hacía servir por toda la Comunidad, tenía de ellos los cuidados que se tienen de gente que han sido bien recomendadas; y como entonces igual que hoy, eran de ordinario ancianos enfermos, les ayudaba a subir las escaleras al refectorio. El Jueces Santo los reunía a todos, les lavaba los pies y les servía él mismo a la mesa después de darles la limosna.

Cada día también, sin contar lo que se daba a todos los mendigos que se presentaban a la puerta, mandaba distribuir a familias pobres porciones de potaje, de pan y de carne, que enviaba a tomar a horas señaladas.

Tres horas a la semana hacia mediodía se daba sopa a todos los que la pedían, fueran del lugar que fuesen. En todo tiempo llegaban a reunirse hasta centenas; a veces se han llegado a contar quinientos o seiscientos. El santo sacerdote que puso siempre las necesidades del

alma en cabeza de todas las demás, se servía de la necesidad de esta multitud hambrienta para llevarla a Dios. Se la instruía en los Misterios de la fe, en la manera de rezar bien, en el bien y en los peligros de la pobreza, en los medios de santificarse, en el mérito de la paciencia; y en la felicidad sólida de aquellos que, sin perder la paz del corazón, viven y mueren en el sufrimiento.

Esta última limosna que llegaba muy lejos fue continuada hasta la fundación del Hospital General. Entonces hubo que cesar, ya que la policía, que quería desterrar la mendicidad de París, así lo ordenó. Los pobres se quejaban a veces al santo hombre y le preguntaban si Dios no ha mandado dar limosna a los pobres. “*Sí, amigos míos, les replicaba él, pero él mandado también obedecer a los Magistrados*”. Sin embargo un invierno duro y riguroso le forzó interpretar la ley y a seguir su espíritu antes que la letra. Cantidad de familias pobres que se vieron reducidas a una extrema indigencia, acudieron a él, y cada día mandó que les dieran pan y potaje. Hemos advertido en otro lado que, durante los disturbios de París, y en un tiempo en que no se tenía trigo por dinero, había alimentado al menos en gran parte, y eso a diario, a cerca de dos mil pobres. Es verdad que la Comunidad se vio ella misma a punto de faltarle el pan, pero cuando se creía todo desesperado y que todas las provisiones estaban absolutamente agotadas, los asuntos públicos se arreglaron un poco; y habiéndose abierto los pasos, se compró con un dinero prestado con qué resistir hasta la cosecha.

Tantos gastos colocaban a la casa de S. Lázaro en verdaderas estrecheces: no obstante no fueron los únicos que hizo el Hombre de Dios. Añadió grandes limosnas, con toda probabilidad a favor de aquellos a quienes su condición no permitía asociarse con los mendigos públicos; y en el tiempo en que la Fronza parecía tratarle como enemigo de la Patria, dio orden a quien – el sr Lambert – ocupaba la plaza de pedir prestadas dieciséis o veinte mil libras para socorrer la indigencia de sus conciudadanos. Pero éstos no eran el único objeto de su caridad: la extendía a los extranjeros, y pensaba en los que no pensaban en él. Por órdenes suyas, un sacerdote y un hermano fueron hasta los tugurios y buhardillas a descubrir a desgraciados a quienes la vergüenza o la falta de conocimiento los tenía encerrados. Por este medio llegó a darse cuenta de la triste posición de un buen número de católicos que, a fin de no perder la fe en Irlanda, se habían puesto en peligro de perder la vida en París. ¿Qué se podría hacer por ellos, preguntó a uno de los suyos, que era del mismo País? *¿No habría modo de reunirlos para consolarlos e instruirlos? No entienden nuestra lengua y los veo como abandonados, es lo que más me apena y me produce un sentimiento de compasión por ellos.* Habiéndole respondido este sacerdote que haría todo lo posible: *Dios os bendiga*, le replicó el caritativo Vicente; *tenga, ahí tiene diez doblones, id en nombre de Dios y dadles el consuelo que podáis.* Ese socorro no es nada en comparación de los otros servicios que el Santo prestó a una nación tan célebre por su afecto a la fe de los Padres, como por la larga y cruel tiranía que sufre en esta ocasión. La memoria de tantos beneficios subsistía en este País infortunado más de cuarenta y cinco años después de la muerte del Siervo de Dios. El obispo de Waterford que había sido testigo ocular, mostraba a Clemente XI los ornamentos y las grandes sumas que el santo sacerdote había enviado a Hibernia, más o menos como mostraban los fieles al Príncipe de los Apóstoles las ropas que debían a las bondades de la Viuda Dorcas. Este prelado iba todavía más lejos, atreviéndose a decir que Dios había suscitado a Vicente de Paúl como suscitó en otro tiempo a los Magloire, a los Colombano, a los Gal, a los Malaquias y a todos esos hombres de bendición que fueron en su tiempo la honra de su Patria y la gloria de la Religión.

En general, y ya lo hemos observado, Vicente fue el hombre de su siglo a quien los pobres de toda clase se dirigieron con mayor libertad. En todo momento le venía de París y de otras partes. Unos le descubrían espontáneamente su estado primitivo y la forma cómo habían caído en desgracia; los otros teniendo vergüenza de pedirle, se servían de un rodeo y le rogaban que les prestara. Nadie se iba con las manos vacías: daba más a unos, menos a otros, pero les daba a todos. Cuando se había agotado hasta no tener ya nada, su caridad que no se agotaba nunca tenía recurso a los préstamos. La bolsa de la Señorita le Gras suplía a la suya. Felizmente para ella, no regulaba sus restituciones sobre las restituciones de aquellos a quienes había prestado: hubiera sido no querer pagarla nunca.

La persuasión era tan universal que, cuando se trataba de los pobres no había precauciones que tomar con él; que, cuando se le requería, sea del extremo del Reino, sea de Argel, de Túnez o de Biserte, a favor de los esclavos, no se pensaba siquiera en franquear las cartas que se escribían para ellos. Sin embargo llegaban en tan gran número que los gastos de los portes ascendían a sumas considerables. Un muchacho sastre, que había trabajado en S. Lázaro, hizo algo más familiar todavía. Desde el fondo de la Provincia escribió a Vicente que le enviara un centenar de Agujas de París. El hombre de Dios, que estaba por entonces metido en los grandes asuntos de la Corte, no exclamó ni por sus ocupaciones ni por la indiscreción de este antiguo empleado. Recibió este encargo con placer, lo cumplió con tanta alegría como rapidez.

No esta la única ocasión que los pobres han parecido abusar de del débil, o más bien de la extrema caridad que tenía por ellos. Había a quienes mandaba dar una suma ya fija mensual. Un poco antes de su muerte, llegó uno que no podía hablarle a causa de su enfermedad, diciendo que hacía diecisiete años que el Santo le daba dos escudos al mes; y que era una renta que se le debía: este buen hombre creía que como limosna había prescripción. Una mujer habiéndole hecho exponer su miseria, él le envió medio escudo. Ella volvió a la carga, y le mandó a decir que era muy poco para su gran pobreza: el Santo le envió inmediatamente otro medio escudo. ¿Cuántas veces no hizo lo mismo?

Un pobre carretero que había perdido sus caballos, se dirigió a Vicente; le pidió que tuviera compasión de él y le ayudara a reparar su pérdida. Al instante el hombre de Dios le mandó dar cien libras. Hizo más por la familia de un labrador, quien habiendo muerto después de perder un proceso, dejó a una mujer y a dos niños en la miseria. Contribuyó a la subsistencia de la viuda. Dio un retiro a sus dos hijos. Los alimentó y lo cuidó durante cerca de diez años; les hizo aprender un oficio y no los despidió hasta que fueron capaces de prescindir de él.

Un antiguo soldado, a quien las heridas recibidas en la guerra hicieron dar en nombre de *Acribillado*, vino un día a S. Lázaro sin ser conocido por nadie. Pidió hablar al santo sacerdote, y sin otro preliminar le dijo no voz dura, pero aire agradable: *“He oído decir, Señor, que erais un hombre caritativo: ¿no querríais recibirme en vuestra casa por algún tiempo? El Santo consintió en ello de buena gana: dos días después el soldado cayó enfermo. Vicente le mandó pasar a una habitación con fuego, le dio un hermano para servirle, y sin ahorrar ni remedios ni alimentos, no le permitió que se retirase hasta que se recuperó del todo”*.

Si la caridad puede tener excesos, se puede decir que a la de S. Vicente no le han faltado. Un día al volver de la ciudad se encontró en la puerta de la casa a unas pobres mujeres, que le pidieron limosna. Se la prometió, pero una vez dentro, se encontró tan ocupado con asuntos tan serios y urgentes que se olvidó de la promesa. El portero se la recordó algún tiempo después. Para reparar su pretendida falta, llevó él mismo su limosna y, arrojándose a

los pies de estas mismas mujeres, con la cabeza descubierta y de rodillas, les pidió perdón por un olvido que no tenía nada de voluntario.

Aunque después de lo que hemos dicho, la cosa habla por sí misma, no será quizás inútil que el Santo tuvo siempre grandes miramientos con los granjeros y los demás deudores de la Comunidad. Andaba muy lejos de esos corazones duros que agarran a un hombre por el pescuezo para hacerle devolver lo que debe; y que achacándole los malos resultados de la estación o la mortandad del ganado, los abruman con robos y gastos. Vicente detestaba estos procedimientos violentos, estas crueles tiranías. Más de una vez hizo a sus gerentes nuevos adelantos y prefirió ponerse en peligro de perderlo todo, que emplear las vías del rigor y de la obligación. “*Sería molesto –carta del 6 de noviembre de 1652 al sr Champion-, escribía a uno de los suyos, que os vierais obligado a entregar la granja del granjero de la Chaussée: ya que los pobres están ya bastante afligidos para que se le aflija más. Si podéis, decía a otro –carta del 10 de octubre de 1656 al sr Rivet-, pagar a vuestro criado el sueldo por los cuatro meses de su enfermedad, y juntamente los gastos de los remedios y del médico, creo que obraréis bien ya que es un hombre pobre. Veo bien, declaraba al primero de los dos que acabo de nombrar, veo bien que es de temer, como vos decís, que al dar asilo en vuestra casa a tantos refugiados, vuestra casa sea asaltada por los soldados. Pero es una cuestión, si por este peligro, tenéis que rechazar una práctica tan hermosa como la caridad”.*

Diremos a continuación que S. Vicente aprovechó, sin dejar escapar ninguna, todas las ocasiones de humillarse: podemos decir aquí que él aprovechó constantemente todas las ocasiones de ejercer la caridad. Un día que estaba con otras dos personas en una carroza que no le pertenecía, encontró a cinco o seis leguas de París a una pobre, que llevaba a un hijo. A él le pareció muy cansada; pidió que se le diera un lugar en el coche. Una vez que entró, descubrió que ignoraba por completo su Religión. Entonces mismo se puso a catequizarla. Él le repitió y le hizo repetir por tres o cuatro veces las mismas cosas, por miedo a que se le olvidaran; y no dejó de instruirla hasta que la llevó a París.

Otra vez encontró a una por el camino que estaba tan llena de úlceras, que daba horror. Su estado le dio compasión y se dio la molestia de llevarla hasta donde quería ir. Cuando no tenía coche o asuntos urgentes le llamaban a otra parte, mandaba venir una Silla de Manos, colocaba a los enfermos y pagaba el transporte hasta el Hôtel-Dieu.

Hemos de confesar sin embargo que el placer que sentía en servirlos le llevaba de ordinario a conducirlos él mismo. Se dio cuenta un día que una pobre mujer estaba acostada en el suelo del barrio de S. Denis. Se quejaba mucho. Sacerdotes, Levitas, Seglares, todos pasaban sin prestarle auxilio. Un número de personas reunidas a su lado se contentaban con oír sus gemidos. Ante este espectáculo el Siervo de Dios se bajó de la carroza, y al darse cuenta de que la enferma no podía caminar, le dio un lugar en su coche; y aunque ella fuera a otro barrio distinto y muy alejado con un honrado Burgués de la Ciudad, mandó tirar derecho al Hôtel-Dieu. Esta mujer se encontraba tan mal que no pudo aguantar el movimiento de la carroza. Vicente la mandó sacar y traerle vino para darle fuerzas, pagó los gastos del transporte, y mandó que la recomendaran a la Superiora de las Religiosas del Hôtel-Dieu. ¿Fue más caritativo el Samaritano del Evangelio?

Otro día al pasar por una calle de París vio a un niño que daba grandes gritos. En el momento mismo manda detenerse al cochero, se apea y pregunta al joven qué le pasa y por qué llora así. El niño le enseña un mal que tenía en la mano. Vicente mismo lo lleva a un cirujano, le hace vendar en su presencia, da a uno su salario y al otro algo de dinero para consolarlo.

Así es como el Santo honraba a Jesucristo en sus miembros: pero ¿es que teníamos necesidad de estos últimos rasgos para constar su caridad? Los servicios sin número que prestó en el Maine, en el Blaisois, en el Berry, en el Angoumois, y más aún en la Lorena, la Picardía y en la Champaña justificarán hasta el final de los tiempos que el nombre de *Padre de los pobres* es uno de los que más ha merecido. Ya que finalmente tanto ha dado en su vida que a juicio de François Hebert Obispo-Conde de Agen, que lo sabía mejor que otro, el total de sus limosnas pasa del millón doscientos mil Luises de oro (Napoleón= 1 Luis, 20 frs.).

Un hombre tan lleno de caridad para el prójimo no debería, al parecer, tener enemigos. Pero si bien, a la vista de la importancia y de la cantidad de asuntos que tuvo a su cargo, haya tenido muchos menos que otros en casos parecidos; es seguro que la necesidad en que se encontró a veces de defender a su Congregación, y más aún la firmeza en el Consejo de Conciencia, no han dejado de suscitarse. Además, en calidad de discípulo del Salvador, no debía tener más privilegios que se Maestro; si era de alguna forma del orden de la Providencia, que un sacerdote que ella daba como ejemplo a todo el universo, diera a todo el universo el ejemplo de aquella de las virtudes cuya práctica fue siempre más rara y menos equívoca. Aquí más que nunca la simple exposición de los hechos nos servirá de prueba.

La caridad lleva a aquel, en cuyo corazón reina, a calmar las amarguras del prójimo; es lo que hizo Vicente a propósito de una persona de calidad quien, después de declararle siempre mucho afecto, le declaró también en varias ocasiones bastante frialdad. El Santo que no sabía a qué atribuir un cambio tan súbito, quiso aclararse por sí mismo. Hizo expresamente una visita a este antiguo amigo, que parecía no serlo ya. “*Señor, le dijo abordándole con un rostro sereno, soy bastante miserable para haberos dado algún descontento, sin haber tenido mala intención; pero no sabiendo en qué, vengo a suplicarle que me lo diga, a fin de que si hay culpa de mi parte yo trate de repararla*”. Es verdad, replicó este Señor, a quien la franqueza y sinceridad del Santo habían suavizado ya, es verdad, Señor Vicente, que en cierta ocasión vuestra conducta me desagradó un poco. Al Santo no le costó mucho desengañar a un hombre a quien un informe falso había engañado. Se justificó plenamente en su espíritu, y a partir de entonces este Señor le quiso más que nunca.

La caridad advierte que nos reconciliemos con aquellos de nuestros hermanos que tienen algo contra nosotros, antes de presentar nuestra ofrenda en el altar. Vicente siguió a la letra este consejo con un Religioso, que le había dado algunas señales de aversión. El Santo se revestía en la Capilla del colegio de los Bons-Enfants para decir la misa. La idea del mal proceder que este Religioso había tenido con él, le vino a la memoria. Se quitó los ornamentos, se fue a verle, le presentó excusas por la pena que había podido causarle, le aseguró de la estima que sentía por su persona y por su Orden, y se volvió a ofrecer en paz el sacrificio de amor y de reconciliación.

La caridad dilata el corazón del perfecto cristiano y no le permite apartarse respecto de aquellos que le han ofendido. Este tercer carácter no faltó en la virtud de nuestro santo Sacerdote. Supo que el Superior de una Comunidad religiosa considerada en París, había visto con malos ojos que no hubiera pensado como el religioso en cierto asunto. Inmediatamente se fue a verle, se echó a sus pies y le presentó tantas excusas como si le hubiera ofendido mucho. Esta sumisión no tuvo otro efecto que amargar un corazón ulcerado: Vicente fue tratado con mucho desprecio, y le fueron prodigadas palabras duras. Regresó a casa muy feliz por ser tratado mal por el amor de su divino Maestro. Algún

tiempo después. Como se necesitaran ornamentos para la Capilla del Seminario de la Misión, se los pidieron al hombre de Dios, a quien se dirigían para conseguirlos. “*Vaya, dijo, a pedir de mi parte al Superior de cierto lugar que os los preste.*” Este superior era precisamente quien había tratado tan mal a S. Vicente. El misionero que llevó el recado auguraba mal resultado; pero se vio agradablemente sorprendido. En nombre de un hombre que por preferencia le pedía una gracia, el religioso exclamó con admiración: “*¡Qué! ¿el señor Vicente no se acuerda de lo que le dije? ¿Es ese el resentimiento que siente? ¡Ah, Señores! añadió, hay alguna cosa de Dios aquí. Ahora es cuando reconozco que el sr Vicente es conducido por el Espíritu de Dios*”. Una confesión tan gloriosa a nuestro santo fue seguida de una visita por parte de aquel que la había hecho: después de darle los ornamentos que le habían pedido, se fue a S. Lázaro, y todo terminó con gran satisfacción por ambas partes.

La caridad hace bien por mal, fue la práctica constante del sano hombre. Le escribieron de Italia, que una Comunidad poderosa se oponía a que Alejandro VII confirmara un punto importante del Instituto de la Misión. Vicente debió sentirse sorprendido, puesto que había prestado muy numerosos servicios a los que le contrariaban. Sin embargo se contentó con decir a un amigo: “*Me entero que los N. nos son contrarios: pero aunque me hayan arrancado los ojos no dejaré de quererlos, de respetarlos y servirlo toda mi vida, y espero que Dios me dé la gracia*”. Dios se la dio. La Comunidad en cuestión no tuvo jamás amigo y defensor más celoso que él.

No desplegó menos ardor por la recuperación de un hombre que le había ultrajado: éstos son los hechos. Un Señor de alta cuna solicitaba a la Corte un beneficio. Vicente declaró en pleno Consejo que el sujeto propuesto era indigno de esta gracia, y habló con tanta fuerza y razón que todos los pareceres se unieron al suyo. Algunos días después, cuando entraba en el Louvre, este Señor le atacó en público y le trató como un hombre honrado no trata al último de sus criados. El santo sólo tenía que decir una palabra, Ana de Austria le tenía en mucho, y estaba seguro de ser vengado. Entró en el apartamento de esta Princesa, hizo lo que debía hacer y se retiró sin decir nada de su aventura. Había hecho demasiado ruido para seguir ignorada. La Reina se enteró; y justamente indignada por ver insultados hasta en su Palacio a aquellos que ella honraba con su confianza, mandó ordenar a aquel Señor que se retirara y que no volviera a aparecer por la Corte. Vicente lo supo y dio todos los pasos por un enemigo que le habría costado dar por su mejor amigo. Pidió su gracia con mucha insistencia; y aunque la Regente, cuando tomaba una decisión, no era cosa fácil que se volviera atrás, él insistió tanto y tantas veces que se vio obligada a ceder a sus importunidades.

Nadie merecía menos consideraciones que los que se salían de su Congregación: sin embargo nunca creyó que la virtud consistiera en perseguirlos. Con bastante frecuencia incluso les daba con qué hacer el viaje a sus casas. “*Apruebo de corazón, escribía al Superior de Roma –carta del 5 de enero de 1657-, la satisfacción que habéis dado al sr J. B. y deseo que Dios haga siempre la gracia a la Compañía de ejercitar su bondad para con todo el mundo y sobre todo para con aquellos que se separen de ella; no sólo para quitarles todo motivo de queja, sino con el fin de que poniéndoles carbones encendidos en la cabeza, reconozcan hasta el último momento la caridad de su buena Madre. Y es que sabía que las declamaciones amargan, y no llevan al redil; que quien lanza hoy los gritos más fuertes contra un desertor está a veces a punto de dar a título gratuito la escena más aflictiva; se ha caído con frecuencia, en el tiempo en que una reprimenda exterior que*

decide poco, se cree uno todavía en pie. Scio quia opera tua, quia nomen habes quod vivas, et mortuus es (Tienes nombre de vivo, pero por tus obras estás muerto)”.

Lejos de triunfar de las desgracias, que experimentan ordinariamente a los que abandonan su primera vocación, trataba de sacarlos de ellas, y hacerles ver que, si habían renunciado a la calidad de Hijos, él no había renunciado a la de Padre. En 1655, un joven misionero a quien quería fue tentado a salir de su estado y, a pesar de las oraciones y consejos del santo sacerdote, que veía perfectamente las consecuencias de este paso, cedió a la tentación. Uno o dos días después, se decidió por el Regimiento de los Guardias Suizos. Se aburrió bien pronto de este nuevo oficio, en el que se veía obligado a costarse algunas veces después de las nueve, y levantarse antes de las cuatro. Entonces desertó; pero esta segunda escapada le costó un poco más que la primera. Detenido como desertor, y acusado de alguna otra falta de importancia, fue encarcelado, juzgado por el Consejo, y condenado a ser decapitado: fue entonces cuando tuvo tiempo de tener largas y tristes reflexiones; por suerte tuvo una que le salvó la vida. Se dijo a sí mismo que Vicente era el más caritativo de los hombres, que tenía que exponerle su estado y que su buen corazón no le permitiría ser insensible. No había tiempo que perder; el santo hombre no lo perdió. Se olvidó de los desprecios y de la ingratitud de aquel por quien se iba a ocupar. Abrumado por los años y las enfermedades, siguió todos los trámites posibles. Su avanzada edad, su reputación, sus lágrimas, todo habló a favor de un desdichado, y él tuvo el consuelo de obtener su gracia.

Lo que hizo por este joven lo habría hecho a gusto por otro en situación parecida: su máxima, dice Abelly, de no quejarse nunca de los que se salían de la Congregación y exponerse a las murmuraciones, antes que revelar las causas de su salida. Al contrario, si la ocasión se presentaba, y se lo permitía la verdad, hablaba favorablemente incluso de aquellos que estaban mal dispuestos hacia él y les proporcionaba toda clase de cuidados.

A estos ejemplos que se cansaría uno de leerlos antes que cansarse el Santo de darlos, no añadiremos ya más que dos, el último de los cuales se le escapó a Abelly. Habiéndose encontrado unos soldados en lugar separado de la extensión del Señorío de S. Lázaro a dos jóvenes clérigos de la Casa, a quienes se había enviado fuera del Barrio, tal vez para visitar a los enfermos según la costumbre en la Congregación, les quitaron sus mantos. Algunas personas del Barrio corrieron tras estos ladrones, atraparon a dos y los arrastraron a las prisiones del distrito. Sólo dependía de Vicente que se los castigara como era debido; incluso no tenía más que dejar actuar a los Oficiales de una justicia que era cosa suya. Pero gente que le había ofendido en la persona de los suyos tenía un derecho adquirido en su corazón. Así que, por toda reparación, mandó a visitar a los culpables, se ocupó de que comieran, y los comprometió a hacer una confesión general, después de hacerles prometer que nunca más robarían el bien de los demás, dio orden de que se los pusiera en libertad.

Hizo más, y casi demasiado, en una ocasión en que el Cielo y la tierra parecían gritar venganza. Unas pobres mujeres de la vecindad espigaban en el Cercado de S. Lázaro. El hermano que velaba para que todo estuviera en orden, vio a una que, para acabar antes, robaba la cosecha: quiso impedirselo. Sin pensárselo mucho, esta furia agarró una piedra y le golpeó con ella con tal fuerza que cayó muerto. Se lo dijeron a Vicente, que llegó corriendo y vio con sus ojos un cadáver que nadaba en su propia sangre. La justicia y la misericordia le solicitaban por turno. La última habló más fuerte y se llevó las de ganar. Se apresura en llamar al marido de la mujer asesina; le aconseja que le mande alejarse lo antes posible, no sea que caiga en manos de la Justicia; y como eran pobres los dos, les da algo de dinero pata que se arreglen. Este hecho queda probado en el Proceso Verbal de la Canonización por cinco testigos oculares.

Está bien que destaquemos que Vicente no trataba tan bien a sus enemigos más que porque eran sus enemigos. Perfecto observante de las Leyes, en cualquier otro caso le habría costado mucho impedir su ejecución: y se le ha visto negarse a emplear su crédito a favor de su familia, que estaba amenazada por un pena infamante, “porque, decía él, es razonable que se haga justicia para satisfacer la de Dios; con el fin de que castigando misericordiosamente en esta vida a los que han faltado, no ejercita sobre ellos en la otra los rigores de su justicia. Por suerte la inocencia de esta pobre gente triunfó, la maldad atroz de sus acusadores fue descubierta, y estaban a punto de padecer el castigo que merece la calumnia, cuando el santo sacerdote que fue informado de ello halló el medio de sustraerlos a él.

XI. *Su mansedumbre.*

La mansedumbre, esta virtud tan amable, tan propia para ganarse los corazones, fue quizá la que más le costó a S. Vicente. Bilioso por naturaleza, y con un espíritu vivaz, se sentía inclinado a la cólera. Lo que pudo conseguir primero vigilándose mucho a sí mismo fue reprimir los movimientos que se levantaban en su alma, pero la violencia que se hacía en su interior aparecía al exterior con un aire de sequedad y de melancolía. La Condesa de Joigni, que le estimaba de forma singular, se vio más de una vez alarmada. Temía perderle y sin embargo creía entre ver que no estaba contento en su casa. Vicente se estudió muy en serio; vio lo que le faltaba, y recurrió a este Obrero supremo, que dispone de su arcilla como a él le place y que con su gracia reforma la naturaleza; redobló sus súplicas, sobre todo cuando se vio destinado a trabajar en la salvación de los pueblos y a vivir en comunidad; se animó con el ejemplo de S. Francisco de Sales, cuya extrema mansedumbre le impresionó desde el primer encuentro que tuvo con él: al fin, a fuerza de vigilancia y de atención, también él llegó a ser tan manso y afable, que habría sido en este campo el primero hombre de su siglo, si su siglo no hubiera visto al santo Obispo de Ginebra.

El sr Vicente, decía el piadoso y respetable Luis Tronson, poseía esta virtud tan eminentemente que al verle se creía ver a S. Pablo conjurar a los Corintios por la mansedumbre y por la modestia de Jesucristo.

Cuesta poco practicar la mansedumbre con aquellos que la ejercen con nosotros; los Paganos hacen otro tanto, pero practicarla con aquellos que nos ofenden, que nos contradicen, que no entienden nada, que no son idóneos más que para impacientar, es el efecto de una virtud superior a las fuerzas de la naturaleza; y ese fue el efecto de la de S. Vicente. tuvo que tratar y a veces el mismo día con gentes bien nacidas y con gentes sin educación; con personas de espíritu para quienes dos palabras valían una gran lección, y con personas groseras hasta faltares el sentido común; con escrupulosos, que no tenían bastante confianza en Dios, y con orgullosos filósofos, que tenían demasiado en sí mismos; en una palabra con todo lo que uno se puede imaginar desde el Trono de los Reyes hasta la cabaña del último de los desafortunados: en todas partes recordaba la idea del Salvador conversando entre los hombres. Jamás alteración en su rostro, aspereza en sus palabras, señales de aburrimiento en sus gestos.

Se le vio cortar la conversación con personas de clase para repetir hasta cinco veces lo mismo a alguien que no lo comprendía, y decirlo la última vez con tanta paz y tranquilidad como la primera. Se le vio escuchar sin sombra de impaciencia a gente pobre que hablaba mal y mucho; dar a sus palabras el escaso sentido buen sentido del que eran capaces, no destacar lo malo sino con tacto, que el orgullo y la envidia de parecer no conocen. Se le vio,

a él que se hallaba siempre muy ocupado, y en asuntos importantes, dejarse interrumpir treinta veces en un día por espíritus enfermos, que no hacían otra cosa que machacar lo mismo con términos diferentes; levantarse con bondad para ir a ellos nada más que los veía; escucharlos hasta el final con una paciencia inalterable, responderles con toda la dulzura posible; escribirles a veces de su mano lo que les había dicho; hacérselo leer en su presencia, explicárselo con mayor claridad, cuando le satisfacían del todo; finalmente, interrumpir el Oficio, su preparación a la misa, su sueño, para no perderse la ocasión de hacer un sacrificio, que cuesta a veces más a un hombre razonable que a otro cualquiera. Es el testimonio que han dado de él dos personas, una de las cuales sobre todo puso su paciencia a prueba durante un buen número de años.

Era principalmente con los herejes y la pobre gente del campo con quienes le parecía más necesaria la mansedumbre. Tuvo una vez el consuelo de ganar para la Iglesia a tres protestantes en un solo día. Confiesa después que la manera como los trató había contribuido más a su regreso que todo lo demás de la conferencia que mantuvo con ellos. Decía, no se necesita más que algo de experiencia para ponerse de acuerdo; decía, que en las controversias vivas aquel contra quien se disputa siente primero que se quiere llevar la ventaja y superarle; que de ahí se presenta, no para reconocer la verdad sino a combatirla; que *este debate en lugar de hacer una apertura a su espíritu, cierra de ordinario la puerta de su corazón, que habrían abierto la mansedumbre y la afabilidad; que el ejemplo de S. Francisco de Sales era una prueba sensible de esta verdad; que este Prelado, aunque muy hábil en la controversia había atraído más herejes por su mansedumbre que por su ciencia; que a este propósito el Cardenal du Perron tenía la costumbre de decir que en cuanto a él convencía por fuerza a los innovadores, pero que sólo pertenecía la sr de Ginebra convertirlos. “Por fin, añadía, puedo muy bien decirlos que nunca vi ni supe que ningún hereje se haya convertido por la fuerza de la disputa o por la sutilidad de los argumentos, sino más bien por la mansedumbre: tal es la fuerza que tiene esta virtud para ganar los hombres a Dios”.*

En cuanto se refiere a las Misiones del campo, que son las únicas en las que su Congregación trabaja de ordinario, estaba persuadido de que solamente por la paciencia y la mansedumbre se puede sacar fruto. Estas palabras de la Escritura: *Haceos afable en la Asamblea de los pobres: Congregationi pauperum afabilem te facito*, debía, según él, ser la regla de todos los sacerdotes. Sin esto, decía, los pobres se sentirán rechazados; no se atreverán a acercarse a nosotros, nos tomarán como a gente o demasiado severa o que son gente demasiado grandes Señores para ellos; de esa forma se caerá la obra de Dios y no llevaremos a cabo sus designios sobre nosotros.

”Para inspirar este espíritu de mansedumbre y de caridad a uno de los suyos, que no era ni bastante asiduo al trabajo ni bastante moderado en sus predicaciones, le escribió la carta siguiente. Aunque algo larga la reproduciremos entera, porque probará una vez más, que Vicente practicaba la mansedumbre prescribiéndola, que corregía como quien no quiere la cosa, y no había delicadeza que pudiera ofenderse por sus correcciones.

“Os escribo, dice a este misionero, para pedirlos noticias vuestras y daros las nuestras. ¿Cómo os encontráis después de tantos trabajos? ¿Cuántas Misiones habéis dado? ¿Veis al Pueblo dispuesto a hacer buen uso de vuestros ejercicios, y sacar el fruto y provecho que es de desear? Sentiría gran consuelo si conociera todo esto al detalle. Tengo buenas relaciones de las demás casas de la Compañía, en todas las cuales se trabaja, gracias a Dios, con fruto y satisfacción. No hay hasta el Señor N. que no esté en el campo desde hace nueve meses, trabajando en las Misiones casi sin cesar, es algo maravilloso ver las fuerzas

que Dios le da y los bienes que hace, y que son extraordinarios, como oigo por todas partes. Los Señores Primeros Vicarios me lo han dicho y otros, incluso Religiosos vecinos de los lugares en que él trabaja, me lo han dicho o escrito. Se atribuye este feliz éxito al cuidado que tiene de ganarse a los pobres con mansedumbre y con bondad: lo que me ha hecho tomar la resolución de recomendar más que nunca a la Compañía que se entregue cada vez más a la práctica de estas virtudes. Si Dios dio alguna bendición a nuestras primeras misiones, estuvo claro que fue por obrar amigablemente, humildemente y sinceramente con toda clase de personas: y si tuvo a bien servirse del más miserable de todos los hombres para la conversión de algunos herejes, ellos mismo confesaron que era por la paciencia y la cordialidad que había tenido con ellos. Los forzados mismos con los cuales he vivido, no se ganan de otra manera; y cuando ocurrió que les hablé con sequedad, lo eché todo a pique; por el contrario cuando les alabé por su resignación y me compadecí de sus sufrimientos y les dije que eran felices por tener su purgatorio en este mundo, besé sus cadenas, compadecí sus dolores y manifesté afecto por sus desgracias; fue entonces cuando me escucharon, cuando dieron gloria a Dios, cuando se pusieron en situación de salvarse. Os ruego, Señor, que me ayudéis a dar gracias a Dios por ello, y a pedirle que quiera hacer entrar a todos los misioneros en la costumbre de tratar con mansedumbre, humildad y caridad al prójimo en público y en particular, y hasta a los pecadores y endurecidos, sin usar nunca de invectivas, de reproches o de palabras rudas contra nadie. No dudo, Señor, de que tratéis por vuestra parte de evitar este mal modo de servir a las almas que, en lugar de atraerlas, las amarga y las aleja. Nuestro Señor Jesucristo es la suavidad eterna de los hombres y de los ángeles, y por esta misma virtud debemos nosotros obrar de manera para ir a él, llevándole a los demás”.

Sería difícil, me parece, escribir con un estilo más sabio y más mesurado: también Vicente que velaba mucho sus palabras, pero nunca más que cuando se trataba de dar consejos. Para suavizar la amargura, juntaba tal cantidad de elogios, de afecto y de humildad; sabía bien hallarse culpable de las faltas que reprendía en sus Hermanos que sus correcciones lejos de abatir el espíritu, ponían de relieve el valor, aumentaban la confianza en Dios y redoblaban el respeto por un hombre que no humillaba un poco a sus inferiores sino después de humillarse mucho a sí mismo. En general, cuando el Santo mandaba, daba más impresión de un hombre que pide una gracia que de un Superior que da órdenes: *si quid praeciperet, toganti erat propior, quam jubenti* (al mandar parecía más rogar que mandar). Es la expresión de un ilustre Arzobispo de Vienne.

Como la mansedumbre es una virtud de la que no puede prescindir la sociedad civil, será oportuno saber en qué principios se fundamenta la del Siervo de dios, qué extensión le daba, y cómo había que habérselas para practicarla.

Con respecto a los principios que le dirigieron, me parece que se los pude reducir a dos. Uno fue la palabra y el examen del Salvador; el otro, el conocimiento que tenía de las debilidades y de la miseria humana.

Para comenzar por este último motivo, Vicente decía, que lo propio del hombre es cometer faltas, como lo propio de la zarza es producir espinas que pinchan; que hasta *el Justo cae siete veces*; es decir varias veces al día; que el espíritu como el cuerpo tiene sus enfermedades; que puesto que un hombre es con frecuencia para sí mismo un ejercicio de paciencia, nada tiene de particular que él ejercite la de los demás; que así, para no romper con todo el universo, es preciso soportar muchas cosas, y que, como lo ha indicado S. Gregorio el Grande, la verdadera justicia conoce la compasión, y no conoce ni la cólera ni la irritación. De ahí concluía, que se necesita apoyo y mansedumbre en el trato de la vida;

que, a fin de evitarse muchas faltas, se ha de sufrir mucho; que las palabras que nos hieren son a menudo más bien fallos de la naturaleza que indisposiciones del corazón; que los más sabios no están exentos de pasiones y que estas pasiones les arrancan a veces aciertas expresiones, de las que se arrepienten al cabo de un momento; que después de todo, estemos donde estemos, hay que sufrir siempre; pero como al mismo tiempo hay de merecer, es conveniente hacer una buena provisión de paciencia y de mansedumbre, ya que sin estas virtudes, se sufre sin mérito y hasta con peligro de la salvación.

A este motivo tan sólido como natural, el Santo añadía otro, sacado como ya hemos dicho de las lecciones y de la conducta del Hijo de Dios. Decía, que la mansedumbre y la humildad son dos hermanas que van unidas perfectamente; que Jesucristo nos enseñó a juntarlas, cuando dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; que los filósofos habiendo ejercido sobre sus seguidores un imperio tan grande en las cosas naturales, que su autoridad era una prueba a la que no había réplica alguna, era justo que en las cosas divinas que un cristiano accediera a las palabras de la Sabiduría eterna; que estas palabras deben causar tanta mayor impresión cuanto más hermoso es el ejemplo que las apoya; que el Salvador quiso –carta del 1 de marzo de 1658- tener discípulos toscos y sometidos a diversos defectos para aprender de los que dirigen la manera como han de actuar con aquellos cuyo cargo tienen; que no se puede ver sin verse movido a la mansedumbre, la que practicó en el curso de su pasión; que allí dio el nombre de amigo al peor corazón que haya existido nunca; y que en ella sufrió sin queja y sin protesta las crueldades de una tropa deicida, que le escupía al rostro y que insultaba sus dolores. “¡Oh Jesús, Dios mío, exclamaba el santo sacerdote qué ejemplo para nosotros que nos hemos propuesto imitaros! ¡Qué lección para los que no quieren sufrir nada o que se preocupan o se amargan cuando sufren...! Danos parte, oh Señor mío, en vuestra gran Mansedumbre, os lo pedimos por esta misma mansedumbre, que no puede rehusar nada”.*

Tales fueron los principios sobre los que Vicente de Paúl estableció su mansedumbre: eran sólidos, también llevaban una edificación de gran alcance. El Santo nos va a explicar él mismo todas sus partes. “*Decía pues, que la mansedumbre tiene tres actos principales; que el primero de estos actos reprime los movimientos de la cólera y los saltos de ese fuego que perturba el alma, se sube al rostro y le cambia el color; que un hombre dulce no deja de sentir una primera emoción, porque los movimientos de la naturaleza se adelantan a los de la gracia pero se aguanta para que la pasión no se salga con la suya, y que si se muestra en él y a pesar de él alguna alteración en su exterior, se recupera al instante y vuelve a su estado natural; que, cuando se ve obligado a reprender, a castigar, a obrar como si estuviera en cólera, sólo sigue el camino del deber y nunca el del arrebató, que en ello imita al Hijo de Dios, que llamó a S. Pedro Satán, quien en la misma ocasión trató diez o doce veces a los Judíos de hipócritas, que tiró por los suelos las mesas de los cambistas, y quien en todo esto obró con una perfecta tranquilidad, lo que un hombre sin mansedumbre habría hecho por cólera. Añadía que un superior que actuara así, produciría un gran fruto; que sus correcciones serían bien recibidas, pues se realizarían por razón y no por humor; que nadie quiere ser corregido con rigor, y que todo el mundo dice más o menos como el Rey Profeta; Castigadme, pero que nos sea en vuestro furor.*

“*El segundo acto de la mansedumbre, sigue hablando Vicente, consiste en una gran afabilidad, en esa cordialidad, esa serenidad de rostro, que tranquiliza, que consuela a los que acuden a nosotros. Se ven personas que con un aire sonriente y agradable contentan a todo el mundo, y que desde la primera entrevista parecen ofreceros su corazón y pedir os el vuestro. Los hay sin embargo que se presentan con un gesto cerrado y la cara seca*

fruncida, rígido que asusta u desconcierta. Los misioneros que por estado se ven obligados a tratar con los pobres del campo, con los Ordenandos y los Ejercitantes, deben trabajar en adquirir estos modos insinuantes que dan confianza y que se ganan los corazones. Sin esto no darán fruto; serán como una tierra seca que no produce más que cardos.

“Finalmente, continuaba el santo sacerdote, el tercer acto de la mansedumbre consiste en desterrar de su espíritu las reflexiones que versan demasiado sobre las penas que nos han causado o los malos servicios que se nos han prestado. Conviene entonces acostumbrarse a apartar su pensamiento de la ofensa; excusar a aquel del que viene; a decirse que no lo pensaba, que ha obrado por precipitación y se ha dejado llevar por un primer movimiento; sobre todo tener cuidado de no abrir la boca para responder a aquellos mismos que no tratarían sino de amargarnos. Hace falta incluso hablar con mansedumbre con los que menos nos consideran; y, si vinieran a ultrajarnos hasta darnos una bofetada, seguir en paz, ofrecer a Dios y sufrir por su amor este injurioso trato”.

Para llegar ahí, Vicente exigía cinco cosas de sus Hijos, 1º. Que con el fin de no verse sorprendidos, prevean las ocasiones en las que podrían pecar contra la mansedumbre, presten atención, formulen antes del combate los actos de sumisión, de paz y de auxilio, que necesitarán cuando el momento de la prueba llegue. 2º. Que detesten el vicio de la cólera, pero sin amargarse contra sí mismos, y únicamente porque desagrade a Dios. 3º. Que cuando se sientan movidos, dejen de obrar y hasta de hablar y sobre todo de formar planes que no son nunca menos sabios que cuando la razón no los dirige, y que la razón apenas dirige cuando el espíritu está ciego y en agitación. 4º. Que en estas crisis tumultuosas vigilen para que la primera emoción del alma no aparezca en la cara: y en eso, decía, no hay nada que sea contra la sencillez, ya que no se tiene otro designio que agradar a Dios y al prójimo por amor de Dios. 5º. Que ante todo se esfuercen entonces por contener su lengua, detener los saltos de la cólera, y hasta del celo del que se creerían animados, preferir a todo otro lenguaje el de la mansedumbre y de la ternura porque, decía también, *“no se necesita a veces más que una palabra dulce para convertir a un endurecido, y que por el contrario una palabra ruda es capaz de desolar a un alma y causarle una amargura que podría ser muy dañosa. A este propósito se le oyó decir en diversas reuniones que nunca se había servido más que tres veces en su vida de palabras rudas para reprender a los otros; y que, aunque hubiera creído en un principio tener algo de razón para usarlas así, siempre se había arrepentido luego; porque le había salido mal y que, por el contrario, había logrado siempre con la mansedumbre lo que había deseado”.*

En el fondo la mansedumbre que encanta en dondequiera que se encuentre tenía en él no sé qué de tan ingenuo, de tan espiritual, de tan sabio que era difícil estar en contra. Un día que se hallaba con varias personas de gran condición, uno de ellos siguió más de una vez la mala costumbre que tenía de soltar imprecaciones y dijo entre otras, que quería que el diablo se lo llevara. A estas palabras, Vicente abrazándole graciosamente le dijo sonriendo: *Y yo, Señor, os retengo para Dios:* sería una pena que el diablo os llevara. Estas escasas palabras edificaron mucho a toda la compañía, y aquel por quien se dijeron se quedó más impresionado todavía que los demás; confesó que no tenía razón y prometió abstenerse de tal modo de hablar

Antes de dejar esta materia, será bueno anotar, 1º. Que Vicente, aunque lleno de dulzura, fue siempre enemigo de la adulación. *“seamos afables, decía a los suyos, pero nunca aduladores, pues no hay nada tan bajo ni tan indigno de un corazón cristiano como la adulación; a un hombre verdaderamente virtuoso nada le horroriza tanto como este vicio”.* 2º. Que la mansedumbre del santo sacerdote no debilita en nada al espíritu de firmeza y de

vigor, sin los que un hombre como él no podía pasar. Decía “que nadie es más constante en el bien que los que hacen profesión de mansedumbre; que aquellos por el contrario que se dejan llevar por la cólera y sus pasiones son de ordinario muy inconstantes; que los primeros se parecen a esos ríos que fluyen sin ruido, pero que también van siempre y no se agotan nunca; que los segundos se parecen a los torrentes que, como ellos, hacen primero un ruido terrible, pero que su fuerza pasa al desbordarse; en una palabra, que sólo van con *salidas de tono* y que así van mal. ¿Qué hacer pues para triunfar en los asuntos de Dios? Seguir, replicaba Vicente, y seguir en todo el ejemplo de Dios mismo. Ir, como él, con seguridad a su fin, pero ir por vías llenas de suavidad y de mansedumbre: *Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (Alcanza de un extremo a otro con seguridad y todo lo dispone con suavidad).

XII. Su humildad.

Vicente poseyó en un grado tan eminente todas las virtudes que, al recorrerlas unas tras otras, se siente la tentación de decir que cada una de ellas fue su virtud dominante. Si esto no puede ser en rigor al menos es seguro que pocos santos han llevado la humildad tan lejos como lo hizo él. “No, dice un virtuoso eclesiástico quien le había conocido muy particularmente, no, nunca se ha conocido en la tierra a un ambicioso que haya sentido más horror por la estima, por la elevación, por la gloria como ardor sintió este hombre por el desprecio, la abyección y todo lo que se pueda imaginar más propio para humillar y confundir. Sin cesar parecía desde el fondo de su corazón esta humilde y ferviente aspiración: *No soy un hombre, sino un pobre gusano que se arrastra por la tierra y que no sabe a dónde va, pero que busca tan sólo ocultarse en vos, oh Dios mío, que eres todo mi deseo. Soy un pobre ciego que no sabría dar un paso en el bien, si vos no me tendéis la mano de vuestra misericordia para conducirme.*

Para juzgar cuán sinceros eran estos sentimientos, basta con darse cuenta de que Vicente se tuvo siempre como un hombre que no estaba hecho para arruinar la obra de Dios; que para ello sentía de sí tan gran desprecio que no podía concebir cómo el mundo entero no pensaba lo que él mismo pensaba; que tenía el honor que se le daba como una de esas plagas, con las que Dios castiga a sus enemigos; que bien lejos de justificarse cuando se le acusaba, se colocaba siempre al lado de los censores; que tenía el arte de hallarse culpable, cuando era muy inocente; que condenaba sus defectos más ligeros como con mayor rigor que otros muchos no lo hacían con sus mayores desórdenes; y que si había en la tierra algún placer para él, era el de pasar por un hombre estúpido, grosero, sin espíritu y sin inteligencia .

La vida del Hijo de Dios quien, aunque haya sido siempre el esplendor de la gloria del Padre y la imagen de su sustancia, ha consentido en ser como el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo, formaba y alimentaba en sí estos sentimientos tan contrarios a la naturaleza. Lo que sorprende más es que él comenzó muy temprano a tenerlos y que, a pesar de los bienes que hizo y los aplausos que recibió, no los perdió nunca. El lector no se habrá olvidado que cuando llegó a París, se hizo llamar *Vicente*, y no *de Paúl*, por miedo a pasar por hombre de familia; que, aunque tuviera buenos estudios, se hizo pasar en todas partes por un escolar de cuarto; que con ocasión de aquel pobre sobrino que vino a verle a los Bons-Enfants, consiguió sobre el amor propio una victoria de las más completas; que fue más allá con el indigno cumplido que le hizo el Abate de S. Cyran, cuando le trató de ignorante y de hombre indigno de estar a la cabeza de su Congregación; y que finalmente

en la Corte, donde el nacimiento forma a veces la mejor parte del mérito, se inició publicando que era el hijo de un pobre campesino.

A estos rasgos que le caracterizan ya suficientemente, si se añade que Vicente no daba a la Compañía otro epíteto que el de *pequeña*, y de muy *pequeña* Compañía, que no le había destinado en primer lugar en la Casa de Dios más que los oficios más oscuros; que se alegraba por sus humillaciones, más que otro en su lugar se hubiera alegrado por su gloria y por su elevación; que, como lo ha señalado Perrault en sus *Hombres ilustres*, prefería un mérito común a un mérito brillante: que lizo cuanto pudo por decidir al sr Alméras ir a otra parte, precisamente porque era de otra Casa y miembro de una corte Soberana; que su regla era pronunciarse a favor del más débil; recortar de sus actos públicos todo lo que pudiera significarle reputación; escoger siempre entre dos pensamientos, el que fuera más común y el menos propio para darle relieve; será difícil no reconocer con el Cardenal de la Rochefoucault que, para hallar con seguridad la verdadera humildad en la tierra, había que buscarla en Vicente de Paúl.

Yo añado lo que se ha dicho más de una vez y lo que se ha dicho sin miedo a ser acusado de exageración, que nunca dejó pasar ocasión de humillarse, sin aprovecharla enseguida; o más bien que corría tras ella, cuando no se le presentaba de por sí. El sr de Montgaillard Obispo de S. Pons, habiendo ido a verle, le habló por casualidad del Castillo que daba el nombre a su Familia: *Le conozco bien*, le dijo el santo sacerdote, *yo he guardado los animales en mi juventud, y los llevaba por allí*. Un día que despedía a un eclesiástico en la puerta de S. Lázaro, una mujer pobre, que creyó aparentemente hacerle una gracia, se puso a decirle a gritos: Monseñor, dadme limosna. *Oh, mi pobre señora*, le respondió Vicente, *me conocéis mal, pues yo no soy más que el hijo de un pobre campesino*. Otra habiéndole dicho, con la misma intención, que había sido criada de su señora madre, el Santo le respondió ante todos los presentes: *Mi buena mujer, me tomáis por otro; mi madre nunca tuvo criada, habiendo ella misma servido, y siendo la mujer y yo el hijo de un campesino*.

Un hijo de Familia le escribió de Acqs que tenía el honor de ser su pariente y que por este título le pedía su protección. la respuesta de Vicente, de la que yo poseo una copia –carta del 19 de septiembre de 1659 auténtica-, es de una belleza perfecta; pero, con el fin de no salirnos de nuestro asunto, bastará con decir aquí que el Santo, después de protestar a este joven, que hará por él lo que haría por su propio hermano, no se deja nada para alejar el honor que quiere hacerle de incluirle en el número de sus parientes; y sobre todo no deja de decir que salió de un pobre labrador, y que su primer oficio guardar los ganados de su padre. Y ¿cómo no habría publicado en Francia la humildad de su origen, él que quería que se supiera hasta en Lisboa? y que tan consolado por los servicios que el Conde de Obidos había prestado a uno de los suyos, que afligido por el profundo respeto que aquel Señor le había testimoniado en una de sus cartas, le respondió en estos términos: *Quid, quaeso, laudandum in eo cui omnia desunt; quique patrem suum agnoscit pauperem agricolam*.

No era tan sólo por motivos del nacimiento porque Vicente se atacaba a sí mismo, se desfiguraba por el lado del espíritu, del corazón y de la virtud hasta resultar irreconocible. *“Me siento confuso, Señora, escribía a la Baronesa de Renty, que le había pedido sus consejos sobre el Hospital de Vire; me siento confuso porque os dirigís a mí, un pobre sacerdote como yo; puesto que no ignoráis ni la pobreza de mi espíritu, ni mis miserias... No obstante, puesto que lo mandáis, os diré, etc.”*.

“Hace más de treinta años, informaba a la Superiora de la Visitación de Varsovia, que tengo el honor de servir vuestras Casas de esta Ciudad. Pero, ay, mi querida Madre, yo no soy mejor para eso, yo que debería haber hecho un gran progreso en la virtud a la vista de

estas almas incomparablemente santas...Os suplico muy humildemente que me ayudéis a pedir perdón a Dios por el mal uso que he hecho de todas sus gracias”.

“Acabamos de perder, decía él a uno de los suyos, y se podrían citar más de cuarenta cartas, en las que emplea el mismo lenguaje; acabamos de perder en el sr Devaux un tesoro que no conocíamos lo suficiente; un hombre lleno del espíritu de Dios, in espejo de paciencia, de sabiduría, de mansedumbre y de celo. Por cierto, Señor, tengo motivos de temer que mis pecados sean la causa de esta pérdida. Que Dios por su gracia se compadezca de mí; se lo pido de todo corazón, os ruego que me ayudéis a conseguirlo.

“Os ofreceré a Dios, pues me lo ordenáis, decía un día a Marie-Henriette de Rochechouart, que se había encomendado a sus oraciones, pero yo necesito ayuda de las almas buenas más que nadie en el mundo, a causa de las grandes miserias que abruman la mía y que me hacen considerar la buena opinión que tienen de mí como un castigo de mi hipocresía, la cual me hace pasar por otro del que soy. Hace mucho tiempo, decía también, que he tomado la humildad por práctica y no sé todavía qué es la humildad. Todo lo que sé es que soy inútil para todo bien, y preparado para todo mal”.

Era principalmente cuando le dirigían alabanzas cuando se redoblaba su humildad. El dolor que le producían era tan vivo que apenas podía contenerlo. Un obispo lleno de méritos al verle humillarse en toda ocasión no pudo por menos que decirle que era un perfecto cristiano. *“Oh Monseñor, exclamó Vicente, ¿qué decís? yo un perfecto cristiano. Deben tenerme más bien por un condenado y por el mayor pecador del mundo”.*

Un sacerdote recibido recientemente en la Compañía, y que no conocía aún las costumbres, dijo delante de él en una Conferencia pública que sentía confusión por sacar tan poco provecho de los buenos ejemplos que le daba y de las maravillas que veía en él. Vicente, para no interrumpirle, dejó pasar estas palabras; pero cuando hubo terminado: *“Señor, le dijo, una de nuestras prácticas es no alabar nunca a nadie en su presencia. Es verdad que soy una maravilla, pero una maravilla de malicia y peor que el demonio que no ha hecho tantos méritos para estar en el infierno como yo: lo que no digo por exagerar, sino según los verdaderos sentimientos que tengo”.*

La manera generosa como habláis de mí, escribía a otro, *“me ha afligido mucho -20 de marzo de 1655-. Me veo muy lejos del estado en que me suponéis; sino por el contrario en el que lleva al fondo de los abismos, si Dios no tiene piedad de mí...que soy el más inútil, el más miserable y que tengo la mayor necesidad de las misericordias de Dios. Os ruego que se las pidáis para mí”.*

Habiéndole escrito uno de los suyos que el Superior, que él había enviado a una de sus misiones, no era tan culto para el lugar de su destino: Vicente, después de decirle muchas cosas buenas de aquel Superior, cuya virtud austera y sólida valía mucho más que la cortesía de muchos otros, no deja de colocarse a sí mismo en el tema: *“Y yo, dice, ¿cómo estoy hecho yo? Y ¿cómo me han podido aguantar en el empleo que tengo, que soy el más ridículo, el más rústico y el más tonto de todos los hombres entre las gentes de condición, con las que yo no sabría decir ni seis palabras seguidas, que no parezca que no tengo espíritu ni juicio; pero, lo que es peor, que yo no tengo ninguna virtud que se acerque a la persona de quien se trata”.* Si a una vida tan pura y de talentos tan experimentados como lo eran los del santo sacerdote, se han de añadir los sentimientos que tuvo de sí, para hallar gracia ante Dios, se puede todavía preguntar como lo hicieron los Apóstoles: *Señor, ¿quién podrá salvarse entonces?*

Su conducta exterior respondía perfectamente a sus palabras: en cuanto le era posible en conciencia, sacrificaba su juicio al juicio de los demás. Un día que en la Asamblea de las

Damas de la Caridad se deliberaba sobre algunos asuntos importantes referentes al alivio de los pobres, una persona de la compañía se dio cuenta de que por humildad él seguía más bien los sentimientos de las que opinaban después de él, que los suyos propios. Lo sintió mucho y le reprochó con suavidad que no se mantenía bastante firme para hacer valer sus consejos, aunque fuesen los mejores. *“Que Dios no quiera, Señora, le respondió, que mis pobres pensamientos prevalezcan sobre los de las demás: estoy muy contento que Dios sus asuntos sin mí, que no soy más que un miserable”*.

Un hombre que pensaba tan mal por cuenta propia, no podía por menos de creerse muy indigno del sacerdocio de Jesucristo, y de la calidad de Superior General. Quiso deshacerse de ésta, como ya lo hemos dicho antes; se lamentaba de haberse comprometido con aquél. Así es cómo se explica en una carta al sr Abate de S. Martin su antiguo amigo. ¿Existen hoy muchos sacerdotes que la puedan leer sin temblar?

“Yo os agradezco los cuidados que os tomáis de mi pequeño sobrino, de quien os diré, señor, que no he querido nunca que fuera eclesiástico, y todavía menos he pensado que se eduque para este fin; siendo este estado el más sublime que haya en la tierra y el mismo que Nuestro Señor quiso tomar y ejercer. En cuanto a mí, si hubiera sabido lo que era, cuando tuve la temeridad de entrar en él, como lo he sabido después, habría preferido trabajar la tierra a entrar en un estado tan temible. Y es que he testimoniado más de cien veces a la pobre gente del campo cuando, para animarlos a vivir contentos y como gente de bien, les he dicho que los tenía por felices en su condición. En efecto al hacerme mayor, me confirmé más en este sentimiento, porque descubro todos los días lo distanciado que estoy de la perfección en la que debía estar. Porque es cierto, señor, que los sacerdotes de este tiempo tienen un gran motivo para temer los juicios de Dios, ya que además de sus propios pecados les hará dar cuenta de los de los pueblos, pues no han intentado satisfacer por ellos a su justicia irritada, como están obligados; y lo que es más, les imputará la causa de los castigos que les envía, porque no se oponen como es necesario a las plagas que afligen a la Iglesia, como son la peste, la guerra, el hambre y las herejías que la atacan por todas partes. Digamos más, Señor, digamos que debido a la mala vida de los eclesiásticos han llegado todos los desórdenes que han desolado a esta santa Esposa del Salvador. ¡Qué dirían ahora de nosotros aquellos santos Padres que la vieron en su primera belleza si vieran la impiedad y las profanaciones que vemos nosotros? Ellos que creyeron que había muy pocos sacerdotes que se salvaban, aunque por aquel tiempo se hallasen en su mayor fervor.

“Todas estas cosas me hacen pensar, Señor, que es más conveniente a este pobre niño que se entregue a la profesión de su padre que emprender una tan alta y tan difícil como es la nuestra; en la que la pérdida parece inevitable para las personas que se atreven a entrar en ella sin ser llamadas: y como no veo que él lo sea, por ninguna señal clara, os suplico que le aconsejéis trabajar ara ganarse la vida y le exhortéis al temor de Dios para que se haga digno de su misericordia en este mundo y en el otro. Es el mejor consejo que yo pueda darle”. Para confirmar lo que acaba de decir, el Santo cita la obra de un párroco de Bretaña, en la que se demuestra que los sacerdotes que viven hoy como lo hacen la mayor parte de ellos son los mayores enemigos que tenga la Iglesia de Dios; añade que si todos vivieran como el sr de S. Martin, esta afirmación se tendría por verdadera”.

No haré ninguna reflexión sobre esta carta, todos descubren en ella la alta idea que tenía Vicente del sacerdocio y los bajos sentimientos que tenía de sí mismo, y el cuidado que tenía de no degradarse en el espíritu de sus mejores amigos. Lo que más llama la atención es que hablaba del Cuerpo entero de su Congregación casi como hablaba de sí mismo.

Todas las Comunidades le parecían santas y respetables; si le escuchamos, la suya no merecía ser fijarse en ella. Quería que hiciera el bien, pero quería que lo hiciera sin verlo, más aún sin hacerlo notar de los extraños.

Uno de sus sacerdotes que trabajaba en Artois mandó, por propia iniciativa, imprimir un Resumen del Instituto, de los progresos y de los trabajos de la Congregación. Si contó con la gratitud por parte del santo sacerdote, no le faltó con qué desengañarse. Vicente se quejó a él por sí mismo; *“Si siento consuelo por un lado, le dijo, al enterarme que no es verdad que hayáis estado enfermo en serio -7 de febrero de 1657-, me siento entristecido por el otro al ver que se ha impreso en vuestros cuarteles el Compendio de nuestro Instituto. Siento un dolor tan sensible que no os lo puedo expresar: porque es algo muy opuesto a la humildad publicar lo que somos y lo que hacemos... Si hay algo bueno en nosotros y en nuestro modo de vivir es de Dios, y a él le pertenece anunciarlo si lo cree conveniente. Pero en cuanto a nosotros, que somos pobre gente ignorante y pecadora, nosotros debemos ocultarnos como inútiles para todo bien y como indignos de que se piense en nosotros. Por eso, Señor, Dios me ha dado la gracia de mantenerme firme hasta hoy para no consentir que se mande imprimir nada que dé a conocer y estimar a la Compañía; aunque se me haya solicitado con interés sobre la cuestión de algunos relatos llegados de Madagascar, de Berbería y de las Islas Hébridas: y menos aún habría permitido la impresión de algo que concierna a la esencia y al espíritu, el nacimiento y progreso, las funciones y el fin de nuestro Instituto. Y quiera Dios, Señor, que esté pendiente todavía! Pero como ya no tiene remedio, no continúo. Sólo le ruego que no haga nunca nada que se refiera a la Compañía sin consultarme antes”*.

Si la caridad se lo hubiera permitido, Vicente habría dado antes a quien hubiera denigrado a su Congregación de lo que se quejó a un hombre que había creído honrarle. Por lo menos es cierto que un Magistrado engañado por falsos informes, habiendo dicho un día en la Cámara Principal del Palacio que los sacerdotes de S. Lázaro apenas daban misiones, y eso en un momento en el que las daban más que nunca, el Santo contento por justificarse por las obras, no quiso permitir ni aclaración ni apologías. Fue tal vez más lejos todavía, cuando una familia pudiente, para vengarse por el rechazo que había mandado hacer de un Obispado, inventó contra él una calumnia, que con toda la publicidad que se le supo dar, llegó hasta la Reina. Esta prudente Princesa le preguntó sonriendo si sabía que se le acusaba de semejante cosa. A riesgo de pasar por culpable, el Siervo de Dios se limitó a responder que era un gran pecador; y como Su Majestad le hubiese replicado que debía justificarse, contestó: *“ya se dijeron otras cosas contra Nuestro Señor, y nunca se justificó”*.

Era sólo en esos primeros instantes, en los que la naturaleza sufre siempre un poco, cuando se quedaba callado. Un momento después estallaba en acciones de gracias. Una de sus Casas, aunque muy inocente ante Dios, fue humillada ante los hombres; muy lejos de afligirse, el Santo demostró contento. Exhortó a su Comunidad a dar gracias a Dios, pero a dárselas de corazón, y como por un rasgo de su misericordia. *“Es, decía él, que tenemos suerte de ser tratados como lo fue el Hijo de Dios, también porque las humillaciones son la gracia más grande que el Señor pueda otorgarnos y que los aplausos de los hombres no deben hacer llorar, ya que está escrito: “Desdichados de vosotros, cuando los hombres os aplaudan: Vae cum benedixerint vobis homines”*.

Por mucho cuidado que haya puesto en inspirar a los suyos el amor a todas las virtudes, la humildad es sin discusión una de aquellas cuya importancia y necesidad más les insistió. Les decía, que *“es tan amplia, tan difícil, tan necesaria para la salvación, que no se podría tratar demasiado; que un verdadero misionero debe trabajar sin cesar en adquirirla y en*

perfeccionarse en ella; que el orgullo, la vanidad y la ambición son los mayores enemigas que pueda tener; y que se debe velar con todo cuidado para cerrarles toda entrada en su corazón; que si tiene el verdadero Espíritu de Jesucristo, debe alegrarse por pasar por un hombre sin espíritu, sin capacidad, sin virtud; que debe llegar asta sentirse contento por ser despreciado por el Cuerpo entero al que pertenece y ser tenido por inútil en todo lo que emprende; que la humildad de las partes, cuando es muy sincera, se lleva la del total, ya que el todo no es nada más que las partes; y cómo se podrá hacer, decía él, que Pedro, Juan y Santiago puedan verdadera y sinceramente amar y buscar el desprecio, si la Compañía que no está compuesta más que de ellos tres ama la estima y busca los honores”.

Confesaba que este lenguaje es duro para la naturaleza, porque no le gusta ni creer ni ver que crean que ha obrado mal, y menos todavía que se le reproche; pero sostenía al mismo tiempo, que un alma que posee la verdadera humildad, nunca está más contenta que cuando glorifica a Dios por sus aniquilaciones; que después de todo no hay nada más justo, nada tampoco en un sentido es más natural, más razonable que el desprecio que se tiene uno a sí mismo; que por poco que considere un hombre con sangre fría la corrupción de su naturaleza, la ligereza de su espíritu, las tinieblas de su entendimiento, el desorden de su voluntad, la impureza de sus afectos, y que pese estos productos de sus obras con el peso del Santuario, encontrará que el todo es digno y muy digno de desprecio; que en las acciones más santas de un Ministro del Evangelio hay de qué sonrojarse; que en la mayor parte se conduce mal en cuanto al modo y frecuentemente en cuanto al fin; que si tiene a bien no presumir y examinar como se debe la sustancia de las cosas y todas sus circunstancias, se encontrará no sólo el peor de los demás hombres, sino de alguna forma peor que os demonios, porque tiene a su disposición gracias y medios, de las que esos espíritus malaventurados harían mil y mil veces más uso si los tuvieran a la mano.

A estos motivos que empleó en diversas ocasiones, y que el mal gusto del siglo nos ha hecho restringir lo más posible, el hombre de Dios les hacía seguir de otros que sacaba del ejemplo de los grandes hombres de los primeros y últimos tiempos, acentuaba, que S. Pablo quiso enseñar a toda la tierra que había tenido la desgracia de blasfemar contra Dios y perseguir a su Iglesia; que S. Agustín publicó los pecados secretos de su juventud, la extravagancia de sus errores, y el exceso de sus libertinajes; que aquellos a los que Dios ha preservado de estas caídas vergonzosas, no han sido menos humildes por eso; que en la reunión que los eclesiásticos de la Conferencia tuvieron en S. Lázaro sobre las virtudes del sr Olier, que era de su Compañía, dijeron de él *que tendía de ordinario a envilecerse con sus palabras, y que entre todas las virtudes, se esforzaba en particular por practicar la humildad*; que S. Francisco de Sales hablaba del mundo como hombre que desprecia todas sus vanidades: *“que el sr Cardenal de Bérulle, aquel gran Siervo de Dios, tenía la costumbre de decir que es bueno mantenerse abajo; que los estados más viles son los más seguros, que hay un no sé qué de malignidad en las condiciones altas y destacadas; que por ello han huido siempre los Santos de las dignidades, y que Nuestro Señor dijo de sí mismo que había venido al mundo para servir y no para ser servido”.*

El ejemplo y las palabras de este divino Salvador eran sin duda los motivos más poderosos, de los que pudiera servirse Vicente para llevar a su Congregación a la humildad: por eso no los descuidaba. Hacía sentir a los suyos toda la fuerza de esta doble sentencia: *Aprended de mí que soy humilde de corazón. El que se humilla será exaltado, y el que se eleva será abatido.* Les decía, que la vida del Hijo de Dios no ha sido por su parte y por parte de los hombres más que una humillación continua; que la ha amado hasta el fin; que después de su

muerte quiso ser representado en su Iglesia bajo la figura de un criminal atado a la Cruz; y que desde ella nos enseña también hoy que el vicio contrario a la humildad es uno de los mayores males que se puedan ver; que agrava a los otros pecados, que hace malas acciones que por fe no lo eran y que puede echar a perder y corromper las mejores y las más santas. Encontraba una prueba contundente de esta última verdad en la parábola del fariseo y del publicano del Evangelio. Uno tenía una especie de justicia en razón de su estado, de sus ayunos, de sus oraciones y de sus limosnas; el otro había sido malo toda su vida, los dos se presentan en el Trono de Dios. El primero es rechazado con sus buenas obras, porque se complacía en ellas; el segundo sale del Templo justificado, porque ha reconocido su miseria, se ha golpeado el pecho, se ha colocado a la puerta de la Casa de Dios y no se ha atrevido a levantar los ojos al Cielo. “Sí, continuó el Santo, *aun cuando fuéramos unos malvados, si recurrimos a la humildad, ella nos hará ser justos. Si fuéramos por el contrario Ángeles, si a pesar de todo estuviéramos desprovistos de humildad, nuestras virtudes al carecer de fundamento no podrán subsistir... retengamos bien esta verdad, Señores, que cada uno de nosotros la grabe bien dentro de su corazón; y que se diga a sí mismo que, por muchas virtudes que crea tener, sin la humildad, no es más que un fariseo soberbio y un misionero abominable. ¡Oh Salvador Jesucristo! Derramad sobre nosotros esas divinas luces que os hicieron preferir los insultos a las alabanzas. Abrasad nuestros corazones con esos afectos santos, que brillaban y consumían el vuestro, y que os hicieron buscar la gloria de vuestro Padre celestial en vuestra propia confusión. Haced por vuestra gracia que comencemos desde ahora a rechazar todo lo que no va vuestro honor y a nuestro propio desprecio; todo lo que suene a vanidad, ostentación y la propia estima; que renunciemos de una vez por todas al aplauso de los hombres equivocados y engañadores y al vano sueño del buen éxito de nuestras acciones; finalmente, mi Salvador, que aprendamos a ser verdaderamente humildes de corazón, por vuestra gracia y vuestro ejemplo”.*

La estima que todos los estados hacen de la humildad y la paz profunda de que gozan los que la poseen, eran otras dos razones más de las que se servía el santo sacerdote para multiplicar las raíces de esta virtud en el corazón de sus Hijos. Les decía una vez, que había hecho varias visitas a Casas de Religiosas; que había preguntado a un gran número de ellas qué virtud les parecía más estimable; que él había hecho también esta pregunta a las que menos amaban las humillaciones; y que apenas había encontrado una entre veinte que no se declarara a favor de la humildad; que hasta el mundo, con todo mundo que es, tiene una especie de inclinación hacia los que la practican; y que si los ordenandos y los laicos que hacen retiros en S. Lázaro, salen con algún sentimiento de edificación, es tan sólo, como uno de ellos lo había dejado por escrito, porque creen y perciben cierto modo de obrar sencillo, unido y mezclado con algún tinte de humildad.

Por lo que es de la paz, este don precioso sin el cual todos los demás no son más que sueño, Vicente la consideraba como uno de los primeros frutos de la humildad. Dijo un día que desde hacía sesenta y siete años que Dios le aguantaba en la tierra, había pensado y repensado varias veces en los medios de adquirir y de conservar la unión con Dios y con el prójimo; pero que nunca había encontrado mejor, ni más eficaz, que el de la santa humildad; y que, cuando un hombre se rebaja siempre hasta debajo de los demás, que no juzga mal de nadie, que se cree el menor y peor de todos, es difícil que esté mal con nadie. “Ya sé, dijo otra vez a su Comunidad, *que por la gracia de Dios hay entre nosotros quienes no sólo no tienen ninguna opinión ni de sus talentos, ni de su ciencia, ni de su virtud; pero que se tienen por muy miserables, que quieren ser reconocidos como tales y que se colocan*

por debajo de todas las criaturas: y tengo que confesar que no veo nunca a estas personas, sin que me metan en confusión ya que son para mí un reproche secreto de el orgullo que hay en mí, abominable como soy; mas en cuanto a estas almas, están siempre contentas; su alegría les salta a la cara, y el Espíritu Santo que reside en ellas las colma de paz, de suerte que no hay nada que sea capaz de perturbarlas. Si las calumnian, ellas lo aguantan; si las contradicen, asienten; si se olvidan de ellas, piensan que es con razón; si les cargan de trabajo, trabajan de buena gana; y por difícil que sea algo, una vez que se manda, se entregan a ello de todo corazón, confiadas en la virtud de la santa obediencia. Las tentaciones que les ocurren sólo sirven para afirmarlas más en la humildad, hacerles recurrir a Dios y hacerlas victoriosas del demonio del orgullo que no nos concede tregua en esta vida y que ataca incluso a los mayores santos, mientras están en la tierra... Amenos pues la humildad, pidiendo a Dios que nos libre del orgullo, ese vicio pernicioso que se ha de temer tanto más cuanto más inclinados estamos a él por naturaleza. Mantengámonos en guardia y hagamos lo contrario a lo que la naturaleza corrompida quiere llevarnos. Si ella nos ensalza humillémonos. Si nos impulsa al deseo de la estima de nosotros mismos, pensemos en nuestra flaqueza; si nos lleva a querer figurar, ocultemos lo que hacemos notar, y prefiramos los trabajos humildes y viles a los que dan brillo... Roguemos a Nuestro Señor que tenga a bien llevarnos en pos de él por el mérito de las humillaciones adorables de su vida y de su muerte. Ofrezcámosle cada uno por su parte y en solidaridad de unos por otros todas las que podamos practicar; y vayamos a este ejercicio por el único motivo de honrarle y de confundirnos”.

Estos diferentes motivos tan propios para aniquilar el germen del orgullo y dar vida al de la humildad cristiana, Vicente los reunió casi todos en una Conferencia o tal vez no se esperaba que la materia de la humildad iba a ser tan prolongada. Un joven misionero quien probablemente se había hallado en la lección que el Santo había dado en una ocasión parecida, tuvo la ocurrencia de dar a la Congregación la calidad de *santa Compañía*. Una injuria bien acuñada habría pasado sin contradicción, un epíteto adulador no pasó. El Siervo de Dios paró en seco al que hablaba; y después de decirle que el título de *pobre*, de *pequeña* Compañía era el único que con justicia se pudiera dar a la Misión; “*Oh exclamó de la abundancia del corazón, oh si Dios le diera la gracia a esta mínima Congregación de asentarse bien en la humildad, de confiar y de construir sobre esta virtud, de seguir allí como en su puesto, y no moverse de él nunca. Señores, no nos engañemos, si no tenemos la humildad, no tenemos nada. No hablo tan sólo de la humildad exterior, hablo principalmente de la humildad de corazón y de la que nos lleva a creer verdaderamente que no hay nadie en la tierra que sea más miserable que vosotros y que yo; que la Compañía de la Misión es la última de todas las Compañías: que es la más pobre por el número y la condición de los individuos, y contenta por que todo el mundo hable de ella así. Ay, querer ser estimado, ¿qué es esto sino querer ser tratado de otra manera que el Hijo de Dios? Es un orgullo insoportable. El Hijo de Dios hallándose en la tierra, qué decían de él, y por quién tuvo a bien pasar en el espíritu del pueblo? Por un sedicioso, por un insensato, por un pecador. Hasta el momento que quiso sufrir que un Barrabás, un salteador, un asesino, un malvado fuera preferido a él. Oh Salvador, mi Salvador, cómo confundirá vuestra santa humildad a pecadores como yo miserable, el día de vuestro Juicio. Vigilemos esto, y tened cuidado los que vais a Misión, quienes habláis en público. A veces, y con bastante frecuencia se ve a un pueblo tan impresionado por lo que a oído, que todos rompen a sollozos. Incluso se ve a quienes llegan hasta proferir estas palabras: Bienaventurado el seno que os llevó y los pechos que os amamantaron. Hemos oído a veces*

palabras parecidas. La naturaleza que las oye se complace, surge la vanidad, se agranda si no se reprimen estas vanas complacencias, si no se busca puramente la gloria de Dios, por la que únicamente debemos trabajar. Sí únicamente por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Servirnos de otra manera es predicarse a sí mismo, y no a Jesucristo. Una persona que predica para hacerse aplaudir, alabar, estimar, hacer hablar de sí, ¿Qué otra cosa hace sino un sacrilegio? Y qué, no es acaso un sacrilegio servirse de la palabra de Dios y de las cosas divinas para adquirir honor y reputación. Oh Dios mío, Dios mío, concede la gracia a esta pobre pequeña Compañía que ninguno de sus miembros caiga en esta desgracia. Créanme, Señores, no seremos nunca idóneos para realizar la obra de Dios, mientras no tengamos una profunda humildad y un entero desprecio de nosotros mismos. No, si la Congregación de la Misión no es humilde, si no está persuadida de que no puede hacer nada que valga, que es más apta para estropearlo todo que para llevarlo a buen fin, no hará nunca gran cosa. Pero cuando lo esté y viva en el espíritu que acabo de decir, entonces, Señores, estará preparada para los planes de Dios, porque de hombres así se sirve Dios para realizar las grandes y verdaderas obras”.

Aquí el Santo, para inculcar una de esas grandes verdades, que en todos los siglos han proporcionado a los Elegidos motivos para operar su salvación con miedo y temblor, trajo a colación el Evangelio del día, en el que se había hablado de diez Vírgenes, de las que cinco eran prudentes y las otras cinco locas. Subrayó que algunos Doctores explican esta parábola de las personas que han dejado el mundo para vivir en comunidad; que si, según este sentimiento (que tal vez no sea el más riguroso) son la mitad de esta gente, como la mitad de estas Vírgenes, los que perecen, no hay nadie que no se deba espantar acerca de su suerte eterna; que se tenga la seguridad a menudo sobre una serie de actos que no concluyen nada; que *no es todo asistir al prójimo, ayunar, hacer oración, trabajar en las misiones*; que en verdad todo eso es bueno, pero que además se necesita que esté bien hecho; *es decir, en el Espíritu de Nuestro Señor, de la manera como lo hizo Nuestro Señor, humilde y únicamente para que el nombre de su Padre sea glorificado, y se cumpla su voluntad.*

A estas máximas severas añadió Vicente otra más, que ha causado siempre mucha impresión en sus verdaderos Hijos. “*Las plantas, dijo, no dan frutos más excelentes que naturaleza de sus tallos. Nosotros somos como los tallos de los que vendrán después de nosotros, y con toda probabilidad no desarrollarán sus obras ni su perfección más altos que nosotros. Si hemos obrado bien, ellos lo harán también: el ejemplo seguirá de unos a otros; los que se quedan se lo enseñan a los que los siguen, el modo cómo los primeros se entregaron a la virtud, y éstos a su vez a los que vengan después, y esto por la gracia que merecieron los primeros. ¿Por qué vemos en el mundo ciertas familias que vive tan bien en el temor de Dios? Entre otras, tengo en la memoria ahora a una cuyo abuelo y padre he conocido, que eran todos muy gente de bien. ¿De dónde les viene eso? Es que sus padres les merecieron de Dios esta gracia por su buena y santa vida, según lo que ha prometido Dios mismo que bendecirá a estas familias hasta la milésima generación. Pero por un lado se ven maridos y mujeres que son gente de bien, y que viven bien, y no obstante todo se hunde y se pierde en sus manos, nada les sale bien, ¿de dónde les viene eso? Es que el castigo de Dios que merecieron sus padres, por las grandes faltas que cometieron, pasa a sus descendientes, según lo escrito, que Dios castigará a un pecador en sus hijos hasta la cuarta generación: y aunque se entienda principalmente de los bienes temporales, lo podemos con todo entenderlo en algún sentido también de los bienes espirituales; de suerte que si guardamos exactamente nuestras Reglas, si practicamos bien todas las virtudes*

convenientes a un verdadero misionero, mereceremos de alguna forma de Dios esta gracia para nuestros Hijos; es decir a los que vengan después de nosotros, que harán el bien como nosotros; y si hacemos el mal, se ha de temer que ellos hagan lo mismo, y hasta peor; porque la naturaleza arrastra siempre tras sí, y lleva siempre al desorden. Nos podemos considerar como los Padres de los que vengan tras nosotros: la Compañía acaba de nacer, hace tan sólo unos años que comenzó, está todavía en la cuna. Los que vengan después de nosotros dentro de doscientos o trescientos años nos tendrán como a sus Padres, y los mismos que no hacen más que entrar entre nosotros serán considerados los primeros; porque se mira como los primeros Padres a los que viven los primeros cien años. Así se dirá: en tiempo de los primeros sacerdotes de la Congregación de la Misión se hacía tal cosa, vivían de tal manera, tales y tales virtudes estaban en vigor entre ellos. A la vista de esto, Señores, qué ejemplo no debemos dejar a nuestros sucesores, ya que el bien que hagan un día depende de algún modo del que nosotros practiquemos hoy. Si es cierto como dicen algunos Padres de la Iglesia que Dios haga ver a los padres y madres, que están en el infierno, el mal que sus hijos hacen en la tierra, para que esta visión redoble sus tormentos, y que cuanto más multiplican estos hijos sus pecados, más sus padres y madres, que son la causa por el mal ejemplo que les han dejado, sufren la venganza de Dios: también es verdad por un lado, según S. Agustín, que Dios hace ver a los padres y madres que están en el cielo el bien que hacen sus hijos en la tierra para que su gozo sea mayor. De la misma manera, Señores, qué consuelo y qué gozo no tendremos, cuando agrade a Dios hacernos ver la Compañía que hará el bien, que madurará en buenas obras, que observará fielmente el orden del tiempo y de los oficios, que vivirá en la práctica de las virtudes y de los buenos ejemplos que les hayamos dado. Oh qué miserable soy que digo y no hago. Pedid a Dios por mí, Hermanos míos, a fin de que se digne convertirme. Pues entonces démonos todos a Dios, y démonos de todo corazón, trabajemos, vayamos a asistir a la pobre gente del campo, que esperan después de nosotros. Por la gracia de Dios hay siempre sacerdotes nuestros que están en el trabajo, unos más otros menos; en esta misión o en esta otra. Me acuerdo que antaño, cuando yo volvía de Misión, me parecía al acercarme a París que las puertas de la ciudad debían caer sobre mí y aplastarme, y raramente volvía de la Misión que no me viniera este pensamiento a la mente. La razón de ello es que me parecía oír una vez que me decía interiormente: Tú te vas, y ahí se quedan otros pueblos que esperan de ti el mismo socorro que acabas de prestar a éste y a aquél. Si no hubieras ido allí es probable que tales y tales personas al morir en el estado en que tú las has encontrado se habrían perdido para siempre: Si tú has encontrado tales y tales pecados en esta parroquia, no tiene motivos para temer que haya parecidas abominaciones en la parroquia vecina, en la que esta pobre gente espera la misión. A pesar de ello tú te vas. Los dejas ahí; sin embargo si llegan a morir, y se mueren en su pecado, no serás tú causa de su perdición, y no debes temer que Dios te castigue por ello, etc.” Así hablaba Vicente de Paúl; sus lecciones naturales y sencillas valen por las de los Oradores del tiempo.

Por lo demás, este hombre que se colocaba hasta el fondo del abismo; que en el Colegio de los Bons-Enfants llegó hasta declarar delante de todos sus Sacerdotes las faltas más graves que hubiera cometido nunca; que no quiso nunca permitir que los suyos le hiciesen ningún honor particular; que no tenía dificultad en arrodillarse delante de un Hermano y pedirle perdón cuando creía haberle producido dolor; que se rebajaba, cuesta decirlo, , mas por qué no se iría a decir según un gran Obispo, que se rebajaba hasta limpiar de barro los zapatos de un ordenando, a quien un Hermano Coadjutor se había negado a hacerle este servicio

porque no se le debía; en una palabra, este hombre tan vil y tan abominable a sus ojos, fue firme como una roca cuando se trató de los intereses de Dios, de la Iglesia y del prójimo. Mostraba entonces lo que ha dicho alguna vez según S. Tomás, y lo que probaba a los suyos por ejemplo de S. Luis que el desprecio de sí mismo no es incomparable con la magnanimidad y la verdadera grandeza del alma. No había ni relación, ni agradecimiento, ni temor, ni peligros, ni vida, ni muerte que pudieran ablandarle o intimidarle. Su Historia nos ha dejado cien rasgos cada uno más fuerte que los otros. Le hemos visto negarse, con riesgo de perder la Casa de S. Lázaro, a que sus sacerdotes durmiesen en el Dormitorio de los Religiosos; oponerse al restablecimiento de una Abadesa escandalosa; cerrar la entrada de las Casas de la Visitación a Princesas acostumbradas a lograrlo todo; aleja de las Dignidades del Santuario a esos hombres poderosos, que no saben edificar la Iglesia, pero que saben bien vengarse; declarar a un padre y antiguo amigo que su hijo era indigno del Episcopado; y finalmente proponer a un Primer Ministro que se sacrificara al bien público, y a una gran Reina que echara una mano. Para juzgar si en caso parecido un hombre sin nacimiento necesita valor, basta con pensar si el número de los que le imitan es muy grande, y si puestos en su lugar le imitaríamos nosotros.

XIII. *Su obediencia.*

La obediencia no es siempre la primera virtud de aquellos que están en posesión del mando. Acostumbrados a ver plegarse todo bajo ellos, contraen sin darse cuenta no sé qué aire de suficiencia y de dominio que les sigue a todas partes. No se piensa y no se habla bien más que cuando se piensa y se habla como ellos. Ignoran la condescendencia y castigan, como deben un defecto de sumisión; a veces es menos la virtud de lo que se vengán que de su amor propio ofendido. S. Vicente estuvo muy lejos de este peligroso carácter. Su caridad, su mansedumbre y su humildad, serían suficientes para convencernos. Pero su Historia nos ofrece algo más preciso; y si aprendió del Hijo de Dios a ser manso y humilde de corazón, no aprendió menos de él a ser obediente, y a serlo en todas las ocasiones, en las que la Religión ha pedido y ha permitido que lo fuera.

Su primera preocupación cuando llegó de Roma a París fue tomar un Director espiritual y ponerse en sus manos como un niño sin voluntad. Así este Director, que fue el sr de Bérulle, dispuso de él a su gusto o más bien a gusto de la sabiduría de que estaba lleno. Por sumisión a este gran hombre aceptó Vicente el curato de Cliché, entró en calidad de Limosnero y de Preceptor en la Casa del General de las Galeras, aceptó la dirección de la Condesa de Joigni. Si dejó este empleo fue solamente por consentimiento de su Director: si lo volvió a tomar solamente con su aprobación y algo más.

No estuvo menos preparado a obedecer, cuando Dios le hubo puesto en situación de mando. Para convencernos bastará con compararle con sus Superiores, sus iguales y los que le tenían como a su Padre. Le veremos sometido a todos; o si se quiere, muy obediente a unos y muy condescendiente con otros. Y en primer lugar, todos saben que tuvo hacia el Vicario de Jesucristo el respeto y la deferencia que le deben los Hijos de la Iglesia. Solamente por razón de la obediencia aceptó el cargo de Superior general de su Congregación, que Urbano VIII le impuso por la misma Bula en la que aprobaba este nuevo Instituto. Por esta misma razón, cuando le pidieron en el nombre de la S. Sede Obreros para los Países infieles, o lo prometió a la primera señal, o los negó únicamente porque no los tenía. Finalmente por el mismo motivo incluyó en las Constituciones el Artículo siguiente: *Obedeceremos con exactitud a todos nuestros Superiores y mirando a cada uno de ellos en Nuestro Señor y a*

Nuestro Señor en ellos. Obedeceremos principalmente a nuestro santo Padre el Papa, con todo el respeto, fidelidad y sinceridad posible.

Seguía, si podía hacerlo, la disciplina de la Iglesia Romana. Habiéndole escrito uno de sus sacerdotes de un Reino muy lejano que allí se ayunaba todos los viernes del año, pero que durante la Cuaresma se ayunaba tan sólo tres veces a la semana. “En cuanto a lo del viernes, respondió el Santo, no deis escándalo: en cuanto a la Cuaresma, haréis bien en seguir la costumbre de Roma, y del resto de la Cristiandad; es decir, de no hacer, con excepción de los Domingos. Sino una comida al día hacia el mediodía, *y por la tarde una colación de unas cuatro onzas de pan todo lo más y alguna fruta.* ¡ *Qué vergüenza para nosotros, añadió, ver a Hijas Religiosas que, durante ocho meses del año que ayunan no toman por la noche más que un trozo de pan con agua!*

Su obediencia, no digo ya a las órdenes, digo a las insinuaciones de los Obispos estaba en proporción de la estima y la veneración que sentía por ellos; y aunque, para conservar la uniformidad en un Cuerpo extendido por varias diócesis, los soberanos Pontífices hayan creído acertado que el Superior General se mezclara sólo en el gobierno interior de su Compañía, el Santo lo hizo de tal manera que en Italia y en Polonia, como en Francia, los suyos están, y tienen a gloria en estar en una dependencia absoluta de los Ordinarios en lo que tiene que ver con sus funciones exteriores. Por obediencia al Bienaventurado Obispo de Ginebra aceptó la dirección de las Hijas de Santa María, y por obediencia bien a los Arzobispos bien a los Vicarios generales de París a pesar de sus inconvenientes, sus enfermedades y su avanzada edad, siguió soportando su peso hasta el final de sus días.

Su deferencia con los Párrocos en las Parroquias de los cuales trabajaba, llegó tan lejos que, si bien él y los suyos disfrutaran por parte de los Obispos de un pleno poder de hacer todo lo mejor posible, él no habría movido un dedo sin la conformidad de los Pastores inmediatos. Recibía su bendición a la entrada y salida de las Misiones. Actuaba y manaba actuar en concierto con ellos; y habría tenido como defectuoso todo lo bueno que se hubiera realizado sin su participación.

En cuanto a los Reyes y Príncipes, que la Providencia ha colocado sobre nosotros, quería que a ejemplo de los primeros cristianos, que reverenciaban el poder de los Emperadores, la Congregación tuvo como ley inviolable obedecerles; que no reconociera ni quejas ni murmuraciones, aunque se tratara de los bienes y la vida para servirles; y que finalmente quisiera todo lo que ellos quieren, cuando Dios no quiere lo contrario.

Dio bien a entender que su sumisión a ellos era sin límites, cuando aceptó una plaza en el Consejo de Conciencia; él que sin duda hubiera preferido su cautividad y sus cadenas de Túnez a este glorioso empleo. Su obediencia a los Edictos del Príncipe era tan escrupulosa que, habiendo criado un Hermano unos perdigones, cuyos huevos había cogido en los Reductos del Rey, le obligó a ponerlos en libertad, teniéndolos como un bien que no le pertenecía. Habiendo mandado comenzar por orden de la Reina Madre una Casa en Fontainebleau, sus sacerdotes cuyo estilo natural y sencillo agradó a los habitantes, le declararon que un Religioso a quien habían encontrado allí inesperadamente se quejaba de la deserción de su auditorio; que en ello, que en ello no existía falta por su parte, ya que cesaban todos sus ejercicios en la época de sus predicaciones; pero que sabiendo que por un lado tenía por máxima ceder el lugar a los extraños y por otro obedecer a los Soberanos, tenían necesidad de su consejo. El Santo envió un expreso a la Reina, quien por devoción había ido a Nuestra Señora de Chartres. Le expuso el inconveniente de que acabamos de hablar, y le suplicó muy humildemente que consintiera en que él llamara a sus misioneros al menos por algún tiempo. Ella consintió y él envió a sus sacerdotes a otra parte. Yo quería

dar a entender que él supo obedecer a los Príncipes: he logrado hacer ver, sin pensar en ello, que tuvo para el prójimo una condescendencia que nadie tenía derecho a exigir de él. Hacía uso de ella todas las veces que la verdad y la caridad se lo permitían. En cuestiones espinosas en las que existen razones a favor y en contra, exponía su parecer con humildad y se callaba después de alegar modestamente sus razones, más contento por acceder al parecer de los demás que por ver a los demás rendirse al suyo. A pesar de su larga experiencia, sus luces y su discernimiento, llegó a, dice un virtuoso eclesiástico que le conocía a fondo, a someter, en las cosas indiferentes sus pensamientos a los pensamientos de gente que le eran inferiores en todos los aspectos y algunos de los cuales tenía incluso el carácter un poco débil. En una palabra, la voluntad de los otros determinaba la suya cuando podía someterse sin traicionar los intereses de Dios. De ahí esta palabra que le era familiar: *Tanta condescendencia como quieran, mientras que Dios no resulte ofendido*. De ahí también la firmeza con la que se le vio rechazar durante años enteros lo que su conciencia no le permitía conceder. Por lo demás, se prefería tener un rechazo por su parte, que obtener una gracia por la de muchos otros: tanta humildad tenía, miramientos, gracia incluso en el modo como decía que no.

La obediencia del santo hombre estaba, como todas sus otras virtudes, fundada en las más puras máximas de la fe y de la razón. Sus Hijas del primer Monasterio de la Visitación de París que, por hablar con la Escritura, no dejaron caer ninguna de sus palabras en saco roto, nos han comunicado *que tenía un afecto muy particular para establecer bien en su Comunidad la obediencia y la regularidad hasta en las menores observancias*. Les decía, *“que son dos virtudes que, practicadas con perseverancia, hacen la Religión; que para animarse a ellas es útil comunicarse en particular unas con otras y hablar de su excelencia y hermosura; que es preciso aficionarse a ellas, teniendo presente el gozo que tiene Dios en las almas Religiosas, que les son fieles, y porque en materia de obediencia todo retraso es desagradable a su divino Esposo; que un alma verdaderamente religiosa habiendo hecho voto de esta virtud en presencia de la Iglesia debe ser exacta en cumplir lo que ha prometido; que si se relajan en una cosa pequeña, se relajarán pronto en una más grande; que todo el bien de la criatura consiste en cumplir la voluntad de Dios y que esta voluntad se cumple particularmente por la práctica fiel de la obediencia y la exacta observancia de las Reglas del Instituto; que por este medio es como Dios ejecuta los designios que tiene sobre nosotros; que su pura gloria se encuentra en ello con el anonadamiento del amor propio y de todos sus intereses; y que finamente esta práctica pone al alma en la verdadera y perfecta libertad de los Hijos de Dios”*.

Recomendaba mucho renunciar a su propio juicio y mortificarle sometiéndole al de los Superiores. *“Él decía que la obediencia no consiste solamente en hacer en ese instante lo que se nos manda, sino en mantenerse en una entera disposición de hacer todo lo que se nos pueda mandar en adelante. Quería que se tuvieran como culpables de apostasía a quienes murmuren contra sus Superiores, que se separen de ellos de corazón y les contradigan; ya que entre ellos y los que al dejar los hábitos y la Religión caen en la apostasía exterior no hay mucha diferencia. Para evitar este mal, que es el más grande que pueda ocurrir en las Comunidades, no hay, decía él, mejor medio que el de dejarse conducir y mantenerse en una santa indiferencia”*.

Esto es lo que pensaba de la obediencia un hombre, que fiel a los consejos, por no faltar a los preceptos iba, según los términos de la Escritura, hasta someterse a *toda criatura humana*. Pero una obediencia tal que no le parecería de gran precio. Para ser perfecta, quería que fuera voluntaria, sencilla, pronta, humilde, valiente, alegre y perseverante.

Voluntaria porque es el corazón de quien obedece el que debe ceder a la voluntad de los que mandan. Sencilla, porque el amor de Dios debe ser su único motivo, y que no se necesita ni discusión, ni examen de las razones que tienen los Superiores de mandar una cosa antes que otra. Pronta, porque la verdadera obediencia no admite ni excusas ni retrasos. Humilde, porque no obedecer más que para atraerse la alabanza o la estima de los hombres es perder el mérito de la obediencia. Valiente, porque no se debe parar ante las dificultades, sino superarlas con generosidad. Alegre, porque no se obedece nunca tan bien como al hacerlo sin repugnancia y hasta con agrado. Perseverante, porque se ha de obedecer como Jesucristo, y él obedeció hasta la muerte.

Como una obediencia revestida de tantas condiciones parece un yugo bien difícil de llevar y el sacrificio de la voluntad cuesta a aquellos mismos que han sacrificado lo demás, Vicente, para animar a la práctica de esta virtud, prescribía cinco medios muy propios para suavizarla.

El primero es no ver en la persona de los Superiores más que a la persona del Hijo de Dios, quien los ha puesto en su lugar y los ha hecho depositarios de una porción de su autoridad.

El segundo es reflexionar un poco sobre el trabajo que les cuesta y sobre la cuenta que tendrán que dar. Durante su vida el día y la noche son para ellos tiempos de solicitud y de angustia. Pagan con sus vigiliias y sus inquietudes la paz y las comodidades de que gozan los que se hallan bajo su dirección. Después de la muerte su alma estará por la de sus inferiores. ¿Es justo hacer más duro un peso que de por sí ya es tan abrumador?

El tercero es la recompensa prometida desde esta vida a las almas verdaderamente dóciles: pues, además de sus méritos, a Dios le agrada hacer la voluntad de los que por su amor hacen la voluntad de los Superiores.

El cuarto es el castigo que deben temer los que no quieren obedecer. Coré, Dathan y Abiron son una prueba bien terrible de la venganza que Dios ejerce sobre los rebeldes. Es a él a quien se resiste, cuando se resiste a los que le representan: *El que os escucha, a mí me escucha, y el que os desprecia a mí me desprecia.*

El quinto es el ejemplo que Jesucristo vino a dar a los hombres. Prefirió morir que dejar de obedecer. ¡Qué dureza ver a un Dios obedecer hasta la muerte por la salvación de una pequeña y miserable criatura y negarse al mismo tiempo a someternos por amor a él!

Tales eran en sustancia las instrucciones que daba nuestro Santo sobre la obediencia y la sumisión. Aunque su natural dulce y compasivo le hizo disimular muchas cosas no disimulaba de buenas a primeras el defecto de exactitud en una materia que le parecía capital. El bien mismo cuando no estaba en el orden de una justa dependencia, pasaba en él por un mal. Aquí va un ejemplo por el que acabaremos este párrafo.

Uno de los más antiguos y virtuosos sacerdotes de la Congregación habiendo trabajado con el Santo mucho antes por la noche, éste le dijo al marcharse que descansara al día siguiente. Este misionero que era exacto en levantarse por la mañana y hacer su oración con la Comunidad, se encontró en ella como de ordinario. El caso era muy meritorio, y no podía tener ninguna consecuencia. Pero el Siervo de Dios vio defectos en él; y aunque aquel de quien se trataba fuera el primero después de él, y le representara en su ausencia, le hizo una buena corrección, le tuvo mucho tiempo de rodillas, le recordó, y más aún a una numerosa juventud que se hallaba presente, que la obediencia vale más que los sacrificios, y que una falta menos grave que la suya había pensado costar la vida a Jonathan y sembrar la confusión en el ejército de los Hijos de Israel.

La sencillez que mucha gente considera como un defecto o todo lo más como algo propio de los caracteres débiles, es no obstante y no puede ser más que la virtud de las almas más grandes. A éstas solamente pertenece pisar con los pies el respeto humano, decir las cosas como las piensan, despreciar los artificios del siglo, sus rodeos, sus artimañas, sus dobles sentidos; hablar a los Reyes y a los Príncipes como lo hicieron un Moisés, un Daniel y un S. Pedro. Es pues hacer de Vicente de Paúl un elogio sólido al decir de él según el gran Bossuet, que fue un hombre de una sencillez admirable; es ir más allá en este mismo elogio si añadimos con su primer Historiador que, aunque este santo sacerdote haya vivido en un siglo muy corrompido y se haya visto relacionado de los mayores del mundo y de la Corte, ha caminado con paso unido por la ruta del candor y de la rectitud.

En efecto, nunca hubo en él de esos equívocos, de esos disimulos, de esos caminos oblicuos, por medio de los cuales los mismos que los condenan a la especulación, saben salir del paso, cuando se encuentran en líos. Si se le proponía algo que pareciera menos justo, decía buenamente que no se podía encargar de ello. Si, como sucedía a veces, ya se había encargado y necesidades más urgentes se lo hacían perder de vista, sencillo y humilde a la vez, decía que su miseria era tan grande que no había pensado en ello. Si le agradecían por una gracia a la que él no había contribuido se daba por enterado con toda naturalidad. En una palabra si no decía toda la verdad, porque toda la verdad no es bueno decir, al menos no decía, no insinuaba nada por poco contrario que fuera.

Pero como al recordar a los suyos la sencillez hace, sin quererlo, el retrato de la suya, pienso que viene a cuento hacer aquí el análisis de algunas palabras pronunciadas sobre esta materia. Por la idea que un hombre tan espiritual se formó de la sencillez, se podrá juzgar de la extensión de esta virtud, y por los motivos, incluso los medios que empleó para establecerla, se tendrá idea de su importancia.

Decía pues que la sencillez es un don que nos hace ir derechos a Dios, y derechos a la verdad, sin aparato, sin rodeos, sin disfraces, sin respeto humano, sin miras al propio interés. Un hombre sencillo, decía también, no ve más que a Dios y no quiere a gradar sino a él. Como no habla nunca contra sus sentimientos interiores, no obra nunca más que dentro de las reglas de la franqueza y de la rectitud cristiana. Si no descubre todos sus pensamientos, porque la sencillez es una virtud discreta, que no puede ser contraria a la prudencia, se cuida de evitar en sus palabras todo cuanto podría hacer creer al prójimo que tiene en la mente o en el corazón lo que no tiene en efecto. Sus obras no son menos sencillas que sus palabras. En él no hay en los negocios, en los oficios, en los ejercicios de piedad, ni artificio, ni vanas pretensiones, ni hipocresía. No será de los que hacen un regalito con la intención de tener otro de mayor precio; que exteriormente hacen buenas obras para ser tenidos por virtuosos; que tienen cantidad de libros superfluos para parecer sabios; o que se cuidan de predicar bien para tener aplausos y parabienes. En una palabra, será sencillo en todo, sencillo de corazón, de espíritu, de intención, en la manera de actuar y en la manera de hablar.

Esta sencillez en la palabra y sobre todo en la instrucción que se hace al pueblo era un punto al que santo sacerdote volvía con frecuencia. No se pueden leer ni sus cartas ni sus Conferencias sin ver que su temor y su muy grande temor era que sus Hijos tuviesen la desdicha de alejarse y querer como tantos predicadores hacerse un nombre con discursos de aparato. *“Se quiere brillar, les decía en una ocasión, se quiere hacer que hablen de uno; gusta ser alabado y oír decir qué bien lo ha hecho, y qué maravillas ha hecho. Ese es el monstruo, la serpiente infernal que, so capa de bonitos pretextos, infecta el corazón de los*

que le dan entrada. ¡Oh maldito orgullo, cómo destruyes y corrompes lo bueno! Tú haces que se predique a uno mismo y no a Jesucristo, y que en lugar de edificar se destruya y se arruine... Sin duda que sería impiedad creer que Dios quiera bendecir los trabajos de una persona que busca la gloria de los hombres y se alimenta de vanidad, como hacen todos los que en sus predicaciones no hablan ni con sencillez ni con humildad. Creerlo es creer que Dios quiere ayudar a un hombre a perderse; y eso es lo que no puede entrar en la cabeza de ningún cristiano. Oh si supierais cuán grande mal es entrar en el oficio de predicador para predicar de otra manera que Jesucristo y sus Apóstoles o como han predicado y predicán todavía muchos grandes Santos y grandes Siervos de Dios, sentiríais horror. Dios sabe, continuó el Santo, que hasta tres veces durante tres días consecutivos, me prosterné de rodillas ante un sacerdote, que era por entonces de la Compañía, y que ya no lo es, para suplicarle con toda insistencia que me fue posible, que quisiera hablar y predicar con toda sencillez, y seguir las Memorias que se le habían entregado sin poder lograrlo nunca de él. Daba las conferencias de las órdenes de lo que no sacó ningún fruto, y todo aquel bonito montón de ideas y de periodos escogidos acabaron en humo: porque, Señores, será siempre cierto decir, que no es el fasto de las palabras lo que aprovecha a las almas, sino la sencillez y la humildad las que atraen y llevan a los corazones la gracia de Jesucristo”.

No se podría creer en cuántas ocasiones repitió el Siervo de Dios esta lección. Y es porque sabía como él mismo lo dice en sus cartas, que su práctica es difícil, sobre todo en la juventud. Un sacerdote suyo le ha hecho este homenaje que, aunque hablara de una manera muy eficaz y muy fuerte, hablaba siempre de una forma muy humilde y muy sencilla, que recomendaba a los suyos desterrar de sus discursos todo lo que pudiera parecer fasto, espíritu del mundo o vanidad y que entre varias razones que alegaba, decía que, como las bellezas naturales tienen más atractivos que las artificiales o disfrazadas, así también los discursos unidos y comunes son mejor recibidos que los afectados y pulidos de artificio.

Este mismo sacerdote cuenta a propósito una pequeña historia, que le había llegado durante sus estudios de Teología. Como debía predicar a su vez según la costumbre, se puso a trabajar una homilía, a pulirla, a limarla con todo cuidado del que es capaz un joven. Luego lo recitó con todo el énfasis, y se creyó en serio que había hecho maravillas. Sus cálculos no habían sido acertados, y los cumplidos que recibió no tuvieron nada que pudiera hinchar su vanidad naciente. “Desde por la noche, dice él mismo, el sr Vicente puso mi discurso sobre el tapete, hizo después hacer la anatomía a más de veinte personas, a quienes yo honraba como a mis Maestros, y concluyó luego, con una caridad que me levantó los ánimos, que era necesario que yo tratase de predicar como Jesucristo lo había hecho; que este divino Salvador, siendo el verbo y la Sabiduría del Padre Eterno, podía, si hubiera querido, hablar de nuestros más sublimes Misterios en unos términos que fueran proporcionados; y que sepamos no obstante que él había hablado con sencillez y humildad para acomodarse al pueblo y darnos el modelo y modo de tratar su santa palabra”.

Para dar más luz a esta última razón sacada de la conducta del Hijo de Dios y hacer de ella una regla general Vicente añadió en otra ocasión que este gran Maestro al punto de enviar a sus Apóstoles a predicar el Evangelio les recomendó la sencillez de la paloma, como una de las virtudes que más necesitaban, ya para atraer sobre ellos las gracias del Cielo, ya para disponer a los hombres a escucharlos y creerlos; que estas palabras no se refieren sólo a los Apóstoles, sino que se dirigen a todos los que ha destinado la Providencia a la conversión de las almas, y que por eso los misioneros deben aplicárselas; que eso es verdad porque él mismo nos asegura que pone sus delicias en hablar con los sencillos, *cum simplicibus*

sermocinatio eius; que él camina con ellos y les hace caminar con seguridad; que hay más, y es que sólo les es dado a los sencillos instruirse en la Escuela de Nuestro Señor, y que su doctrina es un enigma para los sabios y los prudentes del siglo, como lo declaró él mismo diciendo: *Confiteor tibi Pater... quia abscondisti haec a sapientibus et revelasti ea parvulis* (se lo ocultaste a los sabios y se lo revelaste a los pequeñitos); que la experiencia verifica cada día estas palabras del Salvador; que el espíritu de Religión se halla más ordinariamente entre los pobres y los sencillos que entre las gentes del gran mundo; que Dios se complace en enriquecer a los primeros con una fe viva y práctica, que les hace creer y gustar las palabras de la vida eterna; y que se les ve por lo común soportar sus enfermedades, sus penurias y demás aflicciones con más paciencia y resignación; que como la hipocresía y la prudencia de la carne reinan en particular en este siglo corrompido para daño del espíritu del Cristianismo, no se las puede combatir y vencer mejor que con una verdadera sencillez; que en el fondo esta virtud es tan amable, que un hombre recto, sincero, y enemigo conocido de los rodeos y de las finuras, es querido en todas partes y de aquellos mismos que de la mañana a la tarde no se dedican más que a fingir y a engañar.

Fue sobre estos principios como el Hombre de Dios al enviar a uno de sus sacerdotes a cierta provincia; “Vais, le dijo, a un país donde se dice que los habitantes son en su mayor parte finos y astutos. Si eso es cierto, Señor, el mejor medio de serles útil, es obrar con ellos de una grade sencillez, ya que las máximas del Evangelio son del todo opuestas a las maneras de obrar del mundo, y como vais para el servicio de nuestro Señor, debéis también comportaros según su Espíritu, que es un Espíritu de sencillez y de rectitud”. Este sacerdote acomodó su conducta a este consejo tan sabio, y la Congregación se halló bien. Algún tiempo después el pueblo encantado por la candidez del misionero, ofreció a nuestro Santo una fundación. Fue aceptada porque había algo bueno que hacer. Y Vicente envió allí como primer Superior a un hombre que unía a un verdadero talento una perfecta sencillez.

Pero nada mejor para hacer ver hasta dónde llegaba la delicadeza del Santo sobre este punto, que las dos cartas que siguen. “*Habéis obrado sabiamente, decía en la primera, en ponerlos a bien con las personas que me nombráis: pero decir que es con el fin de que nos mantengan y nos defiendan, es un motivo bien bajo, y muy alejado del Espíritu de Jesucristo, según el cual debemos mirar a Dios puramente, y hacer servir todas las cosas al amor que le debemos; y vos por el contrario teniendo en cuenta nuestros intereses, queréis emplear la amistad de estas personas para conservar nuestra reputación, que es cosa vana, si no está fundada en la virtud; y que no tendría que temer nada si estuviera fundada sobre esta base. Me escribís también otra cosa, que no suena menos a respeto humano; es a saber que cuando en vuestras cartas me habláis bien de algunos, yo actúe de forma que sus amigos lo sepan para que lo den a conocer. Ay, Señor, ¿en qué os divertís? ¿Dónde está la sencillez de un misionero, que debe ir directo a Dios? Si no veis cosa buena en estas personas, no me lo digáis: pero si lo veis, hablad de ello para honrar a Dios en ellas, porque todo bien procede de él. nuestro Señor reprendió a un hombre que le llamó bueno, porque no lo hacía con buena intención, cuánta mayor razón tendría de reprenderos, si alabáis a los hombres pecadores por complacencia, para ponerlos a bien con ellos o por algún otro fin vulgar e imperfecto, aunque este fin tenga otro que sea bueno: pues estoy seguro de que no buscáis ganáros la estima y el afecto, de quien sea más que para mayor gloria de Dios, pero recuerde que Dios no ama la duplicidad, y que para ser verdaderamente sencillos no debemos estimar a nadie más que a él.*”

La otra carta es una respuesta a un sacerdote que había escrito a nuestro Santo que su corazón era todo de él. “*Os agradezco vuestra carta, le dice, y vuestro caro presente.*”

Vuestro corazón es demasiado bueno para ser puesto en tan malas manos como las mías: yo sé muy bien que no me lo dais más que para devolvérselo a Nuestro Señor a quien le pertenece, y hacia el amor del cual queréis que tienda sin cesar. Que este amable corazón sea pues únicamente y desde este momento de Jesucristo; que esté en él plenamente y siempre, en el tiempo y en la eternidad. Pedidle, os lo suplico, que me dé parte en el candor y en la sencillez de vuestro corazón: éstas son virtudes de las que tengo gran necesidad y cuya excelencia es incomprendible”.

Habría sido difícil que tantas lecciones del Hombre de Dios no hubieran enseñado a sus Hijos que había tenido razón al colocar la sencillez a la cabeza de las virtudes que componen el espíritu de la Congregación. Así aquellos de ellos que han hecho más honor a su vocación han estado siempre persuadidos de que era para ellos y sus funciones de una necesidad indispensable. El sr Alméras, que fue su sucesor inmediato, y tal vez el hombre del mundo que mejor le imitó, en el lecho de muerte, y muy cerca de recibir el Viático de la salvación, reunió las escasas fuerzas que le quedaban, para hacer oír a todos los que estaban presentes, estas pocas palabras que siempre se ha tenido como expresión de su última voluntad: *“Recomiendo a la Compañía que viva en la sencillez y en la humildad que el difunto sr Vicente nuestro honorable Padre nos enseñó con sus palabras y ejemplos; y os aseguro que haciéndolo así no tendréis nada que temer ni de fuera ni de dentro de la Congregación, y que Dios la bendecirá”.*

Había acabado este Artículo, cuando me comunicaron la copia de una carta del Santo, cuyo original se conserva en los Archivos de Turín. Confirma tan bien lo que he dicho de su humildad, de su sencillez y del cuidado que tenía de formar a sus Hijos en una y otra de estas virtudes: encierra además un aspecto tan singular del amigo más santo y mejor que haya tenido nunca Vicente de Paúl que sería causar un perjuicio al público suprimirlo. Fue escrita en 1655, 9 de noviembre de 1655 al sr Martin Superior de Turín, quien para acreditar un poco a su Congregación en una diócesis, en la que se había establecido recientemente, no le habría disgustado comenzar por alguna misión capaz de hacer ruido. Vicente, después de disuadirle de ello, continúa en estos términos: *“Os parecerá poca cosa comenzar de esta manera tan sencilla, ya que para ponerlos en la estima, sería necesario, según parece, presentarse con una misión espléndida que desplegara al principio lo que puede la Compañía. Dios os guarde, Señor, de entrar en esos deseos: lo que conviene a nuestra pobreza y al espíritu del Cristianismo es huir de estas ostentaciones para ocultarnos; es buscar el desprecio y la confusión, como lo hizo Jesucristo; y entonces teniendo este parecido con él, él trabajará con nosotros. El difunto sr de Ginebra lo comprendía muy bien. La primera vez que predicó en París, en el último viaje que hizo a la ciudad, llegaron a oírle de todos los Barrios; allí estaba la Corte, y todo lo que podía hacer al Auditorio digno de tan célebre Predicador. Todos esperaban un discurso proporcionado a esta fuerza de genio, por la que tenía costumbre de encantar a todo el mundo pero, ¿qué hizo este gran Hombre de Dios? Recitó sencillamente la vida de S, Martin, con la intención de confundirse ante tanta gente ilustre, que habrían animado el valor de otro cualquiera. Fue el primero en aprovecharse de su predicación con este acto heroico de humildad. Él nos lo contó en seguida a la Señora de Chantal y a mí; nos decía: Oh cómo he humillado a nuestras hermanas. Se esperaban que yo diría maravillas ante una compañía tan buena. La Señorita N. que se hallaba allí decía mientras yo predicaba: Fijaos en ese montañés, qué estúpidamente habla: valía la pena venir de tan lejos para oír lo que dice y poner a prueba la paciencia de tanta gente.*

“Así, Señor, continúa Vicente, es como los Santos han reprimido la naturaleza, que ama el brillo y la reputación; esto es lo que nosotros debemos hacer, preferir los oficios bajos a los aparentes y la abyección a lo que podría darnos honores. Espero con toda seguridad que echaréis los fundamentos de esta santa práctica con los Señores vuestros cohermanos, para hacer que el edificio se construya sobre roca y no sobre la arena movediza. El sr Marqués de Pianezza comprenderá bien este procedimiento. Soy en nuestro Señor”.

XV. Su prudencia.

Juntamos aquí la prudencia a la sencillez, porque el Hijo de Dios las juntó en su Evangelio. En el fondo, la alianza de estas dos virtudes es tan necesaria que parece difícil de trazar. La sencillez sin prudencia se convierte en indiscreción o estupidez. La prudencia sin sencillez resulta artificio y falsa finura. Una es una especie de misantropía que so pretexto del amor de lo verdadero siembra la confusión por todas partes: la otra es esa prudencia carnal y mundana a la que todo medio es bueno con tal que lleve al fin: En una palabra una sin la otra es un verdadero defecto, mientras que las dos reunidas forman verdaderas y sólidas virtudes. La prudencia cristiana, decía Vicente, se dirige al fin, y el fin es siempre Dios; escoge los medios, mide las acciones y las palabras, lo hace todo con madurez, con peso, número y medida; considera el lugar, el tiempo, el modo y todas las circunstancias. Como su fin es bueno, sus motivos lo son también. Consulta la razón; mas como la luz de la razón es con frecuencia tan débil, consulta con mayor seguridad y mejor gana las máximas de la fe, que Jesucristo nos enseñó; máximas que se pueden seguir sin miedo y que no engañan nunca. Se hace una ley de someterse a ellas y de depender de ellas. En las dudas que se presentan se pregunta qué ha dicho el Hijo de Dios, qué ha hecho, qué pensó en tales ocasiones. Esta es su regla; no se aparta de ella porque sabe que el cielo y la tierra pasarán, pero que las palabras y las verdades del Hombre-Dios no pasarán nunca.

Para obrar según estos principios, el Santo, como se lo declaró por escrito a un virtuoso eclesiástico, guardaba el orden siguiente, cuando era consultado sobre un asunto. 1º. Elevaba su espíritu a Dios para implorar su asistencia; invitaba incluso con frecuencia a los que le pedían el parecer a unirse a él y a pedir a Dios que manifestara su voluntad sobre lo que se deliberaba. 2º. Escuchaba con toda atención lo que se le proponía y lo pesaba despacio, para que ninguna circunstancia se le escapase, tenía cuidado de que se le informara bien, cuando era necesario. 3º. No precipitaba nunca su consejo; y cuando de trataba de asuntos de trascendencia pedía tiempo para pensarlo, y quería mientras tanto, que se los encomendaran a Dios. 4º. Estaba conforme con que se aceptara el consejo de los demás, y se lo pedía él mismo de muy buena gana; y accedía a ellos con alegría, mientras que la justicia y la caridad no padeciesen daño. 5º. Finalmente, cuando estaba obligado a decir su parecer, lo hacía de una manera tan juiciosa, y al mismo tiempo tan alejada del estilo decisivo que al dar a entender lo que juzgaba más oportuno, dejaba a las personas que se determinasen por sí mismas. Que si le obligaban a dar absolutamente su parecer, lo decía con precisión, pero siempre con mucha humildad y sin atentar nunca contra aquellos que no pensaban como él. Luego observaba dos cosas, una tener en secreto inviolable lo que se había tratado; la otra mantenerse firme en las resoluciones que había tomado: porque dice un de sus más sabios sucesores una vez que había conocido la voluntad de Dios, no variaba más: siendo su máxima que se debía llegar a la ejecución, y evitar el vicio de la inconstancia, que arruina los mejores planes y que es muy opuesto a la verdadera prudencia.

Siguiendo reglas tan santas y tan justas, era difícil que un hombre que, por otra parte estaba lleno de sentido común, diera pasos en falso. Por eso se le tuvo hasta su muerte como al hombre más prudente de su siglo. Durante toda su vida, y ya lo hemos dicho en otro lugar, la Casa de S. Lázaro fue una especie de centro donde se reunían las personas que pensaban en prestar, bien a la Iglesia, bien al prójimo algún servicio importante. Obispos, Magistrados, Párrocos, Doctores, Religiosos, Abades, Superiores de Comunidades, todos venían a él *como al oráculo del tiempo* ¿Se trataba de establecer algún buen gobierno, de detener el desorden o el escándalo, de encontrar lo medio de acrecentar la gloria de Dios, de procurar el bien de una Diócesis, de establecer la paz en algún Monasterio o en una familia? Era uno de los primeros consultados, y eso, como se declaró jurídicamente después incluso que el Consejo de Conciencia establecido por Ana de Austria dejó ya de existir. Hablo de lo que vi, dice un testigo digno de fe, y yo mismo acompañé al Príncipe de Conti y a los Señores de Ursé y de Fénélon en una visita que le hicieron para oír su parecer sobre diferentes asuntos.

Fue, como se prueba en el Proceso Verbal de su Canonización, fue la alta idea que tuvieron de su prudencia el santo Obispo de Ginebra, y la venerable Madre de Chantal quienes los llevaron a hacerle aceptar la dirección de su primer Monasterio de París. Fue la reputación de esta misma prudencia la que llevó a Luis XIII a llamarle á sí en un momento en que es esencial estar bien aconsejado. Fue la prudencia de los consejos que dio a este Rey moribundo y *de quien*, para repetir lo que ha dicho varias veces un Secretario de Estado –el Señor le Tellier-, *toda la Corte quedó muy edificada*, quien comprometió a la Reina a ponerle a la cabeza de sus Consejos, y *a darle su principal confianza*. A decir verdad, para dar a conocer exactamente la extensión y la variedad de la prudencia de este gran hombre habría que seguirle sobre todo desde su entrada en la Casa de Gondi hasta el día de su fallecimiento. El lector consentirá en suplirlo y lo suplirá sin inconveniente mayor. Se acordará de la prudencia de los Reglamentos que trazó en diferentes ocasiones; de los medios que empleó para llevar a buen término ese gran número de fundaciones, de las que es autor; de las Constituciones que dio a su Congregación; del retraso de treinta y tres años durante los cuales hace su examen y ensayo; de la conducta que llevó durante los disturbios del Reino; del modo cómo suavizó el carácter del Señor de Beaumonoir Obispo de Mans, y a quien la política más refinada le envidiará siempre, mientras sea cristiana: de las reprimendas que se veía obligado a dar y que supo sazonar tan bien que salían de su habitación llenos de gozo y de confianza; y finalmente de los consejos que su cargo, sus oficios o la caridad le obligaban a dar. No referiremos más que uno o dos ejemplos.

Un Obispo de sus amigos le había protestado varias veces que no cambiaría nunca a su Esposa; es decir a su Iglesia, por otra por hermosa y rica que pudiera ser. Para dar a conocer al santo sacerdote que había adoptado una decisión fija sobre este punto, le mostraba su Anillo Pastoral y añadía estas palabras del salmista: *Oblivioni detur dextera mea si non meminero tui* (Caiga en olvido mi mano derecha si no me acordare de ti). Algún tiempo después se habló mucho de dar a este Prelado un Arzobispado grande y rico; y según parece que las peticiones de su familia le confundieron un poco. Vicente se lo encontró un día por casualidad, le saludó, conversó con él muy educadamente; y para recordarle su compromiso y sus antiguas promesas como quien no quiere la cosa, le dijo con mucha gracia, ternura y respeto: “*Os ruego, Monseñor, que os acordéis de vuestro Anillo. El Prelado comprendió de maravilla el sentido de estas palabras y dio a entender por el modo de sonreír y responder que no se ofendía. No sé si cambió d parecer: pero sé que se han encontrado en*

la vida de nuestro Santo un número casi infinito de ocasiones donde los consejos dados con tanta prudencia y mansedumbre produjeron muy buenos efectos.

El segundo ejemplo es más interesante, y necesitaba más precauciones. Un eclesiástico sabio, gran predicador y de alto abolengo, hacía frecuentes visitas al santo sacerdote, y tenía sus razones. Vicente fue avisado de buena fuente que pensaba mal sobre la fe, que tenía poca Religión o al menos que se comportaba como un hombre que no tiene mucha. El Santo, que habría querido hacerle entrar dentro se sí mismo, pensó delante de Dios de qué modo lo haría; y resolvió dar un rodeo para hacer lo que no habría podido hacer de frente, sin exponerle a declamaciones y tal vez a un falso juramento. Un día pues que conversaba familiarmente con él y cara a cara: “Monseñor, le dijo, qué hábil y gran predicador sois, tengo un consejo que pedirlos. Nos sucede a veces en nuestras misiones encontrar a personas que no creen las verdades de nuestra santa Religión; y nos vemos en dificultades para tratar de persuadirlos. Os ruego que me digáis lo que creéis que debiéramos hacer en estas ocasiones, para llevarlos a creer las cosas de la fe”.

Esta consulta no fue del agrado del Abate, y respondió con alguna emoción: *¿Por qué me preguntáis vos eso? “Es que, replicó Vicente, que los pobres recurren a los ricos para ser ayudados en sus necesidades; y como vos estáis bien instruido, y nosotros somos unos ignorantes, no podemos hacer otra cosa que dirigirnos a vos para aprender lo que no sabemos”.* Estas palabras calmaron al eclesiástico, se recuperó en seguida; y como no era precisamente talento lo que le faltaba, dijo al Santo que querría probar las verdades Cristianas; 1º. Por la escritura. 2º. Por los Padres. 3º. Por algún razonamiento. 4º Por el común consentimiento de los pueblos católicos de los siglos pasados. 5º. Por el sufragio de tantos Mártires que han derramado su sangre por la confesión de estas mismas verdades. 6º. Finalmente, por todos los milagros que Dios ha hecho para confirmarlas.

Cuando hubo concluido, Vicente después de declararle que este método le parecía bueno, le rogó que pusiera por escrito y sin cumplidos lo que acababa de decirle y se lo enviara. El Abate no dejó de hacerlo, y dos o tres días después se lo trajo y entregó él mismo su pequeña Memoria al hombre de Dios. Allí es donde le esperaba Vicente, y aprovechó este momento para descargarle su corazón. Después de agradecerle el trabajo que se había tomado, le dijo que se sentía muy consolado al ver que tenía tan buenos sentimientos; que se serviría para justificarle de las pruebas que él acababa de ponerle en mano; que le costaría tal vez bastante creer que ciertas personas le acusaban de pensar mal sobre los Misterios de la fe; que ya que sabía tan bien defender la Religión y debía vivir de una manera que le pusiera fuera de toda sospecha, pero que también pudiera servir de ejemplo al público; que un hombre de condición como él estaba más obligado que otro cualquiera a dar buen ejemplo; y que sucede con la virtud unida al nacimiento como de una piedra preciosa, que engastada en oro tiene más brillo que si estuviera en plomo. Un discurso tan sabio pareció tener su efecto. Al menos fue aprobado por el Abate, que prometió ajustar a él su conducta; y si se mostró agradecido al buen sacerdote por las precauciones que había tomado para llevarle a Dios, el santo sacerdote se sintió muy contento por las buenas resoluciones que le vio tomar.

Después de todo, sabía tan bien escoger el tiempo de dar un aviso y lo daba en términos tan mesurados, que en lugar de rechazar, atraía la confianza. No pasaba nada a sus Hijas de la Visitación, ya que las juzgaba capaces de llegar a una virtud alta: no obstante, muy lejos de tenerle por un censor incómodo, todas se abrían a él como lo habrían hecho a un Ángel de Dios; y aunque él fuera su Superior, había muy pocas que no se dirigieran a él para sus confesiones anuales. También se apresuraron a dar un glorioso testimonio a su alta

prudencia. Sobre todo valoraron el servicio que les hizo en una ocasión muy delicada. Se trataba de una novicia que había tomado el hábito en S. Denis. No se podía ni admitirla a la profesión porque no tenía el espíritu de su estado; ni despedirla sin terribles inconvenientes. Consultaron a varios Padres de Religión, y a un número de Doctores, pero el asunto les pareció tan *escabroso* que tras un largo examen no se atrevieron a decidir nada. Por fin se dirigieron a S. Vicente. él escribió a la Superiora de S. Denis, y lo hizo con tanta claridad, solidez y penetración que le dio medio de salir del paso, sin interesar ni a la Comunidad, ni a la caridad debida al prójimo. También, añade una persona, muy prudente ella, tenía tanta prudencia y un juicio tan extenso que nada escapaba a sus luces; Y que *en los asuntos más difíciles, más oscuros, más embrollados, tomaba la mejor decisión.*

A este testimonio, tan decisivo como fue, añadiremos otros cuatro precisamente por la gran reputación de sus autores. Todos sacados del Proceso Verbal da la Canonización; y aunque dicen lo mismo, espero que si aburren a algunos, será más por su fuerza que por su uniformidad.

El primero es de Jean Issaly, Secretario del Rey. Declara que ha visto y conocido al Siervo de Dios, que ha encontrado en él a un hombre de una gran amplitud de espíritu y hábil en el manejo de los negocios; y que es así como le tenía todo el mundo en su tiempo.

El segundo es Jean-Baptiste Chevalier, Consejero del Parlamento. Declara que ha visto en Vicente de Paúl mucha prudencia y sabiduría; y que eso es lo que llevaba a gran número de personas de distinción a recurrir a él para recibir sus consejos.

El tercero es de Chrétien-François de Lamoignon, Marqués de Baille y Presidente del Parlamento de París, hombre cuyo solo nombre inspira respeto. Después de decir que el difunto Primer Ministro su Padre tenía para con nuestro Santo una veneración tan grande que le consultaba no sólo en las materia de conciencia sino también en los asuntos seculares porque le consideraba como un hombre de un espíritu excelente, y muy superior a los demás; añade, que él mismo ha tenido la suerte de ver familiarmente al Siervo de Dios durante varios años; que su sola presencia inspiraba la piedad; que su aire dulce, modesto y atractivo sin ninguna afectación se ganaba a los que tenían la oportunidad de tratarle; que su bondad y humildad le colocaban a la altura de los que le trataban; y que los más grandes no le veían por debajo de ellos, cuando discutían con él los asuntos más importantes.

Finalmente la cuarta declaración es de Claude le Pelletier, Presidente honorario del Parlamento y Ministro de Estado. Dice en sustancia que el Señor le Tellier Canciller de Francia no le ha hablado nunca de Vicente de Paúl sin encomiar de modo especial la rectitud de sus intenciones, la solidez de los principios que seguía en la colación de los Beneficios, el profundo conocimiento que tenía de las personas y de sus buenas o malas cualidades; y sobre todo su inquebrantable firmeza en no dar nunca nada a las consideraciones humanas, a las solicitudes y a la complacencia por las primeras personas del Estado y de la Iglesia que tenían necesidad de su apoyo: conduciéndose en todo con tanta prudencia y sabiduría que aquellos a quienes la justicia y la razón le obligaban a ser más contrario, no podían quejarse de él.

Tal fue el juicio, que dieron de S. Vicente en un pinto de gran trascendencia, las primeras cabezas de su siglo. Viene en apoyo de lo cual declaraciones que han hecho en su favor miles de testigos de un rango inferior. Se sabe que para merecer crédito no es necesario ser Ministro de Estado o Canciller de Francia o Primer Presidente del primer Parlamento del mundo.

XVI. *Su justicia y su gratitud.*

La justicia tomada como la tomamos aquí por aquella virtud moral que da a cada uno lo que le pertenece en un muy grande número de deberes que cumplir. Si por medio de la Religión, que en un sentido le está subordinada da a Dios lo que es debido a Dios, da también al César lo que es debido al César: o más bien todos los hombres y todas las especies de bienes que pueden poseer, son de su instancia y de su competencia.

Vicente se comportó de manera que dijeran de él que cumplía con toda justicia. Enemigo de la acepción de personas en la distribución de los Beneficios, se le vio desaprobando en pleno Consejo de Conciencia el nombramiento de un Prelado temible por sí mismo y por los suyos; y los acontecimientos, dice un testigo ocular, hicieron ver que tenía razón para oponerse. Celoso de la reputación del prójimo, si alguna vez se vio obligado a oír hablar de sus defectos, tenía una santa destreza para borrar su impresión diciendo de la persona culpable toda la clase de bienes que podía. Fiel a los compromisos que había tomado su palabra valía un contrato. *“Acordaos, decía a una persona de confianza, de rogar a Dios por mí, que encontrándome ayer obligado al mismo tiempo a cumplir una promesa que había hecho o a ejercer un acto de caridad respecto de una persona que nos puede hacer mucho bien y mucho mal y no pudiendo satisfacer a una y a otra, dejé el acto de caridad para cumplir mi promesa; de lo cual esta persona quedó muy descontenta: pero yo menos molesto, me parece, que si hubiera seguido mi inclinación a seguir haciendo esta acción de justicia”*. Exacto hasta el escrúpulo por los pequeños daños que había podido ocasionar, se imputaba los casos fortuitos. Habiendo roto su cochero por mala suerte una barra de madera, que estaba medio podrida, el Santo mandó hacer una nueva que costó tres o cuatro veces más. El mismo volcó por el suelo unos panes de los que dos se mancharon un poco: Vicente, por miedo a que no se vendiesen, los mandó pagar al instante. Estos detalles parecerían minucias, pero el Hijo de Dios parece haberlos autorizado. Alabó el don de un vaso de agua fría y una limosna de dos óbolos.

No era de esos favoritos que ponen a la venta las gracias del Príncipe y venden bien caro lo que no les cuesta nada. El Gobernador de una ciudad importante le pidió que le diera un buen empleo en la Corte, y le prometió para comprometerle que mantendría a los misioneros del lugar, cuyo establecimiento traspasaban personas poderosas. *“Yo os serviré si puedo, respondió Vicente, pero en cuanto a lo que tiene que ver con los sacerdotes de la misión, os ruego que lo dejéis en las manos de Dios y de la justicia. Prefiero que no estén en vuestra ciudad que verlos allí por el favor y la autoridad de los hombres”*.

En calidad de Señor de S. Lázaro y de los lugares vecinos tenía una muy hermosa Justicia. Daba sus empleos *gratis*; y no se los daba más que a gente de una probidad reconocida y capaz de administrarlos bien. No había ni intriga ni recomendación que pudiera llevarle a preferir al menos digno en lugar del que lo era más. Regularmente hablando, el hombre que no pensaba en nada menos que en verse colocado, era preferido a todos los demás. De esta forma, dejó a esta justicia en muy buen estado. Los de su incumbencia se quedaban contentos, y tenían razón para estarlo.

Su mansedumbre natural no le cegaba a favor de los culpables; y sólo eran los que le habían ofendido personalmente quienes pudieran contar con su protección. Un eclesiástico vino un día a hablarle a favor de un desdichado que había cometido un asesinato en la calzada por el distrito de la Jurisdicción de S. Lázaro. Vicente le recibió con mucha bondad, pero después de advertirle que la cosa no dependía absolutamente de él, y que el crimen se había cometido en circunstancias del todo odiosas, le habló tan dignamente de la Justicia

de Dios y de la de los hombres, que le hizo entrar en su sentido, y le despidió tan satisfecho como edificado.

En las consultas que tenía con los suyos, repetía a menudo estas palabras: *Señores, atendiendo a los intereses de los demás como a los nuestros, caminemos rectamente, actuemos leal y equitativamente*. Es sobre este principio tan idóneo para establecer la paz en la sociedad, le costaba permitir que sus acreedores fuesen obligados a venir dos o tres veces a pedir lo que les era debido. Cuando se le presentaban Letras de Cambio, hacía un Informe de aquellos a quienes había que hacer el pago y, para ahorrarles la molestia de un segundo viaje, les enviaba la suma señalada el día del vencimiento. Si alguna vez le decían que un acreedor no regatea esfuerzos, cuando se trata de recibir dinero, él decía también que no es justo cansar a un hombre que no pide más que lo que le pertenece.

Era enemigo de la discordia y de los procesos: en cualquier parte que se hallara, trataba de conciliar a las partes. Una vez que sabía que dos familias, y sobre todo de las que se hallaban en las tierras del Señorío de S. Lázaro, tendían a una ruptura, acudía como a un fuego; y hacía falta que las cosas estuvieran demasiado embarulladas para que no las arreglara. Decía y escribía a los suyos –carta de 1646 al Superior de Toul-, que un proceso es *un bocado de dura digestión*, y que el mejor no vale lo que un mal entendimiento. *“Pleiteamos lo menos que podemos, escribía a uno de sus sacerdotes, quien por propia iniciativa se había embarcado en un asunto en el que había perdido, y cuando nos vemos obligados a ello no lo hacemos sin el consejo de los de dentro y de los de fuera. Preferimos perder algo que dar mal ejemplo”*. No obstante Dios ha permitido que haya habido algunos procesos, que haya ganado, y que haya perdido: pero es que la Providencia quería hacer de él un modelo para todos los estados, y que el de los pleiteadores necesita grandes ejemplos. En efecto, su conducta en los procesos era admirable. Cuando veía o enviaba a ver a los jueces, era mucho menos para recomendarles su causa que para rogarles que tuvieran consideración con la justicia. No estaba ni a favor ni en contra de nadie. Solicitaba igualmente por el demandante que por el defensor. Alegaba todo lo que hacía por su parte contraria, sin omitir nada. Exponía y hacía valer sus razones tan bien y quizás mejor que ella misma. Por lo demás, no visitaba él mismo a los Magistrados sino lo menos posible. Miraba las solicitudes como trámites poco conformes a la equidad y a la Providencia. Decía que un juez que teme a Dios, no lo tiene en consideración; que él mismo, en el Consejo de la Reina, no contaba en nada las recomendaciones, y que se contentaba con examinar si la cosa pedida era justa, o no lo era.

Atendía más a la bolsa de los que le atacaban que a la suya. Algunos de sus sacerdotes que tenían pleitos con granjeros intratables y de mala fe, le rogaron que les consiguiera un *Committimus* a fin de intimidar a aquellos hombres amigos de pleitos. Vicente les dijo que salieran del caso como pudieran y que le daban pena ver a pobres gentes obligadas a venir a pleitear de tan lejos.

Los habitantes de Valpuseau le habían desafiado por una pequeña granja que él defendía, el Santo hizo lo que pudo para hacerles entrar en razón. A pesar de sus buenos consejos, quisieron encausarle. Aunque hubieran llagado a París en calidad de gente asociada en una causa, no los habría recibido mejor. Los alojaba, les hacía comer en el refectorio a su lado, les daba dinero para el viaje. Cuando el proceso estaba a punto de juzgarse, les envió a decir a fin de que si tenían algo que alegar lo pudieran hacer a tiempo. Se fueron a su casa como a la de un hombre que los protegía. Los llevó él mismo al Ponente. A pesar de todos estos servicios, fueron condenados: pero el Santo les pagó los gastos del proceso; esa

misma noche les dio de cenar, los alojó y no los despidió al día siguiente sin dar a cada uno veinte reales para el regreso.

Cuando había perdido él un Proceso, se sometía sin queja ni críticas al Juicio que le había condenado. Una sola palabra en contra por parte de alguno de los suyos habría supuesto una reprimenda. Lo que ocurrió a propósito de una granja importante de la que fue desposeído a la antigua, es una prueba sensible del respeto que tenía por las sentencias y por aquellos de quienes emanaban.

Añadiremos aquí la virtud de la gratitud a la de justicia, ya porque, como lo enseña S. Tomás, le va particularmente anexa, ya porque el defecto de gratitud, tan común como es, ultraja a la Divinidad que es el principio de todo bien y a los hombres de los que se sirve para difundir sobre nosotros sus liberalidades. Vicente sintió por este triste vicio todo el horror que debe tener un corazón bien hecho, sobre todo cuando las disposiciones de la naturaleza están ahí poderosamente ayudadas por los auxilios de la gracia.

Para comenzar por su gratitud hacia Dios, habría querido, si le hubiera sido posible, proporcionarla no solamente a los bienes que recibía de él, sino también a los que han recibido y que recibían cada día todas las criaturas. Le daba gracias por los favores que les ha hecho desde el principio del mundo; por los que les continúa todavía haciendo, y sobre todo por las buenas obras cuya fuente ha sido su gracia. La protección que Dios concede a su Iglesia, a sus Pastores y a los trabajan por multiplicar sus Hijos; los frutos que producen en su seno las Comunidades bien regladas; las bendiciones que el Cielo tiene a bien derramar sobre cada una de las Congregaciones; el feliz éxito de los Retiros, de las Conferencias, de los Seminarios y de las Misiones; la prosperidad de las armas del Rey y de los Príncipes Cristianos; la derrota de los enemigos de la Religión, y sobre todo la *maravillosa victoria* –carta del 26 de agosto de 1656- conseguida sobre los Turcos en los Dardanelos; las limosnas distribuidas a la viuda y al huérfano; en una palabra, todo acontecimiento capaz de convertirse en gloria de Dios, en bien de la Religión Católica, era el asunto ordinario de su agradecimiento y de sus Cánticos. El poco caso que hacía de sus propios sentimientos le llevaba a inspirárselos a los demás para que supliesen su debilidad y su incapacidad; y se creía oírle exclamar con el Profeta Rey: *Magnificate Dominum meum, et exaltemus nomen ejus in idipsum.*

Se le oyó decir con frecuencia, que se ha de emplear tanto tiempo en dar gracias a Dios por un beneficio como se ha empleado en pedírselo; aue el agradecimiento es un tributo que Dios exige de su criatura; que para facilitarle los medios de cumplir con este deber, había establecido en la antigua Ley sacrificios de acciones de gracias y en la ley nueva la Eucaristía, que debe recordarnos las maravillas que ha operado por nuestro amor; que finalmente la ingratitud es un pecado, que agota la fuente de las gracias; y que el Hijo de Dios se quejó cuando, después de curar a diez leprosos, sólo vio volver a uno para declararle su gratitud.

En cuanto a lo que hace de la gratitud con los hombres, apenas resulta posible dar alguna idea justa. Este santo sacerdote que merecía tanta consideración, se imaginaba que no se merecía ninguna; y por eso en parte se sentía tan conmovido por los servicios más pequeños que querían hacerle. Un hombre que le ayudaba a montar a caballo, un niño que le enseñaba el camino, un Hermano que le encendía la lámpara o que hacía incluso menos por él, estaba seguro de sus muestras de gratitud. Por poco provecho que sacara con sus conversaciones, se lo tenía en cuenta a los que iban a verle, por las visitas que le hacían. Decía a unos: *“Le agradezco porque no desprecia la ancianidad; a los otros, porque*

soporta a un miserable pecador; a muchos; por la paciencia que tiene en aguantarme o de oírme”.

Era sensible a esos detalles generosos, de los que nadie se preocupa cuando se olvidan. El Labrador que lleva el peso de la jornada y del calor formaba parte del objeto de su agradecimiento. “*Vivimos, decía en una conferencia, que he referido antes, vivimos del sudor de la pobre gente. Deberíamos cuando entramos en el Refectorio preguntarnos si hemos ganado el alimento que vamos a tomar. Por lo menos, si no nos lo ganamos como ellos, roguemos a Dios por ellos, y que no pase un solo día que no se los ofrezcamos a Nuestro Señor para que les conceda hacer buen uso de sus trabajos y un día les dé su gloria*”.

Si algo hubiera sido capaz de hacerle olvidarse de la austeridad de las Reglas que se había prescrito habría sido el espíritu de gratitud, cuyo peso le arrastraba. Hemos dicho en otra parte que yendo del Mans a Angers durante los disturbios de París, se cayó a un río cerca de Durtal y que se habría ahogado, si un sacerdote que le acompañaba no se hubiera tirado al agua para sacarle. Este joven misionero, que tenía entonces mucho fervor, lo perdió poco a poco, y se volvió menos regular, menos edificante y mucho menos dócil. Al fin decidió que caídas como la suya no inspiran sino demasiado comúnmente: dejó su vocación, a pesar de todo lo que Vicente pudo hacer por retenerle; y lo más sorprendente de todo es que como motivo de su salida alegó los servicios espirituales que se gloriaba de dar a sus compatriotas. Tenía cosas buenas, creía tener celo: ¿de qué no es capaz uno con tan grandes dotes? Ya se marchó.

Apenas estuvo en casa, vio sus hermosos proyectos disiparse, bien por sí mismos, bien por contradicciones que no se esperaba. Se encontró con cruces que no había previsto; se vio abrumado de tristezas y aburrimientos; más presionado que nunca por los enemigos de su salvación y menos dispuesto a resistirlos que nunca. Fue entonces, es decir al cabo de un año más o menos, cuando comenzó a sentir que había cometido un error dejando la vocación a la que Dios le había llamado. A ejemplo del hijo pródigo, resolvió regresar a su Padre. Le escribe carta tras carta, le pide perdón por su extravío, le ruega que le reciba en cualquiera de sus casas.

Vicente, cuya congregación sin pedir genios superiores pide espíritus sólidos y razonables, no le dio respuesta. Este sacerdote justamente afligido, redobla sus insistencias, multiplica las cartas y hace saber que está perdido para siempre, si no le echan una mano. El Santo desconfía del regreso de un hombre ligero, que no había tomado una mala decisión hasta que se le hiciera ver las consecuencias y que reunido con sus hermanos podía serles de gran estorbo. Así se mantuvo firme y, después de ponerle delante de los ojos la paciencia que se había tenido con él, la poca consideración que él había demostrado y las justas razones que había para temer que se arrepintiera pronto de su arrepentimiento mismo, concluye diciendo que no le parecía que se le debiera recibir.

Una respuesta tan severa fue un rayo para este desdichado eclesiástico. Realizo sin embargo un esfuerzo más. Atacó a Vicente por el lado más sensible, quiero decir por la gratitud: la palabra decisiva de su última carta fue ésta: “*Señor, yo os salvé una vez la vida del cuerpo, salvadme a mí la del alma*”. A la lectura de estas palabras, el corazón del santo hombre se conmovió. La ocasión de ejercer una virtud preciosa, unida la perseverancia de aquel a favor de quien debía ejercerse, le arrastró a las primeras de cambio. “*Venga, Señor, respondió, y seréis recibido con los brazos abiertos*”. No se necesitaba tanto para apresurar el viaje que no pedía más que salir. Pero en el momento en que estaba preparado para ponerse en camino cayó enfermo de un mal del que no se le pudo librar. Feliz por haber

hecho cuanto dependía de él para reparar su error, y por haber escuchado remordimientos que se menosprecian ordinariamente en la vida y que más ordinariamente desesperan a la hora de la muerte.

Este rasgo de la Historia nos lleva a otro que, por la misma razón de la bajeza de las circunstancias, resulta más concluyente. Al salir del río en el que Vicente había corrido un riesgo tan grande, entró en la cabaña de un campesino para secarse las ropas. Como se encontraba en su centro cuando se hallaba con los pobres, conversó familiarmente con aquel hombre y supo de él que sufría mucho de una hernia. El santo sacerdote a quien Dios había curado de este mal, le prometió que a su regreso en París, le enviaría una venda que le aliviaría mucho. Después de pagarle con propina y agradecerle como si se tratara de un gentilhomme que le hubiera recibido en su castillo, reanudó el viaje, viaje más largo del esperado, por las razones antedichas; pero una vez llegado a S. Lázaro, se acordó de su huésped. Cumplió lo prometido, unió a su presente una carta en la que renovaba sus acciones de gracias; y como no tenía ningún modo seguro de hacerle llegar una cosa y otra, dirigió el total a la Señora Mariscal de N. quien estaba en el lugar y de quien dependía aquel campesino, suplicándole que cooperara a esta obra de caridad y que encomendara su ejecución a cualquiera de sus oficiales.

No repetiremos lo que dijimos del perfecto agradecimiento que tuvo el hombre de Dios para Adrien le Bon. Es verdad que el servicio que había prestado al santo sacerdote se lo merecía, pero es verdad también que nunca hombre alguno ha sentido mejor lo que significa un favor, cuando se hace a tiempo. No, el hijo más tierno y mejor nacido no hizo nunca por su padre lo que Vicente hizo por el antiguo Prior de S. Lázaro. Hubiera ocupado de buena gana el lugar y desempeñado las funciones del criado que le servía. En la incapacidad en que estaba de hacerlo, le instruía en la manera cómo se debía portar para contentar a su Señor; y le llevaba cuenta de su asiduidad con él; y cuando, al cabo de quine o dieciséis años, le vio dispuesto a abandonar su servicio, le hizo propuestas muy ventajosas para retenerle. Dios no permitió que sus ofertas fuesen aceptadas, porque quiso proporcionarle una ocasión de hacer brillar su caridad y su gratitud. Y la cosa sucedió así. Este criado, habiéndose vuelto a su tierra, perdió allí casi por completo el espíritu. Como no tenía ni propiedades para vivir ni parientes que le socorrieran, cayó en la miseria. Iba de un lado a otros sin saber demasiado a dónde le llevaban sus pasos. Por fin la Providencia lo llevó a París, y reemprendió el camino de S. Lázaro. El sr Le Bon no vivía ya, afortunadamente para nuestro antiguo servidor, nuestro Santo vivía aún. Este pobre hombre pide hablar con él, y Vicente como si hubiera conocido su necesidad le manda a decir que, como condición previa, que vaya así como está a cenar al refectorio, y después le promete ver con tranquilidad. Para juzgar de su estado no necesitó una larga conferencia con él. Vio a un hombre con los ojos asustados, la cabeza llena de ideas huecas, la imaginación repleta de ilusiones y que hablaba de una manera extravagante. Es el criado de nuestro Bienhechor, dijo, hay que compadecerse de él y le retuvo pues en la casa, le dio una habitación, y le dio todo lo necesario.

Un hombre que hubiera pagado una buena pensión no habría obrado tan libremente como lo hizo él. Al cabo de unas semanas, que transcurrieron con toda normalidad, se puso a salir desde por la mañana hasta la cena que venía a tomar con puntualidad, y desde la cena hasta la noche. Gastaba mucho porque andaba mucho, pero los gastos no le inquietaban. Cada día necesitaba papel; en lugar de descansar escribía sus sueños, y entretenía a los que tenían tiempo que perder; por lo demás, por ligero que fuera el trabajo que le proponían alguna vez, no quería ni oír hablar de ello. este tejemaneje duró dos o tres años; se quejaron más de

una vez al santo sacerdote; alguien llegó hasta preguntarle si el pan de los pobres estaba hecho para un hombre que no quería hacer nada y cuya pereza era un asunto de escándalo, a esta razón y a no sé cuántas más parecidas Vicente sólo tenía una respuesta que, si bien usada de tanto repetirla, le parecía perentoria, “es de compadecer, dijo, él no hace nada malo, ha servido a uno de nuestros principales bienhechores; verá mal Dios que en la persona del Siervo se testimonie al Señor los sentimientos que se ha tenido por él”.

Pero ¿qué sucedió al final de una paciencia tan sostenida y tan cristiana? Algo que parece milagroso. *“Este pobre muchacho, dice una Memoria hecha antes de su muerte, se ha vuelto muy prudente y lo que es más un Siervo de Dios muy grande. Es ejemplo y consuelo de toda la Comunidad, aunque no pertenezca a ella. Se ha hecho el criado de todos los que tienen alguna enfermedad, pero él los sirve con un cuidado, con un respeto que habría que verlo para imaginárselo. Trabaja sin cesar. Se esfuerza por hacerlo todo a la perfección, sin respeto humano, sin acepción de personas, con la vista puesta en Dios. Desde hace ocho o diez años que ha empezado este tren de vida no se ha desmentido nunca. Es espiritual hasta causar admiración en los que o son más. Alguno viendo el celo con que servía a los enfermos le preguntó cómo serviría a Nuestro Señor, si estuviera aún con nosotros, bebiendo y comiendo como en otro tiempo con sus Apóstoles; a lo que respondió: Le serviría como os sirvo a vos, porque os sirvo como querría servirle a él. Ahí tenemos, continúa el autor de la Memoria, uno de los frutos de la gratitud del sr Vicente. Era admirable, y justo era que produjese efectos que lo fueran también”.*

Hemos advertido hacia 1646 que el Santo se complacía en dar a sus Bienhechores, en el tiempo de carestía, lo que habían dado en el tiempo de su abundancia. Añadiremos aquí que, cuando el bienestar no le permitía llevarlo a cabo, trataba de suplirlo con liberalidades que iban a veces más allá de sus fuerzas. Un Señor, cuyo nombre es conocido en toda Europa y que en la Congregación estaba considerado como uno de sus fundadores, tuvo la mala suerte de caer en desgracia de su Príncipe, y se vio reducido a buscar asilo en un país lejos del suyo. Vicente supo que carecía de muchas cosas, y aunque por entonces se tuviera que sufrir mucho en Francia, pidió prestados trescientos doblones (luis) para aliviarle. Por mucho que insistió, la suma no fue aceptada, porque aquel a quien se ofrecía no ignoraba el trance por el que pasaban los asuntos de S. Lázaro. Algunos misioneros que se hallaron en el mismo lugar donde este Señor se había refugiado le entregaron lo que pudieron en materia de deberes y buenos oficios: esta caridad les costó cara, y poco les faltó para no sufrir más que aquel a favor de quien la habían ejercido. Vicente fue informado de todo. Sucederá, dijo, lo que Dios quiera: *pero es mejor perderlo todo que perder la virtud del agradecimiento.*

Y sólo faltaba que estas sean las únicas pruebas de gratitud que haya dado el Santo. Mandó una vez presentar a un hombre que había hecho bienes a alguna de sus casas. Tuvo un cuidado especial de una mujer, que había servido a uno o dos apestados de la casa de S. Lázaro, por la época en que los misioneros se establecieron allí: le procuró el alimento y le pagó la pensión durante veinticinco a treinta años. Aceptó más de una vez fundaciones onerosas, de las que apenas sacaba otro provecho que el de poder ser agradecido a los que parecían desearle bien. Finalmente, para llevar esta virtud hasta donde podía alcanzar, miraba o quería que cada uno de los suyos tuviera como hecho a sí mismo lo que se hacía a uno de ellos. Por eso, a la noticia que tuvo de los Jesuitas de Bar que habían dado una sepultura honrosa a uno de sus sacerdotes –al sr de Monteuit, que había muerto en su casa–, dio a la Comunidad por tema de Conferencia espiritual la necesidad del agradecimiento, a fin de llevar a sus hijos a pedir a Dios por ellos y *a pedirle la gracia y las ocasiones de*

reconocerle favor. En cuanto a él, dice el sr de Rodès, él lo ha agradecido de todas las maneras posibles, pensando siempre en esta santa Compañía, siempre que se levantaron persecuciones contra ella; tratando de desviar las calumnias, y publicando las virtudes que ha practicado y los grandes bienes que ha hecho. Así es como el santo hombre verificaba estas palabras, que se le escaparon una vez contra su costumbre: Tengo dos cosas en mí, el agradecimiento y que no pueda por menos que alabar el bien. En el fondo, tenía una cosa y la otra en grado eminente: pero tenía otra cosa más: se ha visto hasta ahora, y lo que nos queda por decir, servirá mucho para confirmarlo.

XVII. *Su desprendimiento de los bienes de la tierra y su amor a la pobreza.*

Feliz, dice el Espíritu Santo por boca del Sabio, aquel cuyo corazón no se ha entregado al deseo del oro y de la plata, ¿dónde le encontraremos para darle las alabanzas que ha merecido? El sr Vicente ha sido este hombre raro, que no ha tenido en nada, que ha despreciado todo lo que no es Dios, y a quien los bienes temporales, las dignidades, el honor mismo y la reputación no le han parecido más que basura, *ut stercora*. Aunque los ojos más luminosos de su siglo le hayan tenido por grande en todo. No le encontraron quizás nunca más grande que cuando han analizado su desprendimiento absoluto. Para convencer a los que son menos crédulos, bastaría pedirles que reflexionaran un momento sobre estas palabras de un célebre Ministro: “*En calidad de Secretario de Estado, dice el sr le Tellier, he estado en disposición de tener un gran trato con el sr Vicente. Ha hecho más obras buenas en Francia por la Religión y por la Iglesia que nadie que yo conozca; ero me he dado cuenta en particular que en el Consejo de Conciencia, en el que era el Agente principal, no se trató nunca de sus intereses ni de los de su Congregación ni de los de las Casas Eclesiásticas que había fundado*”.

Empleaba su crédito a favor de todos aquellos que necesitaban de su protección y que la merecían: en cuanto a él, se borraba del Catálogo de los que podían esperar gracias. Sus amigos, simplemente como amigos, y sus parientes más próximos ni tuvieron nada que esperar de él. Le pidieron más de una vez a favor de algunos de sus sobrinos; él respondió siempre que prefería verlos cultivar la tierra que verlos beneficiados: y alguna vez ha declarado que desde el momento que se vio llamado al Consejo tomó delante de Dios una resolución de no servirse nunca ni para sí ni para la Congregación del poder que este nuevo empleo iba a darle. Mantuvo su palabra: él se trató con mucha más rudeza de lo que hubiera sido por un extraño; y ello ha hecho decir que a juzgar de las cosas según las ideas del mundo que perdió más de lo que ganó por ser lo que fue en la Corte. Si hubiera pedido para sí mismo la Casa de S. Julián, parece seguro que la habría obtenido, pero no pensó en otra cosa que en hacerla caer en los que la tienen hoy. Es el testimonio que ha dado un antiguo Doctrinario, cuya declaración juiciosa encontraría su lugar aquí, si no pensáramos que se ha de abreviar; y que los hechos son en esta clase de materias las pruebas que concluyen más y que se leen con menos aburrimiento.

Se puede decir que el desprendimiento de los bienes de la tierra fue la primera virtud que se destacó en Vicente de Paúl. Recordamos que era todavía niño cuando dio a un mendigo todo su pequeño tesoro; que todavía era pobre cuando dejó su Abadía para trabajar en los campos; que no aceptó la fundación del Conde y de la Condesa de Joigni más que porque no halló a nadie que quisiera hacerse cargo; que un año de súplicas y de insistencias no pudo decidirle a recibir la casa de S. Lázaro; que cuando fue cuestionada por los Señores de S. Victor, quiso dejarla; que efectivamente la habría dejado, si un gran siervo de Dios no

le hubiera asegurado que no lo podía en conciencia; y que estaba tan indiferente para el bueno o mal éxito de este grande asunto que los Jueces admirados no podían por menos de decir, que Vicente debía ser u hombre del otro mundo.

Esto es lo que ya el público sabía antes de que lo escribiéramos; pero no sabía que uno de sus sacerdotes –el sr Charles le Blanc- a punto de partir para Madagascar, habiendo legado por testamento una renta anual a la casa de S. Lázaro, el hombre de Dios le rogó que se la dejara a su familia, cosa que se ejecutó. No sabía que un Eclesiástico habiéndole traído quinientos escudos (dos mil francos de plata), Vicente, aunque reducido a extrema necesidad, los rehusó, diciendo que dos mil pobres que estaban enfermos en el Hôtel-Dieu tenían todavía más necesidad que él. No sabía que el Procurador del Rey de una de las mayores Ciudades del Reino, habiéndole entregado antes de entrar en su Congregación un bien del que era Dueño mayoritario, se lo devolvió a sus parientes, porque esta donación no era del gusto de ellos. No sabía que una vez rehusó hasta sesenta mil doblones que le ofrecían para construir una iglesia; porque no creyó poderlos aceptar sin perjudicar a los pobres de Jesucristo. Finalmente no sabía que, viendo después de la batalla del barrio de S. Antoine, su casa en gran peligro de ser asaltada por una de los dos Ejércitos, que desfilaba por aquel lugar, ordenó que en caso de que sucediera esta desgracia, todas la Comunidad fuera a la iglesia y que, prosternada a los pies del Hijo de Dios, le ofreciera, como al Dueño Soberano, sus bienes y sus muebles, y que tras la ejecución le agradeciera muy humildemente por haberla devastado.

El desprendimiento del santo sacerdote llegaba hasta su Congregación; quiero decir que no habría querido ni hacer ni permitir que los suyos dieran un solo paso procurarle los mejores súbditos o las mas hermosas Fundaciones. La máxima de dejar a Dios que lo haga todo, de abandonarse a él sin reserva, de seguir y o adelantarse a la Providencia, se presenta tan a menudo en sus cartas, que se justifica que no la perdiera nunca de vista. Le escribían de Italia que el Cardenal Brancaccio quería reunir en su Congregación a una Comunidad de buenos sacerdotes que trabajaban en Nápoles: *“Si es, respondió él, del agrado de Dios que la semilla arrojada por este Señor, crezca y fructifique, habrá que mirarlo de cerca por el momento: pero es preciso que ni ahora ni nunca demos un solo paso por ello, ni de palabra ni de obra. Somos de Dios, dejémosle hacer. Veo, escribía al sr Joly y ha repetido cientos de veces lo mismo en términos equivalentes; veo la gran necesidad que tenéis de un alojamiento en Roma -25 de marzo de 1656-, pero lo veo siempre a través de la máxima de Nuestro Señor que no tuvo nunca ninguna casa y que no quiso tenerla Me decía, escribía también a uno de sus sacerdotes en Polonia -22 de abril de 1655-, que el Rey y la Reina se marchan a Cracovia y que convendría que alguno de los nuestros se encontraran allí para intentar alguna fundación: pues yo os digo a esto, Señor, que la Compañía tiene por máxima inviolable de no solicitar ninguna Fundación; y que hasta hoy así lo ha practicado por la gracia de Dios...y si me lo cree, usará de ella siempre así. ¡Qué suerte, Sr. estar en los lugares en los que Dios nos quiere, y qué desgracia establecernos donde Dios no nos llama!”*

El Santo estaba tan lleno de estos sentimientos y tan persuadido de que no podía inculcárselos demasiado a los de la Congregación, que se atrevió un día a decir a los ojos de Dios a la Comunidad reunida en asamblea: *“Esta lengua que os habla, nunca ha pedido, por la gracia de Dios, cosa alguna de todas las que la Compañía posee ahora; y cuando no tendría más que dar un paso o pronunciar una sola palabra para hacer que la misma Compañía se estableciera en las Provincias y en las grandes ciudades y se multiplicara en número y en oficios importantes, yo no la querría pronunciar”*. Habría podido decir algo

más fuerte ya que es cierto que no guardó sino a pesar suyo ciertas Fundaciones como las de Toul y de S. Méen, y que por una especie de insensibilidad a los progresos de la Compañía, le fallaron otras, como la de N. Dame de Bétharam, que el piadoso sr Charpentier le había propuesto, y donde el Obispo del Escar, el Parlamento de Navarra y ocho Sacerdotes, que servían esta famosa Peregrinación le solicitaban que enviara a Misioneros suyos.

Siguió el mismo método con relación a las Hijas de la Caridad. No sólo no habría querido permitir que corriesen tras las Fundaciones, quería además que estuvieran dispuestas a sacrificar las que no habían buscado. Las retiró de el Mans, adonde las habían llamado, porque no habrían podido seguir allí, sin ocasionar protestas que quería evitar. Por el consejo que le dieron que los Administradores del Hospital de Nantes pensaban sustituirlas por Religiosas Hospitalarias, escribió enseguida a estos Señores que había oído decir muchas cosas buenas de éstas últimas; que las había en Dieppe que hacían maravillas; y que por poco que quisieran despedir a las Hijas de la Señorita le Gras, les rogaba humildemente que lo hiciesen sin cumplidos. Para inspirar el mismo espíritu a esta prudente Institutz, le envió su carta abierta, y dio orden a su portador que le dijera que este despido no debía producirle pena; que el espíritu del Cristianismo quiere entremos en los sentimientos de los demás; y que, cuando se deja obrar a Dios, él sabe bien sacar su gloria de los cambios que hacen los hombres.

Este perfecto desprendimiento de todos los bienes del siglo nacía al menos en parte del gran amor que tuvo Vicente a la pobreza. Aunque antes de conocer los designios de Dios sobre él tuviera alguna razón para pensar en su Fundación, ha confesado que sentía dentro de sí mismo no sé qué movimiento secreto que le hacía desear no tener nada propio, y vivir en Comunidad. Dios le ha concedido lo uno y lo otro. Se ha visto Padre de una numerosa familia, y si el estado, en que la Providencia le ha colocado, no ha sido incompatible con una verdadera propiedad, ha sabido hacerle compatible con una pobreza muy rigurosa.

Su regla, que no es siempre la de las personas situadas; su regla era de tomar para sí lo peor que había. Llevaba la ropa tanto y por todo el tiempo que podía ponérsela. Para no tenerla nueva lo menos posible, mandaba remendar la suya; o, lo que le pasó varias veces, se ponía la que la gente poco más i menos de su talla había llevado ya. Con eso tuvo siempre el talento de andar siempre tan limpio como un hombre de su estado podía estar; y un Señor de distinción que le visitó, y le encontró vestido con una sotana muy usada con remiendos en las mangas, se impresionó tanto que dijo algún tiempo después en buena compañía, que la pobreza y la limpieza del sr Vicente le habían edificado mucho. La necesidad en que se vio de ir a menudo a la Corte, y allí asistir al Consejo, no cambió nada de su tren de vida. Se presentó ante los Reyes como se presentaba ante su Comunidad. El Cardenal Mazarino bromeó alguna vez: y tomándole un día por el ceñidor que estaba muy desgarrado: Miren, dijo al círculo de la Reina, cómo viene vestido el sr Vicente a la Corte y qué hermoso cinturón trae. Quizás en la hora de la muerte este rico Ministro hubiera querido cambiar de alma y de fortuna con el pobre Sacerdote.

La alimentación respondía al las ropas, y el alojamiento respondía a ambas cosas. Por lo que se refiere al alimento, ninguna distinción entre él y los suyos que le de una más austera penitencia. Estaba encantado cuando le faltaba algo o cuando podía pasarse con el bocado que otro no había querido. El mismo plan en sus enfermedades: enfermo y todo como estaba, se tenía prohibido lo que no se permitía a sus Hermanos. El ejemplo del Apóstol de las Indias mendigando el pan le parecía algo admirable. Lo seguido alguna vez en el campo, donde urgido por el hambre y sin dinero (pues de ordinario no lo llevaba) se iba tan

contento a casa de algún pobre campesino a pedir un pedazo de pan por el amor de Dios. Por sobrio que fuera en el uso de los alimentos, encima se los reprochaba, porque no veía en sí más que a un siervo inútil que no tiene *derecho a alimentarse: de ahí aquella expresión que ya hemos contado, y que tan poco le convenía a él: Ah, miserable, que no te has ganado el pan que te comes.*

En cuanto a su vivienda, era ante todo lo más lastimoso que se pueda imaginar. Una Habitación sin chimenea, una cama sin cortinas, un jergón sin colchón, una mesa sin tapiz, paredes sin sombra de tapicería, dos pobres sillas de paja, una sola imagen de papel, con un Crucifijo de madera; ese era todo su mobiliario. Confieso, dice en su declaración el primer Médico del Rey, que me quedé aturdido cuando vi a un hombre de tantos méritos y de una reputación tan grande, alojado tan miserablemente y no teniendo por muebles más que lo indispensable. Me di cuenta también, añade, de que, aunque en edad proveya y sufriendo mucho por sus úlceras en las piernas, no se acostaba más que sobre unas pajas; lo que no impedía que se viera en su rostro una santa alegría, que daba a entender que sufría no sólo con paciencia sino con regocijo.

El espíritu de pobreza le seguía a todas partes. Si necesitaba calentarse en invierno, preparaba la leña, sólo la ahorraba en provecho de los pobres. Si encargaba hacer Ornamentos para su iglesia, quería que, con la excepción de los de Fiestas solemnes, no fueran más que de estambre; si a los viejos muebles que no podían servir más, se los sustituía por otros de mayor precio del que eran los primeros, los mandaba quitar. *“Porque, decía él, el bien de la casa es el bien de los pobres; nosotros somos sus ecónomos, pero no somos sus dueños, y todo lo que no es necesario será la materia de una gran cuenta”.*

Se comprende fácilmente que esta gran amante de la pobreza se esforzaba por inspirárselo a sus hijos, *“Es verdad, les decía, que no somos Religiosos, porque no se creyó oportuno que lo fuéramos, y que tampoco somos dignos de serlo; pero no es menos cierto que la pobreza es el nudo de las Comunidades y en particular de la nuestra. Es este nudo el que desligándola de todas las cosas de la tierra, la unirá perfectamente a Dios. “Ay, añadía, ¿qué será de esta Compañía si da entrada a la codicia de los bienes, que el Apóstol dice que son la raíz de todos los males? ...Si esta desgracia sucede, ¿cómo se vivirá entre nosotros? Dejemos ahí a las pobres gentes de los campos; que las cuiden sus párrocos, si les parece bien; vivamos plácidamente sin preocuparnos tanto. De forma que la ociosidad seguirá al espíritu de avaricia; no nos ocuparemos ya más que de conservar y aumentar los bienes temporales y en buscar nuestras propias satisfacciones; y entonces se podrá decir adiós a todos los ejercicios de la Misión, y a la Misión misma; porque ya no las habrá. Basta con leer las Historias y se verá una infinidad de ejemplos, que muestran que las riquezas y la abundancia de los bienes temporales, han sido la causa no sólo de muchos Eclesiásticos, sino también de las Comunidades enteras; y que, por no haber sido fieles a su primer espíritu de pobreza cayeron en el colmo de la desgracia”.*

Al presentarle un día uno de sus sacerdotes la necesidad de su Casa: *“Y ¿qué hace usted, Señor, le preguntó el Santo, cuando le falta así lo necesario? ¿Ha recurrido a Dios? Sí, a veces, respondió el otro. Pues bien, le replicó Vicente, esto es lo que hace la pobreza; ella nos hace pensar en Dios, elevar nuestro corazón a él, en lugar de que nos olvidaríamos de él si tuviéramos todo lo que nos hace falta. Por eso siento un gran gozo al ver que la pobreza voluntaria y real está prácticamente en todas nuestras casas: existe bato esta pobreza una gracia oculta que no conocemos. Pero, replicó este misionero, vos procuráis bienes a los demás pobres, y dejáis tirados a los vuestros. Ruego a Dios, dijo el santo*

hombre, que le perdone estas palabras; ya veo que las ha pronunciado con toda sencillez.: pero sepa que no seremos ya nunca ricos mas que cuando seamos parecidos a Jesucristo”.

Estos consejos apoyados por los grandes ejemplos de quien los daba llegaron a causar una gran impresión en el corazón de sus Hijos que, hablando en general, no había ya nada en la tierra que los detuviera: Vicente que no fue nunca gran Panegirista de los suyos, sobre todo estando presentes, después de decirle un día que un hombre que tiene el verdadero espíritu de pobreza no teme a nada, que lo puede todo, y que va por todas partes, no puede menos que decir que, por la misericordia de Dios, este espíritu se hallaba en la Congregación, que era necesario pedirle al Cielo que continuara, y tenerse por feliz de morir pobre a ejemplo del Salvador, que comenzó por un pesebre y acabó por la Cruz.

XVIII: *Su mortificación.*

Si es glorioso seguir al Señor, se ha de estar de acuerdo que nada cuesta más a la naturaleza; ya que, como lo advertía Vicente de Paúl, el primer paso que tienen que dar los que quieren caminar en pos del Hijo de Dios, es renunciarse a sí mismos, llevar su cruz y perseverar en una cosa y la otra hasta el fin. Lo que este santo hombre encontraba tan difícil lo hizo cada día o más bien cada momento de su vida; y se ha dicho de él con toda exactitud, que a la sombra de una vida común y que no tenía nada que pareciera distinguirla de la de los buenos Eclesiásticos de su tiempo, la mortificación interior y exterior es tal vez de todas las virtudes la que más universalmente y constantemente ha practicado.

Por mortificación interior entiendo, como él mismo lo entendía, la que tiene por objeto inmediato el juicio, la voluntad, los instintos del corazón, las más dulces, las más tiernas inclinaciones de la naturaleza. Por mortificación exterior entiendo según él también, la que doma la carne y crucifica todos los sentidos. Para dar a conocer hasta qué punto llevó una y otra, debemos seguir el Proceso Verbal de la Canonización: es uno de los más hermosos, de los más nutridos, de los más metódicos que se hayan visto jamás. Comencemos por la mortificación interior.

Aparece en primer lugar en la reforma que hizo de su temperamento. Por mucho que se combatía la naturaleza, ella vuelve casi siempre. Si se la reprime en las ocasiones previstas, se revela en las ocasiones súbitas, y hay pocos hombres que al estudiar a otro hombre, no descubran en él por lo menos a la larga lo que no se había visto al principio. Vicente era bilioso por naturaleza, tenía el aire severo naturalmente y un poco duro. Sin embargo supo vigilarse a sí mismo tan bien, forzarse, violentarse, que desde el retiro que realizó en Soissons en 1621, ha sido considerado siempre por los de su Congregación y por todos los extraños que le trataron como un modelo de mansedumbre y de afabilidad. Él mismo tenía este cambio como una especie de milagro, y se lo atribuía a la piedad de aquellos que le habían propuesto adoptar un rostro menos sombrío y menos austero.

Combatía con tanta fuerza el amor propio, que juzgando tan sólo por las apariencias, se habría dudado soper ese lado era hijo de Adán. No se callaba nada de lo que podía traerle algún desprecio y suprimía todo lo que pudiera convertirse en su gloria. Jean-Baptiste Daulier Secretario del Rey había sido esclavo en Argel y sabía muy bien que Vicente lo había sido en Túnez. Al contarle de buena gana sus aventuras al Santo, le habría encantado que el Santo le hubiera contado las suyas. Le colocaba a propósito en situación de hacerle hablar, pero confiesa en su declaración que nunca había podido sacarle una palabra en este asunto. Veinte veces tuvo ocasión de decir algo en las Asambleas de las Damas en las que presidía: veinte veces que guardó silencio.

Le daban a veces noticias que conocía de fuente, y mejor que los que creían dárselas. Las escuchaba como si nunca hubiera oído hablar de ello. Es cierto que la educación les hace decir algo parecido a los que tienen educación, pero de ordinario la esperanza del regreso es el principio de su complacencia. El único objeto de S. Vicente era mortificar el amor propio, al que no le gusta parecer ignorar lo que saben los demás. Por lo demás no contaba con la revancha. Le hemos visto, dice el sr Vatebled, comenzar una Historia interesante, detenerse repentinamente, porque se había figurado más que otro arrojarle a nuestros pies al descender de la carroza, humillarse por el pretendido orgullo que le llevaba a hablar de sí.

De tal forma estaba en guardia contra las ilusiones del corazón humano, que salía al frente de todo cuanto podía favorecerlas. *“Yo decía, escribía en 1633 a uno de sus sacerdotes, decía con consuelo estos días pasados, predicando en una Comunidad, que soy hijo de un pobre labrador; y en otra Compañía, que he guardado los ganados: me creeríais, Señor, que temo tener vana satisfacción por ello, por razón de lo que sufre la naturaleza”*. Se me permitirá que lo diga de paso: Si, a juicio de los Santos, las humillaciones que más cuestan al amor propio pueden por reflexión servirle de alimento, y ¿hay en la tierra alguna situación que esté exenta de peligros? ¿Hay un momento en que el mismo justo no necesite de vigilancia?

No voy a repetir cuanto dije de la sumisión de espíritu y de corazón que tuvo por las luces y los sentimientos de los demás, siempre que pudo hacerlo sin herir la sumisión que debía a la Iglesia: pero aunque he hablado más de una vez de la especie de indiferencia que pareció tener por sus parientes no puedo dispensarme de hacer ver que fue en él efecto de la más viva y más continua mortificación. *“¿Pensáis, decía a alguno que le presionaba a fin de hacerles bien, pensáis que no quiero a mis padres? Siento por ellos todos los sentimientos de ternura y de afecto que otro cualquiera puede sentir por los suyos; y este amor me suplica bastante para que los asista, pero debo obrar según los movimientos de la gracia y no según los de la naturaleza, y pensar en los pobres más abandonados, sin pararme en los lazos de la amistad o del parentesco”*.

Estos son en dos palabras el plan y los motivos de la conducta tan sorprendente, que guardó el Santo con su familia.

Él la quería, y la quería con tal ternura que, habiendo visto con sus propios ojos el estado en que se encontraba, tres años de reflexión no pudieron suavizar la pena que sentía por ellos. Si no hubiera consultado más que a la carne y a la sangre, él la habría sacado de apuros: pero como hombre sólidamente cristiano, quiso vencer la violenta inclinación que le llevaba hacia esa parte; imitar a este Hijo tan santo y tan tierno, que en una ocasión pública pareció no conocer ni Madre ni Hermanos; y considerar en el empleo de sus limosnas, como a sus parientes más próximos, no a los que lo eran en efecto, sino a los que tenían más necesidad de ser aliviados. Así a lo que un misionero, que hallándose en Gascuña, había por propia iniciativa visitado a los parientes del santo sacerdote, le dijo a su regreso que los había visto llenos de religión y de caridad, pero que no tenían pata vivir más que el estricto producto de su trabajo: *“Ay, le respondió, ¿es que no son felices? Y pueden estar mejor que en un estado en el que cumplen la Sentencia de Dios, que dice que el hombre debe ganarse el pan con el sudor de su rostro”*.

Estos principios tan duros para un corazón como el suyo, el Santo los siguió desde el mismo momento que pudo absolutamente verse libre. Dufresne, aquel sólido amigo, que hizo entrar a Vicente en la casa de la Reina Margarita y a quien Vicente a su vez hizo entrar en la Casa de los Gondi, le dio hacia el año 1650 cien doblones para sus parientes. El

hombre de Dios no los rechazó, pero dio a entender al bienhechor que su familia podía vivir como había vivido hasta entonces; que este nuevo socorro no serviría para hacerla más virtuosa; que además sería la única en aprovecharse de ello; y que creía que una buena Misión dada en toda la parroquia valdría más a los ojos de Dios y de los hombres. Dufresne se rindió a estas razones: pero el Santo habiendo transcurrido suficiente tiempo sin encontrar la ocasión de ejecutar este proyecto, las guerras civiles que siguieron, desolaron la Gyuyenne, lo mismo que otras Provincias más, los parientes de Vicente de Paúl fueron de los peor maltratados, se lo quitaron todo, y algunos hasta perdieron la vida. El santo hombre reconoció entonces que era debido a una disposición especial de la Providencia no haber podido enviar misioneros a Poy. Fueron varios días, varias semanas incluso alabando y bendiciendo a Dios por una protección tan visible, mandó salir una diligencia con el socorro que el cielo había preparado a su familia; y con el parecer de sus sacerdotes dejó su entera y plena disposición al sr de S. Martin Canónigo de Acqs su antiguo amigo. Esta es la única ayuda que haya hecho a sus padres un hombre, a quien le habría resultado tan fácil acomodarlos, y a quien su inclinación llevaba al menos a sacarlos de la miseria. Se ha de estar muero a los suyos y a sí mismo para abrazar un sistema tan riguroso, y no apartarse de él jamás.

Pero ¿se necesitaría otra prueba de la mortificación interior de nuestro Santo que su perfecta ecuanimidad de espíritu? Él la poseyó en un grado tan alto que hizo mediante el movimiento de la gracia, la calma de sus pasiones, la más exacta conformidad a las voluntades de Dios, lo que el Sabio de los Estoicos no hizo nunca por ostentación. Su Historia nos ha dado pruebas que sería difícil hallar en la vida de los mayores Santos. En ellas le hemos visto tranquilo en medio de las confusiones de la guerra, como en el seno de la paz, en las enfermedades como en la mejor salud, en los éxitos como en los acontecimientos más tristes. Para conseguirlo es preciso de algún modo no vivir ya o no vivir como S. Pablo más que de la vida y de los sentimientos de Jesucristo. Es preciso haber enterrado al hombre viejo con todos sus deseos. Es preciso no conocer ya ni inclinación ni instinto. Podía tenerlos todavía, era incluso imposible que no los tuviera: *“Pero, dice el sr Alméras su sucesor, era tan dueño de ellos que en todo el tiempo que he empleado en estudiarlo, nunca pude descubrir nada”*.

No ha sucedido lo mismo con la mortificación exterior; con todo el cuidado que haya tenido en por ocultar una parte y en disfrazar la otra, la hemos conocido lo suficiente para juzgarle digno de ocupar un lugar distinguido entre los más ilustres penitentes. Esto es lo que nos enseña el Proceso Verbal de la Canonización. Los que vieron que era demasiado poco, no tienen más que intentar durante ocho días lo que hizo durante más de cuarenta años sin descanso y sin interrupción, y es seguro que no tardarán de cambiar de parecer.

No se acostaba casi nunca hasta después de medianoche, porque los grandes asuntos que se le acumulaban no le permitían acostarse antes. Un mal jergón era toda su cama; y cinco años antes de su muerte mandó quitar las sábanas. Hubiera dormido o no, disfrutara de buena salud o tuviera fiebre, lo que le sucedía a menudo, se levantaba regularmente a las cuatro de la mañana. Al despertar se aplicaba la disciplina: se habían dado cuenta desde el tiempo que era párroco de Chatillon; un Hermano cuya habitación estaba contigua a la suya ha asegurado que no la dejó nunca durante doce años que fue su vecino. Este rigor no fue el único de la misma especie que daba al cuerpo; a él unía otros para pedir a Dios gracias particulares o para domar su cólera en tiempos de calamidades públicas. El cilicio, los brazaletes y los cinturones de cuero con pinchos eran también instrumentos cuyo uso le era familiar. La camisa de esparto con que los reemplazaba de vez en cuando y que subsiste

todavía hoy hace temblar a los que están hechos a la mortificación. Por lo demás, ha sido poco a poco, y siempre por casualidad, como se ha descubierto el grado y la medida de su penitencia; porque tenía tanto cuidado de que nada saliese al exterior, como ardiente era en practicarla.

Cada día y durante los inviernos más rigurosos daba todas las mañanas más de tres horas a la oración, a la preparación y acción de gracias antes y después de la misa. Se ponía de rodillas sobre el pavimento, sin haber querido nunca permitir que cubriera de una estera donde acostumbraba a colocarse. Enemigo, y casi asesino de su cuerpo, tenía las manos al aire en las estaciones más severas. Si se calentaba alguna vez, ahorraba la leña, como un bien que no le era dado más que de limosna. La hinchazón de sus piernas unida a aquella fiebre cuartana que le venía dos veces al año, no le impidió de caminar a pie mientras que se pudo sostener, no trabajar tan exactamente como si hubiera gozado de la mejor salud. Aparte de los ayunos prescritos por la Iglesia, y de los cuales no se dispensó nunca, ayunaba de ordinario dos veces a la semana, y sus achaques ni su vejez pudieron hacerle perder la costumbre. Su alimentación fue siempre de lo más común y de lo más ordinario. Ninguna diferencia entre él y el último de los suyos, ni en la cantidad ni en la calidad de las viandas. Lo que había de menos apetitoso en su porción era siempre lo que escogía. Pero no se quedaba ahí; y por miedo en halagar lo menos del mundo a su sensualidad, que se desliza por todas partes, echaba de cuando en cuando a sus alimentos un polvillo amargo, que los hacía muy desagradables.

Dondequiera que se encontrase, comía y bebía muy poco; no es que le faltara el apetito, sino que se había formado el plan de no contentarlo nunca. Aunque entrara con frecuencia muy tarde al Refectorio, había acabado siempre antes que el resto de la Comunidad. Cuando se encontraba a segunda mesa, se ponía con los criados para ser servido como ellos los restos de la primera. Si ocurría después de que se había servido todo, y que le hubieran quitado el vino, no lo pedía nunca y se contentaba con agua pura; después de todo, estaba tan mortificado por el artículo del vino, incluso en su extrema ancianidad, que beberlo o no beberlo era para él más o menos la misma cosa. Sin embargo nadie necesitaba más que él coger fuerzas: por tarde que volviera para comer, fuera dos o tres horas después de mediodía, se quedaba siempre en ayunas; siendo su regla no tomar nada por la mañana. Es cierto que a fuerza de insistir, le inclinaron al fin a aceptar una especie de caldo: mas como allí no entraba más que agua pura, achicoria salvaje, y un poco de cebada mondada; era más bien una medicina que cualquier otra cosa.

A la edad de ochenta años pasados, ayunaba la Cuaresma con más rigor que un hombre robusto en la flor de la edad. El bacalao, el arenque, y demás escabeches eran su alimento pues lo eran de la Comunidad. Le quisieron engañar alguna vez sirviéndole a segunda mesa pescado fresco, en lugar del pescado salado que se había servido a sus Hermanos; pero este artificio inocente fue pronto descubierto por un hombre a quien el amor a la mortificación le hacía cauto y vigilante. Se informaba cuidadosamente de lo que se había dado a los otros, y había que tratarle como a ellos, de otra manera no habría tomado nada en absoluto. Por la noche un trocito de pan, una manzana y agua enrojecida constituían toda su colación. A veces, aun cuando no fuera ni ayuno ni abstinencia, cuando llegaba de la ciudad algo tarde, se retiraba a su habitación sin comer; o se iba derecho a la iglesia, si era un día de conferencia espiritual. Finalmente era tan duro consigo mismo, que el Cardenal de la Rochefoucault a quien se informó de ello, le rogó moderar sus austeridades, y administrar, por el bien de la Iglesia, los días de los que Dios quería sacar su gloria.

Sin embargo esto no es sino una parte de las mortificaciones del santo sacerdote. Su máxima era que se puede cada cuarto de hora al día mortificar su carne bien sea manteniéndola en una situación penosa, bien exponiéndola a las intemperies del aire, o bien no concediendo a los sentidos exteriores nada de lo que pueda satisfacerlos: pues esta máxima que supone un castigo continuo, Vicente la practicó con una fidelidad que tiene poco ejemplo. Más modesto a los ojos de Dios solo que un joven escolar a los ojos de su Maestro, no se colocaba nunca sino en una postura incómoda. El sueño, que le agobiaba después de aquellos crueles insomnios que ya hemos dicho, le obligaba a estar de pie, a pesar de la hinchazón de sus piernas, o a no sentarse sino de forma a propósito para despertarse; es decir, muy molesta.

Aunque fuera muy sensible a las impresiones del aire, no tomaba ninguna precaución para evitarlas. Nunca guantes, ni en casa ni en la ciudad, muy rara vez incluso en los viajes más largos.

Lo que recrea a los demás hombres se convertía para él, por el sacrificio que sabía hacer de ello, en un asunto de mortificación. Un viajero que recorre los Campos recibe placer al contemplar su belleza y matices: si al entrar en la ciudad se le presentan unos fuegos artificiales o una iluminación, goza al menos un momento de este inocente espectáculo; Vicente conocía gozos más puros y menos disipados. Ponía los ojos en un pequeño crucifijo que llevaba entre las manos. La imagen de su Salvador constituía todo su consuelo, no quería ningún otro.

Nunca se le vio coger ni oler una flor: la naturaleza habría recibido su recompensa con ello, y él había hecho una especie de voto de no concederle nada. Con respecto a la infección y malos olores que se respiran en los Hospitales o en las casas de los pobres enfermos, se hubiera creído que eran para él lirios y rosas. Se tenía en ellos menos con paciencia que con satisfacción. En los días que pasó en S. Méen durante los disturbios del Reino, se ocupó con mucho afecto en confesar a los pobres peregrinos, que en su mayor parte estaban cubiertos de una agalía pestilente y contagiosa; y a lo que le advirtieron que su salud podría verse alterada: *“No temáis, les respondió, este ejercicio me da fuerzas, en lugar de debilitarme; y yo en otro tiempo ya me curé de la fiebre cuartana por habar pasado una noche de Navidad entera en el confesionario”*. Como no empleaba la lengua más que en alabar a Dios, recomendar la virtud, combatir el vicio, instruir, edificar, consolar al prójimo; asimismo no abría las orejas más que a los discursos que tendían al bien. Su regla era cerrarlas a las vanas curiosidades, a las noticias inútiles, y mucho más a las que podían herir la caridad; así como a las alabanzas que no se le podían negar; no sucedía así con las palabras injuriosas que la venganza y el despecho le prodigaron de vez en cuando: las expresiones más duras, más humillantes eran para él lo que para un hombre de mundo un concierto delicioso; la única pena que haya tenido es que se ofendía a Dios con ellas.

En cuanto al gusto, pareció haberle sometido hasta quitarle toda sensación. El frío y el calor, lo bueno y lo malo eran para él cosas del todo indiferentes. Existen pocas personas, si es que hay alguna, de las que no se pueda decir que prefieren tal género de alimentos y tales no, Vicente por mucho que hayan estudiado su apetito Hijos a quienes les habría encantado conservarle, no dejó entrever nada por esa parte. Le sirvieron una vez por descuido huevos crudos, se los comió como si hubieran estado en su punto. Se habría tomado hiel por aceite si se lo hubiesen dado confundido: al menos es cierto que tomaba de una vez y en diferentes ocasiones las medicinas más amargas y más repugnantes. Al verle ir al Refectorio, se pensaba que no iba más que porque se ha mandado al hombre que no se deje morir de hambre. Su continencia, su moderación, su medida, su atención a todas las reglas

de urbanidad marcaban a un hombre que como únicamente para vivir, o más bien para languidecer. Su ejemplo había producido tal impresión en su Comunidad que un gran número de externos de todas condiciones, que en su tiempo se hallaron en el mismo Refectorio, publicaron con admiración que no habían visto nunca tal recogimiento, tal aspecto de insensibilidad en una acción, que por sí misma no inspira ni lo uno ni lo otro.

Aunque tan grandes ejemplos valieran más que todas las lecciones del mundo, el Santo no dejaba de darlos bien sólidos sobre la doble mortificación de la que acabamos de hablar. Advertía, que estas palabras del Salvador, *Si alguno quiere seguirme, que se renuncie a sí mismo y lleve su cruz*, trazan el primer paso que se ha de dar en el Cristianismo; que, a pesar de todo, son escuchadas por poca gente; que se pueda decir de él lo que decía en otra ocasión el Hijo de Dios, *Non omnes capiunt verbum istud*; que el número de los que se dan a Jesucristo para seguirle bajo condiciones tan rigurosas es demasiado pequeño; y que de tantos miles de personas que durante su vida mortal se acercaron para oírle, se encontraron bien pocas que no le hayan abandonado, porque les faltaba la primera disposición que exige a sus Discípulos; es decir, del amor sincero a la mortificación y a las cruces.

De allí pasando, según su costumbre, a un detalle práctico, según el cual los principios generales sirven de poco, hacía ver que la verdadera mortificación no da tregua ni al alma ni al cuerpo; y que sacrifica el juicio, la voluntad, los sentidos, las pasiones, las propensiones más suaves y más naturales; el juicio, llevando al hombre a estimar menos sus ideas que las de los demás; la voluntad, haciéndole seguir el ejemplo del que durante todo el curso de su vida y hasta su muerte jamás hizo la suya, sino siempre la de su Padre: *Quae placita sunt ei facio semper*; los sentidos, teniéndolos sometidos a Dios; y sobre todo vigilando sin cesar sobre *la curiosidad de ver y de escuchar*; curiosidad tan peligrosa y que tiene tanta fuerza para apartar el Espíritu de Dios. Finalmente las propensiones más naturales, y principalmente la pasión que domina en muchos de hacer lo posible y lo imposible para conservar su salud. “*Ya que, añadía él, esta solicitud desmesurada por estar bien y este miedo excesivo a sufrir alguna incomodidad que se ve en algunos, que ponen todo su espíritu y toda su atención al cuidado de su “pequeña” vida, son grandes impedimentos al servicio de Dios, que les quitan la libertad de seguir a Jesucristo. ¡Oh Señores y Hermanos míos, continuaba el S. Hombre, somos los Discípulos de este divino Salvador, y sin embargo nos encuentra como a esclavos encadenados! ¿A qué? A un poco de salud; a un remedio imaginario; a una enfermería donde nada falta; a una casa que nos gusta; a un paseo que nos divierte; a un descanso que suena a pereza. Pero, dirá alguno, el médico me aconseja que no me dedique tanto, que vaya a tomar el aire, que cambie de lugar. ¡Qué miseria y qué debilidad! ¿Dejan acaso los Grandes su residencia ordinaria porque se sienten alguna vez indispuestos? ¿Abandona un Obispo su Diócesis? ¿Un Gobernador, su puesto? ¿Un Burgués, su ciudad? ¿Un Comerciante, su casa? ¿Lo hacen los propios Reyes? Raramente, y cuando están enfermos, se quedan donde se encuentran. El difunto Rey (Luis XIII) se sintió enfermo en S. Germain-en-Laie, y allí se quedó cuatro o cinco meses sin dejarse llevar a otra parte, y allí murió al fin con una muerte verdaderamente digna de un Rey Cristianísimo”.*

“*¡Oh Salvador!, añadió en otra ocasión, después de observar que la sensualidad se encuentra hasta en las devociones y las acciones más santas; oh Salvador, dadnos la gracia de deshacernos de nosotros mismos, haced, por favor, que nos odiamos para amaros más perfectamente, vos que sois la fuente de toda perfección y el enemigo mortal de la sensualidad: dadnos el espíritu de mortificación y la gracia de resistir siempre a este amor propio que es la raíz de todas nuestras sensualidades”.*

XIX. Su pureza

Cuando la pureza no fuera absolutamente necesaria a todos los Cristianos, sería siempre de una necesidad indispensable para todos los Eclesiásticos. La gente del mundo que se perdonan los más clamorosos excesos, no perdonan nada a los Ministros del Hijo de Dios: triunfan de sus caídas más ligeras; erigen sus propias sospechas en pruebas demostrativas; y parecen creerse inocentes porque encuentran a otros hombres que no lo son. Vicente de Paúl no perdonó nada para preservarse a sí y a los suyos de este formidable escollo; vamos a hacerlo ver, pero lo más brevemente posible; persuadidos de que, teniendo en cuenta la volubilidad de la imaginación, el detalle más honroso a la pureza parece producirle siempre un no sé qué de daño.

Se siente en general que un hombre que llevaba continuamente en su cuerpo la mortificación de Jesucristo, que tiranizaba su carne por la más austera penitencia, y de quien se hubiera podido decir, como del santo Precursor, que no comía ni bebía; se siente, digo, que un hombre de este carácter tenía y debía tener un gran dominio sobre sí mismo. A pesar de ello, era tan vigilante, tan tímido como si hubiera visto a sus lados al Ángel de Satán, que abofeteaba a S. Pablo. Para romper las medidas de este cruel enemigo de la salvación, se formó muy pronto las cinco reglas siguientes, de las que no se separó nunca.

1°. No hacía visita a ninguna mujer, ni siquiera a las Damas de su Asamblea, mas que cuando se trataba de la gloria de Dios hacerlas. La Señorita le Gras, cuya virtud honraba, era tratada en eso como las demás. Era algo convenido con ella desde el principio de la estrecha y santa unión que Dios formó entre ellos. *Si deseáis, le escribía él un día, que yo tenga la suerte de veros en vuestra enfermedad, hacédmelo saber. Yo me he impuesto la ley de no ir a veros, sin que me sea pedido como algo necesario, o muy útil.*

2°. Incluso una vea alcanzada la edad decrepita, y ya más que octogenario, no se encontró nunca a solas con una mujer, ni en su casa ni en casa de ella. En todas partes tenía un acompañante, que tenía orden de no perderle de vista. Si le hablaban de asuntos de conciencia, ese mismo acompañante se apartaba un poco, pero siempre al alcance de la vista. La Duquesa Mariscal de Chombert habiéndole ido a ver a su casa, el que tenía a cargo ir al locutorio con él, se retiró por respeto, y cerró la puerta; Vicente le llamó al momento, le hizo reconocer su falta y le prohibió alejarse. Hizo lo mismo en varias ocasiones parecidas.

4°. Aunque tuviera que tratar con frecuencia con personas que necesitaban consuelo, no se servía para mitigar la amargura de su corazón más que de las palabras y de las máximas de la Escritura. Ignoraba esas expresiones afectuosas que no podrían curar un mal más que con otro. *“Quiero creer, decía una vez, hablando de una carta demasiado tierna, sobre la cual le habían consultado; quiero creer que la persona que os ha escrito con tanta ternura, no tiene ninguna mala intención; pero hay que confesar que su carta es capaz de producir algún daño a un corazón que tuviera alguna disposición a ello, y que sería menos fuerte que el vuestro. Quiera Nuestro Señor guardarnos del trato de una persona, que pueda producir alguna pequeña alteración en nuestro espíritu”.*

5°. Como sabía que la pureza se parece a esos espejos valiosos, cuyo brillo queda empañado por un ligero soplo, era tan prudente, tan circunspecto en sus discursos y en sus conversaciones como no era posible serlo más. La palabra misma de castidad le parecía demasiado expresiva y la sustituía de ordinario por la de pureza, que presenta un sentido más amplio; si se trataba de corregir el desorden del libertinaje, que se pierden y pierden a otros más con ellas, no se refería a ellas más que por el término de *pobres criaturas*; y a su

incontinencia con el *de desgracia* o *de debilidad*. Una expresión libre le hacía enrojecer, y si podía hacerlo, reprendía en ese instante a los que la habían dicho delante de él.

Por medio de estas precauciones rigurosas fue como, si bien calumniado en ciertos puntos, como su Maestro lo fue, su reputación, no más que la de su divino Maestro, nunca fue manchada en materia de la amable virtud de la que estamos hablando aquí. Al contrario, fue considerado, y mereció serlo, como uno de los mayores celosos de la castidad. Se sabe que, en las Misiones ha protegido de un peligro próximo a cantidad de jóvenes y de mujeres que estaban a punto de ceder a vivas e insistentes importunidades; que en las Provincias desoladas por la guerra, vistió y alimentó a un número prodigioso de ellas, a las que la miseria y el hambre iban a poner en graves peligros; que la Lorena, donde su nombre no debe morir nunca, le es deudora del honor de sus vírgenes a las que hizo venir a París por grupos y que, por medio de las Damas de su Asamblea, hallaron un asilo con personas conocidas y piadosas; y que finalmente, bajo sus auspicios, dos santas e ilustres Viudas – Señoras de Polalion y le Gras-, que eran sus hijas en Jesucristo, abrieron sus casas a miles de palomas que estaban acorraladas, y a quienes un día de retraso les hubiera costado la pérdida de la inocencia. Estas palomas mismas, aunque retiradas en el Arca, necesitaban, según él, ser cuidadosamente vigiladas: quería que no se las perdiera de vista, ni de día ni de noche; en este sentido escribió a una Hermana de la Caridad, que vivía en Varsovia, y esto por advertencias de la Reina de Polonia –carta a la Hermana Moreaux del 8 de abril de 1654-.

Hemos visto en otra parte lo que hizo y mandó hacer a favor de las Hijas de Santa Magdalena. Tenía en la cabeza y lo habría llevado a cabo un mayor plan si la muerte que se lo llevó no se lo hubiera llevado demasiado pronto. Este gran hombre que al cabo de la carrera estaba tan fresco para el bien como so hubiera hecho más que comenzar formó en sus ancianos días el plan de un Hospital para las jóvenes y las mujeres abandonadas y sobre todo para las que trafican con el honor y la pureza de las demás. Había celebrado ya sobre el tema largas Conferencias con personas de piedad; y, aunque lo viera claro que un proyecto de esta naturaleza tendría que pasar por muchas dificultades en la ejecución, no hay duda de que su paciencia se las habrían dejado vencer como había vencido tantas otras. Así hablaba de ello el sr Abelly, cuando publicó la Historia del Siervo de Dios: pero lo que no era por entonces más que una conjetura, se convirtió en algo más, pocos años después de la muerte de nuestro Santo. Su prudencia y su valor le sobrevivieron en la persona de los asociados a él en esta obra buena; y ha sido felizmente terminada.

Si Vicente estuvo tan atento a conservar la pureza en personas extrañas, ¿cuál debió ser su celo por la de sus Hijos? Hemos de confesar de buena fe, si no se conociera la extraña corrupción del corazón humano, se creería que extremó las precauciones. Un sacerdote que hacía en una parroquia de Varsovia las funciones curiales le preguntó si, cuando visitaba a las enfermas necesitaba llevar acompañante –carta del 22 de abril de 1655-. “¡Oh Jesús! Señor, le respondió, conviene mucho tener cuidado de no faltar en esto. Cuando el Hijo de Dios ordenó que los Apóstoles fueran de dos en dos, veía sin duda grandes males en enviarlos solos. Ahora bien, ¿quién querrá suprimir una costumbre que él introdujo entre los suyos, y que la Compañía ha seguido siempre? La experiencia ha hecho ver a cantidad de Comunidades de Religiosas que es necesario que la puerta de la enfermería esté abierta y las cortinas del lecho corridas en los Monasterios mientras administran los Sacramentos los confesores, y están cerca de las enfermas, a causa de los abusos que se han encontrado en este tiempo y en esos lugares. Un sacerdote de la Congregación, añade, me dijo que habiendo una vez, antes de entrar con nosotros, administrado le Extrema Unción a una

persona cuya profesión era muy santa, y habiéndole preguntado si no le quedaba todavía alguna cosa que quisiera decirle, ella le respondió que no tenía nada que decirle sino que se moría de amor por él. Éstos son, prosiguió el Santo, éstos son los inconvenientes que se encuentran en la vista a las enfermas del otro sexo, que han hecho que los Señores Párrocos de París, y de ordinario los que andan en la práctica de las virtudes no van nunca solos a visitar a los enfermos”.

“He recomendado a las Hijas de la Caridad, decía en otra carta -6 de febrero de 1659-, no permitir entrar a hombres en sus habitaciones, no sólo a laicos, sino a Eclesiásticos, tanto a los de nuestra Congregación, como a los de fuera; y aunque yo mismo me presentara para entrar les he pedido que me cerraran la puerta... Os suplico que informéis de esto a todos los de vuestra casa, que sin esto podrían entrar en su casa alguna vez, y no es conveniente. Exceptúo cuando están enfermas, pues en caso de necesidad vuestro enfermero podrá ir con vuestra orden con un sacerdote y un sacerdote con un hermano, y nunca de otro modo”.

No pongo en duda que estos consejos parezcan extraños a muchos y sobre todo a los que deberían parecerles naturales. Pero al permitirles que se crean más fuertes que un santo y venerable anciano, a quien sus victorias pasadas y la ancianidad habrían podido tranquilizar; nos permitirán no suprimir lecciones, de las que otros podrán aprovecharse. Vicente las dio sobre esta materia, que parecen todavía más sorprendentes. Consultado por un sacerdote recto y sencillo, si para conocer la decadencia de una mujer enferma, y administrarle a tiempo los Sacramentos, podía tomarle el pulso, el Siervo de Dios le respondió: *“que era necesario absolutamente abstenerse de esta práctica; que el espíritu maligno podía servirse de esta ocasión para al vivo y a la moribunda misma; que el diablo en este último momento echa mano de todo para atrapar a un alma; que el vigor de las pasiones puede permanecer, aunque el del cuerpo se haya debilitado; que debía acordarse del ejemplo de aquel Santo, quien por consentimiento de su esposa se había separado de ella, no quiso permitir que le tocara en su última enfermedad, y exclamó con lo que le quedaba de voz, que había todavía fuego debajo de las cenizas; que por lo demás, si quería saber los síntomas de una muerte próxima, pidiera al médico, al cirujano o a alguna otra persona que se hallara allí que le hicieran este servicio; pero que, aunque sucediera lo que sucediera, no se atreviera nunca a toca ni a joven ni a mujer bajo el pretexto que fuera”.*

El Santo quería también que se abstuvieran no sólo de las acciones permitidas, sino aún de aquellas que son buenas y santas, cuando a juicio de los que nos dirigen, pueden causar sospecha; porque de todas las sospechas justas o injustas, no las hay que produzcan un golpe tan funesto a un sacerdote, a sus talentos y a sus funciones, como la que difunde nubes sobre la pureza de sus costumbres: y lo que prescribía en este punto a sus Eclesiásticos, quería que los laicos de la Congregación lo tomaran para sí. Un Hermano conversaba a veces con una persona de un sexo diferente. Los que le conocían, justificaban la rectitud de sus intenciones; pero todo el mundo no estaba obligado a conocerle; Vicente le comunicó que se abstuviera por siempre de estas conversaciones particulares: *“Es, decía él, que si no hay mal alguno existe siempre el motivo de pensarlo; y porque además el medio de conservar la pureza es evitar las ocasiones de empañarla”.*

Por lo demás, por juicioso y precavido que era, no quería que se alarmara inoportunamente por un diluvio de imágenes tontas que pasan por la mente, y de las que las almas más puras no están exentas. *“No hay que extrañarse, escribía a uno de los suyos, por las tentaciones que sufrís; es un ejercicio que Dios os envía para humillaros y haceros temer, pero tened confianza en él. Su gracia os basta, con tal que huyáis de las ocasiones, que le protestéis*

de vuestra fidelidad y reconozcáis vuestra pobreza y la necesidad que tenéis de su auxilio. Acostumbraos a llevar vuestro corazón a las sagradas llagas de Jesucristo, cada vez que sea asaltado por estas impurezas; es un asilo inaccesible al enemigo”.

Quería todavía menos que se dejara su primera vocación, bajo pretexto de ponerse mejor al abrigo en otra. Esto escribió a un hermano que pensaba hacerse solitario para escapar a una multitud de objetos de los que se sentía cansado en extremo. *“Por una parte he sentido consuelo por vuestra carta viendo vuestro candor en descubrir lo que os ocurre en vuestro interior; mas por otra me ha producido la misma pena que recibió S. Bernardo en otro tiempo de una de sus Religiosos que, bajo pretexto de una regularidad mayor, quería abandonar su vocación para pasar a otra Orden; aunque este santo Abad le dijera que era una tentación y que el espíritu maligno no pedía otra cosa que este cambio, sabiendo bien que si podía apartarle del primer estado, le sería fácil sacarle del segundo; y después precipitarle en el desorden, como así sucedió. Lo que puedo decirle, mi querido hermano, es que si no es continente en su misión, no lo será en ningún lugar del mundo; y eso se lo aseguro. Cuídese de que no haya ninguna ligereza en el deseo que tiene de cambiar: y en ese caso, el remedio, después de la oración, que es necesaria en todas nuestras necesidades, que no hay condición en toda la tierra que no acarree disgustos, y a veces deseos de pasar a otras; y tras esta consideración, piense que Dios, habiéndole llamado a la Congregación donde está, ha unido a ella con toda probabilidad la gracia de su salvación, la cual le negaría en otra parte a donde él no le llama. El segundo remedio contra las tentaciones de la carne es huir de la vista y de la comunicación de personas que las excitan, y de comunicárselas enseguida vuestro director, el cual os dará otros remedios. El que os aconsejo es el de confiaros en Nuestro Señor y en la asistencia de la virgen Inmaculada su Madre, a quien os recomendaré con frecuencia, etc.”*

XX. Su ecuanimidad de espíritu, y su paciencia.

Había pensado en primer lugar que lo que he dicho de la igualdad de espíritu de nuestro santo Padre, al hablar de su mortificación, podría ser suficiente. La lectura de su historia me ha hecho cambiar de idea; y he creído al final que, habiendo seguido hasta aquí el plan del Sr de Rodees, no me debía alejar de él ni un punto cuya práctica es demasiado rara entre los hombres, para no tributar mucho honor a aquel cuya vida escribo

La ecuanimidad de espíritu es una situación del cuerpo y del alma, por medio de la cual un hombre, suceda lo que suceda, sigue siempre tranquilo, siempre parecido a sí mismo. Es menos, decía Vicente de Paúl, *una virtud particular que un estado que suponle conjunto de todas las virtudes. Es un rayo, un surtidor que sale al exterior, de la paz y de la belleza del interior.* Un cristiano que, a fuerza de trabajo, de diligencia, de mortificación, de conformidad a las órdenes de Dios, ha llegado a ese punto, se posee y se mantiene en paz en todos los acontecimientos de la vida. Cualquiera cosa que se le pueda decir o hacer, nada le perturba. Si está abrumado de trabajo, le llegan las noticias más tristes, recibe de la mano de Dios los golpes más imprevistos, es ultrajado en particular o en público, se siente olvidado, menospreciado, aplastado de los que él ha querido, alimentado y llenado de honores, su corazón está tranquilo, su frente igualmente serena, sus palabras dirigidas por la prudencia y la moderación, su misma voz no cambia de tono, y parece ser por anticipado lo que serán un día los Elegidos en ese feliz estado, en el que no hay ni alteración ni vicisitud. Este retrato sería con suficiencia el de nuestro Santo si su ecuanimidad no hubiera tenido mayor amplitud. Es verdad que, como diremos dentro de un momento, ha aparecido de una

manera más impresionante en los accidentes difíciles que se cruzaron en su vida; pero se conservó en todo lugar y tiempo. Desde sus más tiernos años hasta su última vejez, su piedad, su Religión, su caridad para con Dios y el prójimo nunca se vieron desmentidas. Nunca se vieron en él esos altos y esos bajos, esas interrupciones de virtudes, esos eclipses de fervor, que se ven con tanta frecuencia en otros. Caminaba siempre al mismo paso por la vía de la perfección, yendo derecho a Nuestro Señor, y atrayendo en su seguimiento a todos los que se encontraban por su camino. El día en que él había hecho más bienes presagiaba al día siguiente que el Santo los haría semejantes; la noche que había sido testigo de sus veladas y austeridades decía a la noche de después que le vería entregarse a las mismas mortificaciones. Así que no hubo entre sí y él mismo otra diferencia que la que se ve en el sendero de los Justos, cuya luz, a juicio de la Escritura, crece hasta llegar a ser un día perfecto.

En esta primera ecuanimidad va unida la que tuvo en la realización de ese gran número de santas empresas que formó para bien de la Iglesia y del Estado. Se entregó sin cesar al servicio de los pobres, a la instrucción de los pueblos, a los medios de perfeccionar el Estado Eclesiástico. No abandonó una buena obra, cuando quiso comenzar otra mejor. Las sostuvo y las prosiguió todas hasta el final. Las contradicciones, las dificultades, las persecuciones reafirmaron su ánimo, en lugar de titubear. Quiso constantemente lo que creyó que Dios quería de él, pero lo quiso con una paz que no es la porción más que de las almas grandes. Sobrecargado de apuros y de asuntos, se dejaba interrumpir por el recién llegado; y a juzgar por la tranquilidad con la que se prestaba a un importuno, a un escrupuloso, a un contador de minucias, se le habría tomado por un hombre desocupado.

Su ecuanimidad le ha seguido en la desigualdad de los oficios que ha ejercido. Los honores no cambiaron ni sus costumbres ni su conducta exterior. El aire de la Corte, ese aire tan contagioso, y que corrompe a los que lo respiran por algún tiempo, no hizo impresión en él. *“Yo era todavía joven, dice un Ministro de Estado, cuando vi en el Louvre al Siervo de Dios, y le vi allí muchas veces. Se presentaba con una modestia y una prudencia llena de dignidad”*. Los Cortesanos, los Prelados, los Eclesiásticos, y otras personas le hacían objeto de grandes honores; los recibía con una profunda humildad y mucha mansedumbre. Salido del Consejo, donde había decidido de la suerte de lo más grande que había en el Reino, era tan manejable, tan familiar con el último de los hombres como lo era en Túnez con los compañeros de su miseria. Un Obispo de los más virtuosos que acababa de visitarle, y que le encontró tan humilde, tan afable, tan dispuesto a hacer un servicio a todos los que necesitaban de él como lo era antes de ser llamado a la Corte, le pintaba con estas palabras que encierran un gran elogio: *El Señor Vicente es siempre el Señor Vicente*.

Pero nada ha hecho conocer mejor la ecuanimidad y la firmeza de su espíritu que la aflicción y las desgracias por las que pasó. Estos escollos tan funestos a la virtud de tantos otros no sirvieron más que para dar un nuevo lustre a la suya. Causó más pérdidas en el espacio de diez o quince años que las que se hacen de ordinario en el espacio de un siglo. Como algunas de sus casas no tenían otros ingresos que algunas rentas establecidas por los Aides, los Coches y otros fondos parecidos, llegaban a decirle que se habían recortado ya uno o dos cuartos ya un año entero. A veces se enteraba de que una Granja había sido saqueada, que se habían llevado todo el ganado. Un golpe tras otro la muerte le segaba a siete u ocho de sus mejores obreros; y eso en regiones en las que era difícil, incluso imposible reemplazarlos. En todas estas coyunturas que, sobre todo cuando se siguen de cerca, son capaces de acabar con la paciencia, no se le oía decir más que estas palabras: *Dios sea alabado, debemos someternos a su voluntad y aceptar todo lo que sea*

de su agrado enviarnos. La mayor queja que se le haya escapado fue ésta: *Pienso que a fin de cuentas nos veremos obligados a hacer de vicarios, si Dios no se compadece de nosotros.*

Cuando se enteró de la pérdida del importante Proceso del que ya hablamos hacia 1658, pérdida que no se esperaba de ninguna manera, porque ocho de los más famosos Abogados del Parlamento le habían asegurado que su derecho era incontestable; las primeras palabras que pronunció fueron éstas: *Dios sea bendito*; las repitió cinco o seis veces; y se fue a la iglesia, donde prosternado durante algún tiempo a los pies del Soberano Maestro, le hizo un sacrificio de su vida y de sus bienes.

Si no lo hubiéramos hecho ya en otra parte, sería aquí el lugar de hacer valer la admirable igualdad de que dio muestras nuestro Santo cuando se enteró del naufragio y de la liberación de aquel sacerdote tan querido, que enviaba a Madagascar. Lo dijimos y es verdad: su situación fue la de un Padre que ve presentarse a sus ojos a un hijo único cuya muerte había llorado. Sin embargo fue tan parecido a sí mismo que, como nadie había descubierto su tristeza, nadie descubrió su gozo. Había dicho en paz: El Señor me lo quitó, que su santo Nombre sea bendito; dijo en paz: El Señor me lo ha devuelto, que su santo Nombre sea glorificado. Lo que vamos a decir de su invencible paciencia será una nueva prueba de su ecuanimidad, pues no hay ecuanimidad sin paciencia, y tampoco paciencia sin ecuanimidad.

Es seguro, por la Historia de Job, que los inocentes pueden ser afligidos de Dios: porque Tobías era justo fue sometido a una prueba rigurosa. Vicente tuvo, a su modo, la suerte de estos dos grandes hombres, pero tuvo su firmeza. Como ellos, tuvo cruces que llevar, tempestades que vencer, contradicciones que sostener, dolores que devorar; pero, como ellos, fue dueño de su alma en la paciencia; y si su boca se abrió, sólo fue para bendecir la mano que le golpeaba. Su Historia nos ofrece mil pruebas diferentes de ello; vamos a añadir unas más, y una sobre todo, que la prudencia hizo suprimir al sr Abelly; porque se trataba de una persona que vivía aún; y cuyo nombre nos es todavía desconocido.

Por el tiempo en que el Santo estaba en los consejos del Rey, una mujer de calidad solicitaba con fuerza una Abadía muy importante para su hija. Esta hija era una religiosa muy joven, más preparada para hacer todavía algunos meses de noviciado que para estar a la cabeza de una casa, cuya dirección pedía mucha madurez y experiencia. Vicente se opuso con todas sus fuerzas a este nombramiento, y se opuso con éxito. La Dama lo supo, y supo además que sin él el asunto habría salido adelante. Ella se quejó a quien quiso oírla, y armó en la Corte un ruido espantoso, del que el Santo no se vio libre. Él lo supo de buena parte, y como no podía ver sin dolor que Dios fuera ofendido por causa de él, resolvió hacer una visita a esta mujer irritada. Creyó que, al exponerle las razones de su conducta, el peligro de los grandes puestos para todas las edades, y con más razón para la juventud, el rigor de la cuenta que las menores Superiores tendrán que dar un día al Soberano Juez, y la necesidad de no dar los primeros oficios sino a personas que hayan desempeñado con dignidad y por largo tiempo cargos inferiores, creyó, digo, que consideraciones tan sensatas producirían un buen efecto. Se equivocó de parte a parte. Desde que la Dama se dio cuenta de que se contentaba con hablar de razones, y no hablaba de la Abadía, pilló un taburete y se lo lanzó a la cabeza. Vicente, sin impresionarse, le hizo una profunda reverencia y se retiró. Cuando bajaban la escalera, dijo a su acompañante: *Dios sea bendito por la pequeña confusión que acabo de recibir, ya que solamente por su gloria me he expuesto a esto.*

Otra vez, habiéndosele asignado ante un Consejero de la Alta Cámara a la demanda de un particular que plantó un Proceso bastante malo a la Casa de S. Lázaro, este hombre, que era

de un natural violento, armó la de sanquintín, y sin respetar ni al Magistrado ni el lugar donde se hallaba, ultrajó al santo sacerdote y le llenó de calumnias muy atroces. Vicente lo escuchó todo sin moverse, pero su Procurador quien, muy hombre de bien, no era tan paciente, tomó la palabra y quiso actuar contra el culpable por reputación de honor. El santo sacerdote se opuso con toda la fuerza, y excusó lo mejor que pudo una acción que de cualquier modo que se la mirara no podía ser excusada. Una moderación tan grande edificó al Juez y sorprendió al Procurador, a quien prácticas así no se le presentaban todos los días; no perdió nunca este rasgo de paciencia, y es de una carta, en la que hablaba con admiración del Siervo de Dios, de donde lo hemos tomado.

Se ha visto en otro lado que S. Vicente recibió una vez a dos pasos de su puerta una bofetada de manos de un hombre que le había tropezado al pasar. Este hecho, que lo hemos recibido sólo del sr Abelly, se halla constatado en el Proceso Verbal de la Canonización con algunas diferencias. La primera, que arrojándose el Santo a los pies del que le había tratado tan con tanto ultraje, le presentó la otra mejilla, pidiéndole perdón; la segunda, que los habitantes del barrio que sentían mucho respeto por Vicente su Señor y Padre le rodearon, y que así a la primera señal su injusto agresor hubiera sido llevado a las prisiones de la justicia del Territorio en el que había tenido lugar el insulto; la tercera, que este mismo hombre, sea que la multitud que gritaba fuerte le hubiera asustado, sea que la profunda humildad del Santo le hubiera hecho sentir la indignidad de su acción, se echó al punto a sus pies, y le pidió perdón a su vez. Sea lo que fuere de esta última circunstancia, que se puede muy bien unir a nuestro primer relato, se concluye con ello que nuestro Santo era muy dueño de sus pasiones, y que se puede decir de él lo que decía de David una mujer muy prudente que no había en él ni bendición ni maldición que pudieran moverle.

Pero este elogio es demasiado débil. Vicente no necesitaba de paciencia para sufrir, la necesitaba cuando no sufría. Las aflicciones eran para él un alimento tan dulce, que languidecía cuando no le llovían encima, sea en su persona, sea en la de sus hijos.

Un día, con ocasión de una de sus mayores pérdidas, dijo a su Comunidad, Que desde hacía algún tiempo había pensado, y varias veces, que su Congregación no sufría nada; que todo le salía a pedir de boca, que nadaba en la prosperidad, y que Dios, sin hacerle sentir ni contrariedades ni agitaciones, la bendecía de todas maneras; Que esta gran calma le había producido inquietud porque sabía que lo propio de Dios es ejercitar a los que le sirven y castigar a quienes ama, *Quem enim diligit Dominus, castigat*; Que se había acordado de lo que se refiere de s. Ambrosio, que habiéndose enterado por el dueño de una casa en la que entró en uno de sus viajes que no sabía qué cosa era aflicción, salió bruscamente diciendo a los que le acompañaban: Salgamos de aquí porque la cólera de Dios va a caer sobre esta casa: como cayó efectivamente; habiéndola derribado el rayo un momento después y aplastado en sus ruinas a todos los que estaban dentro. *“Por otro lado, prosiguió el santa sacerdote, yo veía a varias Compañías agitadas de vez en cuando, particularmente una de las más grandes y de las más santas que haya en la Iglesia; la cual se halla algunas veces como consternada y que incluso sufre al presente una persecución horrible; y yo decía: Así es cómo Dios trata a los santos, y cómo nos trataría, si fuéramos fuertes en la virtud: pero conociendo nuestra debilidad, nos alimenta con leche, como a pequeños, y hace que todo nos salga bien casi sin poner nosotros las manos. Tenía pues razón en estas consideraciones para temer que no fuéramos agradables a Dios, ni dignos de sufrir algo por su amor; porque apartaba de nosotros las aflicciones que ponen a prueba a sus Siervos. Es verdad que hemos tenido algunos naufragios en los embarques hechos para Madagascar; pero Dios nos ha sacado de ellos. Es verdad también que en el año 1643 las*

gentes de la guerra nos causaron un daño de de cuarenta y dos mil libras en total: pero esta pérdida no nos fue particular; todo el mundo se resintió de los disturbios públicos. El mal fue común y nosotros no fuimos tratados de otra manera que los demás. Pero bendito sea Dios, Hermanos míos, porque ahora ha dispuesto la Providencia adorable quitarnos un bien, cuya pérdida es considerable y bien considerable para la Compañía. Aceptémosla, como Job aceptó las suyas. Humillémonos bajo la mano de Dios que nos golpea, y digamos como David: Me callé, Señor, porque sois vos quien lo habéis hecho: Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti. Adoremos su justicia, y creamos que nos ha tratado así por misericordia. Él hace bien todo cuanto hace, dice el Evangelio: Bene omnia fecit”.

Lo que el Santo decía a su Comunidad reunida, se lo decía a sus sacerdotes y a sus amigos, cada vez que se presentaba la ocasión. Habiéndole declarado el Superior de una de sus casas el trabajo que le costaba dirigirla: “Eh, Señor, le dijo Vicente, ¿querríais ser vos mismo sin sufrir? y ¿no sería mejor tener un demonio en el cuerpo que estar sin ninguna cruz? Sí, puesto que en este estado el demonio no haría ningún daño al alma: pero no teniendo nada que sufrir, ni el alma ni el cuerpo serían conformes a Jesucristo que sufrió, y sin embargo esta conformidad es la señal de nuestra predestinación; por eso no os extrañéis de vuestras penas, ya que el Hijo de Dios las escogió para nuestra salvación. Vuestro corazón, decía a otro, que sufría por la justicia, vuestro corazón ¿acaso no se siente bien consolado al ver que ha sido hallado digno ante Dios de sufrir sirviéndole y veros obligado a pedirle la gracia de hacer buen uso de ellas?

“Conviene, Señor, decía a un tercero, conviene ir a Dios per infamiam et bonam famam: y su divina bondad se compadece de nosotros cuando le place permitir que caigamos en los reproches y desprecio público. No dudo de que hayáis recibido con paciencia la confusión que os viene de todo lo que ha pasado. Si la gloria del mundo no es más que humo, el estado contrario es un bien sólido, cuando se le acepta como es debido; y espero que nos venga un gran bien por esta humillación. Quiera Dios darnos esta gracia y enviarnos tantas otras, para que así podamos merecer serle más agradables. Con todo mi corazón, escribía al Superior de la casa de Toul -1 de julio de 1651-, pediré a Dios que os santifique, qué más da que sea por la calma o por la tribulación: claro que nosotros sabemos que ésta es la mejor y el camino más corto”.

Así es como el santo sacerdote suspiraba por las cruces y decía con el Apóstol de las Indias: Más todavía, Señor, más todavía. Pero su ecuanimidad y su paciencia en los males o mejor su gusto y su ardor por los sufrimientos, no se vieron nunca tan bien como en sus enfermedades. El hombre, decía a Dios el enemigo de Job y del género humano, el hombre lo dará todo por salvar su vida, así como ha soportado la pérdida de sus bienes y de sus hijos, sucumbirá al menos poco a poco bajo el peso de una larga y dolorosa enfermedad. Nada más cierto que esta máxima, aunque haya sido pronunciada por el padre de la mentira, y la experiencia no nos deja contestarla. También Vicente decía que la enfermería es el lugar del mundo, en el que se puede juzgar bien si un hombre tiene mucha virtud, si tiene poca, o si no tiene ninguna en absoluto. Con este principio, ¿qué debemos pensar de la suya? Confesó un día a uno de sus sacerdotes: “Que sentía aumentar sus dolores de la planta de los pies hasta la cima de la cabeza. Pero ay, añadía, ¡qué cuenta tendré que dar al Tribunal de Dios, ante el cual tengo que presentarme pronto, sino hago mejor uso de ello!” Este mismo Misionero, animado por el estado en que veía a aquel respetable anciano, exclamó en un movimiento primero: “Oh Señor, qué fastidiosos dolores. ¡Qué! replicó con viveza el santo enfermo, ¿llamáis fastidiosa a la obra de Dios y a lo que Dios ordena, al hacer sufrir a un miserable pecador, como yo? Dios le perdone, Señor, lo que acaba de

decir: ya que no se habla así en el lenguaje de Jesucristo. ¿Acaso no es justo que el culpable sufra, y no somos más de Dios que de nosotros mismos?”

De la misma fuente manaron estas palabras de una carta que envió a una persona de confianza. *“Le he ocultado cuanto he podido mi estado... por miedo a contristaros. Pero, oh Dios mío, ¿hasta cuándo seremos tan tiernos como para no atrevernos a decir la suerte que tenemos de ser visitados por Dios? Quiera Nuestro Señor hacernos más fuertes y que encontremos su buen deseo en el bien”.*

Lo que el Santo pedía a Dios para sí, tenía cuidado de pedirlo para los suyos. *“Un día, después de decir a su Comunidad que la enfermedad es un estado casi insoportable a la naturaleza, y que no obstante es uno de los más poderosos medios de que Dios se sirve para colocarnos en el deber, para apartarnos de los apegos al pecado y para llenarnos de sus dones y de sus gracias. ¡Oh Salvador! exclamó, que habéis sufrido tanto y que habéis muerto para recatarnos, y para mostrarnos cuánto podía glorificar a Dios este estado de dolor y servir para nuestra santificación; dadnos a conocer, si os place, el gran tesoro que se oculta bajo este estado de enfermedad. Así es, Señores, cómo se purifican las almas, continuó, y que las que no tienen virtud tienen un medio eficaz de adquirirla. No se podría encontrar un estado más propio para practicarla. Es en la enfermedad como se ejercita la fe maravillosamente; la esperanza brilla en él con esplendor, la resignación, el amor de Dios y todas las virtudes encuentran en él una extensa materia en que ejercitarse...”*

Aquí Vicente confesó, para gloria de Dios, que había en la Compañía achacosos y enfermos que *con sus flaquezas y sufrimientos formaban un teatro de paciencia* y de virtudes. Repitió lo que había dicho tantas veces que las personas a quienes Dios prueba con la enfermedad atraen sobre la Congregación las bendiciones del cielo: mas para hacer, en cuanto podía, que esta Regla no sufriera excepciones, propuso a los suyos el ejemplo de dos fervorosos cristianos que se habían santificado en sus debilidades. Uno había mandado colocar alrededor de su cama la imagen de los principales Misterios de la salvación, de manera que de cualquier lado que volviera los ojos veía al Hombre-Dios, o al nacer, o circuncidado o clavado en la Cruz por nuestro amor; y a la vista de estos objetos impresionantes él ofrecía dolor por dolor y vida por vida. El otro era un hombre a quien llamaban Hermano Antonio. Éste, decía Vicente, no sabía ni leer ni escribir, pero con toda su sencillez tenía el espíritu de dios en abundancia. Si hablaba a un hombre, quienquiera que fuese, le llamaba su hermano. Si hablaba a una mujer, aunque fuese la Reina, cosa que le ocurría a veces, la llamaba su hermana. Le preguntaron una vez cómo se comportaba en las enfermedades que le sobrevenían y de qué medios se servía para hacer uso de ellas. Yo las recibo, respondió, como un ejercicio que me ha enviado. Si, por ejemplo, es la fiebre la que me llega le digo: *“Muy bien, mi hermana la fiebre, venís de parte de Dios, sed bienvenida, y luego permito que Dios haga su voluntad en mí. Así es, Señores, prosiguió Vicente, como usaba el Hermano Antonio de ella. Y así es como acostumbran a servirse los Siervos de Jesucristo, los amantes de la Cruz. Ello no les impide servirse de los remedios prescritos para el alivio y la curación de cada enfermedad, y con ello también honran a Dios, que ha creado las plantas y que les ha dado la virtud que tienen: pero de tener tanta ternura consigo mismo, de andarse con delicadezas por el menor mal que nos llegue, de eso es de lo que nos debemos deshacer”.*

Sentimientos tan religiosos debían apoyarse en principios muy cristianos. Los que sirvieron de base a la conducta del santo sacerdote no podían serlo más. Son éstos, ¿dónde encontrarlos más sólidos?

1°. Ponía los ojos en la vida del Salvador. Observaba que este gran modelo asó por las pruebas más vivas; que la aversión que se le ha tenido le llevó a fin de cuentas al Calvario, que no ha prometido a sus Apóstoles más que cruces y malos tratos; y que, puesto que el discípulo no es perfecto mientras no se parezca a su Maestro, es justo que suframos como él sufrió. *“Compadezco sensiblemente vuestras penas, escribía a una persona afligida. Son largas y diversas: es una Cruz extensa que abraza vuestro cuerpo y vuestro espíritu, pero os eleva por encima de la tierra, y esto es lo que me consuela. Debéis también consolaros mucho por veros tratada como lo fue Nuestro Señor, y honrada con las mismas señales por las que él nos ha demostrado su amor. Sus sufrimientos era interiores y exteriores; y los interiores fueron continuos y sin comparación mayores que los otros. Mas ¿por qué pensáis que os ejercita de esta manera? Es por el mismo fin por el que él mismo quiso sufrir, a saber para purificaros de vuestros pecados y honraros con sus virtudes, a fin de que el nombre de su padre sea glorificado en vos”*.

Y ahí estaba el segundo principio que sostenía al santo sacerdote y que le mantenía tan tranquilo en medio de las pruebas más violentas. Creía por un lado que los males de penas no nos suceden sino por la voluntad de Dios, según esta palabra de un Profeta: *Si est malum in civitate, quod non fecerit Dominus* ; por el otro, estaba persuadido de que Dios no aflige a sus Siervos, sino porque tiene depositados en ellos designios de misericordia. De ahí concluía que los que sufren son queridos del cielo, y más queridos cuando reciben *desolaciones sobre desolaciones y penas sobre penas*. Decía, que un solo día de tentación produce más méritos que varios años de tranquilidad; que un alma que está siempre en reposo es parecida a esas aguas estancadas que se vuelven cenagosas e infectas; que por el contrario la que se ejercita en la tribulación, se parece a esos ríos que se deslizan entre peñascos y guijarros y cuyas aguas son más dulces y más claras; que las cruces nos enseñan no sólo la paciencia sino también la compasión para con el prójimo; y que es en parte, para que tuviéramos en su persona a un Pontífice, que pudiera compadecerse de nuestras flaquezas, por lo que sufrió tanto Jesucristo.

“No debéis, escribía a una persona que se quejaba de otra, no debéis fijaros en el mal proceder que han tenido con vos, como venido de un hombre, sino más bien como una prueba que Dios quiere hacer de vuestra paciencia: y esta virtud será más virtud en vos, cuanto más inclinado os sentís por naturaleza al resentimiento, y menor motivo habéis dado para la ofensa que habéis recibido. Demostrad pues que sois un verdadero hijo de Jesucristo y que no en vano habéis meditado tantas veces sus sufrimientos”.

En fin su último principio era el de S. Pablo; a saber, que Dios no permite nunca que seamos afligidos o tentados por encima de nuestras fuerzas; sino que nos ayuda por su gracia a sacar fruto de las penas y contradicciones que tenemos que pasar. Sostenía que estas contradicciones y estas penas son como una prenda de los éxitos más felices. En el fondo lo había experimentado cientos de veces, y lo hacía anotar a los suyos, que las misiones y los demás oficios de la Congregación nunca andaban mejor que cuando más costaban a la naturaleza. Esto le hizo decir con ocasión de una tormenta violenta, que se levantó contra algunos de sus sacerdotes, que si sabían hacer el uso que hicieron los Apóstoles de las persecuciones que sufrieron, derribarían al demonio con los mismos medios que empleaba contra ellos. Es también lo que le llevó a hacer que le dijeran a una virtuosa Abadesa, porque, decía él, *los sufrimientos en la consecución de un bien atraen las gracias necesarias para lograrlo*.

XXI. *Su fuerza en sostener el bien, y en oponerse al mal.*

Que un hombre que lleva un nombre imponente, que se debe a una familia poderosa y acreditada, que tiene grandes recursos en su rango y en sus riquezas, que por sí o por otros puede vengarse, y se vengará con toda seguridad de los que se atrevan a murmurar demasiado alto; que un hombre, digo, tan formidable tenga una firmeza a toda prueba, es lo sorprendente, porque nada es más raro; y lo que no debería sorprender, porque nada debería ser más común. Sucede casi lo mismo con esos genios de intriga y de manejos quienes, después de apoderarse de la mente de los Grandes por mil indignas blanduras, se apropian de su autoridad; y terminan por poder ser, no siempre amigos útiles, sino con frecuencia enemigos peligrosos. Como no se los pude herir, sin herir a aquellos cuya sombra los cubre, están en estado de querer hasta el final el bien y el mal que han comenzado.

Pero un hombre que no se debe a nadie, que no se apoya más que en su virtud, en un siglo en el que la virtud cuenta muy poco, que trata en todo momento de rebajarse; que un hombre que no tiene otra política que la de la Fe, que es incapaz de servirse de los empleos que su mérito solo se ha procurado, que está encargado de una Congregación que no necesita enemigos, que se sabe deber sufrirlo todo y no quejarse de nada, que lo sacrificaría todo por no faltar a los deberes de la amistad; quien bien lejos de disgustar por un principio de dureza natural, no se encuentra nunca más feliz que cuando puede complacer, que un hombre de este carácter dice la verdad hasta en medio de la Corte; que no promete nunca lo que su conciencia no le permitiría cumplir; que se mantiene firme frente a las más poderosas sollicitaciones; a quien ni el peligro ni la persecución ni la espada le hacen dar nunca un paso en falso; a quien la gratitud misma y la ternura le encuentran inexorable; en una palabra; que no le sucede una sola vez en una vida larga decir Sí cuando su deber le obliga a decir No; es, a mi parecer, un prodigio de firmeza, y de una firmeza de la que no son siempre capaces ni los Héroes de este siglo.

Pues bien que Vicente de Paúl sea el gran hombre cuyo retrato acabamos de bosquejar, es lo que vamos a demostrar con testimonios auténticos y hechos incontestables.

Por lo que atañe a los testimonios, no produciremos más que un corto número, ya que todos vienen a decir lo mismo. El primero es el de François- Chrétien de Lamoignon, quien en las cosas que no había visto con sus propios ojos sólo hablaba como un Padre, el cual en materia de méritos, como en todo lo demás, fue un Juez perfecto. Después de decir que fue la estima que el público tenía d nuestro Santo la que llevó a la Reina Madre a llamarle a su Consejo de Conciencia; y que el honor que le hizo esta Princesa no le impidió vivir como él había vivido siempre, añade: “Que el Siervo de Dios habló en ocasiones difíciles con una firmeza digna de los Apóstoles; Que todas las consideraciones humanas no pudieron hacerle disimular por poco que fuese la verdad; y que no se sirvió nunca de la confianza de los Grandes más que para inspirarles los sentimientos que debían tener”.

El segundo testimonio es de Victor de Méliend antiguo Obispo de Alet. El ruido común, dice en su carta a Clemente XI, nos enseñó que Vicente en los Consejos del Rey tuvo una fuerza y una constancia a prueba de las peticiones y de las amenazas; y que fueran de la dignidad y del rango que pudieran ser los que pretendían a las Prelaturas y demás beneficios, nunca consentía en ello, cuando supo, (lo que apenas dejó de saber) que eran indignos.

Finalmente el último testimonio es de François de Salignac de la Mothe-Fénélon, ilustre Arzobispo Duque de Cambrai, en la carta que escribió al mismo Pontífice dice, que el discernimiento de los espíritus y la firmeza del valor fueron dones que brillaron en el hombre de Dios en un grado que costaría creerlo; que en los Consejos de Ana de Austria no

tuvo en consideración ni el odio ni el favor de los Grandes, sino únicamente los intereses de la Iglesia; y que si los demás Consejeros de la Reina hubieran seguido siempre los sentimientos de este digno sacerdote, a cuyos ojos parecía desvelarse el futuro, se habrían alejado del Episcopado a algunas personas, que luego produjeron más de una confusión: *“Cui veluti futuri paescio, si coeteri Reginae Consiliarii constantius adhaesissent, procul ab Episcopali munere fuissent pulsi nonnulli homines qui ingentes turbas postea conciverunt (-a quien si se hubiesen adherido los demás Consejeros de la Reina con mayor constancia como a un adivino del futuro, se habrían apartado del Episcopado algunos hombres que luego alarmaron a grandes multitudes).*

Con respecto a los hechos, los que hemos referido hacen conocer bastante que Vicente de Paúl no tuvo en la tierra otro miedo que el de temer a los hombres más que a Dios, y desagradarle por no desagradarles a ellos. Un hombre que estaba preparado a perder la casa de S. Lázaro antes que faltar a la Regla del silencio; un hombre que prefería pasar por ingrato en la mente del mejor de sus amigos a interesarse en la ampliación de una Abadía poco edificante; un hombre que superior a todas las reglas de la prudencia humana iba a ver a un padre, no para felicitarle por el nombramiento de su hijo al Episcopado, sino para suplicarle que no permitiera que este hijo ocupara un puesto del que no era digno; un hombre que negaba a Damas de primer rango, hasta a Princesas, la entrada en los Monasterios de mujeres de las que era Superior; que se hacía cargo de lo que esta clase de negativas tienen de odioso; que por ello se exponía a todos los resentimientos de un sexo con frecuencia implacable; un hombre así, y este hombre fue Vicente, debió ser, como los antiguos Profetas, un muro de bronce y tener su firmeza.

A estos ejemplos unamos algunos más que nos ofrecen su primer Historiador y el proceso Verbal de su Canonización.

Un joven de calidad pidió a la Reina una Abadía y la obtuvo, pero a condición de que Vicente no se opusiera. El joven Señor vino a S. Lázaro, y vino con su Preceptor. Comenzaron como siempre por los cumplidos y agradecimientos anticipados de toda la familia; se expusieron los méritos presentes y futuros del pretendiente; por fin se hizo valer ese montón de razones humanas que prueban bien que se quiere un gran Beneficio, pero que prueban poco que se sea digno de poseerlo. El santo sacerdote que conocía bien al Sujeto de quien se trataba, expuso modestamente y en pocas palabras sus agravios; y concluyó con una negativa. A estas palabras: *Os ruego pues, Señor, que comprendáis que yo no consienta en una cosa, de la que Dios me pediría cuentas,* el Preceptor montó en seria cólera; se abalanzó sobre el Santo, como quien quiera golpear a otro; vomitó contra él un torrente de palabras injuriosas. Vicente se quedó más tranquilo que si le hubieran lanzado unos piropos; devolvió al Maestro y al Discípulo hasta su Carroza; cuantas más durezas le dijeron, más moderación y mansedumbre empleaba él. Al verle, cuando se retiró a su habitación, se acordaba uno del santo gozo que brillaba en los Apóstoles al salir de aquel Consejo donde fueron tan indignamente tratados.

Tuvo varias escenas parecidas con Damas de distinción. Una de ellas habiéndole rogado que le obtuviera del Rey un Beneficio para uno de sus hijos, el Santo le suplicó a su vez que le excusara si no se mezclaba en este asunto. Fue más que suficiente para desesperar a una mujer altiva que quería ser tratada en las cosas de Dios como ella lo era en los asuntos del mundo. Ella le dijo pues que ya sabía conseguir por otro canal que el suyo lo que pedía; que ella le hacía demasiado honor al dirigirse a él para aquel asunto; y que él no sabía aún de qué manera había que actuar con las personas de su calidad. A todos estos bonitos discursos Vicente respondió sólo con un profundo silencio. Las injurias no tenían nada de amargo

para él, no veía en ellas más que suerte en sufrirlas por la justicia. Si a veces replicaba era siempre con la moderación de un Ángel: *Nuestras Reglas, Señora*, dijo un día a otra mujer de la misma condición que le proponía una cosa poco conforme con la equidad, *nuestras Reglas y mi conciencia no me permiten obedeceros en eso, por eso os suplico humildemente que me excuséis*. Un hombre que en el mundo no tiene otra cosa que alegar que su conciencia y sus Reglas, es tenido como quien no tiene nada bueno que decir. Sobre esta base es como actuó la Dama en cuestión. Multiplicó las injurias y Vicente su paciencia. No era siempre a mujeres o a niños a quienes tenía que ofrecer resistencia el santo sacerdote. Más de una vez tuvo que combatir con hombres a quienes su edad, su rango, sus oficios habrían debido enseñar a no pedir nada que no estuviera conforme con el buen orden y la justicia. Uno de los primeros Magistrados de una Corte Soberana, habiéndole encontrado un día por la calle, quiso mezclarle en sus intereses. El Santo a quien los altos términos no le deslumbraban sintió en seguida que querían hacerle dar un paso más que equívoco. Él se defendió; le presionaron, pero no fue posible moverle. La cólera y las injurias sucedieron a las peticiones. Si le trataron con consideración al principio, no lo fue así cuando vieron que era inflexible. Por más que hicieron: los ultrajes no le impresionaron más que las demostraciones artificiosas de una amistad fingida. *Señor*, dijo al Magistrado, *tratáis, por lo que veo, de llevar dignamente vuestro cargo, y yo, yo debo llevar dignamente el mío*.

Parece incluso que estas réplicas, por moderadas, por necesarias que fueran le costaban a su corazón. Regularmente hablando, después de dar sus razones, o bien guardaba silencio cuando se le insultaba, o entraba en los sentimientos de los que le humillaban humillándose a sí mismo. Un señor que acababa de pedirle para su hijo un beneficio que no había podido conseguir, le trató muy mal a la puerta de la Casa ante todos los que se hallaban allí. *Tenéis razón, Señor*, le dijo el santo hombre echándose a sus pies, *soy un miserable y un pecador*. Este señor asustado por una situación que no se esperaba, de un salto se metió en su carroza. El Santo se levantó en seguida, corrió detrás de él, le hizo su reverencia y le dejó como se deja a un buen y respetable amigo. ¡Qué penosa resulta una conducta así a la naturaleza! ¡Qué piedad se necesita para trazar el plan, y qué valor para llevarlo a cabo!

XXII. *Su conducta*

Aunque lo que hemos escrito sobre la Vida y las virtudes de S. Vicente de Paúl fuera suficiente para dar al atento Lector una noción exacta de su conducta, y que se haya podido reconocer así que la rectitud, la santidad, la paciencia, el celo, la mansedumbre y la intrepidez fueron el sello general de sus acciones; hemos pensado sin embargo con su primer Historiador que de estas partes dispersas acá y allá se podría formar un todo capaz se agradar, instruir, edificar.

Y como principalmente del fin que un cristiano se propone dependen sus méritos y su corona, Vicente no tuvo otro que la gloria de Dios y el cumplimiento de su santísima voluntad. Hacia ahí pues tendían sus pensamientos, sus deseos, sus proyectos, sus empresas, sus opiniones, sus consejos, sus exhortaciones y todos los socorros temporales y espirituales que daba al prójimo. Cualquier cosa que meditara o hiciera, su fin era que el nombre de Dios fuera santificado, su Reino aumentado, su voluntad cumplida en la tierra como en el Cielo.

Para llegar a este fin, tomó el único medio por el que se pueda llegar; y ese medio fue para él, como lo es para nosotros, estudiar sin cesar la vida y las máximas de Jesucristo, conformar en todo su conducta a la de él, tratar, con ayuda de la gracia, de no hacer nada que este Juez riguroso pudiera desaprobado. Sea obrando o hablando, el Evangelio era su regla. Lo llevaba en la mano como una luz que debía dirigir sus pasos; y pocas personas han podido mejor que él aplicarse las palabras del Rey Profeta: *Lucerna pedibus meis verbum tuum et lumen semitis meis*.

Dos objetos, si es que son dos para un sacerdote quien, como lo hemos dicho según S. Crisóstomo, no se salva nunca solo, dos objetos han compartido todos sus momentos; quiero decir su santificación propia y la de los demás. Comenzó por sí mismo, porque había aprendido del Salvador que no sirve de nada ganar todo el Universo y perderse. Continuó por el prójimo, porque sabía que un Ministro del Hijo de Dios está para dar fruto y un fruto que dure. Pero la conducta que guardó sea trabajando por la salvación de sus hermanos, sea incluso tratando con ellos de asuntos temporales, merece que recorramos aquí los principales caracteres.

Y en primer lugar estuvo siempre acompañada de una profunda humildad. Un hombre por cuyas manos habían pasado tantos asuntos importantes habría tenido derecho, al menos en su vejez, a que se contara con su experiencia. Era incluso difícil que después de tantos éxitos desconociera la justeza de su espíritu, la amplitud de sus luces, la prudencia de las medidas que había tomado: Vicente hacia el final de sus días era tan tímido, tan reservado como a la edad de treinta y cinco o cuarenta años. No emprendía nada sin recurrir a Dios con súplicas fervientes. Aceptaba con facilidad y seguía igualmente el parecer de los demás. Consultaba a sus inferiores, cuando lo que tenía que hacer era de naturaleza que les fuera comunicado; y deseaba que los estaban a la cabeza de las Casas de la Congregación siguieran el mismo método. “*Vivid, decía a uno de ellos, vivid cordialmente y sencillamente entre vosotros, de manera que al veros juntos, no se pueda decir quién es el que lleva la calidad de Superior. No resolváis nada por poco importante que sea en los asuntos, sin recibir sus pareceres, y sobre todo de vuestro Asistente. En cuanto a mí, yo reúno a los míos cuando hay alguna dificultad que resolver sobre las cosas espirituales o temporales. Y cuando se trata de los asuntos temporales, hablo también con personas inteligentes de fuera y de dentro. Pido incluso el parecer de los Hermanos en cosas que se refieren a los quehaceres de la casa, y sus oficios, por razón del conocimiento que tienen de ello. Eso ayuda mucho al Superior a decidirse, y Dios bendice más las resoluciones, que toma después. Os ruego que lo hagáis así y recordéis que, cuando se trata de cambios o de asuntos extraordinarios, se recurre al Superior General*”.

Esta ley que el Santo se había dado de deliberar, de consultar, de pesar por largo tiempo el pro y el contra, le hacía algo lento en decidirse; pero también, una vez decidido, no variaba. Miraba como una tentación todo pensamiento de abandonar un proyecto sabiamente concertado. Creía que Dios no se quejaría de un hombre que pudiera decirle: “*Señor, os he recomendado este asunto y he pedido consejo, es todo cuanto podía hacer para conocer vuestra voluntad*”. Alegaba a propósito el ejemplo de Clemente VIII quien, habiendo autorizado un asunto importante después de encomendárselo a Dios durante una año entero y tomar el parecer de las personas más sabias y más esclarecidas, creyó ver en sueños a Nuestro Señor quien con un aire y una voz severa le reprochaba su decisión y le amenazaba con castigos. Asustado por una visión tan terrible el Pontífice consultó al Cardenal Tolet quien, habiéndolo considerado también con madurez, le dijo que aquel sueño no era otra

cosa que una ilusión del espíritu maligno; y que cuando un hombre ha tomado todas las medidas prescritas por la prudencia y la piedad, puede y debe estar tranquilo.

La circunspección fue otra propiedad de la conducta de este gran Siervo de Dios. Era enemigo declarado de todo lo que huele a suficiencia. El vano y presuntuoso placer de haber descubierto al punto un buen parecer no le hacía precipitar los suyos. No le gustaba responder antes de tomarse el tiempo para reflexionar sobre lo que se le proponía, cuando la necesidad de las circunstancias le obligaba a decidir sin retraso, elevaba su espíritu a Dios, imploraba su auxilio, y no daba de ordinario ninguna resolución sin apoyarla o en la Escritura o en alguna acción del Hijo de Dios: siempre encontraba alguna que se relacionaba con el tema sobre el que le consultaban.

El miedo a cargarse con las faltas de otro o a equivocarse en los designios de Dios le volvía muy mesurado, cuando se trataba de determinar a una persona a un puesto antes que a otro. Encargado de elegir para el Consulado de Túnez a un hombre capaz para el empleo, puso los ojos en el señor Husson, Abogado en el Parlamento, y que por entonces vivía en Montmirel en Brie. Aunque conociera sus buenas cualidades, se limitó en la carta que le escribió a proponerle las razones de los dos partidos, sin decirle una palabra que pudiera hacer inclinar la balanza. Husson, que temía dar un paso en falso, se dirigió a París y rogó a Vicente que le decidiera: Vicente le rogó a su vez que consultara a gente sabia, y atenerse a lo que le dijeran. Este combate no acabó hasta cuando Husson hubo declarado al Santo que su partido era no timar otro que el que él le sugiriera. El hombre de Dios cedió, porque no podía hacer otra cosa. Y así fue, dice Husson mismo cómo me habló el día de pascua del año de 1653. *“He ofrecido a Nuestro Señor al celebrar la santa Misa vuestras penas, vuestros gemidos y vuestras lágrimas, y yo mismo, después de la Consagración, me he echado a sus pies pidiéndole que me diera luz. Hecho esto, he considerado con toda la atención lo que habría querido a la hora de mi muerte haberos aconsejado hacer; y me parece que si hubiera tenido que morir en el mismo instante, me habría sentido consolado al deciros que fuerais a Túnez, por los bienes que allí podéis hacer, y yo habría tenido por el contrario un grave pesar por haberos disuadido de ello. Éste es sinceramente mi pensamiento. En vos está ir o no ir de todas maneras”*.

“Confieso, prosigue el mismo Abogado, que este proceder tan desinteresado me hizo ver con claridad que Dios me hablaba por su boca. En cuanto a él, se mostró tan poco apegado a su parecer y al consejo que me había dado, que la cosa fue puesta aún en deliberación, y no asistió a la resolución que me dieron, a pesar de lo mucho que se lo pedí”.

Aunque tuviera sobre sus Hijos una autoridad que no podía tener sobre los extraños, no quería hacer por sí mismo el destino de los que enviaba a los Países lejanos. No escogía para estas Misiones extraordinarias más que a aquellos a cuyo corazón Dios había hablado y a quienes había dado a conocer que Dios les pedía este gran sacrificio. La gracia de dar un adiós eterno a su Patria, a su familia, a sus amigos más íntimos, no se concedía más que a quienes la solicitaban mucho y con ardor. Y es que el Santo juzgaba con prudencia que un hombre llamado de Dios hace más fruto que muchos más, cuya vocación es menos libre y menos pura.

Estas sabias consideraciones no degeneraban ni en debilidad ni en blanda condescendencia. Un tercer carácter de la conducta de Vicente de Paúl fue la fuerza y la firmeza. Decía que,

como los fracasos de la guerra se atribuyen a los Generales de los Ejércitos, así también la caída o el enfriamiento de las Comunidades deben atribuirse a los Superiores; que los peores son los que, para agradar a sus cohermanos y dejarse querer de ellos, lo disimulan todo y dejan que las cosas sigan como puedan; *“que había visto una Comunidad de las más regulares que hubiera en la Iglesia, decaer en menos de cuatro años por la permisividad y la flojera de un Superior. Si pues, concluía, si todo el bien de una comunidad depende de los Superiores, con toda seguridad se debe pedir a Dios por ellos, como encargados y responsables de todos los que están bajo su dirección”*.

Esta firmeza del Santo se extendía a todas las partes del Reglamento que se había prescrito y que había prescrito a los suyos. *“Haréis mucho, escribía a un Director de misión, si le hacéis observar como se debe; porque esto es lo que atrae la bendición de Dios sobre todo lo demás. Comenzad pues por la exactitud en las horas de levantarse y acostarse, en la oración, en el Oficio divino en común, en los demás ejercicios. ¡Oh Señor, qué rico tesoro es la costumbre formada en estas cosas, y qué inconvenientes lleva consigo lo contrario! Y por qué no ibais a trabajar por cumplir estos deberes por Dios, puesto que vemos que las personas del mundo observan en su mayor parte tan exactamente el orden que se han propuesto en sus asuntos. Se ve raramente a gente de justicia faltar en levantarse, ir al Palacio y volver a las horas de costumbre; ni tampoco a los Comerciantes en abrir y cerrar sus tiendas: solamente nosotros los Eclesiásticos, que somos tan amantes de nuestras comodidades, los que andamos según el movimiento de nuestras inclinaciones”*.

No era sólo en las Casas de la Congregación y en las Misiones donde el santo hombre quería que la Regla se cumpliera inviolablemente. Quería también que en lo posible la siguieran en los viajes. Prescribía en ella hasta ciertas prácticas, que compensaban de algún modo las que no se pueden hacer fuera de la Comunidad. *“Entre otras diferentes cosas, dijo un sacerdote a quien enviaba de París a Toulouse, nos recomendó en particular cuatro. La primera, no dejar nunca de hacer la oración mental, incluso a caballo, si no tuviéramos tiempo de hacerla de otro modo. La segunda, celebrar todos los días la santa Misa mientras se pudiere. La tercera, mortificar nuestros ojos en el campo, y en particular en las ciudades; y la boca también por la sobriedad en las comidas, entre la gente del mundo. La quinta, dar el Catecismo a los sirvientes y sirvientas de las hostelerías, y sobre todo a los pobres, según la piadosa y santa costumbre de la Congregación. Cuando varios de sus sacerdotes viajaban juntos, nombraba a uno para llevar la dirección de los demás y hacer observar estas normas”*.

La firmeza del santo hombre no le hacia duro ni imperioso. La bondad y la mansedumbre fueron el cuarto carácter de su conducta. Severo consigo mismo, estaba lleno de caridad para los otros, y trataba de contentarlos en todo lo que podían esperar razonablemente de él. si rehusaba algo, era siempre con pena, nunca porque era el dueño, sino tan sólo porque no podía concederlo. Exponía las razones de su negativa, y cuando no subsistían, se acordaba de la petición que se le había hecho. *“Su costumbre, dice uno de los suyos, era servirse siempre de palabras muy amables, sin emplear la palabra de mandato no otras parecidas, que hiciesen dar a entender su poder y su autoridad; sino usando de súplicas y diciendo: Le ruego, Señor, o Hermano, que haga esto o aquello, etc.”*

Tenía la costumbre de llamar a su habitación a los que enviaba a misiones, o de viaje, la noche antes de su salida, cuando regresaban los recibía con los brazos abiertos con un tierno afecto. *“Yo no podía, dice uno de sus sacerdotes, y todos, sin exceptuar a uno solo,*

habrían dicho lo mismo; no podía admirar lo suficiente la caridad y la bondad de este gran corazón. Cuando yo iba de viaje o regresaba, me sentía como embalsamado con sus abrazos, y la cordial acogida que me daba. Sus palabras impregnadas de una cierta unción espiritual, eran tan dulces y sin embargo tan eficaces, que lograba que hiciéramos todo lo que quería sin ninguna presión”.

Cuando pensaba en alguien para un oficio difícil, o para un largo viaje, su máxima era adelantar sus disposiciones, y lo hacía de ordinario con una alegría encantadora.

“¿Es usted hombre para hacer un largo viaje por el servicio de Dios? -dijo un día a uno de los suyos.

Estoy listo, replicó éste.

Pero es que es fuera del Reino, añadió Vicente.

No importa, respondió el otro.

Pero –prosiguió el Santo- hay que atravesar el mar.

Ir por mar, dijo el Misionero, o ir por tierra, me da lo mismo.

Pero finalmente, continuó el santo hombre sonriendo, hay mil doscientos cuartos de legua de aquí hasta allí.

Aunque hubiera dos mil, respondió el sacerdote, estoy dispuesto a partir.

Partid pues, señor, replicó Vicente: Es en Roma donde tenemos necesidad de usted, etc.”

Sus cartas, aunque graves, eran siempre consoladoras. La manera como entraba en las penas de los que sufrían era muy apropiada para darles ánimos. *“Yo compadezco vuestra situación, escribía a un Superior cansado de su empleo: pero no os deben sorprender las dificultades, y menos todavía dejaros abatir, ya que se las encuentra en todas partes. Basta con que dos hombres vivan juntos para tenerse que poner en vela; si estuvierais solo os serviríais de carga a vos mismo, y hallaríais en vos con qué ejercitar vuestra paciencia: tan cierto es que nuestra miserable vida está llena de cruces. Alabo a Dios por el buen uso que hacéis de las vuestras, como supongo. He observado demasiada prudencia y mansedumbre en vuestro espíritu, para poner en duda que os falte en esas ocasiones tan molestas. Si no contentáis a todos, por qué habríais de pasar un mal rato por ello, pues Nuestro Señor mismo no lo consiguió con tantos como hubo, y los hay todavía, que han hallado qué murmurar contra sus palabras y sus acciones”.*

“Daos pues a Dios, decía a otro Superior, para tratar a todos con mansedumbre y respeto; para usar siempre de súplicas y de palabras, que se distingan por el afecto y nunca por términos rudos o imperiosos, no habiendo nada tan capaz de ganarse los corazones como esta manera de obrar humilde y suave, ni por consiguiente de hacerlos llegar a vuestros propósitos, que son que Dios sea servido y las almas santificadas”.

Llevaba la atención hasta compartir las penas de aquellos a quienes afligía mal a su pesar. Habiéndole obligado las necesidades de la Compañía a separar a dos sacerdotes que vivían en una tierna y santa unión, *“yo no dudo, escribía a uno de ellos, que la separación de este querido y fiel amigo os sea sensible. Pero acordaos, Señor, de que Nuestro Señor se separó de su propia Madre, y de que sus Discípulos, a quienes el Espíritu Santo había unido tan perfectamente, se separaron unos de otros para el servicio de su divino Maestro”.*

En una palabra, sus Hijos y por lo general todos los que estaban bajo su dirección, no sufrían ningún mal que él no lo sufriera con ellos, y más que ellos. Su compasión tenía lago

tan característico que era imposible confundirse; y aunque deseara que todos sin excepción llevaran el yugo del Señor sabía suavizarlo tan bien que lo hacía muy ligero o muy soportable.

Finalmente el último carácter de su conducta es que fue siempre ejemplar. Estaba convencido de que un Superior no exige bien más que lo que practica él primero. De ahí el cuidado que tuvo de hallarse tan exactamente en aquellos ejercicios de la Comunidad que más cuestan, y sobre todo en la oración de la mañana. Asistía a ella aun cuando se le debía sangrar o tomar medicinas; y el trastorno de esos días que fatigan a la gente más robusta que él no le impedía encontrarse allí al día siguiente. No había en su Congregación regla ni costumbre de la que no fuera él el primero en dar ejemplo, y se puede decir que así estableció, y sostiene todavía hoy ese hermoso orden en la Casa de S. Lázaro; Casa donde, para hablar según un genial Obispo, el primer toque de una campana hace presentarse a doscientas personas en un lugar que, a juzgar por la paz y el silencio, os parecía totalmente desierto.

Su perfecta exactitud le daba derecho a exigir una casi parecida a sus inferiores. La quería sobre todo en aquellos a quienes encargaba de la dirección de los demás. Decía que los que no son ni regulares ni ejemplares fallan en una cualidad esencial para gobernar; y que un hombre tenga el talento que tenga para dirigir, no es idóneo para ser Superior de una casa, ni para ser Director de un Seminario, si no es exacto, sobre todo en levantarse por la mañana, y en hacer su oración *en el tiempo y en el lugar que otros la hacen*.

Por lo demás, no era sólo a los que ponía al frente, era a todos sus Hijos sin excepción, a quienes pedía esta fidelidad a levantarse por la mañana y a la oración en común. La carta que escribió sobre esta materia a los Superiores de sus Casas es tan sabia que, si bien muy larga, he creído deber traerla aquí entera. Parecerá tal vez un tanto fuera de lugar; pero, qué más da, mientras no resulte estéril. Ésta es. Nada más sencillo, pero nada más sensato.

Señor, la gracia de nuestro Señor esté siempre con usted.

“Usted sabe que todas las cosas de este mundo están sometidas a alguna alteración, que el hombre mismo no está siempre en un mismo estado, y que Dios permite con frecuencia deshecho en las Compañías más santas. Sucedió también en algunas de nuestras casas de las que nos hemos dado cuenta desde hace poco por las visitas que se han realizado, sin que al principio hayamos conocido la fuente. Ha sido preciso para descubrirla un poco de paciencia y de atención por nuestra parte. Por fin Dios nos hizo ver que la libertad en descansar más de lo que la Regla permite ha producido esta mal efecto; además de no hallarse en la oración con los demás, se veían privados de las ventajas que hay de hacerla en común, y a menudo no hacían nada, o poco en particular: de ahí provenía que tales personas estando menos atentas a sí mismas, sus acciones eran más lánguidas, y la Comunidad desigual en las prácticas.

“Para remediar este desorden se ha de quitar la causa, y para ello recomendar la exactitud al levantarse, y mantenerse firmes en ello; de manera que poco a poco cada casa cambie de aspecto acostumbrándose al Reglamento, y cada uno en particular sea más cuidadoso de su bien espiritual. Lo que nos ha dado motivo a tener nuestra primera Conferencia en este año nuevo sobre esta primera acción del día, para afianzarnos más en la resolución de levantarnos todos indispensablemente a las cuatro. Los buenos resultados de esta fidelidad y los inconvenientes que se derivan de lo contrario, habiéndonos servido de motivos en

nuestra Conferencia, he pensado, Señor, en comunicároslos. He incluido las objeciones y las respuestas que se pueden tener sobre el asunto, y los medios de nos podemos servir, para que se los deis a conocer a vuestra Familia, a fin de mantenerla en esta práctica, o hacerle entrar en ella, si aún no lo estaba, y participe así de la misma felicidad.

“La primera ventaja, que resulta de levantarse en el momento que se oye el despertador, es que se cumple la Regla y por consiguiente la voluntad de Dios.

2°. La obediencia practicada a esa hora siendo más agradable a Dios por ser pronta, atrae también su bendición sobre las demás acciones del día, como se ve en la prontitud de Samuel que levantándose tres veces de noche fue alabado del Cielo y de la tierra y favorecido grandemente de Dios.

3°. La primera de nuestras buenas obras es la más honrosa: pues todo honor es debido a Dios; es por lo tanto razonable darse ése. Si se lo negamos, hacemos la primera parte del demonio, y le preferimos a Dios, de donde viene que ese león ande rugiendo en torno a la cama para apoderarse de esta acción, con el fin de que si no puede lograr otra cosa en el curso del día, se pueda al menos gloriarse de tener la primera de nuestras acciones..

4°. Se contrae la costumbre de levantarse puntualmente, cuando se acostumbra uno a la hora: hace que después esté uno pronto al despertador: sirve incluso de reloj en los lugares en que no lo hay, y donde nos hallemos, no cuesta saltar de la cama. Al contrario la naturaleza se prevale de las ventajas que se le dan: descansando un día, pide la misma satisfacción al día siguiente, y la pedirá, mientras no se le quite la esperanza.

5°. Si Nuestro Señor dejó el Paraíso por nosotros y se redujo durante su vida a tal pobreza que no tenía dónde descansar la cabeza, ¿cuánto más debemos nosotros dejar una cama para ir a él?

6°. Un sueño regulado sirve para la buena disposición del cuerpo y del espíritu; y quien duerme mucho se afemina, de manera que llegan entonces las tentaciones.

7°. Si la vida de un hombre es demasiado breve para servir a Dios dignamente y para reparar el mal uso que ha hecho de la noche, es algo deplorable querer todavía acortar el escaso tiempo que tenemos para ello. Un Comerciante se levanta temprano para hacerse rico; todos los instantes le son queridos; los ladrones hacen otro tanto y pasan las noches sin dormir para sorprender a los que pasan: vamos a tener nosotros menos diligencia para el bien de la que tienen ellos para el mal. Los mundanos hacen sus visitas desde por la mañana y se encuentran al levantarse un Grande con mucha exactitud y cuidado. Dios mío, ¡qué vergüenza, si la pereza nos hace perder la hora asignada para conversar con Dios, el Señor de los Señores, el Grande de los Grandes, nuestro apoyo y nuestro todo!

“Cuando se asiste a la oración y a las repeticiones se participa en las bendiciones que Nuestro Señor comunica abundantemente a los que están reunidos en su nombre. La mañana es el tiempo más propio para esta acción y el más tranquilo del día: también los antiguos Solitarios y los Santos, a ejemplo de David, la emplearon en rezar y meditar. El Israelita se debía levantar por la mañana para recoger el Maná; y nosotros que no tenemos gracias, ¿por qué no hacer lo mismo para tenerlas? Dios no concede en todo momento sus favores. En verdad desde que nos ha dado la gracia de levantarnos todos juntos, vemos más puntualidad, recogimiento y modestia: lo que nos hace esperar que, mientras este acuerdo dure, la virtud irá siempre en aumento, y que todo el mundo se

afirmará más en su vocación. Nuestra indolencia ha hecho salirse a muchos, quienes sin poder dormir a sus anchas no podían sentir afecto a su estado. ¿Qué medio de ir con gusto a la oración, si uno no se levanta más que con disgusto, y de meditar útilmente, cuando no se está en la iglesia más que a disgusto y solamente por convivencia? Por el contrario los que sienten afecto a levantarse por la mañana perseveran de ordinario, no se relajan fácilmente y hacen buenos progresos; la gracia de la vocación depende de la oración, y la de la oración del levantarse. Si pues somos fieles en esta primera acción, si nos hallamos juntos ante Nuestro Señor, y nos presentamos a él humildemente, como lo hacían los primeros Cristianos, él se dará en cambio a nosotros, nos iluminará con sus luces y hará en nosotros y por nosotros los bienes que, que tenemos obligación de hacer en la Iglesia; por fin nos hará la gracia de llegar al grado de perfección que desea de nosotros para poder poseerle un día plenamente en la eternidad de los siglos. Vea, Señor, qué importante es que esta Compañía se levante con exactitud a las cuatro, ya que la oración obtiene su valor de esta primera obra y que las demás obras no valen más que lo que la oración les hace valer. Lo sabía aquél que decía que de su oración juzgaba cómo sería el resto de la jornada.

“Pero así como la delicadeza de algunos no se vencerá sin réplica, porque no esta sin pretexto, adivino que me dirá que la Regla de levantarse no debe obligar por igual a tales personas de débil complexión, como a las que son robustas, y que aquellas necesitan de un reposo más largo que las demás; a lo que opongo el consejo de los Médicos que todos sostienen que siete horas de descanso son suficientes para tales personas, y el ejemplo de todas las Órdenes de la Iglesia que tienen su descanso limitado a siete horas; ninguno se toma más; las hay incluso que no tienen tanto, y la mayor parte no lo tienen más que interrumpido, pues se levantan una o dos veces para ir al Coro; y lo que condena nuestra pereza es que las Hijas de Santa María, exceptúo a las enfermas que están en la enfermería, aunque estén débiles y cuidadas con más delicadeza, no tienen un mayor privilegio. Pero ¿no descansan alguna vez más que de ordinario? No, nunca lo he oído decir.

“Otro me dirá: Señor, hay que levantarse cuando uno se sienta incómodo? He tenido un mal dolor de cabeza, un dolor de muelas, un ataque de fiebre, que no me han dejado dormir casi en toda la noche. Sí querido amigo, hay que levantarse, si no estáis en la enfermería o si no tenéis orden de quedaros más tiempo en la cama, pues si siete horas de descanso no os ha aliviado, es preciso que deis gloria a Dios como los demás, y que entonces le expongáis vuestra necesidad al Superior: de otra forma volveríamos comenzar, ya que a menudo muchos sienten alguna incomodidad, y otros podrían fingir tener que cuidarse, y de esta manera se convertiría en una continua ocasión de desorden. Si no se ha dormido una noche, la naturaleza sabrá reponerse bien en la otra.

“¿Pensáis entonces, Señor, replicará alguno, recortar esta clase de descanso para los que llegan de viaje? Sí, por la mañana. Que si el Superior juzga que el cansancio sea tal que necesite más de siete horas de descanso, les hará costarse por la noche antes que los demás. Pero ¿si llegan demasiado tarde y demasiado agotados? en cuyo caso no estará mal que descansen por la mañana: ya que la necesidad sirve entonces de regla.

“Qué, ¿levantarse todos los días a las cuatro? Y la costumbre es descansar una vez a la semana, o al menos cada quince días, a fin de rehacerse un poco: es cosa dura y capaz de enfermarnos. Ese es un lenguaje del amor propio; ésta es mi respuesta: Nuestro

Reglamento y la costumbre quieren que nos levantemos todos al mismo tiempo. Si ha habido relajamiento, sólo ha sido desde hace poco, y en pocas casas debido a los abusos de los particulares y a la tolerancia de los Superiores: ya que en otras casas la práctica de levantarse se ha guardado siempre fielmente, y les ha acompañado siempre la bendición. Pensar que se esté enfermo, para no dar algún intervalo a esta exactitud, es pura imaginación; la experiencia hace ver lo contrario; desde que se levantan todos no hemos tenido aquí a ningún enfermo, que no lo estuviera anteriormente, ni por otros motivos: pero lo sabemos y los Médicos lo dicen que demasiado dormir hace daño a los pituitosos y achacosos.

“Que si finalmente se objeta que puede haber algún asunto que impida a alguien acostarse a las nueve y aun a la diez, y que es razonable que se tome por la mañana el descanso que perdió por la noche, respondo que se ha de evitar en lo posible los impedimentos para retirarse a la hora; y si no se puede, es tan raro que la privación de una o dos horas de descanso no es importante, en comparación con el escándalo que se da quedándose en la cama cuando los demás están en oración..

“Quizás haya exagerado. Señor, por haberme extendido tanto para demostrar la importancia y la utilidad de levantarse; puesto que vuestra Familia es quizás una de las más fervorosas y de las más regulares de toda la Compañía. Si así es, mi plan no es tampoco persuadirle de otra cosa que un tierno reconocimiento por la fidelidad que Dios le da: pero si ha caído en el defecto que combatimos, tengo razón, me parece, a invitarle a levantarse, y rogarle, como lo hago, que ponga todo el cuidado. Éstos son los medios para usted y para ella.

“Los suyos son, 1º. Convencerse de que la exactitud en levantarse es una práctica de las más importantes de la Compañía: así como es el comienzo, a sí es el resto de la jornada. 2º. Darse a Dios al acostarse por la noche, pidiéndole la fuerza de vencerse por la mañana sin ningún retraso invocando a este efecto la protección de la santísima Virgen con un Ave Maria dicho de rodillas, y encomendándose al Ángel Custodio; a muchos les ha ido bien con esta práctica. 3º. Pensar que la campana es la voz de Dios, y en el momento que se oye saltar de la cama, haciendo la señal de la Cruz, prosternándose en el suelo y besarla, adorar a Dios unánimemente con el resto de la comunidad, que le adora al mismo tiempo; y cuando se falta a ellos imponerse alguna penitencia. Hay algunos que se imponen disciplina tanto tiempo como habían perdido en disputar con la almohada. Por fin, el último medio para cada uno en particular, es nunca cejar en esta exactitud; pues cuanto más se difiere, más incapaces nos hacemos.

“Los medios generales que dependen de sus cuidados, Señor, y de los Oficiales de la casa, son, 1º. Que haya un llamador, que vaya de habitación en habitación a dar luz cuando se necesita y a decir en voz alta Benedicamus Domino y repetirlo hasta que se le responda; que después de esto otro haga la visita, y hasta una doble visita, cuando la comunidad es grande, y que los nombrados para ello sean exactos en cumplirlo. 2º. Que los que hacen la visita se mantengan firmes y no permitan a nadie descansar después de las cuatro de la mañana, bajo cualquier pretexto que sea, aparte de la enfermería, si la hay; si no en caso de necesidad...La exactitud en levantarse ha sido considerada tan hermosa y tan útil, que se ha juzgado que los que no eran fieles a ella, no debían emplearse en cargos de la Compañía, porque su ejemplo sería muy pronto seguido en este relajamiento y que tendría poca gracia tomar para sí lo que ellos se verían obligados a negar a los demás. Quiera

dios, Señor, perdonarnos nuestras faltas pasadas y darnos la gracia de corregirnos de ellas; de manera que seamos como esos bienaventurados siervos, a quienes el Señor encuentre vigilantes, cuando venga. En verdad os digo, dice Nuestro Señor, que les hará sentarse a su mesa y los servirá; y si viene igualmente a la segunda vigilia y a la tercera y los encuentra así, dichosos son esos Siervos; en verdad os digo que los pondrá al freno de todos sus bienes. Sea esto suficiente, señor, para una carta; ofrézcame por favor a Dios. Yo me uno a las oraciones de vuestra pequeña Compañía, de la cual y de vos en particular soy, etc.”

Después de desarrollar los caracteres de la conducta del santo sacerdote, es justo decir una palabra del orden que guardaba para que resultara tan útil como ella podía ser. Trabajaba en primer lugar para destruir en todas las personas, cuya dirección llevaba él, el pecado y todos los pequeños desórdenes que poco a poco hayan podido conducir a ello: con este fin estableció el Seminario interno, haciendo de él una Escuela de virtud, en la que la gente de toda clase que eran admitidos, hallaban en la humildad, la mortificación, la obediencia, la oración sobre todo, y los demás ejercicios de la vida espiritual, de los medios seguros para aniquilar al hombre viejo, y llegar a ser en Jesucristo nuevas criaturas. La desobediencia era el defecto que menos perdonaba en un Seminarista. Si no se corregía, por muchas buenas cualidades que tuviera por otra parte, le despedía. Veía al hombre demasiado apegado a su voluntad y a sus ideas como un enemigo de la infancia Evangélica, que sola tiene derecho al Reino de los Cielos; y que él le juzgaba incapaz de esta abnegación santa, que debe ser la primera virtud de los Discípulos del Hijo de Dios.

Al salir del Seminario aplicaba al estudio de la Teología, y hasta de la Filosofía, a aquellos cuyas ideas sobre estas materias necesitaban refrescarse; les daba Maestros capaces, que pensaban bien, y propios para alimentar la piedad formando en la ciencia. Nada temía más que ver a un joven estudiante disminuir en fervor a medida que crecía en conocimiento, o perder el tiempo en vanas e inútiles curiosidades.

Decía a este propósito, que el paso del Seminario a los Estudios es muy peligroso; que muchos naufragan en él; que si hay un tiempo en que se debe tener vigilancia es el de los Estudios; que, al igual que un vaso, que del calor del horno pasa a un lugar frío, corre peligro de romperse; así un joven, quien de un lugar de recogimiento, de vigilancia y de oración, pasa al tumulto de una clase, corre peligro de disiparse.

¿Qué hacer pues para mantenerse en un sendero tan difícil? Calentar su voluntad, a la par que se ilumina el entendimiento; tener por máxima indubitable que no hay ciencia más útil al prójimo que la que nace de un fondo de piedad; mirar la curiosidad como un mal que desde nuestros primeros padres hasta nosotros es la fuente de todos los males; evitar por lo tanto todas las lecturas que tenderían sólo a distraerse; formarse un tesoro de erudición, pero de esa erudición santa que, como la del Cardenal de Bérulle, lleva tanto fuego a los corazones, como luz al espíritu; reducir a sus justos términos el deseo de saber, porque cuando no se lo frena, seca la devoción y agota la fuente de las gracias.

Añadía que había visto que las personas sencillas y llanas hacían de ordinario mejor la oración que los hombres sabios; porque éstos no tienen comúnmente bastante buena opinión de ellos mismos, y que dios se complace en comunicarse a los otros; que deseaba que todos los eclesiásticos de la Congregación tuvieran tanta ciencia como S. Tomás, mientras tuvieran la humildad de ese santo Doctor; que el orgullo perdía a las cabezas

grandes, como pidió a los Ángeles; y que la ciencia sin humildad había sido en todo tiempo muy perniciosa a la Iglesia.

Exhortaba a los jóvenes Estudiantes a amar esta santa virtud. *No podía sufrir que se dejaran embaucar.* Una tesis que fue sostenida con mucha capacidad le consoló menos por el éxito de lo que le afligió; porque creyó ver en el Defensor una sombra de suficiencia. Para desarraigar este vicio tan funesto como natural en los que dominan, decía, que el demonio más pequeño de los infiernos sabe más que el primero de los Filósofos y el más profundo de los Teólogos; que Dios, para hacer su Obra, no necesita del ministerio de los Sabios; que los rechaza cuando son orgullosos, y que antes que a ellos prefiere a los idiotas, incluso a las mujeres, como lo hizo en los últimos tiempos para reformar una orden célebre en la Iglesia. El Santo seguía en parte este método en su gobierno; aunque un hombre tuviera muchos talentos naturales o adquiridos no le confiaba oficios importantes, cuando no veía en él un fondo suficiente de humildad. Porque contaba con que sin esta virtud capital no se puede hacer más que ruido, y ningún fruto; porque a ella va unida la gracia de la conducta, y sin la gracia un hombre corre a su perdición.

La conclusión de estos consejos era que se dedicaran a poner a la juventud en estado de ser útiles al prójimo; que no se perdiera tiempo, porque la obra apremiaba; que había pocos Obreros, que los pueblos del campo se condenaban faltos de instrucción, y que la mayor parte de la tierra estaba toda sepultada en las tinieblas de la infidelidad; que se procurara pues, ya que era preciso, pero que se procurara adquirir la ciencia, sin perder la humildad.

La falta de mortificación era otro desorden, que el Santo se esforzó en atajar, o de recortar. Implacable enemigo de la sensualidad, combatía hasta sus apariencias. Decía a sus Hijos, que no hay vicio más contrario al espíritu que debe animarlos, y más capaz de hacerles perder el gusto por su trabajo; que un Misionero debe vivir como si no tuviera cuerpo, y no temer ni al calor ni al frío, ni a la enfermedad, ni al hambre, ni a las otras miserias de la vida; que debe estimarse feliz de sufrir algo por Jesucristo; y que si huye de la pena, del trabajo, de las incomodidades, es indigno de su nombre y no puede servir para nada. Toda delicadeza en el beber o en el comer, en la cama o en los muebles, era a los ojos de este perfecto Penitente un exceso, cuyas secuelas no podían ser sino funestas. Y preguntaba cómo un hombre, a quien le gusta estar bien alimentado y bien acostado, podía hacerse a la vida frugal de los campesinos y pasar de cinco a seis semanas, a veces años casi enteros en la choza de un campesino. Sostenía que un pequeño número de sacerdotes, que hubieran renunciado plenamente a sus cuerpos y a sus satisfacciones, harían más bien que una multitud de otros, que no temen otra cosa que debilitar su salud. Trataba de prudencia carnal a esos temores que tienen algunos a que el oficio que se presenta interese el reposo y la tranquilidad, de lo que quieren gozar donde quiera que se encuentren. Para humillar a esos espíritus que son de ordinario los prudentes y quienes piensan serlo en efecto, los llamaba con frecuencia espíritus de carne; y la ternura blandengue que tenían para consigo, le llenó más de una vez de una justa y santa indignación.

No es que prodigara la vida de sus Hijos o que permitiera que se entregaran a un trabajo desmedido: sino que quería que cada uno de ellos se ocupara según el talento que había recibido; y él sabía que se llega lejos cuando se tiene celo y se pone la confianza en Dios. Además, tenía una grande idea de la muerte de los que se consumen al servicio del prójimo; y la consideraba con el Rey Profeta como preciosa a los ojos del Señor. también cuando se enteraba que alguno de los suyos había acabado sus días, ya entre los Turcos y los

Bárbaros, ya al servicio de los forzados o de los apestado, bien sea en aliviar a Provincias desoladas, o dando sepultura a una multitud de cadáveres esparcidos por los campos; envidiaba sinceramente su suerte; exhortaba a los que le sobrevivían a tenerlo como un martirio de la caridad, a pretender su puesto como un lugar de bendición, a participar en sus combates para participar en sus victorias y en su corona. “*Maldito, decía, maldito el que huye de las cruces, pues las encontrará tan pesadas que le abrumarán*”.

De esta manera hablaba el santo sacerdote, y se puede decir que sus discursos llenos de fuego preservaron a su Congregación de los desórdenes en que habría podido caer. La preservó de la maledicencia y de la envidia. Combatió a sangre y fuego estas crueles pasiones, que no perdonan ni el mérito de casa ni al extraño. Decía que los rasgos de la envidia y de la detracción no atraviesan el corazón de aquellos a quienes odian, hasta después de atravesar de parte a parte el corazón de Jesucristo. Sus palabras y el tono inflamado con que eran pronunciadas causaban una impresión tan fuerte que todos exclamaban como al unísono: Señor, habéis atravesado mis carnes con vuestro temor: el horror de vuestros juicios se ha apoderado de mí. Dejadme respirar un poco: permitid que me aparte de vuestra vista, hasta que el tiempo de vuestra cólera se pase.

Para detener esta confusión, que poco a poco habría llevado el desánimo, Vicente, por la mansedumbre de sus conferencias familiares, moderaba adrede la austeridad de sus exhortaciones públicas. En éstas ponía vino en la llaga, en aquellas vertía un aceite saludable, que quitaba el mal, sin hacer sufrir al que lo padecía. Nada de deber más difícil de cumplir que el de la corrección fraterna, de la que el Hijo de Dios nos ha dado un precepto; ningún deber que nuestro Santo haya cumplido mejor.

Ningún deber más difícil de cumplir, porque la corrección supone en quien la hace las principales virtudes del Cristianismo. El buen ejemplo debe precederla; un culpable ¿tiene buena voluntad de advertir a otro? No, sin duda. Bien o mal no faltará quien le diga: *Médico, cuidaos de vos mismo*. La paciencia debe impedir que se la precipite; porque es el último remedio, y que no se debe recurrir a él, más que cuando los demás se han agotado. La caridad debe aplicarla con sus propias manos; ya que, sin eso, al querer curar una llaga se corre el riesgo de abrirlas nuevas. La humildad debe acompañarla, porque un hombre que es el primero en acusarse de sus defectos parece más alejado de todo orgullo farisaico; y disminuye la confusión de aquel cuyas debilidades descubre. La prudencia debe dirigirla: pues no hay que abatir a los que pierden con facilidad los ánimos ni amargar a estos espíritus, a los que un temperamento altanero dispone a la reacción, y de quienes sin embargo se puede sacar partido cuando se los sabe llevar bien. La mansedumbre debe sazonarla, porque se trata de un remedio cuya naturaleza tiene horror, y la solivianta al principio, si no se tiene cuidado de engañarla y de adormecerla. Finalmente, a pesar de toda su mansedumbre, la corrección debe tener fuerza; porque conviene que llegue hasta la raíz del mal; y que el médico espiritual la tenga como un recurso después del cual ya apenas hay otros. Esta corrección tan difícil de hacer bien y que exige tantas precauciones, la hacía Vicente de Paúl *con gracias incomparables*. Hacía brillar todas las virtudes de las que acabamos de hablar; sobre todo la prudencia y la mansedumbre. Aquí van las reglas que seguía entonces: tendremos cuidado de confirmarlas con ejemplos.

Ordinariamente no reprendía inmediatamente a los que habían cometido una falta. Habría temido que la naturaleza se mezclara algo en un consejo tan súbito; y él quería que sólo la caridad fuera el principio. Comenzaba pues por penárselo delante de Dios. Examinaba las

disposiciones del culpable y los medios para aplicarle una corrección saludable. Con estas ideas habiéndose visto obligado en cierta ocasión a reprender a una persona, que tenía las faltas en poca cosa y los avisos en mucho, hizo tres días seguidos su oración sobre este asunto, y rogó a Dios que le diera las luces que necesitaba para conducirse debidamente con un hombre poco virtuoso y difícil de manejar.

Cuando entraba en materia, declaraba en primer lugar la estima que tenía de aquellos a quienes quería avisar: los alababa incluso de una manera muy sincera y amable por las buenas cualidades que reconocía en ellos. A veces también los disculpaba, achacando su culpa a ese primer movimiento, del que no somos muy dueños. Luego les hacía ver en todo su alcance la falta que habían cometido. Les ponía delante de los ojos las circunstancias de la persona, del tiempo, del lugar y otras semejantes. Este detalle iba seguido del remedio; y con vistas a que fuera mejor recibido, el Santo se aplicaba una parte, haciéndose culpable con los que lo eran. *“Señor o Hermano mío, decía, tenemos usted y yo necesidad de trabajar en adquirir la humildad; de ejercitarnos en la paciencia; de sufrir a los demás como queremos que nos sufran ellos; de acostumbrarnos a la puntualidad, a la regularidad, etc.”*

Sabía tan bien suavizar las reprimendas, cuando las circunstancias se lo permitían, que las hacía agradables. Rara vez sucedía que un hombre a quien había descargado el corazón, le dejara sin estimarle y quererle más. Se le tenía menos como a un Juez que castiga la trasgresión de las Leyes que como a un Padre que la perdona y que enseña a evitarle en adelante. Todos al salir de su habitación se proponían ser mejores y reconocían con el Sabio que las heridas de un amigo sincero valen más que los abrazos engañosos de un enemigo encubierto.

Pero, y lo hemos observado ya, la mansedumbre con la que remojaba el remedio, no llegaba hasta alterarlo y dejarlo inútil. Le dejaba con toda su fuerza. Se ve en la carta que escribió a un joven Profesor de Seminario, que a mucho celo y piedad unía una especie de dureza y de amargura, por lo que sus alumnos se sentían desanimados. *“Creo, Señor, le decía, lo que me exponéis más que las cosas mismas que veo; y tengo demasiadas pruebas de vuestro afecto a procurar el bien del Seminario para ponerlo en duda... A pesar de ello os ruego que reflexionéis sobre vuestro modo de obrar y que os deis a Dios pata corregir con su gracia lo que en ello encontréis de menos gracioso: puesto que aparte de que su divina Majestad se ofende con ello, aunque tengáis buena intención, suceden también otros inconvenientes. El primero es que estos Señores que salen descontentos del Seminario pueden hastiarse de la virtud, caer en el vicio y perderse por salir demasiado pronto de esta santa Escuela, por culpa de no haber sido tratados dulcemente. El segundo es que desacreditan el Seminario e impiden que entren otros, que sin eso llegarían y recibirían las instrucciones y las gracias convenientes para su vocación. Y en tercer lugar, el mal predicamento de una Casa particular cae sobre la pequeña Compañía, la cual perdiendo una parte de su buen olor recibe un notable perjuicio en el progreso de sus funciones, y ve disminuir el bien que Dios ha querido hacer por ella.*

“Si decís que no habéis advertido estos defectos en vos, es una señal de que tenéis muy poca humildad; porque si tuvierais tanta como la que pide Dios de un sacerdote de la Misión, os creeríais el más imperfecto de todos y atribuiríais a cierta ceguera secreta no ver lo que los demás ven, sobre todo desde que ya se os ha advertido. Y a propósito de avisos, me han expuesto también que os cuesta mucho sufrir que os molesten. Si eso es

cierto, ¡Oh Señor, qué lamentable es vuestro estado y qué lejos del de los Santos, que se rebajaron ante el mundo y se alegraron cuando les mostraban las pequeñas manchas que había en ellos. Es imitar mal a Jesucristo, el Santo de los Santos: él permitió que le reprocharan públicamente el mal que no había hecho, y no dijo una sola palabra para ponerse a cubierto de esta confusión. Aprendamos de él, Señor, a ser dulces y humildes de corazón. Son las virtudes que vos y yo le debemos pedir continuamente, y a las que debemos prestar una atención particular, para no dejarnos llevar de las pasiones, que les son contrarias, y que destruyen con una mano el edificio espiritual que la otra construyó. Quiera nuestro Señor iluminarnos con las luces de su divino Espíritu, para ver las tinieblas del nuestro, y para someterle a los que él ha propuesto para dirigirnos; y animarnos con su dulzura infinita, a fin de que se difunda en nuestras palabras y en nuestras acciones, para ser agradables y útiles al prójimo”.

Las cartas en las que daba los avisos más serios solían acabar con algunos rasgos capaces de consolar y de levantar los ánimos. Decía a los que habían cometido una falta, que Dios no la había permitido más que para humillarlos, para darles ocasión de trabajar más eficazmente en la virtud, porque tenía sobre ellos designios de bondad. Iba hasta presentarles excusas por la ingenuidad con la que les expresaba sus sentimientos; finalmente atacaba el orgullo con tal destreza que se veía morir, sin haberse visto herido: es lo que hizo decir con bastante gracia a uno de los suyos que Vicente se parecía al Gran Señor y que estrangulaba al amor propio con cuerdas de seda. Fue siempre atento en extremo a dos cosas; una que no se puede descubrir nunca a quien había dado aviso de un desorden; la otra que ni él ni los que él ponía en los puestos parecieran demasiado sensibles a las faltas que les atañían personalmente. Por lo que se refiere al primer artículo, él habría preferido dejar al culpable impune a darle motivo de desconfiar de alguien; porque estaba persuadido de que en las Comunidades la unión y la paz son bienes de primer orden, y a los cuales deben ceder los demás. Respecto a las faltas que atacan a la persona misma de los Superiores, aunque esta circunstancia las haga más graves, quería que en estas ocasiones se armaran de paciencia, que el más fuerte soportara las locuras del más débil; que le diera tiempo de reconocerse; y que la llamara al deber por la caridad y los arreglos. “*Yo tomo parte, escribía a un Superior, tomo parte en las penas que os causa el que vos me decís. Es un pequeño ejercicio que Nuestro Señor os ha enviado para formaros en la dirección de las personas que se os han confiado. Esto os hará entrever cuán grande ha sido la bondad de Nuestro Señor en soportar a sus Apóstoles y a sus Discípulos, cuando estaba con ellos en la tierra, y cuánto tuvo que sufrir de los buenos y de los malos. Eso mismo os hará ver que las Superioridades tienen sus espinas como las demás condiciones, y que los Superiores que quieren cumplir bien su deber de palabra y de ejemplo, tienen mucho que sufrir. Según esto, Señor, entreguémonos a Dios para servirle en esta calidad, sin pretender ninguna satisfacción por parte de los hombres. Nuestro Señor nos dará suficiente si trabajamos como es debido en hacernos puntuales en la observancia de las Reglas y en la adquisición de las virtudes propias de los verdaderos Misioneros, sobre todo en las de la humildad y de la mortificación. Oh Señor, qué grande es la miseria, y qué necesaria es la paciencia a los Superiores. Yo concluyo pidiéndoos que me ofrezcáis a Dios, para que me perdone las faltas innumerables que cometo todos los días en el cargo que tengo y del que soy el más indigno de todos los hombres. Y peor que Judas para con Nuestro Señor.*

Sin embargo, como existen males que la paciencia y las consideraciones no curan, y los hay cuyo contagio podría ir de un miembro al otro, Vicente no quería que el Superior, aun

en su propia causa, guardara siempre el silencio. Le obligaba pues a hablar, pero con estas condiciones, 1º. Que nunca sería inmediatamente, sin una necesidad urgente. 2º. Que sería con suavidad, a propósito, y en los momentos en que se cree que su hermano está más dispuesto a oír razones. 3º. Que proceda en forma de razonamiento, de suerte que haga sentir a un hombre los inconvenientes que vendrían de su conducta; y que pudiera reconocer que el Superior no le avisaba ni por interés, ni por humor, sino por su propio bien y por el de la Comunidad”.

A estas precauciones añadía el Santo otra muy capaz de llevar a los Superiores a sopesar los términos, y a los que estaban bajo su dirección, a no ofenderse por los avisos que se les daba. Deseaba pues, y recomendó más de una vez a los que tenían puestos que no avisaran a sus Cohermanos de sus defectos sin haberles pedido que les a ellos mismos la misma caridad. Estaba persuadido de que un Superior, por prudente que sea, comete siempre muchas faltas, no sólo por razón de su cargo, sino también en calidad de Misionero y de Cristiano; y que nada demuestra mejor que él va sencillamente, más que cuando es el primero en recibir de otro el servicio un poco amargo, que se dispone a prestarle. Esta regla de conducta era para él como para los suyos. *“Declaro, dijo un día a la Comunidad, que los que advierten defectos, que conducen a la ruina y al desorden en la Compañía, y no avisan de ellos, son culpables de la ruina y del desorden de la misma Compañía. Según esto, yo debo llevar a bien que se me avise también; de forma que si no me corrigiera de algún defecto escandaloso, que suponga desorden o destrucción en la Congregación, o bien si enseñara o defendiera algo contrario a la doctrina de la Iglesia, la Congregación reunida en asamblea debería deponerme, y luego expulsarme”.*

Aunque estas medidas para dar un aviso, y hacer una admonición parecen llegar al exceso, Vicente no se contentaba siempre con ellas. Se limitaba a avisar en común, cuando temía amargar o afligir demasiado avisando en particular. *“De esto se ha de usar así, escribía al Superior de una de sus casas, 1º. Cuando el mal es tan inveterado en el que es culpable que se juzgue que sería inútil un aviso particular. 2º. Cuando se trata de espíritus débiles que no pueden soportar una corrección por dulce que sea, aunque por otra parte ellos sean buenos; ya que es suficiente una recomendación en la que no se señala a nadie, para llamar al orden a un hombre cuyo corazón no es malo. 3º. Cuando existe peligros que los demás se dejen llevar al mismo defecto, si no se le reprende. Fuera de estos casos, decía, estimo que el aviso se debe dar a la persona sola, en primer lugar con mansedumbre, luego con más severidad, finalmente con un celo y una firmeza que anuncia el último remedio”.*

Por firmeza no entendía el Santo esas expresiones ofensivas, que forman el celo de alguna gente. Un superior por otro lado muy hombre de bien, pero a quien un momento de disgusto no le permitió pesar bien sus palabras, decidió escribirle un día que preferiría conducir animales que a hombres. *“Lo que me comunicáis, respondió Vicente, admite una explicación; ya que lo que decís es cierto en los que quieren que todo se someta a ellos, que nada se les resista, que se camine según su parecer; que se les obedezca sin replicar ni con retraso; y por decirlo así, que se los adore: pero eso no es así en los que aman la contradicción y el desprecio; que se consideran como sirvientes de los demás; que dirigen pensando en la conducta de Nuestro Señor, que soportaba la rusticidad, la emulación, la poca fe de los de su Compañía; y que decía que había venido para servir, y no para ser servido. Yo sé, Señor, que gracias a Dios este mismo Señor os hace andar con humildad, ayuda, mansedumbre y paciencia; y que no habéis usado de este término más que para*

expresar mejor vuestra pena y persuadirme de que os descargue del peso de vuestro empleo. Por lo que trataremos de enviaros a alguien en vuestro lugar”.

Vicente le mantuvo la palabra, y algún tiempo después le envió a un sucesor, con orden de quedarse en la misma casa; bien persuadido de que, como se lo había dicho, el resto de la familia hallaría en él el ejemplo de la sumisión y de la confianza que todos deben a su Superior. Este método de poner en último lugar a los que habían ocupado el primero era bastante del gusto del hombre de Dios. No ignoraba que tiene sus inconvenientes; pero, aparte de que eran menos considerables en el momento de un fervor naciente, Vicente estaba convencido que un hombre no siente nunca mejor cuántas atenciones necesitan sus hermanos, hasta cuando ve cuánto las necesita él mismo.

Su conducta en el manejo de lo temporal de la Congregación era tan prudente, tan cristiana, como la guardaba en los asuntos espirituales. Aunque creyera por la palabra del Salvador que la Providencia sería fiel a sus Misioneros, mientras ellos fueran fieles en cumplir los deberes de su Instituto, no se olvidaba que existe un orden inmutable, que los Padres de familias alimentan a sus hijos, y que los Jefes de las Compañías proveen a la subsistencia de los que les están asociados. Para no faltar a este artículo, sin el que no puede haber verdadera regularidad, el Santo se preocupó de dos cosas: hizo valer los pocos bienes que Dios le había dado; administró sus rentas con economía.

Para dar importancia a sus bienes, estableció Procuradores llenos de conciencia y de Religión. Les recomendó que se sintieran como instrumentos de aquél que vela por las necesidades de todas las criaturas; como los depositarios de un fondo que no era de ellos, sino de los pobres y de los siervos de Dios; como ecónomos, a quienes el gran Señor imputará un día la pérdida que el pobre haya sufrido por su culpa y las murmuraciones que su negligencia y sus consecuencias hayan arrancado a sus hermanos.

Pero como la dureza se disfraza de celo y abusa de todo, el Santo para salir al frente de las malas consecuencias que se extraen a veces de los mejores principios, no permitió nunca a quienes estaban encargados de lo temporal, que fueran rígidos ejecutores. Quería ante todo que velaran por los que no estaban bien con sus asuntos; que no hicieran ni gastos, ni procesos, más que cuando se vieran forzados por la mala voluntad de sus deudores. En cuanto a él, estaba tan lejos de todo lo que se llama procedimiento que había resuelto en principio no pleitear jamás; y que pasara lo que pasara, se atendería a ello, su piadosos y hábiles Doctores no le hubieran asegurado que estaba obligado a oponer la justicia a la mala fe o a la violencia.

Para impedir que los que sostenían sus derechos violasen los de la caridad, seguía, a pesar de sus grandes ocupaciones, al detalle sus menores negocios. Daba sus consejos a los que los proseguían, señalándoles lugar, tiempo, modos y todas las circunstancias que debían observar. Cada noche les pedía cuenta de lo que habían hecho durante el día y les daba sus órdenes para el día siguiente. Cualquier precaución que tomasen, no podía permitir que ni fuera ni dentro dieran un paso sin su participación. Si, por estar demasiado apegados a sus ideas, querían conducirse por sí mismo, los reprendía como por una falta opuesta a la subordinación y a las necesidades que tienen los hombres más prudentes de conferenciar unos con otros: si, a pesar de todo, continuaban actuando por sí mismos, los destituía. Hacía lo mismo con los Superiores de Provincias los que, creyendo que todo está permitido, plantaban, arrancaban, construían o demolían, sin acudir a él. *“Porque una*

Compañía, decía él, en la que cada uno hace lo que quiere, no puede tener ni orden ni consistencia”.

En lo tocante a las rentas de la Casa, usaba para manejarlas bien de una economía alejada de todo exceso. Mandaba hacer las provisiones de toda especie en el tiempo y los lugares más convenientes. No quería delicadeza ni en la ropa ni en el alimento; ni menos todavía que hubiera quejas por vivir o vestir como pobres. Cuando los víveres eran muy caros y el pueblo sufría, mandaba disminuir la dosis ordinaria; porque, decía él, no es justo que los Ministros del Hijo de Dios naden en abundancia, mientras que la multitud gime bajo el peso de la miseria, y las mejores Casas recortan los gastos y saben acomodarse a los tiempos. Deducir de esto que favorecía una indecente tacañería y que a su modo de ver se estaba siempre bastante bien en su casa, cuando no se estaba mal del todo, sería injusto y contra razón.

Evitaba toda clase de gastos superfluos; no hacía nuevos sino en caso de necesidad. Liberal, o más bien pródigo cuando se trataba del socorro de los pobres, o de la salvación de las almas a la carne y a sus comodidades todo lo que podía. Ningún edificio que no fuera absolutamente necesario; ningún ornamento ni mueble del que se pudiera prescindir; mucho menos todavía cuadros ni de esos adornos que cuestan mucho y sirven de poco. Su razón era que Dios ha prometido lo necesario a sus servidores, pero nunca se ha comprometido a darles lo superfluo.

Los cambios de casa, cuya inquietud humana, la falta de apoyo, la esperanza de encontrarse mejor en otra parte, dan casi siempre la primera idea, son tan onerosos a los que se deja, ya donde se va que serían comunes, si no los detuviera una sabia firmeza. Vicente no se prestaba a ese juego si no le obligaciones sólidas. No los concedía ni a la inconstancia natural ni siquiera a un amor inmoderado de la vida. Es cierto que no colocaba a nadie al azar, y que no tenía a un hombre por idóneo para tal lugar o tal oficio, por el mero hecho de tenerlo a disposición, sino cuando había reflexionado y tomado medidas, no quería que el capricho las trastornase y que se empleara en trámites lo que se podía emplear mucho mejor. Por eso exhortaba a la paciencia a los Superiores que no hubieran querido más que hombres sin defectos, y a los inferiores, cuya manía es no creerse nunca peor que en el lugar donde están actualmente. *“Como ha sido voluntad de Dios, escribía a uno de los suyos, y lo ha hecho cientos de veces, como ha sido voluntad de Dios que conozca la Congregación y en particular el estado y las necesidades de cada casa, y las disposiciones de los Súbditos, no veo que por ahora podáis ser más útil en otra parte. En el nombre de Dios, Señor, manteneos firme: aseguraos que la bendición de Dios no os faltará, y que uno de los consuelos más sensibles que tengo es veros donde estáis. Espero veros un día muy grande en el cielo, etc.”*

Al cuidado que el santo hombre tuvo de ahorrar la propiedad de su Congregación, uniremos, como lo hace el sr de Rodez, el cuidado que tuvo en administrar su tiempo. Conocía su precio, y habría sentido escrúpulos en perder un instante. También sus días han sido plenos, y encontró el talento de doblarlos. Quitaba a su sueño una parte de la noche. No sólo se acostaba el último de todos, bien para leer un abismo de cartas que recibía de todas partes, bien para responderlas; pero además de so repasaba en la cama los asuntos de su cargo. Durante el día estaba casi siempre ocupado en rezar, en escribir y en recibir o en dar consejos, en formar deliberaciones y en ejecutarlas. Sus sacerdotes tenían después de cada comida alrededor de una hora de recreo; en cuanto a él, no se la tomaba casi nunca,

porque tenía de ordinario algo más urgente que hacer. Finalmente, aunque diera a los que le hablaban, y sobre todo a los extraños, tiempo suficiente para decirle todo lo que necesitaba saber para poder ayudarlos, y que nadie saliera de donde él hasta estar satisfecho; tenía sin embargo el cuidado de alejar las conversaciones inútiles, y evitaba las digresiones hasta en las Asambleas de piedad, en las que representaba a los pobres. Tan preciso en sus palabras, como justo en sus ideas, regresaba al punto de partida, si se apartaban de él: pero lo hacía con tal dulzura y gracia, que nadie tenía nada que objetar.

Los avisos que siguen van a acabar de dibujarnos su conducta. Se los dio de viva voz a Antonio Durand, quien los puso por escrito un momento después; se acomodó tan puntualmente a ellos durante cerca de dieciocho años que fue Párroco de Fontainebleau, que su memoria se respeta todavía allí.

Avisos de S. Vicente a un nuevo Superior.

“Oh Señor, ¿cuál y cuán grande creéis que sea el oficio del gobierno de las almas al que dios os llama? ¿Qué oficio pensáis que sea el de los sacerdotes de la Misión, que están obligados a tratar y dirigir almas, cuyos movimientos sólo Dios conoce? Ars artium regimen animarum. Ése fue el oficio del Hijo de Dios en la tierra: para ello descendió del Cielo, nació de una Virgen, entregó al trabajo cada momento de su vida, y al fin sufrió una muerte muy dolorosa. Por eso debéis concebir una grande estima de lo que vais a hacer.

“Pero ¿qué medio para desempeñar este oficio? ¿Qué medio para llevar almas a Dios, oponerse al torrente de los vicios de un pueblo o de un seminario? para inspirar los sentimientos de las virtudes cristianas o eclesiásticas a aquellos que la Providencia os confíe para contribuir a su salvación o a su perfección? Ciertamente, Señor, que no hay nada humano en ello; esto no es obra de un hombre, es la obra de un Dios; Grande opus. Es la continuación de la obra de Jesucristo; así la industria humana no puede nada aquí sino echarlo todo a perder, si Dios no interviene. No, Señor, ni la Filosofía, ni la Teología, ni los discursos operan en las almas: es necesario que Jesucristo intervenga con nosotros, o nosotros con él; que nosotros operemos en él, y él en nosotros; que nosotros hablemos como él; que obremos por su Espíritu, como él lo hacía por el de su Padre.

“Es preciso pues, Señor, vaciaros de vos mismo, para llenaros de Jesucristo. Sabéis que las causas producen de ordinario efectos de su naturaleza. Una oveja hace una oveja, y un hombre, otro hombre. Si el que dirige a los demás, quien los forma, quien les habla no está animado más que de espíritu humano, los que le vean, quienes le escuchen, quienes traten de imitarle, serán todo humanos. Aunque hable, aunque actúe, no les inspirará más que apariencias de virtud, y no el fondo. Les comunicará el espíritu del que él mismo esté animado; como vemos que los Maestros imprimen en el espíritu de sus Discípulos las máximas y el modo de hacer que tienen ellos mismos. Por el contrario, si un Superior está lleno de Dios, si está imbuido de las máximas de Nuestro Señor, todas sus palabras serán eficaces; saldrá de él una virtud que los edifique, y todas sus acciones serán otras tantas instrucciones saludables, que llevarán al bien a aquellos que las conozcan.

“Para llegar hasta ahí, Señor, es preciso que Nuestro Señor mismo imprima en vos su señal u su carácter: ya que, como vemos un arbolillo en el que se ha injertado un ‘franco’, producir frutos de la naturaleza de este mismo franco, así nosotros miserables criaturas, aunque no seamos más que carne, hierba seca, espinas, a pesar de ello Nuestro Señor imprimiendo en nosotros su carácter y dándonos, por así decirlo, la savia de su espíritu y

de su gracia; y al fin uniéndonos a él como los pámpanos de la viña están unidos a las cepas, hacemos nosotros lo que él hizo en la tierra; quiero decir que nosotros realizamos acciones divinas y que, como S. Pablo lleno de este espíritu, alumbramos para Nuestro Señor a hijos dignos de él.

“Algo importante a lo que debéis dedicaros con todo cuidado es tener una gran comunicación con Nuestro Señor en la oración: ahí está la reserva en que hallaréis las instrucciones que os sean necesarias para salir airoso del empleo que vais a tener.. Cuando tengáis alguna duda recurrid a Dios, y decidle: Señor, que sois el Padre de las luces, enseñadme lo que debo hacer en este encuentro. Os doy estos consejos no sólo por las dificultades que más os cuesten, sino también para aprender de Dios sin mediación alguna lo que deberéis enseñar, a imitación de Moisés, que sólo anunciaba al pueblo de Israel lo que Dios le había inspirado. Haec dicit Dominus.

“Asimismo, debéis recurrir a Dios por la oración para conservar vuestra alma en su temor y en su amor: porque, ay, Señor, me veo obligado a deciros, y ya lo sabéis sin duda, que se pierden a menudo contribuyendo a la salvación de las almas. Uno hace bien en su particular quien se olvida de sí mismo estando ocupado afuera. Saúl fue hallado digno de ser Rey, porque vivía bien en la casa de su padre; y sin embargo, después de ser elevado al trono, cayó miserablemente y perdió la gracia de Dios. S. Pablo castigaba su cuerpo, por temor que después de predicar a los demás y mostrarles el camino de la salvación, fuera él mismo reprobado. Pues para no hacer en la desgracia de Saúl, que fue también la de Judas,, os debéis unir inseparablemente a Nuestro Señor, levantar con frecuencia vuestro espíritu y vuestro corazón hacia él y decirle frecuentemente: Señor, no permitáis que tenga la desgracia de perderme queriendo salvar a los otros. Sed vos mismo mi Pastor. No me neguéis las gracias que comunicáis a los demás por medio de mí y las funciones de mi Ministerio.

“También debéis recurrir a la oración para pedir a Nuestro Señor las necesidades de aquellos cuya dirección tenéis. Creed con toda seguridad que haréis más fruto de esta forma que de ninguna otra. Jesucristo, que debe servirnos de ejemplo en toda vuestra conducta, no se contentó con emplear en la salvación de los hombres sus Predicaciones, sus trabajos, sus ayunos, su sangre y su muerte misma: añadió la oración a todo ello. no la necesitaba para sí: entonces fue por nosotros por quienes ha orado tantas veces; era para mostrarnos cómo orar bien por nuestras propias necesidades, bien por las necesidades de aquellos en cuya salvación debemos cooperar con él.

“Otra cosa que os recomiendo es la humildad de Nuestro Señor. Decid muchas veces: Señor ¿qué he hecho yo para tener un empleo así, o es que mis obras pasadas corresponden al cargo que me ponen sobre los hombros? Ah, Dios mío, lo estropearé todo si no dirigía vos mismo mis palabras y todas mis obras. Examinemos sin cesar lo que hay de humano y de imperfecto en nosotros, y hallaremos demasiadas cosas para humillarnos, no sólo delante de Dios, sino también ante los hombres, y en presencia de los que son inferiores a nosotros.

“Sobre todo no tengáis la pasión d ser Superior, ni Maestro. No pienso lo mismo que una persona, que me decía estos días pasados, Que, para dirigir bien y mantener su autoridad, hay que hacer ver que somos superiores. ¡Oh Dios mío! Nuestro Señor Jesucristo no habló así: nos enseñó todo lo contrario de palabra y con el ejemplo; nos dijo: Que él mismo

había venido no para ser servido de los demás, sino para servirlos; y que conviene que el que tenga el primer lugar sea como el que está en el último. Entrad en esta santa máxima; comportaos con los que viven entre vosotros como uno de ellos: Quasi unus ex illis . Haced eso dentro y fuera, y os encontraréis bien.

“La humildad os debe llevar también a evitar las complacencias que se deslizan principalmente en los oficios que tienen alguna distinción. ¡Oh Señor, qué peligroso veneno de las obras buenas es la vana complacencia! Es una peste que corrompe las acciones más santas y que hace olvidarse pronto de Dios. Tened cuidado, en nombre de Dios, con este defecto, como el más pernicioso que yo sepa en el adelanto en la vida espiritual y en la perfección. Para ello, entréguese a Dios, a fin de hablar en el espíritu de Jesucristo, confesando que vuestra doctrina es la del Evangelio, y no la vuestra. Imitad sobre todo la sencillez de las palabras y de las comparaciones, de las que se servía el Hijo de Dios al hablar al pueblo. Ay, ¡qué maravillas no podía enseñar! ¡Qué secretos de la divinidad y de sus admirables perfecciones no habría podido descubrir, él que era la sabiduría eterna de su Padre! Sin embargo ya veis cómo habla y le entienden, y cómo se sirve de comparaciones familiares, de un labrador, de un viñador, de un campo, de una viña, de un grano de mostaza. Así es como debéis hablar si queréis haceros entender del pueblo a quien anunciéis la palabra de Dios.

“Otra cosa a la que debéis prestar una atención muy particular es tener una gran dependencia de la conducta del Hijo de Dios; quiero decir que, cuando tengáis que hablar, os hagáis esta reflexión: Lo que voy a hacer ¿está conforme con las máximas del Hijo de Dios? Si veis que así es, decid: Sea en buena hora, hagámoslo. Si es lo contrario, decid: no haré nada. Además, cuando se trate de hacer alguna obra buena, decidle al Hijo de Dios: Señor, si estuvierais en mi lugar, ¿cómo obraríais en esta ocasión? ¿Cómo instruiríais vos a este pueblo? ¿Cómo consolaríais vos a este enfermo de espíritu o de cuerpo?

“Esta dependencia debe también extenderse a tener consideración con los que os representan a Nuestro Señor y que os ocupan el lugar de Superiores. Creedme, su experiencia y la gracia que Jesucristo por su bondad les comunica, a causa de su cargo, les ha enseñado muchas cosas para la dirección. Os digo esto para llevaros no hacer nada importante y a no emprender nada extraordinario, sin comunicárnoslo: o si la cosa urgiera tanto que no tuvierais tiempo de esperar nuestra resolución, acudid al Superior más próximo y preguntadle qué haría él en semejante ocasión. Sabemos por experiencia que Dios ha bendecido la conducta de aquellos que han actuado así; y que por el contrario los que han obrado de otro modo, se metieron en negocios que les dieron buenos quebraderos de cabeza y a nosotros bien de engorros.

“Os ruego también a no querer exhibiros en vuestra dirección. Deseo que no busquéis nada particular; sino que sigáis siempre el camino trillado, la calzada, caminando con seguridad y sin reprensiones. Entiendo deciros con esto que os ajustéis en todo a las Reglas y a las santas Costumbres de la Congregación. No introduzcáis nada nuevo; no recortéis nada de cuanto está en uso. Consultad los pareceres que se han emitido para aquellos que llevan la dirección de las casas de la Compañía, y seguidlos.

“Sed no sólo fiel en observar las Reglas, sino sedlo también en hacerlas observar; porque si esto falla, todo andará mal. Como ocuparéis el lugar de nuestro Señor, es preciso que a su ejemplo seáis también una luz que ilumine y caliente. Las razones superiores influyen

sobre las inferiores: los Ángeles de una Jerarquía superior purifican, alumbran y perfeccionan las Inteligencias de un orden inferior: igualmente el Superior, el Pastor y el Director deben purificar, iluminar y unir a Dios a las almas que este mismo Dios ha confiado a sus cuidados. Y como los Cielos envían sobre la tierra sus benignas influencias, conviene que los que están por encima de los demás difundan en ellos el espíritu de fuerza que los debe animar: para ello debéis estar lleno de gracias, de luz y de buenas obras: solamente de su plenitud da el Sol a los Planetas la luz que les comunica. Finalmente, Señor, conviene que seáis como la sal, Vos estis sal terrae. A vos os toca impedir que la corrupción se deslice en el rebaño, cuyo Pastor seréis vos”.

Esta conversación, si bien un poco larga, no aburría al sr Durand. Confiesa, y lo ha dejado por escrito, que el Santo le habló con un celo y una caridad que no se pueden expresar. Un hermano que se acercó, y que habló de asuntos temporales, le detuvo unos minutos: pero como él se aprovechaba de todo para formar a los suyos, esta especie de contratiempo proporcionó al futuro Superior nuevos consejos. Vicente continuó pues, y lo hizo en estos términos:

“Ya veis, Señor, cómo de las cosas de Dios, de las que estábamos hablando, debo pasar a los asuntos temporales. Por esto debéis conocer que el Superior esta obligado a pensar en otras cosas que no sean espirituales: ya que como los que está llamado a dirigir están compuestos de cuerpo y de alma tiene que proveer a las necesidades de uno y de otro; y ello a ejemplo de Dios que, aparte de las operaciones que se hacen dentro de él mismo, como la generación del Hijo y la producción del Espíritu Santo, obra en el exterior, crea el mundo, lo conserva con todas sus dependencias, da todos los años nuevos granos a la tierra, etc. Su adorable Providencia extiende sus cuidados tan lejos, que una hoja de árbol no cae sin su orden; cuenta todos los cabellos de nuestra cabeza, y alimenta hasta un ácaro. Con ello se trata de daros a entender que lo temporal y lo espiritual pertenecen al sector de un Superior; y que, si debe entregarse a uno, no debe descuidar el otro.

“Cuando el Hijo de Dios comenzó a enviar a sus Apóstoles a anunciar el evangelio, les mandó que no llevaran dinero: pero después como el número de sus discípulos creció quiso que uno de ellos se encargara no sólo de alimentar a los pobres, sino también de proveer a las necesidades de la familia. Más aún, permitió que piadosas mujeres le siguieran con el mismo fin; quae ministrabant ei. Si pues manda en el Evangelio no preocuparse por el día de mañana, no es para que descuidemos lo que se refiere a la vida y el vestido; en ese caso no haría falta sembrar, sino únicamente para enseñarnos a desterrar la demasiada urgencia y solicitud por los bienes de la tierra.

“Y con esto acabo; suficiente por hoy. Pido a Nuestro Señor que dé su bendición a vuestra dirección; rogadle por vuestra parte conmigo que me perdone todas las faltas que he cometido en el oficio en que estoy”.

Estos son los consejos que daba el santo sacerdote a un nuevo Superior. Al compararlos con lo que hemos dicho de su conducta, se ve a primera vista, que son su propia expresión. Sea cual fuere el juicio que puedan hacer de ello los que no siguen más que las máximas de la prudencia humana, estamos seguros de que los que están animados del Espíritu de Dios encontrarán en ellos, bajo una corteza de sencillez, Reglas de perfección para sí mismos y para los que vivan bajo su dirección.

Tan sólo diré una palabra sobre su modo de obrar con las personas de fuera: pero esa palabra tomada de dos grandes Arzobispos hará más honor a nuestro Santo que un largo y pesado discurso. Instruido, formado por el Espíritu de Unción, dice el sr de Cambrai según el Obispo de Sarlate su tío, Vicente de Paúl había tomado la costumbre de escuchar a gusto, de hablar poco, de decir mucho en pocas palabras, de tener, pero sin adulación, deferencia con todo el mundo, de emprender cada cosa a su tiempo y lugar, de ejecutar tranquilamente lo que había emprendido, de llevarlo a buen fin con su paciencia y su dedicación: *Unctione edoctus libenter audire, parcè loqui, multa paucis dicere, omnibus sine adulatione obsequi, omnia loco et tempore agredí, tranquile ac sensim perficere consueverat*

Puedo, querido S. Padre, decía Armand de Montmorin, Arzobispo de Vienne; puedo darme a mí mismo por testigo de la santidad de Vicente de Paúl. Con frecuencia y con mucha frecuencia en mi tierna juventud me dio lecciones de piedad. Cuántas veces con los ojos fijos en él como sobre un Ángel, no he admirado yo el orden y la paz que reinaban en su exterior, la gravedad de sus pasos, la dulzura de sus costumbres, la modestia de su rostro, la perfecta sumisión de su espíritu, el profundo desprecio que hacía de su persona y de los honores del siglo; y el cuidado que ponía en ocultar sus actos de virtud a la luz del día. *Testem hic appellare me ipsum possum, cujus teneram adhuc indolem crebris ad pietatem formabat monitis, quoties in eum intenti velut in Angelum oculis miratus sum sedatos omnes compositosque corporis motus, gravitatem incesus, etc.*

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro octavo

Historia de las Misiones dadas en tiempo de S. Vicente

Sumario

- *Cualidades que exige S. Vicente de los llamados. La humildad. Trato con los Herejes.*
- *Contra el desánimo. Ocupaciones de los Misioneros al regresar. Frutos de sus trabajos.*
- *Objeción y respuesta a propósito. Discurso del Santo sobre ellos. Vanidad y aparato.*
- *Envidia de los que trabajan en los campos. Número de Misiones; las de París y otras.*
- *Conversión de varios Herejes. Pueblos misionados. En las galeras. Carta del Obispo de Marsella.*
- *Diócesis de Anneci y de Reims. Mahometanos convertidos. Sedan, Ludes, Fontaine, en Lorraine, en Bretaña...*
- *Primeras Misiones en Italia. Campos de Roma, Viterbo, Palestrina, Génova, Piedmont...*
- *Berbería, Argel, entre esclavos, en Túnez.*

Como la mayor parte de las misiones de que vamos a hablar en este octavo libro no fueron dadas por S. Vicente mismo, parece que debían ser tenidas como un asunto extraño a su historia. En efecto, los que han escrito la Vida de los Domingo, de los Francisco de Asís, de los Ignacio de Loyola y de tantos otros Santos Fundadores, que han precedido al nuestro en la carrera Evangélica, no hablaron en ella de los trabajos de sus primeros Hijos. Esta

especie de digresión es todavía menos necesaria en una Historia que, como ésta, se basta a sí misma; y en la que, para no fatigar la piedad, hay que sustraerle muchas cosas, que por otro lado serían muy necesarias para alimentarla.

Estos motivos me habían determinado en un principio a suprimirlas Misiones en las que Vicente no tuvo otra parte que el destino de los Obreros y la unción llena de fuerza que él les mereció con sus oraciones y sus lágrimas. Estaba persuadido asimismo, y lo estoy todavía, que los primeros compañeros del Santo, y muchos incluso que no vivieron después de él, saldrán un día del secreto de Dios y serán conocidos del Público por lo que han sido. Con este principio me entraban escrúpulos por desplazar hechos. Que tarde o temprano entrarán en otra Obra. He sacrificado estas consideraciones a la autoridad. Personas sabias, laicos incluso que aman a Dios, y que se interesan por la gloria de su Siervo, han creído que debiera seguir el plan de su primer Historiador; y que se sentiría pena al no encontrar en nueva Vida lo que tan a menudo edificó en la antigua. Me rendí, y comienzo.

Se sabe que las misiones son los ejercicios públicos, en los que mediante instrucciones sencillas, pero sólidas y patéticas, se trata de llevar a los pueblos a llorar sus pecados, a repararlos por una seria penitencia y a vivir en adelante en la santidad y en la justicia. Estos ejercicios para ser fructuosos, piden orden y precauciones, que son necesarios por los Pastores, cuyo lugar se ocupa de alguna forma por un tiempo, y por los Obreros mismos quienes, para santificara los demás, necesitan espíritu de unión, de celo, de caridad, o más bien de todas las virtudes. Vicente trazó su plan y tomó sus medidas a fin de llenar estas diversas obligaciones.

Con respecto de los Pastores, aparte del mandato del obispo, del que no se puede prescindir, quiso también que los suyos no emprendieran nada sin el consentimiento de los Párrocos. En caso de negativa deben retirarse con humildad, ir a ofrecer sus servicios a otros, y acordarse de que los Apóstoles no fueron recibidos con los brazos abiertos en todas partes a donde se proponían llevar la luz del Evangelio. Cuando un Párroco ha sido el primero en llamarlos, o ha dado su consentimiento a la misión, uno de ellos va algún tiempo antes a hacer la apertura. Anuncia por uno o dos discursos la visita misericordiosa que va a hacer Dios a su pueblo; la multitud de las gracias que está dispuesto a conceder a los que se hagan dignos volviéndose a él, con los ázimos de la sinceridad; la desgracia de los que endurezcan el corazón para no escuchar su voz; y la necesidad de comenzar en ese momento a romper los lazos que los atan al pecado. Unos días después el Equipo entero se presenta en el lugar señalado. A partir de ese momento, y sin dilación comienza el trabajo. Cada día tiene tres clases de actos públicos; una Predicación, que se hace por la mañanita, con el fin de que la pobre gente no pierdan nada de tiempo que suelen entregar al trabajo; un poco de catecismo que se tiene a una hora después de mediodía; y por la tarde después de ponerse el sol una segunda Predicación, o lo que Vicente prefería mucho más, un gran Catecismo.

Las Predicaciones deben ser sólidas, pero naturales. No se tratan en absoluto, como tampoco en los Ejercicios, esas ideas metafísicas, cuya discusión apenas puede servir para hacer honor a los talentos del que habla. La importancia de la salvación, la enormidad del pecado, el endurecimiento del corazón, la impenitencia final, las postrimerías, la mala vergüenza, la recaída, la contrición, la maledicencia, la envidia, el perdón de las injurias, la restitución, el juramento y las blasfemias, la intemperancia, y otros desórdenes parecidos, que se deslizan más fácilmente en los campos; el buen uso de la pobreza y de las aflicciones, la santificación de los Domingos y días de fiesta ; la necesidad, la facilidad y la

manera de orar, de frecuentar los Sacramentos, de asistir al Sacrificio de la Misa; la imitación de Nuestro Señor, la devoción a la santa Madre, la felicidad de la perseverancia; en una palabra todo lo que debe hacer un pobre campesino para ir a Dios; todo lo que debe evitar para ser más feliz después de su muerte de lo que ha sido durante su vida, esto es y debe ser el tema más ordinario de los Sermones, que se tienen en Misión. Se limita sin embargo, o se le añade según las necesidades de los lugares y la disposición de las personas.

Por lo que hace al gran Catecismo, tiene por objeto la explicación de los principales artículos de la fe, y de las verdades más prácticas de la Religión. Se trata así de los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del hijo de Dios, del precio al que ha tenido a bien rescatarnos. Se habla después de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, de los Sacramentos, del Símbolo, de la Oración Dominical y de la Salutación Angélica. La exposición de estas diferentes materias se regula por la duración de la misión, y por el alcance de los oyentes. Si son rústicos, y visto el escaso número se tenga que acortar el tiempo con ellos, se rebajan y se acortan los temas. Si tienen la mente más abierta y su número pide una duración mayor, se eleva un poco y se extiende más. Pero sea el que sea el partido que se tome, cada uno de los que han trabajado en su salvación trata de ponerse en condiciones de decirles al dejarlos, lo que dice S. Pablo a los fieles de Mileto: os tomo por testigos hoy que soy inocente de vuestra perdición, y que yo he hecho todo lo que dependía de mí para impedirla.

Este gran Catecismo, que se da en el púlpito, estando destinado a la instrucción de las personas de cierta edad, se tiene otro para los niños. Se los invita el primer día mediante exhortación familiar a asistir con puntualidad; se les dan los avisos que necesitan para aprovecharse, se tiene cuidado de no hablarles sino de una forma adaptada a su pequeña capacidad; se sacan de los principios de la fe consecuencias propias para formar o rectificar sus costumbres; se los anima con recompensas que deben ser en premio de su saber y de su asiduidad. Este ejercicio importante se termina con cánticos santos. La piedad gana con ellos doblemente; la Doctrina cristiana se inculca de una manera agradable: las malas canciones se olvidan.

Una vez que el pueblo se mueve, se ocupa el confesionario, pasando nueve horas al día, cinco por la mañana y cuatro por la tarde. Haya penitentes o no, se debe seguir allí. Un comerciante está hecho para esperar al comprador, un Misionero para esperar a los pecadores. Éstos no son siempre dueños de su tiempo. Aquél no vive más que para ellos; todos sus momentos le pertenecen. Los que no dan todo este tiempo al sagrado Tribunal, no están por eso menos santamente empleados. Visitar y consolar a los enfermos, hacer una corrección saludable y fraterna a los pecadores impenitentes, ablandar las disensiones domésticas, reconciliar a los enemigos, acabar las diferencias, acomodar a los que se encuentran en procesos, reunir a los vasallos con los Señores, hacer las paces entre el pueblo y el Pastor, enseñar a los Maestros y Maestras de Escuela a desempeñar bien sus cargos, establecer la cofradía de la Caridad para socorrer y servir al pobre abandonado; en una palabra impedir todo el mal que se pueda impedir y hacer todo el bien que se pueda, es lo que los Hijos del santo Fundador de la Misión se proponen y lo que realizan de ordinario cuando son secundados por los Pastores.

Los Eclesiásticos de los lugares donde trabajan, sobre todo cuando hay un cierto número, son objeto también de su caridad y de su celo. Los reúnen en ciertos días señalados; se les

recuerda los compromisos primitivos de su estado; les hablan de las virtudes que más necesitan en las circunstancias en que se hallan, del peligro de la ociosidad en los campos, de la necesidad de velar sobre sí mismos, para velar útilmente sobre su rebaño; de la cuenta terrible que deberán dar, si faltan a repartir el pan de la palabra; y de la obligación que tienen de perpetuar el bien que las misiones de menos éxitos producen siempre en las Parroquias. Diré aquí como de paso, que los Misioneros no se constituyen nunca en delatores ni del Clero ni del pueblo, porque, decía San Vicente, si sus culpas están ocultas, no es justo divulgarlas; y si son públicas, los Obispos no dejarán de conocerlas por otro conducto.

Cuando se ha satisfecho la devoción de los cabezas de familia y de aquellos a quienes una edad madura pone en disposición de comprometerse, se prepara al primera Comunión a los que se ha creído capaces de hacerla. A las ayudas que se les han prestado para este fin guante el tiempo de la Misión se añade la víspera de este gran día una exhortación viva y tierna que, si bien destinada a preparar a estos jóvenes corazones a la recepción del Cordero sin mancha, es seguida al día siguiente de otra que precede inmediatamente a la Comunión. Ese día, en que la piedad menos animada se despierta al ver a un número de niños llenos de fe y de amor, es ordinariamente el de la clausura de la misión. Se termina con una Procesión solemne, en la que los nuevos Comulgantes, con un cirio en la mano, rinden sus homenajes a aquél que se ha dado a ellos. Vicente no quiso que se olvidaran los difuntos en un ejercicio que parece tener por objeto a los vivos. Lo que la Iglesia entera hace el segundo día de noviembre por todos los fieles fallecidos, los Misioneros lo hacen por los fieles de la Parroquia donde han dado la misión, antes de partir.

Se me olvidaba decir que los pequeños que, sin ser capaces de comulgar, son capaces de ofender a Dios, tienen parte en los frutos de la misión. Se procura inspirarles un santo horror al pecado, formarlos en la modestia en la Iglesia, hacerles conocer el dolor de sus faltas: y, si no se puede otra cosa, se les enseña al menos a confesarse en lo futuro con la sinceridad y la confianza necesaria.

Se da uno cuenta, sin otra ayuda, de que con tantos y tan serios ejercicios, un sacerdote que trabaja en las misiones, no tiene un momento que perder. Además de que, para mantenerse en un oficio tan trabajoso y hacer fructificar sus esfuerzos, conviene, ante todo, que sea un hombre de Dios. Vicente, a quien las bendiciones del espíritu Apostólico prepararon bien temprano y una larga experiencia le hacía juzgar santamente de las cosas, creía que un misionero necesitaba principalmente una fe viva y una perfecta confianza en Dios para no ceder a las penas y a las contradicciones por las que tiene que pasar con frecuencia su Ministerio; una mortificación a toda prueba para sobrellevar la duración del trabajo, la incomodidad del alojamiento, y el rigor de las estaciones; una paciencia invencible para soportar la rusticidad de los que son el principal objeto de sus cuidados; una sencillez llena de prudencia para instruirlos, ganárselos y conducirlos a Dios; una gran indiferencia con respecto a los oficios, a los lugares, tiempos y personas, para no tener otro plan que el de hacer en todas las cosas la voluntad de Dios; finalmente, una humildad profunda y una mansedumbre inalterable, sobre todo cuando se trata de hablar con los herejes.

Para comenzar por la humildad, virtud cuya práctica recomendaba tantas veces el Santo a sus Hijos, y pareció considerarla como la más necesaria a un hombre que trabaja en las misiones, que en otra cosa. Sabía muy bien que había pocos negocios que hacer con los aplausos de un pueblo, que no tiene ni discernimiento ni capacidad; pero sabía también que

todo vale para el orgullo, y que un sacerdote que ve a la multitud derramar lágrimas y estas lágrimas seguidas de la enmienda de las costumbres, de la restitución del bien ajeno, del perdón de las injurias, de un montón de reconciliaciones que parecen tan sinceras como imposibles parecían, no dice siempre con el rey Profeta: *Es a vuestro nombre, Señor, al que se debe la gloria*; sin vos yo no sería nada sino para arruinar vuestra obra.

Para inspirar estos justos sentimientos a los Misioneros, el Santo apenas los felicitaba por el éxito de sus trabajos, sin recordarles a aquel que es su primer Autor. *“He oído a diversas personas, decía poco después a uno de los suyos -1635-, la bendición que la bondad de Dios ha querido conceder a vuestra misión de N. Hemos sentido todos un gran consuelo, pero como reconocemos que una gracia tan abundante viene de Dios y que él la continúa sólo a los que reconocen humildemente que todo el bien que se hace por ellos viene de él, le ruego de todo corazón que os dé cada vez más el espíritu de humildad en todas vuestras funciones. Sin ello debéis creer con toda seguridad que Dios os quitará esta gracia si llegáis a dar alguna entrada en vuestro espíritu a la vana complacencia, y atribuirlos a vos lo que no pertenece más que a Dios solo. Humillaos pues mucho, Señor, al ver que Judas había recibido mayores gracias que vos, que estas gracias habían tenido más efecto que las vuestras, y que no obstante eso se perdió. Y ¿de que servirán al mayor Predicador del mundo los aplausos de toda una Provincia y las conversiones de varios miles de almas, si con todo ello llega a perderse él mismo?”*

Después de decir a este sacerdote que no es a causa de un mal presente porque le da este aviso, sino únicamente para ponerle en guardia contra las tentaciones de las que no dejará de ser atacado; le pone ante los ojos las humillaciones del Hijo de Dios, aquellas sobre todo que se relacionan más con la situación de un Obrero Evangélico. Le hace advertir, (pues era ese según su parecer un punto capital, y volvía a él una y otra vez), le hace advertir que, aunque el Hombre de Dios fuera la Sabiduría increada del Padre Eterno, quiso predicar la Doctrina con un estilo mucho *más rebajado* incluso que el de sus Apóstoles; que hay, al parecer, tan escasa proporción entre los discursos del Salvador, y los de S. Pedro y S. Pablo, como la hay entre el habla de un hombre cuya ciencia es mediocre y la de un hombre que es mucho más ilustrado; que lo que es más extraño todavía, Jesucristo permitió que sus predicaciones tuvieran mucho menos efecto que las de sus Discípulos; que S. Pedro con una palabras convirtió a cinco mil personas a la vez, y que su Maestro por el contrario no había *ganado a sus Apóstoles sino de uno en uno*, y eso después de no sé cuantos trabajos y fatigas. *“Ciertamente, añade el Santo, estas reflexiones, como lo creo yo, me han dado más luz y conocimiento de la grande y maravillosa humildad del Hijo de Dios que ninguna otra consideración que haya hecho nunca sobre este asunto”.*

“Doy gracias a Dios, decía en otra carta -14 de junio de 1656-, por la bendición que ha concedido a los trabajos de los RR. PP. Jesuitas durante el Jubileo y porque reconocéis que se debe atribuir a su modo de hablar sencillo y familiar. Espero que este ejemplo nos confirme en el hábito de no hablar nunca en público ni en particular más que con sencillez, humildad y caridad. Es el mayor secreto que se pueda hallar para triunfar en la Predicación: mientras que la práctica contraria no sirve más que para ejercitar la paciencia de los Oyentes y llenar de vanidad a quien les habla”.

Era también para lograr que los suyos se acomodasen en todo al gran Modelo de los Ministros del Evangelio, quería que su elocución fuera tan natural como su estilo. No podía aguantar los gritos de esos declamadores forzados, que parecen confundir a un hombre que

habla muy alto con un hombre que habla bien. es verdad que la salud de sus Misioneros, que están obligados a subir al Púlpito casi todos los días, y hasta dos veces al día, cuando falta uno de ellos, entraba por algo en los consejos que les dio en esta ocasión; pero también lo es que estaba persuadido, como escribía a uno de ellos, que el Hijo de Dios habiéndose servido para instruir a los pueblos de un tono de voz moderado y familiar, bendice con mayor abundancia discursos pronunciados casi igual que él pronunciaba los suyos. Estas mismas razones le llevaron a suplicar a sus Hijos que no hicieran nunca discursos demasiado largos. Porque sabía que los mejores alimentos fatigan el estómago, cuando no se comen lo suficiente, y que para estar bien, hay que quedarse con apetito.

En cuanto a los Herejes, que en su tiempo infestaban la Guayana, el Languedoc, el Poitou, la Saintonge, y un buen número de nuestras mejores Provincias, quería, como lo hemos observado más de una vez, que los trataran con toda la mansedumbre del mundo, y desterraran de las disputas el espíritu de amargura, las burlas ofensivas, los términos que huelen a sátira y a amargura. Decía que los sabios no pueden ganar nada con el demonio por el orgullo, porque tiene más que ellos; pero que le pueden vencer con la humildad, que es un arma de la que no se puede servir.

Hablando en general, creía que la virtud y la regularidad son más propias para destruir la herejía que las Controversias, en las que cada partido suele atribuirse la victoria. Excluía del Púlpito los discursos, en los que no se habla de las materias discutidas más que por el placer de hacerlo. Si se presentaran naturalmente, aprovecharía la ocasión, pero combatiría el error con tanta prudencia que se hubiera creído que no había nadie que lo profesión. La carta que escribió al Superior de la casa de Sedan expresa tan bien estos sentimientos, que debe tener un lugar aquí.

“Cuando el Rey os envió a Sedan, le dice, fue con la condición que no disputaríais nunca contra los Herejes, ni en el púlpito ni en particular, sabiendo que eso sirve de poco, y que con mucha frecuencia se hace más ruido que fruto. La buena vida y el buen olor de las virtudes cristianas llevadas a la práctica atraen al camino recto a los que se salieron de él, y confirman en él a los Católicos: es así como la Congregación se ha de aprovechar en la Ciudad de Sedan, añadiendo a los buenos ejemplos el ejercicio de nuestras funciones; como, instruir al pueblo según nuestro método ordinario, predicar contra el vicio y las malas costumbres, establecer la necesidad de las virtudes, dar a conocer su hermosura, su práctica, y los medios de adquirirlas: en esto es donde debéis trabajar. Que si queréis tratar algunos puntos controversia, no lo hagáis, si el Evangelio del día no os lleva a hacerlo, y entonces podréis apoyar y probar las verdades que los Herejes combaten, y hasta responder a sus razones, sin por el contrario nombrarlos ni hablar de ellos”.

Dio a un Hermano presto para embarcarse para Madagascar aquellos de los avisos precedentes que convenían a su estado -1659-. *“Me aflige mucho, le dijo, que tendréis herejes en vuestro barco y por lo tanto mucho que sufrir de su parte: pero después de todo Dios es el Maestro, que lo ha permitido así por razones que no conocemos; tal vez para obligaros a ser más cauto en su presencia, más humilde, más devoto para con Dios, y más caritativo con el prójimo, para que vean la hermosura y la santidad de nuestra Religión, y que de este modo se sientan animados a volver. Habrá que tener mucho cuidado de evitar toda clase de disputas y de invectivas con ellos, mostrarnos dulce y paciente para con ellos, aun dado el caso de que se expresen contra vos o contra nuestra creencia y nuestras prácticas. La virtud es tan hermosa y tan amable, que se verán obligados a amarla en vos,*

si la practicáis bien. Es de desear que en los servicios que prestéis a Dios en el barco, en calidad de Cirujano, no tengáis acepción de personas y no hagáis distinciones que se vean entre los Católicos y los Hugonotes para que éstos sepan que los amáis en Dios. Espero que vuestro buen ejemplo aproveche a unos y a otros, etc.” Como la herejía a la que el orgullo hace pensar que es invencible se complace en entablar disputas, Vicente mandaba a sus sacerdotes estudiar la Teología Polémica. Quería que, según la máxima del Príncipe de los Apóstoles, estuvieran siempre dispuestos a dar razón de su Fe, y a convencer de falsedad los errores que le son contrarios. Parece que estimaba el breve compendio que Becan hizo sobre esta materia, pero no excluía ni el estudio de Belarmino, de Duperon, y de los demás Controversistas, donde las cosas se tratan más a fondo, ni de sabias Conferencias, donde por una anatomía exacta de todas las escapatorias de los Novadores, se llegaba a estar en condiciones de cerrarles la boca. Después de todo, decía el cardenal de Bérulle, no se necesita más buen sentido para confundir la herejía: y ¿qué puede pues saber un hombre que no sabe la Iglesia de Jesucristo?

Vicente tenía también cuidado de inmunizar a los suyos contra el desánimo, en el que se cae casi siempre cuando no se logra lo esperado. *“Debéis persuadirlos a uno de sus sacerdotes que trabajaba en Saintonge, que Dios sólo pide de vosotros que echéis las redes al mar, y no que toméis posiciones, porque a él toca hacerles entrar en ellas. no dudéis de que él no lo haga, si pescando toda la noche, pesar de las dificultades de la empresa y el endurecimiento de los corazones, que casi todos están dormidos para las cosas de Dios, esperáis con paciencia que llegue el día, que el Sol de justicia los despierte y que su luz los ilumine y los caliente. A este trabajo y a esta paciencia es preciso juntar la humildad, las oraciones y el buen ejemplo y poco a poco veréis la gloria del Salvador; como en los consejos que os doy veis el verdadero afecto con el que soy, etc.”*

De este plan trazado sobre las ideas del santo sacerdote resulta que un Misionero, para triunfar en sus trabajos, debe tener mucha capacidad y todavía más virtud. Pero ¿cómo adquirir una y conservar la otra, cuando se está tan implicado en un oficio, que de por sí disipa tanto, y en el que se ocupa uno del prójimo de manera que apenas parece poder pensar en sí mismo? El sabio Vicente lo había previsto todo. Según él, el primer tiempo que los suyos debían encontrar era el de la oración, y de los demás ejercicios de piedad. Además, el Sacerdocio no era entre los Sacerdotes el final de los estudios. De vuelta a la Casa, no conocían ni el juego, ni la ociosidad, ni las visitas superfluas. *“Llevamos, escribía en 1631 el Siervo de Dios, una vida casi tan solitaria en París como la de los Cartujos... Casi nadie se ocupa de nosotros, y nosotros no tenemos asunto tampoco con nadie: y esta soledad nos hace aspirar al trabajo del Campo, y el trabajo en la soledad”. De ahí esta otra palabra del Santo, que era tan del gusto del piadoso sr Gourdan: “La vida de un Misionero debe ser la vida de un Cartujo en la Casa y la de un Apóstol en el Campo: y en proporción de que trabaje con más cuidado en la perfección interior, sus oficios y sus trabajos serán también más fructuosos para el bien espiritual de los demás”.*

Estos dignos Obreros no se cansaban pues del trabajo de las misiones, sino con nuevos trabajos. La oración y la ciencia los ocupaban alternando. Para reparar las brechas que el trato con el mundo hace casi siempre en aquellos incluso que no ven el mundo más que con intención de santificarlo, se retiraban a descansar como los Apóstoles. Se pedían cuenta de su propia justicia; y expiaban con una confesión anual y gemidos sinceros las faltas inseparables de la humanidad; pero esta renovación del corazón no los ocupaba del todo. El

espíritu tiene sus necesidades, y tenía su vez. Se despertaban las ideas por miedo a que fuesen menos justas, o que no se fueran borrando poco a poco. Aquéllos de los nuestros, que regresan de Misión, dice el Santo en una carta escrita al sr Joly, *pronuncian cada día dos conferencias y a menudo tres; una de casos de conciencia, la segunda de la sagrada Escritura y la otra de las materias de controversia*. Con tan grandes auxilios, ¿puede haber motivo de asombro porque uno sacerdotes, cuya vida era edificante, hayan traído al rebaño tantas ovejas extraviadas?

Estas conversiones, de las que Europa y África fueron testigos demuestran la utilidad y hasta la necesidad de las Misiones. Yo sé que personas bien o mal intencionadas hacen valer contra ellas una dificultad, que parece sólida. Conviene que lo sea hasta cierto punto, ya que uno de los mayores Misioneros que haya tenido nunca la Congregación del Oratorio se la propuso al sr Arnauld. Se reduce a decir, que las misiones duran demasiado poco para dar un fruto con el que se pueda contar; que el corazón no se refunde en tan poco tiempo; que los cambios que se ven pueden no ser sino una emoción pasajera y efecto de la novedad del espectáculo; que una confesión exacta de las faltas más enormes, y hasta de las que la vergüenza había suprimido hasta entonces, prueba bien que la imaginación había recibido impacto, pero no que el corazón se haya convertido; finalmente, que dar la absolución sobre tan débiles índices, es exponer al Ministro y al Penitente a más de un sacrilegio.

Para responder a este razonamiento, será suficiente con fijarse que la Iglesia ha dado su aprobación a las misiones; que ha abierto sus tesoros en su favor; que las anima también todos los días con la invitación, y con frecuencia con el Ministerio de sus primeros Pastores; que, como ya lo hemos visto en la Historia de nuestro Santo, los Obispos del último siglo, sin exceptuar a aquellos que en este género eran lo menos sospechosos, les han tributado los mayores elogios; y que después de todo, se debe en parte a estos ejercicios que los Javier, los Francisco de Sales, los Olier, los Eudes y los Vicente de Paúl hayan ganado para Jesucristo a millones de Infieles, o a gentes que no valían mucho más. A ver ¿qué práctica, que fuera al menos tan peligrosa como útil, habría hecho tantos bienes, y se habría ganado tantas felicitaciones?

Pero dejemos este prejuicio y examinemos las cosas en sí mismas. Se puede, decían también, abusar de las misiones. Es cierto, pero se puede también hacer de ellas buen uso; y aparte de esto, ¿de qué no se abusa? Pueden ocasionar comuniones sacrílegas. También eso es cierto: pero ¿no constatan acaso que la ignorancia o la hipocresía habrían continuado hasta la muerte? Se confunde una ligera luz de conversión con una verdadera conversión. También eso puede ser cierto, pero no lo es más que para los que fuera de las Misiones mismas violan las Reglas de la Iglesia; que no tienen la paciencia de juzgar del árbol por los frutos; o que, a falta de luz o de unión con Dios, confunden el fruto con las primeras flores. Cuatro o cinco semanas no son suficientes para un discernimiento tan peligroso. Convengo en ello: pero en las misiones contiguas, o de una Parroquia se pasa a otra, que no está distante, nada tan agradable como experimentar como se debe a sus antiguos penitentes, y diferirles el Pan de los fuertes, mientras que es dudoso si les diera la muerte o la vida. Con respecto de estas Misiones apartadas, que se dan en un lugar, que se abandona para siempre, cuando se terminan, corresponde a los Pastores disponer a sus pueblos temprano, y a los Misioneros darles a éstos todo el tiempo que necesiten: Vicente se lo recomendó más de una vez en sus cartas -18 y 19 de enero de 1658-; y una especie de

justicia se lo recomienda bastante, sobre todo cuando se trata de una buena parte de los habitantes.

Estas breves reflexiones serán suficientes para aquellos que tienen el corazón recto: una discusión más larga no bastaría para aquellos que consultan menos a Dios que a un fondo de indisposición, del que ni los Justos se ven siempre exentos. Volvamos pues al punto del que partimos; y después de desarrollar las virtudes, que Vicente exigía de un Operario Evangélico, acabemos estas notas preliminares por el Análisis de un Discurso que hizo a los suyos sobre la necesidad de trabajar en la salvación de los pobres del campo.

Después de afirmar con S. Pablo, que todo el mundo debe caminar en su vocación y responder a los planes eternos que Dios ha hecho sobre él, dice que el oficio de Misiones es el oficio capital de su Congregación; que no se ha encargado del cuidado de los ordenandos y de los Seminarios sino porque había que formar a hombres aptos para conservar los frutos de las Misiones; y que en ello ha imitado a los Guerreros que, para no perder un puesto que han tomado a punta de espada, colocan buenas Guarniciones.

Añadió, que la vocación de un Misionero es una continuación de la vocación de Jesucristo, como su vida es una expresión de la de este divino Salvador; que, para convencerse de ello, basta con poner los ojos en los Operarios Apostólicos de las diferentes Órdenes de la Iglesia que dan misiones dentro y fuera del Reino; que estos grandes hombres, de quienes él y los suyos no son más que las sombras, se trasladan a las Indias, al Japón, al Canadá para acabar la obra que el Hijo de Dios comenzó, y que no ha abandonado nunca desde el momento que se dedicó a ella por la voluntad de su Padre; que, para animarse a seguir tan hermosos modelos, deben pensar que una voz interior les dice a cada uno de ellos: *“Salga Misionero, vaya a donde yo le envíe. Son pobres almas que le esperan. Su salvación depende en parte de sus Predicaciones y de sus Catecismos... ¿Qué responderíamos nosotros a Dios, prosigue él, si ocurriera por culpa nuestra que alguna de esas pobres almas se muriera y se perdiera? ¿No tendría que reprocharnos que nosotros seríamos de algún modo causas de su condenación por no haberla asistido como podíamos? Y no deberíamos temer que nos pidiera cuentas a la hora de nuestra muerte. Al contrario, si respondemos con fidelidad a las obligaciones de nuestra vocación, no tendremos motivo de esperar, que Dios nos aumentará de día en día sus gracias; que multiplicará cada vez más a la Compañía; que le dará hombres llenos de su Espíritu; que bendecirá todos nuestros trabajos; y que finalmente, todas estas almas que obtengan la salud eterna por medio de nuestro ministerio, rendirán testimonio a Dios por nuestra fidelidad en nuestras funciones”*.

Después de ver por este Texto del Evangelio: *Evangelizare pauperibus misit me*, que la santificación de los pobres fue una de las principales funciones del Salvador, hace sentir a sus sacerdotes qué peligro habría para ellos si descuidan a estos miembros tan abyectos a los ojos de los hombres, pero tan grandes a los ojos de Dios. Les aplica estas palabras de un Padre: No les habéis dado de comer, entonces les habéis dado la muerte: *si non pavisti, occidisti*; Palabras, dice, más verdaderas todavía cuando se trata del alimento del alma, que cuando es sólo cuestión del cuerpo. Y concluye que un Misionero debe temblar, si por cusa de la edad, o bajo pretexto de enfermedad, llega a pararse y a olvidarse de que Dios se confía en él para la salvación de los pobres, porque la salvación de los pobres es un asunto del que se ha encargado delante de Dios.

“En cuanto a mí, añade, a pesar de mi edad, no me creo dispensado de trabajar en su servicio: ya que ¿quién podría impedírmelo? Si no puedo predicar todos los días, predicaré dos veces a la semana. Si no tengo suficiente fuerza para hacerme entender en los grandes púlpitos, hablaré en los pequeños; y si no tengo tampoco bastante voz para eso, qué me impedirá hablar a esta buena gente con un tono sencillo y familiar, como os hablo a vosotros ahora, haciéndoles acercarse y ponerse alrededor de mí como estáis vosotros. Conozco, continuó, conozco a Ancianos que el día del Juicio podrán levantarse contra nosotros, y entre otros a un buen Padre Jesuita, hombre de vida santa que, después de predicar varios años en la Corte, reconoció en una enfermedad muy peligrosa de la que fue atacado a la edad de sesenta años cuánta vanidad y cuánta inutilidad había en la mayor parte de estos discursos estudiados y pulidos que había declamado. Los grandes remordimientos de conciencia que tuvo le impulsaron, cuando hubo recobrado las fuerzas, a rogar a sus Superiores que tuvieran a bien que fuera a catequizar y exhortar familiarmente a los pobres de la Compañía. Pasó veinte años en estos trabajos caritativos, y los continuó hasta la muerte. A punto de expirar pidió como gracia que se enterrara con él una varita de la que se servía al dar sus catequismos, con el fin de que, decía, que diera testimonio que había dejado los trabajos de la Corte, para servir a Nuestro Señor en la persona de los pobres de la Compañía”.

El Santo se plantea luego la objeción en nombre de los que son demasiado sensibles a la conservación de su salud, que el trabajo de las misiones puede acortar sus días. “Pero, replica él, como hombre que, al igual que S. Pablo, no desea más que la muerte para estar más bien con Jesucristo: ¿acaso es una desgracia para aquél que viaja por un País extranjero, adelantar por su camino y acercarse a su Patria? ¿Es una desgracia para los que navegan acercarse al puerto? ¿Es una desgracia para un alma fiel ir a ver y a poseer a su Dios? Finalmente, ¿es acaso una desgracia para los Misioneros ir pronto a gozar de la gloria que su divino Maestro les ha merecido por su sufrimientos y por su muerte? ¿Qué? ¿Tenemos acaso miedo de ver llegar algo, que no podríamos desear lo suficiente, y que no llega sino demasiado tarde?

“Pues bien, prosigue Vicente, lo que digo aquí a los Sacerdotes se lo digo también a los que no lo son, se lo digo a todos nuestros Hermanos. No, Hermanos, no creáis que no estéis empleados en la Predicación, estéis por ello exentos de la obligación que tenemos de trabajar en la salvación de los pobres Podéis hacerlo a vuestro modo, quizás tan bien como el mismo Predicador, y con menos peligro para vosotros. Estáis obligados a ello porque sois miembros de un mismo cuerpo con nosotros; lo mismo que todos los miembros del sagrado Cuerpo de Jesucristo han cooperado cada uno a su manera. en la obra de nuestra redención, ya que si su cabeza fue atravesada de espinas, los pies lo han sido por los clavos; y si después de la Resurrección esta cabeza sagrada fue coronada de gloria, los pies participaron”.

Tales fueron los sentimientos que tuvo del trabajo de las misiones este gran Siervo de Dios. él habría querido, si hubiera sido posible, no interrumpirle nunca. Y no lo suspendió sino por verse los pueblos por entonces demasiado abrumados de trabajos con las cosechas y las vendimias. Si algún otro asunto le llamaba a París se reprochaba como momentos perdidos los ocupados allí. Sus inquietudes se redoblaban a medida que se alejaba del campo y avanzaba hacia la Capital. Le parecía, como lo dijo alguna vez, que las puertas de la ciudad debían caérsele encima y vengar al Cielo por los momentos que no entregaba a los pobres.

Cuando el cuidado de la Congregación, las órdenes de la Corte y sus achaques no le permitían ya apenas alejarse de la Casa, mostraba una santa envidia por los trabajos de sus Hijos y por las bendiciones que los acompañaban. Se tenía como una idea de Misionero, sólo en ellos hallaba la realidad. “*¡Qué confusión siento, escribía al Superior de Génova -15 de diciembre de 1654-, al verme tan inútil en el mundo, al lado de vosotros!*”

“No os escribo más que una palabra, decía a otro -17 de octubre de 1654-, para declararos el gozo de mi corazón por las bendiciones extraordinarias que Dios acaba de dar a vuestros trabajos y los milagros que habéis hecho en vuestra Misión... De verdad, Señor, que no me puedo contener. Debo decir con toda sencillez que estas cosas me dan nuevos y tan grandes deseos de poder, en medio de mis pequeños achaques, ir a terminar mi vida junto a un matorral, trabajando en algún pueblo, que me parece que sería muy feliz si Dios quisiera concederme esta gracia”. Así hablaba el santo hombre en 1654, y a partir de su primera Misión en Gannes hasta su muerte no cambió nunca. Su amor por la salvación de los pobres era tan vivo, que un buen número de Eclesiásticos de ciencia, de piedad y de condición, arrastrados por su ejemplo se asociaron a sus trabajos. Fue, como he dicho, fue bajo sus auspicios cuando los Rochechouart, los Bouquet, los Pavillon, los Vialard, los Perochel, los Olier hicieron los primeros ensayos de su celo y trabajaron con frecuencia en lugares, donde los Loix de su Instituto no le permitían trabajar. Hubo sacerdotes que, sin tener con él otra relación que la de la caridad, a veces incluso sin conocerle más que de oídas por el éxito de sus trabajos, hicieron en Provincias distantes lo que le veían hacer en la isla de Francia y Regiones cercanas; algunos por puro deseo de imitarle, otros por una especie de emulación: pero emulación o celo depurado, todo para él era bueno, con tal que Jesucristo fuera anunciado.

No se sabe bien el número de las misiones que dio en persona antes de la muerte de Madame de Gondí, pero es seguro que durante los siete u ocho últimos años que pasó en su Casa, dio cerca de cuarenta tanto Ciudades, como Burgos y Pueblos, que dependían de ella, y en muchos otros lugares. Las dio por sí mismo o por los suyos al menos ciento cuarenta en el tiempo de la Dirección del Colegio de los Bons-Enfants; es decir desde 1625, que fue el año de la Fundación de la Compañía hasta 1632 cuando le hicieron consentir en aceptar la Casa de S. Lázaro; y esta Casa, durante la vida del santo sacerdote, ha dado sola cerca de setecientas, en varias de las cuales trabajó él mismo con bendiciones. Añádase a este número ya de por sí tan considerable, el número de las que dieron antes de su muerte en más de veinticinco Diócesis de Francia, de Polonia y de Italia, aquellos de sus Hijos que estaban allí establecidos, ¿quién podrá, dice su primer Historiador, cuyas palabras voy a copiar, “quién podrá concebir la grandeza, el alcance y la multiplicidad de los bienes que de ellas han resultado para la gloria de Dios y para la utilidad de su Iglesia? ¿Quién podrá decir cuántas personas que estaban en una ignorancia criminal de las cosas de su salvación fueron instruidas en las verdades que estaban obligadas a saber? ¿Cuántas más, que toda su vida habían estado sumidas en el estado de pecado, fueron sacadas de él por buenas Confesiones generales? ¿Cuántos sacrilegios, que se cometían por la recepción indigna de los Sacramentos, fueron reparados? ¿Cuántos odios desarraigados, usuras desterradas, malos matrimonios validados, restituciones hechas, concubinatos y escándalos arreglados? Pero ¿cuántos ejercicios de Religión, y prácticas de caridad establecidas en lugares, en los que el nombre mismo de caridad parecía desconocido? ¿Cuántas penitencias, mortificaciones y limosnas hechas por gente que hasta entonces habían parecido incapaces de dolor y de misericordia? Cuántas almas por lo tanto santificadas y que, en lugar de la

gloria de la que gozan hoy en el seno de Dios, le blasfemarían con los demonios en el infierno”.

Estos bienes inmensos que no son conocidos en todo su alcance, más que por aquél cuya gracia los ha realizado, van a ser la materia de este libro. Estará por fuerza sometido a la repetición; pero esta misma repetición, por razón de la diversidad de las circunstancias tendrá su atractivo, sobre todo en las Misiones de Argel, de la Gran Bretaña y de Madagascar. A los que les costaría soportar la lectura de las otras podrán dispensarse. Dichosos, si un día su propia Historia o la de sus Hijos puede aburrir por la misma razón.

Misiones en Francia.

I. Misiones en la Diócesis de París.

Como no se han llegado a conocer los grandes frutos de las Misiones sino por cartas que escribían a Vicente de Paúl o los Obispos para felicitarle por ellas o los sacerdotes de la Congregación para pedirle que diera gracias a Dios, y que estas clases de cartas no han tenido lugar en una Provincia donde los Misioneros contaban de viva voz a los que los habían enviado el éxito de sus operaciones, nosotros no diremos aquí más que una palabra de la Diócesis de París; y esta palabra la sacaremos en parte de una Conferencia, en la que el Santo habló así a su Comunidad:

“Ruego a la Compañía que dé gracias a Dios por las bendiciones que ha dado a las Misiones que se acaban de dar y en particular a la de N. que son considerables. Había una extraña división en esta Parroquia: los habitantes sentían una gran aversión hacia su Párroco; y el Párroco por su parte se dolía del mal trato que había recibido de sus parroquianos. Habían llegado hasta levantarle la mano, a él o a alguno de los suyos, en la iglesia; por ello les había formado un Proceso y había hecho meter en prisión a tres o cuatro de los principales. Los espíritus estaban tan caldeados que la mayor parte no querían solamente oír la Misa, se salían de la iglesia cuando le veían ir al Altar. Protestaban de que nunca irían a confesarse con él, y que pasarían ante la fiesta de pascua sin comulgar. En resumidas cuentas que el mal era tan grande que no he visto otro parecido.

“Viéndose reducidos a un tan lastimoso estado, algunos vinieron aquí hace algún tiempo a pedirnos que les diéramos la Misión. Se la hemos dado y por la misericordia de Dios todos han emprendido el partido de sus deberes. Lo cual nos obliga ante todo a bendecir y agradecerle a Dios por que se han reconciliado perfectamente con su Pastor, y gozan de una paz que a unos y a otros les produce una gran satisfacción. Se sienten tan agradecidos que diez o doce han venido a darnos las gracias de parte de toda la Parroquia, y me han hablado tan bien de esta Misión, que sentía pena al oírlos.

“¿Quién es el que lo ha hecho, Señores, sino Dios solo? ¿Acaso estaba en el poder de los hombres tener esta reunión? Seguramente aunque todo un Parlamento se hubiera propuesto hacer un arreglo así entre mentes tan enajenadas, apenas lo hubiera conseguido en lo que se refiere a la policía exterior. Es pues Dios el Autor de esta buena obra y a quien debemos dar gracias: yo les ruego, Señores, que lo hagamos con todo el afecto posible; y aparte de ello, pidamos a la divina bondad que otorgue a la Compañía el espíritu de unión y el espíritu unificador, que no es otro que el Espíritu Santo mismo, para

que estando siempre bien unida en sí misma pueda unir a los de fuera; ya que hemos sido fundados para reconciliar a las almas con Dios y a los hombres con los hombres.”

Una pequeña misión que se dio en una Parroquia de trescientos Comulgantes y poco distante de París, tuvo un éxito, que nosotros nos creemos en el deber de detallar de una vez por todas, porque como moralmente hablando los frutos han sido los mismos, cuando las necesidades eran parecidas, por la idea que se forme de una de ellas se podrá juzgar de la mejor parte de las otras. Los efectos de la que hablamos pueden reducirse a nueve encabezados.

“1º. Los Marguilliers, que desde hacía diez o doce años no habían rendido nunca cuentas y retenían en sus manos varias sumas pertenecientes a la Iglesia y a la Fábrica, se dieron a razones: se han aclarado sus cuentas, y han pagado todo lo que debían.

2º. Diversos particulares, que desde hacía tiempo retenían varios Títulos y Papeles, los han entregado y se han guardado en un cofre cerrado con tres llaves.

3º. Han cesado diversos concubinatos: los concubinos se han separado o han salido de la Parroquia.

4º. Todos los habitantes, hombres, mujeres y niños han recibido de tal manera la semilla de la palabra de Dios y han asistido con tal asiduidad a los ejercicios de la Misión, que no se han perdido ninguna Predicación de la mañana a la noche; ni siquiera al Catecismo que se da por la tarde, al que han asistido con una maravillosa atención.

5º. Aunque pobres, han encargado un Tabernáculo, y han regalado un Ciborio y un Cáliz de plata; el que había servido hasta ahora eran sólo de estaño.

6º. Han arreglado en parte su iglesia, que estaba amenazada de ruina total y próxima. Han resuelto incluso reconstruirla por completo, aunque deba costarles doce mil libras por lo menos.

7º. Se han puesto de acuerdo todos los que tenían procesos y diferencias; y estos acuerdos se han realizado de una manera tan Cristiana, que las Partes iban a pedirse perdón de rodillas unos en la casa de los otros.

8º. Todos los pobres enfermos han sido visitados socorridos y asistidos corporalmente y espiritualmente.

9º. Habiendo hecho cada habitante su Confesión general con grandes sentimientos de piedad, y cumplido como es debido sus demás deberes durante el curso de la Misión, se encuentra hoy bien instruido, bien consolado, bien resuelto a vivir cristianamente el resto de sus días”.

Si los éxitos de esta pequeña Misión deben parecer considerables a los ojos de la fe, ¿qué juicio se hará de aquellos de los que no tardaremos en hablar?

II. Misiones en la Diócesis de Saintes.

Aunque los Sacerdotes de la Misión no se hayan establecido en Saintes hasta finales del año 1644, eran sin embargo conocidos desde hacía mucho. Hemos advertido que los Obispos parecían contratarlos a prueba, y que no los tomaban fijos en sus Diócesis hasta reconocer los bienes que podían hacer. Después de todo, Obreros del temple de los que

había formado Vicente no necesitaban largas pruebas: como el Santo no podía atender a todo, ha existido una larga distancia entre los primeros trabajos de los suyos y su fundación en el lugar donde habían trabajado. A partir de 1634 comienzan a roturar la Diócesis de Saintes, y desde entonces una persona de mucha piedad escribía en estos términos:

*“Nuestro Señor bendice, más de lo que se pudiera esperar, la misión de Saintonge. Tienen lugar un gran número de conversiones de costumbres y de Religión. lo que hace más admirable el trabajo de los Misioneros es que, según su método acostumbrado, hacen ver a los pueblos la belleza de la Religión Católica sin entrar en disputas; lo que hace que vaticos Herejes se conviertan. La Señora de *** me ha dicho que, según la relación que le dan los Católicos y los Herejes que llegan de esa parte, no piensa en estos buenos Misioneros sino como en los Operarios de la primitiva Iglesia”.*

Unos principios tan buenos llevaron a Jacques Raoul Obispo de Saintes a suplicar al Siervo de Dios que tuviera compasión de su pueblo y le diera un socorro fijo y permanente. Vicente no se lo envió hasta 1640, si bien este retraso quedó pronto recompensado: cuanto más larga había sido la sequía, más abundante fue el rocío. Cada carta del Prelado era un agradecimiento; y los Misioneros mismos no podían menos que hablar. Esto es lo que uno de ellos escribió.

“Estamos terminando nuestra misión de N. que ha durado siete semanas. Apenas me atrevo a comunicarle las bendiciones que hemos recibido en ella, por miedo a darme demasiada satisfacción. Para decirlo todo, esta Parroquia, que las enemistades, las discordias, los asesinatos, y demás abominaciones hacían pasar por la más perdida de la Saintonge, está ahora por la misericordia de Dios toda cambiada y hace una reparación pública de los escándalos que ha dado...las querellas se apaciguan, los rencores se disipan, y las reconciliaciones de llevan a cabo incluso sin que tomemos nosotros parte. Atribuimos todas estas gracias a la sola bondad de Dios, y a los méritos de santa Familia de Nuestro Señor, a la que hemos dedicado esta Misión. Los habitantes de una Parroquia alejada una legua, reunidos han dicho a su Párroco que, como no podían tener la Misión en su lugar, le pedían que les enseñara todas las mañanas a servir bien a Dios: lo que ha comenzado a hacer este buen Párroco con mucho fruto”.

Otra carta decía que una parroquia desolada por los Procesos, las pretensiones recíprocas, las disensiones animadas, que ni la Nobleza del lugar, ni el Obispo siquiera habían logrado terminar, había sido pacificada tan completamente que después de la Misión no quedaba ya en ella sombra de discordia; que se habían hecho en secreto y en público restituciones de gran trascendencia; que personas de uno y otro sexo, que vivían en desórdenes públicos, se habían convertido, y que finalmente algunos Herejes habían abjurado de sus errores.

Estas conversiones de Herejes no eran raras en las Misiones de Saintonge. La que tuvo lugar en Gemousat, en 1647, devolvió a la unidad a siete u ocho. Uno de ellos era un anciano, cuya conquista costó más que la de los otros. Los Misioneros habían intentado varias veces sacarle de su obcecación: pero un hombre, a quien su edad coloca de alguna forma a la cabeza de un partido, no vuelve fácilmente. El dolor de ver perecer a un ciego voluntario llevó a estos dignos Ministros de la palabra tratar de inclinar el Cielo a su favor. *“Tuvimos la idea (son sus propias palabras) de recurrir a la Santísima Virgen y suplicarle que empleara su crédito para obtener la conversión de este pobre extraviado. Fuimos con esta intención a prosternarnos de rodillas y recitar las Letanías; y cuando las hubimos*

acabado, vimos a nuestro anciano venir hacia nosotros, y confesarnos que reconocía la verdad, que quería abjurar de la herejía. Y así lo hizo: su abjuración fue seguida de una confesión general; después de la cual se le admitió a la sagrada comunión; al despedirse nos rogó con insistencia que le encomendáramos a las oraciones de todos los Católicos”.

El eco de tantas bendiciones se difundió pronto por toda la Diócesis. Si la herejía se echó a temblar, la fe de los hijos de la Iglesia se despertó. Para dar la Misión en cinco o seis Parroquias era suficiente darla en una sola, porque todos los pueblos de los alrededores acudían por sí mismos. Es lo que sucedió en el burgo de Deniat, en el que de la mañana a la noche los Misioneros estuvieron tan ocupados que apenas les quedaba tiempo para atender a las necesidades más indispensables de la naturaleza. Su celo los mantuvo un mes entero en un trabajo tan abrumador; pero sucumbieron al fin hasta caer de debilidad en el confesionario. Entonces fue preciso, a pesar de que hubieran cesado sus ejercicios y abandonado a un gran número de personas que, como aquel Macedonio de quien habla S. Pablo, pedían socorro, y lo pedían a gritos lamentables. La víspera de su partida, estos Señores acudieron a la iglesia para recibir la bendición del Párroco. Éste quiso aprovechar la ocasión para exhortar a su pueblo a hacer buen uso de las lecciones que les habían dado durante la Misión: pero lo intentó en vano. La multitud ahogó con gemidos la voz del Pastor. Los gritos se reanudaron al día siguiente; y les costó trabajo a los Misioneros librarse de las manos de esta pobre gente. Si sintieron dolor por no haber logrado atenderlos a todos, tuvieron el consuelo de haber acabado más de cien Procesos, y hecho o ayudado a más de cuatrocientas reconciliaciones. Digo hecho u ocasionado: ya que desde que se supo por los que se presentaron los primeros al Sagrado Tribunal que el perdón de las injurias era condición necesaria, cada uno dándose por enterado, en ese mismo instante el enemigo más declarado fue a ver a su enemigo, le pidió que olvidara lo pasado, y le comprometió con su ejemplo a poner a los pies de la cruz sus más vivos resentimientos.

Algo parecido sucedió en el burgo de Usseau, que no está lejos de Niort; es decir que se hizo la paz en un gran número de familias divididas, que se trabajó hasta el agotamiento, y que los Obreros que no podían ya mantenerse en pie se vieron obligados a dejar sin oírlos a un *número casi innumerable de penitentes*, que lanzaban gritos, de los que los corazones menos sensibles se sentían impresionados. Pero esta misión tuvo de particular que sus comienzos fueron penosos en extremo. Los habitantes de Usseau estaban en posesión de profanar las Fiestas de Pentecostés con danzas, en las que tenían lugar toda clase de desórdenes, a veces hasta secuestros de jóvenes y asesinatos. Se predicó con fuerza contra un abuso tan deplorable, pero desde ese mismo día volvió a comenzar la danza. El Director de la misión fue avisado a tiempo. Se trasladó al lugar de la asamblea con otros Eclesiásticos. Puso en fuga a los danzantes; y apoderándose del instrumento que dirigía el ritmo, lo partió en pedazos al día siguiente en presencia de un pueblo numeroso. Este acto vigoroso, apoyado de un nuevo sermón sobre la misma materia causó tal impresión sobre los jóvenes de uno y otro sexo, que al salir del Sermón vinieron todos por sí mismos y como de acuerdo, se echaron a los pies del Predicador y le pidieron perdón por su falta. Por lo demás, este fervor no fue uno de los que pasan: los habitantes del lugar concibieron tal horror hacia esta peligrosa diversión en la que hasta entonces se habían obcecado tanto que la desterraron por completo de su Parroquia.

No fue sólo el pueblo quien sacó provecho de la misión de Usseau; los Eclesiásticos de los alrededores también participaron de ella. Se celebraron Conferencias en las que

participaron hasta diecisiete Párrocos. Todos quedaron impresionados por las grandes máximas que se les predicaron: todos tomaron la decisión de vivir como sacerdotes y llevar las señales de su estado.

Es así como tres o cuatro Misioneros animados del Espíritu de Dios cambiaban el rostro de toda una Diócesis. Los pueblos estaban tan sorprendidos, tan contentos de verse a sí mismos transformados en nuevos hombres, que iban hasta Saintes a agradecer a su Obispo el auxilio espiritual que les había dado. Es lo que él mismo escribió a S. Vicente en 1642. *“He mandado venir, decía en otra carta del mismo año, a vuestros sacerdotes a esta ciudad para descansar algunos días, pues en verdad hace seis meses que trabajan con tal asiduidad que me sorprende cómo han podido resistir; y yo mismo he ido a las localidades para traerlos”*. Las demás cartas del Prelado eran del mismo estilo: todas estaban llenas de felicitaciones y de agradecimientos.

III. Misiones en las Diócesis de Mende y de S. Flour.

Como ya hemos hablado en otro lado, sobre 1635, de las misiones que se dieron en la Diócesis de Mende, no diremos aquí nada. El lector no se habrá olvidado de que esta Región tan célebre por su piedad, tanto como lo fue por su sencillez en la fe, había caído en todos los desórdenes, que la herejía y el comercio con aquellos que lo manejan son capaces de producir; que el Obispo de Mende desconsolado por la pérdida de tantas almas que perecían todos los días, se dirigió a Vicente de Paúl, asilo ordinario de los Prelados, que querían el bien de su rebaño; que este santo hombre le envió en diferentes tiempos dignos Ministros del Evangelio; que los que tuvieron que devorar todas las penas que van unidas al Apostolado; pero que estas penas fueron para ellos una semilla de bendiciones; y que en una sola campaña tuvieron la suerte de contribuir a la conversión actual o próxima de cerca de ochenta herejes. Nos limitaremos pues por ahora a las Misiones de S. Flour. Los Hijos de Vicente de Paúl tuvieron el consuelo de trabajar en ellas con el sr Olier, el cual en calidad de Abad de Pébrac, se creyó obligado a hacer un intercambio de bienes con sus Vasallos, y a dar lo espiritual a los que le suministraban una parte de su sustancia temporal. De este digno sacerdote de Jesucristo es de quien vamos a conocer cuáles fueron los primeros frutos de su celo, y del celo de aquellos que nuestro Santo le había asociado. La carta por la que daba cuenta a Vicente mismo y a los Eclesiásticos de su Conferencia, está tan llena del Espíritu de Dios que no se sabe si es el Fundador del Seminario de S. Sulpicio o el Fundador de la Misión quien la ha escrito.

“No puedo, Señores, dice, estar por más tiempo ausente de vuestra Compañía, sin informaros de lo que ha pasado por estos lugares. Comenzamos la Misión en S. Ilpise el Domingo después de la Ascensión, y duró hasta la quincena de ese mes. El pueblo venía al principio según lo podíamos justamente desear, quiero decir tantos como podíamos confesar, y esto sucedían con tales demostraciones de la gracia que era fácil saber en qué lugar confesaban los sacerdotes porque los penitente se hacían oír de todas partes por sus suspiros y por sus sollozos.: pero al final el pueblo llegaba en tal cantidad y nos presionaba con tanto ardor que nos era casi imposible atenderlos. Se los veía desde el despuntar del alba: hasta la noche quedarse en la iglesia, sin beber ni comer esperando la ocasión de confesarse, y a veces por los extraños, nos veíamos obligados a continuar las catequesis más de dos horas; y con todo y con ello salían con tanta sed de la palabra de

Dios como al entrar. Para dar este catecismo teníamos que servirnos del Púlpito del Predicador, en vista de que no quedaba lugar en la iglesia, donde la multitud de gente llenaba todo hasta las puertas y ventanas, que estaban todas cargadas de oyentes. Lo mismo pasaba en el sermón de la mañana y en la instrucción de la tarde. Por lo cual no me queda sino bendecir a Dios, que se comunica con tanta misericordia y liberalidad a sus criaturas y sobre todo a sus pobres. Como hemos advertido que es particularmente en ellos donde reside, y que para ayudarlos pide la cooperación de sus siervos. No os neguéis, Señores, a dar este auxilio a Jesucristo. Hay demasiado honor en trabajar bajo él y en contribuir, tanto a la salvación de estas almas, como en la gloria que debe sacar para toda la eternidad. Vosotros habéis comenzado felizmente, y vuestros primeros ejemplos dejar París para ir a trabajar en estos lugares. Continúad pues en estos divinos oficios, porque es verdad que no hay nada parecido en la tierra. Oh París, tu diviertes a hombres que con la gracia de Dios podrían convertir a un número incalculable de almas. Ay, ¿cuántas obra buenas se hacen en esta gran ciudad sin fruto? ¿Cuántas conversiones en apariencia? ¿Cuántos santos discursos perdidos por falta de disposiciones en los que los escuchan? Aquí cada palabra es una predicación y todos los pobres con muy poca instrucción se ven llenos de bendiciones y de gracias”.

Al año siguiente el mismo sr Olier escribió a la Asamblea –carta del 10 de febrero- que en la cuarta de estas Misiones, aunque no hubiera en un principio más que seis sacerdotes, y ocho hacia el final, se tuvieron más de dos mil Confesiones generales; que, a pesar del rigor del frío y la incomodidad del lugar, que es un verdadero desierto, el pueblo venía de siete u ocho leguas; que esta buena gente traían sus provisiones para tres o cuatro días y se retiraban a las granjas; que allí hablaban de lo que habían oído en la predicación y en el catecismo. “Ahora, continúa este virtuoso sacerdote, *se ven aquí los campesinos y sus mujeres dar ellos mismos la Misión en sus familias; los pastores y los labradores cantar los Mandamientos de Dios en los campos; y preguntarse unos a otros lo que han aprendido en la Misión. Finalmente la Nobleza para la que, atendido el lenguaje vulgar de que nos servimos, parecía que no hablábamos, después de cumplir cristiana y ejemplarmente con su deber, no nos ha visto partir sino con lágrimas en los ojos. Cinco hugonotes han abjurado su herejía en esta Misión; cuatro de los cuales que nos huían antes han venido ellos mismos a buscarnos: y ello, Señores, para enseñarnos, como vosotros me lo habéis enseñado con frecuencia, que la conversión de las almas es obra de la gracia; que nosotros ponemos en ello con frecuencia obstáculos por nuestro propio espíritu; y que Dios quiere operar siempre en la nada o por la nada; es decir en aquellos y por aquellos quienes reconocen y confiesan su incapacidad y su inutilidad”.*

Esta última máxima es tan visiblemente una de las de Vicente de Paúl, que no necesita que se diga.

IV. Misiones en las Diócesis de Ginebra y de Marsella.

Son dos Prelados de un mérito distinguido, los que van a hacernos una declaración auténtica de los bienes que hicieron con ayuda de la gracia, los padres de la misión en las Diócesis de Ginebra y de Marsella.

Juste Guérin Obispo de la primera de estas dos ciudades escribía sobre ellas a nuestro Santo en términos que sacan de la efusión del corazón un premio que el estilo no da nunca. Ésta es la primera carta, del mes de junio de 1640.

“Quiera el buen Dios, que podáis, Señor, ver el centro de mi corazón: porque verdaderamente os amo y honro con toda la capacidad de mi afecto y me confieso el más deudor de todos los hombres del mundo a vuestra caridad por los grandes bienes, que los Señores Misioneros, vuestros queridos Hijos en Dios, hacen en nuestra Diócesis: son tales que no puedo expresarlos, y no son creíble sino a quien los ve. He sido testigo ocular con ocasión de la visita que he comenzado después de Pascua. Todo el mundo los estima, los quiere y los alaba unánimemente. En verdad, Señor, su doctrina es santa y su conversación también; producen en todos una grande edificación por su vida irreprochable. Cuando han terminado la Misión en un pueblo se marchan para ir a otro, y el pueblo los acompaña con lágrimas y va a verlos varios días seguidos en las otras Parroquias. Se ve a personas de las otras Diócesis venir a confesarse con ellos y conversiones admirables que se hacen por su medio. Su Superior tiene grandes dones de Dios y un maravilloso celo por su gloria y por la salvación de las almas. Predica con gran fervor y con gran fruto... Oh qué admirable es la divina Providencia al inspirar al sr Comendador de Sillery al procurarnos estos Operarios Evangélicos! Es Dios quien lo ha hecho todo: ha mostrado interés con relación a nuestras necesidades, y a la mala vecindad en que estamos de la miserable ciudad de Ginebra”.

La segunda carta que escribió al año siguiente –octubre de 1651 el mismo Prelado a nuestro santo sacerdote no difiere de la precedente más que en que le habla de la muerte de sr de Sillery. *“Vuestros Misioneros, decía en otra que escribió tres años después –agosto de 1644-, continúan enriqueciendo cada vez más el Paraíso de las Almas a quienes ponen en estado de salvación... con sus instrucciones, Catecismos, Exhortaciones, Predicaciones y administración de los Sacramentos, con la buena vida que llevan y los buenos templos que dan en todos los lados donde dan Misiones. Solamente una cosa me produce pena; es su escaso número, en comparación de la gran extensión de la Diócesis, donde hay quinientas ochenta y cinco Parroquias. Ay, si antes de mi muerte Nuestro Señor quisiera concederme la gracia de que las hubieran recorrido todas: diría verdaderamente y con singular consuelo: Nunc dimittis Servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace”.*

Con relación a Misiones que se dieron en Marsella y en Provenza, las ha habido de dos clases; unas en el mar para los forzados, las otras en tierra para la gente del campo: y todas tuvieron un feliz éxito.

Las misiones en las galeras volvieron a empezar en 1643. La Duquesa de Aiguillon Tía del Duque de Richelieu, que por entonces era su General, pidió a Vicente que enviara a sus sacerdotes a Marsella, para trabajar en la salvación de los forzados. Su cargo de Capellán Real y la compasión que siempre sintió por este género de desgracias le comprometieron ya lo suficiente. Mandó partir desde el mes de febrero a cinco de sus misioneros y les puso como Director a François du Coudrai su primer compañero. Du Coudrai se llevó a Marsella algo mejor que su vasto conocimiento de las lenguas orientales; un gran celo, el arte de acomodar sus talentos a la pequeñez de los que quería santificar, una perfecta mortificación. Sin esto, sería como dar palos de ciego. Con ello, él y sus asociados produjeron bienes considerables: el santo Obispo de Marsella, Jean-Baptiste Gault va a instruirnos. Escribe a Madame de Aiguillon. Su carta es del 6 de marzo.

“Aunque no haga mucho tiempo, le dice, que os escribí a la llegada de los Señores de la Misión, que habéis tenido a bien enviar aquí para trabajar en las galeras; no puedo no obstante tardar más en rendiros cuenta de lo que ha pasado y del consuelo que reciben

todos aquellos que están empleados en este penoso trabajo, y yo con ellos... Hemos comenzado al mismo tiempo a dar la Misión en siete galeras, habiendo logrado hacer venir a ocho Misioneros de los que se encuentran en Provenza, para trabajar en cuatro, y hemos distribuido en las otras tres a los que nos han sido enviados de París: yo ayudo a unos y a otros, cuando me necesitan, sobre todo para los Italianos que son en gran número en las galeras. El fruto ha sobrepasado absolutamente lo esperado. Es cierto que en un principio se han encontrado cabezas no sólo ignorantes, sino también endurecidas en sus pecados, y que estando amargados hasta no más contra su miserable condición, no querían en absoluto oír hablar de Dios. Pero poco a poco su gracia, por mediación de estos Eclesiásticos, ha ablandado de tal manera sus corazones, que muestran ahora tanta contrición como dificultades ponían al principio. Os admiraríais, Señora, al saber el número de los que han pasado los tres, cuatro, cinco y diez años sin confesarse. Los ha habido que habían pasado veinticinco años en este estado y que protestaban de no querer hacer nada mientras permanecieran en su cautividad. Pero al fin Nuestro Señor se ha hecho el Dueño y ha expulsado a Satán de estas almas sobre las que había usurpado un tan gran imperio. Alabo a Dios porque os dio esta voluntad: ha sido la llegada de estos Misioneros la que me ha determinado por completo a esta Misión, que yo hubiera diferido tal vez para otro tiempo: y sin embargo hubiera podido suceder que varios de ellos hubiesen muerto en el mal estado en que se hallaban. Espero que se recoja el mismo fruto en las demás galeras. No puedo deciros, Señora, cuántas bendiciones dan estos pobres forzados a los que les han procurado un socorro tan saludable. Yo busco los medios para actuar de manera que las buenas disposiciones en que están puedan continuar. Me voy ahora enseguida a dar la absolución a cuatro herejes que se han convertido en las galeras. Hay otros también que tienen la misma intención, porque estas cosas extraordinarias los impresionan sobremanera”.

Al oír a este gran Obispo, se creería que no fue más que espectador de los trabajos de la Misión. Pertenece a la verdad de la Historia publicar que fue el alma de todo; y que hombres menos ardorosos que los que le enviaron habrían visto en su ejemplo lo suficiente para animarse. Fue por lo demás por una especial disposición de la Providencia la razón por la que no dilató, como era su plan, la misión importante, cuyo éxito él mismo nos ha descrito. Apenas se hubo terminado cuando la Iglesia perdió en él a uno de sus más hermosos modelos. La víspera de su muerte dio a los Misioneros *su bendición para ellos y para los pobres Galeotes* –carta del sr du Coudrai. Du Coudrai, hombre menos sospechoso que otros muchos –vida del sr du Coudrai, p. 22-, habla de él como de un santo de milagros. Es verdad que no habla como testigo ocular, sino que cita como garantes a *personas de muy grande probidad*.

La pérdida del Pastor fue sensible a los que trabajaban bajo su mirada, pero no los dispersó. Pusieron manos a la obra con nuevo fervor y nuevas bendiciones. Unos treinta Religiosos hicieron su abjuración. Un turco enfermo fue bautizado en la galera. Otros nueve lo fueron con mucha solemnidad en la Iglesia Catedral, adonde fueron llevados como en triunfo, a la vista de un pueblo inmenso que bendecía a Dios. “*También, dice du Coudrai, nuestro proyecto no era ocultar esta acción para mover a algunos Turcos más que parecen dudar. Hoy todavía, continúa, dos nuevos han venido a verme para decirme que quieren ser Cristianos. Estaban acompañados de otro que fue bautizado hace diez días. Continuamos dándoles el Catecismo en Italiano dos veces al día para afianzarlos lo más posible*”.

La conversión de estos diez musulmanes, había ido precedida de otras siete, que el sr Obispo de Marsella tuvo el consuelo de bautizar antes de su muerte. Cuántas conquistas, y qué grandes son a los ojos de quien deja a noventa y nueve ovejas en el desierto, para correr tras otra que se ha extraviado.

Tantos bienes determinaron a la Duquesa de Aiguillon a establecer en Marsella a los Hijos de Vicente de Paúl, que comenzaron a residir desde el mes de julio del mismo año. Desde esta fundación, han dado de tiempo en tiempo Misiones en las galeras, bien en Marsella, bien en Toulon. No es posible que todas hayan tenido el mismo éxito: pero es seguro que todas han detenido los grandes males, y aumentado el número de los Elegidos.

Las necesidades de los pueblos del campo, aunque menores que las de los forzados eran suficientes para animar el celo de una Compañía, que se ha dedicado a su servicio. También trabajó en ello con su asiduidad ordinaria. Esto es lo que escribió en 1647 un testigo muy digno de fe.

“Salimos de una misión que nos ha ocupado el espacio de cinco semanas, pegados a los confesonarios, al púlpito y a los arreglos de Procesos con tanto fruto que puedo decir sin exageración que no se puede desear más. Se han rehabilitado nueve o diez matrimonios clandestinos; veinticinco o treinta arreglos de Procesos, en algunos de los cuales se trataba de sumas considerables, en otros de honor, y de la vida. Se han arreglado casi siempre de mutuo acuerdo, sin intermedio de nadie. Algunos incluso en la iglesia públicamente y durante la predicación, con tantos sentimientos y lágrimas, que el que predicaba se vio interrumpido. Un hombre de mediocre condición, habiendo respondido en un movimiento de cólera con menos discreción a alguno de los nuestros y añadido a su respuesta una blasfemia pública y a la puerta de la iglesia, a los quince días estaba tan arrepentido que, para reparar este pecado, se condenó a sí mismo a pagar cien escudo para bien de la iglesia, delante de la cual había proferido esta blasfemia”. Estos grandes bienes conmovieron a las más nobles familias de Provenza. La Marquesa de Vinz se señaló en este aspecto, y dieciocho mil libras que dejó al morir a la Misión de Francia, darán siempre mucho honor a su celo. Si como se puede presumir de la misericordia de Dios, los votos de nuestro Santo y de sus Hijos fueron escuchados, la Marquesa no tardó en recoger los frutos de su limosna. No hubo en la Congregación un solo sacerdote que no ofreciera el Sacrificio de la Misa por esta ilustre Bienhechora.

V. Misiones en las Diócesis de Reims, de Rouen y de Toul.

Mientras que los sacerdotes de la Misión trabajaban útilmente en Provenza, sus Cohermanos se ejercitaban en la Diócesis de Reims. Desde que Eléonor de Estampes de Valancay que era su Arzobispo, los hubo establecido en Sedan, creyeron deber seguir, y siguieron en efecto a las órdenes de S. Vicente, un método diferente del que sus Predecesores habían observado. Hacía cinco años que la predicación era libre en esta Ciudad. No se había hablado más que de controversias. De ahí dos inconvenientes molestos, uno que los herejes se afirmaban a menudo en el error; porque en materia de disputas todos se glorían de la victoria; el otro, que los Católicos estaban tan poco al corriente de las prácticas de la Religión que varios de ellos no creían que fuera necesario confesar todos los pecados. Se caminaba pues por una ruta diferente; es decir que se siguió aquella cuyo plan se ha encontrado al principio de este libro. Se instruyó a los Católicos en el Dogma y en la Moral. Se expuso uno y otra de modo que no desanimara a nadie. Se hizo

depositar a favor de la Religión la regularidad de las costumbres de los que la profesaban. Así pues, gente incapaz de entrar en liza se hicieron pobres charlatanes de de la santidad de la Iglesia de la que eran miembros. Asimismo también, los que estaban comprometidos en la herejía adquirieron una idea favorable de los nuevos Ministros del Evangelio. Quisieron oírlos y una vez que no tuvieron nada en sus discursos que fuera propio para amargarlos, hallaron muchas cosas propias para edificarlos: así fue como los fueron amansando poco a poco, y se echaron casi sin quererlo las bases de ese gran número de conversiones, que se hicieron en adelante. El Arzobispo de Reims fue informado de estos felices comienzos; compartió este gozo con S. Vicente y felicitó al Padre por el progreso que hacían sus Hijos.

Su caridad no se limitó a la ciudad de Sedan: diferentes burgos o pueblos de Champaña experimentaron sus efectos. Tan pronto como acabó la guerra, trabajaron en Sillery. Este lugar tan importante en sí estaba reducido a ochenta habitantes; la miseria había hecho perecer a todos los demás; por suerte había producido hondas impresiones en el corazón de los que habían escapado al naufragio. Por temor a una de esas repeticiones que se experimentaban desde hacía tantos años, todos quisieron estar preparados a toda eventualidad. Se confesaron, y se acercaron a santa Mesa con sentimientos tan vivos de fervor y de sumisión a todo lo que fuera del agrado de Dios ordenar, que los Misioneros mismos, aunque acostumbrados a los milagros de la gracia, se vieron sorprendidos. Esta palabra, *Todo por el amor de Dios*, palabra que dice tanto se convirtió como en la divisa de aquella pobre gente. Esta Misión costó poco ero consoló mucho.

Las de Ludes y de Fontaine, que la siguieron, costaron más: pero a fin de cuentas una y otra compensaron a los Obreros por sus penas. En Ludes se cerraron las tabernas, se prohibieron las reuniones nocturnas, se desterraron los juramentos. Iban de una casa a otra a ponerse de rodillas delante de aquellos a quienes creían haber ofendido, y le pedían perdón. Finalmente, aunque los tiempos fueran todavía duros, se tomaron medidas eficaces para acabar la construcción de la iglesia; obra, que cono se dijo entonces, sin la Misión estaría todavía sin construir hoy.

Las necesidades eran mayores en Fontaine; y la misión realizó allí frutos más señalados. Su Director de entonces escribía en estos términos: *“Dios que ha bendecido las misiones anteriores parece aumentar sus gracias en ésta, pues los concubinatos que habían durado veinticinco años se han abolido, todos los Procesos se han acabado, un gran número de personas, tanto de aquí como de los circunvecinos que abusaban de los Sacramentos veinte, treinta y treinta y cinco años, han reconocido y detestado sus crímenes. Los habitantes invitan a sus parientes, a aquellos incluso de están muy lejos, a venir a participar de los frutos de la Misión; y acuden gentileshombres, de siete, de diez, y de catorce leguas de la parte de Rethel”*.

Los bienes que se hicieron en el Burgo de Ay se parecen bastante a los que acabamos de describir. Los Misioneros fueron mal recibidos al principio. Poco faltó incluso para que los principales habitantes y el pueblo a quien se había indispuerto les cerraran las puertas; pero al cabo de unos días se produjo un cambio tan grande en los corazones, que nadie se cansaba de oír la palabra de Dios. Confesiones exactas, lágrimas de penitencia, restituciones plenas, reconciliaciones sinceras, asiduidad a la oración, fueron los frutos de la Misión de Ay. El Ministro que residía allí emprendió la huida, y sus partidarios, que no eran sino pobres viñadores e ignorantes, no se perdieron ninguna de las predicaciones de la Misión.

La Diócesis de Rouen tuvo también su buena parte en las bendiciones que Dios difundió tan liberalmente sobre los trabajos de los Discípulos de S. Vicente. Luis Colon aquel célebre Doctor, de quien ya hemos hablado en otra parte –por 1647-, trabajó en la Región de Caux durante veinte años, tanto a sus expensas como a expensas de la Congregación. Fue en este penoso trabajo como murió con las armas en la mano después de fundar una Misión para Aumale lugar de su nacimiento. No sé por qué principio personas poderosas impidieron que no se diera. Lo que es seguro es que los obstáculos no se quitaron hasta 1656. Vicente de Paúl aprovechó ese momento para librarse de una deuda que no había podido liquidar antes. Pagó hasta sus intereses. No fue sólo en Aumale donde trabajaron sus Misioneros, lo hicieron en Chaumont, o mejor dicho en S. Martin que es como un barrio, en Magni, en S. Clair, en Longueste y en Meulan. François de Harlay de Chanvalon, quien por entonces era Arzobispo de Rouen, empleó útilmente su ministerio en la visita que hizo a Pontoise, y en los lugares que dependen de este gran Vicariato: este Prelado quedó tan satisfecho de su celo y de sus servicios, que se lo escribió a nuestro Santo en estos términos –en 1656-:

“No me canso de enviaros cartas mías pues que tampoco os cansáis de hacernos el bien. el que mi Diócesis ha recibido por intermedio de vuestros santos Operarios es testimonio definitivo; y como doy gracias a Nuestro Señor al ver que su Espíritu se extiende con tanta abundancia en los sacerdotes que vos formáis por su gracia, yo no desearía otra cosa para su Iglesia y para gloria de su sagrado nombre, sino que todos los Eclesiásticos tuvieran la misma capacidad y el mismo fervor. Os remito pues al bueno del sr Grimal y a su generoso equipo; ellos han combatido con mucho valor contra el pecado. Espero que en otros encuentros no se cansen de continuar bajo el estandarte del Primado de Normandía, que estima sus virtudes y alaba su celo y que es de su ilustre Jefe muy humilde y muy, etc.”

Hemos hablado tanto de los servicios temporales y espirituales que lo sacerdotes de la Misión prestaron a la Lorena en sus tiempos de su duelo y de su desolación que no nos queda hablar más que de algunas misiones que se tuvieron en 1656 y años siguientes. *“No puedo, escribía el Superior de los Misioneros de Toul, expresar las bondades del Señor para con nosotros. En la Parroquia de la que salimos, hemos oído como quinientas confesiones generales, sin encontrar un día de descanso en todo el mes. El tiempo molesto del invierno, en que los caminos estaban cubiertos de nieve de dos pies de altura, no ha podido impedir que la pobre gente rica en la fe y ávida de la palabra de Dios, no haya hecho ver, a pesar de las humillaciones extraordinarias que reciben de la gente de guerra, que el Reino de los Cielos es para ellos. Todo cuanto se puede desear de bueno se ha hecho allí; y tenemos motivos para decir que el Salvador se ha complacido en derramar extraordinariamente en estos lugares el buen olor de su Evangelio”.*

Este mismo Superior al dar cuenta, algún tiempo después, de una Misión que había dado en Charles pequeña ciudad de Lorena, dice en sustancia que los cohermanos han salido de allí algo fatigados, pero llenos de alegría y de consuelo; que durante cinco semanas que han trabajado, Dios ha difundido sus más preciosas bendiciones sobre esta Parroquia y sobre otras más que son vecinas; que desde el Párroco, hombre de un gran celo, hasta el último parroquiano, no ha habido ni uno solo que no haya hecho su confesión general: *“Pero, continúa él, estas confesiones se han hecho tan bien y con los sentimientos de una conversión tan verdadera que no me acuerdo si de veinticinco misiones a las que he asistido he visto alguna en que el pueblo me haya parecido tan impresionado como ésta.*

Estos buenos habitantes, después de dar a Dios toda la satisfacción que hemos podido desear, se esforzaron ahora en seguir nuestros consejos para mantenerse en la gracia de Dios. Hay en ese mismo lugar un Convento de Religiosos Capuchinos, que estaban muy sorprendidos al ver tantas maravillas, y entre los demás su Superior que es un Santo”.

VI. Misiones en Bretaña.

Las misiones dadas en Bretaña tienen algo tan impresionante que sería un encanto poder hablar de ello más detenidamente de lo que lo ha hecho el sr Abelly. En la incapacidad que nos vemos de hacerlo, trataremos al menos de transmitir todo lo que este piadoso y sabio Obispo nos ha comunicado.

El fervor de la que se dio en Pleurtuit en 1657 fue tan grande que se confesaron tres mil personas, y que veinte sacerdotes no habrían bastado para escuchar a los que movidos cada día se presentaban en el Sagrado Tribunal. Se produjeron esas cosas que sólo la gracia puede operar. Al salir de la iglesia una persona de condición se puso de rodillas delante de todo el mundo y pidió perdón a los que había ofendido. Esta escena sorprendió a muchos, y todos se sintieron edificados. Otro, que no sé en qué alboroto no había medido las palabras, hizo por propia iniciativa, y antes de presentarse en el confesionario, un viaje de ocho leguas para presentar excusas a aquel a quien había herido.

La Misión de Mauron, que se dio al año siguiente, resultó tan bien o mejor. *“Había, dice el Superior del Seminario de S. Méen, había todos los días, incluso los días laborables más mil doscientas personas que asistían al catecismo: los principales del lugar no faltaban a él como tampoco a la predicación. Se vio a muchos criados que dejaron a sus Dueños y a sus Dueñas, porque no querían darles el tiempo para venir, prefiriendo perder su sueldo antes que una ocasión tan buena de instruirse; se han visto madres que, después de cumplir con sus deberes de Religión se pusieron a servir en lugar de sus hijas, para darles la oportunidad de hacer otro tanto; y otros criados y criadas, que pidieron a sus dueños que les permitieran venir a las Instrucciones y rebajar de su sueldo el tiempo que emplearan y no trabajaran.*

“El Domingo de Quincuagésima y los dos días siguientes hubo una cantidad tan grande de gente que se presentó para recibir la sagrada Eucaristía, que nos vimos obligados a dar la comunión hasta las siete de la tarde; y una vez que la Misión terminó me enteré de dos cosas bien consoladoras; una, que de un gran número de tabernas que había en este lugar, no ha quedado ni una sola, porque nos habían oído decir que se condena uno dando de beber a los que toman vino con exceso; la otra, que en los mercados que hacen ahora unos con otros en lugar de poner algo de dinero para beber, siguiendo la costumbre de la Región, se lo entregan a la Cofradía de la Caridad, que hemos fundado para los pobres enfermos del lugar”.

Cada misión en Bretaña parecía sobrepasar a las precedentes. La que al año siguiente se dio en Plaissala fue tan fecunda en bendiciones que nadie de los que trabajaban en ella no había visto aún producirse tantos bienes. El pueblo llegaba en oleadas de diecisiete Parroquias vecinas. Hubo más de quinientas personas que esperaron más de diez días enteros en la iglesia el momento de confesarse. El Barón de Recua, que vivía de ordinario en S. Brieu, llegado a Plaissala, donde tenía una casa, tuvo la curiosidad de escuchar la primera predicación de los Misioneros: al salir de la iglesia fue a verlos con su esposa, y les declaró

que no se volvería hasta que la misión hubiera acabado. Un comienzo tan prometedor llevó al Superior de S. Méen a rogar al Barón que le ayudara a terminar las diferencias del Pueblo y de la Nobleza. Este Señor se encargó de ello de buena gana, y se arregló con todo y una bendición muy extraordinaria.

Los días de Carnaval transcurrieron en ejercicios de piedad. Se hizo el Lunes una procesión solemne. Denis de la Barde Obispo de S. Brieu portó en ella el santo Sacramento. El pueblo seguía caminando de cuatro en cuatro con tanta devoción, modestia y orden que, aunque durante esta procesión que duró cerca de dos horas, llovió casi siempre, no hubo sin embargo nadie que abandonara su fila. El Martes siguiente dio la conformación en el cementerio, al viento y bajo la lluvia; no pudo hacerlo en la iglesia, porque estaba llena de comulgantes.

A estas misiones que se realizaron en la Diócesis de S. Malo nosotros uniremos una o dos de las que se tuvieron en la Diócesis de Tréguier. Baltasar Grangier, que era Obispo de ella, habló muy bien de la que se dio en Guincamp en 1648. *“Vuestra carta, escribía a nuestro Santo, nos ha llegado muy ocupados en nuestra misión de la que espero mucho. Uno de vuestros sacerdotes predica por la noche admirable y devotamente. Otro da el principal catecismo a la una después de mediodía, y se hace admirar y querer de los pequeños y de los mayores; un tercero da el pequeño catecismo. Y mi profesor de Teología predica por la mañana en bajo Bretón. Bueno, que todo el mundo trabaja. No han querido dejarme ocioso y predico dos veces a la semana. Comenzaremos todos a confesar mañana, Dios mediante. La gente de esta Región, que no está acostumbrada a las Misiones, está muy sorprendida. Todos expresan su parecer, pero con respeto. Espero que con la gracia de Dios todo salga bien”*.

“Os agradezco, decía también el mismo Prelado en otra carta de 1650, os agradezco por el fiel Ministerio de vuestros cuatro Señores Sacerdotes en la Misión de este lugar. Su capacidad, su celo, su asiduidad en predicar y en confesar han sido tan grandes y han sido seguidos de un gran éxito. Puedo decir que todos los habitantes de este lugar, de toda edad, sexo y condición se han convertido; y tengo sobrados motivos para alabar a Dios por haberme dado por vuestro medio tan buenos Operarios. El sr n. tiene un vigor en el púlpito al que nada se resiste, yo le contrasto ya para el año próximo, etc.”

VII. Misiones en diversos lugares de Borgoña y de Champaña.

No era sólo de parte de los Obispos de donde recibía Vicente de Paúl cartas de felicitación por el éxito de los trabajos de sus Hijos; seculares incluso se creían obligados a compartir con él la santa alegría que sentían, y es así como hemos conocido el bien que se hizo en la Parroquia de S. Cyr de la Diócesis de Sens. El Señor del lugar se sintió tan impresionado, que una vez acabada se apresuró a enviar noticias al Hombre de Dios; su carta estaba concebida en estos términos:

“Los cuidados de los Señores vuestros Sacerdotes, junto al ejemplo de su piedad, han realizado en mis paisanos un cambio de vida tal que a sus vecinos les resulta difícil reconocerlos. En cuanto a mí, confieso que no los conozco ya, y no puedo menos de pensar que dios me ha enviado una colonia nueva para poblar mi pueblo. Estos Señores no encontraron más que mentes vulgares, cuyo cambio no se podía realizar más que por la

gracia que acompaña a vuestros Operarios, y a aquellos en particular a quienes habáis impuesto el esfuerzo de venir para la conversión de este pueblo, y para la mía... Después de los agradecimientos que os expreso no nos queda más que ofrecer ardientes oraciones a Dios a fin de colme de bendiciones a vuestra Compañía, a la que tengo por una de las más útiles a su gloria que haya hoy en su Iglesia. Este Señor acaba pidiendo al Santo que procura al pueblo de S. Cyr un buen Pastor: y es que sabía que el fruto de las Misiones no pude durar si no es mantenido y que un Párroco que sea según el corazón de Dios no piense en otra cosa que en cuidar de él”.

La Señora de S. Cyr escribió también. Su carta es como la de su marido una prueba de su piedad. Para ser tan sensible a la conversión de los pueblos hay que serlo mucho para los intereses de Dios.

Estas nuevas que eran casi el único consuelo que Vicente tuviera en la tierra fueron seguidas de muchas más de la misma especie. “*Hacéis el bien por todas partes, le escribía en 1644 un Vicario general de la Abadía de Monstier S. Jean; y vos prestáis grandes servicio a Dios, a la Iglesia y a la santa Religión. Vengo de Tonnerre, donde he visto a vuestros queridos Hijos, los Sacerdotes de la Misión, conducidos por un hombre de Dios; y es preciso que confiese, Señor, que todos estos buenos Eclesiásticos hacen maravillas con su doctrina y con sus buenos ejemplos: reconcilian a muchas almas con Dios y con el prójimo”.*

Uno de los que trabajaban en la misma provincia, después de atribuir a los méritos de nuestro Santo el buen éxito de la Misión de Joigni, y la asiduidad de los pueblos a escuchar la palabra de Dios; asiduidad tan grande que, “*aunque se llamara alguna vez a la predicación a las dos después de medianoche, la iglesia sin embargo se llenaba totalmente, confiesa no obstante de buena fe, que encontraba más bendición en el campo que en las ciudades, y que no descubría en éstas las señales de penitencia, de rectitud y de sencillez, que se le presentaban a cada paso en aquéllas. Esta buena gente, continúa, no vienen de ordinario a confesarse sino derramando lágrimas, se creen los mayores pecadores del mundo, y piden penitencias más fuertes que las que les imponen. Ayer otra persona que se había confesado con otro misionero vino a pedirme que le impusiera una penitencia mayor, que la que le había sido dada, y de la obligación de ayunar tres veces a la semana durante todo este año. Otra quería que le diera por penitencia caminar descalza durante el tiempo de la helada. El mismo día viene a verme un tercero, y me dice esto: Señor, he oído en la predicación que un buen medio para no jurar más es arrodillarse ese mismo instante delante de aquellos en presencia de los cuales se ha jurado: esto es lo que acabo de hacer; ya que desde que me he dado cuenta que había jurado mi fe, me he puesto de rodillas y he pedido misericordia a Dios”.*

Dos meses después este mismo sacerdote escribió a Vicente que no había anunciado el Evangelio más que a pueblos tan fáciles de emocionarse, tan dispuestos a la compunción y a las lágrimas, tan llenos de esos tiernos sentimientos que recuerdan a Dios, que por miedo a mover demasiado su imaginación, se había visto obligado a suprimir una parte de lo que él decía de ordinario a los demás para llevarlos a la penitencia. Y es que, al decir de Abelly, este Misionero era él mismo modelo de penitencia, y que no se predica nunca tan bien como cuando se practica todavía mejor que se predica.

Una de las más hermosas misiones de Champaña fue la que se celebró en 1657 en Nogent en la Diócesis de Troie. El sr Obispo envió allí a sus dos Vicarios Generales, fue él mismo cuando las cosas estaban en marcha, y trabajó durante algunos días. Esta Misión duró seis semanas, y produjo toda clase de bienes que estos ejercicios pueden producir. Los habitantes buscaban a Nogent en Nogent, y no lo encontraban. Los vicarios generales no daban crédito a lo que veían con sus propios ojos; decían bien alto que el método de los Misioneros era el único que podía hacer un bien tan sólido, y que los Eclesiásticos perdían el tiempo si no le seguían. En cuanto al Párroco del lugar, que no había visto nunca tanta gente en su iglesia el día de Pascua como el que veía diariamente en la predicación y en los catecismos de los sacerdotes de la misión.

No sé si el rumor de la misión se difundió hasta Châlons-sur-Marne: lo que sí es seguro que Félix de Vialard, que era su Obispo, pidió el año siguiente a nuestro Santo que le enviara a sus sacerdotes; que él les mandó trabajar en diferentes burgos y pueblos de su Diócesis; y que obligó a varios de sus Párrocos a seguir y estudiar su método, con el fin de servirse de él para la instrucción de sus Parroquianos. Estos Señores respondieron a la intención del celoso Prelado, y algunos de ellos se convirtieron, en bastante breve tiempo, en perfectos Misioneros. Se puede juzgar de esto por la carta siguiente. Es de uno de los sacerdotes de S. Vicente, a quien fue escrita.

“Nuestra misión de Vassi, decía, ha recibido todas las bendiciones que se podía esperar de ella. Nos ayudaban algunos Párrocos y por otro Eclesiástico, todos capaces y virtuosos. Dos de ellos se han adaptado tan perfectamente al método de la Compañía en sus predicaciones que, aunque tuvieran poca disposición para hablar en público, lo hacen ahora con tanta utilidad y facilidad como yo conozca en las personas de su profesión. Los Católicos, que la herejía había infectado con varias máximas malas, las han abandonado; han sido confirmados en los buenos sentimientos, y preparados para llevar una vida verdaderamente cristiana. Y no sólo son los habitantes de Vassi los que se han aprovechado de nuestros ejercicios; los pueblos de cuatro o cinco leguas a la redonda, han sacado de ellos unos frutos maravillosos”.

“Damos en este momento la Misión de Holmoru, en la que esperamos más bienes todavía, vista la asistencia de pueblo y el afecto que nos demuestran los Señores Párrocos: es tan grande que hoy han llegado doce Párrocos expresamente de tres o cuatro leguas, para asistir a nuestros ejercicios y aprender el método de instruir a los pueblos”. De esta manera hasta en el campo nuestros celosos Misioneros cumplían los dos principales deberes de su estado, y que al formar a las ovejas a escuchar la voz de los Pastores, formaban a los Pastores a hacer oír su voz a las ovejas.

VIII. Misiones en otros lugares más de Francia.

La Congregación de la Misión estaba aún en su cuna, cuando se trazó el plan de llevar la luz y la reforma a todos los lugares del Reino. Desde 1627, trabajaba lejos en cuatro grandes Provincias con un celo que le mereció la aprobación de los sabios y de los que no lo eran. Los Obispos, cuyo Clero era bien diferente de lo que es hoy, si bien hoy es algunas veces muy diferente de lo que debería ser; los Obispos apenas conocieron los valores del nuevo Instituto se dirigieron a Vicente para pedirle ayuda; y este santo hombre vivía aún en

el Colegio de los Bons-Enfants, cuando se vio obligado a conceder a dos de sus sacerdotes a instancias de Anne de Murvieil Obispo de Montauban; quien desde que el Cardenal de Richelieu había tomado posesión de esta ciudad –el 20 de agosto de 1619-, estableciendo allí la antigua Religión, comenzaba a estar en disposición de proveer a las necesidades de su rebaño. Fue hacia 1630 cuando estos dignos Misioneros llegaron a Montauban. Su idea principal era la de fortalecer a los Católicos, a quienes relaciones continuas con los pretendidos Reformados iban debilitando poco a poco. Lo realizaron durante dos años con éxito, y tuvieron además el consuelo de traer a la Iglesia a veinticuatro personas que la herejía había separado.

Cuatro años después -1634- Nocente envió a más a la Diócesis de Burdeos, a las órdenes de Henri de Escoubleau, quien de Coadjutor del Cardenal de Sourlis, su hermano, había llegado a ser su Arzobispo. Éstos no tuvieron queja alguna sino por la facilidad con la que todo les salía bien. A su llegada se produjo una fermentación tan grande en los ánimos que el pueblo acudía a ellos de los lugares más distantes. Muchos pasaban semanas enteras en el lugar donde se daba la misión, y no salían de allí hasta confesarse. Protestaban que morirían antes que volverse sin haber descargado la conciencia. Al final el fervor llegó tan lejos que se resultó casi indiscreto; ya que hubo quienes, arrodillándose en público, querían hacer su confesión ante todo el mundo; poco sensibles a una humillación pasajera, no les preocupaba más que los medios de recuperar la gracia con Dios.

No sucedió igual al comienzo de las Misiones que se tuvieron en le Poitou en 1638. Allí no encontraron en un principio más que corazones de piedra, que nada podía quebrar. El contrapeso era ventajoso para los Operarios. Convenía que viesen de vez en cuando que el hombre puede plantar, que puede regar, pero que pertenece a Dios hacer germinar la semilla y dar sazón. Lo dio al final, mas parecía que no se dejó ver hasta tres años de trabajo después. Fue entonces cuando todo se movió. El fuego de la caridad se extendió por la Nobleza, los Oficiales de Justicia, por los estados inferiores. Los corazones divididos de unieron; las injusticias se repararon, los enfermos se visitaron, se consolaron, se aliviaron; los Católicos se robustecieron en la fe; la herejía se sintió humillada, algunos de sus defensores incluso se desengañaron, y siete entre otros en la sola Misión de los Effarts. Lo que más consuelo proporcionó fue que tan grandes bienes parecieron tales que debieran durar largo tiempo y que dejaron entrever otros más importantes en el futuro.

Anotaré una vez más, como lo hace Abelly, con ocasión de convertirse doce herejes del bajo Poitou, que no fue disputando contra ellos ni prometiéndoles socorros y empleos, como se los ganaron los Misioneros para la unidad. Costumbres puras, una vida ejemplar, un exacto conocimiento del dogma, mucha atención en desprenderlo de los falsos colores, que los ministros del error acostumbran a darle; más atención todavía en atraer sobre sí y sobre los demás el espíritu que ilumina y que vivifica; esas fueron las únicas armas de que sirvieron tan eficazmente los Discípulos de Vicente de Paúl.

Pedro de Nivelles Obispo de Luçon escribió a este santo Sacerdote de un modo que acentuaba su alegría y su gratitud.

“Si Dios tiene a bien, le decía, conservar por mucho tiempo en su Iglesia a vuestro Instituto, debe esperar muy grandes frutos. la Diócesis de Luzón en la que trabajan desde hace tres o cuatro años a vuestras órdenes, los ha recibido ya y tan considerables, y en particular el lugar mismo de Luçon, donde su misión ha sido muy fructuosa, que me siento

infinitamente obligado al sr Cardenal de Richelieu por habérmolos procurado; y a vos Señor, por habérmolos mandado. El Superior sobre todo trabaja continuamente con unos cuidados admirables; tiene talentos muy propios para el ejercicio de su trabajo, y si celo le hace estimar de todos. Sería de alabar en todo a no ser por excederse en el trabajo; pero ¿acaso puede haber exceso en las obras que se emprenden para ganar las almas para Dios?” Así hablaba el Obispo de Luçon; veremos en un momento a otros dos Prelados emplear el mismo lenguaje. Y bueno, mira tú por dónde uno sólo de las Diócesis que trabajaron los Misioneros se explicó de diferente manera.

Después de evangelizar el alto y el bajo Poitou, estos Misioneros hicieron un excursión por la parte de Angulema. Habiéndoles rogado una Señora de primera clase detenerse en el Burgo de S. Amand que le pertenecía, comenzaron allí sus ejercicios ordinarios. El pueblo de S. Amand no fue el único que se aprovechó de ello; treinta o cuarenta Parroquias vecinas tuvieron parte en las bendiciones que Dios repartió en el pueblo en abundancia. Los Mínimos y los Capuchinos acudieron asiduamente, y si ejemplo atrajo a los principales de la ciudad de Angulema. Cinco o seis de los más famosos Hugonotes de Montignac se convirtieron. Dos famosos libertinos cesaron de dar escándalo. Uno se casó con una mujer con la que convivía públicamente. El otro expulsó al ídolo que le había hechizado. El duque de la Rochefoucaut, que estaba por allí, quedó tan satisfecho de lo que había visto que con el propósito de procurar a sus Vasallos estos mismos bienes de los que había sido testigo, resolvió dirigirse a Vicente de Paúl y conseguir sacerdotes suyos para emplearlos en Verteuil y en Marillac. Todo esto está tomado de una carta que escribió a la Dama de S. Amand uno de sus primeros Oficiales. Añadía que, *según la opinión común, los Misioneros no habían trabajado en ninguna parte tan útilmente por la gloria de Dios.* Era mucho decir, y al parecer demasiado decir; pero no estaban obligados a saber en S. Amand todo lo que había pasado en otros lugares; y gente educada en la escuela de nuestro Santo estaban bien lejos de publicar en los techados los prodigios que había sido del agrado de Dios operar por su ministerio.

Sea como fuere un bien comparado con el otro, El Obispo de Angulema, que por entonces era Jacques Duperron, sobrino del célebre Cardenal cuyo nombre llevaba, escribió a S. Vicente en términos muy capaces de dar a entender que sus Hijos se mantenían en todas partes. *“Aunque ya os haya agradecido, le decía, por el envío de vuestros Señores Misioneros ha creído que no debía dejar partir la carta de nuestra pequeña Conferencia sin acompañarla con esa señales, aunque muy débiles, del vivo sentimiento que tengo por los grandes frutos que recibe esta Diócesis de la caridad que nos habéis hecho dándonos vuestros Operarios. Mi consuelo son obstante será imperfecto, Señor, hasta que hayáis llenado esta felicidad que sólo es pasajera de una Misión estable y permanente en esta Diócesis, que los necesita más que las otras. Cuando yo sepa que podéis concedernos este favor, trabajaré aquí para encontrar los medios de realizar esta fundación, de la que espero que Dios recibirá mucha gloria y la Iglesia grandes ventajas para la salvación de las almas. Ya sé que es lo único que os proponéis como fin en vuestras acciones, etc.”*

Esta carta que es de 1643 fue seguida algún tiempo después de la de un virtuoso Eclesiástico que hablaba de la Región de Angulema como muy necesitada en extremo, y que continuaría estándolo, si Vicente no tuviera compasión, y no enviara de una manera estable a Operarios capaces de hacer en todos los Cantones de la Diócesis lo que habían comenzado en algunas partes. *“Comprende, Señor, decía a nuestro Santo, que la*

Providencia puede, cuando sea de su agrado, servirse de otros mil medios para curar las llagas de este País desolado; pero se ve claramente que ha puesto los ojos en vos y os ha elegido entre varios miles para socorrer no sólo a todas las Diócesis pobres de este Reino, sino principalmente a las que parecen estar abandonadas de todo el mundo”.

A estas dos cartas añadiremos una tercera de Charles de Montchal Arzobispo de Toulouse. Uno de los más sabios prelados de su siglo. “*Yo no puedo, escribía al santo sacerdote en 1640, dejar marcharse a los dos Misioneros que habéis enviado a esta Región, sin daros las gracias como yo sé de todo corazón por los grandes servicios que han hecho a Dios en mi Diócesis. No podría expresar los esfuerzos que han hecho ni los frutos obtenidos; me siento particularmente en deuda con vos, porque han trabajado tanto en mi descargo. Uno de los dos se ha aprendido la lengua de esta región hasta hacerse admirar de los que la hablan, y se ha mostrado infatigable en el trabajo. Cuando se hayan recuperado un poco, yo os rogaría que nos los volvierais a mandar, pues me dispongo a hacer los ejercicios de los ordenandos y necesito de su ayuda también en este caso. Todo será para gloria de Dios, si nos ayudáis, etc.*”

Concluiremos lo que se refiere a las misiones de Francia con una breve idea de algunas de ellas, que se dieron en la Diócesis de Tours. La de Saché fue tan fecunda que, si bien no hubo en esta Parroquia más que seiscientos comulgantes, se contaron mil doscientos en la comunión general. El Párroco del lugar, su Vicario y otros cinco Eclesiásticos repitieron en ella como el pueblo sencillo todas sus confesiones pasadas. Un hombre rico y avaro, que hasta entonces no había dado limosna *más que rara vez y en pequeñas cantidades*, sintió el peligro de su estado, condenó su dureza pasada, y mandó publicar en la homilía que tres veces a la semana daría pan a todos los pobres que se presentaran a su puerta para pedirlo.

La misión de Villaine, que siguió a la de Saché, no fue menos venturosa. El concurso y asiduidad de los pueblos, la conversión de los pecadores, trece o catorce reconciliaciones muy importantes, sin contar otras que lo eran un poco menos, fueron los primeros frutos de la misión de Villaine. La comunión general se hizo con una gran efusión de lágrimas. En la Procesión se contaron cerca de dos mil personas. El Párroco, a quien su avanzada edad de ochenta y ocho años no permitía hacer un largo discurso, dijo por lo menos llorando de alegría que las gracias, de las que Dios acababa de llenar a un pueblo de cuya salvación estaba él encargado, pedían de su parte un vivo y tierno agradecimiento, y que nunca había visto en su iglesia ni una presencia tan grande ni un fervor tan edificante.

Las bendiciones de la misión no fueron ni menos grandes en la Parroquia de Cheilly, ni menos provechosas a sus habitantes. La paz que constituye el bien de la sociedad y la felicidad de los ciudadanos, estaba extrañamente alterada. Los Misioneros insuflaron poco a poco el espíritu de unión y de caridad. Reconciliaron al Párroco con un habitante que le había insultado; el Mayordomo en deuda con sus antecesores; (lo que proporcionó ornamentos a la iglesia, que estaba muy desprovista) oficiales de justicia con otras personas del mismo estado que desde hacía seis o siete años vivían en una grande enemistad; uno de los principales burgueses con uno de sus granjeros, a quien probablemente habría arruinado; y finalmente dos gentileshombres que vivían muy mal avenidos. Aquí, como en otras partes, hay que suponer que estos bienes particulares estuvieron acompañados de bienes generales, que las misiones casi nunca dejan de hacer, si no son burladas.

Esto es un ligero esbozo de las bendiciones que dios ha derramado sobre el Reino por el ministerio de Vicente de Paúl y de sus Hijos. Qué idea se tendrá de tantas gracias si se juzga su valor por el precio que costaron a Jesucristo, y qué pensar de la conversión de tantos pecadores, cuando sabemos por el Evangelio que el regreso de uno solo colma de alegría a los espíritus celestiales, y es ocasión de Solemnidades y de Cánticos.

MISIONES EN ITALIA.

I. Misiones en los alrededores de Roma.

Trataremos el asunto de las misiones en Italia como nos hemos visto obligados a hacerlo con las misiones en Francia; es decir, que de veinte, apenas hablaremos de una; y que ésta no será preferida a las demás, más que por razón de las Actas más extensas que han llegado hasta nosotros. Para comprender la primera de estas misiones, que se dio a los Pastores, es preciso saber que la ciudad de Roma está como en mitad de un pequeño desierto, y que a cuatro o cinco leguas alrededor no hay ni burgos ni pueblos, porque el aire está tan corrompido que costaría mucho vivir allí. Estos vastos campos, aunque incultos, no son inútiles. Producen pastos abundantes para el ganado que llega allí de todas partes durante el invierno, y que se devuelve en la primavera, bien a Nápoles bien a los demás cantones de donde habían salido. Los pastores que cuidan estos numerosos rebaños, no tienen habitación fija. Van cada día, cada uno por su lado, como lo creen oportuno. Hacia la noche encierran al ganado en apriscos. Se toman ellos también el descanso en cabañas portátiles, en las que se alojan diez o doce juntos. Y a veces más. Lo que tiene de enojoso es que durante cerca de seis meses no oyen casi nunca la santa misa y reciben todavía menos los Sacramentos; y lo que es todavía peor es que esto no les preocupa demasiado. Vulgares, mal instruidos, poco sensible en el aspecto de la salvación, todo les va bien, cuando sus rebaños no van mal.

Fue esta clase de hombres, a quienes Vicente suplicó a algunos de sus sacerdotes que enviaba a Italia, que consagraran las primicias de sus trabajos. Su propio celo que, como el de su Padre, acudía siempre a las necesidades más urgentes, los llevaba a esto: pero ¿qué hacer con gente a la que no se podía reunir durante el día y que por la noche no se reunían más que para comer y dormir? La caridad cuando es sincera y viva no se asusta por los obstáculos; si alguna vez retrocede no es más que porque lo ha intentado todo para ir adelante. Nuestros Misioneros pensaron en primer lugar que no había nada que hacer en el curso del día. Fue pues por la noche al retirarse los pastores cuando resolvieron ver si había algo que ganar con ellos. Comenzaron por insinuarse en sus cabezas: les dijeron, que muy lejos de pedirles nada, habían venido solamente para servirlos; que tan solo les pedían pasar la noche cerca de ellos; que por lo demás tenían hablar con ellos de un asunto que merecía la pena, puesto que iba con su salvación eterna; y que lo harían sin estorbar su descanso.

Una propuesta tan razonable debía ser aceptada, y lo fue. Desde entonces, e incluso mientras aquella pobre gente preparaban la cena, se pusieron a instruirlos en las principales verdades de la fe, de la necesidad de la penitencia, de la desgracia de los que no la hacen, de las condiciones que debe tener, de las gracias que van unidas a una buena comunión, de los medios para hacerla bien. Estos ejercicios que duraron toda una Cuaresma, eran seguidos de la oración de la tarde, que se hacía en común. Se arreglaban lo mejor que

podían, y siempre difícilmente, para pasar la noche. Los Misioneros se acostaban en unas pieles de oveja, y a menudo en el puro suelo.

Cuando, a fuerza de instrucciones habían preparado a esta buena gente para examinar su conciencia, a llorar sus pecados, a sentir su peso, se los preparaba a unas buenas confesiones generales de noche o de día según sus comodidades. Se pasaba a continuación a otra cabaña, y se volvía a comenzar los mismos ejercicios. Después de recorrerlas todas, se reunía a los habitantes en la capilla más próxima; porque hay alguna en esa desdichada Región. Allí, después de la santa misa y una nueva exhortación, se admitía a la Mesa del Señor a aquellos que se habían hecho dignos de ella. Si esta clase de Misiones fueron muy trabajosas, fueron más consoladoras también; apenas se podían retener las lágrimas al ver a un pueblo de pastores, que volvían alabando y glorificando a Dios, a ejemplo de los que tuvieron en su tiempo la suerte de adorarlo en su cuna. Desde entonces los Discípulos de Vicente se han impuesto un deber de ir, cuando pueden, a despertar la piedad de ese pequeño rebaño, que nadie se lo disputa. Fortalecen a los antiguos pastores, y esbozan la conversión de aquellos a los que no han visto aún.

En 1642, el Superior de los sacerdotes de la Misión de Roma escribió a Vicente esta carta: *“Acabamos de dar una Misión en un lugar, que no nombraremos Es un burgo cerrado de apenas tres mil almas. Durante un mes que ha durado la Misión, hemos encontrado miseria y desórdenes espantosos. La mayor parte de los hombres y de las mujeres no sabían ni el Pater, ni el Credo, y menos aún las demás cosas necesarias para su salvación. Existía gran número de enemistades inveteradas, las blasfemias eran muy comunes; pero eran blasfemias que producían horror. Muchas personas de toda clase de situaciones vivían en concubinato; y había varias mujeres públicas, que corrompían a la juventud. A pesar de tantas necesidades, nos hemos encontrado con una gran oposición; y el espíritu maligno nos ha presentado violentos ataques, por parte inclusive de los mismos que debían apoyarnos más. Finalmente esta Misión ha sido para nosotros fuente casi continua de sufrimientos. No había sumisión, que pudiera ganarse el corazón de aquella gente; ya que pensaban que era para ellos un deshonor dejarse instruir y dejarse convertir; y no se podía hacer la paz con ellos, sino dejando de predicar y de confesar. Sin embargo después de quince día de paciencia y de perseverancia en nuestros ejercicios ordinarios de las Misiones, estos pueblos comenzaron a abrir los ojos, y a conocer sus desórdenes; y hacia el final la gracia de Dios produjo grades bienes. Se realizaron un gran número de reconciliaciones, las enemistades se apagaron, las blasfemias cesaron: cuatro jóvenes públicas se convirtieron, y entre los concubinos, uno de los más obstinados, que desde hacía doce años vivía en un adulterio público, y causaba mucho trastorno en su familia y escándalo en el burgo, abandonó el pecado y quitó la ocasión”*.

Y eso no es más que una parte de los frutos de esta Misión; tuvo otros que debo suprimir, porque suponen excesos de pasión y de furor.

Otra carta que recibió Vicente en 1654 le informó que sus Hijos acababan de trabajar hasta en la cima de las más altas montañas del Apenino; que allí habían tenido muchas contradicciones, por parte de los Párrocos y de los pueblos, que los primeros los habían tomado por espías encargados de observar su conducta; que los habían llegado a tener por sospechosos a sus Parroquianos, pero que poco a poco la sencillez de que los Misioneros hicieron gala, el honor que dedicaban a los Pastores y el desinterés con el que desempeñaban sus funciones habían destruido por completo este prejuicio; hasta el punto

que muchos de estos Párrocos no podían expresar más que con lágrimas los sentimientos que sentían por ellos.

Superado este obstáculo, quedaba otro por parte de los pueblos. En la Romaña, y más todavía en los lugares apartados de la Diócesis de Sardina, era normal en los jóvenes de uno y otro sexo entablar relaciones locas y apasionadas, que la mayor parte de las veces no se dirigían al matrimonio. Por eso, como de una fuente envenenada, procedían en abundancia las miserias secretas, los deseos criminales, las relaciones continuas durante una parte de las noches, sobre todo la víspera de las Fiestas, y a veces caídas escandalosas. A pesar de estos efectos funestos, de los que unos eran públicos, los otros legítimamente presumidos, los padres, bien por indolencia, bien por fuerza de la costumbre, bien porque no se condena de buenas a primeras en los demás lo que uno se permitió en otro tiempo a sí mismo; los padres, digo, permanecían tranquilos. Todos veían el peligro. Nadie se atrevía a abrir la boca. El torrente se había formado el cauce, y querer detenerlo era hacer el ridículo.

Los Misioneros fueron informados del abuso y se propusieron suprimirlo. Hablaron en contra en sus predicaciones, se burlaron de ellos; volvieron a la carga, les opusieron algunas de estas razones que la pasión sugiere y que la prudencia de la carne hace valer; replicaron pero ellos contestaron también, llegaron hasta contestar en el Tribunal de la Penitencia. Una prudente firmeza no estropea nada: estos Señores tomaron el único partido que les quedara por tomar; negaron la absolución a todos aquellos que no quisieron acomodarse a sus consejos. Fue entonces cuando este pueblo rebelde durante demasiado tiempo comenzó a abrir los ojos. La bendición unida a las Obras de S. Francisco de Sales acabó de descubrirles la equivocación de su conducta. La lectura de un capítulo de su Filotea que parecía estar escrito para ellos expresamente, los impresionó hasta las lágrimas. Casi todos se rindieron, pero con sinceridad y como es costumbre rendirse a una íntima persuasión. Si los que se resistieron a la gracia hubieran sido capaces de reflexión que ocurrió casi nada más terminar la misión debería haberlos impresionado.

Había en ese cantón algunos sacerdotes muy desbordados. Uno de ellos se vanaglorió en público de no haber asistido una sola vez a los ejercicios de los misioneros. Algunos días después fue desgraciadamente degollado en el lugar mismo en que se había gloriado de su poca Religión. el asesino fue otro sacerdote que había prometido convertirse; quería tal vez comenzar por un asesinato. Es como acaban raramente los mayores desalmados. *Quis vidit Clericum citò poenitentem?* (-¿quién ha visto a un Clérigo hacer penitencia tan pronto?)

II. Misiones en los Obispos de Viterbo, de Palestrina, etc.

Fue debido a las órdenes del Cardenal Brancaccio Obispo de Viterbo cuando los sacerdotes de la Misión trabajaron su Diócesis. Comenzaron por un burgo grande que está a dos jornadas de Roma donde, a pesar de las dificultades que se les habían presentado, escucharon mil setecientas confesiones generales, que se hicieron con grandes señales de dolor y de penitencia.

El Espíritu de Dios hizo ver en esta misión no sólo que sola donde quiere, sino también que sopla como quiere, pues lo que contribuyó más a poner al pueblo en movimiento fue la explicación del ejercicio del Cristiano, que se hacía todas las mañanas al acabar la primera Misa; una instrucción familiar sobre los principales misterios de la fe y sobre el modo de

confesarse bien, y el examen general de conciencia que seguía inmediatamente a la predicación de la noche.

Sin embargo no estaban todos aún en el estado en que se tenía derecho a desear que estuvieran. El día señalado para la comunión de un número bastante bueno de personas, de quienes estaban más contentos; el predicador al final del discurso por el que quería preparar al pueblo a esta gran acción, prohibió de parte de Dios a quien quiera que fuese que se acercara a la santa Mesa sin haberse reconciliado con sus enemigos. Esta orden intimada de una manera férrea, viva y urgente, hizo un efecto del todo extraordinario. A los odios violentos, que toda la energía de los Misioneros no había podido calmar sucedieron reconciliaciones con las cuales no se contaba ya. Cada día se establecían acuerdos entre familias divididas hasta el furor. Se pedían perdón unos a otros, en las casas, en las calles, y con más frecuencia todavía en la iglesia, para tener más testigos de su dolor y de su arrepentimiento. Sucedió lo mismo poco más o menos con el pago de las viejas deudas, y con la restitución de los bienes mal adquiridos: que la injusticia fuera secreta o no, se reparaba en público, y la reputación se sacrificaba a la justicia.

Aunque el detalle de los diferentes bienes que se hicieron en esta famosa misión no pudiera por menos que edificar grandemente, lo que nos queda por decir de las otras exige que nos contentemos con tres o cuatro ejemplos, por los que se podrá juzgar de las demás.

Un habitante del lugar debía desde hacía mucho tiempo cuatrocientos escudos a otro. Ni la justicia ni las censuras, que Italia pone en funcionamiento en estas ocasiones, habían podido hacerle pagar esta deuda; de manera que su acreedor no esperaba ya nada. El injusto deudor cambió de repente. Pagó la suma entera y vivió después bien avenido con aquel a quien tanto había hecho sufrir.

Otro, que era rico y avaro, hizo aún más. Debía cien escudos a un hombre pobre, que nada había podido lograr, y que contaba con quedarse sin nada. La misión realizó algo más que el milagro ordinario: el deudor tocado por Dios, y sin que se lo pidiera nadie, hizo más o menos lo de Zaqueo. Devolvió a su acreedor tres o cuatro veces más de lo que le debía.

Un tercero había concebido y guardado un odio mortal contra otro. Si la Religión autorizara el odio éste habría parecido legítimo. Se trataba de un padre cuyo hijo habían tratado de matar. El asesino no lo había conseguido, pero le había herido en el brazo, quedando lisiado para el resto de sus días. Este padre afligido hizo durante la Misión dos actos dignos de un verdadero Cristiano, y a los que desde hacía tres años no había sido posible comprometerle. Perdonó de buen grado a este cruel asesino, y le devolvió los gastos del vendaje de su hijo, aunque fueran considerables y los gastos que tenía derecho a recibir, aunque para conseguirlos al menos en parte, le habría sido suficiente con pedirlos.

El último día, o mejor la última hora de la misión quedó señalada por rasgos de misericordia, con la que terminan los ejercicios de los Misioneros, dos hombres que sentían uno por el otro una enemistad de largo tiempo, y que hasta entonces no habían cedido ni a las exhortaciones ni a los buenos ejemplos de sus compatriotas, se colocaron uno al lado del otro y caminaron mucho rato en la misma fila sin darse cuenta. Al fin se reconocieron. Fue en este momento fortuito, o mejor en este instante preparado por la Providencia donde Dios los esperaba. La voz poderosa, que rompe los cedros del Líbano, produjo en sus corazones un cambio tan rápido y tan pleno que derramando lágrimas se arrojaron al cuello uno del otro, se abrazaron tiernamente, se pidieron perdón, pero de un modo tan impresionante, que

un pueblo numeroso, a cuya vista se reconciliaron, *se sintió arrebatado de admiración y de consuelo*; son las palabras de quien escribió a Francia el éxito de los trabajos de Italia. “*Éstos son, continúa él, una parte de los frutos de esta misión. Es fácil reconocer que el dedo de Dios hizo cosas tan admirables y no la elocuencia, la ciencia, la sabiduría o el poder de los hombres. Si nuestro Eminentísimo Cardenal hubiera asistido a la Misión, como lo había prometido, se habrían atribuido tal vez estos grandes bienes a su presencia; pero una rueda de su Carroza se rompió, le obligó a volver sobre sus pasos, para que la gloria de estas maravillas no se atribuyera más que a Dios, de lo que sólo él es el autor*”.

La misión que se tuvo el año siguiente en Breda tuvo un éxito muy parecido a aquella de la que acabamos de hablar. La semilla de la palabra prendió fácilmente y echó profundas raíces: los oyentes, al salir de cada ejercicio, se repetían lo que habían oído y se exhortaban mutuamente a vivir bien. La fuerza de la gracia estalló en las reconciliaciones. Los principales habitantes del lugar se humillaban delante de los más pobres, y les suplicaban que se olvidaran del pasado. Al discurso que precedió a la comunión, los corazones se sintieron tan enternecidos, tan movidos que poco faltó para que muchos no cayeran desfallecidos. Dos veces fue interrumpido el predicador por los suspiros y los sollozos de estos nuevos Ninivitas: dos veces se vio obligado a pararse para dar curso a tantas lágrimas, y luego moderarlas. Pero incontestablemente el mayor milagro fue el de la conversión de un sacerdote escandaloso de esa Región. Al final de la predicación se adelantó hacia el altar mayor. Allí prosternado en tierra pidió perdón en primer lugar a Dios, y luego al pueblo por la vida licenciosa que había llevado. Una humillación tan profunda y tan pública causó en la multitud una impresión sorprendente. De un extremo de la iglesia al otro se levantó una nube de gritos, *Misericordia, Dios mío, misericordia*. Pidiéndola para un sacerdote que había parecido empedernido, cada uno la pedía para sí.

Tantas bendiciones concedieron mucha autoridad a los Misioneros. Les bastaba con hablar para ser obedecidos. Uno de ellos paró con una sola palabra la discusión que se levantaba entre algunas Cofradías de Penitentes con motivo de la precedencia. Otro habiendo exhortado al pueblo a contribuir a la iglesia con una Cruz de plata, todos quisieron tener parte en esta buena obra, y se recogió más de lo necesario para realizarla.

Por lo que se refiere al Obispado de Palestrina, la relación de las misiones que se dieron en 1654 nos dice que la primera se dio en población grande de mil doscientos comulgantes. Allí tuvo lugar lo que se repetirá con frecuencia en lo sucesivo, el implacable furor y la sed de lavar en sangre de su hermano las injurias que se han recibido de él. Estas enfermedades habían tenido accesos tan violentos en el lugar de que se trata, que desde hacía tres años se contaban hasta setenta asesinatos; y la amargura de los espíritus prometía muchos más. Este pueblo inhumano, y al que los grandes crímenes costaban tan poco, tuvo la suerte de gustar la palabra de Dios; se entregó puntual a los actos de la Misión que duró un mes; e hizo tan buen uso de ella que casi todos hicieron sus confesiones generales y se reconciliaron con Dios y con sus enemigos.

Las mujeres, que no siempre son las más tratables, fueron las primeras en sacrificar su resentimiento. Dos viudas, a quienes no se había podido doblegar, perdonaron el asesinato de sus maridos. La primera estaba tan animada que las insistencias más fuertes, ni siquiera las del Cardenal Colonna, Señor del Cantón, nada habían podido lograr de ella. Un solo discurso de la Misión realizó en su espíritu lo que un gran número de intercesores no habían podido hacer; salió de él tan impresionada que habiendo hecho llamar al momento a su

Párroco y al Notario, hizo su acuerdo, y dio su perdón a quienes la habían ultrajado tan sensiblemente. La segunda tuvo que pelear contra los ruegos de algunos familiares, que le dijeron después que este perdón prematuro de la masacre de su esposo sería indudablemente considerado como una prueba del poco afecto que ella sentía por él. La gracia la sostuvo. Respondió que quería salvar su alma, que este acto de caridad le producía más consuelo que ninguno otro de su vida pasada; y que si no estuviera ya hecho, ella lo volvería a hacer de muy buena gana.

Un joven a quien uno de sus enemigos le había cortado el brazo no podía resolverse a hablarle ni permitir que se le hablara de él. A la salida de la predicación, se lo encontró en la plaza pública, se puso de rodillas, como si él mismo fuera el ofensor, y levantándose le abrazó con tanto afecto y cordialidad que fue fácil reconocer que era cosa de Dios. Su ejemplo y sus palabras causaron un muy buen efecto. Sintió vergüenza la gente de ser menos dueños de sí a una edad ya avanzada de lo que lo era aquél de quien hablamos a una edad en la que la sangre hierve y en que por lo común la única voz que se haga escuchar es la de la cólera y de la venganza.

Pero la reconciliación más importante de las realizadas por los Misioneros fue la de dos de las principales familias de esa población sanguinaria. El odio que se tenían no podía estar más inflamado. Ya los de un partido habían matado a uno del otro y herido a su hermano. Este atentado no había quedado impune: los hermanos del difunto le habían inmolado en tres años a diez personas inocentes: todavía aquello no era más que el prelude de la escena; y uno de ellos decía en voz alta que no estaría satisfecho hasta que hubiera exterminado a toda la familia. Así estaban las cosas, cuando llegaron los Misioneros. Resolvieron hacer de mediadores. Nada menos cómodo. Los hermanos del muerto eran gente feroz. Armados para la guerra batían de día el campo para escapar a la Justicia que los perseguía, y que los temía; sólo regresaban a casa por la noche, y era difícil ponerse en contacto con ellos. Además, los últimos asesinatos eran recientes; cuanto más se mata, más encarnizamiento hay.

En estas circunstancias, un Misionero se fue a ver y vio aparte a estos hombres de sangre y muerte. Les habló durante medio cuarto de hora con todo el celo, toda la ternura de que era capaz, y abrazándolos a uno tras otro les suplicó en nombre de Jesucristo que perdonaran haciendo la paz. A este nombre, que hace que todo se doble hasta en el infierno, el jefe del grupo, vivamente impresionado, se descubrió por primera vez, y levantando al Cielo los ojos bañados en lágrimas, *Yo prometo*, dijo, *yo prometo a Dios y a vuestra Reverencia la paz, y yo quiero hacerla*. Se retiró al instante para dar rienda suelta a sus lloros. Se concluyó que se reunirían al día siguiente para redactar los artículos de la reconciliación.

El Misionero se volvió lleno del gozo santo de los que han evangelizado la paz: el gozo no duró mucho. En un asunto tan complicado, en el que se trataba de tantos intereses diferentes, nada más superar un obstáculo, ya se presentaba otro; y poco a poco las dificultades se multiplicaron de tal manera, que la negociación pareció disuelta. Se tomó entonces el único partido que se podía tomar: se recurrió a aquél que con una mirada calma las olas desatadas; se le conjuró por los méritos de su santísima Madre que ablandara los corazones y les inspirara el espíritu de dulzura y de caridad, que hace la plenitud de la Ley. Este Dios de bondad prestó oídos a los gemidos de sus Siervos: todo se allanó; la paz se concluyó frente a los Altares. Fue allí donde a la vista de una multitud infinita que se deshacía en lágrimas estos hombres que tres días antes se habrían degollado si hubieran

podido juntarse se abrazaron tiernamente y se prometieron una amistad eterna. *“Yo quiero, dijo un anciano a un joven del partido enemigo, yo quiero en adelante veros y quereros como a mi hijo. Y yo, respondió el joven, yo quiero honraros como a mi padre.”*

De esta forma terminó este gran asunto. Si fue el más importante no fue el único que los Hijos de Vicente de Paúl concluyeron. En un lugar donde los odios son hereditarios, y donde, desde que una persona es ofendida, todos los de la familia se dan por serlo, se encuentra siempre mucha gente que reconciliar. Sin embargo la misión lo apaciguó todo; y no se ha sabido al terminarla que haya quedado una sola persona que sienta enemistad por otra. Son las palabras de un testigo ocular.

A medida que los Misioneros se multiplicaban en Italia, ellos multiplicaban sus trabajos. Uno de sus equipos recorrió las parroquias que dependen de la Abadía de Subiaco. Se dieron allí cuatro misiones. Hubo que combatir, y se combatió con éxito, el amor y el odio, pasiones contagiosas por igual. Para evitar las repeticiones, diremos tan sólo que en uno de estos pueblos tres mujeres libertinas pidieron públicamente en la iglesia perdón por el escándalo que habían dado; que la blasfemia que dominaba allí, sobre todo en el juego, desapareció; comprometiéndose unos a no jugar nunca, lo que es más seguro, poniéndose de acuerdo los otros que todo blasfemo perdería la partida, o pagaría al punto una suma que se entregaría a los pobres; y que finalmente, como los días de Fiesta eran aquellos en que de la ociosidad se pasaba fácilmente a la licencia, se determinó que se comprarían libros de canto y de piedad, de los que unos servirían para la celebración de los oficios divinos, los otros para piadosas lecturas, que reteniendo al pueblo en la casa del Señor le pondrían al abrigo de muchas caídas.

En otra relación el Superior de los Misioneros de Roma escribía a Vicente que los últimos trabajos de sus sacerdotes habían sido bendecidos de Dios como los primeros; que se habían roto contratos usureros, revocado injustas enajenaciones de bienes eclesiásticos, convertido a mujeres públicas, detenido concubinatos, puesto fin a pecados vergonzosos, y sustituido las obras de tinieblas por las obras de la luz y de la caridad. Veamos dos o tres ejemplos.

Al final de una misión, el médico del lugar en el que se había dado a no tocar nada de sus vacaciones durante tres años a condición que el celemín de trigo que cada casa le pagaba cada año se colocara en depósito en un almacén, y se formara con ellos uno de esos Montes de piedad tan conocidos en Italia, y en el que los pobres encuentran en todo tiempo un recurso asegurado. El fondo del Monte del que hablamos debía de ser de unos cien sextarios (medio litro x 100). Los habitantes aplaudieron la propuesta.

No fue el único servicio que la misión rindió a la indigencia. Los pobres nacidos, según parece, para ser vejados en todos los países del mundo, lo eran por doble razón en este lugar. Los Granjeros de Señor, con pretexto de ciertos daños, les imponían tasas injustas se apoderaban de sus muebles y casi todo lo que se les quitaba desaparecía para siempre. Se hicieron dos cosas que parecieron oportuna para detener este bandidaje. Se establecieron dos Protectores de los pobres y un depositario de sus pequeños efectos. Éste guardaba los muebles y los devolvía después del pago; aquellos impedían que se pusiera a contribución a gentes que algunas veces no eran culpables más que por estar sin defensa ni protección.

Pero el mayor bien que produjo la misma misión fue la fundación de una escuela para la juventud. Estaban mal educados por falta de un Maestro capaz de darles una buena

educación. Un oficial tuvo caridad de procurarles uno, al que sacrificó a título de salario una parte de sus asignaciones. En el fondo, de este principio se ha de partir, cuando se quiere reformar una parroquia. En nuestros días como en los de un ilustre romano. Una vasija que todavía no ha servido conserva mucho tiempo el primer olor en el que se la ha embebido.

Por los bienes, que produjeron las ocho o nueve misiones de las que acabamos de hablar, se puede juzgar de los que se produjeron en otras doscientas más que dieron en las proximidades de Roma los Discípulos de S. Vicente de Paúl, antes de que Dios le llamara a la gloria. Muchos grandes prelados le felicitaron: él mismo felicitó a sus Hijos, pero siempre dentro de los límites de la precaución y de la timidez Cristiana.

“El Instituto de la Congregación de la Misión, son las palabras del Cardenal Spada; este Instituto, del que vos sois el Fundador y la Cabeza, adquiere crédito día a día cada vez más y reputación por estas tierras. Yo he recibido sus grandes servicios en mi ciudad y en toda la diócesis de Albane. He visto frutos extraordinarios en estos pueblos, por los que estos buenos sacerdotes han trabajado con tanta dedicación, caridad, desinterés y prudencia que todos se han sentido muy edificados. A mí me corresponde, Señor, daros las gracias, como lo hago, asegurándoos que tengo un sentimiento muy particular y que no dejaré de publicarlo para bien y la propaganda de vuestro santo Instituto todas las veces que se presente la ocasión”.

“Doy gracias a Dios, escribía Vicente mismo a Edme Jolly, Superior de la casa de roma, por la bendición que da a los trabajos del sr le Gendre y de su compañero. El tierno sentimiento, que el sr Cardenal Bagni ha expresado de los frutos que hacen me da pie a temer por mí, que soy tan insensible, que nada me impresione. Ruego a Dios que me haga partícipe de la piedad de este buen Señor y quiera continuar en vuestros Operarios las fuerzas de cuerpo y las gracias del espíritu que necesitan para su trabajo; y sobre todo la vista de su propia debilidad para humillarse mucho en los bienes, que Dios se complace en hacer por ellos. No dudo, Señor, que seáis el primero en atribuirle la gloria y en cargar con las faltas que haya en ello”.

III. Misiones en el Estado de Génova.

Hemos hablado tan a menudo del Eminentísimo Cardenal Durazzo Arzobispo de Génova que sería inútil repetirlo aquí, que fue uno de los Prelados más celosos y trabajadores de su tiempo. A sus órdenes y con frecuencia a los ojos de este gran hombre comenzaron los Misioneros Franceses la reforma de la plebe de la República. Lograron mucho en poco tiempo, porque tenían al freno a un Obispo, que no los cuidaba más de lo que se cuidaba a sí mismo. Vicente, con todo lo incansable que se mostraba, temió más de una vez que sucumbieran un poco bajo el peso de un trabajo tan apremiante: Dios los sostuvo: y sólo, como ya lo hemos dicho, cuando en la cruel peste que desoló varias Provincias de Italia, estos hombres evangélicos, mártires de la caridad mas generosa, tuvieron la dicha de acabar su carrera. No haremos aquí más que un resumen d sus trabajos, porque son demasiado parecidos a los de Viterbo y de Palestrina.

Fue con toda probabilidad el ruido que hicieron los grandes bienes que habían realizado en estas dos diócesis lo que determinó al Cardenal Durazzo a fundarlos en la suya. Esperaba de Francia cuando uno de los que habían trabajado en los alrededores de Roma pasó por

Génova para volver a París. El piadoso Arzobispo le pilló por así decirlo al vuelo. “*Me he servido*, dice él mismo en una carta dirigida a nuestro Santo, *me he servido de su ministerio en varios lugares de mi diócesis; y ha trabajado con gran fruto y bendición para el servicio de Dios, por la salvación de las almas, y para mi satisfacción particular. He consentido en su partida, porque me enviáis otros sacerdotes para continuar lo que él ha comenzado tan felizmente. Hay posibilidad de fundar un Instituto tan piadoso para la mayor gloria de la divina Majestad. He querido, Señor, informaros de nuestro consuelo espiritual en esta materia*”.

Estos primeros éxitos que proporcionaron tanto gozo al piadoso Cardenal no eran, en relación con lo que se hizo después, más que débiles ensayos. Dios no había derramado aún su gracia sino gota a gota: bien pronto lo hizo con plenitud. En Chavari, aparte de los frutos ordinarios, se reconciliaron tres parroquias casi tan divididas como dos Estados en guerra. En otro lugar, cuyo nombre se ha suprimido, los Misioneros tuvieron la suerte de terminar disensiones, que habían causado veintitrés o veinticuatro asesinatos. Es espíritu de fervor fue tan grande que hubo que multiplicar los ministros de la penitencia hasta el número de dieciocho; y que ellos oyeron hasta tres mil confesiones generales. Sin embargo se habían tomado medidas para adelantar el trabajo. Dos jóvenes eclesiásticos pasaban revista de todos los que debían presentarse al sagrado tribunal. Daban un billete a los que estaban bastante instruidos; y como no se recibía a nadie sin su testimonio, se tenía la seguridad de antemano de la capacidad de los penitentes, precaución necesaria en un País, o más bien en un siglo, en el que la ignorancia de las verdades prácticas era el mal dominante de los pueblos y, a veces, de los pastores.

Bienes tan considerables no se realizaban en todas partes con la misma facilidad. Los comienzos de una Misión que se dio en 1647 fueron tan trabajosos y tan duros que se estuvo a punto de *transferir* el Evangelio a una nación más dispuesta a *dar* fruto. El pueblo estaba dividido en dos clases, una de las cuales rechazaba absolutamente la semilla de la palabra; la otra la recibía con un fondo pedregoso donde no germinaba. El que consuela a los humildes vino en ayuda de sus Ministros. Poco a poco el hielo se suavizó. Luego se le vio fundirse. La nobleza de Génova acudió ella misma en masa a la misión y quedó muy edificada del método, celo y éxito de los Obreros. El Cardenal Durazzo vino a dar la Confirmación. Estaba con los Hijos de Vicente de Paúl como uno más. Seguía su Reglamento a la letra. Un día que estaba en la mesa con ellos, y algunos gentileshombres que le habían acompañado, un Señor de la vecindad le envió un presente. Se negó a aceptarlo: Es, dijo, que los Misioneros tienen por regla no recibir nada durante el curso de sus Misiones. Por fin se dejó esta parroquia en un estado tan diferente del que la habían encontrado que estas gentes a quienes el solo nombre de misioneros daba miedo al principio, no querían dejarlos marchar. La iglesia en que estos Señores se presentaron como siempre a recibir la bendición de párroco se regó con las lágrimas de este pueblo afligido. Todos gritaban *misericordia* si estuvieran a punto de perder a un padre tiernamente querido: nunca se vio dolor más vivo y universal.

Los habitantes de Sestri llegaron más lejos. La misión que se acababa de dar en él había producido bienes que tienen algo de prodigioso. Se habían convertido varios de aquellos famosos criminales que Sixto V no ha exterminado del todo de Italia y que son conocidos con el nombre de bandidos. Se había logrado comprometer a aquellos a quienes habían matado los a los padres, a los hermanos, o a los hijos, a perdonarlos, y este perdón, tan

costoso a la naturaleza, se había conseguido con muchas lágrimas por ambas partes. Sestri supo ver el mérito de un puñado de sacerdotes, que repartía por todas partes la justicia y la abundancia de la paz. Habría querido retenerlos siempre en su recinto. Se les hizo una especie de violencia. La casa que ocupaban fue sitiada por dos o tres días, de manera que para esquivar a este pueblo agradecido, se tuvieron que aprovechar de las tinieblas, y partir de noche.

Esta Misión, que había sido precedida de otra, en la que un Turco había abjurado su Mahometismo, y siete bandidos habían recobrado sentimientos de humanidad y de cristianismo fue seguida de otras mas de las que Dios sacó su gloria. En una que se celebró en la Avagna hubo varios de aquellos asesinos que se convirtieron. En la otra los habitantes, aunque se vieran casi todos reducidos a un estado que se acercaba mucho al de la mendicidad hicieron un esfuerzo para fundar una Asociación a favor de los pobres enfermos. Como la viuda del Evangelio no dieron más que lo de su extrema mediocridad, pero dieron con tan gran corazón que ya en la primera colecta se recogieron mil doscientas libras, parte en dinero, parte en fondos y obligaciones. Se fundó también una Compañía, cuyo trabajo era enseñar el *Pater*, el *Ave* y los principios de la Fe a los que no los sabían y recorrer la parroquia a buscar los niños para hacerles asistir al Catecismo.

La misión de Castiglione, que se dio en el mes de diciembre del mismo año, tuvo de particular que dos concubinos pidieron perdón en mitad del sermón en presencia de una Asamblea muy numerosa. Varios usureros que habían oprimido a los pobres se obligaron por Acta pasada ante notario a devolverles lo que habían extorsionado injustamente. La Cofradía de la Caridad se fundó también en este lugar y el director de la Misión dio todos los lunes de cada semana a diez o doce párrocos de los alrededores. Así se lo escribía a nuestro Santo uno de los sacerdotes que, yendo de Paría a Roma, quiso ver si las Misiones en Italia salían tan bien como en Francia.

Vicente, a quien Dios probó hacia el fin de sus días con una larga serie de achaques, tuvo al menos el consuelo de saber de vez en cuando que Dios continuaba bendiciendo los trabajos de sus Hijos de Génova y que eran olor de vida en las Tierras de la República. El Superior de sus sacerdotes le informó en 1659 que acababa de dar dos Misiones en las que Dios se había complacido en verter sus misericordias. En la primera, aunque la parroquia en la que se dio estuviera en un lugar muy aislado y no hubiera más que doscientos cuarenta comulgantes y se contaron no obstante en la comunión general más de setecientos, que de los pueblos de alrededor, de los que el más vecino estaba muy alejado, se habían presentado a los ejercicios de la misión. Fue allí donde entre muchas reconciliaciones hubo una que merece pasar a la posteridad.

Un desdichado había sorprendido en el sueño y masacrado a sabiendas al hijo de un habitante. El tiempo no había podido producir su efecto ordinario: el asesinato estaba fresco y la herida sangraba aún. El infortunado padre, más inconsolable que Jacob cuando supo la muerte de su hijo, repartía sus momentos entre el dolor, las lágrimas y el deseo de una venganza sonada. Varias personas de condición habían realizado esfuerzos inútiles para llevarle a sentimientos más moderados. El Superior de la Misión le habló a su vez, pero sus exhortaciones no fueron más eficaces que las de los demás: el anciano llegó a pedirle que no le hablara más de este desgraciado asunto. A pesar del rechazo tan preciso, el misionero volvió a la carga al día siguiente. Unió las lágrimas a las súplicas. Pidió la paz para el culpable, y la pidió en nombre y por el amor de un Dios crucificado. La gracia dio su golpe,

y el cambio que operó fue acompañado de sentimientos tan Cristianos que, los que se hallaron presentes, no pudieron contener las lágrimas.

La misión que siguió produjo el mismo efecto, pero de un género totalmente opuesto. Un hijo lloraba la muerte de su padre, que a la edad de setenta años había sido asesinado por un enfurecido. Es cierto que durante la misión no se pudo conseguir nada sobre el corazón de este joven irritado: sin embargo las razones de que se habían servido para llevarle a la clemencia produjeron su fruto poco a poco. Después de la partida de los Misioneros, hizo serias reflexiones sobre lo que le habían dicho. La gracia triunfó una vez más, los sentimientos de la naturaleza quedaron ahogados, el respeto humano pisoteado, y la paz hecha con un desdichado que no se esperaba otra cosa que la guerra.

Ante el relato de tantos crímenes, de muertes y de asesinatos se asusta la imaginación. Conviene sin embargo que el lector tenga la paciencia de acostumbrarse. Sin ello ¿cómo podría seguirnos a la isla de Córcega, donde vamos a entrar en seguimiento de los Discípulos de S. Vicente?

IV. Misiones en la Isla de Córcega.

La Isla de Córcega situada en el Mediterráneo y distante a una hora de camino del Reino de Cerdeña, es de por sí un pequeño Reino, que pertenece a la República de Génova. Los que la habitan han tenido en todo tiempo el talento de ganarse una muy mala reputación. Se los ha tenido siempre como a gente sin educación, sin costumbres, sin fe, sin probidad. Bravos hasta el exceso, son guerrilleros y vengativos hasta el furor. Un Corso insultado no quiere ni perdonar ni oír hablar de arreglo: tiene que vengarse. Todo pariente de su enemigo hasta el tercer grado inclusive se cree en ficción de derecho haberle hecho la injuria que ha recibido. así se acabó la seguridad para una familia de la que alguien ha dado un mal golpe. Conviene que todos se mantengan en guardia. Ay del primero que sea cogido de improviso. Ni su ignorancia ni siquiera su ausencia le excusarán; y ése, que por la mañana al salir de casa, esta a bien con todo el mundo se convierte en culpable durmiéndose en su viña, y es asesinado en consecuencia por la noche antes de volver a casa. por lo demás, para merecer este trato, no se necesitan estas injurias atroces que llevan la paciencia al colmo: una palabra más alta que otra es suficiente. Unas palabras mal digeridas es un atentado digno de muerte. Para poder lograr una pronta venganza van siempre armados los Corsos, como si estuvieran siempre en guerra. Tantas violencias han llegado a despoblar mucho su Isla, y aunque muy fértil, está habitada medianamente.

La ferocidad, o más la barbarie, no era el único vicio que reinara allí, cuando los Misioneros fueron llamados. La ignorancia, la impiedad, el concubinato, el incesto, el robo, el falso testimonio, los matrimonios prohibidos, los divorcios escandalosos, eran otros tantos monstruos que la desolaban.

Hacía mucho tiempo que la voz de tantos crímenes se había dejado oír hasta en Génova, de la que dependen estos insulares desde hace seis siglos: pero el mal se había levantado allí un imperio tan poderoso que no se sabía cómo atacarlo. Los bienes que los sacerdotes de Misión lograban actualmente en las Tierras de la República hicieron creer a algunos de los principales miembros del Senado, que estos hombres apostólicos no echarían a perder nada en Córcega, y que si no llegaban a plantar allí todas las virtudes, podrían al menos arrancar

muchos vicios. Con estas ideas estos ilustres Magistrados escribieron a Vicente de Paúl y le rogaron que extendiera sus cuidados a un pueblo que por muy criminal que fuera la había costado al Salvador su sangre y su muerte. El Santo no titubeó, concedió siete de sus sacerdotes; y aunque de los cinco Obispados que hay en Córcega, no haya más que los de Mariana y de Nebbio que sean sufragáneos de Génova, el Cardenal Durazzo unió a estos siete Misioneros otros ocho eclesiásticos, de los que cuatro eran seculares y los otros cuatro Religiosos.

Desde que estos quince Operarios evangélicos hubieron tomado tierra, se pusieron a trabajar. Por duro que fuera no por eso dejaron de dar cuatro Misiones; la primera en Campo Lauro, donde reside de ordinario el Obispo de Aleria; la segunda en un lugar llamado *Il cotone*; la tercera en Corte, que está en medio de la Isla; y la cuarta en Niolo.

Al parecer, la de Aleria y la de Niolo fueron las más difíciles; ésta por la razones que daremos más abajo; aquélla porque la Sede Episcopal estando vacante, la diócesis estaba gobernada por dos Vicarios Generales, uno nombrado por la Propaganda, y el otro por el Capítulo; y que estos dos hombres se cruzaban de la mañana a la tarde. Si uno ponía una censura, el otro la levantaba; y como cada uno tenía sus partidarios, el clero y el pueblo estaban en una división que causaba mucho desorden y escándalos.

Aunque esta conjetura no fuera favorable a los Misioneros, que en una Región ya de por sí difícil de manejar, no necesitaban de obstáculos extraños, sus trabajos en Campo Lauro, en Cotone y en Corte produjeron bienes considerables. Dichosos, si por darle gloria a Dios, no nos viéramos obligados a revelar el oprobio de estos Ministros y dar a entender que en Córcega había sacerdotes que no valían más y que desde entonces valían mucho menos que los pueblos.

El primer fruto de estas misiones fue pues la conversión de un buen número de Ministros sagrados. Cada día cuando el pueblo había salido de la iglesia, se reunían en ella los clérigos, los Párrocos y los demás eclesiásticos. El Superior de la Misión los instruía en los deberes de su estado; su discurso iba seguido de una meditación, en la que cada uno entrando en su corazón, encontraba en abundancia de qué asustarse del pasado y muy poco de qué tranquilizarse para el porvenir. Este examen de sí mismo que, cuando se hace bien, conduce a la reforma de las costumbres, produjo muy buenos efectos. El clero hizo como el pueblo su confesión general; todos tomaron una firme resolución de cumplir en adelante con toda la fidelidad posible lo que debían a Dios y al prójimo. Muchos Párrocos pidieron públicamente perdón por el mal ejemplo que habían dado. Un Capítulo en corporación concluyó que debía la misma edificación, y nombró a uno de sus Canónigos para cumplirlo en nombre de todos los demás.

El fecundo fruto de estos mismos ejercicios fue la extinción de los odios y de las animosidades. Los sacrificios en este género llegaron tan lejos como podían. . uno perdonaba la muerte de su padre, el otro la de su hijo; éste el asesinato de su hermano, aquélla la masacre de su esposo o de su pariente. Las acusaciones calumniosas y los falsos testimonios dados en Justicia fueron también perdonados, pero de una manera tan Cristiana y tan noble, personas a quienes se había querido quitar la reputación o la vida, no querían ni reparación de honor, ni compensación o desagravio. Además, estas importantes reconciliaciones no se contaban ni por diez ni por veinte, no había lugar en que no ascendieran a cincuenta, y lo hubo en que llegaron hasta ciento.

El cese de los comercios criminales fue un tercer efecto de estas misiones. Ni fueron solamente jóvenes y mujeres, cuyos desórdenes eran conocidos, las que pidieron públicamente perdón por su libertinaje: los hubo cuya reputación era tan sólo equívoca y a quienes no se podía reprochar otra cosa que lo que se reprocha cada día a almas mundanas, que creyeron, sin que se les hubiera hablado de ello, deber humillarse ante Dios y los hombres por sus portes demasiado libres, y por sus comportamientos poco mesurados: estas clases de confesiones generales, indiscretas o no, no me meto en ello, hicieron derramar cantidad de lágrimas a los que fueron testigos de ello. sirvieron además para dar a los jóvenes un justo horror del crimen y de todo o que se le parezca.

Por fin el último fruto de estas tres misiones de Córcega fu el establecimiento de la Cofradía de la Caridad; Cofradía que al procurar a los pobres enfermos los auxilios temporales y espirituales, dio a los que los servían la ocasión de practicar las obras de misericordia, y de edificar a cuantos los veían visitar a Jesucristo en la persona de sus miembros queridos.

En cuanto a la misión de Niolo, tuvo unas circunstancias que nos obligan a hablar de ella con más detenimiento. Lo podemos hacer con mayor seguridad porque tenemos como garante de los hechos a un hombre virtuoso, que no nos refiere más que lo que pasó a sus ojos.

“Niolo, nos dice, es poco más o menos un Valle de unas tres leguas de largo por media legua de ancho. Está rodeada de montañas cuyos accesos son tan difíciles como yo no he visto nunca, ni en la Saboya ni en los Pirineos. Esta misma dificultad de los caminos hace de Niolo un lugar de refugio para todos los bandidos y granujas de la Isla. Con la ayuda de las rocas que los cubren, ejercitan impunemente sus bandidajes y asesinatos sin miedo a los Oficiales de la Justicia. Hay en este valle otros muchos pueblecitos, y en su entorno unos 2000 habitantes. No he visto nunca, y en toda la Cristiandad no sé si habrá gente más abandonada que ellos. Cuando llegamos, toda su fe se reducía a decir que no habían sido bautizados, y toda su religión a frecuentar algunas iglesias que se veían por allí, y que estaban muy mal cuidadas. Ignoraban tan profundamente las cosas de la salvación, que hubiera resultado difícil encontrar a cien personas, que conocieran los Mandamientos de Dios y el Símbolo de los Apóstoles. Preguntarles si había un Dios o varios y cuál de las tres personas divinas se hizo hombre por nosotros, era hablarle en árabe. El vicio pasaba por virtud, y la venganza estaba tan en boga que los niños al aprender a andar y hablar aprendían a no dejar nunca la menor ofensa impune. Era inútil predicarles el perdón de las injurias: porque el ejemplo de sus antepasados, y los malos consejos de sus padres, habían producido en sus mentes tan fuertes impresiones que no eran capaces de recibir las contrarias.

“Había muchos que pasaban siete u ocho meses sin oír misa; y otros que llevaban tres, cuatro, ocho y diez años sin confesarse; y algunos que a la edad de quince y dieciséis años no se habían acercado al Tribunal de la Penitencia. Con estos vicios debían tener, y tenían en efecto, muchos más. Tenían fuerte inclinación al robo. Y no les entraba ningún escrúpulo por comer carne durante la Cuaresma y los demás días prohibidos. Se perseguían unos a otros como bárbaros, y cuando tenían algún enemigo era imputarle algún gran crimen y acusarle a la Justicia: no les faltaban los falsos testigos, se tenían en Niolo por dinero y todo lo que querían”. Lo que había de suerte en esta desgracia es que no tenía importancia más que para los que no tenían nada que dar. El hombre más

culpable compraba así testigos que decían y sostenían todo lo que necesitaba para su justificación. De ahí la incertidumbre de los Magistrados, que no podían decidir nada. Pero lo que los jueces no podían hacer, los particulares lo hacían. Terminaban sus discusiones con las armas.; y se mataban unos a otros en toda clase de ocasiones, con la más extraña facilidad.

“Aparte de todos estos desórdenes había también en Niolo, o más bien en toda la Isla, un gran abuso con respecto al Sacramento del Matrimonio. Rara vez lo celebraban, sin que hubiesen vivido juntos anteriormente. Por lo común, desde que se habían prometido, o dado palabra tan sólo, la joven se iba a vivir a la casa de su futuro marido; y seguían en este infame concubinato dos o tres meses, y a veces dos y tres años, son preocuparse de casarse. Lo que es peor aún, una gran parte de estos matrimonios se hacían entre personas que, aunque parientes, no pensaban pedir dispensa, y que pasaban así diez, doce y quince años. Si el padre llegaba a morir, los hijos salidos de este mal comercio eran abandonados como bastardos; la mujer se volvía a casar con otro, que algunas veces era también pariente suyo; y se ha dado el caso de quien ha tenido hasta tres maridos incestuosos. Sucedió a veces que estos pretendidos casados llegando a aburrirse uno del otro se separaban aunque tuvieran hijos, y buscaban partido en otra parte.

“Estos abusos, si bien grandes, no eran los únicos que había en Córcega. Los padres en su mayor parte casaban a sus hijos antes de ser núbiles. Se han visto casos de casarlos a la edad de cuatro y cinco años. Se ha visto incluso a un padre que casó a su hija a la edad de un año con un niño que tenía cinco. De este desorden nacía otro, que estos hijos casados sin gusto ni inclinación no podían ni verse ni aguantarse, cuando habían crecido. Muchos se divorciaban, y de este divorcio venían las enemistades y loas muertes.

“En este solo valle, sigue diciendo el autor del relato, hemos encontrado a ciento veinte concubinos, ochenta de los cuales, más o menos, eran también incestuosos. Cuarenta de éstos habían sido excomulgados por esto nominalmente y denunciados. Pero el miedo a las Censuras no les impedía seguir igual. Vivían y conversaban con todo el mundo como antes. Y así en este cantón había una parte de los habitantes que estaban excomulgados; unos directamente y por razón de ellos mismos, los otros por no haberlo evitado.

“Este es el deplorable estado en que se encontraba este pobre pueblo cuando les enviaron a sacerdotes para dar la Misión. Veamos ahora de qué forma nos las hemos arreglado para poner algún remedio a tantos desórdenes.

“1º. Hemos usado de la mayor diligencia posible para instruir al pueblo sobre las cosas necesarias para la salvación, y hemos empleado unas tres semanas.

“2º. Hemos separado a los concubinos, al menos a todos los que hemos podido tener conocimiento y que seguían en el lugar, y el día de la fiesta de S. Pedro y de S. Pablo Patronos de la iglesia donde estábamos, todos estos desdichados que reconocían al fin el mal estado en que habían vivido y que estaban llenos de un gran sentimiento de penitencia, puestos de rodillas al final del sermón, pidieron perdón públicamente por el escándalo que habían dado y prometieron con juramento separarse. Se separaron en efecto y se presentaron al tribunal de la confesión.

“3º. Después de separar también a los que por su crimen habían recibido Censuras, se presentaron con todas las señales de un corazón contrito y humillado, a la puerta de la iglesia para recibir la absolución. Se la dieron solemnemente, pero solamente cuando se

comprometieron con juramento público a no verse nunca por la razón que fuera. Como había algunos eclesiásticos que, por el mal ejemplo de un comercio sacrílego con sus sobrinas u otras parientes, fomentaban estos desórdenes, se tuvo cuidada de hacerles sentir el horror de su conducta, tanto por las correcciones que se les hicieron como por las conferencias espirituales a las que asistieron. De lo que se sirvió Dios para toarlos: todos hicieron sus confesiones generales con grandes muestras de dolor y de arrepentimiento; todos asimismo repararon públicamente el escándalo que habían dado.

“Lo más fuerte de nuestro trabajo no estaba hecho: nos faltaba restablecer la caridad y la paz en una nación feroz de los que la mayor parte vivían enemistados: Hoc opus, hic labor. Nuestros primeros trabajos fueron inútiles, y durante quince días enteros no pudimos ganarnos más que a un joven, que perdonó a otro, que de un pistoletazo le había herido en la cabeza. Todos los demás seguían inflexibles; por mucho que pudiéramos decirles, ni uno se dejaba impresionar. A pesar de estas malas disposiciones, había siempre gran cantidad de gente en las charlas, que dábamos cada día, mañana y tarde. Nunca un auditorio fue más capaz de asustar: todos los hombres asistían a la predicación con su equipo ordinario, es decir espada al lado, y el fusil al hombro. Pero, aparte de estas armas, los bandidos y los demás criminales llevaban también dos pistolas, y dos o tres dagas al cinto. El espíritu de venganza y de furor poseía de tal modo a aquellas gentes que lo que se pueda imaginar de más impresionante no hacía ningún efecto en ellos: mucho incluso, al hablar del perdón de las injurias se salían de la iglesia; de manera que todos nos sentíamos muy afligidos, y yo más que nadie, porque estaba encargado de los arreglos.

“Por fin la víspera de la comunión general, estando yo a punto de acabar la predicación, exhorté una vez más a aquel desdichado pueblo a perdonar. Entonces Dios me inspiró que tomara en las manos el crucifijo que llevaba puesto y dijera a la asamblea que los que quisieran tener misericordia con sus enemigos vinieran a besarle los pies. Se lo supliqué de parte de un Dios moribundo quien les tendía los brazos; y les dije que este homenaje rendido al Salvador sería una prueba de la voluntad en que se hallaban de reconciliarse con los que los habían ofendido. Ante estas palabras comenzaron a mirarse unos a otros, pero como nadie se movía, hice ademán de retirarme, y ocultando el crucifijo, me quejé amargamente de la dureza de su corazón y de su prodigiosa insensibilidad. Un Religioso de la Reforma de S. Francisco que estaba presente se sintió impresionado; se levantó, y lleno de una santa indignación, comenzó a gritar: O Niolo, infortunado Niolo! ¿quieres entonces condenarte? ¿tú quieres entonces quedar maldito de Dios? No quieres recibir la gracia que te envía por medio de estos Misioneros que han venido de tan lejos para tu salvación. Todavía estaba hablando y he aquí que un Párroco cuyo sobrino había sido muerto, vino a prosternarse en el suelo, pide besar el crucifijo; y llamando por su nombre al asesino que estaba presente, dice en voz alta, que un tal se acerque, para que yo le abrace. Hecho esto, otro sacerdote hizo lo mismo con respecto a algunos de sus enemigos; Y a estos dos los siguieron tantos que en el espacio de hora y media no se vio más que reconciliaciones y abrazos. Para mayor seguridad, las cosas más importantes se ponían por escrito, y el Notario redactaba el acta auténtica.

“Al día siguiente, que fue el día de la Comunión, se celebró una reconciliación general. El pueblo pidió perdón a Dios y a sus Pastores; y todo sucedió con mucha edificación. Por miedo de que alguien hubiera faltado a su deber pregunté si no había nadie más que no hubiera hecho la paz con sus enemigos. En ese instante se levantó un Párroco, que dijo que

había aún quienes no se habían reconciliado, y en efecto llamó a varios por sus nombres. Todos se acercaron y después de adorar al Santísimo Sacramento, que estaba expuesto, se abrazaron unos a otros sin ninguna resistencia y con mucha cordialidad. ¡O Señor, exclama aquí el piadoso Misionero a quien debemos estos detalles, qué edificación en la tierra y qué alegría en el cielo, al ver a los padres y las madres perdonar por el amor de Dios la muerte de sus hijos; los hijos la de sus padres; las mujeres la de sus maridos; los hermanos y los padres la de sus parientes más cercanos!

¡Qué consuelo ver a estos implacables enemigos abrazar a sus enemigos y llorar con ellos! En los demás lugares es común ver a los penitentes derramar lágrimas a los pies de sus confesores; pero en Córcega, es un pequeño milagro.”

Así se terminó la importante misión de Niolo. Si, según la máxima del Apóstol de las Indias, un hombre que se propuso llegar hasta el cabo del mundo, no debe ya arrepentirse de sus pasos cuando ha tenido la suerte suficiente de impedir un pecado mortal, qué pensar de los que tuvieron la suerte de cortar o suspender al menos por algún tiempo los espantosos desórdenes de los que hemos hablado. Lo que dio un nuevo brillo a la misericordia de Dios es que un pequeño retraso lo habría echado a perder todo. Desde el día siguiente de la Comunión, los Misioneros recibieron orden de trasladarse a Bastia, donde los esperaba una galera enviada expresamente por el Senado de Génova. Retrasaron sin embargo embarcarse aún dos días, que fueron empleados en dar alguna forma a algunos arreglos que apenas estaban comenzados. El martes uno de ellos pronunció un discurso sobre la perseverancia: hubo tal asistencia de gente que tuvo que predicar fuera de la iglesia. Allí el perdón de las injurias no pareció ya imposible. Todos renovaron las protestas que habían hecho ya de llevar una vida verdaderamente cristiana, y perseverar en ella hasta la muerte. Los Pastores que tenían mucho que reprocharse, prometieron en voz alta que enseñarían la Doctrina cristiana y que en adelante serían más fieles en cumplir sus obligaciones.

Los Misioneros habrían salido el mismo día a no ser por una lluvia que cayó al terminar la predicación. Parecía que este contratiempo había sido preparado por la Providencia. A una legua de Niolo había dos personas cuyo hermano había sido asesinado; estaban tan dispuestas las dos a vengar su muerte que a ejemplo del impío de quien se habla en el libro de Job, se habían fortificado contra el Todopoderoso. Por el miedo de verse obligados a perdonar, no habían asistido a ningún ejercicio de la Misión. Todo lo que su Párroco pudo conseguir de ellos es que suspendieran al efecto de su resentimiento hasta que hubieran hablado al Director de los Misioneros. El mal tiempo dio lugar a esta entrevista que las órdenes del Senado habrían impedido. Tuvo todo el éxito posible. Estos espíritus tan fieros cedieron a la gracia que los fue a buscar. Ellos consintieron en la paz; y con eso pusieron el sello a la alegría pública. Un número de eclesiásticos y los principales habitantes de Niolo condujeron a los Misioneros como en triunfo hasta el lugar del embarcadero. Estos últimos hicieron varias descargas de sus armas de fuego en señal de gratitud. Hacía mucho que no las habían empleado en un uso tan legítimo y tan moderado.

IV. Misiones de Piamonte.

El espíritu de vértigo que reinaba en Italia hacia mediados del siglo pasado, nos va a ofrecer en el Piamonte una buena parte de los excesos que hemos encontrado en Córcega. De diez u once Misiones de las que vamos a dar cuenta, sólo la primera tiene caracteres de paz: en todos las demás partes se ven regueros de sangre y de venganza. Mas como por la infinita misericordia de Dios la gracia abundó donde abundaba la iniquidad antes, los mismos males que vamos a detallar forman un nuevo motivo de bendecir la memoria de Vicente de Paúl, cuyos Hijos calmaron tantas tempestades, y del ilustre Marqués de Piazezza, que no se contentó hasta fundarlos en Turín.

Dios pareció dar al principio leche a sus siervos, como para acallarlos. Su primera misión conocida que se dio en la numerosa población de Scalenghe cerca de Pignerol, no tuvo de pesado más que el trabajo que nace de la asistencia y afluencia de los pueblos. Se llegaron a contar de cuatro a cinco mil personas. “lo que me ha edificado mucho, dice e Superior de Turín, es el afecto universal que han demostrado todos por la palabra de Dios. se han visto por lo común a una cincuenta de Párrocos y otros eclesiásticos asistir todos los días a los ejercicios de la Misión. Todos los gentileshombres de los alrededores han tomado parte en ellos con una devoción extraordinaria; y durante cerca de seis semanas que ha durado, el pueblo llano ha venido con un ardor que hacía ver que tenían un verdadero deseo de aprovecharse. Se vio a muchos, que habiendo traído un poco de pan, se han pasado ocho días y ocho noches enteras en la iglesia para tener acceso al confesionario. Qué no haríamos con un pueblo tan bien dispuesto, si hubiera un número de buenos Obreros; ya que siendo tan pocos y tan pobres como nosotros, la bondad de Dios no deja de servirse de nosotros para sacar muchos bienes: digo tan pobres porque no podría asombrarme lo suficiente de que esta gente tenga la paciencia de sufrirme, a mí que soy más capaz de rechazarlos que de atraerlos. Es la pura gracia de Dios la que opera; y ella actuaría sin duda con más plenitud si yo no pusiera obstáculo con mi ignorancia mi poco espíritu y mis demás miserias. Así hablaban de sí mismos lo que Vicente había formado, y a sentimientos tan humildes se debe atribuir las bendiciones singulares que se ha complacido el Cielo en derramar sobre sus trabajos.

Las necesitaron en las misiones que dieron dos meses después por la parte de Lucerna. Allí encontraron un pueblo cuyo aparato se parecía bastante al de los habitantes de Niolo. Todos caminaban con su espada, varias dagas y tres o cuatro pistolas; a pesar de ello, las costumbres eran más suaves o los corazones menos rebeldes a la gracia. Tenemos una prueba de ello y es la única que se nos ha transmitido.

La multitud de oyentes que no habrían podido contener las iglesias más amplias habiendo obligado a los misioneros a predicar en medio de la gran plaza sobre un pequeño teatro que se levantó; sucedió que un hombre de facción y armado, como lo acabamos de decir que lo están de ordinario esas gentes, fue herido en la cabeza con un trozo de ladrillo. La sangre le salió de la herida en abundancia; el imprudente que había dado el golpe no estaba lejos, y el que lo había recibido era, como sus conciudadanos, de un natural colérico y muy dado a la venganza. Sin embargo no se le oyó otra cosa que esta sola palabra en la primera emoción: *¡Justo Dios! si esto me lo hubieran hecho en otra ocasión,* y al admirarse alguno de su paciencia, *qué queréis,* respondió él, *mis pecado se lo merecen y más todavía.* Se retiró luego para que le vendaran. A los pocos minutos reapareció con la cabeza vendada y escuchó el resto de la predicación con tanta tranquilidad como si no le hubiese sucedido nada.. este rasgo de moderación que es hermoso en sí, lo pareció todavía más en una Región, donde no estaban acostumbrados a ello.

Al final de esta misión se rogó con mucha insistencia a los que la habían dado que fueran a poner la paz en una población grande de la vecindad, en la que hacía diez o doce años reinaba una división tan cruel que más de treinta personas habían sido sus víctimas. La circunstancia no era favorable. Hacía dos días que todos los habitantes de este lugar divididos en dos facciones estaban en armas; y el más leve incidente les haría servido de señal para hacer unos sobre otros y degollarse. Como la estación no permitía dar una Misión por las reglas, estas Señores razonaron bastante mal sobre el éxito de su empresa. Sin embargo empujados por las súplicas que no cesaban de hacerles, se pusieron en marcha; y Dios manifestó que si es él quien hace la guerra, es él mucho más quien hace la paz. En dos días, y no más, todo se quedó en calma: algunas predicaciones sobre el amor a los enemigos, y el perdón de las injurias; y una entre otras que se dio el día del Corpus Christi en presencia del Santísimo Sacramento, suavizaron los espíritus. La reconciliación fue general y solemne. Las partes más interesadas, y las que daban el movimiento a la multitud, habiéndose acercado al altar, juraron sobre los santos Evangelios que se perdonaban de todo corazón una a otras. Para ahogar toda semilla de cizaña, después de abrazarse como amigos que no se han visto desde hace mucho, se hizo ante Notario una transacción que puso fin a la querrela. El Autor de un bien tan esperado fue bendecido con un Cántico solemne. El *Te Deum* fue cantado con transportes de alegría: y este pueblo que desde hacía varios años sólo había visto correr sangre, vio al fin correr lágrimas de ternura, de afecto y de agradecimiento.

La misión que se dio el año siguiente en Raconi duró seis semanas enteras. Como no existe probablemente en el Piamonte un lugar más poblado que ese, los Operarios que acababan de terminar otra Misión muy fatigosa temían que se les acabaran las fuerzas en Raconi. El Arzobispo de Turín, a instancias del Clero y del pueblo, los comprometió a trabajar en ella; y Dios los sostuvo. Lo que les produjo gran dolor fue, aunque el prelado les hubiera asociado para las confesiones a cuatro de los sacerdotes más veteranos de la ciudad y a muchos buenos religiosos, no les fue con todo y con ello posible satisfacer plenamente la devoción de un pueblo tan numeroso. Para conseguirlo habría sido necesario no formar corporación. Desde medianoche venían a llamar a su puerta, a despertarlos y conducirlos al confesionario. Iban de muy buena gana; y como estaban en el mes de diciembre y de enero, tenían el dolor y la alegría de encontrar a una pobre gente que durante una estación rigurosa habían pasado la noche esperándolos. El fruto respondió a las dificultades. Los bienes mal adquiridos fueron restituidos, y se hicieron cantidad de reconciliaciones. El Clero compuesto de uno cuarenta sacerdotes, y otros ministros inferiores, dio ejemplo al pueblo. Las conferencias que se le habían dado cada semana le habían instruido y movido. Estos Señores resolvieron continuar con ellas tras la partida de los Misioneros, que les habían enseñado el modo sencillo y sólido como se debía hablar. El establecimiento de la Cofradía de la Caridad a favor de los pobres enfermos, fue también uno de los bienes que produjo la misión de Raconi; los que fueron puestos a la cabeza de esta buena obra cumplieron con mucho fervor.

La misión de Savigliano, que se dio el mes de junio del mismo año, tuvo todavía un éxito más universal. Pueblo, Nobleza, Clero Secular, Clero Regular de cinco o seis Conventos, todos sacaron provecho. A pesar de las ocupaciones de la estación, la iglesia que era muy grande se encontró siempre llena en el momento de las predicaciones y de las demás funciones de los Misioneros. Habría sido difícil o al menos inútil ausentarse de ellas: por orden de los Magistrados todas las tiendas de la ciudad estaban cerradas a la hora de la

predicación y del gran Catecismo. A las mismas horas todo comercio cesaba los días de Mercado. A cualquier parte que se fuera, se veía a gente ocupada únicamente de su salvación. Todos repasaban sus años en el dolor y en la amargura. En ese particular no había diferencia ni entre el Clero y el pueblo, ni entre el pueblo y la Nobleza, que es muy numerosa en Savigliano. Los Religiosos hacían su confesión general a sus cohermanos: los Seculares, Eclesiásticos o Laicos la hicieron parte con los Misioneros, parte con otros sacerdotes que se mandaron venir de Turín y de otras partes. Uno de estos últimos, que era un santo varón, después de confesar algunos días, cayó enfermo y se murió finalmente con sentimientos extraordinarios de Religión y de humildad. Apenas cerró los ojos, cuando los habitantes acudieron en corporación a la casa que ocupaban los Misioneros para llorar con ellos la muerte de un hombre que se había asociado a sus trabajos. Le hicieron exequias muy solemnes. Todas las Órdenes Religiosas se encontraron allí: mucha gente asistió con la antorcha o el cirio en la mano.

El dolor de esta pérdida se templó con la alegría de ver a los Militares, y sobre todo a muchos Capitanes y Soldados Franceses, estacionados en la ciudad, tomar, antes de partir para el ejército, los verdaderos medios de volver a la gracia de Dios; asistir en cuanto pudieron a los ejercicios de la Misión, y confesarse con señales tan vivas de penitencia y de amor que, quienes eran depositarios de sus debilidades, no se cansaban de admirarlos. “En cuanto a mí, escribía el Superior de los Misioneros, confieso de buena fe que no recuerdo haber tenido en mi vida mayor consuelo que el que sentí al ver a gente de esta profesión, que desde hacía muchos años no se habían acercado a los Sacramentos, derramar lágrimas a los pies de los confesores y hacer resoluciones verdaderamente cristianas y muy extraordinarias en personas que llevan las armas. Son todos efectos muy singulares de la misericordia de Dios, de quien espero que tengáis la caridad de ayudarnos a darle gracias.”

Los efectos de la misericordia divina tocaron tan fuerte a la Nobleza y al pueblo de Savigliano que resolvieron retener entre ellos a algunos de los Hijos de Vicente de Paúl. Les hicieron la propuesta de la manera más ventajosa posible: y como se vio que se excusaban por ser pocos y no podían separarse unos de otros, les ofrecieron una fundación para cinco o seis sacerdotes. La negativa que les dieron no desanimó a los habitantes. Recurrieron al Marqués de Pianezza, a quien la Congregación ponía entonces y sigue haciéndolo hoy en el número de sus más ilustres Bienhechores. Este Señor se encargó de hacer valer sus razones y lo hizo con ese talento de persuasión contra el que era difícil resistirse: pero como era tan prudente como persuasivo, se vio obligado a recurrir, y de hecho recurrió, a las advertencias del Superior de la Misión. Comprendió lo que será verdad en todos los tiempos que las misiones para tener éxito necesitan de buenos Operarios, y que los buenos Operarios son más raros en una corporación que tiene muchas fundaciones.

Una vez que pasaron los grandes calores, Cristina de Francia Duquesa de Saboya, que gobernaba el Estado durante la minoría de su hijo, abrió una nueva carrera al celo de los Discípulos de S. Vicente. Bra, población grande de trece a catorce mil almas, y que no dista de Turín más que de nueve a diez leguas, se encontraba en una división que igualaba a la de las guerras civiles, si no lo sobrepasaba. Las calles estaban protegidas de barricadas, las casas llenas de gente armada, de los que unos disparaban a los transeúntes, los otros sostenían un cerco contra los que los asaltaban. Las iglesias que en Piamonte, como en el resto de Italia, sirven de asilo a los criminales, no ponían a nadie a cubierto de la venganza

de su enemigo; el ciudadano mataba a su conciudadano hasta en el Templo del Señor. en una palabra Bra no alimentaba ya en su seno más que a una masa de furiosos encarnizados en la pérdida de los demás.

El momento de una emoción tan caliente no era el más propio para una misión. Habría sido hasta muy peligroso abrirla entonces. Nadie habría asistido sin poner en peligro la vida; y cinco o seis extranjeros, que no podían anunciar sino la concordia, debían al menos esperarse ser expulsados por un pueblo desesperado que no respiraba más que la guerra. La Regente vio estos inconvenientes: para enfrentarse a ellos, envió a Bra a sus principales Ministros de Estado, con orden de firmar una suspensión de armas de los desdichados habitantes, que ella habría podido perder por la fuerza, pero que le habría gustado más todavía ganar por la dulzura y la paciencia. Los Ministros de la Princesa reunieron a la multitud; les hablaron de prudencia y de razón; así y todo no lograron nada.

La Regente hija de Enrique el Grande tenía su firmeza lo mismo que tenía su dulzura. Después de hablar como madre, amenazó como Soberana. Los corazones no se ablandaron, pero las hostilidades fueron algo menos vivas. Fue debido a este débil atisbo de la baja de animosidad como entraron los misioneros en Bra. Tuvieron mucha suerte en un principio para conseguir que los dos partidos bajaran las armas, lo que antes ni se había podido lograr. Una vez que pudieron salir impunemente, y dar a Dios en el lugar consagrado a su culto lo que le es debido, el pueblo acudió en masa. Su asiduidad a las predicaciones y a los catecismos consoló mucho a los Misioneros, y más aún cuando vieron a los corazones enternecerse y disponerse a la paz. No se tardó mucho en concluirlos. Estas gentes, que algunos meses antes no se buscaban más que para matarse, se abrazaron unos a otros en presencia del Smo. Sacramento. Después de pedirse perdón, bien en la iglesia, bien las plazas públicas, pero de una manera tan afectuosa y tan tierna, que no dejaban la menor duda de su reconciliación. *“La Señora Royale, dice el Director de la misión, habiéndose enterado de estas buenas noticias se ha dignado testimoniarnos en una de sus cartas la satisfacción que ha sentido por ellas, como también el Señor Marqués de Pianezza que ha recibido sentimientos de consuelo extraordinarios. Nos estamos ocupando ahora de las confesiones, y se presentan una cantidad tan grande de penitentes que, aunque hayamos acudido a todos los sacerdotes y todos los religiosos del lugar, no sé cuándo podremos concluir”.*

A pesar de la ayuda y la asiduidad de tantos Ministros, la misión duró todavía mucho tiempo. *“Finalmente, dice el mismo sacerdote en otra carta, ya hemos salido de nuestra misión de Bra, en la que Dios ha querido derramar gracias abundantes sobre estas pobres almas, que se hallaban desde hacía tanto tiempo en el deplorable estado que ya os he dicho. Hemos empleado en ella siete semanas enteras. Todo el tiempo, del que de ordinario da el mundo una buena parte a las locuras del carnaval, ha sido para los habitantes de este lugar un tiempo de penitencia, y como una fiesta continua de muy grande devoción. Se han realizado de nueve a diez mil confesiones generales con tal fervor que muchos, para poder abordar el confesionario, pasaban los días enteros y una gran parte de las noches en la iglesia, a pesar del grandísimo rigor del frío que se ha dejado sentir durante todo ese tiempo. Dios ha querido derramar por este medio la lluvia y la caridad en los corazones, con tal plenitud que los habitantes están extrañados al ver una reconciliación tan perfecta; de manera que no se acuerdan de haber visto nunca tanta unión y cordialidad. Ellos mismos se lo han comunicado a la Señora Royale, a quien fui ayer a dar cuenta de todo lo*

que ha pasado, y las razones que se tienen de creer que esta reunión será estable: Ella ha sentido tanto gozo y consuelo que su corazón se conmovió, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Para colmo de todo este bien y borrar del todo la memoria del pasado, les ha hecho la gracia de perdonar por completo todos los crímenes y todos los excesos que han cometido en durante sus divisiones.

“Pero como una gracia y una misericordia atrae de ordinarios otra de la bondad de Dios, esta divina bondad ha tenido a bien derramar las mismas bendiciones sobre un lugar que no está lejos de Bra. Desde hacía cuarenta años la división y la discordia habían causado tan grandes estragos en este cantón que estaba destruido casi por completo. Varias casas habían sido derribadas; gran número de habitantes masacrados y una buena parte de los que habían escapado al furor de sus compatriotas se habían visto reducidos a buscar asilo en otra parte. El Senado de Piamonte se había propuesto más de una vez reconciliarlos, pero sin éxito; y todos los demás medios que se habían querido servir para este fin habían sido inútiles. Finalmente el Señor del Lugar, hombre distinguido por su nacimiento, muy virtuoso y muy prudente juzgó oportuno, después de la misión de Bra, a cuyos ejercicios algunos de ellos habían acudido, convocar a todos aquellos de los dos partidos y ver si se podía llevarlos a la paz con el ejemplo de sus vecinos. Nosotros no hemos hecho los ejercicios ordinarios de la misión más que durante tres o cuatro días; y Dios ha querido tocar el corazón de tal manera que, en presencia de los divinos Misterios y de mucha gente de la vecindad, se abrazaron, y habiéndose perdonado unos a otros, se juraron por los santos Evangelios una paz perpetua: para mostrar que era sincera, bebieron y comieron juntos con tanta unción como si hubieran sido hermanos, su Alteza ha tenido la bondad de otorgarles Cartas de gracia y de abolición, como a los de Bra, con el fin de que puedan regresar a sus casas abandonadas y cultivar sus tierras”.

Que como el agua y las legumbres daban la gordura a Daniel y Compañeros, el trabajo y las fatigas daban fuerzas a los Misioneros de Italia. A las dos expediciones que acababan de hacer sucedió una tercera –el 26 de marzo en Caval-Maggiore-, pequeña población de cuatrocientos o quinientos comulgantes. Allí encontraron menos desorden que en los lugares de los que acabamos de hablar; pero en una región movida e inquieta se vieron tantos procesos y diferencias que apenas se tenía un momento de descanso. Por suerte para los Operarios del Evangelio la reputación de su equidad y del talento que tenían de dar a cada uno lo que le era debido los había precedido. Los habitantes de Caval-Maggiore se sometieron sin reserva a su arbitraje. A ellos acudieron para lo criminal como para lo civil; y allí, como en muchos otros lugares, sus decisiones fueron juzgadas como disposiciones sin apelación.

La misión que se dio después en Fossano, pequeña ciudad muy poblada, recibió bendiciones proporcionadas a sus necesidades, que eran muy grandes. La audiencia fue tal que la iglesia aunque espaciosa no podía contener a la multitud que se presentaba a los ejercicios. Todo estaba ocupado para escuchar la palabra de Dios; y el Clero de todas las Órdenes no se mostraba menos ávido que los Seculares. Asimismo no hubo estado que no se aprovechara a su modo. Se rompieron los malos comercios, públicos y secretos, y se apagaron los odios. Se introdujeron prácticas de piedad propias para sostener una virtud naciente; y con esta intención los Sacerdotes del Oratorio de S. Felipe de Neri continuaron en su residencia las oraciones de la tarde que son parte de los ejercicios de la Misión. Los Canónigos y los demás Eclesiásticos encantados por los buenos efectos de las conferencias

que les habían dado resolvieron continuarlas; y como varios de ellos tenían espíritu y virtud, se contó desde entonces que se darían con

Bendición. Finalmente el cambio de costumbres fue tan grande en Fossano, que una ciudad que no tenía nada de bien reglada podía llegar a ser la envidia de las que siempre habían hecho profesión de una conducta verdaderamente cristiana.

No acabaríamos si quisiéramos traer a cuento y detalle los bienes que cuatro pobres sacerdotes de la Misión, a veces solos, a veces con otros Obreros a quienes formaban, han realizado en el Piamonte, o más bien que Dios ha realizado por medio de ellos. Se puede juzgar de aquellos que nosotros suprimimos por aquellos de los que hemos dado cuenta. Creemos no obstante deber decir una palabra de sus trabajos en los alrededores de Mondovi y en Cherasco -en 1659-.

Por lo que se refiere a los alrededores de Mondovi, se encontraban en un estado lastimoso. Nada era tan común como el asesinato y el homicidio. El número de asesinatos era tan grande que en un solo pueblo de pequeña extensión, se encontraron hasta cuarenta bandidos. Ninguno de ellos resistió contra el celo inflamado de los Misioneros. Estos hombres de sangre, que hasta entonces no conocían lágrimas más que las que habían hecho derramar, las derramaron ellos mismos en abundancia; y su conversión como las de los demás habitantes revistió todas las señales de una verdadera y sólida conversión.

El 12 de julio de 1659, con relación a Cherasco, esto es lo que escribió a S. Vicente uno de los que habían trabajado allí. *“La misión de Cherasco, que acabamos de cerrar, ha sido un poco más larga que las otras, debido a la asistencia extraordinaria que hemos tenido de todos los lugares circunvecinos: de modo que, para satisfacer la devoción del pueblo, habríamos necesitado una veintena de buenos Obreros, que hubieran podido encontrar trabajo durante dos meses y más. Dios ha querido darnos toda la bendición que se puede desear en ocasión semejante. Gran número de diferencias y de querellas han quedado apaciguadas. En una población grande, que no está lejos de Cherasco, los habitantes estaban tan exaltados unos contra otros que había habido cuatro muertos la víspera de llegar nosotros: y sin embargo por la misericordia de Dios se ha restablecido la paz. Es verdad que no se ha logrado sino con grandes dificultades; porque han sido precisos cuarenta días de predicaciones y de negociaciones, pero al final todo se ha terminado con mucho consuelo y edificación de todo el pueblo en la presencia del Smo. Sacramento, que había sido expuesto para este fin. Lo principal es que las partes divididas se han presentado, después de su reconciliación, al Sacramento de la Penitencia con muy buenas disposiciones”*.

Misiones de Berbería.

Estas alas de paloma, que el Rey Profeta pedía con ardor para transportarse a un lugar apartado del comercio y de la injusticia de los hombres, Vicente de Paúl las pedía con frecuencia para volar más allá de los mares, anunciar allí el Evangelio a los Infieles y sellarlo con su Sangre. *Ah, qué miserable soy*, decía algunas veces en el exceso de su celo, *me he hecho indigno por mis pecados de ir a servir a Dios entre los pueblos que no le conocen. ¡Qué afortunada*, decía también, *qué afortunada es la condición de un Misionero, que en sus trabajos por Jesucristo no tiene otros límites que los de la tierra habitable! Por*

qué pues limitarnos a un punto, e imponernos limitaciones, porque Dios nos ha dado semejante extensión para ejercer nuestro celo.

De estos sentimientos nacía en el Hombre Apostólico una veneración muy singular sea por S. Francisco Javier, a quien su valor invencible llevó hasta las extremidades de las Indias, sea por los Ministros evangélicos de la misma Compañía o de las demás Órdenes Religiosas, que por las misiones se ejercitaban en la cultura de los Países extranjeros. Cuando sus asuntos los llamaban a Francia y le visitaban en S. Lázaro hacía reunirse a la Comunidad en su presencia, a fin de que impresionada por la narración de los bienes que Dios había operado por ellos, se animara a caminar tras sus pasos. En este mismo sentido hacía leer en el refectorio sus informaciones impresas; y para entrar a participar de sus buenas obras, apoyaba con toda su fuerza sus Misiones y sus trabajos entre los Infieles.

Mas como no se le podían dar conocer los frutos que ya se habían recogido sin descubrirle la prodigiosa mies que faltaba aún por recoger, se ofreció a sí y a los suyos a Jesucristo, para roturar, como los demás, una porción del campo del Padre de Familia. Sin embargo como su máxima fue siempre no hacer nada sin una vocación legítima, esperó en paz esta hora del Señor, a la que no está permitido adelantarse: tan dispuesto a no partir nunca como dispuesto a partir a la primera orden. No llegó nunca para él esta hora tan deseada; porque la Providencia le ató a su Patria con nudos que no le fue posible romper; pero llegó para muchos de sus Hijos, de los que unos llevaron la luz de la Fe a Países donde era desconocida; los otros la mantuvieron en una Región que haría con menos ganas esclavos, si no contara con hacer apóstatas. Los primeros trabajaron en Madagascar y allí sufrieron mucho; los últimos, por los que vamos a comenzar, trabajaron en Berbería, y allí sufrieron tal vez todavía más, que es lo que vamos a exponer remontándonos a las fuentes.

El estado en el que S. Vicente había visto a los esclavos de Túnez, cuando él mismo estaba de esclavo con ellos, los trabajos de los que él sabía que estaban abrumados, las halagadoras propuestas, que uno de sus patronos le había hecho para hacerle renunciar al Evangelio, todo ello le obligaba a socorrer a unos infortunados expuestos a perder la vida del cuerpo o a no salvarla sino por la pérdida de la del alma. Pero como las necesidades del Reino y de las Provincias vecinas, que fueron siempre muy urgentes durante casi toda su vida, no le permitían emprenderlo, se contentaba con levantar las manos al Cielo, y pedir a Dios que le diera los medios de aliviar a sus hermanos que gemían bajo el peso de sus cadenas. Sus votos fueron por fin escuchados. Luis XIII, bien por su propia inclinación, bien a petición de algunas personas de piedad, se trazó el plan para asistir a los esclavos de Berbería. La estima que tenía de Vicente de Paúl, el conocimiento de su caridad, de su celo y de su desinterés, se le hicieron elegir para esta importante obra. Le pusieron en manos nueve o diez mil libras de la parte del Rey, con orden de hacer partir para África a algunos de sus sacerdotes en la primero ocasión.

Este proyecto tan digno de una gran Príncipe y tan conforme a las inclinaciones de nuestro Santo, no estaba libre de dificultades, porque los Turcos no veían con buenos ojos a un sacerdote Cristiano más que cuando estaba en cadenas: fue preciso pues pensar en los medios de prepararles un trampa inocente y hacer algo que no estaba hecho aún, sin que tuvieran que quejarse de ello como de una innovación. El Hombre de Dios lo consiguió, y veamos cómo. Se acordó que por los Tratados hechos entre Francia y el Gran Señor para la libertad del comercio, se permite a los Reyes Muy Cristianos mantener en las ciudades marítimas que dependían de la Puerta, a algunos de sus súbditos a título de Cónsules, y

estos Cónsules obligados a residir cada uno en su Departamento para impedir la vejación de los negociantes y de los esclavos, tienen derecho a tener aun Capellán en sus Casas. No se trataba pues de otra cosa que buscar la aprobación del señor Martín, que gestionaba el consulado en Túnez, que un Misionero entrara en su casa en calidad de Capellán: se le propuso, asegurándole, como era justo, que ni él ni el hermano que se serviría, no le servirían de carga. Con la respuesta de este cónsul, Vicente hizo partir en 1645 a Luis Guérin, de quien ya hemos dicho cosas muy favorables, pero también justas, en el Libro cuarto de esta Historia. Trabajó durante dos años por la salvación de los cautivos con un celo y una caridad, que le merecieron el afecto y la estima de los mismos Infieles. Además, después de reconocer por su propia experiencia que un solo hombre no podía ser suficiente para tanto trabajo, pidió al Day, que es como el Rey del País, que le permitiera pedir otro sacerdote para ayudarlo. Este Musulmán que estaba bien informado, le respondió amablemente, Que si uno no le era suficiente, podía llamar a dos y a tres; Que le protegería en todas las ocasiones; Que cuando necesitara de algo, no tenía más que dirigirse a él, y que no le negaría nada: “pues, añadió, ya sé que no haces mal a nadie, y que por el contrario tú haces bien a todo el mundo”.

Guérin se aprovechó de la buena voluntad de Amo, y S. Vicente, a quien pidió a un segundo, le envió a Juan le Vacher, hombre cuyos trabajos y gloriosa muerte dieron tanto honor a su familia como le habían dado la piedad y la erudición del célebre André Duval su pariente. Este Misionero llegó a Túnez a comienzos del año 1648, y llegó muy oportuno a causa de la peste que, más viva que de costumbre, causaba muchas muertes entre los Turcos y los esclavos. Estos dos sacerdotes trabajaron en una ocasión tan apremiante con todo el celo de que eran capaces los Hombres Apostólicos. Pero el mes de mayo le Vacher fue él mismo atacado del mal y conducido hasta las puertas de la muerte. Dios que le había destinado a santificar durante más de treinta y cinco años a los cautivos de Túnez y de Argel, lo entregó a las lágrimas y a los votos de sus Hermanos. Veamos lo que escribió de él a S. Vicente Luis Guérin su asociado. *“Me es imposible expresaros cuán grandes han sido los gemidos y los lloros de los pobres esclavos, de todos los Comerciantes, del sr Cónsul y cuánto consuelo recibimos nosotros de su parte. Los mismos Turcos vienen a visitarnos en nuestra aflicción, y los más grandes de la ciudad de Túnez me han enviado a ofrecer sus servicios. Finalmente, Señor, veo con toda claridad que es bueno servir a Dios, ya que en la tribulación anima a sus mismos enemigos a socorrer a sus pobres Servidores. Estamos afligidos, y afligidos por el exceso de la guerra, de la peste y del hambre, y con todo eso nos encontramos sin dinero. A pesar de ello, nuestros ánimos están bien, gracias a Dios, y no tememos ya a la peste como si no existiera. El gozo que tenemos nuestro hermano Francillon y yo por el restablecimiento de la salud de nuestro querido sr le Vacher nos ha hecho fuertes como los leones de nuestras montañas”*.

Esta fuerza no duró mucho tiempo. Las fatigas del día y de la noche, el aire contagioso que había que respirar, para no ser inútil al prójimo, los malos alimentos que nos vemos obligados a usar en un tiempo en que el comercio está interrumpido, pusieron bien pronto a Guérin fuera de combate. Su cohermano no estaba aún restablecido, cuando fue atacado de la peste. Este accidente que había previsto, no le extrañó en absoluto; suscribió en su descanso, más por placer que con paciencia, y pensó en la muerte como el término de sus trabajos y el comienzo de la gloria, que un obrero fiel debe esperar de la misericordia de Dios. Si algo le impresionó fue morir en la cama, él que había contado siempre con tener la suerte de ser o empalado o quemado vivo por la gloria de su Maestro. África y Europa

lloraron su muerte por igual: África porque no había perdido la vida más que para salvársela a sus habitantes; Europa porque en todas partes donde había trabajado, se había ganado la reputación de un Apóstol. Su muerte fue seguida poco después de la del Cónsul; el Day que quería al sr le Vacher le dio orden de desempeñar las funciones hasta que el Rey de Francia hubiera nombrado a otro.

El Consulado era una carga bien pesada para un hombre encargado de la salvación de cinco o seis mil esclavos, y con bastante frecuencia de una parte de su subsistencia temporal. Por otra parte, es una especie de Magistratura que, aunque muy propia para hacer progresar los asuntos de Dios, no es sin embargo en su principio y en la mayor parte de sus efectos más que una función puramente secular. Para comprenderlo, es necesario y suficiente saber que en Argel y en Túnez no sólo los Franceses libres y esclavos, sino también los Italianos, Españoles, Portugueses, Malteses, Griegos, Flamencos, Alemanes, Suecos, y por lo general todos los pueblos que profesan el Cristianismo, con excepción solamente de los Ingleses, están bajo la bandera y la protección del Rey Cristianísimo; que todos recurren al Cónsul de Francia para ser protegidos por él contra los insultos de esta nación bárbara; que es él quien lleva al Day, al Bacha o a la Aduana de estos diferentes pueblos; que él reclama las capturas que se han realizado sobre ellos contra la fe de los Turcos; que no permite que para la entrada de sus mercancías se exija de ellos más de lo que deben pagar según las antiguas convenciones; que él negocia el rescate de sus esclavos y que él los saca cuando puede de sus cadenas para devolverlos a sus casas; que los barcos que llegan a traficar en sus dominios o que salen de ellos, deben llevar un pasaporte suyo; que además le pertenece conocer las diferencias que ocurren ya entre los esclavos como entre los comerciantes de todas estas naciones: y que finalmente debe impedir que estos últimos lleven a los Turcos ni plomo, ni hierro, ni armas, ni cordajes, ni velas, ni otros efectos de contrabando, de los que pudieran servirse para hacer la guerra a los Cristianos. Este último Artículo no es ni el más cómodo ni el menos importante del cargo, y se le recomienda expresamente por los Cánones de la Iglesia y por las Ordenanzas del Rey.

Tal era el empleo que el sr le Vacher se vio obligado a recibir. Vicente, sin cuya participación él no hacía nada, no bien se le hubo informado cuando trató en la Corte de que se le descargara del empleo. Se nombró a un antiguo procurador del Chatelet de París, llamado Huguier, hombre de mérito y de virtud, quien habiendo dejado las preocupaciones del siglo y de la tribuna, se había puesto bajo la dirección de nuestro Santo, y estaba dispuesto a emprender todo lo que él juzgara conveniente prescribirle para el servicio y la gloria de Dios. Huguier llegado a Túnez no les cayó bien a los Turcos y no quisieron permitirle ejercer el Consulado, se quedó no obstante algún tiempo con el sr le Vacher para ayudarle en las funciones de este enojoso empleo, de regreso a Francia, Vicente que no veía en él nada de secular sino el hábito, le aconsejó entrar en el estado eclesiástico, él obedeció, pidió incluso y obtuvo ser recibido entre los Hijos del santo Sacerdote, y con esta calidad y la de Misionero Apostólico, regresó a Berbería donde, después de prestar grandes servicios a los esclavos, entre los que se ganó la peste, acabó felizmente su carrera en el mes de abril del año 1663.

Aunque le Vacher hubiera pensado en un principio que pudiera cumplir los deberes de Cónsul y de Sacerdote, reconoció a tiempo que cada uno exigía a un hombre del todo. A petición suya, a sus instancias redobladas, que Vicente apoyó en la Corte, el Rey nombró en 1653 al Consulado a Martín Husson nacido en París y abogado en el Parlamento. “*Es, dice*

nuestro Santo en la carta que le entregó para el sr le Vacher, *es un joven de los más completos en su condición que conozco. Ya veréis vos mismo pronto su virtud, y no digo en qué grado, ya que sobrepasa lo que se pueda pensar, pero a tal punto que os pueda servir de gran ayuda. No es solamente sabio, sino de buen conformar, vigilante y piadoso; pero es muy capaz para los negocios, siempre listo a ocuparse a favor del prójimo. Se va a Berbería únicamente para servir a Dios y a los pobres esclavos... Deja París y a su familia que le quiere tiernamente y que ha tratado de detenerle con muchas lágrimas, advertencias y habilidades. Vivirá, decía Vicente en otra carta, vivirá en común con el sr le Vacher, como si fuera de nuestra Congregación, aunque no lo sea.”.*

Tal era el Cónsul que nuestro Santo proporcionó a Túnez. Respondió perfectamente a la alta idea que se había concebido de él. Pero, diga lo que diga el sr Abelly, es seguro que no estuvo mucho tiempo en África. Su inflexible apego a las verdaderas reglas de la probidad desagradó al Day Agy Mustafá. A penas había pasado tres años en Túnez cuando el Príncipe injusto y bárbaro, desesperado por que Husson le negara cosas que no podía concederle, le expulsó ignominiosamente. Antes de partir devolvió los sellos al sr le Vacher; y por consentimiento de todos los comerciantes que se encontraron en los lugares le nombró Cónsul hasta que quisiera Luis XIV nombrar a un sucesor. Este sucesor no llegó hasta seis años después.

Esta prórroga de preocupaciones no hizo olvidar al ferviente Misionero el objeto principal para el que había sido enviado a Túnez. Su ocupación como la de sus hermanos, de la que hablaremos un poco más adelante, fue la de sostener la Religión Católica en medio de un pueblo que la mira con horror, hacer respetar el nombre del Salvador de los hombres en una tierra, en la que sus adoradores son perseguidos, mantener en la Fe a los que las súplicas, las amenazas y el peso de sus cadenas podrían apartarlos de ella, devolver siempre que sea posible a los renegados que han tenido la desgracia de perderla, consolar a los desafortunados que, aunque muy inocentes, son tratados como criminales de Estado, enseñarles a santificar sus cruces y a unir sus sufrimientos a los de Jesucristo, fortalecerlos en la enfermedad, administrarles los Sacramentos tanto en la ciudad como en el campo, y finalmente consumirse por esta porción sufriente de la Iglesia del hijo de Dios, como el Hijo de Dios se sacrificó él mismo por la Iglesia universal.

Para enseñar al lector a justipreciar tan grandes bienes, y darle a conocer que los que son de la misma especie que se hacen en Europa, no se acercan, es bueno darle alguna idea de la situación en la que están los esclavos de Berbería, y de los riesgos que corren continuamente los que trabajan para defenderlos de la seducción, y conservarlo en la Fe.

En cuanto a los esclavos, es decir, ese gran número de cristianos de toda edad, de todo sexo y condición, que apresados en el mar por los corsarios de Argel y de Túnez, son vendidos en pleno mercado como se venden los animales en todas las demás partes, se ha de confesar que todos no son tratados igualmente. Los hay a quienes sus Patronos emplean en sus negocios del exterior; otros quienes, como los criados más humildes en Francia, hacen la colada, cuecen el pan, preparan la bebida y la comida; algunos que, más libres todavía, trabajan por su cuenta para dar cada mes a sus amos una suma convenida, que tratan de ahorrar de su gasto. Pero, aparte de que estos oficios son muy duros para quienes no están acostumbrados, y quien tenga un patrón razonable pueda dos días después ser vendido por él a un tigre furioso, es común que el mayor número de estos pobres cautivos se halla en un estado digno de compasión.

Los que son condenados a los trabajos del campo, y muchos de los cuales no vuelven a la ciudad nunca, están empleados en labrar la tierra en un clima devorador, en cortar leña en los bosques, en hacer carbón, en sacar piedras de las canteras, sin tener nunca un momento de descanso. Los de las ciudades sirven a veces en tierra, y otras en el mar. En tierra les hacen serrar mármol; en el mar, remar casi desnudos, sin otra cosa que un calzón, a pesar de los calores ardientes del sol en verano, y el rigor del frío en invierno. En Túnez y en Bicerta, están atados a cadenas y vigilados con cuidado durante el día y la noche. Esta noche, que debería darles un poco de descanso, es para ellos un nuevo género de suplicio. La pasan en mazmorras, es decir, en grandes cuadras, en las que encerrados como caballos en número de dos, tres o cuatrocientos no se diferencian de ellos más que en que un caballo es alimentado y vendado como es debido, mientras que los Cristianos de las mazmorras están entre basuras, en la miseria y en un abandono total, afortunados todavía si sólo estuvieran abandonados; al menos no se los vería, como sucede a menudo, sometidos al injusto capricho de sus guardianes o por el horror que sus amos sienten hacia nuestra santa Religión, castigados a ultranza y a veces hasta expirar bajo los golpes o a quedar lisiados para toda la vida.

Como este retrato pudiera parecer un poco demasiado recargado a los que, por sentirse más obligados a enternecerse por las miserias del prójimo, prefieren creer que se exagera, nosotros se lo confirmaremos con las cartas que escriben a S. Vicente los dos sacerdotes de quienes hemos hablado. La primera, que es del sr Guérin, está concebida en estos términos:

“Esperamos a una gran cantidad de enfermos al regreso de las galeras. Si esta pobre gente sufre mucho en sus viajes por el mar, los que se quedan aquí no sufren menos. Les hacen trabajar todos los días serrando el mármol, expuestos a los ardores del sol, tales que no puedo compararlos más que con un horno ardiente. Resulta extraño el trabajo y el calor que aguantan: sería capaz de hacer morir a caballos, y sin embargo estos pobres Cristianos siguen subsistiendo, sin perder más que la piel que dan como presa a estos calores ardientes. Se los ve sacar la lengua como a los perros, por el calor insostenible que tienen que respirar. Ayer un pobre esclavo muy anciano, agotado por el mal, sin poder más, pidió permiso para retirarse; pero no tuvo otra respuesta que aunque reventara en la piedra tenía que trabajar. Os dejo pensar cuánto me llegan al alma estas crueldades y cuánta aflicción me causan. No obstante estos pobres esclavos sufren sus males con una increíble paciencia; bendicen a Dios en medio de todas las crueldades que se ejercen sobre ellos y puedo decir con toda verdad que nuestros Franceses están a la cabeza en bondad y en virtud por encima de las demás naciones. Tenemos a dos de ellos enfermos agudos y que, según parece, no pueden recuperarse, a los que hemos administrado todos los sacramentos, y la semana pasada se murieron otros dos como perfectos Cristianos, de los que se puede decir que su muerte ha sido preciosa a los ojos del Señor. La compasión que siento por estos pobres afligidos que trabajan serrando el mármol me fuerza a distribuirles una parte de los refrescos, que no he destinado más que a los enfermos”.

A esta carta que sólo se refiere a los esclavos de Túnez y de la que se puede concluir lo que sufren los de Argel quienes, según testimonio de todo el mundo, son mucho peor tratados, acompañaremos otra que nos instruirá sobre la triste situación de los de Bicerta. Juan le Vacher que, como diremos luego, se vio obligado a hacer un viaje a esta ciudad en otro tiempo tan conocida como con el nombre de Útica y tan famosa por la muerte del Pretor Catón, ya informó a nuestro Santo, y lo hizo en estos términos:

“La esclavitud es tan fértil en males que el fin de unos es el comienzo de los otros. Entre los esclavos de ese lugar, además de los de las mazmorras, he encontrado a cuarenta encerrados en un establo, tan pequeño y estrecho que apenas podían moverse dentro. Sólo recibían aire por un tragaluz cerrado por una reja de hierro, que se halla en lo alto de la bóveda. Todos están encadenados de dos en dos, y perpetuamente encerrados, y no obstante trabajan en moler trigo en un pequeño molino a mano con la obligación de entregar cada día una cantidad reglada que sobrepasa sus fuerzas. En verdad que esta pobre gente se alimentan del pan de dolor y pueden decir bien que lo comen con el sudor de sus cuerpos en este lugar asfixiante y con un trabajo tan excesivo.

“Al poco tiempo de entrar para visitarlos, al abrazarlos en ese estado lastimoso, oí gritos confusos de mujeres y de niños, entremezclados de gemidos y de lloros, me enteré que eran cinco pobres jóvenes Cristianas esclavas, cuatro de las cuales tenían un niño cada una, y que se hallaban en extrema necesidad. Como habían oído el ruido de nuestro saludo mutuo, se habían acercado al tragaluz para saber quién era, y habiendo visto que yo era sacerdote, el dolor acuciante que les oprimía el corazón, les había hecho ponerse a gritar y llorar, para conseguir de mí una parte del consuelo que yo trataba de dar a los prisioneros a quienes había venido a visitar.

“Os confieso que en ese momento me sentí tan abatido al ver por un lado a estos pobres esclavo que apenas se sostenían, a causa del peso de sus cadenas, y al escuchar del otro las lamentaciones de aquellas pobres mujeres y los gritos de sus pequeños inocentes. La más joven de ellas está perseguida muy especialmente por su Patrón el cual, para casarse con ella quiere hacerle renegar la Fe de Jesucristo. Ay, que una parte de tantos millones que se gasta entre los Cristianos en cosas superfluas, se emplearía aquí mucho mejor empleada para aliviar a estas pobres almas en medio de tantas amarguras que las ahogan. He tratado, con ayuda de la gracia de Dios, de asistir a los hombres y a las mujeres con mi poco poder; pero nos encontramos en un País, en el que se ha de comprar a precio muy alto el permiso de hacer bien a los pobres: pues para obtener el poder de hablarles, he tenido que dar buen dinero a sus patronos, lo mismo que para soltar las cadenas a los esclavos de algunas galeras que estaban preparadas para salir... para confesarlos y decirles la santa Misa y darles la comunión; lo cual, por la misericordia de Dios se ha hecho con fruto y bendición.

“Dos galeras, decía también el mismo sacerdote, partieron ayer para hacer la carrera; hay más de quinientos esclavos Cristianos, todos los cuales, por la gracia de Dios, se han puesto en buen estado. ¡Oh, qué doloroso les resultó este día! ¡Cuántos bastonazos cayeron sobre sus pobres cuerpos por los infames renegados que tienen el cargo de cómitres! Sé muy bien que los Franceses de las galeras de Francia no son mejor tratados, pero entre unos y otros existe esta diferencia, que los Forzados no están condenados más que por sus crímenes, mientras que los esclavos de Berbería pasan dolores y sufrimientos porque son buenos Cristianos y fieles a Dios”.

Por estas cartas vemos, y se verá mejor todavía luego, que el trabajo, la desnudez, el hambre y demás miserias del cuerpo no son los mayores males de los esclavos; la facilidad que tienen de romper o suavizar sus cadenas, ya abjurando la Fe, ya prestándose a los abominables deseos de sus amos, es para ellos la más peligrosa de las tentaciones; y cuántos habrían sucumbido desde hace un siglo, si los Hijos de Vicente de Paúl hubieran

preferido la tranquilidad y las dulzuras de Europa a las alarmas y a las vejaciones que los esperan en África.

En efecto si Dios no sostuviera a sus Ministros con su santa caridad, se verían con frecuencia reducidos a aburrirse, como san Pablo, de una vida en que la misma calma no puede tranquilizarlos más que débilmente; porque entre eso y la más violenta tempestad no hay más que un paso, que traspasan la singularidad y la injusticia cuando les place. Veamos algunos ejemplos.

El sr le Vacher no se ocupaba más que de sus queridos esclavos, cuando el Day le pasó orden de ir a verle. Sin otro preámbulo le mandó salir de la ciudad, y no volver a poner los pies en ella más; porque, le dijo, me han advertido de que por estos artificios impides a los Cristianos que piensan cambiar de Religión, hacerse turcos y abrazar la ley de Mahoma. Tuvo que obedecer sin dilación. El Rey de Túnez tenía sus miras, y Dios tenía las suyas. Le Vacher partió para Bicerta, que tan sólo dista dos leguas de Túnez. A su llegada encontró dos embarcaciones cargadas de esclavos Cristianos. Les habló de la necesidad de la salvación, los exhortó a hacer una buena confesión, y los escuchó con mucha caridad. *Quién sabe, Señores*, dijo entonces Vicente a la Comunidad, *si Dios no ha permitido que esta pequeña desgracia le haya ocurrido al sr le Vacher para darle los medios de ayudar a esa pobre gente a ponerse en buen estado.*

Sin embargo el Cónsul Husson, que vivía con le Vacher como un hijo tierno y respetuoso vive con su padre solicitó una cita. Hizo comprender al Day que este buen sacerdote no se mezclaba con la Religión de los Turcos, que no se ocupaba más que del cuidado de los esclavos Cristianos, y que un hombre que no hacía mal a nadie no merecía ser exilado. El Day se rindió a estas razones; pero como a los que están en los cargos no les gusta equivocarse, dio orden al gobernador de Bicerta de no despedir al Papas de los Cristianos hasta después de un mes. Con esto se dio la satisfacción de un hombre que castiga levemente una falta, aunque en el fondo no hizo más que continuar una injusticia.

Esta calma no duró; poco tiempo después del regreso de nuestro Misionero se levantó una nueva tempestad. El Day que necesitaba Cotonina, (es una especie de tela muy gruesa, de la que hacen velas para los navíos) encargó al Cónsul que la pidiera a Francia. Husson que sabía por sus instrucciones que este comercio está prohibido a los Cristianos por las Leyes de la Iglesia y por las del Estado, rechazó el encargo. El Day descontento se dirigió a un mercader de Marsella, que no era tan escrupuloso. Prometió al Day todo lo que quiso. El Cónsul que se enteró de ello, por más que le echaba en cara la injuria que hacía a Dios y a los Cristianos, el mal que se hacía a sí mismo y el castigo del que sería seguida su falta en Francia, suponiendo que se conociera allí; no pudo conseguir nada de un alma tan vil y mercenaria, a la que cegaba la esperanza de ganar. Aunque Husson vio que se exponía mucho, preparó su Proceso Verbal, y lo envió a la Corte. En consecuencia el Rey dio orden a los Oficiales de sus puertos de Provenza y de Languedoc que se vigilara con cuidado para que no se cargara ninguna mercancía de contrabando para Berbería.

El Day, que no recibía su Cotonina, sospechó que le habían tergiversado sus planes: en buena política torcida, no dijo nada al Cónsul a quien quería perder a su tiempo; le Vacher, que era con Husson uña y carne, fue el primero sobre quien cayeron los golpes. *Quiero*, le dijo el Day que le había llamado, *yo quiero que me pagues doscientas setenta y cinco piastras, que me debe el caballero de la Ferrière; ya que tú eres de una Religión que*

reparte los bienes y los males comunes, y por esta razón quiero aprovecharme de ti. El principio y la consecuencia eran ridículos; pero se razona siempre bien cuando se tiene el bastón de mando en la mano. Le Vacher replicó modestamente, que los Cristianos no estaban obligados a pagar las deudas unos de otros; que no debía ni podía ser contable de las de un Caballero de Malta, y de un capitán de navío como era el señor de la Ferrière; que él era un pobre *Marabout* de los Cristianos; es el nombre que los Musulmanes dan con frecuencia a nuestros sacerdotes; Que él residía en Túnez sólo para servir a los esclavos, y que le costaba mucho trabajo vivir. *Di lo que quieras,* replicó el Day, *yo quiero que me paguen.* Ya pasaba de las palabras a la violencia, cuando le Vacher, para evitar mayores males, se sometió a la ley del más fuerte.

Si pensó que la cólera de aquel Amo injusto se había acallado, se equivocó totalmente. La firmeza que había hecho aparecer el Cónsul oponiéndose a las exigencias inicuas del tirano fue un crimen que éste no pudo olvidar. Aprovechó la próxima ocasión que se presentó para castigarle, y no tardó. Las embarcaciones del Gran Duque de Florencia se apoderaron de un buque tunecino en el que había trece Turcos, y le condujeron a Livorno. Ante esta noticia el Day llamó a Husson y quiso que se obligara a hacer volver a estos Mahometanos. Eso no era posible: y sólo faltaba sentido común para ver que un Cónsul Francés no tuene nada que prescribir a un Duque de Toscana. Esto fue lo que Husson expuso al Day; pero el Day estaba demasiado apasionado para escuchar razones. Sin otra forma de Proceso, expulsó al Cónsul de Túnez. Le Vacher, para quien esta separación fue un golpe terrible, se esperaba una afrenta parecida. El que tiene en sus manos el corazón de los poderosos de la tierra no lo permitió. El Day, bien lejos de exiliar a este santo y fiel Misionero, le encargó por segunda vez del Consulado, como ya lo hemos dicho. Con eso, ¿cuántos bienes espirituales no procuró contra sus intenciones a un pueblo de esclavos que tenían tanta necesidad de ser fortalecidos durante la vida, y en la muerte?

De Túnez pasemos por un momento a Argel y veremos allí a los Hijos de Vicente de Paúl más maltratados. El santo sacerdote que había reconocido que el mal entendimiento entre los Cónsules y los Vicarios Apostólicos arruinaba en Berbería los asuntos de Dios hizo, con la ayuda de la Duquesa de Auguillon que cayera el Consulado en el señor Jean Barreau natural de París. Este misionero que no tenía Órdenes y que unía a una gran facilidad para los negocios, mucho desinterés, un gran celo por la gloria de Dios, un amor tierno por los pobres y sobre todo por los esclavos, partió en 1646, para presentarse en su puesto. *“El alma de vuestra empresa, le dijo Vicente al darle su último adiós, es la intención de la pura gloria de vuestro divino Maestro; el estado continuo de humillación interior, puesto que no podéis hacer muchas cosas exteriores; y la sumisión de juicio y de voluntad al sacerdote que os sea dado como consejo. No hagáis nunca nada sin comunicárselo si estáis obligado a actuar y responder en ese instante mismo. Jesucristo era el Soberano Señor de la santísima Virgen y de S. José; y no obstante mientras estuvo con ellos, no hacía nada sin su consentimiento. Es este Misterio de un Dios sometido el que os exhorto a honrar de una manera especial, para que Dios quiera conducirlos y asistirlos en este oficio al que la Providencia os ha destinado”.*

Barreau era hombre demasiado honrado para no tener nada que sufrir de una nación que, aunque enriquecida por sus bandidajes, es el juguete de una avaricia desmesurada; que siempre preparada a vengarse en un Cristiano por las pérdidas que ha tenido no deja nunca de calumniar ni poner testigos para probar que el inocente es culpable; y que, para anular

una sentencia injusta, pide casi tanto como el opresor en provecho del cual se ha dictado. Apenas llevaba un año en Argel cuando le forzaron a garantizar a un Religioso de la Merced por la suma de seis o siete mil piastras, que éste no debía. Esta injusticia fue seguida de otra: se quiso que el Cónsul pagara, y para obligarle a hacerlo lo antes posible, un Bacha que estaba de nuevo en el cargo le mandó encarcelar.

Noüeli, el joven sacerdote de la Misión, hombre de una eminente virtud, iba a visitarle todos los días, y con la unción y la dulzura de su trato, aminoraba una parte del peso de sus cadenas. Pero como la peste, que no desaparece nunca del todo en este clima maldito de Dios y de los hombres, reinaba allí más que nunca, y como Noüeli, que día y noche se los pasaba socorriendo a los Cristianos, fue atacado hacia finales del mes de julio -19 de julio de 1647, Barreau que no quería abandonar a este santo y generoso sacerdote en una necesidad tan apremiante, resolvió romper los lazos al precio que fuera. Trató pues de la libertad, y tuvo bastante suerte de obtenerla por el precio de cuarenta y cinco piastras, que dio parte a algunos Oficiales del Day y parte a personas que tenían crédito ante él. Noüeli le compensó de esta pérdida por la edificación que le produjo hasta el último momento. El Cónsul vio morir -22 de julio- a la edad de menos de treinta años a un hombre a quien su celo y sus trabajos habían hecho cumplir ya una larga carrera. Fue testigo del dolor no sólo de setecientos u ochocientos Cristianos que asistieron a sus funerales, sino también de un número de Turcos y de Moros que lloraron su muerte; finalmente asistió a dos oraciones fúnebres, que la justicia y la verdad consagraron a su gloria; y la primera de las cuales fue pronunciada en la Capilla de la prisión de los esclavos del Rey por un Religioso de la Orden de los Carmelitas; la segunda lo fue en otra parte por un Franciscano, que dijo del sr Noüeli que Argel había perdido con la muerte de este solo hombre un ejemplo de todas las virtudes: *In morte unius omnes defecisse virtutes*. Es lo que el más sabio de los Padres había dicho de santa Paula su hija espiritual.

Barreau, que no había salido de prisión más que para cerrar los ojos al mejor amigo que tuviera en Berbería, necesitaba consuelo; Vicente, el hombre de su siglo más capaz de curar las llagas del corazón, se apresuró a sacar a colación la suya. *“Yo recibí ayer por la tarde, le decía, la triste aunque feliz noticia de la muerte del sr Noüeli; ella me ha hecho derramar muchas lágrimas en varias ocasiones, pero lágrimas de gratitud para con la bondad de Dios por la Compañía por haberle dado a un sacerdote que amaba tanto a Nuestro Señor y que ha tenido un fin tan dichoso, por que os ha escogido para una obra tan santa, con exclusión de tanta gente inútil en el mundo. Y ahí estáis vos como prisionero por la caridad, o mejor dicho por Jesucristo. ¡Qué dicha sufrir por este gran Monarca, y qué coronas os esperan si perseveráis hasta el final!”*

Como se necesitaba otra cosa que palabras para consolar a un Misionero que se hallaba solo en Argel y más todavía para continuar ofreciendo a veinte mil esclavos Cristianos que se encuentran de ordinario, los servicios espirituales que Vicente había tenido intención de prestarles; este celoso Superior se apresuró a remplazar a Noüeli. La temprana muerte de este joven sacerdote, lejos de desagradar a nadie el peligroso puesto que había ocupado sirvió para multiplicar los competidores. Los Señores Le Sage y Dieppe, gente de alta virtud, tuvieron el honor de ser preferidos, ellos lo fueron en el cielo como lo había sido en la tierra. Le Sage fue arrebatado por la peste el 12 de mayo de 1648, Dieppe no le sobrevivió más que un año; se fue a compartir su recompensa como había compartido sus trabajos. Lleno de confianza de aquél por cuyo amor se había inmolado y los ojos

tiernamente dirigidos a un crucifijo que tenía en la mano, no hizo, durante media hora que duró su agonía, otra cosa que repetir con mucho fervor estas palabras: *Majorem charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. A estos dos sacerdotes sucedió Philippe le Vacher, hermano del que hacía tantos bienes en Túnez. Él no se reservó más que sus compañeros: pero Dios el conservó por más tiempo para los esclavos y el Cónsul, casi siempre tan perseguido como ellos.

En efecto, desde 1650 Barreau fue devuelto a las cadenas. Vicente que supo muy pronto lo de su cautiverio le lloró y le felicitó a la vez. *“Con gran dolor, le escribió este santo sacerdote, he tenido noticias del estado al que os veis ahora reducido. Es un motivo de aflicción para toda la Compañía y a vos de un gran mérito ante Dios, ya que sufrís inocente. También yo he sentido un consuelo que sobrepasa todo consuelo por la dulzura de espíritu con la que habéis recibido este golpe y por el santo uso que hacéis de vuestra prisión. Doy gracias a Dios por ello pero con un sentimiento de gratitud incomparable. Habiendo descendido del Cielo a la tierra Nuestro Señor para la redención de los hombres, fue apresado y encarcelado por ellos; ¡qué suerte para vos, Señor, ser tratado casi como él! Salisteis de aquí como de un lugar de alegría y descanso, para ir a asistir y consolar a los pobres esclavos de Argel; y vemos ahora que se os pone en cadenas casi como a ellos. Pues cuanta más relación tengan nuestras acciones con las que Jesucristo hizo en su vida, y nuestros sufrimientos con los suyos, más agradables son a Dios; y como vuestro encarcelamiento honra al Salvador, así os honra él al comunicaros su paciencia: yo le suplico que os confirme en ella”*.

El Santo dice luego al Cónsul que le ha impresionado tanto su carta que se propone leérsela a la Comunidad; luego añade que ni él ni sus cohermanos se cansarán de pedir a Dios que, después de dar la paz y la libertad de espíritu de las que goza en sus cadenas, se digne concederle la libertad del cuerpo: *“Continuad, Señor, prosigue, conservándoos en la santa sumisión a la voluntad de Dios, pues de esta forma se cumplirá en vos la promesa de Nuestro Señor que no se perderá ni uno solo de vuestros cabellos; y que poseeréis vuestra alma en la paciencia. Confíaos plenamente a él y recordad lo que sufrió por vos en su vida y en su muerte. El siervo, decía él, no es mayor que su Señor: si ellos me han perseguido, también os perseguirán a vos. Bienaventurados los que son perseguidos por la justicia porque suyo es el Reino de los Cielos. Alegraos pues, Señor, en aquél que quiere ser glorificado en vos, y que será vuestra fuerza, como yo se lo pido constantemente, y en cuanto a vos, os suplico por el afecto que sentís por nuestra Compañía, que pidáis a Dios por todos nosotros la gracia de llevar bien nuestras cruces pequeñas y grandes; a fin de que seamos dignos hijos de la Cruz de su Hijo que nos ha engendrado en ella en su amor, y por la que esperamos poseerle perfectamente en la eternidad de los siglos. Amen”*.

Esta carta fue seguida, hacia comienzos del año siguiente. De otra que no era menos paternal. En ella se ve que el santo sacerdote hacía más en Francia por el Cónsul de lo que él mismo hacía en Argel -15 de enero de 1651-. *“Vuestra última carta del mes de octubre, le dice S. Vicente, nos ha dado grandes sentimientos de ternura y de consuelo, porque hemos visto por ella que vuestra paciencia no se cansa ni se sorprende sino que os conformáis humildemente a la pena presente y a todo lo que Dios tenga a bien ordenar para el porvenir. Nosotros ya le hemos dado gracias por tan grande favor, y continuaremos pidiéndole con insistencia vuestra liberación. El Rey ha estado ausente de París durante seis o siete meses, y a su regreso hemos realizado todos los esfuerzos para*

procuraros este bien. Por fin se ha resuelto que se escribirá Constantinopla, que presentará en la Puerta su quejas por vuestro encarcelamiento, que pedirá que los artículos de Paz y de Alianza acordados por Enrique IV con el Gran Señor en 1604 sean ejecutados, y haciendo que los Turcos tengan que cesar sus carreras contra los Franceses y devolver los esclavos que tienen, en caso contrario que Su Majestad se hará justicia. Mantendremos mano firme en esta expedición, Dios mediante: a la Providencia corresponde hacer el resto, y espero que todo irá bien si, como vos lo hacéis por su gracia, nos abandonamos a ella con confianza y sumisión. Tal vez hasta nos sea bastante favorable para sacaros de la prisión y de apuros de una manera más corta que la de Constantinopla: pues o el Bacha que es vuestra parte se ablande o habrá algún cambio que produzca este buen efecto”.

Estas últimas palabras no fueron una vana conjetura: el acontecimiento del que fueron seguidas a continuación las hizo considerar como una predicción. Efectivamente, el Bacha Mourath, a quien no le gustaba el Cónsul y que le había mandado encarcelar, al enterarse de que otro Bacha llamado Mahamet iba a venir a ocupar su lugar en Argel, prefirió sacar de Barreau lo que pudo y ponerle en libertad, a esperar la llegada de su sucesor, que se habría aprovechado. Le mandó pues salir al cabo de siete meses, mediante trescientas cincuenta piastras, suma muy por debajo de la que pretendía. La avidez había puesto al Cónsul en cadenas, la avidez le sacó de allí.

Vicente se apresuró a felicitarle; pero lo hizo como lo habría hecho S. Pablo en caso parecido. *“Dios que ve el fondo de nuestros corazones, escribía al sr Barreau, Dios sólo puede daros a conocer la alegría que he sentido al oír la noticia tan esperada de vuestra libertad, le hemos dado gracias por ello tan tiernas como por el mejor de los bienes que hayamos recibido desde hace mucho de su bondad. Se lo he dicho a vuestro señor padre, quien ha sentido un gran consuelo, como también el buen uso que habéis hecho de vuestro cautiverio. Nunca pienso que la dulzura de espíritu, de la que habéis dado tantas pruebas, se me presente a mí para hacerme hallar la sumisión a Dios y la paciencia en las aflicciones, cada vez más bellas y más amables. No puedo, Señor, expresar bastante lo feliz lo afortunado que sois por haber sufrido así por Nuestro Señor Jesucristo, que os ha llamado a Argel. Conoceréis mejor la importancia y los frutos dentro de quince o veinte años después, que lo hacéis ahora; y más todavía cuando Dios os llame para coronaros en el Cielo. Tenéis motivo de considerar como santamente empleado el tiempo de vuestra prisión. Para mí, yo lo miro como una señal infalible de que Dios quiere llevaros a él, porque os hace seguir las huellas de su Hijo único. Que sea por siempre bendito, y vos más adelantado en la escuela de la sólida virtud, que se practica excelentemente en los sufrimientos y que da a los buenos servidores de Dios pensamientos de temor, cuando no tienen nada que sufrir. Suplico a su divina bondad que la calma de la que gozáis ahora aumente en vos la paz que la tempestad no ha podido perturbar, y que dure tanto como sea necesario para cumplir perfectamente los designios de Dios sobre vos. Lejos de no hacer nada contra mi intención dando las mil libras que habéis pedido prestadas, estimo que eso no es nada a cambio de vuestra libertad, la cual nos es más querida que todo lo demás.”*

Estas lecciones que traducen tan bien la estima que S. Vicente tenía de los sufrimientos, eran necesarias a un Cónsul de Argel. Existen mares sobre los cuales se está siempre en peligro, y donde la tranquilidad de las olas es una disposición más o menos alejada de la tempestad. Barreau lo experimentó algunos años después, pero lo experimentó de una

manera cuyo relato da compasión por él, y horror por sus perseguidores. Así es como ocurrió la cosa.

Un comerciante de Marsella habiendo hecho bancarrota, sus acreedores de Argel elevaron sus quejas al Bacha. Éste echó la culpa al Cónsul, y quiso, contra todas las reglas de la razón y de la equidad, que pagara las sumas debidas por aquel Provenzal. Barreau se negó a hacerlo, y expuso que él no era ni el fiador de un extranjero con quien no tenía nada en común, ni responsable de sus hechos, ni en situación de pagar sus deudas. A razones tan sensatas no había réplica: el Bacha encontró una. Al punto, sin respetar ni el derecho de la gente ni la persona de aquel a quien el Cónsul tenía el honor de representar, le mandó echarse al suelo, ordenó, según la cruel costumbre de la Región, que le descargaran una granizada de bastonazos en la planta del pie. La orden fue ejecutada, pero de una forma tan bárbara que el paciente perdió conocimiento y se desvaneció. Por miedo a que expirara, el Bacha mandó cesar a los verdugos, o más bien a un tormento que podía causar la muerte mandó que siguieran otros que no eran tan mortales, pero que eran tal vez más dolorosos. Le colocaron al Cónsul leznas puntiagudas entre la carne y las uñas; iban a hacerle algo peor, cuando Barreau, menos sensible a sus males que al triste estado al que su muerte reduciría a los esclavos Cristianos, se comprometió por fin a todas las exacciones con las que la brutalidad y la avaricia juzgaron a propósito cargarle. La suma llegaba a doce mil libras y el Cónsul por todo dinero no tenía más que cien escudos.

Después de una injusticia tan negra en todos los aspectos, lo llevaron a su casa; ya que el estado en que le habían puesto no le era ya posible sostenerse. Pero apenas comenzaba a respirar, por poco que fuera, cuando el tirano a quien, cuando se trataba de enriquecerse, los crímenes no le costaban nada, le asignaron cuatro satélites con orden o de pagar en el mismo instante o de ser llevado a casa del Bacha, y morir allí. ¿Qué partido tomar en una alternativa tan cruel? Sólo quedaba uno: era ponerse en las manos de Dios y ofrecerle un sacrificio de su vida. Ese fue el que tomó el Cónsul. Y le resultó bien. Una vez que se supo en Argel, que todo se había acabado con él, si no volaban a socorrerle, los esclavos, a quienes había hecho tantos servicios, consternados por el peligro en que le vieron, acudieron en masa a la casa. Unos le llevaron veinte escudos, otros treinta, éstos un centenar, aquéllos hasta doscientos. Habían reunido estas pequeñas cantidades para rescatarle ellos mismos en la primera ocasión que se presentara; pero la caridad y la gratitud los llevaron a sacrificar sus propios intereses por la salvación de un hombre, a quien su ternura para con ellos había arrancado de su Patria; y que no se habría marchado de Europa, donde se encontraba bien, si no hubiera sabido que ellos estaban en África, y que estaban muy mal. *Tanto pusieron*, dice el sr Abelly, *que llegaron a reunir toda la suma*; y que se creyó ver en ellos el espíritu de aquellos Cristianos de los primeros tiempos quienes, para socorrer la indigencia de sus hermanos se daban el placer de llevar sus bienes a los pies de los Apóstoles.

Vicente, a quien Barreau escribió lo que había pasado, rindió a Dios muy humildes acciones de gracias por la liberación de uno de sus Hijos y por el medio del que Dios se había servido para procurársela. Pero creyó sabiamente que era de menor importancia que estos libertadores fueran compensados lo antes posible. Actuó pues con sus amigos, y lo hizo tan bien que en poco tiempo se devolvió a estos caritativos cautivos más de lo que habían desembolsado. Las limosnas sobrepasaron en tanto al capital que cuando en junio de 1651 Philippe le Vacher y Barreau, que había cesado de ser Cónsul, regresaron a Francia,

tuvieron el consuelo de traer consigo a setenta esclavos, cada uno de los cuales les debía al menos una porción de su libertad.

Eso es lo que costó y cuesta todavía con frecuencia a los Misioneros, la ventaja que tienen de servir a Jesucristo en la persona de los esclavos de Berbería. El aire envenenado de las Mazmorras, la peste que flota en el clima, la opresión de la parte de un pueblo sin humanidad, esas son las primeras flores que han de recoger. Pero estas flores no se han quedado nunca sin frutos: por ahí hemos prometido acabar lo que se refiere a las misiones de Túnez y de Argel.

Como entre los son destinados a ellas, hay siempre algunos que tienen el honor de ser Vicarios Apostólicos y Vicarios Generales del Arzobispado de Cartago del que dependen estas dos ciudades; sacerdotes y religiosos esclavos, que se encuentran en gran número, están sometidos a su jurisdicción. Esta justa subordinación ha impedido males infinitos. Los seculares que están encadenados, teniendo la caridad de proporcionar a los eclesiásticos que han sido como ellos capturados todas sus necesidades, y de pagar a sus patronos *la Luna*, es decir la tasa que les debe llegar al final del mes; estos hombres que no tenían apenas otra cosa que hacer que recitar el Breviario, se veían más dueños de sí mismos en el seno de la esclavitud de lo que lo eran a los ojos de sus Superiores. De ahí el desorden y el escándalo. Escándalo, cuesta decirlo, que a veces llegaba tan lejos que cuando Noüeli llegó a Argel, no hacía mucho tiempo que un Turco se había visto obligado a devolver a las cadenas a un desdichado sacerdote cuya conducta asustaba a los Judíos y Mahometanos.

El primer bien que hicieron en Berbería los Discípulos de Vicente de Paúl fue detener una licencia que, odiosa en todas partes, lo era todavía más en una tierra infiel. Sus buenos ejemplos, sus discursos llenos de fuego y de unción, las sabias Ordenanzas que publicaron en nombre y por la autoridad de la Santa Sede, las censuras mismas que dictaron a veces, pero con toda la precaución que debe acompañar el uso; estos medios ya dulces, ya fuertes, restablecieron el orden y la disciplina: los Gentiles no blasfemaron más el nombre de Dios con motivo de sus Ministros, y los simples Cristianos no encontraron más en sus Guías de qué autorizar su apostasía.

No sé si este bien por grande que sea puede parangonarse con el que hicieron los Misioneros en la mayoría de los esclavos. El número de los formados en las más altas virtudes o afirmados en la fe, no es conocido más que de Dios sólo. Lo que es cierto es que antes de su llegada, los esclavos abandonados a su propia suerte y a sus crueles reflexiones, se hallaban en una situación deplorable. Muchos agobiados por la imagen de una cautividad a la que no veían fin y cuya amargura nadie suavizaba, se entregaban a una funesta desesperación. Unos se cortaban el cuello, otros se estrangulaban; éstos se abrían las venas y entregaban el alma con la sangre; aquéllos en un arrebató de furor se lanzaban contra sus patronos para matarlos, y en castigo de su rebelión eran quemados vivos. Un número bastante elevado renegaba de la fe, y para emanciparse de las desdichas del tiempo, se precipitaban de cabeza en las desdichas de la eternidad. Los sacerdotes de la Misión pararon estos excesos con palabras de consuelo, con discursos humanos, con limosnas distribuidas con cuidado, y sobre todo con la administración de los Sacramentos, que son fuentes de vida, de fuerza y de salvación. Poco a poco las cosas cambiaron de aspecto; si la nueva Iglesia de África fue menos numerosa que la antigua no fue menos servicial. Cada esclavo en sus hierros fue a su modo un confesor que sufría por la fe; ya veremos pronto

que el Hijo de Dios tuvo allí Mártires, que el más santo Obispo de Cartago habría tenido por su gozo y su corona.

Lo que más sorprende es que el aparato exterior de la Religión, su Canto y sus Ceremonias no faltaban. Veinticinco mazmorras, más o menos, que hay en Argel, en Túnez y en Bizerta, se convirtieron por la libre devoción y los ahorros voluntarios de los pobres cautivos en otros tantos pequeños Templos en los que los Cristianos afligidos tienen el consuelo de oír la Misa y de participar en los divinos Misterios. Jesucristo está día y noche con sus miembros doloridos. El Tabernáculo donde reposa está siempre con una lámpara encendida. Cuando se lleva a un enfermo de las mazmorras le acompañan con la lámpara o el cirio en las manos. Cada año el día del Corpus, y durante toda la octava, está expuesto a la veneración pública; se le lleva incluso en procesión por estas Capillas, y es seguido de una multitud de gente cuyos lazos y harapos le dan con frecuencia más honor que la púrpura y la diadema. Así es como se verifica una vez más hoy esta expresión del Rey Profeta: El Señor dijo a mi Señor... Reinad, triunfad en medio de mis enemigos.

Qué gozo para Vicente de Paúl ya más que septuagenario ver tantos bienes operados por sus sacerdotes; pero qué placer para él saber de ellos que el servicio divino se celebraba en Túnez y en Argel con tanta solemnidad como en las Parroquias de París; que las Misas mayores y los Oficios divinos se celebraban Domingos y Fiestas; que se formaban con bastante frecuencia piadosas Fundaciones en estas Capillas; y que las Cofradías que se usan en Europa, bien para honrar a la santísima virgen, bien para procurar auxilios espirituales a los moribundos o a los muertos, estaban establecidas allí; que en Argel la fiesta de san Cipriano Obispo de Cartago, y en Túnez la de S. Luis Rey de Francia, cuya muerte podríamos decir ha santificado este tierra infiel, se celebraban cada año en las Capillas domésticas de los Cónsules con toda la solemnidad posible. *“Os encantaría, escribía el sr Guérin a nuestro Santo, oír todos los días de Fiestas y Domingos cantar en nuestras iglesias y capillas el Exaudiat y las demás oraciones por el Rey de Francia, para que los extranjeros mismos den muestras de respeto y de afecto. No lo estaríais menos al ver con qué devoción estos pobres cautivos ofrecen sus oraciones por todos sus bienhechores, que reconocen en su mayor parte que están en Francia o vienen de Francia. No es en verdad un pequeño motivo de consuelo ver aquí casi a toda clase de naciones en las cadenas y en las cadenas rogar a Dios por los Franceses,”*

A estas prácticas comunes de devoción, que alimentan la piedad de un número de piadosos esclavos, suceden a veces otras más extraordinarias de las que Dios se sirve para atraer hacia sí a aquellos a quienes las vías comunes no son suficientes. Las cuarenta horas y sobre todo los Jubileos producen en Berbería, como en otras partes, efectos admirables. Se ha visto en estos días de salvación a hombres endurecidos, que habían pasado diez, veinte, treinta años sin pensar en su conciencia, entrar en sí mismos, juzgarse con toda la severidad del Evangelio, y convertirse al fin en modelos de penitencia. Se ha visto, cosa que sorprende también, a desertores de la fe, Franceses, Españoles, Italianos, raza maldita, que parece no ser mejor más que cuando denigra a la Iglesia o a las Indulgencias, detestar su apostasía, llorarla primero en secreto, y correr los riesgos de la evasión para llorarla en libertad dentro del seno de su Patria. Es verdad que los misioneros tienen entonces trabajo más que suficiente. Tienen que ocupar en oír las confesiones todo el tiempo que los demás hombres dedican al sueño, y uno de ellos se vio forzado a pasar en las mazmorras ocho noches enteras sin dormir, porque los amos no permiten a los esclavos interrumpir su

trabajo durante el día, y menos aún entregarse a los ejercicios de su Religión. Pero ¿de qué no son capaces sacerdotes a quienes Dios comunica la plenitud de su espíritu? Vamos a verlos intentar algo más fuerte ya a favor de los esclavos moribundos ya a favor de los propios mahometanos.

Para comenzar por los esclavos, se trataba de defenderlos por los últimos Sacramentos contra los últimos esfuerzos del enemigo de la salvación. Era fácil prestar a los que estaban en las mazmorras este deber de caridad. Pero no se podía, sin exponerse mucho, tratar de lo mismo a favor de los que servían en las casas particulares. En efecto, Noüeli informó a S. Vicente que era jugar con fuego, y que un sacerdote sorprendido en casa de un Turco en el ejercicio de su Religión, no dejaría de ser quemado vivo. Además, no se habría perdonado a los Misioneros lo que se hubiera perdonado tal vez a los demás. Su hábito negro desagradaba a los turcos; los llamaban por burla *los Papas de los Hebreos*; porque se los creía Judíos. *“Al principio, dice el mismo Noüeli, cuando iba por la ciudad, los niños corrían todos detrás de mí, las mayores caricias que podían hacerme era escupirme a la cara; y los que estaban más al alcance me daban bofetones, etc. Es cierto que una persecución tan viva no duró: pero en un País en que la menor bofetada era capaz de encenderla, llevar incluso a excesos mucho mayores, había que tomar medidas bien justas para servir a unos sin ofender a los otros. Este es el expediente del que había que echar mano. Lo cuento como Historiador. Advertiré tan sólo que no hubo lugar a servirse de él más que durante algunas semanas; porque la caridad que tenían los Misioneros para con estos desgraciados forzados, les pareció a los Turcos algo tan nuevo, tan heroico, que los obligó a cambiar su primer desprecio en estima y veneración”*.

Desde el momento que un esclavo estaba en peligro de muerte en una casa de difícil acceso, se enviaba a un Boticario Cristiano quien, después de hablar con él, decía a su patrón que no podía tratar al enfermo hasta que le hubiera visto el Médico. Este Médico, que lo fue mucho antes de lo que lo hubiera deseado, era un sacerdote de la Misión. Se encontraba siempre a disposición de la residencia. Entraba, exhortaba al moribundo, oía su confesión y le administraba los Sacramentos, a veces incluso en presencia de su amo, que creía que aquello era algún específico desconocido en Berbería, y que no se equivocaba del todo. Lo que hubo de gratificante es que varios esclavos habiendo recobrado la salud después de la visita del Marabout Francés, quizás porque el cuerpo va mejor, cuando la conciencia está tranquila, los turcos le vieron como a un hombre fuera de lo común, y se dirigieron a él en sus enfermedades. Aprovechó la ocasión para acostumarlos a verle y a aguantarle. Por ahí se abrió un camino a los que le debían suceder, y pronto sin pasar por médicos todas las puertas de Argel se les abrieron.

Tuvieron que tomar sin embargo siempre, y también hoy, precauciones para llevar a Nuestro Señor a casa de estos Infieles. En Francia y en los demás Países Católicos este Rey de gloria recibe de todas partes los homenajes que le son debidos. En Berbería es un Dios verdaderamente oculto, que no se atreve, por decirlo así a mostrarse al descubierto. Este es el orden de su marcha: ¡qué humillante parece! Dos hombres la componen.

El primero es un pobre Cristiano, que lleva bajo su manto una vela encendida en un farolillo, Agua bendita en una vinagrera, una sobrepelliz doblada, un Ritual, una Bolsa con un pequeño Corporal y un Purificador. El segundo es un sacerdote, quien habiendo encerrado la santa Hostia en una cajita de plata dorada, y habiéndola colocado en una bolsa de seda, se las coloca al cuello, provisto de una pequeña estola sobre la sotana, lo oculta

todo bajo una especie de casaca, de manera que los Turcos no puedan descubrir nada. Uno y otro recorren las calles, modestos, recogidos, sin saludar a nadie: y esta es la señal por la que los Cristianos reconocen que se lleva el santísimo Sacramento a un enfermo. Está prohibido en Argel acompañarlo por los inconvenientes que podrían ocurrir; así los esclavos se contentan con adorarlo en espíritu cuando pasa. Es más honrado en las mazmorras, donde hay tanta libertad, que un solo sacerdote dio la comunión una vez hasta a sesenta enfermos de quienes había oído las confesiones.

Los esclavos, que mueren por enfermedad, no son los que dan más trabajo a los sacerdotes de la Misión, los hay que para conservar la pureza, o la fe, expiran en los tormentos; y como son víctimas a quienes no se da el último golpe, sino después de haber tratado por otros muchos de quebrantar su constancia, no se pueden tomar demasiadas medidas para fortalecerlos en una situación tan peligrosa. Es muy difícil, dada la fragilidad humana, que los Misioneros lo consigan siempre, pero al menos tienen el consuelo de lograrlo muchas veces; y desde hace un siglo les debe la Iglesia de África después de a Dios un número considerable de Mártires. Nos limitaremos aquí a aquellos de quienes ha hablado el primer Historiador de nuestro Santo. Y no es que no tengamos a otros a la vista. Sino que hace ya tiempo que las tierras de Berbería nos detienen y que, a pesar de nuestras precauciones no podemos salir de ellas tan fácilmente. La muerte del primero de estos verdaderos Fieles, que lo son hasta derramar su sangre, sucedió en Túnez mientras trabajaba allí el sr Guérin. Escribió a Vicente de Paúl el mes de agosto del año 1646. Su carta estaba en estos términos: *“Creo estar obligado a daros a conocer que el día de santa Ana, un segundo José fue sacrificado en esta ciudad para conservar la castidad. Después de resistir durante un año a las sollicitaciones de su impúdica ama y de recibir más de quinientos bastonazos a causa de los fasos informes, que esta loba furiosa daba de él. Por fin él ha logrado la victoria muriendo gloriosamente por no haber querido ofender a su Dios. Lo ataron durante tres días a una gruesa cadena, donde yo iba a visitarle para consolarle y exhortarle a sufrir todos los tormentos del mundo antes que contravenir a la fidelidad que debía a Dios. Se confesó y comulgó, y me dijo después: Señor, que me hagan sufrir cuanto quieran, yo quiero morir Cristiano. Cuando vinieron a apresarle para llevarle al suplicio, se confesó otra vez, y Dios quiso para su consuelo que nos permitieran asistir a la muerte, lo que nunca se había concedido por este pueblo inhumano. La última palabra que dijo levantando las manos al Cielo fue ésta: oh Dios mío, muero inocente. Murió valientemente, y no dejó escapar en ningún momento señal alguna de impaciencia en medio de los crueles tormentos que le hicieron padecer; después le hicimos exequias de honor. Su mala e impúdica patrona no llevó lejos la pena debida a su perfidia, ya que habiendo regresado su marido a casa, la hizo estrangular inmediatamente... Este santo joven era Portugués, y de 22 años de edad. Yo invoco su ayuda; como nos amó en la tierra, espero que continúe amándonos en el Cielo.”*

Sucedió algún tiempo después algo parecido en la misma ciudad, y en Argel. Dos jóvenes esclavos solicitados más vergonzosamente todavía que el anterior, acabaron sus días en los tormentos por no haber querido prestarse a una pasión abominable. El primero, que era Francés, fue empalado en Túnez. Demostró tanta intrepidez en las pruebas de este cruel y vergonzoso suplicio que de sus verdugos unos emprendieron la fuga, los otros al ejecutarle *temblaban como la hoja*; estos son los términos del sr Guérin, que estaba presente, el otro esclavo cuya Patria ignoramos murió en Argel. Hacía mucho que rechazaba los asaltos de su infame patrón: un día que éste quería violentarle, ocurrió por desgracia que resultó

herido en el rostro. Fue suficiente para este malvado. Habría recompensado el crimen: su furor le llevó a castigar la virtud. Fue en busca del Juez y le dijo: que su esclavo le había querido matar. Un rasguño involuntario o forzado fue toda su prueba; pero no hace falta probar nada en Argel, cuando se tiene a un simple Cristiano por partida, y este cristiano está encadenado. El amo merecía el fuego; el esclavo fue quemado vivo. Este género de muerte tan terrible no le asustó; digno atleta de Jesucristo, edificó hasta el último suspiro.

A estos tres ejemplos de la virtud y de la inquebrantable firmeza que dios inspiraba a los cautivos por medio de los Alumnos de S. Vicente, acompañaremos un cuarto, que no es ni menos trágico ni menos propio para hacernos bendecir la memoria de los que han sido el instrumento de tantos bienes. Los detalles se hallan en una carta que el sr le Vacher escribió a nuestro Santo en 1648 y éste es su resumen.

Había en Túnez dos jóvenes de quince años de edad más o menos, uno nacido en Francia, el otro en Inglaterra. Los dos habían sido secuestrados de sus Países y vendidos como esclavos a dos amos, que habitaban bastante cerca uno del otro. La comodidad de estar cerca, la igualdad de edad, el parecido de la fortuna, hicieron que contrajeran una amistad tan estrecha, que dos hermanos no se quieren más.

El Inglés era Luterano, el Francés que era buen Católico le pasó dudas sobre su Religión. el sr le Vacher acabó de convencerle. Abjuró pues de sus errores y se reunió con la santa Iglesia Romana; y su pequeño compañero supo conformarle en la tan bien que algunos mercaderes Ingleses y Herejes, que habían venido a Túnez para rescatar esclavos de su País y de su secta, habiendo querido ponerle en este número, declaró en voz alta que era Católico por la misericordia de Dios y que prefería seguir esclavo toda su vida profesando la verdadera Religión a renunciar a un tan gran bien para recuperar su libertad. Creyeron en su palabra: le abandonaron a su suerte, y se quedó contento. ¡Qué prodigio de la gracia! Moisés tenía cuarenta años cuando prefirió los oprobios de Jesucristo a la gloria y a los tesoros que Egipto de destinaba; el joven de quien hablamos no tenía quizá dieciséis y ya estimaba más las cadenas con la fe, que las dulzuras de su Patria con la obligación de profesar el error.

Estos dos tiernos amigos se veían siempre que podían. La bagatela no entraba para nada en sus conversaciones. Giraban de ordinario sobre la felicidad de ser fiel a Dios y a su Iglesia; de hacer una profesión solemne y de sufrir antes mil muertes que renunciar a ella nunca. Conversaciones tan serias eran inspiradas por la Providencia: tenía sobre estos niños grandes planes, que no tardaron mucho en aparecer. A sus Patronos se les metió en la cabeza hacerles renegar de Jesucristo. A falta de razones sólidas de lo que un buen Musulmán no se pica, recurrieron a los malos tratos, y sin respetar ni la edad ni la virtud, los empujaron casi hasta los últimos excesos.

El joven Francés fue un día agobiado a golpes y le abandonaron como muerto tendido en el suelo; su compañero que procuraba hablar con él lo más posible y consolarse con él, le encontró en este estado. Le llamó por su nombre para ver si vivía aún. La voz de este querido amigo le hizo recobrar de su desvanecimiento; pero como no se había despejado del todo y no sabía muy bien qué se le pedía, sus primeras palabras fueron una profesión de su fe: *Soy Cristiano por toda la vida*, respondió. A estas palabras el pequeño Inglés se echó a sus pies, aunque magullados y sangrantes se los besó con cariño. Algunos turcos que le sorprendieron en esta actitud, y que quedaron extremadamente sorprendidos, le preguntaron

qué hacía allí. *Estoy honrando*, replicó con la firmeza de un hombre preparado para cualquier suceso, *estoy honrando los miembros que acaban de sufrir por Jesucristo mi Salvador y mi Dios*. Esta réplica que no se esperaban le hizo expulsar con injurias. Fue una verdadera aflicción para el Francés, a quien su presencia le servía de gran consuelo.

Cuando se curó de sus heridas, quiso visitar a su amigo. Dios permitió que le encontrara en el estado en que algún tiempo atrás se había visto él mismo. Estaba tendido en una estera de junco, medio muerto de los golpes que había recibido, y rodeado de turcos y hasta de su patrón, que saciaba sus ojos con el espectáculo de su furia. Ante esta vista su valor y su fe se reaniman, y entra en la estancia, se acerca a su amigo y le pregunta en presencia de estos Infieles a quién de los dos quiere más, a Jesucristo o a Mahoma: A *Jesucristo*, dice en voz alta el pequeño Inglés: *Soy Cristiano y quiero morir Cristiano*.

Desesperado por estas palabras un turco, que tenía dos cuchillos en el ceñidor, amenazó al Francés con cortarle las orejas. Se adelantaba ya para cumplir su palabra, cuando el joven Atleta le dio a conocer que no se asustaba por tan poca cosa. En efecto se arroja impetuosamente sobre el instrumento con el que se quiere mutilarle, se corta él mismo una oreja y pregunta con sangre fría a aquellos bárbaros si quieren que se corte también la otra. Comprendieron entonces que no existe ni tribulación ni tormento que puedan separar a un Cristiano del Hijo de Dios, cuando se es de él como hay que serlo. Por eso dejaron a estos jóvenes plena libertad de seguir los movimientos de su conciencia, y no les volvieron a hablar ni de Mahoma ni del Corán. Aquel por cuyo nombre habían sufrido tantas indignidades, y que desde lo alto del Cielo había sido testigo de sus combates, no tardó en coronarlos. Al año siguiente acabó de purificarlos con una enfermedad contagiosa que se llevó a los dos. *Aquilis velociores, fortiores leonibus, in morte quoque non sunt divisi*(... ni siquiera la muerte los pudo separar).

De estos hechos y de un número casi infinito de otros parecidos que se podrían añadir resulta que la fundación de los sacerdotes de la Misión en Berbería es una de las más útiles que hiciera S. Vicente de Paúl. No obstante todavía no hemos detallado más que una parte del bien que hacen sus Hijos. Veamos algún efecto más de su caridad, que no merecen menos la atención y el reconocimiento del público.

Cuando ven que quieren hacer esclavos de la gente que no debe serlo, se oponen con energía. Por el mismo principio reclaman a los que han sido vendidos a pesar de su oposición, o durante su ausencia: y como la inhumanidad del clima no impide siempre, que se tenga un mínimo de justicia, lo consiguen a veces. Vicente a quien la virtud le hacía mirar como hechos a él los servicios que se prestaban al prójimo, felicitaba por ello a sus Hijos. “*Doy gracias a Nuestro Señor*, escribía en 1653 a Jean le Vacher, *porque por medio de vosotros, muchos Franceses apresados en el mar y llevados a Túnez no han sido esclavizados, y otros que lo eran han sido puestos en libertad... quiera la bondad de Dios daros gracias para actuar con fuerte y eficazmente con aquellos que tienen en su mano el poder de ayudarlos*”.

Cuando la injusticia y la violencia pueden más que todos sus esfuerzos, ellos pelean o para rescatar a las personas o mantenerlos firmes contra los ataques y la persecución de sus amos. El éxito no se corresponde siempre a sus piadosos deseos, pero responde con bastante frecuencia para impedirle perder ánimos. Estas son pruebas capaces, en parte de afligir, en

parte de dar consuelo. Tienen mucha relación con lo que hemos dicho, pero qué importa con tal que puedan llevar a los fieles a glorificar a Dios en sus Santos.

“Trajeron, son palabras de Jean le Vacher en una de sus cartas, trajeron últimamente a Túnez a una joven Valentiniana de veinticinco años y bien constituida. Fue vendida en la Plaza Pública. Mandé ofrecer hasta trescientos treinta escudos para rescatarla, que los comerciantes me prestaron; pero un villano Moro pujando siempre por encima se la llevó, y me vi obligado a ceder. Este Moro tenía ya dos mujeres, y ésta era la tercera. La pobre criatura se ha pasado tres días llorando sin cesar, y no le han hecho perder la fe hasta que le arrebataron el honor. Hay también algunas Religiosas, a quienes estos piratas han apresado en su Convento, que no distaba mucho del mar, las cuales han corrido el mismo riesgo. Ay, si algunas personas caritativas dieran algo para semejantes ocasiones, sin duda que serían recompensadas abundantemente.

“Hemos retirado, decía a su vez el sr Guérin en una carta escrita hacia 1646, hemos retirado a una de las pobres mujeres Francesas, que se hallaban en manos de un renegado de la misma nación. Todos los mercaderes han contribuido con su parte, y a mí me ha costado 70 escudos. Las otras dos mujeres están en un extremo apuro. Trabajo para salvar a la que está en mayor peligro. Hay otras que jóvenes y hermosas están en muy grande peligro, si no son socorridas: y una de ellas se habría perdido si no hubiera conseguido con mucho trabajo tres meses de término para su rescate; y si no la hubiese colocado en lugar donde su patrón no pudiera violentarla. No hace mucho que, para obligar a una a renegar de la fe de Jesucristo, estos bárbaros le dieron más de quinientos bastonazos: no contentos con esto, como estaba medio muerta en el suelo, la pisotearon en los hombros con tanta violencia que le reventaron los pechos, y así gloriosamente acabó su vida en la confesión del nombre de Jesucristo.

“Hemos hecho tanto, decía el mismo en una carta escrita el mes de junio del año siguiente que, con el dinero que habéis enviado, hemos rescatado a esta pobre mujer Francesa, que ha sufrido tanto tiempo la tiranía de un bárbaro patrón. Es un verdadero milagro haberla sacado de las manos de ese tigre, que no quería dejarla ni por oro ni por plata. Un día se le ocurrió enviarme a buscar, y ya en su casa, nos pusimos de acuerdo por trescientos escudos que le di en el acto: le mandé darme la Carta de Franquicia, y enseguida la conduje a un lugar seguro. Dos horas después este miserable se arrepintió y se volvió rabioso de pesar: es en verdad un golpe de la mano de Dios.

“También hemos rescatado a un muchacho de las Sables d’Aulonne, que estaba a punto de renegar de su fe. Pienso que os escribí, cómo dos o tres veces no le hemos dejado hacerlo. Cuesta ciento cincuenta escudos; yo ya he puesto treinta y seis por mi parte; hemos mendigado lo demás donde hemos podido. También he retirado a la joven Siciliana que estaba esclava en Bizerta, y cuyo marido se había hecho turco. Durante tres años ha pasado tomentos inexplicables antes que sufrirle en su apostasía. Os escribí por la Fiesta de Navidad el lastimoso estado en el que la había encontrado cubierta de llagas: ha costado doscientos cincuenta escudos que han sido entregados por limosna. Yo he contribuido con mi parte.

“Tenemos aquí, dice el mismo sacerdote en otra carta, a un pequeño muchacho de Marsella de trece años, que una vez apresado y vendido por los Corsarios, ha recibido más de mil bastonazos por la fe de Jesucristo, que querían hacerle renegar por la fuerza.

Le habían desgarrado por esta misma razón la carne de un brazo, como habrían hecho si la hubieran querido poner a la brasa, después fue condenado a cuatrocientos bastonazos, es decir a morir, o a hacerle Turco. Una vez que me informaron, acudí con toda rapidez a ver a su patrón, me puse tres o cuatro veces de rodillas con las manos juntas, para pedirle; me le dio al fin por doscientas piastras; y no teniéndolas, pedí cien escudos a interés, y un mercader puso lo demás.

“Una embarcación Francesa, dice le Vacher, habiendo zozobrado en la costa de Túnez, seis hombres, que se habían salvado del naufragio, cayeron en manos de los Moros: éstos los llevaron a Túnez, donde los vendieron como esclavos. Algún tiempo después el Dai los quería hacer Turcos y obligó a dos, a fuerza de bastonazos, a renegar la fe de Jesucristo: otros dos murieron con valentía en los tormentos, antes que consentir en tal infidelidad; y como quería hacer otro tanto con los dos que quedaban, la caridad nos obligó a sacarlos de esa peligro: compusimos para ese rescate a seiscientas piastras; yo respondí de la tercera parte, y ya están ahora en libertad. En cuanto a mí prefiero sufrir en este mundo que permitir que se niegue a mi divino Maestro, y daría con gusto mi sangre y mi vida, hasta mil veces, si las tuviera antes que ver a Cristianos perder lo que Nuestro Señor adquirió con su muerte.”

Los que este celoso Misionero hacía en Túnez, Philippe le Vacher su hermano lo hacía en Argel. O bien rescataba a un niño de Marsella, que secuestrado de su País a la edad de ocho años por los Corsarios, era obligado vivamente a renunciar a Jesucristo, y tomar la librea de Mahoma. O bien daba hasta mil escudos por tres jóvenes que eran hermanas, que procedían de Vence en Provenza; porque una de ellas ricamente vestida por el Gobernador que quería casarse con ella, se hallaba en gran peligro, y su ejemplo habría podido resultar funesto para las otras dos. En otra ocasión liberaba a una mujer de Córcega con su hijo y su hija, porque un turco apasionado por la última, se esforzaba en pervertirla, para casarse con ella.

Es verdad que estos dignos Discípulos de S. Vicente no podían rescatar a todos los que veían en peligro, porque los fondos que les llegaban de la liberalidad de los fieles se agotaban en seguida: pero el menos se esforzaban en afirmarlos con sus exhortaciones y sus lágrimas contra la seducción y o la violencia. La mano de Dios secundaba tan visiblemente sus trabajos que, de diez mujeres a quienes sus desalmados patronos trataban con los últimos rigores y que a menudo eran molidas a bastonazos, no hubo una sola que no perseverara hasta el final. No podían ver a su Director, ni recibir los Sacramentos más que a escondidas, pero ellas salían de la santa Mesa como leones llenos de un fuego que los hace formidables. El Marabout Musulmán quien. En lugar de sacerdote, las visitaba en sus enfermedades, por mucho que les mostrara las arenas de su Profeta, y más todavía la fortuna que debía seguir a su cambio, se retiraba siempre con la confusión de haber dado un paso en falso. Cuando habían recobrado sus fuerzas, trataban de convencerlas con nuevos tormentos; porque un Turco está persuadido de que, por muchos crímenes que haya cometido, no le faltará el Paraíso nunca, si ha tenido la suerte de llevar a un Cristiano a renegar de su fe: pero ni tormentos ni promesas las movieron; vivieron como Mártires y murieron como Santas.

Ante estas buenas noticias Vicente de Paúl sentía dos impresiones que le llevaban a l mismo fin. Una le hacía desear que sus Hijos se decidiesen por sí mismos a correr una carrera tan gloriosa y tan fecunda: la otra le comprometía a agotar su bolsa y la de sus

amigos para aliviar a un diluvio de desgraciados que, después de todo, merecen más lástima que ninguno de los que se les pueda comparar. Para seguir este segundo movimiento, el santo sacerdote, aunque cargado a la vez con las necesidades de los niños expósitos, de los galeotes, de los pobres de Lorena, y de todos los demás de quienes hemos hablado en otra parte, mandó pasar a Berbería sumas tan considerables que a su muerte se evaluaban en ciento veinte mil libras. Con este dinero se compraba o rescataba a los sacerdotes, a los Religiosos, a los Seglares de uno y otro sexo, y sobre todo a los más ofendidos por la fe: a pesar de la ingratitude con frecuencia y con demasiada frecuencia experimentada, se comprometía con los que de regreso a su País debían estar en condiciones de reintegrar los gastos que se hubieran adelantado para ellos. Si no se podía procurar la libertad, al menos se procuraban alivios en la esclavitud.

Como nada escapaba a la inmensa caridad de Vicente de Paúl, indujo a la Duquesa de Aiguillon a establecer en la ciudad de Argel un pequeño Hospital para un número de esclavos, es decir para gente a quienes abandonaban inhumanos patronos en sus enfermedades. En cuanto a él, él se encargó de recibir a expensas de la Casa todas las cartas que los cautivos escribían a sus padres, a sus mujeres y a sus hijos para informarlos de su estado, e implorar su auxilio. Hasta entonces estos hombres tan dignos de lástima no oían hablar más de sus familiares como si hubieran habitado un mundo diferente del nuestro: por medio de la especie de oficina que estableció nuestro Santo, se supo en Picardía, en Poitou, en Guyena, en Normandía, en Bretaña, en Languedoc, y poco a poco en todas las Provincias del Reino que a los que se daba por muertos o como llegados felizmente al término de su navegación gemían en Berbería bajo el peso de la miseria y de la opresión, y que había tanto en París como en Argel sacerdotes de buena voluntad que estaban siempre dispuestos a servirlos. Este trato entre los que sufrían y los que no sufrían produjo grandes bienes. La caridad menos viva se despertó y realizó esfuerzos. Los Misioneros vinieron en su socorro; y se llegó a saber, cuando el sr Abelly escribía su Historia, que habían rescatado a más de mil doscientos esclavos, a unos por comisión, a los otros con sus propios medios, y con el único plan de sustraerlos del peligro.

Era con objeto de perpetuar una obra tan buena por el que Vicente deseaba que hubiera siempre en su Congregación gente dispuesta a entregarse a ella. “Esta acción, les decía una vez, es considerada tan grande y tan santa que ha dado lugar a la Institución de algunas Órdenes en la Iglesia de Dios; y estas Órdenes, como establecidas para los esclavos, han sido siempre muy consideradas. Tales son la de la Redención de Cautivos, en la que los Religiosos hacen votos de rescatar a los esclavos Cristianos. Eso es excelente y santo, Señores y Hermanos míos. Parece sin embargo que hay algo más en los que no sólo se van a Berbería para contribuir al rescate de los pobres Cristianos, sino que, aparte de eso, se quedan allí para dedicarse todo el tiempo a este rescate caritativo, y para asistir en todo momento corporal y espiritualmente a estos pobres afligidos, para correr sin cesar a todas sus necesidades; en fin para estar siempre preparados a echarles una mano y a consolarlos de todas formas en sus mayores miserias. O Señores, ¿consideran ustedes bien la grandeza de esta Obra? Acaso existe quien esté más en relación con lo que hizo Nuestro Señor cuando descendió del Cielo a la tierra para librar a los hombres de la cautividad del pecado y enseñarles con sus palabras y sus ejemplos. Este es el ejemplo que todos los Misioneros deben seguir. Deben estar preparados a dejar su País, sus comodidades, su descanso para este fin como lo han hecho estos buenos Cohermanos que están en Túnez y en Argel y que

se han dado por completo al servicio de Dios y del prójimo en esas Tierras bárbaras e infieles.”

Hasta aquí no hemos hablado más que de los servicios que prestan los Sacerdotes de la Misión a los Fieles que están en cautiverio. En el fondo, solamente han sido enviados a esta clase de ovejas: los Turcos y los Renegados que de ordinario valen menos que los Turcos, son una porción extranjera a su rebaño. Les está incluso prohibido de alguna forma entrar con ellos en conferencia sobre la Religión; la Sede Apostólica, se dice, ha declarado que no consideraría como Mártires a los que en presencia de un Mahometano se atrevieran a declamar contra su Ley. El indiscreto predicador no se ganaría con ello más que el suplicio del fuego, y sus ovejas saldrían perdiendo mucho.

Sobre esta situación escribió S. Vicente una larga carta a uno de sus sacerdotes quien, según Abelly, *tenía más necesidad de brida que de espuela*, ya que su celo era muy ardiente. Aunque no sintonice del todo con la materia que tratamos, la referiremos entera. Los Seculares y los Religiosos que Dios destina a las Misiones extranjeras podrán encontrar un día Reglas de conducta. Aquellos a quienes la diversidad de empleo se la haga inútil reconocerán al menos que es digna de la mano de la que procede.

“Yo alabo a Dios, dice en ella Vicente, por la bonita forma que habéis empleado para daros a conocer como Misionero Apostólico, y Vicario General de Cartago. Si habéis procedido con prudencia en ello, lo debéis hacer incomparablemente mejor en el ejercicio. No hace falta de ninguna manera endureceros contra los abusos, cuando veis que de ahí nacerá un mal mayor. Sacad todo lo que podáis de bueno de los sacerdotes y de los religiosos esclavos, de los mercaderes y de los cautivos, con maneras dulces, y no echéis mano de las severas a no ser en casos extremos, no sea que al mal que tienen con su cautividad se sume al rigor que querriais ejercitar con ellos en virtud de vuestro cargo y los lleve a las desesperación. No sois responsable de su salvación, como vos pensáis: no habéis sido enviado a Argel más que para consolar a las almas afligidas, animarlas a sufrir y a ayudarlas a perseverar en nuestra santa Religión. Ese es vuestro papel, y no el cargo de Vicario General, el cual no habéis aceptado sino en cuanto sirve de medio para allegar a los fines que os acabo de señalar; ya que es imposible ejercerlo en rigor de justicia sin aumentar las penas se esa pobre gente, ni casi sin darles motivo de perder la paciencia, y de perderos vos mismo.”

“Sobre todo no conviene proponerse abolir tan pronto ciertas cosas, aunque malas, que están en uso entre ellos. S. Agustín dice en algún sitio algo que viene a cuento, que se debe uno guardar mucho de atacar un vicio que reina en un lugar, porque no sólo no se conseguirá, sino que por el contrario se chocará con las mentes de los que lo tienen como inveterado, de manera que no se estará ya en condiciones de hacer otros bienes, que se habrían hecho actuando de otro modo. Os ruego pues que seáis condescendiente en cuanto cabe a la debilidad humana, os ganaréis antes a los eclesiásticos al compadecer sus lazos que por el rechazo y las reprimendas. No les falta luz sino fuerzas; y la fuerza se insinúa por la unción exterior de las palabras y buen ejemplo. No digo que haga falta autorizar ni permitir sus desórdenes, sino que digo que con respecto al estado en que se hallan, los remedios deben ser dulces y benignos y aplicados con grandes precauciones, por razón del lugar, y del perjuicio que os pueden causar, y no sólo a vos, sino también el Cónsul y la obra de Dios, ya que si los disgustáis, podrán dar a los Turcos impresiones por las que ellos no quieran aguantaros más entre ellos.”

Esta primera parte, que hemos colocado aquí sólo porque sí, va seguida de una segunda que se refiere tan sólo a los Infieles. Vicente continúa:

“Tenéis que evitar otro escollo entre los Turcos y los Renegados. En nombre de nuestro Señor, no tengáis ninguna comunicación con esa gente, no os expongáis a los peligros que por ahí pueden llegar, porque, como ya he dicho, si os exponéis lo expondríais todo y causaríais un grave daño a los pobres esclavos Cristianos, como no serían ya asistidos; y cerraríais en adelante la puerta a la libertad presente que tenemos de servir a Dios en Argel y en otras partes: Ved el mal que haríais a cambio de un pequeño bien aparente. Es mas fácil y más importante impedir que muchos esclavos se perviertan, que convertir a un solo renegado. Un médico que preserva del mal vale más que el que lo cura: no estáis encargado de las almas de los Turcos ni de los renegados, y vuestra misión no se extiende a ellos sino a los pobres Cristianos cautivos. Que si por alguna razón considerable os veis obligado a tratar con los del País, no lo hagáis, por favor, más que de acuerdo con el Cónsul, en cuyos consejos os pido que confiéis lo más que podáis.

“Tenemos grandes motivos de agradecer a Dios el celo que nos da por la salvación de os esclavos; pero este celo no será bueno si no es discreto. Parece ser que emprendéis demasiadas cosas desde el principio, como querer dar misión en las mazmorras, querer retiraros allí, introducir en ellas nuevas prácticas de devoción. Por ello os pido que sigáis la costumbre de nuestros sacerdotes difuntos, que trabajaron antes que vos. Se echan a perder con frecuencia las obras buenas por ir muy de prisa, por actuar según sus propias inclinaciones, que arrastran el espíritu y la razón, y hacen creer que el bien que se va a hacer es factible y oportuno; cosa que no es, como se ve por su mal resultado. El bien que Dios quiere se hace casi por sí mismo, sin que se piense en ello. Así es como nació nuestra Congregación, como comenzaron los ejercicios de las Misiones, como se fundó la Compañía de las Hijas de la Caridad, como se estableció a de las Damas para la asistencia de los pobres del Hotel-Dieu de París, y de las Parroquias, como se comenzó a tener cuidado de los Niños expósitos, y como aparecieron todas las obras de las que estamos encargados por el momento, y nada de todo eso se emprendió con planes de nuestra parte: sino Dios que quería ser servido en tales ocasiones las ha suscitado él mismo insensiblemente; se sirvió de nosotros, sin que nosotros supiéramos de qué iba la cosa. Por eso le dejamos hacer; y no tenemos más prisas por el progreso de estas obras buenas de las que tuvimos al comenzarlas. Dios mío, Señor, cómo deseo que moderéis vuestro ardor y que peséis con mesura las cosas al peso del Santuario, antes de resolverlas. Sed más bien paciente antes que actuante; y entonces Dios hará por vos solo lo que todos los hombres a la vez no podrían hacer sin él.”

Los sabios consejos que da aquí nuestro Santo a sus Hijos de Argel suponen que existen de vez en cuando ocasiones, en las que pueden tratar con los Infieles, o bien de su regreso a la fe, o bien de su conservación. Este caso ha ocurrido más de una vez; y Vicente, aunque alarmado por el peligro que corrían sus sacerdotes, se daba cuenta con todo el consuelo posible de que Dios se servía de ellos para traer al rebaño a ovejas, a las que la más cobarde deserción había separado; o incluso para hacer entrar en él a las que hasta entonces habían sentido horror. Escuchemos sobre el caso a uno de estos fieles Obreros cómo se explica en una carta, de cuya fecha carecemos.

“Tenemos en este País una extensa mies, que ha aumentado con la peste; pues aparte de los Turcos convertidos a nuestra Religión, y que tenemos ocultos, hay muchos más que a la

hora de la muerte han abierto los ojos para reconocer y abrazar la fe. Hemos tenido particularmente a tres renegados, quienes después de la recepción de los Sacramentos, se han ido al Cielo. Hubo uno estos días pasados que, después de recibir la absolución de su apostasía, hallándose a la hora de la muerte rodeado de Turcos que, según su costumbre le presionaban a proferir algunas blasfemias contra la fe, no quiso de ninguna forma hacerlo: sino que con los ojos levantados al Cielo y un crucifijo sobre el pecho, se murió con los sentimientos de una verdadera penitencia.

“Su mujer, que había renegado, como él, la fe, y que era Religiosa Profesa, ha recibido igualmente la absolución de la doble apostasía, dando muestras por su parte de todas las buenas disposiciones que podemos desear. Ahora sigue retirada en su casa sin salir. Nosotros le hemos prescrito dos horas de oración mental cada día y algunas penitencias corporales, aparte de las de la Regla, pero ella hace muchas más por su propia iniciativa; y está tan arrepentida de sus faltas que iría a exponerse al martirio para expiarlas, si no tuviera que cuidar de dos pequeños que nosotros hemos bautizado, y que ella educa en la piedad, como debe hacer una madre verdaderamente cristiana.

“Murió también cerca del lugar donde vivimos otro renegado que ha acabado la vida lleno de los sentimiento que debe tener un penitente sincero. Espero de un día para otro a algunos turcos para bautizarlos: están muy bien instruidos y son observantes de nuestra Religión; uno de ellos es de una familia bastante considerable en este País”.

Se ve por el principio y por el fanal de esta carta que la red de nuestros Pescadores Evangélicos capturaba en las Costas de Berbería peces de toda clase. El miedo de que estas cartas fuesen interceptadas les obligaba probablemente a suprimir una parte de sus éxitos y a no hablar de los otros sino en términos metafóricos. Por eso, para señalar la conversión de uno de dos renegados, uno de estos sacerdotes escribía a S. Vicente, que Dios le había dado la gracia de encontrar de nuevo dos piedras preciosas que se habían perdido: *Tienen un alto precio, añadía, y despiden un brillo muy celestial.*

A pesar de las molestias en las que se ven los Misioneros entre gente que espía sus pasos y que se sentirían bastante felices de hallarlos culpables, se recibían en París Relatos con detalles para ni dejar nada que desear. El que sigue es de este género; nuestro Santo le encontró tan hermoso que creyó deber comunicárselo a la Comunidad, este es un resumen del mismo.

Un joven de la Isla de Mallorca, llamado Pierre Bourgoing, y con sólo veinte años se hallaba esclavo en Argel. A su patrón se le ocurrió venderlo para las galeras del Gran Señor que están en Constantinopla, y de las que no se sale nunca, una vez dentro. La visión de una cautividad, que no deja ni recurso ni esperanza, le espantó. Para evitarlo se fue a ver al Bacha, y le rogó con insistencia que se apiadara de él, y no permitiera que le enviaran a estas desdichadas galeras. Experimentó al instante que las caricias de un enemigo son más de temer que los tratos un poco duros de un amigo sincero. El Bacha le prometió su protección, con tal que se pusiera el turbán. Ante el rechazo, se le persiguió de todas maneras; a las ofensas que no adelantaban nada sucedieron promesas aduladoras, que fueron eficaces. El mallorquín sucumbió, y recibió la circuncisión. Su mahometismo exterior no le impedía estimar y deplorar la fe que había abjurado. Y en este sentido se lo explicó a algunos esclavos conocidos suyos, que le reprochaban su apostasía; y llegó hasta decirles que si era Turco por fuera, él era Cristiano en el alma.

Era algo, pero no era suficiente, y se daba perfecta cuenta. La gracia y los remordimientos de su conciencia, después de darle vueltas por algún tiempo, le decidieron al fin. El único partido que tuvo que tomar era el de una muerte cruel, y se decidió por ello. Para conseguirlo, necesitó de una de esas grandes misericordias que levantan el ánimo más abatido. A Bourgoing no le gustaba sufrir; la sola idea de los tormentos, que debían seguir a su regreso a la fe le hacía temblar hasta la médula; y la sola vista de sus futuros verdugos le desconcertaba. *“Pero después de todo, se decía a sí mismo, espero que Nuestro Señor me ayudará: él murió por mí, es justo que yo muera por él. Vamos, es hora y bien cumplida de apaciguar las turbaciones de mi corazón, y de reparar la injuria que he causado a Jesucristo”*. Dijo, y al instante se dirige a casa del Bacha. Admitido en audiencia, sin otro preámbulo: *“Tú me has seducido, le dijo, haciéndome renunciar a mi Religión, que es la buena y la verdadera, y haciéndome pasar la tuya que es falsa: pues mira, yo te declaro que soy Cristiano; y para demostrarte que abjuro de buena gana tus creencias, y la Religión de los Turcos, rechazo y detesto el turbán, que me diste. Ya sé, continuó, pisoteando ese turbán, que tú me darás la muerte, pero no importa, pues estoy lista para sufrir toda clase de tormentos por Jesucristo mi Salvador. Apenas había terminado cuando el Bacha desesperado por su atrevimiento le condenó a ser quemado vivo. La orden era demasiado del gusto de una nación feroz para diferir la ejecución. El pretendido criminal fue apresado allí mismo: excepto por un calzón le despojaron de sus ropas, le echaron una cadena al cuello; le cargaron, como lo había sido Jesucristo con el instrumento de su suplicio, es decir con un poste, para ser atado a él y quemado. En este estado al salir de la casa de su Juez, para ser llevado al lugar del sacrificio, cuando se vio rodeado de Turcos, de renegados, incluso de cristianos, pronunció en alta voz estas hermosas palabras: Viva Jesucristo, y triunfe por siempre la fe Católica, Apostólica y Romana. No hay ninguna otra en la que se pueda salvar.*

Llegado al término, le ataron a su poste. El sr le Vacher que no quería perderle de vista en una coyuntura tan decisiva, se halló presente en este espectáculo; y aunque se mantuvo algo alejado, a la señal que habían convenido uno y otro, le dio la absolución de las censuras en que había incurrido. El fuego que se había encendido entorno a él no quebrantó su constancia, y bien pronto puso en manos de Dios su alma más pura que el oro que sale del crisol.

“El mayor sentimiento que yo he tenido por una acción tan hermosa, decía Vicente cuando se la contó a los suyos, es que este valiente joven había dicho a sus camaradas: Aunque tema a la muerte, siento sin embargo algo ahí dentro, (se llevaba la mano a la frente) que me dice que Dios me dará la gracia de sufrir el suplicio que me preparan. Nuestro Señor mismo temió a la muerte, y no obstante sufrió voluntariamente mayores dolores, que los que me hagan sufrir a mí: espero en su fuerza y en su bondad.

“Esto es, Señores, continuaba el santo sacerdote, el modo como se hace un Cristiano, el valor que debemos tener para sufrir y para morir cuando haga falta por Jesucristo. Pidámosle en la gracia y roguemos al nuevo mártir que la pida para nosotros, a él que ha sido un digno Escolar de este generoso Maestro, que en tres horas de tiempo se ha convertido en su verdadero Discípulo y perfecto imitador, muriendo por él.

“Ánimo pues, Señores y Hermanos míos, esperemos que Nuestro Señor nos fortalezca en las cruces que nos lleguen por grandes que sean si ve que tenemos amor por ellas y confianza en él. Digamos a la enfermedad, cuando se presente, y a la persecución, si nos

llega, a las penas exteriores e interiores, a las tentaciones y a la muerte misma que nos enviará: Sed bienvenidas gracias celestiales, gracias de Dios, santos ejercicios, que venís de una mano paternal y amorosa para mi bien; os recibo con un corazón lleno de respeto, de sumisión y de confianza en aquel que os envía; me abandono a vosotras para darme a él, etc.”

Con ayuda de estas últimas palabras se adivina el espíritu de cruz y de martirio del que Vicente de Paúl estaba animado, y que trataba de inspirar a sus Hijos. Los de Argel estaban tan llenos de él que no conocían ni riesgos ni peligros. Le Vacher lo dio bien a conocer, cuando una hora después del suplicio del santo joven de quien acabamos de hablar, se llevó en pleno día su cuerpo medio abrasado para darle sepultura. Escribió luego la Historia de su Martirio y la hizo representar en un cuadro que él mismo llevó a nuestro santo sacerdote en 1657. A uno y otro juntó otro presente de un precio muy distinto, quiero decir los huesos de este generoso defensor de Jesucristo. La casa de S. Lázaro los recibió con mucho respeto y los tuvo como uno de los más hermosos frutos que la gracia todopoderosa del Salvador hubiera comenzado a producir en aquellas tierras infieles y bárbaras.

Como la apostasía sirvió al joven de Mallorca para hacer triunfar la fe con brillantez, la cautividad sirvió a muchos herejes para traerlos a la Iglesia, de la que los ha separado el frenesí de sus padres; y es un último género de bienes que Dios ha querido operar en Berbería por el ministerio de los sacerdotes que S. Vicente les envió. No se ha podido saber el número preciso de los que convirtieron, pero se tienen justas razones para creer que era considerable; ya que parece por algunas cartas escritas a nuestro Santo que uno solo de estos Misioneros había ganado a dieciocho Religiosos, y que es muy probable que sus Cohermanos, que no tenían menos celo, ni menos talento, tuvieron también tanta suerte como él, si es que no tuvieron más.

Entre estas conversiones existe una, que tuvo más consecuencias que las otras. Era la de un niño que, apresado por los Corsarios en las Costas de Inglaterra su Patria, a la edad de once años, fue vendido en Túnez. El sr Guérin no hablaba de él más que con admiración: esto es lo que escribió sobre él a S. Vicente el mes de junio del año 1646.

“Dos Ingleses se han convertido a nuestra santa fe, y sirven de ejemplo a todos los demás Católicos. Hay un tercero que sólo tiene once años. Es uno de los más hermoso niños que se puedan ver y uno de los más fervientes Cristianos, que se pueda desear. Devoto y devoto en extremo de la santísima Virgen, la invoca de continuo para que le obtenga la gracia de morir antes que renegar u ofender a Jesucristo. Es a lo que su patrón le quiere comprometer; le retiene solamente con la intención de hacerle abjurar de la fe, y emplea toda clase de medio para conseguirlo. Si pudieran enviarnos doscientas piastras, le apartaríamos de este peligro; y hay esperanzas que un día sería un segundo Beda, tal es el espíritu y la virtud que tiene. No se ve que tenga nada de niño. Hizo profesión de la fe católica el Jueves Santo de la Cuaresma última y comulgó el mismo día, lo que repite a menudo. Ha sido castigado dos veces con bastonazos, para obligarle a renegar de Jesucristo. En la última de estas ejecuciones dijo a su amo mientras le golpeaba: Córtaame el cuello si quieres: porque soy Cristiano, y no seré nunca otra cosa. Me ha protestado muchas veces que está resuelto a dejarse hundir a golpes y morir antes que renunciar a su divino Salvador. Toda su vida es admirable a una edad tan joven y tan tierna. Puedo decir de verdad que es un pequeño Templo donde reposa el Espíritu Santo.”

Si bien las ciudades de Argel y de Túnez, donde los primeros Misioneros tenían su residencia ordinaria, les absorbieran mucho tiempo, se escapaban a veces para visitar a los que, a lo largo de las Costas, o más adentro de las Tierras, necesitaban de sus servicios. Ya hemos visto a le Vacher y a Guérin hacer excursiones hasta Bicerta. Se nos permitirá acompañarlos por un momento. El lector verá en seguida que cuesta menos asociarse en espíritu a sus viajes de lo que les ha costado a ellos hacerlos. La carta siguiente, que es del último de estos dos sacerdotes, es una buena prueba de ello.

“Me avisaron el Día de Pascua, escribía a Vicente –en 1647-, que una galera de Argel había llegado a Bizerta. Partí al momento para ir a ver a los pobres Cristianos, que estaban encadenados: encontré a unos trescientos, y el capitán me permitió darles una pequeña Misión de diez días. Llevaba conmigo a un sacerdote, que me ayudó a confesar y a catequizar a aquellas pobres gentes. Todos, con excepción de algunos Griegos Cismáticos, cumplieron su deber. Oh Gran Dios, qué consuelo ver la piedad de aquellos pobres cautivos, y cuya mayor parte no habían podido confesarse hacía mucho tiempo, y algunos de los cuales no se habían acercado a este Sacramento desde hacía ocho, diez, o hasta veinte años. Todos los días les soltaba las cadenas y los sacaba de la galera, para venir a tierra a recibir la sagrada Comunión en la casa de un particular, donde celebraba la Misa. Una vez acabada la Misión, los invité, y les di para vivir cincuenta y tres escudos.

“Yo estaba alojado en la casa de un Turco, que me alimentó durante el tiempo que duró la Misión. Cuando terminó, él no quiso recibirme dinero alguno, y me dijo que había que hacer la caridad con los que la hacían con los demás: acción bien digna de contar en la persona de un Infiel. Lo que os asombrará más todavía es que casi todos los Turcos de aquel lugar quedaron tan edificados de esta Misión que muchos de entre ellos vinieron a besarme la cara y las manos; y estoy seguro de que si hubierais visto aquello vuestro corazón se habría llenado de gozo. Si el fruto de esta pequeña Misión de Bizerta me fue dulce, el camino para llegar hasta allí me resultó duro y muy espinoso, pues habiendo rehusado aceptar Jenízaros para escoltarme, me topé con Árabes que me dieron una paliza. Uno de ellos habiéndome agarrado por la garganta, me apretó tan fuerte que creía que me iba a estrangular, y me daba por muerto. Pero como no soy más que un miserable pecador, Nuestro Señor no me juzgó digno de morir por su servicio.”

Yo no sé si alguno creerá deber poner en el número de los pecados la acción de un Turco, que hace bien a un Cristiano porque ve a este Cristiano hacérselo él mismo a sus hermanos. Lo que es cierto es que los sacerdotes de la Misión encontraban de vez en cuando en la conducta de aquellos infieles de qué condenar la de sus Hijos espirituales. Esto es lo que el mismo Guérin escribió un día a S. Vicente.

“No puedo por menos de haceros saber lo que me dijo no hace mucho un Turco para la confusión de los malos Cristianos. Me esforzaba yo en reconciliar a dos que se querían mal uno al otro; y al ver que me costaba tanto ponerlos de acuerdo, me dijo delante de ellos en su lengua: Padre, entre nosotros los Turcos no nos está permitido permanecer tres días mal con nuestro prójimo, aunque él hubiera dado muerte a uno de nuestros parientes más próximos. Y efectivamente me he dado cuenta muchas veces esta práctica entre ellos, y los he visto abrazarse después de batirse. No sé si lo interior respondía a lo exterior; pero no hay duda que estos Infieles no condenan al día del Juicio a estos malos Cristianos, que no contentos con guardarse el odio en su corazón, lo demuestran al exterior con escándalo, y se glorían incluso por la venganza que se han tomado o que quieren tomarse

de sus enemigos. ¿Hemos de pensar así, y que gente a la tratamos de bárbaros tengan el odio como una pasión vergonzosa?”

Volvamos por última vez a los Viajes Evangélicos de nuestros piadosos Misioneros. A los que trabajan en Túnez les tocaron en suerte los más difíciles y más frecuentes. Recorrieron un buen número de *Macerías*, es decir, granjas y habitaciones del campo, donde hay esclavos. Las de la Cantara, de la Courombaille, de la Tabourne, de la Gaidienne o de los siete Riachuelos, de la Morloquia, y cantidad de otras, de las cuales unas están situadas a ocho, diez o doce leguas de Túnez, otras están como colgadas de los montes más habitados por los leones que por los hombres, no escaparon de su celo ni de su intrepidez. Qué necesidad no tenían de su socorro lo infortunados cautivos que por allí se encontraron. Muchos de ellos excluidos de por vida del comercio de las ciudades, no se habían confesado desde hacía doce, quince y dieciocho años: algunos inclusive, a fuerza de no oír hablar nunca de Religión y de no haber visto ningún ejercicio exterior, habían perdido todo sentimiento. Jean le Vacher restableció las cosas, mediante algún dinero que dio o a los Patronos de estos esclavos o a sus guardianes, tuvo el permiso de reunirlos, de instruirlos, de consolarlos, de oír sus confesiones, y de confirmarlos a todos en la fe. Cuando se terminó la Misión, adornó lo mejor que pudo un lugar donde celebró la Misa. Ese día fue en todos los aspectos un día de gozo para aquellos pobres desdichados. Comulgaron con sentimientos de consuelo que no habían experimentado desde que estaban encadenados. Le Vacher encantado con ellos, como ellos lo estaban con él, los abrazó a todos. Los invitó luego, con cuanto le pudo permitir su pobreza; y dio un cuarto de piastra a los que estaban más necesitados.

Esta práctica de procurar media hora de buen tiempo a gente que tienen tantos días malos que pasar, estaba muy en uso entre los Misioneros. Le Vacher que tenía el corazón grande y noble, no la dejaba sino por fuerza mayor. “A la partida de las dos galeras Tunecinas de las que hemos hablado, preparé, dice él mismo, un pequeño festín a más de quinientos esclavos Cristianos que las dotaban. Compré dos bueyes que les distribuí con unos quinientos panes: y además mandé poner en cada galera un quintal de bizcocho blanco, para los que se pusieran enfermos durante el viaje.

“De allí, sigue hablando este digno sacerdote, de allí fui a visitar a los esclavos de Sydy-Regeppe; los encontré sin cadenas, por lo que me dí cuenta que su patrón me había guardado la palabra; porque la última vez que le había visto me había prometido descargarlos de estos hierros insoportables. Encontré entre ellos a seis muchachos de entre dieciséis a dieciocho años, quienes llevando de esclavos de cuatro a cinco años, no habían podido obtener el permiso de salir del refugio y por consiguiente se habían visto siempre en la imposibilidad de confesarse y de comulgar, como lo habían hecho los demás. Los dispuse a uno y a otro; y después de oír su confesión, les dije que prepararan sus pobres establos lo mejor que pudieran, que yo irías al día siguiente por la mañana a llevarles a llevarles el santísimo Sacramento igual que se lo llevo a los enfermos: en efecto, después de celebrar la misa en la mazmorra de la Anunciada, me fui a buscar a estos pobres cautivos con el Depósito divino, seguido de todos los cristianos que me encontré por las calles de Bizerta. O Dios, con qué devoción, con qué ternura recibieron esta preciosa visita estos pobres jóvenes. Las lágrimas que la alegría y el consuelo hicieron correr de sus ojos, obligaron a los presentes a derramarlas también, menos por compadecerse de sus miserias que por regocijarse de su felicidad. Confesé y di la

comuni3n a un s3ptimo, que desde por la tarde precedente hab3a ca3do enfermo. Se muri3 poco despu3s de darle la Extremaunci3n. Tuve que dedicar el resto del tiempo al servicio y a la asistencia de los enfermos de las mazmorras.”

Tales son los bienes que Vicente de Pa3l procur3 a Berber3a. Para ser apreciados dignamente, no necesitan ni de expresiones pomposas ni menos todav3a de exageraci3n. Un hombre que, por medio de tres o cuatro sacerdotes bien escogidos, sabe mantener a un n3mero bastante bueno de Eclesi3sticos Seculares y Regulares, afirmar en la fe a veinte o veinticinco mil esclavos, hacer, a pesar de los m3s espantosos tormentos, abjurar de Mahoma a los que hab3an abjurado del Cristianismo, devolver a la unidad de la Iglesia a los que los prejuicios de la educaci3n hab3an separado de ella, y finalmente erigir un trofeo a Jesucristo de los despojos de aquellos Musulmanes que, por los principios de su Relig3n tienen la suya en horror; un hombre de este car3cter, y este hombre es S. Vicente de Pa3l, merecer3a los respetos del mundo Cristiano, aunque no hubiera hecho otra cosa m3s. Pero hemos visto y se va a ver todav3a, que no se par3 ah3. Lo emprendi3 todo y en todo lo consigui3. Fue la divisa de su Maestro, que debe ser la suya en grado distinto: *Bene omnia fecit.*

Misiones en los Estados del Rey de Inglaterra.

I. Misiones en Cassel y en Limerik.

Alg3n tiempo despu3s que S. Vicente hubo comenzado a enviar socorros a los esclavos de Berber3a, se los envi3 por orden de Inocencio X a los Cat3licos de Irlanda. Este Reino desde su conversi3n a la fe, no hab3a tenido quiz3s nunca tanta necesidad, por la razones que hemos expuesto en el curso de la Historia de nuestro Santo. Por eso mand3 partir a la vez a ocho de sus sacerdotes, que desde Nantes donde tuvieron que permanecer alg3n tiempo, comenzaron a hacer honor a la elecci3n que se hab3a hecho de ellos. Llegados a Hibernia se separaron en dos equipos; unos se quedaron en la Di3cesis de Limerik, los otros en la de Cassel.

Vicente, a quien una larga experiencia hab3a puesto al corriente de las necesidades de los pueblos, y del modo de ponerles remedio, les hab3a pedido antes de su partida comenzar por los catecismos, a3adiendo despu3s las exhortaciones sencillas, claras y pat3ticas. Ellos siguieron este m3todo a la letra, y les sali3 bien. el pueblo del campo, que languidec3a en una profunda ignorancia, crey3 lo que deb3a creer; conoci3 las obligaciones que impone el Cristianismo a los que hacen profesi3n de 3l; se revisti3 de aquel esp3ritu de fuerza, que rompe las cadenas del pecado, y ense3a a morir por la fe en tiempo de persecuciones. El cambio de los corazones fue tan general y tan r3pido, que a los Obispos de Irlanda les costaba trabajo concebirlo. El Nuncio, a quien el Papa ten3a todav3a en su Reino, felicit3 a los Misioneros; los exhort3 a continuar; invit3 incluso a los Eclesi3sticos y Religiosos del Pa3s a seguir en sus instrucciones un m3todo tan c3modo y tan rico en bendiciones.

En el fondo, era algo admirable, el fruto de estas Misiones, a las que Irlanda no estaba acostumbrada. Cada localidad donde se daba una se convert3a en cita general de las otras vecinas, incluso muy alejadas. La multitud era tan numerosa que hab3a que esperar, y se esperaba de buena gana semanas enteras para hacer su confesi3n general. los P3rrocos y de dem3s Eclesi3sticos fueron casi siempre los primeros en dar ejemplo. Exactos por lo dem3s

en seguir todos los ejercicios de los Misioneros, ellos percibieron tan bien su manera de catequizar y de instruir, que mantuvieron en sus Parroquias el fervor que estos dignos Operarios habían dado a conocer.

Nunca fervor alguno fue más necesario a los Pastores y a los Pueblos. Olivier Cromwel, después de tramar y de ejecutar el misterio impío que hizo perecer a un Rey de Inglaterra en un cadalso, y bajo el hacha de un verdugo, hizo sentir a Irlanda, que había proclamado al Príncipe de Gales con el nombre de Carlos II que no se oponía impunemente a sus órdenes. Aunque los Católicos no fueran lo únicos que detestaran el enorme atentado de Cromwel, ellos tuvieron más parte que nadie en la desgracia de los Realistas, pero la aguantaron como Héroe Cristiano. No hubo un solo Pastor en cuya casa se había dado la Misión que abandonara a sus ovejas. Todos sin excepción se mantuvieron junto a su rebaño, hasta que el destierro o una muerte violenta los separara. Se ha sabido que uno de los más fervientes Párrocos después de hacer su confesión anual a un Misionero, que estaba aposentado en una pobre cabaña al pie de un monte fue, la noche siguiente, apresado y masacrado por soldados herejes, mientras administraba los Sacramentos a unos enfermos. Su muerte gloriosa coronó en él una vida muy inocente. Un año antes, en el retiro que había hecho en Limerik con los sacerdotes de la Misión, les había declarado que se sentiría feliz derramando su sangre por la fe y por la caridad: Dios le juzgó digno, y sus deseos fueron escuchados.

Como el furor y la tiranía de los Parlamentarios crecía con sus éxitos, y ya no era posible dar Misiones en el campo, Vicente llamó a Francia a algunos de sus sacerdotes. El sr Arzobispo de Cassel de quien fueron a despedirse antes de salir de Hibernia les encargó de una carta para su Superior General; es del dieciséis de agosto de 1658. es ésta tal y como fue traducida del Latín al Francés.

“La salida de vuestros Misioneros me da ocasión de testimoniaros mi agradecimiento y rendiros mis más humildes acciones de gracias por la caridad con la que os habéis dignado socorrer, por medio de vuestros sacerdotes, al pequeño rebaño que Dios me ha confiado. No fue sólo oportuno, sino en la más extrema necesidad como llegó su socorro. Asimismo es cierto que debido a su trabajo los pueblos se han visto llevados a una devoción que crece día a día. Aunque desde su llegada a este País hayan sufrido muchas incomodidades, no han dejado de trabajar como Obreros infatigables; y con la ayuda de la gracia, han difundido gloriosamente el culto y la gloria de Dios. Espero que este mismo Dios, que es bondadosísimo y todopoderoso, será él mismo vuestra gran recompensa y la suya. Por mi parte le pediré que os conserve largo tiempo, ya que os ha elegido para bien y utilidad de su Iglesia”.

El sr Obispo de Limerik se sirvió de la misma ocasión para escribir a nuestro Santo, y lo hizo en estos términos: *“Es justo, Señor, que os agradezca de todo corazón por el beneficio que he recibido de vos a través de vuestros sacerdotes, y que os exponga la grandísima necesidad que tenemos de ellos en este País. Puedo aseguraros en confianza que sus trabajos han producido más fruto y que han convertido a más almas que el resto de los Eclesiásticos. Por sus ejemplos y buena conducta, la mayor parte de la Nobleza de uno y otro sexo se ha convertido en un modelo de virtud y de devoción que no se veía entre nosotros antes de la llegada de estos Misioneros a estos lares. Es cierto que los disturbios y los ejércitos que están en este Reino han sido un gran impedimento para sus funciones: a pesar de ello sin embargo han grabado tan profundamente lo que se refiere a Dios y a la*

salvación en el espíritu de los habitantes de las ciudades y de la gente del campo que bendicen a dios en la adversidad como en la prosperidad. Yo mismo espero salvarme por su ayuda.”

No obstante el fuego de la persecución se extendía cada vez más por los campos de Hibernia, y no era ya posible trabajar en ellos. Vicente de Paúl que fue informado dio orden a cinco de sus Misioneros de que cruzaran el mar y a los otros tres de quedarse en Limerik. El Obispo les propuso dar la misión en esta ciudad. La empresa era un poco fuerte. Limerik tenía por entonces veinte mil comulgantes, porque cantidad de campesinos Católicos se habían refugiado allí. Pero de qué no son capaces dos o tres sacerdotes, cuando reunidos en nombre del Señor, pueden contar que está en medio de ellos. Sostenidos por su gracia t animados por su Prelado que se puso al frente de ellos, estos Misioneros anunciaron el juicio y la misericordia. El espíritu de terror y de compunción se insinuó con sus palabras. Cada uno pensó en su conciencia y se esforzó por tomar la segunda tabla que queda después del naufragio. De veinte mil personas capaces de aprovecharse de la Misión, ni una sola faltó a hacer su confesión general. Gente que había envejecido en el desorden dieron señales de una verdadera conversión; y se vio a todo un pueblo en disposición de servir de modelo en la más exacta penitencia. Oigamos sobre esto al Obispo de Limerik. Así es como se lo escribía a S. Vicente en una carta en latín que daremos en francés.

“He escrito más de una vez a vuestra Reverencia el éxito de vuestros Misioneros en este Reino. Es tal, por decir la verdad como es delante de Dios, que nunca hemos oído decir que se haya hecho tantos progresos en la fe Católica como los que hemos visto que se han hecho estos últimos años por su sagacidad, su piedad y su asiduidad. La misión sobre todo la que hemos abierto a comienzos del año en esta ciudad, donde no hay menos de veinte mil comulgantes, se ha dado con tanto fruto y aplauso de todos los habitantes que no dudo de que, gracias a Dios, la mayor parte se hayan visto libres de las redes de Satán, por el remedio que se ha puesto a tantas confesiones defectuosas, tantas borracheras, juramentos, adulterios y otros desórdenes, que han quedado abolidos por completo; de suerte que toda la ciudad ha cambiado de rostro, y que por fin se ha aprovechado de la peste, del hambre, de la guerra y de los demás peligros que nos apremien por todas partes, para recurrir a Dios por la penitencia. La bondad de este Dios que nos castiga con sus plagas, nos ha concedido la gracia, aunque no seamos más que siervos inútiles, de emplearnos en esta buena obra. Es verdad que los comienzos han sido difíciles, y que algunos han llegado a creer que no lo podríamos conseguir; pero Dios se ha servido de los débiles para confundir a los fuertes de este mundo. Los primeros de esta ciudad asisten con tal asiduidad a las predicaciones, a los catecismos y a todos los demás ejercicios de la Misión, que apenas es suficiente la Iglesia Catedral. No podríamos aplacar mejor la cólera de Dios que extirpando los pecados que son el principio y la fuente de todos los males. Y cierto es que estamos acabados si Dios no nos tiende la mano; a él es a quien pertenece hacer misericordia y perdonar. Padre, continúa el humilde Prelado, confieso que es a vuestros sacerdotes a quienes soy deudor por la salvación de mi alma. Escribidles algunas palabras de consuelo. Yo no vea bajo el cielo Misión más útil que la de Hibernia; ya que cuando hubiera ciento, la Misión sería siempre grande para tan pocos Obreros. Nuestros pecados son muy graves; quién sabe si Dios no quiere arrebatarnos de este Reino; y entregar para nuestra confusión el Pan de los Ángeles a los perros, etc.”

No tardaremos de ver el cumplimiento de estas últimas palabras: pero antes de llegar ahí, advertiremos, según el Obispo de Limerik, que esta grande Misión debió mucho a los buenos ejemplos de la Nobleza, y sobre todo a la firmeza de los Magistrados. Éstos, aparte de su asiduidad a todos los ejercicios, se sirvieron de su autoridad para exterminar el vicio y los desórdenes públicos. Dieron Leyes y decretaron penas contra los que juraban y blasfemos; y Dios dio a conocer al menos en dos ocasiones, que es a él mismo a quien se desprecia, cuando se desprecia a los jueces de la tierra.

Un carnicero se escapó a Turles en pleno mercado hasta blasfemar el nombre de Dios. fue reprendido por un sacerdote de la misión que pasaba por allí. La corrección fue dulce: de modo que impresionó al culpable. He pecado, dijo al Misionero, *y estoy contento de haber caído en la trampa por mi crimen; pero os ruego que me acompañéis hasta allí*. Tanta docilidad no fue del agrado de un pariente del blasfemo, y con el pretexto de que iba a deshonorar a su familia, le puso en ridículo, y quiso hacerle cambiar de parecer. El Misionero habiendo respondido que no había que impedir a un hombre que hiciera una buena acción y reparara el escándalo que había dado, este pariente furioso cogió unos guijarros, y amenazó al sacerdote con apedrearle, si no se unía a él para impedir una acción que, según decía, no servía más que para perder el honor al que la iba a hacer. Una rebelión como aquella fue castigada, y lo fue en el instante mismo. Ese desdichado estaba hablando todavía, cuando Dios le golpeó con un mal desconocido, que le volvió la lengua negra del todo, que se le salía de la boca, sin que lo pudiera remediar. La plaga del cuerpo fue un principio de salud para el alma. El uso del Agua bendita y las oraciones que se hicieron por el enfermo le devolvieron a su anterior estado. Hizo penitencia por su parte, mientras que su pariente la hacía por la suya en la prisión y en los cepos.

El otro accidente ocurrió en Rakeller, de él diremos tan sólo dos palabras. Un gentilhomme habiendo jurado y blasfemado en público, otro gentilhomme de sus amigos, que estaba presente, le dijo que desde la Misión era costumbre besar el duelo al instante en el lugar mismo donde se había cometido la falta. El jurador trató el aviso de puerilidad y de tontería: su amigo, para reparar el ultraje hecho a Dios, se puso de rodillas en medio de la calle y besó el pavimento, aunque estuviera lleno de barro. El culpable se burló y lo tomó a broma. Existe, dice la Escritura, una alegría que acaba en tristeza: nuestro jurador lo experimentó. Al regresar a su casa se cayó del caballo. Su herida le abrió los ojos. Reconoció su pecado y los remordimientos de la conciencia fueron tan vivos, que resolvió hacer una buena confesión general. Se la hizo en efecto a uno de los sacerdotes de la Misión. Desde entonces vivió de una manera tan Cristiana que su conversión ocasionó la de muchos más.

Tales fueron las bendiciones que Dios tuvo a bien repartir sobre los trabajos de sus Siervos. Para conservar frutos tan preciosos, pero que estaban a punto de ser malogrados por vientos de toda clase, los Misioneros creyeron que, pasara lo que pasara, algunos de ellos debían quedarse en Limerik. Vicente los felicitó por este plan generoso, en una carta que escribió al Superior. Es del mes de abril de 1650. La transcribiré según el historiador de nuestro Santo. En ella hablaba así

“Hemos quedado muy edificados con vuestra carta, y al ver dos efectos excelentes de la gracia. Por uno os habéis entregado a Dios para aguantar en el País donde estáis en medio de los peligros, prefiriendo exponeros a la muerte a dejar de asistir al prójimo; por otro os entregáis a la conservación de vuestros Cohermanos, enviándolos a Francia para

alejarlos del peligro. El espíritu del martirio os ha llevado al primero: la prudencia os ha hecho seguir el segundo. En uno y otro habéis copiado el ejemplo de nuestro Señor, que a punto de ir a sufrir los tormentos de su muerte por la salvación de los hombres, quiso garantizar a sus Discípulos, y conservarlos diciendo: Dejad ir a éstos, y no los toquéis. Así es como habéis obrado como un verdadero Hijo de este muy adorable Padre; a quien doy gracias infinitas por haber producido en vos actos de esta caridad soberana que es el culmen de todas las virtudes. Le ruego que os llene de ella, para que ejerciéndola en todo y siempre, la derramáis en el seno de aquellos a quienes les falta. Puesto que estos otros Señores que os acompañan están también en la disposición de quedarse, por grande que sea el peligro de guerra y de contagio, creemos que les conviene dejar. ¿Qué sabemos nosotros de lo que Dios quiere hacer? Ciertamente no les da en vano una resolución tan santa. Dios mío, qué impenetrables son vuestros juicios! Estamos al cabo de una Misión tan fructuosa, y quizá de las más necesarias que hayamos visto. Parecéis detener el curso de vuestras misericordias en una ciudad penitente para hacer sentir más vuestra mano sobre ella, añadiendo a la desgracia de la guerra el flagelo de la enfermedad: pero es para cosechar almas bien dispuestas y reunir el buen grano en vuestros graneros eternos. Nosotros adoramos vuestras obras, Señor, etc.”

Las plagas que el santo sacerdote deplora aquí, no eran más que un ensayo, un débil preludio de las que se preparaban para caer en Limerik. El contagio fue pronto tan violento que se llevó acerca de ocho mil personas. De este número fue el hermano del Obispo, quien se expuso con los Misioneros y como ellos, para consolar a los enfermos y acudir a sus necesidades. Fue cosa admirable la paciencia, o más bien la tranquilidad y la paz, con la que este pueblo afligido recibió los golpes con los que la mano de Dios los hería. Morían contentos porque, decían ellos, el Señor nos ha enviado a Ángeles que nos han reconciliado con él. sanos y enfermos, todos declaraban su gratitud a todos los que no habían cruzado el mar más que para cooperar en su salvación. El piadoso obispo de Limerik quien, como buen Padre, sabía mejor que nadie apreciar tan santas disposiciones, no podía contener las lágrimas. Cien veces repetía estas palabras: “¡Ay! Aunque el Sr. Vicente no hubiera hecho nunca otra cosa por la gloria de Dios que el bien que ha hecho a esta pobre gente, él debe tenerse por afortunado.”

A las desdichas del contagio sucedieron las de la guerra. Ireton yerno de Cromwel afligió a Limerik y se hizo dueño de ella -19 de noviembre de 1651-, tras cuatro o cinco meses de sitio, Fue el hambre la que obligó a los habitantes a ceder: era tan grande que *la cabeza de un caballo se vendía por un escudo* –carta de S. Vicente del 23 de marzo de 1652-. El ejército de los Parlamentarios debía naturalmente deshonorar a su víctima: era para ellos un punto de Religión. muchos habitantes fueron sentenciados a muerte, únicamente por ser afectos a la fe. De este número fueron cuatro de los principales de la ciudad, a la cabeza de los cuales estaba el señor Thomas Strick, que merece bien ocupar un lugar en nuestra Historia.

Este generoso defensor de la Unidad Católica había fortalecido, con retiros hechos bajo la dirección y en la casa de los Hijos de Vicente de Paúl, los sentimientos que había recibido en la última misión. Fue al salir de uno de estos retiros cuando fue elegido alcalde de Limerik. Triste y peligroso honor en coyunturas tan desfavorables. Una vez que Strick se vio nombrado, reunió a todo del cuerpo de ciudad y le obligó a acompañarle a la iglesia. Allí prosternado a los pies de una imagen de la santísima Virgen le pidió que tomara bajo

su protección a un pueblo desafortunado que recurría a ella. Después de ponerle en las manos las Llaves de Limerik, acción que se llevó a cabo con mucha piedad y ceremonia, arengó a la Asamblea. Su discurso lleno de dignidad y de Cristianismo giró sobre la inviolable obligación de seguir fieles a Dios, a la Iglesia y al Rey: le terminó protestando que estaba listo para dar su vida por una causa tan justa.

Su sacrificio fue aceptado, y le consumó con otros tres de sus amigos, que habiendo sido los compañeros del retiro espiritual lo fueron también de su martirio. Se presentaron a él los cuatro no sólo con constancia, sino también con alegría. Revestidos de sus más hermosas ropas, fueron al lugar del suplicio como los guerreros van al triunfo. Antes de ser ejecutados dirigieron arengas según costumbre del País: pero de una manera tan impresionante, que los propios herejes se sintieron conmovidos hasta las lágrimas.. declararon a la faz del Cielo y de la tierra que morían por la defensa de la fe de la Iglesia Romana; y con esta gloriosa confesión enseñaron a los Católicos que estaban presentes que ni la muerte ni los tormentos debían separarlos de la Religión de sus Padres.

De los tres sacerdotes, que se habían quedado en Irlanda, no hubo más que dos que volvieron a París, después de pasar en Limerik lo que de más terrible tienen la peste y la guerra. El tercero acabó allí su carrera; los otros se disfrazaron y escaparon como pudieron. Uno de ellos –el sr Brinn- se retiró a su País con el vicario General de Cassel. El otro –el sr Barry- habiendo salido hacia las montañas encontró a una Dama piadosa que le recibió con caridad y le ocultó durante dos meses. Un Hermano –F. Lye-, que los servía tuvo menos suerte, o más bien la tuvo mayor. Descubierta por los herejes fue masacrado a la vista de su madre. Le aplastaron la cabeza después de cortarle los pies y las manos. Trato inhumano y bárbaro, que enseñó a los sacerdotes lo que los esperaba, si pudieran echarles mano.

Estos Señores habían trabajado con sus Cohermanos en las Misiones del País durante unos seis años; y con excepción de una limosna, que les hizo la Duquesa de Aiguillon, parte para los gastos del viaje, parte para proveerles de algunos ornamentos que necesitaban, fue la casa de S. Lázaro la que por la inagotable caridad de su Superior se encargó de lo demás. Vicente, aunque en apuros, como lo estuvo casi durante toda su vida, no sintió dolor por el gasto. Más de ochenta mil confesiones generales, y otros bienes sin número, eran para él una amplia compensación. De esto habríamos sabido más cosas si su humildad lo hubiera permitido; pero cuando el Superior de estas Misiones, de regreso en París, le preguntó si sería oportuno hacer un breve relato, le respondió: *“Que era suficiente que Dios conociera todo lo que se había hecho allí, y que la humildad de Nuestro Señor pedía a la Compañía de la Misión que se mantuviera escondida en Dios con Jesucristo para honrar su vida oculta. Añadió que la sangre de estos mártires no quedaría en olvido delante de Dios, y que pronto o tarde sería una semilla de nuevos Católicos”*. Es preciso, sin atravesar las tinieblas del porvenir que esta sangre haya sido muy eficaz, ya que Irlanda, a pesar de sus humillaciones y sus pérdidas, cuenta aún hoy con un gran número de celosos Católicos.

Vicente ignoraba aún el destino de sus Misioneros de Irlanda, cuando formó el plan de enviar a otros para las Islas Hébridas, más conocidas hoy con el nombre de Inc Galles o Westernes. Por poco que se piense que el santo hombre enviaba en ese mismo tiempo sacerdotes suyos a Polonia, a Berbería, a Madagascar y a no sé cuántos Países más; que, por confesión de los amigos y enemigos, estos dignos Operarios conseguían por todas partes los más admirables éxitos; que los gastos inmensos de sus viajes y de su mantenimiento, recaían principalmente sobre él; y que la Providencia, por motivos

impenetrables cruzaba con bastante frecuencia sus planes: se podrá no exclamar, como se hace, o más bien como no han podido hacer ilustres Historiadores con ocasión del primero de los Césares: ¡Qué hombre es este Vicente de Paúl! ¡qué valor! ¡qué grandeza de alma! ¡qué celo por Dios! ¡qué desprendimiento de todo interés personal! ¡qué talento para formar en pocos años, a veces incluso en bastante pocos meses, ministros preparados para hacer de todo y sufrirlo todo bajo sus órdenes! Todos aquellos cuyas hazañas hemos detallado, nos han parecido tales: sus cohermanos que van a producirse a su vez, no nos parecerán ni menos grandes ni menos dignos de la elección que hizo de ellos su primer Superior. Comencemos por dar alguna idea del País que tuvieron que recorrer.

II. Misiones en las Islas Westernes

Las Islas Westernes están situadas a Poniente de Escocia. De los nuevos Geógrafos unos cuentan más de trescientas, los otros no hablan más que de cuarenta y cuatro; sin duda porque sólo estas últimas merecen atención. Es difícil que todas las partes de un terreno tan cortado sean perfectamente semejantes, parece sin embargo que la mayor parte son muy estériles, y que por hablar en general sus habitantes son muy pobres. esta extrema indigencia no las impedía tener sacerdotes Católicos, antes de que Inglaterra se separara de la Iglesia Romana. Desde la consumación de su desgraciado cisma se les dio predicantes. Éstos se hastiaron pronto de una estancia donde no bastaba con predicar la Reforma, sino donde, a pesar de que los hubiera, era preciso practicarla. Así que los habitantes de estas Islas se fueron quedando poco a poco sin verdaderos ni falsos Pastores. La práctica de toda Religión se abolió insensiblemente entre ellos. Llegaron hasta olvidar lo necesario del bautismo, o al menos de la manera de administrarlo; y en el tiempo del que nosotros hablamos, había en las Inc-Galles ancianos de ochenta y hasta de cien años, que no lo habían recibido.

No se sabe por quién supo S. Vicente la triste situación de estos Insulares: lo que sí se sabe es que una vez informado, propuso a algunos sacerdotes de su Congregación, de los cuales unos eran de Escocia, los otros de Hibernia, volar en auxilio de sus hermanos. La empresa era de las más aventuradas, atendiendo a las violencias de Cromwel, y a los tumultos de los tres Reinos. A pesar de todo, la propuesta fue aceptada con gozo y gratitud. Germain Duiguin y François le Blanc, en quienes el santo sacerdote había puesto los ojos, no pensaron ya más que en partir. Las Presidentas de Lamoignon y de Herse tuvieron la caridad de contribuir a los gastos.

Por miedo a ser reconocidos por los herejes –marzo de 1651-, estos dos sacerdotes de disfrazaron de mercaderes, y en lugar de emprender la ruta de Calais, tomaron la de Holanda. De donde su salida podía parecer menos sospechosa. Se encontraron en el puerto con un Señor Escocés llamado de Clangary. Era un hombre tan ilustre por su virtud, como por su nacimiento, y quien desde hacía poco había abrazado la Religión Católica. Desde entonces los tomó bajo su protección, y luego les hizo muy buenos favores.

Apenas llegaron a Escocia cuando se creyeron perdidos. Un sacerdote Apóstata que se había hecho Ministro, los reconoció, y para darse el lujo de un hombre celoso por la secta que había abrazado, hizo una especie de carta circular que recorrió el Reino, y por la cual avisaba de la llegada de estos Misioneros. Este comienzo no anunciaba nada bueno: Dio sacó su gloria de ello. el apóstata fue atacado de un enfermedad, que le producía en todos su s miembros unos dolores insoportables. La violencia de sus males le privó casi por

completo del uso de la vista y del oído. Entonces reconoció que el Cielo irritado castigaba su deserción, y su mala voluntad. Lloró su extravío, prometió a Dios reparar su falta, y recobró la salud. Apenas estuvo en disposición de ponerse en camino cuando emprendió un largo viaje para obtener la absolución de las censuras en las que había incurrido por su apostasía. El sr Duiguin a quien descubrió poco a poco, de la dio, según los poderes que para ello había recibido de la Santa Sede. Así fue como se disipó la primera tormenta; él devolvió a la Iglesia a u hombre que se había separado, y sirvió para dejar paso más rápido a las Hébridas y a las montañas más escarpadas de Escocia, a dos sacerdotes que estaban destinados a su conversión; y que no podían sin imprudencia detenerse por mucho tiempo en las grandes ciudades, donde sus señales había corrido por todas partes.

Vicente de Paúl estuvo más de dieciocho meses sin recibir noticias de estos Señores. por fin una carta de uno de ellos colmó en parte sus inquietudes. Tenía fecha del 28 de octubre de 1652. El Santo no la recibió hasta el mes de diciembre –véase la carta del 26 de diciembre-, y pocos días antes de salir para Villepreux, donde el R. P. de Gondí, vivamente afligido por la desgracia del Cardenal de Retz su hijo, que acababa de ser conducido a Vincennes, tenía necesidad de consuelo. Esta es la carta por la que Vicente había suspirado tanto tiempo. Es del sr Duiguin.

“Dios nos ha concedido la gracia desde nuestra llegada a Escocia de cooperar en la conversión del padre del sr de Clangary: era un anciano de 90 años, educado en la herejía desde su juventud. Nosotros le instruimos y le reconciliamos con la Iglesia, durante una grave enfermedad que se lo llevó pronto a la tumba, después sin embargo de recibir los Sacramentos y declarar un verdadero pesar por haber vivido tanto tiempo en el error, y un gozo indecible de morir Católico. Reconcilié también, pero en secreto, a varios criados suyos, y a algunos de sus amigos. Hecho eso, dejé a mi compañero en el País montañoso de Escocia, donde hay grandes necesidades espirituales, y mucho bien por hacer. En cuanto a mí, yo me trasladé a las Islas Hébridas, donde Dios por su todopoderosa misericordia ha operado maravillas más allá de toda esperanza. Ya que ha dispuesto tan bien los corazones que el sr de Clanrenald, Señor de una buena parte de la Isla de Vista, se ha convertido con su mujer, su hijo y toda su familia; lo que han imitado todos los gentileshombres sus súbditos y toda su familia.

“Yo trabajé luego con las poblaciones de esta Isla y pasé a las de Egga y de Canna. Dios ha convertido allí de ocho a novecientas personas, que estaban tan poco instruidas en las cosas de la Religión, que no había quince que supieran algún misterio de la fe Cristiana. Espero que lo demás dará pronto gloria a Dios. he hallado a treinta o cuarenta personas de edades de setenta, ochenta, cien años y más, que no habían recibido el santo Bautismo. Los he instruido y bautizado: se murieron poco después, y sin duda que piden a Dios por los que les han procurado un bien tan grande. La mayor parte de los habitantes vivían en el concubinato: pero, gracias a Dios, le hemos remediado, casando a los que lo querían y separando a los que no lo querían. No hemos tomado nada de este pueblo por los servicios que les hemos hecho: no obstante tengo que mantener a dos hombres, uno para ayudarme a remar cuando paso de una isla a otra y llevarme los ornamentos y mi pequeño equipaje por tierra, donde a veces tengo que hacer, antes de decir la misa, cuatro o cinco leguas a pie por caminos pesados: el otro me ayuda a enseñar el Pater, el Ave y el Credo y a decir la Misa, no habiendo ningún otro capaz de hacerlo, después de la instrucción que le he dado.

“De ordinario sólo hacemos una comida al día, que consiste en pan de cebada, o de avena, con queso, o mantequilla salada. A veces pasamos días enteros sin comer, porque no encontramos nada, sobre todo cuando tenemos que cruzar montañas desiertas y deshabitadas. En cuanto a la carne, apenas la comemos: y no es que no se vea en algunos lugares los más alejados del mar, en particular en casa de los gentileshombres, pero está tan mal y preparada con tanta sal que revuelve el estómago, la tiran al suelo sobre un poco de paja, que les sirve de mesa y de asiento, de mantel y de servilleta, de plato y de platillos. De comprarla nosotros mismos para cocerla y apañarla como en Francia, no es posible; porque no hay en estas Islas ningún carnicero, y no se vende por piezas, de manera que necesitaríamos comprar un buey o una oveja enteros, cosa que no podemos hacer, viéndonos obligados a estar siempre en camino, para administrar el bautismo y demás Sacramentos. Hay pescado en el mar por estas Islas, pero los habitantes poco industriosos y holgazanes por naturaleza, tienen poca invención para pescarlos. Sería sin duda prestar un gran servicio a Dios enviar a este País buenos obreros evangélicos que supieran hablar bien la lengua de estas Islas, y que supieran mejor aún sufrir el hambre, la sed, y acostarse en el suelo.”

La segunda carta que escribió el sr Duiguin en 1654 –en el mes de abril- no es ni menos curiosa ni menos edificante. “Estamos, decía él, infinitamente obligados a dar gracias sin cesar a la bondad divina por tantas bendiciones como quiere derramar sin cesar sobre nuestros pequeños trabajos; en la impotencia en que me hallo de decirlo todo lo que hay, me limitaré a una parte.

Las Islas que he frecuentado son Vista, Canna, Egga y Skia; y en el continente el País de Moodirt, de Arasog, de Moro, de Condirt y de Cleangary.

La Isla de Vista pertenece a dos Señores, uno de los cuales se llama el Capitán de Clan-Ranald y el otro Macdonald. Lo que pertenece al primero se ha convertido todo, excepto dos hombres solos que para pescar con más tranquilidad, no quieren ninguna Religión. de manera que hay cerca de mil o mil doscientas almas devueltas al rebaño de la Iglesia. No he estado aún en el otro extremo de la Isla que pertenece a Macdonald, aunque me hayan llamado. Hay un Ministro que quiere tratar conmigo de controversia por cartas; le he contestado y espero un buen éxito de esta disputa, la nobleza me invita a ir allí, y el Señor quedará complacido. Estoy resuelto tanto más porque sé que el Ministro lo teme, y querría apartarme. Los dos criados que me disputó se han vuelto Católicos por la gracia de Dios, y yo he oído su confesión general, después de prepararlos para ella. Los habitantes de la pequeña isla de Canna se han convertido la mayor parte, y algunos de la de Egga. En cuanto a la isla de Skia, que está gobernada por tres Señores, hay en las dos primeras partes cantidad de familias convertidas; pero todavía no he hecho nada en la tercera.

“Y de Moodirt, Arasog, Noro, Condirt y Ceangary, se han convertido todos, o resueltos a hacerse instruir, cuando tengamos tiempo de ir a cada pueblo. Hay seis o siete mil almas en todos estos lugares, pero están muy lejos y difíciles de visitar a pie, e inaccesibles a la gente de caballo.

“Al comienzo de la primavera entré en otra isla llamada Barra, en la que encontré al pueblo tan devoto y tan celoso por aprender, que me sentí encantado. Era suficiente que un niño de cada pueblo hubiera aprendido el Pater, el Ave y el Credo, para que dos días después se lo supiera todo el pueblo, los mayores como los pequeños.. he recibido a los

principales de la Iglesia, y entre otros al joven Señor con sus hermanos y sus hermanas. Y hay esperanzas de ganarse al el viejo Señor en el primer viaje. Entre estos nuevos convertidos hay uno que es el hijo de un Ministro; su devoción edifica mucho a todo el País del que es conocido. Yo retraso de ordinario la comunión por algún tiempo, después de la confesión general, con el fin de que estén mejor instruidos, y todavía mejor dispuestos para una segunda confesión, y también para excitar en ellos un afecto más grande, y más deseo de comulgar.

“Entre los que han recibido la Eucaristía, se encontraron cinco a quienes Dios hizo saber que no estaban en las disposiciones que debían tener: pues habiendo sacado la lengua para recibir la santa Hostia, no la pudieron retirar para sí, hasta que la recuperaron. Se confesaron por segunda vez con mejor disposición, y entonces recibieron este Pan de vida sin ninguna dificultad. Dios ha querido permitir estos efectos extraordinarios para inspirar a los otros Cristianos del País un temor mayor cuando se acerquen a este divino Sacramento a fin de que traigan las mejores disposiciones. Se han visto también muchas cosas maravillosas operadas por la virtud del Agua bendita: lo que ha servido mucho para producir grandes sentimientos de piedad a mucha pobre gente. Bautizamos a un gran número de niños, incluso de adultos de treinta, cuarenta, sesenta y ochenta años y más de edad. Los hay que, habiendo sido torturados en otro tiempo por fantasmas o espíritus malignos, se han visto libres por completo desde que recibieron el bautismo.”

Así describía este virtuoso y celoso Misionero los asuntos de Dios, y cómo establecía la Religión por un lado, mientras que por el otro Cromwel y los suyos la arruinaban. Animado por tan buenos comienzos, Duiguin formó mayores proyectos, y entre otros el de ir a predicar el Evangelio a una isla, en la que en verdad había mucho bien que hacer, pero donde había también otros tantos peligros que correr.

“Me dispongo, escribía a uno de sus cohermanos este digno hijo de S. Vicente, me dispongo a partir para Pabba. No os he declarado todavía mi plan, por miedo a que la pena y el peligro que hay os produjera cierta aprensión. Es en efecto un lugar extraño y terrible: pero la esperanza que tenemos de llamar al redil a muchas ovejas extraviadas, y la confianza en Nuestro Señor, nos hace despreciar los peligros y hasta la muerte. Además, como la herejía no ha afectado a estos Isleños, hay esperanza de que una vez instruidos en las verdades de nuestra santa Religión, podrán, con la gracia de Dios, mantenerse en ella y perseverar. Por eso, nosotros partiremos bajo su protección, etc.”

Este proyecto fue en pequeño lo que había sido con relación a la conquista de la China, el del Apóstol de las Indias. Duiguin quien debía partir cinco días después, y había conseguido ya un pasaporte del gobierno de Pabba, cayó enfermo. El mal alimento, los viajes tan difíciles como continuos, las funciones del ministerio acabaron por agotarle. Murió el 17 de mayo de 1657. El dolor que causó su pérdida fue tan general como lo habían sido sus trabajos. Feliz por haber merecido que se dijera de él que había combatido valientemente, que había concluido su carrera con las armas en la mano y que había sido fiel hasta el último momento.

Mientras que Duiguin convertía a los Inc-galles, su compañero –el sr le Blanc- se ejercitaba tanto en las Costas del mar como en las montañas de Escocia. Excepto los peligros que eran mayores en el País que le había caído en suerte, su vida y sus trabajos tenían mucho de parecido con los de su colega. Casi sin otro alimento que pan de avena, recorría los

poblados y los pueblos, tranquilizaba a los Católicos, movía y convertía a un número bastante bueno de sectarios. Su Misión pareció incluso autorizada por acontecimientos a los cuales se quería dar el nombre de milagro. Este es uno que Vicente creyó deber comunicar a la comunidad: pero del que no habló sino con la prudencia y timidez que un hombre que no se cree ni él ni los suyos capaces de operar prodigios. Habiéndose vuelto la pesca muy estéril después de cierta intemperie del aire, el pueblo a quien en aquellos lugares le falta de todo, cuando le falta pescado, recurrió al sr le Blanc. Le suplicaron que hiciera oraciones y echara Agua bendita en el mar. Lo hizo con fe, y esta fe fue recompensada, y la pesca fue abundante.

El ruido de estos sucesos y de estas conversiones, de las que fueron acompañados, asustó a los Ministros. Recurrieron al pretendido Protector -Cromwel de Inglaterra-, y obtuvieron de él en 1655 un Mandamiento, por el que se ordenó al Magistrado Inglés, que ejercía en Escocia el oficio de Pretor, que hiciera una pesquisa exacta de todos los sacerdotes Romanos, que trabajara sin demora en la introducción de su proceso, y condenarlos a muerte. La orden fue ejecutada puntualmente; y como daba derecho al Pretor de entrar en todas partes donde lo creyera oportuno, visitó tan bien todos los rincones y escondites del castillo del Marqués de Huntley, que descubrió en él a tres sacerdotes Católicos. Le Blanc era uno de ellos. Había hecho mucho bien, era difícil que no se le deseara mucho mal; por eso fue conducido a las cárceles de Aberden donde se pensó que no languidecería por mucho tiempo.

S. Vicente recibió esta noticia el mes de abril del mismo año. Desde entonces tuvo a este querido cohermano como a un hombre destinado a la muerte, y en este sentido escribió –el 23 de abril de 1655- a algunos de los suyos y habló de él a la comunidad. El discurso que tuvo en esta ocasión fue algo largo; pero está tan lleno de piedad y de sumisión a las órdenes de Dios estaría mal suprimirlo. Es éste pues entero.

“Encomendaremos a Dios a nuestro buen sr le Blanc, que trabajaba en las montañas de Escocia. Ha sido hecho prisionero con un Padre Jesuita por los Ingleses herejes. Los han llevado a la ciudad de Aberden, de donde es el sr Lunsden, a quien habíamos enviado después de él, quien no dejará de verle y de asistirle. Hay en ese País muchos Católicos que visitan y alivian a los sacerdotes que sufren. Ahí tenemos a este buen Misionero en el camino del martirio. No sé si debemos alegrarnos o afligirnos. Pues por un lado el Señor es honrado por el estado en que se encuentra, ya que está en él por su amor;; y la compañía sería dichosa, si Dios la encontrara digna de darle un mártir; y él mismo bienaventurado de sufrir por su nombre , y de ofrecerse, como lo hace, a todo lo que desee ordenar sobre su persona y su vida. ¿Qué actos de fe, de esperanza, de amor de Dios, de resignación y de oblación no practica él ahora para disponerse más y más a merecer una corona semejante? Todo eso nos anima en Dios a mucho gozo y agradecimiento. Pero, por otra parte, es nuestro cohermano quien sufre, ¿no debemos sufrir con él? Yo mismo confieso que, según la naturaleza, estoy afligido muy sensiblemente; pero según el espíritu creo que debemos bendecir a Dios por ello como por una gracia muy particular. Así es como lo hace Dios: después que alguien le ha rendido notables servicios, le carga con cruces, aflicciones y oprobios. ¡Oh Señores y Hermanos míos! Es preciso que haya en las cruces y los sufrimientos algo grande, que el espíritu no comprende, ya que de ordinario Dios hace suceder al servicio que se le rinde las aflicciones las persecuciones, las prisiones y el martirio, con el fin de elevar a un alto grado de perfección y de gloria a

quienes se entregan perfectamente a su servicio. El que quiere ser discípulo de Jesucristo, debe esperarse esto, pero debe también esperar que en caso de que las ocasiones se presenten, Dios le dará la fuerza para soportar las aflicciones y superar los tormentos.

“El sr le Vacher me informaba un día desde Túnez que un sacerdote de Calabria concibió un gran deseo de sufrir el martirio por el nombre de Dios... Este deseo le urgía con tanta fuerza que cruzó los mares para venir en busca de la ocasión a Berbería, donde por fin se la encontró, y murió constantemente por la confesión del nombre de Jesucristo. Oh si fuera del agrado de Dios inspirarnos este mismo deseo de morir por el Salvador, del modo que fuera, ¡qué bendiciones atraeríamos sobre nosotros! Sabéis, Señores, que hay muchas clases de martirios. Pues, aparte del que acabamos de hablar, hay otro de mortificar sin cesar nuestras pasiones, y también otro de perseverar en nuestra vocación por el cumplimiento de nuestras obligaciones y de nuestros ejercicios. S. Juan Bautista, por tener el valor de reprender a un Rey por el pecado de incesto y de adulterio que cometía y ser condenado a muerte por este asunto, es honrado como mártir, aunque no haya muerto por la fe, sino por la defensa de la virtud, contra la cual aquél incestuoso había pecado. Es pues una especie de martirio consumirse por la virtud. Un Misionero, que es muy mortificado y obediente, que cumple perfectamente con sus funciones, y que vive según las reglas de su estado, hace ver por este sacrificio de su cuerpo y de su alma que únicamente dios merece ser servido, y que debe ser incomparablemente preferido a todas las ventajas y a todos los placeres de la tierra. Hacerlo así es publicar las virtudes y las máximas del Evangelio de Jesucristo, no de palabra, sino con la conformidad de su vida con la de Jesucristo; es rendir homenaje de su verdad y de su santidad a los fieles y a los infieles; y por consiguiente vivir y morir de esta manera es ser mártir.”

El Santo volvió a continuación al sr le Blanc, y después de decir unas pocas palabras sobre los bienes que había realizado en Escocia, de los peligros que había corrido, de los sufrimientos que había pasado, continuó en estos términos: “Si solamente toca a un Obrero que ama a Dios de verdad hacer y sufrir estas cosas por su servicio, y que luego Dios permita que le sucedan otras cruces mayores todavía y que le hagan prisionero de Jesucristo, y hasta mártir, no debemos nosotros adorar la conducta del Señor, someternos a ella amorosamente, y ofrecernos a él cumpla en nosotros su santísima voluntad. Así pues, pediremos esta gracia a Dios, le agradeceremos por esta última prueba en la que quiere poner la fidelidad de su siervo; y le rogaremos que, si no le agrada dejarle con nosotros todavía, se digne al menos fortalecerle en los malos tratos que está pasando y que podrá pasar en adelante.”

Estos malos tratos se redujeron, por una singular protección de Dios, a cinco o seis meses de prisión. Para condenar a un sacerdote a muerte según las leyes que estaban en vigor entonces, era menester que se le convenciera que había dicho la misa, o hecho otras funciones de su ministerio: ahora bien le Blanc había tomado sus medidas de forma que no se hallaba en Escocia un solo hombre de la nueva Religión que le hubiera sorprendido en este pretendido crimen. Hubo es cierto un testigo que depuso contra él, pero lo hizo de una manera tan vacilante y tan dudosa, que unos jueces, incluso apasionados, no podían contar con ello. hubo más, y es que cuando le confrontaron con el preso, se desdijo y se explicó de otra manera muy diferente, no queriendo, como lo confesó después, ser la causa de la pérdida de un hombre honrado. Así le Blanc fue liberado; pero con esta extraña condición,

que si se le ocurría predicar, instruir o incluso bautizar a alguno, sería colgado al instante sin otra forma de proceso.

Sucedió con este decreto con relación al hombre evangélico como había sucedido con los de la sinagoga contra los primeros discípulos del Salvador. a su ejemplo le Blanc dejó un cantón para ir a otro. Se retiró a las montañas de Escocia y trabajó allí como hasta entonces. Vicente se sintió más edificado con este plan que alarmado. Después de exhortar a los suyos a dar gracias a Dios por la liberación de este querido y respetable cohermano, exclamó: *“¡Oh qué motivos no tenemos de dar gracias a nuestro Señor por haber dado a esta pequeña Compañía el espíritu de martirio y esta luz que le hace ver algo grande, brillante, divino de morir por el prójimo como lo hizo el Salvador. le daremos gracias y le pediremos que nos dé a cada uno de nosotros la inclinación a sufrir y dar la vida por las almas.”*

El arresto de este Misionero no paró del todo en Escocia los progresos del Evangelio. S. Vicente que había previsto bien que en un País, al que había llegado la hora de los poderes tenebrosos, sus dos primeros sacerdotes no podrían trabajar más que a intervalos –cartas del 18 y 19 de julio- les había enviado refuerzos a partir de 1653. esta segunda elección no tuvo menos suerte que la primera. Se verá por la carta siguiente. Es del sr Lunsden quien, nacido en Irlanda con buenas disposiciones, había aprovechado mucho bajo la dirección de nuestro Santo, una vez que se incorporó a la Congregación. esta carta, que Vicente recibió en 1654, y que por lo tanto precedió a los rigurosos Edictos de que hemos hablado, estaba concebida en estos términos:

“Dios da a la Misión que damos aquí en el país llano una grande bendición, y puedo decir que todos los habitantes tanto ricos como pobres, no han estado nunca, desde el tiempo en que cayeron en la herejía, tan bien dispuestos a reconocer la verdad, para convertirse a nuestra santa fe. Recibimos todos los días a muchos que llegan a abjurar de sus errores, y algunos incluso de alta condición. Con ello trabajamos en confirmar a los Católicos con la palabra de Dios y la administración de los Sacramentos. El día de Pascua estaba yo en la casa de un Señor, donde hubo más de cincuenta personas que comulgaron; entre las cuales había veinte recién convertidos. El buen éxito de nuestras Misiones produce mucha envidia en los Ministros, a quienes falta más bien poder que voluntad para sacrificarnos a su pasión: pero nosotros ponemos nuestra confianza en la bondad de Dios, que será siempre, si es de su agrado, nuestro protector.

“Los pueblos de estos territorios septentrionales, escribía el mismo misionero tres años después, están mucho mejor dispuestos a recibir la verdadera fe, que lo estaban hasta ahora... La gracia de Dios no ha trabajado en vano este verano último; por ella he tenido la suerte de traer a la Iglesia a algunas personas de gran condición, que han abjurado de su herejía; y al mismo tiempo he confirmado cada vez más a los Católicos con las instrucciones que les do y los sacramentos que les administro. He emprendido también el viaje de las Islas Orcadas y recorrido las comarcas de Moravia, Rossie, Candie y Cathanesia, donde no hay ningún sacerdote desde hace muchos años y donde no queda ya casi ningún Católico. Pero como yo empezaba a trabajar y había recibido en la fe a un hombre honrado de Cathanesia, quien me invitaba a ir a pasar algún tiempo en esta provincia, donde esperaba que muchas personas se convertirían, me vi obligado a abandonarlo todo y regresar lo antes posible: porque el enemigo de la salvación ha levantado una nueva persecución contra los Católicos; y el protector Cromwel, a

instigación de los ministros, ha publicado un mandato, por el cual y en relación con lo que le han informado, que nacos y principalmente en las partes septentrionales, se pasan al papismo, cambio que quiere detener, manda a todos los jueces y magistrados del reino de Escocia que hagan una diligente investigación, y sobre todo contra todos los sacerdotes, a quienes ordena que se los meta en prisión y luego castigar según las leyes del reino. Pues bien como el ministro de Bredonique está muy animado contra mí en particular y trata de arrestarme, me he visto obligado a retirarme de los lugares donde no gozaba de seguridad y buscar algún abrigo hasta que se vea en qué acaba esta persecución. No puedo escribiros con más detalles sobre nuestros asuntos por miedo de que mis cartas vayan a caer en manos de nuestros enemigos.”

Vicente conocía ya el extremo peligro en que estaban sus misioneros desde los edictos de Cromwel. Habría deseado consolarlos: para no tener nada que reprochase en este sentido, mandó partir a uno de los suyos para Londres, con orden de hablar con el embajador del Rey cristianísimo, y abrirse con su crédito y sus consejos algún camino a Escocia, las circunstancias no eran las más favorables. Cromwel hacía temblar todo por tierra y por mar, y estaba más animado que nunca contra los Católicos de los que sabía muy bien que no le podían tener más que como un detestable usurpador. También hemos advertido en otra parte que el embajador de Francia fue el primero en exhortar a este misionero, a favor de quien le habían escrito personas de gran peso, a salir de una ciudad, donde un momento de descanso podía costarle la vida. Nuestro Santo se ofreció a Dios por sus sacerdotes. Redobló y mandó redoblar las oraciones para su conservación; y se puede creer que si a pesar de los emisarios del tirano de la Gran Bretaña, no perdieron uno solo de sus cabellos, se debe a los gemidos y a los votos de Vicente de Paúl, a quien se vieron obligados.

Misiones en Polonia

Hemos dicho hacia 1651 que Luisa María de Gonzaga quiso consagrar a Dios las primicias del poder que tenía sobre el corazón del Rey su esposo; que con este propósito se dirigió a Vicente de Paúl para conseguir de él Misioneros; que este santo sacerdote quien, como el gran Apóstol, no conocía a nadie según la carne hizo partir para Varsovia a Lambert-au-Coûteaux, es decir a uno de los más tiernos amigos que tuviera en la tierra; y que éste, víctima de su propio celo, fue muy pronto arrebatado por la peste, que al poco de su llegada comenzó a desolar Polonia.

Para remplazar a este querido difunto, Vicente puso los ojos en el sr Ozenne, antiguo sacerdote de la Compañía y muy buen Misionero. Le asoció a otros de un valor y de una virtud a toda prueba. Para dar alguna idea de lo que tuvieron que hacer y sufrir, bastará con decir en pocas palabras, que la peste continuaba en Polonia; que por añadidura de aflicción, los Moscovitas por un lado, y por la otra los Suecos mandados por un rey formidable – Carlos Gustavo-, se arrojaron a mano armada contra las más bellas provincias de Polonia; que la Reina poco segura en su Capital se vio obligada a salir con algunos de los Misioneros; que los dos que se quedaron allí, se mantuvieron firmes en el puesto peligroso durante varios años, a pesar de las plagas del contagio y del hierro enemigo, de lo que estaban a amenazados por igual; que continuaron consolando a los afligidos, en servir a los pobres, en administrar los Sacramentos a los sanos y a los enfermos, con un afecto y un

valor que enternece a Vicente de Paúl en su ancianidad, y que más de una vez le sirvieron de motivos para inspirar a la numerosa Misión sentimientos con los que habría querido llenar a todas las etapas que la componen. De esta forma es como les habló un viernes por la tarde, tiempo que por entonces estaba destinado a las Conferencias. Lo que falta, lo que incluso debía faltar en el aspecto de la dicción a su discurso hace cerca de un siglo queda bien compensado con el fuego y la solidez de los pensamientos.

“Recomiendo, decía, a las oraciones de la Asamblea a los dos cohermanos que trabajan en Varsovia. Uno de ellos tiene un mal molesto de estómago, son restos de una peste mal curada. Acabo de saber que le han puesto fuego en el extremo de una costilla que estaba cariada, y su paciencia es tal que no se queja nunca; lo sufre todo con grande paz y tranquilidad de espíritu. Otro cualquiera se afligiría al verse enfermo a cuatrocientas o quinientas leguas de su País. Diría: ¿Por qué me han enviado tan lejos? ¿Por qué no me llevan de aquí? ¡Qué! ¿me quieren abandonar? Los demás están en Francia tan cómodamente, y me dejan a mí morir en un País extranjero. Es lo que diría un hombre de carne, que estuviera apegado a sentimientos naturales y que no entrara en los de nuestro Señor que sufrió, y constituyendo su felicidad en los sufrimientos. Oh qué buena lección nos da este su Siervo para amar todos los estados en los que le agrade a la divina Providencia colocarnos.

“Del otro, ved como desde hace tanto tiempo trabaja con una paz de espíritu, y una seguridad maravillosa, sin cansarse de la duración de los trabajos, ni desanimarse por las incomodidades ni extrañarse por los peligros. Los dos son indiferentes a la muerte y a la vida, y humildemente resignados a cuanto Dios ordene. No me demuestran ninguna señal de impaciencia ni de murmuración; por el contrario parecen dispuestos a sufrir todavía más. ¿Estamos nosotros a su altura, Señores y Hermanos míos? ¿Estamos preparados a sufrir las penas que Dios nos envíe, y acallar los movimientos de la naturaleza, para no vivir ya más que de la vida de Jesucristo? ¿Estamos dispuestos a ir a Polonia, a Berbería, a las Indias a sacrificarle nuestras satisfacciones y nuestras vidas? Si es eso, bendigamos a Dios; pero si por el contrario los hay que temen dejar sus comodidades; que sean tan blandos para quejarse de la menor cosa que les falta, y tan delicados como para querer cambiar de casa y de oficio porque el aire allí no es bueno, el alimento pobre, y no tienen suficiente libertad para ir y venir; en una palabra, Señores, si algunos de entre nosotros son todavía bastante esclavos de la naturaleza, entregados a los placeres de sus sentidos, como lo está este miserable pecador que os habla, y que a la edad de más de setenta años es todavía tan profano, que se consideran indignos de la condición apostólica a la que Dios les ha llamado, y que entran en condición de ver a sus hermanos que la ejercen tan dignamente, y que están tan lejos de su espíritu y de su valor.

“Pero ¿qué han sufrido en ese País? ¿El hambre? Allí está. ¿La peste? Ellos la han pasado los dos, y uno por dos veces. ¿La guerra? Les toca vivir en medio de los ejércitos, y han pasado por las manos de los soldados enemigos. Finalmente Dios los ha probado con todas las calamidades. Y nosotros estaremos aquí como caseros sin corazón y sin celo. Veremos a los demás exponerse a los peligros para el servicio de Dios y estaremos tan tímidos como gallinas mojadas. Oh miseria, oh pequeñez. Vemos a veinte mil soldados que se van a la guerra para sufrir toda clase de males. Uno perderá un brazo, el otro una pierna y muchos la vida por un poco de viento, y por esperanzas muy inciertas; y sin embargo no tienen ningún miedo, y no dejan de correr a ella como tras un tesoro. Pero

para ganar el Cielo, Señores, no hay casi nadie que se mueva; y con frecuencia los que se han propuesto conquistarle llevan una vida tan muelle y tan sensual, que es indigna no sólo de un sacerdote y de un Cristiano, sino de un hombre razonable; si hubiera entre nosotros semejantes, no serían más que cadáveres de Misioneros. Entonces, Dios mío, sed por siempre bendito y glorificado por las gracias que hacéis a los que se abandonan a vos: sed vos mismo vuestra alabanza por haber dado a esta pequeña Compañía a estos dos hombres de gracia.

“Démonos a Dios, Señores, para ir por toda la tierra a llevar su santo Evangelio; y a cualquier parte que nos lleve, guardemos allí nuestro puesto y nuestras prácticas, hasta que su buena voluntad nos retire. Que las dificultades no nos aparten; se trata en ello de la gloria del Padre Eterno y de la eficacia de las palabras y de la pasión de su Hijo. la salvación de los pueblos y la nuestra propia que de ello dependen es un bien tan grande que merece que se lleve a cabo la precio que sea: y qué importa que nos llegue la muerte antes, mientras que nos coja con las armas en la mano; nosotros seremos más felices, y la Compañía no será por ello más pobre; porque la sangre de los mártires es la semilla de los Cristianos, Sanguis Martyrum semen est Christianorum. Por un Misionero que haya dado su vida por caridad, la bondad divina suscitará muchos más que harán el bien que él haya dejado de hacer. Que cada uno pues se forme la resolución de combatir el mundo y sus máximas, de mortificar su carne y sus pasiones, de someterse a las órdenes de Dios y consumirse en los ejercicios de nuestro estado, y en el cumplimiento de su voluntad, en el lugar del mundo que le plazca”.

Aquí el santo hombre animado del Espíritu que llevaba a Daniel a mandar bendecir a Dios por todas sus criaturas, invitó a todos los estados de su Misión, sin exceptuar a los Seminaristas más jóvenes a formar una resolución tan conforme a lo que Dios esperaba de ellos. Luego habiendo supuesto, no por habilidad, sino por justicia, que no había ni uno solo de sus sacerdotes que tuviera otros sentimientos, exclamó terminando: *“Sí, Dios mío, queremos todos responder a los designios que tenéis sobre nosotros. Es lo que nos proponemos todos en general, y cada uno en particular, mediante vuestra santa gracia, nosotros no tendremos ya tantos apegos, ni por la vida, ni por la salud, ni por nuestras comodidades, ni por un lugar, ni por el otro, ni por ninguna cosa del mundo, que pueda, oh Dios de bondad, impidiros de concedernos esta misericordia, la que os pedimos todos unos por otros”.* *“No sé, Señores, añadió el santo, cómo os he dicho todo esto: no lo había pensado; pero me ha impresionado tanto por lo que se ha dicho durante la Conferencia, y por otro lado tan consolado por las gracias que Dios ha dado a nuestros sacerdotes de Polonia que me he dejado llevar a derramar así en vuestros corazones los sentimientos del mío.*

A la primera lectura de este discurso se ve sin esfuerzo, que Vicente de Paúl poseía la plenitud del Espíritu Apostólico; que tenía un talento admirable para inspirar a todos sus Hijos; que el único placer del que fue capaz era el de verlos dispuestos a correr como gigantes por el camino de las cruces y de los sufrimientos; que de estas cruces las más preciosas a sus ojos fueron siempre las que iban unidas al servicio de los pobres más abandonados; y que si tomó una parte tan grande en los intereses de Polonia es porque en el tiempo en que sus sacerdotes fueron allí, la guerra, la peste, el hambre y para colmo de males la herejía Sociniana, hecha de todas las hieles de las demás, conspiraban a la pérdida de este vasto Reino.

Las oraciones y gemidos del santo hombre se redoblaron sobre todo durante los años de 1655 y 1656, que fueron tan funestos para los Estados de Casimir. *“La Reina de Polonia, que tiene grandes bondades para nuestra Compañía, decía en el mes de agosto de 1655, nos recomienda en todas sus cartas pedir a Dios por este pobre Reino, que necesita mucho que Dios le mire con ojos de piedad, porque es atacado por todas partes.”*

Pero quizás no haló nunca con más extensión y sentimientos, que hacia el final del año siguiente –en el mes de septiembre, época en que la batalla sangrienta, que duró tres días - 18, 19 y 20 de julio de 1656- ante Cracovia, comenzaba a transpirar a Francia, sin que se pudiera todavía contar con las noticias que la anunciaban. *“Nos humillaremos, decía S. Vicente a la Comunidad, y nos humillaremos mucho ante Dios, porque ha querido, si los rumores que corren son verdaderos, suspender todavía la espera del bien que le hemos pedido con tanta frecuencia e insistencia, pues nuestros pecados sin duda son la causa. Es un rumor que todavía no es cierto, que no sólo no se han apaciguado las turbulencias de Polonia, sino que el Rey que tenía un ejército de cerca de cien mil hombres, habiendo dado una batalla, la perdió. Si ello es así, la persona de la Reina que iba a encontrarse con el Rey, y se estaba sólo a dos jornadas del ejército, no está segura.*

Oh Señores, oh Hermanos míos, sintamos dolor por este gran Reino que está atacado con tantas fuerzas, y que estará perdido si la noticia es verdad, pero sintamos dolor por la Iglesia, que se va a perder en aquel País, si el Rey acaba por sucumbir, pues la religión no puede sostenerse sino por la conservación del Rey, y la Iglesia va a caer en las manos de sus enemigos en ese Reino. El Moscovita ocupa ya más de cien o ciento veinte leguas de extensión, y ahí está el resto en peligro de ser invadido por los Suecos.

Oh qué gran motivo me da todo esto de temer el acontecimiento de lo que quería decir el Papa Clemente VIII. Este santo Pontífice a quien sus enemigos y los herejes mismos daban alabanzas: (pues yo he visto a Luteranos que estimaban su virtud) habiendo recibido a embajadores de parte de algunos Príncipes de Oriente, donde la fe comenzaba a extenderse, y queriendo dar gracias a Dios en su presencia, ofrecía a esta intención el santo Sacrificio. Cuando se encontraba en el Memento, estos mismos embajadores le vieron llorar, gemir sollozar. Después de la misa se tomaron la libertad de preguntarle qué asunto le había llevado a verter lágrimas, en una coyuntura que sólo debía producirle alegría. Es verdad, respondió con sencillez este gran Papa, que al ver los progresos de la Religión Católica, he comenzado la misa con mucho consuelo pero se cambió en dolor cuando he reflexionado sobre las pérdidas que la iglesia sufre todos los días por parte de los herejes; pérdidas tan grandes, que hay miedo, esto parece temerse, que Dios no quiera trasladarlo a otras partes”.

Para apoyar este pensamiento de Clemente VIII, pensamiento que, como se ha dicho varias veces en el curso de esta Obra, fue para el corazón del santo sacerdote la fuente de un dolor continuo, Vicente después de referir la funesta defección de la Gran Bretaña, de Noruega, de una parte de Alemania, de varias ciudades Anseáticas, etc., prosiguió en estos términos:

“Es seguro que el Hijo de Dios prometió que estaría en su Iglesia hasta el fin de los siglos; pero no prometió que esta Iglesia estaría en Francia o en España. Dijo que no abandonaría a su Iglesia y que subsistiría hasta la consumación del mundo, en el lugar que fuera; pero no determinadamente aquí o en otra parte. Si hubiera un País en el que fuera a dejarla, parece que la Tierra Santa, donde nació, donde comenzó su Iglesia, donde obró

tantas y tantas maravillas, hubiera debido tener la preferencia. Sin embargo es a esta Tierra por la que tuvo a bien hacer tantas cosas, a la que le ha quitado su Iglesia primeramente, para dársela a los gentiles. Mucho antes le había quitado el Arca para dársela a los Filisteos, prefiriendo, por así decirlo, estar él mismo con su Arca prisionero de sus enemigos a seguir entre amigos que no cesaban de ofenderle. Así es como Dios se comportó y se comporta cada día con aquellos que siéndole deudores de tantas gracias, le irritan con toda clase de ofensas, como lo hacemos nosotros miserables. Y maldición, maldición a este pueblo, a quien Dios dijo: No quiero más de vosotros, ni vuestros sacrificios. Vuestras ofrendas ni vuestros ayunos me podrían agradar: no los necesito; lo habéis pisoteado todo con vuestros pecados; os abandono: andad, ya no tendréis parte conmigo. Ah, Señores, qué desgracia, pero oh Salvador, qué gracia ser del número de los que Dios se sirve para trasladar a unos las gracias que quita a los otros. Veámoslo en una comparación familiar.

“Un Señor infortunado se ve obligado por la guerra, por la peste, por el incendio de sus casas, o por otra desgracia, a emprender la huida y retirarse a otro parte. Si en estos restos de fortuna, se encuentra alguien que se ofrece a servirle, que le sirva en efecto, que le ayude a transportar sus efectos; ¡qué consuelo para él dentro de su desgracia! Ah, Señores, qué gozo para Dios y para sus ángeles, si en los trastornos que han causado las herejías, en el incendio que la concupiscencia siembra por todas partes, en esta escombrera general, se halla alguna persona, de las que unas guardan aquí lo que la Iglesia tiene todavía, otras sirven para transportar a otra parte lo que ella pierde... Los Conquistadores dejan una parte de sus tropas para guardar lo que poseen, y envían la otra para adquirir nuevas olazas, y así extender su imperio. Pues así debemos hacer nosotros, mantener aquí valerosamente las posesiones de la Iglesia y los intereses de Jesucristo, y con ello trabajar sin cesar en hacer nuevas conquistas, y darle a conocer de los pueblos más distantes.

“Un autor de herejía me decía: Dios se ha cansado por fin de los pecados de todas estas regiones, esta encolerizado, y quiere resueltamente quitarnos la fe, de la que se han hecho indignos. ¿No sería, añadía él, una temeridad oponerse a los designios de Dios y querer defender a la Iglesia, cuando ha resuelto perderla? Y yo, decía él también, yo quiero trabajar en este plan de destruir. Ay, Señores, tal vez decía la verdad cuando declaraba que Dios por nuestros pecados quiere quitarnos la Iglesia. Pero mentía al decir que hay temeridad en oponerse a Dios en este punto, y emplearse para defender y para conservar su Iglesia: pues Dios lo pide, y se ha de hacer.... No, no existe temeridad en ayunar y afligirse, en pedir para calmar su cólera, en combatir hasta el fin para sostener a la Iglesia en todos los lugares donde se halla. Que si hasta el presente, a juzgar por los efectos, nuestros esfuerzos han sido inútiles a causa de nuestros pecados, no hemos de desistir por ello sino, humillándonos profundamente, continuar nuestros ayunos, nuestras comuniones, nuestras oraciones con todos los buenos siervos de Dios, que ruegan sin cesar por el mismo fin; y debemos esperar que al fin Dios por su grande misericordia se dejará ablandar, y nos escuchará. Humillémonos pues todo lo que podamos a la vista de nuestros pecados, pero tengamos confianza y gran confianza en Dios, que quiere que continuemos cada vez más pidiéndole por este pobre Reino de Polonia tan desolado, y reconozcamos que todo depende de él y de su gracia. “

Este texto del Santo no necesita comentario. Se ve hoy, como se vio en los primeros tiempos, a un hombre, que quiere hacer violencia al Cielo, oponerse de algún modo a sus disposiciones, y sustraer a la seducción del error a un Reino donde el victorioso Gustavo le había llevado en triunfo. El aburrimiento que acompañaba a la repetición no impidió nunca a Vicente volver sobre esta materia. Hablaba de ella a los suyos dos veces por semana, al final de la oración o de las Conferencias. Sus hijos eran los primeros, pero no los únicos confidentes de su dolor y de sus inquietudes. Polonia y los peligros que en ella corría la fe, entraban siempre por algo en las conversaciones que el santo hombre tenía en el exterior: y después de su muerte un Eclesiástico de virtud ha contado que un día en una Asamblea en que estaba los dos, este gran Siervo de Dios, para animar a los que estaban presentes, a recomendar al Señor este Reino afligido, habló con tanta unción y sentimientos por las miserias de Polonia que hizo derramar lágrimas a todos los que le oyeron. Dadme un hombre que ame, decía S. Agustín, y comprenderá que eso puede, que eso debe incluso ser así: si hablo a un hombre que no tenga ni fuego, ni calor, no comprenderá nada.

Finalmente quiso Dios escuchar las súplicas de su Santo. Los asuntos de Polonia cambiaron de cara poco a poco. George Ragotzi, Príncipe de Transilvana, que ganado por el Rey de Suecia se había lanzado sobre Polonia con treinta mil hombres, fue ampliamente derrotado –en 1657-. Los Moscovitas, en parte asustados por la rapidez de las conquistas de Gustavo, en parte descontentos con que quisiera quedarse con Lituania, se apartaron de sus intereses. Por fin Gustavo mismo a quien su prosperidad había conseguido grandes enemigos, fue tan maltratado en la Isla de Fionie –o de Funen-, que se murió de pena en la primavera de su edad.

Vicente tuvo el consuelo de enterarse de estas buenas noticias antes de su muerte; y está fuera de duda que felicitara a Casimir por medio de su augusta esposa. Qué habría dicho, si lo hubiera podido prever, que este Príncipe, fatigado de su grandeza tormentosa, abdicaría un día la Corona, vendría a Francia en busca de un descanso que no probó nunca en sus Estados y moriría más pacíficamente como Abad de S. Germain, que como Rey de Polonia.

Misiones de Madagascar

Hemos dado a conocer a partir del libro IV de esta Historia la posición de Madagascar, las costumbres de sus habitantes, los éxitos de las primeras tentativas que se hicieron para su conversión, y la pérdida que sufrió en pocos años Vicente de Paúl de casi todos los Obreros que había enviado. Por miedo a robar demasiado tiempo a los ojos del lector, el Santo que debe ser el primer objeto de nuestro trabajo nos ha obligado a cortar de alguna forma las últimas cartas de sus Hijos; y a no tomar más que lo necesario cuya mostrar a todo el Universo que Vicente fue un hombre cuya caridad, celo, paciencia y la sumisión a las órdenes más rigurosas del Cielo, llegaron tan lejos como lo hayan hecho los mayores Santos. No obstante, como es acertado dar a entender que, en relación con las noticias que recibía de aquel País, la esperanza que había concebido de la conversión de los habitantes de Madagascar, no carecía de fundamento; y que además los trabajos y las penas de estos Misioneros en esta Tierra desdichada, le comprometieron a escribirles muchas cosas, cuna piedad puede sacar provecho de ello; creemos deber retomar nuestra narración en el momento preciso en el que nos vimos obligados a interrumpirla.

No se ha olvidado que de tantos sacerdotes que el Siervo de Dios había enviado a la Isla de S. Laurent, no quedaba más que uno solo en 1657 y que este último, llamado Toussaint Bourdaise, escribió a Europa la muerte de todos los demás. Después de hablar de ellos del modo más cariñoso, trata de cerrar un poco la llaga que él mismo había abierto con noticias tan tristes, da cuenta de los progresos que había hecho el Evangelio en aquel País bárbaro, y a juzgar por el modo de explicarse, anuncia una cosecha que, para recogerla sólo pide Obreros.

“Si hubiera aquí, dice, dos o tres sacerdotes, esperarí­a que antes de un año casi todo el país de Anos, aunque grande, sería bautizado. Lamentablemente no puedo alejarme mucho y satisfacer a los que vienen a nuestra Iglesia. Aun así los principales de los pueblos que son en gran número dicen que se bautizarían si tuvieran a alguien que les enseñara a rezar a Dios. Procuero al menos llevarle a desear el bautismo, y a hacerles producir Actos, para que el deseo de este Sacramento supla en la necesidad.

“Para hacerles retener más fácilmente los artículos de nuestra fe, pido a un Francés, que entiende muy bien la lengua del País, que me ayude a traducir palabra por palabra en esta lengua nuestro pequeño Catecismo. Lo ha hecho y me sirve mucho. Yo no me sirvo ya de intérpretes. Se entusiasman más y más por nuestra santa fe, y veo todos los días a nuevas personas llegar a prenderse el Pater, el Ave y el Credo, que les enseño y les explico. Todas las mujeres de la provincia de Histolangar desean bautizarse, y de casarse por la Iglesia. Cuando llegaron los Señores Dufour y Prévôt, y se hallaban todavía en la pequeña Isla de Santa María, que no está lejos de ésta, yo ya tenía pensado dejarles a uno en aquel lugar, al otro aquí, y yo marcharme a las tierras vecinas a instruir a unos y a otros. Para no servir de carga a nadie me había propuesto hacer un pequeño establecimiento de víveres en una de las principales habitaciones, y que estuviera en el centro de la región. De esta manera me habría podido quedar siete u ocho días en un lugar, hasta que hubiera alguien en el pueblo que supiera rogar a Dios para enseñárselo luego a los otros, y hacerles las Oraciones de la tarde y de la mañana, como se hacen aquí en nuestra habitación. Este plan me agradaba mucho, y yo tranquilizaba frecuentemente a estos pobres Negros porque iría pronto a ellos para enseñarles a conocer a Dios y a rogarle... Pero Dios, al quitarme a todos mis cohermanos, lo ha dispuesto de otra forma.

Enseño a aquellos de esta buena gente que han recibido el bautismo a confesarse, y espero que antes de Pascua se confesarán todos. Son muy asiduos a las oraciones de la tarde y de la mañana, e incluso a mediodía. Los vergonzosos y la gente mayor vienen a verme a la casa, y los instruyo en particular.

“Muchos no piden otra cosa que bautizarse, pero yo quiero que sepan rezar a Dios antes, y durante este tiempo les pongo un poco a prueba, y veo cómo se portan.

“Cantidad de ellos me han dicho que una de las cosas que les impide bautizarse es que temen que los Franceses se queden mucho tiempo en la Isla, o peor aún, que los Blancos acaben masacrándolos. No dejo de estar abrumado de gente, que vienen a todas horas para aprender me he visto obligado a hacerles rezar a Dios a todos a la vez en voz alta en la Iglesia, para lo cual se colocan en filas bien ordenados grandes y pequeños. Quiera Dios, Señor, que todos nuestros Cohermanos oyeran el agradable y nuevo concierto que forman tantas voces discordantes de jóvenes y de ancianos, de hombres y de mujeres, de pobres y de ricos, que están todos unido en la fe de un mismo Dios.

“He bautizado estos días a cinco familias de Negros; es decir al hombre, a la mujer y a los hijos. He hecho doce matrimonios entre Franceses y mujeres del País. Ellas han sido las primeras que han venido a rezar a Dios, las primeras bautizadas, las primeras en tener celo por el honor de Dios, y son ahora el ejemplo de las demás mujeres.

“Nos ha costado todos los trabajos del mundo hacer salir a las mujeres públicas. Me he visto obligado a ir a los Cafés con una cuerda para echarlas; y esto después de emplear los ruegos y las súplicas. Con permiso del sr Gobernador para usarlas.

“Cuatro Negros que habían sido bautizados y casados por el difunto sr Nacquart, y alejados de sus mujeres por las guerras, hemos vuelto a reunirlos con mucho trabajo.

“Aparte de eso, tenemos doce nuevos matrimonios contraídos entre Negros y veintitrés entre Franceses y mujeres del País. Esto se multiplica poco a poco. Todos se han retirado a sus habitáculos; vienen a la iglesia en las Fiestas grandes..

“Hemos instruido a cuatro pequeños Rovandries, que son hijos de los más grandes del País. Uno de ellos está ya bautizado; espero a nuestros Franceses que están de viaje para que sean los Padrinos, para bautizarlos a todos. Lo desean mucho: han abandonado a sus Olys, que llevan colgando del cuello, y se han puesto cruces en su lugar.

He hablado a un gran Rovandrie, cuyos dos hijos mayores yo he bautizado hace tiempo, para que se bautice él y toda la casa, como también su padre y su hermano, que son Reyes como él; no se ha alejado. Ha dejado aquí a su pequeño y me ha permitido que le bautice; es mucho para un Grande. Si se bautizara él mismo, tendríamos unos cuantos más.

“El hijo mayor de otro Rey llamado Dian-Masse ha recibido el bautismo. Es uno de los más valientes del País; tiene un muy buen espíritu, y está bien constituido. Todos los días ruega a Dios delante de su gente. Le he exhortado a instruir a su mujer y a sus gentes; me lo ha prometido.

“tengo en casa a dos niños de dos Grandes de la Isla, con sus esclavos; quieren también recibir el bautismo, y nosotros se lo administraremos, Dios mediante, con la mayor solemnidad que podamos, para que Dios sea más glorificado, y los pueblos particularmente los Principales de la nación, más edificados y empujados a seguir el buen ejemplo que estos dos les den; pues nos dice la experiencia que la conversión de un solo noble y gran Señor, adelanta aquí más los asuntos de Dios que la de un centenar de personas del pueblo llano.

“El año pasado fui avisado que a tres de los Señores más poderosos del País les quedaba ya poco de vida y que se morirían con seguridad en pocos días: me sentí muy apenado porque sabía que eran gente muy apegada a sus supersticiones. Con todo seguí el movimiento de Dios, fui a verlos, y Dios les concedió la gracia de abrirles los ojos, porque habiéndoles hablado de las verdades de nuestra Religión, y asegurado que después de la muerte nadie podía ser feliz y evitar las penas eternas, si no era bautizado; al momento me pidieron que los bautizara, pero bautizarlos ese mismo instante y enterrarlos después de su muerte. Les prometí hacer ambas cosas, a cambio de que dejaran todas sus supersticiones, y los Olys que llevaban encima. Lo hicieron al momento, yo les di el bautismo, y cuando se murieron no dejé de enterrarlos, y darles la sepultura en el cementerio de los Cristianos. Con esto no puedo pasar en silencio la alegría y la edificación que me dieron los Negros; pues al momento del entierro, acudieron en gran número, para ver dar tierra a estos

hombres a quienes habían tenido antes como dioses; daban mil alabanzas a la Religión católica, por habernos ocupado de los funerales de honor de aquellos mismos que antes del bautismo sólo nos deseaban mal. Ya veis, Señor, la grande disposición que estos Indios tienen para convertirse y cuánto contribuye a ello el ejemplo de los Grandes.

“Tengo en casa a tres pequeños niños de nuestros Franceses, con dos hijos de los Reyes de Mavauboulle. Los cinco no pasan de los dos años, y es la edad en que se puede asegurar encontrar y conservar en ellos la inocencia, sobre todo en lo que se refiere a la pureza. Esta virtud es rara aquí más de lo que se pueda pensar; y no es de extrañar, puesto que los padres y madres no esperan a que sus hijos de uno y otro sexo tengan uso de razón para enseñarles cómo se la puede perder; cosa deplorable y que expresa bien la gran necesidad que tiene este pobre pueblo de ser instruido.

“Educaba ya a hace tiempo a otros cuatro pequeños, que tienen ahora siete u ocho años. Me dan mucha satisfacción, y espero verlos un día cooperar en la conversión de los demás, y sobre todo dos de ellos que saben ya leer y ayudar a misa.

“Estos pobres Indios recurren a mí en sus enfermedades. Cuando hay algún herido, o enfermo, me vienen a ver para algún remedio, lo que sirve de mucho, porque es entonces cuando me escuchan con más ganas. Ello me ha dado ocasión de bautizar a muchos pequeños, que se murieron enseguida, y que por consiguiente han subido al Cielo; los hemos enterrado con las ceremonias acostumbradas, haciendo llevar cirios a los de su edad.

“Yendo a ver al Señor del pueblo de Imours, ya anciano y muy enfermo, le hablé en presencia de todos sus súbditos, que habían acudido a mi llegada, de las cosas del otro mundo y de la grandeza de la fe Cristiana. Le dije que si quería creer y ser bautizado como los Cristianos sería puesto en las filas de los hijos de Dios. Este buen hombre reuniendo todas las fuerzas que le quedaban me dijo que quería ser Cristiano. Por eso, como el mal apremiaba, le bauticé en presencia de toda la asamblea, a la que luego hice una exhortación... El enfermo me quiso hacer un regalo, pero se lo agradecí y le dije que el bautismo es una cosa de tan alto precio que nada del mundo la puede pagar. Al verle tan bien dispuesto me volví. Le envié un poco de electuario –teriaca o triaca- y confección de jacinto, y al cabo de tres días se curó. Por lo cual me siento obligado a la bondad divina, porque por medio de los pequeños remedios a los que da la bendición para los cuerpos encuentro facilidades para la curación de las almas.

“Durante la guerra los enemigos que llegaron de noche a un pueblo próximo a nosotros, mataron a un veintena de hombres sometidos a los Franceses a golpes de azagaya, me fue traída a los diez días, con fiebre alta. Sus heridas estaban tan infectadas a causa del pus, que no se podía soportar el olor; esto sucedía los pobres no teniendo medios de hacerse curar por los Ombiases, dejan, cuando están heridos, sus heridas al aire sin más. Le di un unguento que la curó en poco tiempo con la ayuda de Dios. Aunque tuviera un nervio y uno de los vasos cortado en el brazo. Cuando se recuperó me trajo a sus dos hijos para bautizarlos, y quiso dármeles como esclavos; no accedí a esta condición, y le hice entender que en nuestra Religión no hay esclavos.

“Un Ombiasse me vino a ver últimamente y me pidió que fuera a curar en su pueblo a un hombre que no dormía desde hacía tres meses y que sufría mucho a causa de un absceso que tenía en la cadera. En efecto, su cadera estaba hinchada hasta estar tan gruesa como

el cuerpo de un hombre, y la piel tan dura que no se podía atravesar directamente. Me hice con un bisturí, atravesé esta apostema, que soltó más de un sello de pus; los pobres estaban atónitos. Se curó en tres días. Tenía también una en el hombro. Hice la misma operación y bien pronto se pasó el mal por completo.

“Se extiende entre los nativos del País una especie de difteria, que se llama Sorac; sólo procede de la mala alimentación, y dura tres meses del año: este mal los lleva a la muerte en ocho días, y no tienen ningún remedio para defenderse; yo les he dado un poco de triaca que los cura a todos; ya he curado a más de cien por la misericordia de Dios; y como vienen todos a mí para eso, se puede esperar que las curaciones corporales los dispongan a las espirituales, como sucedía a los Apóstoles que curaban los cuerpos antes de convertir las almas.

“Tenemos aquí a adivino llamado Rathy. Es un hombre de unos 60 años, bajo de estatura, de un exterior sencillo y que habla poco. Se ha hecho célebre por sus adivinaciones, que con mucha frecuencia han resultado verdaderas. Los Franceses mismos le dan crédito. En 1654 predijo que en menos de seis semanas se verían aquí barcos de Francia, cosa que resultó verdad, porque al poco tiempo, los que el sr Mariscal de la Meilleraie había enviado llegaron. Otra vez, al se preguntado por Franceses si el sr de Flacourt, que regresaba a Francia, llegaría a buen puerto, respondió que sí, pero que al acercarse a Francia, se encontraría con tres navíos de guerra enemigos, lo que sucedió al punto, como él mismo os lo ha podido decir. Muchas más de sus predicciones se han verificado con los sucesos, y yo mismo he sido testigo de ellas.

“Eso me hizo dudar si no sería un verdadero don de profecía que Dios le hubiera comunicado, como en otro tiempo a las Sibilas, para recompensarle por alguna insigne virtud moral, ya que parece un buen hombre, sencillo e ingenuo. Como venía a verme con frecuencia, quise aclararme un día. Le pregunté si no hablaba con los Coucoulambous, son los duendecillos o espíritus loquillos. Me respondió ingenuamente que les hablaba y a menudo. Me informó por sí mismo dónde habitaban estos demonios, y cómo estaban hechos. Me dijo que andaban por grandes montañas, que parecían no tener más que tripa, que algunos los oían hablar, y otros no., le pregunté si no pensaba durmiendo en las cosas que decía del porvenir. Me dijo que su pensamiento le dictaba eso en el momento; y yo así lo creo, porque me ha respondido a preguntas sobre las que no disponía de tiempo de consultar al demonio; como cuando una persona le preguntó si su padre estaba vivo, y cuántos hermanos y hermanas tenía, cosas que no podía saber, y a las que respondió bien y sin dudarle. Le pregunté si estos espíritus le llevaban al bien y le decían que era bueno rezar a Dios, me respondió ambiguamente, porque no se atreviera a decir no o por alguna otra razón. Después de tantas preguntas dejé de hacerle más: sólo le pregunté si estos espíritus querían a los sacerdotes, y me dijo que los temían más bien, lo que me hizo pensar que eran malos espíritus.

“Predijo muchas otras cosas, cuya verdad no es conocida aún; y entre otras que toda la Isla se convertiría y bautizaría. No sé qué decir de esta profecía; quiera Dios hacernos ver pronto su realización. Hay razones para esperarlo, si mis pecados no son obstáculo. Ya que estamos casi tocando con los dedos la verdad de otra predicción parecida que ha hecho; a saber, que él, su mujer y sus hijos serían bautizados un día; es lo que él me ha prometido hacer lo antes posible, viene ya todos los días a la oración y me dice que cuando sepa rezar bien, irá como yo por los pueblos, a enseñárselo a los demás. Desde ahora no

quiere responder a los que le preguntan algo sobre sus supersticiones, y dice, para excusarse, que me tiene miedo. Este hombre puede bien desengañar a los otros sobre el hecho de los Olys, ya que en este asunto era de los mayores Maestros.

“La necesidad era ya tan grande aquí que muchos Negros se morían de hambre. He hecho una marmita grande para los niños bautizados y no bautizados, que están encantados de tener todos los días una escudilla de sopa. Les doy el catecismo yo mismo a mediodía; se mantienen bastante atentos y moderados. Hay incluso madres que traen a sus pequeños, lo que me alegra mucho; porque maman esta leche espiritual con gran avidez; y estoy resuelto a continuar así, en vista del fruto que se consigue. Aparte de esta limosna ordinaria, hago otra a los ancianos y a los niños abandonados de sus madres, durante los malos días en que no encuentran casi nada que comer.

“Ya veis, Señor, por un lado las hermosas y ricas disposiciones para extender el Reino de Jesucristo en esta gran Isla, en la que ya seiscientos de sus habitantes por lo menos han recibido la luz del Evangelio, y el número de los que la desean y la esperan es todavía mucho mayor. Que si por la facilidad y la escasa resistencia de éstos podemos juzgar de los demás, hay motivos para esperar de todos los habitantes; es decir de cuatrocientas mil almas que hay en esta Tierra, y una multitud innumerable más, que en el curso de los tiempos recibirán de sus antepasados esta rica sucesión. Sin embargo, a pesar de que no soy más que un pobre pequeño siervo inútil, si fuera a faltar, como estoy cada día a la víspera de ello, ay, qué sería de esta pobre Iglesia, y de tantos pueblos que se quedarían sin instrucción, sin Sacramentos y sin ninguna dirección. Dios que me hace ver este extremo, me apremia a prosternarme en espíritu a vuestros pies, como lo estoy aquí en el cuerpo, para deciros de parte de tantas almas, con toda la humildad y el respeto que me es posible: Mitte quos misurus es. Enviadnos Misioneros; pues los que han venido a morir en nuestras puertas, no han sido enviados a Madagascar para quedarse, han sido tan sólo llamados por este camino al Cielo: donde no tenéis menos necesidad de establecer a vuestra Congregación que en la tierra.

“Acabo con una breve noticia triste y gozosa al mismo tiempo, que conocí hace algún tiempo; a saber, que la madre de Dian-Machicore, uno de los mayores Señores del País, con más de cien años, se había muerto, después de pedir con insistencia el bautismo, que no había podido recibir a causa de la distancia del lugar donde yo estaba: Me afligió verdaderamente mucho, porque no me llamaron a tiempo, para asistirle este el último paso; no obstante, como hay motivo de esperar, que en este caso de incapacidad, este buen deseo que ella manifestaba habrá suplido esta falta, y le habrá hecho recibir el bautismo interior del Espíritu Santo, cosa que me devuelve el consuelo a mi corazón. Me he creído en la obligación de asignarle un lugar entre nuestros Neófitos. Hay con toda probabilidad muchos otros de uno y otro sexo, que se salvan aquí en virtud de este bautismo espiritual, por no tener medios de recibir el otro; pero hay que confesar que el número es mucho mayor de los que se condenan por falta de un hombre que los ayude a lavarse en esta Piscina mística; y esto es lo que más dolor me produce, sobre todo cuando me imagino a sus Ángeles de la Guarda que me dicen: si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus; Oh Misionero, si hubieses asistido a este hombre y a esta mujer, no se habrían muerto de la muerte eterna. Mi querido Padre, cuántas veces pido que tantos Eclesiásticos capaces que hay en Francia ociosos, y que conocen esta gran necesidad de Obreros, hicieran alguna vez esta reflexión y se persuadieran vivamente que nuestro Señor mismo les dirige estos

reproches a cada uno de ellos en particular: O Sacerdos, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus; O Sacerdote, si hubieras estado en esta Isla, muchos de mies hermanos recatados con mi Sangre no se habrían muerto con una muerte irreparable. Sin duda que este pensamiento les daría compasión, y hasta espanto, sobre todo si consideraran con atención que, por haber descuidado prestar esta asistencia espiritual, el mismo Jesucristo les dirá un día estas terribles palabras: Ipse impius in impietate sua morietur, sanguinem vero ejus de manu tua requiram. Oh que si los Sacerdotes, los Doctores, los Predicadores, los Catequistas y los demás que tienen talento y vocación para estas Misiones distantes, prestaran atención a todo esto, y sobre todo a la cuenta que se les pedirá por tantas almas que, faltas de asistencia por su parte, se habrán condenado, no hay duda que tendrían mucho más cuidado del que tienen, en ir lejos, a buscar las ovejas extraviadas para traerlas al rebaño de la Iglesia”.

Como este ferviente Misionero se temiera que Vicente fuera a perder valor y abandonara después de todo una Isla desgraciada que había cosechado en tan pocos años la flor de la Congregación, volvió a la carga y continuó en estos términos:

“Enviadnos lo antes que podáis más Operarios, os lo suplico, mi querido Padre. Si todos estos acontecimientos funestos os hicieran por lo menos dudar de la vocación de nuestra Compañía a este trabajo, poned los ojos en el éxito de la cruzada predicada por S. Bernardo, y de la empresa lograda por los Israelitas contra la ciudad de Gabaon; si consideraréis que estas dos expediciones fueron bastante desafortunadas, aunque Dios hubiera autorizado la primera con milagros y la segunda por revelación, consideraréis con toda facilidad que el triste final del viaje de nuestros sacerdotes no debe impedir creer que su vocación no venga del Cielo, que además os ha dado señales bastante evidentes. Además, sabéis, Señor, que Dios mortifica y vivifica cuando bien le place; y así hay motivo de esperar que los que vuestra caridad envíe lo conseguirán mejor que los que los precedieron; así como les pasó a los propios Israelitas que, después de ser derrotados y rechazados por dos veces, tomaron al fin la ciudad de Gabaon, al tercer asalto que hicieron. Es verdad, mi querido Padre, que habáis perdido a muchos Hijos y a buenos Súbditos, pero os suplico por el amor de Jesucristo que no os desaniméis por ello y no abandonéis a tantas almas que han sido rescatadas con su Sangre. Tened por cierto que si han muerto tantos buenos Misioneros, no es el aire del País el responsable, sino las fatigas del viaje, o sus mortificaciones excesivas, o el trabajo desmesurado, que será siempre aquí demasiado grande, mientras que haya pocos Obreros.”

Estas últimas palabras hicieron en el espíritu de nuestro Santo más impresión que todo lo se pudo hacerle en París, para apartarle de la empresa de Madagascar. Después de inútiles esfuerzos para socorrer a un Cohermano tan digno de serlo, tuvo al fin el consuelo de saber que cinco de sus hijos se habían embarcado en la Rochelle. La carta que les había encargado para el sr Bourdaise, y que fue la última de este género que escribió, da a conocer tan bien su buen corazón, la amplitud de su celo y sus eminentes virtudes que no podemos hacer otra cosa mejor que reproducirla en toda su extensión, para acabar lo que se refiere a las misiones extranjeras. Es ésta tal como el Historiador de S. Vicente nos la ha conservado.

“Os diré en primer lugar, Señor, el justo temor que tenemos que no estéis ya en esta vida mortal, una vez visto el escaso tiempo que vuestros Cohermanos, que os precedieron, acompañaron y siguieron, han vivido en esa tierra ingrata, que se ha devorado a a tantos

buenos Obreros enviados para roturarla. Si vivís aún, qué grande alegría la nuestra cuando estemos seguros de ello. No os costaría trabajo en creerlo de mí, si supierais hasta que punto alcanza la estima y el afecto que siento por vos, y que es tan grande como el que pueda sentir una persona por otra.

“El último escrito que nos habéis enviado, al hacernos ver el poder de Dios en vos y esperar un fruto extraordinario de vuestros trabajos, no ha hecho derramar lágrimas de regocijo por vos, y de gratitud para con la bondad de Dios, que os ha cuidado admirablemente y a esos pueblos a los que, por su gracia, vos anunciáis el Evangelio, con tanto celo y prudencia por vuestra parte que parecen disposiciones para ser hechos Hijos de Dios. Mas al propio tiempo hemos llorado por vuestro dolor y la pérdida que habéis padecido con la muerte de de los srs Dufour, Prévôt y de Belleville, que encontraron su descanso en lugar del trabajo que iban a buscar, y que aumentaron vuestras penas cuando vos esperabais de ellos más alivio. Esta separación ha sido desde entonces una reja de dolor para vuestra alma, como la muerte de los srs Nacquart, Gonder y Moûnier lo habían sido anteriormente. Nos habéis expresado tan bien vuestro dolor dándonos la noticia de su fallecimiento, que me ha enternecido tanto vuestro extremo dolor como impresionado por estas grandes pérdidas. Parece, Señor, que Dios os trata como ha tratado a su Hijo: le envió al mundo a fundar su Iglesia por su Pasión, y parece que no quiere introducir la fe en Madagascar, más que con vuestros sufrimientos. Adoro su divina conducta y le ruego que lleve a cabo en vos sus designios. Él los tiene y bien particulares sobre vuestra persona; ya que de tantos Misioneros sois el único a quien ha conservado la vida. Al parecer quiere hacer por vos el bien para el cual no quiso servirse de ellos.

“Sea como fuere, Señor, hemos deplorado mucho la privación de estos buenos Siervos de Dios, y hemos tenido gran motivo de admirar en esta sorprendente ocasión los resortes incomprensibles de su conducta. Él sabe que hemos besado de buena gana la mano que nos ha golpeado; y que nos hemos sometido con toda humildad a golpes tan sensibles, aunque no podamos comprender las razones de una muerte tan súbita en hombres que prometían mucho y que tenían tantas señales de vocación, para hacer Cristiano a un pueblo que pide ser instruido.

“No obstante esta pérdida, no más que las que la han precedido y los accidentes que han tenido lugar desde entonces, no han sido capaces ni de debilitar la resolución que habíamos tomado de socorremos ni de mover la de los cuatro sacerdotes y del hermano, que van hacia vos; y que habiendo tenido el atractivo de vuestra Misión, nos han hecho largas instancias para ser enviados. No sé quién recibirá más consuelo a su llegada, o vos que los esperáis tanto tiempo o ellos que tienen un gran deseo de verse con vos. Verán a Nuestro Señor en vos, y a vos en Nuestro Señor; y con estas miras os obedecerán como a él mismo, mediante su gracia. Para ello os ruego que toméis su dirección; espero que Dios bendecirá vuestra conducta y su sumisión.

“No habrías permanecido por tanto tiempo sin ser socorrido, si dos embarcos que se han hecho, no hubieran salido mal. Uno se perdió en la Ría de Nantes; cerca de cien personas perecieron en él; y dos de nuestros Sacerdotes y un Hermano que debían hallarse allí como los otros no se salvaron más que por especial protección de Dios. El otro aparecido el año pasado, fue capturado por los Españoles, y otros cuatro de nuestros Sacerdotes que estaban dentro con un hermano, ya ha vuelto; de manera que Dios no ha querido que recibierais por nuestra parte ni ayuda ni consuelo, pero ha querido que nos llegara

inmediatamente de él solo: ha querido ser vuestro primero y vuestro segundo en esta Obra Apostólica y divina a la que os ha dedicado; para mostrar que el fundamento de la fe es asunto suyo, y no obra de los hombres. Fue así como hizo uso de ello en los comienzos de la fundación de la Iglesia universal; eligiendo solamente a doce Apóstoles, quienes separados unos de otros, se fueron por toda la tierra para anunciar la venida y la doctrina de su divino Maestro. Pero habiendo comenzado a crecer esta santa semilla, la Providencia hizo que el número de los Obreros se aumentara, y lo hará de manera que vuestra Iglesia naciente multiplicándose poco a poco, se vea al fin provista de sacerdotes, que os sustituyan para cultivarla y extenderla.

“Oh, Señor, qué suerte la vuestra por haber echado los cimientos de ese gran designio, que debe dar al cielo tantas almas, las cuales no entrarían en él nunca, si Dios no derramara en ellas el principio de la vida eterna, por los conocimientos y los Sacramentos que les administráis. Que podáis con el auxilio de la gracia continuar por largo tiempo este santo Ministerio, servir de regla, e infundir valor a los demás Misioneros. Es lo que toda la Compañía pide a menudo a Dios, pues siente una devoción particular en encomendarle vuestra persona y vuestros trabajos. Pero en vano pediríamos nosotros vuestra conservación, si vos mismo no trabajarais en ello. podéis juzgar por vuestra propia experiencia de la necesidad que tenéis unos de otros, y de la necesidad que tiene todo el País. El temor que habéis sentido porque nuestros queridos difuntos hayan adelantado su muerte debido al exceso de vuestros trabajos, os debe obligar a moderar vuestro celo: vale más que le queden a uno fuerzas y no que le falten. Pedid a Dios por vuestra pequeña Congregación; ya que ella necesita hombres y virtud para las grandes y diversas mieses que nos esperan por todas partes, ya con los Eclesiásticos, ya con los pueblos. Pedidle también a Nuestro Señor por mí, os lo ruego; pues ya no puedo durar mucho por mi edad que pasa los ochenta años, y por mis piernas fastidiadas, que no quieren llevarme ya. Me moriría contento si supiera que vivís y qué número de niños y de adultos habéis bautizado: pero si no puedo saberlos en este mundo, espero verlos delante de Dios, con quien termino, etc.”

El sr Bourdaise se había muerto ya cuando se escribió esta carta; pero la noticia de su fallecimiento no llegó a Francia hasta después del de nuestro santo Sacerdote. por lo demás, el navío que debía transportar a los cinco Misioneros que Vicente de Paúl le enviaba, naufragó en el Cabo de Buena Esperanza. Afortunadamente se salvó toda la tripulación, y la flota de los Holandeses que pasó por allí diez meses después devolvió a Europa a estos hombres de quienes Madagascar tenía tanta falta. René Almeras que sucedió al Siervo de Dios en el Cargo de Superior General, tuvo para aquellos pobres Insulares los sentimientos de ternura y de compasión que había tenido su Predecesor. Envío en 1662 a una nueva Colonia, cuyo Director dio bien pronto después a la Congregación su primer mártir.

Esta Misión subsistió hasta 1674 que Luis le Grand abandonó la Isla, y prohibió que ninguno de sus vasallos volviera más. De cuatro Misioneros que se hallaban allí por entonces, a uno le mataron los Negros, el otro fue quemado vivo en su propia vivienda. Los otros dos que eran sacerdotes, después de fondear en Mozambique y en Surate, regresaron a Francia. Lo que África perdió en Madagascar con la ausencia de estos dos Misioneros, África lo ganó en parte en Argel con la presencia de uno de ellos. Éste que se llamaba Michel Monmasson, remplazó en Berbería al ilustre sr le Vacher. Como él, hizo bienes sin número en esa tierra Infiel; pero más mártir que él, no fue puesto en la boca del cañón,

hasta después de ser saciado de oprobios y de indignidades. Este rasgo de Historia es extraño a la de nuestro Santo. Volvamos a él, después de detallar lo que hizo por sí o por los suyos para la gloria de Dios, desarrollemos lo más sucintamente posible lo que Dios y la Iglesia han hecho para manifestar su gloria al Mundo Cristiano, y para hacerle más grande todavía después de su muerte de lo que había sido en vida.

Vida de S. Vicente de Paúl

Libro noveno

Historia de su culto

Sumario

- *Su vida el mayor milagro. Elogio magnífico de una tesis en Sorbona.*
- *Calma el frenesí de una Religiosa. Su vida revelada a G. Cuissot.*
- *Tres Hijas de la Caridad, Misioneros... Curaciones.*
- *Cartas, servicios. El Card. de Noailles. Proceso...*
- *Sagrada Congregación; testimonios... Milagros.*
- *Bula. Celebración de su fiesta en... Cartas...*

Cuando Vicente de Paúl no hubiera hecho ningún milagro, los que saben apreciar los dones de Dios no dejarían de tenerle siempre como a uno de los hombres más grandes que haya tenido la Iglesia en estos últimos tiempos. Ellos recordarían sin duda que el retiro, la inocencia y la austeridad de Juan Bautista fueron los únicos prodigios que ilustraron su vida; y que si la Sabiduría eterna le declaró el más grande de todos los hombres, ni fue ni por haber devuelto la vista a los ciegos, ni por haber resucitado a los muertos. La Iglesia se organizó durante un tiempo sobre los mismos principios, y ha colocado en sus fastos a muchos Santos, que no deben el culto religioso que se les tributa más que a una vida eminentemente Cristiana.

En el fondo se puede dispensar de poner entre las operaciones más superiores a las fuerzas de la naturaleza, ese tejido de acciones heroicas, cuyo plan nosotros hemos trazado en el curso de esta Obra. ¿Acaso es algo común que un hombre nacido en la oscuridad, y cuyo primer oficio fue el de los más pobres campesinos; que un hombre a quien la fortuna no pareció estar de cara un momento más que para precipitarle en la esclavitud; que un hombre en fin que entregado a su Patria no buscó otra cosa que mantenerse oculto, y que no temió nada más que hacer se hablara de él, haya aparecido en la Iglesia de buenas a primeras como un nuevo Sol; que haya llevado la luz, el calor y la vida a un número incalculable de gente en la oscuridad y en la sombra de la muerte; que por las solas cadenas de Adán, los lazos solos de la caridad haya atraído a Dios a Herejes orgullosos y rebeldes, a galeotes endurecidos, a criminales de profesión; y que después de santificar al ciudadano, haya emprendido santificar al esclavo del Mahometano, al Mahometano mismo y al idólatra?

¿Es algo corriente que un sencillo sacerdote, que no tiene en la Iglesia otro rango que el que la virtud puede dar, reforme los desórdenes del Clero; que los primeros Pastores y los Pastores subalternos se impongan como deber obedecer a su voz; que toda Diócesis en la

que los males son desesperados encuentre un recurso seguro en su experiencia, su sabiduría y su capacidad; que lo que hay de mejor y más esclarecido, ya en el Episcopado, ya en el segundo Orden, venga en masa hasta el último rincón de París para escuchar a un hombre, que tiene en honor la persuasión de la prudencia humana; y que se creería culpable, si de dos palabras no escogiese la que menos halaga al amor propio; y que por fin nadie le escuche nunca sin convertirse en mejor para sí y para aquellos de quienes esté encargado?

¿Cae dentro de las reglas de la naturaleza que un hombre pobre por estado y por elección haya encontrado el medio de asistir, no durante uno o dos inviernos, sino durante treinta años, no digo a una Parroquia o a una ciudad, sino a grandes y vastas Provincias, que estaban totalmente abandonadas; que haya reparado sus iglesias arruinadas por las desgracias de la guerra; que haya dotado a los Santuarios de ornamentos; y que haya procurado a los Párrocos, a los sacerdotes, a las Comunidades de uno y otro sexo, a la Nobleza y al pueblo, a los sanos y a los enfermos, la ropa, los alimentos, las semillas, hasta los muebles mismos y los instrumentos de labranza?

Se puede entender acaso sin un milagro, y sin un gran milagro, que un hombre que contaba en todas partes la bajeza de su nacimiento, que rebajaba sus talentos naturales tanto como le era posible, que exagerando sus pretendidos defectos, trataba de quitarse a sí mismo el único apoyo que le quedara, el apoyo de la santidad y de la virtud; que este hombre, digo, tan bajo a sus ojos haya merecido la confianza del Episcopado, la estima de los más sabios Cardenales, el afecto de los Soberanos Pontífices, el respeto de los primeros Magistrados, y un lugar distinguido en el Consejo de los Reyes; que haya hablado siempre ante ellos el lenguaje de la verdad y nunca el de la complacencia; que haya opinado con una rectitud y un discernimiento, que no fueron siempre del agrado de los que le oían, sino que les produjeron siempre admiración; que los ruegos, las súplicas, las amenazas y los reproches no le hayan hecho dar nunca ni la sombra de un paso en falso; que haya sido tan insensible a las alabanzas, como a los desprecios y a los ultrajes; y que por último no haya sido nunca más humilde que cuando fue más honrado.

Esto es un ligero esbozo de lo que fue Vicente de Paúl. ¿Qué prodigios se pueden comparar con una vida tan plena y tan poco común? ¿Sería menos estimable a los ojos de la razón y de la fe cuando se dijera todavía hoy de él, como del Precursor del Hijo de Dios, que no ha hecho nunca ningún milagro? No fue precisamente sobre estas operaciones a veces equívocas sobre las que organizaron sus sufragios aquellos grandes hombres de toda condición, cuyas cartas hemos presentado al final del Libro VI, y que no se consolaban de la muerte de nuestro Santo sino por la certeza que parecían tener todos de su felicidad eterna. Para dar de Vicente de Paúl una grande y magnífica idea, bastaba con hablar de él como lo hizo a los ojos y con el aplauso del Público Denys Chéron en su Tentativa defendida en Sorbona -8 de febrero de 1664-, y presidida por François de Nesmond Obispo de Bayeux. La Dedicatoria de esta Tesis, que fue consagrada a la memoria del Siervo de Dios merece encontrar lugar en la Historia de su Culto. Es ésta:

MEMORIAE NUNQUAM INTERMORITURAE

Viri piissimi Vincentii à Paulo Presbiteri Congregationis
Missionis Institutoris, et primi Superioris Generalis.

DE PAUPERIBUS

Quorum mente verae Doctrinae pabulo, missis in omnes ferè
Orbis plagas Operariis, corpora piis undequaque collecta
Largitionibus, erectis Xenodochiis, necnon Puellarum
Charitatis Institutione,
Miserorum Pater optimus recreavit.

DE CLERO

Cuius dignitatem integritatémque, Ordinandorum exercitiis,
Seminariis, piis collationibus, ac singulari in Episcopalem
Sacerdotalémque Ordinem reverentiâ Ecclesiasticae
Disciplinae zelator accerrimus ardentissime promovit.

DE ECCLESIA

Quam facessibus spiritualibus, miro virtutum splendore
Ac praesertim novae illius suae Congregationis
(Cujus laus tanto major, quanto ab omni humanae gloriae
fuo aliena magis) instituto
Verè Vir Apostolicus illustravit,
OPTIME MERITI.

Efusa in omnes, quos potuit, charitate; in honoribus, quos et habuit

Et respuit humilitate; in máximis quae gessit negotiis prudentia ;
In verbis ac moribus simplicitate ; in laboribus doloribúsque quos
Ad mortem usque pertulit, patientiâ ; omnibus omninò denique
Christianis virtutibus,
Atque etiam consiliorum Evangelicorum observantiâ
SPECTATISSIMI.

Pero era difícil que Dios, que se complace en glorificar a los que se anonadan a sus ojos, no hiciera nada de particular por el hombre más humilde que haya existido jamás. También le comunicó mientras estaba aún sobre la tierra luces y dones que sobrepasan con mucho el orden natural.

Ya hemos visto que hablando un día tonel Señor Abate de la Pérouse del mérito y la virtud del sr Comendador de Alex, le aseguró en propias palabras que este santo hombre sería un día Obispo de Ginebra. Es lo que el Abate de la Pérouse ha contado a todos los que han querido oírle: y Dom Masson, General de los RR. PP, Cartujos, quien ha escrito la vida de este gran Prelado, ha hablado de ello como de un hecho fuera de toda duda.

También hemos visto que el sr Martín Husson, que pasaba por uno de los más famosos y sabios Abogados del Parlamento, acababa una de sus cartas, con fecha del 2 de febrero de 1661, con estas palabras destacables: *Se me olvidaba decirlos que el Bienaventurado Difunto me predijo cosas secretas y ocultas, que no sucedieron sino dos años después, y que no podía entonces prever más que por una ilustración o, mejor dicho, por un espíritu de profecía.*

Añadiremos aquí que el Santo en una visita que hizo a la Duquesa de Aiguillon, le dijo que Edme Jolly, aquel Misionero de quien hemos hablado más de una vez, sería un día Superior

General de la Compañía. La predicción no tenía nada que debiera sorprender, si Vicente hubiera designado al sr Jolly Vicario General: pero pareció olvidarse de él, y no le nombró ni como primero ni como segundo. Almeras Sucesor inmediato del Santo hizo lo que él no había hecho. Su elección fue aplaudida por la Asamblea general de 1673, y Jolly pasará siempre por un de los más grandes Superiores que la Congregación haya tenido nunca.

Al testimonio del ilustre Sobrino del Cardenal Richelieu añadiremos el de Elisabeth de Chaumont, Religiosa de la Visitación. “He mirado, dice ella, siempre al sr Vicente como a un hombre muy virtuoso. Le estoy muy agradecida. A él, después de Dios, debo mi vocación. Un día que mi madre se encontraba en S. Germain-en-Laie –en 1638-, le hizo una visita, y en la conversación le pidió a una de sus hijas para la Visitación de Santa María. Nos hizo venir a todas a su presencia. Puso la mano en mi cabeza diciendo: Es ésta. Es lo que la divina Providencia ha llevado a cabo a pesar de todas mis repugnancias y todos los obstáculos que opuse”.

La llamada Jeane Hervier ha declarado por sí misma algo parecido. Habiéndola encontrado un día el Santo en casa de su tío, le dio una medalla y le dijo que sería un día Hija de la Caridad. Era todavía muy joven: lo que es cierto es que nueve años y algunos meses después de la muerte de Vicente de Paúl, ella abrazó el estado que él le había designado.

Era tan sabido que las predicciones del santo hombre no llevaban a error que se temía de él tenerlas parecidas a las que acabamos de contar. Hallándose enferma la Marquesa de Vigeau, Vicente fue a su casa para consolarla. A falta de la madre, que no actuaba, la hija se encargó de dirigirle. “*Señorita*, le dijo, *no estáis hecha para el mundo.*” Ella comprendió a medias el sentido de esta expresión general. Una persona que hubiera conocido menos al Siervo de Dios, habría dicho más o menos como el Fariseo del Evangelio: si este hombre fuera profeta no me habría dicho estas palabras tan fuera de lugar. La Señorita de Vigeau, sin buscar quizá mejores explicaciones, razonó sobre otra base. Declaró pues al Santo que no sentía ningún gusto por la vida Religiosa; y como no ignoraba el crédito que él tenía ante Dios, le suplicó que no le pidiera que la hiciese cambiar de sentimientos. Vicente sonrió y no contestó nada. La joven le dejó más resuelta que nunca a establecerse en el siglo. Ella reconoció con el tiempo que dios le había hablado por la boca de su Ministro. Su pasión por el mundo, cuyos placeres comenzaron a embriagarla, se desvaneció por completo. Se hizo Religiosa, y lo que es más, Religiosa Carmelita, con el nombre de la Madre Marta de Jesús. Fue ella misma quien dio este testimonio, firmado por su mano tres meses después de la muerte del santo Sacerdote.

Y bien esta clase predicciones merecen cierta consideración, sobre todo cuando proceden de la parte de un hombre que hablaba poco, y que hablaba con mucha precaución, sin embargo se ha de confesar que la operación de Dios se anuncia de una manera más impresionante en el acontecimiento que vamos a contar.

Poco tiempo después que Vicente hubo contribuido a la curación de aquella Religiosa tentada de blasfemia y de desesperación, de lo que hemos hablado hacia 1637, se vio obligado a hacer un corto viaje a Troyes, donde su Congregación se había establecido hacía poco. Su afecto y su respeto por las Hijas de Santa María no le dejaron partir sin hacerles una visita de cumplido. En la conversación que tuvo con la Superiora se enteró por ella de que entre sus Hermanas había una a quien el espíritu de envidia la volvía extravagante y furiosa. Extraña debilidad del corazón del hombre: ella se había imaginado que otra era más

querida que ella. Todo, hasta las cosas más indiferentes, le constataba esta pretendida desgracia. Dirigir una simple mirada a la persona a la que no quería, era asestarle un golpe mortal. Volver la cabeza hacia donde se hallaba esta odiosa rival era exponerla a unos ataques acompañados de rabia. Noche y día se apostaba para expiar los pasos de su Superiora: por muchas medidas que tomara ésta para conservar el equilibrio, nuestra envidiosa encontraba siempre que se había pasado de lo razonable. De ahí las quejas, los reproches amargos, los gritos insensatos, la negativa misma a asistir al Oficio y a la Misa un día de Fiesta o Domingo. Lo que era más triste es que esta hija era ya avanzada en edad, que su pasión crecía con los años y que tenía ataques tan vivos que comenzaron a creer que podría acabar en un caso de lo más trágico.

Así andaban las cosas cuando Vicente llegó al Monasterio. Ante este relato manda llamar a la Religiosa enferma, escucha con tanta bondad como compasión el detalle de sus penas y al cabo de un rato de charla: *Vaya, hija mía*, le dijo, golpeando con la mano en la reja del locutorio, *que ya nunca más seréis molestada*. Lo que las aguas del Jordán hicieron en un instante en la lepra de Naamán, estas pocas palabras lo realizaron en un instante en el espíritu y en el corazón de esta infortunada Religiosa. Su cambio fue tan perfecto como súbito. Su tentación se disipó y no le volvió más. Dio tanto consuelo a sus Hermanas como pena y alarmas les había dado. El resto de sus días no fue ya más que una preparación tranquila al viaje de la eternidad. Se murió con la dulzura de un niño y una devoción admirable. Son las propias palabras del Acta auténtica de la que hemos sacado este relato; y que tenemos a la vista debidamente legalizado.

Esta curación sorprenderá menos cuando se haga reflexión que la gracia de calmar las conciencias turbadas fue el don particular de Vicente de Paúl. La Condesa de Joigni lo había publicado en todas las ocasiones, y el señor Alix, Párroco de S. Ouën-l'Aumone cerca de Pontoise, lo publicó en la ocasión siguiente.

Un Eclesiástico escrupuloso que hacía el retiro en los Bons-Enfants bajo la dirección del santo Sacerdote, que por entonces tenía la fiebre cuartana, se confesó con él. apenas hubo salido del Tribunal, que según el método de los que son escrupulosos, y que se imaginan siempre no serlo, se creyó obligado a hacer una nueva confesión más amplia que la primera. Su inquietud era tal, dice el Párroco de S. Ouën, que habla tal vez de sí mismo en tercera persona, que no tenía descanso alguno y no podía entregarse a otra cosa. Vicente que le conocía bien, al verle en este estado: Yo voy a pedir a Dios, Señor, le dijo, que os dé a conocer su voluntad en este asunto: rogadle vos también. En el espacio de un *Miserere*, dice el señor Alix, aquel de quien se trata, se vio tan tranquilo, que decía también mucho después, que en su vida había gustado nunca de la dulzura interior, que sentía entonces. Llevó esta buena noticia al Siervo de Dios y los dos bendijeron al Padre de las misericordias.

Este gran hombre no necesitaba siempre querer hacer bien para hacerlo efectivamente. Un joven Clérigo de su Congregación fue atacado de un mal de cabeza, que ya habitual dañaba mucho al progreso de los estudios. Tuvo el pensamiento de tocar el ruedo de los hábitos del Santo, cuando pasara cerca en la iglesia, para ser aliviado. Le tocó en efecto y quedó curado. Es lo que contaba cuarenta años después el sabio sr Wateblé, que por entonces hacía también sus estudios.

La profunda humildad de este digno sacerdote de Jesucristo nos ha privado de muchas cosas, que serían otras tantas pruebas de la categoría sublime a la que su virtud le había elevado ante Dios. También no conocemos más que someramente que, paseando un día por el antiguo Claustro de los Religiosos de S. Lázaro, una bala de arcabuz vino a caer arrugada a sus pies; que dos personas que le acompañaban fueron testigos; y que les prohibió hablar de ello nunca: sin duda porque una protección, que semejaba tanto la que Dios concedió en otro tiempo a S. Carlos Borromeo, no podía más que alarmar mucho su humildad.

Pero fue sobre todo después de la muerte de su Santo cuando el cielo se complació en exaltarlo. Como él había manifestado la gloria de la Madre de Chantal en Vicente de Paúl, él manifestó la gloria de Vicente de Paúl en algunas personas de mérito distinguido. De este número fue Gilbert Cuissot, Visitador de la Provincia de Aquitania, hombre a quien sus talentos y más todavía su sólida virtud pusieron siempre fuera de toda sospecha. Esto es lo que él mismo ha depuesto en un Acta que subsiste hoy.

Dice en sustancia que hallándose el 17 de enero de 1661 en la Asamblea, donde se trataba de elegir a un nuevo Superior General, tenía dudas a quién daría su voto. De una lado, se inclinaba por René Almeras, a quien Vicente había propuesto en un Escrito firmado de su mano; del otro veía que este mismo Almeras estaba muy achacoso, y que el santo Fundador había reglamentado en persona que no se debía poner a la cabeza de Compañía más que a un hombre que tuviera suficiente santidad y fuerzas para gobernarla bien. Lo que aumentaba su irresolución es que desde la muerte del Santo, Almeras se encontraba peor que antes; que no se podía decir que se restableciera nunca del todo; y que, para llevar la Asamblea a poner los ojos sobre otro, confesó de buena fe que en vistas de su muerte próxima, había comulgado ese mismo día como Viático. Este Visitador estaba en esas, y *sopesaba*, como dice él mismo, *el pro y el contra lo mejor que podía*, cuando una voz interior le hizo entender claramente estas palabras: “¡Qué! ¿acaso toda la Iglesia no fue colocada por elección del Cielo bajo la dirección de S. Gregorio y, aunque fuera un hombre lleno de achaques corporales, no la gobernó felizmente y la incrementó? La Congregación vale bastante menos que la Iglesia universal”.

Esta ilustración íntima, que llevaba en sí su prueba, suavizó un poco la inquietud del Visitador: sin embargo como el sufragio de los electores va acompañado del más terrible juramento de no escoger más que al que crean más digno, Cuissot, a la hora de escribir su voto, levantó los ojos al Cielo y pidió a Vicente que le iluminara: fue en ese instante cuando el Santo se le apareció en actitud grave y tranquila. Le reconoció rasgo por rasgo, con la excepción que su rostro pareció brillar con una luz que no le había visto nunca. Esta aparición no duró, y fue acompañada de estas palabras: *Noli timere, in me sit ista maledictio, fili mi. “Esto hizo, dice Cuissot (a quien Dios dio a conocer al mismo tiempo las virtudes del sr Almeras) que yo di mi voto con tanta seguridad como grande había sido la duda y la perplejidad en que me había visto.”*

Si no hay milagro en ello, hay por lo menos algo de singular en lo que sucedió, años después de la muerte del Siervo de Dios, a Henri Maupas del Tour, Obispo de Evreux. Este Prelado, que tuvo durante toda su vida un profundo respeto por el santo Sacerdote y que, como lo hemos dicho en otro lugar, hizo con gran aplauso su panegírico fúnebre, hallándose a punto de partir para Roma, con motivo de la canonización de S. Francisco de Sales, se encontró en un doble apuro. Por un lado necesitaba dinero para el viaje, y no encontraba a nadie que quisiera encargarse del Empleo de Gran Capellán de la Reina

Madre, porque esta Princesa era anciana; por otro, hubiera deseado colocar a su sobrina antes de partir. Se dirigió al Santo después de su muerte como lo hubiera hecho en vida. Vino a pedírselo en su tumba y a encomendarle estos dos asuntos. Apenas estuvo de regreso a casa, llegó alguien a verle para tratar de su Cargo; y al día siguiente el Conde de Coligny le pidió a su sobrina en matrimonio. Si se equivocó creyendo que su antiguo amigo se había mezclado en su asunto, al menos mucha gente creyó que no se había equivocado más que como hombre razonable.

Ocurre algo parecido con el suceso que sigue. Tres Hijas de la Caridad, de las que una se llamaba Jeanne Gauvin, la otra Margarita Mille y la última Margarita Thomas, habiéndose embarcado en Burdeos para ir a Langon de donde debían llegar a Pau para comenzar una fundación; la barca que las llevaba fue agitada por una tempestad tan violenta que todos los que iban en ella temían no sobrevivir. Ya los pasajeros iban a arrojarse al agua para tratar de salvarse a nado, cuando estas pobres Hijas que no tenían otro recurso que en la misericordia de Dios, se dirigieron a él por los méritos de su Siervo. Apenas había concluido su oración, dice un antiguo manuscrito, cuando la barca que se hallaba lejos de tierra fue arrojada por una ventolera sobre la arena, y tan afuera que todos los que estaban en ella salieron a pie enjuto. Lo que señaló mejor la protección de Dios fue que el viento que había dominado hasta entonces no era el más apropiado para conducirlos a la orilla. Todos gritaron con todas las ganas, Milagro, Milagro; y como habían visto a aquellas buenas Hermanas ponerse a rezar e invocar el auxilio del Cielo por medio de su santo Fundador, no dudaron de que no fuera, después de Dios, el autor de este señalado favor.

Sucedió en 1667 algo bastante parecido a Radegonda Lenfantin, Hija de la misma Compañía. Una seria tempestad acompañada de truenos, de relámpagos y granizo, quebró los mástiles del pequeño barco que la llevaba por el Sena. Recurrió a la intercesión del Santo y a punto la calma sucedió a la tormenta.

No es tanto por el público como por estas virtuosas Hermanas por quienes entro en estos menudos detalles. Es bueno que las de hoy sepan que la sencillez de la fe y la confianza de sus primeras Hermanas, las han sacado de una infinidad de peligros; y que Vicente las ama en el Cielo como las amó en la tierra. También no se acabaría nunca si se quisiera describir todas las pruebas de protección que les ha dado. Se sabe que una de ellas –Jeanne Louis en 1670 se curó al terminar su novena en un instante de un lobanillo grande, que no la dejaba ponerse de rodillas, y el que no habían podido disminuir todos los remedios que le había aplicado; Que la misma habiendo tenido la mala suerte de volcar sobre sí una puerta cochera –en 1661- que varias personas no podían levantar, y que naturalmente debía por su peso colocarla en mala situación, salió del caso al cabo de tres *Miserere* sin heridas por la ayuda del Santo a quien invocó; que otra que estando de servicio con los pobres del Hospital de S. Germain-en-Laie, tuvo una parálisis, que la privaba del uso de la palabra y la hacía contrahecha, halló en el crédito de su buen Padre ante Dios el remedio a un mal que los más hábiles Médicos habían dado por incurable; Que una tercera –Louise Texier- habiéndose dislocado el pie derecho, hasta no poder hacer ningún uso de él, se curó de ello después de cinco meses de sufrimientos como consecuencia de una novena hecha en la Tumba del Santo; Finalmente, para omitir una infinidad de otras, que una de estas mismas Hermanas reducida a no poder servir a los pobres y hasta no poder hacer la señal de la cruz porque la habían pinchado en un tendón al realizarle una sangría, recobró el libre uso de su brazo por la intercesión del Siervo de Dios.

Si el Santo ha socorrido tantas veces a sus Hijas espirituales, no ha abandonado a sus Sacerdotes ni a los que trabajaban con ellos. Se puede incluso decir que en Francia, en Italia, en la China incluso los ha tratado como a primogénitos.

Jean de las Croisilles, a quien Vicente destinó poco tiempo antes de su fallecimiento a Toul en Lorena, apenas llegó, cuando un dolor insoportable en los brazos, las rodillas y en el costado, le puso absolutamente fuera de posibilidad de cumplir sus funciones. Si los remedios humanos no le hicieron más enfermo, es seguro que no le aliviaron sus males. Entre las tristes reflexiones que siguen a la languidez y a las incomodidades se hizo una de la que se sentía atraído. El Santo acababa de morir: lo que había visto con sus propios ojos y lo que oía decir de él, le trajo la idea de invocarle, y lo hizo con toda confianza. “Señor Dios mío, exclamó, vos conocéis la sencillez de mi corazón, sabéis que vuestro Siervo me ha enviado aquí a trabajar en mi salvación y en la salvación del prójimo. Sin embargo, apenas llegado aquí a Toul vuestra mano me ha golpeado. Me he vuelto como un vaso roto y un siervo inútil. Dignaos, Dios mío, curarme, por la intercesión de vuestro Siervo, de cuya gloria yo estoy persuadido y os serviré mejor de lo hecho en el pasado. Espero que, como es él quien me ha enviado a Toul, tendréis a bien, en consideración a él, tener piedad de mí.” Cosa admirable, dice el Proceso verbal de la Beatificación del Santo, este virtuoso sacerdote, no bien había acabado la oración, cuando recobró una salud perfecta y constante. De todo lo cual hizo declaración y ésta quedó legalizada por Henri de Thiard de Biffy, quien de Obispo de Toul es ascendido a Cardenal y defensor intrépido de la santa Iglesia Romana. La cuñada del mismo de las Croisilles ha declarado saber de él que, cuando le inquietaban los pensamientos impuros, recurría a nuestro Santo, y enseguida era escuchado.

Claude Gérard hallándose peligrosamente enfermo en Notre Dame de la Rose, creyó ver al Santo, quien revestido con sobrepelliz le tocaba el hombro con una mano, y con la otra el pecho. ¿Fue una aparición real o una de esas imaginaciones de las que un hombre abrumado bajo el peso del mal es más capaz que otro? Es algo que no me toca a mí decidir, lo que sí es cierto es que quedó tan perfectamente curado como podía estarlo.

Jean le Hal era molestado por un fiebre muy pertinaz, de un violento mal de cabeza y de otras muchas incomodidades molestas; se habían agotado todos los remedios de la medicina; por suerte para él el poder del Santo no lo estaba. El enfermo se aplicó un trozo de forro que le había servido: al instante, la fiebre, el mal de cabeza y todas las demás enfermedades desaparecieron. La declaración de este Misionero es del 3 de febrero de 1664.

Lo mismo le ocurrió hace mucho a un joven clérigo de la Congregación, que se llamaba Robert Houssaie. Una fiebre intermitente, que no había cedido a ningún remedio, le dejó de repente y para siempre, nada más comenzar su novena ante la tumba del Siervo de Dios.

Jean-Baptiste le Vacher, nacido en la Ferté-Bernard en la Diócesis de le Mans, llevaba hacía tiempo una importuna hidrocele. Para colmo de males se puso en manos de un torpe cirujano, que de un corte de escalpelo le hizo una enorme herida. Los crueles dolores que sentía le obligaron a consultar a los sabios más grandes de París. Los srs Bessières y Mery declararon el más incurable, a menos que se intentara una operación tan molesta como el propio mal, y que encerraba sus peligros. El enfermo halló un remedio más suave, más seguro y más eficaz. Recurrió a S. Vicente; comenzó una novena ante sus preciosas

Reliquias. Todavía no la había terminado cuando se vio libre de sus males y de sus inquietudes.

A estas curaciones, en las que es difícil no ver la mano de Dios no añadiremos más que otras dos. Si son muy diferentes en su objeto, no dejan de ser muy parecidas en su principio. La primera que tuvo mucha repercusión se operó en Jean Bonnet, sacerdote de la Diócesis de Sens, que de Superior del Seminario Mayor de Chartres que era por entonces, llegó a ser con el tiempo General de la Congregación. Hacía diez años que tenía una de esas hernias completas, a las que la bajada del intestino y del epiplón ha hecho dar el nombre de enteroperitoneal(¿). Este mal le fatigaba con tal crueldad que en sus viajes se veía a veces obligado a bajarse del caballo, buscar una cuneta o un lugar pendiente, ponerse con los pies hacia arriba para aliviarse. La especie de pliegue que un vendaje siempre demasiado flojo hasta el punto de la ruptura había hecho en la carne, era tan profundo, que más de treinta años después llevaba todavía las marcas. El célebre Launay, que le trató con toda la ciencia de su arte, no pretendió siquiera curarle. Así resuelto a sufrir cuanto la Providencia tuviera a bien, es decir, como se lo esperaba, todo el resto de sus días, el sr Bonnet no se había dirigido todavía, para curarse, ni a Dios ni a los Santos. Los movimientos que Nicolás Pierrot comenzó a darse en 1697, a propósito del culto de S. Vicente de Paúl, hicieron tener al Superior de Chartres la ocurrencia de recurrir a él. Pidió a Dios que si era para su gloria que el Fundador de la Misión fuera beatificado, se dignara operar en su propia persona un milagro de curación, que el mismo infierno no pudiera contestar. *“Apenas, dice él mismo en una carta a su General, hube comenzado mi oración cuando me sentí curado –carta del 30 de octubre de 1697–”*.

Habría podido añadir un mes después que, aunque estuviera persuadido de que los Santos curan las enfermedades, y no curan las indiscreciones, él cometió más de una para constatarle a sí mismo su perfecto restablecimiento. Predicaciones animadas, funciones penosas de su Ministerio, carreras forzadas a caballo, todo lo puso en práctica para no engañarse y no engañar a nadie. Louis Antoine, Cardenal de Noailles, de quien había sido conocido en Chalons y ante quien declaró bajo juramento algo de lo que este Prelado no dudaba en absoluto, tomó parte en su curación, y le felicitó por ello. Sirvió para redoblar la veneración que los pueblos tenía ya a nuestro Santo; pero no sirvió de nada en Roma porque, aunque confirmada con el testimonio de dos sacerdotes muy respetables, el único experto que pudiera hablar de ella como maestro había fallecido cuando hacía las informaciones, que preceden a la beatificación de los Siervos de Dios.

La segunda curación que se puede llamar espiritual se realizó dos años después de la que hemos hablado. Había en el Seminario interno de S. Lázaro un joven clérigo de la Diócesis de le Mans, llamado René Abot quien, durante cerca de un año entero, sufrió, según parece, todo género de pruebas a las que el espíritu y el corazón de un hombre abandonado a la rabia del demonio pueden estar expuestos. La infidelidad, la desconfianza, la desesperación y otras tentaciones serias eran su ejercicio continuo. Como su cabeza se debilitaba por días y su cuerpo descarnado se parecía menos al de un hombre todavía vivo que al de un esqueleto, se creyó o que se moriría o que caería en la locura. Un día más agitado que nunca, salió del seminario como alguien que ha perdido la cabeza. Recorrió una parte de la casa, sin saber adónde iba, ni qué quería hacer. En estos paseos insensatos se lo encontró un Hermano que se ocupaba de la sacristía. Éste impresionado por un estado tan afligido le pidió que le siguiera y le llevó directamente a un pequeño armario, donde se conserva el

Corazón de S. Vicente en un relicario. Abot se puso de rodillas: hizo su oración, y la hizo con lágrimas. Suplicó a su Padre que le obtuviera de Dios la tranquilidad y la paz que tanto necesitaba. Fue escuchado al instante, *Postulavit et in instanti impetravit*, dicen las Actas de la Beatificación, pero fue escuchado tan plenamente que no volvió a sentir nunca más nada parecido a lo que había pasado. La Iglesia y la Congregación ganaron en ello a un hombre que ha constituido el ornato de una y otra por la práctica de las más dulces y sublimes virtudes. La Isla de Bourbon que ha santificado durante 18 años le considera como a su Apóstol; y aunque haya muerto en 1730 es respetada aún su memoria.

Mi primer plan era decir algo de los prodigios que se operaron fuera del Reino, y hasta en el Imperio de China por la intercesión del santo sacerdote: la dificultad de elegir y el temor de engrosar demasiado mi Obra me detienen. Además, después de dar a entender lo que Vicente ha hecho por las dos Compañías que él fundó, es justo que se conozca que su bondad y su crédito no se limitó a eso. Este gran corazón que durante su vida hizo bien a todo el mundo, ¿se iba a cerrar en el lugar de la gloria y de la caridad?

Marie André, mujer de Cristophe de Laurence, gentilhomme de breña, fue una de las primeras que nosotros sabemos, en experimentar la protección del hombre de Dios. Atacada el 11 de octubre del año 1661 de una fuerte fiebre continua con accesos redoblados que le sobrevenían por la tarde, lo fue después por un derrame pulmonar de sangre, tan frecuente y considerable que se temió que se ahogara por la noche. Los médicos hicieron cuanto pudieron para curarla de esta doble incomodidad: pero Dios que reservaba una hermosa Cura a un Médico de un orden Superior no permitió que ellos lo consiguieran. Hubo más, y es que su fiebre se convirtió en cuartana, la violencia de los accesos le hizo echar sangre en tal abundancia que los que hasta entonces la habían tratado le abandonaron: ella los abandonó por lo menos de la misma gana, ya que en el agotamiento al que los remedios la habían llevado, se temió que un nuevo esfuerzo la precipitara súbitamente en la tumba.

Hacia un mes que se hallaba en este triste estado cuando supo que Vicente de Paúl, que acababa de morir en París, había ya devuelto la salud a mucha gente. Animada por la fe y el ejemplo de los demás. Hizo voto el 10 de diciembre de hacer una novena de oraciones ante una de sus imágenes, que tenía en su casa. su marido para contribuir de alguna forma a la salud de una esposa que le era querida, se comprometió a oír nueve días seguidos la misa en el Seminario de Tréguier, cuya dirección tenían los hijos del santo sacerdote desde hacía cinco o seis años. Al cabo de estos nueve días la fiebre cesó, contra toda esperanza de cuantos visitaban a la enferma. Como su vómito seguía, pidió al Superior del Seminario que le enviara un poco de agua en la que hubiera mojado un trozo de tela teñido de la sangre del Siervo de Dios. Bebió de esta agua durante cinco días, y desde entonces no derramó más sangre por la boca. Es verdad, y sobre ello se habló mucho que ella lo derramó y del mismo color y cantidad por dos abscesos que se abrieron al mismo tiempo en diferentes partes de su cuerpo, pero los dos se curaron pronto y la enferma recobró *una pronta y perfecta salud*. Esto es lo que contiene el Acta auténtica que su marido y ella levantaron el siete de enero del año siguiente y que ha sido verificada por el sr Obispo de Tréguier.

Algunos años después un criado de la casa de S. Carlos, antiguo Seminario situado al extremo del Barrio de S. Lázaro, habiendo agarrado una pleuresía de las más completas, con una fiebre que le devoraba, y un dolor de costado tan vivo que apenas le permitía respirar, recibió los últimos Sacramentos. Estaba preparado a morir, cuando un joven

Misionero –Jean Pollo-, que vivía en la misma casa le aplicó una pequeña imagen sobre la que estaba un pequeño corazón formado de la propia sangre de nuestro Santo sacerdote. La enfermedad desapareció al punto. El enfermo recobró una perfecta salud, y vivó todavía muchos años.

No era el primer milagro que se hubiera hecho en este Seminario. pocos días después de la muerte del Hombre de Dios, un pensionista de S. Carlos se hizo una sangría en un cirujano, quien no contento con atravesarle la arteria, se la cortó del todo. La sangre brotó con tal ímpetu y abundancia que se pensó lo primero de todo que este Hijo no podría llegar lejos. Se hizo todo lo posible para cortar el arroyo que manaba. Nunca se pudo lograr, y ya el infortunado joven parecía *ir a entregar el alma con la sangre*, cuando a un Misionero se le ocurrió aplicar en el corte un trozo de sangre disecada del santo Sacerdote. Este remedio produjo su efecto, y lo hizo sin tardar, *sine morâ*. Es la expresión de François Hébert, Obispo y Conde de Agen, en la carta que escribió a Clemente XI para pedirle ala beatificación del Siervo de Dios.

Este Prelado añade que poco tiempo después de su entrada en la Congregación, vio llegar a S. Lázaro a un sacerdote, que había hecho el viaje de Lyon a París expresamente para agradecer a Vicente de Paúl por la salud que había obtenido de Dios. El mal del que se había curado era una larga y molesta hidropesía, que el arte y los cuidados de los que le habían tratado no habían podido suavizar. Abandonado de los hombres recurrió a quien tiene las llaves de la muerte y de la vida, le suplicó por los méritos de su Santo que tuviera compasión de él; hizo voto, si era oído, de visitar su tumba y ofrecer a su Iglesia una cierta cantidad de cirios, en testimonio de su gratitud: el sr Hébert fue testigo de ambas cosas, y toda la casa con él.

Margarita Ribeyre, mujer del lugarteniente-Criminal de Riom -llamado Sr. Chabre, tuvo una fiebre continua, cuyo quinto acceso fue acompañado de delirio. Una Señorita que estaba a la cabecera, dijo al marido de ésta que el sr Vicente hacía milagros. El Lugarteniente, cuyo padre había tenido grandes tratos con el santo sacerdote, se acordó que tenía en su gabinete una de las cartas del Fundador de la Misión. Fue a buscarla y se la dio a esta Señorita, quien la ató a la cofia de la enferma en lo más fuerte de su ataque. En menos tiempo del necesario para escribir la mitad de esta carta, dice el Lugarteniente criminal –carta del 17 de febrero de 1699-, mi mujer se vio sin delirio, sin fiebre y sin ningún dolor de cabeza.

Se puede decir que las cosas más pequeñas, que había sido de algún uso al santo Hombre, se convirtieron en los instrumentos de las maravillas que Dios ha querido hacer para glorificarle. Charles Démia, Vicario General del Arzobispado de Lyon, que conocía mejor que nadie la eminente santidad del Siervo de Dios, y que él mismo era un hombre tan virtuoso como ilustrado, viéndose afligido de un violento dolor de cabeza, pidió al Sucesor de Vicente que le enviara algo que le hubiera pertenecido. Almeras le envió su peine, Démia se sirvió de él, y quedó libre de su mal: es lo que él mismo escribió con mucho agradecimiento.

Luisa de Varenne, viuda del senescal de Richelieu, mujer muy piadosa y que había tenido la suerte de estar bajo la dirección de S. Vicente, tenía para su memoria un respeto singular. Le había oído hacer predicciones que el suceso había justificado. Se sabía por otro lado, y ella lo publicaba abiertamente que a la simple aplicación de un trozo de tela humedecida en

la Sangre de su Director recién fallecido, había sido curada de una fiebre continua, que la había fatigado catorce días. Estas señales de protección por parte de su Padre espiritual le hicieron desear tener como propio algo que hubiera tocado su cuerpo. Un Hermano, a quien ella se dirigió, le dio una banda con la que él envolvía la pierna más enferma. Por fino que fuera el regalo en sí mismo, la virtuosa viuda lo prefería al oro y piedras preciosas. Así mismo ella hizo con ello cosas sorprendentes. Se pone en este número la curación de la hija de un Procurador –Joseph Pinet-, la cual no teniendo aún más que nueve meses, fue atacada de una fiebre continua, y de una disentería tan agobiante que no podía ni siquiera amamantarse de su nodriza. La Señora de Varenne informada del peligro que corría su hija se trasladó a su casa, le colocó en la cabeza el lienzo que había servido al Santo y tuvo el consuelo de verla feliz y constantemente restablecida.

A tantas operaciones como las reglas de la física no explican, y a las que hemos prestado atención con preferencia a otras, porque éstas aunque bien matizadas habrían podido fatigar la imaginación del lector, añadiremos una que prueba de manera sensible que el elemento más intratable que haya habido nunca supo conocer y respetar a Vicente de Paúl.

Este es el hecho.

Hay en el Anjou un bosque, cerca del Castillo de la Vallière, donde se produjo un fuego la víspera de la Pascua de 1706. Por medio de un viento impetuoso que soplaba por entonces, el incendio consumió pronto unos cuarenta arpendes de bosque. Como el Hospital de Lublé tiene una casita al borde de este bosque, una Hija de la Caridad que servía a los enfermos, acudió rápidamente para conservar, si era posible, este bien a los pobres. a su llegada vio el más espantoso espectáculo que se pueda imaginar. La llama cuya violencia se redoblaba a cada instante, avanzaba con furia por la parte de la casita donde, para colmo de desgracia, no había más que una pobre viuda con sus cinco hijitos. Desprovista de todo auxilio humano la Hermana se pone en oración; suplica a Vicente, *por la ternura caritativa que Dios le había dado para los pobres* que consiga de él que la casa de una mujer tan digna de lástima no se quemé: llena de esta fe viva que sólo se da a los sencillos, coloca a cierta distancia un trozo de la casulla con la que el Santo decía la misa, y prohíbe de alguna suerte a las llamas avanzar más. Este signo con respecto a ellas lo que el dedo de Dios sobre la orilla del mar respecto de sus olas más encabritadas. *El fuego se paró en seco*, dice el Acta original que tengo a la vista, *y dio marcha atrás*, sin pasar los límites que le habían sido prescritos. Aunque este suceso se bastara a sí mismo para anunciarse como milagroso, más lo pareció por una circunstancia muy notable, y es que mientras la llama se replegaba de lado para devorar como lo hizo en poco tiempo otros diez arpendes de bosque, el humo y las cenizas no dejaron su camino, sino que siguieron llevados violentamente hacia la casita de la viuda.

A tantos testimonios no añadiré más que uno del que Dios saca su gloria cuando lo juzga así; es el del demonio mismo. En la Parroquia de Sonac, de la Diócesis de Cahors, era una joven de condición llamada Margarita Darchimoles, cuya Posesión debidamente examinada, fue al fin reconocida y declarada real por Nicolás Kevin, piadoso y sabio Obispo de Cahors. ¿Era efecto de una simple permisión de Dios, o el fruto de un maleficio? Es un problema que no es de mi competencia: lo que es cierto es que dos criados que se hicieron cargo según las reglas de la más estricta justicia, fueron colgados y quemados a título de maléficos. El mes de mayo de 1663 se delegó al P. Etienne Guinguy por el ordinario para realizar los exorcismos que prescribe la Iglesia en semejantes ocasiones. Este

Religioso que era Canónigo Regular, se dirigió a Sonac con Pierre Rivière, joven eclesiástico, a quien el Superior –Nicolas Talec- dio para acompañarle. Habiendo deseado Guinguy confesar a la poseída, el demonio la atormentó; y al ordenarle el Padre al maligno espíritu que la dejara libre: *Sí, libertad*, respondió, *para hacer bajar el fuego del cielo y quemarme*. El Padre le acosó por lo méritos de varios Santos; pero siendo todo inútil, se le ocurrió suplicarle por los méritos de Vicente de Paúl, a quien Alain de Solminihac le había enseñado a mirar como a un modelo de santidad y de virtud. Al nombre de Vicente de Paúl, el diablo se arrojó al cuello del exorcista y le dijo: *Cállate, cállate*. El Padre se desprendió como pudo, y acosando al demonio con nuevas súplicas, éste exclamó en voz alta: “Vicente se alimentó en la tierra con un alimento que es el veneno de nuestro infierno. El veneno del infierno es la nada, es la negación de sí mismo. De esta nada es de lo que Vicente ha vivido, y vive hoy de la plenitud de la gracia. La nada hace morir y él hace vivir; hace morir en el mundo, hace vivir en la gracia. A estas palabras el sacerdote respondió con ésta: *Etiamsi sis pater mendacii, dixisti verum*; es decir aunque seas el padre de la mentira, acabas de decir la verdad. Ah, replicó el demonio, cómo querría haber mentido.

Guinguy confiesa el gozo que sintió al ver al príncipe de las tinieblas rendir homenaje a la virtud, y sobre todo a la humildad que fue en efecto el alimento de Vicente de Paúl, en el mismo sentido que la ejecución de las voluntades de Dios, fue la del Salvador. Sin embargo quiso aprovecharse de la ventaja que le daba la invocación del santo sacerdote: continuó empleándole en expulsar al demonio; y se creyó en el deber de conducir a la Señorita Darchimoles a la iglesia. Ella se quedó inmóvil a la entrada del cementerio. Recurrió de nuevo al nombre del hombre de Dios, y fue entonces cuando el demonio confundido exclamó: Vicente, Vicente que estás elevado al Cielo, y yo hundido en el infierno. Es lo que escribió el mismo día el sabio exorcista al Superior del Seminario de Cahors. Rivière que le había acompañado fue portador de su carta. Convertido luego en Canónigo Regular y Prior de Aumelas en la Diócesis de Béziers, confirmó con juramento la verdad de un hecho que había pasado a sus ojos, y que hacía tiempo que era conocido en el Querci.

Tantos prodigios de todo género, muchos de los cuales siguieron de bastante cerca la muerte del Siervo de Dios, habrían debido naturalmente llevar a sus Hijos a pensar en su Beatificación. Los que, dice un Obispo en su carta a Clemente XI –Sr de Agen-, los que no sabían que han aprendido de su Padre a no precipitar nada, se vieron sorprendidos al verlos tan adormecidos en un asunto que interesaba a la Iglesia. En el fondo su prudencia, llevada tal vez demasiado lejos, los privó de muchos sufragios, y que habrían contribuido mucho a la gloria del santo sacerdote. Si cuarenta años después de su muerte se ha visto todavía en el Episcopado, en la Magistratura, en las Comunidades Regulares y Seculares, en una palabra en todos los órdenes del Estado, a tantas personas que nos han enseñado de él cosas admirables; ¿qué no se habría descubierto si se hubieran decidido veinte o treinta años antes?

En 1697. Sea como fuere, fue como consecuencia de las deliberaciones de la Asamblea que acababa de dar un Sucesor al célebre sr Jolly, cuando se hicieron en la mayor parte de las Diócesis informes sobre la conducta y los milagros del Hombre de Dios. El resultado de ello fue tan afortunado, tan capaz de hacerlo esperar todo que se resolvió proceder según las formas. La noticia, que se difundió por las Provincias, produjo un gran placer a todos los que amaban la Iglesia. Lo que había más distinguido en el Clero se apresuró a escribir a

Clemente XI para rogarle que empezara este grande asunto. Los Reyes y los Príncipes Soberanos se unieron a sus súbditos; lo mismo que la mayor parte de los Generales de Órdenes o Congregaciones. También se vieron aparecer a los pocos años cartas del Rey de Francia, del Rey y de la Reina de Inglaterra, del Duque de Lorena, del Dogo y de la República de Génova; de los Cardenales de Bouillon, de Camus, Destrées, orto Carrero, Durazzo, Janson, Fiesco y Cenci. Con respecto a los Arzobispos y Obispos, como hay demasiados, para poderlos nombrar aquí, nos contentaremos con decir que a casi todos los del Reino se unieron los de Polonia, de España, de Italia, de las Islas de Gran Bretaña; y que los que no habían estado siempre muy de acuerdo en otras materias, como los Bossuet, los Fénelon, los de Montgaillard, celebraron a coro la esperanza y la caridad del siervo de Dios; a fin de que resultara verdad decir que Vicente había sido beatificado por adelantado por una especie de Concilio de toda la Nación.

La Asamblea general de 1705 hizo al unísono como lo habían hecho los otros Prelados en sus Diócesis. François de Mailly, Arzobispo de Arlés, fue encargado de elaborar la carta, que fue firmada, como de costumbre, por el Cardenal de Noailles, Arzobispo de París, que era presidente de la asamblea. El Capítulo de Notre Dame siguió el ejemplo de su Pastor. La Colegiata de S. Germain de l'Auxerrois se había conformado ya a ello. La ciudad de París representada por su Preboste de los Comerciantes y sus Magistrados, escribió también; y se verá 'pronto que lo hizo de una manera digna de ella, y del gran hombre cuya gloria quería procurar.

Según el orden de declarar públicamente su gratitud, cuando se tiene la ocasión, creemos deber aprovechar la que se presenta de designar al menos los Superiores de Comunidades que quisieron tomar parte en este grande e importante asunto. Son en número de quince; después de señalar que en una obra de paz, es la fecha de las cartas la que debe regular el rango y la precedencia, las dividiremos en tres clases.

A la cabeza están los primeros Superiores de la Doctrina Cristiana, del Oratorio, y de S. Sulpicio. Vienen luego los Señores Abades de santa Genoveva, de Grandmont, de Premonstratenses, de S. Antonio, de Rengéval, y de Bonfay. Siguen los Generales de la Congregación de S. Maur, de S. Vannes, de la Minerve o de los Dominicos, de los Mínimos, y de los Carmelitas, el Vicario General de la Merced, y el Provincial de los R. P. Capuchinos de la Provincia de Francia.

No sería justo imaginarse que estas cartas no son más que un tejido de lugares comunes o de atestados vagos de santidad que, a fuerza de decir mucho en general, no dicen nada en particular. De todas las que nos quedan y que el Papa ha mandado imprimir en Roma, en 1709 no hay apenas una que no articule hechos relativos a los que las escriben. Es verdad que en ellas se encontrará por todas partes, que Vicente fue un hombre de gran prudencia, se una humildad profunda, de una caridad inmensa, de un celo sin límites por la gloria de Dios, por la perfección del clero, por la salvación de las almas: Pero estas virtudes que hacen a los Santos están casi siempre caracterizadas por rasgos que marcan a los grandes Santos. Es así como el Rey muy Cristiano recuerda a Clemente XI la estima muy singular que Luis XIII y Ana de Austria han tenido del santo sacerdote -2 de agosto de 1706-; y los testimonios de bondad que ha querido dar él mismo a los de su Congregación, confiándoles -1 de setiembre de 1706- *el cuidado de las Capillas y de las Parroquias donde suele residir de ordinario*. Así es cómo el Rey de Inglaterra motiva a sus instancias por los servicios que

Vicente prestó a sus Reinos de Escocia y de Irlanda en los tiempos más tormentosos; y por el afecto con el que el Rey su padre confió a los Sacerdotes de la Misión la dirección de la Capilla que estableció en Londres cuando hizo allí una profesión solemne de la Religión Católica. Es así cómo el Duque de Lorena dice que la memoria de este *gran Siervo de Dios está en grande veneración entre los pueblos de sus Estados, en agradecimiento por los auxilios espirituales y temporales, que recibieron de él en los tiempos más calamitosos*. Es así cómo la República de Génova publica que sus Estados son, después de los de la Santa Sede, los primeros que en Italia hayan conocido lo que valía Vicente de Paúl y su Instituto. Es así también cómo el gran Bossuet después de asegurar que desde su tierna infancia conoció perfectamente al santo Sacerdote, da de él la más alta idea que un Obispo como él pudiera dar de un hombre mortal, y confiesa que encontró en sus piadosos discursos y en sus consejos los verdaderos y perfectos sentimientos que se deben tener sobre la piedad y sobre la disciplina Eclesiástica. Es así cómo los Abades de Grandmont, de santa Genoveva, de Bonfay, y de Rangéval reconocen que el Hombre de Dios contribuyó con sus consejos y su crédito a restablecer en sus Órdenes respectivas la observancia regular, que la fragilidad humana y el curso de los tiempos habían alterado. Es así finalmente cómo Bernard d'Abadie d'Arbocave, Obispo de Acqs confiesa que su Catedral debe a Vicente las cuarenta mil libras que Luis XIV donó para ayudar a construirla. Este Prelado hubiera podido añadir que desde entonces uno de sus Canónigos propuso dejar en la nueva iglesia un terreno, donde se pudiera colocar un día una Capilla bajo la invocación de nuestro Santo: bien persuadido de que un día sería elevado al número de los Bienaventurados.

En la incapacidad en que nos vemos de dar extractos más largos de tantas cartas, nos resignaremos a consignar dos, que no preferimos a otras muchas, sino por razón de los grandes Cuerpos que las han escrito. La primera será la de la Asamblea general del Clero, la segunda la de la ciudad de París. Una fue escrita en Latín, la otra en Francés: aquí está la primera traducida a nuestra lengua, en la que pierde mucha fuerza y mucha energía.

Muy Santo Padre,

“Es al Príncipe de los Apóstoles, y a toda la Iglesia que él representaba, según S: Agustín, a quien Jesucristo dio las llaves del Reino de los Cielos: es por tanto a aquel que está sentado en la Cátedra de S. Pedro, a quien pertenece dar Decretos de Beatificación y proponérselos al Universo Cristiano. Con toda razón fue Alejandro III quien reservó con sus Leyes a la Sede de Roma la discusión de la vida y costumbres de los Siervos de Dios; discusión, de la que los pueblos naturalmente precipitados no son capaces. Así que es al juicio de vuestra Santidad al que se presenta Vicente de Paúl, en la confianza que Dios le ha coronado ya, nosotros os le proponemos para examinar, y lo hacemos sin temor alguno.

“Hallaréis en él a un hombre, (si después de todo nos es permitido aún llamarle así) a quien su perfecta integridad ha hecho recomendable. En él brillan una caridad tan viva como fue inmensa, una modestia singular, una humildad profunda, un admirable candor de costumbres, una inocencia sin maquillaje ni artificio. Sería demasiado prolijo hacer la enumeración de sus virtudes ya que no hay género que no haya poseído. Ha hecho grandes cosas por la Iglesia. Aquí nuestras Provincias deben a sus consejos Seminarios, en los que jóvenes retoños, educados como en una tierra de bendición, se forman para la recepción de todas las Órdenes: allá ha prescrito leyes y ordenado de manera estos ejercicios espirituales, que no respiran sino santidad. Ha fundado esas Conferencias que aún subsisten entre nosotros, y en las que se tratan cosas santas, Ceremonias Eclesiásticas, y

casos de conciencia los más difíciles. ¿Tiene acaso la piedad deberes que hayan escapado al celo de este Siervo de Dios? En todo lugar ha formado Asambleas de piadosas mujeres, y Cofradías propias a nutrir la caridad. Ha establecido una Compañía de Obreros Evangélicos, que heredera de la piedad y de sus virtudes se dedica a instruir a los ignorantes en los Misterios de la fe. Infatigables en sus trabajos recorren sin cesar los campos para ganar para Dios a las pobres gentes; mientras que sus Cohermanos santamente ocupados en las ciudades, disponen al santo Ministerio a los jóvenes Eclesiásticos, a quienes enseñan con éxito la piedad y la Teología.

“De este modo, Santísimo Padre, la vida de Vicente fue un prodigio, y se asegura que después de su muerte ha hecho milagros. Toda Francia resuena con el ruido de su santidad, y este ruido va en aumento día a día con tanta fuerza que ya casi no es posible frenar la piedad de los fieles por darle culto, que no será legítimo hasta que vos lo hayáis decretado. Rendíos pues a nuestros votos y deseos; escuchad las peticiones de los pueblos. Conceded a Vicente los honores que le son debidos: hablad, y vuestro Decreto supremo será el triunfo de la Religión. quiera dios conservar por largo tiempo en la República Cristiana a un Pontífice tan digno de serlo. Mientras ella os tenga a la cabeza, el error quedará confundido y la verdad confirmada. Dada en París, en la Asamblea general del Clero de Francia, el 12 de agosto de 1705. Nosotros somos, Santísimo Padre,

“Vuestros obedientísimos y muy devotos Hijos, los Cardenales, Arzobispos, Obispos, y demás Eclesiásticos de dicha Asamblea, LUIS ANTONIO Cardenal de Noailles, Arzobispo de París, Presidente.... LUIS PHELIPPEAUX y HENRI-EMMANUEL ROQUETTE, Secretario,”

Esta carta no presenta apenas al santo Padre más que como autor de los servicios prestados a la Iglesia. La que damos a continuación acabará su retrato, enfocándolo del lado de los servicios que ha hecho al Estado. Es ésta.

Santísimo Padre,

“El deseo que tienen los Sacerdotes de la Congregación de la Misión de obtener de Vuestra Santidad las Comisiones necesarias para hacer informar sobre las virtudes, Milagros y reputación del sr Vicente de Paúl su Fundador, es demasiado laudable; todo el Reino de Francia, y París sobre todo, están demasiado interesados en el plan que tienen estos dignos Hijos de un tan buen Padre de proseguir la Beatificación y Canonización en virtud del mérito de los informes que se hagan con vuestra autoridad, por no comprometer a los Prebostes de los Comerciantes y Magistrados de esta gran Ciudad, a suplicar con toda humildad a Vuestra Santidad que tengáis a bien, que concurriendo a un tan piadoso deseo, y contribuyendo con todo su poder al éxito de un propósito tan justo, ellos cumplan también con un deber de gratitud y de Religión.

“París no es, en verdad, el lugar del nacimiento del venerable Sacerdote, y gran Siervo de dios Vicente de Paúl: pero las virtudes heroicas en cuya práctica ha pasado más de cincuenta años, el buen olor de Jesucristo que ha difundido durante su vida de tantas formas; la reputación de santidad en la que murió allí, y las señales por las que Vuestra Santidad verá en los informe que se han comenzado a hacer aquí hace un par de años, que el Señor ha confirmado la opinión común que se tiene de su crédito ante Dios, y aprobado la veneración singular y general que se conserva hacia su memoria; la suerte finalmente que tiene París de encerrar en su recinto los preciosos restos, y la tumba de este humilde

sacerdote, son los motivos, Santísimo Padre, que justifican los movimientos de nuestra Religión,

“Vuestra Santidad no encontrará, sin duda, menos urgentes los de nuestra gratitud. Son, Santo Padre, los favores, de los que somos deudores al sr Vicente de Paúl. Su importancia merecería aquí un detalle, que su número no puede permitir. El difunto sr Abelly, Obispo de Rodés, y uno de nuestros ilustres compatriotas, ha hecho uno en la Historia que ha publicado de la vida de este gran hombre, que no presenta otra cosa que garantice su exactitud y su fidelidad que un gran número de personas de toda condición, que son testigos oculares de todo, y que viviendo todavía entre nosotros confirman su notoriedad pública, de lo que estamos obligados a dar razón a Vuestra Santidad.

“Un carácter de estabilidad y de duración es la bendición especial, Santísimo Padre, que la prudencia consumada y la humildad profunda de este excelente Obrero, han atraído sobre tantos monumentos públicos de su celo y de su caridad. Nosotros hemos recogido y saboreado sus primicias: pero todo el Reino, o mejor dicho, toda la Iglesia, ha compartido a partir de entonces los frutos con nosotros. Si los pueblos continúan siendo instruidos en las Misiones; si los Eclesiásticos tienen Seminarios para examinar y experimentar su vocación y para disponerse a realizarla; si las personas de toda clase de estados hallan en el empleo de los retiros un poderoso medio de reformar o perfeccionar su conducta, es principalmente al sr Vicente de Paúl a quien el público se lo debe, ya que mediante la fundación de la Congregación de la Misión, de la que tenemos tres casas importantes en esta ciudad, ha perpetuado el uso de estos santos ejercicios que él había introducido.

“¿Hay acaso alguna clase de pobres, a cuyo alivio no haya puesto remedio? Las Hijas de la Caridad, de cuya Compañía es el Fundador, que tienen más de treinta y cinco casas en París, y cerca de trescientas dentro y fuera del Reino, instruyen a los hijos de los pobres, les proporcionan alimentos y remedios y les prestan los servicios más humildes en sus propias cabañas o en los Hospitales, con una caridad, una modestia, una habilidad con lo que se edifican los ricos tanto como se instruyen y alivian los pobres. Las familias pobres tienen un recurso asegurado en sus Cofradías de la Caridad, cuyo plan ha formado Vicente de Paúl, escrito los reglamentos, y dotado el modelo, que están establecidas en casi todas las Parroquias de esta ciudad, y lo que es más, no sólo en la mayor parte de las ciudades, sino también en casi todas las poblaciones y muchos pueblos del Reino. ¿Ha producido algún incendio algún desastre, han desolado alguna Provincia una inundación o la esterilidad? Una asamblea regular de Damas muy distinguidas por su nacimiento, y todavía más por su piedad, formada por la piadosa industria de este caritativo Sacerdote, y conducida por los Superiores generales de la Misión, sus Sucesores, consagra un día de la semana al examen y al remedio de estas necesidades. Es él quien continúa sirviendo de Padre a una infinidad de pobres niños abandonados y expósitos, cuyo número es prodigioso cada año en esta ciudad, por la compasión que ha tenido e inspirado por ellos: es ella cuyos pobres desafortunados, que están condenados a las galeras, sienten cada día los efectos. No os decimos, Santísimo Padre, más que una parte de lo que vemos; ¿podemos decirnos menos? Pero no decimos lo suficiente para comprometer a Vuestra Santidad a instruirse más ampliamente otorgando las Cartas de Comisión para informar sobre la vida de este venerable Sacerdote. Son los deseos ardientes,

SANTÍSIMO PADRE,

De vuestros muy humildes y muy obedientes Hijos y Siervos, los Prebostes de los Comerciantes y Magistrados de la Ciudad de París, BOUCHER D'ORSAY, BECCIER, BAUDIN, etc."

Del Despacho de la Ciudad de París, el 19 de julio de 1706.

Parece por esta Carta que hacía tiempo que se trabajaba en París en los informes de la Vida y Milagros del Siervo de Dios. En efecto desde 1704 François Vatel, a quien su Congregación acababa de elegir Superior General, habiendo constituido de forma oficial a uno de sus sacerdotes para comenzar y proseguir este gran asunto -5 de enero de 1705, éste en calidad de Procurador de la Causa presentó el mes de enero su demanda al sr Cardenal de Noailles, Arzobispo de París, al efecto de obtener Comisarios revestidos de todos los poderes necesarios para instruir un Proceso tan importante. Su Eminencia, que respetaba singularmente al Fundador de la Misión, tuvo la satisfacción de concurrir a una obra tan buena. Puso a la cabeza de la Comisión a François Vivant, uno de sus Vicarios Generales, quien a la sazón era Párroco de S. Leu, y le dio por adjuntos a dos Doctores en Teología, y a otros dos que lo eran en Derecho Canónico. Éstos, o al menos uno de cada clase, debían asistir al Jefe de la Comisión cuando recibiera las declaraciones. Achilles Thomassin, Preboste de S. Nicolás del Louvre, fue en calidad de Procurador Fiscal encargado de hacer los interrogatorios.

El 16 de mayo de 1705, a una nueva demanda del procurador de la Causa, el Cardenal designó a nuevos Oficiales para hacer, con la anuencia de los Ordinarios, otros informes en las Diócesis extranjeras. Es verdad que por ahí se multiplicaban los testigos; pero aparte de que se multiplicaban los gastos, se exponía de parte de Roma a los inconvenientes de un examen de nunca acabar.

Sin embargo se trabajaba siempre en la Capital. Los juramentos terribles que los Jueces de la Causa habían prestado los primeros, y a los que su cargo obligaba a exigir a su vez de los que tenían declaraciones que hacer, comprometían a cada uno de ellos a caminar a un paso muy mesurado. Así los informes duraron más de 18 meses. Aunque Vicente hubiera muerto hacía cuarenta años, se hallaron ciento ochenta y ocho testigos que hicieron justicia a su memoria; y estos testigos unidos a los Obispos que escribieron en su favor, y que le habían conocido o por sí mismos o por referencias de los que le habían tratado, formaron un Cuerpo de pruebas tan completo que se hubiera dicho que el asunto se acabaría casi tan pronto como se hubiera comenzado. Pero la precipitación no es el defecto de la Curia de Roma. Adaptada por una larga experiencia a los Procedimientos de las Beatificaciones, un siglo de retraso la afecta menos que la sospecha de un falso trámite. Ella trata de furias francesas a nuestras pequeñas impaciencias. Las solicitudes multiplicadas parecen redoblar su vigilancia, y ponerla en guardia contra la sorpresa. A todo responde con su eterna flema, que lo que está bien hecho, se hace siempre demasiado pronto.

No fue hasta que en 1708 este Proceso *informativo*, como se le llama, llegó a Roma; porque hubo que traducirlo al Italiano con la más escrupulosa exactitud, y de la manera más auténtica. El Original se quedó en los Archivos del Arzobispado de París. ¿Por qué, cómo y por quién fue robada de allí una Pieza tan rara y de un precio tan grande? es lo que Dios manifestará cuando lo juzgue oportuno.

Con este Verbal se mandó otro de *non cultu*. En él se demostraba que conforme al Decreto de Urbano VIII la Iglesia de Francia, por mucho celo que sintiera por la Beatificación de Vicente de Paúl, no había previsto el juicio de la Santa Sede, y que ni los sacerdotes de la Misión ni nadie en su puesto no le había rendido los honores solemnes que se refieren a los Santos canonizados. Este dato se certificó por once testigos, que en diferentes tiempos habían frecuentado la iglesia y la Casa de S. Lázaro. De este número eran Jacques-Charles Brisacier, Superior de las Misiones extranjeras, François l'Echassier, Superior del Seminario de S. Sulpicio, el Párroco de S. Jean-en-Grêve, el de S. Louis-en-l'Isle, y algunos Canónigos de París.

Para hacer ver con qué exactitud fueron examinados estos dos Procesos en Roma, basta con decir que lo fueron por Próspero Lambertini, que era por entonces abogado del Consistorio y Coadjutor del obispo de Myre, Promotor de la Fe. Debían estar bien hechos y que se hubieran seguido con todo escrúpulo todas las formalidades; como este sabio, a quien sus méritos han colocado finalmente en el Trono de S. Pedro, no pudo oponer nada que no fuera lo suficiente fácil de resolver. Fue, por lo demás, una especie de favor que estos fueran examinados el mismo año que habían sido remitidos a la Congregación de Ritos: si se hubieran seguido las Reglas, no se habrían abierto sino diez años después. A esta gracia que el S. Padre otorgó sin duda a las instancias de tantos Reyes, Príncipes, Cardenales y Obispos, que le pedían coronar los méritos de una de los más santos Sacerdotes que la Iglesia haya tenido jamás, añadió otra que fue nombrar como Ponente, es decir, por Reportero de la Causa al Cardenal de Trémoille.

Como los Procesos llevados por la autoridad del Ordinario no sirven más que para dar a conocer a los Romanos si la Causa vale la pena de ser emprendida; una vez que la S. Sede hubo juzgado que la de Vicente de Paúl podía iniciarse, el Cardenal Carpini, Obispo de Sabina donó –el 5 de octubre de 1709–, en nombre de la Congregación de los Ritos, o más bien en nombre del Papa, como él mismo lo dijo, Cartas *Remisoriales* y *Compulsorias*. Eran dirigidas al Cardenal de Noailles, a Artus de Lionne, Obispo de Rosalie, y a Humberto Ancelin, antiguo Obispo de Tulles: Por ellas los tres Prelados, que debían actuar siempre al menos dos juntos, estaban encargados de instruir el proceso *en general*, y eso en el espacio de un año.

Este Proceso *in genere* decide poco en cuanto al fondo, pero sirve al menos para probar que la reputación del Sujeto propuesto a la S. Sede sigue manteniéndose; y que desde la noticia que se ha dado de los primeros Procedimientos no se ha presentado nada que deba impedir que se continúen. No se oyó más que a catorce testigos, pero todos de una probidad distinguida. De este número fueron César d'Estrées, Cardenal de la santa Iglesia, François Bochart de Saron, Obispo de Clermont; Jean-Baptiste Chevalier, Consejero y Subdecano de la Gran Cámara del Parlamento; Pierre Saulier, Secretario del Rey, Nicolás Boutillier, Director del Colegio de Beauvais, etc. sus declaraciones que no deben ser más que generales, fueron unánimes. Todos aseguraron con juramento que Vicente de Paúl había sido un hombre de una admirable caridad para con Dios y para con el prójimo; que había tenido un celo ardiente por la conservación y la dilatación de la Fe Católica; que sus virtudes le habían conciliado el respeto de la ciudad, de la Corte de Francia entera; que el rumor de sus milagros se extendía cada vez más y que su Sepulcro era honrado por el concurso de los pueblos. Cada testimonio de éstos estaba motivado por hechos propuestos con el menor detalle que era posible. El resultado de todo ello era que la Beatificación de

Vicente de Paúl era un asunto que la S. Sede podía emprender sin arriesgar nada, cuya feliz conclusión sólo desagradaría a los Jansenistas; porque *solamente ellos trataban de debilitar la reputación de Santidad que el Siervo de Dios se había adquirido*. Es lo que dijo con sus propias palabras un venerable sacerdote llamado François Coulombs, uno de los catorce testigos que fueron oídos. Se hubiera querido unir a este pequeño número de declaraciones la de François Chrétien Lamoignon, Presidente del Parlamento, pero este gran hombre no estaba ya. Afortunadamente había sido citado y oído en el Proceso formado por la autoridad del Ordinario, y se puede decir sin miedo a ser desmentido que den su testimonio, que encierra al mismo tiempo el del Primer Presidente su padre, será para siempre la desesperación de los que no aman a nuestro Sacerdote.

El temor de ver desaparecer todos los días a testigos tan respetables hizo que el Postulador de la Causa suplicara muy humildemente al santo Padre que permitiera poder recibir las declaraciones detalladas de los ancianos y enfermos. Clemente XI al ser informado por el Cardenal Pauluci lo consintió. En consecuencia el Eminentísimo Prefecto de la Congregación de los Ritos -9 de enero de 1710-, expidió Cartas de Comisión, dirigidas a los tres Prelados de quienes hemos hablado, para instruir lo que se llama en Roma *Processus in specie, nè pereant probaciones*. Los comisarios no tenían más que seis meses para hacer este nuevo Proceso; fue necesario pedir otros seis –otorgados el 21 de junio de 1710-. Se presentaron treinta y un testigos a partir de la edad de 60 años, hasta 80 y 90, y cada uno de ellos tenía cosas tan bellas y tan importantes que decir que fue preciso trabajar mucho para no verse obligados a pedir a la S. Sede una nueva prórroga.

El primero de estos dos Procesos, después de ser contradictoriamente examinado en Roma, fue recibido con una especie de aplauso -18 de diciembre de 1710-; el Papa declaró desde el 19 de diciembre que se podía pasar adelante. A consecuencia de una nueva súplica presentada en la Congregación de los Ritos, se juzgó allí –el 12 al 21 de marzo de 1711- con el asentimiento del santo Padre, que los tres Prelados que tan bien habían instruidos los Procesos de los que hemos hablado, estarían encargados también de instruirle que quedaba por hacer, y que se llama *Processus in specie*. Era, al parecer, un asunto ya bien adelantado, con relación a los interrogatorios de los enfermos y de los ancianos, que habían comparecido ante los Jueces delegados, pero quedaban todavía muchos testigos, se quienes se podían sacar esclarecimientos; y nunca en este particular abundancia de pruebas dañó en Roma. Si los Postuladores de la Causa no encuentran en ello su interés, el Promotor de la Fe, que no busca sino objeciones, sí encuentra el suyo.

El Decreto de la sagrada Congregación una vez ratificado por Clemente XI–el 4 de abril de 1711-, el Cardenal Carpini expidió nuevas Cartas de Delegación, con imposición a tres Comisarios de instruir el Proceso *in specie*, en el transcurso de un año. Estas Cartas tenían de particular que en ellas se prescribía terminar el procedimiento abriendo el Sepulcro del Siervo de Dios, y con una visita exacta de todas las partes por separado de su cuerpo, que pudieran hallarse en la ciudad y en la Diócesis de París; con prohibición bajo pena de excomunión incurrida por el solo hecho de colocar nada en dicho Sepulcro, ni retirar de él nada. Contenían orden también de no admitir a esta visita más que a los testigos necesarios, y de guardar un inviolable secreto sobre el estado de las cosas. Este secreto es de derecho estricto en todos los Procesos que se instruyen por autoridad de la S. Sede. El Cardenal de Noailles había impuesto también la ley en la Comisión que otorgó a su Vicario General para el primer Proceso del que hemos hablado. Sin ello un testigo interrogado podría dar la

lección a aquel que lo debe ser tras él; y a partir de entonces uno de los más importantes que pueda tener la Religión, no sería pronto ya más que un misterio estudiado de cábalas y de colusión.

Habiendo aceptado los Delegados la Comisión y prestado el juramento ordinario de desempeñarla con toda integridad y exactitud de que fueran capaces, se pusieron a la obra y la continuaron hasta fines del mes de marzo del año siguiente. Ellos oyeron todavía a cincuenta y cuatro testigos, entre los cuales hubo Magistrados, Doctores en Teología y en Medicina, Canónigos y Párrocos, un antiguo Religioso de la Orden de S. Francisco, y Armando de Montmorin, Arzobispo de Vienne.

La apertura del Sepulcro del santo Sacerdote, ceremonia rara, y que no tiene lugar una vez cada dos siglos, sucedió en los interrogatorios y en las declaraciones. El Cardenal de Noailles quiso hacer por sí mismo la inspección y la visita del cuerpo, o de los huesos que se hallaran en la urna donde Vicente habían sido depositado después de su muerte. Así su eminencia se trasladó a S. Lázaro el 18 de febrero de 1712 a las dos de la tarde. Estaba acompañado de del antiguo obispo de Tullés, de Achilles y de Claude-François Thomassin en calidad de Subpromotores de la Fe, de Pierre-Alexandre Mator, Doctor-Regente en Medicina; de Jean-Baptiste Bessière, Cirujano Jurado y además Cirujano ordinario del Rey, y de los Campos y Ejércitos de Su Majestad; de Jean Bonnet, Superior General de la Congregación de la Misión; de Jean Couty Procurador de la Causa, de Peregrin de Negri, sacerdote Italiano de la misma Compañía, y de tres Hermanos Coadjutores que debían levantar la tumba y sacar el Ataúd del lugar donde estaba depositado. El Obispo de Rosalie, uno de los tres Comisarios, no se encontraba allí porque le correspondía asistir a las oraciones que se estaban celebrando ante los cuerpos del sr y de la sra la Delfina.

Aunque la integridad de un cuerpo no concluye nada en Roma, donde se sabe más que en otra parte que no es siempre patrimonio de las reliquias de los santos más probados; el prejuicio que produce de ordinario en las mentes de los pueblos obliga a la Congregación de los Ritos a mandar un riguroso silencio sobre las visitas que ordena en caso parecido. Así no se admite más que a las personas necesarias, y todas juran sobre los santos Evangelios un profundo secreto; secreto que les es impuesto ya por la S. Sede bajo las más terribles censuras.

Se puede pensar que el momento, en que el santo cuerpo debía aparecer a la luz del día, fue esperado con alguna impaciencia. Incluso que ciertos sentimientos de esperanza y de temor tenían a los espíritus en suspenso. Hacía más de cincuenta y un años que estaba en la tierra, y eso en una Iglesia donde nunca se han encontrado cuerpos enteros. Dios podía haberlo conservado; podía también haberlo entregado, como tantos otros a la podredumbre y a los gusanos. El instante que debía fijar todas estas dudas, llegó por fin.

El féretro colocado en un estrado fue abierto, desde que cada uno hubo satisfecho su devoción y visto lo que podía ver, los dos expertos realizaron su examen. Visitaron la cabeza, el esternón, las costillas, las vértebras de la espalda, los brazos, los muslos y las piernas. Después de hacer en términos del arte una larga descripción de todas estas partes, realizaron un Informe jurídico, y este Informe terminaba con estas palabras: POR FIN PODEMOS ATESTIGUAR, COMO LO HACEMOS, QUE HEMOS HALLADO UN CUERPO TODO ENTERO Y SIN NINGÚN MAL OLOR. Un testigo ocular, de cuya probidad no se puede sospechar, me ha dicho que los hábitos del santo Sacerdote estaban

como si acabaran de salir del comerciante: el Proceso Verbal no es tan expresivo en este punto.

Cuando se cerró este Proceso, los tres Comisarios escribieron al Papa para darle cuenta del modo como se habían comportado. El sr de Noailles escribió en particular, los Obispos de Tulles y de Rosalie lo hicieron en carta común, la del primero está en Italiano y es mucho más larga que las otras dos. El Cardenal dice en ella resumiendo, que el asunto de que Su Santidad ha tenido a bien encargarle es tan importante por sí mismo y tan conforme a su inclinación, tanto por el aprecio que tiene del siervo de Dios como por los grandes bienes que este mismo Siervo de Dios hace todavía en su rebaño por medio de las buenas obras que ha instituido; que, aunque el cuidado de su vasta Diócesis y dos asambleas generales del Clero le hayan dado muchas ocupaciones, sin embargo no ha dejado de encontrarse en persona en un número muy grande de Sesiones de los dos últimos Procesos; que cuando no ha podido asistir, se ha informado por los otros dos Comisarios; que puede asegurar y atestiguar, como lo hace, a Su Santidad y a la sagrada Congregación de los Ritos, que se han observado en el curso del Procedimiento todas las Reglas prescritas por Urbano VIII y por Inocencio X; que todo lo que se ha dispuesto referente a la virtud y los milagros del Siervo de Dios lo ha sido por testigos dignos de fe, y en los cuales ni él ni otro cualquiera, no ha advertido nada que pudiera en absoluto hacerles sospechosos. Añade que si tantas personas de toda condición han pedido a Su Santidad que ponga a Vicente de Paúl en el número de los Bienaventurados, tiene más interés que ellos en pedirle la misma gracia, pues tiene el honor de presidir el Gobierno espiritual de una Ciudad y de una Diócesis, que tienen la suerte de disfrutar más que todos los demás de la presencia de este digno Sacerdote de Jesucristo, que poseen sus preciosos restos, que han tenido y tienen todavía una parte especial en los frutos de tantas acciones santas que emprendió, o de las que fue el Promotor. “Así, Santísimo Padre, continúa el Cardenal, no contento con las súplicas que he presentado al Trono de Vuestra Santidad, en unión con el clero de Francia, en la carta que he firmado en su nombre, me tomo la confianza de dirigirle nuevas. Son las mayores, las más vivas, las más fuertes que puedan salir de un corazón, que en este asunto no busca más que la gloria de Dios y el honor de sus Siervos.” La Carta concluye con todas las protestas posibles de obediencia y de respeto.

Los dos Obispos en la suya, que es mucho más corta, dicen que, dejados aparte todos los demás asuntos, no han dejado ni un solo día de acudir a las Sesiones que se referían a la Comisión. Confiesan que la verdad se les ha presentado con cierto resplandor, y la Santidad con pruebas, contra las cuales no han podido resistir. Acaban asegurando al S. Padre que si su juicio está conforme con el que ellos han emitido, no dudan en absoluto que el gran Hombre de quien se trata sea colocado pronto en el número de los Santos. Felicitan al Papa de antemano por ello y unen sus aclamaciones a las que esperan que el público tribute a la definición que emanará del Tribunal Apostólico.

Los dos Subpromotores, Achilles y François Thomassin escriben al mismo tiempo al Promotor – Próspero Lambertini de la Fe. Hacen justicia a la probidad, a la piedad y al celo que tienen por la Religión los testigos a quienes han mandado citar de oficio: *Ommes*, dicen, *omni exceptione majores, et pietate ac Religionis zelo conspicuos, et omnibus acceptos*. Todas estas Cartas son del primero de marzo de 1712.

Al examen de estos Procesos, cuya validez fue al fin reconocida el 8 del mes de julio del año siguiente -1713-, sucedió otro examen de las Reglas que el santo sacerdote había dado

a su Congregación, a la Compañía de las Hijas de la Caridad, y aquella Cofradía que él había establecido a favor de los pobres enfermos, por el tiempo que era Párroco de Chatillon. Habiendo sido juzgadas estas tres Piezas fuera de toda sospecha en 1714 –el 14 de mayo-, había que pronunciarse al fin y a la postre sobre la heroicidad de las virtudes del Hombre de Dios.

Este punto Capital de trata siempre en tres Congregaciones. En la primera, que se llama *Antepreparatoria*, el Promotor presenta sus objeciones, que se sacan del fondo de la cosa. En la segunda, que es la *Preparatoria*, los Consultores son Dueños de proponer todo cuanto juzguen oportuno, y de ordinario suspenden su juicio, hasta que se hayan aclarado sus dificultades. En la última, que se llama *Definitiva*, se ha de tomar partido necesariamente y decidir por el sí o el no.

A juzgar por el modo como ocurrieron las cosas en el asunto presente, los Comisarios Romanos tienen tiempo de instruirse, y hacer sus reflexiones. La Congregación Antepreparatoria se había celebrado el 22 de enero de 1715. la Preparatoria, a pesar de las peticiones del Clero de Francia, que acababa de escribir como Corporación por tercera vez, no se celebró hasta el 18 de diciembre de 1717, y entre ésta y la última -16 de setiembre de 1727- transcurrieron casi diez años. No obstante el Cardenal de Polignac era entonces Reportero de la Causa; y se sabe que Roma tenía para sus méritos las consideraciones que le eran debidas.

Desde el año precedente Luis XV, se había tomado la molestia de señalar al S. Padre que la conclusión de este asunto no podía dejar *de ser útil a toda la Iglesia y gloriosa a sus Estados*. Su augusta Esposa hizo lo mismo ocho días después, y en una carta, que respira el juicio y la piedad, expuso a la Sede Apostólica, *la sabiduría, la prudencia y las raras virtudes* que hicieron a Vicente *tan querido a Luis XIII y a Luis XIV y tan útil a todo el Reino de Francia*.

Finalmente, y tan sólo nueve meses después de las instancias de un precio tan alto, Benedicto XIII decidió solemnemente –el 22 de setiembre de 1727- que quedaba probado que el venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl había poseído en grado heroico las virtudes tanto Teologales como Cardinales y las que les son anejas.

Éste es escribía de Roma un sacerdote muy sabio al Superior General de la Misión –18 de setiembre de 1727 y ss-, éste es el hecho principal: y tened la seguridad de obtener pronto o tarde la Beatificación y la Canonización; ya que en el fondo son las virtudes y no los milagros las que hacen a los Santos; y yo considero como el más grande de todos los milagros que en el examen más riguroso que se haya hecho nunca de una Vida de 85 años se haya encontrado ningún defecto que haya impedido a las mejores Cabezas de la Capital del Mundo Cristiano asegurar sobre su conciencia, y en presencia del vicario de Jesucristo, que consta que el Siervo de Dios ha sido un Héroe de la Religión Cristiana, digno del Culto público después del examen de los milagros.

“He dicho las mejores Cabezas: pues todo lo que tenemos de más sabio y de más piadoso en el sagrado Colegio, en la Prelatura y en los Claustros ha concurrido a formar este voto. Un solo Religioso, aunque persuadido de la heroicidad de las virtudes, se creyó, por razones que el Papa ha juzgado frívolas, obligado a decir, Non constare ad effectum. La Providencia ha permitido esta pequeña contradicción para hacer ver a toda la Tierra la libertad de los sufragios: al parecer, por la misma razón ha permitido que los srs

Cardenales Gualterio y Ottoboni, con quienes habrían tenido los Franceses razón de contar no hayan podido asistir a esta Congregación, que ha durado cinco horas”. Por lo demás, escribía el Obispo de Cavaillon – 17 de setiembre de 1727-, que era él mismo uno de los Consultores, apenas si se ha visto hasta ahora ejemplo de una unanimidad parecida. Pero volvamos a nuestra Historia.

El Decreto que decide de la santidad no decide del Culto público. La Iglesia que tiene por Bienaventurados a todos los hijos que mueren después de recibir el bautismo, no se cree ni obligada ni autorizada a decretarles honores solemnes. Conviene pues que Dios dé a conocer su voluntad, y es a través de los milagros como se juzga que la da a conocer. En este gran número de prodigios que se habían operado ya en el sepulcro de Vicente de Paúl, ya por su intercesión, se habían escogido en primer término sesenta y cuatro que parecían los más sobresalientes; pero el temor de multiplicar las escrituras y de exponerse a discusiones interminables de un Consejo, que por amor a la Iglesia no pasa siempre lo que los enemigos de la Iglesia habrían pasado; este temor, digo yo, hizo que se redujera a los ocho sucesos que siguen, y que la voz pública había anunciado como milagrosos.

El primero tenía que ver con Claude-Joseph Compoin, joven del Barrio de S. Marceau, quien a consecuencia de un flujo del que fue afectado a la edad de unos diez años, perdió tan por completo la vista, que no veía ni cielo ni tierra. Sus pupilas estaban tan cerradas que no hubo forma de abrirlas, de manera que no podía dar un paso fuera de la casa sin ayuda. Hacía dieciocho meses que se hallaba en este lastimoso estado, cuando su madre contando un día su infortunio a Julia Henault, mujer de piedad, ésta le aconsejó que llevara a su hijo a la iglesia de S. Lázaro y comenzara allí una novena ante el sepulcro del Siervo de Dios: “Porque os aseguro, le dijo, que allí tienen lugar curaciones milagrosas”.

Aunque desde el barrio de S. Marceau hasta el de S. Lázaro el trayecto sea largo, la madre de Compoin se determinó a ir los nueve días, y lo *hizo con mucha confianza*. Su hijo a quien llevó de la mano la siguió como pudo. Se pusieron a rezar los dos con el fervor de gente que quiere hacer una santa violencia a Dios. No hacía mucho que habían comenzado cuando el hijo interrumpió a su madre con estas palabras, de las que ella se sintió asombrada en extremo: “Madres, estoy viendo a una Dama que está delante de mí. –Y ¿cómo está vestida esa Dama? Replicó la madre, que apenas daba crédito a sus palabras. - Su vestido es rojo, respondió el niño. Todo ello era exacto. Había sobre el sepulcro actualmente una mujer en oración; estaba vestida de un muaré del color que Compoin había dicho. El joven no tuvo necesidad de guía para regresar. Él mismo anunció su curación a su padre, y a todo el barrio. Se puede juzgar de la alegría que produjo un milagro tan firme: veremos pronto que ocasionó otro, que merece que se le compare, según parece. Mas, para seguir el orden del Proceso Verbal de la Beatificación, es preciso antes hablar del que se operó en Marie-Anne l’Huillier.

Era una joven de ocho años, que era muda de nacimiento y, tan paralítica de ambas piernas, que hasta entonces no había podido dar un paso. Su madre, bien o mal, no había querido buscarle ningún remedio, con la confianza de que Dios le devolviera un día la salud por la intercesión de alguno de sus Santos. Así se lo confesó a una buena parte de los que se honran en París. Hizo novenas a S. Francisco de Paula, a S. Prix, a S. Leonardo, etc. Dios que tenía sus vistas no la escuchó en Santuarios en los que había escuchado a tantos otros. Sea que la Fe de esta mujer comenzara un poco a vacilar o que quisiera acceder a los consejos de las personas vecinas. Mandó construir dos horcas pequeñas a su hija a ver si le

podían ayudar a caminar; el intento no dio resultado. La niña estaba incapacitada de sostenerse; y había que dejarla en un asiento, o llevarla en los brazos.

La mujer de un Jardinero Florista –llamado Alexandre Gallois habiendo indicado un día a la madre de la enferma la iglesia de S. Lázaro como un lugar donde Dios se complacía en operar muchas curaciones por medio de Vicente de Paúl, esta madre afligida comenzó allí una novena. Su fe fue puesta a prueba de nuevo: hasta después del último día no vio la mejoría en su hija. Una segunda novena en el curso de la cual se confesó y comulgó le consiguió al fin lo que ella había pedido tanto tiempo y tan inútilmente. Un doble milagro por no decir nada más, fue el fruto de su perseverancia. La pequeña l’Huillier anduvo firmemente y habló con claridad.

El tercer suceso que se presentó a la S. Sede, como con todas las apariencias de un verdadero milagro tenía que ver con un niño llamado Antoine Gressier. Éste sólo tenía seis semanas cuando fue atacado de epilepsia. Sus accesos se repetían cada día, y a menudo con tanta furia que duraban hasta diez y once horas seguidas. En este estado la boca se le retorcía de manera que daba pena produciendo espuma como suele suceder en esta cruel y funesta enfermedad. Lo más triste es que desde el primer día que este niño cayó con este mal, se quedó sordo y ciego, y así siguió hasta el momento del que vamos a hablar.

Impresionada y con razón por un accidente tan deplorable, Michèle Jeunehomme, nombre que llevaba antes de su matrimonio la madre del niño, le presentó a la Escuela de Medicina, donde un hombre a quien no conocía, después de aconsejarle que mezclara en la papilla de su hijo no sé qué semilla que le dijo: *Este es un niño*, añadió, *que necesita más oraciones que remedios*. La ocasión era justa. Al cabo de ocho días de probar el pretendido remedio, el más se agravó. Tuvo que volverse hacia Dios, y tratar de conseguir lo que los hombres no podían darle. El padre y el padrino del enfermo hicieron un viaje a S. Prix, la madre se dirigió a S. Spir, y a S. Maur, y a otros Santos más, a quienes los milagros han hecho célebres. Vicente de Paúl, cuya tumba Dios quería honrar, era a quien el Cielo quería reservar una curación tan desesperada.

Habiendo recobrado la vista el joven Compoin de la manera que hemos dicho, su madre no tardó en comunicárselo a la madre del pequeño Gressier, que era su hermana. Ésta animada por un ejemplo doméstico, y llena de fe, se va volando a S. Lázaro y comienza su novena, presenta a su hijo al Siervo de Dios, le suplica que se apiade de él y le devuelva una salud perfecta. Desde ese día y ese primer día, se dan cuenta que un mismo niño que es ciego ve, un sordo que oye y un epiléptico tan bien curado como si no hubiera sufrido nunca nada; un melancólico incapacitado del todo por el dolor que con su risa inocente enjuga las lágrimas que había hecho derramar; una víctima lista a sucumbir bajo los golpes de la muerte que es devuelta a la vida. Este hecho y todas sus circunstancias son atestiguadas por muchos más testigos de los que se necesitan para dar fe bajo Juicio: estos testigos son irreprochables según el Cardenal de Noailles y sus ilustres Asociados. Todo ello no obstante es demasiado poco a los ojos de la S. Sede; y una curación tan sorprendente, tan súbita, tan completa, no puede hallar gracia ante ella. Pasó lo mismo con la que vamos a describir.

Geneviève-Catherine Marquette había nacido con una debilidad de piernas, muy parecida a la de Marie-Anne l’Hullier. Esta parte del cuerpo que sostiene a los demás hombres estaba en ella como absolutamente muerta. Para tenerla en un lugar había que llevarla. Producía

pena su suerte, la producía la de sus padres. A la edad de cuatro años se portaba en cuanto al andar como un niño de un día.

Un soldado de la Guardia Francesa, que residía en el Barrio de S. Antoine, donde ella misma vivía, dijo a su madre que habría hecho bien en llevarla junto a la Tumba del Bienaventurado Vicente, que allí se obraban cosas maravillosas, y sobre todo curaciones de enfermedades de la naturaleza de que su hija estaba atacada. Este consejo de un militar chocó a la madre de la pequeña Geneviève. Ella lo siguió. Llevó a la pequeña a la iglesia donde reposa el cuerpo del santo Sacerdote; y como sus asuntos no le permitían ir cada día, encargó a una mujer de piedad, cuya casa no estaba lejos de la iglesia de S. Lázaro, de hacer una novena en su nombre. Desde el comienzo de la novena la niña se mantuvo en pie. Sus piernas se fortalecieron a simple vista, y en el espacio de un mes recobró toda la consistencia y toda la salud que se podía tener a su edad. Hacía un año que estaba curada, cuando se la presentaron a los Comisarios: les certificaron la enfermedad jurídicamente, se certificaron a sí mismos la operación de Dios.

Repercutió más en la persona de Mathurine Guérin. Ésta era hija de la Caridad, y su mérito unido a mucha virtud la había elevado al primer puesto de la Compañía, de la que fue Superiora durante más de dieciocho años. Era ya anciana cuando le sobrevino en la pierna una úlcera que daba horror verla, y la que François Vernage, Decano de la Facultad de Medicina de París, llama en su declaración Úlcera Fagedénica, porque roe hasta los huesos. Este Doctor, que veía a la Hermana Guérin, le aconsejó algunos tópicos, no para curarle el mal, ya que confiesa que siguió creyéndole incurable, sino para suavizarle la acritud. Sea que estos remedios hicieran sufrir más a la Hermana, sea que no le hiciesen nada en absoluto, los dejó del todo, preparada a acabar así, como con cualquier otra enfermedad, cuando Dios lo tuviera a bien.

Hacía ya tres años que soportaba su mal, y ella tenía ya sesenta y siete cuando se le ocurrió que una Hija del santo sacerdote podría encontrar en su sepulcro el mismo recurso que tantos extraños encontraban todos los días. Comenzó pues allí una novena, y rogó a algunas de sus Hermanas comenzarla con ella. Su confianza no fue vana. Al noveno día su pierna se encontró tan sana como nunca lo hubiera estado. Vernage, que la vio tan curada, confesó de buena fe que se quedó extremadamente sorprendido; y le preguntó qué había hecho pues para salir del paso; y a su respuesta pensó entonces y lo ha pensado siempre, que había en ello milagro. Por lo demás los humores mordientes que formaban la úlcera de la Hermana Mathurine no abandonaron una parte para atacar a otras. El restablecimiento de esta virtuosa hermana fue completo: vivió todavía seis años, y continuó sirviendo a los pobres con tanto celo y libertad como nunca.

Los dos sucesos que vamos a referir ocurrieron en la parroquia de S. Nicolas des Champú.

El primero se refiere al llamado Jacques Grau, quien a la edad de 35 años con ocasión de una tos violenta hizo tales esfuerzos que, al examinar la sangre que escupía con frecuencia y en gran cantidad, los médicos creyeron que se había roto una vena. No dejó de soportar su mal durante tres años. No se sabe qué pensar del éxito de los remedios que empleó en ese tiempo. Lo que es cierto es que el líquido habiendo ido por otro camino, se vio atacado de un flujo hemorroidal tan pertinaz que al juntarse la fiebre y una hinchazón general, se pensó que no saldría de aquello. El sabio médico que le visitaba –Pierre le Tonnelier- no perdió los ánimos tan fácilmente, y en efecto logró detener la fiebre, el vómito del que venía

acompañada y el progreso de la hinchazón que disminuyó a ojos vistas. Se entregó luego a cortar el flujo de sangre; hizo durante cuatro meses todo lo que se podía esperar de un hombre que se entrega a su oficio y quiere lograr sus propósitos. Pero al ver que el flujo no disminuía y que el enfermo se debilitaba por momentos, creyó, como dijo en su declaración, que el mal era incurable, y cesó de tratar a un hombre, a quien no quería dar esperanzas y a quien no podía curar.

Hacía seis semanas que este pobre desdichado estaba abandonado a su suerte, cuando una Hija de la Caridad impresionada por su estado le aconsejó hacer una novena junto al sepulcro del santo sacerdote. La empresa era algo muy fuerte para un hombre agotado. Quiso no obstante correr el riesgo. Con la ayuda de su mujer, que le llevaba en parte, y a fuerza de multiplicar las paradas de trecho en trecho, llegó a S. Lázaro y comenzó su oración. Desde el primer día la pérdida de sangre cesó y tanto que, aunque una nueva tos junto con grandes esfuerzos habría podido abrir la herida, las cosas quedaron ahí, donde el mismo Dios las había colocado. Cada día le devolvía algo de su salud primitiva. Le volvieron el color y las fuerzas; y al cabo de una segunda novena, pues hizo dos, una a continuación de la otra, se le vio ágil, vigoroso y como un hombre que nunca tuvo mal alguno. Se me olvidaba decir que Grau, al comenzar su novena, había comenzado a beber agua en la que se había humedecido una tela teñida con la sangre del Siervo de Dios.

El segundo caso, que Philippe Fontaine, Doctor y Profesor Real en Medicina, y Charles de S. Yves, tan conocido en París, juzgaron milagroso, pero que no fue juzgado como tal en Roma, donde no se grita tan fácilmente, Milagro; este caso, digo, pasó en la persona del Michel Lépiné. Su mal era una cirrosis en el hígado y en las glándulas del mesenterio. La hermana de S. Yves le aconsejó no tomar ningún remedio, persuadido de que sería inútil. El señor Fontaine le trató durante bastante tiempo, pero cuando vio que sus esfuerzos no conducían a ninguna parte le abandonó. “Nunca, dijo él mismo durante su declaración, cosa alguna me sorprendió más que cuando algunos meses después vinieron a decirme que el tal Lépiné se había curado. Quise asegurarme por mí mismo. Le visité, le encontré completamente restablecido; me enteré por él de lo que una Hija de la Caridad, que sirve a los pobres de la Parroquia de S. Nicolas des Champú, me había contado ya; a saber, que después de una novena hecha en el sepulcro del Siervo de Dios había recuperado el estado en que yo le veía. Por lo demás, aunque Lépiné se hallara mejor desde el tercer día, no fue hasta el noveno cuando S. Yves, que le visitó la parte afectada, encontró la cirrosis disipada del todo.

Finalmente la última curación que se presentó al examen de la Congregación de los Ritos fue la de Alexandre-Philippe le Grand. Este joven, que desde su nacimiento había sido llevado al Hospital de los niños expósitos, se quedó tan impedido de los brazos y las piernas que no podía ni andar ni levase las manos a la boca. Las hijas de la Caridad que no son precisamente novicias en arte de tratar a los enfermos, hicieron todo lo imposible para aliviar a quien un excelente natural, los encantos de la inocencia, y el exceso de sus males hacían digno de amistad y de compasión. Florent Franchet, uno de los mayores cirujanos de París, y que a partir de los veinte años lo era del Hospital de los niños expósitos, habiendo visto que todos los remedios no lograban nada, tomó una decisión, y declaró que la casa del Niño Jesús estaba sólo para aquellos de quienes se podía esperar algún servicio y que Philippe le Grand no era de ese número, visto que todos los remedios habían sido inútiles,

y que no podía curarse por medios naturales, había que trasladarle al Hospital general, donde hay una sala para los incurables de su edad.

La tierna caridad que sentía por este pobre niño la Hermana Elizabeth Bourdois, superiora de la casa, la llevó a recurrir a Vicente de Paúl y mandar comenzar una novena junto a su sepulcro. La distancia de los sitios la obligó a colocar a este hijo adoptivo en casa de un jardinero que no estaba lejos de la iglesia de S. Lázaro, con orden de llevarlo allí durante nueve días. Gervais, que es el nombre del jardinero, cumplió fielmente el recado; y él fue el primero en cobrar por sus trabajos. Su nuevo pupilo recobró en el curso de la novena el movimiento que cuatro años de remedios no habían podido procurarle, ni en todo, ni en parte. Aunque todavía joven cuando su curación, se acordaba perfectamente bien cuando compareció ante los comisarios, que el último día de su novena, hizo a pie y sin bastón media legua para regresar a su último domicilio. Al verlo libre de los pies y las manos, las Hermanas del Hospital apenas si sabía si era él o si era otro. Gervais y su mujer habían sido los primeros en reconocer el dedo de quien es admirable en sus Santos. Ambos confesaron que durante el tiempo que pasó con ellos, no se le dio ningún remedio y que su curación pertenecía en propiedad a aquel Señor poderoso que da la vida y la muerte como lo juzga oportuno. Se pensó en Roma de este suceso lo que se habían pensado en París, y se mantuvo contra todos los ataques del Procurador de la Fe.

No dudamos de que el lector vea aquí con gozo de qué manera sin examinados los milagros en la capital del mundo cristiano; pero esta discusión nos llevaría demasiado lejos. Nos contentaremos con decir que las cosas se tratan allí con toda la circunspección que pide un asunto tan serio. Cuando los Postuladores han declarado sobre las declaraciones jurídicas la realidad de una curación que presentan como superior a las leyes de la naturaleza, la Congregación que está encargada de hacer el informe al santo Padre, comienza por examinar la naturaleza de la enfermedad, la calidad, el número, la uniformidad de los testigos, el progreso rápido, o más bien, si puedo atreverme a expresarme así, la *instantaneidad* de la curación. En una Curia en la que de alguna forma están agobiados de Milagros y donde con frecuencia *de más de noventa no pasa uno solo* –carta de un Francés, escrita de Roma en 1727, el Promotor de la Fe lo tiene como norma de objeciones, que hace valer. En sus réplicas no se encuentran ni vanas declamaciones, ni un montón confuso de palabras que no signifiquen nada. Lo que los más sabios médicos, desde Hipócrates hasta nuestros días, han dicho de todas las enfermedades imaginables, le sirve de principio. Lo que la naturaleza sola, sea a juicio de los Maestros del Arte, sea al informe de los Historiadores, ha obrado en casos poco más o menos parecidos a los que se presentan a la S. Sede, viene en su ayuda. Se pregunta a un Experto en una ciencia consumada. Su duda sola es decisiva contra lo sobrenatural de la operación. Si se ve obligado a reconocer en ella la mano del Todopoderoso, su sufragio puede ser, y es a menudo, cuestionado. Se encarga a un segundo Experto de un nuevo examen. Su informe, como el del primero debe verse delante de una asamblea inteligente; y ante otras tantas personas respetables por su probidad y su virtud, no hay ninguna que, como el Apóstol, que no ponga a Dios como testigo, con peligro de su alma y de su salvación eterna, que la verdad y la justicia son las únicas reglas que ha consultado. Añádanse a estas circunstancias las de los sacrificios, de las comuniones y de las oraciones que se ofrecen en tantos lugares para atraer al Espíritu Santo y su luz, estaremos de acuerdo en que la Iglesia toma todas las medidas que dependen de ella para evitar el traspies y el error.

Cuando el Papa hubo escuchado a los Cardenales y a los Consultores que aprobaron el primero, el segundo, el quinto y el último de los milagros que acabamos de contar. Su Santidad se tomó tiempo para implorar la ayuda del Cielo. Por fin, después de celebrar la misa en la capilla de S. Pío el día de la fiesta de S. Buenaventura, confirmó con su juicio el de la Congregación de los Ritos. El Breve de la Beatificación no apareció hasta un mes después; estaba elaborado en estos términos, de los que no suprimo la conclusión más que por ser de estilo.

BENEDICTO PAPA XIII. Para perpetua memoria.

“El Señor, que es justo y misericordioso, después de enriquecer con diferentes dones de la gracia a algunos de sus más fieles siervos que ha elegido y predestinado desde el comienzo del mundo para el cumplimiento de su obra, hace a veces brillar con milagros y con prodigios su santidad en la tierra, a fin de que coronados en los Cielos con una gloria inmortal reciban aquí abajo los honores que les son debidos. Entre estos hombres elegidos ha brillado en el mundo entero de una manera singular el Siervo de Dios Vicente de Paúl, Sacerdote Francés, Fundador de la Congregación de los Sacerdotes Seculares, llamados de la Misión, y de la Compañía de las Hijas, llamadas de la Caridad. Su corazón, dilatado por Espíritu Santo, ardió con un amor poco común a Dios y al prójimo. Asimismo, constante mente ocupado en las obras de una piedad sólida y en el cuidado de ganar las almas para Dios, se comprometió con voto él y los Sacerdotes de su Congregación a instruir en los Misterios de la Fe Católica, en los Mandamientos y en el camino de la salvación, a las pobres gentes del campo, a quienes veía con dolor sumergidas en su mayor parte en las tinieblas de la ignorancia. Se entregó con el mismo celo a formar bien a los Eclesiásticos. Provisto de todas las virtudes como de una muralla, y sostenido con esa fuerza que llega de lo alto, ha mostrado, durante todo el curso de su peregrinación, en su persona de Ministro fiel, y un Obrero, que lleno de valor, cultiva sin descansar nunca, la viña del Señor. Si ha embalsamado a la Iglesia universal con el suave olor de sus perfumes espirituales, él la ha enriquecido con la fecundidad de los frutos que ha producido en abundancia; y después de una y otra cosa, lleno de días y de méritos, amado de Dios y de los hombres, ha acabado dichosamente el curso de esta vida mortal.

“Los deberes del Cargo Pastoral, que ha sido del agrado del Altísimo imponernos, nos obligan a no dejar por más tiempo debajo del celemín una luz tan brillante. Ministerio nuestro es colocarla en el candelero, para que todos los que están en la Casa de Dios sean iluminados, para la gloria del Todopoderoso, el honor de la Iglesia Católica, el consuelo y la edificación del Pueblo Cristiano. Por todo ello nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Congregación de los Ritos, después de examinar con madurez los Procesos que se han entablado con el permiso de la Sede Apostólica, bien sobre la santidad y las virtudes heroicas de todo género, que se decía que habían resplandecido en la conducta del Siervo de Dios Vicente de Paúl; como los Milagros que se garantizaba que Dios había hecho por su intercesión y para manifestar a los hombres su santidad; después de oír también los sufragios de los Consultores en la Congregación general, que se celebró en nuestra presencia; habiendo juzgado todos a una voz y consentimiento unánime que dicho Siervo de Dios podía ser declarado Bienaventurado, cuando nos lo encontráramos oportuno: Nos, en consecuencia, y accediendo a las humildes y piadosas insistencias que se nos han presentado a Nos y a la S. Sede sobre este asunto por nuestro muy querido Hijo en Nuestro Señor, Luis Rey de Francia Muy Cristiano; por nuestra querida Hija en

Nuestro Señor Reina muy Cristiana de Francia; por otros varios muy grandes Príncipes Católicos; por nuestros Venerables Hermanos los Arzobispos y Obispos de Francia; por nuestros queridos Hijos los demás Eclesiásticos del Clero del mismo Reino, y por toda la Congregación de los Sacerdotes Seculares de la Misión; por el consejo y consentimiento de los dichos Cardenales, y con nuestra Autoridad Apostólica, Nos otorgamos por tenor de las Presentes que el Siervo de Dios Vicente de Paúl sea en adelante llamado Bienaventurado; que su Cuerpo y sus Reliquias sean expuestos a la veneración de los Fieles, sin poder no obstante ser llevados en procesión; que sus imágenes sean adornadas con rayos, y que todos los años en el día aniversario de su Bienaventurado tránsito, se celebre su Oficio, y se diga la Misa como de un Confesor no Pontífice, según las rúbricas del breviario y del misal Romano..

“Queremos no obstante que este permiso sólo sea para los lugares siguientes; a saber, para el Pueblo de Poy en la Diócesis de Acqs, en la Provincia de Auch, donde nació el Siervo de Dios; para la población de Cliché, en la Diócesis de París; para la Ciudad de Chatillon-lès-Dombes, en la Diócesis de Lyon, en cuyos lugares él ha sido Párroco; y para la ciudad de París, de la que voló su alma a los Cielos, y donde descansa su venerable Cuerpo. En estos cuatro lugares todos los fieles de uno y otro sexo, Seculares o Regulares, que están obligados a recitar las Horas Canónicas, podrán decir dicho Oficio. Otorgamos lo mismo a toda la Congregación de la Misión, tanto para los Sacerdotes y demás Eclesiásticos que son sus miembros, como para los Pensionistas y Alumnos, que residen en sus diferentes Casas. Finalmente extendemos la misma gracia a los Sacerdotes que atienden las iglesias, capillas u oratorios de la Compañía de las Hermanas, que el Siervo de Dios instituyó con el nombre de las Hijas de la Caridad. Y por lo que se refiere a las Misas, podrán decirse por todos los Sacerdotes que lleguen a las iglesias en las que se celebre la Fiesta. Por lo demás, solamente para el primer año que dará comienzo a partir de la fecha de estas Presentes, y en las Indias a partir del día que lleguen, cuando nosotros permitiremos a dichas iglesias de Poy, de Cliché, de Chatillon, de París, de la Misión y de las Hijas de la Caridad, celebrar la solemnidad de la Beatificación del Siervo de Dios con Oficio doble mayor, en el día que sea señalado por los Ordinarios de los Lugares: cosa que no podrán sin embargo hacer hasta que esa misma Fiesta haya sido celebrada solemnemente en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles de esta Ciudad; para lo cual asignamos el 21 del mes de agosto de los corrientes, etc. Dado en Roma, en S. Pedro, bajo el Anillo del Pescador, el 13 de agosto de 1729, y de nuestro Pontificado el sexto. F. Cardenal Olivieri.”

Este breve fue seguido inmediatamente después -6 de setiembre- de otro por el que Benedicto XIII concede una Indulgencia plenaria y perpetua a los que verdaderamente contritos se confiesen y comulguen en alguna de las iglesias en que se solemnice la Beatificación del Siervo de Dios: a cambio no obstante de pedir por la Unión entre los Príncipes Cristianos, la extirpación de las herejías, y la exaltación de la Iglesia nuestra Madre.

El aplauso con que se recibió este Decreto del Soberano Pontífice en todas las partes del mundo dio tanto honor a Vicente de Paúl como el propio Decreto. Todos los que aman a la Iglesia y la virtud, triunfaron al ver erigir altares a un hombre que tantas veces había reparado los de los Santos y que toda su vida no había trabajado sino por la piedad y la Religión. Apenas se dio el paso decisivo de la heroicidad de sus virtudes, cuando se recibió

en S. Lázaro una nube de Cartas de felicitación. Todo lo mejor de la Iglesia y del Estado se apresuró a dar testimonio de su alegría a los Hijos del santo Sacerdote. entre ellos los Cardenales de Rohan, de Biffy, de Fleury, de Polignac, Pipia, Ottoboni, Salviati, Lescari, y Lambertini, a quien habríamos colocado a la cabeza, si no siguiéramos el orden de las fechas. El Papa mismo se dignó, mediante un Breve lleno de estima, regocijarse como amigo por la justicia que había hecho como Sucesor de S. Pedro.

Entre los Obispos, los de Cavaillon, de Cahors, de Embrun, de Pamiers, de Halicarnasse, de Sées, de Arles, de Heuteropolis, de Apamée, de Perigueux, de Poitiers, de Soissons, etc. imitaron sin saberlo a las Eminencias que acabamos de citar. El sr Arzobispo de París hizo lo mismo. Su Carta -2 de agosto del 1729- expresaba que la noticia de la Beatificación de Vicente de Paúl *debía interesar a todo buen Francés y a todo buen Católico*. Es recordar en dos palabras lo que todo lo que el santo Sacerdote ha hecho por la Iglesia y el Estado.

Se entiende bien que las Damas de la Visitación, de la Providencia, de la Cruz, no más que las de aquella ilustre Asamblea a la que hemos tributado tan frecuentes y tan justos elogios en el curso de esta Historia, no fueron los últimos en felicitar a los Sacerdotes de la Misión por un honor que compartían con ellos. El estilo de todas esas cartas era el del respeto, de la estima, de la santa alegría de los Hijos de Dios; y este lenguaje cuya clave no siempre se encuentra en el gran mundo fue imitado tanto por ilustres Duquesas como por piadosos y respetables Guerreros. Así es como un hombre que durante su vida ha obrado bien en todos los órdenes recoge pronto o tarde los frutos después de su muerte.

Sin embargo se trabajaba en Roma en los preparativos de la nueva Fiesta, que el Papa había fijado en el 21 del mes de agosto. La espaciosa iglesia de S. Pedro en el Vaticano, donde se debía celebrar, estaba de un extremo a otro preparada con damasco rojo, con galones de oro. Todos los altares, en gran número, estaban cargados de cirios de un peso que no es ordinario. El sepulcro de los santos Apóstoles se hallaba cubierto de muchas antorchas, que junto con las lámparas de plata que arden allá cada día formaban una especie de capilla ardiente. No se pudo contar la cantidad de candeleros de oro y de plata que había sobre la Silla de S. Pedro donde se celebraba la ceremonia, y menos todavía los que la rodeaban en grandes faroles hechos en forma de Arbustos cubiertos de rosas y hojas de oro. Los ornamentos del Altar eran soberbios: el Cáliz solo fue estimado en cien mil libras.

De los tres cuadros del Bienaventurado que, si bien de una excesiva grandeza, parecían de una proporción justa gracias a la altura de los lugares en que estaban colocados; el primero alzado por fuera encima de la puerta principal, representaba a Vicente en una nube, y sostenido por Ángeles, que se lo llevaban al Cielo. En los dos extremos de la cornisa había personajes que publicaban su gloria y sus virtudes. Abajo se veían las Armas del Papa, y las del Rey Cristianísimo. Las del Capítulo de la Basílica y las de la Congregación estaban sobre las dos puertas colaterales. El segundo Cuadro posado sobre la puerta de bronce más allá del Vestíbulo representaba al Bienaventurado en alba y en casulla, en la actitud de un hombre que desciende del Cielo para curar a los ciegos, a los mudos y a los cojos. En él se leían estas palabras a modo de divisa: *Curavit multos, qui vexabantur variis languoribus* (“Curó a muchos pacientes de diversas enfermedades”). Mc. I.v.34.

El tercer cuadro estaba apoyado contra la Silla de S. Pedro, y como sostenido por los cuatro Doctores principales de la Iglesia. Representaba a Vicente embriagado por la gloria de los

Santos. Varios Ángeles que le rodeaban llevaban los atributos de su Sacerdicio y de sus virtudes.

La Ceremonia comenzó hacia las trece horas de Italia, es decir hacia las ocho y media de Francia. Hubo dieciocho Cardenales de la Congregación de los Ritos, que solos tienen derecho a asistir; y veintiocho tanto Prelados como Consultores de la misma Congregación. El numeroso Capítulo de S. Pedro asistió en pleno con un gran número de Obispos, de prelados, de Religiosos y un pueblo infinito. A pesar de esta afluencia no se vio ni desorden ni confusión.

El Cardenal Camarlengo, no bien hubo permitido la lectura del Breve de Beatificación y acabada ésta, cuando el Arzobispo celebrante entonó el *Te Deum*. Todos en ese momento se pusieron de rodillas para honrar al nuevo Beato. El himno fue seguido por la Música, con el ruido de los tambores y de las trompetas, de las y de los cañones: se acabó con el versículo: “*Ora pro nobis, Beate Vincenti*, y con la oración siguiente.

“Oh Dios, que para anunciar el Evangelio a los pobres, aliviar las miserias de los que están abandonados o enfermos, y acrecentar el honor del Estado Eclesiástico, habéis hecho brillar el Espíritu de vuestro Hijo en la humildad y en la caridad Apostólica del bienaventurado Vicente de Paúl; concedednos que, libres por su intercesión de las miserias de nuestros pecados, os agradecemos por la misma caridad y la misma humildad. Os lo pedimos, etc.”

Benedicto XIII se había esmerado en esta Oración; ha sido sustituida por otra que se recita hoy casi en todas las partes.

Por la tarde el Papa fue recibido en la puerta de S. Pedro por el Superior de una de las dos casas que tienen en Roma los Sacerdotes de la Misión, y por el Postulador de la Causa. Su Santidad, después de saludar al Santísimo Sacramento, fue a postrarse delante de la Imagen del Santo, y allí recitó su Oración. Esto es en resumen lo que pasó en aquella augusta ceremonia en que Vicente de Paúl fue tan grande a los ojos de la Religión, como pequeño había sido a sus propios ojos. La modestia singular de sus Hijos trajo a la memoria la suya. Su piedad destacó la magnificencia del espectáculo y la magnificencia del espectáculo dio brillo a su piedad. Son las propias palabras del R. P. Caravita, Jesuita Italiano, que asistió a la Fiesta.

Se hacían preparativos para celebrarla en Francia, y se debía comenzar por la Casa de S. Lázaro. El primer paso fue doloroso. Habiendo mandado el sr Arzobispo de París abrir la Tumba en su presencia –el 25 de setiembre-, y en presencia de sus Vicarios generales, de la Mariscal de Noailles, del Mariscal su hijo, de la Princesa de Armagnac, de Mademoiselle de Beauveau, y de numeroso Clero de la Misión; ese Cuerpo, que se había hallado tan entero veintisiete años antes, no se vio en el mismo estado. Uno de los huesos de la pierna estaba completamente descarnado. Los de la cabeza lo estaban mucho menos, pero había alteración. Sólo Dios puede saber las razones de este cambio. De lo ha tribuido con todo comúnmente a un diluvio de agua, que doce años antes había inundado el Patio, el Pasillo de la entrada y la iglesia donde descansaba el santo Sacerdote –la víspera de S. Pedro 1717. Es el juicio que yo creí poder emitir con otros, a la vista de su Sotana, que en los lugares más bajos tenía algo de barro que dejan las aguas en un lugar donde se han estacionado.

Como el santo Cuerpo no despedía ningún mal olor, y en el estado tan parecido que Dios había querido darle con el del santo Obispo de Ginebra, constituía todavía una de las

Reliquias más bellas del Reino, nada impidió exponerlo el día de la Fiesta a la veneración de los fieles. La solemnidad comenzó el 27 de setiembre. El sr Arzobispo, después de mandar leer en el púlpito el Breve del Papa, entonó el *Te Deum*, dijo la oración del Beato, y cantó pontificalmente la Misa. Los señores de Bourges y de Baïeux oficiaron los dos días siguientes. La iglesia estuvo adornada para el caso, pero sin magnificencia. Doce cuadros en camafeos sobre fondo azul, donde no se prodigaba el oro, sugirieron quizá tanto la sencillez del Bienaventurado como sus misiones en los campos y en las galeras, su caridad y su ternura para con los niños expósitos, su celo por alentar en las Hijas de la visitación el espíritu de su santo Fundador, y en inspirar a los eclesiásticos esos piadoso y nobles sentimientos que los hacen la sal de la tierra y la luz del mundo.

Por muy gloriosa que debió ser a Vicente de Paúl la enumeración de los lugares en los que se celebró su fiesta, es un detalle en el que nos resulta imposible entrar. Nos será suficiente decir que hay pocas diócesis en Francia, en Italia y en Polonia que no se hayan movido para darle señales de su respeto; que los Cardenales, los Patriarcas, los Arzobispos y Obispos consideraron un deber religioso abrir la solemnidad de su culto, y en bastantes casos anunciar por sí mismos sus virtudes en el púlpito de verdad; que los Reyes y los Príncipes doblaron humildemente las rodillas delante de las imágenes de este pobre sacerdote, quien tantas veces las había doblado ante la hez del pueblo. Que el cielo ha confirmado la devoción de los fieles y el juicio de la S. Sede con prodigios que han obligado a los Soberanos Pontífices a decretar nuevos honores a este gran Siervo de Dios; que, a pesar de los deplorables disturbios que agitaban a la Iglesia, su Beatificación fue solemnizada en Troies, y que Joachim Colbert, Obispo de Montpellier, que en 1705 había concurrido con el Clero del Reino a pedírsela al Papa, la celebró con toda la pompa de que era capaz. Si la pretendida apología de S. Cyran, que este prelado puso en circulación con el nombre de Vicente de Paúl, fue el solo motivo que le determinó a hacer quemar su incienso ante él, jamás incienso fue más arriesgado.

Como varios Prelados habían obtenido de la S. Sede el permiso de celebrar en sus diócesis la fiesta del nuevo Beatificado; permiso que, como ya hemos visto, no había sido otorgado en un principio más que a los Hijos del Siervo de Dios, y a las parroquias que había servido; el Postulador de la Causa hizo que la Congregación de los Ritos aprobara las lecciones del segundo nocturno de su Oficio. Aunque apretadas, son un poco largas, pero ¿qué otro medio de ser más corto en una materia tan extensa? La S. Sede permitió también que el nombre del Beato fuera incluido en el Martirologio Romano con este breve elogio, que había sido convenido con el Cardenal de Polignac, y que más tarde fue abreviado.

En París murió el Bienaventurado Vicente de Paúl, Fundador de la Congregación de la Misión, y de las Hijas de la Caridad. Fue un hombre Apostólico, siempre dispuesto a hacer el bien. Su gran caridad con los pobres, su humildad, su prudencia y su celo le hicieron muy célebre.

Hoy ya no quedan en el Martirologio más que estas palabras: “En Paris, del B. Vicente de Paúl, Sacerdote y Fundador de la Congregación de la Misión, y de las Hijas de la Caridad, Varón Apostólico, y Padre de los pobres.

Para proceder a la Canonización se necesitaban dos nuevos milagros operados después de su Beatificación. Afortunadamente el santo Sacerdote no se olvidaba; en lugar de dos, se hubieran podido presentar cuarenta: pero aparte de que Roma pesa y no cuenta. Nada se

podía hacer sino de acuerdo con la Sede Apostólica. El Postulador de la Causa presentó pues un Ruego para obtener de los Comisarios con poder de examinar en los lugares y las personas que se pretendía haber sido curadas milagrosamente; y los testigos que podían certificar su curación. Las cartas de *comisión* fueron concedidas el 5 de mayo de 1731 y la Comisión dirigida a Charles, Gaspard, Guillaume de Ventimile, Arzobispo de París, Louis le Bel, Obispo de Bethléem y Flodoart Moret de Bourchenu, antiguo Obispo de Vance, lo que se había prescrito a los primeros Jueces fue prescrito a éstos: y sus poderes debían durar tres años. Pero trabajaron con tanto celo y constancia que todo se realizó para el mes de abril de 1733. aunque habían escuchado a ciento treinta y cinco testigos, pero de esos testigos entre los cuales había Obispos, Canónigos, Sacerdotes Seculares y Regulares, Médicos hábiles y gente de condición, un buen número sabían hablar con precisión, y no divertir.

Los tres Delegados escribieron –el 24 y 25 de abril de 1733- a Clemente XII, que ocupaba a la sazón la Sede de S. Pedro, para rendirle cuenta de su modo de proceder. Sus Cartas dicen en sustancia, que no habían oído más que a testigos de una fe reconocida: que los que han citado de oficio son o Prelados o Sacerdotes o Religiosos llenos de ciencia y piedad; que mientras examinaban los primeros milagros, se han realizado nuevos casi a la vista, y sobre todo en la persona de las dos jóvenes Inglesas de buena Casa; y que finalmente de los que han sido curados por intercesión del Beato, no hay ni uno que haya tenido esas convulsiones alocadas, que han causado tanto ruido en París. Terminan deseando al Papa que vea los años del primero de sus predecesores, y esperan que su Sede apruebe los milagros que ellos mismos han aprobado. Se verá enseguida que su esperanza quedó un tanto frustrada.

Aunque, para la Canonización de un Santo, no se necesiten más que dos milagros, se presentaron siete a la congregación.

El primero había sido operado en Marie-Thérèse Péan de Saint Pilles, llamada en las Religiosas Benedictinas de Montmirel donde profesó, Hermana de S. Basilio. Desde la infancia se reconoció que había recibido o en el seno de su madre, o en la leche de su nodriza, un germen fecundo de debilidades o de enfermedades. Las primeras en declararse fueron una fiebre lenta, que le ocurría con frecuencia, y una debilidad que se extendía de la mitad de su cuerpo hasta abajo, que la dejaba entumecida, sin poder moverse, cosa que a su edad no debía ocurrirle. Una Comunidad no se encarga con facilidad de una persona que amenaza ruina tan temprano. Por eso no fue admitida a hacer sus votos sin grandes dificultades, y más bien a título de impedida, que no por otro. Atacada dos años después de su profesión por una apoplejía de las más fuertes, los remedios violentos que le mandaron tomar para sacarla de allí redoblaron sus dolores nefríticos y su debilidad en las piernas y en los pies, de manera que desde ese momento no podía andar más que con la ayuda de un bastón, y con gran incomodidad.

Como tenía espíritu, virtud, y que con un poco de salud habría podido prestar buenos servicios a su Comunidad, hicieron todo lo posible para restablecerla o para disminuir sus males. La mandaron a tomar los baños en Bourbonne. Se probaron los cambios de aire, trasladándola a Gif y a Hières, Abadías célebres en las que, a decir de los entendidos, no se creyó acertado mantenerla mucho tiempo. Sus padres la llevaron a los Médicos más hábiles de París, durante su estancia con ellos. Esto es en pocas palabras cuanto hicieron para curarla. Digo en pocas palabras, pues en una materia como ésta debo más a la justa

delicadeza del lector que a la gloria de un santo, cuyo crédito ante Dios no puede discutirse más que por el error o la mala fe.

En 1720, la Madre de S. Basilio tuvo aumentos de fiebre más fuertes que antes. Una retención de orina que experimentaba ya la redujo al uso de la sonda. Se le formaron sucesivamente en los conductos naturales dos úlceras que no se explican del todo diciendo que era algo espantoso. La carne que salía a pedazos con la sonda, y la naturaleza de los accidentes periódicos anunciaron por fin que la masa de sangre estaba toda infectada. Añadid a esto una hinchazón de vientre, que llegaba hasta el orificio del estómago, una parálisis completa en esa mitad del cuerpo, que se había presentado débil desde la infancia, una desgana generalizada, una sed devoradora, un insomnio continuo, sudores y crisis que debilitaban sin aliviar; y tendréis algo así como una cuadragésima parte de los dolores que sufrió durante cerca de once años esta Virgen afligida. Lo que hubo de más doloroso para ella fue que en los tres últimos años fue que no pudo prescindir en absoluto de la ayuda del cirujano de la casa. Sólo cuando la trataron como homicida de sí misma y de negarle los Sacramentos, el Director logró someterla a una humillación tan dura.

Tal y más triste aún era el estado de la Religiosa de Montmirel, cuando Jean-Joseph Languueur de Gergy, entonces obispo de Soissons, llegó a esta pequeña ciudad, para abrir en ella la Fiesta de la Beatificación de Vicente de Paúl. Él conocía el deplorable estado de la Hermana de S. Basilio; y deseó que se le llevara la reliquia del bienaventurado Sacerdote, antes de reservarla en el relicario que le estaba reservado. Uno de los Vicarios generales se encargó de la comisión, entró a eso de las tres de la tarde en la enfermería donde se hallaba la enferma. Ésta besó con respeto esta preciosa partecita del cuerpo del Siervo de Dios, pidió que le tocaran un lienzo que luego se aplicó a su cuerpo; y llena de confianza, pidió por toda gracia a este antiguo Padre de los afligidos que se dignara conseguirle de Dios la curación de sus úlceras, y por tanto de esta retención humillante, que la sometía a una mano extraña. “No le pedí, dice ella en su deposición, que curara la parálisis, que desde hacía tanto tiempo me tenía en el lecho: me habían dicho que era feliz por sufrir, y estaba dispuesta de sufrir hasta la muerte”.

Apenas había terminado su oración, cuando fue escuchada. Sus úlceras y los dolores desmesurados que las acompañaban desaparecieron. Sin retención de orina, sin fiebre, sin insomnio, sin desgana, sin vestigio de esa sed insaciable que nada podía saciar; finalmente sin hinchazón, aunque ese mismo día estuviera tan enorme, que el cirujano, con una maldad sobre la que no quiero pronunciarme, había dicho que, si se necesitaba un tambor para la nueva Fiesta, el cuerpo de la Madre de S. Basilio podía servir. Por lo demás, en todo este asunto no hubo ni crisis, ni sudor, ni sombra de todo accidente que se pudiera imaginar. Todo está declarado bajo juramento,

Un Milagro tan resonante pedía vivas acciones de gracias: aquella en la que se había operado hizo que se dieran durante varios días en la iglesia que tienen en Montmirel los Sacerdotes de la Misión. Para aprovecharse de su parálisis que Dios le había dejado, y en la curación de la cual ella no había pensado siquiera, ella se hizo leer la Vida del Siervo de Dios: fue en el curso de esta lectura cuando reflexionó que si el Bienaventurado Sacerdote quería obtenerle el uso de sus miembros entumecidos, ella estaría en mayor disposición de imitar algunas de sus sublimes virtudes, la observancia de las Reglas de su Padre S. Benito, y de contribuir con su voz a la belleza de sus Oficios. Comenzó pues una novena en su

lecho; y aunque se deduzca por sus palabras que esta nueva gracia le importaba mucho menos que la que había obtenido, no dejó de pedirla con fervor.

Su paciencia no fue puesta a larga prueba. A partir del tercer día ella se sintió fuertemente inspirada a salir de la cama y a ver si no podía andar. Comunicó su idea a la Hermana de S. Andrés que la servía con mucho afecto. Ésta, en quien la amistad daba a las palabras un sentido más dulce que el que tienen por sí mismas, trató su propuesta de insensata. Pero al fin la enferma le habló con un tono que delataba tan bien el cambio que se había producido en ella que, tras alguna discusión, le permitió, aunque temblando que probara sus fuerzas, no sin agarrarla muy fuerte por miedo a que se cayera. La Madre de S. Basilio no necesitaba ayuda; y quizás nunca había caminado con tanta seguridad.

Dos Religiosas mayores que al salir del refectorio subieron a su habitación para acompañarla, se vieron tan impresionadas por este prodigio, que se pusieron a la vez a llorar de alegría y a gritar *Milagro*, para comunicar a sus compañeras lo que había sucedido. Al instante acudieron Religiosas, y Hermanas conversas, y Pensionistas. Todos, hasta el Jardinero y la Portera quisieron ver con sus ojos lo que no podían creer a las otras. Eso mismo ocurrió con los Magistrados y con los mejores habitantes de la ciudad que bien conscientes de la cruel situación de esta Hija de dolores, se apresuraron al día siguiente por la mañana a verla y a felicitarla. El cirujano de la casa no fue el último en acercarse al Monasterio; él que cuando había que sangrar a la enferma, no temía ofender los nervios; persuadido, decía él, de que por ese lado no había nada que arriesgar, y que ella estaba parálitica para el resto de sus días.

Desde ese momento la Madre de S. Basilio gozó de una salud como no la había tenido nunca. Nosotros la hemos visto varios años después disfrutando de una salud perfecta y llena de gratitud hacia el Santo a cuya mediación debe su estado. Sus sentimientos por el Bienaventurado Sacerdotes se comunicaron a toda la ciudad; y si bien el nombre de Vicente de Paúl era ya bien precioso en Montmirel, que recibió los primeros frutos de su celo, es fácil adivinar por la devoción con que se celebra allí su fiesta que el prodigio o más bien la multiplicación de prodigios de que acabamos de hablar, y que hemos debido debilitar, ha producido allí todo el efecto que la gracia del Salvador podía esperar.

El segundo milagro se obró en Francisco Richer, comerciante en París y mayordomo de la parroquia de S. Lorenzo. Habiendo dado orden a un criado que levantara un fardo muy pesado, éste le respondió con toda claridad que no quería moverse, y que no le parecía oportuno reventar. Richer se encolerizó, y sin pensar en las consecuencias, hizo un esfuerzo tan grande para levantar aquel peso enorme que se rompió el peritoneo. Y con eso el descenso de epiplón (mesenterio) y de intestino; pero tan completo que el escroto estaba lleno del grosor de una forma de sombrero: en todo esto están de acuerdo todos los testigos.

Antonio Hebrand, hombre de mucha experiencia, acudió a la llamada. Volvió a dejar las cosas en su estado natural; pero la abertura que quedó siempre era tan ancha que volvían a caer con facilidad. Es lo que certifica con el señor Hebrand Juan Destremeau, otro cirujano que visitó al enfermo hasta el momento de su curación. En estos accidentes Richer lo pasaba mal y llegó hasta perder el conocimiento, alguna vez hasta devolver los excrementos por la boca.

Tuvo la desgracia de recaer la mañana del día mismo en que el Arzobispo de París debía hacer la apertura de la Tumba del bienaventurado Sacerdote. Uno de sus amigos –Benoît

Gaudicher, a quien contó lo que acaba de sufrir, le rogó que le acompañase hasta la iglesia de S. Lázaro. Richer hizo su oración junto a la Tumba del Santo. Ni fue larga a causa de la ceremonia, que iba a comenzar; pero la hizo de una manera tan viva, que por no sé revolución que sintió en las entrañas, pensó, sin dudarlo, que estaba curado. Dejó algún dinero para decir Misas en acción de gracias, y de regreso a casa comenzó, sin otro examen, a echar los vendajes al fuego, en presencia de su mujer, a quien quiso sorprender, y la sorprendió tanto que hubiera creído que había perdido el juicio.

La noticia de un cambio tan súbito y tan poco esperado al difundirse por todo el barrio, hizo acudir a Hebrand y a Destremeaux para constatar la verdad con sus propios ojos. Examinaron el lugar de la rotura, mandaron tose con esfuerzo al curado, le hicieron caminar mucho en su presencia: sus análisis acabaron por convencerlos más y más de lo sobrenatural de la operación y convinieron en que a la edad de Richer un mal tan serio en sí mismo y por razón de su duración no se curaba en un instante por los solos caminos de la naturaleza. Por eso cuando comparecieron ante los Obispos Comisarios no titubearon en reconocer en este acontecimiento un Milagro y *un gran Milagro*.

Richer, que estaba tan seguro como nadie, trabajaba en su tienda sin precaución alguna, y andaba a pie y a caballo con toda seguridad. Mientras que ponía la obra de Dios a pruebas de su gusto, Dios a su vez le puso en una que no buscaba. Una noche fue seguido por una gente que no le querían ningún bien, y como huía con precipitación, se cayó en una cantera de una altura de dos pisos. No hacía más que un mes que había ocurrido este accidente, cuando Destremeauz hizo su declaración. Tuvo cuidado, al visitar el cuerpo lleno de rasguños de su amigo, de examinar si una caída de las más violentas no habría reabierto el peritoneo: pero encontró las cosas en el estado en que el Señor las había colocado. Es la segunda curación de este género que Dios haya realizado por la intercesión de su Siervo: es de esperar de su misericordia que no sea la última.

Estos dos milagros pasaron a Roma: hubo sorpresa, e incluso aflicción en Francia al ver que los dos de los que vamos a dar cuenta, hubieran tenido una suerte menos favorable.

El primero se refería a la llamada Cstherine Jean, quien a la edad de los sesenta y seis años, como consecuencia de un ataque de apoplejía, se vio sometida a un temblor generalizado y a una parálisis, con la que no podía ni trabajar ni andar sino con un trabajo extraordinario. Este temblor no la dejaba ni de día ni de noche, la despertaba muchas veces, y en algunos accesos daba miedo. En lugar de disminuir, creció con el tiempo; y cuando Guillaume-Joseph de l'Épine, célebre médico, la visitó, confiesa que le encontró continuo y muy violento. No se propuso curarla; y poco antes de que Dios se metiera de por medio, le dijo sencillamente que su mejor remedio era la paciencia.

A pesar del triste estado en que se hallaba la pobre anciana, comenzó a ir a S. Lorenzo el Domingo en la octava de su Fiesta. De la calle de S. Joseph donde estaba la habitación, no hay hasta la Parroquia de S. Lorenzo, para una persona que está sana, más que un cuarto de hora de camino, Catherine para llegar a tiempo salió de su casa a las seis de la mañana. Una de sus vecinas a quien comunicó su plan hizo cuanto pudo para hacerla desistir. No lo consiguió; y tal vez porque la paralítica se arrepintió más de una vez de no haberla creído, al menos es cierto que daban las ocho cuando llegó a un paso de la iglesia de S. Lázaro. La Misa mayor que iba a empezar, y más aún el agotamiento de sus fuerzas la invitaron a entrar. Magdalena de la Marche, Hija de la Caridad, habiendo visto a una mujer que no

podía más, y que le temblaban la cabeza y los demás miembros hasta dar miedo, la hizo sentarse, y por lo que supo de ella, cuando terminó la Misa, hacía dos años que temblaba, y estaba parálitica: “*Querida, le dijo esta caritativa hermana, estáis al alcance de obtener la curación, si es la voluntad de Dios. El cuerpo del Bienaventurado Vicente de Paúl está en medio del Coro; comenzad una novena en su honor, y experimentaréis la eficacia de su intercesión.*”

Catherine, que hasta ese día no había oído hablar nunca del santo Sacerdote, se lo creyó a la Hermana, y conducida por ella a la Tumba, viaje que, aunque muy corto, le costó mucho hacerlo, pronunció estas palabras, que no se le han olvidado: “*Dios mío, curadme de mi parálisis espiritual y corporal; sin embargo cúmplase vuestra voluntad: Bienaventurado Vicente, rogad por nosotros.* Se puso luego a recitar nueve veces el *Pater* y el *Ave*; pero no había terminado aún, cuando se dio cuenta de que sus fuerzas le volvían; su parálisis y su temblor se disiparon, se levantó por sí sola y sin ayuda, y después de pagar a la iglesia de S. Lorenzo los derechos de una Cofradía, que había ocasionado su viaje, se volvió a su casa con paso firme, acelerado y deliberado. Llevaba el bastón en alto como una mujer victoriosa, y caminaba derecha como una I. Es el término suyo, y se atribuirá a su sencillez. Sus vecinos sorprendidos más de lo imaginable, dudaron en primer lugar si era ella. Su propia hermana estuvo a punto de equivocarse. Contestó a cientos de preguntas sobre el cambio que se había obrado en ella. A todas respondió que Dios la había curado por intercesión del Bienaventurado Vicente. El nombre del Siervo de Dios se hizo célebre por todo el barrio, y le dieron mil bendiciones.

El médico, que oyó hablar de un milagro realizado en Catherine Jean, quiso verla. La encontró andando con facilidad, y con un aire que respiraba fuerza y vigor. Pero nada le impresionó más que la celeridad con la que bajó de un tercer piso por una escalera destartalada, para despedirlo a la puerta. Caminaba a buen paso: con todo ella le siguió de tan cerca, como una persona joven no lo hubiera hecho mejor. Por eso, aunque él hubiese visto una sombra de emoción en la mano izquierda de su enferma, al ver ese ligero movimiento, del que la Jean, acostumbrada a agitaciones más vivas, no se daba cuenta, y que por otra parte cesó en seguida, no impedía la acción ni de la mano ni del brazo, el creyó poder asegurar, como así lo hizo, que una curación de este género se salía de las reglas comunes, y que sobrepasaba lo que él hasta entonces de las fuerzas de la naturaleza.

Tal fue el prodigio sobre el que Roma, después de un largo examen, no se atrevió a apoyar la Canonización de un hombre a quien había puesto en el número de los Bienaventurados. Sucedió lo mismo con el que sigue, y que tuvo resonancia en París muy diferente, porque se obró en una persona de una consideración distinta. Este es el detalle, sacado como los que preceden de las Actas más auténticas.

Luisa Isabel de Sackville, hija Inglesa de una muy buena Casa, después de cuatro o cinco años de fiebre –en 1730–, perdió absolutamente el uso de la pierna derecha. Por poco que quisiera apoyarla en el suelo, sentía en la cadera del mismo lado dolores tan agudos que la hacían desmayarse. Ni los remedios que prescribieron los más sabios médicos de París, ni las Aguas, la Ducha y los Baños de Bourbon l’Archambaud, que tomó en 1731, pudieron suavizar sus males. Al contrario, elle se encontró tan mal desde su viaje que recibió dos veces los sacramentos en el mismo año. Su pierna se adelgazó, y a esta delgadez se juntó un frío que el calor de la cama, ni siquiera el del fuego podían echar. Reducida, para dar un solo paso, al uso de las muletas, no se podía ver, sin moverse a compasión, a una persona

tan joven arrastra tras ella una pierna que pendía de su cuerpo, como pende de un árbol una rama que no recibe ya ni movimiento ni vida. El uso que hizo de los más excelentes especialistas no le procuró más alivio que los demás remedios que había probado hasta entonces.

Algunas semanas antes de Navidad del año siguiente, dos Hermanas de la comunidad de S. Tomás de Villeneuve, que vinieron a verla, le contaron que una de sus Hermanas, llamada María Angélica Mackenne, Irlandesa, había sido curada hacía poco por intercesión del Bienaventurado Vicente, de una enfermedad que se relacionaba mucho con la suya. Ellas la exhortaron a hacer una novena delante de la caja donde reposa el cuerpo del Siervo de Dios; y se ofrecieron a acompañarla. “Confieso, dice en su declaración, que recibí con bastante frialdad la propuesta que me hacían, porque había perdido toda esperanza de salir algún día del estado al que estaba reducida.”

Por suerte para la Señorita Sackville este primer sentimiento no duró mucho. Dos o tres días después se sintió muy inspirada a comenzar su novena, y así lo hizo en efecto el 20 de diciembre, después de obtener el permiso del antiguo Provincial de los PP. Capuchinos, que era su confesor. Esta carrera que duró nueve días enteros fue muy penosa para la enferma. La llevaban en la carroza y la descendían casi como a una masa inanimada. Para llegar hasta el lugar donde debía oír la misa, la ayuda de sus muletas no le era suficiente, tenía además necesidad de la de dos criados. Un sacerdote de la Misión, que le dio a besar el relicario donde estaba encerrado el corazón del Bienaventurado, habiendo sabido de ella que, después de su novena, no andaba mejor que el primer día, la exhortó a la perseverancia, y le prometió unir sus oraciones a las de ella.

Estaba menos lejos de lo que pensaba del término en que debía estallar en ella la misericordia de Dios. a partir del día siguiente, 29 de diciembre, la enferma sintió a las cuatro de la tarde que su rodilla recobraba el calor natural que había perdido, y al instante dijo a Teresa Javier de Sackville, su hermana, que estaba curada y que se creía en situación de caminar sin apoyo. Después de muchas peleas le trajeron una de sus muletas para ayudarla en su primer ensayo: no se sirvió de ellas, caminó, como dijo ella misma en su interrogatorio, con tanta facilidad como antes de su enfermedad. La joven de Sackville atónita ante lo que estaba viendo la dejó sola y dando un salto hasta donde estaban las doncellas de la Casa, les dijo como fuera de sí lo que había sucedido. Acudieron, y a la vista de una revolución tan sorprendente hubo más de una lágrima derramada.

Las dos hermanas estaban alojadas en casa de la señora Hayes, que tiene la desgracia de ser de la religión pretendida reformada. Se trató de cómo anunciarle un suceso del que ella debía de estar doblemente impresionada. La mayor de Sackville, es decir la que acababa de ser curada, se las arregló para producir la menor sorpresa posible. Mandó que rogaran a esta Dama pasar a su apartamento, donde había una buena noticia para ella. Pero en los primeros síntomas de una grande alegría no se tienen siempre los cabos bien atados. La Señorita de Sackville se hizo bastante violencia para no salir al encuentro de la Señora Hayes: la recibió incluso sentada como siempre, pero al preguntarle por la noticia que tenía que decirle: “Señora, respondió ella, he hecho una novena al bienaventurado Vicente de Paúl: estoy curada, y camino. Entonces se levanta y anda como una persona que nunca ha sufrido nada”.

La Señora Hayes no disfrutó por mucho tiempo de este espectáculo. Su sorpresa fue más lejos de lo deseado. Se desvaneció hasta el punto de que costó Dios y ayuda para hacerla volver en sí después de una hora. Habló luego de este milagro como si fuera una católica celosa. Ella testificó con un papel, escrito de su propia mano con permiso a su buena amiga para hacer de él lo que juzgara conveniente. He llegado a saber de buena tinta -la Señora de Sackville Madre que cuando su marido regresó, ella le preguntó si alguna vez había visto algo parecido en la religión protestante. Parecía que uno y otro hubieran debido sacar de este principio las consecuencias que de él se deducen naturalmente; pero los prejuicios de la educación se salieron con la suya, y se vio en parte cuánta razón tuvo Jesucristo al decir que la resurrección de un muerto no cambiaría ni el corazón ni el espíritu. Por lo demás, el sr Hayes que veía lo más grande que tienen la ciudad y la Corte, se olvidó casi, al hablar de la curación de la Señorita de Sackville, que él era de una secta acostumbrada a tratar de ilusión o de prestigios, los milagros que se hacen en la Iglesia Romana. Él no relató este acontecimiento más que como algo que sobrepasaba las fuerzas de la naturaleza; y fue en este sentido y en estos términos como habló al sr Cardenal de Fleury.

Tal fue el prodigio que, aunque desprendido de todos los accidentes que habrían podido oscurecerlo, pareció también demasiado débil a los ojos de la Curia Romana. Es una nueva prueba de lo que los demás habían dicho antes de nosotros, que hay más rigor en estos exámenes de la S. Sede que los que hay en los de sus enemigos más declarados. Para convencerse de ello sólo hay que declarar el juicio emitido en Roma con el de la sra Hayes. Es éste tal y como se contenía en el Certificado de que acabo de hablar, y que fue presentado a la Congregación de los Ritos.

“Yo la abajo firmante, por mi propia iniciativa atestiguo delante de Dios y certifico en público, para dar testimonio de la verdad que habiendo dado a título de pura amistad alojamiento en mi casa a la Señorita Luisa Isabel de Sackville, se puso peligrosamente enferma por el mes de marzo de 1730 y que entre otros accidentes de su enfermedad que la redujeron más de una vez a extremos, se quedó totalmente parálitica... de la pierna derecha, que se quedó más flaca que la otra y fría como el hielo. Atestiguo que durante el espacio de unos tres años, he visto a esta Señorita arrastrar la pierna sin poder servirse de ella de ninguna forma, lo que ha durado hasta el 29 de diciembre de 1732 en que ella recobró en un momento el uso de su pierna, bien que desde hacía mucho tiempo no hubiera tomado ningún remedio, y que hubiera sido considerada como incurable por el señor Cirac y todos los que la habían tratado; de manera que no se puede atribuir más que a Dios solo una curación tan rápida y tan perfecta: me quedé tan sorprendida que en el momento en que llegó dicha de Sackville después de llamarme como para decirme una gran noticia, me desvanecí al verla caminar y me quedé un buen rato sin recobrar el sentido. Pasé la mayor parte de la noche sin dormir, y queriendo asegurarme de si la curación era constante y sólida, me levanté por la mañana para ver si ella bajaba fácilmente la escalera, y si ella subía a la carroza sin apoyo, para ir a S. Lázaro a la tumba del Bienaventurado Vicente de Paúl, a quien ella se había encomendado, y vi con mis propios ojos que bajaba los peldaños y se subía al coche sin apoyo, y encargaba a un criado que llevara sus muletas a la Tumba del Bienaventurado. Además, doy fe que desde que ella siguió caminando con tanta facilidad como otra persona, sin tener ni crisis, ni sudor ni servirse de remedios, bien antes, bien después de su curación. Hecho en París el tres de febrero de 1733. Firmado, Catherine-Soracole Hayes.”

Vicente de Paúl es quizá el único, después del Apóstol de las Indias de quien nuestros hermanos separados hayan hablado como hablan de os verdaderos Católicos Romanos: cuando se camina tan cerca por los pasos de los grandes hombres, se tiene algún derecho a sus prerrogativas.

Para decir una palabra más de la srta de Sackville, añadiremos que durante los diez años que vivió después de su curación, jamás sintió ningún ataque de su parálisis; que el deseo de rendir homenaje a Dios por la libertad que le había devuelto, la llevó a abrazar la Gran Regla de S. Benito; y que, a pesar de la extrema delicadeza de su temperamento, no dejó de soportar su peso durante un número de años bastante bueno.

Hasta el 24 de junio de 1736 Clemente XII no aprobó los dos primeros milagros que hemos relatado. Con un nuevo Decreto dado el 10 de agosto del mismo año, Su Santidad juzgó que se podía proceder a la Canonización, y en efecto la Bula fue expedida para ello el 16 de junio del año siguiente. No hablaré aquí ni de las dos Disposiciones que siguieron a esta Bula, y una de las cuales suprimió a la otra, ni de los diferentes escritos que ocasionó. Me contentaré con decir que, cuando *Pierre Gilbert de Voisins* por entonces Abogado del Rey, y hoy Consejero de estado requirió la supresión, habló de Vicente de Paúl más o menos como lo habían hecho mientras vivía y después de su muerte, los de Molé, los Lamoignon, los le Pelletier y tantos ilustres Magistrados; es decir que anunció la *nueva canonización*, como la de un *santo tanto más venerable en este Reino, por haber nacido en él, en él había pasado su vida y, después de edificar con sus ejemplos, dejó monumentos duraderos de su piedad y de su celo*. Dijo bien claro que *Francia* debía tomar parte, y una parte singular, en los homenajes religiosos con los que se le honra, y convino en que *por medio del relato de tantas virtudes y actos de santidad, era justo no omitir su celo por la Religión y por la Iglesia*. El Parlamento en sus advertencias al Rey declaró con términos precisos que *no había atentado de ninguna manera contra la veneración que toda Francia siente para con este santo sacerdote elevado a su seno; y que, para autorizar el culto que la Iglesia quería que se le diera, no se necesitaba más que una Bula revestida de las formas usuales en el Estado*.

Durante estas agitaciones que agitaron al público dos o tres meses, el Santo continuaba haciendo milagros de toda clase, y su fiesta se celebraba en Europa, en África, en América y hasta en los extremos de Asia con toda la solemnidad posible. Roma comenzó según costumbre, y la Ceremonia tuvo lugar allí en la Basílica de Letrán. La decoración fue magnífica, y no le cedió más que a aquella cuyos gastos llevan los Soberanos. En esta ocasión habrían sido excesivos para un Cuerpo particular, si la misma pompa que sirvió a Vicente de Paúl no hubiera servido al mismo tiempo a Francisco Régis, a Julienne Falconieri y a Catalina Fieschi, a quienes el Papa había puesto hacía poco en el número de los Santos.

No pretenderemos trazar un plan, ni siquiera resumido de este gran espectáculo, que depende siempre en parte de su brillo de la dignidad y de la piedad de los que asisten. Para establecer una comparación, bastará con advertir que, aunque la iglesia que tienen en Monte Citorio los Sacerdotes de la Misión no sea muy propia para esta clase de solemnidades, se veía sin embargo brillar por todas partes el oro, la plata, los vidrios y las más bellas tapicerías de la manufactura del Rey, que el sr Duque de S. Aignan prestó de buena gana; que en una estación en que la ciudad no esté poblada se encontraron hasta diecisiete Cardenales; que por las referencias que se difundieron en seguida del orden, del

buen gusto, de la modestia y de la Religión que reinaban, las Casas Colonna, Borghese, de los Ursinos, Cortina, Crescenzi, Lenti, Pamphile, y yo no sé cuántas más, que son de las más respetables de Italia, se hallaban presentes; y que, por las curaciones milagrosas que se obraron casi a diario, se vio perfectamente que si la curiosidad tenía alguna parte en este prodigiosos concurso, la piedad la tenía mayor..

En Francia, a pesar de la emoción de la Capital, las cosas pasaron en todas las Provincias del Reino tan bien como era de desear. El sr Arzobispo de París, a la cabeza de la Metrópolis y de las cuatro iglesias que tienen costumbre de acompañarle, comenzó la Octava solemne que se celebra en honor de los Santos recién canonizados; el sr Príncipe de Mónaco, antiguo Arzobispo de Besançon, la continuó, y fue concluida por el sr Cardenal de Polignac. Las más sabias Comunidades Eclesiásticas acudieron al menos con Diputados, y el Duque de Richelieu, que vino expresamente de Fontainebleau, para asistir el último día, tuvo el placer de ver en presencia de una ilustre y numerosa Asamblea, que no se puede hacer bien el elogio de S. Vicente de Paúl sin hacer el de las inmensas liberalidades de la Duquesa de Aiguillon.

El ejemplo de la Capital fue seguido por todas las Provincias del Reino, y las hubo en que la Fiesta fue celebrada por varios cantones diferentes. Estaríamos encantados de poder citarlos al detalle. La gratitud y la inclinación tuvieron cabida en ellas; no nos olvidaremos ni de Sens ni de Marsella, ni Rodés, ni Angers, ni de tantas otras Diócesis que se significaron en esta ocasión. Pero, a falta de algunas circunstancias, habría que volver a repeticiones perpetuas. De manera que limitándonos a algunos rasgos más interesantes, diremos que, celebrándose la Fiesta en Fontainebleau mientras se encontraba allí el Rey, la iglesia que atendían los Misioneros fue, por orden de este Príncipe tendida con tapicerías muy hermosas y adornada con los más ricos tapices de la Corona; que Sus Majestades llegaron a rendir sus homenajes al nuevo Santo; que su ejemplo fue seguido por monseñor de Dauphin, de Monseñor el Duque de Orleans, del Cardenal Ministro, de la Embajadora de España, y de todo cuanto hay más grande en la Corte; que la Reina que está en posesión de edificar en todas partes se enterneció ante la petición de una niña de nueve años, quien curada en su infancia por la intercesión del Bienaventurado Sacerdote de una parálisis formada, se aprovechó de la nueva solemnidad, con la complacencia y después del examen del ordinario, para rendir a su libertador acciones de gracias, de las que su edad le había dispensado.

Añadiremos que los Señores Condes de Lyon, con la idea de honrar a un hombre, que otorgó tanto honor en persona a la suerte de sus Predecesores, se sintieron felices de poder prestar una de sus tres iglesias para la ceremonia; que para darle más gracia y más brillantez, suspendieron una parte del rígido método, que les hace excluir todas las novedades; que en presencia de su Arzobispo a quien su edad avanzada y sus achaques no permitieron celebrar hicieron el oficia de primer día con esa solemnidad antigua que provoca la admiración de todos los extranjeros; que los Cuerpos más distinguidos de la ciudad creyeron un deber religioso seguirles los pasos; que más de ciento veinte Párrocos de la Diócesis vinieron en procesión a rendir sus respetos a un Sacerdote, que fue a la vez su cohermano y su modelo; y que finalmente más de seis mil comuniones, que se celebraron durante la Octava dieron en la primera ciudad de la Diócesis una idea del fervor que Vicente había comunicado en otro tiempo a su pueblo de Chatillon.

Este pueblo, al que la memoria de Vicente de Paúl le es tan querida, como ese mismo pueblo le fue querido a él, merece por su tierno respeto hacia este antiguo Pastor un fecundo lugar en su Historia. Desde que se supo en esta ciudad que había sido puesto en el número de los Bienaventurados, el gozo fue tan grande que se parecía a un triunfo universal. Se recibieron allí las reliquias del Siervo de Dios, como se le habría recibido a él en persona, si hubiera venido otra vez a visitar a su Rebaño. Los hijos se contaban unos a otros lo que sus padres les habían dicho de este hombre tan poderoso en obras y en palabras. Éstos se enorgullecían de deberle la fe; aquellos de haber sido confirmados en ella mediante la persona de sus antepasados; todos le tenían como a un nuevo Protector, dispuesto a hacer por ellos lo que Jeremías hacía después de su muerte por el Pueblo de Dios. Los hechos no han desmentido tan justas esperanzas, y los *Votos* que han colgado en la Capilla, en la que se honra al Santo en Chatillon no prueban menos la ternura que continúa teniendo para con sus antiguas ovejas, que su poder ante el Señor. Los tres panegíricos que se pronunciaron en honor de Vicente de Paúl con ocasión de su Canonización habrían sido capaces de establecer su culto en esta pequeña ciudad, aunque hasta entonces hubiera sido desconocido. El último de esos discursos, que fue el del R. P. de Clardan, Jesuita, *encantó a todos los Oyentes*: en estos términos nos ha escrito el piadoso y respetable Párroco de Chatillon –el 8 de junio de 1745-.

Pero fue sobre todo en la Diócesis, donde nació, y a los ojos del augusto Parlamento, del que surgió su Provincia, donde el nuevo Santo triunfó. Desde que Louïs-Marie de Suarez-d'Aulan, digno Obispo de Acqs, anunció por un Mandamiento –del 10 de junio de 1738, lleno de dignidad y de sabiduría, a su rebaño la Fiesta de S. VICENTE DE PAÚL, SACERDOTE Y CONFESOR, NATIVO DE LA PARROQUIA DE POY EN LA DIOCESIS DE ACQS, los fieles sometidos a su jurisdicción se agitaron hasta en el Béarn y la Baja Navarra. La asistencia fue tan prodigiosa que, a pesar de las precauciones que había tomado la policía, la gente incluso de condición se vio reducida a pan de centeno, a falta de otra cosa. El Prelado lleno de emoción, enternecido al ver a casi todas sus ovejas reunidas, les distribuyó una o dos veces al día el alimento espiritual que la mayor parte habían venido a buscar de tan lejos. Los confesores, durante toda la Octava, no tuvieron un momento de tregua, y cada día eran al menos las cuatro de la tarde, y a veces las seis, cuando no habían terminado de repartir la comunión. El Gobernador, el Magistrado, el Senescal, la Elección, los Elegidos y todas las Comunidades *hicieron lo posible*- carta del 23 de julio e 1738-, para honrar a su santo Compatriota. La familia de Vicente de Paúl, siempre pobre pero siempre virtuosa, no se distinguió más que por su modestia y por la inocencia de sus costumbres. A su sustento se pensó que la suerte de parecerse al santo Sacerdote en cuanto a la virtud era lo único capaz de darle ambición.

El espectáculo que ofreció la ciudad de Burdeos fue mayor y no edificó menos. Se puede decir que la miseria y las dignidades del siglo contribuyeron a darle relieve. A la cabeza de una procesión, bien ordenada, que de la Catedral se trasladó dando largos rodeos al Hospital, donde se debía celebrar la Fiesta, caminaban los niños expósitos, inocente enjambre, que dondequiera que esté debe mucho al Siervo de Dios, porque lo que hizo por ellos en París sirvió de regla en las Provincias. Entre las dos Banderas del Santo, que precedían al Clero del Seminario y de la Catedral, avanzaba con un cirio en la mano el joven de Savignac, hijo y hermano de Consejeros del Parlamento. Nacido mientras se celebraba en Burdeos la fiesta de la Beatificación, se le había puesto en el bautismo el nombre de Vicente de Paúl; y fue para enseñarle bien temprano a caminar tras las huellas

de su santo patrón por qué una madre virtuosa quiso que rindiera desde su infancia todo el honor que podía rendirle. El Arzobispo Primado de Aquitania cerraba la marcha de su numeroso Clero. Tras él se veía al Parlamento en atuendos rojos, precedido de su ilustre Primer Presidente, y otros dos, a la cabeza de unos cincuenta Consejeros, de uno de los Abogados Generales y del Procurador General. La Corte de los Ayudas también de rojo venía detrás con su Primer Presidente. Este Cuerpo era seguido por el de los Tesoreros de Francia: éstos lo eran por los Oficiales del Senescal, que lo eran a su vez por Señores de la Bolsa.

De esta forma es cómo una ciudad, por la que Vicente de Paúl no tuvo nunca ocasión de hacer la milésima parte de lo que hizo por tantas otras, le daba pruebas deslumbrantes de respeto y devoción. Y no fue menor el fervor y la piedad. Durante toda la Octava la iglesia donde se celebraba la Fiesta estuvo siempre llena. Todo Burdeos parecía santamente conmovido. Hubo todos los días, unos con otros, más de novecientas comuniones. La Nobleza pareció rica en fe como el pueblo: los ocho panegíricos que tuvieron lugar allí al igual que en muchos otros lugares fueron justamente aplaudidos. En todas partes fueron del agrado del público a medida que se huía del fasto de la elocuencia. Se reconoció en las Provincias como en París que en un elogio tan abundante, cual es el de Vicente de Paúl, para ser orador es suficiente con ser Historiador.

No fue sólo en Francia donde se celebró el nombre del santo Sacerdote: la Saboya, el Piamonte, la Toscana, la República de Génova, el Reino de Nápoles, Polonia y un gran número de otros Estados le honraron con fuerte emulación. Lisboa no fue menos que otra parte del mundo cristiana. Decir que el Serenísimo Rey de Portugal corrió con los gastos de la solemnidad es decir que se hizo con toda magnificencia.

Desde el decreto de la S. Sede el culto del hombre de Dios no hace más que extenderse. El Canadá lo ha unido a sus demás santos protectores, y la primera parroquia que a partir de su Canonización fue erigida en Québec, lleva su nombre. Se enviaron allí una porción de sus huesos, a petición del sabio Superior del Seminario de esta ciudad, y espera que Dios glorifique en América a su Siervo, como le ha glorificado en Europa –carta del 17 de octubre de 1744-. Si es así, nada más propio para fortalecer allí la Religión. Sucede, por decirlo así, con los Santos como con los Conquistadores, y su primer triunfo en un lugar queda marcado por favores. Entre tantas Provincias en las que se celebró la Fiesta de la Canonización, no sé si hay una sola en la que no se hayan operado prodigios; y hay muchas en las que se han operado varios. Aunque todos estén contados por personas dignas de fe, los omitiré aquí, menos dos, que han pasado el examen de los Obispos, en cuyas Diócesis Dios ha tenido a bien realizarlos. El primero ha sido certificado jurídicamente por personas, a quienes sus prevenciones disponían a debilitarlo. Sacaremos su Relato del Mandamiento, publicado en 1742 por el sr Arzobispo de Sens.

María Antonieta Robbe, una de las Maestras de la Comunidad de las Orfelinas en el Barrio de Yonne, fue aquella en cuyo favor quiso el Todopoderoso desplegar su brazo.

Esta Hermana a quien su rectitud, su candor, su piedad sostenida por un largo ejercicio de buenas obras, lograron en Sens una reputación sin condiciones, fue atacada a la edad de treinta y cuatro años por el mes de enero de 1738 por una fiebre alta con inflamación del bajo vientre. Ese fue el principio de todos sus males. Recaída después de algunos días de tregua a su primer estado, el médico por una dureza que observó en la región del hígado,

pensó que la Hermana Robbe estaba amenazada de un cirro. Su pronóstico resultó justo. A pesar de las Aguas de Passy, de los Baños, los medios Baños, los aperitivos, las sondas y los absorbentes que se emplearon sucesivamente, no se pudo acabar ni resolver ni siquiera disminuir la dureza cítrica; y el señor Dalmières antiguo cirujano mayor fue el tercero *que abandonó por completo su curación*. Un famoso médico de la ciudad de Melón llegó a la misma conclusión después de más de tres cuartos de hora de examen.

La ciudad de Sens, que hacía justicia a la virtud de esta caritativa Hermana, supo con mucho dolor que su mal era incurable. Mayor fue su dolor si cabe al saber que, por poco que se llegara a tocar con la yema del dedo su parte dolorida ella, de por sí tan paciente, no podía moderar sus gritos; que una sencilla manta era un peso que la agotaba; que le resultaba imposible permanecer más de un *Miserere* de rodillas sin exponerse a desmayarse; y que en los viajes cortos que su caridad y su actividad natural le hacían emprender, cuando sus dolores eran menos vivos, necesitaba una hora para hacer el camino que una persona sana hace en menos de doce o quince minutos.

Persuadida de que no había nada que esperar por parte de los hombres, la Hermana Robbe se abstuvo de todo remedio desde el mes de octubre de 1740, es decir más de nueve meses antes de su curación. El día de la Fiesta de S. Vicente de Paúl pidió a Dios por la intercesión de su Siervo que le diera la fuerza de ir hasta la Capilla del gran Seminario, donde se debía comenzar una novena de misas por ella. Parece que una Hermana tan virtuosa debería tener la suerte de la Madre de S. Basilio, de Francisco Richer, de Catherine Jean y de tantos otros que, por decirlo así, lograron abrirse la puerta nada más llamar. Dios es el dueño de estos dones, y sus amigos no son siempre a los que vende menos caras sus misericordias. Le Hermana Robbe después de nueve días de misas fue lo que era desde hacía tres años, y nada más. Se encontró incluso tan indispuesta la última noche que se vio obligada a pasarla sentada y sin tomarse descanso.

Sus ánimos y las ganas que tenía de curarse la llevaron a comenzar una segunda novena; salió de la Comunidad a las cinco y media de la mañana. Marie-Jeanne Delprés, una de los veinticuatro testigos que fueron oídos, se sintió tan mal que realizó todos los esfuerzos por detenerlo, *temiendo, dice, que no pudiera llegar y que se la hallara muerta. Dadme el consuelo de llegar una vez más*, respondió la buena Hermana; *quizás sea la última vez en mi vida*. Se equivocaba, y no se equivocaba por diferentes razones. “Al principio de la Misa que oyó, fue atacada de un cólico de los más violentos, que duró dos *Miserere* aproximadamente, y que casi le hizo desmayarse,. Calmado el dolor, siguió sentada hasta la elevación de la santa Hostia, cuando quiso inclinarse para adorarla apoyándose en la silla. Ése fue el momento preciso cuando quiso Dios corresponder a su fe y coronar su perseverancia. Sin reflexión, sin trabajo y sin ningún sentimiento de dolor, se vio de repente de rodillas; y dejando de lado la silla que ya no necesitaba, exclamó sin saber bien lo que decía; *Oh, Dios mío, estoy curada:*” lo estaba tan perfectamente que oyó arrodillada el resto de la misa; y a continuación recorrió la ciudad de Sens para anunciar su curación a los que quisieron oírla, y quizás también a algunos que no habrían querido oírla.

De vuelta a casa, pidió a Marie-Jeanne Después que reunieras en la Capilla a todas los Niños, que se encontraban en la casa. “Lo que una vez hecho al instante, la Hermana Robbe se puso de rodillas sin ayuda, lo que no había podido hacer desde hacía tres años, y dijo en voz alta: *“Demos gracias a Dios y a S. Vicente, porque estoy curada, lo que hizo llorar de alegría a toda la Casa muy sorprendida de ver a dicha Robbe de rodillas sin apoyo;*

después levantarse sola sin ayuda, caminando y actuando libremente y con una cara de salud perfecta.” Desde entonces habría sido difícil dudar del milagro que Dios acababa de hacer: se dudó todavía menos cuando se supo que el cirro se había fundido por completo, que las partes tensas habían recobrado su anterior flexibilidad, que estaban tan poco sensibles como dolorosas lo habían estado antes. Por lo demás, y con mucho trabajo volvemos a ello una vez más, se probó que la enferma, en el curso de sus enfermedad, no había tenido ninguna supresión; y que su curación de había operado sin ninguna de esas revoluciones que experimentan las personas de su sexo.

La gravedad de la Historia nos permitirá fácil decir que este último milagro ha sido reconocido y atestiguado por Partidarios del Diácono de S. Medardo: nos permitiría ella añadir que algunos de ellos dicen con algo de tristeza que, puesto que ellos nos pasaban las maravillas de Vicente de Paúl, nosotros debíamos pasarles las de Francisco de París. Es una compensación que prometemos hacer una vez que la vida y prodigios de éste hayan conseguido de la Iglesia Católica la aprobación que han recibido de la vida y los prodigios de aquél.

El segundo milagro se realizó en Amélie o Amérie (Emilia), ciudad del Estado Eclesiástico; y es el sr Jean-Baptiste Renzuoli, Obispo del lugar, quien ha construido el relato. Le seguí exactamente, pero como alguien que desea abreviar.

Había en esta ciudad, en el monasterio de S. Juan de la Orden de S. Benito, una Religiosa afligida hacía algunos años de un gran número de achaques, de los que los más hábiles médicos no entendían nada. Esta Hermana, que en la profesión había adoptado el nombre de Hermana *Deodata*, arrojaba pus por las orejas, las narices y la boca. Su cuerpo hinchado como un balón sufría dolores generalizados, que no la dejaban. Le era imposible estar largo tiempo sentada o de pie o en la cama; en cualquier situación que se la pusiera, respiraba con mucha dificultad. La violencia de sus males la hacía temblar; y sentía accesos casi continuos de furor. Añádase a ello una gran desgana por los escasos alimentos que tomaba y que sólo tomaba en el tiempo de su manía. En el fondo, su aversión por los alimentos tenía algo de razonable. El uso que se veía obligada a hacer de ellos iba acompañado de los dolores más mortales; se redoblaban, estos dolores crueles, cuando *tragaba el bocado*; entonces sufría *como si le hubieran arrancado las entrañas*.

La Madre Deodata se hallaba en ese deplorable estado cuando el mes de noviembre de 1743 los Misioneros llegaron a Amélie para comenzar la Misión que debían dar cada nueve años. Uno de ellos habiéndose informado de la enfermedad de esta Religiosa, propuso al sacerdote que la dirigía que se comprometiera a hacer una novena a S. Vicente de Paúl, añadiendo que el último día, después de confesarse y comulgar, le hiciera la señal de la Cruz con una reliquia que le puso en las manos. Le inspiraréis, prosiguió, una plena confianza en los méritos y en la intercesión de este gran Siervo de Dios, y entonces la mandaréis que se levante y camine. Contad con que obedecerá, que se levantará, y quedará curada.

El confesor, a quien hubiera encantado ver a su penitenta libre de un estado casi tan peligroso como abrumador, prometió todo lo que se quería. Hizo que se tuviera la novena, confesó a la enferma y le dio la comunión, le hizo la señal de la Cruz con la reliquia: pero cuando se puso a pensar que estaba abatida, hasta parecer lista a dar los últimos suspiros, se quedó cortado; fue el primero a quien le faltó la confianza que debía inspirar a su hija

espiritual; y nunca tuvo la fuerza de decirle que se levantara y anduviera. Es lo que él mismo escribió al Misionero que le había prestado la reliquia y que entonces trabajaba en una población poco distante de Amélie. La respuesta que le dio este último fue breve; no contenía más que estas breves palabras: *Modicae fidei, quare dubitasti?* ¿Hombre de poca fe, por qué habéis dudado? Decid a vuestra enferma que tenga una gran confianza en S. Vicente de Paúl, y que al momento se curará.

El confesor no se atrevió a dar este paso; su penitente se hallaba en las últimas: sin embargo para cumplir al menos en parte el encargo que se le había hecho, escribió a esta hija moribunda un papelito en estos términos: “Un Misionero me ha encargado que os diga que tengáis gran confianza en S. Vicente y que conseguiréis de él la curación de todos vuestros males. Por eso os suplico que os levantéis y vayáis a la iglesia a agradecersele al Señor.” Así se hizo. En ese instante, la Hermana Deodata se levanta, desaparecen las convulsiones que la habían atormentado hasta entonces, se disipan sus dolores; va a la iglesia, hace su oración y vuelve a su habitación.

A este rasgo de misericordia sucedió muy pronto un rasgo de justicia. Al ruido que debió hacer y que hizo en efecto la curación de una persona que se daba por muerta, las Religiosas se reunieron. Y se hallaban entre ellas esos espíritus filósofos que no creen más que lo que conciben. Comenzaron pues a razonar sin límites. La conclusión del diálogo fue que una curación como aquella de la que se trataba debía ser sospechosa, y que había imprudencia en fiarse de ella. La Hermana Deodata se dejó llevar. Su propia experiencia no la tranquilizaba lo suficiente: su fe titubeó. Temió que el cambio que se había realizado en ella fuera menos una curación plena que una suspensión de dolores.

Su miedo fue castigado como lo había sido el de S. Pedro, cuando la presencia de su Maestro le tranquilizó menos de lo que le alarmaron el viento y las olas. Una fe viva había salvado a la Religiosa de Amélie, su incertidumbre volvió a sumirla en su primer estado. De repente, los mismos dolores, los mismos desgarros, las mismas señales de la muerte próxima. Entre tanto tocaron a Vísperas y la Comunidad se dirigió al Coro para cantarlas. No quedó más que una Hermana Conversa con la enferma, que se vio más atormentada que nunca. “¡Desgraciada de mí!, exclamó, he dudado del milagro que se había realizado en mí; y S. Vicente para castigarme me ha privado de la gracia que ya me había conseguido. Reanimemos pues nuestra fe, mi querida Hermana y digamos un *Pater*. Lo rezaron en seguida; después de lo cual habiéndose recomendado la enferma al santo sacerdote, se acercó a la frente, a la cara y a los otros miembros afligidos un lienzo que había hecho tocar a la reliquia del Bienaventurado. Cosa extraña, dice el relato, cada parte que tocaba ese lienzo no tenía ya ni hinchazón ni dolores. De ese modo la curación fue tan súbita como lo había sido la recaída en el mal. Entonces el milagro no fue ya materia de duda. La Madre Deodata se quedó tan convencida de ello que, sin dudarle, fue a reunirse con sus Hermanas, que estaban todavía en el Coro, y a mezclar con sus Cánticos sus muy humildes acciones de gracias. Su salud se ha mantenido desde entonces. Hay algo mejor, y es que, según todos los que la conocen, nunca había estado mejor que hoy. La Salina, de la que no se había podido servir nunca, no la molesta, las legumbres le resultan tan buenas como a sus Hermanas, y lleva pesos, que no se habría atrevido a mover antes de su enfermedad. Tal es el prodigio que ha obrado Dios en las Benedictinas de Amélie. El Ordinario, quien conocía perfectamente a la Religiosa del milagro, lo ve y no se lo cree; ha recibido las declaraciones de los dos médicos oficiales de la ciudad y escuchado a las Religiosas del Monasterio, pero

éstas no se han limitado a dar fe de la operación de Dios. Para dejar memoria perpetua, *ellas han obtenido del Soberano Pontífice el permiso de recitar, como los Misioneros, el Oficio propio de S. Vicente y de celebrar su Fiesta solemne de primera Clase, con Octava.*

A este milagro podría yo añadir un buen número de otros más contenidos en una Memoria, que hace poco que ha sido traída de Italia. Aquí es una joven quien, después de reventarse un ojo, está en peligro de perder el otro y que recobra los dos por la aplicación de una reliquia de nuestro santo confesor. Allí es un párroco, que se acuesta con una úlcera en la pierna, y que por la mañana al despertarse ve que sus carnes están tan hermosas como si nunca hubiera tenido nada. Ya se trata de una mujer estéril durante veinte años, a quien un voto le procura el consuelo de ser madre. Ya de una madre, a quien partos dolorosos, y siempre seguidos de la muerte de sus hijos, hacen decir poco más o menos como a Rebeca: Si tal debía ser mi suerte, más me hubiera valido ser estéril; que sigue en efecto en este estado durante catorce años, y que a la edad de cuarenta y cuatro se ve una heredera. En otro lugar se trata de numerosos rebaños, de los que la Imagen del Santo aparta la moralidad, que desde hace varios años causa tantos destrozos en Europa. Por todas partes en consecuencia se elevan altares y estatuas erigidas en honor de nuestro Bienaventurado en las iglesias catedrales, parroquiales, y otras particulares, en las que la Fiesta del nuevo Taumaturgo se celebra con tanta pompa como en las Casas de la Congregación.

Cualquier idea que puedan dar de S. Vicente de Paúl estas grandes operaciones y mil otras parecidas que se podrían añadir, se ha de admitir a su gloria, la eminente santidad de su vida será siempre el mayor de sus Milagros. Que se revise aunque sea por encima lo que hemos relatado, ¿dónde se encontrará una mayor inocencia de costumbres, una piedad más tierna, una fe más viva, una esperanza más firme, una caridad más perfecta,...una paciencia más heroica, un celo más activo, una conducta más sabia, un desinterés más absoluto, una humildad más profunda –*Mandamiento del sr de Rodés del 5 de octubre de 1738?*–

Mientras la Iglesia de Jesucristo subsista, y a pesar de los esfuerzos del infierno, ella subsistirá hasta el fin, se anunciará en todas las partes del mundo, “el sacrificio continuo que hizo de su cuerpo y de todos sus sentidos, su dulzura, su sencillez, su paciencia, su ecuanimidad de espíritu, su pureza angelical, su respeto por los Prelados de los Iglesia, su pronta y sincera obediencia a sus decisiones, su trabajo infatigable en instruir a los pueblos en las verdades de la salvación, en convertir a los pecadores, en llevar al seno de la Iglesia a los herejes que se habían separado de ella; su celo y su atención en prevenir los nuevos errores, en aniquilarlos, si hubiera podido, desde que comenzaron a aparecer, en apartarlos de las Compañías que él había fundado, o de aquellas cuya dirección le había dado la Providencia –*Rodés, ibid.*”

Mas ya que, como lo ha notado uno de los mayores Doctores de la Iglesia, “el culto de los Santos consiste esencialmente en imitarlos aquí abajo, y la vida de S. Vicente no fue otra cosa que el Evangelio, o más bien la PERFECCION DEL EVANGELIO, PUESTA POR OBRA por esta fe que opera por el amor, a los que estudien su conducta les toca ser sus imitadores como él lo fue de Jesucristo. Su ejemplo debe llevar la fuerza para convencerlos de la necesidad de seguir sus pasos. Él poseyó tan plenamente todas las virtudes que en cualquier estado que los haya colocado la Providencia, siempre se hallará alguna que puedan imitar.”

Adicciones y Advertencias

He dicho arriba que, San Vicente creyéndose en su última hora escribió al Cardenal de Retz que, si Dios quería concederle misericordia, se acordaría de él. Dom Rémi Ceillier, hombre tan querido de sus amigos por la dulzura de su trato como querido de los Sabios por la amplitud de sus conocimientos, me ha proporcionado dos cartas, que señalan tan bien el cambio que se produjo en el espíritu y en el corazón de este famoso Cardenal, que he creído un deber comunicárselas al Público. Adjuntaré la que Dom Rémi se ha molestado en escribirme enviándome las otras, pues encierra circunstancias, que merecen no ser ignoradas.

Carta de Dom Rémi Ceillier, Prior titular de Flavigny.

Monseñor,

Deseáis que os informe sobre las últimas circunstancias de la vida del sr Cardenal de Rets, porque lo poco que os he contado os ha parecido más propio para borrar o al menos disminuir las desafortunadas impresiones que sus Memorias han producido al público. Lo que tendré el honor de deciros aquí, Señor, lo he recibido de los que han sido testigos de los hechos o que lo han oído de los que habían tenido parte en ellos.

Desde que el sr Cardenal se retiró a su Tierra de Commercy, no pensó en otra cosa que en vivir en retiro, en entregarse a su salvación, y atender a sus asuntos temporales. Tenía como vecino a un hombre de espíritu, de saber y de virtud. Era Dom Henry Hennezon, Abad Regular de S. Miel. Le trató mucho, le tomó por confesor, y adoptó con él medidas para el pago de sus deudas.

Esta relación le ocasionó diversos viajes a esta Abadía, donde pasó de vez en cuando largas temporadas, comiendo en el refectorio con los Religiosos, contento con lo que le daban en la Comunidad. Las atenciones que se debían a su rango, exigían también que le dieran algo mejor; pero él no se daba cuenta de ello, por mantener la vista muy baja.

Sus frecuentes estancias en la Abadía de S. Miel hicieron pensar al público que se haría Religioso y cambiaría su Púrpura por una Cogulla. El rumor de este cambio llegó hasta Roma. El Papa le escribió a propósito un Breve para disuadirle. El Cardenal obedeció: pero el propio tiempo rogó a Su Santidad en una carta, que poseo en el original, que tuviera a bien dejarle renunciar al título de Cardenal. Escribió asimismo a los Cardenales. Esta gracia le fue negada. Pero estas dos cartas dan a entender claramente lo apartado que estaba del mundo.

Para liquidar sus deudas, vendió su Tierra de Commercy; después regresó a París, donde cayendo enfermo pidió a Dom Hennezon, hizo con él una confesión general, y murió con el más vivo dolor de las faltas de su vida, y con los sentimientos más tiernos de su amor a Dios. Es lo que este Abate declaró al volver a su Abadía a varios de sus Cohermanos, en particular a Dom Petit-Didier y a Dom Belhomme, uno muerto siendo Abad de Senones, el otro de Moyenmoutier, los dos conocidos por sus Obras; de quienes lo sé yo. Hallaréis adjuntas, Señor, las copias de las dos cartas del Cardenal, de las que podéis disponer como gustéis. Tengo el honor de quedar perfectamente,

Monseñor,

Vuestro muy humilde y muy obediente Servidor, D. REMY CEILLIER.

En Flavigny, este 8 de junio de 1747.

Carta del sr Cardenal de Rets al Papa. BEATISSIME PATER, (en Latín en el original...)

Santísimo Padre,

“Anunciado a vuestra Santidad que meditaba despojarme de la sagrada Púrpura, antes de las cartas entregadas a ti por las que pedía licencia para hacerlo, lo di por sabido de vuestra Beatitud; y que además la razón de mi situación era de tal forma aceptada que no sólo quería cambiar la condición del sacerdocio purpurado por la cogulla, sino también no pensaría hacerlo sin consultar a la Sede Apostólica o al menos sin la venia esperada. Me dolía, Santísimo Padre, que se me hubiera adelantado la fama pública, incluso llevaba a mal que mi mente se interpretara de tal forma que pareciese que había menospreciado en algo el honor con el que venero a vuestra Santidad y a la santa Sede y obsequiaré a ambas hasta el último aliento. Había lugar a esperar que vuestra Santidad, recibidas las cartas que os escribí, llegaría a comprender los verdaderos sentimientos de mi espíritu y entendería benévolamente que yo nada intentaría contra la obediencia debida a la santa Sede, (que con todas mis fuerzas ofreceré siempre e invenciblemente) nada que pueda mancillar lo más mínimo el honor del sacro Colegio. Aún más estaba convencido, Santísimo Padre, de que podía ser que llevado de mis razones aprobaras mi parecer y dieras la venia para realizarlo. Esta fue la razón de contestar más seriamente de lo debido, a no ser que me alentase la esperanza de suplicar tu piedad, y me aconsejara diferir hasta el momento de saber a dónde alcanzaría tu sentencia, bien pesadas las razones de mi carta. Mas como parece que el Señor Cardenal Spada quiere quitarme la esperanza, sin que lo diga claramente, no puede resultar difícil que vuestra Santidad, recibida mi carta no conteste antes de que sepa que estoy dispuesto a obedecer sus mandatos, mientras tanto se podría torcer la espera más larga de la respuesta con defecto de sumisión, o en sospecha de menor obediencia al menos hacia la santa Sede; por eso, Santísimo Padre, ruego encarecidamente a vuestra Santidad que no le llegue a la mente el que yo por la menor mala voluntad de sumisión, o cometer otro fraude a tus mandatos, haya pospuesto, más aún parezca creer que yo me sienta obligado y desee ardientemente, por tantos testimonios de bondad y benevolencia, de los que me sientes cargado sin igual, que no sólo tengo las gracias que puedo amplísimas, sino también merezca por todos los oficios devolverlas, si pudiera. Me atrevería sin embargo, séame lícito, Santísimo Padre, y salva la obediencia, que debo, suplicar que mires mis enfermedades, sopeses el curso de mi vida pasada, de tal manera cambies y dirijas las alas, con las que volaba tan lejos a la soledad para que pueda esperar a quien comenzó a salvarme”.

Santísimo Padre, de Vuestra Santidad humilde, devoto y muy obediente Siervo e Hijo,

Cardenal de Retz.

Ex Fano St. Michaelis.

Carta del mismo al Sacro Colegio. EMINENTISSIMI ET REVERENDISSIMI PATRES, (en Latín, en el original)

“Os comunico nuestro propósito de deponer el título de Cardenal, despojarnos de la sagrada Púrpura, y no temo el juicio de aquellos de cuyo número pido se me borre. Del Sacro Senado, al que siempre correspondió y ha de corresponder honor, casi desde la cuna aprendí; adscrito a este Orden, captando las alabanzas de los hombres, atendí con

más diligencia a la dignidad que a la salvación. Ahora teniendo presente al novísimo día, comenzó a serme carga este honor, esto es lo único que quiero, que libre de todo cuidado y asunto, me dedique a mí mismo y a Dios, con todas mis fuerzas me esforzaré brillar más con el ornamento de las virtudes que con las condecoraciones de las dignidades.

Que se me permita pues deponer el hábito de Cardenal. Se envilecería vuestra Púrpura en las estrecheces del retiro privado en el que me refugio; séame lícito abandonar todos los títulos de vuestro amplísimo Orden, a cuya dignidad ya no podré corresponder debidamente. Pues no fue instituido vuestro Orden para que sufriera menoscabo en cualquier tugurio apartado; sino para que brille a la vista de todos en el Orbe Cristiano, y se halle dispuesto a desempeñar los gravísimos negocios bajo el Sumo Pontífice.

Como yo ya no pueda realizarlo, justo es que otro me sustituya y consciente de mi debilidad, le ceda el peso que en otro tiempo no debí tomar ni puedo ya llevar. Estas son, Eminentísimos Padres, las causas de nuestra abdicación, la que por mi conciencia y con todo el respeto de Dios es de justicia probaros que es honorífica al Sagrado Colegio, y de la caridad que tantas veces habéis demostrado conmigo.

Este extremo y a mi juicio gran beneficio me parece esperar de vosotros con razón. Por quienes a mi vez me esforzaré cuanto pueda por que Dios haga descendan sobre vuestras Eminencias las gracias de la salud e incolumidad.

*De Vuestras Eminencias humilde, devoto y muy adicto Siervo,
Cardenal de Retz*

He prometido las cartas de los señores Bossuet y Fléchier. Un Sabio ha trazado el paralelo de las Oraciones fúnebres de estos grandes hombres, y otorga la preferencia al último. Esta es una nueva materia de comparación.

Epistola Jacobi Benigni Bossuet Episcopi Meldensis ad Clementem XI.

Epistola Spiritûs Fléchier Episcopi Nemausensis.

Traducción de las dos cartas.

Carta del sr Bossuet (trad. al Francés del Sr. A.... Superior del Seminario de T. ...)

En los diferentes asuntos que cada día se llevan a la Sede Apostólica, y sobre los cuales debe pronunciarse, pertenece al deber de os Obispos conspirar con ella para hacer triunfar la verdad y darle cuenta exacta y fidedigna de cuanto ellos saben. He sabido que se examina en el Tribunal de Vuestra Santidad la Vida y la santidad del Venerable Sacerdote Vicente de Paúl, Fundador y primer Superior General de la Congregación de la Misión.

Nos hemos tenido la ventaja de conocerle desde nuestros más jóvenes años. Sus piadosas charlas y sabios consejos no han contribuido poco a inspirarnos gusto por la verdadera y sólida piedad, y amor por la Disciplina Eclesiástica. En esta edad avanzada en que nos encontramos, no podemos traerlo a la memoria sin un extremo gozo. Educados en el Sacerdocio, tuvimos la dicha de estar asociados a esta Compañía de virtuosos Eclesiásticos, que se reunía todas las semanas para hablar juntos de las cosas de Dios: Vicente fue el Autor de estas santas Asambleas, y era su alma. Nunca tomaba la palabra en ellas sin que cada uno de nosotros le escuchara con una insaciable avidez y sintiera en su corazón que

Vicente era uno de esos hombres de los que dijo el Apóstol: *Si alguien habla que parezca que Dios habla por su boca.*

La reputación y la piedad del santo Hombre atraían a menudo a estas Conferencias a Prelados de un mérito distinguido. Aparte de su edificación, tenían otra ventaja; hallaban en los Alumnos de Vicente, que componían esta Asamblea, a hombres excelentes, en disposición de compartir con ellos su solicitud Pastoral y sus trabajos Apostólicos; dignos Operarios, cuyos buenos ejemplos no eran menos elocuentes que los discursos, preparados para ir a llevar la antorcha del evangelio a todas las partes de sus Diócesis. Nos mismo tuvimos el honor de asociarnos a esos trabajos, cuando ocupando algún rango en el Clero de Metz, participamos en una Misión que se dio allí. Pero hay que confesar que Vicente tuvo la principal parte en el éxito de aquella Misión, y con sus oraciones y consejos y el cuidado que puso en animar a los que allí trabajaban.

Cuando fuimos promovidos al Sacerdocio, fue a Vicente y a los suyos a quienes debemos la preparación que llevamos. Había establecido Retiros Eclesiásticos para los Ordenandos: a petición suya hemos dado con frecuencia charlas durante estos ejercicios, guiado por los consejos, apoyados por las oraciones del santo Varón. Y en estos encuentros nos fue dado disfrutar de él a placer en el Señor, estudiar de cerca sus virtudes y sobre todo esa caridad sincera y verdaderamente Apostólica, esa gravedad, esa prudencia unida a una admirable sencillez, ese celo ardiente por restablecer la Disciplina Eclesiástica y por la salvación de las almas; esa fuerza y esa constancia invencible, con la que se elevaba frente a todo lo que podía corromper o la pureza de la fe o la inocencia de las costumbres. No hay nadie que no se acuerde, por mi parte, yo no me acuerdo de él sino con un placer indecible, de cuán pura era su Fe, su respeto por la Sede Apostólica profundo, su sumisión a sus Decretos sincera y sin reserva, con qué abatimiento de espíritu, que humildad de corazón servía a Dios, aun cuando el brillo de sus funciones y sus empleos en la Corte habrían podido hacer temer alguna alteración de sus sentimientos.

Así cada día añade un nuevo resplandor a la reputación de este santo Hombre: es en todo lugar el buen olor de Jesucristo; por todas partes no se ve otra cosa que votos insistentes por verle colocado en el rango de los Santos por un santo Pontífice.

En cuanto a nos, Santísimo Padre, guardamos con tanto más cariño y contento el recuerdo del venerable Vicente, que él vive todavía en su congregación, que nos parece verle aún trabajar en nuestra Diócesis en la persona de sus dignos Hijos, que viven a nuestra vista, con quienes compartimos el trabajo, a quienes con gozo infatigablemente ocupados en apacentar de palabra y con el ejemplo el rebaño que nos ha sido confiado.

Pero no podríamos callar a esa Compañía de virtuosas Hijas que formada por el piadoso Vicente, conducida por las sabias Reglas que les ha dado, se entrega a aliviar a los pobres y sobre todo a los enfermos, y lo hace con una humildad, una caridad y una pureza que recuerdan en cada momento a nuestros ojos al santo Fundador y al espíritu del que estaba lleno y que inspiró a este santo Instituto.

En recuerdo tierno de estas grandes obras venimos nos a presentar en vuestro seno paterno el testimonio que debemos a Vicente, persuadidos de que es agrandar a un santo hablarle de un Santo. Mas el profundo respeto que sentimos por Vuestra Santidad y la multitud de los asuntos importantes que la ocupan no nos permiten interrumpirla por más tiempo, aunque sepamos que nada molesta a un espíritu tan elevado, a una habilidad en los asuntos tan

amplia, a un alma a la que el cielo favorece con sus más dulces consuelos, a quien él inspira sabios consejos y la fuerza de ejecutarlos. Que Dios conserve por largos años en su Iglesia a una Cabeza así. Son nuestros votos más ardientes y más sinceros. Por lo demás, Santísimo Padre, todo lo que acabo de decir, lo digo ante Dios en Jesucristo con toda la sinceridad y toda la fidelidad que debo a la verdad y a Vuestra Santidad, de quien soy,

Santísimo Padre, el más humilde y obediente Servidor e Hijo,

J. B. EPISCOPUS MELDENSIS

Dado en nuestra ciudad de Meaux, el 2 de agosto de 1702.

Carta del Señor Fléchier.

Es costumbre ampliamente establecida y hasta un deber enviar a la S. Sede el informe sobre las virtudes de los Muertos ilustres, que durante su vida han brillado por su fe y su piedad, a fin de que si merecen la aprobación del Soberano Pontífice, estos hombres raros puestos por su autoridad en el Catálogo de los Santos puedan servir de ornamento en la Iglesia y de modelos a los Fieles. Con este espíritu, Santísimo Padre, llevamos a vuestro Tribunal la Causa de Vicente de Paúl, Hombre verdaderamente Apostólico, con la súplica que añadáis a la Corona, que el justo Remunerador le ha dado ya en el Cielo, el brillo de un culto público en la tierra. No le faltó nada de lo que puede merecerlo. El Padre de las luces le había colmado de los favores más preciosos; una vida pura, una piedad resplandeciente, una Fe inquebrantable, lejos de toda novedad, por encima incluso de toda sospecha, un espíritu de prudencia que llevaba a todas partes el orden y la paz, una constancia en lo que emprendía por la salvación de las almas, a quien ninguna dificultad podía desanimar ni quebrantar, una humildad enemiga de toda ambición, una maravillosa facilidad para perdonar las injurias, una paciencia en las enfermedades más agudas y más pertinaces, un valor infatigable en los santos rigores de la penitencia. Éstos no son sino algunos de los rasgos de Vicente. a los que hay que añadir esa franqueza amable, esa sencillez ingenua siempre iluminada por la prudencia esa conducta siempre pura e inocente, esa modestia sazónada con una santa alegría, esa tierna compasión por los pobres, esa especie de continua entrega a devolver a la Religión su primer fervor, y al Clero su primer lustre. Tal fue Vicente, nacido para grandes cosas, o más bien para remediar grandes males, Francia le vio en un tiempo en que las herejías y las guerras intestinas habían extendido por este Reino floreciente el horror y la desolación. Unos habían sacudido el yugo de la Religión, otros no respetaban ya la autoridad Real. Hasta los Príncipes que debían contener a la multitud, le daban el funesto ejemplo de la revolución. Las Provincias divididas en diferentes facciones se alzaban en armas unas contra otras. Donde el Calvinismo podía dominar, se veía las iglesias en ruinas, los altares derrumbados, los Sacerdotes o expulsados o inhumanamente degollados, nuestros más santos Misterios indignamente pisoteados, el Sacrificio perpetuo abolido, casi en ninguna parte vestigios de la antigua Religión.

Vicente, después de unos buenos estudios, es promovido al Sacerdocio. Cuál fue su dolor al no ver casi ya Santos, ni verdad en las bocas engañosas de los hijos de los hombres, al ver a los Pastores sumidos en una criminal inacción, y a los pueblos en una profunda ignorancia. Él no fue espectador ocioso de tan grandes males: se entregó con ardor a despertar el celo de los Pastores, a ilustrar a los pueblos, a recuperar la disciplina caída. El primer medio que empleó fueron las Misiones. Animado por el espíritu de los Apóstoles,

llevó el Evangelio a todas partes donde la Providencia le conducía, por la autoridad de los primeros Pastores. El éxito respondió a sus trabajos, apartó del vicio a unos, devolvió a los otros a la Fe, instruyó en los caminos de la salvación a los ignorantes, y llevó a los pecadores a la penitencia con tanta mayor fuerza por unir el ejemplo a las palabras; encendió el celo del Clero; donde no lo logró, lo suplió por sí mismo o por los dignos Operarios que se asoció. Para dar fecundidad a su Ministerio, le dotó de todos los trabajos de caridad que pudo. Pero con todo lo que hizo, jamás creyó hacer lo suficiente. Se creía responsable de cuantos males ocurrían, de todo el bien que se dejaba de hacer. Si alguno ignoraba o transgredía la Ley de Dios, Vicente era a sus ojos el culpable. Advirtió que a menudo los pueblos del campo no eran ni cultos ni instruidos sino porque sus propios pastores los dejaban sumidos o en la ignorancia o en el desorden. Su celo por esta buena gente se inflamó, él se creyó especialmente enviado para anunciarles el Evangelio: y lo hizo con tanto mayor gozo cuanto más sencilla era la fe y más dócil el corazón que encontró en ellos, más fruto que recoger, y menos vanidad que temer. Recorrió pues con un ardor infatigable y fatigas increíbles, las poblaciones, los pueblos, las aldeas más apartadas, los lugares más inaccesibles. Allá fue a buscar almasviles a los ojos profanos, pero preciosas a los ojos de Jesucristo. Les enseñó los misterios de nuestra santa Religión, las Reglas de la Moral Cristiana; los preparó a recibir con fruto los Sacramentos: finalmente, trajo a la Casa paterna a aquellos hijos pródigos, les enseñó que estaban destinados a reinar en el Cielo.

Asentado en la Capital del Reino, ocupado en empleos más importantes, no perdió nunca de vista a sus amigos los pobres. Su ternura para con ellos, nacida, según parece con él, se convertía a diario en más activa y más ingeniosa para descubrir sus necesidades y aliviarlas. No hay género de obras de caridad para el que no haya encontrado recursos inagotables. Los ancianos encorvados bajo el peso de los años, los huérfanos, los niños expósitos, los galeotes, los pobre enfermos, familias, Provincias incluso enteras, a las que las guerras intestinas y extranjerías habían llevado la más espantosa miseria; todos encontraron en Vicente de Paúl a un Libertador. Él procuró a unos la salud, a otros la libertad, a éstos una educación Cristiana, a aquellos un honroso retiro. Se han visto debido a sus cuidados levantarse soberbios Hospitales en París, para servir de Palacio a los pobres que inundaban esta ciudad. Procuró para el mantenimiento de estos Hospitales fondos abundantes. Ninguna necesidad escapaba a la inmensa caridad de este santo Varón; y para que nada faltase a la perfección y al heroísmo de tan grandes obras, unía el cuidado de las almas con el de los cuerpos. Nunca separaba la instrucción de la limosna, ni las patéticas exhortaciones a la virtud del alivio de los menesteres corporales.

Así Vicente fue uno de esos hombres de misericordia, cuya piedad subsistirá por siempre, cuyo nombre está interesada la Iglesia en que esté inscrito en sus fastos y sus alabanzas estén en todas las bocas. Fue él quien en un tiempo en que la multitud de los pecadores parecía amenazar la piedad con una ruina total, la sostuvo contra sus esfuerzos. Él le abrió las casas de la Congregación, como asilos, donde no sólo se conservó, tomó nuevas fuerzas, hizo incluso conquistas sin número. Los Cristianos, a quienes el la preocupación de los asuntos, y más aún sus pasiones habían cerrado los ojos a la gloria de su celestial origen, encontraron en Vicente y en sus Hijos guías iluminados, médicos caritativos, que les enseñaron a cambiar de vida, a purificar mediante una confesión humilde y exacta su conciencia, despreciar los bienes frágiles de la tierra, a conocer y desear los del Cielo, a renunciar, para hacerse dignos de él, a las voluptuosidades, a abrazar una penitencia austera. Incluso los que llevando la inocencia a aquellos santos retiros, acudía a trazar el

plan de una alta perfección, encontraban en Vicente buenos oficios, sabios consejos, pareceres esclarecidos, ejemplos más luminosos todavía que los pareceres. Tales fueron los frutos de los Ejercicios espirituales de diez días, que Vicente estableció en sus Misiones. A favor de la soledad, del silencio, de las reflexiones, de las piadosas charlas, de las santas lecturas, del alejamiento de todo comercio con el mundo, cada uno no se ocupaba más que de Dios y de su salvación, la piedad se reanimó, y sigue aún todos los días difundiendo un nuevo vigor.

Pero el principal cuidado, y que, lo doy por seguro, tocará el corazón de Vuestra Santidad, Santísimo Padre, el principal cuidado de Vicente fue trabajar en la reforma del Clero, convencido de que el Clero es la fuente de la que la Religión y la piedad brotan para los pueblos. Para contribuir a esta gran Obra, Vicente se encargó de preparar, según los planes y las órdenes de los Obispos, a los Ordenandos en el santo Ministerio. No se perdonó ni él ni los suyos, ni gastos, ni esfuerzos, ni trabajo para probarlos. Oraciones, instrucciones, exhortaciones patéticas, todo se puso en práctica por nuestro santo Sacerdote para ilustrar, purificar, animar a los aspirantes a las sagradas Órdenes, y para prepararlos a subir al Altar, y a ejercer las demás funciones sagradas con la inocencia de costumbres, la luz y profundo respeto que merecen.

Dios puso a nuestro digno Sacerdote en estado de hacer algo más, de formar en la Iglesia dignos Obispos. Llamado al Consejo de conciencia por la Reina Madre Ana de Austria, Regente del Reino, contribuyó mucho a elevar a las primeras dignidades de la Iglesia a los hombres de una virtud Apostólica; y se puede decir que el Clero de Francia le debe en gran parte el brillo con que resplandece hoy. ¿Qué diré yo, Santísimo Padre, de esas Conferencias Eclesiásticas sobre la Sagrada Escritura, sobre la Disciplina Eclesiástica, sobre las funciones Pastorales y sobre las costumbres de los Pastores, de las que Vicente fue el Promotor, la Cabeza y el alma? ¿Qué diré de esa multitud de Seminarios, cuya fundación solicitó y favoreció, a los que dio Reglamentos y proporcionó sabios Directores.

Tal era, Santísimo Padre, Vicente. Tales son sus obras. Siempre atento a estudiar los caminos del Señor, siempre entregado a caminar por ellos, siempre aspirando a lo que tienen de más perfecto, se murió lleno de días y de méritos. Pero ha dejado en la Congregación de la Misión, que ha instituido, un vivero de Hijos herederos de su caridad, depositarios de su espíritu y sus sucesores en las funciones del santa Ministerio que él ha desempeñado con tanto celo. Entre estos dignos Hijos de un tal Padre, unos con la velocidad de los Ángeles van a las Misiones a instruir a los ignorantes, a anunciar a los pecadores el Juicio de Dios, a prescribir a los penitentes las Reglas de la penitencia, a prometer de parte de Dios recompensas eternas a los que buscan el Reino de Dios y su justicia. Cumplen este importante oficio con luz y con paciencia. Otros encargados en los Seminarios de la guarda del Santuario, atentos a no dejar entrar a ningún profano, conducen por los grados de las diferentes Órdenes a la cumbre del Sacerdocio a los Clérigos, a quienes educan y forman en las más puras Reglas de la antigua Disciplina. Perdonad, Santísimo Padre, la longitud de esta Carta al respetuoso afecto que sentimos por un Hombre, de quien acabamos de ver con nuestros propios ojos y admirar los méritos, las virtudes, los ejemplos. Sólo atestiguamos lo que hemos visto, y por eso nuestro testimonio está sobre toda sospecha.

La memoria del venerable Vicente vive todavía en medio de nosotros; el olor de sus virtudes se deja sentir todavía por toda Francia. Nos gozamos del fruto permanente de su

santa vida, y de sus trabajos por la salvación de las almas. Si es del agrado de Vuestra Santidad escuchar favorablemente los ruegos que elevamos al pie de vuestro Trono, decretando a Vicente un Culto público, haréis, Santísimo Padre, una obra muy agradable al Clero de Francia y gloriosa a vuestro Pontificado. Es la gracia que se atreve a pedirlos con los demás Obispos de Francia,

Santísimo Padre, de Vuestra Santidad, el muy humilde y obediente Servidor
ESPRIT FLÉCHIER,

Obispo de Nîmes.

En Nîmes, el 13 de octubre de 1705.